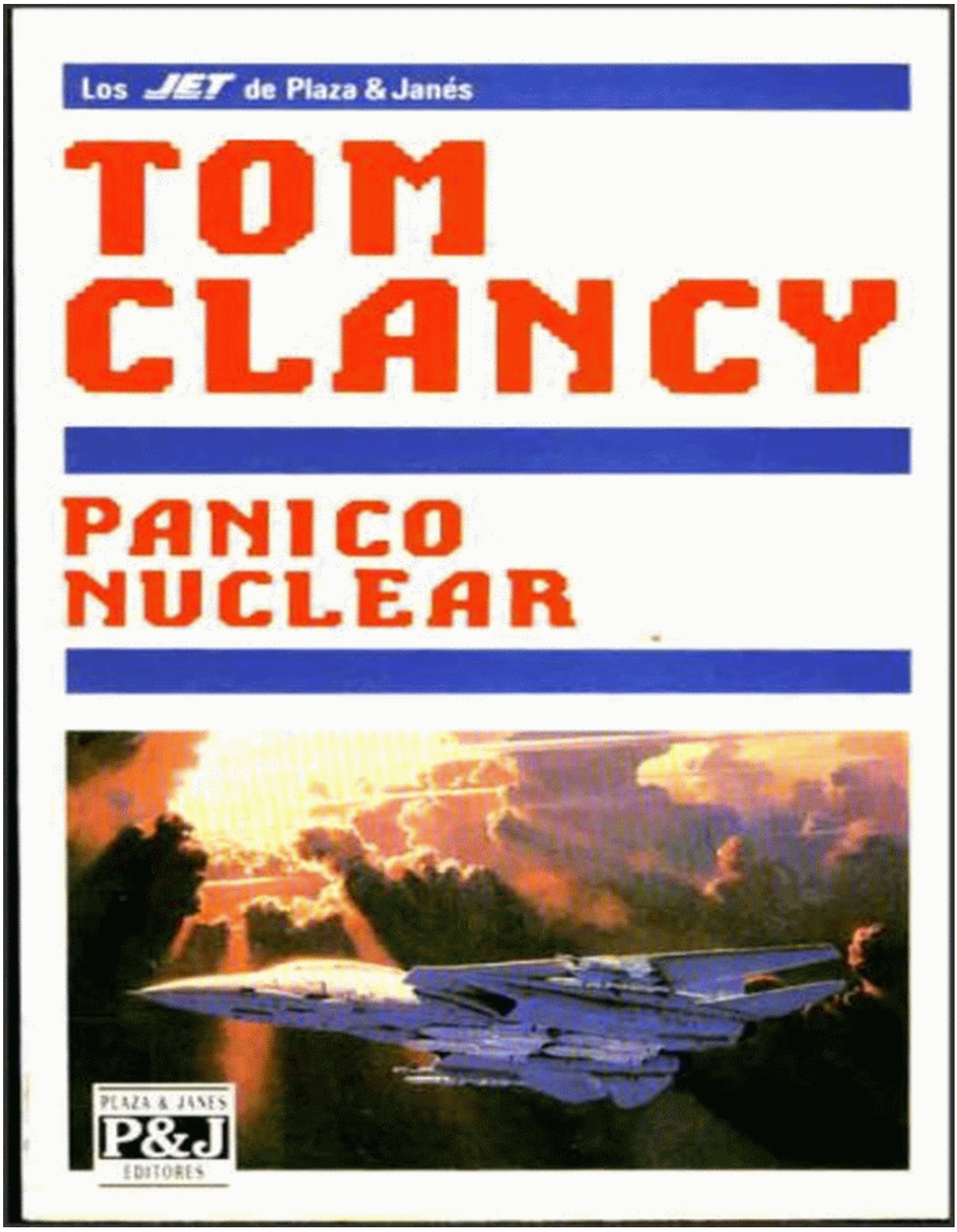
PANICO NUCLEAR
TOM CLANCY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

LA FLECHA ROTA

«Como el lobo en el redil.» Al describir el ataque sirio del sábado, 6 de octubre, efectuado a las 14.00 hora local contra los Altos del Golán, defendidos por los israelíes, la mayoría de los comentaristas recordó la célebre frase de Lord Byron. Por otra parte, probablemente eso era lo que habían pensado los comandantes sirios aficionados a la literatura, cuando ultimaron una operación que arrojaría contra los israelíes más tanques y armas que cuantos hubieran podido soñar los generales de Hitler.

Sin embargo, las ovejas que el Ejército sirio encontró en aquel sombrío día de octubre se parecían más a cornamentados carneros en celo que a los dóciles ovinos de los versos pastorales. Las dos brigadas israelíes del Golán, aunque superadas en número en razón de nueve a uno, eran unidades de élite. La Séptima Brigada, que defendía la zona norte del Golán, apenas cedió; su red de defensa constituía un delicado equilibrio de rigidez y flexibilidad. Los puestos fortificados individuales resistieron con bravura, canalizando las penetraciones sirias por desfiladeros rocosos, donde el enemigo podía ser dividido y aniquilado por grupos de blindados israelíes, que acechaban tras la línea Púrpura. Al segundo día, cuando empezaron a llegar los refuerzos, la situación aún estaba dominada... pero a duras penas. Al terminar el cuarto día, el ejército de tanques sirios que había caído sobre la Séptima Brigada yacía ante ella, convertido en chatarra humeante.

La Brigada Barak (Rayo), que defendía las alturas del sur, tuvo menos suerte. Allí el terreno no era tan propicio para la defensa; además, en esa zona los sirios parecen haber contado con mandos más inteligentes. En pocas horas la Barak fue partida en varios fragmentos. Aunque cada uno demostraría luego ser tan peligroso como un nido de víboras, las puntas de lanza sirias aprovecharon las aberturas y avanzaron hacia el objetivo estratégico: el mar de Galilea. La situación que se desarrolló en las treinta y seis horas siguientes fue la prueba más grave afrontada por el Ejército israelí desde 1948.

Los refuerzos empezaron a llegar al segundo día. Fue preciso lanzarlos de a poco a la zona de batalla: cubrieron posiciones, bloquearon rutas, e incluso recogieron unidades que se habían separado en la desesperada tensión del combate v. por primera vez en la historia de los israelíes, huían ante la ofensiva árabe. Sólo al tercer día consiguieron los israelíes armar su puño blindado para envolver primero y aplastar después las tres profundas penetraciones sirias. El cambio a operaciones ofensivas se produjo sobre la marcha. Los sirios se vieron empujados hacia atrás, hacia su propia capital, por un feroz contraataque, y entregaron un campo sembrado de tanques con-sumidos por el fuego y hombres quebrados. Al terminar ese día, los soldados de la Barak y la Séptima oyeron por radio un mensaje del Alto Mando de las Fuerzas Defensivas Israelíes:

«VOSOTROS HABEIS SALVADO AL PUEBLO DE ISRAEL.»

Y era cierto. Sin embargo, salvo en las academias militares, fuera de Israel suele olvidarse esta batalla épica. Como en la guerra de los Seis Días de 1967, las espectaculares operaciones efectuadas en el Sinaí fueron las que provocaron el entusiasmo y la admiración del mundo: el punteo del canal de Suez, la batalla de la Granja «China», la maniobra de rodeo del Tercer Ejército egipcio. Sin embargo, la lucha en el Golán había sido crucial, a que estaba mucho más cerca de la patria. Empero, los supervivientes de esas dos brigadas sabían bien lo que habían hecho: sus oficiales pudieron regocijarse con la idea de que, entre los militares profesionales conocedores de la habilidad y el valor necesarios para semejante resistencia, la batalla por los Altos sería recordada a la par de las Termópilas, Bastogne y Gloucester Hill.

Toda guerra tiene muchas ironías, y la de Octubre no fue la excepción. Como suele ocurrir con las resistencias más gloriosas, ésa también pudo haberse evitado. Los israelíes habían

interpretado mal ciertos informes de Inteligencia que, de haber sido tenidos en cuenta tan sólo doce horas antes, les habrían permitido ejecutar planes preestablecidos y volcar reservas en los Altos, horas antes de que se iniciara el ataque. De haberlo hecho así, esa heroica defensa no habría tenido lugar. No habría sido necesario que murieran tantas dotaciones de tanques y tantos soldados de Infantería, al extremo de que pasarían semanas antes de que las verdaderas cifras de bajas fueran reveladas a una nación orgullosa, pero gravemente herida. Si se hubiera actuado según esa información, los sirios habrían sido masacrados delante de la línea Púrpura, pese a su lujosa colección de tanques y armas... pero una matanza tiene muy poco de glorioso. Esta falla de Inteligencia nunca fue debidamente explicada. ¿Pudo la fabulosa Mossad fracasar tan catastróficamente en prever los planes árabes? ¿O los líderes políticos israelíes no supieron reconocer las advertencias recibidas? Desde luego, estas preguntas concitaron la atención inmediata de la Prensa internacional, sobre todo con respecto al cruce egipcio del canal de Suez, que franqueó la ponderada línea Bar-Lev.

Igualmente grave, aunque menos apreciado, fue un error más fundamental cometido años atrás por la habitualmente presciente plana mayor israelí. Pese a todo su poder de fuego, el Ejército israelí no estaba adecuadamente provisto de artillería de tubos, sobre todo para la estrategia soviética. En vez de establecer fuertes concentraciones de cañones móviles, los israelíes preferían depender de los morteros de corto alcance y aviones de ataque. De este modo, los artilleros israelíes de los Altos se vieron superados en razón de doce a uno, sometidos a un aplastante fuego de contrabaterías e impedidos de prestar suficiente apoyo a los asediados defensores. Ese error costó muchas vidas.

Como suele ocurrir con la mayoría de errores graves, éste fue cometido por hombres inteligentes y con las mejores intenciones. El mismo avión de combate que atacara en el Golán podía descargar metralla y muerte sobre el canal de Suez apenas una hora después. La Fuerza Aérea israelí fue el primer cuerpo aéreo moderno que prestó sistemática atención al tiempo de reabastecimiento en tierra. Su equipo de tierra estaba preparado para actuar de modo muy similar al equipo de un coche de carreras; su celeridad y su destreza duplicaba efectivamente el poder de ataque de cada avión y hacía de la Fuerza Aérea israelí un instrumento muy flexible y valioso. Un «Phantom» o un «Skyhawk» parecían más valiosos que una docena de cañones móviles.

Pero los oficiales israelíes encargados de la planificación no repararon demasiado en que eran los soviéticos quienes estaban armando a los árabes; e inculcándoles sus mismas teorías tácticas. Los misiles tierra-aire soviéticos, destinados a entenderse con el poderío aéreo de la OTAN, siempre mayor que el propio, habían sido diseñados por los mejores expertos del mundo. Los estrategas rusos vieron en la inminente Guerra de Octubre una estupenda oportunidad de poner a prueba sus armas y sus tácticas más recientes. Y no la desaprovecharon. Los soviéticos proporcionaron a sus clientes árabes una cobertura de misiles tierra-aire con la que nunca hubieran soñado los norvietnamitas ni las fuerzas del Pacto de Varsovia de aquella época: era una falange casi compacta de baterías y sistemas de radares intervinculados, distribuidos en profundidad, junto con los nuevos «MTA» (misiles tierra-aire) móviles, capaces de avanzar con las puntas de lanza blindadas, extendiendo la «burbuja» de protección antiaérea bajo la cual las operaciones terrestres se pudieran continuar sin interferencias. Los oficiales y los hombres que debían operar esos sistemas habían sido meticulosamente entrenados, muchos en la Unión Soviética, beneficiándose de todo lo que soviéticos y vietnamitas habían descubierto sobre las tácticas y la tecnología norteamericanas, que los israelíes iban previsiblemente a imitar. De todos los soldados árabes que participaron en la Guerra de Octubre, sólo estos hombres alcanzaron los objetivos previamente fijados. Durante dos días neutralizaron a la Fuerza Aérea israelí. Si las operaciones de tierra se hubieran cumplido según lo previsto, eso habría sido suficiente.

Y es aquí donde nuestra historia encuentra su debido comienzo. La situación de los Altos del Golán fue inmediatamente evaluada como grave. La escasa y confusa información que provenía de las dos aturdidas brigadas indujeron al Alto Mando a creer que se había perdido

el control táctico de la acción. Al parecer, la peor de sus pesadillas se estaba cumpliendo: los habían cogido fatalmente desprevenidos; los kibbutzim del norte eran vulnerables; sus civiles, sus hijos, se encontraban en el trayecto de unas fuerzas sirias que bien podían descender de los Altos casi por sorpresa. La reacción oficial de los altos mandos fue algo similar al pánico.

Pero el pánico es algo que los buenos oficiales también planifican. Tratándose de una nación cuya aniquilación física era el objetivo que sus enemigos juraban alcanzar, no existían medidas de defensa que se pudieran considerar exageradas. Ya en 1968, los israelíes, al igual que sus colegas norteamericanos y de la OTAN, habían basado su plan último en la opción nuclear. El 7 de octubre, a las 3.55 hora local, justo catorce horas después de que comenzara el combate, se transmitió por télex una orden de alerta para la OPERACION JOSUE a la base de la Fuerza Aérea israelí en las afueras de Beersheba.

Por entonces Israel no tenía muchas armas nucleares... y en la actualidad niega tenerlas. Claro que no harían falta muchas, llegado el caso. En Beersheva, en uno de los numerosos depósitos subterráneos para bombas, existían doce objetos de aspecto bastante corriente, a los que sólo una etiqueta de rayas rojas y plateadas, adherida en el flanco, distinguía de muchos otros objetos acoplable:, a los aviones tácticos. No tenían aletas y no se veía nada fuera de lo habitual en la línea aerodinámica de su superficie de aluminio, pardusca y opaca, con pocos ensamblajes visibles y escasos puntos de amarre. Esto tenía un motivo: un observador poco informado o casual podía considerar que se trataba de tanques de combustible o receptáculos de napalm que no merecían una segunda mirada. Pero cada uno de ellos era una bomba de fisión de plutonio, con un poder nominal de sesenta kilotones, suficientes para arrancar el corazón de una gran ciudad o matar a miles de soldados en el campo de batalla; con el agregado de un recubrimiento de cobalto, que se almacenaba por separado y se fijaba fácilmente a la superficie exterior, podía envenenar un paraje, y borrar todo tipo de vida durante varios años.

Aquella mañana la actividad era frenética en Beersheba. El personal de reserva continuaba llegando a raudales a la base, después de haber pasado el día anterior dedicado a la plegaria o a visitar parientes. Los hombres del turno llevaban demasiado tiempo de trabajo como para asumir la difícil tarea de montar objetos letales en un avión. También los recién llegados habían dormido muy poco. Un equipo de hombres, que por razones de seguridad ignoraba el carácter de su trabajo, se ocupaba de armar una flotilla de aviones de combate «A-4 Skyhawk» con armas nucleares, bajo la supervisión de dos oficiales denominados «vigías», pues tal era su misión: vigilar visualmente todo lo relacionado con las armas nucleares. Cuatro bombas fueron llevadas sobre ruedas hasta debajo de otros tantos aviones, elevadas cuidadosamente por medio de un brazo cargador y amarradas en su sitio. Alguno de los operarios habría podido notar que las bombas no tenían todavía aletas de cola ni mecanismos de activación. En todo caso, se había dicho que el oficial encargado de esa tarea se había retrasado, como le ocurría a casi todo el mundo en aquella fría y fatídica mañana. El morro de cada proyectil contenía una serie de adminículos electrónicos. El mecanismo de activación y la cápsula de materia nuclear, conocidos como «paquete de física», ya estaba en las bombas, por supuesto. Las armas israelíes, a diferencia de las norteamericanas, no habían sido diseñadas para ser transportadas por aviones en tiempos de paz; por eso carecían de los complicados dispositivos de seguridad que los técnicos de «Pantex» instalaban en las armas estadounidenses, en las afueras de Amarillo, Texas. Los sistemas de detonación comprendían dos paquetes: uno para ser agregado al morro y el otro integrado a las aletas de cola. Estos se almacenaban aparte de las bombas. En general, las armas resultaban muy poco sofisticadas según la tecnología norteamericana o soviética, tal como una pistola es menos sofisticada que una ametralladora (pero igual de mortífera a corta distancia).

Una vez instalados y, activados los paquetes de morro y cola, el único procedimiento de activación restante era la instalación de un equipo de armado especial, en la cabina de cada avión, y la conexión de potencia entre el avión y la bomba. A esa altura, el proyectil sería «liberado a control local»: puesto en manos de un piloto joven agresivo, cuya misión sería

dejarlo caer en una maniobra llamada «el rizo del tonto», por la cual se soltaba la bomba en una trayectoria balística que -probablemente- le permitiría escapar indemne con su avión cuando el artefacto detonara.

Según fueran las exigencias del momento y contando con la autorización de los «vigías», el oficial de armamento de mayor autoridad en Beersheba podía optar por añadir dichos paquetes. Por suerte, a ese oficial no le entusiasmaba mucho la idea de tener bombas nucleares medio activadas en una cabina que, en cualquier momento, podía ser atacada por algún árabe. Como era creyente, pese a todos los peligros que amenazaban a su país en ese frío amanecer, susurró una silenciosa plegaria de agradecimiento cuando en Tel Aviv se impuso la sensatez y llegó la orden de detener a Josue. Los experimentados pilotos que debían intervenir en la misión de ataque volvieron a las salas de espera del escuadrón y se olvidaron de las instrucciones recibidas. El oficial de armamentos ordenó que se retiraran las bombas y se las devolviera a su seguro almacenamiento.

En el momento en que los exhaustos operarios empezaban a retirar las armas, llegaron otros equipos con carretillas para rearmar a los «Skyhawk» con cohetes «Zuni». La orden de ataque había sido dada: El Golán. Irían contra las columnas de blindados sirios que avanzaban hacia el sector de la línea Púrpura defendido por Barak, desde Kair Shams. Los operarios trajinaban alrededor de los aviones: dos equipos, cada uno tratando de hacer lo suyo; uno intentaba retirar las bombas sin saber que lo eran, mientras el otro colgaba los Zuni de las alas.

Naturalmente, había más de cuatro aviones de ataque dando vueltas por Beersheba. La primera misión, que había partido hacia Suez al amanecer, regresaba en esos momentos... al menos, lo que de ella quedaba. Se había perdido el avión de reconocimiento «RF-4C Phantom»; su escolta, un «F-4E», se acercaba renqueando, perdiendo combustible por los tanques perforados y con uno de sus dos motores inutilizado. El piloto ya lo había advertido por radio: había un nuevo tipo de misil tierra-aire, tal vez ese tal «SA-6» sus sistemas de rastreo por radar no aparecían en el receptor del «Phantom», el avión de reconocimiento no había recibido la menor advertencia; tan sólo la suerte le permitió eludir los cuatro proyectiles disparados. Todo eso fue comunicado al Alto Mando de la Fuerza Aérea antes de que el aparato descendiera trabajosamente en la pista. Se le ordenó que carreteara hasta el extremo de la rampa, cerca de donde estaban los «Skyhawks» El piloto del «Phantont» siguió al jeep hasta donde esperaban los vehículos de bomberos, pero en el m momento en que se detenía estalló la rueda izquierda. El montante dañado también cedió; veinte mil kilos de avión cayeron al suelo como platos de una mesa volcada. El combustible perdido se encendió; un fuego pequeño pero peligroso, envolvió al aparato. Un instante después, las municiones de veinte milímetros empezaron a dispararse solas; uno de los dos tripulantes gritaba dentro de aquella masa en llamas. Los bomberos avanzaron lanzando agua. Los dos «vigías», que eran quienes estaban más cerca, corrieron hacia el fuego para sacar al piloto. Los tres fueron rociados por fragmentos de metralla, mientras un bombero se abría paso entre el fuego hacia el segundo piloto y lo sacaba de allí, chamuscado pero vivo. Otros bomberos recogieron a los vigías y al piloto ensangrentados y los subieron en una ambulancia.

El incendio distrajo a los operarios que trabajaban bajo los «Skyhawks». Una bomba, la montada en el avión número tres, cayó un momento antes de lo debido y aplastó las piernas del supervisor. En la estruendosa confusión del momento, el equipo perdió la cuenta de lo que hacía. El hombre herido fue llevado al hospital de la base, mientras las tres bombas nucleares desmontadas volvían en carretilla al depósito subterráneo. En medio del caos reinante, como en cualquier base aérea durante el primer día de una guerra, nadie reparó en que uno de los carritos iba vacío. Un momento después llegaron los jefes de línea, que iniciaron someras inspecciones de los aviones, y un jeep del que saltaron cuatro pilotos, cada uno con un casco en una mano y un mapa táctico en la otra, todos ansiosos de atacar al enemigo de su país.

-¿Qué demonios es eso? -espetó el teniente Mordecai Zadin, de dieciocho años, a quien sus amigos llamaban Motu. Aún conservaba la desgarbada torpeza de la adolescencia.

-Parece un tanque de combustible -contestó el jefe de línea, un reservista de cincuenta años, amable y competente que tenía un taller en Haifa.

-Oh, mierda -protestó el piloto, casi trémulo de entusiasmo-. No necesito mucho combustible para ir al Golán y volver. -Puedo quitarlo, pero tardaré unos minutos.

Motti estudió la propuesta por un momento. Era un *sabra* de un kibbutz del norte, piloto desde hacía apenas cinco meses. El resto de sus camaradas va se estaban acomodando en los aparatos y los sirios se dirigían hacia la tierra natal de sus padres. Sintió un súbito horror de ser dejado atrás en su primera misión de combate.

-¡Deja! Lo quitarás cuando vuelva.

Zadin subió presuroso por la escalerilla. El jefe lo siguió para ponerle las correas v verificar los instrumentos por sobre su hombro.

-Está a punto, Motti. Ten cuidado.

-Prepárame un poco de té para cuando vuelva. -El jovencito sonrió con toda la ferocidad que puede expresar un crío de esa edad.

El jefe de línea le dio una palmada en el casco.

-Tú cuida de devolverme mi avión, Menchkin Mazeltov.

Saltó al suelo y retiró la escalerilla. Luego dio un último repaso al avión mientras Motti ponía el motor en marcha, operaba los mandos de vuelo y aceleraba en punto muerto, para verificar los medidores de combustible y temperatura del motor. Todo estaba en orden. Miró al jefe de escuadrilla e indicó por señas que estaba preparado. Luego cerró manualmente la cabina y, con una última mirada al jefe de línea, le hizo su saludo de despedida.

Pese a sus dieciocho años. Zadin no era demasiado joven para ser piloto de la Fuerza Aérea de Israel. Lo habían seleccionado como candidato cuatro años antes, por su agresividad y sus reacciones rápidas. Motti trabajó mucho para ingresar en la mejor aviación del mundo. Le encantaba volar; era lo que deseaba desde el día en que, siendo casi un bebé, había visto un aparato de adiestramiento «Bf-109». Y amaba su «Skyhawk». Era un avión de piloto, no un monstruo electrónico como el «Phantom»; el «A-4» era un ave de presa pequeña y dócil, que brincaba a la menor presión en la palanca de mandos. Ahora entraría en combate. No tenía miedo en absoluto. Y no temía por su vida; como cualquier adolescente, estaba convencido de su propia inmortalidad. A los pilotos de combate se los elige precisamente por su falta de fragilidad humana. Sin embargo reparó en el buen tiempo. Nunca había visto un amanecer tan bello. Se sentía inusualmente alerta, consciente de todo: el sabroso café del despertar, el olor a polvo que había en el aire matutino de Beersheba. Ahora, los viriles aromas del cuero y el aceite en la cabina; la estática perezosa de los circuitos radiales y el cosquilleo de sus manos en la palanca de mandos. Nunca había visto un día como ése. A Motti Zadin no se le ocurrió que el destino pudiera no darle otro.

Los cuatro aviones carretearon en perfecta formación hasta el extremo de la pista 0-1. Parecía un buen presagio: despegar hacia el norte, rumbo a un enemigo que estaba apenas a quince minutos de vuelo. A una orden del jefe de escuadrilla (que apenas tenía veintiún años), los cuatro pilotos operaron los aceleradores al máximo, soltaron los frenos y se lanzaron hacia el aire fresco y sereno de la mañana. En pocos segundos todos estaban en el aire, ascendiendo hasta mil quinientos metros para evitar el tráfico aéreo civil del Aeropuerto Internacional Ben-Gurión, que mantenía una actividad plena, en el descabellado patrón de vida de Oriente Medio.

El capitán dio las órdenes habituales, tal como en un vuelo de práctica: nivelar, verificar motor, armamento, sistemas eléctricos. Alertas a «Migs» y amigos. Aseguraos de que la identificación esté en verde. Los quince minutos de vuelo entre Beersheba y el Golán pasaron rápidamente. Zadin aguzó la vista para ver la escarpa volcánica por la que había muerto su hermano mayor, apenas seis años antes, al arrebatársela a los sirios. «Los sirios no van a recuperarla», se dijo.

-Escuadrilla: virar a la derecha, dirección cero-cuatro-tres. Los blancos son columnas de tanques, cuatro kilómetros al este de la línea. Alertas a misiles tierra-aire y fuego antiaéreo.

-Jefe, aquí Cuatro: tengo tanques en tierra a la una -informó Zadin con serenidad-. Parecen nuestros Centurión.

-Buena vista, Cuatro -replicó el capitán-. Son amigos.

-Tengo una señal, ¡tengo advertencia de lanzamiento! -gritó alguien.

Los ojos escrutaron el espacio en busca del peligro.

-¡Mierda! -gritó una voz excitada-. ¡«MTA» suben a las doce!

-Los veo. Escotilla, izquierda y derecha, ¡abrirse ahora! -ordenó el capitán.

Los cuatro «Skyhawks» se diseminaron. A varios kilómetros de distancia, diez o doce misiles «SA-2» como postes de teléfono voladores, venían hacia ellos a tres mach. Los «MTA» también se abrieron a derecha e izquierda, pero con torpeza; dos de ellos colisionaron y estallaron. Motti se ladeó a la derecha y levantó la palanca hasta el vientre, zambulléndose hacia tierra, mientras maldecía el peso agregado a su ala. Pero los misiles no pudieron seguirlos. Niveló apenas a treinta metros de las rocas, siempre dirigiéndose hacia los sirios a una velocidad de 600 kilómetros, y estremeció el cielo al pasar por sobre los acosados hombres de la Barak, que lo animaron a gritos.

Motti ya sabía que la misión era un fracaso como ataque coherente. Pero no le importaba. Destrozaría algunos tanques sirios. No necesitaba saber exactamente cuáles, siempre que fueran sirios. Vio otro «A-4» y ascendió en el momento en que el proyectil iniciaba su trayectoria. Al mirar hacia adelante divisó las cúpulas de los «T-62» sirios. Zadin operó sus llaves de armamento sin mirar. Ante sus ojos apareció la mira.

-Atención, más «MTA» desde abajo. -Era la voz del capitán, aún serena.

El corazón de Motise detuvo por un segundo. Por sobre las rocas, hacia él, venía un enjambre de pequeños misiles. «¿Serán los "SA-6" de los que nos hablaron?», se preguntó, mientras verificaba su equipo, que no había detectado los misiles. La única advertencia era la de sus propios ojos, por instinto, buscó altura para maniobrar. Cuatro misiles lo siguieron, a tres kilómetros de distancia. Viró a la derecha y descendió en espiral hacia la izquierda. Eso despistó a tres, pero el cuarto lo siguió hacia abajo. Estalló un momento después, a treinta metros de su avión.

El «Skvhawk» pareció haber sido arrojado de un puntapié a diez metros de distancia. Motti manipuló los mandos hasta nivelarlo, cuando casi tocaba las rocas. Echó un vistazo y sintió un escalofrío: varios sectores del ala de babor estaban hecho añicos. Las señales de advertencia, en los auriculares y los instrumentos de vuelo, informaban de un desastre múltiple: en sistemas hidráulicos, la radio y el generador. Pero aún tenía los mandos manuales sus armas; podía disparar con la batería de emergencia. En ese instante vio a sus atacantes: una batería de misiles «SA-6» cuatro vehículos lanzamisiles. un camión de radar «Straight Flush» y un transporte de municiones, todo a cuatro kilómetros de distancia. Sus ojos de águila alcanzaron a distinguir a los sirios que trajinaban con los misiles, cargando uno en su lanzador.

Ellos también lo vieron y de ese modo comenzó un duelo épico, a pesar de su brevedad.

Motti descendió tanto como se lo permitieron sus mandos dañados y centró cuidadosamente el blanco en su mira. Tenía cuarenta y ocho cohetes «Zuni», que se disparaban en salvas de a cuatro. A dos kilómetros abrió fuego contra el blanco, los sirios lograron lanzar otro « MTA». Parecía no haber salvación posible, pero el «SA-6» tenía una espoleta de proximidad de radar; los «Zuni», al pasar, lo activaron e hicieron estallar el misil a quinientos metros de distancia, sin que provocara daño alguno. Motti sonrió salvajemente tras su mascarilla, en tanto disparaba cohetes y operaba su cañón de veinte milímetros contra el blanco de hombres y vehículos.

La tercera salva dio en el blanco, y luego cuatro más, en tanto Zadin pateaba el timón de cola para dejar caer sus cohetes sobre toda la zona. La batería de misiles se transformó en un infierno de combustible que hacía estallar los misiles y los explosivos. En el camino de Motti se alzó una enorme bola de fuego que el filtro atravesó con un monstruoso grito de júbilo. Sus enemigos habían sido eliminados; sus camaradas estaban vengados.

Aquél fue el único momento de gloria de Zadin. Las grandes láminas de aluminio del ala izquierda de su aparato se estaban desprendiendo a impulsos del torbellino de aire. El «A-4» empezó a estremecerse. Cuando Motti giró hacia la izquierda para el regreso, el ala se desprendió por completo. El «Skyhawk» se desintegró en el aire. En pocos segundos, el guerrero adolescente se estrelló contra las rocas basálticas del Golán; no era el primero en morir allí; tampoco sería el último. De los cuatro aviones de su escuadrilla, ninguno regresó a la base.

De la batería «MTA» no quedó casi nada. Los seis vehículos habían volado en fragmentos. De los noventa hombres que los tripulaban, el trozo más grande que se encontró fue el torso decapitado del comandante. Tanto él como Zadin habían prestado un buen servicio a sus países, pero como sucede con tanta frecuencia, esa conducta, que en otro tiempo u otro lugar habría podido inspirar versos heroicos a un Virgilio o un Tennyson, pasaron sin pena ni gloria. Tres días después, la madre de Zadin recibió la noticia por telegrama, enterándose nuevamente de que toda Israel compartía su dolor. Como si eso fuera posible en el caso de una mujer que había perdido a dos hijos varones.

Pero de este anónimo episodio quedo una nota al pie: la bomba sin armar se desprendió del avión desintegrado y continuó viaje, aún más hacia el este, hasta sepultarse lejos de los restos, a cincuenta metros de la casa ocupada por un granjero druso. Los israelíes no descubrieron la falta de esa bomba hasta tres días después, y sólo a veinticuatro horas de terminar la Guerra de Octubre pudieron reconstruir los detalles de su pérdida. Eso les puso ante un problema insoluble, pese a su imaginación. La bomba estaba en algún sitio, tras las líneas sirias, pero ¿dónde? ¿Qué avión la había llevado? ¿Dónde había caído el aparato? No era posible pedir a los sirios que la buscaran. Y ¿cómo decirlo a los norteamericanos, de quienes el «material nuclear especial» había sido tan diestra y trabajosamente obtenido?

Por tanto, la bomba permaneció ignorada, salvo para el granjero druso, que se limitó a cubrirla con dos metros de tierra y continuó cultivando su rocosa parcela.

1 EL VIAJE MÁS LARGO

Arnold van Damm se reclinó contra el respaldo de su sillón giratorio, con toda la elegancia de un muñeco de trapo arrojado a un rincón. Jack nunca lo había visto de chaqueta, salvo en presencia del presidente, y aun en esos casos no siempre. Se preguntó si para las ocasiones formales, las que requerían traje de etiqueta, haría falta que un agente del Servicio Secreto le apuntara con una pistola. Al verle la corbata suelta alrededor del cuello desabotonado, Jack Rvan se preguntó si alguna vez ajustaría el nudo. Las mangas de la camisa, a rayas azules, estaban arremangadas y sucias en los codos, porque acostumbraba leer los documentos apoyando los antebrazos en el escritorio, crónicamente atestado. Sin embargo, cuando se trataba de conversaciones importantes, Van Damm se reclinaba en el sillón y apoyaba los pies en un cajón del escritorio. Aunque apenas llegaba a los cincuenta años, el pelo gris ya le estaba raleando y tenía la cara arrugada, raída como un mapa viejo; pero, sus ojos azules estaban siempre alerta y su mente captaba con agudeza cuanto ocurría dentro o fuera de su campo visual. Esa característica venía con el cargo de jefe de personal del presidente.

Se sirvió una gaseosa dietética en un vaso de café, que por un lado tenía el emblema de la Casa Blanca y por el otro su apodo grabado: «Arnie»; luego miró al vicedirector de Inteligencia con una mezcla de cautela y afecto.

-¿Tienes sed?

-Me vendría bien una gaseosa de verdad, si tienes por ahí -repuso Jack y esbozó una sonrisa.

La mano izquierda de Van Damm desapareció de la vista y a continuación una lata roja describió una trayectoria que habría terminado en el regazo de Ryan, si éste no la hubiera cogido en el aire. En esas circunstancias, abrir la lata era un ejercicio traicionero, pero Jack la

apuntó ostentosamente hacia Van Damm y tiró de la parrilla. Aunque a uno no le gustara, se dijo, aquel hombre tenía estilo. No se dejaba afectar por su trabajo, excepto cuando era preciso. Esa ocasión no lo merecía. Arnold van Damm sólo se daba aires de importancia con los extraños. Con los íntimos no necesitaba actuar.

-El jefe quiere saber qué diablos pasa allá -empezó Ryan.

-Yo también -dijo Charles Alden, asesor presidencial de Seguridad Nacional mientras entraba en el despacho-. Lamento haberme retrasado, Arnie.

-Y nosotros también -replicó Jack Rvan-. Eso no ha cambiado en los dos últimos años. ¿Queréis saber lo mejor que tenemos?

-Claro -asintió Alden.

-La próxima vez que vayáis a Moscú, estad alerta a un gran conejo blanco, de chaleco y reloj de bolsillo. Si les ofrece un viaje conejera abajo, aceptad y luego contadme qué encontrasteis allí -dijo Ryan, fingiendo seriedad-. No soy uno de esos derechistas idiotas que echan de menos los tiempos de la Guerra Fría, pero en esa época los rusos al menos eran previsibles. Últimamente han empezado a actuar como nosotros: son más imprevisibles que el demonio. Lo divertido es que ahora comprendo cuántos dolores de cabeza le hemos dado a la KGB. En la Unión Soviética, la dinámica política cambia de día en día. Narmonov es el luchador político más hábil del mundo, pero cada vez que pone manos a la obra hay una nueva crisis.

-¿Qué clase de bicho es? -preguntó Van Damm. Tú lo conoces.

Alden había tratado personalmente con Narmonov. Amie no.

-Hablé con él sólo una vez -advirtió Ryan.

Alden se sentó en un sillón.

-Hemos estado viendo tus antecedentes, Jack. El jefe también. Caramba, casi logré que te respetara. Dos Estrellas de Inteligencia, el asunto del submarino y lo de Gerasimov. Dicen que las aguas quietas son las más profundas, hombre, pero nunca imaginé que lo fueran tanto. ¡Con razón Al Trent te considera tan sagaz! -La Estrella de Inteligencia era la más alta condecoración que otorgaba la CIA. Jack tenía tres, en realidad, pero el documento por el que se le otorgaba la tercera estaba guardado bajo llave, en sitio muy seguro, y era algo tan reservado que ni siquiera el nuevo presidente lo sabía ni llegaría a saberlo-. Demuestra tu sagacidad. Explícanos.

-Es uno de esos bichos raros. El caos le sienta de maravillas. Conozco médicos que son así. Hay algunos, unos pocos, que continúan trabajando en las salas de emergencia, reparando huesos rotos y cosas por el estilo, cuando todos los demás ya han sucumbido al agotamiento. Es que algunas personas se fortalecen con las presiones y la tensión nerviosa, Arnie. El es uno de ésos. No creo que en realidad le guste, pero es su punto fuerte. Ha de tener la constitución física de un caballo...

-Como casi todos los políticos -comentó Van Damm.

-Dichosos de ellos. Ahora bien, ¿sabe Narmonov hacia dónde va, realmente? Creo que sabe y no sabe, todo a un tiempo. Tiene alguna idea de hacia dónde está impulsando a su país; lo que no sabe es cómo llegar allí y qué hacer cuando llegue. Hay que tener cojones para eso.

-Conque el tipo te gusta.

-No era una pregunta.

-Podría haberme arrancado la vida con tanta facilidad como se destapa esta gaseosa, pero no lo hizo -admitió Rvan con una sonrisa-. Sí, eso me obliga a tenerle cierta simpatía. Hay que ser tonto para no admirarlo. Aunque todavía fuéramos enemigos, él seguiría inspirando respeto.

-¡Qué!. ¿Ya no somos enemigos? -pregunta Alden, con una sonrisa astuta.

-¿Cómo, hombre? -preguntó Jack fingiendo sorpresa-. ¡El dice que eso es cosa del pasado!

-Los políticos hablan mucho -gruñó el jefe de personal-Para eso se les paga. ¿Narmonov puede llegar?

Ryan miro por la ventana, disgustado, sobre todo porque no le era noble responder a la pregunta.

-Veámoslo así. Andrei Ilich es uno de los operadores políticos más hábiles que ellos han tenido nunca. Pero esta practicando, equilibrismo de altura. Es el mejor sin duda, pero ¿os acordáis de Karl Wallenda, el mejor equilibrista de altura de su tiempo? Terminó convertido en una mancha roja en la acera, porque tuvo un mal día en una profesión que sólo permite fallar una vez. Andrei Ilich está en el mismo aprieto. ¿Que si llegará? ¡Hace ocho años que todos preguntan lo mismo! Nosotros creemos que sí. Yo creo que sí. Pero... pero esto es tierra virgen, Arnie, qué joder. Nunca hemos pisado esto. El tampoco. Hasta esos malditos pronosticadores meteorológicos tienen una base de datos donde apoyarse. Los dos mejores historiadores rusos que tenemos son Jake Kantrowitz, de Princeton, y Derek Andrews, de Berkeley; en estos momentos, la diferencia entre ambos es de ciento ochenta grados. Hace dos semanas los hicimos venir a Langley. Personalmente, me inclino por la apreciación de Jake, pero nuestro analista ruso de más experiencia cree que es Andrews quien tiene la razón. Paguen y prueben suerte, señores. Eso es todo lo que podernos ofrecer. Si queréis verdades pontificiales, leed la Prensa.

Van Damm gruñó y siguió preguntando:

-¿Cuál es el próximo punto peligroso?

-El asunto de las nacionalidades -respondió Jack. Ni falta hace que te lo diga. Cómo se dividirá la Unión Soviética, qué repúblicas se separarán, cuándo y cómo, pacífica o violentamente. Narmonov se enfrenta a eso todos los días. Ese problema no va a desaparecer por las buenas.

-Es lo que vengo diciendo desde hace un año. ¿Cuánto tardará en estallar? -quiso saber Alden.

-Oye, fui yo quien dijo que Alemania Oriental tardaría cuanto menos un año en pasarse. Por entonces yo era el más optimista de la ciudad... y me equivoqué por once meses. Cualquier cosa que te digan es adivinación a ciegas.

-¿Hay otros puntos problemáticos? -preguntó Van Damm.

-Ahí está siempre el Oriente Medio... -Ryan vio que a Van Damm se le encendían los ojos.

-Queremos dedicarnos pronto a eso.

-Os deseo suerte. Nosotros trabajamos en ello desde los tiempos de Nixon y Kissinger, en las semifinales del setenta y tres. Se ha enfriado un poco, pero el problema fundamental sigue allí y tarde o temprano se va a derretir. La buena noticia, supongo, es que Narmonov no quiere saber nada de ese asunto. Tal vez tenga que apoyar a sus antiguos amigos vendiéndoles armas, con lo que puede hacer mucho dinero; pero si aquello estalla, él no apretará como en los viejos tiempos. Lo descubrimos con lo de Irak. Puede continuar enviando armas; aunque no lo creo, es posible. Pero no hará más que eso en apoyo de un ataque árabe contra Israel. No sacará sus naves ni alertará a las tropas. Dudo que esté dispuesto siquiera a respaldarlos si sacuden un poco los sables. Andrei Ilich dice que esas armas son defensivas y creo que lo dice en serio, pese a los comentarios que nos hacen llegar los israelíes.

-¿Estás seguro? -preguntó Alden-. El Departamento de Estado no piensa lo mismo.

-El Departamento de Estado se equivoca -aseguró Ryan.

-Tu jefe también -señaló Van Damm.

-En ese caso, debo manifestar mi respetuoso desacuerdo con la evaluación de Inteligencia.

Alden asintió con la cabeza.

-Ahora sé por qué Trent te estima tanto. No hablas como un burócrata. ¿Cómo has hecho para durar tanto diciendo lo que piensas?

-Tal vez yo sea el botón de muestra. -Ryan se echó a reír; luego volvió a ponerse serio-. Pensadlo bien. Con todos los problemas de minorías que tiene entre manos, tomar un papel activo representa tantos peligros como ventajas. No; él vende armas por moneda fuerte y sólo cuando no hay moros en la costa. Es cuestión de negocios v nada más.

-Entonces, si buscamos un modo de arreglar las cosas... -musitó Alden.

-Hasta es posible que él colabore. A lo sumo, se mantendrá a un lado, mascullando por no poder participar. Pero dime, ¿cómo pensáis arreglar las cosas?

-Aplicando un poco de presión sobre Israel -respondió Van Damm.

-Eso es una tontería, por dos motivos. Es un error presionar a Israel mientras no se reduzcan sus problemas de seguridad. Y sus problemas de seguridad no se aliviarán mientras no se solucionen algunos puntos fundamentales.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, el que provoca este conflicto. -«Lo que todo el mundo pasa por alto», pensó Ryan.

-Es un asunto religioso, ¡pero los muy tontos creen en las mismas cosas! -gruñó Damm-. El mes pasado leí el Corán y dice lo mismo que me enseñaban en la escuela dominical.

-Es cierto -reconoció Ryan-. Y con eso ¿qué? Tanto católicos como protestantes creen que Cristo es hijo de Dios, pero eso no impidió que estallara Irlanda del Norte. Para los judíos, ese país: es el lugar más seguro del mundo. Esos cristianos chiflados están tan ocupados matándose mutuamente que no tienen tiempo para el antisemitismo. Mira, Arnie, por leves que nos parezcan las diferencias religiosas, para ellos son lo bastante grandes como para justificar una matanza. No se necesita más.

-Creo que tienes razón -reconoció el jefe de personal a desgana. Después de pensar un momento, agregó-: ¿Jerusalén, dices?

-¡Has acertado! -Rvan terminó su gaseosa y estrujó la lata antes de arrojarla al cesto- La ciudad es sagrada para tres religiones (considerémoslas como tres tribus), pero físicamente pertenece sólo a una de ellas, que está en guerra con las otras dos. La situación inestable de la legión requiere llevar algunas tropas al lugar, pero ¿qué tropas? Recordad que no hace mucho algunos locos islámicos quisieron volar La Meca. Si ponemos fuerzas de seguridad árabes en Jerusalén, creamos una amenaza a la seguridad de Israel. Si las cosas continúan como están, sólo con una fuerza israelí, ofendemos a los árabes. Ah, me olvidaba de la ONU. A Israel no le gustará, porque allí no han tratado demasiado bien a los judíos. A los árabes tampoco les gustará, porque allí hay demasiados cristianos. Y a nosotros no nos gustará porque a la ONU no le caemos demasiado bien. La única organización internacional disponible se ha ganado la desconfianza de todo el mundo. Callejón sin salida.

-Pero el presidente quiere intervenir en esto -señaló el jefe de personal. «Tenemos que hacer algo para dar la impresión de que hacemos algo.»

-Bueno, la próxima vez que se reúna con el Papa, puede pedirle una intercesión de alto nivel.

La sonrisa irreverente de Jack se congeló por un momento. Van Damm creyó que se reprochaba a sí mismo por haber hablado mal del presidente, cosa que no le gustaba. Pero luego la cara de Ryan quedó en blanco. Arnie, que no lo conocía muy bien, no reconoció su expresión de «esperad un momento».

El jefe de personal rió entre dientes. Al presidente no le haría daño entrevistarse con el Papa. Eso daba buena imagen ante los votantes; después ofrecería una cena bien publicitada al B'nai B'rith para demostrar que apreciaba a todas las religiones. En realidad, Van Damm sabía que el presidente sólo iba a la iglesia para exhibirse, ahora que sus hijos habían crecido. Ése era uno de los chistes de la vida: la Unión Soviética estaba volviendo a la religión, en busca de valores sociales, pero la izquierda norteamericana le había vuelto la espalda tiempo atrás y no tenía intenciones de volver a ella, por temor a encontrar los mismos valores que los rusos estaban buscando. Van Damm se había iniciado como feligrés de la izquierda, pero curó de ellos con veinticinco años de experiencia en el Gobierno. Ahora desconfiaba con idéntico fervor de las ideologías de ambos lados. Era de los que buscan soluciones con un solo atractivo: que sirvan. Esas ensoñaciones políticas lo apartaron por un momento de la discusión.

-¿Se te ocurre algo, Jack? -preguntó Alden.

-Bueno... Todos nosotros somos «gente del libro», ¿no? -musitó Ryan, entreviendo un pensamiento nuevo en la neblina.

-¿Y qué?

-Pues el Vaticano es un país de verdad, con representación diplomática, aunque sin fuerzas armadas... Son suizas... y Suiza es neutral. Ni siquiera integra las Naciones Unidas. Los árabes tienen sus fondos allí... Caramba, ¿y si lo aceptaran?

La cara de Ryan volvió a quedar en blanco. Van Damm vio que sus ojos se enfocaban al encenderse la bombilla. Siempre lo entusiasmaba ver nacer una idea, pero no tanto cuando no sabía de qué se trataba.

-¿Si aceptara qué? ¿Quiénes? -preguntó el jefe de personal con cierto fastidio.

Alden se limitaba a esperar.

Ryan se explicó:

-Lo cierto es que gran parte de este alboroto es por Tierra Santa, ¿no? Yo podría hablar con algunos de mis conocidos de Langley. Tenemos muy buenas...

Van Damm se reclinó en su sillón.

-¿Qué clase de contactos tienes? ¿Hablarías con el nuncio? Ryan meneó la cabeza.

-El nuncio es un anciano simpático, el cardenal Giancatti, pero está allí sólo para mostrar la cara y sonreír. Con tanto tiempo como llevas aquí, Arnie, deberías saberlo. Cuando uno quiere hablar con gente que sepa, recurre al padre Riley, de Georgetown. Él me preparó cuando cursé el doctorado en la universidad de Georgetown. Somos bastante íntimos. Y él se entiende con el general.

-¿Quién?

-El padre general de la Compañía de Jesús. Es jefe de los jesuitas, un español llamado Francisco Alcalde. El y el padre Tim enseñaban en la Universidad de San Roberto Bellarmino, en Roma. Los dos son historiadores y el padre Tim es su representante no oficial en Estados Unidos. ¿No conoces al padre Tim?

-No. ¿Vale la pena?

-Oh, sí. Fue uno de mis mejores maestros. Conoce la capital por dentro y por fuera. Tiene buenos contactos en la casa central.

Ryan sonrió, pero Van Damm no captó el chiste. -¿Puedes organizar un almuerzo discreto? -preguntó Alden-. Aquí no; en algún otro lugar.

-En el «Cosmos Club» de Georgetown. El padre Tim es socio. El Club Universitario está más cerca, pero...

-Está bien. ¿Ese hombre sabe guardar un secreto?

-!Es un jesuita! -Ryan se echó a reír-. No eres católico, ¿verdad?

-¿Para cuándo podrías concertarlo?

-Para mañana o pasado. ¿De acuerdo?

-¿Qué me dices de su lealtad? -preguntó Van Damm.

-El padre Tim es ciudadano estadounidense. Pero además es sacerdote; ha jurado lealtad a una autoridad que, por naturaleza, considera superior a la Constitución. Puedes estar seguro de que cumplirá con todas sus obligaciones, pero no olvides cuáles son esas obligaciones -advirtió Ryan-. Tampoco puedes ir de mandón.

-Organiza el almuerzo. Al parecer, me conviene conocer a ese hombre. Dile que es para entablar relación -sugirió Alden-. Que sea cuanto antes. Mañana y pasado tengo el mediodía libre.

-Sí, señor.

Ryan se puso de pie.

El «Cosmos Club» está situado en la esquina de las avenidas Massachusetts y Florida, en la ex casa solariega de Summer Welles. A los ojos de Ryan le faltaba algo: unas quince hectáreas de campos ondulantes, un establo con caballos purasangre y algún zorro contumaz que el propietario intentaría cazar sin demasiado empeño. La mansión nunca había ostentado ese ambiente circundante; Ryan se preguntó por qué un hombre que conocía tan a fondo el funcionamiento de la ciudad la había hecho construir con un estilo tan impropio de la realidad

de Washington. Organizada como club de la inteligencia (la condición de socio no se otorgaba por la fortuna, sino por los «logros»), en Washington se la conocía por las conversaciones eruditas y la mala comida, en una ciudad llena de restaurantes mediocres. Ryan condujo a Alden a un pequeño reservado del piso superior.

Allí los esperaba el padre Timothy Riley, sacerdote jesuita, que hojeaba el Post de esa mañana con una pipa entre los dientes. Al alcance de la mano derecha tenía una copa de jerez. Vestía una camisa arrugada y una chaqueta que necesitaba planchado, en lugar de su formal atuendo de sacerdote hecho a medida por uno de los mejores sastres de la avenida Wisconsin Avenue, que reservaba para las reuniones importantes. No obstante, llevaba el cuello clerical blanco rígido y brillante: Jack tuvo la súbita idea de que, pese a sus años de educación católica, ignoraba de qué estaba hecho. ¿De algodón almidonado? ¿De celuloide, como los cuellos desmontables de la época de su abuelo? En cualquier caso, su rigidez debía de recordar a quien lo usara su lugar en este mundo y en el venidero.

-¡Hola, Jack!

-Hola, padre. Le presento a Charles Alden. El padre Tim Riley.

Intercambiaron apretones de manos y se sentaron. Un camarero tomó nota de lo que iban a beber y al salir cerró la puerta.

-¿Cómo marcha tu nuevo trabajo, Jack? -pregunto Riley.

-Los horizontes siguen ampliándose -admitió Ryan escuetamente. El sacerdote ya debía de saber qué problemas tenía Jack en Langley.

-Se nos ha ocurrido una idea sobre Oriente Medio y Jack sugirió que sería conveniente analizarla con usted -dijo Alden, para entrar en tema. Tuvo que interrumpirse, pues el camarero trajo las bebidas y la carta. La exposición de la idea le llevó varios minutos.

-¡Muy interesante! -comentó Riley.

-¿Qué opina usted? -quiso saber el asesor de Seguridad Nacional.

-Interesante... -El sacerdote guardó silencio por un momento.

-¿Y el Papa querría...?

Ryan interrumpió a Alden con un gesto de la mano. No se podía apremiar a Riley cuando pensaba. Después de todo, era historiador; los historiadores no tienen la prisa de los médicos.

-Es elegante, por cierto -observó el sacerdote, al cabo de treinta segundos-. Pero los griegos serán un problema serio.

-¿Los griegos? ¿Por qué? -preguntó Ryan, sorprendido.

-En estos momentos, la combatividad corre por cuenta de los ortodoxos griegos. A cada rato se trenzan con nosotros por nimiedades administrativas. Como sabéis, los rabinos y los imanes son, en la actualidad, más cordiales que los sacerdotes cristianos. Eso es lo extraño de la gente religiosa: resulta difícil prever cómo reaccionarán. De cualquier modo, los problemas entre griegos y romanos son administrativos: a quién le corresponderá custodiar determinado sitio y ese tipo de cosas. El año pasado hubo jaleo por decidir a quién le correspondía la Misa del Gallo en la iglesia de la Natividad de Belén. Es muy desagradable, ¿verdad?

-¿Quiere usted decir que esto no servirá porque dos iglesias católicas no pueden...?

-Dije que podría haber un problema, doctor Alden, no que no serviría. Riley hizo una pausa-. Habrá que ajustar la troika... pero dado el carácter de la operación, creo que podemos obtener la cooperación que se necesita. De cualquier modo, vosotros vais a tener que asociar a los griegos ortodoxos, porque ellos y los musulmanes se entienden muy bien.

-¿Por qué? -preguntó Alden.

-Cuando Mahoma huyó de La Meca, perseguido por paganos premusulmanes, recibió asilo en el monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí; es un templo ortodoxo griego. Ellos lo cuidaron cuando necesitaba de amigos. Mahoma era un hombre de honor: desde entonces, ese monasterio goza de la protección de los musulmanes. En más de mil años no ha tenido ningún problema, pese a todas las cosas horribles que han ocurrido en la zona. La verdad, el Islam tiene mucho de admirable. Los occidentales solemos pasarlo por alto por culpa de ciertos locos que se autoproclaman musulmanes. ¡Como si los cristianos no tuviéramos el mismo

Librodot

problema! Allí hay mucha nobleza; además, tienen una tradición de estudio y erudición que inspira respeto. Lástima que aquí nadie sabe mucho de eso -concluyó Riley.

-¿Algún otro problema conceptual? -preguntó Jack. El padre Tim se echó a reír.

-¡El Concilio de Viena! ¿Cómo te olvidaste de eso, Jack?

-¿Qué? -balbuceó Alden, fastidiado.

-Mil ochocientos quince. ¡Lo sabe todo el mundo! Cuando terminaron definitivamente las guerras napoleónicas, los suizos se vieron obligados a prometer que jamás exportarían mercenarios. Pero estoy seguro de que podemos buscar un giro. Disculpe, doctor Alden. La guardia papal se compone de mercenarios suizos, tal como en otros tiempos la del rey francés. Todos ellos murieron defendiendo al rey Luis y a María Antonieta. Lo mismo estuvo por ocurrir una vez con las tropas del Papa, pero contuvieron al enemigo mientras un pequeño destacamento trasladaba al Santo Padre a lugar seguro; si no me equivoco, fue Castelgandolfo. En otros tiempos, los mercenarios eran el principal producto suizo de exportación; donde-quiera iban inspiraban miedo. En la actualidad, los guardias suizos del Vaticano están sólo como decorado, pero hubo épocas en que cubrían una necesidad muy real. El hecho es que, dada la reputación feroz de los mercenarios suizos, se agregó un punto al Concilio de Viena con el que se puso fin a las guerras napoleónicas; los suizos se comprometieron a no permitir que sus soldados combatieran sino en su propia patria y en el Vaticano. Pero ése es un problema trivial, tal como he dicho. A los suizos les encantaría poder colaborar en la solución de este conflicto. De ese modo incrementarían su prestigio en una zona donde abunda el dinero.

-Claro -observó Jack-. Sobre todo, si nosotros les proporcionamos el equipo. Tanques «M-1», vehículos de combate Bradley, comunicación celular...

-Anda, Jack -protestó Riley.

-No es broma, padre. El carácter de la misión requerirá armamento pesado... aunque sólo sea para impacto psicológico. Hay que demostrar que uno va en serio. Logrado eso, el resto de la fuerza puede llevar sus hachas de guerra, sus uniformes de Miguel Angel y sus sonrisas ante las cámaras. Pero siempre se necesitará una pistola para ganar contra cuatro ases, sobre todo allá.

Riley reconoció que era cierto.

-Me gusta la elegancia del proyecto, señores. Apela a la nobleza. Todos los involucrados aseguran creer en Dios, bajo un nombre u otro. Y apelando a ellos en el nombre de El... Humm, ésa es la clave, ¿no? La Ciudad de Dios. ¿Para cuándo necesitáis la respuesta?

-El asunto no es de prioridad absoluta -respondió Alden.

Riley captó el mensaje. El asunto interesaba oficialmente a la Casa Blanca, pero no era algo que pudiera apresurarse. Tampoco se lo podía sepultar en el fondo de un cajón. Antes bien, era una averiguación de trastienda, a ejecutar expeditivamente y muy en silencio.

-Bueno, tiene que pasar por la burocracia. La burocracia del Vaticano es la más antigua e ininterrumpida del mundo, no lo olvidemos.

-Por eso hemos venido a hablar con usted -señaló Ryan-. El general puede abreviar toda esa porquería.

-¡Ese no es modo de referirse a los príncipes de la Iglesia, Jack! -Riley estuvo a punto de estallar en una carcajada.

-Soy católico, ¿recuerda?

-Les enviaré una línea -prometió Riley. «Hoy mismo», decían sus ojos.

-Discretamente -acentuó Alden.

-De acuerdo.

Diez minutos después, el padre Timothy Riley estaba de nuevo en su coche, para cubrir el breve trayecto hasta su oficina de Georgetown. Su mente ya estaba funcionando. Ryan había acertado al mencionar las relaciones del padre Tim y su importancia. El sacerdote iba componiendo su mensaje en griego del Atica, el idioma de los filósofos, que en el mundo apenas dominan cincuenta mil personas; el idioma en el cual había estudiado a Platón v

Aristóteles en el seminario de Woodstock, Matyland, muchos años atrás.

Ya en su oficina, dijo a su secretario que no le pasara ninguna llamada, cerró la puerta y encendió su ordenador personal. Insertó un disco que le permitiría utilizar caracteres griegos. Riley no era buen mecanógrafo (el hecho de tener secretario y ordenador erosiona rápidamente esa habilidad) y tardó una hora en producir el documento. Una vez impreso, resultó una carta de nueve folios a doble espacio. Por fin, el sacerdote abrió un cajón de su escritorio y marcó el código de una caja fuerte, pequeña pero muy segura, disimulada en lo que pare-cía un cajón de archivo. Allí, tal como Ryan sospechaba desde hacía mucho, había un libro de claves, trabajosamente impreso a mano por un joven sacerdote del personal del padre general. Riley no pudo menos que reír. No era algo que uno pudiera asociar con el sacerdocio. En 1944, cuando el almirante Chester Nimitz sugirió al cardenal Francis Spellman, vicario general católico del Ejército norteamericano, que tal vez hiciera falta un nuevo obispo en las islas Marianas, el cardenal había sacado su libro de claves y utilizado la red de comunicaciones de la Marina estadounidense para hacer nombrar un nuevo obispo. Como cualquier otra organización, la Iglesia católica necesitaba de vez en cuando un medio de comunicación libre de riesgos; el servicio de claves del Vaticano operaba desde hacía siglos. En este caso, la clave del día era un largo párrafo del discurso de Aristóteles sobre el Ser, con siete palabras eliminadas y cuatro grotescamente mal escritas. Un programa de codificación comercial se encargaba del resto. Luego hubo que imprimir otra vez la carta y dejarla a un lado. Después de apagar el ordenador, borrando toda memoria del comunicado, Riley envió la carta al Vaticano por fax y destruyó las copias existentes. Todo aquello requirió tres horas de ardua labor. Cuando informó a su secretario que estaba listo para volver a sus funciones, comprendió que tendría que trabajar hasta muy entrada la noche. A diferencia de cualquier empresario vulgar, Riley no blasfemó.

-Esto no me gusta -dijo Leary en voz baja, detrás de sus prismáticos.

-A mí tampoco -asintió Paulson.

La imagen que él veía a través de la mira telescópica era menos panorámica y mucho más centrada. Aquella situación no era precisametne agradable. El sujeto era alguien al que el FBI buscaba desde hacía más de diez años, por haber participado en la muerte de dos agentes especiales y un comisario. John Russell, alias Matt Murphy, alias Richard Burton, alias Oso Colorado, había desaparecido en el cálido abrazo de algo denominado Sociedad de Guerreros de la Nación Sioux. John Russell tenía poco de guerrero. Había nacido en Minnesota, lejos de la reserva sioux; era un ratero cuya única condena lo había enviado a la cárcel. Allí descubrió su etnia y comenzó a pensar y comportarse como un pervertido americano nativo, el cual, a los ojos de Paulson, tenía más de Mijail Bakunin que de Cochise o Toohoolhoolzote. Después de incorporarse a otro movimiento nacido en la prisión, el Movimiento Indio Americano, Russel participó en cinco o seis acciones radicales, que terminaron con la muerte de tres agentes federales. Luego desapareció. Pero tarde o temprano todos se iban al demonio, y ese día le tocaba a John Russell. Al arriesgarse a traficar drogas hacia Canadá para obtener dinero, la Sociedad de Guerreros había cometido un error; sus planes llegaron a oídos de un informante de la Policía federal.

Se encontraban en los fantasmagóricos restos de una ciudad rural, a nueve kilómeros de la frontera canadiense. El equipo de rescate de rehenes del FBI no tenía ningún rehén que rescatar, como de costumbre. Los diez hombres empleados para esa misión, al mando del supervisor de brigada Dennis Black, estaban bajo el control administrativo del agente especial responsable de la oficina local. Hasta allí había llegado el proverbial profesionalismo del FBI. El agente especial responsable de la zona había elaborado una compleja emboscada que comenzó mal y estuvo a punto de acabar en un desastre. Ya había tres agentes hospitalizados por un accidente de tráfico y otros dos con graves heridas de bala. Entre los sujetos, se sabía que uno había muerto y tal vez otro estuviera herido, pero por el momento no había nada

seguro. El resto, tres o cuatro (de eso tampoco estaban seguros), se había refugiado en lo que quedaba de un motel. Lo que sabían con certeza era que, o bien en el motel aún había línea o, más probablemente, los sujetos tenían un teléfono con el que habían llamado a la Prensa. Lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos era una confusión tan magnífica que habría provocado la admiración de Phineas T. Barnum. El agente especial al mando trataba de salvar los restos de su reputación profesional aprovechando a los periodistas. Pero aún no había descubierto que no era lo mismo entenderse con un equipo de televisión de Denver o Chicago que con los periodistas locales, recién salidos de la academia. Resultaba muy difícil llevar la voz cantante entre profesionales de la Prensa.

-Bill Shaw le va a arrancar los cojones -comentó Leary en voz baja.

-¡De mucho nos servirá eso! -replicó Paulson con un resoplido-. Por otra parte, ¿de qué cojones me hablas?

-¿Averiguaron algo? -preguntó Black por el transmisor de radio.

-Se ve movimiento, pero no podemos identificar a nadie -respondió Leary-. Hay poca luz. Esos tíos pueden ser tontos, pero no están locos.

-Los sujetos pidieron un periodista una cámara de televisión y el agente especial responsable ha accedido.

-¡Por Dios! Denis, ¿le has...? -Paulson casi perdió los estribos.

-Sí, lo hice -replicó Black-. Estamos a sus órdenes.

El negociador del FBI, un psiquiatra con dolorosa experiencia en esos asuntos, estaba aún a dos horas de viaje, y el agente especial responsable quería algo que pudiera aparecer en los noticiarios de la noche. Black habría querido estrangularlo, pero no podía, desde luego.

-No puedo arrestar a ese tipo por inepto-dijo Leary, cubriendo el auricular con una mano. «Bueno, lo único que les falta a esos bastardos es un rehén. ¿Por qué no darles uno? Así el negociador tendrá algo que hacer.»

-Habla conmigo, Dennis -dijo Paulson, cogiendo el auricular.

-Por orden mía, aplicaremos las reglas de enfrentamiento -especificó el agente especial supervisor Black-. El equipo periodístico lo integran una mujer de veintiocho años, rubia, ojos azules, estatura media, y un camarógrafo negro de casi un metro noventa. Les indiqué hacia dónde caminar. El tipo tiene buena cabeza y es decidido.

-Entendido, Dennis.

-¿Cuánto hace que tienes el fusil, Paulson? -preguntó Black.

Los manuales establecen que un francotirador no puede permanecer en posición de disparo más de treinta minutos; pasado ese período, el observador y el francotirador deben intercambiar posiciones. Dennis Black decidió que alguien debía respetar los reglamentos.

-Unos quince minutos, Dennis. Estoy bien... bueno, ya veo a los periodistas.

Estaban muy cerca: apenas a ciento quince metros de la puerta del edificio. No había suficiente luz. En hora y media se pondría el sol. El día había sido bochornoso. Un cálido viento del sudoeste castigaba la pradera y el polvo ardía en los ojos. Lo peor era que el viento soplaba a setenta y cinco kilómetros por hora y cruzaba directamente su línea visual. Semejante ráfaga podía desviar una bala hasta en diez centímetros.

-El equipo está listo para apoyar -informó Black-. Obtuvimos autorización del agente especial.

-Bueno, al menos el tío no es del todo estúpido -repuso Leary por el transmisor. Furioso como estaba, no le importaba que el agente especial responsable pudiera oírlo. Probablemente el idiota volvería a atragantarse.

Tanto el francotirador como el observador llevaban uniformes de camuflaje. Habían tardado dos horas, pero al final habían conseguido una buena posición: confundidos entre los arbustos achaparrados y la hierba de la pradera. Leary observó a los periodistas que se acercaban. La muchacha era bonita, aunque el viento, seco y fuerte, debía de estar arruinándole el pelo y el maquillaje. El cámara parecía un ex jugador de béisbol, rápido y

fuerte, capaz de abrirle camino a Tony Wills, el nuevo y estupendo halfback de los Vikingos. Leary apartó esas imágenes de su mente.

-El camarógrafo lleva chaleco. La muchacha no. «Estúpida -pensó Leary-. Sin duda Dennis te explicó lo que esos bastardos se traen entre manos.»

-Dermis dijo que el hombre era inteligente. -Paulson apuntó el fusil hacia el edificio-. ¡Hay movimiento en la puerta! -Obremos con inteligencia -murmuró Leary.

-Sujeto uno a la vista -anunció Paulson-. Sale Russell. Francotirador uno sobre el blanco.

-Lo tengo -respondieron tres voces al instante.

John Russell era un hombre corpulento. Su metro noventa y dos y sus ciento veinte kilos habían sido atléticos en otro tiempo, pero ahora estaba fofo y lleno de grasa. Llevaba vaqueros, el pecho desnudo y una cinta en la frente, sujetándole el pelo largo y negro. Tenía el torso lleno de tatuajes; algunos habían sido hechos por un profesional, pero la mayoría del tipo que se ejecuta en las cárceles con lápiz y punzón. Pertenecía a esa clase de hombres que la Policía prefiere tratar con un revólver en la mano. Se movía con esa perezosa arrogancia que revela la poca disposición a obedecer las reglas.

-El sujeto uno lleva un revólver -informó Lean al resto del equipo. «Parece un Smith...»-. Yo... eh... Denis, hay algo raro en él.

-¿Qué? -preguntó Black.

-Mike tiene razón -confirmó Paulson tras examinar la cara del hombre con sus prismáticos-. No me gusta, Dennis. Está drogado. ¡Di a esos periodistas que vuelvan!

Pero ya era demasiado tarde.

Paulson mantenía la cabeza del hombre en la mirilla. Russell ya no era una persona: era un sujeto, un blanco. El equipo tenía autorización para intervenir: al menos en eso el agente especial responsable había acertado. Si algo salía muy mal, el equipo de rescate de rehenes tenía libertad de ejecutar cualquier acción que su jefe considerara apropiada. Paulson, como francotirador, tenía instrucciones muy concretas: si el sujeto parecía amenazar de muerte a cualquier persona, el dedo índice de su mano derecha aplicaría una fuerza de dos kilos al gatillo del fusil de precisión.

-Conservemos la calma, por el amor de Dios -susurró el francotirador.

La mira telescópica tenía líneas cruzadas y marcas estadimétricas. Paulson volvió a calcular el alcance; luego se reacomodó, mientras su cerebro trataba de medir la fuerza del viento. La retícula de la mira estaba fija en la cabeza de Russell, exactamente en la oreja que ofrecía un buen blanco.

La escena era tragicómica. La periodista sonreía y movía su micrófono de un lado a otro. El corpulento cámara enfocaba el objetivo con un potente foco conectado a una batería portátil. Russell hablaba con éntasis, pero ni Lean ni Paulson oían una palabra, por efecto del viento. Su expresión fue colérica desde un principio. Pronto cerró el puño izquierdo y empezó a flexionar los dedos de la mano derecha sobre la culata del revólver. El viento agitaba la camisa de seda de la periodista, ciñéndosela al torso, libre de sostén. Leary recordó que Russell tenía fama de perverso atleta sexual. Pero en su cara había una extraña vacuidad. Sus expresiones mudaban de la apatía a la pasión, en un vaivén que sólo podía deberse a un producto químico, al que se agregaba la tensión de verse rodeado por agentes del FBI. De pronto se calmó, pero no era una calma normal.

«Ese gilipollas del agente especial responsable... -juró Leary, para sus adentros Tendríamos que retirarnos y esperar a que salieran. La situación está bajo control. No pueden escapar. Podríamos negociar por teléfono v esperar a...»

-!Cuidado!

La mano libre de Russell había cogido a la periodista por el brazo derecho. Ella trató de liberarse, pero apenas tenía una mínima fracción de la fuerza necesaria para conseguirlo. El cámara avanzó, apartando una mano de la Sony. Era grande y fuerte. Habría podido imponerse, pero su movimiento no hizo sino provocar a Russell, que movió el revólver.

-¡En la mira, en la mira! -apremió Paulson.

«¡Para, idiota, PARA!» No podía permitir que el arma subiera mucho. Su cerebro funcionaba a toda prisa, evaluando la situación. Una «Smith & Wesson», tal vez del 44. Producía heridas terribles y grandes hemorragias. Tal vez Russell sólo daba énfasis a sus palabras, pero Paulson no sabía qué palabras eran ésas. Tampoco le importaba saberlo. Probablemente estaba diciendo al negro de la cámara que se detuviera. El arma parecía apuntar más hacia él que hacia la muchacha, pero continuaba subiendo y...

El seco estallido del fusil detuvo el tiempo como en un fotograma. El dedo de Paulson se movio por voluntad propia: su adiestramiento había asumido la situación. El fusil reculó con fuerza, pero la mano del francotirador ya estaba cargando otro proyectil. Sin embargo, el viento desvió la bala de Paulson ligeramente hacia la derecha. En lugar de atravesar la cabeza por su centro, el proyectil penetró por delante de la oreja y, al chocar contra el hueso, se fragmentó. La cara del sujeto fue explosivamente arrancada del cráneo. Nariz, ojos y frente desaparecieron en una niebla roja. Sólo quedaba la boca, abierta y aullante, mientras la sangre brotaba como de una ducha obstruida. Russell, en su ultimo arresto de vida, disparó contra el cámara antes de caer hacia delante, sobre la periodista. El negro cayó al suelo. La muchacha permanecía de pie, aún incapaz de horrorizarse de la sangre y el tejido que le cubría la ropa y la cara. Por un instante las manos de Russell arañaron una cara que ya no estaba allí y luego quedaron in-móviles. Los auriculares de Paulson gritaban: «¡AVANZAD, AVAN-ZAD!», pero él apenas lo tuvo en cuenta. Colocó la segunda bala en el cargador y vio una cara en una ventana del edificio. La conocía de fotografías. Era otro sujeto, uno de los malos. Y allí también había un arma; parecía un viejo «Winchester» de palanca. Se estaba moviendo. El segundo disparo de Paulson fue mejor que el primero: atravesó la frente del sujeto dos, llamado William Ames.

El tiempo volvió a ponerse en marcha. Los miembros del equipo de rescate se lanzaron a la carrera, con sus monos negros y sus chalecos antibalas. Dos de ellos se llevaron a la periodista a rastras. Otros dos hicieron lo mismo con el negro, que seguía aferrado a su cámara, protegiéndola contra el pecho. Otro arrojó una granada por la ventana, mientras Dennis Black y los tres miembros restantes irrumpían por la puerta abierta. No hubo más disparos. Quince segundos después, la radio volvió a crepitar.

-Aquí el jefe de equipo. Edificio inspeccionado. Dos sujetos muertos. El sujeto dos es William Ames. El tres es Ernest Thorn; parece haber muerto hace rato de dos disparos en el pecho. Armas neutralizadas. No hay peligro. Repito: no hay peligro.

-!Por Dios! -Era el primer tiroteo de Leary tras diez años de servicio en el FBI.

Paulson dejó su arma se incorporó sobre las rodillas; plegó las patas del trípode y trotó hacia el edificio. El agente especial al mando le había ganado de mano. Estaba junto al cadáver de John Russell, con la automática en la mano. Por fortuna, la parte anterior de la cabeza no estaba a la vista. Hasta la última gota de su sangre mojaba la acera de asfalto resquebrajado.

-!Buen trabajo! -dijo el agente especial responsable. Ése fue su último error en un día repleto de ellos.

-¡Pedazo de burro, gilipollas de mierda! -Paulson lo empujó contra la pared-. !Estos hombres han muerto por tu culpa!

Leary se interpuso y apartó a Paulson del sorprendido superior. En ese momento apareció Dennis Black con la cara impávida.

-Limpiad esa porquería -dijo, y se llevó a sus hombres antes de que ocurriera algo má - ¿Como está ese periodista?

El Cámara yacía de espaldas, con la Sony encendida. La periodista, de rodillas, vomitaba; tenía sobrados motivos.. Un agente le había limpiado le cara, pero su fina camisa era una obscenidad roja que ocuparía sus pesadillas por varias semanas.

-¿Están bien? -preguntó Dennis- ¡Apague esa maldita cámara!

El hombre dejó la Sony y apagó el foco. Luego meneó la cabeza, tocándose un punto por debajo de las costillas.

-Gracias por el consejo, tío. Tengo que agradecerles a los que hicieron este chaleco. Creo que... -La voz se le apagó. Por fin comprendía lo que había pasado. Empezaba el shock-. ¡Oh, Dios! ¡Oh, misericordia divina!

Paulson se dirigió hacia el Chevy Carryall y guardó el fusil en su estuche. Leary y otro agente lo acompañaron, diciéndole que había hecho lo correcto. Insistirían hasta que Paulson superara la tensión. No era la primera vez que el francotirador mataba a alguien, pero siempre había cosas que lamentar. La secuela de un tiroteo real no incluye una tanda comercial.

La periodista cayó en la previsible histeria postraumática. Se arrancó la camisa empapada de sangre, sin reparar en que debajo no tenía nada. Un agente la cubrió con una manta y trató de tranquilizarla. En el lugar estaban convergiendo otros equipos de periodistas, la mayoría de los cuales se encaminaban hacia el edificio. Dennis Black reunió a su gente y les ordenó que guardaran sus armas y ayudaran a atender a los dos civiles. La muchacha se recuperó en pocos minutos. Preguntó si aquello había sido realmente necesario, pero cuando se enteró de que el cámara seguía vivo gracias al chaleco antibalas que el FBI había recomendado a ambos y que ella rechazara, entró en una fase de júbilo, felicísima de estar todavía con vida. Pronto volvería el shock, pero era una periodista brillante, pese a su juventud e inexperiencia, y ya había aprendido algo importante: la próxima vez prestaría oídos a los buenos consejos. Las pesadillas no harían sino subrayar la importancia de la lección. Treinta minutos después se puso de pie sin ayuda de nadie y, tras cambiarse de ropa, hizo un relato sereno, aunque algo trémulo, de lo que habla ocurrido. Pero sería el material filmado lo que impresionaría a la gente de Black Rock, sede de la »CBS». El cámara recibiría una carta personal del jefe del Departamento de Noticias. Ese material filmado lo tenía todo: dramatismo, muerte, una periodista audaz y atractiva. Constituiría el plato fuerte del noticiario de la noche, en un día por lo demás carente de informaciones, y a la mañana siguiente se lo repetiría por todas las emisoras de la red. En cada caso, el locutor advertiría con aire solemne que las escenas contenían imágenes muy fuertes y, de ese modo, los telespectadores entenderían que se estaba por emitir algo bien jugoso. Como todo el mundo tendrían más de una oportunidad de ver el suceso, muchos prepararían sus vídeos para la segunda ocasión.

Una de esas personas era el jefe de la Sociedad de Guerreros. Se llamaba Marvin Russell.

Todo había empezado de modo bastante inocente. Despertaba con el estómago revuelto. Los trabajos matutinos le fatigaban. No se sentía del todo bien. «Ya has dejado atrás los treinta -se decía-. No eres un niño.» Por lo demás, siempre había sido vigoroso. Tal vez fuera un resfriado, un virus, los efectos prolongados de algún líquido contaminado, alguna porquería en el estómago. Se lo quitaría trabajando. Agregó peso a su mochila y se habituó a llevar un cargador lleno en su fusil. Se había vuelto perezoso, nada más, pero eso tenía fácil remedio para alguien tan decidido como él.

Por un mes o dos, sirvió. Se sentía todavía más cansado, pero era de esperar, con los cinco kilos extra que cargaba. Recibía de buen grado esa fatiga adicional, prueba de su virtud de guerrero. Volvió a las comidas más sencillas y se obligó a adoptar mejores hábitos de descanso. Eso lo ayudó. Los dolores musculares seguían siendo los mismos que al iniciar esa vida exigente y dormía sin soñar, como los justos. Lo que había sido duro se tornó más duro aún, ¿iba a dejarse derrotar por un microbio invisible? ¿Acaso no había doblegado a organismos grandes y formidables? Ese pensamiento no era tanto un desafío como una ligera diversión. Como suele ocurrir con los hombres más decididos, competía consigo mismo: el cuerpo se resistía a hacer lo que la mente ordenaba.

Pero aquello no desapareció del todo. Aunque su cuerpo se volvió más delgado y duro, los dolores sordos y las náuseas persistían. Acabó por fastidiarse. Ese fastidio comenzó a aflorar en sus chistes. Cuando sus colegas de más rango repararon en sus molestias, él dijo que eran los dolores del embarazo, con lo cual provocó un coro de rudas carcajadas. Soportó las molestias durante un mes más, pero al fin se le hizo necesario aligerar su carga para mantenerse al frente de la marcha, con los líderes. Por primera vez en su vida aparecieron leves dudas, como sutiles nubes en el cielo claro de su sólida autoestima. Eso ya no era

divertido.

Continuó así por un mes más, sin descuidar jamás su rutina, salvo en la hora adicional de sueño que imponía a su régimen, por lo demás infatigable. A pesar de todo, su estado empeoró. Bueno, no se podía decir que hubiera empeorado, pero no mejoraba en absoluto. Finalmente admitió que podía tratarse del paso de los años. A fin de cuentas, era sólo un hombre, por mucho que se esforzara en perfeccionar su estado físico. No tenía de qué avergonzarse.

Acabó por enfurruñarse. Sus camaradas se mostraron comprensivos. Todos eran más jóvenes; muchos habían servido a su jefe durante cinco años o más. Lo reverenciaban por su rigor. Y si ese rigor presentaba leves fisuras, ¿qué importancia tenía, salvo como demostración de que era humano, después de todo, y por ello tanto más admirable? Uno o dos le sugirieron remedios caseros, pero al fin un camarada y amigo íntimo le dijo que era una tontería no consultar a un médico de la zona; el marido de su hermana era de los buenos; había estudiado en Inglaterra. Pese a su empeño en evitar la compasión hacia su persona, era hora de seguir aquel prudente consejo.

El médico era tan bueno como le habían dicho. Sentado tras el escritorio, con su chaquetilla inmaculadamente blanca, revisó toda su historia clínica y le efectuó un examen preliminar. No había nada visiblemente mal. Habló de estrés, algo que no necesitaba explicar a su paciente, y señaló que la tensión acumulada durante años afectaba cada vez, más. Hablo de la alimentación correcta, de lo perjudicial que era exagerar el ejercicio y de la importancia del descanso. Diagnosticó que el problema se debía a una combinación de cosas intrascendentes. entre ellas una afección intestinal probablemente leve, pero fastidiosa, y le recetó un medicamento para aliviarla. Concluyó su exposición con un soliloquio sobre los pacientes demasiado orgullosos para hacer lo que convenía a su salud y los tildó de tontos. Él asentía, concediendo al médico el merecido respeto. El mismo había dado sermones parecidos a sus subordinados y estaba tan decidido como siempre a actuar del modo más correcto.

El medicamento sirvió por una semana, poco más o menos. Su estómago volvió casi a la normalidad. Mejoró bastante, por cierto, pero él notó, fastidiado, que las cosas no eran como antes. ¿O tal vez sí? Tuvo que admitir que resultaba difícil recordar cosas tan triviales copio las sensaciones que uno solía tener al despertar. A fin de cuentas, la mente se ocupaba de grandes ideas, como las de misión y objetivo, dejando que el cuerpo se ocupara de sus propias necesidades y no la importunara. Se suponía que la mente no estaba para esas cosas, sino para dar órdenes que debían ser obedecidas. No le apetecía distraerse en esas cosas. ¿Cómo iba a perseguir una meta si se distraía? Y él había fijado la meta de su vida muchos años antes.

Sin embargo, las molestias no cedieron. Al final tuvo que volver al médico. Este efectuó un examen más detallado. Él dejó que le hurgaran le pincharan el cuerpo, que le sacaran sangre con una aguja, no con las armas para las que se había preparado. El doctor dijo que podía tratarse de algo relavamente serio, como una infección sistémica. Había medicamentos para tratar ese tipo de cosas. La malaria, por ejemplo, en otros tiempos pandémica en esa región, tenía efectos similares, aunque mucho más debilitantes, e existían muchas enfermedades, antaño graves, que ahora la medicina derrotaba fácilmente con las fuerzas de que disponía. Los análisis mostrarían lo que iban mal y el médico estaba decidido a arreglarlo. Conocía la nieta de su paciente y la compartía, aunque desde una perspectiva más lejana y menos peligrosa.

Dos días después volvió a la consulta. Supo de inmediato que algo andaba mal: había visto esa mitrada con bastante frecuencia, en la cara de su oficial de Inteligencia. Algo inesperado. Algo que estorbaría los planes. El médico empezó con cautela, buscando las palabras que hicieran el mensaje menos doloroso, pero el paciente se negó a ello. Había elegido vivir en el peligro y exigió recibir la información tan directamente como él la habría proporcionado. El médico asintió con respeto y se lo dijo. El hombre lo encajó sin alterarse. Estaba acostumbrado a toda clase de desilusiones. No ignoraba lo que había al final de toda existencia a muchas veces había ayudado a que otros lo encontraran. Ahora se había cruzado en su

camino. Tal vez cerca, tal vez no. Preguntó qué se podía hacer y la respuesta fue menos mala de lo que pensaba. El médico no lo insultó con palabras de consuelo, sino que le adivinó los pensamientos y le explicó la realidad. Se podían hacer algunas cosas. Tal vez dieran resultado tal tez no. El tiempo lo diría.

Su fortaleza física sería muy útil, tanto como su férrea decisión. Una actitud mental correcta, dijo, era de suma importancia. El paciente estuvo a punto de sonreír, pero se contuvo. Era preferible mostrar el coraje del estoico que la esperanza del tonto. ¿Y qué era la muerte, después de todo? ¿Acaso no había dedicado su vida a la justicia, a la voluntad de Dios? ¿No había sacrificado su vida a un propósito grande y valioso?

Pero ahí estaba lo irritante: él no era hombre que planificara fracasos. Años atrás había elegido una meta para su vida y estaba decidido a alcanzarla, a cualquier precio. En ese altar había sacrificado muchas cosas, entre ellas los sueños de sus difuntos padres, la educación con que habían querido hacerlo mejor para sí mismo y para otros, una vida cómoda y normal, con una mujer que pudiera darle hijos varones. Todo eso a cambio de un sendero de esfuerzo, peligro y firme decisión de alcanzar ese objetivo único y reluciente.

¿Y ahora? ¿Todo había sido para nada? ¿Acabaría su vida sin darle un sentido? ¿No vería jamás el día para el que había vivido? ¿Tan cruel era Dios? Todos esos pensamientos pasaron por su conciencia, aunque su expresión permaneció inescrutable y sus ojos, como siempre, cautelosos. No. No permitiría que fuera así. Dios no podía haberlo abandonado. Llegaría a ver el día... o por lo menos lo vería aproximarse. Su vida tendría sentido. Ni el pasado, ni el futuro que le quedara, podían ser inútiles. Sobre eso también estaba decidido.

Ismael Qati seguiría las indicaciones de su doctor. Haría lo necesario para prolongar su tiempo y, tal vez, derrotaría a su enemigo interior, tan insidioso y despreciable como los de fuera. Mientras tanto, redoblaría sus esfuerzos, exigiéndose hasta los límites de la resistencia física, y solicitaría a su Dios una guía, una señal de su voluntad. Tal como había combatido contra otros enemigos, así combatiría con ese: con valor y dedicación total. A fin de cuentas, nunca había experimentado la misericordia, y no pensaba hacerlo ahora. Si debía enfrentarse a su propia muerte, las muertes ajenas palidecían aun más que de costumbre. Pero no atacaría a ciegas. Haría lo que fuera preciso y continuaría como antes, a la espera de la oportunidad que (se lo aseguraba su fe) debía de estar en algún lugar, más allá, entre él y el final de su camino. Su voluntad siempre había estado dirigida por la inteligencia. De ahí provenía su efectividad.

II. LABERINTOS

La carta de Georgetown llegó a una oficina de Roma escasos minutos después de la transmisión, y allí, como con cualquier burocracia, el oficial de noche (lo que las agencias de inteligencia llaman oficial de vigilancia) se limitó a dejarlo sobre el escritorio correspondiente y volvió a concentrarse en la preparación de un examen sobre los discursos metafísicos de santo Tomás. Un joven sacerdote jesuita llamado Hermann Schórner, secretario particular de Francisco Alcalde, Padre Superior de la Compañía de Jesús, llegó puntualmente a las siete de la mañana y empezó a revisar el correo recibido durante la noche. El fax procedente de América era el tercero del montón, y en seguida le llamó la atención. Los mensajes en clave constituían una parte rutinaria de su trabajo, pero no eran del todo corrientes. El prefijo codificado de la parte superior de la comunicación indicaba el emisor y la prioridad. El Padre Schórner hojeó con prisa el resto del correo y se puso a trabajar inmediatamente.

El procedimiento era una inversión exacta de la que había hecho el Padre Riley, pero Schórner tenía una excelente habilidad para escribir a máquina. Utilizó un lector óptico para transcribir el texto en un ordenador personal e introdujo el programa de descodificación. Las irregularidades de la copia del fax causaron algunos garabatos, pero lo arregló sin dificultad, y una copia de texto muy claro -todavía en griego ático, por supuesto- salió de la impresora. Sólo había tardado veinte minutos, mientras que Riley había necesitado tres laboriosas horas.

El joven sacerdote preparó café para él y para su jefe, y luego leyó la carta mientras se tomaba la segunda taza del día. Qué extraordinario, pensó Schórner.

El Reverendo Francisco Alcalde era un hombre de edad avanzada, pero extraordinariamente vigoroso. A sus sesenta y seis años, todavía jugaba bastante bien al tenis, y se sabía que esquiaba con el Santo Padre. Alto y enjuto, tenía una densa mata de cabello gris que llevaba cortada a cepillo, y unos hundidos ojos de búho. Alcalde era un hombre con sólidos credenciales intelectuales. Dominaba once idiomas, y de no haber sido sacerdote, habría podido convertirse en el más destacado historiador medievalista de Europa.

Pero ante todo era un sacerdote cuyos deberes administrativos se interponían con su deseo de enseñar y de ejercer el ministerio pastoral. Dentro de unos cuantos años dejaría su puesto de Padre Superior de la mayor y más poderosa orden de la Iglesia católica romana y volvería a ejercer de profesor de universidad, iluminando las mentes de los jóvenes y saliendo del campus para celebrar la misa en una pequeña parroquia de clase trabajadora donde podría ocuparse de las necesidades ordinarias de los humanos. Eso, pensaba, sería la bendición final de una vida en que abundaban las bendiciones. No era perfecto, y luchaba con frecuencia con el orgullo que acompañaba a su intelecto, intentando, y no siempre consiguiéndolo, cultivar la humildad que le exigía su vocación. Bueno, se dijo, la perfección era una meta inalcanzable, y sonrió.

-¡Guten Morgen, Herrnann! -dijo al entrar por la puerta. -Bongiorno -replicó el sacerdote alemán, y recurrió al griego-. Esta mañana hay una cosa interesante.

Al oírlo, levantó las pobladas cejas, y señaló la oficina interior con la cabeza. Schórner le siguió con el café.

-La pista de tenis está reservada para las cuatro en punto -dijo Schórner mientras le servía el café a su jefe.

-Así que vas a humillarme una vez más. -A veces bromeaban insinuando que Schórner podía convertirse en jugador profesional, contribuyendo con sus ganancias a la Compañía, a cuyos miembros se les exigía el voto de pobreza-, Bueno, ¿cuál es ese mensaje?

-De Timothy Riley, de Washington. -Schórner se lo entregó.

Alcalde se puso las gafas y lo leyó despacio. No tocó la taza de café, y al acabar el mensaje, lo leyó de nuevo. Alcalde era un erudito, y raramente hablaba sin que eso se notara.

-Interesante. Ya había oído algo de este tal Ryan. ¿No trabaja en inteligencia?

-Director Adjunto de la CIA americana. Nosotros lo educamos. Boston College y Georgetown. Principalmente es un burócrata, pero ha participado en varias operaciones en el terreno. No estamos al corriente de todos los detalles, pero no hay nada incorrecto. Tenemos un pequeño dossier sobre él. El Padre Riley está muy orgulloso del Dr. Ryan.

-Ya veo. -Alcalde meditó sobre aquello un momento. Riley y él eran amigos desde hacía treinta años-. Cree que esta proposición podría ser genuina. ¿Y tú, Hermann?

-En potencia, es un regalo del cielo. -El comentario no encerraba ninguna ironía.

-Ya lo creo. Pero urgente. ¿Qué me dices del Presidente americano?

-Yo diría que todavía no le han informado, pero lo harán en breve. ¿Respecto a su carácter? -Schórner se encogió de hombros. -Podría ser mejor persona.

-¿Quién de nosotros no? -dijo Alcalde, con la mirada clavada en la pared.

-Sí, Padre.

-¿Qué tal tengo el día de hoy? -Schórner repitió la lista de memoria-. Muy bien... Llama al Cardenal D'Antonio y dile que tengo algo importante. Amaña la agenda lo mejor que puedas. Este asunto requiere atención inmediata. Llama a Timothy, dale las gracias por el mensaje, y dile que estoy trabajando en ello.

Ryan se despertó de mala gana a las cinco y media. El sol era un resplandor entre naranja y rosa que traspasaba las copas de los árboles, a diez millas de la costa este de Maryland. Lo primero que se le ocurrió hacer fue cerrar las persianas. Cathy no tenía que ir al Hopkins hoy, aunque le costó medio camino hasta el lavabo recordar por qué. A continuación se tomó dos

tabletas de Tylenol extrafuerte. La noche pasada había bebido demasiado, y eso, se recordó, ya había pasado tres días seguidos. ¿Pero qué alternativa había? Cada vez le costaba más conciliar el sueño, pese a las horas de trabajo, cada vez más largas, y la fatiga, que...

-Maldita sea -dijo, mirándose con los ojos entrecerrados en el espejo. Tenía un aspecto horrible. Se fue a la cocina en busca de café. Todo mejoraba después del café. El estómago se le contrajo hasta convertirse en una prieta y resentida bola al ver las botellas de vino que todavía seguían en el mármol de la cocina. Una botella y media, se recordó. No dos. No se había bebido dos botellas enteras. Una ya estaba abierta. No era tan grave. Se metió en la furgoneta y condujo hasta la verja para recoger su periódico. No mucho tiempo atrás, habría ido caminando, pero demonios, se dijo, no iba vestido. Ese era el motivo. En la radio estaba sintonizada una emisora de noticias, y se expuso por primera vez a lo que estaba ocurriendo en el mundo. Los resultados del fútbol. Los Orioles habían vuelto a perder. Maldita sea, y se había comprometido a llevar al pequeño Jack a un partido. Se lo había prometido después del último partido de la Little League que se había perdido. ¿Y cuándo piensas hacerlo, en abril del año que viene?, se preguntó. Maldita sea.

Bueno, prácticamente tenían toda la temporada por delante. Ni siquiera se había terminado el colegio todavía. Lo haría. Seguro. Ryan tiró el Post sobre el asiento delantero del coche y condujo hasta la casa. El café estaba listo. Primera buena noticia del día. Ryan se sirvió un tazón y decidió no comer nada. Otra vez. Eso no era bueno, le advirtió una parte de su mente. Ya tenía el estómago en condiciones bastante malas, y dos tazones de café solo no ayudarían mucho. Se concentró en el periódico para acallar aquella voz.

No se suele pensar en lo mucho que dependen los servicios de inteligencia de los medios de comunicación para obtener su información. Parte de ella era funcional. En gran medida, estaban metidos en el mismo negocio, y los servicios de inteligencia no eran los únicos con personal cualificado. Y además, meditó Ryan, los periodistas no pagaban a la gente por obtener información. Sus confidentes actuaban movidos por la conciencia o por la ira, y de ahí se obtenía la mejor información; cualquier agente de inteligencia podía confirmar eso. No hay nada como la ira o los principios para que la gente suelte todo tipo de informaciones jugosas. Finalmente, aunque en los medios de comunicación abundaba la gente perezosa, había unos cuantos inteligentes atraídos por el dinero fácil que se conseguía en el mundo de la información. Ryan sabía qué líneas había que leer despacio y con cuidado. Y también se fijaba en las fechas. Como Director Adjunto de la CIA, sabía qué departamentos eran buenos. El Post le facilitaba mejor información, por ejemplo, que la redacción alemana. En el Oriente Medio todavía había paz. El tema de Irak finalmente se estaba solucionando. Los nuevos acuerdos que se habían firmado empezaban a tomar forma, después de mucho tiempo. Ahora, si pudiéramos hacer algo con el lado israelí... Estaría bien, pensó, organizar toda aquella zona. Y Ryan creía que era posible hacerlo. La confrontación entre Este y Oeste que había asolado al mundo en el año de su nacimiento pertenecía ya a la Historia, ¿y quién habría podido creerlo?

Ahora eso era tan sorprendente que Ryan se preguntaba por cuánto tiempo escribiría la gente libros sobre el tema. Generaciones, por lo menos. La semana próxima, un representante de la KGB iba a ir a Langley para pedir consejo sobre la supervisión parlamentaria. Ryan había recomendado que no se le dejara entrar -y el viaje se estaba tratando con el mayor secreto- porque la Agencia todavía tenía a rusos trabajando para ella, y les aterrorizaría saber que la KGB y la CIA habían establecido contactos oficiales (lo mismo ocurría, admitió Ryan, con los americanos que todavía trabajaban para la KGB... seguramente). El visitante era un viejo amigo, Sergey Golovko. Amigo, pensó Rvan dando un resoplido, y pasó a la página de deportes. Lo malo del periódico de la mañana era que nunca daba los resultados del partido de la noche anterior...

Jack volvió al lavabo, esta vez más civilizado. Ya estaba despierto, aunque su estómago todavía se hallaba peor. Dos pastillas de antiácido lo solucionarían. El Tylenol estaba actuando.

Librodot

Reforzaría su efecto con otras dos cuando llegara al trabajo. A las seis y cuarto estaba duchado, afeitado y vestido. Besó a su esposa, que todavía dormía, antes de salir -ella le recompensó con un vago hunrmmrn- y abrió la puerta principal justo cuando el coche se acercaba a la casa. A Ryan le preocupaba un poco que su chófer no se hubiera despertado mucho antes para llegar allí puntualmente. También le molestaba la identidad de su chófer.

-Buenos días, doc -dijo John Clark con una brusca sonrisa. Ryan se sentó en el asiento delantero. Había más espacio para las piernas, y pensó que el hombre se sentiría insultado si se sentaba en la parte de atrás.

-Hola, John -contestó Jack.

Otra noche de juerga, ¿no, doc?, pensó Clark. Maldito loco. ¿Cómo puedes ser tan tonto con lo inteligente que eres? Tampoco te has decidido a empezar a hacer ejercicio, ¿verdad?, pensó al ver cómo le apretaba el cinturón. Bueno, tendría que aprender, tal como Clark había aprendido, que acostarse tarde y beber demasiado era para chiquillos tontos. John Clark se había convertido en el prototipo de hombre sano y virtuoso antes de llegar a la edad de Ryan. Creía que aquello le había salvado la vida por lo menos una vez.

-Una noche tranquila -dijo Clark a continuación, al llegar a la calle.

-Me alegro -dijo Ryan. Cogió el maletín de mensajes y marcó el código. Esperó a que la luz verde se encendiera y entonces lo abrió. Clark tenía razón, no había gran cosa que ver. Cuando estuvieran a mitad de camino de Washington, lo leería todo y tomaría algunas notas.

-¿Vas a ver a Carol y a los chicos esta noche? -le preguntó Clark cuando dejaron la «Maryland Route 3». -Sí. Es esta noche, ¿no?

-Sí.

Era una rutina que cumplía semanalmente. Carol Zimmer era la viuda laosiana del sargento de las Fuerzas Aéreas Buck Zimmer, y Ryan había prometido cuidar a la familia después de la muerte de Buck. Lo sabía muy poca gente -muy pocos estaban al corriente de la misión en que murió Buck-, pero a Ryan le daba una gran satisfacción. Ahora Carol tenía un «7-Eleven» entre Washington y Annapolis. El negocio le proporcionaba a su familia unos continuos y respetables ingresos que se añadían a la pensión de su marido, y que con la ayuda de Ryan garantizaban que los ocho hijos podrían recibir educación universitaria cuando les llegara el momento, que a la hija mayor ya le había llegado. Era un programa a largo plazo. El menor de los hijos todavía llevaba pañales.

-¿Sabes si han vuelto a aparecer aquellos desgraciados. -preguntó Jack.

Clark se limitó a sonreír. Durante varios meses después de que Carol se hiciera cargo del negocio, unos duros del barrio habían estado metiendo las narices por la tienda. No estaban de acuerdo con que una mujer laosiana y sus hijos mestizos llevaran un negocio en aquella zona semirrural. Ella había terminado por mencionárselo a Clark. John les hizo una advertencia, que ellos no habían tenido la lucidez de considerar. Quizá lo confundieron con un agente de Policía fuera de servicio, alguien a quien no había que tener demasiado en cuenta. John y su amigo de habla hispana habían puesto las cosas en su sitio, y después de que el líder del grupo saliera del hospital, los tipos no habían vuelto a acercarse por allí. Los policías locales se habían mostrado muy comprensivos, y el negocio había experimentado un inmediato crecimiento del veinte por ciento. No sé si a aquel tipo le volverá a funcionar la rodilla como antes, se dijo Clark con una sonrisa melancólica. A lo mejor ahora se decide a tomar el buen camino...

-¿Cómo les va a los chicos?

-Mira, es un poco difícil acostumbrarse a la idea de tener a uno en la Universidad, doc. También para Sandy. Oye, doc...

-Qué.

-Perdona que te lo diga, pero tienes un aspecto horrible. Querías serenarte un poco, ¿no?

-Eso es lo que dice Cathy. -Jack estuvo a punto de decirle a Clark que se ocupara de sus asuntos, pero no estaba bien decirle cosas así a un hombre como Clark, y además, era su amigo. Y además, era correcto.

-Los médicos suelen tener razón -señaló John.

-Ya lo sé. No es más que... un poco de estrés en el trabajo. Estoy llevando un asunto importante, y...

-No sabes lo bien que va para la resaca hacer ejercicio. Eres uno de los tíos más inteligentes que conozco. Deberías actuar de acuerdo con tu inteligencia. Y no digo nada más.

Clark se encogió de hombros y volvió a concentrarse en el tráfico de la mañana.

-Sabes, John, si hubieras decidido hacerte médico, habrías sido muy eficaz -dijo Jack, y chascó la lengua.

-¿Ah, sí?

-Con la forma que tienes de decir las cosas, a la gente le daría miedo no obedecerte.

-Soy el hombre más ecuánime que conozco -protestó Clark.

-Sí, nadie ha vivido lo suficiente para hacerte enfadar de verdad. Cuando empiezas a molestarte un poco ya están muertos.

Y por eso era Clark el chófer de Ryan. Jack había gestionado su traspaso de la Dirección de Operaciones para convertirlo en Oficial de Protección y Vigilancia. Cabot había eliminado al veinte por ciento de las fuerzas de campo, y los agentes con experiencia paramilitar habían sido los primeros. La experiencia de Clark era demasiado valiosa para dejarla perder, y Ryan había trampeado dos normas y se había salta-do una tercera para conseguirlo, con la ayuda y la colaboración de Nancy Cummings y de un amigo de la Administración. Además, Jack se sentía muy seguro cerca de aquel hombre, y podía entrenar a los jóvenes de la unidad SPO. Por si fuera poco, era un conductor excelente, y, como de costumbre, dejó a Ryan en el garaje del sótano a la hora en punto.

El Buick de la Agencia aparcó en su lugar, y Ryan bajó del coche, luchando con sus llaves. La del ascensor ejecutivo estaba al final. Dos minutos después, subió al séptimo piso, y recorrió el pasillo hasta llegar a su despacho. El despacho del DDCI se comunica con la larga y estrecha suite del DCI, que todavía no se había presentado. La habitación, pequeña y sorprendentemente modesta para ser la del número dos de la principal agencia de inteligencia del país, daba al aparcamiento de visitantes, más allá del cual estaba la densa línea de pinos que separaban el complejo de la Agencia del « George Washington Parkway» y del valle del río Potomac. Ryan había conservado a Nancy Cummings, que trabajó con él en su anterior y breve fase de Director Adjunto (Inteligencia). Clark se sentó en ese despacho, y revisó los mensajes que correspondían a sus deberes, como preparación para la reunión de SPO que se celebraría esa mañana: tenía como objeto al grupo terrorista de turno. No se había cometido nunca ningún intento serio contra la persona de un alto ejecutivo de la Agencia, pero la historia no era de su incumbencia. Se preocupaban por el futuro, y ni siquiera la CIA tenía un fichero particularmente bueno para predecirlo.

Ryan encontró su escritorio lleno de montones de material demasiado confidencial para el maletín de mensajes del coche, y se preparó para la reunión matutina del departamento, que él presidía junto con el DCI. En su despacho había una cafetera. A su lado se veía una taza limpia por utilizar que en su día había pertenecido al hombre que lo había introducido a él en la Agencia, el Vicealmirante James Greer. Nancy se encargaba de aquello, y Ryan nunca empezaba el día en Langley sin pensar en su jefe muerto. Bueno. Se frotó la cara y los ojos con la mano y se puso a trabajar. ¿Qué había de nuevo e interesante en el mundo aquel día?

El leñador, como la mayoría de los de su gremio, era un hombre grande y fuerte. Medía metro noventa y pesaba cien kilos, y había ingresado en los Marines en lugar de ir a la universidad; podía haberlo hecho, pensaba, podía haber conseguido una beca en Oklahoma o Pitt, pero había decidido no hacerlo. Y sabía que nunca habría querido irse para siempre de Oregón. Un título universitario habría significado eso. Jugar a fútbol y quizá convertirse en jugador profesional. No. Desde la infancia, le había gustado la vida al aire libre. Ganaba bastante dinero, tenía a su familia en una simpática ciudad pequeña, llevaba una vida rústica y sana, y era el mejor de la empresa talando árboles. El se encargaba de los más difíciles.

Librodot

Dió un tirón al mango de la enorme sierra doble. A su silenciosa indicación, su ayudante cogió su extremo del suelo mientras el leñador hacía lo propio. El árbol ya había sido marcado con un hacha de dos cabezas. Trabajaron con la sierra despacio y con cuidado. El leñador tenía un ojo en la sierra y el otro en el árbol. Hacer aquel trabajo correctamente era un arte. Para él era una cuestión de honor no malgastar ni un centímetro de madera que no fuera imprescindible estropear. No como los chicos de la serrería, aunque le habían dicho que en la serrería no tocarían aquel ejemplar. Retiraron la sierra después de completar el primer corte, y empezaron el segundo sin pararse a descansar. Esta vez tardaron cuatro minutos. Ahora el leñador estaba sumamente atento. Sintió un golpe de aire en la cara y se detuvo para asegurarse de que soplaba de donde él quería. Los árboles, por grandes que fueran, eran juguetes para un viento fuerte, sobre todo cuando estaban casi cortados...

Ahora la copa oscilaba... Era casi el momento. Retiró la sierra y le hizo un ademán a su ayudante. ¡Atento a mis ojos y a mis manos! El chico asintió con la cabeza, muy serio. El leñador sabía que bastaría con un palmo más. Lo completaron muy despacio. Aquello era lo más peligroso. Había hombres vigilando el viento, y... ¡ahora!

El leñador sacó la sierra y la dejó caer al suelo. El ayudante recibió la señal y se retiró unos diez metros, como hacía su jefe. Ambos miraron la base del árbol. Si hacía ruido sabrían que habría peligro.

Pero no fue así. Como siempre, empezó a caer con una lentitud agónica. Ese era el momento que a los del Sierra Club les gustaba filmar, y el leñador entendía el porqué. Tan lento, tan agonizante, como si el árbol supiera que se estaba muriendo e intentara evitarlo, y perdiera la batalla, y el crujido de la madera era un quejido de desesperación. Bueno, sí, pensó, parecía algo así, pero no era más que un maldito árbol. El corte se ensanchó mientras él observaba y el árbol caía. Ahora la copa se movía muy de prisa, pero el peligro estaba abajo, y por eso seguía observando. Cuando el tronco superó la marca de cuarenta y cinco grados, la madera se partió del todo. El tronco del árbol estalló entonces, y se desplazó unos cuatro palmos del tocón, como el estertor de la muerte de un hombre. Entonces el ruido. El inmenso crujido de las ramas más altas azotado el aire. Se preguntó a qué velocidad se estaría moviendo la copa. A la velocidad del sonido, tal vez. No, no tan de prisa... y entonces ¡BAMP! El árbol rebotó, pero suavemente, al dar contra la húmeda tierra. Y se quedó quieto. Ahora era madera. Eso siempre resultaba un poco triste. Había sido un árbol hermoso.

Luego el japonés se acercó, y el leñador se sorprendió. Tocó el árbol y murmuró algo que debía de ser una plegaria. Eso le divirtió; parecía un comportamiento propio de un indio. Interesante, pensó el leñador. No sabía que el sintoísmo era una religión animista con muchos puntos en común con la de los Nativos Americanos. ¿Hablando con el espíritu del árbol? Hummmm. Luego se acercó al leñador.

-Es usted muy habilidoso -dijo el japonesito con una reverencia exquisita.

-Gracias, señor. -El leñador inclinó la cabeza. Era el primer japonés que conocía. Parecía un tipo bastante agradable. Y eso de rezar por el árbol demostraba mucha clase, pensó el leñador.

-Es una lástima matar algo tan magnífico.

-Sí, me imagino que sí. ¿Es cierto que piensa poner esto en una iglesia?

-Sí. Nosotros ya no tenemos árboles como éste, y necesitamos cuatro vigas grandes. De veinte metros cada una. Con este árbol conseguiremos las cuatro, espero -dijo el hombre, mirando de nuevo al gigante caído-. Todas deben proceder del mismo árbol. Es la tradición del templo.

-Sí, tendría que bastar. ¿Cuántos años tiene el templo?

-Mil doscientos años. Las vigas antiguas sufrieron daños durante un terremoto, el año pasado, y hay que remplazarlas pronto. Con suerte, éstas durarán aproximadamente lo mismo. Eso espero. Es un árbol excelente.

Bajo la supervisión del oficial japonés, cortaron el árbol caído en segmentos mínimamente manejables. Hubo que utilizar maquinaria especial para sacar a aquel monstruo, y la Georgia-

Pacific estaba cobrando una gran suma de dinero por aquel trabajo. Pero aquello no suponía ningún inconveniente. El japonés, que había elegido el árbol, pagó sin pestañear. El representante incluso se disculpó por no permitir que la serrería GP trabajara el árbol. Era un asunto religioso, explicó despacio y claramente, y no había ninguna intención de insultar a los trabajadores americanos. El dirigente de la GP asintió. Le parecía bien. Ahora el árbol era suyo. Lo dejarían secar un poco antes de cargarlo en un carguero de bandera americana que lo conduciría al otro extremo del Pacífico, donde el tronco sería trabajado con habilidad y según la ceremonia religiosa -a mano, se sorprendió de oír el hombre de la GP- para su nuevo y especial fin. Ninguno de ellos sabía que nunca llegaría a Japón.

Murray se recostó en el asiento de la butaca de piel y sintió la presencia de la automática «Smith & Wesson» de 10 mm atada a su cinturón. Tendría que haberla dejado en el cajón de su escritorio, pero le gustaba el contacto de aquella bestia. Durante la mayor parte de su carrera había sido un hombre de revólver, pero en seguida se había enamorado de la compacta fuerza de la <Smith> . Y Bill lo entendía. Por primera vez en los últimos tiempos, el Director del Federal Bureau of Investigation era un policía de carrera que se había formado en las calles, persiguiendo a tipos malos. De hecho, Murray y Shaw habían empezado en el mismo departamento. Bill estaba ligeramente más capacitado para las tareas administrativas, pero nadie lo confundía con un burócrata. Shaw había llamado la atención de sus superiores por primera vez reduciendo a dos ladrones de banco armados antes de que la caballería se presentara. Nunca había disparado su arma con rabia, por supuesto -sólo un pequeñísimo porcentaje de agentes del FBI lo hacían alguna vez-, pero había convencido a aquellos dos desgraciados de que era capaz de liquidarlos a los dos. Había acero bajo su disfraz aterciopelado, y un cerebro como una casa. Y por ese motivo a Dan Murray, director adjunto, no le importaba trabajar con Shaw y solucionarle sus problemas.

-¿Qué demonios hacemos con este tipo? -preguntó Shaw con repugnancia.

Murray había terminado su informe sobre el caso Warrior. Bebió un poco de café y se encogió de hombros.

-Bill, ese tipo es un genio para casos de corrupción, el mejor que jamás hemos tenido. Pero con otras cosas navega. En este caso metió la pata. Afortunadamente, no hubo daños permanentes. -Y Murray tenía razón. Los periodistas habían tratado sorprendentemente bien al FBI por haber salvado la vida a uno de sus reporteros. Lo verdaderamente sorprendente era que la Prensa nunca había comprendido que el reportero no tenía nada que ver en aquel asunto. Estaban agradecidos de que les hubieran permitido presentarse en el lugar de los hechos, y de que les hubieran salvado la vida cuando las cosas dieron un giro peligroso. No era la primera vez que el FBI sacaba provecho de una catástrofe. El FBI estaba más preocupado por sus relaciones públicas que cualquier otra agencia del Gobierno, y el problema de Shaw era simplemente que despedir a Walt Hoskins no estaría bien visto. Murray insistió:

-Ha aprendido la lección. Walt no es estúpido, Bill.

-Y empapelar al Gobernador, el año pasado, tampoco es tuvo mal, ¿no? -dijo Shaw con una sonrisa amarga. Hoskins era un genio con los casos de corrupción política. Por culpa suya había un gobernador contemplando la vida desde una prisión federal. Así fue como Hoskins se convirtió en Agente Especial-. ¿Se te ocurre algo, Dan?

-Envíalo a Denver -contestó Murrav con expresión traviesa-. Es un puesto de prestigio. Se va de una pequeña oficina y se convierte en director de casos de corrupción en un departamento más importante. Con ese ascenso se queda sin mando y vuelve al tema que domina, y si los rumores que nos llegan de Denver son ciertos, tendrá mucho trabajo. Un senador, un congresista... tal vez más. Los informes preliminares sobre el proyecto de las aguas parecen gordos. Muy gordos, Bill: unos veinte millones de dólares cambiando de manos.

Shaw dio un potente silbido.

-¿Todo eso para un senador y un congresista?

-Tal vez más, ya te lo he dicho. ¿Y quién mejor para deshacer un ovillo de esas

Librodot

dimensiones? Walt tiene intuición para estas cosas. El tipo no es capaz de empuñar su pistola sin liarla, pero tiene buen olfato. -Murray cerró el expediente-. En fin, querías que lo estudiara y que te diera mi opinión. O lo envías a Denver o lo retiras. A Mike Delaney le gustaría volver aquí; su hijo empieza el curso este otoño, y Mike quiere dar clases en la Academia. Puedes empezar por ahí. Pero la decisión has de tomarla tú.

-Gracias, Murray -dijo Shaw con seriedad. Y luego sonrió-: ¿Te acuerdas de cuando lo único de que teníamos que preocuparnos era de perseguir a ladrones de Banco? ¡Odio todos estos jaleos!

-Si no hubiéramos cazado a tantos -dijo Dan- todavía estaríamos allí, y por la noche nos iríamos con la tropa a tomarnos unas cervezas. ¿Por qué nos gustará tanto el éxito? Lo único que hace es joderte la vida.

-Estamos hablando como viejos chochos.

-Somos un par de viejos chochos, Bill -señaló Murray-. Pero por lo menos yo no voy por ahí con un destacamento de protección.

-¡Qué hijo de puta! -Shaw se rió y se derramó el café en la corbata-. ¡Mierda, Dan! -dijo riendo-. Mira lo que me has hecho hacer.

-Ni siquiera puedes aguantar la taza de café. Mala señal.

-¡Vete! ¡Sal de aquí antes de que sea demasiado tarde!

-¡Ten piedad! -Murray paró de reír y por un momento se puso serio-: ¿Qué sabes de Kenny?

-Lo destinaron al submarino, el USS Maine. Bonnie dará a luz en diciembre. Oye, Dan...

-Dime.

-Gracias por tus consejos sobre Hoskins. Lo necesitaba.

-No te preocupes, Bill. Walt se alegrará. Ojalá todo fuera tan sencillo.

-¿Estás siguiendo lo de la «Warrior Society»?

-Freddy Warder está trabajando en el caso. Podríamos coger a esos capullos dentro de pocos meses.

Y los dos sabían que era importante. No quedaban muchos grupos terroristas en el país. Si conseguían reducir su número en uno más hacia finales de año, eso sería otro golpe importante.

Amanecía en los páramos de Dakota. Marvin Russell se arrodilló sobre la piel de un bisonte, mirando hacia donde salía el sol. Llevaba tejanos, pero tenía el torso desnudo e iba descalzo. No era muy alto, pero su fuerza no pasaba inadvertida. Durante su primera y última estancia en la cárcel -por robo- había aprendido a trabajar sus músculos. Había empezado para distraerse, para descargar la energía sobrante; luego había comprendido que la fuerza física era la única forma de autodefensa con que podía contar un hombre en prisión, y finalmente se había convertido en el atributo que ahora asociaba a un guerrero sioux. Tenía un cuerpo musculoso; sus brazos eran del grosor de los muslos de algunos hombres. Tenía una cintura de bailarina y unos hombros de jugador de fútbol americano. También estaba un poco loco, pero Marvin Russell no lo sabía.

La vida no les había dado muchas oportunidades a él y a su hermano. Su padre era un alcohólico que trabajaba de mecánico, esporádicamente y mal, para conseguir algo de dinero que se gastaba inmediatamente en bebida. Los recuerdos de infancia de Marvin eran amargos: vergüenza por la borrachera casi perpetua de su padre, y vergüenza todavía mayor por lo que hacía su madre mientras su padre estaba inconsciente en el salón. La comida procedía del subsidio del Gobierno, después de que la familia volviera de Minnesota a la reserva. La enseñanza provenía de profesores que se desesperaban sin conseguir nada. Su vecindario era una colección de sencillas casas construidas por el Gobierno que se erigían, como espectros, entre nubes de polvo. Ninguno de los dos hijos de Russell había tenido nunca un guante de béisbol. Ninguno consideraba que la Navidad fuera otra cosa que dos semanas de vacaciones sin colegio. Los dos habían crecido sin recibir ninguna atención y habían aprendido a

Librodot

defenderse solos a edad temprana.

Al principio eso había sido bueno, porque la dependencia de uno mismo era propia de su gente, pero todos los niños necesitan atención, y los Russell eran unos padres que no podían prestársela. Los niños aprendieron a disparar y a cazar antes que a leer. Muchas veces la cena era algo que traían a casa con agujeros del calibre 22. Y frecuentemente los niños tenían que cocinarlo. Aunque no eran los únicos jóvenes pobres y desatendidos del lugar, sin duda eran los que vivían en peores condiciones, y mientras que algunos de los chicos habían superado las dificultades, ellos no habían conseguido salir de la pobreza. En cuanto aprendieron a conducir -mucho antes de tener la edad reglamentaria- iniciaron sus andanzas con el camión de su padre; se iban a pueblos lejanos donde podían conseguir algunas de las cosas que sus padres no habían sido capaces de darles. Sorprendentemente, la primera vez que los cogieron -fue otro sioux con un rifle-, volvieron a casa con moretones y recibieron un sermón. Aprendieron la lección. Desde entonces, sólo robaron a blancos.

Luego un policía los cogió robando en una tienda de la reserva. Los crímenes cometidos en propiedades federales eran casos federales, y el nuevo juez del distrito era un hombre con más compasión que inteligencia. Una dura lección en aquel momento habría podido cambiar su camino, pero el juez había sido blando con ellos y les asignó una consejera. La joven, una mujer muy seria licenciada por la Universidad de Wisconsin, les había explicado durante meses que nunca con-seguirían tener una buena imagen de sí mismos si se dedicaban a robar a sus semejantes. Conseguirían más orgullo personal si encontraban algo útil que hacer. Salieron de aquellas sesiones preguntándose cómo los sioux habían permitido que los dominaran aquellos blancos idiotas, y aprendieron a planear su delitos con más cuidado.

Pero no con el suficiente cuidado, porque la consejera no pudo explicarles todo lo que habrían aprendido en prisión. Así que los cogieron otra vez, un año después, pero esta vez fuera de la reserva, y les impusieron una condena de año y medio, porque habían robado una tienda de armas.

La prisión fue la peor experiencia de su vida. Estaban acostumbrados a las infinitas extensiones de tierra del Oeste, y pasaron un año de sus vidas en una celda minúscula, y rodeados de gente mucho peor de lo que ellos podían haber imaginado. La primera noche aprendieron, por los gritos, que la violación no era un crimen cometido exclusivamente contra mujeres. Como necesitaban protección, se acogieron inmediatamente a la que les ofrecían los prisioneros indios del Movimiento Indio Americano.

Nunca le habían dado demasiada importancia a sus ancestros. Puede que notaran que sus iguales no tenían las cualidades que habían visto en la televisión, y probablemente sentían cierta vergüenza por haber sido siempre diferentes. Habían aprendido, por supuesto, a reírse de las películas de vaqueros, cuyos actores «indios» solían ser blancos o mexicanos que murmuraban palabras que reflejaban las ideas de los guionistas de Hollywood, que sabían tanto del Oeste como de la Antártida; pero aun así los mensajes dejaban una imagen negativa de lo que eran y de cuáles eran sus raíces. El Movimiento Indio Americano había cambiado todo aquello. Todo era culpa del Hombre Blanco. Abrazando aquellas ideas, que eran una mezcla de Antropología moderna de la costa Este, un poco de Jean-Jacques Rousseau, otro poco de cine de John Ford (¿qué otros documentos sobre la cultura americana había, después de todo?), y una gran dosis de historia mal entendida, los hermanos Russell comprendieron que sus ancestros eran nobles, guerreros y cazadores que vivían en armonía con la Naturaleza y con los dioses. El hecho de que los Nativos Americanos habían vivido en un estado tan pacífico como los europeos -en dialecto indio, la palabra «sioux» significa «serpiente», y no era un apelativo cariñoso- y de que sólo habían empezado a vagabundear por las Grandes Praderas en la última década del siglo xvii quedaban un poco al margen junto con las violentas guerras tribales. Hubo tiempos mejores. Eran dueños de sus tierras, seguían a los búfalos, cazaban, llevaban una vida sana y satisfactoria bajo las estrellas, y, ocasionalmente, había heroicas batallas entre ellos, una especie de justas medievales. Hasta la tortura de los cautivos se explicaba como una oportunidad para que los guerreros manifestaran su estoico

Librodot

coraje ante sus admirados, aunque sádico asesinos.

Todo hombre anhela la nobleza de espíritu, y Marvin Russell no tuvo la culpa de que su primera oportunidad procediera de criminales convictos. Su hermano y él conocieron a los dioses de la tierra y el cielo, tradiciones que habían sido cruelmente suprimidas por creencias falsas, blancas, Conocieron la de las praderas, cómo los blancos les habían robado lo que les pertenecía, habían matado a los búfalos que constituían su sustento, habían dividido, oprimido, masacrado, y finalmente encarcelado a su gente, dejándoles poco más que el alcoholismo y la desesperación. Como ocurre con todas las mentiras que tienen éxito, el sello de ésta era una gran dosis de verdad.

Marvin Russell saludó al sol, cantando algo que podía ser auténtico o no (ya nadie lo sabía con certeza, y mucho menos él). Pero la cárcel no había sido una experiencia enteramente negativa. Cuando entró apenas sabía leer, y salió con un nivel equivalente a bachillerato. Marvin Russell nunca había sido idiota, y no tenía la culpa de que el sistema educativo lo hubiera traicionado, condenándolo al fracaso antes de nacer. Leía libros con regularidad, todo lo que encontraba sobre la historia de su pueblo. Aunque no cualquier cosa. Era muy se-lectivo con los libros que elegía. Hasta lo menos desfavorable que se escribía de su gente reflejaba los prejuicios de los blancos. Los sioux no eran borrachos hasta que llegaron los blancos, no vivían en pequeños pueblos escuálidos, no maltrataban a sus niños. Todo eso era invención del hombre blanco.

¿Pero cómo cambiar las cosas?, le preguntó al sol. El resplandeciente círculo enrojecía, y el viento levantaba el polvo en aquel caluroso y seco verano; la imagen que se le apareció a Marvin fue la cara de su hermano. Las imágenes del noticiario de la televisión. La emisora local había hecho con la cinta lo que no habían hecho otros canales. Cada fotografía del incidente había sido examinado separadamente. La bala golpeando la cara de John, dos fotogramas de la cara de su hermano separándose de la cabeza. Luego, las horrorosas secuelas del paso de la bala. El disparo -!maldito sea el negro y su chaleco!- y las manos alzándose como en una película de Roger Corman. Lo había visto cinco veces, y cada imagen estaba tan firmemente fijada en su memoria que sabía que nunca conseguiría olvidarlo.

Un indio más muerto. «Sí, vi algunos indios buenos -había dicho una vez el general William Tecumesh, un hombre indio, Sherman-. Estaban muertos.» John Russell estaba muerto; había muerto, como tantos, sin oportunidad de defenderse, asesinado como el animal que para el blanco era el indio. Pero con más brutalidad que la mayoría de ellos. Marvin estaba seguro de que el tiro había sido preparado cuidadosamente. Las cámaras rodando. Aquella maldita reportera con su ropa a la última moda. Necesitaba una lección, y los asesinos del FBI habían decidido dársela.

Marvin Russell miraba al sol, uno de los dioses de su pueblo, y buscaba respuestas. La respuesta no estaba allí, le dijo el sol. Sus camaradas no eran de confianza. John había muerto por eso. ¡Intentar reunir dinero con drogas! ¡Utilizar drogas! Aunque el whisky que el hombre blanco había utilizado para destrozar a su pueblo había funcionado. Los otros «guerreros» eran criaturas de un entorno fabricado por los blancos. No sabían que ya habían sido destruidos. Se llamaban a sí mismos guerreros sioux, pero eran borrachos, criminales. En un arrebato de honestidad -¿cómo podía uno ser deshonesto ante uno de sus dioses?-, Marvin admitió que él era superior a ellos. Superior también a su hermano. Había sido una estupidez unirse a sus negocios de drogas. Y poco eficaz. ¿Qué habían conseguido? Habían matado a un agente del FBI y a un jefe de Policía de los Estados Unidos, pero de aquello hacía mucho tiempo. ¿Y desde entonces? Desde entonces sólo habían hablado de su momento de esplendor. ¿Pero en qué había consistido aquel momento? ¿Qué habían conseguido? Nada. La reserva todavía estaba allí. El licor todavía estaba allí. La desesperanza todavía estaba allí. ¿Se había enterado alguien de quiénes eran y de lo que hacían? No. Lo único que habían conseguido era enfurecer a las fuerzas que continuaban oprimiéndolos. Ahora perseguían a la «Warrior Society», incluso en sus propias reservas, y ya no vivían como guerreros, sino como animales perseguidos. Pero se suponía que ellos tenían que ser los cazadores, le dijo el sol, y

Librodot

no la presa.

Marvin se estremeció ante aquella idea. El tenía que ser el cazador. Los blancos tenían que temerle a él. Hubo un momento en que fue así, pero ya no. El tenía que ser el lobo del rebaño, pero las ovejas blancas se habían hecho tan fuertes que ya no sabían lo que era un lobo, y se escondían detrás de perros formidables que no se contentaban con quedarse con el rebaño, sino que perseguían a los lobos hasta que los lobos, y no las ovejas, se asustaban, y quedaban prisioneros en su propio territorio.

Tenía que salir de su territorio.

Tenía que encontrar a sus hermanos lobos. Tenía que encontrar lobos para los que la caza todavía fuera real.

III. ...UNA SIMPLE SENTADA

Ése era el día. Su día. El capitán Benjamin Zadin había disfrutado de un rápido ascenso profesional en la Policía Nacional Israelí. Era el capitán más joven del cuerpo, padre de dos hijos varones y hermano menor de David y Motti. Hasta poco antes había estado al borde del suicidio. La muerte de su amada madre y el abandono de su esposa, hermosa pero adúltera, se habían producido en una misma semana, apenas dos meses atrás. Pese a haber hecho todo lo que tenía planeado, de pronto se encontraba frente a una existencia que le parecía vacua y sin sentido. Su rango y su paga, el respeto de sus subordinados, su probada inteligencia y la capacidad de mantener la cabeza fría en momentos de crisis y tensión, sus antecedentes militares en peligrosos y difíciles patrullajes de frontera, todo eso le parecía nimio ante la casa vacía y sus dolorosos recuerdos.

Aunque a Israel se lo suele llamar «el Estado judío», ese nombre disimula el hecho de que sólo una parte de su población practica la religión activamente. Benny Zadin nunca había sido practicante, pese a las súplicas de su madre. Antes bien, disfrutaba la vida desenvuelta de los modernos hedonistas y no visitaba un shul desde su Bar Mitzvah. Sabía hablar y escribir en hebreo porque era el idioma nacional, pero las costumbres de su estirpe eran, para él, un curioso anacronismo, un aspecto retrógrado de la vida de un país que, por lo demás, pasaba por el más moderno. Su esposa no había hecho sino acentuar eso. Con frecuencia, Benny bromeaba acerca de que se podía medir el fervor religioso de Israel por los trajes de baño de sus muchas playas. Elin Zadin, su esposa, descendía de noruegos; era una rubia alta y delgada, que parecía tan judía como Eva Braun (era un chiste privado), y aún gustaba de exhibir su silueta con el bikini más diminuto, y a veces usaba sólo la mitad. Su vida matrimonial había sido apasionada y fiera. Zadin sabía que ella era casquivana, desde luego, y en ocasiones él también tenía sus aventuras; pero la abrupta partida de Elin con otro hombre lo tomó por sorpresa. Más aún: lo aturdió tanto que no pudo llorar ni suplicar. Simplemente, quedó solo en una casa en la que había varias armas cargadas, con las cuales podía acabar fácilmente con su dolor. Sólo sus hijos impidieron que las usara. No podía traicionarlos tal como él había sido traicionado. Era demasiado hombre para eso. Pero el dolor seguía allí.

Israel es un país demasiado pequeño para secretos. Lo de Elin se supo de inmediato y la noticia no tardó en llegar a la comisaría de Benny; por sus ojeras, los hombres supieron que el comandante estaba destrozado. Algunos se preguntaban cómo y cuándo se recobraría, pero al cabo de una semana la cuestión era si podría hacerlo. A esas alturas, uno de los sargentos de brigada tomó las riendas del asunto. Un jueves por la noche se presentó en el despacho de su capitán, acompañado por el rabino Israel Kohn. Esa noche, Benjamin Zadin re-descubrió a Dios. Más aún, se decía mientras vigilaba la Calle de la Cadena, en la Jerusalén Antigua, supo nuevamente qué significaba ser judío. Lo que le había ocurrido era un castigo de Dios: ni más ni menos. El castigo por no prestar oídos a las palabras de su madre, el castigo por su adulterio, por las fiestas locas a las que asistía con su mujer y otros, por veinte años de malos pensamientos y malas acciones, mientras fingía ser un valiente e irreprochable comandante de

policías y soldados. Pero hoy cambiaría todo. Hoy faltaría a la ley del hombre, a fin de expiar sus pecados controla Palabra de Dios.

Desde temprano por la mañana, el día prometía ser abrasador; soplaba el viento seco del este, desde Arabia. El capitán Zadin tenía cuarenta hombres desplegados a sus espaldas y armados con fusiles automáticos, pistolas de gas y armas que disparaban «balas de goma» capaces de derribar a un hombre adulto e incluso de provocar un paro cardíaco si se afinaba la puntería. Sus policías estaban allí para permitir que se desobedeciera la ley (lo cual no hubiera agradado a sus superiores) y evitar la intervención de otros dispuestos a faltar a una ley más elevada. Después de todo, ése era el argumento utilizado por el rabino Kohn. ¿De quién era esa ley? Cuestión de metafísica, algo demasiado complejo para un simple oficial de Policía. Mucho más sencillo era, como había explicado el rabino, pensar que el lugar del Templo de Salomón era el hogar espiritual del judaísmo y los judíos. Ese lugar, en el Monte del Templo, había sido elegido por Dios; poco importaba que los hombres no estuvieran de acuerdo sobre eso. Era hora de que los judíos reclamaran lo que Dios les había dado. Diez rabinos conservadores y hasídicos marcarían hoy el lugar donde se re-construiría el templo, siguiendo exactamente las Sagradas Escrituras. El capitán Zadin tenía órdenes de impedir que marcharan a través del Portón de la Cadena, de no permitirles alcanzar su objetivo. Pero Zadin ignoraría esas órdenes y haría que sus hombres protegieran a los rabinos de los árabes, que podían estar esperando con intenciones muy parecidas a las que él, teóricamente, debía tener.

Le sorprendió que los árabes estuvieran tan temprano allí. No eran más que animales, esas gentes que habían matado a David y a Moui. Sus padres les habían contado, a el y a sus hermanos, lo que significaba ser judío en Palestina en los años treinta: los ataques, el terror, la envidia, el odio, la negativa de los británicos a proteger a quienes habían combatido jumo a ellos en Africa del Norte, contra quienes se habían aliado con los nazis. Los judíos no podían depender de nadie, salvo de ellos mismos y su Dios; para respetar la fe en Dios había que restablecer Su Templo en la roca donde Abraham forjara la alianza entre su pueblo y el Señor. El Gobierno no lo comprendía, o bien estaba dispuesto a hacer política con el destino del único país del mundo donde los judíos estaban realmente a salvo. El deber de Zadin como judío era superior a eso, aunque sólo lo hubiera comprendido en días recientes.

El rabino Kohn se presentó a la hora fijada. A su lado marchaba el rabino Eleazar Goldmark, superviviente de Auschwitz, donde había aprendido la importancia de la fe frente a la muerte. Ambos cargaban un paquete de estacas y cordel. Ellos harían sus mediciones y, en adelante, el terreno estaría bajo la custodia de un grupo de hombres, hasta que el gobierno de Israel se viera obligado a limpiar el sitio de obscenidades musulmanes. Una oleada de apoyo popular en todo el país y un torrente de dinero proveniente de Europa y América permitirían que el proyecto se llevara a cabo en cinco años. A partir de entonces nadie podría hablar de quitar esa tierra a quienes la habían recibido del propio Dios.

-Mierda -murmuró alguien a espaldas de Zadin.

Una mirada del capitán por sobre el hombro acalló a quien había blasfemado en el momento crucial.

Benny saludó con la cabeza a los dos rabinos que iban delante, que continuaron la marcha. La Policía seguía a su capitán, cincuenta metros más atrás. Zadin rogó que Kohn y Goldmark no corrieran peligro, pero sabía que ambos asumían el riesgo, tal como Abraham había asumido la muerte de su hijo como condición de la ley divina.

Pero la fe que había llevado a Zadin hasta allí lo cegaba, impidiéndole ver un hecho obvio: otros judíos, para quienes Kohn y Goldmark no eran más que una versión de los ayatollás fundamentalistas de Irán, tenían conocimiento de lo que estaba pasando y, por tanto, el rumor circulaba. Había equipos de televisión reunidos en la plaza, al pie del Muro de las Lamentaciones. Algunos llevaban cascos protectores en previsión de la habitual lluvia de piedras que caería. Tal vez era mejor así, pensó el capitán Zadin, mientras seguía a los rabinos hasta la cima del Monte del Templo.

El mundo debía saber lo que ocurría. Sin darse cuenta, apretó el paso para acercarse a

Kohn y a Goldmark. Aunque ellos aceptaran la idea del martirio, su deber era protegerlos. Se palpó la pistolera, para asegurarse de que la solapa no estuviera demasiado ajustada.

Los árabes estaban allí. Lo desilusionó ver que fueran tantos, como pulgas, como ratas en un sitio que no les correspondía. Mientras se mantuvieran fuera del paso... Pero no sería así, desde luego, y Zadin lo sabía. Ellos se oponían a la voluntad de Dios. Esa era su desgracia.

El transmisor chirrió, pero Zadin lo ignoró. Probablemente era su comandante, para preguntarle qué demonios estaba haciendo y ordenarle que desistiera. Esta vez no. Kohn y Goldmark marchaban con decisión hacia los árabes que les bloqueaban el paso. Zadin estuvo a punto de llorar ante ese coraje y esa fe; se preguntó cómo les mostraría Dios su favor, con la esperanza de que les permitiera vivir. De los hombres que lo seguían, la mitad estaba realmente con él, pues Benny había manipulado los turnos a fin de asegurarse. Sabía, sin necesidad de mirar, que no se habían puesto los escudos Lexan y que estaban quitando el seguro a sus armas. Era difícil aguardar, esperando la primera nube de piedras que llegaría en cualquier momento.

«Dios querido, permite que vivan, protégelos, por favor. Sálvalos como salvaste a Isaac.»

Zadin estaba a cincuenta metros de los valientes rabinos. Uno era polaco; había sobrevivido a los infames campos de concentración, donde murieron su esposa y su hijo; allí se las compuso para no perder el espíritu y aprendió la importancia de la fe. El otro, nacido en América, había ido a Israel para combatir en sus guerras; sólo después se volvió hacia Dios, tal como lo había hecho Benny pocos días atrás.

Los dos estaban apenas a diez metros de los árabes sucios y mohínos cuando todo ocurrió. Sólo los árabes podían ver que los rabinos mantenían la cara serena, que recibían de buen grado lo que la mañana pudiera tenerles reservados. Sólo los árabes vieron la sorpresa y el desconcierto en la cara del polaco, así como el dolor aturdido en la del americano, al comprender lo que les reservaba el destino.

A una orden, la primera fila de árabes, compuesta por adolescentes con una larga experiencia en confrontaciones, se sentaron en el suelo. Los cien jóvenes que estaban atrás hicieron otro tanto. Luego, la primera fila empezó a batir palmas. Y a cantar. Benny tardó un momento en entender aquellas palabras, aunque hablaba el árabe con tanta fluidez como cualquier palestino.

Pronto venceremos

Pronto venceremos

Porque lucharemos hasta el fin...

Los equipos de televisión venían detrás de la Policía. Algunos rieron, sorprendidos ante aquella feroz ironía. Uno de ellos fue Pete Franks, corresponsal de la «CNN», que lo resumió por todos:

-!Hijos de puta!

Y en ese momento Franks comprendió que el mundo acababa de cambiar otra vez. Había estado en Moscú durante la Primera reunión democrática del Soviet Supremo: en Managua, la noche en que los sandinistas perdieron las elecciones que daban por ganadas; y en Beijing cuando se destruyó la Diosa de la Libertad. «¿Y ahora esto? -pensó-. «Por fin los árabes se han espabilado. ¡A la mierda con todo!»

-Espero que estés filmando, Mickey.

-¿Están cantando lo que yo creo oír?

-Creo que sí. Acerquémonos un poco.

El líder de los árabes era Hashimi Moussa un estudiante de sociología, de veinte años. En un brazo tenía una cicatriz permanente, dejada por una cachiporra israelí, y le faltaba la mitad de los dientes por efecto de una bala de goma. Nadie ponía su valor en tela de juicio. Lo había probado más allá de toda duda, enfrentándose a la muerte diez o doce veces antes de consolidarse como líder. La gente lo escuchaba; por eso consiguió convertir en realidad una idea que acariciaba desde hacía cinco interminables y pacientes años. Para hacerlo sólo necesitó de tres días y la fantástica suerte de que un amigo judío, disgustado con los

Librodot

conservadores religiosos de su país, hubiera comentado los planes para ese día. Tal vez era el destino, la voluntad de Alá o simple buena suerte. De cualquier modo, ése era el momento para el que Hashimi vivía desde que, a los quince años, supo de Gandhi y de King, quienes derrotaron la fuerza con desnudo y pasivo coraje. Para convencer a su gente tuvo que abandonar un código guerrero que parecía parte de sus genes, pero lo había hecho. Ahora sus creencias se verían puestas a prueba.

Benny Zadin sólo vio que su camino estaba bloqueado. El rabino Kohn dijo algo a su colega Goldmark, pero ninguno de los dos se volvió hacia la Policía, pues hacerlo hubiera significado admitir la derrota. Si estaban horrorizados o furiosos por lo que veían, el capitán Zadin no lo sabría jamás. Se volvió hacia sus hombres.

-¡Gas!

Había planeado esa parte con antelación. Los cuatro policías que llevaban armas lanzagases eran hombres religiosos. Los cuatro apuntaron y dispararon simultáneamente hacia la multitud. Los botes de gas son peligrosos; pero nadie sufrió daños. En pocos segundos, nubes de gas lacrimógeno florecieron entre la masa de árabes sentados. Pero a una señal, cada uno de ellos se puso una máscara para protegerse. Eso les impedía cantar, pero no batir palmas y tampoco debilitó su voluntad. El capitán Zadin se enfureció aun más, pues el viento del este llevó el gas hacia sus hombres, apartándolo de los árabes. A continuación, algunos jóvenes con guantes recogieron los botes para arrojarlos de nuevo hacia la Policía. Un minuto después pudieron quitarse las máscaras. Ahora había risas, en las voces que cantaban.

Zadin ordenó usar balas de goma. Seis hombres llevaban ese tipo de armas; a cincuenta metros de distancia obligarían a todo el mundo a correr en busca de refugio. La primera descarga fue perfecta: alcanzó a seis árabes sentados en primera fila. Dos gritaron de dolor. Uno se derrumbó, pero nadie abandonó su sitio, salvo para socorrer a los heridos. La siguiente descarga no se dirigió a los pechos, sino a las cabezas. Zadin tuvo la satisfacción de ver que una cara estallaba en una mancha roja.

El líder (Zadin lo reconoció de otros encuentros) se puso de pie y dio una orden que el capitán israelí no oyó. Pero su significado fue evidente de inmediato: el canto se hizo más potente. Siguió otra descarga de balas de goma. El capitán vio que uno de sus hombres estaba furioso. El árabe que había recibido un proyectil en pleno rostro fue alcanzado por otro en la parte superior de la cabeza, y su cuerpo se relajó en la muerte. Benny habría debido comprender que perdía el control de sus hombres, pero había algo peor aún: estaba perdiendo el control de sí mismo.

Hashimi, sobrecogido por la pasión del momento, no vio la muerte de su camarada. Pero la consternación se dibujaba claramente en la cara de aquellos rabinos. Las máscaras ocultaban la cara de los policías, pero sus actos, sus movimientos, revelaban lo que sentían. En un momento de lucidez, Hashimi supo que estaba triunfando y gritó otra vez, para que los suyos redoblaran los esfuerzos. Y eso hicieron, frente al fuego y la muerte.

El capitán Benjamin Zadin se quitó el casco y avanzó a paso enérgico hacia los árabes, dejando atrás a los rabinos, súbitamente paralizados por una inoportuna vacilación. ¿Sería alterada la voluntad de Dios por los cánticos discordantes de unos sucios salvajes?

-Oh, oh -comentó Pete Franks, con los ojos lagrimeando por el gas.

-Lo he filmado -dijo el cámara, sin darse tregua. Apuntó la lente hacia el comandante de la Policía israelí, que avanzaba-. Aquí va a pasar algo. ¡Ese tío parece furioso, Pete!

«Oh, Dios», pensó Franks. El también era judío y se sentía extrañamente cómodo en esa tierra estéril pero amada. Sabía que, una vez más, ante sus ojos se estaba desarrollando la historia, y ya componía mentalmente los dos o tres minutos de informe verbal que superpondría a la filmación de su cámara para la posteridad. Se preguntó si obtendría otro Emmy, por ejecutar con suprema eficiencia aquel trabajo duro y peligroso.

Todo ocurrió con celeridad, con demasiada celeridad, en tanto el capitán marchaba directamente hacia el líder árabe. Hashimi ya sabía que uno de sus amigos había muerto, con el cráneo hundido por un arma que se suponía disuasoria. Oró en silencio por el alma de su

camarada, con la esperanza de que Alá comprendiera el coraje requerido para enfrentarse de ese modo a la muerte. Hashimi estaba seguro de que El lo comprendería. El israelí que se le acercaba era una cara conocida. Se llamaba Zadin y había estado allí muchas veces; era un israelí más, con frecuencia oculto tras una máscara Lexan y una pistola desenfundada, uno de los tantos para quienes los árabes no eran personas, para quienes un musulmán era sólo el aparato que arrojaba una piedra o un cóctel Molotov. Pues bien, hoy se desengañaría, se dijo Hashimi. Hoy se enfrentaría a un hombre de coraje y convicción.

Benny Zadin vio delante de sí a un animal, una especie de mula empecinada o... ¿qué? No estaba seguro de lo que veía; pero no era un hombre, un israelí. Habían cambiado de táctica, nada más, y la nueva táctica era cosa de mujeres. Su esposa también se la había jugado, le había dicho que lo abandonaba por un hombre mejor, que podía quedarse con los niños, que sus amenazas de pegarle eran palabras vacuas, que no era capaz de eso, pues no era lo bastante hombre para hacerse cargo de su propia casa. Zadin evocó aquella cara hermosa Y vacía y se preguntó por qué no le había dado una lección, si la tenía allí, a menos de un metro, mirándolo con una sonrisa... y finalmente riendo al verlo incapaz de hacer lo que su virilidad le ordenaba. En aquella ocasión la pasividad había derrotado a la fuerza.

Esta vez no sería así.

-¡Apártate! -ordenó Zadin, en árabe.

-No.

-Te mataré.

-No pasarás.

-¡Benny! -gritó un policía que conservaba la calma.

Pero ya era demasiado tarde. Para Benjamín Zadin, la muerte de sus hermanos a manos de los árabes, la traición de su esposa y el modo en que aquella gente se interponía en su camino eran ya demasiado. Sacó el arma reglamentaria y disparó a la frente de Hashimi. El joven árabe cayó hacia delante. La canción y el batir de palmas se interrumpieron. Uno de los manifestantes quiso intervenir, pero otros dos lo sujetaron con firmeza. Algunos empezaron a orar por sus dos camaradas muertos. Zadin apuntó el arma hacia uno de ellos, pero aunque su dedo presionó el gatillo, algo lo detuvo en el último momento. Fue la expresión de aquellos ojos, el coraje que veía, algo distinto del desafío. Decisión, tal vez... y compasión, pues la cara de Zadin expresaba una angustia que iba más allá del dolor. El horror de lo que había hecho le atravesó la conciencia. Había faltado a su palabra. Había matado a sangre fría. Acababa de quitar la vida a alguien que no amenazaba a nadie. Acababa de asesinar. Zadin se volvió hacia los rabinos, buscando algo sin saber qué era, pero lo que buscaba no estaba allí. Los cánticos se reiniciaron. El sargento Moshe Levin se adelantó para tomar el arma del capitán.

-Vamos, Benny. Voy a sacarte de aquí.

-¿Qué he hecho?

-Ya está hecho, Benny. Acompáñame.

Levin empezó a alejarse con su comandante, pero tuvo que volverse a mirar la obra de aquella mañana. El cadáver de Hashimi yacía encorvado en un charco de sangre que corría entre los adoquines. El sargento comprendió que debía hacer o decir algo. Aquello no era como debía ser. Quedó boquiabierto, meneando la cabeza de un lado a otro. En ese momento, los discípulos de Hashimi supieron que su líder había triunfado.

El teléfono de Ryan sonó a las 2.03, hora del Este. Contestó antes de que sonara el segundo timbrazo.

-¿Sí?

-Soy Saunders, del Centro de Operaciones. Encienda su televisor, dentro de cuatro minutos la «CNN» emite algo fuerte.

- ¿De qué se trata? -Ryan buscó a tientas el mando a distancia y encendió el televisor del dormitorio.

Librodot

-No lo querrá creer, señor. Hemos captado la recepción del satélite de la CNN; Atlanta está por emitirlo por toda la red. No sé cómo pasó la censura de los israelíes. De cualquier modo...

-Bueno, aquí viene. -Ryan se frotó los ojos para despejarse. No subió el volumen para no molestar a su esposa, pero en todo caso el comentario era superfluo, en todo caso-. Dios de las alturas...

-Qué otra cosa se puede decir, señor -convino el oficial de guardia.

-Envíeme al chófer. Llame al director y dígale que vaya en seguida. Comuníquese con el oficial de guardia en la Oficina de Transmisiones de la Casa Blanca para que avise a la gente de allí. Necesitamos al vicedirector de Inteligencia y a los encargados de Israel, Jordania... De toda la zona, hombre. Asegúrese de que el Departamento de Estado se entere.

-Ellos tienen propia...

-Ya lo sé, pero llámelos. En estas cosas nunca se da nada por sentado, ¿ entiende?

-Si, señor. ¿Algo más?

-Sí. envíeme cuatro horas mas de sueño.

Ryan corto.

-Jack... ¿Eso era...?

-Sin duda, cariño.

-¿Qué pasa?

-Pasa que los árabes han descubierto cómo destruir a Israel. -«A menos que nosotros podamos salvarlos», pensó.

Noventa minutos después, Ryan encendió la cafetera automática que tenia detrás del escritorio, antes de echar un vistazo a las notas del personal de guardia. El día requería café. Se había afeitado en el coche, durante el trayecto; una mirada al espejo le demostró que el afeitado no había sido muy bueno. Espero a tener una taza llena antes de entrar en la oficina del director. Allí estaba Charles Alden, con Cabot.

-Buenos días -saludó el asesor de Seguridad Nacional.

-Sí -replicó el vicedirector con voz ronca. ¿Le encuentras algo de bueno? ¿El presidente ya lo sabe?

-No. Preferí no molestarlo hasta que sepamos algo. Se lo diré cuando despierte, a eso de las seis. ¿Qué piensas ahora de tus amigos, los israelíes, Marcus?

-¿Se ha sabido algo más, Jack? -preguntó el director Cabot a su subordinado.

-El que disparó es un capitán de la Policía, según su insignia. Todavía no sabemos el nombre ni tenemos datos sobre él. Los israelíes lo han metido en alguna parte y no dicen nada. A juzgar por la filmación, hay dos muertos, y quizás unos cuantos heridos leves. El jefe de la emisora no tiene nada que informarnos, salvo que así fue como sucedió y que lo tenemos filmado. Nadie parece saber dónde está el equipo de televisión. Como no teníamos a nadie allí cuando ocurrió, nos guiamos exclusivamente por la cobertura informativa. -«Una vez más», habría querido agregar Ryan. Pero la mañana ya era bastante desagradable-. El Monte del Templo se ha cerrado y está bajo custodia militar; no entra ni sale nadie; también han cerrado el acceso al Muro de las Lamentaciones. Eso puede ser una primicia. Nuestra Embajada no ha dicho nada; esperan instrucciones. Lo mismo vale para las otras. Todavía no hay reacciones oficiales en Europa, pero no creo que tarden más de una hora. Ya están trabajando y recibieron las mismas imágenes por su servicio de Sky News.

-Son casi las cuatro -comentó Alden echando un vistazo fatigado a su reloj-. Dentro de tres horas la gente se amargará el desayuno. ¡Qué cosa desagradable de ver por la mañana! Creo que esto va a ser grande, señores. Tú lo anunciaste, Ryan. Recuerdo lo que dijiste el mes pasado.

-Tarde o temprano, los árabes tenían que espabilarse -dijo Jack.

Alden hizo un gesto de asentimiento. Jack se dijo que era una amabilidad de su parte, porque él había dicho lo mismo en uno de sus libros, varios años atrás.

-Creo que Israel podrá salir de esto. Siempre ha salido... Pero Jack interrumpió a su

director.

-Imposible, jefe. -Alguien tenía que pararle los pies a Cabot-. Es lo que dijo Napoleón sobre lo moral y lo físico. Israel depende por completo de su ventaja moral. Su prestigio se basa en que es la única democracia de la región; son los buenos de la película. Pero ese concepto murió hace tres horas. Ahora han quedado como aquel Bull de Selma, Alabama, quienquiera fuese, sólo que él usó mangas de agua. Las organizaciones de derechos humanos montarán su numerito. -Jack hizo una pausa para sorber su café-. Es una simple cuestión de justicia. Cuando los árabes arrojaban piedras y bombas Molotov, la Policía podía decir que empleaba la fuerza contra la fuerza. Esta vez no. Los dos muertos estaban sentados, sin amenazar a nadie.

-Pero fue el acto aislado de un hombre enloquecido! -protestó Cabot.

-No, señor. Fue así en el caso del hombre por un disparo de pistola. Pero la primera víctima fue muerta por dos balas de goma disparadas, a una distancia de veinte metros... y fueron dos disparos efectuados con una misma arma que es preciso recargar. Fue a sangre fría. Y no se trata de una casualidad.

-¿Estamos seguros de que murió? -preguntó Alden.

-Mi esposa, que es médica, opina que sí. El cuerpo sufrió una convulsión y quedó laxo; probablemente murió de trauma cerebral masivo. No pueden decir que el tipo tropezó y se golpeó contra el bordillo. Esto lo cambia todo, por cierto. Si los palestinos son astutos, duplicarán la apuesta. Continuarán con esta táctica hasta que el mundo reaccione. Y si lo hacen, no pueden perder -concluyó Jack.

-Concuerdo con Ryan -dijo Alden-. Antes de la cena habrá una resolución de la ONU y nosotros tendremos que respetarlo. Eso podría demostrar a los árabes que la no violencia es mejor arma que las piedras. ¿Qué dirán los israelíes? ¿Cómo reaccionarán?

Alden conocía la respuesta. La intención era informar al director de Inteligencia, de modo que Ryan se hizo cargo:

-Comenzarán por cerrarse. Probablemente se están dando de patadas por no haber impedido la filmación, pero ya es tarde. Sin duda fue un incidente fortuito. Es decir: el Gobierno israelí ha de estar tan sorprendido como nosotros; de lo contrario habrían detenido al equipo de televisión. A estas horas deben de estar desarmando el cerebro de ese capitán de Policía. Hacia el mediodía dirán que está loco (lo que probablemente sea cierto) y que fue un acto aislado. Se puede prever cómo tratarán de controlar los daños, pero...

-Eso no servirá -interrumpió Alden-. El presidente tendrá que hacer una declaración antes de las nueve. No podemos decir que se trata de un «trágico incidente». Es el asesinato a sangre fría de un manifestante desarmado por parte de un oficial de Policía.

-Mira, Charlie, se trata sólo de un incidente aislado -insistió el director Cabot.

-Tal vez, pero hace cinco años que predigo esto. -El asesor de Seguridad Nacional se levantó y se dirigió hacia las ventanas-. Lo único que ha mantenido unida a Israel en los últimos treinta años, Marcus, ha sido la estupidez de los árabes. 0 no comprendieron que la legitimidad de Israel se basaba por entero en su posición moral, o bien les faltó ingenio para ocuparse de eso. Ahora Israel se enfrenta a una contradicción ética insoluble. Si es realmente democrática y respeta los derechos de sus ciudadanos, tendrá que dar mayores derechos a los árabes. Pero eso significará un juego muy peligroso para su integridad política, que depende de mantener sosegados a sus elementos religiosos extremistas... y a esa gente los derechos árabes le importa un rábano, ¿no? Pero si ceden ante los fanáticos religiosos y se cierran, tratando de esquivar este asunto, demostrarán que no son verdaderos demócratas. Y eso pone en peligro nuestro apoyo político, sin el cual no pueden sobrevivir económica ni militarmente. Nosotros nos encontramos ante el mismo dilema. Nuestro apoyo a Israel se basa en su legitimidad política como democracia liberal, pero esa legitimidad acaba de evaporarse. Un país cuya Policía asesina a gente desarmada no tiene legitimidad, Marcus. No podemos apoyar a un Israel que hace este tipo de cosas, así como no debimos apoyar a Somoza, Marcos o cualquier otro dictador de pacotilla...

-!Maldita sea, Charlie! Israel no es...

-Ya lo sé, Marcus. No es, de veras que no. Pero la única manera de probarlo es que cambien, que se conviertan realmente en lo que siempre han asegurado ser. Si se cierran con respecto a este asunto, Marcus, están condenados. Buscarán respaldo en la camarilla política que tienen aquí y descubrirán que ya no existe. Si las cosas llegan a ese extremo, harán que nuestro Gobierno quede más abochornado de lo que está y tal vez nos veamos obligados a retirarles abiertamente todo apoyo. Pero tampoco podemos hacer eso. Es preciso hallar otra alternativa. -Alden se apartó de la ventana-. Ryan, esa idea tuya tiene ahora prioridad absoluta. Yo me encargo del presidente y del Ministerio de Estado. La única manera de sacar a Israel de esto es hallar algún plan de paz efectivo. Llama a tu amigo de Georgetown y dile que ya no es una posibilidad a estudiar. Di que es el proyecto PEREGRINAJE. Mañana por la mañana quiero tener un buen esbozo de lo que conviene hacer y de cómo conviene hacerlo.

-Es muy poco tiempo, señor -observó Ryan.

-En ese caso, no te entretengas, Jack. Si no nos damos prisa, sólo Dios sabe qué pasará. ¿Conoces a Scott Adler, el de Estado?

-He hablado unas cuantas veces con él.

-Es el mejor ayudante de Brent Talbot. Sugiero que te entrevistes con él después de hablar con tus amigos. Te cubrirás las espaldas en el flanco del Departamento de Estado. No se puede confiar en que esa burocracia haga nada de prisa. Y prepara la maleta, muchacho, porque vas a estar muy ocupado. Quiero hechos, posiciones y una evaluación exacta, lo antes posible. Y quiero que todo esto se mantenga en secreto. -Ese último comentario iba dirigido a Cabot-. Si queremos que esto resulte, no podemos arriesgarnos a que se sepa nada.

-Sí, señor -dijo Ryan.

Cabot se limitó a asentir.

Jack nunca había estado en la residencia universitaria de Georgetown, lo que le resultó extraño. En ese momento les estaban sirviendo el desayuno. Desde la mesa se veía el aparcamiento.

-Tenías razón, Jack -observó Riley -. No fue nada bonito despertar con esa noticia.

-¿Qué se sabe de Roma?

-La idea les gusta -dijo el rector de la Universidad de Georgetown.

-¿Cuánto? -preguntó Ryan.

-¿Hablas en serio?

-Hace dos horas, Alden me dijo que el asunto tiene máxima prioridad.

Riley hizo un gesto de asentimiento.

-¿Tratan de salvar a Israel, Jack?

Ryan no sabia cuánto de ironía había en la pregunta pero no se permitió sutilezas.

-Todo lo que hago es seguir algo, padre. Órdenes, ¿entiende?

-Conozco esa palabra. Has estado muy oportuno al lanzar esta idea.

-Tal vez, pero dejemos el Premio Nobel para otro día, ¿eh?

-Termina tu desayuno. Todavía podemos hablar con todos antes del almuerzo. Y tienes mala cara.

-Me siento bastante mal -admitió Ryan.

-Todo el mundo debería dejar de beber a los cuarenta años -observó Riley-. Después de esa edad ya no se tolera bien el alcohol.

-Usted sigue bebiendo -apuntó Jack.

-Soy sacerdote. Tengo que beber. ¿Qué es lo que buscas, exactamente?

-Si logramos un acuerdo preliminar de los jugadores principales, pondremos en marcha las negociaciones cuanto antes. Pero es preciso actuar con mucha discreción. El presidente necesita una rápida evaluación de sus posibilidades. Eso es lo que estoy haciendo.

-¿Jugará Israel?

-Si no, está jodida. Perdone, pero así son las cosas. -Estás en lo cierto, desde luego, pero ¿tendrán el buen tino de comprender su situación?

-Yo sólo reúno y evalúo información, padre. La gente insiste en que adivine la suerte, pero no sé como se hace. Lo que sí sé es que esas imágenes filmadas van a encender la peor tempestad desde Hiroshima. Y seguramente tendremos que hacer algo antes de que se incendie toda la región.

-Come. Tengo que pensar durante unos minutos; pienso mucho mejor cuando mastico.

Era un buen consejo. Ryan lo comprendió poco después. La comida absorbió la acidez del café y la energía proporcionada por la comida lo ayudaría a soportar la jornada. Una hora después estaba nuevamente en marcha, ahora rumbo al Departamento de Estado. A la hora de la comida estaba en su casa, preparando el equipaje, y entre una y otra cosa logró dormir tres horas. Luego fue al despacho de Alden, en la Casa Blanca, para una importante reunión que se prolongó hasta muy entrada la noche. Alden se había hecho cargo de todo. Antes del alba, Jack partió hacia la base Andrews de la Fuerza Aérea. Desde allí consiguió llamar a su esposa. Habría querida llevar a su hijo al estadio durante el fin de semana, pero para él no habría sábado ni domingo, Llegó un mensajero de la CIA, el Departamento de Estado y la Casa Blanca, con doscientas páginas de datos que Ryan debería leer durante la travesía del Atlántico.

IV. TIERRA PROMETIDA

La base Ramstein de la Fuerza Aérea estadounidense, está situada en un valle alemán, hecho que inquietaba un poco a Ryan. A su modo de ver, el aeropuerto adecuado era aquel situado en terreno llano hasta el horizonte. La base tenía una escuadrilla de bombarderos «F-16», cada uno en su propio hangar a prueba de bombas, a su vez rodeado de árboles; la manía alemana por las cosas verdes impresionaría al más ambicioso de los ecologistas norteamericanos. Era uno de esos raros casos en que los deseos de los amantes de los árboles coinciden exactamente con las necesidades militares. Resultaba sumamente difícil divisar los hangares desde el aire; algunos de ellos, de fabricación francesa, tenían árboles plantados encima, lo cual hacía del camuflaje algo agradable, tanto desde el punto de vista estético como del militar. La base albergaba también unos cuantos aviones para autoridades, incluido un «707» modificado y cuya leyenda rezaba: «Estados Unidos de Norteamérica.» Se parecía a una versión más pequeña del avión presidencial; localmente lo conocían con el apodo de Miss Piggy y estaba asignado al comandante de las unidades de la Fuerza Aérea estadounidense estacionadas en Europa. Ryan se sonrió. Había allí más de setenta aviones de combate, destinados a la destrucción de las fuerzas soviéticas que ahora se estaban retirando de Alemania, instalados en un sitio ambientalmente admirable, que también era el hogar de un avión llamado Miss Piggy. El mundo estaba realmente loco.

Por otra parte, ponerse en manos de la Fuerza Aérea aseguraba una excelente hospitalidad y un tratamiento digno de personas muy importantes: en este caso, un elegante edificio llamado «Cannon Hotel». El comandante de la base, un coronel hecho y derecho, le acompañó en su avión para ejecutivos «Gulfstream VC-20B» al alojamiento para visitantes distinguidos, donde un bar bien provisto lo ayudó a superar la fatiga del viaje con nueve horas de sueño. Era una suerte, pues la televisión de su habitación sólo captaba un canal. Cuando despertó, a eso de las seis de la mañana hora alemana, estaba casi sincronizado con el cambio horario, entumecido y hambriento, pero había sobrevivido a otro ataque de indisposición por viaje. Al menos, eso esperaba él.

A Jack no le apetecía salir a correr. Eso fue lo que se dijo. En realidad, no habría podido correr ochocientos metros ni con un revólver en la sien. Se limitó a caminar a paso enérgico. Pronto advirtió que los madrugadores chiflados del ejercicio lo adelantaban; muchos de los cuales debían de ser pilotos de combate, a juzgar por su delgadez y su juventud, la niebla matinal pendía entre los árboles, plantados casi en el borde de los senderos. El clima era

mucho más fresco que el de su país; a cada pocos minutos, el aire sereno se alteraba por el discordante rugir de motores a reacción («el sonido de la libertad»), símbolo audible de la fuerza militar que por más de cincuenta años había asegurado la paz de Europa y que ahora, por supuesto, los alemanes miraban con recelo. Las actitudes cambian tan rápidamente como los tiempos. El poder norteamericano había alcanzado su meta y se estaba convirtiendo en cosa del pasado, al menos por lo que a Alemania concernía. La frontera interior del país había desaparecido. No se veían alambradas ni torres de guardia. Las minas ya no existían. En la franja de tierra arada, que permaneciera prístina por dos generaciones para delatar las huellas de los desertores, crecían ahora flores y césped. En la zona oriental, ciertos lugares que antes se examinaban en las fotos de los satélites, sobre los cuales las organizaciones de inteligencia occidentales buscaban información a costa de dinero y sangre, eran actualmente visitados por turistas armados de cámaras, entre los cuales había agentes de Inteligencia, más desconcertados que divertidos ante los rápidos cambios producidos como una marea de primavera. «Yo estaba seguro de tener razón sobre este lugar», pensaban algunos. Y otros: «¿Cómo pudimos fallar tanto en esto?»

Ryan meneó la cabeza. Era más que asombroso. La cuestión de las dos Alemanias había sido la pieza central del conflicto Este-Oeste desde antes de su nacimiento; parecía una de las cosas inalterables de este mundo, tema de muchos documentos, evaluaciones de Inteligencia y artículos periodísticos, suficientes para llenar todo el Pentágono de papel. Tanto esfuerzo, tanto análisis de minucias, tantas míseras disputas... todo desaparecido. Pronto quedarían olvidados. Ni siquiera los historiadores eruditos reunirían fuerzas para estudiar todos aquellos datos que uno había creído tan importantes: cruciales, vitales, valiosos al punto de arriesgar vidas humanas para conseguirlas; ahora eran poco más que una farragosa nota al pie de la Segunda Guerra Mundial. Esa base era un ejemplo de ello. Diseñada para albergar a los aviones que tenían por misión limpiar los cielos de aviones rusos y aplastar un posible ataque soviético, resultaba ahora un anacronismo costoso, cuyos apartamentos residenciales serían pronto habitados por familias alemanas. Ryan se preguntó qué harían con los hangares como aquél. Bodegas, probablemente. El vino era bastante bueno.

-¡Alto!

Ryan se detuvo en seco y se volvió en busca de la voz. Era la policía de seguridad de la Fuerza Aérea..., una mujer. En realidad, una muchacha, aunque su fusil «M-16» no sabía de edades ni de sexos.

-¿He cometido alguna falta?

-Documentación, por favor.

La joven era bastante atractiva y bastante profesional. Y tenía un compañero de apoyo entre los árboles. Ryan le entregó sus credenciales de la CIA.

-Nunca he visto una de éstas, señor.

-Vine anoche, en el «VC-20». Me hospedo en el «Cannon», habitación 109. Puede verificarlo en la oficina del coronel Parker.

-Estamos en alerta de seguridad, señor -replicó ella mientras tomaba su transmisor.

-Cumpla con su deber, señorita... perdone, sargento Wilson. Mi avión no sale hasta las diez.

Jack se apoyó contra un árbol para desperezarse. La mañana era demasiado bonita como para preocuparse, aun con aquellas dos personas armadas que no sabían quién diablos era él.

-De acuerdo. -La sargento Becky Wilson apagó el transmisor-. El coronel quiere verlo, señor.

-Para regresar, ¿debo torcer a la izquierda en el «Burger King»?

-En efecto, señor. -Le devolvió las credenciales y sonrió.

-Gracias, sargento. Perdone la molestia.

-¿Quiere que lo llevemos, señor? El coronel le espera.

-Prefiero andar. El coronel se ha adelantado. No le hará daño esperar unos minutos.

Ryan dejó a la sargento pensando en la importancia de un hombre que podía dejar al

comandante de su base esperando en la puerta del «Cannon». Fueron diez minutos de caminata a paso rápido, pero Ryan no había perdido el sentido de la orientación, pese a lo desconocido del terreno y a las seis horas de diferencia horaria.

-¡Buenos días, señor! -saludó y franqueó de un salto el muro del aparcamiento.

-He organizado un pequeño desayuno con el personal de la FAEUE. Nos gustaría conocer sus puntos de vista sobre lo que está ocurriendo en Europa.

Jack se echó a reír.

-¡Estupendo! A mí me interesa conocer los de ustedes.

Ryan fue a su habitación a cambiarse de ropa. «¿De dónde saca que yo sé algo más que ellos?» Durante el viaje había aprendido cuatro cosas que ignoraba. A las fuerzas soviéticas en retirada de la ex Alemania Oriental no les agradaba saber que no había sitio al que retirarse. Menos felices aún estaban los miembros del antiguo ejército de Alemania Oriental, por su retirada forzosa a un punto que Washington ignoraba; probablemente tenían aliados entre los ex miembros de la ya suprimida Stasi. Por fin, aunque en Alemania del Este habían detenido a doce miembros del Ejército Rojo, un número por lo menos igual había desaparecido antes de que los pillara la *Bundeskriminalamt*, la Policía federal alemana. Eso explicaba aquella alerta de seguridad en Ramstein.

El «VC-20B» despegó apenas pasadas las diez de la mañana, con rumbo sur. «Esos pobres terroristas», pensó Jack; dedicaban su vida, su energía e intelecto a algo que desaparecía más de prisa que el paisaje alemán, allá abajo. Como niños tras la muerte de la madre. Ya no tenían amigos. Habían buscado refugio en Checoslovaquia y la República Democrática Alemana, en bendita ignorancia de que ambos estados comunistas estaban a punto de fallecer. ¿Dónde se ocultarían ahora? ¿Rusia? Descartado. ¿Polonia? Ridículo. El mundo se había transformado bajo sus pies y estaba a punto de cambiar de nuevo. Ryan lo pensó con una sonrisa melancólica. Otros amigos suyos estaban por presenciar el nuevo cambio mundial. «Tal vez -se corrigió-. Tal vez...»

-Hola, Sergei Nikolaievich -había saludado Ryan al hombre que entraba en su oficina, una semana antes.

-Ivan Emmetovich -respondió el ruso, ofreciéndole la mano.

Ryan recordó su último encuentro, en la pista de Sheremetievo, el aeropuerto de Moscú. Golovko tenía entonces un revólver en la mano. No había sido un buen día para ninguno de los dos pero, como de costumbre, las cosas se resolvían de manera curiosa. Golovko, que había casi impedido la mayor deserción de la historia soviética, era ahora vicepresidente primero del Comité para la Seguridad del Estado. Si hubiera triunfado no habría llegado tan lejos, pero por trabajar muy bien, aunque no lo suficiente, había llamado la atención de su presidente, que lo premió con un ascenso. Su oficial de Seguridad estaba en la oficina de Nancy, con John Clark, mientras Ryan recibía a Golovko en su despacho.

-Esto no me impresiona. -Golovko miró con aire de desaprobación el despacho. En la pared colgaba un cuadro tomado en préstamo de un depósito gubernamental, y también, por supuesto, la fotografía del presidente Fowler, junto al perchero donde dejaba su abrigo.

-Pero tengo una bonita vista, Sergei Nicolaievich. ¿Dígame, la estatua de Iron Feliks sigue en medio de la plaza?

-Por el momento, sí. -Golovko sonrió-. Me han dicho que su director está fuera de la ciudad.

-Sí. El presidente decidió que necesitaba asesoramiento.

-¿Sobre qué? -preguntó Golovko con una sonrisa torcida.

-¿Cómo quiere que lo sepa? -respondió Ryan, con una carcajada.

-Difícil, ¿no? Tanto para usted como para mí.

El nuevo director del KGB tampoco era un espía profesional, lo que no resultaba extraño. Con frecuencia, el director de esa lúgubre agencia había sido un hombre del Partido, pero el Partido también se estaba convirtiendo en historia; por eso Narmonov había elegido a un experto en informática, supuestamente para que trajera ideas nuevas a la principal agencia de

espionaje soviético. Eso la tornaría más eficiente. Ryan sabía que Golovko tenía ahora, detrás de su escritorio de Moscú, un ordenador personal «IBM».

-Yo solía decir, Sergei, que cuando el mundo recuperara la sensatez yo me quedaría sin trabajo. Y mire lo que está pasando. ¿Quiere café?

-Gracias, Jack. -Un momento después, el ruso expresó su aprobación por la infusión.

-Nancy me lo prepara todas las mañanas. Bien. ¿Qué puedo hacer por usted?

-He oído muchas veces esa pregunta, pero nunca en un lugar como éste. -La visita de Ryan soltó una carcajada resonante-. Por Dios, Jack, ¿nunca tiene la sensación de que todo esto es un sueño inducido por drogas?

-No lo creo. Ayer me corté al afeitarme y no desperté.

Golovko murmuró algo en ruso; Jack no llegó a captarlo, pero sus traductores lo harían al transcribir las grabaciones.

-Tengo que informar de nuestras actividades a los parlamentarios soviéticos. Su director fue muy amable al responder favorablemente a nuestra solicitud de asesoramiento.

Ryan no pasó por alto a esa oportunidad:

-No hay problema, Sergei Nicolaievich. Puede cotejar conmigo toda la información que tenga. Será un placer asesorarlo.

Golovko lo encajó con serenidad:

-Gracias, pero mi jefe no lo comprendería.

Bromas aparte, era hora de entrar en tema.

-Queremos un intercambio -dijo Ryan.

Se iniciaba la esgrima.

-¿Cuál?

-Información sobre los terroristas a los que ustedes daban apoyo.

-No es posible -dijo secamente Golovko.

-Claro que sí.

Golovko hizo flamear la bandera:

-Un servicio de Inteligencia no puede traicionar a sus confidentes y seguir funcionando.

-¿De veras? Dígaselo a Castro, la próxima vez que lo vea -sugirió Ryan.

-Veo que se supera, Jack.

-Gracias, Sergei. Mi Gobierno está muy agradecido por la reciente declaración que hizo vuestro presidente sobre el terrorismo. Caramba, ese tipo me gusta. Usted lo sabe. Estamos cambiando el mundo, hombre. ¿Por qué no limpiar un par de cosas más? Usted nunca aprobó que su Gobierno apoyara a esos dementes.

-¿Qué le hace suponerlo? -preguntó el vicepresidente primero.

-Usted es un profesional de la Inteligencia, Sergei. En absoluto puede aprobar los actos de esos criminales. Yo pienso lo mismo, desde luego, pero en mi caso se trata de algo personal.

Ryan se reclinó en el sillón con una mirada dura. No olvidaría jamás a Sean Miller y a los otros miembros del Ejército de Liberación del Ulster que en dos ocasiones habían atentado contra la vida de Jack Ryan y su familia. Apenas tres semanas antes, tras pasar años agotando todas las vías legales, después de tres escritos presentados al Tribunal Supremo, manifestaciones y apelaciones al gobernador de Maryland y al presidente de EE.UU. pidiendo clemencia, Miller y sus colegas habían pasado por la cámara de gas de Baltimore. «Y que Dios se apiade de sus almas -pensó Ryan-. Si acaso Dios tiene buen estómago.» Un capítulo de su vida se había cerrado para siempre.

-¿Y el último incidente?

-¿El de los indios? Es un buen ejemplo. Esos «revolucionarios» traficaban droga para ganar dinero. Se volverán contra vosotros, aunque les hayáis proporcionado fondos. Dentro de pocos años se convertirán para vosotros en un problema mayor de lo que nunca fueron para nosotros.

Eso era muy cierto, desde luego, y ambos lo sabían. La vinculación terrorismo-drogas era algo que empezaba a preocupar a los soviéticos. La libre empresa se desarrollaba a pasos

agigantados en los ambientes criminales de Rusia, y eso era un problema tanto para Ryan como para Golovko.

-¿Y bien?

Golovko inclinó la cabeza a un lado.

-Lo discutiré con el presidente. Él lo aprobará.

-¿Recuerda lo que le dije en Moscú, hace un par de años? ¿Por qué emplear diplomáticos para que se ocupen de las negociaciones, si uno tiene gente de verdad para arreglar las cosas?

-Esperaba una cita de Kipling o algo similarmente poético -observó el ruso con sequedad-. Bien, ¿cómo os entendéis con el Congreso?

Jack rió entre dientes.

-Para ahorrarnos problemas, le decimos la verdad.

-¿He recorrido once mil kilómetros para oír esto?

-Se selecciona a un puñado de congresistas capaces de mantener la boca cerrada y absolutamente honrados. Esa es la parte más difícil. Luego se les dice todo lo que necesitan saber. Hay que fijar las reglas del juego.

-¿Reglas del juego?

-Es un término tomado del deporte, Sergei. Se refiere a las normas especiales que se aplican a determinada actividad. A Golovko se le iluminaron los ojos.

-Entiendo; es un término muy útil.

-Todo el mundo tiene que estar de acuerdo en cuanto a las reglas y nunca se le debe infringir.

Ryan hizo una pausa. Estaba hablando otra vez como un docente universitario. No era justo hablar de ese modo a un colega.

Golovko frunció el ceño. Eso era lo difícil, por supuesto: no infringir las reglas. Los asuntos de Inteligencia no solían ser tan claros. Y la conspiración formaba parte del alma rusa.

-A nosotros nos da resultado -agregó Ryan.

¿O no? -se preguntó-. Sergei sabe si ha dado resultados o no. Bueno, sabe algunas cosas que yo ignoro. Podría decirme si hemos tenido grandes filtraciones en el Congreso desde lo de Peter Henderson... pero al mismo tiempo sabe que hemos penetrado en muchas de sus operaciones, pese a su maniática pasión por el secreto total.» Hasta los soviéticos lo habían admitido públicamente: la hemorragia de desertores sufrida por el KGB a lo largo de los años había frustrado docenas de operaciones concienzudamente planeadas contra EE.UU. y Occidente. Tanto en la Unión Soviética como en los Estados Unidos, el secreto servía para ocultar del mismo modo el éxito y el fracaso.

-Todo se reduce a la confianza -dijo al cabo de un momento-. Vuestros parlamentarios son patriotas, Sergei. Si no amaran a su país, ¿qué motivos tendrían para soportar todas la basura de la vida pública? Aquí pasa lo mismo.

-Poder -replicó Golovko.

-No. Los inteligentes, aquellos con quienes usted va a tratar, no. Claro que habrá unos cuantos idiotas. Aquí también los tenemos. No son especie en peligro de extinción. Pero siempre hay gente que comprende que el poder obtenido en el Gobierno es una ilusión. Las obligaciones que lo acompañan son siempre de mayor magnitud. No, Sergei; en general, tratará con personas tan sagaces e inteligentes como usted.

Golovko agradeció ese cumplido entre profesionales. Minutos antes había acertado en su apreciación: Ryan estaba superándose en su oficio. Empezaba a pensar que ya no era enemigo suyo. Tal vez competidor, sí, pero enemigo no. Ahora había entre ellos algo más que mero respeto profesional.

Ryan miró a su visitante con franqueza, sonriendo para sus adentros por haberlo sorprendido. Y también con la esperanza de que uno de los elegidos por Golovko fuera Oleg Kirilovich Kadishev, cuyo nombre clave era SPINNAKER. Los periodistas lo consideraban uno de los más brillantes e íntegros parlamentarios de un presuntuoso cuerpo legislativo que luchaba por construir un país nuevo; pero su reputación quedaba desmentida por el hecho de

Librodot

que estaba a sueldo de la CIA desde hacía varios años; era el mejor agente reclutado por Mary Pat. Foley. «El juego continúa», pensó Ryan. Las reglas eran diferentes, el mundo también, pero el juego continuaba. «Probablemente así será siempre», se dijo, lamentándolo vagamente. Pero qué diablos, si Estados Unidos espiaba hasta a Israel. Eso se llamaba «vigilar la marcha de las cosas»; nunca se hablaba de «organizar un operativo». Los congresistas al corriente lo habrían divulgado en un minuto. «Oh, Sergei, ¡cuántas cosas debes aprender!»

Ryan llevó a su invitado al comedor para autoridades, donde Golovko declaró que la comida era algo mejor que la habitual en el KGB... algo que Ryan nunca habría creído. También descubrió que los principales jerarcas de la CIA querían conocerlo. Los jefes de departamento y sus asesores hicieron cola para estrecharle la mano y fotografiarse con él. Por fin se tomó una foto de grupo, antes de que Golovko se marchara. Entonces, los de Seguridad y Ciencia y Tecnología inspeccionaron centímetro a centímetro los pasillos y las habitaciones por donde habían pasado Golovko y su guardaespalda. No encontraron nada, y lo inspeccionaron todo otra vez. Y otra más. Y una última, hasta decidir que el hombre no había aprovechado la oportunidad para jugárselas. Uno de los agentes de Ciencia y Tecnología se lamentó de que las cosas ya no fueran como antes.

Ryan sonrió al recordar el comentario. Desde luego las cosas estaban ocurriendo muy de prisa. Se acomodó en el asiento y ajustó el cinturón de seguridad. El «VC-20» se acercaba a los Alpes y podía haber pozos de aire.

-¿Un periódico, señor? -preguntó la azafata.

Era una muchacha joven y bonita, para variar. Además, estaba casada y encinta. Una sargento embarazada. A Ryan lo ponía incómodo ser atendido por alguien así.

-¿Cuál tiene?

-El International Tribune.

-Bien.

Ryan cogió el diario... y estuvo a punto de atragantarse. Estaba en primera plana. Algún idiota había divulgado una de las fotos. Golovko, Ryan, los directores de Ciencia y Tecnología, Operaciones, Administración, Registros e Inteligencia, atacando sus almuerzos. La identidad de los norteamericanos no era un secreto, por supuesto, pero aun así...

-La foto no es muy buena, señor -comentó la sargento y esbozó una amplia sonrisa.

Ryan no pudo sentirse desdichado.

-¿Para cuándo espera, sargento?

-Para dentro de cinco meses, señor.

-Bueno, su hijo nacerá en un mundo mucho mejor que el que nos tocó a usted y a mí. ¿Por qué no se sienta y descansa? No soy tan moderno cono para dejarme servir por una dama embarazada.

El International Herald-Tribune, es una empresa conjunta del New York Times y el Washington Post, está destinado a que los norteamericanos de viaje por Europa se mantengan al tanto de los resultados del béisbol y los cómics más leídos. Ya se distribuía en el ex bloque oriental, para los comerciantes y turistas norteamericanos que acudían en tropel a esas naciones.

También lo leían los naturales, tanto para afinar el inglés como para mantenerse al día de los acontecimientos en EE.UU., un país fascinante para pueblos que aprendían a emular cuanto se les enseñaba a odiar. En poco tiempo la demanda se incrementó notablemente, y la administración del periódico decidió aumentar su distribución todavía más.

Uno de sus lectores habituales era Günther Bock. Vivía en Sofía, Bulgaria, tras haber abandonado Alemania Oriental bastante de prisa, varios meses antes, al recibir una advertencia de un antiguo amigo de la Stasi. Junto con Petra, su esposa, Bock había sido jefe de unidad de la banda Baader-Meinhof. Cuando ésta fue aplastada por la Policía de Alemania Occidental, Bock militó en la Fracción del Ejército Rojo. En dos ocasiones estuvo a punto de ser arrestado por la *Bundeskri minalamt*, y finalmente prefirió cruzar la frontera checa para ingresar en la República Democrática Alemana, donde se estableció en una especie de

discreto retiro. Con una nueva identidad, nuevos documentos y un empleo estable (al que no iba nunca, pero sus registros laborales estaban absolutamente in *Ordnung*) se consideraba a salvo. Ni él ni Petra habían calculado la revuelta popular que derrocaría el Gobierno de la Deutsche Denzokratische Republik, pero ambos pensaron que podrían sobrevivir en el anonimato. Sin embargo, no contaban con que un desborde popular irrumpiera en los cuarteles de la Stasi y destruyera miles de documentos, aunque muchos de ellos, en realidad, no fueron destruidos. Algunos alborotadores eran agentes de la *Bundesnachrichtendienst*, organización de Inteligencia de Alemania Occidental; iban a la vanguardia de los exaltados sabían exactamente qué habitaciones asaltar. A los pocos días empezaron a desaparecer miembros de la Fracción del Ejército Rojo. Al principio era difícil darse cuenta. En Alemania Oriental los teléfonos eran tan decrépitos que nunca resultaba fácil hacer una llamada, además, los antiguos asociados no vivían en las mismas zonas, por obvios motivos de seguridad. Gunther y Petra empezaron a sospechar que había dificultades cuando sus invitados a cenar no se presentaron. Era demasiado tarde Mientras Günther escapaba a toda prisa por la ventana de la cocina, cinco comandos de la GSG-9, fuertemente armados, derribaron a puntapiés la endeble puerta del apartamento de los Bock en Berlín Este. Encontraron a Petra amamantando a una de las gemelas, pero si alguna simpatía experimentaron ante esa conmovedora escena, la mitigaron con el recuerdo de que Petra Bock había asesinado a tres ciudadanos de Alemania Occidental; a uno de ellos, con bastante crueldad. Ella estaba ahora en una prisión de máxima seguridad, sentenciada a cadena perpetua en un país donde «perpetuidad» significaba que sólo se salía de la cárcel en un ataúd. Las gemelas habían sido adoptadas por un capitán de la Policía de Munich y su esposa estéril.

A Günther le parecía extraño sufrir tanto para eso. Después de todo, era un revolucionario. Había conspirado y matado por su causa. Resultaba absurdo sufrir por el encarcelamiento de su esposa... y la pérdida de sus hijas. Las pequeñas tenían la nariz y los ojos de Petra, y sonreían a su padre. No se les enseñaría a odiarlo; Günther lo sabía. Ni siquiera les habían dicho quiénes eran él y Petra. Bock estaba dedicado a algo más grande, más trascendente que una simple existencia individual. El y sus colegas habían tomado la decisión, razonada y consciente, de construir un mundo mejor y más justo para el hombre común. Sin embargo... sin embargo, él y Petra habían decidido, también de modo razonado y consciente, tener hijos, para que aprendieran de sus padres, para que fueran la próxima generación de los Bock y disfrutaran de los frutos de la heroica labor de sus padres. Y a Günther le enfurecía que no fuera así.

Peor aún era su desconcierto. Lo que había ocurrido era imposible. Unmzóglich. Unglaublich. El pueblo, el Volk común de la República Democrática Alemana, se había alzado en contra de su estado socialista, casi perfecto, y optado por mezclarse con la monstruosidad explotadora elaborada por las potencias imperialistas. Todos estaban seducidos por los artefactos para el hogar de Blaupunkt, los automóviles «Mercedes» y... ¿qué más? Francamente, Günther Bock no lo comprendía. Pese a su innata inteligencia, los hechos no constituían un diseño comprensible. El hecho de que el pueblo de su país hubiera decidido que el «socialismo científico», no servía ni serviría jamás, eso era un salto demasiado grande para Günther. Tras haber entregado tanto de su vida al marxismo, no podía rechazarlo. Después de todo, sin el marxismo él era un criminal, un asesino común. Sólo su heroico ethos revolucionario elevaba sus actividades por sobre las acciones de un malhechor. Pero su *ethos* revolucionario era sumariamente rechazado por sus propios beneficiarios. Era sencillamente increíble. *Unnóglich*.

No parecía justo que se produjeran tantas cosas increíbles. Al abrir el periódico que había comprado veinte minutos antes, a siete calles de su residencia actual, su vista se detuvo en la foto de la primera plana, lo cual había sido, por cierto, la intención del editor.

«LA CIA FESTEJA AL KGB», rezaba el titular.

- *Was ist das denn für Quatsch?* -murmuró Günther.

«En otro imprevisible giro de una época notable, la Agencia Central de Inteligencia recibió

Librodot

al vicepresidente primero de el KGB, en una reunión referida a "asuntos de interés mutuo" para los dos imperios del espionaje más grandes del mundo...» -decía el artículo-. Fuentes informadas confirman que los aspectos más recientes de la cooperación Este-Oeste incluirán el compartir informaciones sobre los vínculos, cada vez más estrechos, entre el terrorismo internacional y el narcotráfico internacional. La CIA y el KGB trabajarán juntas para...»

Bock dejó el periódico y miró por la ventana. Conocía la sensación del animal perseguido, como todos los revolucionarios. Era el camino que había elegido, junto con Petra y todos sus amigos. La tarea era obvia: poner a prueba su astucia y su habilidad contra las de sus enemigos. Las fuerzas de la luz contra las fuerzas de la oscuridad. El que las fuerzas de la luz fueran las que debían huir y esconderse era algo secundario. Tarde o temprano se invertiría la situación, cuando la gente corriente viera la verdad y se aliara con los revolucionarios, salvando un pequeño problema: la gente corriente había resuelto seguir otro camino. Y el mundo terrorista se estaba quedando rápidamente sin lugares oscuros donde las fuerzas de la luz pudieran esconderse.

Había ido a Bulgaria por dos motivos. De todos los países del antiguo bloque oriental, Bulgaria era el más retrasado; por esa razón había logrado la transición más ordenada a partir del régimen comunista. En realidad, aún gobernaban los comunistas, aunque bajo nombres diferentes, y el país todavía estaba políticamente a salvo o, por lo menos, neutral. El aparato de Inteligencia búlgaro, en otros tiempos fuente de implacables asesinos para el KGB y actualmente con las manos demasiado limpias para semejante actividad, aún estaba compuesto por amigos de confianza. «Amigos de Confianza», pensó Günther. Pero los búlgaros continuaban bajo el dominio de sus amos rusos (ahora socios), y si el KGB estaba realmente colaborando con la CIA... El número de lugares seguros acababa de reducirse en uno más.

Günther Bock habría debido sentir un escalofrío ante ese aumento de su inseguridad personal. En cambio enrojeció, palpitando de ira. Como revolucionario, con frecuencia se había jactado de que todas las manos del mundo se alzaban contra él, pero lo decía con la seguridad interior de que no era así. Ahora su jactancia se estaba haciendo realidad. Aún quedaban lugares hacia donde huir, contactos en los que podía confiar. Pero ¿cuántos? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que sus socios de confianza se rindieran ante los cambios del mundo? Los soviéticos habían traicionado al socialismo mundial y a sí mismos. Los alemanes. Los polacos. Los checos, los húngaros, los rumanos. ¿Qué pueblo sería el próximo?

¿Cómo podían no darse cuenta? Todo era una trampa, una gran conspiración de las fuerzas contrarrevolucionarias. Una mentira. Estaban descartando lo que debía ser, lo que era el perfecto orden social: superación estructural de las carencias, ordenada eficiencia, justicia e igualdad...

¿Podía ser todo una mentira? ¿Podía haber sido un espantoso error? ¿Acaso él y Petra habían matado a esos cobardes explotadores para nada?

Eso no importaba. No para Günther Bock, no, de momento. Pronto se vería nuevamente perseguido. Otro terreno seguro se convertiría en coto de caza para sus enemigos. Si los búlgaros compartían sus documentos con los rusos, si los rusos tenían unos cuantos hombres en la oficina adecuada, con las credenciales adecuadas y el adecuado acceso, su dirección y su nueva identidad estarían ya camino de Washington y, desde allí, a los cuarteles de la BND; en una semana bien podía encontrarse en una celda cerca de la de Petra.

Petra, la del pelo castaño claro y los brillantes ojos azules, una chica tan valiente como cualquier hombre podía desearla. De aparente frialdad para sus víctimas, de maravillosa calidez con sus camaradas. Y una buena madre para Erika y Ursel, tan destacada en esa tarea como en todas las que había realizado en su vida. Traicionada por falsos amigos, enjaulada como un animal, despojada de su propia progenie. Su amada Petra, camarada, amante, esposa, amiga. Privada de su vida. Ahora Günther tendría que alejarse un poco más de ella. Tenía que haber un modo de que todo volviera a ser como antes. Pero antes debía escapar.

Bock dejó el periódico y puso en orden la cocina. Cuando todo estuvo limpio y pulcro,

preparó una maleta y abandonó el apartamento. El ascensor había vuelto a estropearse. Bajó los cuatro tramos de escalera hasta la calle. Una vez allí, tomó un tranvía. Noventa minutos después estaba en el aeropuerto. Tenía pasaporte diplomático. Seis, en realidad, cuidadosamente ocultos en el forro de su maleta rusa; tres de ellos eran duplicados numéricos de otros que estaban en poder de verdaderos diplomáticos búlgaros, pero la oficina de Relaciones Exteriores que llevaba los registros no lo sabía. Eso le otorgaba libre acceso al aliado más importante del terrorista internacional: el transporte aéreo. Antes de la hora de almorzar, su avión abandonaba la pista con rumbo sur.

El avión de Ryan aterrizó en un aeropuerto militar de las afueras de Roma, justo antes de mediodía, hora local. Por coincidencia, entraron detrás de otro «VC-20B» de la 89° Escuadrilla Militar, llegado de Moscú pocos minutos antes. La limusina negra aparcada junto a la pista esperaba a ambos aparatos.

El subsecretario de Estado Scott Adler saludó a Ryan con una sonrisa discreta.

-¿Y bien? -preguntó Jack, entre los ruidos del aeropuerto.

-Está hecho.

-Cielos -exclamó Ryan, estrechando la mano a Adler.

-¿Cuántos milagros más habrá este año?

-¿Cuántos quieres? -Adler era un diplomático profesional que había hecho carrera en la sección de asuntos soviéticos del Departamento de Estado. Hablaba con fluidez el ruso, estaba bien versado en su política pasada y presente y comprendía a los soviéticos como pocos en el Gobierno... incluyendo los propios rusos-. ¿Sabes qué es lo feo de todo esto?

-¿Habituarse a que te digan *da* en lugar de *nyet*?

-Las negociaciones ya no son nada divertidas. La diplomacia puede ser aburrida cuando ambas partes se muestran razonables. -Adler rió mientras el coche arrancaba.

-Bueno, ésta tendría que ser una experiencia nueva para ambos -observó Jack, sobrio. Y se volvió para echar un vistazo a «su» avión, que se preparaba para partir inmediatamente. El y Adler harían juntos el resto del viaje.

Se dirigieron hacia el centro de Roma a buena velocidad, con la numerosa escolta habitual. Las Brigadas Rojas, casi exterminadas pocos años antes, estaban nuevamente en activo. De todos modos, los italianos siempre protegían celosamente a los dignatarios extranjeros. En el asiento delantero iba un hombre de aspecto serio, con una pequeña Beretta. Había dos autos delante, dos atrás y suficientes motocicletas para una carrera de motocross. El rápido avance por las viejas calles de Roma hizo que Ryan se lamentara de no estar nuevamente en un avión. Al parecer, todos los conductores italianos ambicionaban participar en el circuito de Fórmula Uno. Jack se habría sentido más seguro con Clark al volante, en un coche poco llamativo que siguiera un trayecto elegido al azar, pero en su situación actual las medidas de seguridad no eran sólo prácticas, sino también parte del ceremonial. Existía otra cosa a tener en cuenta, por supuesto...

-Lo mejor es no llamar la atención -murmuró a Adler.

-No te preocupes. Cada vez que vengo pasa lo mismo. ¿Es tu primer viaje?

-La primera vez que vengo a Roma. No me explico por qué no lo he hecho antes. Siempre tuve ganas, por lo de la historia y todo eso.

-Mucha historia -concordó Adler-. ¿Te parece que podríamos hacer un poco más?

Ryan se volvió para mirar a su colega. Hacer historia era una idea nueva, por no decir peligrosa.

-Ese no es trabajo mío, Scott.

-Si da resultado, ya sabes lo que pasará.

-Francamente, nunca me molesté en pensarlo.

-Deberías hacerlo, las buenas acciones nunca quedan sin castigo.

-¿Crees que el secretario Talbot..?

Librodot

-No, él no. Mi jefe no, decididamente.

Ryan miró hacia delante. Un camión se apartó para dejar paso a la comitiva. El oficial de la Policía italiana que conducía la motocicleta de la derecha no se había desviado un milímetro.

-No me metí en esto por los honores. Fue una idea, nada más. Y ahora soy sólo el hombre de avanzada.

Adler meneó la cabeza y guardó silencio. «Por Dios, ¿cómo has conseguido durar tanto en un cargo de Gobierno?»

Los uniformes a rayas de la Guardia Suiza habían sido diseñados por Miguel Angel. Al igual que las chaquetillas rojas de los guardias británicos, eran anacronismos heredados de épocas pasadas, en las que los uniformes de colores intensos cumplían una finalidad militar. Como en el caso británico, se los conservaba más por su atractivo turístico que por motivos prácticos. ¡Esos hombres y sus armas parecían tan pintorescos! Los guardias del Vaticano portaban alabardas, hachas de mango largo de aspecto fiero, originariamente empleadas por los soldados de Infantería para desmontar a los caballeros... con frecuencia hiriendo al caballo del enemigo: los caballos no se defendían mucho y la guerra fue siempre un asunto práctico. Una vez en tierra, al caballero se lo despachaba con poco esfuerzo más del requerido para liquidar una langosta... y más o menos con el mismo remordimiento. «La gente cree que las armas medievales son románticas -pensó Ryan-, pero su finalidad no tiene ningún romanticismo. Un fusil moderno abre un agujero en la anatomía del prójimo, pero esas alabardas estaban hechas para desmembrar. Ambos métodos matan; desde luego, pero al menos los fusiles permiten un entierro más limpio.»

Los guardias suizos también tenían fusiles, fusiles suizos Fabricados por SIG. No todos vestían el atuendo renacentista; desde el atentado contra Juan Pablo II, muchos habían recibido adiestramiento adicional, con toda discreción, por supuesto, pues tal entrenamiento no se correspondía exactamente con la imagen del Vaticano. Ryan se preguntó cuál sería la política papal en cuanto al uso de la fuerza. ¿Se enfadaría el jefe de guardias por las reglas impuestas por personas que, desde luego, no reconocían el peligro y la necesidad de una protección decisiva? Pero ellos harían lo mejor posible dentro de sus limitaciones, gruñendo por lo bajo y expresando sus opiniones cuando les pareciera conveniente, como hacen todos los de ese oficio.

Les salió al encuentro Shamus O'Toole, un obispo irlandés cuyo pelo rojo contrastaba horriblemente con el color de su ropa. Ryan fue el primero en apearse del coche, su primer pensamiento fue una duda: ¿debía besar o no el anillo de O'Toole? No lo sabía. No veía a un obispo desde su confirmación... y había pasado mucho tiempo desde su sexto grado en Baltimore. O'Toole resolvió el problema estrechándole la mano con fuerza de oso.

-¡Cuántos irlandeses hay en el mundo! -dijo el obispo con una amplia sonrisa.

-Alguien tiene que mantener las cosas en su sitio, Excelencia.

-¡Por cierto, por cierto!

A continuación, O'Toole saludó a Adler. Como Scott era judío, no tenía intenciones de besar ningún anillo.

-¿Me acompañan, caballeros?

El obispo los condujo a un edificio cuya historia habría podido justificar la publicación de tres eruditos volúmenes, más un álbum de ilustraciones sobre su arte y arquitectura. Jack apenas reparó en los dos detectores de metales por los que pasaron al atravesar el segundo piso. Podrían haber sido obra de Leonardo da Vinci, tan hábilmente los habían disimulado en los marcos de las puertas. Igual que en la Casa Blanca. No todos los guardias suizos iban uniformados, Algunos pululaban por los salones vestidos de paisano, pero aun así el lugar parecía una mezcla de claustro y antiguo museo de arte. Los clérigos llevaban casullas y las numerosas monjas no habían adoptado el atuendo semilaico de sus colegas norteamericanas. Ryan y Adler fueron brevemente dejados en una sala de espera, más para que apreciaran el lugar que para molestarlos, sin duda. Una colosal Virgen de Tiziano adornaba una pared. Mientras el obispo O'Toole anunciaba a los visitantes, Ryan se dedicó a admirarla.

-Por Dios, ¿alguna vez habrá pintado un cuadro pequeño? -murmuró.

Adler rió por lo bajo.

-Ese hombre sabía captar una cara, una expresión, un momento dado, ¿no? ¿Preparado?

-Sí -dijo Ryan. Se sentía extrañamente confiado.

-¡Caballeros! -exclamó O'Toole desde el vano de la puerta-. ¿Quieren pasar por aquí, por favor?

Cruzaron otra antesala, en la que había dos escritorios desocupados, y otras puertas que parecían medir cuatro metros de altura.

En Estados Unidos, el despacho del cardenal Giovanni D'Antonio habría sido utilizado para bailes o recepciones oficiales. En el cielo raso había frescos, los muros estaban recubiertos de seda azul y la madera del suelo destacaba con alfombras tan grandes que habrían podido cubrir la sala de cualquier casa. El mobiliario parecía lo más reciente en cuanto a fabricación: aparentaba unos doscientos años de antigüedad; los cojines eran de tela adamascada, y las curvas patas de madera tenían laminado de oro. Un juego de plata de café indicó a Ryan dónde debía sentarse.

El cardenal se acercó desde su escritorio, sonriendo como lo habría hecho un rey, siglos atrás, para saludar a su ministro favorito. D'Antonio era hombre de baja estatura y, obviamente, disfrutaba de la buena mesa. Debían de sobrarle unos veinte kilos. El ambiente cargado informó que también fumaba, hábito que ya habría debido abandonar, pues rondaba los setenta años. La cara vieja y regordeta tenía una dignidad terrenal. D'Antonio, hijo de un pescador siciliano, tenía traviesos ojos pardos, reveladores de un carácter rudo que cincuenta años de servicio a la Iglesia no habían conseguido borrar del todo. Ryan conocía sus antecedentes y no le costó imaginarlo tirando de las redes con su padre, mucho tiempo atrás. Ese aspecto terrenal también era un disfraz útil para un diplomático. Y ésa era la profesión de D'Antonio, cualquiera hubiese sido su vocación. Lingüista como muchos funcionarios del Vaticano, había dedicado treinta años a la práctica de su oficio; la ausencia de un poder militar que respaldara sus esfuerzos por cambiar el mundo le había enseñado a ser astuto. En la jerga de las organizaciones de Inteligencia, D'Antonio era un traficante de influencias bienvenido en muchos círculos, siempre dispuesto a escuchar u ofrecer consejos. Desde luego, saludó primero a Adler.

-Cuánto me alegro de volver a verlo, Scott.

-Un placer, como siempre, Eminencia. -Adler estrechó la mano extendida, con sonrisa de diplomático.

-Y usted es el doctor Ryan. Nos han hablado mucho de usted.

-Gracias, Su Eminencia.

-Por favor, por favor. -D'Antonio señaló a ambos hombres un sofá tan bello que Ryan temió depositar su peso en él-.

-¿Café?

-Sí, gracias -aceptó Adler por los dos. El obispo O'Toole llenó las tazas y se sentó para tomar nota-. Ha sido usted muy amable al recibirnos con tan poco preaviso.

-Tonterías.

Ryan, asombrado, vio que el cardenal sacaba una cigarrera de su casulla. Con un instrumento que parecía de plata, pero que probablemente era de acero inoxidable, ejecutó la debida cirugía al largo cilindro pardo. Luego lo encendió con un encendedor de oro. No hubo siquiera una disculpa sobre los pecados de la carne. Era como si el cardenal hubiera desconectado la «dignidad» para que sus huéspedes se sintieran a gusto. Probablemente, se dijo Ryan, trabajaba mejor con un cigarro en la mano, como Bismarck,

-Usted conoce el esbozo de nuestro proyecto -empezó Adler.

-Si, debo decir que me parece muy interesante. Ustedes saben, desde luego, que el Santo Padre propuso algo similar hace algún tiempo.

Ryan levantó la vista. No lo sabía.

-Cuando surgió esa iniciativa redacté un documento sobre sus méritos -dijo Adler-. El

punto débil era la imposibilidad de enfocar las cuestiones de seguridad, pero tras lo ocurrido en Irak tenemos una apertura. Además, como usted comprenderá, nuestro proyecto no es exactamente...

-Su proyecto nos parece aceptable -replicó D'Antonio, e hizo un gesto majestuoso del cigarro- ¿Cómo podría ser de otro modo?

-Eso, Eminencia, es precisamente lo que deseábamos oír. -Adler levantó su taza de café-. Así, pues, ¿no hay reservas?

--Descubrirá que somos muy flexibles, siempre que haya auténtica buena voluntad entre las parte. Si hay igualdad total entre los participantes, podemos aceptar su propuesta sin condiciones. -Los viejos ojos chispeaban-. Pero, ¿pueden ustedes asegurar una igualdad de tratamiento?

-Creo que sí -dijo Adler, con seriedad.

-Bien. De lo contrario, no somos más que charlatanes. ¿Qué hay de los sovieticos.

-No interferirían. En realidad, esperamos que nos brinden franco apoyo. En todo caso, con las dificultades que ya tienen...

-Por cierto. Se beneficiaran con la disminución de la tensión en esa región, la estabilidad de los mercados y la buena voluntad internacional.

«Asombroso -pensó Ryan- Es asombroso que la gente haya encajado con tanta facilidad los , cambios del mundo, como si fueran algo esperado. Pero nadie los esperaba. Si hace diez años alguien hubiera sugerido que eso era posible, le habrían llevado a un manicomio.»

-En efecto. -El subsecretario de Estado dejó su taza-. Ahora bien, con respecto al anuncio...

Otro gesto con el cigarro.

-Naturalmente, ustedes querrán que lo haga el Santo Padre.

-Muy perspicaz -observó Adler.

-Todavía no estoy del todo senil -replicó el cardenal-. ¿Filtraciones a la Prensa?

-Preferiríamos que no las hubiera.

-En esta ciudad es fácil de conseguir, pero en la suya... ¿Quién sabe de esta iniciativa?

-Muy pocos -dijo Ryan, abriendo la boca por primera vez desde que se sentara-. Por ahora.

-Pero en la siguiente etapa de su viaje... -D'Antonio no sabía cuál era el próximo punto a visitar, pero resultaba obvio.

-Eso podría ser problemático -reconoció Ryan con cautela-. Ya veremos,

-El Santo Padre y yo rezaremos por el éxito de ambos. -Tal vez en esta oportunidad sus plegarias tengan respuesta -dijo Adler.

Cincuenta minutos después, el «VC-20B» despego nuevamente. Tomó altura a gran velocidad por sobre la costa italiana y giró hacia el sudoeste, para cruzar otra vez la península rumbo a su próximo destino.

-Por Dios, qué rápido -comentó Jack cuando se apagó la luz que ordenaba mantener puestos los cinturones de seguridad. Pero no se quitó el suyo.

Adler encendió un cigarrillo y exhalo el humo hacia la ventanilla.

-Esta es una de esas situaciones, Jack, en que si no actúas pronto no se hace nada. -Se volvió con una sonrisa-. Son escasas, pero las hay.

El asistente (esta vez era un hombre) se acercó para entregarles sendas copias de un material que acababa de llegar al fax del avión.

-¿Qué es esto? -exclamo Ryan, fastidiado-. ¿Qué pasa?

En Washington no siempre hay tiempo para leer los periódicos; por lo menos, todos los periódicos. Para ayudar a los funcionarios del Gobierno a saber qué dicen los medios sobre la marcha de las cosas, se edita una hoja diaria interna con resúmenes de Prensa, llamada The Early Bird (el pájaro madrugador). Todos los grandes periódicos norteamericanos envían sus primeras ediciones a la capital, en vuelos regulares; antes del amanecer son revisados en busca de artículos referidos a cualquier actividad gubernamental. Se recorta y fotografía el material y se lo distribuye por diversas oficinas, cuyo personal repite el proceso marcando los artículos que puedan interesar a sus superiores. Este proceso es especialmente difícil en la

Casa Blanca, a cuyo personal superior, por definición, le interesa todo.

La doctora Elizabeth Elliot era asistente especial presidencial sobre asuntos de Seguridad Nacional. Su superior inmediato era el doctor Charles Alden, que tenía la misma cualificación, pero sin el «especial». Liz, también conocida como «E.E.», llevaba un elegante traje de hilo. La moda reinante dictaminaba que la ropa de las mujeres «poderosas» no fuera masculina, sino femenina; puesto que hasta el hombre más obtuso era capaz de ver la diferencia entre un hombre y una mujer, se consideraba que no tenía sentido tratar de disimular la verdad. Y la verdad era que la doctora Elliot no carecía de atractivos físicos y gustaba de la ropa que los destacara. Dotada de una buena estatura (un metro setenta) y una silueta esbelta, conservada gracias a muchas horas de trabajo y una dieta austera, no le agradaba desempeñar un papel secundario junto a Charlie Alden. Además, Alden era de Yale. Hasta muy poco tiempo antes, Liz había sido profesora de ciencias políticas en la Universidad de Bennington; le disgustaba el hecho de que Yale fuera considerada más prestigiosa.

En la actualidad, el ritmo de trabajo de la Casa Blanca era más tranquilo que el de pocos años atrás, por lo menos en el aspecto de Seguridad nacional. El presidente Fowler no consideraba necesario recibir un informe de Inteligencia a primera hora de la mañana. La situación mundial era mucho más distendida que la soportada por sus antecesores, por lo que los principales problemas de Fowler eran de política interna. Los comentarios al respecto se podían obtener fácilmente en los noticiarios matutinos de televisión, algo que el presidente hacía mirando dos o más televisores al mismo tiempo, lo que antes enfurecía a su esposa y aún divertía a su personal. Eso significaba que el doctor Alden no tenía necesidad de presentarse hasta las ocho; a esa hora recibía su primer informe del día y, a las nueve y media, informaba a su vez al presidente. A Fowler no le gustaba tratar directamente con los funcionarios informantes de la CIA. Como resultado, era E.E. quien debía llegar apenas pasadas las seis, a fin de estudiar los despachos y los mensajes, conferenciar con los oficiales de guardia de la CIA (que a ella tampoco le gustaban) y sus colegas de Estado y Defensa. También tenía que leer The Early Bird y marcar los artículos que pudieran interesar a su jefe, el estimable doctor Charles Alden.

«Como si yo fuera una de esas secretarias idiotas, llenas de sonrisas y hoyuelos», protestaba.

Alden, en su opinión, era una contradicción lógica. Un liberal que hablaba con rudeza, un mujeriego que apoyaba los derechos de la mujer, un hombre amable y considerado que probablemente disfrutaba utilizando a E. E. como a una herramienta. El hecho de que fuera también un observador sobresaliente, asombrosamente exacto en sus pronósticos, con doce libros publicados (cada uno de ellos bien pensado y agudo) no venía al caso. Ocupaba el puesto que le correspondía a ella. Se lo habían prometido cuando Fowler era aún un candidato remoto. La componenda por la que Alden había ocupado un despacho en la esquina del ala oeste, mientras a ella la mandaban al sótano, era sólo uno más de los tantos actos que los políticos utilizan como excusas para faltar a la palabra dada, sin más que una somera disculpa. El vicepresidente había exigido y obtenido esa concesión; también le habían otorgado la oficina que habría debido ocupar la doctora Elliot para un miembro de su personal, relegándola a la mazmorra más prestigiosa. A cambio, el vicepresidente había efectuado una agotadora campaña que, según la opinión general, representaba una gran diferencia: aportó los votos de California, sin los cuales J. Robert Fowler aún sería gobernador de Ohio. Por tanto, ella ocupaba un despacho de tres metros y medio por cuatro y medio en el sótano, desempeñando el papel de secretaria y lo asistente administrativa de un maldito graduado de Yale, al que entrevistaban por televisión una vez al mes y se codeaba con los jefes de Estado, mientras ella le oficiaba de criada.

La doctora Elizabeth Elliot exhibía el humor que le caracterizaba en las primeras horas de la mañana: horrible, como podía atestiguar cualquier empleado de la Casa Blanca. Salió de su despacho y fue al comedor en busca de otra taza de café. La fuerte infusión no hizo más que empeorarle el ánimo; esa idea la detuvo en seco y la obligó a una sonrisa dedicada a sí misma,

Librodot

sonrisa que nunca se molestaba en dedicar al personal de seguridad que verificaba su pase todas las mañanas, en la entrada de la planta baja. Después de todo, eran meros policías. Los que servían la comida eran camareros de la Marina, cuya única ventaja era la de pertenecer a minorías étnicas, principalmente filipinos, que ella consideraba desdichados sobrantes del período de explotación colonial norteamericana. Las secretarias y el resto del personal auxiliar no eran políticos, sino simples burócratas. La gente importante de ese edificio eran los políticos. E. E. reservaba para ellos su escaso encanto. Los agentes del Servicio Secreto observaban sus movimientos con tanto interés como el que podrían habrían dedicado al perro del presidente, si hubiera tenido perro. Tanto ellos como los profesionales que manejaban la Casa Blanca, pese a las llegadas y partidas de diversos egos autoinflados con forma humana, la miraban como a una de tantas personas políticamente elevadas, que se marcharían a su debido tiempo, mientras que los profesionales continuarían allí, ejecutando fielmente sus funciones según el juramento del cargo. El sistema de castas de la Casa Blanca tenía muchos años; cada uno consideraba a los otros como inferiores.

Elliot volvió a su escritorio y dejó su taza de café para desperezarse a gusto. El sillón giratorio era confortable (las comodidades eran allí de primera, mucho mejores que las de Bennington), pero las interminables semanas de trabajo desde muy temprano hasta muy tarde agregaban deterioro físico al de su temperamento. Se dijo que debía volver a hacer ejercicio. Por lo menos, caminar. Muchos miembros del personal empleaban parte de la hora del almuerzo para pasearse por la galería. Los más enérgicos trotaban. Algunas de las mujeres tenían por costumbre trotar con los militares asignados al edificio, sobre todo las solteras, indudablemente atraídas por el pelo corto y la mentalidad simplona que acompaña al uniforme. Pero E.E. no tenía tiempo para eso; por tanto, se conformó con estirar los músculos antes de tomar asiento, murmurando un juramento. Jefa de departamento de la Universidad para mujeres más importante de Norteamérica y allí estaba, haciéndole de secretaria a un gilipollas de Yale. Pero nada solucionaría amargándose, de modo que volvió al trabajo.

Ya había revisado la mitad del Bird. Mientras recogía su rotulador amarillo, dio vuelta una página. Los artículos estaban mal distribuidos y, en general, lo bastante torcidos en las páginas como para fastidiarla; E. E. era una persona patológicamente prolija. Al pie de la página once vio un pequeño artículo del Hartford Courant. «Juicio POR PATERNIDAD CONTRA ALDEN», rezaba el título. La taza de café se detuvo en el aire.

¿Qué?

«Esta semana, en New Haven, la señorita Marsha Blum presentará una demanda contra el profesor Charles W. Alden, ex director del Departamento de Historia de la Universidad de Yale y actual asesor de Seguridad nacional del presidente Fowler, aduciendo que su hija recién nacida fue engendrada por él. La señorita Blum, que cursa el doctorado en historia de Rusia, asegura haber mantenido relaciones con el doctor Alden durante dos años y le entablará juicio por la manutención de la criatura...»

-Vaya calavera -susurró Elliot.

Y era cierto. La idea se le ocurrió en un cegador momento de claridad. Tenía que ser cierto. Las aventuras amorosas de Alden ya eran tema de columnas humorísticas en el Post. Charlie iba detrás de las faldas, de los pantalones y de cualquier prenda que llevara una mujer adentro.

«Marsha Blum... ¿Judía? Probablemente sí. El idiota se revolcaba con una de sus alumnas. Y metió la pata hasta el fondo. Pero ella, ¿por qué no se hizo un aborto para terminar con todo? Apuesto a que él la abandonó y ella, de puro furiosa...

«Oh, Dios, él tiene que viajar a Arabia Saudí hoy mismo... No podemos permitirlo...»

¡Qué idiota! Y todo sin aviso alguno. «No se lo dijo a nadie, sin duda. De lo contrario yo me habría enterado.» Ese tipo de secretos duraba el tiempo que se tardara en repetirlo en el lavabo. ¿Y si él mismo lo ignoraba? ¿Podía ser que esa tal Blurn estuviera tan furiosa con Charlie? Eso le provocó una sonrisa burlona. Podía ser, claro.

Elliot cogió el teléfono... y se detuvo. No era cuestión de llamar al dormitorio presidencial

Librodot

por cualquier cosa. Sobre todo, cuando una podía beneficiarse con lo que ocurriera. Por otra parte...

¿Qué diría el vicepresidente? En realidad, Alden era de los suyos. Pero el vice era bastante gazmoño. ¿Acaso no había advertido a Charlie que fuera más discreto con sus aventuras amorosas? Sí, tres meses atrás. El pecado político imperdonable: se había dejado pillar. Y no precisamente con la mano en la lata de las galletas. Eso le provocó una breve risa, casi un ladrido. ¡Revolcarse con una de sus alumnas! ¡Qué idiota! Y ése era el tipo que indicaba al presidente cómo manejar los asuntos de Estado. Elliot estuvo a punto de soltar una risita aniñada.

Control de daños.

Las feministas se volverían locas. No prestarían atención a la estupidez de la Blum, que no había sabido tratar ese embarazo no deseado (¿sería así?) a la manera feminista. Después de todo, ¿qué era la «libertad de elegir»? Ella había elegido: Punto. Para la comunidad feminista, se trataba simplemente de un macho de mierda que se había aprovechado de una hermana y ahora trabajaba para un presidente supuestamente pro-feminista.

Los antiabortistas también protestarían... con más violencia aún. Estaban haciendo algo inteligente, que a Elizabeth Elliot le parecía un verdadero milagro. Dos senadores de sólida extracción conservadora impulsaban una ley que obligaría a los «padres ilegítimos» a mantener a sus pequeños bastardos. Esos hombres de Neandertal acababan de comprender, por fin, que para prohibir el aborto alguien tendría que encargarse de los niños no deseados. Más aún: en otro ataque de moralidad, esa pandilla pataleaba ya contra la administración Fowler por diversos motivos. Para los chiflados de la derecha, Alden sería uno de tantos libertinos irresponsables, de raza blanca (tanto mejor) y miembro de un Gobierno al que detestaban.

E. E. dedicó varios minutos a estudiar las posibilidades; se obligó a ser objetiva, a pensar desde el punto de vista de Alden. ¿Qué podía hacer? ¿Negarlo todo? Bueno, con lana prueba genética se podía establecer la verdad, y probablemente Alden no tendría estómago para tanto. Si lo admitía... Obviamente no podía casarse con la chica (según el articulo, tenía sólo veinticuatro años). Pagar la manutención de la criatura sería admitir su paternidad, una gruesa violación del honor académico. A. fin de cuentas, se supone que los profesores no se acuestan con sus alumnas. El hecho de que ocurra, como bien lo sabía E. E., no viene al caso. Como en el ambiente político, en el académico la norma también es no dejarse pillar. Lo que podía ser una anécdota hilarante entre profesores reunidos para almorzar se convertía en infamia si lo publicaban los periódicos.

«Charlie está de viaje en el peor momento...»

E. E. marcó el número del dormitorio presidencial.

-Con el presidente, por favor. Soy la doctora Elliot.

Una pausa, mientras el agente del Servicio Secreto preguntaba si el presidente podía atender «¡Por Dios, espero que no esté cagando!» Pero va era demasiado tarde para preocuparse por eso.

Al otro lado de la línea, la mano se apartó del transmisor, Elliot oyó el zumbido de una afeitadora y luego una voz gruñona:

-¿Qué ocurre, Elizabeth?

-Tenemos un pequeño problema señor presidente. Creo que debería atenderlo de inmediato.

-¿De inmediato?

-Ahora mismo, señor.. Es potencialmente peligroso, conviene que Arnie esté también allí.

-¿No es el proyecto que estamos....?

-No, señor presidente. Se trata de otra cosa. No es broma. Puede ser muv grave.

-Bueno, suba en cinco minutos. Suponen que puedo lavarme los dientes ¿no? -Una pizca de humor presidencial.

-Cinco minutos, señor.

Librodot

La comunicación se cortó . Elliot dejó lentemente el auricular en su sitio. Cinco minutos. Habría querido tener más tiempo. Se apresuro a sacar su estuche de maquillaje de un cajón y corrió al lavabo mas próximo. Una mirada en el espejo... No, primero tenía que encargarse del café bebido esa mañana. El estómago le dijo que tomar una tableta antiácida sería buena idea. Lo hizo y volvio a inspeccionarse el peinado y la cara. Decidió que estaban pasables. Solo unos pequeños retoques al rubor de las mejillas...

Eiizabeth Elliot, doctora en filosofía, caminó envaradamente hasta su despacho y se tomó otros treinta segundos para componerse. Luego recogió The Early Bird y marchó hacia el ascensor, que ya estaba en el sótano, con la puerta abierta. Lo manejaba un agente del Servicio Secreto, que dio los buenos días con una sonrisa a aquella perra presumida, sólo porque era inveteradamente cortés hasta con gente como ella.

-¿Adónde?

La doctora Elliot sonrió con todo su encanto.

-Arriba -dijo al sorprendido agente.

V. CAMBIOS Y GUARDIAS

En las habitaciones que la Embajada de EE.UU. reservaba para las personas muy importantes, Ryan esperaba a que se movieran las manecillas del reloj. Debía ocupar el sitio del doctor Alden en Riad, pero como iba a visitar a un príncipe, y dado que a los príncipes no les agrada alterar sus compromisos, debía estarse allí sentado, mientras el reloj simulaba el tiempo de vuelo de Alden al otro lado del mundo. Al cabo de tres horas se cansó de mirar televisión vía satélite y salió a dar un paseo, acompañado por un discreto guardia de seguridad. En ocasiones normales, Ryan habría aprovechado al hombre como guía de turismo, pero ese día no lo hizo. Quería que su cerebro se mantuviera neutral. Era su primera visita a Israel, deseaba que sus impresiones fueran personales. Mientras tanto, su mente repasaba lo que había visto por televisión.

Hacía calor en las calles de Tel Aviv y haría más calor aún en el sitio adonde iría, por supuesto. Las calles estaban llenas de gente que correteaba, haciendo compras o diligencias. El número de policías era el que cabía esperar; más discordante resultaba que pasaran civiles con fusiles semiautomáticos Uzi, hombres o mujeres, sin duda rumbo a alguna reunión reservada. Era el tipo de cosas que podía horrorizar a un norteamericano chiflado por el pacifismo (o reconfortar el corazón de un chiflado por las armas). Ryan imaginó que esa exhibición de armamento ahuyentaba a los ladrones callejeros. Sabía que los delitos comunes eran allí bastante escasos. No lo eran, en cambio, las bombas terroristas y otros actos menos agradables. Y las cosas empeoraban. Eso tampoco era novedad.

«La Tierra Santa, sagrada para cristianos, musulmanes y judíos», se dijo. Históricamente, había tenido la desgracia de ser el cruce de rutas entre Europa y África por una parte (los imperios romano, griego y egipcio), y Asia por la otra (babilonios, asirios y persas); es un hecho constante de la historia militar que los cruces de rutas siempre son reclamados por alguien. La aparición del cristianismo, seguida setecientos años después por la del Islam, no cambió mucho las cosas, aunque redefinió los contendientes, en cierto modo, y dio mayor importancia religiosa al cruce de caminos que ya estaba en disputa desde hacía tres milenios. Esto sólo hizo que las guerras fueran más enconadas.

Resultaba fácil mostrarse cínico al respecto. La Primera Cruzada (Ryan creía recordar que había sido en 1096) fue principalmente cuestión de extras. Los caballeros y los nobles eran gente apasionada; producían más descendencia de la que sus castillos y las catedrales vinculadas podían mantener. No estaba bien que el hijo de un noble se dedicara a cultivar la tierra, y los que sobrevivían a las enfermedades infantiles tenían que ir a alguna parte. Cuando el Papa Urbano II hizo saber que los infieles habían tomado la patria de Cristo, fue posible

iniciar una guerra de agresión para reconquistar tierras de importancia religiosa, pero también para conseguir feudos que gobernar, campesinos que explotar y rutas de comercio con Oriente en las cuales cobrar peaje. Cuál de esos objetivos tenía más importancia dependía. probablemente del corazón de cada uno, pero todos sabían de ambos. Jack se preguntó cuántos pies habrían hollado esas calles, cómo reconciliaron sus objetivos personales, políticos y comerciales con la causa supuestamente santa. Sin duda lo mismo podía decirse de los musulmanes; trescientos años después de Mahoma, los venales debían de haberse unido a los devotos, tal como ocurriera con el cristianismo. Y en medio estaban los judíos, aquellos que no habían sido ahuyentados por los romanos o los que supieron hallar el camino de regreso. Probablemente los judíos habían sido tratados con más brutalidad por los cristianos al comenzar el segundo milenio. Otra de las cosas que había cambiado desde entonces, quizá más de una vez.

«Como un hueso, un hueso inmortal disputado por infinitas manadas de perros hambrientos.»

Pero el motivo por el que ese hueso nunca fue destruido, el motivo por el que los perros continuaban volviendo, pese a los siglos transcurridos, era lo que esa tierra representaba. ¡Cuánta historia! Numerosos personajes históricos habían estado allí, hasta el mismo Hijo de Dios, según creía la parte católica de Ryan. Más allá de la importancia de su situación como estrecho puente de tierra entre continentes y culturas, estaban los pensamientos, los ideales, las esperanzas de los hombres, de algún modo materializadas en la arena y las rocas de un sitio singular por su falta de atractivos, una tierra que sólo los escorpiones podían amar de verdad. Jack se dijo que, de las cinco grandes religiones del mundo, sólo tres se habían diseminado más allá del punto de origen, y esas tres tenían su hogar a pocos kilómetros del sitio donde se encontraba.

«Por eso, desde luego, aquí es donde se libran las guerras.»

La blasfemia era desconcertante. Allí había nacido el monoteísmo, ¿verdad?, iniciado por los judíos y ampliado por cristianos y musulmanes. Allí prendió la idea. El pueblo judío (el término «israelitas» resultaba demasiado extraño) había defendido su fe con. terca tenacidad, por miles de años, sobreviviendo a todo lo que los animistas y los paganos le habían arrojado. Luego se enfrentaron a las más duras pruebas con religiones nacidas de ideas por ellos defendidas. Parecía muy poco justo (en absoluto justo, desde luego) pero las guerras religiosas eran siempre las más bárbaras. Si uno combatía por Dios, podía hacer casi cualquier cosa. Los enemigos, por lo demás, combatían contra Dios, cosa odiosa y condenable. ¡Negar la autoridad de la Autoridad en sí! Bueno, cada soldado podía considerarse espada vengadora del mismo Dios. No había restricciones. Todo lo que se hiciera para castigar al enemigo-pecador estaba permitido. La violación, el saqueo, la matanza, los crímenes más viles del hombre se convirtieran casi en derecho, en deber, en causa sagrada: ya no eran pecados. No sólo se recibía dinero por hacer cosas terribles, no sólo se pecaba por lo grato del pecado; sino que, además, a uno se le decía que podía hacer cualquier cosa sin recibir castigo, porque Dios estaba de su lado. En Inglaterra, a los caballeros que habían combatido en las Cruzadas se los sepultaba bajo efigies de piedra que tenían las piernas cruzadas, para que toda la eternidad supiera que habían luchado en nombre de Dios, utilizando la espada contra niños, violando a las mujeres que se cruzaban en su camino y robando todo lo que no estuviera firmemente unido a la tierra. Todos los bandos. Los judíos, casi siempre como víctimas; pero también habían hecho lo suyo al empuñar la espada, cuando encontraban la oportunidad, porque todos los hombres son similares en sus virtudes y sus vicios.

«A los hijos de puta seguramente les encantaba -pensó Jack con tristeza, observando a un agente de tráfico que dirimía una disputa en la esquina-. Sin duda en aquel entonces había hombres auténticamente buenos. ¿Qué hicieron ellos? ¿Qué pensaban? ¿Qué pensaba Dios, me pregunto?»

Pero Ryan no era cura, rabino ni imán. Ryan era un agente de Inteligencia, instrumento de su país, observador y transmisor de informaciones. Siguió mirando a su alrededor, olvidando

momentáneamente la historia.

La gente vestía de modo de soportar el aplastante calor. El bullicio de las calles le hizo pensar en Manhattan. Mucha gente llevaba transistores. Al pasar por la terraza de un restaurante, vio por lo menos a diez personas que escuchaban las noticias emitidas de hora en hora. Tuvo que sonreír: eran de los suyos. La radio de su coche estaba siempre sintonizada en una emisora de la capital que sólo emitía programas informativos. Los ojos de aquellas personas se desviaban de un lado a otro. El nivel de vigilancia era tan general que Ryan tardó unos momentos en captarlo. Como los ojos de su propio guardia de seguridad. Alertas a cualquier problema. Bueno, eso se explicaba. Si el incidente del Monte del Templo no había provocado una oleada de violencia, aún se la esperaba. La mayor amenaza para la gente residía en la falta de violencia, pero a Ryan no le sorprendió que los transeúntes no lo comprendieran así. Israel padecía de una visión miope que no era difícil de entender. Los israelíes, rodeados de países que tenían sobrados motivos para inmolar al Estado judío, habían elevado la paranoia a una forma artística y la seguridad nacional a una obsesión. Mil novecientos años después de Masada y la diáspora, habían retornado a la tierra que consagraron, huyendo de la opresión y el genocidio... sólo para provocar más opresión y genocidio. La diferencia radicaba en que ahora eran ellos los que esgrimían la espada, tras haber aprendido a usarla muy bien. Pero eso también era un callejón sin salida. Se supone que las guerras terminan en la paz, pero ninguna de sus guerras tuvo nunca final. Cesaron o fueron interrumpidas, nada más. Para Israel, la paz nunca había sido otra cosa que un intervalo, el momento de sepultar a los muertos y entrenar a los nuevos combatientes. Los judíos huyeron del exterminio (o poco menos) a manos de los cristianos, y apostaron su existencia a su capacidad de derrotar a las naciones musulmanas, que de inmediato expresaron su deseo de concluir lo que Hitler había comenzado. Y Dios, probablemente, pensaba lo mismo que en la época de las Cruzadas. Por desgracia, eso de abrir los mares y fijar el sol en el cielo parecía cosa del Antiguo Testamento. Ahora eran los hombres los que debían solucionar las cosas. Pero los hombres no siempre hacían lo que era debido. Tomás Moro, al escribir Utopía, el estado en donde los hombres actuaban moralmente en todos los casos, dio el mismo nombre al sitio y al libro: «utopía» significa «ningún lugar». Jack meneó la cabeza y giró en una esquina, para caminar por otra calle de edificios pintados de blanco.

-Hola, doctor Ryan.

El hombre tenía unos cincuenta y cinco años; era más bajo que Jack y más pesado. Usaba barba entera, bien recortada, pero salpicada de gris; más que judío, parecía un comandante del Ejército asirio de Senaquerib. La maza o la espada ancha no habrían desentonado en su mano. A no ser por su sonrisa, Ryan habría echado de menos la presencia de John Clark.

-Hola, Avi. Qué curioso encontrarte aquí.

El general Abraham Ben Jakob era el equivalente de Ryan en la Mossad: asistente del director de Inteligencia israelí. Ave jugador avezado en esa especialidad, había sido oficial del Ejército profesional hasta 1968, paracaidista de amplia experiencia en operaciones especiales; su talento fue detectado por Rafi Eitan, que lo envolvió en sus pliegues. Su camino se había cruzado con el de Ryan cinco o seis veces en los últimos años, pero siempre en Washington. Ryan sentía el mayor respeto por Ben Jakob como profesional, pero no estaba seguro de lo que Avi pensaba de él. El general Ben Jakob era muy convincente cuando se trataba de disimular sus ideas y sentimientos.

-¿Qué noticias tienes de Washington, Jack?

-Sólo sé lo que vi en la Embajada por la «CNN». Nada oficial, todavía. Y aunque lo hubiera, conoces las reglas mejor que yo. ¿Hay por aquí un buen lugar para comer?

Eso estaba previsto, desde luego. Dos minutos y cien metros después estaban en la trastienda de un tranquilo restaurante familiar, donde los guardias de seguridad podían vigilarlo todo. Ben Jakob pidió dos «Heineken».

-Allí donde vas no sirven cerveza.

-Poco hábil, Avi. Muy poco hábil -replicó Ryan después del primer sorbo.

Librodot

-Tengo entendido que remplazarás a Alden en Riad.

-¿Cómo puede una persona como yo remplazar al doctor Alden en sitio alguno?

-Vas a hacer tu presentación más o menos al mismo tiempo que Adlen haga la suya. Tenemos interés en oírla. -En ese caso, supongo que no te molestará esperar.

-¿No me ofreces un adelanto, aunque sólo sea entre dos profesionales?

-Entre dos profesionales, mucho menos. -Jack bebió directamente de la botella. El menú estaba en hebreo-. Tendré que dejarte elegir a ti... ¡Ese grandísimo idiota! -«No es la primera vez que me dejan cargar con el bulto, pero nunca me cargaron con un bulto tan pesado», pensó Ryan.

-Alden. -No era una pregunta-. Tiene mi edad, por Dios. Debería saber que las mujeres experimentadas merecen más confianza y tienen más conocimientos. -Incluso en cuestiones del corazón, Avi usaba terminología profesional.

-También podría atender mejor a su esposa.

Ben Jakob sonrió.

-Siempre me olvido de lo católico que eres.

-No se trata de eso, Avi. ¿Qué lunático puede querer más de una mujer en su vida? -preguntó Ryan, muy serio.

-Está liquidado. Es la evaluación de nuestra Embajada. «Pero, ¿qué significa eso?», pensó Ryan, y dijo:

-Tal vez. Nadie me pidió opinión. En realidad, el tipo me merece respeto. Da buenos consejos al presidente. A nosotros nos escucha, y cuando está en desacuerdo con la CIA, suele ser por buenos motivos. Hace seis meses me pescó en un error. Es un hombre brillante. Pero tontear así... Bueno, supongo que todos tenemos nuestros defectos. ¡Un motivo tonto para perder un puesto como el suyo! ¡Por no mantener la bragueta cerrada! -«Y un mal momento para perderlo...», agregó Jack para sus adentros.

-Un hombre así no puede trabajar para el Gobierno. Es demasiado fácil comprometerlo.

-Los rusos ya no quieren saber nada con las trampas amorosas... y la muchacha era judía, ¿no? ¿Una de las tuyas, Avi?

-¡Doctor Ryan! ¿Me cree capaz de semejante cosa?

Si los osos rieran, la carcajada de Avi Ben Jakob habría sido de oso.

-Pensándolo mejor, no pudo ser obra tuya. No hubo intento de extorsión.

Con eso Jack estuvo a punto de exceder los límites. El general entornó los ojos.

-No fue una operación nuestra. ¿Nos consideras locos? Alden será remplazado por la doctora Elliot.

Ryan levantó la mirada. No se le había ocurrido esa posibilidad. «Oh, mierda...»

-Tan amiga tuya como nuestra -señaló Avi.

-¿Con cuántos ministros de Gobierno has disentido en los veinte últimos años, Avi?

-Con ninguno, por supuesto.

Ryan emitió un bufido y acabó con la botella.

-¿Qué decías hace un rato? Lo del adelanto entre profesionales, ¿recuerdas?

-Los dos nos dedicamos a lo mismo. A veces, si tenemos suerte, nos hacen caso.

-Y cuando nos hacen caso, a veces somos nosotros los que nos equivocamos...

El general Ben Jakob no alteró su mirada serena, fija en la cara de Ryan, al oír ese comentario que destacaba la creciente madurez de Jack. Lo apreciaba sinceramente, como hombre y como profesional, pero las simpatías y antipatías personales no tienen mucha cabida en cuestiones de Inteligencia. Estaba ocurriendo algo crucial. Scott Adler había ido a Moscú. Junto con Ryan, había visitado al cardenal D'Antonio en el Vaticano. Estaba planeado que Ryan sirviera de apoyo a Adler en el Ministerio de Relaciones Exteriores israelí pero el asombroso paso en falso de Alden cambiaba las cosas.

Avi Ben Jakob era un hombre muy bien informado, hasta para ser un profesional de Inteligencia. Con respecto a si Israel era o no el aliado más fiable de los norteamericanos en Oriente Medio, Ryan hablaba mucho sin decir nada. Era lo que cabía esperar de un

Librodot

historiador, juzgó Avi. No obstante, la mayoría de los estadounidenses consideraba que sí; por tanto, los israelíes recibían más información de primera mano del Gobierno norteamericano que cualquier otro país, incluida Gran Bretaña, que tenía una relación formal con el organismo de Inteligencia norteamericano.

Esas fuentes habían informado a los agentes de Ben Jakob que Ryan estaba detrás de lo que ocurría. Eso parecía increíble. Jack era muy inteligente, casi tanto como Alden, por ejemplo, pero también había definido su propio papel como sirviente, no como amo; él ponía en práctica las políticas, pero no las creaba. Además, el presidente norteamericano no le tenía simpatía y no ocultaba ese hecho en su círculo íntimo. Se decía que Elizabeth Elliot lo odiaba por algo ocurrido antes de las elecciones: un imaginario desdén, una palabra áspera. Bueno, la susceptibilidad de los funcionarios gubernamentales era proverbial. «No como Ryan y yo», pensó el general Ben Jakob. Ambos se habían enfrentado más de una vez a la muerte; tal vez de ahí provenía su vínculo. No tenían por qué estar de acuerdo en todo. Entre ellos había respeto.

Moscú, Roma, Tel Aviv, Riad. ¿Qué se podía deducir de eso?

Scott Adler era el hombre preferido del secretario de Estado Talbot, brillante diplomático profesional de gran habilidad. El presidente Fowler, aunque no fuera muy brillante, había elegido a hombres superiores para su gabinete y como asesores personales. «Descontando a Elliot», se corrigió Avi. Talbot usaba al subsecretario Adler para que hiciera el trabajo de avanzada importante. Y lo llevaba consigo durante las negociaciones formales.

Lo más asombroso, desde luego, era que ninguno de los informantes de la Massad tuviera pista alguna sobre lo que ocurría. «Algo importante en Oriente Medio -decían-. No sé con seguridad qué... Me dijeron que Jack Ryan, el de la CIA, tiene algo que ver.» Eso era todo.

Avi podría haber montado en cólera, pero estaba habituado a eso. La Inteligencia era un juego en el que nunca se veían todos los naipes. El hermano de Ben Jakob, pediatra, tenía problemas similares: un niño enfermo rara vez puede decir lo que le pasa. Pero su hermano al menos podía preguntar, sugerir y sondear...

-Tengo que informar a mis superiores, Jack -dijo el general con tono quejumbroso-, Por favor, adelántame algo.

-Vamos, hombre... -Jack se volvió para pedir por señas otra cerveza-. Dime, ¿qué demonios pasó en el Monte?

-El hombre estaba... está perturbado. En el hospital lo vigilan para que no se suicide. La esposa lo abandonó, cayó bajo la influencia de un fanático religioso y... -Ben Jakob se encogió de hombros-. ¡Qué terrible espectáculo!

-Cierto, Avi. ¿Tienes idea del aprieto político en que os encontráis ahora?

-Estamos lidiando con este problema desde...

-Entiendo. Oye, Avi, eres un espía brillante, pero esta vez ignoras lo que sucede. Lo ignoras.

-Bueno, dímelo.

-No me refiero a eso, bien lo sabes. Lo ocurrido hace un par de días ha cambiado las cosas para siempre, general.

-¿En qué sentido las ha cambiado?

-Tendrás que esperar. Yo también tengo órdenes que cumplir.

-¿Tu país nos amenaza?

-¿Que si os amenaza? Eso no ocurrirá jamás, Avi. No sería posible. -Ryan se dio cuenta de que estaba hablando demasiado. «Este tipo es de los buenos», recordó.

-Pero vosotros no podéis imponernos una política. Jack se mordió la lengua para no contestar.

-Eres muy sagaz, general, pero tengo órdenes que cumplir. Tendrás que esperar. Lamento que tus agentes de Washington no puedan ayudarte. Yo tampoco puedo.

Ben Jakob volvió a cambiar de táctica.

-Hasta te he invitado a comer, y mi país no es tan rico como el tuyo.

Librodot

Jack rió.

-La cerveza es buena, lo reconozco. Y como dices, donde crees que voy no podré beberla. Si es allí adonde voy.

-Tu tripulación ya presentó el plan de vuelo. Me he informado.

-Vaya. -Jack aceptó otra cerveza agradeciendo al camarero con una sonrisa-. Dejemos eso por un rato, Avi. ¿Crees de verdad que seríamos capaces de poner en riesgo la seguridad de tu país?

«¡Sí!», pensó el general. Pero no podía decirlo, por supuesto. Guardó silencio. Ryan, nada convencido, cambió el curso de la conversación.

-Me dijeron que eres abuelo.

-Sí. Mi hija ha agregado canas a mi barba. Tuvo una niña. Leah.

-Tienes mi palabra de que Leah crecerá en un país seguro, Avi.

-¿Y quién se encargará de eso? -preguntó Ben Jakob.

-Los mismos que se han encargado siempre.

Ryan se felicitó por aquella respuesta. La verdad, el israelí estaba desesperado por conseguir información. La situación de Avi lo entristeció. «Bueno, hasta el mejor de nosotros puede verse acorralado...»

Ben Jakob se dijo que debía hacer actualizar los antecedentes de Ryan. La próxima vez que lo viera necesitaría mejor información. Al general no le gustaba perder en ninguna circunstancia.

El doctor Charles Alden contemplaba su despacho. Todavía no se iba, desde luego. Eso hubiera perjudicado al Gobierno. Su renuncia, que esperaba ya firmada encima del escritorio, era para fin de mes. Pero eso era sólo una ficción. Sus funciones concluían a partir de la fecha. Iría al despacho para leer los informes y garabatear sus notas, pero sería Elizabeth Elliot quien informara al presidente. Fowler lo lamentaba, pero con su serenidad habitual. «Siento mucho perderte, Charlie, de veras. Sobre todo ahora. Pero temo que no hay otra salida...» El se las había arreglado para guardar la compostura en el Despacho Oval, pese a la ira que sentía. Hasta Arnie van Damm tuvo la delicadeza de comentar: «¡Oh, Charlie, qué pena!) Aunque enfurecido por el daño político que sufría su jefe, cuanto menos mezclaba a su enojo algo de humanidad y solidaridad entre varones. No ocurría lo mismo con Bob Fowler, campeón de los pobres y los indefensos.

Lo peor era Liz. Aquella zorra arrogante, con su silencio y sus ojos elocuentes, se llevaría los honores de lo hecho por él. Ella lo sabía y ya se estaba regodeando.

La noticia se anunciaría por la mañana, pero ya se había filtrado a la Prensa, no se sabía por obra de quién. ¿De Elliot, que exhibía su satisfacción? ¿De Arnie van Damm, en un rápido esfuerzo por controlar los daños? Podía ser cualquiera de diez o doce personas.

En Washington, la transición entre el poder y la oscuridad se produce raudamente. La expresión incómoda de su secretaria. Las sonrisas forzadas de los otros burócratas del ala oeste. Pero la oscuridad llega sólo después del fulgor publicitario con que se anuncia el hecho: como el destello de una estrella en explosión, la muerte pública es precedida por una deslumbrante charanga. Ese era trabajo de la Prensa. El teléfono brincaba de tanto sonar. Esa mañana se había encontrado con veinte personas esperándolo frente a su casa, con las cámaras preparadas y reflectores como soles contra su cara. Y todos sabían lo que debía pasar antes de la primera pregunta.

¡Y aquella pequeña idiota con sus ojos de vaca, sus ubres de vaca, sus anchas caderas vacunas! ¿Cómo había podido él cometer semejante estupidez? El profesor Charles Winston Alden, sentado en su costoso sillón, con la vista clavada en su costoso escritorio, sentía que la cabeza le estallaba de dolor. Lo atribuyó a los nervios y al enfado. Y tenía razón. Pero no tuvo en cuenta la posibilidad de que su presión sanguínea estuviera casi en el doble de lo normal, impulsada a nuevas alturas por la tensión del momento. Tampoco recordó que llevaba una semana sin tomar su medicamento contra la hipertensión. Prototipo del profesor, olvidaba las

Librodot

nimiedades, mientras su mente metódica desentrañaba los problemas más intrincados.

Por eso aquello fue una sorpresa. Comenzó por una debilidad en parte del círculo de Williams, el cinturón sanguíneo del cerebro. El vaso, cuya función era llevar la sangre a cualquier parte del cerebro, en caso de que otros vasos se hubiesen bloqueado con los años, transportaba una gran cantidad de sangre. Veinte años de presión elevada, veinte años de tomar su medicamento sólo cuando recordaba que tenía una cita con el médico, más la tensión de ver interrumpida su carrera por una degradante desgracia personal, culminaron con la ruptura del vaso en el lado derecho de la cabeza. Lo que había sido una migraña devastadora se convirtió en la muerte misma. Alden dilató los ojos y levantó las manos para cogerse el cráneo, como si quisiera impedir que se desarmara. Pero era demasiado tarde. La grieta se ensanchó, dejando escapar otro poco de sangre. Partes importantes del cerebro se quedaron sin el oxígeno necesario, la presión intracraneal aumentó al punto de que otras células cerebrales se vieron estrujadas hasta la extinción.

Aunque paralizado, Alden se mantuvo consciente por un rato; su mente brillante registró el hecho con notable claridad. Ya incapaz de moverse, comprendió que la muerte venía por él. «Tan cerca -pensó presuroso, para ganarle tiempo a la muerte-. Treinta y cinco años para llegar hasta aquí. Tantos libros. Tantos seminarios. Los jóvenes estudiantes destacados. La gira de conferencias. Las campañas. Todo eso para llegar hasta aquí. Estaba tan cerca de conseguir algo importante... ¡Oh, Dios! ¡Morir ahora, morir así!» Pero sabía que la muerte estaba allí, que era preciso aceptarla. Confió en que alguien lo perdonara. No había sido un mal hombre, ¿verdad? Se había esforzado por cambiar las cosas, por hacer del mundo un lugar mejor. Y ahora, cuando estaba en el umbral de algo importante... Habría sido mucho mejor para todos que le ocurriera mientras estaba montado en aquella vaquilla tonta. Mejor aún (lo supo en el momento final), si sus estudios y su intelecto hubieran sido su único pasa...

La deshonra de Alden y su despido de facto determinaron que se tardara bastante en descubrir su muerte. Su secretaria, en lugar de llamarlo cada pocos minutos, se demoró casi una hora, pues estaba interceptando todas las llamadas sin pasarle ninguna. No habría importado, de cualquier modo, aunque la mujer se sentiría culpable durante varias semanas. Por fin, ya a punto de dar por terminada la jornada, decidió ir a decírselo. Lo llamó por el intercomunicador, pero no obtuvo respuesta. Con el entrecejo fruncido, esperó un momento y volvió a llamar. Nada. Se levantó y fue a llamar a la puerta. Por fin, abrió. Su alarido fue tal que lo oyeron los agentes del Servicio Secreto apostados ante el Despacho Oval, en el otro extremo del edificio. La primera en llegar fue Helen D'Agustino, una de los guardaespaldas del presidente, que estaba caminando por los corredores para estirar los músculos, después de haber pasado en una silla la mayor parte del día.

-¡Eh!

Y con la misma celeridad tuvo en la mano el arma reglamentaria. Nunca en su vida había visto tanta sangre; manaba del oído derecho de Alden y formaba un charco en el escritorio. Gritó el alerta por su walkie-talkie. Parecía un disparo en la cabeza. Su vista aguda recorrió la habitación por sobre la mira de su «Smith & Wesson» del 19. «Las ventanas, intactas.» Miró al otro lado del cuarto. «Aquí no hay nadie. ¿Qué pasó?»

Con la mano izquierda, buscó el pulso de Alden en la arteria carótida. No lo había, desde luego, pero el adiestramiento le ordenaba verificar. Fuera de la habitación, todas las salidas de la Casa Blanca estaban bloqueadas; los revólveres, fuera de sus pistoleras; los visitantes, petrificados en medio de la marcha. Los agentes del Servicio Secreto estaban revisando todo el edificio.

-¡Mierda! -exclamó Pete Connor al entrar.

-¡Inspección realizada! -dijo una voz por los auriculares-. El edificio está limpio. HALCÓN, a salvo.

«Halcón» era el nombre clave que el Servicio Secreto daba al presidente. Expresaba el sentido del humor de la institución, tanto por su irónica contradicción con la política presidencial como por su asociación con el apellido Fowler, que significa «cazador de aves de

corral».

-¡La ambulancia salió hace dos minutos! -añadió el centro de comunicaciones. Conseguían con más celeridad una ambulancia que un helicóptero.

-Tranquila, Daga-dijo Connor-. Creo que sufrió un ataque. -¡Apártense!

Era el jefe de enfermeros de la Marina. Los agentes del Servicio Secreto hacían un curso de primeros auxilios, por supuesto, pero en la Casa Blanca siempre había un equipo médico preparado y el enfermero era siempre el primero en presentarse. Llevaba un maletín grande, pero no se molestó en abrirlo. Vio que había demasiada sangre en el escritorio y que el charco ya se estaba coagulando. Decidió no tocar el cadáver; podía tratarse de un crimen y los agentes del Servicio Secreto lo habían informado sobre esos casos. Casi toda la sangre había manado por la oreja derecha del doctor Alden. También salía un hilillo de la izquierda. En las partes de la cara visibles ya se notaban señales de lividez postmórtem. El diagnóstico era de los más fáciles.

-Muerto, probablemente desde hace cerca de una hora. Hemorragia cerebral. Ataque. ¿Este tipo era hipertenso?

-Sí, creo que sí -dijo la agente especial D'Agustino, al cabo de un momento.

-Habrá que hacerle la autopsia para confirmarlo, pero seguro que murió de eso. Reventó.

Luego llegó un médico, capitán de la Marina, que confirmó la observación del enfermero.

-Aquí Connor. Diga a la ambulancia que no hay prisa. PEREGRINO ha muerto, al parecer por causas naturales. Repito: PEREGRINO ha muerto -dijo el agente principal por su transmisor.

El examen postmórtem buscaría muchas cosas, desde luego. Veneno. Posible contaminación del agua o la comida, aunque en la Casa Blanca todo se inspeccionaba continuamente. D'Agustino y Connor intercambiaron una mirada. Sí, el hombre padecía de hipertensión v había tenido un mal día, sin duda. De los peores.

-¿Cómo está?

Las cabezas se volvieron. Era HALCÓN, el presidente en persona, rodeado de agentes que apenas podían pasar por la puerta. Atrás venía la doctora Elliot. D'Agustino se dijo que necesitarían otro nombre clave para ella. Tal vez bastara con ARMA. A los de Datos no les gustaba esa zorra, ni a ninguno de los agentes de seguridad presidencial. Pero no se les pagaba para tenerle cariño a esa mujer; ni siquiera al presidente, a fin de cuentas.

-Ha muerto, señor presidente -dijo el médico-. Parece haber sufrido un ataque fulminante.

Fowler recibió la noticia sin inmutarse. Los agentes del Servicio Secreto recordaron que había atendido a su esposa en una batalla de muchos años contra la esclerosis múltiple, para perderla finalmente cuando aún era gobernador de 0hio. Eso debía de haberle agotado todas las emociones, se dijeron, deseando que fuera verdad. Sin duda conservaba una escasa capacidad de emocionarse. El presidente chasqueó la lengua, hizo una mueca, meneó la cabeza y se dio la vuelta.

Liz Elliot ocupó su lugar y miró por sobre el hombro de un agente. Helen D'Agustino le estudió la expresión, en tanto ella empujaba para ver mejor. A la mujer le gustaba usar maquillaje, pero palideció debajo de él. D'Agustino reconoció que la escena era horrible, por cierto. Era como si hubieran vertido un bote de pintura roja en el escritorio.

-¡Oh, Dios! -susurró la nueva asesora de Seguridad nacional.

-¡Apártense, por favor! -pidió otra voz.

Era un agente que llevaba una camilla; apartó a Liz Elliot con brusquedad, pero Daga notó que la mujer estaba demasiado horrorizada como para molestarse; seguía muy pálida, con los ojos desencajados. «Se cree muy dura -pensó la agente especial-, pero no lo es tanto como piensa.» La idea le dio cierta satisfacción. «Tienes las rodillas un poco flojas, ¿eh, Liz?» Hacía apenas un mes que había salido de la Academia del Servicio Secreto, cuando el sujeto que Helen D'Agustino debía vigilar discretamente (un falsificador) la había reconocido y, por algún motivo que ella jamás comprendió, le apuntó con una pistola automática. Hasta llegó a disparar contra ella. Helen se había ganado el apodo de Daga al extraer su «SW» y encajarles

Librodot

tres balas en el pecho al pobre tipo, a una distancia de once metros, como si estuviera tirando al blanco y con la misma facilidad. Ni siquiera soñaba con el episodio. Por eso Daga formaba parte del equipo del Servicio cuando competían con los comandos de la fuerza Delta del ejército. Daga era dura. Obviamente, Liz Elliot no, pese a toda su arrogancia. «¿No tienes agallas, damisela?» A la agente especial Helen D'Agustino no se le ocurrió pensar, en ese momento, que Liz Elliot era la principal asesora de HALCÓN en temas de Seguridad nacional.

La reunión fue silenciosa. Para Günther Bock, era la primera que discurría así, sin la estentórea retórica tan apreciada por los revolucionarios. Ismael Qati, su antiguo camarada de armas, era normalmente una tea, elocuente en cinco idiomas, pero ahora se lo veía apagado en todo sentido. Su sonrisa había perdido ferocidad. Los gestos amplios con que solía resaltar sus palabras eran más discretos. Bock se preguntó si acaso se sentía mal.

-Me entristeció mucho enterarme de lo de tu esposa -dijo Qati, dedicando un momento a los asuntos personales.

-Gracias, amigo. -Bock decidió poner buena cara al mal tiempo-. Es poca cosa, comparada con lo que ha soportado tu pueblo. Siempre se sufren reveses.

En este caso eran demasiados, y ambos lo sabían. La mejor arma del grupo había sido siempre una segura información de Inteligencia. Pero la de Bock estaba agotada. La Fracción del Ejército Rojo había recurrido durante años a todo tipo de información. A su propia gente dentro del Gobierno de Alemania Occidental. A datos útiles proporcionados por el aparato de Alemania Oriental y a todos los vástagos nacidos en el bloque oriental del amo común, el KGB. Sin duda gran parte de su información provenía de Moscú, enviada a través de países más pequeños por motivos políticos que Bock nunca había puesto en tela de juicio. A fin de cuentas, el socialismo mundial es una lucha de movimientos tácticos. «Era», se corrigió.

Todo eso ya no existía; no existía la ayuda a la cual hubiera podido recurrir. Los servicios de Inteligencia del bloque oriental se volvían contra sus camaradas como perros hambrientos. ¡Checos y húngaros vendían al enemigo información sobre ellos! Los alemanes del Este lo hacían en nombre de la cooperación y la hermandad de la Gran Alemania. La República Democrática Alemana ya no existía, era un mero apéndice de la Alemania capitalista. Y los rusos... Cualquier apoyo indirecto que hubieran obtenido de los soviéticos había desaparecido, tal vez para siempre. Con la defunción del socialismo europeo, sus informantes dentro de diversas instituciones oficiales habían sido detenidos, trabajaban para ambos bandos o, simplemente, habían dejado de informar, descreídos de un posible futuro socialista. De un solo golpe, los revolucionarios europeos habían perdido su mejor arma. Por suerte allí era diferente, para Qati era diferente. Los israelíes eran tan tontos como crueles. Lo único invariable en el mundo, como bien sabían Bock y Qati, era la incapacidad judía de tomar cualquier iniciativa política importante. Por formidables que fueran en el oficio de la guerra, siempre habían sido irremediablemente ineptos en el oficio de la paz. A eso se añadía su capacidad de imponer políticas a sus propios amos, como si no quisieran la paz en absoluto. Bock no era experto en historia mundial, pero dudaba que hubiera precedentes de semejante conducta. La actual revuelta de árabes y palestinos cautivos en los territorios ocupados era una llaga sangrante en el alma de Israel. La Policía y las agencias de Inteligencia interna, antes capaces de infiltrarse a voluntad en los grupos árabes, se veían gradualmente marginadas, a medida que el apoyo popular a la rebelión ganaba adeptos. Qati tenía, por lo menos, una operación en marcha. Bock lo envidiaba por eso, por mala que fuera la situación táctica. Otra perversa ventaja de Qati era la eficiencia de su enemigo. La inteligencia israelí libraba su guerra de sombras contra los combatientes árabes hacía ya dos generaciones. En ese tiempo, los tontos habían muerto a manos del Mossad. Quienes quedaban, como Qati, eran los supervivientes: los fuertes, astutos y abnegados, productos de un proceso de selección darwiniana.

-¿Cómo te las arreglas con los informantes? -preguntó Bock.

-La semana pasada descubrimos a uno -respondió Qati con una sonrisa cruel-. Antes de morir identificó a su oficial. Ahora lo tenemos bajo vigilancia.

Bock asintió. En otros tiempos el oficial israelí habría sido simplemente asesinado, pero Qati aprendía. Si lo observaban (con mucha cautela y esporádicamente) podrían identificar a otros infiltrados.

-¿Y los rusos? -Esa pregunta provocó una fuerte reacción de Qati.

-¡Esos cerdos! No nos dan nada que valga la pena. Estamos librados a nuestros medios. Como siempre.

Qati mostró una animación que ese día le era rara. Pero en seguida recayó en la fatiga que lo embargaba.

-Pareces cansado, amigo.

-Ha sido una larga jornada. Creo que para ti también. Bock se permitió un bostezo y se desperezó.

-¿Lo dejamos para mañana?

Qati asintió y se levantó. Condujo al visitante a su cuarto. Bock le estrechó la mano antes de retirarse. Se conocían desde hacía casi veinte años. Qati volvió a la sala y salió. Sus agentes de seguridad estaban, como siempre, en sus puestos y alerta. Qati conversó brevemente con ellos, siguiendo su costumbre, porque la lealtad nace de la atención que uno preste a las necesidades de su gente. Luego él también fue a acostarse. Antes recitó sus plegarias vespertinas, por supuesto. Lo inquietaba un poco que su amigo Günther no fuera creyente. Valeroso, sagaz y abnegado como era, carecía de fe. Qati no entendía que se pudiera seguir adelante sin fe.

«¿Seguir adelante? ¿Acaso él sigue adelante?», se preguntó al acostarse. Sus miembros doloridos conocieron por fin el reposo; aunque el dolor no cesó, al menos sufrió un cambio. Bock estaba acabado. Habría sido mejor para él que Petra muriera a manos de los GSG-9. Sin duda esos comandos alemanes pensaban matarla, pero según los rumores la habían encontrado con un bebé prendido a cada pecho. Si uno era hombre, no podía matar con semejante escena. El propio Qati, que tanto odiaba a los israelíes, no habría podido hacerlo. Era una ofensa contra Dios. «Petra», pensó, sonriendo en la oscuridad. En una oportunidad la había poseído, en ausencia de Günther. Aquel día ella se sentía sola y él venía con la sangre caliente de un operativo victorioso en el Líbano: el asesinato de un israelí que asesoraba a la milicia cristiana. Y por eso compartieron el fervor revolucionario durante dos horas apasionadas.

«¿Lo sabe Günther? ¿Petra se lo habrá dicho?»

Tal vez sí. No tenía importancia. Bock no era de ésos; no era como los árabes, que lo habrían tomado como un insulto mortal. Los europeos tomaban esas cosas muy a la ligera. Para Qati resultaba curioso, pero la vida estaba llena de curiosidades. Bock era un amigo de verdad, de eso estaba seguro. La llama ardía en su alma con tanto fulgor como en la suya propia. Lástima que lo ocurrido en Europa le hiciera la vida tan difícil. Su mujer, encarcelada. Sus hijas, secuestradas. La mera idea le congelaba la sangre. Había sido una estupidez traer hijos al mundo. Qati no se había casado y rara vez disfrutaba de mujeres. Diez años antes sí, allá en el Líbano, con aquellas muchachas europeas, algunas adolescentes. Rememoró con una sonrisa serena. Sabían cosas que ninguna joven árabe aprendería jamás. ¡Y qué apasionadas eran, cuánto deseaban mostrar su entrega! Lo habían utilizado, tanto como él a ellas, Pero en aquel entonces Qati era más joven y sentía las pasiones de la juventud.

Esas pasiones habían desaparecido. Se preguntó si alguna vez volverían. El tenía esperanzas de que volvieran. Sobre todo, tenía esperanzas de recobrarse lo suficiente, de recuperar energías para hacer más de una cosa. El tratamiento marchaba bien, según el médico. Lo iba tolerando mucho mejor que la mayoría. Si estaba siempre cansado, si de vez en cuando lo atacaban náuseas, no debía desesperar. Eso era normal... No, lo normal era mucho peor. El médico le aseguraba que tenía grandes esperanzas. La semana anterior le había dicho que no lo hacía sólo para alentarlo, como con cualquier pa ciente. Iba bien de

Librodot

verdad. Tenía buenas posibilidades. Lo importante, se decía Qati, era que aún tenía algo por lo que vivir. Tenía una meta. Y eso era, sin duda, lo que le conservaba las fuerzas.

-¿Qué se sabe?

-Sigue adelante -respondió el doctor Cabot, en comunicación de seguridad vía satélite-. Charlie sufrió un ataque fatal en su escritorio.

-Una pausa. Tal vez sea lo mejor que pudo pasarle.

-¿Lo sustituye Liz Elliot?

-Sí.

Ryan apretó los labios en una mueca, como si acabara de beber un medicamento especialmente amargo, y consultó su reloj. Cabot se había levantado temprano para llamarlo y darle las instrucciones. El y su jefe no eran precisamente buenos amigos, pero la importancia de esa misión era lo promordial. Tal vez con E. E. pasara lo mismo.

-Bueno, jefe, mi avión sale dentro de noventa minutos y los dos haremos nuestra propuesta simultáneamente, según el plan.

-Buena suerte, Jack.

-Gracias, director.

Ryan pulsó el botón de apagado en el panel telefónico. Salió de la sala de comunicaciones y volvió a su habitación, donde ya tenía la maleta preparada, No le restaba sino anudarse la corbata... Llevaría la chaqueta sobre el hombro, porque hacía demasiado calor para ponérsela. Y en el punto de destino, más calor aún. Allí tendría que ponerse la chaqueta. Era una de esas extrañas reglas de la conducta formal, que requiere la máxima incomodidad para lograr el debido grado de decoro. Ryan cogió la maleta y salió de la habitación.

-¿Sincronizamos nuestros relojes? -Adler, que esperaba fuera, lo dijo riendo entre dientes.

-Oye, Scott yo no dije eso.

-Pero sería normal... en cierto modo.

-Supongo que sí. Bueno, tengo que tomar el avión.

-No puede despegar sin ti.

-Es una de las ventajas de trabajar para el Gobierno, ¿verdad? -Ryan paseó la mirada por el corredor, preguntándose si los israelíes habrían ocultado allí algún micrófono. En toda caso, la Muzak podía interferirlos-. ¿Qué sensación tienes?

-Cincuenta por ciento a favor.

-¿Tanto?

-Sí -aseguró Adler con una amplia sonrisa-. Esta vez se hará, Jack. Has tenido una buena idea.

-No fue sólo mía. De cualquier modo, no voy a llenarme de honores. Nadie se enterará.

-Nos enteraremos nosotros. Bueno, a trabajar.

-Hazme saber las reacciones. Buena suerte.

-Creo que la expresión correcta es *mazeltov*.

-Adler le estrechó la mano-. Buen viaje.

La limusina de la Embajada llevó a Ryan directamente al avión, que esperaba con los motores en marcha. Como tenía prioridad en el despegue, en menos de cinco minutos estuvo en el aire, con rumbo sur, bajando por la imaginaria daga que era Israel; luego se desvió hacia el este, por sobre el golfo de Aqaba, y entró en el espacio aéreo saudí.

Ryan miraba por la ventanilla, según su costumbre. Su mente repasaba lo que debía hacer, aunque lo había ensayado a lo largo de una semana; su cerebro podía trabajar tranquilamente en el asunto mientras él miraba el paisaje. El aire era límpido y el cielo estaba despejado; volaban por sobre algo que, según su aspecto, era un páramo yermo de arena y roca. Las pocas notas de color eran matas achaparradas, demasiado pequeñas para destacar individualmente, que le daban aspecto de cara sin afeitar. Jack sabía que gran parte de Israel tenía ese mismo aspecto, al igual que el Sinaí, donde los tanques habían librado tantas

batallas. Se preguntó por qué había hombres dispuestos a morir por una tierra como aquélla. Pero así era, casi desde que el hombre era hombre. Las primeras guerras organizadas se habían librado allí, y aun continuaban.

Riad, la capital de Arabia Saudí, queda más o menos en el centro de un país cuyo tamaño equivale al de Estados Unidos al este del Mississippi. El avión descendió con relativa celeridad, gracias a lo modesto del tráfico aéreo local. Pocos minutos después, el «Gulfstream» carreteaba hacia la terminal de carga y la asistente abría la puerta delantera.

Tras dos horas de exposición al aire acondicionado, Jack tuvo la sensación de entrar en una caldera. La temperatura a la sombra superaba los cuarenta y tres grados, pero no había sombra. Peor aún: el sol se reflejaba en el asfalto como en un espejo, con tanta intensidad que a Ryan le ardió la cara. Para recibirlo, habían acudido el subjefe de misión de la Embajada y los habituales agentes de Seguridad. Un momento después sudaba dentro de la limusina.

-¿Tuvo un binen viaje? -preguntó el subjefe.

-Bastante bueno. ¿Tenéis todo listo?

-Sí, señor.

A Jack le pareció agradable que lo llamara «señor».

-Bien, pongamos manos a la obra.

-Tengo instrucciones de acompañarlo hasta la puerta.

-Está bien.

-Tal vez le interese saber que la Prensa no ha hecho ninguna pregunta. Los de Washington conservan bastante bien el secreto.

-Eso cambiará en unas cinco horas.

Riad era una ciudad limpia, aunque muy diferente de las metrópolis occidentales. El contraste con las poblaciones israelíes era muy marcado. Casi todo era nuevo allí. Estaba a dos horas de avión. Ese lugar nunca había sido un cruce de rutas, como Palestina. En la Antigüedad, las rutas comerciales daban un amplio rodeo para escapar del calor brutal de Arabia; aunque las ciudades costeras, con su pesca y su tráfico, prosperaban desde hacía milenios, los pueblos nómadas del interior llevaban una existencia ardua, unidos sólo por la le islámica, que a su vez anclaba en las ciudades sagradas de La Meca y Medina. Dos hechos habían cambiado esa situación. En la Primera Guerra Mundial, los británicos habían utilizado la zona como distracción contra los turcos otomanos, atrayendo sus fuerzas para alejarlas de lugares que habrían sido útiles a sus aliados, Alemania y el Imperio Austrohúngaro. Más adelante, en los años treinta, se descubrió el petróleo, petróleo en cantidades tan grandes que Texas parecía una simple gasolinera. Eso había cambiado al mundo árabe, y luego al mundo entero.

Desde un principio, las relaciones entre los saudíes y Occidente fueron delicadas. Los saudíes constituían todavía una curiosa mezcla de lo primitivo y lo sofisticado. Algunos pueblos de la península estaban apenas a una generación de la vida nómada, casi igual a la que llevaban los nómadas de la Edad del Bronce. Al mismo tiempo, existía una admirable tradición de erudición coránica, basada en un código duro pero escrupulosamente justo, muy similar a la tradición talmúdica del judaísmo. En un breve periodo, esos pueblos se habían habituado a una riqueza inimaginable. Considerados ridículos derrochadores por el Occidente «sofisticado» eran sólo los últimos socios del club de países «nuevos ricos», del que Estados Unidos había formado parte poco antes. Ryan, que también era un nuevo rico, sonrió con simpatía ante algunos edificios.

La gente de «vieja fortuna», ganada por engreídos antepasados cuyos modales bruscos se olvidaban convenientemente, siempre se sentía incómoda ante quienes habían ganado sus posesiones, en lugar de heredarlas. Y lo que ocurre entre los individuos ocurre también entre las naciones. Los saudíes y sus hermanos árabes aún estaban aprendiendo a ser nación; faltaba mucho para que aprendieran a ser naciones ricas e influyentes, pero el proceso era tan apasionante para ellos como para sus amigos. Algunas lecciones habían sido fáciles; otras, muy difíciles, como la reciente con sus vecinos del norte. En general, aprendían bien. Ahora, Ryan confiaba en que el próximo paso fuera dado con la misma facilidad. Una nación alcanza

Librodot

la grandeza ayudando a otras a conseguir la paz, no con proezas bélicas o comerciales. Asumir eso le llevó a Estados Unidos todo el tiempo transcurrido entre Washington y Theodore Roosevelt, cuyo Premio Nobel de la Paz adorna la sala de la Casa Blanca que aún lleva su hombre. «Nosotros tardamos casi ciento veinte años -pensó Jack, en tanto el coche giraba y aminoraba la marcha-. Teddy obtuvo el Nobel por arbitrar en una disputa fronteriza de pacotilla, y nosotros estamos pidiendo a estas gentes que nos ayuden a pacificar el punto más conflictivo del mundo civilizado, cuando de hecho sólo llevan cincuenta años como nación. ¿Qué justificación tenemos para tratarlos con superioridad?»

Las formalidades de Estado tienen una coreografía tan delicada y exigente como cualquier ballet. Llega el automóvil (antes era un carruaje). Abre la puerta un funcionario (al que antes se llamaba lacayo). El Dignatario espera, en orgullosa soledad, a que el Visitante descienda del vehículo. El Visitante saluda con la cabeza al lacayo, si es cortés; Ryan lo era. Otro funcionario, de mayor importancia, es el primero en saludarlo; luego lo conduce hasta el Dignatario. A ambos lados de la entrada hay guardias oficiales, en este caso soldados de uniforme y con armas. Naturalmente, no había fotógrafos. Tales formalidades son más cómodas en climas cuya temperatura esté por debajo de los treinta y ocho grados, pero al menos allí había un dosel que proporcionaba sombra.

-Bienvenido a mi país, doctor Ryan. -El príncipe Alí Ibn Sheik ofreció a Jack una mano firme.

-Gracias, alteza.

-¿Quiere seguirme, por favor?

-Con gusto, alteza. -«Antes de que me derrita», pensó.

Alí condujo a Jack y al subjefe de misión al interior, donde se separaron. El edificio era un palacio (Riad tenía unos cuantos palacios, puesto que los príncipes reales eran muchos), pero Ryan tuvo la sensación de que habría sido más adecuado hablar de «palacio de trabajo». Era más pequeño que sus equivalentes británicos y Jack comprobó, con cierta sorpresa, que también estaba más limpio, probablemente por el aire puro y seco de la región, que contrastaba con la atmósfera húmeda y tiznada de Londres. Además, tenía aire acondicionado. La temperatura interior no debía de superar los treinta grados, lo cual pareció a Ryan más o menos cómodo. El príncipe vestía amplias túnicas, con un turbante que sostenía un par de... ¿cómo se llamarían esas cosas circulares? Demasiado tarde, se le ocurrió que habrían debido informarlo al respecto. En realidad le hubiera correspondido a Alden estar en ese lugar. Charlie conocía la zona mucho mejor que él y... Pero Charlie Alden había muerto y a Jack le correspondía hacerse cargo del juego.

A Alí lbn Sheik se le llamaba, en el departamento de Estado y en la CIA, «el príncipe sin maletín». Era más alto, más delgado y más joven que Ryan; asesoraba al rey de Arabia Saudí en asuntos de Inteligencia y Relaciones exteriores. Probablemente el servicio de Inteligencia saudí (adiestrado por los británicos), respondía a sus órdenes, pero eso no estaba muy en claro; sin duda era otro legado de los británicos, que se tomaban el secreto mucho más en serio que los norteamericanos. Aunque el expediente de Alí era muy grueso, en su mayor parte contenía datos sobre su preparación. Después de estudiar en Cambridge, había pasado a ser oficial del Ejército continuó sus estudios profesionales en EE.UU., en los cuarteles de Leavenworth y Carlyle, donde fue el mas joven de su clase (llegó a coronel a los veintisiete años, pues el hecho de ser príncipe real ayuda mucho en la carrera) y terminó tercero en un grupo cuyos diez mejores graduados pasaron a comandantes de división o puestos equivalentes. El general del Ejército que dio a Ryan informes sobre Alí lo recordaba con cariño: joven bien dotado intelectualmente y con estupendas dotes de mando. Alí había desempeñado un papel importante al persuadir al rey para que aceptara la ayuda norteamericana durante la guerra de Irak. Se lo consideraba serio, rápido en tomar decisiones y más rápido aún en expresar su disgusto si se le hacía perder el tiempo, pese a sus modales corteses.

Era fácil identificar el despacho del príncipe, pues había dos oficiales apostados junto a la

doble puerta. Un tercer hombre la abrió y les hizo una reverencia.

-Me han hablado mucho de usted -dijo Alí, como al desgaire.

-Espero que en buenos términos -replicó Ryan, tratando de mostrarse desenvuelto.

El príncipe se volvió con una sonrisa traviesa.

-En Gran Bretaña tenemos algunos amigos mutuos, Sir John. ¿Mantiene usted la práctica con las armas livianas?

-En realidad no tengo tiempo, alteza.

Alí le señaló una silla.

-Para algunas cosas conviene hacerse de tiempo.

Ambos tomaron asiento y las cosas se tornaron formales. Apareció un criado con una bandeja de plata y sirvió café para los dos antes de retirarse.

-Lamento sinceramente lo ocurrido al doctor Alden. Lástima que tan buen hombre cayera por una tontería... Que Dios se apiade de su alma... Hacía tiempo que deseaba conocerlo, doctor Ryan.

Jack sorbió su café. Era denso, amargo y detestablemente fuerte.

-Gracias, alteza. Le agradezco también que aceptara recibirme en lugar de un funcionario de más rango.

-Con frecuencia, los esfuerzos diplomáticos más electivos se inician informalmente. ¿En qué puedo servirle?

Alí sonrió y se reclinó en la silla. Los dedos de su mano izquierda jugaban con la barba. Sus ojos eran oscuros como el pedernal; aunque parecía mirar a su visitante con desenvoltura, la atmósfera se había vuelto práctica. Ya era hora.

-Mi país desea explorar un medio de... es decir, el esbozo de un proyecto para aliviar las tensiones en esta zona.

-Con Israel, desde luego. Supongo que en este momento Adler está presentando la misma propuesta a los israelíes.

-Correcto, su alteza.

-Esto es dramático -comentó el príncipe con una sonrisa divertida-. Continúe, por favor.

Jack empezó con su discurso.

-Alteza, nuestro principal Interés en este asumo es la seguridad física del Estado de Israel. Antes de que usted y yo naciéramos, Estados Unidos y otros países hicieron muy poco por evitar el exterminio de seis millones de judíos. La culpa de esa infamia pesa mucho sobre mi país.

Alí asintió con gravedad y dijo:

-Eso nunca lo he comprendido. Tal vez ustedes hubieran podido hacer algo mejor, pero las decisiones estratégicas de Roosevelt y Churchill durante la guerra fueron tomadas de buena fe. El tema del barco cargado de judíos que nadie quiso recibir antes de que estallara la guerra, por supuesto, es harina de otro costal. Me resulta muy extraño, por cierto, que su país no otorgara asilo a esa pobre gente. Sin embargo, nadie previó lo que estaba por ocurrir: ni los judíos ni los gentiles. Y cuando se supo lo que estaba pasando, Hitler ya tenía el dominio físico de Europa y no era posible que ustedes intervinieran di-rectamente. Por entonces, sus líderes decidieron que el mejor modo de terminar con la matanza era ganar la guerra tan expeditamente como fuera posible. Era lógico. Podrían haber convertido en tema político el vigente *Endlüsung* (creo que ése era el nombre), pero decidieron que sería ineficaz desde un punto de vista práctico. Retrospectivamente, tal vez eso fue incorrecto, pero la decisión no se tomó con mala voluntad. -Alí hizo una pausa para dejar que su lección de historia surtiera efecto-. De todos modos, comprendemos y aceptamos, condicionalmente, los motivos que apoyan esa meta nacional de preservar al Estado de Israel. Nuestra aceptación, como usted comprenderá, depende de que ustedes reconozcan los derechos de otros pueblos. En esta parte del mundo no habitan judíos y salvajes.

-Precisamente ésa, alteza, es la base de nuestra propuesta -replicó Ryan-. Si logramos hallar una fórmula que reconozca esos otros derechos, ¿aceptarán ustedes un provecto con el

que América garantice la seguridad de Israel?

Jack no tuvo tiempo de contener el aliento a la espera de la respuesta.

-Por supuesto. ¿No lo hemos expresado con claridad ¿Quién sino América puede garantizar la paz? Sí ustedes necesitan estacionar tropas en Israel para que ellos se sientan seguros, si deben firmar un tratado para formalizar la garantía adelante, son cosas que podemos aceptar. Pero, ¿qué hay de los derechos árabes?

-¿Cómo opina usted que deberíamos enfocar esos derechos? -preguntó Jack.

El príncipe Alí quedó atónito ante la pregunta. ¿No correspondía a Ryan presentar el plan norteamericano? Estuvo a punto de enfadarse, pero era demasiado astuto para eso. Lo que veía no era una trampa, sino un cambio fundamental en la política norteamericana.

-Doctor Ryan, usted pregunta eso por un motivo, pero es una pregunta retórica. Creo que es usted quien debe dar esa respuesta.

La respuesta llevó tres minutos.

Alí meneó la cabeza con tristeza.

-Eso, doctor Ryan, es algo que nosotros probablemente encontraríamos aceptable. Pero los israelíes jamás lo aceptarán. Con más exactitud, lo rechazarán por los mismos motivos que nos inducirían a aceptarlo. Deberían aceptar, por supuesto, pero no lo harán.

-¿Es aceptable para su Gobierno, alteza?

-Debo consultarlo, desde luego, pero creo que nuestra respuesta sería favorable.

-¿Alguna objeción?

El príncipe hizo una pausa para terminar su café y miró algo en la pared de enfrente, por encima de la cabeza de Ryan.

-Podríamos proponer algunas modificaciones, ninguna de ellas realmente sustantiva a la tesis central de su proyecto. En realidad, creo que las negociaciones sobre esos puntos menores se lograrían pronto y con facilidad, pues no son asuntos importantes para las otras partes interesadas.

-¿Y a quién elegiría usted como representante musulmán? Alí se inclinó hacia delante.

-Eso es sencillo. Cualquiera puede decírselo. El imán de la mezquita Al-Aqsa es un erudito y lingüista distinguido. Se llama Ahmed ibn Yussif. Lo consultan eruditos de todo el Islam sobre cuestiones de teología. Sunníes, chiles, todos lo respetan. Hasta es palestino por nacimiento.

-¿Así de fácil? -Ryan cerró los ojos y dejó escapar el aliento. En eso había acertado. Yussif no era exactamente moderado en política y había pedido la expulsión de Israel de la orilla occidental. Pero también había denunciado el terrorismo por cuestiones teológicas. No era perfecto, pero si los musulmanes lo aceptaban era suficiente.

-Se muestra usted muy seguro, doctor Ryan. -Alí meneó la cabeza-. Demasiado seguro. Reconozco que su proyecto es lo más justo que mi Gobierno o yo podíamos esperar, pero no se pondrá en práctica jamás. -Alí hizo una pausa y clavó los ojos en Ryan-. Ahora debo preguntarme si ha sido una propuesta seria o sólo algo con aspecto de justicia.

-El próximo jueves, alteza, el presidente Fowler hablará ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. Entonces presentará este mismo proyecto, en directo y en color. Estoy autorizado a presentar a su Gobierno una invitación para negociar formalmente el tratado en el Vaticano.

En su sorpresa, el príncipe utilizó una expresión vulgar: -¿De veras cree poder sacar esto adelante?

-Tenemos que intentarlo, alteza.

Alí se levantó y fue a su escritorio. Allí tomó un teléfono, pulsó un botón y habló con rapidez, Para Ryan, incomprensiblemente. Jack tuvo un súbito y embriagador momento de fantasía. El idioma árabe, como el hebreo, se escribía de derecha a izquierda. Ryan se preguntó cómo se las componía el cerebro con eso.

«¡Uau! -pensó Jack-. ¡Esto podría resultar!» Alí dejó el auricular y se volvió hacia el visitante. -Creo que es hora de que veamos a Su Majestad.

-¿Tan pronto?

-Una ventaja de nuestra forma de gobierno es que, cuando un ministro quiere acceso a otro, es sólo cuestión de llamar a un primo o a un tío. Somos una empresa familiar. Confío en que su presidente sea hombre de palabra.

-El discurso para la ONU ya está redactado. Lo he visto. Sabe que va a recibir una andanada de los grupos de presión israelíes en EE.UU., pero está preparado.

-Los he visto en acción, doctor Ryan. Aunque nosotros combatíamos por nuestra vida junto a los soldados norteamericanos, nos negaron las armas que necesitábamos para nuestra propia seguridad. ¿Cree usted que eso cambiará?

-El comunismo soviético se acaba. El Pacto de Varsov¡a se acaba. Muchas cosas que dieron forma al mundo en el que crecí han desaparecido para siempre. Es hora de liquidar el resto de los problemas de este mundo. Usted pregunta si podemos hacerlo. ¿Por qué no? El único factor constante en la existencia humana, alteza, es el cambio.

Jack sabía que su confianza era descabellada. Se pregunto cómo le iría a Scott Adler en Jerusalén. Adler no acostumbraba gritar, pero sabía hacerse oír. Era algo que no se conseguía con los israelíes durante mucho tiempo; Jack no hubiera podido decir desde cuándo no lo intentaba siquiera. Pero el presidente estaba decidido. Si los israelíes trataban de impedirlo, tal vez descubrieran que el mundo era un sitio muy solitario.

-Se olvida de Dios, doctor Ryan.

Jack sonrió.

-No, alteza. Eso es lo principal, ¿no?

El príncipe Alí hubiera querido sonreír, pero no lo hizo. Aún no era hora. Señaló la puerta.

-Nuestro coche espera.

En el Depósito Militar de New Cumberland, Pensilvania, almacén de estandartes y banderas que databa de los tiempos de la revolución, un general de brigada y un anticuario profesional extendieron en una mesa la polvorienta enseña que antaño llevaba el 10." Regimiento de Caballería. El general se preguntó si parte del polvo que tenía el estandarte provenía de la campaña del coronel John Grierson contra los apaches. Aquel estandarte iría al regimiento. No se lo utilizaría mucho. Tal vez lo sacaran a relucir una vez al año, pero sobre ese diseño se haría uno nuevo. El hecho que motivaba eso resultaba curioso. En plena época de reducción de gastos se creaba una nueva unidad. El general no se oponía, claro. El 10." tenía una historia distinguida, pero Hollywood nunca le había hecho justicia, salvo en una película sobre los regimientos negros. Porque el 10." caballería y los 24." y 25." de Infantería, que habían desempeñado su papel en la conquista del Oeste. Ese estandarte databa de 1866. Su motivo central era un búfalo, pues los indios que combatían contra los soldados del 10." comparaban el pelo de sus miembros con el pelaje áspero del bisonte americano. Los soldados negros habían estado presentes en la derrota de Jerónimo; el general sabía que también habían salvado el pellejo a Teddy Roosevelt en la carga de la colina San Juan. Era hora de que recibieran un pequeño reconocimiento oficial. Y si el presidente lo había ordenado por motivos políticos, ¿por qué no? El 10." tenía una historia honorable, pese a la política.

-Tómese una semana -dijo el civil-. Yo me encargo de esto personalmente. ¡Por Dios, me gustaría saber qué habría pensado Grierson de otorgar el TO & E a los Búfalos!

-Es importante -reconoció el general, que había mandado el 11." Regimiento de Caballería Motorizada unos años atrás. El Caballo Negro aún estaba en Alemania, aunque no podía durar allí mucho más. Pero el historiador estaba en lo cierto. Con ciento veintinueve tanques, doscientos veintiocho transportes de tropa blindados, veinticuatro cañones auto-transportados, ochenta y tres helicópteros y cinco mil soldados, un regimiento de caballería motorizada moderno era, en realidad, una brigada reforzada, de movimiento veloz y mucha potencia de ataque.

-¿Dónde tendrán su base?

Librodot

-El regimiento se formará en Fort Stewart. Después de eso, no estoy seguro. Tal vez complete el 18." Cuerpo Aerotransportado.

-¿Conque van a pintarlos de pardo?

-Probablemente. El regimiento sabe mucho de desiertos, ¿no?

El general palpó el estandarte. Sí, aún había arenilla en el tejido. De Texas, Nuevo México y Arizona. Se preguntó si los soldados que habían marchado tras esa enseña podrían saber que la unidad volvía a nacer. Tal vez sí.

VI. MANIOBRAS

La ceremonia de entrega del mando, que poco había cambiado en la Marina desde los tiempos de John Paul Jones, concluyó a las 11.24, como estaba previsto. La celebraron dos semanas antes de lo esperado, a fin de que el capitán saliente pudiera hacerse cargo de sus funciones en el Pentágono, que con gusto habría rechazado. El capitán Jim Rosselli había conducido al Maine durante los dieciocho últimos meses de su construcción en la división Electric Boats de General Dynamics, en Groton, Connecticut, durante la botadura y los ajustes finales, las de los armadores y las pruebas de aceptación, el armamento, la fase de funcionamiento y la disponibilidad posterior, por un día entero de práctica de misiles gente a Puerto Cañaveral y a través del Canal de Panamá, en su viaje hacia la base de submarinos nucleares de Bangor, Washington. Su último trabajo había sido llevar el bote (el Maine era enorme, pero en la jerga de la Marina estadounidense seguía siendo «un bote») en su primera patrulla por el golfo de Alaska. Todo eso ya había terminado; cuatro días después de volver a puerto con el bote, daba por concluida su relación con él entregándolo a su relevo, el capitán Harzy Ricks. Era algo más complicado que eso, por supuesto. A partir del primer submarino dotado con misiles, el George Washington (convertido desde hacía tiempo en cuchillas de afeitar y otros artículos útiles para el consumidor), todos tenían dos tripulaciones completas, llamadas «azul» y «dorada». La idea era, simplemente, que las embarcaciones podían pasar más tiempo en el mar si las tripulaciones se turnaban. Aunque costoso, funcionaba muy bien. Los submarinos balísticos de la clase Ohio estaban cubriendo un promedio de dos tercios de su tiempo en el mar, en patrullas constantes de setenta días, separadas por períodos de mantenimiento de veinticinco días. Por tanto, en realidad Rosselli había entregado a Ricks la mitad del mando del gran submarino y todo el mando de la tripulación «dorada», que ahora desocupaba la nave para que la ocupara la tripulación «azul», que realizaría la patrulla siguiente.

Terminada la ceremonia, Rosselli se retiró por última vez a su camarote. Como oficial al mando de la primera tripulación, había ciertos recuerdos especiales a los que tenía derecho. Parte de la tradición incluía un trozo de teca, del que se había usado para la cubierta, perforado para poner piezas de cribbage. Poco importaba que el capitán no hubiera jugado al cribbage en su vida, después de un intento fallido. Esas tradiciones no llegaban a los tiempos del capitán John Paul Jones: pero se mantenían con la misma firmeza. Su gorra, que llevaba las palabras «Comandante» y «Primer capitán» grabadas en oro en la porción trasera, formaría parte de su colección, junto con una placa del barco, una foto firmada por toda la tripulación y diversos regalos de Electric Boat.

-iPor Dios, cómo me apetecía uno de éstos! -dijo Ricks

-Son bastante bonitos, capitán -replicó Rosselli con una sonrisa melancólica.

En realidad, no era justo. Tan sólo los mejores oficiales tenían antecedentes como los suyos. Había mandado un submarino de ataque rápido, el USS Honolulú célebre por su efectividad y su suerte durante sus dos años y medio como comandante. Después le asignaron la tripulación «dorada» del USS Tecumseh, con el cual volvió a destacarse. Aquella tercera y muy poco habitual travesía había sido abreviada por necesidad. Su misión era inspeccionar la construcción de la nave en Groton y prepararla para su primer equipo de comandantes.. Sólo

Librodot

había navegado en él por... ¿cien días? Más o menos, apenas lo suficiente para llegar a conocerle.

-No te lo pones fácil, Rosey -dijo el comandante de escuadra, el capitán (aspirante a subalmirante) Bart Mancuso. Rosselli trató de infundir algo de humor en su voz

-Oye, Bart, entre paisanos, tenme un poco de piedad, ¿quieres?

-Te comprendo. No es fácil.

Rosselli se volvió hacia Ricks.

-La tripulación es la mejor que he tenido. El primer oficial será un estupendo capitán, cuando llegue el momento. La nave es perfecta. Todo funciona. El mantenimiento es perder tiempo. Lo único que falla es el cableado de la despensa. Algún electricista cruzó unos cuantos cables y los disyuntores no están bien etiquetados. Los de Reglamento dicen que no se pueden cambiar las etiquetas; hay que modificar los cables. Y eso es todo. Nada más.

-¿La planta de energía?

-Diez puntos, gente y equipo. Usted ya vio los resultados del Esor, ¿no?

-Ajá -asintió Ricks. El barco tenía un puntaje casi perfecto en el Examen de Seguridad Operacional del Reactor, que era el Santo Grial de la comunidad nuclear.

-¿El sonar?

-El equipo es el mejor de la flota. Recibimos el modelo mejorado antes de que se estandarizara. Hice un trato con los del Subgrupo Dos, justo antes de las pruebas. Uno de tus viejos amigos, Bart, el doctor Ron Jones. Trabaja en Sonosistemas y hasta viajó una semana con nosotros. El analizador de rayos es casi mágico. El departamento de torpedos necesita un poco de práctica, pero no mucho. Calculo que pueden restar otros treinta segundos de su tiempo promedio. El oficial es joven; en realidad, en ese departamento son todos jóvenes. Todavía no se ha asentado, pero los que tenía en el Tecumseh no eran mucho más rápidos. Si hubiera tenido un poco más de tiempo, los habría adiestrado por completo.

-No se preocupe -observó Ricks, cómodamente-. Déjeme algo que hacer, Jim, qué diablos. ¿Cuántos contactos hizo en la patrulla?

-Uno clase Akula, el Admiral Lunin. Lo detectamos tres veces, nunca a menos de sesenta mil metros. Si nos olfateó... No, qué demonios. Ni siquiera nos miró. Una vez lo seguimos durante dieciséis horas. Teníamos mar muy buena y... bueno... -Rosselli sonrió-. Decidí seguirlo por un rato, a buena distancia, desde luego.

-Quien ha sido de ataque rápido lo es para toda la vida -comentó Ricks con una sonrisa.

Por su parte, lo era desde siempre y la idea no lo atraía, pero no era momento para críticas.

-Es un buen retrato -intervino Mancuso, para demostrar que no lo molestaba en absoluto lo hecho por Rosselli-. Buen bote, ¿no?

-¿El Akula? Demasiado bueno, pero no lo suficiente -dijo Rosselli-Yo no me preocuparía hasta que nosotros halláramos el modo de rastrear a estas bellezas. Yo lo intenté cuando tenía el Honolulu, contra Richie Seitz, del Alabama. Me dejó dando vueltas. Fue la única vez que me pasó. Supongo que Dios sería capaz de detectar a un Ohio, pero solo en uno de sus mejores días.

Rosselli no bromeaba. Los submarinos de la clase Ohio eran más que silenciosos: el nivel de ruido irradiado era más bajo que el ruido de fondo provocado por el océano, como un susurro en un concierto de rock. Para oírlos había que estar a un palmo, pero para evitar eso los Ohio contaban con el mejor sistema de sonar. Con los Ohio, la Marina lo había hecho todo bien. El contrato original especificaba una velocidad máxima de veintiséis o veintisiete nudos. El primer Ohio había hecho veintiocho y medio. En las pruebas del armador, el Maine llegó a 29,1, gracias a una pintura superpolimérica muy deslizante. La hélice de siete paletas le permitía desarrollar casi veinte nudos sin rastros de cavitación ruidosa; la planta del reactor operaba en casi cualquier régimen por circulación de convección natural, obviando la necesidad de bombas de alimentación potencialmente ruidosas. En esa clase de submarinos, la obsesión de la Marina por el control de ruido había llegado a su cima. Hasta las paletas de la batidora de cocina estaban recubiertas de vinilo para evitar el ruido de metal contra metal. El

Librodot

Ohio era a los submarinos lo que el «Rolls-Royce» a los automóviles.

Rosselli se volvió.

-Bien, ya es tuyo, Harry.

-No podrías haberlo preparado mejor, Jim. Vamos. El «O-Club» está abierto. Te invito a una cerveza.

-De acuerdo -aceptó el ex capitán, con voz ronca.

Al salir, los miembros de la tripulación formaron fila para estrecharle la mano por última vez. Cuando Rosselli llegó a la escalerilla tenía los ojos llenos de lágrimas. Cuando llegó al muelle le corrían por las mejillas. Mancuso lo comprendía; a él le había ocurrido otro tanto. Un buen oficial comandante llegaba a amar sinceramente a su nave y a sus hombres. Para Rosselli era todavía peor: había tenido más puestos de mando de los habituales; por eso el último era tan difícil de abandonar. Al igual que Mancuso, ahora sólo podía aspirar a un puesto en la plana mayor, al mando de un escritorio; jamás volvería a detentar ese puesto casi de dios en una nave de guerra. Podría viajar en los submarinos, por supuesto, para evaluar a los capitanes y verificar ideas y tácticas; pero en adelante sería sólo un visitante al que se tolera pero nunca se recibe de buen grado a bordo. Lo más incómodo era que no podría visitar sus antiguas naves, para evitar que la tripulación comparara su estilo con el del nuevo comandante y, posiblemente, socavara la autoridad del nuevo capitán. Mancuso, reflexionando, se dijo que lo mismo habrían sentido los inmigrantes, sus propios antepasados, al mirar a Italia por última vez, sabiendo que no retornarían jamás, que la vida cambiaba irrevocablemente.

Los tres hombres subieron al club de Mancuso para ir a la recepción del Club de Oficiales. Rosselli dejó sus recuerdos en el suelo y extrajo un pañuelo para limpiarse los ojos. «No es justo, no es justo. Dejar el mando de una nave como ésa para convertirme en un pobre operador telefónico del NMMCC. ¡Maldito sea el servicio adjunto!» Rosselli se sonó la nariz, imaginando el futuro de actividad en tierra que le reservaba el resto de su carrera.

Mancuso apartó la mirada, con silencioso respeto.

Ricks se limitó a menear la cabeza. No había por qué emocionarse tanto. Ya estaba tomando notas mentalmente. Conque Torpedos aún no tenía velocidad, ¿eh? Bueno, él se encargaría de solucionarlo. Y el primer oficial era una maravilla. ¡Hum! ¿Qué capitán dejaba nunca de elogiar a su primer oficial? Si ese tipo lo creía listo para un puesto de mando, eso significaba que el oficial podía ser un poco demasiado listo; podía escatimarle apoyo. Ricks ya había tenido uno de ésos. Con frecuencia había que recordarles sutilmente quién mandaba. Y él sabía hacerlo. La buena noticia, la más importante, era lo de la planta de energía. Ricks era un producto de la obsesión de la Marina por la planta de energía nuclear. En su opinión, Mancuso, el comandante de escuadra, se mostraba muy indiferente al respecto. Probablemente podía decirse lo mismo de Rosselli. Habían pasado el Esor, ¿y qué? En sus submarinos, los ingenieros tenían que estar listos para un Esor todos los días. Uno de los problemas del Ohio era que, al funcionar los sistemas tan bien, la gente se tomaba las cosas a la ligera. Eso sería doblemente cierto después de llevar el Esor al máximo. La suficiencia era heraldo del desastre. Por otra parte, ¡esos tíos de ataque veloz y su torpe mentalidad! ¡Rastrear a un Akula, por Dios! ¡Aunque fuera a una distancia de sesenta kilómetros! ¿Qué tenía ese chiflado en la cabeza?

El lema de Ricks era el de la comunidad boomer (según la versión menos amable, «gallina del mar»): NOS OCULTAMOS CON ORGULLO.

Al que no se halla no se le hace daño. Los boomers no tenían que andar por ahí, buscando problemas. Por el contrario, debían huir de ellos en realidad, los submarinos de misiles no eran naves de combate. El hecho de que Mancuso no hubiese reprendido a Rosselli le parecía asombroso.

Pero había que tenerlo en cuenta. Mancuso no había reprendido a Rosselli. Por el contrario, lo elogiaba.

Mancuso era su comandante de escuadra y tenía dos medallas por servicios distinguidos. No era justo que Ricks, un boomer, tuviera que trabajar a las órdenes de un loco del ataque

rápido, pero así eran las cosas. Por lo visto, le gustaban los capitanes agresivos. Y Mancuso era el que evaluaría su actuación. Esa era la verdad de la ecuación. Ricks era un hombre ambicioso. Quería el mando de una escuadra, seguido de unan bonita gira por el Pentágono; después obtendría una estrella como vicealmirante, y el mando de un Grupo de Submarino (el de Pearl Harbor le venía bien, porque le gustaba Hawaii tras lo cual estaría bien preparado para otro período en el Pentágono. Ricks había planificado su carrera cuando aún era teniente. Mientras lo hiciera todo exactamente según El Libro con más exactitud que nadie, se ceñiría al camino trazado.

Pero no tenía previsto trabajar para un tío de ataque veloz. Habría que adaptarse. Bueno, era capaz de hacerlo. Si en se próxima patrulla aparecía ese Akula, haría lo mismo que Rosselli... pero mejor, desde luego. Era preciso. Mancuso no esperaría otra cosa y Ricks competía directamente con otros trece capitanes. Para obtener el mando de la escuadra tendría, que ser el mejor de los catorce. Y para ser el mejor debía hacer cosas que impresionaran al comandante. Así pues, para mantener el camino de su carrera tan recto como en los últimos veinte años, tendría que hacer algunas cosas nuevas y diferentes. Ricks habría preterido no hacerlas, pero su carrera estaba primero. Estaba decidido a tener una bandera de almirante en el rincón de su oficina, en el Pentágono, y eso sería pronto. Se adaptaría, sí. Junto con la bandera de almirante uno tenía personal, chófer y un sitio propio en el gran aparcamiento del Pentágono, y otros trabajos para impulsar la carrera que lo ayudarían, con bastante suerte, a terminar en la oficina del CNO. Mejor aún, como director de Reactores Navales; el puesto era técnicamente inferior al de CNO, pero representaba ocho años en el cargo. El se sabía mejor preparado para ese trabajo, que consistía en fijar la política para toda la comunidad nuclear. El director de Reactores Navales redactaba El Libro. Todo lo que él debía hacer estaba en El Libro, Así como la Biblia era el sendero de la salvación para cristianos y judíos, El Libro era el sendero hacia los altos puestos. Ricks conocía bien El Libro. Ricks era un ingeniero brillante.

A fin de cuentas, J. Robert Fowler era humano, pensó Ryan. La reunión se llevaría a cabo arriba, en la planta de dormitorios de la Casa Blanca, porque el aire acondicionado del ala oeste estaba en reparaciones y el sol, al penetrar por las ventanas del Despacho Oval, lo tornaba inhabitable. Por eso utilizarían una sala de arriba, la que se solía designar para esas cenas «informales» que el presidente gustaba ofrecer a grupos de cincuenta «íntimos», poco más o menos. Las antiguas sillas rodeaban una mesa bastante larga, situada en una estancia cuyos muros presentaban una *mélange* mural de escenas históricas. Por añadidura, se imponían las mangas de camisa. Fowler se sentía incómodo en los ambientes formales. En otros tiempos había sido fiscal federal; como abogado, nunca defendió a un delincuente antes de ingresar en la política de lleno, sin mirar atrás; su ambiente de trabajo había sido siempre informal, y parecía preferir la corbata floja y las mangas arremangadas hasta el codo. Eso le resultaba muy extraño a Ryan, quien sabía que el presidente también se mostraba susceptible y envarado en su relación con los subordinados. Más extraño aun fue que el presidente entrara en la habitación llevando la pagina de deportes del Baltimore Sun, que prefería a los suplementos de deporte de la capital. Fowler era un fanático del fútbol americano. Los primeros partidos de pretemporada eran ya historia antigua; estaba evaluando a los equipos para la próxima temporada. El vicedirector de la CIA, encogiéndose de hombros, se dejó la chaqueta puesta. En aquel hombre había tanta complejidad como en cualquiera, y las complejidades no eran previsibles.

El presidente había limpiado discretamente su agenda para la reunión de esa tarde. Sentado a la cabecera de la mesa, directamente bajo una boca del sistema de aire acondicionado, sonrió levemente mientras los huéspedes ocupaban sus sitios. A su izquierda estaba G. Dennis Bunker, secretario de Defensa y ex CEO de «Aerospace, Inc». Como piloto de combate, Bunker había volado en cien misiones, en los primeros días de Vietnam; luego dejó el servicio para fundar una empresa que, con el correr del tiempo, había convertido en un imperio multimillonario por todo el sur de California. Para ocupar su puesto actual había vendido esa

Librodot

compañía y sus otros activos comerciales, conservando sólo una empresa bajo su control: el equipo San Diego Chargers. Eso había sido tema de muchas bromas durante las audiencias en que se trató su confirmación; se decía, en tono ligero, que Fowler apreciaba a Bunker principalmente por su afición al fútbol americano. El secretario de Defensa era una rareza en la Administración Fowler: lo más parecido a un halcón en el equipo, jugador con experiencia en el área de Defensa y capaz de dictar conferencias que los uniformados escuchaban con atención. Aunque había abandonado la Fuerza Aérea con el grado de capitán, tenía tres condecoraciones ganadas al llevar su bombardero «al centro», por sobre los distritos de Hanoi. Dennis Bunker era capaz de discutir de táctica con los capitanes y de estrategia con los generales. Tanto los militares como los políticos lo respetaban, cosa poco habitual.

Junto a Bunker estaba Brent Talbot, secretario de Estado ex profesor de ciencias políticas en la Universidad del Noroeste. Talbot era amigo y aliado del presidente desde siempre. Hombre de setenta años, cuyo regio pelo blanco coronaba una cara pálida e inteligente, no era tanto un académico como un caballero a la antigua, aunque de instinto asesino. Tras varios años como miembro del Cuerpo Asesor Presidencial de Intelgencia Extranjera (CAPIE) y de muchas otras comisiones, actualmente ocupaba un sitio donde podía hacer sentir su impacto. Por fin había elegido, con Fowler, al caballo ganador.

Además, estaba dotado de auténtica visión. Los cambios en las relaciones Este-Oeste constituían para el secretario de Estado una oportunidad histórica de cambiar la faz del mundo, y él quería que su nombre figurara en esos cambios.

A la derecha del presidente se sentaba su jefe de personal: Arnold van Damm. Después de todo, aquélla era una asamblea política y el consejo político era de enorme importancia. Junto a Van Damm estaba Elizabeth Elliot, la nueva asesora de Seguridad nacional. Ryan notó que su aspecto era muy severo; vestía un traje costoso, con una vaporosa corbata anudada a su cuello, bonito y delgado. Junto a ella se había acomodado Marcus Cabot, director de la CIA y superior inmediato de Ryan.

La gente de segundo rango estaba a cierta distancia del asiento del poder, por supuesto. Ryan y Adler ocupaban el extremo opuesto de la mesa, donde se evidenciaba su distancia con respecto al presidente y serían más visibles para los miembros principales de la reunión cuando empezaran a hablar.

-¿Este es tu año, Dennis? -preguntó el presidente al secretario de Defensa.

-Ni lo dudes! -dijo Bunker-. He esperado mucho tiempo, pero con esos dos linebackers nuevos, este año llegaremos a Denver.

-Y allí se enfrentarán a los Vikings -observó Talbot-. Si tuviste la primera oportunidad, Dennis, ¿por qué no contrataste a Tony Wills?

-Tengo tres buenos backs. Necesitaba linebackers, y ese muchacho de Alabama es el mejor que he visto en mi vida.

-Ya te arrepentirás -pronunció el secretario de Estado. Tony Wills había sido reclutado en la Universidad del Noroeste. Pertenecía a la selección nacional académica, era ganador de un trofeo importante y había resucitado el equipo de la Noroeste casi por sí solo. Era un joven excepcional, en todos los aspectos, y la gente ya estaba hablando de su futuro en la política. A Ryan le parecía prematuro, aun en el cambiante paisaje político norteamericano-. Te pateará el trasero en el tercer partido de la temporada. Y también en el Super Bowl, si tu equipo llega hasta allí, cosa que dudo, Dennis.

-Ya veremos -resopló Bunker.

El presidente, riendo, ordenó sus papeles. Ryan notó que Liz Elliot trataba inútilmente de disimular su desaprobación.

Ya tenía sus documentos ordenados y la estilográfica lista para tomar notas; su cara denotaba impaciencia ante aquella charla de vestuarios. No obstante, había conseguido el puesto que deseaba, aunque hubiera hecho falta una muerte para obtenerlo.

-Creo que vamos a dar por iniciada la reunión -dijo el presidente Fowler. El ruido se interrumpió de inmediato-.

Librodot

Señor Adler, ¿podría informarnos de su viaje?

-Gracias, señor presidente. Diría que la mayor parte de las piezas están en su sitio. El Vaticano acepta incondicionalmente los términos de nuestra propuesta y está dispuesto a servir de sede para las negociaciones.

-¿Cómo reaccionó Israel? -preguntó Liz Elliot, para demostrar que estaba al tanto de todo.

-Podría haberlo hecho mejor -dijo Adler-. Asistirán, pero espero fuertes resistencias.

-¿Fuertes hasta qué punto?

-Harán todo lo que puedan para que no los inmovilicen.

Esta idea los pone muy incómodos.

-Era de esperar, señor presidente -añadió Talbot.

-¿Y los saudíes? -preguntó Fowler a Ryan.

-Al parecer, están dispuestos al juego, señor. El príncipe Alí se muestra muy optimista. Pasamos una hora con el rey; su reacción fue cauta, pero positiva. Les preocupa la posibilidad de que los israelíes no acepten, por mucha presión que les apliquemos, y temen quedar colgados. De momento, señor presidente, los saudíes parecen bastante dispuestos a aceptar el proyecto tal como está y a participar en su implantación. Sugirieron algunas modificaciones, que esbocé en mi informe. Como ustedes verán, ninguna es muy problemática. Más aún. dos de ellas parecen auténticas mejoras.

-¿Y los soviéticos?

-De eso se encargó Scott -replicó el secretario Talbot-.

No quieren participar activamente en el proyecto, pero están de acuerdo. También consideran que Israel no cooperará. El presidente Narmonov nos cablegrafió anteayer, diciendo que el proyecto es totalmente compatible con la política de su Gobierno. Están dispuestos a suscribirlo al punto de restringir la venta de armas a las otras naciones de la región, cubriendo sólo sus necesidades de defensa.

-¿De veras? -barbotó Ryan.

-Eso derriba una de tus predicciones, ¿no? -apuntó el director Cabot, riendo entre dientes.

-¿Por qué? -preguntó el presidente.

-La venta de armas a esa zona, señor presidente, constituye un gran ingreso de divisas para los soviéticos. Reducir esas ventas les representará una disminución de miles de millones que necesitan mucho.

Ryan se reclinó hacia atrás con un silbido. -Es asombroso.

-También quieren poner algunas personas en las negociaciones. Eso sería bastante justo. El aspecto del tratado referido a la venta de armas (si llegamos hasta allí) será tratado como un codicilo lateral entre América y los soviéticos.

Liz Elliot sonrió a Ryan. Ella había predicho ese detalle.

-A cambio, los soviéticos quieren un poco de ayuda en productos agrícolas y unos cuantos créditos comerciales -agregó Talbot-. Es un precio muy bajo. La cooperación soviética en este asunto resulta de gran importancia para nosotros y el prestigio del tratado es importante para ellos. El trato sería muy equitativo para ambos bandos, Además, tenemos un montón de trigo almacenado por ahí, sin hacer nada.

-¿Conque el único obstáculo es Israel? -preguntó Fowler. Todos respondieron con gestos afirmativos-. ¿Hasta qué punto?

-Jack -dijo Cabot, volviéndose hacia su subordinado-. ¿cómo reaccionó Avi Ben Jakob?

-El día antes de que yo viajara a Arabia Saudí cenamos juntos. Se le veía muy desdichado. Qué sabía, con exactitud, lo ignoro. No le di muchos datos con que advertir a su Gobierno y...

-¿Cuántos datos son «no muchos», Ryan? -le espetó Elliot desde el otro extremo de la mesa.

-Ninguno -respondió Ryan-. Le dije que esperara, que ya vería. Eso es algo que no gusta a la gente de Inteligencia.

En mi opinión, él sabía que algo estaba en marcha, pero, no qué era.

-Las expresiones con que me escucharon fueron de sorpresa -observó Adler, para respaldar

Librodot

a Ryan-. Esperaban algo, pero no lo que les propuse.

El secretario de Estado se inclinó hacia delante.

-Señor presidente, Israel lleva dos generaciones imaginando que ellos y sólo ellos son responsables de su seguridad nacional. Se ha convertido casi en una creencia religiosa del país. Pese a que les entregamos todos los años grandes cantidades de armas y otros beneficios, la política de su Gobierno consiste en vivir como si la idea fuera verdad. Su temor institucional es que, si hipotecan la seguridad nacional a la buena voluntad de otros, dependerán de la interrupción de esa buena voluntad.

-Una se cansa de oír eso -observó Liz Elliot, con frialdad.

«Tal vez no te cansarías, si seis millones de parientes tuyos se hubieran convertido en contaminación ambiental -pensó Ryan-. ¿Cómo diablos podemos dejar de impresionarnos ante los recuerdos del Holocausto?»

-Creo que podemos dar por seguro que un tratado bilateral de defensa entre Estados Unidos e Israel será rápidamente aprobado por el Senado -dijo Arnie van Damm, hablando por primera vez.

-¿Qué tiempo mínimo nos llevaría desplegar las unidades, necesarias en territorio israelí? -quiso saber Fowler.

-Más o menos cinco semanas, desde el momento en que usted pulse el botón, señor -contestó el secretario de Defensa-. El 10° Regimiento de Caballería Blindada se está formando en estos momentos. Es esencialmente una fuerza de brigada ligera, que derrotará..., «destrozará», digamos, a cualquier división blindada que los árabes puedan arrojarle. A eso agregaremos una unidad de la Marina, para lucimiento; con el a ceso al puerto de Haifa, tendremos casi siempre un grupo de transporte en la costa oriental del Mediterráneo. Agrégueme la escuadrilla de «F-16» de Sicilia y obtendremos una fuerza considerable. A los militares también les gustará. Eso les da una buena zona para adiestrarse. Utilizaremos nuestra base en el Negev tal como usamos el Centro Nacional de Adiestramiento en Fort Irwin. El mejor modo de mantener esa unidad lista es adiestrarla hasta el extenuamiento. Será costoso, desde luego, pero...

-Pero pagaremos ese precio -dijo Fowler, interrumpiendo con suavidad a Bunker-. Vale sobradamente la pena hacer el gasto. Y en el Congreso no tendremos ningún problema para conseguir los fondos, ¿verdad, Arnie?

-Cualquier congresista que se oponga verá hundirse se carrera-aseguró el jefe de personal, confiado.

-¿Conque es sólo cuestión de eliminar la oposición israelí? -prosiguió Fowler.

-Correcto, señor presidente -respondió Talbot, en nombre de todos.

-¿Cuál es el mejor modo de hacerlo?

La pregunta presidencial era retórica. La respuesta ya estaba delineada. El Gobierno israelí, como sus predecesores de toda una década, era una tambaleante coalición de intereses dispares. Se derrumbaría en cuanto Washington le diera un buen empellón.

-¿Y el resto del mundo?

-Los países de la OTAN no pondrán pegas. El resto de la ONU lo aceptará a regañadientes -dijo Elliot, antes de que Talbot pudiera hablar-. Mientras los saudíes nos sigan el juego, el mundo islámico hará otro tanto. Si Israel resiste, se encontrará más solo que nunca.

-No me gusta aplicarles demasiada presión -dijo Ryan.

-Eso no cae dentro de sus atribuciones, doctor Ryan -dijo Elliot con suavidad.

Algunas cabezas se movieron un poco y algunos ojos se entornaron, pero nadie salió en defensa de Jack.

-Es verdad, doctora Elliot -reconoció Ryan, tras un torpe silencio-. También es cierto que un exceso de presión podría tener el efecto opuesto al que busca el presidente. Además, hay una dimensión moral que debe ser tenida en cuenta.

-No hablamos de otra cosa que de la dimensión moral, doctor Ryan -dijo el presidente-. La dimensión moral se expresa simplemente: ya hubo demasiada guerra allí y es hora de ponerle

fin. Nuestro proyecto es un medio de lograrlo.

«Nuestro proyecto», oyó Ryan. Los ojos de Van Damm parpadearon por un momento y quedaron quietos. Jack comprendió que estaba tan solo en esa sala como el presidente quería dejar a Israel. Bajó la vista a sus notas y mantuvo la boca cerrada. «.Dimensión moral, un cuerno! -pensaba, furioso-. «De lo que se trata aquí es de dejar marcas en las arenas del tiempo y de las ventajas políticas de pasar por el Gran Pacificador.» Pero no era buen momento para cinismos y, aunque el proyecto ya no fuera de Ryan, seguía siendo válido.

-Si tenemos que apretarlos, ¿cómo lo hacemos? -preguntó el presidente Fowler, con tono ligero-. Nada muy duro, sólo para enviar un mensaje claro e inteligible.

-Tenemos un gran embarque de repuestos de aviación listo para salir la semana que viene. Van a remplazar los sistemas de radar de todos sus aviones de combate «F-15» -recordó el secretario de Defensa Bunker-. Hay también otras cosas, pero el sistema de radar es muy importante para ellos. Es lo último. Nosotros mismos apenas estamos instalándolo. Lo mismo vale para el nuevo sistema de misiles de los «F-16». La fuerza Aérea de Israel es la joya de la corona. Si nos vemos obligados a retener ese embarque por motivos técnicos, recibirán la señal con toda claridad.

-¿Se puede hacer eso con discreción? -preguntó Elliot.

-Podemos hacerles saber que, si nos dan la tabarra, de nada servirá -dijo Van Damm-. Si el discurso ante la ONU sale bien, como debería ser, tal vez podamos pasar por alto al lobby que los israelíes tienen en el Congreso.

-Tal vez fuera preferible endulzar el trato permitiéndoles recibir más armas en vez de inutilizar los sistemas que ya tienen.

Era el último intento de Ryan. Pero Elliot cerró la puerta en las narices del vicedirector de la CIA.

-Eso es algo que no podemos permitirnos.

El jefe de personal se mostró de acuerdo.

-No podemos extraer del presupuesto más dólares para Defensa, ni siquiera por Israel. Sencillamente, no hay dinero.

-Yo preferiría informarlos con tiempo..., si de verdad queremos apretarlos -propuso el secretario de Estado. Liz Elliot meneó la cabeza.

-No. Si tienen que recibir el mensaje, que sea por el lado difícil. A ellos les gusta jugar duro. Deberían entender.

-Muy bien. -El presidente tomó una última nota en su libreta-. Esperaremos hasta después del discurso, la semana que viene. Agregaré al discurso una invitación para entablar negociaciones formales en Roma, dentro de dos semanas. Informaremos a Israel que, si no se avienen, tendrán que enfrentarse a las consecuencias, y que esta vez no estamos bromeando. Enviaremos ese mensaje tal como lo sugiere el secretario Bunker, y lo haremos por sorpresa. ¿Algo más?

-¿Filtraciones? -preguntó Van Damm, en voz baja.

-¿Las habrá en Israel?-inquirió Elliot a Scott Adler.

-Les dije que esto era muy delicado, pero...

-Brent, comunícate por teléfono con su ministro de Relaciones Exteriores. Dile que, si empiezan a alborotar antes del discurso, las consecuencias serán graves.

-Sí, señor presidente.

-Y en lo que respecta a este grupo, no habrá filtraciones. -Esa orden presidencial estaba dirigida al otro extremo de la mesa-. Se levanta la sesión.

Ryan recogió sus papeles y salió. Al cabo de un momento, Marcus Cabot se reunió con él en el pasillo.

-Deberías saber cuándo conviene mantener la boca cerrada, Jack.

-Mire, director, si los presionamos demasiado...

-Obtendremos lo que deseamos.

-Creo que es un error y me parece tonto. Obtendremos lo que deseamos. Aunque tardemos

Librodot

algunos meses más, lo conseguiremos. No hace falta amenazarlos.

-El presidente quiere que se haga así -dijo Cabot y puso fin a la discusión al alejarse.

-Sí, señor -respondió Jack al aire.

Salió el resto de la gente. Talbot dedicó a Ryan un guiño y un saludo de cabeza. Los demás, salvo Adler, evitaron mirarlo a los ojos. Scott escuchó algo que le susurró su jefe y se acercó.

-Buen intento, Jack. Hace un momento estuviste a punto de hacerte despedir.

Eso sorprendió a Ryan. ¿No debía decir lo que pensaba?

-Mira, Scott, si no se me permite...

-Lo que no se te permite es fastidiar al presidente. No tienes rango suficiente para llevarle la contraria. Brent estaba por hacer la misma advertencia, pero tú te interpusiste... y perdiste, dejándolo sin espacio para maniobrar. La próxima vez no abras la boca, ¿de acuerdo?

-Gracias por tu apoyo -replicó Jack con voz tensa.

-Lo arruinaste, Jack. Dijiste lo correcto, pero no como debías. Que te sirva de lección, ¿eh? -Adler hizo una pausa-. El jefe también dice que estuviste muy bien en Riad. Si aprendieras a callarte la boca, dice, serías mucho más efectivo.

-Entiendo.

Adler tenía razón, por supuesto. Ryan lo sabía.

-¿Adónde vas?

A mi casa. Por hoy no tengo nada más que hacer en la oficina.

-Ven con nosotros. Brent quiere hablar contigo. Cenaremos algo liviano en mi despacho.

-Adler condujo a Jack al ascensor.

-¿Y bien? -preguntó el presidente, aún en la sala.

-Yo diría que el asunto tiene muy buen aspecto -comentó Van Damm-. Sobre todo si podemos sacarlo antes de las elecciones.

-Sería bonito conseguir unos escaños más -reconoció Fowler.

Los dos primeros años de gobierno no habían sido fáciles. Los problemas de presupuesto, sumados a una economía que no parecía saber adónde se dirigía, habían inutilizado sus programas y cargado su duro estilo gerencial con más signos de interrogación que de admiración. Las elecciones de congresistas, que se llevarían a cabo en noviembre, serían la primera respuesta pública real al nuevo presidente, y las primeras encuestas daban resultados muy dudosos. Era habitual que el partido del presidente perdiera escaños en las elecciones parciales, pero éste no podía permitirse el lujo de perder muchos.

-Es una pena tener que presionar a los israelíes, pero...

-Políticamente, valdrá la pena... si conseguimos el tratado.

-Lo conseguiremos -dijo Elliot, apoyándose en el marco de la puerta-. Si respetamos los plazos fijados, tendremos la aprobación senatorial de los tratados el dieciséis de octubre.

-Usted es una mujer ambiciosa, Liz... -comentó Arnold-. Bien, tengo cosas que hacer. ¿Me disculpa, señor presidente?

-Hasta mañana, Arnie.

Fowler se acercó a las ventanas que daban a Pennsylvania Avenue. El calor sofocante de agosto se elevaba en ondas desde la calzada y las aceras. Al otro lado, en Lafayette Park, quedaban aún dos pancartas contra las armas nucleares. Eso provocó en Fowler una mueca y un bufido. ¿Acaso esos hippies tontos ignoraban que las bombas nucleares eran cosa pasada? Se volvió.

-¿Por qué no cenas conmigo, Elizabeth?

La doctora Elliot sonrió a su jefe.

-Con mucho gusto, Bob.

Lo único bueno que hizo su hermano al meterse con las drogas fue dejarle casi cien mil dólares, en una maltrecha maleta. Marvin Russell los cogió y viajó a Minneapolis, donde compró ropa elegante, un juego de equipaje y un billete de avión. Entre otras cosas, en prisión

había aprendido la mejor manera de obtener otra identidad. Tenía tres, con pasaportes y todo, y ningún policía lo sabía. También había aprendido a no llamar la atención. Su ropa era elegante, pero no llamativa. Tenía reservada plaza en un vuelo en el que previsiblemente las reservas serían pocas, con lo que se ahorraría otros cuantos cientos de dólares. Aquellos 91.545 dólares tenían que durarle mucho tiempo. Y allá adonde iba la vida era cara. La vida también era muy barata, pero no en dinero. Decidió muy pronto que un guerrero podía enfrentarse a eso.

Después de pasar la noche en Frankfort, viajó con rumbo sur. Russell, que no era tonto, en cierta ocasión había participado en una especie de conferencia internacional, viaje en el que había sacrificado un juego de documentos de identidad, cuatro años atrás. En esa conferencia hizo unos cuantos contactos. Y aprendió los procedimientos para establecer contacto. La comunidad terrorista internacional era cautelosa. No podía ser de otro modo, dadas las fuerzas a que se enfrentaban. Russell tuvo mucha suerte sin saberlo: de los tres números telefónicos para contacto que recordaba, uno había sido descubierto mucho tiempo atrás, lo que aparejó la detención de dos miembros de las Brigadas Rojas. El utilizó uno de los otros. Aún funcionaba. El contacto lo citó a cenar en Atenas, donde fue revisado y preparado para continuar viaje. Russell volvió presuroso al hotel (la comida local no le sentaba bien) y se dispuso a esperar la llamada. Decir que estaba nervioso sería quedarse cortos. Pese a todas las precauciones, Marvin sabía que era vulnerable. No tenía siquiera una navaja de bolsillo con que defenderse, pues viajar con armas era demasiado peligroso. ¿Y si la línea de su contacto estaba intervenida? En ese caso lo arrestarían allí o le tenderían una emboscada, de la que escaparía con vida sólo si tenía mucha suerte. La Policía europea no respetaba tanto los derechos constitucionales como la norteamericana... Un momento. ¿Acaso el FBI había tratado a su hermano con amabilidad?

¡Malditos! Otro guerrero sioux asesinado como un perro, sin siquiera tiempo de entonar su Canto de Muerte. El se los haría pagar... pero sólo si vivía lo suficiente.

Marvin Russell se sentó junto a la ventana, con las luces apagadas; observaba el tráfico, alerta a cualquier policía que pudiera aproximarse, y esperaba que sonara el teléfono. ¿Cómo hacérselo pagar? No lo sabía ni le importaba. Algo haría. El cinturón con el dinero le ceñía la cintura. Un inconveniente de su buena forma era que la cintura no tenía zonas blandas donde ocultarlo. Pero no podía arriesgarse a perder ese dinero; sin él, ¿qué haría? La cuestión del dinero era un incordio: marcos en Alemania, dracmas o lo que fuera allí. Por suerte, los billetes de avión se compraban con dólares. Si viajaba en compañías norteamericanas era sobre todo por eso, no porque le gustara la bandera pintada en la cola del aparato. Sonó el teléfono. Russell cogió el auricular.

-¿Sí?

-Mañana a las nueve y media, en la puerta del hotel, listo para viajar. ¿Entendido?

-De acuerdo.

La comunicación se cortó antes de que él pudiera agregar nada más.

«Bien», dijo Russell. Se dirigió hacia la cama. Había echado doble llave y cadena a la puerta, además de apalancar una silla bajo el pomo. Si le habían tendido una trampa, lo cazarían como a un pato delante del hotel, o tal vez se lo llevarían en un coche para liquidarlo más discretamente. Eso era más probable. Pero difícilmente se tomarían el trabajo de preparar una cita para luego derribar la puerta a puntapiés. No, probablemente no. En todo caso, era difícil prever lo que haría la Policía, ¿no? Por eso durmió en vaqueros y camisa, con el cinturón del dinero bien sujeto a la cintura. A fin de cuentas, también había que pensar en los atracadores...

El sol salía allí tan temprano como en su país. Russell despertó al primer fulgor rojo-anaranjada Al inscribirse había pedido una habitación que diera al este. Recitó sus plegarias al sol y se preparó para viajar. Pidió que le subieran el desayuno (costaba unos dracmas más, pero, qué demonios!) y empaquetó las pocas cosas que había retirado de la maleta. A las nueve estaba totalmente listo y totalmente nervioso. Si iba a ocurrir algo, ocurriría dentro de

Librodot

treinta minutos. Antes del almuerzo podía haber muerto en una tierra extranjera, lejos de los espíritus de su pueblo. ¿Enviarían su cadáver a Dakota? Probable mente no, sólo lo harían desaparecer de la faz de la tierra, atribuía a la Policía las mismas actitudes que él hubiera adoptado, pero lo que podía ser buena táctica para un guerrero no era igual para los uniformados, ¿verdad? Russell se paseó por la habitación, mirando por la ventana los coches v los vendedores callejeros. Cualquiera de esas personas que vendía baratijas o «Coca-Cola» a los turistas podía ser un agente de Policía. No, no habría uno, sino diez. A ellos no les gustaba jugar limpio. Disparaban desde posiciones camufladas y atacaban en grupo.

Nueve y cuarto. Los números del reloj digital marchaban con una combinación de lentitud y celeridad según la frecuencia con que Russell se volviera a mirarlos. Era hora. Levantó las maletas y abandonó el cuarto sin volverse. El ascensor estaba cerca y llegó tan pronto que despertó nuevamente la paranoia de Russell. Un minuto después estaba en el vestíbulo. Un botones se ofreció a llevarle el equipaje, pero él rehusó y fue hacia el mostrador de recepción. En su cuenta sólo había el desayuno, que pagó con lo que le restaba de moneda local. Le quedaban unos minutos; los usó en ir al quiosco de Prensa, en busca de cualquier publicación en inglés. ¿Qué estaba pasando en el mundo? Era un raro momento de curiosidad para Marvin, cuyo mundo se reducía a amenazas, respuestas y evasiones. Se preguntó qué era el mundo. Era lo que podía ver en un momento dado y poco más, una burbuja de espacio definida por lo que sus sentidos le informaban. En su patria podía ver horizontes lejanos y una enorme, envolvente cúpula celeste. Allí, la realidad se circunscribía a muros y abarcaba apenas veinte o treinta metros de un horizonte a otro. Tuvo un súbito ataque de nerviosismo, como un animal perseguido, y se esforzó por superarlo. Miró su reloj. Nueve y veintiocho. Había llegado la hora.

Russell caminó hasta la parada de taxis, preguntándose qué iba a pasar. Dejó sus dos maletas en el suelo y miró a su alrededor, con tanta indiferencia como pudo, sabiendo que en ese momento podían estar apuntándole a la cabeza. ¿Moriría como John, con una bala en la cabeza, sin advertencia alguna, sin siquiera la dignidad que incluso un animal puede esperar? Ese no era modo de morir; la idea lo asqueó. Apretó los puños, para dominar sus temblores, pues se aproximaba un coche y el conductor lo estaba mirando. Era ése. Cogió las maletas y caminó hacia él.

-¿Señor Drake?

Era el nombre que usaba en ese viaje. El conductor no era la persona con quien él había cenado. Russell comprendió de inmediato que estaba tratando con profesionales; aquellos hombres lo compartimentaban todo. Eso era buena señal.

-En efecto -respondí con una mezcla de sonrisa y mueca.

El conductor bajó para abrir el maletero. Russell acomodó sus maletas y subió al asiento delantero. Si aquello era una trampa, por lo menos podría estrangular al conductor antes de morir.

A cincuenta metros de distancia, el sargento Spiridon Papanicolaou, de la Policía griega, esperaba en un viejo «Opel» camuflado de taxi. Con su extravagante bigote negro y mascando un panecillo, parecía cualquier cosa menos un policía. En la guantera tenía una pequeña pistola, pero no sabía usarla con habilidad, como es habitual en la mayoría de los policías europeos. Su única arma verdadera era la cámara «Nikon», que llevaba debajo del asiento. Su tarea era la vigilancia; en realidad, trabajaba para el Ministerio de Orden Público. Tenía memoria fotográfica para las caras; la cámara era para quienes carecían de ese talento, del que estaba justificadamente orgulloso. Su método de trabajo requería mucha paciencia, pero Papanicolaou la tenía en abundancia. Cuando sus superiores sospechaban una posible operación terrorista en la zona de Atenas, él vagaba por hoteles, aeropuertos y muelles. No era el único agente con esa misión, pero sí el mejor. Tenía para eso el mismo olfato que había tenido su padre para saber hacia dónde iban los peces. Y odiaba a los terroristas. En realidad odiaba a los criminales de cualquier tipo, pero los terroristas eran los peores; no le agradaba el oscilante interés de su Gobierno en expulsar a esos puercos asesinos de su antiguo y noble

país. En aquellos días el interés volvía a despertar. La semana anterior se había creído ver, cerca del Partenón, a alguien del FPLP. En el aeropuerto había cuatro hombres de su brigada. Otros inspeccionaban los muelles, pero a Papanicolaou le gustaba revisar los hoteles. Los terroristas tenían que hospedarse en alguna parte. Nunca iban a los mejores hoteles, porque eran demasiado llamativos. Tampoco a los peores, por-que a esos cerdos les gustaba disfrutar de cierto bienestar. Iban a los de tipo medio, los cómodos alojamientos familiares de las calles secundarias, donde había muchos huéspedes universitarios, cuyo rápido ir y venir dificultaba la identificación de una cara en especial. Pero Papanicolaou tenía la vista de su padre. Era capaz de reconocer una cara de un vistazo a setenta metros de distancia. Y el conductor de aquel «Fiat» azul era una «cara». No recordaba si llevaba un nombre adjunto, pero sí que la había visto en alguna parte. Probablemente en el archivo de «Desconocidos», entre cientos de fotografías enviadas por Interpol y la Inteligencia militar, aun más frustrados que ellos por la política gubernamental en su sed de sangre terrorista. Ese era el país de Leónidas y Jenofonte, de Ulises y Aquiles. Grecia (Hélade para el sargento) era la patria de guerreros épicos y el lugar donde habían nacido la libertad y la democracia, no un lugar donde la chusma extranjera pudiera matar con impunidad...

«¿Quién es el otro? -se preguntó-. Viste como un norte-americano... pero sus facciones son extrañas.» Levantó la cámara con un ágil movimiento, dio a la lente el máximo aumento y tomó tres fotos rápidas antes de volver a guardarla. El «Fiat» estaba arrancando... Bueno, ya vería adónde iba. El sargento apagó su luz de «libre» y salió de la fila de taxis.

Russell se repantigó en el asiento, sin ponerse el cinturón de seguridad. Si tenía que escapar del coche, era mejor no tener impedimientos. El hombre conducía bien; maniobraba entre el tráfico, que allí era denso, sin pronunciar palabra. A Russell le pareció conveniente. El norteamericano movía la cabeza de un lado a otro v aguzaba la vista hacia delante, buscando la trampa. Sus ojos recorrieron el interior del coche. No había sitios obvios que pudieran ocultar un arma, micrófonos a la vista ni equipo de radio. Eso no significaba nada, pero de todas maneras los buscó. Por fin, fingió relajarse y ladeó la cabeza de modo de mirar hacia delante, pero también hacia atrás, por el espejo retrovisor de la derecha. Esa mañana sus instintos de cazador estaban muy despiertos y tensos. Por todas partes había posibles peligros.

El conductor seguía un camino aparentemente sin rumbo. Russell no podía estar seguro, desde luego. Las calles de la ciudad eran anteriores a los carruajes, por no hablar de los automóviles; las concesiones posteriores hechas para los rodados no lograban hacer de Atenas una Los Angeles. Aunque los coches eran pequeños, el tráfico parecía ser un atascamiento constante, móvil y anárquico. Russell quería saber adónde iban, pero no tenía sentido preguntarlo. No habría podido distinguir entre una respuesta veraz y una mentira. Y aunque le respondieran la verdad, probablemente no significaría nada para él. Para bien o para mal, su curso de acción estaba decidido. Eso no lo hacía sentir más a gusto, pero negarlo era mentirse a sí mismo, y Russell no era de ésos. Lo mejor que podía hacer era mantenerse alerta. Y lo hacía.

«El aeropuerto», pensó Papanicolaou. Eso era muy conveniente. Además de sus compañeros de brigada había allí otros veinte agentes, por lo menos, armados de pistolas y fusiles semiautomáticos. La cosa sería fácil. Acercar a unos cuantos agentes vestidos de paisano, mientras dos uniformados se los llevaban rápida y limpiamente a un cuarto lateral, para ver si eran lo que él pensaba. Y si no... bueno, su capitán daría las debidas excusas. «Lo sentimos mucho -diría-, pero ustedes responden a una descripción que nos envió...» Se podía culpar a cualquiera; a los franceses o a los italianos, diciendo que con los viajes aéreos internacionales todo cuidado era poco. Luego, cambiarían los billetes de esos dos tipos por otros de primera clase. Casi siempre daba resultado.

Pero si esa cara era lo que Papanicolaou pensaba... Bueno, entonces habría cogido a su tercer terrorista del año. Tal vez también al cuarto. El hecho de que el otro vistiera como un norteamericano no significaba que lo fuera. Cuatro en sólo ocho meses... No, siete, se corrigió el sargento. No estaba mal para un policía excéntrico que gustaba de trabajar a solas. Pa-

Librodot

panicolaou dejó que su automóvil se acercara un poco. No quería perderlos en el tráfico.

Russell vio unos cuantos taxis. Debían de atender principalmente a los turistas o a otras personas que no gustaran de conducir en un tráfico como aquél. «Es extraño...» Le llevó un momento descubrir por qué. Oh, claro, la luz verde del techo no estaba encendida. Y sólo llevaba al conductor. Los otros iban ocupados en su mayoría, pero los disponibles llevaban el piloto del techo encendido. Sin duda era la señal de «libre>. Pero ésa estaba apagada. El chófer de Russell se tomaba las cosas con calma; en el desvío siguiente giro a la derecha para encaminarse hacia algo parecido a una verdadera autopista. En su mayoría, los otros taxis siguieron de cargo frente al desvío. Aunque Russell no lo sabía, se dirigían hacia zonas de museos o de tiendas. Pero el que tenía la luz apagada giró tras ellos, a cincuenta metros de distancia.

-Nos siguen -anunció Marvin, serenamente-. ¿Tienes a algún amigo que te cuide las espaldas?

-No. -Los ojos del conductor subieron inmediatamente al espejo-. ¿Cuál crees que es?

-No lo creo, tío. Es el taxi que viene a cincuenta metros, a la derecha; un coche de color blanco sucio, con la luz del techo apagada; no conozco la marca. Giró dos veces tras de nosotros. Deberías prestar más atención -agregó Russell, preguntándose si ésa era la trampa que temía. Calculó que podía matar al conductor con bastante facilidad. Era un tipo menudo, de cuello débil, que se podría retorcer con tanta facilidad como el de una paloma. No, no sería difícil.

-Gracias. Sí, me he descuidado -replicó el chófer, después de identificar al taxi. «¿De dónde habrás salido? Bueno, ya veremos.»

Giró nuevamente al azar. El taxi lo siguió.

-Tienes razón -dijo, pensativo-. ¿Cómo lo viste?

-Porque presto atención, tío.

-Ya lo veo... Esto cambia un poco nuestros planes.

La mente del chófer funcionaba a toda prisa. A diferencia de Russell, estaba seguro de que nadie le había tendido una trampa. Aunque no sabía el grado de fiabilidad de su pasajero, ningún agente de Inteligencia ni de Policía le habría hecho esa advertencia. «Bueno, probablemente no», se corrigió. Pero había un modo de verificarlo. También estaba enfadado con los griegos. En abril, uno de sus camaradas había desaparecido en las calles de El Pireo, para resurgir en Gran Bretaña, unos días después. Ese amigo estaba ahora en la prisión Parkhurst, en la isla de Wight. Antes se podía operar en Grecia con relativa impunidad, casi siempre utilizando el país como punto de tránsito seguro. Ejecutar allí operaciones había sido un error; ya era bastante valioso contar con el país como vía de escape, una ventaja que no se debía arruinar. Pero eso no mitigaba su enfado con la Policía griega.

-Tal vez sea necesario hacer algo para solucionarlo. Los ojos de Russell se volvieron hacia el chófer.

-No voy armado.

-Yo sí, pero preferiría no usar el arma. ¿Eres fuerte?

A modo de respuesta, Russell alargó la mano izquierda y le estrujó la rodilla.

-Me has convencido -dijo el chófer con tono impasible-. Si me dejas cojo no podré conducir. ¿Has matado alguna vez?

-Sí -mintió Russell. Nunca había matado personalmente a un hombre, pero sí a otros seres vivos, muchas veces-. Puedo hacerlo.

El chófer hizo un gesto de asentimiento y pisó el acelerador para salir de la ciudad. Debía hallar...

Papanicolaou frunció el entrecejo. No iban hacia el aeropuerto. Lástima. Por fortuna no había dado aviso. Bueno... Se permitió demorar la marcha, escudándose entre otros vehículos; la pintura hacía al «Fiat» fácil de identificar y, puesto que el tráfico raleaba, podía despreocuparse un poco. Tal vez iban a algún enterradero. En ese caso tendría que poner mucho cuidado, pero también obtendría una valiosa información. Identificar un enterradero

era lo mejor que podía pasarle. Después actuarían a fuerza de músculo o con la brigada de Inteligencia, que vigilaría el lugar para identificar caras y más caras; después se tomaría el lugar por asalto, y cogerían a unos cuantos hijos de puta. Al final de la operación quizás obtendría una condecoración y un ascenso. Una vez más pensó en comunicarse por radio, pero... ¿qué sabía, en realidad? Se estaba dejando llevar por el entusiasmo. Sólo tenía una identificación probable de una cara sin nombre. ¿Y si el tipo no era lo que él pensaba? ¿Y si sólo era un delincuente común?

Spiridon Papanicolaou gruñó una maldición contra el destino y la suerte, sin apartar su adiestrada vista del automóvil. Estaban entrando en un antiguo barrio de Atenas donde las calles eran estrechas. No era una zona elegante, sino un vecindario de trabajadores, cuyas callejuelas estaban bastante desiertas. Los que tenían empleo estaban trabajando. Las amas de casa, haciendo las compras. Los niños, jugando en los parques. Unas cuantas personas habían salido de vacaciones a las islas, por lo que las calles estaban menos transitadas de lo que uno podía esperar. El «Fiat» aminoró súbitamente la marcha y giró hacia la derecha, adentrándose por una de aquellas calles anónimas.

-¿Preparado?

-Sí.

El coche se detuvo brevemente. Russell ya se había quitado la chaqueta y la corbata. Aún se preguntaba si ése sería el acto final de la trampa, pero en realidad ya no le importaba. Sería lo que el destino quisiera. Mientras andaba por la calle, flexionó los dedos.

El sargento Spiridon Papanicolaou aceleró al aproximarse a la esquina. Si aquellos hombres entraban en esa madriguera de calles estrechas, tendría que acercarse para mantener el contacto visual. Si lo identificaban, pediría ayuda. Después de todo, el trabajo policial era imprevisible. Al llegar a la esquina vio a un hombre de pie en la acera, leyendo un periódico. No era ninguno de ellos. No llevaba chaqueta, aunque su cara estaba vuelta en dirección contraria, y su postura parecía sacada de una película. El sargento sonrió irónicamente... pero de inmediato perdió la sonrisa.

Al enfilar la callejuela había visto al «Fiat». Estaba sólo a veinte metros y retrocedía a todo gas hacia él. El oficial de Policía pisó los frenos a fondo e intentó retroceder también, pero un brazo se le cruzó por delante de la cara. Separó las manos del volante para aferrarlo, pero aquella mano poderosa lo sujetó por el mentón y otra lo aferró por la nuca. A su gesto instintivo de volverse, una de aquellas manos le torció la cabeza hacia la izquierda. Vio la cara del norteamericano... pero de inmediato sintió que sus vértebras se tensaban por un instante y luego se quebraban con un sonido seco. Eso anunció a Papanicolaou su muerte, tan cierta e irrevocablemente como una bala. Entonces comprendió: el hombre tenía facciones extrañas, sí, como sacadas también de una película, como...

Russell se apartó de un brinco e hizo señas. El «Fiat» se adelantó otra vez. Luego puso la marcha atrás y golpeó con fuerza al taxi. La cabeza del conductor cayó hacia delante, con el cuello roto. Probablemente el hombre ya estaba muerto. Eso no importaba. Sí que importaba. Russell le buscó el pulso. Luego se aseguró de que el cuello estuviera realmente quebrado; movió la mano hasta verificar que también la columna estaba quebrada y por fin volvió al «Fiat». Subió sonriendo. «Caramba, no fue tan difícil...»

-Está muerto. ¡Vámonos de aquí!

-¿Estás seguro?

-Le he quebrado el cuello como si fuera un mondadientes. Está muerto, tío. Fue fácil. El tipo era como un lápiz.

-¿Como yo, quieres decir? -El chófer se volvió con una amplia sonrisa. Tendría que abandonar el coche, desde luego, pero el júbilo de la huida y la satisfacción del asesinato bastaban por el momento. Además, había encontrado a un camarada digno-. ¿Cómo te llamas?

-Marvin.

-Yo soy Ibrahim.

Librodot

El discurso del presidente fue un éxito. Mientras el aplauso corría por el auditorio de la Asamblea General de las Naciones Unidas, Ryan se dijo que el hombre sabía de esas cosas. Su sonrisa cortés, aunque fría, agradeció a los representantes de ciento sesenta países. Las cámaras enfocaron a la delegación israelí, cuyos aplausos eran bastante más someros que los de los Estados árabes; por lo visto, no había habido tiempo para informarlos. Los soviéticos se esmeraron, imitando a los que se ponían de pie. Jack tomó el mando a distancia y apagó el televisor antes de que el comentarista de la «ABC» pudiera resumir las palabras del presidente. Ryan tenía un borrador del discurso en su escritorio y había tomado notas. Momentos antes, el télex había transmitido las invitaciones del Vaticano a todos los ministros de Relaciones Exteriores concernientes. Todos irían a Roma dentro de diez días. El borrador del tratado ya estaba preparado. Con rápidas y discretas movidas, un puñado de embajadores y auxiliares del secretario de Estado habían informado a otros Gobiernos de lo que se preparaba; la aprobación era uniforme y los israelíes lo sabían. Se habían permitido ciertas filtraciones en la dirección adecuada. Si se empecinaban... Bueno, Bunker había puesto freno al embarque de piezas para aviación y los israelíes, sorprendidos, aún no reaccionaban. Mejor dicho, se les había aconsejado no reaccionar si querían recibir esos nuevos sistemas de radar. Ya había quejas en el lobby israelí, que tenía sus propias fuentes de información en el Gobierno estadounidense y estaba efectuando discretas llamadas a congresistas en posiciones clave. Pero dos días antes Fowler había informado a los líderes del Congreso, cuya reacción inicial al Plan Fowler fue muy favorable. El presidente y los miembros de mayor rango de la Comisión Senatorial de Relaciones Exteriores prometieron la aprobación de ambos borradores en una semana. Jack se dijo que iba a suceder, que tal vez sirviera de verdad. No haría daño a nadie, por cierto. Estaba en juego toda la mala conciencia generada por América en su propia aventura en el Golfo Pérsico. Los árabes lo interpretarían como un cambio fundamental en la política estadounidense, y en verdad lo era: América acallaba a Israel con una palmada. Israel lo interpretaría del mismo modo, pero eso no era del todo cierto. La paz se aseguraría del único modo posible: por el poder militar y político de EE.UU.

La muerte de la confrontación Este-Oeste había posibilitado que América, actuando de acuerdo con las otras grandes potencia, dictara una paz justa. «Lo que nosotros considerarnos una paz justa -se corrigió Ryan-. Por Dios, espero que esto funcione.» Era demasiado tarde, por supuesto. Después de todo, el Plan Fowler había sido idea suya. Era preciso romper el ciclo, hallar una salida. Estados Unidos era el único país en que ambos bandos confiaban, algo ganado con sangre norte-americana y grandes cantidades de dinero por otra. Norteamérica tenía que asegurar la paz, y la paz se debía fundar en algo que todos los afectados reconocieran como justicia. La ecuación era a un tiempo simple y compleja. Los principios se podían expresar en un párrafo único y breve. Los detalles de ejecución requerirían un libro pequeño. La financiación... bueno, la legislación al respecto sería rápidamente aprobada por el Congreso, pese a su monto. Arabia Saudí iba a suscribir una cuarta parte del costo, concesión ganada apenas cuatro días antes por el secretario Talbot. A cambio, los saudíes comprarían otra partida de armas de alta tecnología, lo cual había sido manejado por Dermis Bunker. Esos dos se habían comportado estupendamente, en opinión de Ryan. Cualesquiera fuesen los defectos del presidente, los dos miembros más importantes de su gabinete (dos amigos íntimos) formaban el mejor equipo que él hubiera visto en el Gobierno. Y en la última semana habían prestado un buen servicio a su presidente y a su país.

-Esto va a resultar -se dijo Jack en voz baja, en la intimidad de su despacho-. Tal vez, tal vez, tal vez.

Miró su reloj. Dentro de tres horas tendría datos al respecto. Qati miro a su televisor con el ceño fruncido. ¿Era posible? La historia decía que no, pero...

Pero los saudíes habían interrumpido su flujo de dinero, seducidos por la ayuda que América les había proporcionado contra Irak. Y en ese asunto, su organización había apostado

al caballo perdedor. Su gente ya estaba sufriendo el aprieto financiero, aunque habían tenido la prudencia de invertir los fondos recibidos en la generación anterior. Los banqueros suizos y de otros países europeos les aseguraban una provisión de dinero constante, por lo que el aprieto era más psicológico que real. Pero para la mente árabe lo psicológico era real, como para cualquier mente políticamente astuta.

Qati sabía que la cuestión clave no era que los norteamericanos aplicaran o no una verdadera presión sobre los sionistas. Nunca lo habían hecho. Habían permitido que Israel atacara a un navío de guerra norteamericano, que matara a soldados norteamericanos, para perdonarlos antes de que la sangre cesara de manar, antes de que hubiera muerto la última víctima. Mientras las fuerzas militares norteamericanas tenían que pelear con su propio Congreso por cada dólar de sus fondos, ese mismo cuerpo de putas políticas se desvivía por entregar armas a los judíos. América nunca presionaba a Israel de un modo efectivo. Esa era la clave de su existencia. Mientras no hubiera paz en Oriente Medio, él tenía una misión: la destrucción del Estado judío. Si no lo conseguía...

Pero los problemas de Oriente Medio eran anteriores a su nacimiento. Tal vez desaparecieran, pero sólo cuando...

Este era el momento de la verdad, se dijo Qati, estirando los miembros cansados y doloridos. ¿Qué perspectivas tenía de destruir a Israel? Desde el exterior, ninguna. Mientras América apoyara a los judíos y los Estados árabes no se unieran...

¿Y los rusos? Los malditos rusos se habían puesto de pie, como perros mendicantes, para aplaudir el discurso de Fowler.

Era posible, sí. La idea no resultaba más amenazante para Qati que el primer diagnóstico de su cáncer. Se reclinó en la silla y cerró los ojos. ¿Y si los norteamericanos presionaban realmente a los judíos? ¿Y si los rusos apoyaban ese absurdo plan? ¿Y si los israelíes cedían a la presión? ¿Y si los palestinos encontraban aceptables las concesiones exigidas a Israel? Podía resultar. El Estado sionista podría continuar existiendo. Los palestinos podían hallar contento en su nueva tierra. Tal vez comenzara a darse un modus vivendi.

Eso significaría que su vida ya no tenía sentido. Significaría que todas las cosas por las que él luchaba, todos sus sacrificios y sus privaciones, eran para nada. Una generación de sus combatientes de la libertad habían luchado y muerto por una causa que quizá se perdería para siempre.

Traicionado por sus compañeros árabes, que aportaban el dinero y el apoyo político para mantener a sus hombres.

Traicionado por los rusos, que respaldaban con armas el movimiento desde un principio.

Traicionado por los norteamericanos, los más perversos de todos, que le quitaban al enemigo.

Traicionado por Israel, que aceptaba algo parecido a una paz justa.

No era justa en absoluto, desde luego. Mientras hubiera un solo sionista viviendo en tierras árabes no habría justicia.

¿Era posible que también lo traicionaran los palestinos? ¿Y si ellos aceptaban el trato? ¿De dónde surgirían sus abnegados combatientes?

¿Traicionado por todos?

No, Dios no podía permitirlo. Dios era misericordioso y daba su luz a los fieles. No, eso no podía ocurrir. No era posible. Había demasiadas cosas que acomodar para que esa visión infernal cobrara realidad. ¿Cuántos planes de paz se habían trazado para esa región? ¿Cuántas visiones? ¿Y a qué habían llegado? Hasta las conversaciones entre Carter, Sadat y Begin en EE.UU., en las que los norteamericanos obligaron a sus supuestos aliados a otorgar grandes concesiones, se apagaron hasta morir cuando Israel se negó de pleno a un arreglo equitativo para los palestinos. No; Qati estaba seguro. Tal vez no dependía de los rusos. Tal vez no dependía de los saudíes. No dependía de los norteamericanos, con certeza. Pero sí de Israel. Los judíos eran demasiado estúpidos, demasiado arrogantes, demasiado miopes para comprender que su mayor esperanza de una seguridad a largo plazo consistía sólo en una paz

Librodot

equitativa. La ironía lo golpeó muy fuerte, tanto como para arrancarle una sonrisa. Tenía que ser voluntad de Dios que su movimiento fuera protegido por sus peores enemigos. La obstinación de los judíos no lo aceptaría. Y si eso era lo requerido para que la guerra continuara, esa ironía sólo podía ser una señal de Dios, para que Qati y sus hombres supieran que su causa era, en realidad, la Santa Causa en la que ellos creían.

-¡Jamás! ¡Jamás me someteré a esta infamia! -gritó el ministro de Defensa.

Era una actitud melodramática hasta para él. Había golpeado la mesa con fuerza suficiente para volcar el vaso de agua; el charco amenazaba con gotear sobre su regazo. Lo ignoró estudiadamente, en tanto paseaba sus feroces ojos azules por la sala de gabinete.

-¿Y si las amenazas de Fowler son serias?

-¡Destruiremos su carrera! -dijo el ministro de Defensa-. Podemos hacerlo. ¡No sería la primera vez que pusiéramos en cintura a los políticos norteamericanos!

-Es más de lo que nosotros hemos podido hacer aquí -observó el ministro de Relaciones Exteriores a su vecino de asiento, sotto voce.

-¿Cómo, cómo?

-Dije que, en este caso, tal vez no fuera posible, Rafi. - David Ashkenazi bebió un sorbo de su vaso antes de continuar-. Nuestro embajador en Washington me dice que en el Congreso hay un gran apoyo al Plan Fowler. El anterior fin de semana, el embajador de Arabia Saudí dio una gran fiesta para los líderes del cuerpo. Dicen nuestras fuentes que actuó bien. ¿Cierto, Avi?

-Correcto, ministro -respondió el general Ben Jakob. Su jefe estaba en esos momentos fuera del país y era él quien hablaba por la Mossad-. Los saudíes y el resto de los Estados «moderados» del Golfo están dispuestos a poner fin al estado de guerra, a iniciar relaciones ministeriales con nosotros, a fin de preparar el reconocimiento completo en fecha no especificada, y a suscribir parte del costo de estacionar tropas y aviones norteamericanos aquí. Además, pagarán todos los gastos de la fuerza de paz y la rehabilitación económica de nuestros amigos palestinos.

-¿Y cómo nos negamos a eso? -inquirió secamente el ministro de Relaciones Exteriores-. ¿Les sorprende el apoyo del Congreso norteamericano?

-¡Es un truco! -insistió el ministro de Defensa.

-En todo caso, es un truco muy sagaz -observó Ben Jakob.

-¿Tú crees en esta patraña, Avi? ¿Tú?

Ben Jakob había sido el mejor comandante de batallón de Rafi Mandel en el Sinaí, muchos años atrás.

-No lo sé, Rafi. -El vicedirector de la Mossad nunca había tenido tanta conciencia de ser sólo un suplente. Hablar en el nombre de su jefe no le resultaba fácil.

-¿Tu evaluación? -pidió con suavidad el primer ministro, decidiendo que alguien debía mantener la calma en aquella mesa.

-Los norteamericanos actúan con total sinceridad -replicó Avi-. Realmente están dispuestos a proporcionar una garantía efectiva: el tratado de defensa mutua y el estacionamiento de tropas. Desde un punto de vista estrictamente militar...

-¡Por la defensa de Israel hablo yo! -bramó Mandel.

Ben Jakob clavó una mirada en su ex comandante.

-Tu rango siempre ha sido superior al mío, Rafi, pero yo he matado a unos cuantos enemigos. Bien lo sabes. -Avi hizo una pausa para que los presentes digirieran sus palabras. Luego prosiguió, con voz serena, medida y desapasionada, permitiendo que su razón se impusiera a emociones no menos fuertes que las de Mandel-. Las unidades militares norteamericanas representan un compromiso serio. Hablamos de un veinticinco por ciento de aumento en el poder de ataque de nuestra Fuerza Aérea. Y esa unidad de tanques es más poderosa que nuestra brigada más fuerte. Más aún: no sé cómo se puede anular ese

compromiso. Para que ocurriera eso... Nuestros amigos de América no lo permitirán jamás.

-¡No es la primera vez que nos abandonan! -señaló Mandel con frialdad-. Nuestra única defensa está en nosotros mismos.

-Rafi -dijo el ministro de Relaciones Exteriores-, amigo, ¿adónde nos ha llevado eso? Tú y yo hemos reñido otras veces, y no sólo en esta habitación. ¿Acaso esto no tendrá fin?

-¡Antes nada que un mal tratado!

-Estoy de acuerdo -reconoció el primer ministro-, pero ¿tan malo es este tratado?

-Todos hemos leído el borrador. Propondré algunos cambios modestos, pero creo que ha llegado la hora, amigos -dijo el ministro de Relaciones Exteriores-. Mi consejo es que aceptemos el Plan Fowler, con ciertas condiciones.

El ministro de Relaciones Exteriores las esbozó.

-¿Las aceptarán los norteamericanos, Avi?

-Se quejarán del costo, pero nuestros amigos del Congreso nos apoyarán aunque el presidente Fowler no las apruebe. Reconocerán nuestras concesiones históricas y querrán que nos sintamos seguros dentro de nuestras fronteras.

-¡En ese caso, renuncio! -gritó Rafi Mandel.

-No, Rafi, no renunciarás -dijo el primer ministro, algo cansado de tanto histrionismo-. Si renuncias, quedas afuera. Quieres ocupar algún día mi asiento, y si dejas ahora el gabinete no lo conseguirás.

Mandel enrojeció.

El primer ministro miró a su alrededor. -Y bien, ¿cuál es la opinión del Gobierno?

Cuarenta minutos después sonó el teléfono de Jack, que atendió. Se trataba de su línea más segura, la directa, que no pasaba por el escritorio de Nancy Cummings.

-Ryan. -Escuchó por un minuto y tomó algunas notas.

A continuación, el vicedirector de la CIA se levantó y fue a la oficina de Nancy, donde torció a la izquierda y entró en el despacho de Marcus Cabot, algo más grande. Cabot estaba tendido en el sofá del rincón opuesto. Como su predecesor, el juez Arthur Moore, gustaba de fumar algún cigarro. Se había quitado los zapatos y estaba leyendo una carpeta de archivo que tenía cinta engomada a rayas en los bordes. Otro expediente secreto en un edificio lleno de ellos. La carpeta cayó. Cabot, con el aspecto de un rosáceo y regordete volcán, miró a Ryan.

-¿Qué pasa, Jack?

-Acabo de recibir una llamada de nuestro amigo, el de Israel. Vienen a Roma y el gabinete votó que se acepten los términos del tratado, con unas pocas modificaciones.

-¿Cuáles?

Ryan entregó sus notas. Cabot les echó un vistazo.

-Tú y Talbot teníais razón.

-Sí. Hice mal en jugar yo la carta en vez de permitir que lo hiciera él.

-Buena puntería. Previste todos los puntos, menos uno. -Cabot se levantó y se puso los zapatos negros para volver a su escritorio. Allí tomó un teléfono-. Diga al presidente que lo veré en la Casa Blanca cuando vuelva de Nueva York. Quiero que Talbot y Bunker estén también allí. Dígale que es cosa hecha. -Colgó el auricular y sonrió alrededor del cigarro, tratando de parecerse a George Patton, aunque éste no fumaba, por lo que Ryan sabía-. ¿Qué te parece eso?

-¿Cuánto calculas que se tardará en finalizarlo?

-Con el trabajo que adelantasteis tú y Adler, más los toques finales de Talbot y Bunker... Hurnm, digamos dos semanas. No marchará tan rápido como lo de Carter en Camp David, porque participan demasiados diplomáticos profesionales, pero dentro de catorce días el presidente viajará a Roma para firmar los documentos.

-¿Quieres que te acompañe a la Casa Blanca?

-No. Yo me encargo de manejar esto.

Librodot

-De acuerdo.
Era de esperar. Ryan abandonó el despacho.

VII. LA CIUDAD DE DIOS

Las cámaras estaban en su sitio. Los transportes «Galaxy C-5B» de la Fuerza Aérea habían cargado los más sofisticados modelos de camiones de exteriores en la base Andrews para llevarlos al aeropuerto Leonardo da Vinci, no tanto para la ceremonia de la firma («Si llegamos hasta ahí», se preocupaban los comentaristas) como para lo que llamaban «el espectáculo previo». El último modelo de equipo, de definición mejorada y enteramente digital, mostrarla mejor, en opinión de los productores, las colecciones artísticas que llenaban los muros del Vaticano, tal como los árboles llenan un parque. Carpinteros del país y especialistas llegados de Nueva York y Atlanta habían trabajado veinticuatro horas al día para construir las cabinas especiales, desde donde transmitirían los locutores. Los programas informativos matutinos de las tres redes se originaban en el Vaticano. Allí estaba la «CNN», así como la «NHK», la «BBC» y casi todas las cadenas de Televisión del mundo, combatiendo por conseguir espacio en la gran vía en que se extiende ante la basílica, iniciada en 1303 por Bramante , continuada por Rafael, Miguel Angel y Bernini. Una tormenta de viento, fuerte y breve, había llevado la llovizna de la fuente central hasta la cabina de la Deutsche Welle, poniendo en cortocircuito un equipo de cien mil marcos. Los funcionarios del Vaticano protestaban, pues no quedaría espacio para que el pueblo presenciara el acontecimiento (por el cual. oraban), pero por entonces ya era demasiado tarde. Algunos recordaban que, en tiempos de los romanos, ése había sido el Circus Maximus. En general, todos estaban de acuerdo en que ahora se organizaba el circo más grandioso de los últimos años. Sólo que el circo romano servía principalmente para carreras de carruajes.

La gente de la Televisión disfrutaba de la estancia en Roma. Los equipos de Today y Good Morning America podían, por una vez en la vida, levantarse tarde en vez de hacerlo antes que el repartidor de periódicos; iniciaban la transmisión después de comer y terminaban a tiempo de pasar la tarde haciendo compras; ponían fin al día cenando en alguno de los elegantes restaurantes de Roma. Los de investigación asaltaban los libros de consulta en busca de sitios históricos remotos, como el Coliseo (correctamente llamado Anfiteatro Flaviano, según descubrió un empleado minucioso), donde la gente se ponía rapsódica por el sustituto romano del fútbol americano: el combate a muerte de hombre contra hombre, hombre contra bestia, bestia contra cristiano y otras combinaciones. Pero era el Foro lo que actuaba como centro simbólico. Allí estaban las ruinas del centro cívico de Roma, donde Cicerón y Escipión caminaran y se reunieran con partidarios v oponentes, sitio al que acudían los visitantes desde hacía siglos. Roma eterna, madre de un vasto imperio, desempeñaba un papel más en el escenario del mundo. En su centro estaba el Vaticano, apenas un par de hectáreas, pero aun así país soberano. «¿Cuántas divisiones tiene el Papa?», preguntó un locutor de televisión, citando a Stalin. Luego se lanzó a un discurso sobre la Iglesia y sus valores, que habían perdurado por sobre el marxismo-leninismo a tal extremo que la Unión Soviética había decidido establecer relaciones diplomáticas con la Santa Sede; hasta tenía un informativo vespertino, Vremya, que transmitía desde una cabina a cincuenta metros de la suya. Se prestaba especial atención a las otras dos religiones presentes en las negociaciones. En la ceremonia de recibimiento, el Papa había recordado un incidente de los primeros tiempos del Islam: una delegación de obispos católicos viajó a Arabia, con la misión de averiguar qué se traía Mahoma entre manos. Después de un primer encuentro cordial, el obispo más antiguo preguntó dónde podía celebrar la misa con sus compañeros. Mahoma ofreció de inmediato la mezquita en la cual se encontraban. «Al fin y al cabo -observó el Profeta- ¿no es ésta una casa consagrada a Dios?» El Santo Padre dispensó la misma cortesía a los israelíes. En ambos casos hubo cierta incomodidad entre los religiosos presentes más conservadores, pero el Santo Padre la aligeró con un discurso, como de costumbre pronunciado en tres idiomas.

«En el nombre de Dios, a quien todos conocemos por diferentes nombres, pero que es, pese a todo, el mismo Dios de todos los hombres, ofrecemos nuestra ciudad al servicio de los hombres de buena voluntad. Compartimos muchas creencias. Creemos en un Dios de misericordia y amor. Creemos en la naturaleza espiritual del hombre, creemos en el valor supremo de la fe y en la manifestación de esa fe a través de la caridad y la hermandad. Hermanos de tierras lejanas os hacemos llegar nuestros saludos y os ofrecemos nuestras plegarias. Que vuestra fe encuentre el camino hacia la justicia y la paz de Dios, hacia la que nos dirigen todos nuestros credos.»

-¡Vaya! -observó un locutor de cierto informativo matutino, fuera de micrófono-. Empiezo a creer que este circo va en serio.

Pero la cobertura no se detenía allí, desde luego. En mérito a la justicia, el equilibrio, la controversia, la debida comprensión de los hechos y la venta de publicidad, la cobertura televisiva incluyó al jefe de un grupo paramilitar judío que, vociferando, recordó la expulsión de los judíos ibéricos por parte de Fernando e Isabel, la Liga Rusa del zar y, naturalmente, el Holocausto de Hitler (sobre el que puso más énfasis debido a la reunificación de Alemania), para llegar a la conclusión de que los judíos eran tontos si confiaban en otra cosa que en las armas. Desde Qum, el ayatolla Daraei, líder religioso de Irán y eterno enemigo de los norteamericanos, despotricó contra todos los infieles, enviando a todos y a cada uno a su peculiar versión del infierno; pero la traducción hizo que sus frases fueran difíciles de entender para los espectadores norteamericanos, por lo que sus grandilocuentes desvaríos fueron cortados. Un autodenominado «cristiano carismático», del sur de EE.UU., fue el que estuvo más tiempo en el aire. Después de denunciar al catolicismo romano como quintaesencia del Anti-cristo, repitió su firme convicción de que Dios ni siquiera oye las plegarias de los judíos, mucho menos de los musulmanes infieles, a quienes llamó mahometanos, para mayor y gratuito insulto.

Pero nadie se tomó en serio a esos demagogos y menos a sus puntos de vista. Las cadenas de Televisión recibieron miles de llamadas airadas, en protesta de que se ofrecieran los micrófonos a semejantes fanáticos. Eso dejó encantados a los ejecutivos de las cadenas, por supuesto; significaba que la gente volvería a ver los mismos programas para volver a indignarse. El fanático norteamericano detectó inmediatamente una merma en las contribuciones que recibía. B'nai B'rith se apresuró a condenar al rabino desmandado. El líder de la Liga de Naciones Islámicas, un distinguido clérigo, denunció al imán radical como hereje, y citó largamente las palabras del Profeta para demostrar que tenía razón. Las cadenas de Televisión agregaron también comentarios antagónicos, logrando así un equilibrio que apaciguó a algunos espectadores y enfureció a otros.

Antes de que transcurriera el primer día, un periódico apuntó que los miles de corresponsales que asistían a la conferencia empezaban a llamarla «Cuenco de Paz», en mérito a la disposición circular de la Piazza San Pietro. Los más observadores comprendieron que eso era muestra de la tensión a que estaban sometidos los periodistas, que tenían que enviar un artículo sin tener nada que informar. La seguridad, en la conferencia, era hermética. Los participantes que iban y venían eran transportados en aviones militares y utilizando bases de las Fuerza Aérea. Se mantenía a periodistas y cámaras tan lejos de la acción como era posible. En su mayor parte, los viajes se realizaban por la noche. La Guardia Suiza del Vaticano, pese a su atuendo renacentista, no dejaba filtrar un ratón; perversamente, cuando ocurrió algo de importancia (el ministro de Defensa suizo entró discretamente por una puerta lateral), nadie se dio cuenta.

Las encuestas realizadas en muchos países mostraban una esperanza compartida de que aquello fuera definitivo. El mundo, harto de discordia y montado en una eufórica ola de alivio por los recientes cambios en las relaciones entre Este y Oeste, percibía de algún modo que así era. Los comentaristas advertían que era el intento más difícil de la historia reciente, pero la gente de todo el mundo oraba en cien idiomas y en miles de iglesias, pidiendo el fin de esa última v peligrosísima disputa sobre el planeta. Las cadenas de Televisión también informa-

Librodot

ban sobre ello.

Los diplomáticos profesionales, algunos de ellos cínicos redomados que no pisaban una iglesia desde la infancia, sentían como nunca el peso de las presiones. Someros informes ofrecidos por la guardia del Vaticano mencionaban solitarias caminatas a medianoche, por la nave de San Pedro, de paseos por las galerías en claras noches estrelladas, de largas conversaciones que mantenían algunos participantes con el Santo Padre. Pero nada más. Los presentadores de televisión, que tan altos sueldos cobraban, se miraban entre sí en incómodo silencio. Los periodistas gráficos se apropiaban de cualquier idea buena que se les cruzara en el camino, para poder escribir algo. Desde la maratón de Carter en Camp David no se habían efectuado negociaciones tan importantes con tan poca información.

Y el mundo contenía el aliento.

El anciano llevaba un fez rojo bordeado de blanco. Eran pocos los que continuban vistiendo así, pero aquel hombre se mantenía fiel a las costumbres de sus antepasados. La vida era dura para los drusos y el único consuelo del anciano era la religión que había respetado en sus sesenta y seis años de vida.

Los drusos son miembros de una secta religiosa de Oriente Medio que combina diversos aspectos del islam, el cristianismo y el judaísmo, fundada por Al-Hakim Ibn Amrillahi, que fue califa de Egipto en el siglo xi y se creía encarnación de Dios. En su mayor parte, viven en el Líbano, Siria e Israel, ocupando un precario nicho en la sociedad de esos tres países. A diferencia de los israelíes musulmanes, se les permite prestar servicio en las fuerzas armadas del Estado judío, hecho que no les hace confiar en el Gobierno israelí. Si bien algunos drusos han llegado a ocupar puestos de mando en el Ejército sirio, nunca se olvida que uno de ellos, un coronel al mando de un regimiento, fue ejecutado tras la guerra de 1973 por haberse visto obligado a abandonar un estratégico cruce de rutas. Aunque en términos estrictamente militares combatió bien y con valor, aunque tuvo la suerte de retirar a sus hombres en debido orden, la pérdida de esa posición costó al Ejército sirio un par de brigadas de tanques; como resultado, el coronel fue ejecutado sumariamente... por mala suerte y, probablemente, por ser druso.

El viejo granjero no conocía todos los detalles de esa historia, pero sí los suficientes. En esa ocasión los sirios musulmanes habían matado a otro druso, pero también a varios más desde entonces. Por tanto, no confiaba en nadie del Ejército ni al Gobierno sirio. Pero eso no significaba que sintiera afecto alguno por Israel. En 1975, un cañón israelí de 175 mm había devastado su sector, en busca de un depósito de municiones sirio; los fragmentos de una bala perdida hirieron mortalmente a su esposa, que entonces tenía cuarenta años, agregando la soledad a su exceso de miserias. Lo que para Israel era una constante histórica, para ese sencillo agricultor era un hecho inmediato de la vida. El destino había decidido que él viviera entre dos Ejércitos que le consideraban un inconveniente fastidioso. Nunca había pedido mucho a la vida. Tenía un pequeño terreno que cultivaba, unas cuantas cabras, varias ovejas y una modesta casa, edificada con piedras que había transportado desde sus rocosos sembrados. Sólo quería vivir. En otros tiempos no le había parecido mucho pedir, pero sus sesenta y seis años turbulentos demostraban que estaba equivocado. Rezaba a su Dios, pidiéndole misericordia, justicia y algunas comodidades (sabía desde siempre que la riqueza no era para él) que hicieran un poco menos dura su suerte y la de su esposa. Pero nunca lo consiguió. De los cinco hijos que su mujer le había dado, sólo uno llegó a la adolescencia; ese hijo fue reclutado por el Ejército sirio a tiempo para participar en la guerra de 1973. Tuvo más suerte que el resto de la familia: cuando el transporte de tropas en que viajaba fue alcanzado por un tanque israelí, él salió despedido hacia arriba, perdiendo sólo un ojo y una mano. Vivo, aunque ciego a medias, se casó y dio nietos a su padre; gozaba de un modesto éxito como comerciante y prestamista. No era una gran bendición, pero en comparación con todo lo que el granjero había padecido en su vida era una satisfacción. El granjero cultivaba sus hortalizas

Librodot

y pastoreaba sus pocas cabezas de ganado en su rocoso terreno, próximo a la frontera sirio-libanesa. Para él, la existencia era sólo una costumbre que no podía quebrar, una interminable sucesión de días cada vez más agotadores. En primavera, cuando sus ovejas parían corderos, él rezaba en silencio por no vivir lo suficiente para verlos sacrificar... pero tampoco le agradaba que esos mansos y tontos animales pudieran durar más que él.

Otro amanecer. El granjero no tenía ni necesitaba despertador. Cuando el cielo se iluminó, las campanillas de sus cabras y ovejas empezaron a resonar. Abrió los ojos y volvió a cobrar conciencia del dolor que sentía en los miembros. Después de desperezarse en la cama, se levantó poco a poco. Le bastaron unos minutos para lavarse, rasurar la barba gris y comer su pan rancio con café fuerte. Luego inició otra jornada de trabajo. El granjero se ocupaba del cultivo por la mañana, antes de que se acentuara el calor del día. Tenía una huerta considerable, porque vendiendo lo que le sobraba en el mercado local obtenía dinero para las pocas cosas que consideraba lujos. Hasta eso era una lucha. El trabajo castigaba sus miembros artríticos y mantener a los animales lejos de sus tiernos brotes era otra maldición; pero también las ovejas y las cabras se podían vender por dinero, y sin ese dinero habría pasado hambre. La verdad es que comía gracias al sudor de su arrugada frente; a no ser por su gran soledad, habría podido comer más. Pero la soledad lo hacía frugal. Hasta sus herramientas de cultivo eran viejas. Marchó al sembrado, con el sol todavía bajo, para arrancar las hierbas que todos los días surgían entre sus verduras. «Si al menos se pudiera adiestrar una cabra...», pensó, repitiendo palabras de su padre y de su abuelo. Sí, una cabra que comiera las hierbas y dejara las plantas. Pero las cabras no tenían más inteligencia que un puñado de tierra, salvo cuando se trataba de hacer maldades. Las tres horas de lidia con el azadón y las hierbas se iniciaban siempre en el mismo rincón de la huerta; avanzaba por un surco y descendía por el siguiente, a un ritmo parejo que desmentía su edad y su enfermedad. Clonc.

¿Qué había sido eso? El granjero irguió la espalda y se enjugó el sudor de la frente. Promediaba el trabajo de la mañana y empezaba a desear el descanso de atender a las ovejas. ¡Que no fuese una piedra! Usó su herramienta para apartar la tierra de... Oh, maldita sea.

A veces la gente se pregunta cómo es posible. Los agricultores de todo el mundo hacen bromas al respecto desde que el hombre empezó a sembrar: las tierras de cultivo producen rocas. Las cercas de piedra que bordean los caminos de Nueva Inglaterra son testimonio de ese proceso, misterioso en apariencia. Es obra del agua. La lluvia se filtra en la tierra. En el invierno, el agua se congela y, al solidificarse, aumenta de volumen. Naturalmente, al expandirse presiona hacia arriba y empuja las piedras hacia la superficie. De ese modo brotan en los sembrados. Y en ningún lugar es tan cierto eso como en la región del Golán, Siria, donde el suelo es una construcción de la actividad volcánica, geológicamente nueva, y donde en los fríos inviernos abunda la escarcha, por mucho que esto sorprenda a algunos. Pero aquello no era una piedra.

Era metálico y de color pardo arenoso, según comprobó al quitar la tierra. Oh, sí, aquel día. El mismo día en que su hijo...

«¿Qué hago con esta maldita cosa?», se preguntó. Era una bomba, por supuesto. No era tan tonto como para no saberlo. Pero ¿cómo había llegado hasta allí? El anciano no había visto ningún avión sirio o israelí que arrojara bombas en las proximidades de sus tierras. Pero eso no importaba. Estaba allí y con eso bastaba. Para el granjero bien habría podido ser una piedra más, grande y parda, demasiado grande para sacarla y llevarla al límite de sus tierras; y con ese tamaño interrumpía dos surcos de zanahorias. No le inspiraba miedo. Después de todo, no había estallado; eso significaba que estaba averiada. Las bombas en buen estado estallaban al tocar el suelo. Esa se había limitado a excavar un pequeño cráter, que él rellenó al día siguiente, sin saber por entonces las heridas que había recibido su hijo.

«¿No podría haberse mantenido donde estaba, a dos metros de profundidad?», se preguntó. Pero así era su vida. Todo lo que pudiera perjudicarle se abría camino hasta él. El granjero se preguntó por qué Dios era tan cruel. ¿Acaso no decía siempre sus plegarias, acaso no respetaba todas las estrictas reglas de los drusos? ¿Qué había pedido jamás? ¿Qué pecados

Librodot

estaba expiando?

Bueno, no tenía sentido formularse esas preguntas ahora. Por el momento había que trabajar. Arrancó unas hierbas más, de pie en el extremo saliente de la bomba, y continuó avanzando a lo largo del surco. Dentro de uno o dos días recibiría la visita de su hijo y podría regocijarse con sus nietos, la única alegría sin mácula de su vida. Su hijo podría aconsejarle. El había sido soldado y entendía de esas cosas.

Era la clase de semana que cualquier empleado del Gobierno detesta. Estaba ocurriendo algo importante en otro huso horario. Había una diferencia de seis horas. A Jack le pareció muy extraño que esa diferencia lo afectara como si hubiera hecho el viaje en avión.

-¿Cómo marchan las cosas por allá? -preguntó Clark desde el asiento del conductor.

-Estupendamente. -Jack hojeó los documentos-. Ayer los saudíes y los israelíes estuvieron de acuerdo en algo. Los dos querían cambiar cierta cosa y los dos propusieron el mismo cambio.

Jack rió entre dientes. Sin duda había sido una casualidad; si las partes lo hubieran descubierto habrían cambiado de opinión.

-¡Qué bochorno para algunos! -Clark rió a todo pulmón, pensando lo mismo que su jefe. Aún estaba oscuro. Lo único bueno de salir temprano era que las carreteras estaban desiertas-. A usted le gustaron los saudíes, ¿verdad?

-¿Alguna vez has estado allá?

-¿Aparte de la guerra, dice usted? Muchas veces, Jack. Pasé a Irán desde allí, en el setenta y nueve y en el ochenta. Pasé mucho tiempo con los saudíes. Hasta aprendí el idioma.

-¿Y qué opinas de ese lugar?

-Me gustaba. Llegué a conocer muy bien a un mayor de su Ejército. En realidad era espía, como yo. No tenía mucha experiencia práctica, pero sí mucho estudio. Como era inteligente, se daba cuenta de que tenía mucho que aprender y escuchaba mis consejos. Me invitó a su casa, dos o tres veces. Tenía dos hijos, dos varoncitos simpáticos. Uno de ellos es ahora piloto de combate. Lo raro es el trato que dan a sus mujeres. Sandy no lo soportaría. -Clark hizo una pausa y cambió de carril para adelantarse a un camión-. Profesionalmente cooperaban bastante. La cosa es que aquello me gustó bastante. Somos diferentes, pero no importa. Los norteamericanos no somos los únicos habitantes del mundo.

-¿Y los israelíes? -preguntó Jack, cerrando su maletín.

-Trabajé con ellos un par de veces... bueno, bastante más, doctor, sobre todo en el Líbano. Sus agentes de Inteligencia son verdaderos profesionales: audaces y arrogantes, los muy bastardos, pero los que conocí tenían motivos para ser arrogantes. Tienen una mentalidad medio fortificada, ¿me entiende? Aquí nosotros, allá los demás; usted me entiende. Pero es comprensible. -Clark se dio vuelta-. Es la gran fijación que tienen, ¿no?

-¿A qué te refieres?

-No va a ser fácil quitarles esa manera de pensar.

-No, no lo es. Ojalá abrieran los ojos y vieran el mundo tal como es ahora -gruñó Ryan.

-Hay que comprenderlos, doctor. Todos ellos piensan como soldados de trinchera. ¿Qué se puede esperar, demonios, si todo ese país es como un campo de tiro para los del otro bando? Piensan como pensábamos nosotros en Vietnam. Hay dos tipos de gente: los de uno y todos los demás. -John Clark meneó la cabeza-. ¿Sabe cuántas veces he tratado de explicar eso a los chicos? Es mentalidad básica de supervivencia. Los israelíes piensan así porque no pueden pensar de otro modo. Los nazis mataron a millones de judíos y nosotros no hicimos nada. Bueno, quizá no podíamos hacer nada, tal como estaban las cosas por entonces. Pero también me pregunto si Hitler habría sido un blanco tan difícil si nos hubiéramos propuesto romperle el culo en serio... Yo estoy de acuerdo con usted: tienen que mirar más allá. Pero no olvidemos que le estamos pidiendo demasiado, qué demonios...

-Lástima que no hayas estado conmigo cuando me encontré con Avi -comentó Jack y

bostezó.

-¿Con el general Ben Jakob? Dicen que es un genuino bastardo; duro y serio. Sus hombres lo respetan. Eso es mucho decir. Lamento no haber estado con usted, jefe, pero esas dos semanas que pasé pescando me hacían mucha falta.

-Entiendo.

-Oiga, esta tarde tengo que ir a Quantico para practicar con la pistola. No se ofenda, pero me parece que le convendría relajarse un poco. ¿Por qué no me acompaña? Puedo conseguirle una bonita Beretta para que juegue.

Jack lo pensó. La idea era agradable. Más aún: era estupenda. Pero... Pero tenía demasiado trabajo.

-No tengo tiempo, John.

-Sí, señor. No hace ejercicio, bebe demasiado y tiene cara de estar hecho polvo. Esa es mi opinión profesional, doctor Ryan.

«Más o menos lo mismo que me dijo Cathy anoche. Pero Clark no sabe lo mal que estoy.» Jack contempló por la ventanilla las luces de las casas cuyos moradores, trabajadores del Gobierno, empezaban a despertar.

-Tienes razón. Debería hacer algo, sí, pero hoy no tengo tiempo.

-¿Y si mañana, a la hora del almuerzo, corremos un rato?

-Almuerzo con los directores -se excusó Jack.

Clark cerró el pico y se centró en el volante. ¿No aprendería nunca, ese pobre idiota? Por inteligente que fuera, estaba dejando que el trabajo lo devorara.

Al despertar, el presidente encontró una desordenada montaña de pelo rubio contra su pecho y un delgado brazo femenino cruzado sobre él. Había modos peores de despertar. Se preguntó por qué había esperado, si ella estaba obviamente dispuesta a aceptarlo desde... Dios, desde hacía años. Era cuarentona, pero se conservaba esbelta y bonita, tanto como cualquier hombre podía desear. Y el presidente era un hombre con necesidades de hombre. Marian, su esposa, había tardado años en morir, luchando valerosamente contra la esclerosis múltiple que por fin le robó la vida, pero sólo después de aplastar lo que había sido una personalidad vivaz, encantadora, inteligente y burbujeante. «La luz de mi vida», recordó Fowler. Si él tenía personalidad, era en gran parte creación de Marian; por eso una parte de él también había muerto, poco a poco. Un mecanismo de defensa: él lo sabía. Tantos meses interminables. Había tenido que mostrarse fuerte en bien de ella, para proporcionarle la estoica reserva de energías sin la cual habría muerto mucho antes. Pero eso había convertido a Bob Fowler en un autómata. Un hombre sólo puede contener cierta cantidad de personalidad, de fuerza y de coraje. Al apagarse la vida de Marian, también la humanidad de Bob mermaba con ella. Y tal vez algo más, según admitió para sus adentros.

Lo perverso era que eso lo había mejorado como político. Sus mejores años como gobernador y su campaña presidencial mostraron esa razón serena, desapasionada e intelectual que los votantes querían, para gran sorpresa de los sabios, los expertos o como se llamen los comentaristas que se creen tan informados, pero que nunca tratan de averiguar las cosas por sí mismos. También fue útil el hecho de que su predecesor hubiera hecho una campaña inexplicablemente tonta, pero Fowler estaba convencido de que aun sin eso habría ganado.

La victoria, hacía casi dos noviembres, lo convirtió en el primer presidente viudo desde... El último había sido Cleveland, ¿no? Y sin mucha personalidad, por añadidura. Los editorialistas lo llamaban el presidente tecnócrata. El hecho de que él fuese abogado no parecía importar a la Prensa. En cuanto hallaron una etiqueta simple en la que todos estuvieran de acuerdo, la convirtieron en verdad, fuera acertada o no: el Hombre de Hielo.

«Si Marian hubiera podido ver esto...» Ella sabía que Bob no era de hielo. Algunos recordaban aún cómo había sido Bob Fowler: un apasionado hombre de ley, defensor de los

Librodot

derechos civiles y azote del crimen organizado. El hombre que había limpiado Cleveland. No por mucho tiempo, claro, porque tales victorias, como las políticas, son siempre transitorias. Recordaba el nacimiento de cada uno de sus hijos, el orgullo de la paternidad, el amor de su esposa por él y sus dos vástagos, las tranquilas cenas en restaurantes iluminados con velas. Recordaba su primer encuentro con Marian, en un partido de fútbol del instituto; a ella le había encantado el espectáculo tanto como a él. Treinta años de matrimonio, iniciado cuando ambos estaban aún en la Universidad; los tres últimos habían sido una continua pesadilla, en tanto la enfermedad manifestada al acercarse Marian a los cuarenta años mostraba, ya cerca de los cincuenta, un dramático empeoramiento; por fin, la muerte, demasiado lenta en el trayecto, pero súbita en su llegada; por entonces él estaba tan exhausto que ni siquiera pudo llorar. Después, los años de soledad.

Bueno, tal vez eso había terminado.

«Gracias a Dios, existe el Servicio Secreto», pensó Fowler. En la mansión del gobernador, allá en Columbus, aquello se habría sabido de inmediato. Aquí no. Ante su puerta había un par de agentes armados; en el pasillo, más allá, el oficial del Ejército con aquel maletín de cuero al que llamaban «el balón de fútbol», apelativo que no agradaba al presidente, pero había cosas que ni siquiera él podía cambiar. En todo caso, su asesora de Seguridad Nacional podía compartir su cama y el personal de la Casa Blanca le guardaría el secreto, cosa que le parecía bastante notable.

Fowler miró a su amante. Elizabeth era innegablemente bonita. Tenía la piel pálida, porque sus hábitos de trabajo la privaban del sol, pero él prefería a las mujeres de tez clara. Las mantas estaban desaliñadas por la pasión de la noche anterior y dejaban su espalda al descubierto; la piel era suave, tersa.

Sintió en el pecho su aliento sereno, el modo en que lo rodeaba con el brazo izquierdo. Le deslizó una mano por la espalda y fue recompensado con un «hummm» y un leve aumento en la presión del dormido abrazo.

Alguien llamó discretamente a la puerta. El presidente tiró de las mantas hacia arriba y tosió. Al cabo de cinco segundos se abrió la puerta y entró un agente, trayendo una bandeja con café y algunos documentos impresos en ordenador. Fowler sabía que no se podía confiar hasta ese punto en un miembro del personal común, pero el Servicio Secreto era, en realidad, la versión norteamericana de la guardia pretoriana. El agente no delató sus emociones y se limitó a saludar con la cabeza. La devoción que le demostraban era casi de esclavos. Aunque eran hombres y mujeres bien educados, tenían una visión bastante simple de las cosas. Fowler se dijo que en el mundo había lugar para esa gente. Alguien, con frecuencia bastante hábil, debía llevar a cabo las decisiones y las órdenes de sus superiores. Esos agentes armados habían jurado protegerlo y hasta interponer su propio cuerpo entre el presidente y cualquier peligro que lo amenazara; la maniobra se llamaba «recibir la bala». A Fowler lo sorprendía que personas tan inteligentes pudieran entrenarse para hacer algo tan desinteresadamente. Pero a él lo beneficiaba tanto como su discreción. Bueno, como decía el chiste: es muy difícil conseguir buen servicio doméstico. La verdad, había que ser presidente para contar con esa clase de criados.

Fowler llenó la taza de café con una mano. Lo bebía solo. Después del primer sorbo cogió el mando a distancia y encendió el televisor. Estaba sintonizado en la «CNN» y el tema principal (allá eran las dos de la tarde) era Roma, por supuesto.

-Hummm...

Elizabeth movió la cabeza y un mechón de pelo se deslizó por el pecho de él. Siempre era más lenta para despertar. Fowler le pasó un dedo por la columna, con lo cual obtuvo un último abrazo antes de que ella abriera los ojos. Levantó la cabeza con un violento respingo.

-¡Bob!

-¿Qué?

-¡Alguien ha estado aquí! -Señalaba la bandeja con las tazas, sabiendo que él no había ido a buscarla.

-¿Café?

-¡Bob!

-Mira, Elizabeth, la gente que está ante la puerta sabe que estás aquí. ¿Qué quieres que escondamos y de quién? ¡Pero si hasta es probable que haya micrófonos aquí!

Eso no lo había dicho nunca. No lo sabía con seguridad y prefería no preguntarlo, pero resultaba lógico. La paranoia institucional del Servicio Secreto negaba a los agentes la posibilidad de confiar en Elizabeth ni en nadie, salvo en el presidente. Por tanto, si ella trataba de matarlo ellos tenían que saberlo, a fin de que los agentes apostados ante la puerta pudieran irrumpir con sus armas y salvar a HALCÓN de su amante. Probablemente había micrófonos. Cámaras... No, tal vez cámaras no, pero los micrófonos eran cosa segura. Fowler descubrió que la idea lo estimulaba, en cierto modo, cosa que los editorialistas nunca hubieran creído del Hombre de Hielo.

-¡Por Dios! -A Liz Elliot no se le había ocurrido la posibilidad. Se incorporó. Sus pechos se menearon deliciosamente, pero Fowler no tenía esos hábitos matutinos. La mañana era para trabajar.

-Soy el presidente, Elizabeth -señaló, mientras la mujer se desasía. A ella también acababa de ocurrírsele lo de las cámaras y estaba acomodando apresuradamente las mantas. Fowler sonrió ante semejante tontería-. ¿Café? -ofreció otra vez.

Elizabeth Elliot estuvo a punto de soltar una risita. Estaba en la cama del presidente, completamente desnuda, y había guardias armados ante la puerta. ¡Y Bob había dejado entrar a alguien! Aquel hombre era increíble. ¿La habría cubierto, por lo menos? Decidió no preguntarlo, temiendo que él practicara su contrahecho sentido del humor, que en su mejor expresión era levemente cruel. Sin embargo... ¿cuándo había tenido ella un amante mejor? La primera vez... debían de haber pasado años, pero él era tan paciente y... respetuoso. El presidente era fácil de manejar. Elliot sonrió secretamente. Podía inducirlo a hacer exactamente lo que ella deseara y cuando lo deseara. Y él lo haría, porque le encantaba dar placer a las mujeres. Se preguntó por qué. Tal vez quería que lo recordaran. Después de todo era político, y los políticos sólo ansían dejar unas cuantas líneas en los libros de historia. Bueno, Bob las tendría, de un modo u otro, como todos los presidentes. Se recordaba hasta a Grant y a Harding. Y con lo que estaba pasando... Hasta en el lecho quería que lo recordaran; por eso hacía lo que la mujer quisiera, si ella tenía el buen tino de pedirlo.

-Sube el volumen -dijo Liz.

Fowler obedeció de inmediato, dejándola gratificada. ¡Siempre dispuesto a complacer, aun en eso! ¿Por qué diablos había dejado entrar a un criado con el café? No había modo de entender a ese hombre. Él ya estaba leyendo los fax de Roma.

-Esto va a resultar, querida mía. Espero que ya hayas preparado el equipaje.

-¿Eh?

-Anoche, saudíes e israelíes acordaron el punto más importante, según dice Brent. ¡Dios, esto es asombroso! Conversó a solas con cada una de las partes y ambas sugirieron lo mismo. Para que no se dieran cuenta, él dijo a cada grupo que los otros probablemente lo aceptarían. Después volvió a reunirse con cada parte y confirmó la aceptación. ¡Ja! -Fowler golpeó la página con el dorso de la mano-. Brent se está portando muy bien. Y ese tal Ryan también. Es un incordio lleno de pretensiones, pero la idea fue suya...

-¡Vamos, Bob, si ni siquiera fue original! Ryan no hizo sino repetir lo que otras personas dicen desde hace años. A Arnie le pareció una novedad, pero él no se interesa por nada que pase fuera de la Casa Blanca. Atribuir esto a Ryan es como decir que logró hacerte un buen crepúsculo.

-Tal vez -reconoció el presidente. En su opinión, en la propuesta del vicedirector de la CIA había mucho más que eso, pero no valía la pena discutir con Elizabeth-. Ryan hizo un buen trabajo con los saudíes, ¿recuerdas?

-Sería mucho más efectivo si supiera callarse la boca. Es cierto que presentó un buen informe a los saudíes, pero no se puede decir que se tratara de un gran momento de la política

Librodot

exterior norteamericana, ¿verdad? Ese es su trabajo: presentar informes. Los que realmente armaron esto fueron Brent y Dennis, no Ryan.

-Supongo que tienes razón. Brent y Dennis obtuvieron el compromiso de asistir a la conferencia. Dice Brent que durará tres días más. Cuatro, tal vez.

El presidente le entregó los fax. Era hora de levantarse e iniciar los preparativos para la jornada, pero antes deslizó una mano por determinada curva de la sábana, sólo para hacerle saber que...

-¡Basta!

Liz rió infantilmente para que la negativa sonara juguetona. Él obedeció, desde luego. Para compensarlo, ella se inclinó y le besó.

-¿Qué pasa? -preguntó un camionero en el depósito de maderas. Cuatro enormes remolques esperaban en fila, lejos de las pilas de troncos que preparaban para embarcar con destino a Japón-. La última vez también estaban aquí.

-Van a Japón -comentó el despachante mientras revisaba los papeles.

-¿Y qué?

-Hay algo especial. Pagan para que esos troncos no se toquen; ellos alquilan los remolques y todo. Dicen que los usarán para vigas de una iglesia, un templo o algo así. Están todos sujetos con una cadena. También tienen una soga de seda, pero la cadena es para que no se separen. Tiene algo que ver con la tradición del templo. Menuda faena para cargarlos en el barco tal como están.

-¿Alquilan los remolques sólo para mantener los troncos en un sitio determinado? ¿Y los encadenan? ¡Vaya! Tienen más dinero que sesos, ¿no?

-¿Y a nosotros qué nos importa? -preguntó el despachante, harto de responder a la misma pregunta cada vez que un camionero entraba en su oficina.

La idea era dejar que la madera se estacionara un poco, según creía el despachante. Pero el que pergeñó la idea no tenía las cosas muy claras. Ese verano era el más húmedo de que se tuviera memoria en aquella región de precipitaciones habituales. Y los troncos, cargados de humedad al talarse el árbol, no hacían sino absorber más lluvia. Los muñones de las ramas cortadas empeoraban las cosas, pues la lluvia empapaba los capilares expuestos y penetraba en el tronco. Aquellos leños debían de pesar más ahora que al ser cortados. Tal vez convendría cubrirlos con una tela impermeable, pero de ese modo no harían sino envolver la humedad; además, tenían órdenes de dejarlos tal como estaban en los remolques. Ahora llovía. El patio se estaba convirtiendo en un pantano; cada camión y cada máquina cargadora que pasaba revolvía el lodo. Bueno, probablemente los japoneses tenían sus propios planes para almacenar y trabajar la madera. Las órdenes impedían que se efectuara allí un verdadero almacenamiento, y como ellos pagaban... Debían ser depositados en la cubierta del barco. Serían lo último que se cargara en el George McReady para cruzar el Pacífico. Con toda seguridad, allí se seguirían mojando. Si la lluvia continuaba mucho más, se dijo el despachante, habría que manejarlos con cuidado. Porque si caían al río era muy difícil que flotaran.

El granjero sabía que su humilde modo de vida abochornaba a sus nietos. Se resistían a que él los besara y abrazara; probablemente se quejaban un poco de que el padre los llevara, pero a él no le importaba. Los niños de hoy carecían del respeto de su generación. Tal vez era el precio a pagar por las mejores oportunidades. El ciclo de los siglos se estaba quebrando. Si su propia vida era casi igual a la de diez generaciones de antepasados, al hijo le iba mejor, pese a sus heridas, y para los nietos todo sería aún mejor. Los pequeños estaban orgullosos de su padre. Si los compañeros de escuela hacían comentarios adversos sobre su religión drusa, ellos podían decir que el padre había combatido contra los odiados israelíes e incluso había

matado a unos cuantos sionistas. También le habían herido. El Gobierno sirio no era desagradecido con sus veteranos heridos. El hijo del granjero tenía su modesta tienda y los funcionarios no lo acosaban, como habrían podido hacer. Se había casado ya maduro, lo cual no era lo habitual en esa zona. Su esposa era bastante bonita y respetuosa; trataba bien al granjero, tal vez agradecida por el hecho de que él no mostrara interés en mudarse a su pequeña casa. El granjero estaba muy orgulloso de sus nietos, que eran varones fuertes y saludables, tan tercos y rebeldes como correspondía a cualquier muchacho. Su hijo mostraba un orgullo similar y estaba prosperando. Poco después del almuerzo salió con su padre. Al contemplar la huerta donde en otros tiempos también él arrancaba hierbas sintió una punzada de remordimientos, porque su padre aún trabajaba allí todos los días. Pero ¿acaso no le había propuesto que se mudara a su casa? ¿No le había ofrecido un poco de dinero? El se negaba a todo. Su padre tenía poca cosa, pero no abandonaba su terco orgullo.

-Este año la huerta parece muy saludable.

-Las lluvias han sido buenas -repuso el granjero-. Hay muchos corderos nuevos. El año no ha sido malo.

-¿Y tú?

-El mejor año de mi vida, padre. Ojalá no tuvieras que trabajar tanto.

-¡Ah! -Un gesto despectivo de la mano-. Yo no sé vivir de otro modo. Este es mi lugar.

«¡Qué coraje el de este hombre!», pensó el hijo. Resistía. Pese a todo, resistía. No había podido dar mucho a su hijo, pero sí le había transmitido su estoico valor. Al encontrarse tendido en las alturas del Golán, a veinte metros de la chatarra humeante que era su transporte de tropas, él había querido dejarse morir: tenía un ojo saltado y su mano izquierda era una masa sanguinolenta que los médicos tendrían que amputar. Habría podido quedarse así, tendido en el suelo, y morir. Pero supo que su padre no hubiera renunciado. Por eso se levantó y caminó seis kilómetros hasta un puesto de socorro; llegó arrastrando su fusil y aceptó que lo atendieron sólo después de haber presentado su informe. Tenía una condecoración por ese acto; el comandante del batallón le había facilitado un poco la vida, dándole algún dinero para instalar su pequeña tienda e informando a los funcionarios locales que merecía ser tratado con respeto. El coronel le había dado el dinero, pero el coraje era de su padre. Si al menos él aceptara ayuda...

-Hijo mío, necesito que me des un consejo.

Eso era algo inusual.

-Con gusto, padre.

-Ven. Tengo algo que mostrarte.

Condujo a su hijo a la huerta, donde estaban las zanahorias, y con el pie apartó la tierra.

-¡Quieto! -gritó el hijo. Tomó a su padre por un brazo y lo llevó hacia atrás-. Por Dios, ¿cuánto hace que está ahí?

-Desde el día en que te hirieron -respondió el granjero.

El joven se tocó el parche del ojo; por un momento evocó todo el terror de aquel día. El destello cegador, el vuelo por el aire, los aullidos de sus camaradas que morían quemados. Lo habían hecho los israelíes. Uno de sus cañones había matado a su madre. Y ahora... aquello.

Ordenó a su padre que no se moviera de allí y caminó en derredor para observarlo. Pisaba con mucho cuidado, como quien atraviesa un campo minado. En el Ejército había pertenecido al cuerpo de ingenieros de combate; su unidad tuvo que luchar a la par de la infantería, pero su misión era minar un campo. Aquello era grande. Parecía una bomba de mil kilos. Tenía que ser israelí; lo supo por el color. Se volvió.

-¿Y desde entonces está aquí?

-Sí. Se hundió en un agujero y yo lo rellené. La escarcha debe de haberla sacado a la superficie. ¿Es peligrosa? Está rota, ¿no?

-Estas cosas nunca mueren del todo, padre. Es muy peligrosa. Con ese tamaño, si estalla te hará volar junto con la casa.

El granjero hizo un gesto despectivo.

Librodot

-Si quisiera estallar lo habría hecho al caer.

-Te equivocas. Hazme caso. ¡No te acerques a esta maldición!

-¿Y qué será de mi huerta? -preguntó el granjero.

-Buscaré el modo de que la quiten. Entonces podrás seguir cultivando.

El hijo se quedó pensativo. Sería un problema. Y bastante grande. El Ejército sirio no tenía un equipo especializado en desactivar bombas sin estallar. Su método era detonarlas donde estuvieran, lo cual resultaba muy sensato. Pero su padre no sobreviviría por mucho tiempo a la destrucción de su casa. Y a su esposa no le agradaría que se hospedara con ellos. Y él no podría ayudar a su padre a reconstruir la casa, manco como estaba. Era preciso retirar esa bomba, pero ¿quién lo haría?

-Debes prometerme que no pisarás la huerta -exigió con tono severo.

-Como quieras -aceptó el granjero, aunque no tenía intenciones de obedecer a su hijo-. ¿Cuándo la harás quitar?

-No lo sé. Necesito algunos días para averiguar qué puedo hacer.

El anciano asintió. A fin de cuentas, tal vez siguiera las instrucciones de su hijo; por lo menos, no se acercaría a esa bomba muerta. Tenía que estar muerta, desde luego, pese a lo que el muchacho decía. Algo sabía el granjero de fatalidades. Si la bomba hubiera querido matarlo, a esas horas ya lo habría hecho. ¿Acaso alguna desgracia había pasado de largo por su lado?

Por fin los periodistas tenían algo a lo que hincar el diente. Dimitrios Stavarkos, patriarca de Constantinopla, llegó en automóvil a plena luz del día, porque se negaba a volar en helicóptero.

-¿Una monja con barba? -preguntó un cámara ante el micrófono, mientras tomaba un primer plano.

Los guardias suizos apostados ante la puerta le rindieron honores. El obispo O'Toole condujo al nuevo visitante al interior.

-Griego -observó el locutor-. Ortodoxo griego; debe de ser un obispo o algo así. ¿Qué hace aquí?

-¿Qué sabemos de la Iglesia ortodoxa griega? -preguntó su productor.

-Que no trabajan para el Papa. Sus sacerdotes pueden casarse. En cierta ocasión, los israelíes encarcelaron a uno por dar armas a los árabes, según creo -observó otro periodista.

-Conque los griegos se entienden con los árabes, pero no con el Papa. ¿Y con los israelíes?

-No lo sé -admitió el productor-. Tal vez convenga averiguarlo.

-Conque ahora son cuatro los grupos religiosos involucrados.

-¿El Vaticano participa realmente o sólo ofrece este lugar como terreno neutral? -preguntó el locutor.

-¿Cuándo ha ocurrido algo así? Si quieres terreno neutral, vas a Ginebra -comentó el cámara, a quien le gustaba Ginebra.

-¿Qué ocurre? -preguntó una de las investigadoras entrando en la cabina. El productor la puso al tanto.

-¿Dónde está ese maldito asesor? -gruñó el locutor.

-¿Puedes volver a pasar la filmación? -preguntó la investigadora.

El equipo del cuarto de controles lo hizo. Ella fijó la imagen.

-Dimitrios Stavarkos. Es el patriarca de Constantinopla... Estambul, Rick. Encabeza a todas las Iglesias ortodoxas, más o menos como el Papa. Las Iglesias ortodoxas griega, rusa y búlgara tienen sus propios jefes, pero todos responden al Patriarca. Es más o menos así.

-Ellos permiten que sus sacerdotes se casen, ¿no?

-Los sacerdotes sí... pero creo que, para llegar a obispo o más alto, hay que ser célibe...

-Pasivo -observó Rick.

-El año pasado, Stavarkos encabezó la batalla contra los católicos por la Iglesia de la Natividad... y la ganó, por añadidura, si mal no recuerdo. Lo cierto es que fastidió a unos

cuantos obispos católicos. ¿Qué diablos está haciendo aquí?

-¡Se supone que tú tendrías que decírnoslo, Angie! -exclamó el locutor.

-Tranquilo, Rick. -Angie Miriles estaba harta de tratar con aquel pelmazo. Dedicó un par de minutos a beber su café y por fin anunció-: Creo que lo tengo resuelto.

-¿Te molestaría informarnos?

-¡Bienvenido!

El cardenal D'Antonio besó a Stavarkos en ambas mejillas. La barba del hombre le resultaba desagradable, pero qué remedio. Condujo al Patriarca a la sala de conferencias. Había dieciséis personas sentadas alrededor de una mesa; Stavarkos ocupó una silla.

-Gracias por reunirse con nosotros -dijo el secretario Talbot.

-Una invitación de este tipo no se rechaza -replicó el Patriarca.

-¿Ha leído el dossier informativo? -Había sido entregado por mensajero.

-Es un plan muy ambicioso -reconoció Stavarkos, con cautela.

-¿Aceptará su papel en el trato?

«Esto va demasiado de prisa», pensó el Patriarca. Pero...

-Sí -respondió-. Pido plena autoridad sobre todos los templos cristianos de Tierra Santa. Si se acepta, participaré con gusto de este acuerdo.

D'Antonio logró mantener la expresión impávida. Dominando su respiración, oró rápidamente por la intervención divina. Nunca lograría decidir si la obtuvo o no.

-Es muy tarde para una exigencia tan desmedida.

Las cabezas se volvieron. Quien hablaba era Dmitri Popov, primer viceministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética.

-Además, es poco honorable buscar una ventaja cuando todos los presentes han cedido tanto. ¿Sería usted capaz de interponerse en la marcha del acuerdo sólo por eso? Stavarkos no estaba acostumbrado a reproches tan directos.

-El asunto de los templos cristianos no tiene una importancia directa para el acuerdo, excelencia -observó el secretario Talbot-. Nos desilusiona que usted condicione su disposición a participar.

-Tal vez he interpretado mal el dossier informativo -reconoció Stavarkos, cubriéndose los flancos-. ¿Podrían ustedes aclararme cuál sería mi situación?

-No es posible -resopló el locutor.

-¿Por qué? -replicó Angela Miriles-. ¿Encuentras otra cosa que tenga sentido?

-Es demasiado.

-Es mucho -reconoció Miriles-, pero ¿qué otra cosa concuerda?

-Lo creeré cuando lo vea.

-Quizá no lo veas. A Stavarkos no le gusta mucho la Iglesia católica romana. Esa batalla de la última Navidad fue terrible.

-¿Y cómo es posible que no hayamos informado sobre eso?

-Porque estábamos demasiado atareados hablando de la disminución de las ventas navideñas -«...pedazo de idiota», habría querido agregar la investigadora. Pero se abstuvo.

-¿Una comisión aparte? -A Stavarkos no le gustaba la idea.

-La Metropolitana quiere enviar a su propio representante -dijo Popov.

Dmitri Popov aún creía más en Marx que en Dios, pero la Iglesia ortodoxa rusa era rusa, y la participación de los rusos en el acuerdo tenía que ser real, por nimio que pareciera ese punto.

-Debo decir que el asunto me resulta curioso. ¿Demoramos el acuerdo hasta ver qué iglesia

Librodot

cristiana es la más influyente? El propósito de esta reunión es desactivar un posible motivo de guerra entre judíos y musulmanes, ¿y los cristianos se interponen? -preguntó Popov al cielo raso... con mucha teatralidad, según pensó D'Antonio.

-Es mejor que este asunto lateral lo analice una comisión de clérigos cristianos -se permitió decir, por fin, el cardenal D'Antonio-. Comprometo ante Dios mi palabra de que las disputas sectarias han llegado a su fin.

«No es la primera vez que oigo eso», recordó Stavarkos. Sin embargo, ¿podía darse el lujo de ser tan miserable? Recordó también lo que enseñaban las Escrituras, de las que creía hasta la última palabra. «Estoy quedando como un tonto, ¡delante de los romanos y los rusos!» Por añadidura, los turcos no hacían sino tolerar su presencia en Estambul... ¡Constantinopla!, y este asunto le ofrecía la oportunidad de obtener un gran prestigio para sus Iglesias y su cargo.

-Perdonen, por favor. He permitido que ciertos incidentes lamentables empañaran mi buen criterio. Sí, voy a apoyar este acuerdo y confiaré en que mis hermanos respeten su palabra.

Brent Talbot se reclinó en la silla, susurrando una plegaria de agradecimiento. Orar no estaba entre los hábitos del secretario de Estado, pero ¿quién podía evitarlo allí, en ese ambiente?

-En ese caso, creo que hemos llegado a un acuerdo.

Talbot miró en derredor de la mesa. Una tras otra, las cabezas fueron asintiendo; algunas, con entusiasmo; otras, con resignación. Pero todas asentían. Habían llegado a un acuerdo.

-Señor Adler, ¿cuándo estarán listos los documentos para rubricar? -preguntó D'Antonio.

-Dentro de dos horas, Su Eminencia.

-Su Alteza -dijo Talbot, levantándose-, Sus Eminencias, señores ministros... lo hemos conseguido.

Aunque resultara extraño, apenas comprendían lo que acababan de hacer. Aquello se había prolongado durante un tiempo y, como ocurre con todas las negociaciones parecidas, el proceso se había convertido en la realidad, mientras que el objetivo se transformaba en algo aparte. Ahora, de pronto, se encontraban en el sitio buscado; la maravilla del hecho les imponía una sensación de irrealidad que, pese a la experiencia colectiva en formular y alcanzar objetivos de política exterior, superaba sus percepciones. Cada uno de los participantes se puso de pie, imitando a Talbot. El movimiento, el estirarse de las piernas, aceleraron un poco las percepciones. Uno a uno fueron comprendiendo lo que acababan de hacer. Más aún: comprendieron que en verdad estaba hecho. Lo imposible sucedía.

David Askenazi caminó alrededor de la mesa hacia el príncipe Alí, que había representado a su país en las negociaciones, y le tendió la mano. Eso no era suficiente. El príncipe dio al ministro un abrazo fraternal.

-Ante Dios, David, habrá paz entre nosotros.

- Después de tantos años, Alí -replicó el israelí, ex comandante de tanques. En 1956 Askenazi había combatido en Suez como teniente; en 1967, como capitán, y su batallón de reserva había reforzado el Golán en 1973. Los dos quedaron sorprendidos ante el aplauso que estalló a su alrededor. El israelí rompió en lágrimas, abochornándose.

-No se avergüence, señor ministro -observó Alí, cortésmente-. Su coraje personal es bien conocido. Es adecuado que sea un soldado el que firme la paz, David.

-Tantas muertes. Tantos jóvenes magníficos que... por ambas partes, Alí. Tantos muchachos...

-Pero ya no habrá más.

-Su ayuda ha sido fundamental, Dmitri -dijo Talbot a su colega ruso, sentado en el otro extremo de la mesa.

-Es notable lo que puede ocurrir cuando cooperamos, ¿no? Lo que Talbot pensaba ya se le había ocurrido a Askenazi:

-Dos generaciones enteras arruinadas, Dmitri. ¡Cuánto tiempo perdido!

-No podemos recuperar el tiempo perdido -replicó Popov-. Pero podemos tener el buen tino de no seguir perdiéndolo. -El ruso esbozó una sonrisa torcida-. En momentos como éste

deberíamos brindar con vodka.

Talbot señaló con la cabeza al príncipe Alí.

-No todos bebemos.

-¿Cómo pueden vivir sin vodka? -se extrañó Popov, riendo entre dientes.

-Es uno de los misterios de la vida, Dmitri. Ambos tenemos que enviar telegramas.

-Por cierto, amigo mío.

Para cólera de los corresponsales en Roma, la que consiguió la primicia fue una periodista del Washington Post, en la capital estadounidense. Era inevitable. Tenía como fuente de información a una sargento de la Fuerza Aérea que hacía el mantenimiento electrónico del «VC-25A», nueva versión militar del Boeing «747» para el presidente. La sargento había sido preparada por la periodista. Todo el mundo sabía que el presidente iría a Roma. La cuestión era cuándo. En cuanto la sargento se enteró de que debía salir, llamó a su casa para asegurarse de que hubieran retirado de la tintorería su mejor uniforme. El hecho de que hubiera marcado otro número era un error inocente. Y por casualidad, la periodista había grabado sus palabras en su contestador automático. Esa sería su excusa si la pillaban. Pero en esa oportunidad no la atraparon. Difícilmente lo hicieran jamás.

Una hora después, en la habitual reunión matutina que mantenía el secretario de Prensa del presidente con los corresponsales en la Casa Blanca, la periodista del Post anunció un «dato sin confirmar», según el cual Fowler estaba a punto de viajar a Roma; ¿significaba eso que las negociaciones del tratado estaban en punto muerto o que habían llegado al éxito? Eso tomó por sorpresa al secretario de Prensa, pues apenas diez minutos antes le habían informado confidencialmente de que debía viajar a Roma. El secreto tenía tanto peso como la luz del sol en un día nublado. Sin embargo, se permitió mostrar sorpresa ante la pregunta, y eso sorprendió al hombre que esperaba filtrar la noticia, pero sólo después del almuerzo, en la reunión informativa de la tarde. «Sin comentarios», dijo con poca convicción. Los periodistas acreditados en la Casa Blanca olieron la sangre en el agua. Todos tenían ejemplares corregidos de la agenda presidencial y, desde luego, había nombres que podían comprobar.

Los ayudantes del presidente ya estaban haciendo llamadas para cancelar citas y presentaciones públicas. Ni siquiera el primer mandatario podía faltar a compromisos con ciertas personas importantes sin avisar; pero éstas podían guardar un secreto. Sin embargo, no así sus auxiliares y secretarias; era un fenómeno clásico del que dependía la Prensa libre: el que sabe algo no puede guardárselo, sobre todo si se trata de un secreto. Al cabo de una hora se obtuvo la confirmación de cuatro fuentes muy distintas: el presidente Fowler había cancelado todos los compromisos de los días siguientes. Estaba por viajar, y no iba a Peoría. Eso bastó para que todas las cadenas de Televisión interrumpieran los programas de juegos para informar la noticia; después se pasó inmediatamente a los anuncios publicitarios, dejando a millones de personas sin saber cuál era la solución del problema, pero informándoles sobre el mejor modo de limpiar las manchas de grasa en la ropa.

En Roma caía el atardecer de un día estival, bochornoso y húmedo, cuando en el centro de Prensa se informó que sólo tres cámaras, sin ningún corresponsal, podrían entrar en el edificio, cuyo exterior estaba sometido a severa vigilancia desde hacía semanas. En las casillas rodantes, cerca de cada cabina, los locutores de turno se hicieron maquillar y corrieron a sus sillas, a ponerse los auriculares y esperar una orden de los directores.

La imagen que apareció simultáneamente en los monitores de las cabinas y en los televisores del mundo entero mostraba la sala de conferencias. En ella había una larga mesa, con todos los asientos ocupados. El Papa ocupaba la cabecera; delante de sí tenía una carpeta de gran tamaño con cubierta de piel roja; los periodistas jamás se enterarían del momentáneo pánico padecido cuando alguien descubrió que ignoraba de qué tipo de piel se trataba y tuvo que consultar con el proveedor; por suerte, nadie se oponía a la piel de ternera.

Se había acordado que allí no se harían declaraciones. La información preliminar se daría en la ciudad capital de cada país participante; ya se estaban redactando floridos discursos para la formal ceremonia de las firmas. Un portavoz del Vaticano repartió una nota a todos los

Librodot

corresponsales de televisión. Decía, en resumen, que se había negociado un borrador del tratado con el que se resolvía la disputa de Oriente Medio, borrador que ya estaba listo para ser rubricado por los representantes de las naciones interesadas. Los documentos formales serían firmados por los jefes de Estado y/o los ministros de Exteriores, dentro de varios días. El texto del tratado aún no se podía divulgar; tampoco sus medidas. Esto no dio mucha alegría a los corresponsales, sobre todo porque comprendían que en las respectivas capitales otros periodistas conseguirían arrancar los detalles a los ministros de Exteriores.

La carpeta roja pasó de mano en mano. El orden de los firmantes, según la declaración del Vaticano, había sido determinada al azar; el primero resultó ser el ministro israelí, seguido del soviético, el suizo, el norteamericano, el saudí y el representante del Vaticano. Cada uno usó una estilográfica; el sacerdote que llevaba el documento de sitio a sitio aplicaba un secante curvado a cada serie de iniciales. La ceremonia no era gran cosa y terminó muy pronto. Siguieron los apretones de manos, arropados con un largo aplauso mutuo. Eso fue todo.

-Por Dios -dijo Jack, al ver aquellas imágenes televisadas.

Miró el fax del tratado definitivo; no era muy diferente del concepto original. Los saudíes habían hecho algunos cambios, al igual que los israelíes, los soviéticos, los suizos y el Departamento de Estado, naturalmente. Pero la idea original seguía siendo la suya... Excepto que también él había tomado ideas de muchos otros. Las ideas auténticamente originales eran pocas. En realidad, él no había hecho sino organizarlas y escoger el momento históricamente correcto para su aplicación. Eso era todo. De cualquier manera, ése fue el momento de más orgullo en toda su vida. Lástima que no hubiera nadie allí para felicitarlo.

En la Casa Blanca, la mejor redactora del presidente Fowler estaba ya trabajando en el primer borrador de su discurso. El mandatario norteamericano ocuparía el sitio preeminente en la ceremonia; a fin de cuentas, la idea había sido suya; era su discurso ante la ONU lo que los había reunido a todos en Roma. El Papa también hablaría. Todos hablarían, qué demonios, lo cual era un problema para la redactora de discursos, pues cada pieza oratoria debía ser original y no repetitiva. Comprendió que probablemente seguiría trabajando en ello mientras cruzaran el Atlántico en el «25A». Pero para eso le pagaban. Además, el avión tenía una impresora de láser.

Arriba, en el Despacho Oval, el presidente repasaba sus compromisos. Tendría que desilusionar a una delegación de boys-scouts, a la Reina del Queso de Wisconsin (o cualquiera fuese el título de la jovencita) y a muchos empresarios cuya importancia, dentro de sus pequeños estanques, palidecía al entrar por la puerta lateral del taller presidencial. Su secretaria de audiencias estaba dando aviso. A algunas personas, cuyas visitas eran importantes de verdad, se las estaba situando en cada minuto libre de las siguientes treinta y seis horas. Con eso el presidente pasaría un día y medio frenético, pero eso también era parte del trabajo.

-¿Y bien? - Fowler, al levantar la vista, vio que Elizabeth Elliot le sonreía desde la puerta de la antesala.

«Bueno, esto es lo que tú querías, ¿no? -pensó Liz-. Tu presidencia será eternamente recordada como aquella en la que se solucionaron, de una vez por todas, los problemas de Oriente Medio. Siempre que -admitió, en uno de sus raros momentos de lucidez objetiva-, siempre que todo funcione, lo cual no es seguro, en disputas como ésta.»

-Hemos hecho un servicio al mundo entero, Elizabeth.

Elliot comprendió que ese «hemos» significaba, en realidad, «he», pero le pareció justo. Bob Fowler había soportado los meses de campaña además de sus deberes como gobernador, los discursos interminables, aquello de besar bebés y de lamer culos, o acariciar a montones de periodistas cuyas caras cambiaban con más celeridad que sus preguntas, brutalmente repetitivas. Era una carrera de resistencia llegar a esa pequeña sala, asiento del poder ejecutivo. El proceso no llegaba a destrozar a los hombres (lástima que sólo hombres llegaran

allí, se dijo Liz), pero el premio de tanto esfuerzo era que la persona allí sentada obtenía todo el crédito. La gente asumía que era el presidente quien dirigía las cosas y tomaba las decisiones. Debido a eso, también era el presidente el que soportaba las pullas. Se lo hacía responsable de todo lo que iba bien y de todo lo que iba mal. En general, eso se refería a los asuntos domésticos: los aumentos del paro, las tasas de interés, la inflación (en los precios mayoristas y minoristas) y los todopoderosos indicadores económicos. Pero en raras ocasiones ocurría algo importante de verdad, algo que cambiaba el mundo. Elliot admitió para sí que Reagan sería recordado por la historia como el tipo que estaba allí cuando los rusos decidieron cambiar sus fichas marxistas; Bush había cobrado esa bolsa política. Nixon abrió las puertas a China y Carter, el que se acercó bastante a lo que volvería inolvidable a Fowler. Los votantes norteamericanos podían elegir a sus líderes políticos por asuntos triviales, pero la historia se hacía con lo importante. Lo que asignaba a un hombre unos cuantos párrafos en los textos de historia v en los volúmenes dedicados a los eruditos eran los cambios fundamentales en el mapa político internacional. Eso es lo que en verdad cuenta: los historiadores recuerdan a los que dan forma a los acontecimientos políticos (a Bismarck y no a Edison), enfocando los cambios técnicos de la sociedad como si fueran impulsados por factores políticos, aunque en opinión de la redactora tanto habría podido ser a la inversa. Pero la historiografía tiene sus propias reglas y con

venciones, que en poco se relacionan con la realidad, porque la realidad es algo demasiado grande, hasta para los académicos que trabajan años después de los acontecimientos. Los políticos juegan con esas reglas y eso les conviene, porque seguirlas significa que, cuando ocurre algo memorable, los historiadores los recordarán.

-¿Servicio al mundo? -contestó Elliot, al cabo de una larga pausa-Servicio al mundo. Me gusta como suena. Dicen que Wilson fue el hombre que nos mantuvo fuera de la guerra. De ti dirán que fuiste el hombre que puso fin a la guerra.

Fowler y Elliot sabían que, pocos meses después de ser reelegido con esa plataforma, Wilson había conducido a Estados Unidos a su primera guerra en el extranjero, la guerra para terminar con todas las guerras, como habían pensado los optimistas, mucho antes del Holocausto y pesadilla nuclear. Pero en esta oportunidad, pensaron ambos, había algo más que mero optimismo. La visión trascendente de Wilson con respecto a lo que el mundo podía ser estaba, al fin, al alcance de los personajes políticos que dan al mundo la forma por ellos elegida.

El hombre era druso, un infiel, pero se le respetaba. Tenía las cicatrices de su propia batalla contra los sionistas. Había combatido y tenía una condecoración por su coraje. Había perdido a su madre por culpa de las inhumanas armas sionistas. Y apoyaba al movimiento cuando se le pedía. Qati era un hombre que nunca perdía el contacto con lo fundamental. De muchacho había leído el Pequeño libro rojo del presidente Mao. Ese Mao era un infiel de la peor clase, por supuesto (se negaba a aceptar hasta la idea de un Dios y perseguía a quienes practicaban un culto), pero eso no venía a cuento. El revolucionario era un pez que nadaba en un mar de campesinos; mantener la buena voluntad de esa gente (o de un tendero, como en este caso) era la base de todo el éxito que pudiera disfrutar. Este druso había contribuido con el dinero que podía; en cierta oportunidad albergó en su casa a un herido, combatiente por la libertad. Esas deudas no se olvidaban. Qati abandonó su escritorio para saludar al hombre con un cálido apretón de mano y los someros besos de costumbre.

-Bienvenido, amigo mío.

-Gracias por recibirme, comandante.

El tendero parecía muy nervioso. Qati se preguntó qué problema tendría.

-Siéntese, por favor. Abdullah -llamó-, ¿quieres traer café a nuestro huésped?

-Es usted muy amable.

-Tonterías. Somos camaradas Su amistad no ha vacilado en... ¿cuántos años?

El tendero se encogió de hombros, sonriendo para sus adentros, pues su inversión estaba por rendir frutos. Qati y los suyos le daban miedo; por eso no los fastidiaba nunca. También mantenía a las autoridades sirias informadas de lo que hacía por ellos, pues desconfiaba igualmente de ellas. La mera supervivencia, en aquella parte del mundo, era una forma de arte y un juego de azar.

-He venido en busca de consejo -dijo, tras el primer sorbo de café.

-Entiendo. -Qati se inclinó hacia delante-. Será un honor prestarle ayuda. ¿Cuál es su problema, amigo?

-Se trata de mi padre.

-¿Qué edad tiene ahora? -preguntó Qati. El granjero les hacía regalos de vez en cuando; casi siempre, algún cordero. Aunque fuera sólo un campesino e infiel, por añadidura, compartía su enemigo con Qati y los suyos.

-Sesenta y seis. ¿Usted conoce su huerta?

-Sí, estuve allí hace algunos años, poco después de que los sionistas mataran a su madre -le recordó Qati.

-En su huerta hay una bomba israelí.

-¿Una bomba? Querrá decir una granada.

-No, comandante; una bomba. Lo que se puede ver de ella mide medio metro de diámetro.

-Comprendo. Y si los sirios se enteran...

-Exacto. Como usted sabe, las hacen estallar donde estén. Destruirían la casa de mi padre. -El visitante levantó el antebrazo izquierdo-. Yo no puedo servirle de mucho para reconstruirla y mi padre es demasiado viejo para hacerlo solo. He acudido a preguntar cómo podríamos retirar esa maldición.

-Ha acudido al mejor lugar. ¿Sabe usted cuánto tiempo hace que eso está allí?

-Según mi padre, cayó el mismo día en que me pasó esto.

-El tendero hizo otro ademán con su brazo arruinado.

-En ese caso, es seguro que ese día Alá sonrió a su familia.

«Vaya sonrisa», pensó el tendero, aunque asintió.

-Usted ha sido nuestro amigo más fiel. Podemos ayudarlo, por supuesto. Tengo a un hombre muy hábil para desarmar y retirar bombas israelíes; luego usa las piezas en hacer bombas para nosotros. -Qati se interrumpió para levantar un dedo admonitorio-. Esto es un secreto muy confidencial, no lo olvide.

El visitante se removió en su silla.

-Por mi parte, comandante, puede matar a todos los que guste. Y si puede hacerlo con la bomba arrojada por esos cerdos en la huerta de mi padre, rezaré por su éxito.

-Perdone, por favor, amigo mío. No fue mi intención molestarlo. Estoy obligado a decir esas cosas, como usted comprenderá.

El mensaje de Qati quedaba bien entendido.

-No lo traicionaré jamás -anunció el tendero, enérgico.

-Lo sé. -Era tiempo de demostrar fidelidad al mar de campesinos- Mañana enviaré a mi hombre a casa de su padre. Insh'Alláh -agregó. «Si Dios quiere.»

-Estoy en deuda con usted, comandante.

VIII. EL PROCESO PANDORA

Justo antes del crepúsculo, el avión presidencial despegó de la pista de la base Andrews. Las últimas treinta y seis horas habían sido malas para Fowler: informes y compromisos ineludibles. Pero los dos días siguientes serían aún peores; hasta los presidentes están sujetos a los cambios de la existencia humana normal; en este caso, las ocho horas de vuelo a Roma se sumaban a las seis de la diferencia horaria; el efecto físico sería agotador. Fowler, viajero experimentado, lo sabía. Hacía un par de días había cambiado sus horarios de sueño, a fin de

estar lo bastante cansado como para pasar la mayor parte del viaje durmiendo. El «VC-25A» tenía unas lujosas instalaciones que le harían el vuelo tan cómodo como «Boeing» y la Fuerza Aérea podían conseguirlo. El alojamiento presidencial estaba situado en el morro mismo. La cama, que en realidad era un sofá convertible, tenía dimensiones aceptables y un colchón seleccionado según su gusto personal. El tamaño del avión permitía, además, una adecuada separación (casi sesenta metros) entre el personal de administración y el de Prensa. Los periodistas iban en una sección cerrada de la cola; mientras su secretario de Prensa trataba con ellos en la popa, Fowler se reunía discretamente con su asesora de Seguridad Nacional. Pete Connor y Helen D'Agustino intercambiaron una mirada que habría parecido inexpresiva para un extraño, pero que la cerrada fraternidad del Servicio Secreto encontró muy expresiva. El agente de seguridad de la Fuerza Aérea que custodiaba la puerta se limitó a mirar hacia el mamparo de popa, tratando de no sonreír.

-Bueno, Ibrahim, ¿qué me dices de nuestro visitante? -preguntó Qati.

-Es fuerte, temerario y bastante astuto, pero no sé qué utilidad puede prestarnos -respondió Ibrahim Ghosn. Y relató la historia del policía griego.

-¿Le quebró el cuello? -Al menos el hombre no era un infiltrado... siempre que el policía hubiera muerto de verdad y aquello no fuera una complicada treta de norteamericanos, griegos, israelíes o Dios sabía quién.

-Como si fuese una ramita.

-¿Y sus contactos en Norteamérica?

-Son pocos. La Policía de su país lo busca. Dice que su grupo mató a tres policías y que hace poco asesinaron a su hermano en una emboscada.

-Es ambicioso para elegir enemigos. ¿Educación?

-Académicamente, pobre. Pero es inteligente.

-¿Preparación?

-Poco que pueda sernos útil.

-Pero es un norteamericano -señaló Qati-. ¿Cuántos de ellos hemos tenido?

-Eso es cierto, comandante -asintió Ghosn.

-¿Posibilidades de que pueda ser un infiltrado?

-Escasas, diría yo, pero debemos andarnos con cuidado.

-En todo caso, necesito que hagas algo.

-Qati explicó lo de la bomba.

-¿Otra? -Ghosn era experto en esa tarea, pero el encargo no lo entusiasmaba-. Conozco la granja. Ese viejo tonto... Y sé que su hijo combatió contra los israelíes y a usted le gusta el lisiado.

-Ese lisiado salvó la vida de un camarada. Fazi habría muerto desangrado si no le hubieran dado refugio en esa pequeña tienda. Y él no estaba obligado a hacerlo. Fue en una época en que los sirios estaban enfadados con nosotros.

-De acuerdo. Necesitaré un camión y unos cuantos hombres.

-Este nuevo amigo es fuerte, según dices. Llévalo contigo.

-Muy bien, comandante.

-Y ten cuidado.

-Insh'Allah.

Ghosn era casi licenciado por la Universidad Norteamericana de Beirut... casi, porque uno de sus profesores había sido secuestrado y otros dos habían abandonado el país. Eso privó a Ghosn de las nueve horas de clase necesarias para licenciarse de ingeniero. En realidad no necesitaba el título. Había sido el primero de su clase y aprendía mucho de los textos sin tener que escuchar las explicaciones de los instructores. Pasó bastante tiempo en laboratorios montados por él mismo. Nunca fue un soldado de vanguardia en el movimiento. Aunque sabía usar armas ligeras, su habilidad para manejar explosivos y aparatos electrónicos era tan

Librodot

valiosa que no lo arriesgaba. Además, era de aspecto juvenil, apuesto y de piel bastante clara; por eso viajaba con asiduidad, más o menos como agente de avanzada. Con frecuencia inspeccionaba los sitios de futuras operaciones, y con su memoria y su vista de ingeniero esbozaba mapas, determinaba las necesidades de equipamiento y proporcionaba apoyo técnico a los verdaderos operadores, que lo trataban con mucho más respeto del que habrían concedido a un extraño. Su coraje no admitía dudas. Había de-mostrado su bravura más de una vez, desactivando bombas y granadas dejadas por los israelíes en el Líbano; después reelaboraba los explosivos construyendo bombas propias. Ibrahim Ghosn hubiera sido un elemento muy útil en cualquiera de las diez o doce organizaciones profesionales del mundo. Ingeniero bien dotado, aunque autodidacta en gran parte, pertenecía a una familia palestina que había abandonado Israel en los tiempos de su fundación, con la esperanza de regresar cuando los Ejércitos árabes de la época borraran pronto y fácilmente a los invasores. Pero esa feliz circunstancia no se produjo; los recuerdos infantiles de Ibrahim se ambientaban en campamentos atestados, insalubres, donde la antipatía hacia Israel era un credo tan importante como el Islam. No podía ser de otro modo. Descartados por los israelíes, por ser personas que habían abandonado voluntariamente su país, ignorados en gran parte por las naciones árabes, que habrían podido facilitarles la vida, Ghosn y otros como él eran meros peones en un gran tablero cuyos jugadores nunca se habían puesto de acuerdo sobre las reglas. Odiar a Israel y sus aliados era tan natural como respirar; buscar el modo de eliminar a esas gentes era su misión en la vida. Nunca se le ocurrió preguntarse por qué. Ghosn tenía las llaves de un camión «GAZ-66», de fabricación checa. No era tan digno de confianza como un «Mercedes», pero sí mucho más fácil de conseguir; en este caso su organización, lo había obtenido, años antes, por intermedio de los sirios. En la parte trasera había un soporte en pirámide de fabricación casera. Ghosn y el norteamericano subieron a la cabina, junto con el conductor. Otros dos hombres viajaban en la plataforma de carga. El camión abandonó el campamento.

Marvin Russell examinó el terreno con el interés de un cazador en territorio nuevo. El calor era opresivo, pero no peor que el de los yermos de Dakota cuando soplaba el viento de verano; la vegetación (o la falta de ella) no se diferenciaba mucho de la que había visto en la reserva de su juventud. Lo que a otros parecía desierto era sólo un rincón polvoriento para aquel norteamericano criado en uno igual. Pero allí no había las grandes tormentas eléctricas (ni los tornados subsiguientes) de las planicies de su país. Las colinas eran más altas que las de Dakota. Era la primera vez que Russell veía montañas, altas, secas y tan calurosas que cualquiera jadeaba al escalarlas. «La mayoría sí», se dijo Marvin Russell. El podía hacerlo. Estaba en forma, en mejor forma que aquellos árabes.

Los árabes, parecían partidarios de las armas. Muchas armas; al principio vio bastantes fusiles rusos «AK-47», pero pronto distinguió cañones antiaéreos y alguna batería de misiles tierra-aire, tanques y cañones autopropulsados, del Ejército sirio. Ghosn reparó en el interés de su huésped y empezó a explicarle algunas cosas.

-Tenemos esto aquí para mantener a raya a los israelíes -dijo según sus propias convicciones-. Tu país arma a los israelíes y los rusos, a nosotros. -No agregó que la ayuda soviética era cada vez más esporádica.

-¿Han sido atacados, Ibrahim?

-Muchas veces, Marvin. Envían aviones, equipos de comando. Han matado a miles de los nuestros. Nos expulsaron de nuestras tierras, ¿sabes? Nos obligan a vivir en campamentos que...

-Sé a qué te refieres. En mi país se llaman reservas. -Eso era algo que Ghosn ignoraba-. Vinieron a nuestra tierra, la tierra de nuestros antepasados; exterminaron los búfalos, enviaron a sus ejércitos y nos masacraron. Sobre todo atacaban los campamentos de mujeres y niños. Nosotros tratamos de defendernos. En un sitio llamado Little Big Horn, que es el nombre de un río, liquidamos al regimiento del general Custer; nuestro jefe era Caballo Loco. Pero eso no impidió que siguieran llegando. Eran demasiados soldados y demasiadas armas. Se

apropiaron de las mejores tierras y nos dejaron la mierda, tío. Nos hacen vivir como a mendigos. Mejor dicho, como a animales, como si ni siquiera fuéramos personas, porque somos diferentes, porque hablamos de otro modo, porque tenemos otra religión. Hicieron todo eso porque nosotros habitábamos un lugar que ellos deseaban. Y nos sacaron de allí, como quien barre los desperdicios.

-Vaya -exclamó Ghosn, sorprendido de que su pueblo no fuera el único tratado de ese modo por los norteamericanos y sus vasallos israelíes-. ¿Cuándo ocurrió?

-Hace cien años. En realidad, se inició alrededor de mil ochocientos sesenta y cinco. Luchamos, tío, hicimos todo lo que pudimos, pero no teníamos muchas posibilidades. No teníamos amigos, ¿comprendes? Vosotros tenéis amigos, pero nosotros no. Nadie nos daba armas ni tanques. Así que ellos mataron a los más valientes. Cogieron a los líderes y los asesinaron: así murieron Caballo Loco y Toro Sentado. Después nos exprimieron y nos mataron de hambre hasta que no nos quedó sino rendirnos. Nos dejaron tierras de mierda, tierras polvorientas para habitar; nos enviaban comida suficiente para mantenernos con vida, pero no para que fuéramos gente fuerte. Cuando algunos de nosotros tratamos de defendernos como hombres... bueno, ya te he contado lo que le hicieron a mi hermano. Lo mataron en una emboscada, como a un animal. Y la Televisión lo filmó, para que la gente supiera qué pasa cuando un indio levanta la cabeza.

Ghosn comprendió que aquel hombre era realmente un camarada. No se trataba de un infiltrado. Su historia no se diferenciaba de la que podía contar cualquier palestino. Asombroso.

-¿Y por qué has venido aquí, Marvin?

-Tuve que irme antes de que me mataran, tío. No me enorgullezco de eso, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Esperar hasta que me tendieran una emboscada? -Russell se encogió de hombros-. Se me ocurrió que podía ir a algún lugar, buscar gente corno yo, tal vez aprender unas cuantas cosas: y luego regresar, quizá, para enseñar a mi pueblo a defenderse. -Russell sacudió la cabeza-. Demonios, quizá todo esto sea inútil, pero no voy a renunciar, ¿entiendes?

-Sí, amigo, entiendo. Lo mismo ocurre con mi pueblo desde antes de que yo naciera. Pero tú debes comprender que no es inútil. Mientras uno se levante para combatir, siempre hay esperanza. Por eso te persiguen, ¡porque te temen!

-Ojalá tengas razón, tío. -Russell miraba por la ventanilla abierta. El polvo le escocía en los ojos, a diez mil kilómetros de la patria-. ¿Qué vamos a hacer?

-Cuando vosotros luchabais contra los norteamericanos, ¿cómo conseguían armas tus guerreros?

-Sobre todo, cogiendo lo que ellos abandonaban.

-Lo mismo hacemos nosotros, Marvin.

Fowler despertó en mitad del Atlántico. Bueno, era la primera vez que lo hacía en avión. Se preguntó si algún otro presidente de EE.UU lo había hecho así, en viaje para ver al Papa y con su asesora de Seguridad Nacional. Miró por las ventanillas. Había mucha luz en esa zona tan septentrional (estaban cerca de Groenlandia); por un momento se preguntó si ya había amanecido. En un avión, desde luego, la pregunta era casi metafísica, pues la hora cambiaba mucho más rápido que en cualquier reloj.

También era metafísica su misión. Y quedaría en la memoria colectiva. Fowler conocía la historia. Aquello era algo único, no había ocurrido nunca. Tal vez se trataba del inicio de un proceso; tal vez, del fin. Pero lo que estaba en sus manos se expresaba simplemente: pondría fin a una guerra. El nombre de J. Robert Fowler quedaría unido a ese tratado de paz. La iniciativa correspondía a su presidencia. Su discurso ante la ONU había reunido en el Vaticano a las naciones del mundo. Sus subordinados llevaban a cabo las negociaciones. Su nombre sería el primero en los documentos. Sus fuerzas armadas asegurarían la paz. Sin duda se había ganado, un sitio en la historia. Eso era la inmortalidad, lo que todos los hombre; deseaban y pocos obtenían. ¿Su entusiasmo era desmedido? se preguntó con desapasionada

Librodot

reflexión.

El mayor temor de todo presidente ya no existía. Se había formulado esa pregunta desde el primer momento, cuando aún era fiscal y perseguía al capo de la mafia de Cleveland: «¿Qué pasa si uno, siendo presidente, tiene que oprimir el botón?» ¿Podría haberlo hecho? ¿Podría haber decidido que la seguridad de su país requería la muerte, de millones de seres humanos? Probablemente no. Era demasiado buen hombre para eso. Su trabajo consistía en proteger a la gente, en mostrarle el camino y conducirla por un sendero de bienestar. Tal vez la gente no siempre comprendiera que él tenía razón, que su visión era la correcta, la lógica. Fowler se sabía frío y altanero en esos casos, pero siempre tenía razón: de eso estaba seguro. Tenía que estar seguro de sí mismo y de sus motivaciones. Sabía que, si alguna vez se equivocaba, su convicción sería considerada mera arrogancia; muchas veces se había enfrentado a esa acusación. De lo único que no estaba seguro era de su capacidad de enfrentarse a una guerra nuclear.

Pero eso ya era pasado. Aunque nunca lo admitía públicamente, Reagan y Bush habían puesto fin a esa posibilidad cuando obligaron a los soviéticos a reconocer sus propias contradicciones y a cambiar su modo de vida. Y todo eso había sucedido en paz, porque los hombres eran más inteligentes que las bestias. Siempre habría puntos delicados, pero en tanto él hiciera bien su trabajo podría mantenerlos a raya... y el viaje que hacía ahora pondría fin al más peligroso problema pendiente en el mundo, el único que ningún Gobierno reciente había podido resolver. Lo que no habían hecho Nixon y Kissinger, lo que derrotara los valientes esfuerzos de Carter, los pocos decididos intentos de Reagan y las tretas bien intencionadas de Bush y su propio antecesor, aquello en lo que todos habían fracasado, sería cumplido por Bob Fowler. Cabía regodearse en esa idea. No sólo se abría paso en los libros de historia, sino que el resto de su mandato sería mucho más manejable. Además aseguraría su segundo período, con una mayoría de cuarenta y cinco Estados, y un sólido control del Congreso. Podría llevar a cabo sus amplios programas sociales. Con logros históricos como aquél venían el prestigio internacional y el mayoritario apoyo doméstico. Era poder del mejor, ganado del mejor modo, y se podía aplicar al mejor de los usos. Con un golpe de estilográfica (de varias, en realidad, pues ésa era la costumbre), Fowler se convertía en un gigante entre los dioses y en un buen hombre entre los poderosos. Nunca, en su generación, un hombre había tenido un momento como aquél. Tal vez ni siquiera en un siglo. Y nadie podría arrebatárselo.

El avión volaba a trece mil metros, a una velocidad en tierra de seiscientos treinta y tres nudos. El emplazamiento de su camarote le permitía mirar hacia delante, como debe hacerlo un presidente, y hacia abajo, hacia un mundo cuyos asuntos estaba manejando muy bien. El viaje era suave como la seda y Bob Fowler estaba por hacer historia. Miró a Elizabeth, que yacía de espaldas, con la mano derecha detrás de la cabeza y las mantas en la cintura, dejando al descubierto aquel cuerpo encantador. Mientras casi todos los pasajeros se removían en los asientos, tratando de dormir un poco, él miraba. En aquellos momentos Fowler no quería dormir. El presidente se sentía más hombre que nunca; un gran hombre, sin duda, pero en ese momento sólo un hombre. Deslizó una mano por aquellos pechos. Elizabeth abrió los ojos y sonrió, como si en sueños le hubiera leído los pensamientos.

«Igual que en casa», se dijo Russell. La vivienda no estaba hecha de bloques, sino de piedras, y el tejado no era de cabaña, pero el polvo era el mismo y también la patética huerta. Y el hombre bien habría podido pasar por un sioux, por el cansancio de sus ojos, la espalda encorvada, las manos viejas y torcidas de quien ha sido derrotado por otros.

-Debe de ser aquí -dijo, mientras el camión aminoraba la marcha.

-El hijo de este anciano combatió contra los israelíes y fue gravemente herido. Ambos son amigos nuestros.

-A los amigos hay que cuidarlos -concordó Marvin.

El camión se detuvo y Russell tuvo que saltar afuera para permitir que Ghosn descendiera.

-Ven conmigo. Voy a presentarte.

Al norteamericano todo le pareció de una formalidad asombrosa. No entendía una palabra, desde luego. Tampoco era necesario. Era reconfortante ver el respeto con que su amigo Ghosn trataba al viejo. Tras algunos comentarios, el granjero miró a Russell e inclinó la cabeza; eso puso muy incómodo a Marvin, que le tomó suavemente la mano para estrechársela a la manera de su pueblo, murmurando algo que Ghosn tradujo. Luego el granjero los condujo a su huerta.

-Maldita sea -observó Russell al verla.

-Una bomba norteamericana, «Mark 84», de mil kilos, creo -dijo Ghosn, impasible. De inmediato notó que se equivocaba... El morro no era como... claro que estaba aplastado y deformado... pero de un modo extraño... Dio las gracias al granjero y le indicó por señas que volviera a su casa-. Primero debemos desenterrarla. Con cuidado, con mucho cuidado.

-Yo me encargo de eso -dijo Russell. Volvió al camión y cogió una pala plegable de diseño militar.

-Tenemos gente para...

El norteamericano interrumpió a Ghosn.

-Deja que lo haga yo. Pondré cuidado.

-No la toques. Usa la pala para cavar a su alrededor, pero sólo las manos para retirar la tierra de la bomba misma. Te lo advierto, Marvin, esto es muy peligroso.

-Entonces será mejor que retrocedas. -Russell se volvió con una amplia sonrisa. Tenía que demostrar su valentía ante aquel hombre. Matar al policía había sido fácil. Esto era diferente.

-¿Piensas que abandonaré a mi camarada en peligro? -preguntó Ghosn retóricamente.

Sabía que ésa habría sido la actitud inteligente, la que habría adoptado si fueran los suyos quienes estuvieran cavando, porque su capacidad era demasiado valiosa como para arriesgarla estúpidamente. Pero no podía mostrar debilidad delante del norteamericano. Además, prefería observarlo, para ver si era tan valiente como parecía.

No se llevó una desilusión. Russell se desnudó hasta la cintura y se puso de rodillas para cavar alrededor de la bomba. Hasta ponía cuidado en no dañar la huerta, mucho más del que hubieran puesto los hombres de Ghosn. Tardó una hora en hacer una zanja de poca profundidad alrededor del aparato, amontonando la tierra en cuatro pulcros montículos. Ghosn ya sabía que allí había algo raro. No se trataba de una «Mark 84». Tenía más o menos el mismo tamaño, pero la forma era distinta y el receptáculo... era diferente. La «Mark 84» tenía un receptáculo fuerte, hecho de acero, que el explosivo, al detonar, convertía en un millón de mortíferos fragmentos afilados como navajas. Pero aquélla no. En dos sitios había roturas visibles y el revestimiento no era lo bastante grueso para ese tipo de bombas. ¿Qué demonios podía ser?

Russell se acercó un poco más y con las manos apartó la tierra de la superficie. Era minucioso y prudente. Aunque bañado en sudor, no cedió en su esfuerzo siquiera por un instante. Los músculos del brazo se le tensaban, provocando la admiración de Ghosn. Aquel hombre tenía una fuerza física que no había visto hasta entonces. Ni siquiera los paracaidistas israelíes tenían ese aspecto formidable. Había extraído casi una tonelada de tierra, pero apenas mostraba señales de fatiga; sus movimientos eran tan parejos y poderosos como los de una máquina.

-Espera un minuto -dijo Ghosn-. Voy a buscar mis herramientas.

-De acuerdo -replicó Russell, sentándose con la mirada fija en la bomba.

Ghosn volvió con una mochila y una cantimplora, que entregó al norteamericano.

-Gracias, tío. Aquí hace un poco de calor, ¿eh? -Russell bebió medio litro de agua-. ¿Y ahora?

Ghosn tomó un pincel de la mochila y empezó a cepillar la tierra que quedaba en la bomba.

-Ahora deberías alejarte -advirtió.

-Qué va, Ibrahim. Si no te importa, me quedo.

-Esta es la parte peligrosa.

-Tú te quedaste conmigo, hombre.

-Como prefieras. Ahora estoy buscando la espoleta.

-¿No está en el morro? -se extrañó Russell.

-Suele haber una en el morro (que aquí parece faltar, porque eso es sólo una tapa a rosca), una en el medio y otra en la cola.

-¿Y cómo es que no tiene aletas? -preguntó Russell.

-Probablemente se desprendieron al chocar contra el suelo. Con frecuencia las encontramos diseminadas por la superficie.

-¿Quieres que descubra la parte trasera?

-Con muchísimo cuidado, Marvin. Por favor.

-No te preocupes.

Russell rodeó a su amigo y siguió quitando tierra de la parte posterior de la bomba. Ghosn era un tipo frío, el muy bastardo. Marvin estaba aterrorizado de verse tan cerca de aquella carga de explosivos, pero no estaba dispuesto a demostrarlo. Ibrahim podía ser un alfeñique, pero había que tener cojones para lidiar con una bomba como aquélla. Notó que Ghosn retiraba la tierra como si estuviera pasando el pincel por las tetas de una chica; por tanto, adoptó la misma cautela. Diez minutos después había descubierto la parte trasera.

-¿Ibrahim?

-¿Qué ocurre? -dijo Ghosn, sin mirarlo.

-Aquí no hay nada. La parte de atrás es sólo un maldito agujero.

Ghosn apartó el pincel del receptáculo y se volvió a mirar. Eso era extraño. Pero tenía otras cosas que hacer.

-Gracias. Ya puedes dejar de trabajar. Todavía no he hallado la espoleta.

Russell retrocedió para sentarse en un montículo de tierra y vació la cantimplora. Luego se dirigió hacia el camión. Los tres hombres y el granjero permanecían de pie; el anciano observaba todo a campo abierto; los otros, más cautelosos, lo hacían parapetados tras las paredes de piedra de la casa. Russell arrojó a uno de ellos la cantimplora vacía y recibió una llena de la misma manera. Después de enseñar el pulgar en alto, volvió hacia la bomba.

-Descansa un minuto y toma un trago -dijo.

-Buena idea -reconoció Ghosn, dejando el pincel junto a la bomba.

-¿Has descubierto algo?

-Un enchufe de conexión, nada más.

Eso también era extraño, se dijo Ghosn mientras destapaba la cantimplora. No había marcas esparcidas: sólo una etiqueta roja y plateada cerca del morro. Los códigos de color eran habituales en las bombas, pero él nunca había visto uno como aquél. ¿Qué diantre era aquello? Tal vez una FAE, algún tipo de receptáculo viejo y obsoleto que él nunca había visto. Después de todo, había caído en 1973; tal vez estaba fuera de servicio desde entonces. Eso no le gustó. Si se trataba de algo desconocido para él, podía darle una sorpresa desagradable. Para entenderse con esas cosas tenía un manual de origen ruso, aunque impreso en árabe. Ghosn se lo sabía de memoria, pero en sus páginas no se describía nada parecido. Y eso lo asustaba de verdad. Ibrahim bebió un largo trago de la cantimplora y se echó un poco de agua en la cara.

-Tranquilo, tío-dijo Russell, viéndolo tenso.

-Este trabajo nunca es fácil, amigo, y siempre da mucho miedo.

-Pues pareces muy sereno, Ibrahim.

No mentía. Mientras Goshn retiraba el polvo parecía un médico decidido a hacer una operación muy difícil. Marvin se repitió que el pequeño tenía cojones.

Ibrahim se volvió con una amplia sonrisa.

-En realidad estoy aterrorizado. No sabes cómo detesto hacer eso.

-Pues tienes un buen par ahí abajo, tío. No es broma.

-Gracias. Tendrías que apartarte, de veras.

Russell escupió a la tierra.

-Me cago en ella.

-No te será fácil. -Ghosn sonrió-. Y si ella reacciona, tal vez no te guste.

-Supongo que cuando estas hijas de puta pedorrean la tierra tiembla.

Ghosn estalló en risotadas.

-¡Por favor, Marvin, estoy trabajando! -«Este hombre me gusta -pensó-. Aquí somos demasiado serios. ¡Me gusta este norteamericano!»

Tuvo que esperar unos minutos hasta calmarse lo suficiente como para reanudar el trabajo.

Otra hora de cepillado no puso nada al descubierto. El receptáculo tenía costuras y hasta una especie de extraña escotilla, pero espoleta no. Si la había, debía de estar abajo. Russell apartó otro poco de tierra para que Ghosn pudiera continuar su búsqueda, pero tampoco encontró nada. Entonces decidió examinar la parte posterior.

-Por favor, busca en la mochila. Hay una linterna. Russell se la tendió.

Ibrahim se echó de bruces en la tierra, contorsionándose para mirar dentro del agujero. Estaba oscuro, por supuesto; encendió la linterna... Vio unos cables y otra cosa, una especie de armazón metálico. Calculó que tenía unos ochenta centímetros... y si eso era una bomba, no podía tener tanto espacio vacío. Conque... Conque... Ghosn arrojó la linterna al norte-americano.

-Acabamos de malgastar cinco horas -anunció.

-¿Cómo?

-No sé qué es, pero no se trata de una bomba. -Al incorporarse sintió un estremecimiento.

-¿Y qué coño es?

-Hay una especie de sensor electrónico, tal vez un sistema de alarma. Tal vez sea una cámara; la lente debe de estar abajo. Lo importante es que no se trata de una bomba.

-¿Y ahora?

-Nos la llevamos. Podría ser valiosa. Tal vez a los rusos o los sirios les interese comprarla.

-Conque el viejo estaba afligido por nada.

-En efecto. -Ghosn se levantó y ambos volvieron al camión-. Ya no hay peligro -aseguró al granjero. Lo mejor era decirle lo que el viejo deseaba oír. ¿Para qué confundirlo con detalles? El anciano le besó las manos e hizo lo mismo con el norteamericano, abochornándolo un poco.

El conductor maniobró con el camión en dirección inversa y retrocedió hacia la huerta, tratando de no aplastar los surcos de hortalizas. Russell vio cómo dos de los hombres llenaban seis bolsas de arena y las subían al vehículo. Luego pasaron una cadena alrededor de la bomba y empezaron a levantarla con la grúa. La bomba (o lo que fuera) resultó más pesada de lo que esperaban; Russell se hizo cargo de la manivela, exhibiendo su fuerza una vez más. Los árabes hicieron girar el soporte en pirámide hacia delante, mientras él depositaba la bomba en el nido de bolsas de arena. Unas cuantas cuerdas la aseguraron y eso fue todo.

El granjero les llevó té y pan, e insistió en que comieran antes de irse. Ghosn aceptó su hospitalidad con la humildad debida. A la carga del camión se agregaron cuatro corderos.

-Has hecho una buena obra -comentó Russell, mientras arrancaban.

-Tal vez -replicó Ghosn, agotado.

La tensión fatigaba mucho más que el trabajo en sí, aunque el norteamericano parecía resistir bien ambas cosas. Dos horas después estaban de nuevo en el valle de la Bekaa. La bomba (Ghosn no sabía qué otro nombre darle) fue depositada sin más delante de su taller; después, los cinco se dedicaron a un festín de cordero fresco. Para sorpresa de Ghosn, el norteamericano nunca había probado el cordero; por tanto, le prepararon debidamente aquel manjar tradicional de los árabes.

-Aquí hay algo interesante, Bill -anunció Murray, entrando en el despacho del director.

-¿De qué se trata, Danny? -Shaw levantó la vista de su agenda.

-En Atenas mataron a un policía y creen que fue un norte-americano.

Librodot

Murray le dio los detalles.

-¿Le quebró el cuello con sus manos? -se extrañó Shaw. -En efecto. El policía era flacucho, pero...

-Por Dios. Bien, veamos. -Murray le entregó la foto-. ¿Le conoces, Dan? La foto no es ninguna maravilla.

-Al Denton dice que podría tratarse de Marvin Russell. Está jugando con su ordenador sobre la diapositiva original. No había huellas ni nada por el estilo. El coche estaba a nombre de alguien que probablemente no ha existido nunca. El conductor del otro vehículo era un desconocido. Pero éste responde a la descripción de Russell: bajo y robusto, con pómulos y tez de indio. La ropa es norteamericana. La maleta también.

-Conque se fue del país después de que cayera su hermano... Una decisión inteligente -apreció Shaw-. Se supone que éste era el inteligente, ¿no?

-Tan inteligente que formó equipo con un árabe.

-¿Te parece? -Shaw examinó la otra cara de la fotografía-. Podría ser griego o de cualquier país del mediterráneo. La tez es un poco clara para un árabe. Pero es una cara bastante común. Y dices que nadie lo conoce. ¿Llamaron por pura intuición, Dan?

-Sí -asintió Murray-. Busqué en los archivos. Hace unos años, un informante confidencial nos dijo que Marvin hizo un viaje al Este en el que estableció contactos con el Frente de Liberación de Palestina. Atenas es un lugar conveniente para esos asuntos. Terreno neutral.

-Y también es buen lugar para establecer contactos si se traficó con drogas -sugirió Shaw-. ¿Qué información actualizada tenemos de Marvin?

-Muy poca cosa. El mejor informante confidencial que tenemos allí está en la cárcel. Participó en una pelea con un par de policías de la reserva.

Shaw gruñó. El problema de los informantes confidenciales era, desde luego, que en su mayoría eran delincuentes: hacían cosas ilegales y acababan en la cárcel. Eso establecía su autenticidad, pero también los operaba por un tiempo. Así eran las reglas del juego.

-Bien -dijo el director del FBI-. ¿Qué se te ocurre?

-Con un pequeño esfuerzo, podemos sacar al informante por buena conducta y ponerlo otra vez en la Sociedad de Guerreros. Si esto es una conexión terrorista, será mejor que rastreemos algunas pistas. Si se trata de drogas, lo mismo. Interpol dice que no tiene nada sobre el conductor. No tiene fotos de él; tampoco se lo relaciona con el terrorismo ni con las drogas. Los griegos están en un callejón sin salida. Con los datos del automóvil no llegaron a nada. Les han matado a un sargento y sólo tienen dos caras sin nombre. Como último re-curso, nos enviaron la foto, suponiendo que el tipo era norte-americano.

-¿Y el hotel?

-Lo tienen identificado. Es decir: saben que estuvo en uno de dos lugares. Ese día se marcharon diez personas con pasaporte norteamericano. Pero se trata de dos hoteles pequeños, donde los pasajeros llegan y se van continuamente, y no se obtuvo nada que sirviera para la identificación. El personal tiene mala memoria. Ya conoces ese tipo de hotel. ¿Quién puede asegurar que nuestro amigo haya estado allí? Los griegos quieren que investiguemos los nombres que figuran en el libro de registro -concluyó Murray.

Bill Shaw le devolvió la foto.

-Eso es bastante sencillo. Adelante.

-Ya se está haciendo.

-Bien. Partimos de la base que estos dos tuvieron algo que ver con el asesinato. Diremos al fiscal de distrito que nuestro informante ya ha pagado su deuda con la sociedad. Es hora de que acabemos de una vez por toda con esos «guerreros». -Shaw había ganado sus galones luchando contra el terrorismo y seguía detestando a esos criminales más que a ninguno.

-Sí; voy a investigar una posible vinculación con drogas. En un par de semanas deberíamos tenerlo localizado. -Muy bien, Dan.

-¿Cuándo llega el presidente a Roma? -preguntó Murray. -Bastante pronto. Eso sí que es importante, ¿no?

-Y que lo digas. Será mejor que Kenny se busque otro trabajo. Pronto habrá paz.

Shaw sonrió.

-¿Quién lo hubiera dicho? Bueno, podemos conseguirle una credencial y una pistola para que se gane la vida honradamente.

La seguridad presidencial se completó con una escuadrilla de cuatro cazas «Tomcat» de la Marina, que siguieron al «VC-25A» a una distancia de siete u ocho kilómetros, mientras un sofisticado aparato de vigilancia electrónica controlaba que nada se acercara al Fuerza Aérea Uno. El tráfico civil habitual fue desviado; y los alrededores del aeropuerto militar utilizado para la llegada fueron sometidos a una minuciosa inspección. Allí estaba ya la limusina blindada del presidente, transportada pocas horas antes por un «C-141B» de la Fuerza Aérea, junto con soldados y policías italianos en cantidad suficiente para desalentar a todo un regimiento de terroristas. El presidente Fowler salió del lavabo, afeitado y refulgente, con la corbata anudada de un modo exquisito y una sonrisa que Pete y Daga no le habían visto nunca. «Es natural», se dijo Connor. El agente no moralizaba tanto como D'Agustino. Después de todo, el presidente era un hombre y, como casi todos los presidentes, se sentía solo; más aún tras la pérdida de su esposa. Aunque Elliot era una zorra arrogante, tenía su atractivo. Y si era lo que hacía falta para aliviar el estrés y las presiones del cargo, todo estaba bien. El presidente tenía que relajarse para que el cargo no lo agotara (como había agotado a otros), porque eso no le hacía ningún bien al país. Mientras HALCÓN no incumpliera las leyes fundamentales, Connor y D'Agustino protegerían tanto su intimidad como sus placeres. Pete lo comprendía. Daga se limitaba a lamentar su mal gusto. E. E había salido un rato antes de los compartimientos presidenciales, vestida con algo muy bonito. Antes de aterrizar se reunió con el presidente en el sector del comedor, para tomar cafe con rosquillas. Sin duda la mujer era atractiva y aquella mañana, más que nunca. La agente especial Helen D'Agustino se dijo que bien podía ser buena en la cama. Por cierto, ella y el presidente eran los que mejor habían descansado de cuantos viajaban en el avión. Aquellos periodistas imbéciles (el Servicio Secreto, como institución, detestaba a la Prensa) habían pasado todo el viaje revolviéndose en los asientos y tenían mal aspecto, pese a sus expresiones optimistas. La más demacrada era la redactora del presidente, que había trabajado toda la noche, sin interrumpirse más que para tomar café y estimulantes, para entregar finalmente el discurso a Arnie van Damm apenas veinte minutos antes del descenso. Fowler lo leyó durante el desayuno y quedó encantado.

-¡Es una maravilla, Callie! -El presidente dedicó una brillante sonrisa a la agotada redactora, que tenía la elegancia literaria de un poeta. Y asombró a todos los presentes dando un abrazo a la joven, que aún no había cumplido los treinta años. Los ojos de Callie Weston se llenaron de lágrimas-. Descansa y disfruta de Roma.

-Será un placer, señor presidente.

El avión se detuvo en el sitio fijado. Inmediatamente se pusieron las escaleras móviles y se desplegó una alfombra roja desde el último peldaño hasta otra alfombra más larga, que a su vez llegaba hasta el podio. El presidente y el primer ministro de Italia ocuparon sus correspondientes sitios, junto con el embajador de EE.UU. y los habituales agregados, entre los que había algunos exhaustos encargados de protocolo, que habían tenido que planificar esa ceremonia literalmente durante el vuelo. Un sargento de la Fuerza Aérea abrió la puerta del avión. Los agentes del Servicio Secreto miraron hacia fuera, suspicaces, buscando alguna señal de disturbios, y sus ojos se encontraron con los de otros agentes del equipo de avanzada. Cuando apareció el presidente, la banda de la Fuerza Aérea italiana tocó su charanga de bienvenida, que no era la tradicional Ruffles and Flourishes norteamericana.

El presidente bajó solo por la escalera, reflexionando en que pasaba de la realidad a la inmortalidad. Los periodistas notaron que su paso era elástico y relajado, y le envidiaron el haber podido dormir, en majestuosa soledad, en una cómoda cama. El sueño era el único remedio seguro para los efectos del viaje aéreo, y era evidente que Fowler había disfrutado de un buen descanso. Su fino traje estaba recién planchado (el avión presidencial disponía de

todas las comodidades), sus zapatos brillaban y su aspecto personal era de una perfección absoluta. Avanzó hacia el embajador norteamericano y su esposa, que lo acompañaron hasta donde estaba el presidente italiano. La banda tocó Star spangled banner. A continuación se efectuó la tradicional revista de tropas. Siguió un breve discurso que apenas esbozaba la elocuencia a demostrar más adelante. En total pasaron veinte minutos antes de que Fowler subiera a su limusina, junto con el embajador, la doctora Elliot y sus guardaespaldas personales.

-Es la primera ceremonia de que disfruto -fue la evaluación de Fowler.

Todos estuvieron de acuerdo en que los italianos habían organizado las cosas con elegancia.

-Quiero tenerte cerca, Elizabeth. Hay algunos aspectos del acuerdo que debemos repasar juntos. También necesito a Brent.

-¿Cómo está? -preguntó Fowler al embajador.

-Cansado, pero bastante satisfecho de sí mismo -respondió el embajador Coates-. La última sesión de las negociaciones duró más de veinte horas.

-¿Qué dicen los periodistas de este país? -preguntó E. E.

-Están eufóricos, como todos. Este es un gran día para el mundo entero. -«Y está ocurriendo en mi propio terreno y yo estaré aquí para verlo -se maravilló Jed Coates para sus adentros-. Pocas veces tenemos la oportunidad de ver cómo se hace la historia.»

-Bueno, eso ha estado bien.

El Centro Nacional de Comando Militar (CNCM) está situado en el Círculo D del Pentágono, y es una de las pocas instalaciones gubernamentales que se parece a su representación hollywoodense. Se trata de un lugar cuyo tamaño y proporciones corresponden aproximadamente a los de una pista de baloncesto, con dos plantas. El CNCM es, en esencia, la central telefónica de los militares estadounidenses, aunque no la única (la alternativa más próxima es Fort Ritchie, en las colinas de Maryland), pues resultaría muy fácil destruirla; es, sí, la mejor situada. Los personajes importantes que desean conocer las partes más atractivas del Pentágono suelen visitarla, para gran fastidio del personal, que la considera pura y simplemente su lugar de trabajo.

Contigua a la CNCM hay una sala más pequeña, donde se puede ver una serie de ordenadores personales «IBM PC/AT>, (modelos viejos, con discos blandos de 5,25 pulgadas); es la línea caliente: el punto de comunicación directa entre los presidentes norteamericano y soviético. El «nódulo» de la CNCM no era el único, pero sí el principal. Ese hecho no era muy conocido en América, pero había sido revelado deliberada-mente a los soviéticos. Era necesario que hubiera alguna clase de comunicación directa entre los dos países, aun durante una guerra nuclear, y podía ser útil que los soviéticos tuvieran la certeza de disponer de una conexión. Así lo habían decidido algunos «expertos» tres décadas atrás, como seguro de vida para la zona.

En opinión de James Rosselli, capitán de la Marina norte-americana, eso era una estupidez de teóricos. El hecho de que nadie lo hubiera puesto en tela de juicio constituía un ejemplo más de la estupidez reinante en Washington en general y en el Pentágono en particular. Con tanta idiotez como la que se generaba dentro del distrito federal, aquello era sólo uno de los tantos hechos aceptados como si fueran el Evangelio, aunque no tuvieran sentido. Para Rosey Rosselli, Washington era un área de 500 kilómetros cuadrados rodeada de realidad. Dudaba de que las leyes de física tuvieran aplicación allí. En cuanto a las leyes de la lógica, había renunciado a ellas mucho tiempo antes.

«Servicio conjunto», gruñó Rosey para sus adentros. El último intento del Congreso por reformar el Ejército (algo que éste era singularmente incapaz de hacer por sí mismo) disponía que, si un oficial aspiraba a los rangos más altos (¡como si hubiera alguien que no aspirara a

ellos!) debía pasar una temporada en estrecho contacto con colegas de otras armas militares. A Rosselli nunca le habían explicado el contacto con un oficial de Artillería podía ayudarle a dirigir mejor un submarino, pero al parecer a nadie le importaba. Simplemente, se aceptaba como artículo de fe que la mestización cruzada era conveniente para algo; por ende, se arrancaba de su especialidad profesional a los mejores oficiales y se los metía en asuntos de los que no sabían nada. Nunca aprendían a actuar en el nuevo puesto, desde luego, pero tal vez aprendieran lo suficiente para resultar peligrosos, además de desactualizarse en sus verdaderas funciones. Así encaraba el Congreso la reforma militar.

-¿Café, capitán? -preguntó un cabo del Ejército.

-Sí, pero descafeinado -respondió Rosey. «Si mi humor empeora un poco más, acabaré por golpear a alguien.»

Trabajar allí era conveniente para su carrera. Rosselli lo sabía, y también sabía que, si estaba allí, era en parte por su culpa. Se había especializado en submarinos y un poco en espionaje. Ya había cumplido su período en la sede de Inteligencia naval, en Suitland, Maryland, cerca de la base Andrews de la Fuerza Aérea. Por lo menos, allí estaba más cerca de su casa; le habían asignado una vivienda oficial en la base Bolling de la Fuerza Aérea; para llegar desde allí hasta el Pentágono le bastaba cruzar la ruta interestatal y ocupar su plaza del aparcamiento reservado; ésta era otra ventaja de trabajar en la CNCM, por la cual todos estaban dispuesto a derramar sangre.

En otros tiempos, trabajar allí era más o menos estimulante. El recordaba la ocasión en que los soviéticos habían derribado al «Boeing 747» y algunos otros incidentes; durante la guerra del Golfo debió de ser un caos estupendo..., cuando el oficial de guardia no se veía obligado a responder a interminables preguntas sobre lo que estaba ocurriendo, formuladas por cualquier pelmazo que hubiera conseguido el número de la línea directa. Pero ahora...

Ahora, tal como acababa de ver en el televisor de su escritorio, el presidente estaba por desactivar la mayor bomba diplomática pendiente en el mundo. Pronto el trabajo de Rosselli se reduciría a recibir llamadas sobre siniestros en el mar, aviones estrellados o sobre algún soldado estúpido que se había dejado aplastar por un tanque. Esas cosas eran graves, pero no despertaban su interés profesional. Y allí estaba Rosselli. Ya tenía terminado el trabajo burocrático del día; Jim Rosselli se portaba bien con los papeles (en la Marina había aprendido a barajarlos con la ayuda de un personal estupendo); el resto del día se limitaría a estarse sentado, esperando que ocurriera algo. Por desgracia, Rosselli no estaba hecho para esperar, sino para actuar. ¿Y quién deseaba que ocurriera un desastre, después de todo?

-Tendremos un día tranquilo. -Era el oficial ejecutivo de Rosselli: el teniente coronel Richard Barnes, piloto de la Fuerza Aérea.

-Creo que tienes razón, Rocky. -« ¡Justo lo que yo quería!» Rosey miró el reloj. El turno era de doce horas y faltaban cinco-. Demonios, qué tranquilo se está volviendo el mundo.

-Desde luego. -Barnes se giró hacia la pantalla. «Bueno, ya tengo a mis dos Migs por sobre el golfo Pérsico. Por lo menos no he perdido el tiempo por completo.»

Rosselli se levantó, decidido a dar un paseo. Los oficiales del turno supusieron que lo hacía para asegurarse de que estuvieran ocupados. Un civil de alto rango continuó resolviendo ostentosamente su crucigrama; era su hora de almorzar y él prefería comer allí antes que ir a una de las cafeterías, casi desiertas, porque allí podía mirar la televisión. Rosselli se desvió hacia la izquierda, y entró en el cuarto de la línea caliente. Para variar, allí tuvo suerte: una campanilla anunciaba la llegada de un mensaje. Parecía un galimatías sin sentido, pero la máquina descodificadora lo convirtió en clarísimo ruso, que un oficial de Marina tradujo:

¿Y tú dices conocer el miedo?
Crees saberlo, sí, pero lo pongo en duda.
Cuando estás en un refugio y por doquier caen las bombas
Y en derredor las casas arden como otras tantas antorchas
Experimentas sin duda espanto y miedo

Librodot

Porque momentos tales son horrorosos mientras duran.
Mas la sirena anuncia que ya todo está bien.
Aspiras hondo. La tensión ha pasado.
Pero el auténtico miedo es una piedra en el pecho.
Una piedra. ¿Me oyes? Eso es, nada menos.

-Ilya Selvinski -dijo el teniente de Marina.

-¿Cómo?

-Ilya Selvinski, poeta ruso; escribió algunos poemas famosos durante la Segunda Guerra Mundial. Conozco éste; se titula Spraj, «Miedo». Es muy bueno. -El joven oficial sonrió-. Mi colega ruso es bastante culto. Conque...

Y el teniente contestó: «TRANSMISIÓN RECIBIDA. EL RESTO DEL POEMA ES AÚN MEJOR, ALEKSEI. ESPERE RESPUESTA.»

-¿Qué le enviarás? -preguntó Rosselli.

-Tal vez algo de Emily Dickinson. Era una morbosa que se la pasaba hablando de la muerte y cosas así. 0 quizá Poe. Allá les gusta mucho. Humm..., ¿cuál?

El teniente abrió un cajón del escritorio y sacó un volumen. -¿No lo eliges por anticipado? -preguntó Rosselli. El oficial sonrió a su jefe.

-No, señor; eso es trampa. Antes lo hacíamos así, pero cambiamos hace un par de años, cuando el ambiente se despejó. Ahora es una especie de juego. El elige un poema y yo tengo que responder con un párrafo similar de un poeta norte-americano. Eso ayuda a pasar el rato, capitán, y es buen ejercicio idiomático para los dos. Traducir poesía es muy difícil.

El equipo soviético transmitía sus mensajes en ruso y el norteamericano en inglés, por lo que hacían falta traductores hábiles en ambos bandos.

-¿Alguna cosa importante en la línea?

-Nunca he visto más que mensajes de prueba, capitán. Bueno, cuando viaja el secretario de Estado solemos verificar los datos meteorológicos. Y hasta charlamos un poco sobre hockey en agosto pasado, cuando ellos enviaron a su selección nacional a jugar con nuestra liga. Pero en general esto es aburridísimo. Por eso intercambiamos fragmentos de poesía. De lo contrario, nos volveríamos locos.

-Claro. ¿Dicen algo sobre el tratado de Roma?

-Ni una palabra. No hablamos de esas cosas, señor.

-Entiendo.

Rosselli vio que el teniente elegía una estrofa de Annabel Lee y quedó sorprendido. Esperaba algo de El cuervo. Nunca más...

El día de la llegada fue día de descanso, ceremonias... y misterio. Aún no se conocían los términos del tratado y las agencias de noticias, sabiendo que había ocurrido algo «histórico», trataban frenéticamente de descubrir con exactitud que era. Pero no lo conseguían. Los jefes de Estado de Israel, Arabia Saudí, Suiza, la Unión Soviética, EE.UU. y del país anfitrión, Italia, se distribuyeron alrededor de una enorme mesa del siglo xv, intercalados entre diplomáticos y representantes del Vaticano y de la Iglesia ortodoxa oriental. Por respeto a los saudíes, se brindó con agua o jugo de naranja, única nota discordante de la velada. Andrei Ilvch Narmonov, el presidente soviético, se mostró especialmente efusivo. La participación de su país en el tratado era asunto de gran importancia y la inclusión de la Iglesia ortodoxa rusa en la Comisión de Templos Cristianos tendría en Moscú un gran efecto político. La cena se prolongó durante tres horas. Después, los comensales se retiraron del enfoque de las cámaras apostadas al otro lado de la avenida; una vez más, los periodistas quedaron atónitos ante el clima de camaradería. Narmonov acompañó al jovial Fowler hasta su hotel, donde se concedieron una segunda oportunidad para analizar temas de interés bilateral.

-Ustedes van retrasados en la desactivación de misiles -observó Fowler tras el intercambio

de las frases de cortesía. Y amortiguó el golpe ofreciendo una copa de vino al soviético.

-Gracias, señor presidente. Tal como informamos la semana pasada a sus enviados, nuestras instalaciones de desguace resultan inadecuadas. No podemos desmantelar esas porquerías lo bastante de prisa. Y en el Parlamento tenemos algunos amantes de la Naturaleza que se oponen a nuestro método de neutralizar el propelente.

Fowler sonrió, comprensivo.

-Conozco el problema, señor presidente. -El movimiento ecologista había tomado impulso en la Unión Soviética a partir de la primavera anterior, al aprobar el Parlamento una serie de leyes modeladas según los norteamericanos, pero mucho más duras. Lo asombroso era que el Gobierno central respetara esas leyes, pero Fowler se abstuvo de mencionarlo. La pesadilla ambiental vivida en ese país durante más de setenta años de marxismo demandaría toda una generación de leyes duras para resolver el problema-. ¿Afectará esto la fecha tope para el cumplimiento del tratado?

-Tiene mi palabra, Robert -aseguró Narmonov, con solemnidad-: los misiles estarán destruidos el uno de marzo, aunque deba hacerlos estallar con mis propias manos.

-Su palabra me basta, Andrei.

El tratado de reducción, heredado del Gobierno anterior, establecía que para la primavera siguiente se hubieran reducido los lanzadores internacionales en un cincuenta por ciento. Estados Unidos se había comprometido a destruir todos los misiles «Minuteman-II» y estaba cumpliendo plenamente con su parte del tratado. Como en el caso del Tratado de Misiles de Alcance Medio, se desmantelaban y luego eran aplastados o destruidos en presencia de testigos. La Prensa cubrió las primeras eliminaciones, pero acabó por cansarse. De los silos de misiles, también bajo inspección, se retiraban todos los equipos electrónicos; en el caso de las estructuras norteamericanas, quince de ellas fueron declaradas sobrante y se vendieron; cuatro fueron compradas por agricultores, que las convirtieron en auténticos silos. Una empresa japonesa, con grandes propiedades en Dakota del Norte, compró también un búnquer de mando para convertirlo en bodega, del albergue de cazadores que usaban sus ejecutivos en el otoño.

Los inspectores norteamericanos informaban que los soviéticos lo intentaban, pero que la planta construida para el desmantelamiento de los misiles estaba mal diseñada; como consecuencia, los soviéticos iban retrasados en un treinta por ciento con respecto a lo proyectado. Había un centenar de misiles en camiones de remolque, frente a la planta, pues sus silos ya habían sido destruidos por explosivos. Aunque los soviéticos habían retirado y quemado el dispositivo de guía de cada uno, en presencia de los inspectores norteamericanos, las evaluaciones de Inteligencia seguían afirmando que todo era una patraña y que los dispositivos podían elevar y disparar los proyectiles. El hábito de desconfiar de los soviéticos estaba demasiado arraigado en la Inteligencia estadounidense. Fowler se dijo que lo mismo debía de ocurrirles a los soviéticos.

-Este tratado es un gran paso adelante, Robert -dijo Narmonov tras beber un sorbo de vino. Ahora que estaban solos podían relajarse como caballeros, según pensó el ruso, con una sonrisa astuta-. Hay que felicitar a usted y a su pueblo.

-Su ayuda ha sido crucial para el éxito, Andrei -replicó Fowler, cortésmente. Era una mentira política que ambos comprendían. En realidad no era mentira, pero los dos lo ignoraban.

-Un problema menos del que preocuparnos. ¡Qué ciegos estábamos!

-Cierto, querido amigo. Pero lo hemos superado. ¿Cómo recibe su pueblo lo de Alemania?

-El Ejército, de mal grado, como usted podrá imaginar.

-Lo mismo pasa entre nosotros -interrumpió suavemente Fowler-. Los militares son como los perros. Utiles, desde luego, pero hay que hacerles saber quién manda. También como los perros, suelen olvidarse, y es preciso refrescarles la memoria de vez en cuando.

Narmonov asintió con aire pensativo al oír la traducción. Le asombraba la arrogancia de aquel hombre. Era como decían los informes de Inteligencia. Y, encima, se daba aires de

Librodot

superioridad protectora. Bueno, los norteamericanos tenían un sistema político firme, todo un lujo. Eso permitía a Fowler mostrarse muy seguro de sí, mientras que él, Narmonov, debía luchar todos los días con un sistema que aún no estaba basado en piedra. Ni siquiera en madera, se dijo. ¡Qué lujo, poder considerar a los militares como perros a tratar con mano firme! ¿No sabía aquel hombre que los perros también tenían dientes? Gente extraña, los norteamericanos. Durante el régimen comunista de la Unión Soviética habían vivido preocupados por el músculo político del Ejército Rojo, cuando en realidad eso no existía, tras la eliminación de Tujachevski por parte de Stalin. Pero ahora descartaban esas historias, mientras la disolución del férreo marxismo-leninismo permitía que los militares pensaran de un modo que, pocos años antes, les hubiera llevado a la ejecución. Bueno, aquél no era buen momento para quitar las ilusiones a los norteamericanos.

-Dígame, Robert, la idea del tratado ¿de dónde surgió, exactamente? -preguntó Narmonov. Conocía la verdad y quería apreciar la habilidad de Fowler para la mentira.

-De muchos sitios, como suele ocurrir con este tipo de ideas -replicó el presidente con tono ligero-. La fuerza impulsora fue Charles Alden, pobre tipo. Cuando los israelíes tuvieron aquel horrible incidente, activó de inmediato su plan y... bueno, dio resultado.

El ruso volvió a asentir mientras tomaba nota mentalmente: Fowler mentía con habilidad, esquivando la sustancia de la pregunta para dar una respuesta veraz, aunque evasiva. Siempre había reconocido que Kruschov tenía razón: no hay grandes diferencias entre los políticos de todo el mundo. Debía recordar eso con respecto a Fowler: no le gustaba compartir el crédito y podía mentir a un colega, incluso en un asunto poco importante. Narmonov sintió una vaga desilusión. No esperaba otra cosa, pero Fowler habría podido mostrar un poco más de humanidad y gentileza. A fin de cuentas, no tenía nada que perder. Pero era tan mezquino como cualquier apparatchik del Partido. «Dime, Robert -preguntó Narmonov mentalmente, tras una expresión impasible que le habría servido de mucho en Las Vegas-, ¿qué clase de hombre eres?»

-Se hace tarde, querido amigo -observó Narmonov-. ¿Mañana por la tarde?

Fowler se puso de pie.

-De acuerdo, Andrei.

Bob Fowler acompañó al ruso hasta la puerta. Luego volvió a sus habitaciones. Una vez allí sacó del bolsillo una lista escrita a mano, para asegurarse de haber formulado todas las preguntas.

-¿Y bien?

-Bueno, lo que he dicho sobre el problema de los misiles coincide con lo que afirman nuestros inspectores. Eso debería dejar contentos a los de DIA. -Hizo una mueca, porque no los contentaría-. Creo que le preocupan sus militares.

La doctora Elliot se sentó.

-¿Algo más?

El presidente sirvió una copa de vino a su asesora de Seguridad Nacional y se sentó a su lado.

-Las cortesías de costumbre. Es un hombre muy ocupado y muy preocupado. Pero eso ya lo sabíamos, ¿no?

Liz agitó el vino en la copa y lo olfateó. No le gustaban los vinos italianos, pero ése no era malo.

-He estado pensando, Robert...

-¿En qué, Elizabeth?

-En Charlie... Tendríamos que hacer algo. No es justo que haya desaparecido así. Fue él quien puso este tratado en marcha, ¿no?

-Tienes razón -reconoció Fowler y bebió de su copa, vuelta a llenar-. En realidad, el esfuerzo fue de él.

-Creo que deberíamos divulgarlo... discretamente, desde luego. Por lo menos...

-Sí. Merece que se lo recuerde por algo más que una estudiante embarazada. Eres muy

generosa, Elizabeth. -Fowler chocó su copa contra la de ella-. Tú te ocupas de la Prensa. ¿Vas a divulgar los detalles del tratado antes del almuerzo?

-Sí. A eso de las nueve, creo.

-Cuando hayas terminado, llévate aparte a un puñado de periodistas y dales esta otra información. Tal vez así Charlie descanse más en paz.

-De acuerdo, señor presidente -aceptó Liz. Exorcizar ese demonio en especial había sido bastante fácil. ¿Existiría algo que ella no pudiera inducirle a hacer?

-Mañana será el gran día.

-El más grande de todos, Bob, el más grande de todos. -Liz se reclinó en el asiento, aflojándose el pañuelo-. Nunca creí que viviría un momento como éste.

-Yo sí -observó Fowler, con mirada fulgurante. Tuvo un remordimiento pasajero. Había querido vivirlo con otra persona, pero así era el destino. Cosa del destino. El mundo era tan extraño... Pero eso escapaba a su control. Y el destino había decretado que él estuviera allí en el gran momento, en compañía de Elizabeth. No era obra suya. Por tanto, él no tenía culpa alguna. ¿Qué culpa podía tener? Estaba convirtiendo el mundo en un sitio mejor y más seguro, más apacible. ¿Qué culpa podía haber en eso?

Elliot cerró los ojos, en tanto el presidente le acariciaba el cuello. Ni en sus sueños más locos había esperado un momento como aquél.

Toda la planta del hotel estaba reservada para el cortejo presidencial, y también las dos plantas inferiores. Había guardias italianos y norteamericanos en todas las entradas y distribuidos en los edificios de toda la calle. Pero el pasillo al que daban las habitaciones del presidente eran dominio exclusivo del Destacamento de Protección Presidencial. Connor y D'Agustino efectuaron la última inspección antes de retirarse a descansar. En el pasillo había una brigada de diez agentes, y otros diez tras diversas puertas cerradas. Tres de los agentes del pasillo llevaban bolsas AAR: mochilas negras cruzadas sobre el pecho, oficialmente llamadas bolsas de armas para acción rápida. Cada una contenía un fusil semiautomático Uzi que se podía extraer y disparar en un segundo y medio. Quien llegara hasta allí sería objeto de una cálida recepción.

-Veo que Halcón y Arpía están discutiendo asuntos de Estado -comentó Daga en voz baja.

-No te creía tan pacata, Helen -replicó Pete Connor con una sonrisa irónica.

-No es asunto mío, pero en otros tiempos los que custodiaban la puerta tenían que ser eunucos o algo así.

-Si sigues diciendo esas cosas, Santa Claus no te traerá ningún regalo.

-Le he pedido esa nueva automática que adoptó el FBI -dijo Daga riendo entre dientes-. Esos dos parecen adolescentes. Es indecoroso.

-Oh, Daga...

-Lo sé: es el jefe, ya es grandecito y nosotros tenemos que mirar hacia otro lado. Tranquilo, Pete. ¿O crees que voy a filtrar el dato a algún periodista?

La mujer abrió la puerta que daba a la escalera de incendios y vio allí a tres agentes, dos de ellos con sus bolsas AAR preparadas.

-¡Y yo que estaba pensando en ofrecerte una copa como ésa! -se lamentó Connor, con fingida seriedad.

Era una broma. El y Daga nunca bebían mientras estaban de turno, y casi siempre estaban de turno. De vez en cuando le pasaba por la cabeza la idea de meterse bajo las faldas de su compañera. Después de todo, los dos eran divorciados. Pero no funcionaría. Ella, que también lo sabía, le sonrió.

-No me vendría mal. Lo que sirven aquí es lo mismo con que me criaron. ¡Maldito trabajo! -Una última mirada por el corredor-. Todo el mundo está en su sitio, Pete. Creo que podemos dar por terminado el trabajo de la noche.

-¿De veras te gusta la diez milímetros?

-La semana anterior probé una en Greenbelt. Obtuve la puntuación máxima con la primera serie. No se puede pedir más, cariño.

Connor se detuvo en seco, riendo.

-¡Por Dios, Daga!

-¿Temes que la gente se entere? -D'Agustino le hizo una caída de ojos-. ¿Te das cuenta de lo que quiero decir, Pete?

-Cielos, ¿quién lo hubiera creído de una italiana puritana?

Helen D'Agustino dio un codazo en las costillas a su superior y se dirigió hacia el ascensor. Pete tenía razón: se estaba convirtiendo en una condenada mojigata; ella nunca había sido así. Era una mujer apasionada, cuyo única experiencia matrimonial se había derrumbado porque cualquier casa era demasiado pequeña para dos personalidades dominantes, por lo menos si ambas eran italianas. Reconoció que se estaba dejando influir por los prejuicios. Eso no era saludable, aunque se refiriera a algo trivial y ajeno a su trabajo. Lo que Halcón hiciera en su tiempo libre era asunto de él, pero la expresión de sus ojos... Estaba embobado por esa zorra. Daga se preguntó si algún presidente había permitido que le ocurriera algo así. Probablemente sí. Al fin y al cabo, eran sólo hombres. Y todos los hombres piensan alguna vez con los testículos en lugar de con el cerebro. Pero que el presidente se convirtiera en lacayo de una mujer tan superficial... era intolerable. Admitió para sus adentros que aquello era extraño y contradictorio. Después de todo, había pocas mujeres más liberadas que ella. Siendo así, ¿qué le molestaba? Pero la jornada había sido demasiado larga para preguntarse eso. Necesitaba dormir y sólo disponía de cinco o seis horas antes de que se iniciara otro turno. «Malditos viajes de ultramar...»

-¿Has averiguado qué es? -preguntó Qati a primera hora de la mañana. El día anterior se había ausentado para reunirse con otros líderes guerrilleros y para visitar al médico.

-No estoy seguro -respondió el ingeniero Ghosn-. Un artefacto para interferir comunicaciones, supongo, o algo así.

-Es útil -dijo el comandante. Pese al acercamiento entre Este y Oeste, los negocios seguían siendo negocios. Los rusos aún tenían un ejército y ese ejército aún tenía armas. Las cosas inventadas contra esas armas despertaban interés, sobre todo los equipos israelíes, pues los norteamericanos los copiaban. Hasta un equipo obsoleto mostraba cómo resolvían un problema los ingenieros israelíes; por tanto, podía proporcionar claves útiles para entender sistemas más recientes.

-Sí, puede que nuestros amigos rusos quieran comprarlo.

-¿Cómo se ha portado el norteamericano? -preguntó Qati.

-Muy bien. Me gusta, Ismael. Ahora lo comprendo mejor. El ingeniero explicó por qué y Qati asintió.

-¿Qué hacemos con él, dime?

Ghosn se encogió de hombros.

-¿Entrenamiento en el manejo de armas? Veamos cómo se entiende con los hombres.

-Muy bien. Lo enviaré esta mañana y ya veremos qué sabe de combate. Y tú ¿cuándo vas a desarmar esa cosa?

-Pensaba hacerlo hoy.

-Estupendo. No te demores por mí.

-¿Cómo te sientes, comandante?

Qati frunció el entrecejo. Se sentía horriblemente mal, pero se decía que en parte era por la posibilidad de que se firmara algún tratado con los israelíes. ¿Cómo podía ser semejante cosa? La historia decía que no era posible, pero eran tantos los cambios... Un acuerdo entre sionistas y saudíes... Bueno, después del asunto de Irak, ¿qué se podía esperar? Los norteamericanos habían desempeñado su papel y ahora pasaban la factura. Era desesperanzador, pero no inesperado. Y todo lo que hicieran los norteamericanos apartaría la atención de la última atrocidad cometida por los israelíes. Esos hombres que se decían árabes, aceptando mansamente el fuego y la muerte, como afeminados... Qati meneó la cabeza. Así no se

luchaba. Los norteamericanos harían cualquier cosa para neutralizar el impacto político de la matanza israelí y los saudíes les seguían el juego como perrillos falderos que eran. Pasara lo que pasare, difícilmente afectaría la lucha de los palestinos. Qati se dijo que pronto se sentiría mejor.

-No te preocupes. Cuando sepas exactamente qué es ese objeto, dímelo.

Ghosn reconoció aquello como una orden de retirarse y se fue. Se preocupaba por su comandante. El hombre estaba enfermo; eso lo sabía por su cuñado, pero ignoraba cuál era su estado real. De cualquier modo, tenía mucho que hacer.

El taller era una construcción de aspecto precario, con muros de madera sencilla y techo de acero ondulado. Si hubiera parecido más sólido, los pilotos israelíes ya lo habrían destruido.

La bomba (aún continuaba dándole ese nombre) yacía en el suelo de tierra, sujeta a un soporte piramidal utilizado para reparar coches o camiones, con una cadena para moverla en caso necesario. El día anterior dos hombres la habían acomodado siguiendo sus instrucciones. Ghosn encendió las luces, porque le gustaba que la zona de trabajo estuviera bien iluminada, y contempló la... bomba.

«¿Por qué sigo llamándola así?», se preguntó. Meneó la cabeza. Lo más lógico era empezar por la portezuela de acceso. No sería fácil. El impacto contra el suelo sin duda había dañado los goznes internos. Pero disponía de todo el tiempo necesario.

Ghosn escogió un destornillador de entre sus herramientas y puso manos a la obra.

El presidente Fowler durmió hasta tarde. Aún estaba fatigado por el viaje y por... Casi se echó a reír al mirarse en el espejo. Buen Dios, lo había hecho tres veces en menos de veinticuatro horas... Trató de calcularlo mentalmente, pero no lo conseguiría antes de tomar su café matutino. De cualquier modo, habían sido tres veces en un período relativamente breve. ¡Llevaba mucho tiempo sin hacer algo así! No obstante, se sentía descansado, con el cuerpo ligero y sereno tras la ducha: la navaja pasaba por la crema de afeitar, revelando a un hombre de facciones más jóvenes, más delgadas, acordes con el brillo de los ojos. Tres minutos después seleccionó una corbata de rayas que combinaría con la camisa blanca y el traje gris. La ocasión requería algo serio, aunque no severo. Dejaría que los clérigos deslumbraran a las cámaras con sus sedas rojas. Su discurso sería tanto más impresionante si lo pronunciaba un político y empresario bien presentado; tal era su imagen política, pese a que nunca había tenido empresas propias. Bob Fowler, un hombre con un toque de persona corriente, sin duda, pero un hombre serio, capaz de hacer lo correcto.

«Bueno, sin duda hoy lo demostraré», se dijo el presidente de EE.UU mientras observaba su corbata en otro espejo. Volvió la cabeza al oír que llamaban a la puerta.

-Entre.

-Buenos días, señor presidente -dijo el agente Connor.

-¿Cómo estás, Pete? -preguntó Fowler, girando otra vez hacia el espejo. El nudo no estaba del todo bien. Lo hizo de nuevo.

-Muy bien, señor, gracias. Hace un día estupendo.

-Ustedes nunca descansan lo suficiente. Tampoco pueden salir a ver paisajes. Es culpa mía, ¿no? -«Así está perfecto», pensó Fowler,

-No importa, señor presidente. Todos somos voluntarios. ¿Qué desea desayunar, señor?

-¡Buenos días, señor presidente! -La doctora Elliot entró detrás de Connor-. ¡Ha llegado el día!

Bob Fowler se volvió con una sonrisa.

-¡Sin duda! ¿Desayunas conmigo, Elizabeth?

-Gracias. Tengo el informe de la mañana; es bastante breve.

-Desayuno para dos, Pete... y que sea abundante. Estoy famélico.

-Para mí, café solo -dijo Liz al sirviente. Connor captó el tono de su voz, pero su única reacción fue asentir con la cabeza antes de salir-

-Tienes un aspecto maravilloso, Bob.

-Tú también, Elizabeth.

Era verdad. Ella se había puesto el más caro de sus trajes, también serio, pero bastante femenino. Se sentó y presentó su informe.

-La CIA dice que los japoneses se traen algo entre manos -concluyó.

-¿Qué?

-Según Ryan, olfatearon algo sobre la próxima ronda de negociaciones comerciales. El primer ministro parece haber dicho algo poco amable.

-¿Qué, exactamente?

-«Esta es la última vez que se nos impide desempeñar nuestro debido papel en el escenario internacional, y les haré pagar por esto» -citó la doctora Elliot-. Ryan cree que es importante.

-Y tú, ¿qué piensas?

-Que Ryan está otra vez paranoico. Como no ha intervenido en estas negociaciones, trata de recordarnos lo importante que es. Marcus está de acuerdo con mi evaluación, pero presentó el informe en un ataque de objetividad -concluyó Liz con ironía.

-Cabot desilusiona un poco, ¿no? -comentó Fowler, echando un vistazo a las notas del informe.

-No parece muy eficiente cuando se trata de indicar a su gente quién manda. Ha caído en las redes de la burocracia, sobre todo de Ryan.

-Ese hombre no te agrada nada, ¿verdad? -apuntó el presidente.

-Es arrogante. Es...

-Tiene una hoja de servicios impresionante, Elizabeth. A mí tampoco me agrada mucho como persona, pero como agente de Inteligencia ha hecho muy bien muchas cosas.

-Es un carroza. Se cree James Bond. Cierto -admitió Elliot-, ha hecho algunas cosas importantes, pero ya es historia. Ahora necesitamos a alguien que tenga una visión más amplia.

-El Congreso no estará de acuerdo con eso -observó el presidente.

En ese momento llegó el desayuno. La comida había sido revisada por si tuviera radiactivos o artefactos electrónicos y olfateada en busca de explosivos. Lo cual, se dijo el mandatario, debía de poner muy nerviosos a los perros, a quienes las salchichas les gustaban tanto como a él.

-Nos serviremos nosotros mismos, gracias. -El presidente despidió al camarero de la Marina antes de continuar-. En casa lo adoran. El Congreso adora a ese Ryan.

No necesitaba agregar que Ryan, como vicedirector de la CIA, no ocupaba ese puesto por simple designación presidencial, sino que también había sido aprobado por el Senado. No era fácil despedir a una persona así sin un motivo.

-Es algo que nunca he podido explicarme. Sobre todo de Trent. De toda la gente que puede apoyar a Ryan, ¿por qué él?

-Pregúntaselo -sugirió Fowler, mientras manipulaba los panecillos.

-Ya lo hice. Dio vueltas alrededor del tema como la primera bailarina del Ballet de Nueva York.

El presidente soltó una risotada.

-¡Por Dios, cariño, que nadie te oiga decir eso!

-Los dos respetamos las preferencias sexuales del estimable señor Trent, Bob, pero es un marica hijo de puta y ambos lo sabemos.

-Cierto -reconoció Fowler-. ¿Y qué quieres decirme, Elizabeth?

-Es hora de que Cabot ponga a Ryan en su lugar.

-¿Cuánto de todo esto se debe a la envidia por el papel de Ryan en el tratado, Elizabeth?

Los ojos de Elliot echaron chispas, pero el presidente estaba mirando su plato. Ella aspiró hondo antes de hablar, tratando de decidir si le estaban ofreciendo un cebo o no. Probablemente no, pero el presidente no era de los que se dejaban impresionar por las emociones en tales asuntos.

-Ya hemos hablado de esto, Bob. Ryan reunió unas cuantas ideas que ya se le habían ocurrido a otra gente. ¡Es un agente de Inteligencia, por Dios! No hacen sino informar sobre lo que, hacen otros.

-El ha hecho más que eso. -Fowler veía adónde iría a parar aquel juego, pero era divertido jugar con Liz.

-¡Magnífico! ¡Ha matado a algunos tipos! ¿Es eso lo que tiene de especial? ¡James Bond, vaya! Hasta dejaste ejecutar a los que...

-Esos terroristas habían matado a siete agentes del Servicio Secreto, Elizabeth. Mi vida depende de ellos. Habría sido muy poco gentil, sencillamente idiota, que yo conmutara las penas a los asesinos de sus colegas. -El presidente estuvo a punto de fruncir el entrecejo. «Así acaban los sólidos principios, ¿eh, Bob?», le sugirió una voz. Pero logró dominarse.

-Pero ahora no podrás indultar nunca más; la gente diría que, si no lo hiciste antes, fue por interés personal. Te dejaste envolver -señaló ella, reconociendo que había mordido el cebo, y sólo le quedaba contestar del mismo modo.

Pero Fowler no se dejó engañar.

-Tal vez yo sea el único fiscal de Estados Unidos que no cree en la pena capital, Elizabeth, pero... Vivimos en una democracia y el pueblo apoya esa idea. -Apartó la vista de su comida-. Aquellos hombres eran terroristas. No me hace feliz haber permitido que los ejecutaran, pero se lo merecían. No era buen momento para hacer una declaración sobre ese punto. Tal vez en mi segundo mandato. Tendremos que esperar a que aparezca un buen caso. La política es el arte de lo posible. Eso significa que sólo se puede hacer una cosa a la vez, Elizabeth. Lo sabes tan bien como yo.

-Si no haces algo, una mañana descubrirás que Ryan está manejando la CIA en tu lugar. Admito que es capaz, pero pertenece al pasado. No sirve para los tiempos que corren.

«Dios, qué envidiosa eres -pensó Fowler-. Pero todos tenemos nuestras debilidades.» De cualquier modo, era hora de interrumpir el juego antes de ofenderla demasiado.

-¿Tienes pensado algo?

-Podemos facilitarle la salida.

-Lo pensaré. No arruinemos el día con una discusión como ésta, ¿quieres, Elizabeth? ¿Cómo piensas revelar los términos del tratado?

Elliot se reclinó en la silla y bebió un sorbo de café, mientras se reprochaba el haber tocado el asunto demasiado pronto y con demasiado apasionamiento. Ryan le inspiraba una gran antipatía, pero Bob tenía razón: no era buen momento ni buen lugar. Ella tenía todo el tiempo del mundo para preparar su jugada y tendría que hacerlo con habilidad.

-Con una copia del tratado, creo.

-¿Saben leer tan de prisa? -rió Fowler, pues en la Prensa pululaban los iletrados.

-Deberías ver cómo especulan. Esta mañana enviaron por fax el artículo principal del Times. Están frenéticos. Se lo devorarán. Además, les preparé algunas notas.

-Como quieras -aceptó el presidente, acabándose una salchicha. Consultó su reloj. La sincronización lo era todo. Había una diferencia de seis horas entre Roma y Washington. Eso significaba que no se podía firmar el tratado hasta las dos de la tarde, por lo menos, a fin de que la noticia apareciera en los informativos de la mañana. Pero había que preparar al pueblo norteamericano; por tanto, los equipos de televisión debían conocer los detalles hacia las tres, hora diurna del Este. Liz revelaría las noticias a las nueve; faltaban veinte minutos -¿Vas a destacar la parte de Charlie?

-Sí. Es justo que reciba la mayor parte del crédito.

«Y adiós al crédito que le corresponde a Ryan -se dijo Bob Fowler-. Bueno, Charlie fue el que puso la cosa en movimiento, ¿no?» Sentía una vaga pena por Ryan. Aunque él también consideraba que el vicedirector de la CIA vivía en el pasado, conocía y admiraba todo lo que ese hombre había hecho. También Arnie van Damm tenía muy buena opinión de él, y Arnie era el mejor juez de personalidades en su Gobierno. Pero Elizabeth era su asesora de Seguridad Nacional; no era posible que él y el vicedirector de la CIA vivieran riñendo. Desde

Librodot

luego que no era posible. Así de sencillo.

-Deslúmbralos, Elizabeth.

-No será difícil -repuso la asesora de Seguridad Nacional y, con una amplia sonrisa, se marchó.

La tarea resultó bastante más difícil de lo que esperaba. Ghosn pensó en pedir ayuda, pero al final se abstuvo. Parte de su fama en la organización se debía a que trabajaba solo, salvo las faenas pesadas, para las que de vez en cuando pedía algunos brazos fuertes.

La bomba, o lo que fuera, era mucho más sólida de lo que había supuesto. Bajo las potentes luces de su taller, la lavó con agua y encontró varios detalles inexplicables. Había puntos de rosca cerrados con tornillos. Al retirar uno de ellos encontró un cable eléctrico. Para su sorpresa, el receptáculo era más grueso de lo que él esperaba. No era el primer adminículo israelí que desmontaba, pero el anterior había sido casi todo de aluminio, y en algunos sitios de plástico, transparente a la radiación electrónica.

Empezó por la escotilla de acceso, pero descubrió que era casi imposible abrirla y buscó un punto más fácil. Sólo que no había nada más fácil, de modo que regresó a la escotilla, frustrado: varias horas de trabajo en vano.

Ghosn se reclinó en el asiento y encendió un cigarrillo. «¿Qué eres?», preguntó al objeto.

Se parecía mucho a una bomba. Aquel maldito receptáculo... ¿Cómo no había reparado en que era demasiado pesado para un artefacto de aquella naturaleza? Pero tampoco podía ser una bomba. No tenía espoletas ni detonadores; lo que se veía en el interior era sólo cables y conectores. Tenía que ser algún tipo de aparato electrónico. Apagó el cigarrillo en la tierra, y volvió a su banco de trabajo.

Ghosn tenía un buen surtido de herramientas, una de las cuales era una sierra a motor, muy útil para cortar acero. En realidad se requerían dos hombres para manejarla, pero él decidió operarla solo y aplicarla a la escotilla, pues ésta debía de ser menos resistente que el receptáculo en sí. Graduó la profundidad de corte a nueve milímetros y encendió el aparato. El sonido de la sierra era espantoso, tanto más según el diamante de la hoja iba mordiendo el acero, pero el peso de la herramienta bastaba para que no se apartara a brincos de la bomba. La guió con lentitud por el borde de la escotilla. Tardó veinte minutos en hacer el primer corte. Entonces detuvo la sierra y comprobó el corte con un trozo de alambre fino.

«¡Por fin!», se dijo. La había atravesado. El resto del receptáculo parecía de... unos cuatro centímetros, pero el grosor de la escotilla apenas llegaba a la cuarta parte. Ghosn, satisfecho de haber logrado algo, no se preguntó por qué hacía falta proteger un artefacto así con un centímetro de acero. Antes de empezar otra vez se puso un protector de oídos. Los tímpanos aún le resonaban del primer corte y no quería que un dolor de cabeza viniera a empeorar las cosas.

Los logotipos de Informe especial aparecieron en todos los canales de televisión con pocos segundos de diferencia. Los locutores, que se habían levantado temprano para recibir el informe de la doctora Elliot, corrieron a sus cabinas literalmente sin aliento y entregaron sus notas a los respectivos productores e investigadores.

-Lo sabía -dijo Angela Miriles-. ¡Te lo dije, Rick!

-Angie, te debo un almuerzo, una cena y tal vez hasta el desayuno en el restaurante que prefieras.

-No dejaré que lo olvides -aseguró la investigadora en jefe, riendo entre dientes. El muy cerdo bien podía pagar todo eso.

-¿Cómo presentamos esto? -preguntó el productor.

-Voy a improvisar. Dame dos minutos y vamos al aire.

-Vaya mierda -comentó Angie por lo bajo.

Librodot

A Rick no le gustaba improvisar. Pero sí le gustaba ganar de mano a los periodistas gráficos, y el horario del acontecimiento le facilitaba las cosas. «¡Chúpate ésa, New York Times!» Se estuvo quieto apenas lo suficiente para que lo maquillaran y luego se enfrentó a las cámaras, mientras el experto en política internacional (« ¡Vaya experto!», se dijo Miriles) se reunía con él.

-¡Cinco! -exclamó el asistente del director-. ¡Cuatro, tres, dos, uno! -Y señaló con el dedo al locutor.

-Es una realidad -anunció Rick-. Dentro de cuatro horas, el presidente de EE.UU., junto con el de la Unión Soviética, el rey de Arabia Saudí y los primeros ministros de Israel y Suiza, además de los líderes de dos grandes grupos religiosos, firmarán un tratado que ofrece la esperanza de pacificar por completo las zonas en disputa del Oriente Medio. Los detalles del tratado son asombrosos.

Continuó durante tres minutos sin interrupción, hablando rápidamente, como si disputara una carrera con sus colegas de los otros canales.

-Nunca ha habido nada como esto en la historia de la Humanidad. Es un milagro más... Mejor dicho, otra piedra miliaria en el camino hacia la paz del mundo. ¿Dick? -El locutor se volvió hacia el comentarista experto, que había sido embajador ante Israel.

-Hace media hora que estoy leyendo esto, Rick, y aún no me lo puedo creer. Tal vez sea un milagro. Sin duda alguna, escogimos el lugar más adecuado para que ocurriera. El Gobierno israelí ha hecho unas concesiones sorprendentes, pero también son pasmosas las garantías que Estados Unidos ofrece para asegurar la paz. El secreto que rodeó las negociaciones resulta bien justificado. Si se hubieran conocido estos detalles tan sólo dos días antes, todo esto podría haber salido mal. Pero aquí y ahora, Rick, aquí y ahora lo creo. Es una realidad, como tú has dicho. Está ocurriendo de verdad. Dentro de unas pocas horas veremos cambiar al mundo una vez más. Y esto nunca hubiera ocurrido de no ser por la colaboración sin precedentes de la Unión Soviética. Es obvio que estamos muy en deuda con el polémico presidente soviético, Andrei Narmonov.

-¿Qué opinas de las concesiones hechas por los grupos religiosos?

-Increíbles, Rick. En esta región ha habido guerras religiosas a lo largo de toda la historia. Pero deberíamos recordar que el arquitecto del tratado fue el difunto doctor Charles Alden. Una alta funcionaria de la Casa Blanca alabó generosamente a este hombre, fallecido hace pocas semanas. Resulta una cruel ironía que quien supo definir el problema básico de la región como una incompatibilidad artificial entre religiones que surgieron en esta misma zona asolada, no esté aquí en estos momentos, cuando su visión se convierte en realidad. Al parecer, Alden fue la fuerza impulsora de este acuerdo. Sólo cabe confiar en que la historia lo recuerde, pese al momento y las circunstancias de su muerte: fue el doctor Charles Alden, de la Universidad de Yale, quien ayudó a hacer este milagro.

El ex embajador era también licenciado de Yale y compañero de estudios de Charlie Alden.

-¿Y los otros? -preguntó el locutor.

-Cuando ocurre algo de tanta magnitud, Rick (y estas cosas se producen muy rara vez), siempre son muchos los que desempeñan un papel importante. El Tratado del Vaticano ha sido también obra del secretario Brent Talbot, que contó con el hábil apoyo del subsecretario Scott Adler, un brillante técnico de la diplomacia y hombre de confianza de Talbot. Asimismo, fue el presidente Fowler quien aprobó esta iniciativa, aplicó la fuerza cuando fue necesaria y llevó adelante la visión de Charlie Alden después de su muerte. Ningún presidente ha tenido nunca el coraje y la valentía de jugarse su reputación política en un paso tan arriesgado. Sí esto hubiera fallado, resulta difícil imaginar el derrumbe político, pero Fowler lo ha conseguido. Este es un gran día para la diplomacia norteamericana, un gran día para la mutua comprensión entre Oriente y Occidente y, tal vez, el momento más grande para la paz mundial en toda la historia de la Humanidad.

-Yo no hubiera podido decirlo mejor, Dick. ¿Qué pasará con el Senado, que debe aprobar

Librodot

el Tratado del Vaticano, y también el Tratado de Defensa Bilateral entre EE.UU. e Israel?

El comentarista, con una amplia sonrisa, meneó la cabeza con franca alegría.

-Esto saldrá del Senado tan de prisa que el presidente bien puede mancharse con tinta aún fresca al firmar la ley. Lo único que puede retrasarla es la retórica que se oirá en la comisión y en el Senado.

-Pero el costo de estacionar tropas norteamericanas...

-Tenemos un Ejército con la misión de preservar la paz, Rick. Esa es su función. Y para que cumplan con esa función en este lugar, Estados Unidos pagará lo que haga falta. Para el contribuyente norteamericano no es un sacrificio, sino un privilegio: el histórico honor de participar en la consolidación de la paz mundial. Para eso está nuestro país, Rick. Lo haremos.

-Y eso es todo por el momento -dijo Rick, volviéndose hacia la cámara uno-. Volveremos dentro de dos horas y media para mostrarles en directo la firma del Tratado del Vaticano. Ahora devolvemos la conexión a nuestros estudios de Nueva York. Aquí Rick Cousins, informando desde el Vaticano.

-¡Hijo de puta! -susurró Ryan. Esta vez el televisor había despertado a su mujer, que miraba con interés las imágenes de la pantalla.

-Dime, Jack ¿cuánto hiciste tú...? -Cathy se levantó para preparar café-. Es decir, estuviste allá y...

-Participé, querida. No puedo decir cuánto.

Jack sabía que tenía derecho a enfadarse, pues se atribuía a Alden la primera propuesta. Pero Charlie había sido un buen tipo, aunque tuviera sus debilidades humanas. El empujó el asunto cuando hizo falta. Además, la historia descubriría algunas cosas, como de costumbre. Los verdaderos participantes sabían. El sabía. Estaba acostumbrado a permanecer en el trastero, a hacer cosas que los otros no hacían y debían ignorar. Se volvió hacia su esposa con una sonrisa.

Y Cathy lo comprendió. Unos meses atrás lo había oído especular en voz alta. Jack no sabía que murmuraba al afeitarse. Y estaba convencido de que no la despertaba al levantarse tan temprano; pero ella nunca dejaba de verlo partir, aunque no abriera los ojos. A Cathy le gustaba el beso que le daba creyéndola dormida y no quería echarlo a perder. Demasiados problemas tenía el pobre. Jack era suyo; su bondad no era ningún misterio para su esposa.

«No es justo -se dijo la doctora Ryan-. La idea fue de Jack, por lo menos en parte.» ¿Cuántas otras cosas ignoraba? Caroline Muller Ryan, doctora en medicina, rara vez se hacía esa pregunta. Pero no podía fingir que las pesadillas de Jack no existían. Su marido tenía dificultades para dormir, bebía demasiado y su escaso descanso se llenaba de cosas sobre las cuales ella no podía hacer preguntas. Una parte de todo eso la asustaba. ¿Qué había hecho su esposo? ¿Qué culpa estaba cargando?

«¿Culpa?», se extrañó Cathy. ¿Por qué había pensado eso?

Al cabo de tres horas, Ghosn extrajo la escotilla. Había tenido que cambiar la hoja de la sierra, pero la demora se debía, sobre todo, a que el orgullo le impidió pedir ayuda. De cualquier modo, estaba hecho; con una palanca terminó su obra. El ingeniero tomó una lámpara para mirar dentro. Allí encontró un misterio más.

El interior del artefacto era una armazón metálica, tal vez de titanio, que sostenía en su sitio una masa cilíndrica asegurada con gruesos tornillos. Ghosn usó la luz para mirar alrededor del cilindro y divisó más cables, todos conectados. Detectó el borde de un aparato electrónico más o menos grande, que podía ser una especie de transceptor de radar. ¡Ajá! Conque era algún tipo de... Pero ¿por qué, entonces...? De pronto supo que estaba pasando algo por alto, algo importante, pero ¿qué?

Las marcas del cilindro estaban en hebreo, idioma que él no dominaba bien. No comprendía el significado de aquellas señales. El marco que lo sostenía estaba diseñado en parte para amortiguar los golpes... y había funcionado de manera admirable. La estructura

Librodot

estaba bastante dañada, pero el cilindro se mantenía intacto, al parecer. Tenía que estar dañado, pero no se había partido. Su contenido, fuera lo que fuese, necesitaba protección contra los golpes. Debía de ser delicado, y eso significaba que era algún tipo de aparato electrónico. Así, Ghosn volvió a la idea de que se trataba de un dispositivo de interferencia. Estaba demasiado concentrado en esa idea como para caer en la cuenta de que su mente se había cerrado a otras opciones; su cerebro de ingeniero, centrado en la tarea, ignoraba las posibilidades que ciertos indicios indicaban. De cualquier modo, para saber de qué se trataba tendría que sacarlo. Eligió una llave inglesa y empezó a trabajar con los tornillos que aseguraban el cilindro.

Fowler, sentado en una silla del siglo xvi, observaba a los funcionarios de protocolo, que revoloteaban como faisanes indecisos entre caminar y volar. La gente solía pensar que esa clase de ceremonias eran tranquilamente organizadas por profesionales, que todo estaba previsto con antelación. Fowler es taba mejor informado. Todo era fácil, sí, cuando había tiempo suficiente para resolver los detalles; por ejemplo, unos cuantos meses. Pero aquella ceremonia había sido organizada con pocos días de antelación. Los diez o doce funcionarios de protocolo tuvieron apenas tiempo de dilucidar quién de ellos mandaría. Curiosamente, los más serenos eran el ruso y el suizo; ante la mirada del presidente norteamericano, fueron ellos los que tomaron las decisiones, cualesquiera fuesen, y el resto los puso en práctica. «Como un buen equipo de fútbol», se dijo el presidente, sonriendo para sus adentros. El representante del Vaticano era demasiado viejo para un trabajo como aquél. El pobre (debía de ser un obispo o un cardenal) tenía más de sesenta años y el nerviosismo podía matarlo. El ruso lo llevó a un breve aparte, intercambió con él un gesto de asentimiento y un apretón de manos, y la gente empezó a moverse como si tuvieran un objetivo común. Fowler decidió averiguar cómo se llamaba el ruso, que parecía un verdadero profesional. Pero lo importante fue que observar todo eso lo entretuvo y lo relajó, cuando más falta le hacía relajarse.

Por fin, con sólo cinco minutos de retraso (lo cual era un milagro, según pensó Fowler conteniendo la sonrisa), los diversos jefes de Estado abandonaron sus asientos, como si fueran invitados a una boda reunidos por la nerviosa futura suegra, y se instalaron en el sitio que se les indicó. Hubo más apretones de manos y algunos chistes que se perdieron por falta de intérpretes. El rey saudí parecía fastidiado por la demora. Fowler se dijo que estaba justificado; probablemente el rey tenía otras cosas en que pensar, pues estaba recibiendo amenazas de muerte. Pero su rostro no expresaba miedo alguno. Aunque fuera un hombre carente de humor, poseía el porte, la valentía y la distinción consustanciales a su título. Había sido el primero en comprometerse a negociar, después de dos horas con Ryan. Eso sí que era una pena. Ryan había remplazado a Charlie Alden, aceptando la misión sin preaviso y como si estuviera preparado para ello. El presidente frunció el entrecejo al recordarlo. Se había permitido olvidar las frenéticas maniobras iniciales: Scott Adler en Moscú, Roma y Jerusalén; Jack Ryan en Roma y en Riad. Ambos se habían comportado muy bien, pero nunca se les reconocería el mérito. Tales eran las reglas de la historia. Si querían reconocimiento, habrían debido presentarse a presidente.

Dos guardias suizos de librea abrieron las grandes puertas de bronce, dando paso a la corpulenta silueta del cardenal Giovanni D'Antonio. Los deslumbrantes focos de la televisión lo envolvían en un halo (no celestial sino humano) que casi arrancó una risa al presidente de EE.UU. Se inició el desfile hacia el interior de la sala.

Quienquiera hubiese fabricado aquello, se dijo Ghosn, sabía diseñar algo resistente. Eso le pareció extraño. Los equipos israelíes eran siempre delicados... No, ése no era el adjetivo correcto. Los ingenieros israelíes eran sagaces, eficientes y elegantes. Hacían las cosas tan resistentes como hiciera falta: ni más ni menos. Hasta los artefactos ad hoc demostraban pre-

Librodot

visión y una artesanía meticulosa. Pero aquel objeto... aquel objeto era exagerado. Lo habían diseñado y montado de prisa. En realidad, era casi tosco, cosa que Ghosn agradecía, pues facilitaba el desguace. A nadie se le había ocurrido incluir un dispositivo de autodestrucción que complicara las cosas. ¡Los sionistas se estaban volviendo verdaderos demonios en esas cosas! Uno de esos sistemas secundarios había estado a punto de matarlo hacía cinco meses. Pero allí no había nada de eso. Los tornillos que sostenían al cilindro estaban atascados, pero se mantenían rectos; sería cuestión de conseguir una llave inglesa lo bastante grande. Vertió aceite desatascador en cada uno de ellos. Después de quince minutos de espera y dos cigarrillos, aplicó la llave inglesa al primero. Las primeras vueltas fueron difíciles, pero pronto el tornillo se dejó retirar. Faltaban cinco.

La tarde sería larga. Primero, los discursos. Comenzó el Papa, que era el anfitrión; su retórica fue asombrosamente discreta; extrajo serenas enseñanzas de las Escrituras y volvió a destacar las semejanzas entre las tres religiones presentes. Los auriculares proporcionaban a cada jefe de Estado y a cada dignatario eclesiástico una traducción simultánea innecesaria, pues cada uno de ellos tenía una copia escrita de los discursos que iban a pronunciarse. Los hombres reunidos alrededor de la mesa se esforzaban por no bostezar. Después de todo, un discurso es sólo un discurso y a los políticos les cuesta escuchar las palabras ajenas, aunque sean de otros jefes de Estado. Fowler era quien más dificultades tenía. Iba a ser el último. Consultó subrepticiamente la hora y calculó, con el rostro inexpresivo, que aún faltaban noventa minutos.

Hicieron falta cuarenta minutos más, pero al fin salieron todos los tornillos. Eran grandes, pesados, inoxidables. Aquella cosa había sido construida para durar, pero eso beneficiaba a Ghosn. Ahora había que sacar el cilindro. Volvió a observar con cuidado, por si había algún dispositivo antimanipulación (la cautela era la única defensa en trabajos como ése), y palpó el interior del artefacto. Lo único conectado era el transceptor de radar, pero había otros tres enchufes, Debido a la fatiga, no le pareció extraño que los tres estuvieran frente a él, facilitando el acceso. El cilindro estaba atascado en su lugar por el efecto embudo de la estructura, pero ya quitados los tornillos era sólo cuestión de aplicar fuerza suficiente para retirarlo.

Andrei Ilych Narmonov habló con brevedad. Su discurso, en opinión de Fowler, fue sencillo y muy digno; denotaba una interesante modestia que no dejaría de provocar observaciones entre los comentaristas.

Ghosn agregó otro mecanismo de poleas al soporte en pirámide. El resto del artefacto era menos pesado de lo que él esperaba, y en un minuto tuvo el cilindro elevado hasta el punto en que su fricción contra la estructura levantaba todo el aparato. Eso no podía durar, Ghosn vertió otro poco de aceite desatascador en la armazón interna y esperó a que la gravedad hiciera lo suyo. Al cabo de un minuto perdió la paciencia y buscó una abertura lo bastante grande como para introducir una palanca, con la que empezó a apartar el armazón del cilindro, milímetro a milímetro. Al cabo de unos minutos se oyó un breve chirrido de metal y el receptáculo se desprendió. Sólo restaba tirar de la cadena y liberar el cilindro. Estaba pintado de verde v tenía su propia escotilla de acceso. Eso no sorprendió a Ghosn, que cogió una llave inglesa y empezó a trabajar en los cuatro tornillos que lo sujetaban. Estaban apretados, pero cedieron pronto a la presión. Ahora la operación era más veloz. Ghosn sintió el entusiasmo de la finalización de un trabajo.

Por fin llegó el turno de Fowler.

Librodot

El presidente de EE.UU. Se dirigió hacia el estrado con una carpeta de piel en las manos. Su camisa, a fuerza de almidonada, parecía de madera y ya le estaba irritando el cuello, pero eso no tenía importancia. Llegaba el momento para el que se había preparado durante toda su vida. Miró directamente a la cámara, con expresión seria, pero no grave; regocijada, pero no jubilosa; orgullosa, pero no arrogante. Saludó a sus pares con la cabeza.

-Santo Padre, Majestad, señor presidente -comenzó-, señores primeros ministros... hombres y mujeres de nuestro afligido pero esperanzado mundo:

»Nos hemos reunido en esta antigua ciudad, que ha conocido la guerra y la paz durante más de tres milenios, ciudad de la que surgió una de las grandes civilizaciones del mundo y es hoy sede de una fe religiosa aún más grande. Todos hemos venido desde lejos: de desiertos y montañas, de vastas planicies europeas y de una ciudad junto a un ancho río. Pero a diferencia de muchos forasteros que visitaron esta antigua ciudad, todos hemos venido en paz y con un solo propósito: poner fin a la guerra y el sufrimiento, traer las bendiciones de la paz a una parte afligida de un mundo que ahora emerge de una historia bañada en sangre, pero iluminada por los ideales que nos diferencian de los animales, como creación a imagen de Dios.

Sólo bajaba la vista para volver las páginas. Fowler sabía pronunciar un discurso. Había practicado bastante en los treinta años previos y pronunciaba aquél con tanta confianza como cuando se dirigía a los jurados: midiendo sus palabras sus cadencias, agregando un contenido emocional que desmentía su imagen de Hombre de Hielo; usaba la voz como instrumento musical, subordinado a su férrea voluntad y sin embargo parte de ella.

-Esta ciudad, el Vaticano, está consagrado al servicio del Dios y del hombre. Hoy ha satisfecho mejor que nunca ese fin. Porque hoy, ciudadanos del mundo, hoy hemos alcanzado otra parte del sueño que todos los hombres y las mujeres comparten, dondequiera vivan. Con la ayuda de todas sus plegarias mediante una visión que nos fue dada hace tantos siglos, hemos llegado a ver que la paz es mejor que la guerra, una meta digna de esfuerzos aun más poderosos, que requiere un coraje mucho mayor que el requerido para verter sangre humana Volver la espalda a la guerra, volvernos hacia la paz, es la medida de nuestra fortaleza.

»Hoy me corresponde el honor, un privilegio que todo ustedes comparten, de anunciar al mundo un tratado que pondrá término a la discordia que ha mancillado dramáticamente una zona sagrada para todos nosotros. Con este acuerdo habrá una solución final, basada en la justicia, la fe y la palabra del Dios a quien todos conocemos por diferentes nombres, pero que conoce a cada uno de nosotros.

«Este tratado reconoce el derecho de todos los hombres y mujeres de la región a la seguridad y la libertad religiosa, a la libertad de expresión, a la básica dignidad que encierra el conocimiento de que todos somos creaciones de Dios, cada persona única, pero todas iguales a Sus ojos...

Se abrió la última escotilla. Ghosn cerró los ojos y susurró una fatigada plegaria de gratitud. Hacía horas que trabajaba y había pasado por alto el almuerzo. Dejó la escotilla, poniendo los tornillos en la superficie cóncava para que no se perdieran. Buen ingeniero, Ghosn era ordenado y pulcro en todo lo que hacía. Dentro de la escotilla había un sello de plástico aún intacto. Era un sello contra la humedad. Y eso significaba que, decididamente, el objeto era un sofisticado aparato electrónico. Ghosn lo tocó con suavidad. No estaba presurizado. Utilizó un pequeño cuchillo para cortar el plástico y lo desprendió con cuidado. Por primera vez miró dentro del cilindro. Y fue como si una mano de hielo le aferrara súbitamente el corazón: tenía ante sus ojos una distorsionada esfera amarilla grisácea... como una sucia masa de pan.

Era una bomba.

Por lo menos, un dispositivo de autodestrucción. Muy poderoso: cincuenta kilos de explosivos...

Ghosn retrocedió v sintió una súbita necesidad de orinar. Buscó a tientas un cigarrillo y lo

Librodot

encendió al tercer intento. ¿Cómo había pasado por alto...? ¿Qué cosa? ¿Qué había dejado de ver? Nada. Los ingenieros israelíes eran hábiles, pero el también. Gracias a su habitual precaución, aún no habían podido matarlo.

«Paciencia», se dijo. Y empezó a examinar de nuevo el exterior del cilindro. Allí estaba el cable, todavía conectado, del dispositivo de radar, y tres enchufes adicionales.

«¿Qué sé acerca de esto? Transceptor de radar, receptáculo grueso, escotilla de acceso... esfera explosiva conectada con...»
Ghosn se inclinó otra vez hacia delante para examinar el objeto. A intervalos regulares y simétricos, la esfera tenía detonadores. Los cables que surgían de ellos eran...

«No es posible. ¡No, no puede ser!»

Ghosn retiró los detonadores uno por uno, desconectando los cables y depositándolos con lento cuidado en una manta, pues los detonadores eran las cosas más sensibles hechas por el hombre. El explosivo, en cambio, era tan poco peligroso que se podía pellizcar un trozo y encenderlo para hervir agua. Usó el cuchillo para desprender aquellos bloques, asombrosamente duros.

-Hay la antigua leyenda de Pandora, una mujer de la mitología a la que entregaron una caja. Aunque se le dijo que no la abriera, ella cometió la tontería de hacerlo, dejando escapar al mundo contiendas, guerras y muerte. Pandora se angustió por su imprudencia hasta que descubrió, en el fondo de la caja casi vacía, el espíritu de la esperanza. Hemos visto demasiada guerra y contienda, pero ahora hemos utilizado, por fin, la esperanza. El camino ha sido largo y sangriento, un camino marcado por el dolor, pero siempre ha ido hacia arriba, por-que la esperanza es la visión colectiva que tiene la Humanidad de lo que puede, debería y debe ser, y la esperanza nos ha guiado a este punto.

«Esa antigua leyenda quizá sea pagana pero hoy se manifiesta su verdad. En este día volvemos a poner en la caja la guerra, la contienda y la muerte. Cerramos la caja a los conflictos, quedándonos con la esperanza, el último y más importante regalo de Pandora a toda la Humanidad. Este día es la concreción del sueño de toda la Humanidad.

«En este día aceptamos de manos de Dios el don de la paz. » Gracias.

El presidente sonrió cálidamente a las cámaras y volvió a su silla, entre los sinceros aplausos de sus pares. Era hora de firmar el tratado. Había llegado el momento. Fowler el último en hablar, sería el primero en firmar. El momento llegó pronto y J. Robert Fowler entró en la historia.

Ahora ya no trabajaba despacio. Retiró los bloques sabiendo que lo hacía apresuradamente, desperdiciando cosas útiles.

Pero ahora sabía... creía saber... lo que tenía en las manos.

Allí estaba: una bola de metal, una reluciente esfera recubierta de níquel. Los años pasados en la huerta del druso no la habían corroído ni dañado; la protegía el sello plástico de los ingenieros israelíes. No era mucho más grande que la pelota de un niño. Ghosn supo qué correspondía hacer a continuación. Introdujo la mano en la hendida masa de explosivos y alargó los dedos hacia la refulgente superficie niquelada.

La punta de sus dedos rozó la bola de metal. Estaba caliente al tacto.

-*Allahu akhbar!*

IX. RESOLUCIÓN

-Esto parece interesante.

-Es una buena oportunidad -asintió Ryan.

-¿Hasta qué punto es... de confianza? -preguntó Cabot. Ryan sonrió a su jefe.

-Esa es siempre la cuestión, señor. En este juego nunca se está seguro de nada; es decir, si alguna certeza tenemos, generalmente tardamos años en adquirirla. Este juego sólo tiene unas pocas reglas y nadie sabe cómo se puntúa. De cualquier modo, aquí hay mucho más que una deserción.

El hombre se llamaba Oleg Yurievich Lyalin, aunque Cabot aún no lo sabía; era un «ilegal» del KGB, que operaba sin el escudo de la inmunidad diplomática, usando como fachada su condición de representante de una industria soviética. Lyalin dirigía a una serie de agentes bajo el nombre clave de CARDO, y actuaba en Japón.

-Este tipo es un verdadero espía local. Su red es mejor que la del *Rezident* que el KGB tiene en Tokyo; su mejor fuente está directamente en el gabinete japonés.

-¿Y bien?

-Nos ofrece el uso de su red.

-¿Es tan importante como empieza a parecerme? -preguntó el director a su segundo.

-Rara vez se nos presenta una ocasión como ésta, jefe. Nunca hemos operado realmente en Japón, por falta de agentes que hablen el idioma (ni siquiera tenemos los suficiente aquí, para traducir sus documentos); además, siempre hemos tenido otras prioridades. El solo establecer la infraestructura necesaria para operar allí nos habría demandado años. Pero los rusos están en Japón desde antes de que los bolcheviques tomaran el poder. El motivo es histórico: los japoneses y los rusos han estado muchas veces en guerra y éstos siempre han considerado a Japón como rival estratégico. Por eso pusieron mucho énfasis en esas operaciones, aun antes de que la tecnología nipona se volviera tan importante. Este hombre nos ofrece, todo el negocio ruso a precio de bicoca: el inventario, las cuentas por cobrar, la planta física, todo. No se puede pedir más.

-Pero sus exigencias...

-¿El dinero? No representa ni la cienmilésima parte de lo que vale para nuestro país -señaló Jack.

-¡Es un millón de dólares mensual! -protestó Cabot. «Libre de impuestos!», habría podido agregar, pero no lo hizo.

Ryan contuvo la risa.

-El bastardo es codicioso, ¿no? ¿A cuánto asciende nuestro déficit comercial con Japón, según los últimos datos? -preguntó Jack, enarcando una ceja-. El nos ofrece todo lo que deseemos y por tanto tiempo como lo deseemos. Bastará con que, llegado el momento, un avión les recoja a él y a su familia. No quiere retirarse a Moscú. Tiene cuarenta y cinco años, la edad en que se empiezan a sentir hormigas en el trasero. Dentro de diez años tendrá que volver a su patria, ¿a encontrarse con qué? Lleva trece años viviendo en Japón casi ininterrumpidamente. Le gusta el dinero. Le gustan los automóviles y los vídeos; no le gusta hacer cola para comprar patatas. Le gustamos nosotros. El único pueblo que no le gusta es el japonés; no los quiere en absoluto. En su opinión, ni siquiera está traicionando a su país, pues no nos da nada que no esté dando a los rusos, y parte del trato es que no hará nada contra la Madre Rusia. A mí me parece bien.

-Ryan rió entre dientes-. Es capitalismo. El hombre abre una tienda de información para élites y esa información nos sirve de mucho.

-Pero el precio es astronómico.

-Vale la pena, señor. La información que nos proporcione valdrá miles de millones en nuestras negociaciones comerciales y, por tanto, miles de millones en impuestos federales. Yo solía dedicarme a las inversiones, director: así llegué a tener dinero. Oportunidades de inversión como ésta se presentan una vez cada diez años. Los directores de Operaciones quieren aceptar. Yo estoy de acuerdo. Habría que estar loco para rechazar una oferta así. El paquete de presentación... Bueno, usted tuvo ocasión de leerlo, ¿no?

El paquete de presentación era la transcripción de la última reunión del gabinete japonés, palabra por palabra, gruñidos y bufidos incluidos. Por lo menos, resultaba muy valioso para el

Librodot

análisis psicológico. Lo hablado en reuniones de gabinete podía revelar a los analistas norteamericanos mucho sobre cómo pensaba y tornaba decisiones el Gobierno japonés. Eran datos que con frecuencia se deducían, sin tener jamás confirmación.

-Fue muy revelador, sobre todo lo que decían acerca de nuestro presidente, aunque no lo mencioné. No tenía sentido fastidiar a Fowler en un momento como éste. Bueno, la operación queda aprobada, Jack. ¿Cómo se maneja este tipo de cosas?

-Hemos elegido el nombre clave de MUSHASHI; como el famoso duelista samurai. La operación se llamará NIITACA. Utilizaremos nombres japoneses por motivos obvios. -Jack decidió explicárselo; aunque Cabot era muy inteligente, no estaba familiarizado con las cuestiones de espionaje-. Si se produce una situación comprometida o alguna filtración de nuestro lado, conviene dar la impresión de que nuestra fuente no es rusa, sino japonesa. Entre los extraños que participen se usa un nombre clave diferente, generado por ordenador, que cambia mensualmente.

-¿Y el verdadero nombre del agente?

-Eso lo decide usted, director. Tiene derecho a conocerlo. Deliberadamente lo he callado hasta ahora, pues quería que en primer término usted considerara todo el cuadro. Históricamente, la cosa va pareja: algunos directores quieren saberlo; y algunos prefieren ignorarlo. Es un principio de las operaciones de Inteligencia que, cuantas menos personas saben algo, menos probable es que se produzcan filtraciones. Como solía decir el almirante Greer, la primera ley de las operaciones de inteligencia es: «La probabilidad de que una operación se arruine es proporcional al cuadrado del número de persona, que conozcan los detalles.» Usted decide, señor.

Cabot asintió, pensativo, y decidió contemporizar.

-A usted le gustaba Greer, ¿verdad?

-Lo quería como a un padre, señor. Cuando perdí a papá al estrellarse ese avión, el almirante me adoptó, en cierto modo. -«Mejor sería decir que yo lo adopté», pensó Ryan-. En el caso de MUSHASHI, tal vez usted prefiera pensarlo a fondo.

-¿Y si la Casa Blanca pide los detalles? -preguntó Cabot.

-Pese a lo que MUSHASHI piensa, director, los rusos lo considerarán alta traición, cosa que allí es delito capital. Narmonov es un buen tipo y todo eso, pero los soviéticos han ejecutado a cuarenta personas por espionaje, según nuestros conocimientos. Esa cifra incluye a SOMBRERO DE COPA, a VIAJERO y a un tipo llamado Tolkachev, todos agentes muy productivos para nosotros. En los tres casos tratamos de hacer un intercambio, pero los fusilaron antes de que hubiéramos podido iniciar negociaciones. En la Unión Soviética las apelaciones continúan siendo algo breve -explicó Ryan-. En realidad, señor, si este fulano es descubierto, probablemente lo maten en el acto de un disparo en la cabeza. Por eso nos cuidamos tanto de la identidad de los agentes. Si metemos la pata muere alguien, pese a toda la *glasnost*. Casi todos los presidentes lo saben. Una cosa más.

-¿Qué?

-Quiere que todos sus informes sean llevados personalmente, no por cable. Si no aceptamos, no hay negocio. Bueno, desde el punto de vista técnico eso no es problema. Lo hemos hecho otras veces con agentes de este calibre. El carácter de la información no requiere inmediatez. Desde Japón tenemos vuelos diarios vía United, Northwest y hasta All Nippon Airways, al aeropuerto internacional Dulles.

-Pero... -La cara de Cabot se torció en una mueca.

-Sí -asintió Jack-. El hombre no confía en la seguridad de nuestras comunicaciones. Eso me preocupa.

-¿Piensa usted acaso...?

-No lo sé. En los últimos años hemos tenido un éxito muy limitado en descifrar las claves soviéticas. La Agencia de Seguridad Nacional supone que ellos tienen el mismo problema con las nuestras, pero esos supuestos son lo que se dice muy peligrosos. En ocasiones hemos tenido indicios de que nuestras transmisiones no eran del todo seguras. Creo que debemos

tomarlo muy en serio.

-¿Y hasta qué punto debe preocuparnos?

-Debe aterrorizarnos -respondió Jack-. Por motivos obvios, director, tenemos numerosos sistemas de comunicaciones. Aquí abajo tenemos a MERCURY para que se encargue de todo nuestro material. El resto del gobierno utiliza principalmente material de ASN; Walker y Pelton comprometieron la seguridad de ese sistema hace ya mucho tiempo. El general Olson, el de Fort Meade, dice que lo han arreglado, pero por; motivos de economía no han adoptado del todo los sistemas TAPDANCE con que han estado jugando. Podemos advertir otra vez a la ASN; creo que tampoco ahora nos prestarán atención, pero hay que hacerlo. Y por nuestra parte, creo que es hora de actuar. Para empezar, señor, tenemos que pensar en una ree-valuación de MERCURY.

Era el nexo de comunicación de la propia CIA, situado algunas plantas por debajo de la oficina del director, y usaba sus propios sistemas criptográficos.

-Es muy costoso -apuntó Cabot, muy serio-. Con nuestros problemas de presupuesto...

-Costaría la mitad que el riesgo sistemático de nuestros mensajes, director. No hay nada tan vital como un sistema de comunicaciones seguro. Si no contamos con eso, no importa con qué otra cosa contemos. Ahora bien, hemos desarrollado nuestro propio sistema de uso único. Sólo necesitamos autorización de fondos para ponerlo en práctica.

-Cuénteme cómo es. No me han informado.

-En esencia, es una versión del TAPDANCE. Se trata de un bloque para usar una sola vez, con transposiciones almacenadas en un disquete láser CD ROM. Las transposiciones se generan del ruido atmosférico de radio y se sobrecriptografía con ruido de una hora posterior del mismo día; según los matemáticos, como el ruido atmosférico se produce bastante al azar al usar dos juegos separados de ese ruido y utilizar un algoritmo generado por ordenador para mezclar los dos, la clave no puede ser más caprichosa. Las transposiciones se generan por ordenador y son suministradas a disquetes láser en tiempo real. Usamos un disquete diferente cada día del año. Ese disquete es único, con sólo dos copias: uno va a la estación y la otra a MERCURY; no hay copia de seguridad. El lector de disquete a láser que usamos en ambos extremos parece normal, pero tiene un láser reforzado; a medida que lee los códigos de transposición del disquete, los va quemando directamente en el plástico. Cuando el disquete se llena o cuando termina el día (el día siempre termina primero, pues hablamos de miles de millones de caracteres por disquete), se lo destruye en un microondas. En dos minutos está listo. Eso tendría que ser totalmente seguro. Sólo corre cierto riesgo en tres etapas: primero, cuando se fabrican los disquetes; segundo, en nuestro almacenamiento de disquetes; tercero, en el almacenamiento de disquetes de cada estación. El riesgo de una estación no compromete a las otras. No podemos asegurar los disquetes contra el manejo indebido; lo hemos intentado, pero es muy caro y los hace demasiado vulnerables al daño accidental. El aspecto negativo es que requeriría contratar e investigar a veinte nuevos técnicos de comunicación. El sistema es relativamente engorroso; de allí el mayor número de comunicadores. El gasto principal está aquí. Los operadores con que hemos hablado prefieren el sistema nuevo, porque quienes lo usan se aficionan a él.

-¿Cuánto cuesta instalarlo?

-Cincuenta millones de dólares. Tenemos que agrandar MERCURY e instalar los dispositivos de fabricación. Poseemos espacio suficiente, pero la maquinaria es costosa. Una vez que contemos con el dinero, podríamos tenerlo en funcionamiento en un plazo de tres meses.

-Entiendo. Probablemente valga la pena instalarlo, pero conseguir el dinero...

-Con su permiso, señor, yo podría discutirlo con el señor Trent.

-Hummm... -Cabot clavó la vista en su escritorio-. Bueno, pero con mucha suavidad. Yo lo hablaré con el presidente cuando regrese. En cuanto a MUSHASHI, confiaré en usted. ¿Quién más, conoce su verdadero nombre?

-El director de Operaciones, el jefe de la estación Tokyo y su oficial.

Librodot

El director de Operaciones era Harry Wren, hombre de Cabot o, por lo menos, el hombre que Cabot había elegido para el cargo. Wren viajaba en esos momentos hacia Europa. Un año atrás, Jack había opinado que su elección era un error, pero se estaba comportando bien. Además, había escogido a un estupendo auxiliar, en realidad dos: los famosos Ed y Mary Pat Foley, uno de los cuales (Ryan nunca pudo saber cuál) habría sido su candidato o candidata para el puesto de director de Operaciones. Ed era el organizador; Mary Pat, el flanco temerario del mejor equipo conyugal que había trabajado en la Agencia. Nombrar para el puesto a Mary Pat habría sido un gran acierto y, probablemente, habría obtenido unos cuantos votos en el Congreso. Estaba embarazada por tercera vez, pero eso no tenía por qué aplacar a aquella supermujer. La Agencia tenía guardería propia, con cerraduras cifradas en las puertas, custodia de seguridad y el mejor equipo de juegos que Jack había visto en su vida.

-Bien, bien, Jack. Lamento haber enviado ese fax al presidente con tanto apresuramiento. Debería haber esperado.

-No importa, señor. La información estaba bien blanqueada.

-Comuníqueme qué piensa Trent de los fondos.

-Sí, señor.

Jack se retiró a su oficina. Empezaba a volverse ducho en esas cosas, se dijo. Cabot no era tan difícil de manejar.

Ghosn se tomó un rato para pensar. No era hora de entusiasmos ni de acciones precipitadas. Se sentó en un rincón de su taller y pasó varias horas fumando un cigarrillo tras otro, sin apartar la vista de la reluciente bola metálica depositada en el suelo de tierra. «¿Será muy radiactiva?», se preguntaba, casi ininterrumpidamente, una parte de su cerebro. Pero era algo tarde para eso. Si aquella pesada esfera estaba emitiendo rayos gamma duros, él ya podía darse por muerto, eso había pensado otra parte de su cerebro. Era hora de pensar y evaluar. Hacía falta un acto de voluntad suprema para quedarse sentado en la silla, pero lo consiguió.

Por primera vez en muchos años, se avergonzaba de su educación. Tenía experiencia en ingeniería eléctrica y mecánica, pero apenas había abierto algún libro sobre ingeniería nuclear. En las raras ocasiones en que se le ocurría adquirir conocimientos en esa materia, se preguntaba de qué podía servirle. De nada, obviamente. Por tanto, se limitaba a ampliar y profundizar sus conocimientos en temas de interés directo sistemas de detonación mecánica y electrónica, dispositiva electrónicos de contramedida, características físicas de los explosivos capacidades de los sistemas explosivos sensores. Era un verdadero experto en esta última categoría. Leía cuanta hallaba sobre la instrumentación utilizada para detectar explosivos en aeropuertos y otras zonas de interés.

«Número uno -se dijo Ghosn al encender el cuadragésimo cuarto cigarrillo del día-: todos los libros que consiga sobre materiales nucleares, sus propiedades físicas y químicas; tecnología de bombas, física de bombas; características radiológicas... Los israelíes deben saber que han perdido esa bomba... ¡desde 1973! -se dijo de pronto- En ese caso, ¿por qué...? Desde luego. Los Altos del Golán son de origen volcánico. La roca y el suelo subyacente donde esos pobres agricultores tratan de sembrar sus verduras son basálticas en su mayoría y el basalto tiene una radiación de fondo relativamente alta... La bomba estaba sepultada bajo dos o tres metros de suelo rocoso; lo que pueda haber emitido se perdió en la cuenta de fondo... Estoy a salvo», se dijo Ghosn.

«¡Por supuesto! Si la bomba fuese tan "caliente", la habrían protegido mejor! ¡Alá sea loado!»

«¿Puedo... puedo?» Esa era la pregunta.

«¿Por qué no?»

-¿Por qué no? -dijo Ghosn en voz alta-, Por qué no. Tengo todas las piezas necesarias. Dañadas, pero...

Aplastó el cigarrillo en el suelo, junto a las otras colillas, y se levantó. La tos le sacudía el

cuerpo; sabía que el tabaco lo estaba matando. Los cigarrillos eran más peligrosos que la bomba..., pero servían para pensar.

El ingeniero cogió la esfera. ¿Qué hacer con ella? Por el momento, la dejó en el rincón y la cubrió con un caja de herramientas. Luego salió del taller al jeep, El trayecto hasta el cuartel general le llevó quince minutos.

-Necesito ver al comandante -dijo al jefe de guardias.

-Acaba de acostarse -respondió el guardia. Aquel destacamento se estaba volviendo muy protector con respecto a su comandante.

-Me recibirá -aseguró Ghosn, y se dirigió hacia el edificio..

Las habitaciones de Qati estaban en el segundo piso, Ghosn subió por la escalera, pasó junto a otro guardia y abrió la puerta del dormitorio. En el cuarto de baño contiguo se oían arcadas.

-¿Quién demonios es? -preguntó una voz, con tono de fastidio-. ¡Ordené que no se me molestara!

-Soy Ghosn. Necesito hablar contigo.

-¿No puede ser en otro momento? -Qati apareció en el vano de la puerta, tenía la cara del color de las cenizas. Sus palabras habían sido una pregunta, no una orden, y revelaron a Ibrahim más de lo que había sabido nunca sobre la salud de su comandante. Tal vez esto lo hiciera sentir mejor.

-Amigo mío, tengo que mostrarte algo. Tengo que mostrártelo esta misma noche. -Ghosn se esforzaba por mantener la voz serena.

-¿Tan importante es? -Casi un gemido.

-Sí.

-Cuéntame.

Ghosn se limitó a sacudir la cabeza, dándose golpecitos en la oreja.

-Esa bomba israelí tiene unos sistemas detonadores nuevos -dijo por fin-. Estuvo a punto de matarme. Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

-¿Bomba? ¿No decías que...? -Qati se interrumpió. Su rostro se despejó por un momento-. ¿Esta misma noche, dices?

-Yo te llevaré.

Se impuso la fortaleza de Qati.

-Muy bien. Espera a que me vista.

El ingeniero esperó abajo.

-El comandante y yo tenemos que ir a ver algo.

-¡Mohammed! -llamó el jefe de guardias.

Pero Ghosn lo interrumpió:

-Yo mismo llevaré al comandante -lo interrumpió Ghosn-. En mi taller no hay problemas de seguridad.

-Pero...

-¡Pero tú te afliges como las viejas! Si los israelíes fueran tan sagaces, ya estarías muerto. ¡Y el comandante también!

Estaba demasiado oscuro para ver la expresión del guardia, pero Ghosn pudo sentir la ira que irradiaba; el hombre era un veterano combatiente de vanguardia.

-¡Veremos qué dice el comandante!

-¿Qué pasa ahora? -Qati emergió por la puerta, acomodándose los faldones de la camisa.

-Te llevaré yo mismo, comandante. No necesitamos guardia de seguridad para lo que vamos a hacer.

-De acuerdo, Ibrahim. -Qati se dirigió hacia el jeep y subió.

Ghosn pasó con el vehículo por delante de varios guardias atónitos.

-¿De qué se trata, exactamente?

-Es una bomba, no un dispositivo electrónico -explicó el ingeniero.

-¿Y qué? ¡Hemos recogido docenas de esas porquerías! ¿A qué viene todo esto?

-Espera a verlo. -El ingeniero conducía de prisa, atento al camino-. Si crees que te he hecho perder el tiempo, luego puedes poner fin a mi vida.

Qati se volvió a mirarlo. Ya se le había ocurrido la idea. Aunque Ghosn no tuviera pasta de combatiente, era un experto en lo suyo. Sus servicios eran muy valiosos para la organización. El comandante soportó en silencio el resto del trayecto, con la esperanza de que los medicamentos le permitieran comer... mejor dicho, retener lo que comía.

Quince minutos después, Ghosn aparcó su jeep a cincuenta metros del taller y condujo con sigilo al comandante hasta el edificio. Qati estaba completamente confundido y bastante furioso. Cuando se encendieron las luces vio el receptáculo de la bomba.

-Bueno, ¿qué pasa?

-Ven aquí. -Ghosn lo llevó al rincón y levantó la caja de herramientas-. ¡Ahí la tienes!

-¿Qué es? -Parecía una pequeña bala de cañón, una esfera de metal. El ingeniero estaba disfrutando de aquello. Qati estaba enfadado, pero pronto se le pasaría.

-Es plutonio.

El comandante irguió la cabeza como impulsada por un resorte.

-¿Qué? ¿Que tiene...?

Ghosn levantó la mano y habló con suave firmeza.

-Estoy seguro, comandante, de que ésta es la parte explosiva de una bomba atómica. Una bomba atómica israelí. -¡Imposible! -susurró el comandante.

-Tócala -sugirió Ghosn.

Qati se agachó para tocarla con un dedo.

-Está caliente. ¿Por qué?

-Por la descomposición de las partículas alfa. Una forma de radiación no dañina. Por lo menos, no aquí. Eso es plutonio, el elemento explosivo de una bomba atómica. No puede ser otra cosa.

-¿Estás seguro?

-Absolutamente seguro. Sólo puede ser plutonio. -Ghosn se acercó al receptáculo y mostró algunas diminutas partes electrónicas-. Parecen arañas de vidrio, ¿no? Se llaman llaves de critón. Ejecutan su tarea con precisión absoluta, y ese tipo de precisión sólo es necesaria para una cosa dentro de un receptáculo de bomba. Estos bloques explosivos, los que están intactos... ¿Ves que algunos son hexagonales y otros, pentagonales? Son necesarios para formar una esfera explosiva perfecta. Una carga moldeada, como la de un RPG, pero con el foco hacia dentro. Esos bloques explosivos están diseñados para comprimir esa esfera hasta reducirla al tamaño de una nuez.

-¡Pero si es de metal! Lo que dices no es posible.

-No sé tanto como debería sobre estas cosas, comandante, pero algo sé. Cuando los explosivos estallan, comprimen esa esfera metálica como si fuese de goma. Es posible, sí. Sabes lo que hace un RPG con el metal de un tanque, ¿no? Aquí hay material explosivo para cien proyectiles RPG. Comprimen el metal, y luego, cuando está comprimido, la proximidad de los átomos inicia una reacción nuclear en cadena. Piensa, comandante:

»La bomba cae en la huerta del anciano, el primer día de la Guerra de Octubre. Los israelíes estaban asustados por la potencia del ataque sirio y les sorprendió muchísimo la efectividad de los cohetes rusos. El avión fue derribado y la bomba se perdió. Las circunstancias exactas no importan. Lo que importa, Ismael, es que tenemos las partes de una bomba nuclear.

Ghosn sacó otro cigarrillo y lo encendió.

-¿Puedes...?

-Probablemente -dijo el ingeniero.

De la cara de Qati desapareció súbitamente el dolor que padecía desde hacía un mes.

-La verdad, Alá es misericordioso.

-Desde luego. Tenemos que pensar en esto, comandante. Con mucho cuidado, muy a fondo. Y la seguridad... Qati asintió.

-Oh, sí. Has hecho bien en traerme solo. En este caso no podemos confiar en nadie... absolutamente en nadie. -Qati dejó que su voz se apagara. Luego se volvió hacia su hombre-. ¿Qué necesitas?

-Lo primero, es información. Libros, comandante. ¿Y sabes dónde debo conseguirlos?

-¿En Rusia? Ghosn sacudió la cabeza. -En Israel, comandante. ¿Dónde, si no?

El representante Alan Trent se reunió con Ryan en una sala de audiencias del Parlamento. Era la que se usaba para audiencias a puerta cerrada y se la inspeccionaba todos los días por si hubiera micrófonos ocultos.

-¿Cómo te trata la vida, Jack? -preguntó el congresista.

-No me puedo quejar, Al. El presidente tuvo un buen día.

-Por cierto. El mundo entero tuvo un buen día. El país está en deuda con usted, doctor Ryan.

La sonrisa de Jack rezumaba ironía.

-Que nadie se entere de eso, ¿eh?

Trent se encogió de hombros.

- Son las reglas del juego. A estas horas deberías estar acostumbrado. Bien. ¿Qué te trae por aquí tan de improviso?

-Tenemos en marcha una nueva operación. Se llama NIITAKA.

El vicedirector de la CIA pasó varios minutos dando explicaciones. En fecha posterior tendría que entregar alguna documentación. Por el momento, sólo se requería notificar sobre la operación y su finalidad.

-¿Un millón de dólares al mes? ¿Eso es todo lo que pide? -Trent se echó a reír.

-El director quedó horrorizado -informó Jack. -Marcus me cae simpático, pero es un avaro. En la comisión supervisora tenemos dos antijaponeses declarados, Jack.

Será difícil contenerlos en este asunto.

-Tres, contándote a ti, Al.

Trent puso expresión de ofendido.

-¿Antijaponés, yo? ¿Sólo porque en mi distrito hay dos fábricas de televisores y porque la fábrica de repuestos para automóviles ha despedido a la mitad del personal? ¡Cómo voy a enojarme por eso! Muéstrame las minutas del gabinete -ordenó el congresista.

Ryan abrió su maletín.

-No puedes copiarlas ni citarlas textualmente. Mira, Al, se trata de una operación a largo plazo y...

-No soy un campesino recién llegado a la ciudad, Jack. Te has convertido en un cabronazo sin sentido del humor. ¿Qué problema tienes?

-Demasiado trabajo -explicó Jack mientras le entregaba los papeles.

Al Trent era un lector veloz; pasó por las páginas con una celeridad asombrosa. Su cara compuso una expresión neutra y el hombre volvió a ser lo que en realidad era: un político frío y calculador. Se situaba a la izquierda, pero Trent, a diferencia de sus camaradas, no se dejaba dominar por su ideología. También reservaba la pasión para las sesiones de la Cámara y para su cama. En lo demás era gélidamente analítico.

-Fowler se volverá loco cuando lea esto. ¡Qué arrogantes son! Tú, que has participado en reuniones de gabinete, ¿alguna vez has oído cosas así? -preguntó Trent.

-Sólo sobre cuestiones políticas. A mí también me sorprendió el tono, pero no olvides que puede ser por la diferencia de culturas.

El congresista levantó brevemente la vista.

-Ya. Bajo la pátina de buenos modales, pueden ser gente salvaje y loca, más o menos como los británicos. Pero esto parece cosa de animales... Caramba, Jack, es explosivo. ¿Quién reclutó a ese hombre?

-Fue la habitual danza de acoplamiento. Él asiste a diversas recepciones; el jefe de la

estación Tokyo olfatea algo, lo deja en reposo por varias semanas y, finalmente, da el paso. El ruso le entregó el paquete y sus exigencias contractuales.

-¿Por qué se llama operación NIITAKA? Tengo la impresión de haberlo oído en alguna parte.

-Yo mismo lo elegí. Cuando la fuerza de ataque japonesa se dirigía hacia Pearl Harbor, la señal para que se ejecutara la misión era «Escalen el monte Niitaka». Recuerda que sólo tú conoces esa palabra. Cambiaremos la identificación todos los meses. Como es tan importante, le daremos el tratamiento completo.

-De acuedo -dijo Trent-. ¿Y si el tipo fuera un agente provocador?

-Ya lo hemos pensado. Es posible, pero difícil. Para que el KGB haga una cosa así... Bueno, es quebrar las reglas tal como las entendemos ahora, ¿no?

-¡Espera! -Trent volvió a leer la última página-. ¿Qué demonios es esto de las comunicaciones?

-Es algo que asusta, eso es lo que es. -Y Ryan explicó lo que Trent deseaba hacer.

-¿Cincuenta millones? ¿Estás seguro?

-Ese es el gasto inicial de puesta en marcha. Después habrá que pagar a los nuevos expertos en comunicación. El costo total por año, una vez puesto en marcha el programa, es de unos quince millones.

-Bastante razonable, en realidad. -Trent meneó la cabeza-. La ASN pide un precio mucho más alto para cambiar su sistema.

-Ellos tienen que ocuparse de una infraestructura mayor. La cifra que te di debería ser exacta. MERCURY es bastante pequeño.

-¿Cuándo lo quieres? -Trent sabía que Ryan citaba números de un presupuesto bien calculado, gracias a su experiencia empresarial, cosa bastante escasa en la Administración.

-Si pudiera ser la semana pasada, mejor.

Trent asintió.

-Haré lo que pueda. Quieres todo «en negro», desde luego.

-Como una medianoche nublada -respondió Ryan.

-¡Maldita sea! -juró Trent-. ¡Se lo advertí a Olson esto!

Sus hechiceros técnicos bailan la danza de la lluvia y él se traga todo. ¿Y si...?

-Y si todas nuestras comunicaciones estuvieran amenazadas.

-Jack no quería formularse esa pregunta-. Menos mal que existe la glasnost, ¿eh?

-¿Entiende Marcus las consecuencias?

-Esta mañana se lo he explicado. Cabot puede no tener la experiencia que tú o yo querríamos, pero aprende rápido. He tenido jefes peores.

-Eres demasiado leal. Ha de ser una secuela de la temporada que pasaste en la Marina -observó Trent-. Serías un buen director.

-No me he hago ilusiones.

-Ya. Ahora que Liz Elliot es la asesora de Seguridad Nacional, tendrás que cuidarte, ¿sabes?

-Sí.

-¿Qué diablos hiciste para irritarla así?

-Ocurrió después de la convención -explicó Ryan-. Yo había ido a Chicago para informar a Fowler. Ella me encontró exhausto por un par de viajes largos y tiró de mi cadena con demasiada fuerza. Yo hice lo mismo.

-Tienes que aprender a ser amable con ella -sugirió Trent.

-Eso me dijo el almirante Greer.

Trent le devolvió los papeles.

-Difícil, ¿no?

-Sin duda.

-De cualquier modo, tienes que aprender. Es el mejor consejo que puedo darte. -«Y probablemente no hago más que perder el tiempo, desde luego», pensó Trent.

Librodot

-Ya.

-Por cierto, es buen momento para hacer esta solicitud. El resto de la comisión quedará muy impresionado con el nuevo operativo. Los antijaponeses informarán a sus amigos de Presupuesto que la CIA está haciendo algo realmente útil. Te enviaremos el dinero dentro de dos semanas, con un poco de suerte. ¡Cincuenta millones, diablos! ¡Moco de pavo! Gracias por venir.

Ryan cerró su maletín y se levantó. Trent le estrechó la mano.

-Eres buen hombre, Ryan. Lástima que no seas gay. Jack se echó a reír.

-Nadie es perfecto, Trent.

Ryan volvió a Langley para guardar los documentos de NIITAKA en lugar seguro. Con eso puso fin a su trabajo del día. El y Clark bajaron en ascensor al aparcamiento y se marcharon con una hora de antelación, como hacían una vez cada dos semanas. Cuarenta minutos después se detenían en el aparcamiento de un salón para desayunos, entre Washington y Annapolis.

-¡Hola, doctor Ryan! -saludó Carol Zimmer desde la caja.

Uno de sus hijos tomó su lugar y ella acompañó a Jack a la trastienda. John Clark echó un vistazo por el local. No lo preocupaba la seguridad de Ryan, pero sí lo que pudieran seguir pensando los matones de la zona sobre la empresa de los Zimmer. El y Chávez se habían encargado de aquel jefe de banda y sus secuaces, uno de los cuales había querido interferir. Chávez se compadeció del chico, que no tuvo necesidad de pasar la noche en el hospital. En opinión de Clark, eso indicaba que Ding estaba madurando.

-¿Cómo va el negocio? -preguntó Jack en la trastienda.

-Ventiséis pociento más que el año pasado, esta época.

Carol Zimmer había nacido en Laos, hacía unos cuarenta años. Un helicóptero de operaciones especiales de la Fuerza Aérea la rescató de una fortaleza, en la cima de una colina, justo cuando el ejército norvietnamita tomaba el último puesto estadounidense en el norte de Laos. Por entonces ella tenía dieciséis años; era el último hijo superviviente de un jefe de tribu hmong que había servido a los intereses estadounidenses (y a los propios, pues era un agente avispado) con valor y eficiencia, hasta la muerte. Se casó con Buck Zimmer, sargento de la Fuerza Aérea, que murió en acto de servicio. Fue entonces cuando intervino Ryan. Pese a los años dedicados al servicio del Gobierno, no había perdido su buen tino comercial. Eligió un buen sitio para la tienda y el destino quiso que, cuando el primero de los chicos llegó a la Universidad, no hiciera falta tocar el fondo en fideicomiso que él había depositado para ello. Una llamada amable de Ryan al padre Tim Riley hizo que el muchacho ingresara en Georgetown, con una beca completa, en los cursos preparatorios de Medicina. Como la mayoría de asiáticos, Carol sentía por los estudios una reverencia que lindaba con el fanatismo religioso y que transmitió a sus hijos. También administraba su tienda con la precisión mecánica que un sargento prusiano esperaba de una brigada de Infantería. Cathy Ryan habría podido realizar una operación quirúrgica en el mostrador de la caja, tan limpio estaba. Jack sonrió ante la idea. Tal vez fuera Laurence Alvin Zimmer quien hiciera esa operación.

Echó un vistazo a los libros. Aunque había descuidado sus estudios de contabilidad, aún sabía interpretar un balance. -¿Cena con nosotros?

-No puedo, Carol. Tengo que volver a casa. Esta noche mi hijo juega en la Pequeña Liga. ¿Todo está bien? ¿No tiene problemas, ni siquiera con esos punks?

-Ellos no volver. El señor Clark ahuyentarlos para siempre. -Si alguna vez vuelven, usted debe llamarme de inmediato -dijo Jack.

-Bueno, bueno, aprendí lección -prometió ella. -Bien. Cuídese. -Ryan se levantó.

-¿Doctor Ryan?

-¿Sí?

Librodot

-Fuerza Aérea dice Buck murió en accidente. Nunca pregunto, pero pregunto usted: ¿accidente, no accidente?

-Buck perdió la vida cumpliendo con su deber, Carol, salvando vidas. Yo estaba allí. El señor Clark, también.

-¿Los que hacen morir Buck...?

-No tiene nada que temer de ellos -aseguró Ryan con tono sereno-. Nada en absoluto.

Jack vio la comprensión en sus ojos. Aunque sus conocimientos de inglés eran muy limitados, había captado el sentido de la respuesta.

-Gracias, doctor Ryan. No pregunto más, pero debo saber.

-Está bien.

Lo sorprendía que Carol hubiese esperado tanto para preguntarlo.

El altavoz montado en el mamparo vibró:

-Control, aquí sonar. Tengo un nivel de ruido de rutina rumbo 0-4-7, designado contacto Sierra Cinco. No hay más información por el momento. Avisaré.

-Muy bien. -El capitán Ricks se volvió hacia la mesa de punteo-. Grupo de rastreo, inicien TMA.

El capitán miró a su alrededor. Los instrumentos indicaban una velocidad de siete nudos, una profundidad de cuatrocientos pies y un curso de 3-0-3. El contacto estaba a distancia, sobre estribor.

El alférez que mandaba el grupo de rastreo consultó el miniordenador «Hewlett-Packard» situado en el rincón de estribor-popa del control de ataque.

-Bien -anunció-, tengo un ángulo de rastreo... algo tembloroso.., estoy computando. -Eso llevó a la máquina dos segundos enteros-. Tengo el alcance... es una zona de convergencia, entre 3-5 y 4-5 mil metros si está en ZC-1, 5-5 y 6-1 mil metros para ZC-2.

-Parece demasiado fácil -comentó el primer oficial al capitán.

-Tiene razón; ponga el ordenador fuera de servicio -ordeno Ricks.

El teniente comandante Wally Claggett, primer oficial del submarino Maine, volvió a la máquina y la apagó-.

-Tenemos una avería en el ordenador del HP. Parece que llevará horas arreglarla -anunció-. Lástima.

-Eres muy amable -comentó en voz baja el alférez Ken Shaw al contramaestre que estaba a su lado.

-Tranquilo, señor Shaw -susurró el otro-. Ya nos ocuparemos de usted. De cualquier modo, ahora no necesita esa cosa.

-¡Silencio en el control de ataque! -ordenó el capitán Ricks.

El submarino llevaba rumbo Noroeste. Los operadores del sonar proporcionaban información al control de ataque. Diez minutos después, el grupo de rastreo estaba decidido.

-Capitán -anunció el alférez Shaw-, contacto estimado Sierra Cinco en la primera ZC, alcance de 3-9 mil metros, rumbo sur en general y la velocidad, entre ocho y diez nudos.

-¡Se puede hacer algo mejor! -exclamó el comandante, con sequedad.

-Control, aquí sonar. Sierra Cinco parece un Akula soviético de ataque rápido; identificación preliminar del blanco: Akula número seis, Admiral Lunin. Espere. -Hubo una pausa-. Probable cambio del Sierra Cinco, probable giro. Control, tenemos un decidido cambio. Sierra Cinco está ahora flanco adelante.

-Capitán -dijo el primer oficial-, eso aumenta al máximo la efectividad de su antena de remolque.

-Sí. Sonar, aquí control. Quiero una inspección de ruido propio.

-Aquí sonar. Sí, señor. Un momento. -Pasaron unos segundos-. Control, tenemos un ruido... no estoy seguro de qué se trata, una especie de repiqueteo, tal vez en los tanques de balasto de popa. Antes no aparecía, señor. Definitivamente a popa... y decididamente

metálico.

-Control, aquí sala de maniobras. Algo va mal. Oigo algo desde popa, tal vez en los tanques de lastre.

-Capitán -dijo Shaw-, Sierra Cinco está ahora en rumbo recíproco. El blanco lleva ahora un curso sudeste, aproximadamente de 1-3-0.

-Tal vez nos oye -gruñó Ricks-. Vamos a subir. Profundidad treinta metros.

-Treinta metros, sí -repitió el oficial de inmersión-. Timón, cinco grados arriba los planos de inmersión.

-Cinco grados arriba los planos de inmersión. Señor, planos de inmersión cinco grados arriba, llegando a treinta metros. -Control, aquí maniobras; el repiqueteo ha cesado. Cesó cuando nos inclinamos hacia arriba.

El primer oficial gruñó junto al capitán:

-¿Qué diablos significa eso?

-Probablemente que algún idiota dejó su caja de herramientas en el tanque de lastre. Una vez le ocurrió a un amigo mío. -Ricks estaba realmente enfadado, pero si había que pasar por esos contratiempos era preferible que fuera allí-. Cuando estemos por encima de la capa, pondremos rumbo Norte y verificaremos datos.

-Yo esperaría, señor. Sabemos dónde está la ZC. Dejemos que salga de ella; entonces podremos maniobrar para escabullirnos mientras no pueda oírnos. Dejémosle creer que nos ha detectado antes de iniciar los trucos. Probablemente piense que no lo hemos visto. Al maniobrar radicalmente, estamos exagerando.

Ricks lo pensó por un momento.

-No. Ya hemos anulado el ruido de proa, y probablemente estamos fuera de sus sonares. Cuando estemos por encima de la capa podremos perdernos en el ruido de superficie y maniobrar para salir. El no tiene muy buen sonar. Ni siquiera sabe qué somos. Sólo olfatea algo. De este modo podemos poner más distancia entre nosotros.

-Sí, señor -respondió el primer oficial ejecutivo.

El Maine niveló a treinta metros, muy por encima de la capa termoclina, límite entre el agua de superficie, relativamente tibia, y la fría agua de profundidad. Eso cambió drásticamente las condiciones acústicas. En opinión de Ricks, debía eliminar cualquier posibilidad de que el Akula lo detectara.

-Control, aquí sonar. Perdimos contacto con Sierra Cinco. -Muy bien. Tengo el control de maniobras -anunció Ricks. -El capitán tiene el control de maniobras -reconoció el oficial de cubierta.

-Timón a la izquierda diez grados, nueva derrota tres-cinco-cero.

-Timón a la izquierda diez grados, sí, rumbo 3-5-0. Señor, tengo el timón diez grados a la izquierda.

-Muy bien. Sala de máquinas, aquí control. Pase a diez nudos.

-Aquí sala de máquinas, paso a diez nudos. Aumentando poco a poco.

El Maine estableció un curso Norte y aumentó la velocidad. Su sonar de remolque tardó varios minutos en recuperar la operatividad. Mientras tanto, el submarino norteamericano iba a ciegas.

-Control, aquí maniobras, ¡ha reaparecido ese ruido! -anunció el altavoz.

-Disminuya la velocidad a cinco... adelante un tercio.

-Adelante un tercio, señor. Sala de máquinas confirma adelante un tercio.

-Muy bien. Maniobras, aquí control, ¿qué pasa con ese ruido?

-Sigue allí, señor.

-Esperaremos un minuto -decidió Ricks-. Sonar, aquí control. ¿tiene algo sobre Sierra Cinco?

-Negativo, señor. No tenemos contactos por el momento. Ricks bebió un sorbo de café y mantuvo la vista fija en el reloj del mamparo durante tres minutos.

-Maniobras, aquí control. ¿Qué pasa con el ruido?

-Sin novedad, señor. Sigue allí.

-¡Maldición! Oficial, disminuya a un nudo.

Claggett obedeció. El capitán estaba perdiendo. Aquello no servía de nada. Transcurrieron diez minutos. El preocupante ruido de proa se atenuó, pero sin desaparecer del todo.

-¡Control, aquí sonar! El contacto lleva rumbo 0-1-5; apareció de pronto, señor, y es el Sierra Cinco. Decididamente clase Akula, Admiral Lunin. Evaluado como contacto de rumbo directo, por proa. Probablemente subió a través de la capa.

-¿Nos ha detectado? -preguntó Ricks.

-Probablemente sí, señor -informó el operador del sonar.

-¡Alto! -anunció otra voz. El comodoro Mancuso entró en la sala-. Bien, el ejercicio ha terminado. ¿Quieren los oficiales acompañarme, por favor?

Todos dejaron escapar un suspiro colectivo en tanto se encendían las luces. La sala era parte de un gran edificio cuadrado, que no se parecía en nada a un submarino, aunque sus habitaciones eran una réplica de las salas más importantes de un submarino clase Ohio. Mancuso llevó a la tripulación del control de ataque a una sala de conferencias y cerró la puerta.

-Mal movimiento táctico, capitán. -Bart Mancuso no se destacaba por la diplomacia-. Primer oficial, ¿qué consejo dio a su capitán?

Claggett lo repitió palabra a palabra.

-¿Por qué desatendió ese consejo, capitán?

-Señor, calculé que nuestra ventaja acústica me permitiría hacerlo de modo tal que llevara al máximo la separación con respecto al blanco.

-¿Wally? -Mancuso se volvió hacia el capitán del Equipo Rojo, comandante Wally Chambers, a punto de ser nombrado comandante del Key West. Chambers había trabajado a las órdenes de Mancuso en el Dallas y tenía pasta para ser un endiablado capitán de ataque rápido. En realidad, acababa de demostrarlo.

-Era demasiado previsible, capitán. Más aún: al continuar en el mismo rumbo y cambiar la profundidad, usted presentó la fuente del ruido a mi sonar de remolque; además me proporcionó una señal que lo identificó definitivamente como submarino. Habría hecho mejor volviéndome la proa, manteniendo la profundidad y aminorando la marcha. Yo sólo tenía una vaga indicación. Si hubiera aminorado la velocidad, no me habría sido posible identificarlo. Como usted no lo hizo, detecté su salto hacia la capa superior y aceleré por abajo en cuanto salí de la ZC. No supe que lo tenía, capitán, hasta que usted me lo hizo saber. Además, me permitió acercarme. Puse la cola por encima de la capa y me mantuve bien debajo de ella. Había un buen canal de superficie y usted estaba a dos-nueve mil metros. Yo lo podía oír, pero usted a mí no. Entonces fue sólo cuestión de continuar acelerando hasta que estuve lo bastante cerca como para una solución de alta probabilidad. Lo tenía en un puño.

-La finalidad del ejercicio era mostrarles a ustedes que ocurriría si perdían su ventaja acústica. -Mancuso dejó que lo asimilaran bien antes de continuar-: Bueno, no fue justo. ¿verdad? Pero ¿quién dijo que la vida es justa?

-El Akula es un buen bote, pero ¿hasta qué punto es bueno su sonar?

-Suponemos que es tan bueno como un segundo vuelo 688 «No puede ser», pensó Ricks.

-¿Qué otra sorpresa puedo esperar? -preguntó.

-Buena pregunta. La respuesta es que no lo sabemos. Y cuando uno no sabe, debe suponer que ellos son tan buenos como uno.

«No puede ser», se repitió Ricks.

«Tal vez hasta mejores», agregó mentalmente Mancuso.

-Bien -dijo el comodoro a la tripulación reunida-, repasen sus propios datos. Dentro de treinta minutos echaremos un vistazo final a esto.

Ricks siguió con la vista al comodoro Mancuso, que salía de la habitación intercambiando una risita con Chambers. Mancuso era un capitán de submarinos inteligente y eficaz, pero continuaba siendo un loco del ataque rápido; no podía estar al mando de un escuadrón

boomer, simplemente porque no pensaba del modo correcto. Y eso de llamar a un antiguo compañero de la Flota Atlántica, otro loco del ataque veloz... Bueno, sí, así se hacía, pero ¡por Dios! Rick estaba seguro de haber hecho lo correcto.

La prueba no había sido realista. Ricks tenía la certeza de eso. ¿Acaso Rosselli no les había dicho a ambos que el Maine era más silencioso que un agujero negro? Maldición... Esa era su primera oportunidad de demostrar al comodoro lo que sabía hacer, pero una prueba artificial e injusta, le habían impedido lucirse, además de las chapuzas cometidas por sus hombres, los mismos de los que Rosselli estaba tan orgulloso.

-Veamos sus registros de TMA, señor Shaw.

-Sírvase, señor. -El alférez Shaw, que se había graduado en la academia de submarinos de Groton, hacía apenas dos meses, estaba de pie en el rincón, con la carta y sus notas bien sujetas en las manos tensas. Ricks se las arrebató y las desplegó en una mesa de trabajo. Sus ojos recorrieron rápidamente las páginas.

-Menuda chapuza. Podría haber tardado un minuto menos en hacer esto.

-Sí, señor -replicó Shaw. No veía cómo hubiera podido apresurarse más, pero si el capitán lo decía, el capitán tenía razón.

-Eso hubiera cambiado las cosas -agregó Ricks con un deje hiriente en la voz.

-Lo siento, señor. -Ese fue el primer error verdadero del alférez Shaw. Ricks irguió la espalda, pero aun así tuvo que levantar la vista para mirar al subordinado a los ojos. Eso no le mejoró el humor.

-Con decir «lo siento» no solucionamos nada, señor. Ese «lo siento» pone en peligro nuestra nave y nuestra misión. Ese «lo siento» hace que mueran personas. «Lo siento» es algo que dicen los oficiales incompetentes. ¿Me comprende, señor Shaw?

-Sí, señor.

-Bien. -La palabra sonó como una maldición-. Que no se repita nunca más.

El resto de la media hora fue dedicada a revisar los registros del ejercicio. Los oficiales pasaron a una habitación más grande, donde revivirían el episodio, enterándose de lo que había visto y hecho el Equipo Rojo. El teniente comandante Claggett obligó al capitán a aminorar el paso.

-Ha estado un poco duro con Shaw, capitán.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Ricks con irritado asombro.

-El no cometió ningún error. Yo mismo no habría podido hacer el rastreo ahorrando más de treinta segundos. El contra-maestre que estaba con él lleva cinco años haciendo TMA y ha dado clases en la escuela de submarinos. Los vigilé a ambos y actuaron bien.

-¿Me está diciendo que el error fue culpa mía? -preguntó Ricks con voz engañosamente suave.

-Sí, señor -respondió el primer oficial, con la franqueza que le habían enseñado.

-¿De veras?

Ricks salió por la puerta sin pronunciar otra palabra.

Decir que Petra Hassler-Bock era desdichada significaba minimizar las cosas de un modo épico. La mujer, que rondaba ya los cuarenta años, había vivido más de quince años en huida constante, ocultándose de la Policía de Alemania Occidental hasta que las cosas se volvieron demasiado peligrosas, lo cual precipitó su fuga a la zona Este... lo que había sido la zona Este. El investigador de la Bundeskriminalamt sonrió para sus adentros. Lo asombroso era que eso parecía haberle sentado bien. Todas las fotos del grueso expediente mostraban a una mujer atractiva, vital, sonriente, con el rostro inmaculado de una muchacha y una bonita cabellera castaña. Ese mismo rostro había contemplado fríamente la muerte de tres personas; una de ellas, producida durante varios días de trabajo con el cuchillo, según recordaba el detective. Ese asesinato había sido parte de una importante declaración política; se produjo en oportunidad del plebiscito para resolver si se permitía o no a los norteamericanos instalar sus misiles Pershing-2 y Cruise en Alemania, cuando la Fracción del Ejército Rojo quería

Librodot

aterrorizar a la gente, obligándola a ver las cosas a su modo. No resultó, por supuesto, aunque convirtió la muerte de la víctima en un ejercicio gótico.

-Dígame, Petra ¿disfrutó matando a Wilhelm Manstein? -preguntó el detective.

-Era un cerdo -respondió ella, desafiante-. Un cerdo gordo, sudoroso y putañero.

Así lo habían atrapado. Petra organizó el secuestro insinuándosele primero y estableciendo luego una relación breve y apasionada. Manstein no había sido el ejemplar más atractivo de la virilidad alemana, por cierto, pero Petra tenía de la liberación femenina una idea bastante más radical que la habitual en los países occidentales. Las mujeres habían sido los miembros más feroces de la banda Baader-Meinhof y de la FER. Tal vez era una reacción contra la mentalidad Kinder-Küche-Kirche de los machos alemanes, según decían algunos psicólogos. Pero la mujer sentada ante él era la asesina más fría y calculadora de cuantas él conocía. Los primeros trozos de Manstein enviados por correo a su familia fueron un acto de extrema crueldad. Manstein vivió diez días después de esa amputación, según el informe del forense, proporcionando un macabro entretenimiento a aquella dama aún joven.

-Bueno, usted se encargó de eso, ¿no? Imagino que Günther se sintió algo inquieto con esa pasión, ¿verdad? Después de todo, usted pasó... ¿cuántas?, cinco noches con Herr Manstein antes del secuestro. ¿Disfrutó usted también de esa parte, mein Schatz?

La ironía dio en el blanco. Petra había sido una mujer atractiva, pero ya no lo era. Como una flor veinticuatro horas después de cortada, ya no era un ser viviente. Tenía la piel cetrina, los ojos rodeados de anillos oscuros y había perdido ocho kilos, por lo menos. Hubo un destello desafiante, pero sólo por un momento.

-Espero que haya disfrutado al entregarse, al permitir que él hiciera lo suyo. Supongo que sí, porque él volvió una y otra vez. Usted no lo hacía sólo para engatusarlo, ¿cierto? No puede haber sido pura representación, porque Herr Manstein era un experto mujeriego. Tenía tanta experiencia que sólo frecuentaba a las prostitutas más hábiles. Dígame, Petra, ¿cómo adquirió usted tanta habilidad? ¿Practicó antes con Günther... o con otros? Desde luego, en aras de la justicia revolucionaria, o de la Kareradschaft revolucionaria, Minicht wahr? Usted es una zorra despreciable, Petra. Hasta las prostitutas tienen moral; usted, no.

-¡Y su bienamada causa revolucionaria! -se burló el detective-. Doch! ¡Qué causa! ¿Qué siente ahora, al verse rechazada por todo el Volk alemán?

Ella se removió en la silla, pero no se decidió a...

-¿Qué pasa, Petra? ¿Ya no tiene palabras heroicas? Usted hablaba siempre de sus visiones de libertad y democracia, ¿no? ¿La desilusiona que, teniendo una verdadera democracia, el pueblo los deteste, a usted y a los de su especie? Dígame, Petra, ¿cómo es sentirse rechazado? Totalmente rechazado. Y usted sabe que es verdad -agregó el investigador-. Usted sabe que no es broma. Desde su ventana vio a la gente en la calle, ¿verdad? Usted y Günther la vieron. Una de las manifestaciones se produjo debajo de su apartamento, ¿no? ¿Qué pensaba al ver eso, Petra? ¿Qué pensaron usted y Günther? ¿Que era una triquiñuela contrarrevolucionaria?

El detective meneó la cabeza y se inclinó hacia delante para clavar la vista en aquellos ojos vacuos, sin vida. Disfrutaba de su trabajo, tal como ella en otros tiempos.

-Dígame, Petra: ¿cómo explica esos votos? Eran elecciones libres. Usted lo sabe, por supuesto. Todo aquello por lo que usted luchó, trabajando y asesinando... todo era un error, todo por nada. Bueno, la pérdida no fue total, ¿cierto? Por lo menos pudo hacer el amor con Wilhelm Manstein. -El hombre se reclinó en la silla y encendió un pequeño cigarro. Despidió el humo hacia el cielo raso-. ¿Y ahora, Petra? Espero que haya disfrutado de esa pequeña travesura, mein Schatz, porque no saldrá de esta prisión con vida. Nadie sentirá jamás compasión por usted, ni siquiera cuando esté reducida a una silla de ruedas. Oh, no. Todos recordarán sus crímenes y preferirán dejarla aquí, con las otras bestias crueles. Para usted no hay esperanza. Morirá en este edificio, Petra.

Petra Hassler-Bock levantó bruscamente la cabeza. Por un momento dilató los ojos, como si fuera a decir algo, pero se contuvo.

El detective continuó, con tono afable:

Librodot

-Por cierto, hemos perdido el rastro de Günther. En Bulgaria estuvimos a punto de pillarlo, pero se nos escapó por una diferencia de treinta horas. Los rusos nos han dado todo lo que tienen sobre usted y sus amigos, todos aquellos meses que ustedes pasaron en los campos de entrenamiento. Bueno, el caso es que Günther sigue en fuga. Creemos que está en el Líbano, escondido con sus antiguos amigos en esa cueva de ratas. Ellos serán los próximos. Los norteamericanos, los rusos, los israelíes, todos están colaborando, ¿lo sabía? Es parte de este tratado, ¿no le parece maravilloso? Creo que allí cogeremos a Günther. Con un poco de suerte, se resistirá o hará algo tonto. Podemos traerle una foto del cadáver, si usted quiere. ¡Hablando de fotos! ¡Casi lo olvido! Tengo algo que mostrarle -anunció el investigador.

Insertó una cinta en una videocasete y encendió el televisor. La imagen tardó un momento en aparecer; era, obviamente, una filmación de aficionado tomada con una cámara manual. Mostraba a dos niñas gemelas, vestidas con traje típico color rosa, idénticos, sentadas en la alfombra de un típico apartamento alemán. Todo estaba en perfecto orden, hasta las revistas de la mesa, perfectamente alineadas. Entonces se inició la acción.

-Komm, Erika. Komm, Ursel! -convocó una voz de mujer.

Las dos niñas se levantaron apoyándose en la mesa y caminaron tambaleándose hacia ella. La cámara siguió los pasos inestables hasta los brazos de la mujer.

-Mutti, Mutti! -decían ambas.

El detective apagó el televisor.

-Ya hablan y caminan. lst das nicht wunderbar? Su nueva madre las quiere mucho, Petra. Bueno, se me ocurrió que a usted le gustaría verlas. Por hoy, basta.

El detective presionó un botón oculto. Un guardia apareció y acompañó a la prisionera esposada de vuelta a su celda.

La celda era un cubículo de ladrillos pintados de blanco. No había ventana al exterior; la puerta era de acero y sólo tenía una mirilla y una ranura por la que le pasaban la bandeja de la comida. Petra ignoraba la existencia de una cámara que filmaba a través de lo que parecía un ladrillo más, cerca del techo, pero que era en realidad un pequeño panel de plástico transparente a la luz roja e infrarroja. Petra Hassler-Bock mantuvo su compostura durante todo el trayecto y hasta el momento en que la puerta de la celda se cerró tras ella.

Entonces empezó a derrumbarse.

Sus ojos huecos se clavaron en el suelo también blanco. En un principio, enormes y horrorizados, no pudieron llorar y se limitaron a contemplar la pesadilla en que se había convertido su vida. Parte de ella se decía que eso no podía ser realidad, con una confianza rayana en la locura. Todo aquello en lo que ella creía, todo aquello por lo que había trabajado, ya no existía. Günther, las gemelas, la causa, su vida. Todo había desaparecido.

Los detectives de la Bundeskriminalamt la interrogaban sólo para divertirse. Ella lo sabía. Nunca insistían seriamente para arrancarle información, y era comprensible: Petra no tenía nada de valor que proporcionarles. Le habían mostrado copias de los archivos de la Stasi. Casi todo lo que sus antiguos hermanos socialistas tenían sobre ella, mucho más de lo que Petra hubiera supuesto, estaba ahora en manos de los alemanes occidentales. Nombres, direcciones, números telefónicos, registros de veinte años atrás o más, datos que ella misma había olvidado, cosas sobre Günther que nunca había sabido. Todo en manos de la BKA.

Todo había terminado. Todo se había perdido.

Petra hizo una arcada y se echó a llorar. Hasta Erika y Ursel, sus gemelas, producto de su propio cuerpo, prueba física de su fe en el futuro y de su amor por Günther, daban sus primeros pasos en el apartamento de unos desconocidos. Llamaban Mutti (mamaíta) a una desconocida. Era la esposa de un capitán de la BKA, según le habían dicho. Petra lloró en silencio durante media hora, sabiendo que en esa celda tenía que haber un micrófono. Aquella maldita caja blanca que le impedía dormir.

Todo perdido.

La vida... ¿allí? Sólo una vez había estado en el patio de ejercicios con otras prisioneras; habían tenido que desprenderse a dos de encima. Aún recordaba cómo lo gritaban mientras los

Librodot

guardias la llevaban a la enfermería: puta, asesina, animal... Vivir allí por cuarenta años o más, sola, siempre sola, esperando enloquecer, esperando que su cuerpo se debilitara y decayera. Para ella, vivir significaba vivir. De algo estaba segura: no habría compasión para ella. El detective lo había dejado en claro. Ninguna compasión. Ningún amigo. Perdida y olvidada... por todos, salvo por el odio.

Tomó su decisión serenamente. Como los prisioneros de todo el mundo, se había procurado un trozo de metal con filo. Era, un fragmento de una hoja de afeitar, tomada del utensilio con el que le permitían rasurarse las piernas una vez al mes. La cogió de su escondite y retiró la sábana, también blanca. El colchón era como todos: de diez centímetros de grosor y un grueso forro de rayas. Su ribete era un reborde de tela tensamente cosida alrededor de una especie de soga que daba rigidez al colchón. Utilizando el filo de la hoja, empezó a retirar la cuerda. Eso requirió tres horas y no poca sangre, pues el fragmento de hoja era pequeño y difícil de manipular. Por fin tuvo en las manos dos metros de cuerda improvisada. Hizo un nudo corredizo en un extremo y ató el otro a la lámpara instalada sobre la puerta. Para hacerlo tuvo que subirse a la silla. Después de tres intentos, logró asegurar bien el nudo. No quería que la cuerda fuera muy larga.

Cuando quedó satisfecha, continuó sin pausa. Petra Hassler-Bock se quitó el vestido y el sostén. Luego se arrodilló en la silla, de espaldas a la puerta, buscando la posición justa; se puso el nudo corredizo alrededor del cuello y lo tensó bien. Levantó las pantorrillas y usó el sostén para atárselas a los muslos. No quería echarse atrás. Tenía que demostrar su coraje, su devoción. Sin detenerse para una plegaria ni para un lamento, sus manos empujaron la silla. Su cuerpo cayó unos cinco centímetros, antes de que la improvisada soga se tensara y detuviera su caída. Pero el cuerpo se rebeló contra la voluntad. Las piernas flexionadas lucharon contra el sostén que las retenía entre los muslos y la puerta metálica, pero el forcejeo no hizo sino apartar a Petra de la puerta, con lo que aumentó la estrangulación.

El dolor la sorprendió. El nudo corredizo le fracturó la laringe antes de deslizarse hasta un punto debajo de la mandíbula. Sus ojos se dilataron, fijos en los ladrillos blancos de la pared opuesta. Entonces fue cuando sintió pánico. La ideología tiene sus límites. No podía morir, no quería morir, no quería...

Sus dedos volaron al cuello. Fue en vano. Lucharon por introducirse bajo la cuerda, pero era demasiado delgada y se había hundido tanto en la carne blanda que no pudo meter un solo dedo. Aun así se debatió, sabiendo que disponía de unos segundos antes de que la falta de sangre en el cerebro... Ahora todo se hacía borroso, su vista empezaba a fallar. No llegaba a distinguir las líneas de argamasa de la pulcra mampostería alemana de la pared. Sus manos insistían, lastimando la piel del cuello y, arrancando una sangre que no hacía sino facilitar el que la cuerda se hundiera más y cortara del todo la circulación de la carótida. Abrió la boca y trató de gritar. No, no quería morir, no... Necesitaba ayuda. ¿Acaso nadie la oía? ¿Nadie la ayudaba? Demasiado tarde, sólo dos segundos, tal vez sólo uno, tal vez ni siquiera eso... Su última hilacha de conciencia le dijo que, si lograba aflojar el sostén que le sujetaba las piernas, podría ponerse de pie y...

El detective que contemplaba la escena por el monitor vio que las manos de la mujer aleteaban hacia el sostén; buscaron flojamente el cierre por un momento y cayeron; después de contorsionarse por un instante más, quedaron quietas. «Qué cerca -pensó-. Qué cerca ha estado de salvarse.»

Era una lástima. Una chica bonita, pero había elegido el asesinato y la tortura. También había elegido morir. Y si cambió de idea al final, ¿no les pasa a todos lo mismo? Bueno, no a todos; eso venía a demostrar una vez más que, al fin y al cabo, los duros son cobardes. Aber natürlich.

-El monitor se ha estropeado -dijo, apagándolo-. Será mejor conseguir otro para vigilar a la prisionera Hassler-Bock.

-Tardaremos más o menos una hora -dijo el supervisor de guardia.

-Bien.

El detective retiró el casete de la misma videocasete utilizada para exhibir la conmovedora escena familiar. Lo guardó en el maletín, con el otro, y lo cerró con llave. No había sonrisa en su cara al levantarse, pero sí una expresión satisfecha. No era culpa suya que el Bundestag y el Bundesrat fueran incapaces de aprobar una simple y efectiva pena de muerte. Eso era culpa de los nazis, por supuesto. Condenados bárbaros... Pero ni siquiera los bárbaros eran del todo estúpidos. Después de la guerra no se habían arrancado las autobahns, ¿verdad? Claro que no. Sólo porque los nazis ejecutaban a la gente...

Bueno, algunos habían sido asesinos vulgares, que cualquier Gobierno civilizado de la época habría ejecutado. Y si alguien merecía la muerte era Petra Hassler-Bock. Asesinato mediante tortura. Muerte por ahorcamiento. Era justo, se dijo el detective. El caso Wilhelm Manstein había estado a su cargo desde el principio. El vio llegar por correo los genitales del hombre. Observó a los patólogos que examinaban el cadáver, asistió al funeral y aún recordaba las noches insomnes pasadas al no poder quitarse de la mente esas imágenes horribles. Tal vez ahora pudiera. La justicia era lenta, pero había llega-do. Con un poco de suerte, esas dos bonitas niñas crecerían hasta ser ciudadanas correctas; nadie sabría jamás quién y qué había sido su madre sanguínea.

El detective salió de la prisión y se dirigió a su coche. No quería estar cerca de la cárcel cuando descubrieran el cadáver. Caso cerrado.

-Eh, tío...

-Hola, Marvin. Me han dicho que te luciste con las armas -dijo Ghosn a su amigo.

-Bah. No fue gran cosa, hombre. Las uso desde que era niño.

-Superas al mejor de nuestros instructores -señaló el ingeniero.

-Porque los blancos son más grandes que un conejo -repuso Marvin Russell-. Además, no se mueven. Mira, tío, yo mataba conejos a la carrera, con un veintidós. Cuando uno tiene que cazar para comer, se aprende en seguida a poner la bala donde se apunta. ¿Cómo te ha ido con esa bomba?

-Mucho trabajo y poco resultado -contestó Ghosn.

-A lo mejor puedes hacer una radio con todos esos aparatos eléctricos -sugirió el norteamericano.

-Tal vez algo útil.

X. ÚLTIMAS POSICIONES

Volar hacia el oeste es siempre más fácil que hacerlo hacia el este. El cuerpo humano se adecua más fácilmente a un día más largo que a uno más breve; la combinación de buena comida con buenos vinos lo facilita aun más. El Fuerza Aérea Uno tenía una sala de conferencias de buen tamaño, que se podía usar para toda clase de reuniones. En este caso se trataba de una cena para los principales funcionarios del Gobierno y para miembros selectos de la Prensa. Como de costumbre, la comida fue estupenda El Fuerza Aérea Uno debe de ser el único avión del mundo que no sirve sólo comidas congeladas. Sus camareros lo abastecen de alimentos frescos que con frecuencia son preparados a seiscientos nudos de velocidad y a doce mil metros de altura; más de uno entre sus cocineros ha dejado el Ejército para convertirse en chef de un club campestre o de algún restaurante elegante. El haber servido al presidente de EE.UU. sienta bien en la historia profesional de cualquier cocinero.

El vino era de Nueva York: un chablis particularmente bueno bebida preferida del presidente, aparte de la cerveza. El «747» adaptado llevaba tres cajas llenas en la bodega. Dos sargentos de chaquetilla blanca mantenían las copas llenas en tanto los platos llegaban y se iban. La atmósfera era tranquila; las conversaciones, estrictamente confidenciales y «tenga cuidado con lo que dice si quiere volver a cenar aquí».

-Bien, señor presidente -preguntó el New York Times-: ¿en qué tiempo piensa usted que esto se llevará a cabo?

-Se está iniciando en este preciso instante. Los representantes del Ejército suizo están ya en Jerusalén para vigilarlo todo. El secretario Bunker va a reunirse con el Gobierno israelí para facilitar la llegada de las fuerzas norteamericanas a la región. Esperamos que todo esté realmente en marcha en el plazo de dos semanas.

-¿Y los que deben desocupar sus hogares? -inquirió el Chicago.

-Para ellos será una gran molestia, pero prestaremos nuestra ayuda para que las casas nuevas se construyan con celeridad. Los israelíes han solicitado créditos para comprar viviendas prefabricadas hechas en América, y se les concederán. Además, costearemos la instalación de una fábrica, para que ellos continúen haciéndolas por su cuenta. Se trasladará a muchos miles de personas. Será algo doloroso, pero vamos a facilitarlo hasta donde podamos.

-Además -intervino Liz Elliot-, no olvidemos que la calidad de vida no se reduce a tener un techo sobre la cabeza. La paz tiene un precio, pero también da sus beneficios. Estos pueblos conocerán la seguridad por primera vez en su vida.

-Perdone, señor presidente -dijo el periodista del Tribune, levantando su copa-. Mi pregunta no era una crítica. Creo que todos estamos de acuerdo en que este tratado es un don del cielo. -Todas las cabezas asintieron alrededor de la mesa-. Sin embargo, el modo en que se lo ponga en práctica es importante y nuestros lectores quieren saber.

-Los reasentamientos será la parte más difícil -respondió Fowler con calma-. Debemos felicitar al Gobierno israelí por haber accedido, y hacer cuanto podamos para que el proceso resulte tan indoloro como sea humanamente posible.

-¿Y qué unidades norteamericanas serán enviadas para defender a Israel? -preguntó otro periodista.

-Me alegro de oír esa pregunta -comentó el presidente. Y era cierto. El periodista anterior había pasado por alto el obstáculo más obvio a la puesta en práctica del tratado: la posibilidad de que el Knesset israelí no ratificara los acuerdos-. Tal vez usted haya oído mencionar que estamos reorganizando una vieja unidad: el 10.° Regimiento de Caballería. Se está constituyendo en Fort Stewart, Georgia, y en estos momentos, siguiendo mis órdenes, se están acondicionando naves de la Flota de Reserva para llevarlo a Israel cuanto antes. El 10.° de Caballería es una unidad ilustre, con una historia distinguida. Se trata de una de las unidades negras que los occidentales hemos ignorado casi por completo. Quiere la suerte -en realidad, la suerte no tenía nada que ver- que el primer comandante sea un afroamericano, el coronel Marion Diggs, militar distinguido, graduado en West Point y todo eso. Esa es la fuerza de tierra. El componente aéreo será una escuadrilla completa de bombarderos «F-16», más un destacamento de «AWACS» y el habitual personal de apoyo. Finalmente, los israelíes nos ceden un puerto base en Haifa. También tendremos un grupo de combate y una unidad expedicionaria de marines en el Mediterráneo oriental, para respaldar todo lo demás.

-Pero con semejante gasto de recursos...

-La idea del 10.° de Caballería fue de Dennis Bunker, pero francamente me gustaría apadrinarla. En cuanto al resto... Bueno, trataremos de ajustarlo, de un modo u otro, al presupuesto de Defensa.

-¿Es realmente necesario, señor presidente? Es decir, con tantas batallas como provoca el presupuesto, sobre todo en cuestiones de Defensa, ¿tenemos además que...?

-Por supuesto -interrumpió la asesora de Seguridad Nacional. Su expresión agregaba: «...pedazo de idiota.» -Israel tiene problemas de seguridad muy graves y muy reales. Nuestro compromiso de defender su seguridad es condición sine qua non de este acuerdo.

-Caramba, Marty... -murmuró otro periodista.

-Compensaremos estos gastos adicionales recortándolos de otros sectores -dijo el presidente-. Sé que al volver me encontraré con otro debate sobre cómo pagar los gastos del Gobierno, pero aquí se ha demostrado, me parece, que los gastos del Gobierno valen la pena. Si tenemos que aumentar un poco los impuestos para mantener la paz mundial, el pueblo

norteamericano comprenderá y lo apoyará -concluyó Fowler despreocupadamente.

Todos los periodistas tomaron nota: el presidente iba a proponer otro aumento de impuestos. «Ya tuvimos el Dividendo de Paz Primero y el Segundo. Este será el primer Impuesto de Paz», pensó uno de ellos con una sonrisa irónica. El Congreso lo aprobaría raudamente, junto con todo lo demás. La sonrisa tenía otra causa: la periodista había reparado en las miradas que el presidente echaba a su asesora de Seguridad Nacional y tenía sus sospechas. Por dos veces había tratado de comunicarse con Liz Elliot en su casa, antes del viaje a Roma, y en ambas ocasiones dio sólo con su contestador automático. Habría podido investigar eso, vigilar la casa de la Elliot y tomar nota de cuántas veces dormía allí y cuántas no. Pero eso no era asunto suyo. ¿O sí? No. El presidente no tenía compromisos; era viudo y su vida personal no incumbía a nadie, mientras no afectara su discreción ni su manejo de los asuntos oficiales. La periodista creía ser la única que se había dado cuenta. «Qué demonios... -pensó-, si el presidente y su asesora de Seguridad Nacional intiman más de la cuenta, tal vez sea mejor así. Basta con ver lo bien que resultó el Tratado del Vaticano...»

El general de brigada Abraham Ben Jakob leyó el texto del tratado en la intimidad de su oficina. No solía tener dificultades para definir sus pensamientos. Sabía que ése era un lujo que le brindaba la paranoia. Durante toda su vida adulta (que en su caso se había iniciado a los dieciséis años, edad en que tomó por primera vez un arma en defensa de su patria), el mundo había sido un lugar sumamente sencillo de entender: existían los israelíes y los otros, cuya mayoría eran enemigos o posibles enemigos. Unos pocos, asociados o amigos, tal vez; pero la amistad, para Israel, era sobre todo un asunto unilateral. Avi había dirigido cinco operaciones en Estados Unidos «contra» los norteamericanos. «Contra» era un término relativo, desde luego. Nunca había tenido intenciones de perjudicar a aquel país; sólo quería saber algunas cosas que estaban en conocimiento de su Gobierno u obtener algo que la Administración norteamericana tenía e Israel necesitaba. La información no se utilizaría jamás contra EE.UU., por supuesto, ni los pertrechos militares, pero era comprensible que ellos no vieran con buenos ojos el robo de sus secretos. Eso no preocupaba en absoluto al general Ben Jakob. Su misión en la vida era proteger a Israel, no caer simpático a la gente. Los norteamericanos lo comprendían. Ocasionalmente compartían datos de Inteligencia con la Mossad, con más frecuencia de un modo informal. En raras oportunidades la Mossad daba información a los norteamericanos. Todo era muy civilizado; en realidad, se parecían un poco a dos empresas competidoras que compartieran los mismos adversarios y los mismos mercados, cooperando a veces entre sí, pero nunca con mutua confianza.

Ahora esa relación iba a cambiar. Era preciso. Estados Unidos comprometía sus propias tropas en defensa de los israelíes. Eso la hacía parcialmente responsable de la defensa de Israel... y, recíprocamente, hacía a Israel responsable de la seguridad de los norteamericanos (algo en lo que la Prensa norteamericana aún no había reparado). La cuestión correspondía a la Mossad. El intercambio de Inteligencia tendría que convertirse en una calle mucho más ancha, cosa que a Avi no le gustaba. Pese a la euforia del momento, EE.UU. no era un país al que se le pudieran confiar secretos, particularmente los que se obtenían con el aporte de mucho esfuerzo, y sangre a veces, por parte de sus subordinados. Pronto los norteamericanos enviarían a un alto representante de Inteligencia para resolver los detalles. Enviarían a Ryan, por supuesto. Avi empezó a tomar notas. Necesitaba obtener toda la información referente a Ryan, a fin de poder cerrar con los norteamericanos el trato más favorable que le fuera posible.

Ryan... ¿sería verdad que él había iniciado todo aquello? «He aquí la cuestión», pensó Ben Jakob. El Gobierno norte-americano lo negaba, pero Ryan no contaba con el afecto del presidente Fowler ni de su zorra de Seguridad Nacional, esa Elizabeth Elliot. La información que tenía de ella era bien clara. Siendo profesora de ciencias Políticas en Bennington, había convocado a representantes de la OLP para que expresaran sus puntos de vista sobre Oriente

Librodot

Medio... ¡en nombre de la justicia y el equilibrio! Habría podido ser peor. Ella no era Vanessa Redgrave; no bailaba con un «AK-4» sobre la cabeza, pero su «objetividad» se había extendido hasta el punto de escuchar cortésmente a los representantes del pueblo que atacó a los hijos de Israel en Maalot y a los atletas israelíes en Munich. Como casi todos los miembros del Gobierno norte-americano, había olvidado qué eran los principios. Pero Ryan no era de ésos.

El tratado era obra suya. Sus fuentes tenían razón. Ni a Fowler ni a Elliot se les hubiera ocurrido jamás una idea cuya clave fuese la religión.

El Tratado. Volvió a él, a sus notas. ¿Cómo era posible que el Gobierno se hubiera dejado llevar a esto

Pronto venceremos...

Era así de sencillo. Las desesperadas llamadas telefónicas, los telegramas de los amigos americanos de Israel, el modo en que todos abandonaban el barco, como si...

Pero ¿de qué otro modo podría haber sido? En todo caso, se dijo Avi, el Tratado del Vaticano era cosa hecha. Ya se habían iniciado las reacciones en la población israelí y los días siguientes serían apasionados. Los motivos eran muy sencillos de comprender.

Israel, esencialmente, desocupaba la orilla occidental. Allí quedarían unidades del ejército, tal como las que EE.UU. mantenía aún en Alemania y Japón, pero la orilla occidental iba a convertirse en un estado palestino desmilitarizado; la ONU garantizaba sus fronteras, lo cual, en opinión de Ben Jakob, bien podía ser un bonito pergamino enmarcado. La verdadera garantía corría por cuenta de Israel y Estados Unidos. Arabia Saudí y los otros países del Golfo costearían la recuperación económica de los palestinos. También se aseguraba el acceso a Jerusalén donde estaría estacionada la mayor parte de las tropas israelíes, grandes bases. La ciudad de Jerusalén se convertiría en dominio del Vaticano. Un alcalde elegido por votación... Se preguntó si el israelí que detentaba el puesto en la actualidad lo conservaría. ¿Por qué no, si era el hombre más ecuánime? El administraría el Gobierno civil, pero los asuntos internacionales y religiosos estarían bajo la autoridad del Vaticano, ejercida por una troika de tres clérigos. La seguridad de Jerusalén estaría a cargo de un regimiento motorizado suizo. Avi sentía ganas de bufar ante eso, pero los suizos habían sido el modelo del Ejército israelí y se suponía que iban a entrenarse con el regimiento norteamericano. El 10.° de Caballería, al parecer, era un regimiento de soldados estupendos. En el papel todo resultaba muy bonito.

En el papel, casi todo resulta muy bonito.

Sin embargo, en las ciudades de Israel ya se habían iniciado manifestaciones virulentas. Miles de ciudadanos israelíes iban a ser desplazados. Ya había dos agentes de Policía y un soldado heridos... a manos de israelíes. Los árabes no estorbaban a nadie. Una comisión independiente, encabezada por los saudíes, trataría de resolver a qué familia árabe correspondía cada parcela de tierra, situación que Israel había confundido por completo al apoderarse de tierras que podían ser o no propiedad de árabes y... Pero eso no era problema de Avi, gracias a Dios. El se llamaba Abraham, no Salomón. «¿Funcionará?», se preguntó.

«No puede funcionar», se dijo Qati. La noticia de la firma del tratado le había deparado diez horas de náuseas. Ahora, con el texto en sus manos, se sentía a las puertas de la muerte.

«¿Paz? ¿Con Israel aún existiendo?» ¿Qué se haría entonces con sus sacrificios, con los cientos y miles de combatientes sacrificados por las armas y las bombas israelíes? ¿Para qué habían muerto? ¿En aras de qué había sacrificado Qati su vida? Habría sido mejor morir, se dijo. Se privaba de todo. Podría haber llevado una vida normal, con una esposa, hijos varones, una casa y un trabajo cómodo; podría haber sido médico, ingeniero, banquero o comerciante. Tenía inteligencia para triunfar en cualquier cosa que su mente eligiera como digna de él. Pero no: había elegido el sendero más difícil. Su meta era construir una nueva nación, crear una patria para su pueblo, darle la dignidad humana que se merecía. Conducir a su pueblo. Derrotar a los invasores.

Ser recordado.

Eso era lo que ambicionaba. Cualquiera era capaz de reconocer la injusticia, pero el remediarla le habría permitido ser recordado como el hombre que había cambiado el curso de la Historia de una pequeña nación.

Para alcanzar ese objetivo debía desafiar a las grandes naciones, a los americanos y europeos que se arrogaban derechos en su antigua tierra. El hombre capaz de conseguirlo sería recordado entre los grandes, pues las grandes acciones definen a los grandes hombres y es a éstos a quienes la historia recuerda. Pero ¿qué hechos serían recordados ahora? ¿Quién había conquistado a qué... o a quién?

No era posible, se dijo el comandante. Sin embargo, su estómago le dijo lo contrario, en tanto leía el texto del tratado, con su escueta y exacta redacción. El pueblo palestino, su noble y valiente pueblo, ¿se dejaría seducir por esa infamia?

Qati se levantó para volver al lavabo privado, sintiendo nuevas arcadas. Mientras se inclinaba sobre el inodoro, una parte de su cerebro le dijo que ésa era la respuesta a su pregunta. Al cabo de un rato irguió la espalda y bebió un vaso de agua para quitarse ese gusto vil de la boca. Pero había otro gusto no tan fácil de quitar.

Al otro lado de la calle, en otro piso franco de la organización, Günther Bock escuchaba el servicio informativo exterior de la alemana Deutsche Welle. Pese a sus ideas políticas y a su domicilio, Bock nunca dejaría de considerarse alemán. Sería un alemán socialista revolucionario, pero alemán al fin. En su verdadera patria habían tenido otro día cálido, según informaba la radio, con cielo despejado; un buen día para caminar a lo largo del Rin, de la mano de Petra y...

La breve noticia le detuvo el corazón. «Esta tarde, Petra Hassler-Bock, asesina convicta, fue hallada ahorcada en su celda, al parecer víctima de un suicidio. Era la esposa del terrorista prófugo Günther Bock. Tras su arresto en Berlín, fue juzgada y condenada a cadena perpetua por el brutal asesinato de Wilherlm Manstein. Petra Hassler-Bock tenía treinta y ocho años de edad... La recuperación del equipo de fútbol Dresde ha sorprendido a los cronistas deportivos. Conducido por Willi Scheer, el brillante jugador...»

Los ojos de Bock se dilataron en la penumbra de la habitación. Y buscaron la ventana para mirar las estrellas del anochecer.

¿Petra, muerta?

Sabía que era cierto. ¡Suicidio! Por supuesto; todos los miembros del Baader-Meinhof habían cometido «suicidio». Uno de ellos, disparándose una pistola en la cabeza... tres veces. La Policía de Alemania Occidental bromeaba al respecto.

Habían asesinado a su esposa. Bock lo sabía. Su hermosa Petra estaba muerta. Su mejor amiga, su más leal camarada, su amante, muerta. Pero no debería afectarle tanto. ¿Qué otra cosa se podía esperar? Tenían que matarla, desde luego. Ella era a un tiempo un vínculo con el pasado y un vínculo potencialmente peligroso con el futuro socialista de Alemania. Al matarla aseguraban aún más la estabilidad política de la nueva Alemania, Das Vierte Reich.

-Petra -susurró por lo bajo. Era más que un personaje político, más que una revolucionaria. Bock recordaba cada línea de su rostro, cada curva de su cuerpo juvenil. Recordó la espera, durante el nacimiento de sus hijas, y la sonrisa con que ella lo había recibido después de alumbrar a Erika y a Ursel. Ellas también habían desaparecido, tan definitivamente apartadas de su padre como si hubieran muerto.

No era buen momento para estar solo. Se vistió y cruzó la calle. Le alegró encontrar a Qati aún despierto, aunque tenía un aspecto horrible.

-¿Qué pasa, amigo? -preguntó el comandante.

-Petra ha muerto.

Qati expresó un sincero dolor.

-¿Cómo fue?

Librodot

-Según la Radio, la encontraron muerta en su celda..., ahorcada.

Su Petra, estrangulada por el grácil cuello. La imagen era demasiado dolorosa. Bock había visto ese tipo de muerte. El y Petra habían ejecutado así a un enemigo de clase; la cara se ponía pálida; después, oscura y... la imagen era insoportable. No podía permitirse ver a Petra así.

Qati inclinó la cabeza, apenado.

-Que Alá tenga misericordia de nuestra bienamada camarada.

Bock se las compuso para no fruncir el entrecejo. Ni él ni Petra habían creído nunca en Dios, pero Qati tenía buenas intenciones, aunque su plegaria fuera sólo un derroche de aliento. Por lo menos, era una expresión de simpatía y buena voluntad... y de amistad. A Bock le hacían mucha falta en ese momento. Por eso pasó por alto aquello y aspiró hondo.

-Es un mal día para nuestra causa, Ismael.

-Peor de lo que piensas. Este maldito tratado...

-Lo sé -dijo Bock-. Lo sé.

-¿Qué opinas? -Qati sabía que, si de algo podía estar seguro, era de la franqueza de Bock. Günther era objetivo en todo.

El alemán cogió un cigarrillo del escritorio y le acercó la llama del encendedor de mesa. Empezó a pasearse por la habitación. Necesitaba moverse para probarse que aún estaba vivo, en tanto ordenaba a su mente que estudiara la pregunta con objetividad.

-Es preciso verlo como parte de un plan mayor. Cuando los rusos traicionaron al socialismo mundial, pusieron en marcha una serie de acontecimientos destinados a consolidar el control de la mayor parte del mundo por parte de las clases capitalistas. En principio pensé que lo hacían por razones de astuta estrategia, para conseguir ayuda económica. Debes comprender que el pueblo ruso es atrasado, Ismael. Ni siquiera pudo hacer funcionar el comunismo. Claro que el comunismo fue invento de un alemán -agregó con una mueca irónica, pasando diplomáticamente por alto el hecho de que Marx hubiera sido judío. Se detuvo por un momento y prosiguió, con voz fríamente analítica, agradeciendo la oportunidad de cerrar la puerta a sus emociones para hablar como el revolucionario de antaño-: Me equivocaba. No es en absoluto una estrategia, sino una vil traición. Los elementos progresistas de la Unión Soviética han sido reducidos aún más plenamente que en la Alemania democrática. Su entendimiento con Estados Unidos es muy sincero. Están cambiando pureza ideológica por prosperidad pasajera, y no piensan volver al regazo socialista.

Por su parte, Estados Unidos cobra un precio por la ayuda que presta. Obligó a los soviéticos a negar apoyo a Irak, a reducir el respaldo que os daba a vosotros, los árabes, y finalmente a ceder ante el plan de asegurar a Israel de una vez por todas. Es obvio que el grupo de presión israelí, allá en Estados Unidos, viene planeando esto desde hace mucho tiempo. Lo que cambia las cosas es la aquiescencia soviética. Ahora no nos enfrentarnos sólo a Estados Unidos, sino a una conspiración a escala mundial. No tenemos amigos, Ismael. Estamos solos.

-¿Quieres decir que hemos sido derrotados?

-!No! -Los ojos de Bock centellearon por un momento-. Si nos detenemos ahora... Ellos ya tienen demasiadas ventajas, amigo. Si les damos una más, aprovecharán la situación actual para pillarnos a todos. La relación entre vosotros y los rusos está más deteriorada que nunca, y va a empeorar. El próximo paso es que los rusos colaboren con los norteamericanos y los sionistas.

-¿Quién hubiera pensado que los norteamericanos y los rusos...?

-Nadie, salvo quienes lo provocaron: el Gobierno norte-americano y sus perros comprados: Narmonov y sus lacayos. Son sumamente astutos, amigo. Nosotros habríamos debido preverlo, pero no fue así. Tú no lo previste aquí. Yo no lo preví en Europa. El error fue nuestro.

-¿Qué ideas tienes para remediar la situación? -preguntó Qati.

-Nos enfrentamos a la alianza de dos amigos coyunturales y sus secuaces. Es preciso hallar

el modo de destruir esa alianza. En términos históricos, cuando se rompe una alianza los antiguos aliados se inspiran más sospechas recíprocas que antes de la alianza. Ahora bien, podemos conseguirlo ¿cómo podemos conseguirlo? -Bock se encogió de hombros-. No lo sé. Eso requiere tiempo. Las oportunidades existen... o deberían existir -se corrigió-. Hay mucha discordia potencial. Muchas personas piensan como nosotros, sobre todo en Alemania.

-Pero dices que debe empezar entre Estados Unidos y Rusia -observó Qati, interesado como siempre por las divagaciones de su amigo.

-A eso debe llegar. Si existe un modo de hacer que empiece allí, tanto mejor, pero me parece improbable.

-Tal vez no sea tan improbable como supones, Günther -dijo Qati para sus adentros, casi sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta.

-¿Qué dices?

-Nada. En otro momento hablaremos de eso. Estoy fatigado, amigo.

-Perdóname por traerte problemas, Ismael.

-Ya vengaremos a Petra, amigo mío. ¡Les haremos pagar sus crímenes! -le prometió Qati.

-Gracias.

Bock se fue. Dos minutos después estaba nuevamente en su habitación. La radio, aún encendida, emitía música tradicional. Entonces cayó sobre él todo el peso del momento. Sin embargo, no consiguió llorar. Sólo sentía cólera. La muerte de Petra era una desoladora tragedia personal, pero todas sus ideas habían sido traicionadas. La muerte de su esposa era sólo un síntoma más de una enfermedad más profunda y virulenta. El mundo entero pagaría por el asesinato de Petra, si él lograba salirse con la suya. Todo en nombre de la justicia revolucionaria, desde luego.

El sueño tardó en llegar a Qati, que sentía los remordimientos. El también tenía recuerdos de Petra Hassler y su ágil cuerpo (por entonces aún no se había casado con Günther), Imaginarla muerta, colgando de una cuerda alemana... ¿Cómo había muerto? ¿Por suicidio, como decían las informaciones? Qati creía que sí. Los europeos eran frágiles. Inteligentes, pero frágiles. Conocían la pasión de la lucha, pero no sabían de resistencia. Su ventaja radicaba en un punto de vista más amplio, que provenía de su ambiente más cosmopolita y su mejor educación. Mientras Qati y su gente tendían a centrarse demasiado en sus problemas inmediatos, sus camaradas europeos tenían una perspectiva más amplia. Qati y los suyos solían considerar a los europeos como camaradas, pero no como iguales; les consideraban aficionados en el negocio de la revolución. Pero era un error. Ellos habían enfrentado siempre una tarea revolucionaria más rigurosa, pues carecían de las legiones de descontentos en que Qati y sus colegas reclutaban a sus combatientes. El hecho de que no tuvieran demasiado éxito en sus objetivos se debía a circunstancias objetivas y no reflejaba su inteligencia ni su abnegación.

Bock habría podido ser un estupendo agente de operaciones, pues veía las cosas con claridad.

«¿Y ahora, qué?», se preguntó Qati. Esa pregunta requería tiempo para la reflexión. No era cuestión de dar una respuesta apresurada. Lo pensaría durante unos días... mejor aún, durante una semana entera, se prometió el comandante mientras intentaba conciliar el sueño.

-...tengo el gran privilegio y el alto honor de presentar al presidente de los Estados Unidos.

Los miembros del Congreso se levantaron en bloque de sus atestados escaños. En la primera fila estaban los miembros del gabinete, los jefes del Estado Mayor y los jueces del Tribunal Supremo, que también se pusieron de pie. En las galerías había otras personalidades; entre ellas, los embajadores de Arabia Saudí e Israel, sentados el uno junto al otro por primera vez. Las cámaras de Televisión recorrieron aquella gran sala, donde se había tejido tanto la

Librodot

historia como la infamia. Un aplauso cerrado se prolongó hasta que las palmas enrojecieron.

El presidente Fowler apoyó sus notas en el estrado y se volvió para estrechar la mano al presidente del Congreso, al presidente provisional del Senado y a su propio compañero de fórmula, Roger Durling. (En la euforia del momento nadie repararía en que Durling había quedado para el final.) Luego sonrió y saludó a todos los asistentes; los aplausos se redoblaron. Fowler recurrió a todos los gestos de su repertorio. El saludo con una mano, el saludo con las dos manos, las manos a la altura de los hombros y las manos por sobre la cabeza. El entusiasta recibimiento era realmente bipartidista, cosa notable. Sus enemigos más acérrimos de la cámara de Representantes y el Senado manifestaban un firme y sincero entusiasmo. Aún existía un verdadero patriotismo en el Congreso, para sorpresa de todos. Por fin, Fowler pidió silencio con un gesto y el aplauso fue apagándose.

-Compatriotas, vengo a esta casa a informar sobre los recientes acontecimientos acaecidos en Europa y Oriente Medio, y para presentar al Senado un par de tratados que, según espero, merecerán una rápida y entusiasta aprobación. -Más aplausos-. Con estos tratados, Estados Unidos, en estrecha colaboración con otras naciones (algunas, antiguas amigas de confianza; otras, nuevos y valiosos aliados), ha ayudado a llevar la paz a una región que ha ayudado a dar la paz al mundo, aunque poca paz tuviera para sí.

Se puede analizar toda la Historia de la Humanidad. Se puede rastrear la evolución del espíritu humano. Todo el progreso de la especie, todas las luces refulgentes que han iluminado el ascenso desde la barbarie, los grandes hombres y mujeres que han orado, soñado y trabajado por ver este momento... este momento, esta oportunidad, esta culminación, es la última página en la historia del conflicto humano. No hemos llegado a un punto de partida, sino a un punto final. Hemos...

Renovados aplausos interrumpieron al presidente, que se sintió levemente fastidiado, pues no había previsto esa interrupción. Con una amplia sonrisa, pidió silencio.

-...hemos llegado a un punto final. Tengo el honor de informarles que Estados Unidos ha estado en la vanguardia de la marcha hacia la justicia y la paz. -Aplausos-. Es natural que esto fuese así...

-Un poco denso, ¿no? -comentó Cathy Ryan.

-Un poco. -Jack gruñó en su silla y alargó la mano hacia el vino-. Pero así son las cosas, cariño. Para este tipo de acontecimientos hay reglas, así como las hay para la ópera. Además, es un gran... Es un momento histórico, qué demonios. La paz nace otra vez.

-¿Cuándo te vas?

-Pronto.

-Por supuesto, hay un precio que debemos pagar -continuó Fowler en el televisor-, la Historia exige el compromiso de quienes la forjan. Nuestra tarea es garantizar la paz. Debemos enviar hombres y mujeres norteamericanos para proteger al Estado de Israel. Hemos jurado defender ese pequeño y valiente país contra todos sus enemigos.

-¿Qué enemigos son ésos? -preguntó Cathy.

-Siria todavía no está muy conforme con el tratado. Irán tampoco. Con respecto al Líbano... bueno, el Líbano no existe, es sólo un lugar donde muere gente. Libia y todos esos grupos terroristas. Aún hay enemigos por los cuales preocuparnos. -Ryan vació la copa y fue a la cocina para volver a llenarla, diciéndose que era una pena malgastar así un buen vino. Por el modo en que lo estaba tragando, habría podido beber cualquier otra cosa.

-También habrá un costo monetario -estaba diciendo Fowler cuando Ryan volvió a la sala.

-Aumentan otra vez los impuestos -observó Cathy, fastidiada.

-Naturalmente -dijo Ryan, y pensó: «Cincuenta millones son culpa mía, por supuesto. Mil millones por aquí, mil millones por allá...»

-¿Esto cambiará realmente las cosas? -preguntó ella.

-Así debería ser. Ahora sabremos si esos líderes religiosos creen en lo que dicen o si son sólo charlatanes. Los hemos sentado en sus propios petardos, querida... En sus principios, digamos -aclaró Jack, al cabo de un momento-. Si no se comportan de acuerdo con sus

Librodot

creencias, se revelarán como charlatanes.

-Pero no creo que lo sean. Creo que serán fieles a lo que siempre han defendido.

-Y pronto tú no tendrás nada que hacer, ¿eh?

Jack captó la nota esperanzada de su voz.

-Eso no lo sé.

Luego de la intervención presidencial empezaron los debates y coloquios en la televisión. Por la oposición intervino el rabino Solomon Mendelev, un anciano neoyorquino, ferviente partidario de Israel, que algunos tildaban de fanático. Lo extraño era que él nunca había viajado a Israel. Jack, que ignoraba los motivos, se prometió averiguarlo a la mañana siguiente. Mendelev encabezaba un sector pequeño pero eficaz del lobby israelí. Había sido casi el único en expresar su aprobación (bueno, su comprensión) de lo ocurrido en el Monte del Templo. El rabino llevaba barba y un yarmulke negro sobre un traje muy arrugado.

-Esto es una traición a Israel -contestó, a la primera pregunta. Para sorpresa de todos, hablaba con serenidad-. Al obligar a Israel a devolver lo que le correspondía por derecho, Estados Unidos ha traicionado el derecho histórico del pueblo judío a ocupar la tierra de sus antepasados, además de comprometer gravemente la integridad física del país. Los ciudadanos israelíes tendrán que abandonar sus hogares a punta de pistola, tal como ocurrió hace cincuenta años -concluyó, ominoso.

-¡Un momento! -exclamó un contertulio, acalorado.

-¡Por Dios, qué apasionada es esta gente! -observó Jack.

-Yo perdí a varios familiares en el Holocausto -dijo Mendelev, con tono razonable-. El sentido mismo del Estado de Israel es proporcionar a los judíos un sitio donde puedan estar a salvo.

-Pero el presidente va a enviar tropas norteamericanas...

-También enviamos tropas a Vietnam -señaló el rabino Mendelev- E hicimos promesas. Y también allí hubo un tratado. La única forma en que Israel puede estar seguro es dentro de fronteras defendibles, detrás de sus propias tropas. Estados Unidos ha obligado a ese país a aceptar un acuerdo. Fowler cortó el suministro de armas a Israel como medio de «hacerle llegar un mensaje». Pues bien, ese mensaje fue enviado y recibido: ceder o verse aislado. Eso es lo que ocurrió. Puedo demostrarlo y atestiguaré ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado para probarlo.

-Oh, oh -comentó Jack, en voz baja.

-Scott Adler, subsecretario de Estado, transmitió personalmente ese mensaje mientras John Ryan, subdirector de la CIA, hacía lo propio en Arabia Saudí. Ryan prometió al rey saudí que Estados Unidos pondría de rodillas a Israel. Eso ya es bastante malo, pero que fuera Adler, un judío, quien hiciera semejante cosa... -Mendelev sacudió la cabeza.

-Este tipo tiene buena información -dijo Ryan.

-¿Es cierto lo que dice, Jack? -preguntó Cathy.

-No del todo, pero se supone que nuestra misión era confidencial. No era de dominio público que yo había salido del país.

-Yo sabía que estabas de viaje.

-Pero ignorabas adónde había ido. Bueno, no importa. Ese hombre puede alborotar un poco, pero no conseguirá nada.

Las manifestaciones se iniciaron al día siguiente. Lo habían apostado todo a eso; era el último y desesperado intento. Los dos líderes eran judíos rusos que recientemente habían obtenido autorización para abandonar un país que les manifestaba muy poco amor. Al llegar a su patria verdadera se les permitió instalarse en la orilla occidental, esa parte de Palestina arrebatada a Jordania en la Guerra de los Seis Días de 1967. Sus apartamentos prefabricados (diminutos para cualquier norteamericano, pero de un lujo incomprensible para un ruso) se levantaban en una de las cien laderas rocosas de la región. Para ellos era un lugar nuevo y extraño, pero era la patria, y la patria es algo por cuya defensa se lucha. El hijo de Anatoli (se había cambiado el nombre por el de Nathan) era ya oficial del Ejército israelí. Lo mismo

Librodot

podía decirse de la hija de David. Su reciente llegada a Israel les había parecido una suerte de salvación. ¿Y ahora se pretendía que abandonaran sus hogares? ¿Otra vez? Ambos habían recibido demasiados golpes en la vida. Uno más era intolerable.

El edificio de apartamentos estaba ocupado por inmigrantes rusos, por lo que Anatoli y David no tuvieron dificultades para formar un kollektiv local y organizar las cosas. Consiguieron un rabino ortodoxo, lo único que no les ofrecía esa pequeña comunidad. Luego iniciaron una marcha a pie hacia el Knesset, tras un mar de banderas y una Torá sagrada. Pese a lo pequeño del país, la marcha llevó tiempo, y no dejó de atraer la inevitable cobertura periodística. Cuando los sudorosos y cansados manifestantes llegaron a destino, todo el mundo sabía de la marcha y su objetivo.

El Knesset israelí no es la más serena de las asambleas parlamentarios. Ese grupo de hombres y mujeres cubre desde la ultraderecha hasta la ultraizquierda y deja muy poco espacio para un centro moderado. Con frecuencia se alza la voz, se sacuden los puños o se golpean los escaños, la sala está presidida por una fotografía b/n de Theodor Herzl, un austriaco cuyo ideal del sionismo, a mediados del siglo xix, constituyó una visión orientadora de lo que, según sus esperanzas, debía ser una patria segura para su maltratado pueblo. La pasión de los parlamentarios es tal que muchos observadores se preguntan cómo aún, en un país en el que casi todos sus habitantes son reservistas del Ejército y guardan un arma automática en su casa, ningún miembro del Knesset ha saltado en pedazos de su escaño durante algún debate acalorado. Qué habría pensado Theodor Herzl de esos procedimientos queda librado a la imaginación de cada uno. Para Israel es una maldición el que los debates sean demasiado vivaces y el Gobierno esté tan polarizado en terrenos políticos y religiosos. La mayoría de subsectas religiosas tiene su propia zona y, por tanto, su propia representación parlamentaria. Es una fórmula ante la cual la Asamblea francesa, fragmentada con tanta frecuencia, parece bien organizada. Durante una generación había privado a Israel de un Gobierno estable y una política nacional coherente.

Los manifestantes, a los que se unieron muchos otros, llegaron una hora antes de que se iniciara el debate sobre la cuestión de los tratados. Era probable que cayera el Gobierno. Los ciudadanos recién llegados enviaron emisarios a todos los miembros del Knesset que pudieron localizar. Los miembros que estaban de acuerdo con ellos salieron a pronunciar feroces discursos contra los tratados.

-Esto no me gusta -comentó Liz Elliot mientras miraba la televisión en su oficina. Como el ambiente político reinante en Israel estaba bastante más caliente de lo que ella esperaba, había llamado a Ryan para evaluar la situación.

-Bueno -reconoció el subdirector de la CIA-, es lo único que no podemos controlar, ¿no?

Elliot tenía en su escritorio los resultados de una encuesta. La firma investigadora más respetada de Israel había interrogado a cinco mil personas, de las cuales un 38% estaba a favor del tratado; el 41%, en contra, y el 21%, indeciso. Las cifras coincidían, más o menos, con la composición política del Knesset, cuyos miembros derechistas apenas si superaban en número a los de izquierda y cuyo precario centro se fragmentaba siempre en pequeños grupos, todos los cuales esperaban un buen ofrecimiento de un lado u otro, que aumentara su importancia política.

-Scott Adler revisó esto hace semanas. Al dar el primer paso sabíamos que el gobierno israelí se tambaleaba. Por el amor de Dios, ¿cuándo no se ha tambaleado, en los últimos veinte años?

-Pero si el primer ministro no logra...

-Entonces volveremos al plan B. Usted quería presionar al Gobierno, ¿no? Pues lo conseguirá.

Eso era lo único que no habían analizado a fondo, se dijo Ryan, pero lo cierto era que un análisis profundo no habría servido de nada. El Gobierno israelí era siempre un modelo de

anarquía en acción. El tratado se había negociado sobre el supuesto de que, una vez transformado en fait accompli, al Knesset no le quedaría sino ratificarlo. Nadie había pedido a Ryan su opinión al respecto, pero él consideraba que la evaluación era adecuada.

-El funcionario político de la Embajada dice que el equilibrio de poder puede ser el pequeño partido controlado por nuestro amigo Mendelev -apuntó Elliot, tratando de mostrarse serena.

-Puede ser -reconoció Jack.

-¡Es absurdo! -bramó Elliot-. Ese pequeño idiota ni siquiera ha estado en Israel.

-Es por algo religioso. No quiere volver mientras no llegue el Mesías.

-¡Cristo! -exclamó la asesora de Seguridad Nacional.

-Exactamente. Usted lo ha dicho. -Ryan se echó a reír y recibió una mirada espantosa-. Mire, Liz: ese hombre tiene sus creencias religiosas personales. Aunque a nosotros nos parezcan descabelladas, la constitución exige que las toleremos y respetemos. Así se hacen las cosas en este país, ¿recuerda?

Elliot agitó el puño delante del televisor.

-¡Pero este rabino loco lo está arruinando todo! ¿No hay algo que podamos hacer para impedirlo?

-¿Qué, por ejemplo? -preguntó serenamente Jack, viendo en la actitud de la mujer algo más que pánico.

-No lo sé. Algo... -La voz de Elliot se apagó, dejando el camino abierto a su visitante.

Ryan se inclinó hacia delante y aguardó hasta contar con toda su atención.

-El precedente histórico que usted busca, doctora Elliot, es la frase de Enrique II: «¿Es que nadie me librará de este molesto sacerdote?» Ahora bien, si usted trata de decirme algo, aclarémoslo con toda franqueza. ¿Propone usted que nos entrometamos con el Parlamento de un país democrático amigo o que hagamos algo ilegal dentro de las fronteras de Estados Unidos? -Hubo una pausa y los ojos de la mujer se centraron con algo más de dureza-. No ocurrirá ninguna de esas cosas, doctora Eliot. Dejemos que ellos decidan por su cuenta. Si a usted se le ocurre siquiera decirme que me entrometa en los procesos democráticos de Israel, el presidente recibirá mi renuncia tan pronto como yo pueda salir de aquí para entregársela. Si usted sugiere explícitamente que hagamos algún daño a ese viejecito de Nueva York, recuerde que semejante sugerencia cae bajo los términos de dos estatutos contra las conspiraciones. Mi deber de ciudadano, por no hablar de lo que me corresponde como funcionario del Gobierno, es denunciar cualquier posible violación de la ley.

La mirada que Ryan recibió después de estas palabras fue venenosa.

-¡Maldita sea, Ryan! Yo no he dicho...

-Usted ha caído en la más peligrosa de las trampas que ofrece un cargo público, señorita. Supone que sus deseos de mejorar este mundo son superiores a las normas que regulan la actuación de nuestro Gobierno. Yo no puedo impedirle que conciba semejantes ideas, pero sí puedo asegurarle que mi agencia no tomara parte en ello, al menos mientras yo esté allí.

Se parecía demasiado a un sermón, pero Ryan tenía la sensación de que la mujer lo necesitaba. Jugaba con la más peligrosa de las ideas.

-¡Yo nunca he dicho eso!

«¡Cómo que no!», pensó Ryan.

-Muy bien, usted no lo dijo ni lo pensó. Me he equivocado. Lo siento. Dejemos que los israelíes decidan si van a ratificar los tratados o no. Tienen un Gobierno democrático. Ellos gozan del derecho de decidir. Nosotros, del derecho a acicatearlos en la dirección correcta, diciéndoles que nuestra ayuda depende de que ellos accedan; pero no tenemos derecho a interferir directamente en sus debates internos. Hay ciertos límites que uno no puede franquear, aunque «uno» sea el Gobierno de los Estados Unidos.

La asesora de Seguridad Nacional se las compuso para sonreír.

-Gracias por sus opiniones sobre la correcta política de gobierno, doctor Ryan. Eso es todo.

-Gracias a usted, doctora Elliot. Considero que debemos dejar las cosas como están. El

Librodot

tratado será aprobado, pese a lo que se ve aquí.

-¿Por qué? -Elliot se las compuso para no sisear.

-Los tratados son convenientes para Israel. El pueblo lo comprenderá tan pronto como haya tenido tiempo de digerir la información y hacer conocer su opinión a sus representantes. Israel es una democracia, y las democracias hacen habitualmente lo que más conviene. Es cuestión de historia, ¿sabe? La democracia se ha vuelto popular en el mundo porque es eficaz. Si caemos en el pánico y actuamos precipitadamente, no haremos sino arruinarlo todo. Si dejamos que el proceso funcione como debe funcionar, lo más probable es que se produzca lo correcto.

-¿Lo más probable?

-En la vida no hay certidumbres, sólo probabilidades -explicó Ryan. ¿Era posible que alguien no lo entendiera? Pero toda interferencia tiene mayor probabilidad de fracaso. Con frecuencia, lo correcto es no hacer absolutamente nada. Y éste es uno de esos casos. Dejemos que el sistema funcione. Creo que funcionará.

-Gracias por su evaluación -dijo ella, volviéndole la espalda.

-Ha sido un placer.

Elliot esperó hasta oír que la puerta se cerraba. Sólo entonces se volvió.

-Maldito arrogante -masculló-, ya me lo pagarás. Ryan subió a su automóvil y pensó: «Te has pasado un poco. Sin embargo, ella empezaba a pensar de ese modo; había que pararla en seco.»

Era la idea más peligrosa que podía ocurrírsele a un miembro del Gobierno; Ryan conocía casos así. A la gente de Washington le ocurría algo terrible: llegaban a la ciudad imbuidos de ideales que se evaporaban muy pronto en aquel ambiente pantanoso y húmedo. Algunos lo denominaban «ser atrapado por el sistema». Ryan lo interpretaba como una especie de contaminación ambiental. La atmósfera misma de Washington corroía el alma.

«Y tú, ¿por qué eres inmune, Jack?»

Ryan lo pensó, sin reparar en la mirada que Clark le clavaba por el espejo, mientras conducía rumbo al río. Lo que originaba su diferencia, hasta ese momento, era el hecho de que él no hubiera cedido nunca, ni una sola vez... ¿O sí? Había cosas que él hubiera podido hacer de otro modo. Ciertas cosas no habían resultado tan bien como él hubiera querido.

«No soy diferente en absoluto. Sólo creo que lo soy. Pero mientras pueda enfrentarme a la pregunta y a las respuestas, estaré a salvo.»

-¿Y bien?

-Puedo hacer varias cosas -replicó Ghosn-. Pero necesito ayuda.

-¿Y la seguridad?

-Esa es una cuestión importante. Tengo que evaluar todas las posibilidades para saber exactamente qué necesito. Pero precisaré ayuda para algunas cosas.

-¿Por ejemplo? -preguntó el comandante.

-Para los explosivos.

-¡Pero si eres experto en eso! -objetó Qati.

-Esta tarea, comandante, requiere una exactitud que nunca nos hemos visto obligados a emplear. No podemos utilizar explosivos plásticos comunes, por la sencilla razón de que son plásticos: cambian de forma. Los bloques explosivos que necesito tendrán que ser rígidos como la piedra y estar moldeados a una milésima de milímetro. Y la forma debe ser determinada matemáticamente. El aspecto teórico es algo que puedo asimilar, pero me llevará meses. Preferiría dedicarme a refabricar el material nuclear... y...

-¿Sí?

-Creo que puedo mejorar la bomba, comandante.

-¿Mejorarla? ¿Cómo?

-Si mis primeras apreciaciones son correctas, esta clase de arma se puede adaptar para que

actúe no como bomba sino como activador.

-¿Activador de qué? -preguntó Qati.

-De una bomba de fusión termonuclear, de una bomba de hidrógeno. El rendimiento del arma se podría aumentar diez veces tal vez cien. Podríamos destruir todo Israel o una parte muy grande.

El comandante calló por algunos segundos, asimilando aquella información. Cuando volvió a hablar lo hizo con suavidad: -Pero necesitas ayuda. ¿Cuál podría ser el mejor sitio? -Tal vez Günther tenga contactos valiosos en Alemania. Si se puede confiar en él -agregó Ghosn.

-Ya lo he pensado. Se puede confiar en Günther. -Qati explicó por qué.

-¿Estamos seguros de que la historia es cierta? -preguntó Ghosn-Yo no me fío de las coincidencias más que tú, comandante.

-Había una foto en un periódico alemán. Parecía auténtica.

Un tabloide alemán había obtenido una fotografía de la terrible imagen del ahorcamiento. El hecho de que Petra tuviera el torso desnudo aseguró su publicación. Semejante fin para una asesina terrorista era demasiado jugoso como para privar de él a los machos alemanes, uno de los cuales había sido castrado por aquella mujer.

-El problema es, simplemente, que debemos reducir al mínimo el número de personas enteradas de esto. De lo contrario... Disculpa, Ismael.

-Pero necesitamos ayuda. Sí, lo entiendo. -Qati sonrió-. Bien; es hora de discutir nuestros planes con Günther. ¿Propones hacer estallar la bomba en Israel?

-¿Dónde, si no? A mí no me corresponde decidir, pero supuse...

-Ya lo decidiremos, Ibrahim. ¿Cuándo partes hacia Israel? -Pensaba hacerlo la semana próxima.

-Esperemos hasta ver qué pasa con ese tratado. -Qati se quedó pensativo-. Comienza tus estudios. En este asunto iremos acelerando poco a poco. Primero debes determinar qué necesitas. Luego trataremos de conseguirlo y ponerlo en el sitio más seguro.

Aquello pareció demorarse una eternidad, pero, en términos políticos la eternidad puede variar entre cinco minutos y cinco años. En ese caso, la parte importante demandó menos de tres días. Otros cincuenta mil manifestantes llegaron al Knesset, encabezados por veteranos de las guerras de Israel que apoyaban los tratados. Hubo gritos y puños en alto, pero por una vez no se produjeron demostraciones de violencia y la Policía logró mantener separados a los dos grupos, cada uno de los cuales se limitó a esforzarse por gritar más que el otro.

El gabinete volvió a reunirse a puerta cerrada, simultáneamente ajeno y alerta al alboroto que se desarrollaba más allá de las ventanas. El ministro de Defensa guardó un inusual silencio durante la discusión. Preguntado al respecto, estuvo de acuerdo en que las armas prometidas por los norteamericanos serían sumamente útiles: cuarenta y ocho nuevos bombarderos «F-16» y, por primera vez, vehículos de combate «Bradley M-2/3», misiles anticarros «Hellfire» y el acceso a la revolucionaria tecnología de tanques que se estaba desarrollando en EE.UU. Los norteamericanos financiarían en su mayor parte la construcción en Neguev de un centro de entrenamiento de alta tecnología, similar al de Fort Irwin, California, donde el 10.° de Caballería se ejercitaría con las unidades israelíes. El ministro de Defensa conocía el efecto que el Centro Nacional de Entrenamiento había causado en el Ejército norteamericano, que se encontraba en óptimo estado de profesionalismo desde la Segunda Guerra Mundial. Con el nuevo material y la base de entrenamiento, consideraba que la efectividad real de las fuerzas israelíes aumentaría en un 50 %. A eso agregó la escuadrilla de «F-126» de la Fuerza Aérea estadounidense y el regimiento de tanques, los cuales, según un codicilo secreto del Tratado de Defensa Mutua, estarían bajo mando israelí en caso de emergencia, situación que definía Israel. Eso no tenía precedentes en la historia norteamericana, tal como señaló el ministro de Exteriores.

Librodot

-Bien, estos tratados ¿aumentan o disminuyen nuestra seguridad nacional? -preguntó el primer ministro.

-En cierto modo, la aumentan -admitió el ministro de Defensa.

-En ese caso ¿lo dirás expresamente?

Defensa caviló por un instante, con los ojos clavados en el hombre que ocupaba la cabecera de la mesa. «¿Me apoyarás tú cuando yo trate de ganar la primera magistratura?», preguntaba su mirada.

El primer ministro asintió.

-Hablaré a la multitud. Estos tratados son recomendables.

Su discurso no apaciguó a todo el mundo, pero bastó para que una tercera parte de los manifestantes antitratado se retirara. El decisivo centro del Parlamento israelí observó los acontecimientos, consultó con su conciencia y tomó una decisión. Los tratados fueron ratificados por un escaso margen. Aun antes de que el Senado estadounidense tuviera oportunidad de analizarlos en las comisiones de Fuerzas Armadas y Relaciones Exteriores, su aplicación estaba en marcha.

XI. ROBOT-SOLDADOS

No tenían que parecer humanos. Todos los guardias suizos eran rubios y de ojos azules, medían más de un metro ochenta y cinco y ninguno pesaba menos de ochenta y cinco kilos. Su buen estado físico era evidente. El campamento, instalado a las puertas de la ciudad en lo que había sido un asentamiento judío apenas dos semanas antes, tenía su propio gimnasio de alta tecnología, donde se «alentaba» a los hombres a ejercitarse hasta que la piel luciera tan tensa como un tambor. Sus antebrazos eran más gruesos que una pantorrilla normal y ya estaban bien bronceados. Los oficiales usaban gafas oscuras, y los soldados protectores «Lexan» ahumados.

Estaban equipados con uniformes de camuflaje urbano, un curioso diseño en negro, blanco y varios tonos de gris que les permitía confundirse con las piedras y el estuco encalado de Jerusalén de un modo fantasmagóricamente eficaz, sobre todo por la noche. Las botas eran similares, carentes del elegante brillo de los desfiles. Los cascos estaban forrados con paño del mismo diseño. Sobre los uniformes llevaban chaquetas antibalas camufladas que aumentaban las dimensiones físicas de los soldados. Y sobre las chaquetas antibalas iba el equipo. Cada hombre llevaba dos granadas de fragmentación y dos lanzahumos, además de una cantimplora de un litro, un botiquín de primeros auxilios y las municiones, con lo cual la carga sumaba un total de doce kilos.

Patrullaban la ciudad en grupos integrados por un sargento y cuatro soldados; cada sección contaba con doce equipos asignados. Cada hombre tenía un fusil de asalto SIG, algunos con lanzagranadas bajo el cañón. El sargento portaba también una pistola y dos hombres del equipo llevaban transmisores de radio. Los grupos que salían de patrulla se mantenían en constante contacto por radio y practicaban regularmente maniobras de apoyo mutuo.

La mitad de los grupos encargados de un sector, patrullaba a pie, mientras la otra mitad lo hacía, lenta y amenazadoramente, en vehículos HMMWV de fabricación norteamericana. Cada uno de estos vehículos, en esencia jeeps de mayor tamaño, contaba con una ametralladora giratoria; algunos llevaban también minicañones de seis tubos y blindaje Kevlar para protección de los tripulantes. Ante el autoritario sonido de sus bocinas, todo el mundo les dejaba paso.

En el puesto de mando había varios vehículos blindados para combate, fabricados en Inglaterra, que apenas si lograban circular por las calles de la antigua ciudad. En el puesto permanecía siempre de guardia un pelotón a las órdenes de un capitán; era el equipo para emergencias, provisto de armas pesadas capaces de abrir un agujero en cualquier edificio. También había una sección de ingenieros, en la que abundaban los explosivos; que se

ejercitaba ostentosamente derribando los asentamientos que Israel había aceptado abandonar. En realidad, todo el regimiento practicaba maniobras de combate allí; a la gente se le permitía observar desde prudente distancia, algo que se estaba convirtiendo rápidamente en un auténtico atractivo turístico. Los mercaderes árabes ya estaban estampando camisetas con leyendas tales corno « ¡ROBOSOLDADOS!». El criterio comercial de los árabes no quedaba sin recompensa.

Los guardias suizos no sonreían ni respondían a las preguntas de los curiosos. Los periodistas tenían que entrevistar al oficial comandante, el coronel Jacques Schwindler, pero ocasionalmente se les permitía hablar con los de menor rango en las barracas o durante los ejercicios de práctica, pero nunca en la calle. Era inevitable mantener algún contacto con los habitantes, desde luego. Los soldados estaban aprendiendo un árabe rudimentario, y, de momento, se las arreglaban con el inglés. Ocasionalmente imponían multas de tráfico, aunque eso correspondía a la Policía local, que aún estaba en formación con el apoyo de los israelíes. En raras ocasiones, algún guardia suizo interrumpía una riña callejera o alguna otra perturbación. Con mayor frecuencia, la mera aparición de un equipo de cinco hombres reducía a la gente a respetuoso silencio y dócil civismo. La misión de los suizos era intimidar y la gente no tardó mucho en apreciar lo bien que lo hacían.

En el hombro derecho de cada uniforme había un parche en forma de escudo cuyo motivo central era la cruz blanca sobre fondo rojo de los suizos. A su alrededor se veían la Estrella y la Media Luna del Islam, la Estrella judaica de David y la Cruz de los cristianos. Había tres versiones del mismo distintivo, para que cada emblema religioso tuviera ocasión de figurar arriba. Era sabido que se los distribuía al azar; la simbología indicaba que la bandera suiza los protegía a todos por igual.

Los soldados trataban con mucho respeto a los líderes religiosos. El coronel Schwindler se reunía diariamente con la troika religiosa que gobernaba la ciudad. Se creía que sólo ellos establecían la política, pero Schwindler era un hombre sagaz y previsor, cuyas sugerencias pesaban mucho ante el imán, el rabino y el patriarca. Además, conocía las capitales de todas las naciones de Oriente Medio. Los suizos habían elegido bien: era el mejor coronel de su ejército, hombre honesto y escrupulosamente justo, de sólida reputación. En el muro de su oficina había ya una espada con montura de oro, regalo del rey de Arabia Saudí. En el campamento de los guardias se alojaba también un caballo de igual magnificencia. Pero Schwindler no sabía montar.

A la troika le correspondía gobernar la ciudad, y sus miembros demostraban ser más efectivos de lo que nadie se habría atrevido a esperar. Cada uno de ellos, elegido por su piedad y su erudición, no tardó en impresionar a los otros. Acordaron que cada semana se celebrara un servicio de oraciones correspondiente a una de las tres religiones, al que asistirían los tres no para participar sino para demostrar el respeto sobre el que se basaba el acuerdo. La idea, en principio sugerida por el imán, demostró ser el método más eficaz para atemperar los desacuerdos internos, además de dar un ejemplo a los habitantes de la ciudad. Desde luego, había desacuerdos, pero surgían invariablemente entre dos de los miembros, y el tercero oficiaba de mediador. A todos les convenía llegar a una solución pacífica y razonable. El Señor Dios, frase que los tres podían utilizar sin apuro, requería de su buena voluntad. Superados unos pocos problemas iniciales, lo que prevaleció fue esa buena voluntad. Mientras tomaban el café, al concluir una disputa sobre el acceso a un determinado templo, el patriarca griego apuntó, riendo entre dientes, que ése bien podía ser el primer milagro por él presenciado. El rabino replicó que no era milagro; los hombres de Dios debían tener la convicción necesaria para obedecer sus propios principios religiosos.

-¿Así, de súbito? -preguntó el imán, con una sonrisa; tal vez no fuera un milagro, pero había hecho falta más de un milenio para lograrlo.

-No iniciemos otra disputa sobre la solución de la anterior -pidió el griego y soltó una carcajada-. ¡Lástima que ustedes no puedan ayudarme a tratar con mis colegas cristianos!

Fuera, en las calles, cuando los clérigos de un credo se encontraban con los de otro,

Librodot

intercambiaban saludos para dar a todos el ejemplo. Los guardias suizos los saludaban por igual y, cuando se dirigían a los de mayor jerarquía, se quitaban las gafas o los cascos en pública demostración de respeto. Era la única muestra de humanidad que se les permitía. Se decía que los guardias suizos ni siquiera sudaban.

-Infunden miedo, los muy bastardos -dijo Ryan, que estaba en una esquina. Los turistas norteamericanos tomaban fotos. Los judíos aún parecían algo resentidos. Los árabes sonreían. Los cristianos, en su mayoría alejados de Jerusalén por la creciente violencia, apenas empezaban a retornar. Todo el mundo dejaba paso a los cinco hombres que avanzaban por la calle a paso enérgico, aunque sin marchar, girando a derecha e izquierda la cabeza cubierta por el casco-. Parecen robots.

-¿Sabes una cosa? -comentó Avi-. Desde la primera semana nadie los ha atacado. Nadie.

-No me agradaría meterme con ellos -observó Clark en voz baja.

En la primera semana, como por obra de la Providencia, un joven árabe había matado de una puñalada a una anciana israelí en un robo callejero, tuvo la mala suerte de hacerlo a la vista de un guardia suizo, que lo persiguió hasta reducirlo con un golpe de artes marciales. El árabe fue presentado ante la troika, que le dio a elegir entre ser juzgado según las leyes israelíes o las islámicas. El joven cometió el error de elegir lo último. Lo internaron por una semana en un hospital israelí, hasta que curaron sus heridas; luego tuvo que enfrentarse a un juicio según el Corán y presidido por el imán Ahmed Ibn Yussif. Un día después se lo llevó en avión a Riad, Arabia Saudí. Allí en una plaza pública, tras haber tenido tiempo de arrepentirse de sus malas acciones, fue decapitado con una espada. Ryan se preguntó cómo se diría pour encourager les autres en hebreo, griego y árabe. Los israelíes quedaron asombrados por la celeridad de aquella severa justicia; los musulmanes, en cambio, se limitaron a encogerse de hombros, señalando que el Corán tenía sus propias normas penales y que había resultado muy efectivas a lo largo de los años.

-Tu pueblo no está del todo satisfecho con esto, ¿verdad?- Avi frunció el ceño. Ryan le exigía una respuesta sincera.

-Se sentirían más seguros si estuvieran aquí nuestros paracaidistas. Entre tú y yo, Ryan...

-Dime.

-Ya aprenderán. Hacen falta unas semanas más, pero ya aprenderán. Los árabes sienten simpatía por estos suizos. Y la clave para la paz en esta calle es lo que sientan nuestros amigos, los árabes. Ahora ¿me dirás algo?

Al oír eso, Clark movió apenas la cabeza.

-Tal vez -respondió Ryan, mirando calle arriba.

-¿Qué parte te tocó a ti en todo esto?

-Ninguna en absoluto -replicó Jack con una fría neutralidad que hacía juego con el paso de los soldados-. La idea fue de Charlie Alden, ¿recuerdas? Yo actué sólo como mensajero.

-Eso es lo que Elizabeth Elliot ha dicho a todo el mundo. Avi no necesitaba decir más.

-No preguntarías eso si no supieras la respuesta, Avi. ¿A qué preguntar?

-Eso es actuar con arte. -El general Ben Jakob se sentó llamó por señas al camarero. Antes de volver a hablar pidió dos cervezas. Clark y el otro guardaespalda no bebían-. Tu presidente nos presionó demasiado. Eso de amenazarnos con retener nuestras armas...

-Habría podido ser un poco más suave, supongo, pero yo no decido la política, Avi. Tu pueblo lo provocó al asesinar a esos manifestantes. Eso reabrió una parte de nuestra propia historia que deseamos olvidar. Neutralizó al grupo de poder judío del Congreso (recuerda que muchos de ellos estaban en el otro bando de nuestro propio movimiento por los derechos humanos). Ustedes nos obligaron a actuar, Avi. Bien lo sabes. Además... -Ryan se interrumpió.

-¿Qué?

-Esto podría resultar, Avi. ¡Mira a tu alrededor! -dijo Jack.

En ese momento llegó la cerveza. Estaba tan sediento que hizo desaparecer la tercera parte de la suya en un instante.

-Es una remota posibilidad -admitió Ben Jakob.

-Ustedes reciben de Siria mejores datos que nosotros -señaló Ryan-. Me han dicho que allí comienzan a hablar bien del acuerdo..., aunque muy por lo bajo, lo admito. ¿Estoy en lo cierto?

-Tal vez -gruñó Avi.

-¿Sabes qué es lo más difícil de la Inteligencia en tiempos de paz?

Ben tenía los ojos fijos en un muro distante y cavilaba.

-¿Creer que es posible?

Jack asintió.

-En ese aspecto nosotros llevamos ventaja sobre ustedes. Ya hemos pasado por todo esto.

-Es cierto, pero los soviéticos nunca dijeron..., nunca proclamaron, que tenían intenciones de borrar del mapa a los norteamericanos. Di al digno presidente Fowler que no es muy fácil calmar esos miedos.

Jack suspiró.

-Ya lo hice. Se lo dije, Avi. No soy tu enemigo.

-Tampoco eres mi aliado.

-¿Aliados? Ahora lo somos, general. Los tratados ya entraron en vigencia. Mi trabajo, consiste en proporcionar información y análisis a mi Gobierno. La política corre por cuenta de personas superiores a mí y más inteligentes -agregó irónicamente Ryan.

-¿Ah, sí? ¿Y quiénes serán esas personas? -Ben Jakob sonrió a su amigo-. ¿Cuánto tiempo llevas en esto, Jack? No llegas siquiera a los diez años. El asunto del submarino, lo que hiciste en Moscú, el papel que desempeñaste en las últimas elecciones...

Ryan trató de contenerse, pero no pudo.

-¡Por Dios, Avi! -«¿Cómo demonios lo averiguó?», se preguntó.

-No se debe pronunciar el nombre de Dios en vano, doctor Ryan -lo regañó el vicedirector de la Mossad-. Estamos en la Ciudad de Dios. Esos tipos suizos podrían disparar contra ti. Di a la encantadora señorita Elliot que, si presiona demasiado, aún tenemos amigos en la Prensa norteamericana. Y una noticia como ésta...

Avi sonreía.

-Si tu gente se lo menciona a Liz, Avi, ella no sabrá de qué le están hablando.

-No me digas! -resopló el general Ben Jakob.

-De verdad.

Entonces fue el brigadier Ben Jakob el sorprendido.

-Me cuesta creerlo.

Jack acabó su cerveza.

-He dicho lo que puedo, Avi. ¿No se te ha ocurrido pensar que tu información puede provenir de una fuente poco fiable? Te diré algo: yo no tengo conocimiento personal de lo que insinúas. Si hubo algún tipo de trato, lo ignoro. Reconozco tener motivos para creer que algo pudo haber ocurrido y hasta puedo imaginar qué fue. Pero si me obligan a declarar delante de un jurado, sólo puedo decir que no sé nada. Y tú, amigo, no puedes extorsionar a nadie con algo que esa persona no sabe. Tendrías que esforzarte mucho sólo para convencer a la gente de que ocurrió algo.

-Por Dios, lo que montaron Moore y Ritter fue muy elegante, ¿no?

Ryan dejó su copa vacía.

-En la vida real no ocurren cosas así, general. Eso es cosa del cine. Mira, Avi, tal vez ese informe tuyo es un poco endeble, como suele ocurrir con todo lo espectacular. Después de todo, la realidad nunca alcanza al arte.

Era una buena jugada. Ryan sonrió para dar peso a su frase.

-Oiga, doctor Ryan, en mil novecientos setenta y dos, la facción Septiembre Negro de la OLP contrató al Ejército Rojo japonés para que ametrallara el aeropuerto Ben Gurión, cosa que se hizo. Murieron principalmente peregrinos norteamericanos protestantes provenientes de Puerto Rico. El único terrorista que cogimos con vida dijo a sus interrogadores que sus

camaradas muertos y sus víctimas se convertirían en una constelación de estrellas. En la prisión se convirtió deliberadamente al judaísmo y hasta se circuncidó con sus propios dientes, para lo cual tiene que haber sido sumamente flexible -agregó el general de brigada Avi Ben Jakob-. No me digas que existe algo demasiado descabellado para ser cierto. Hace más de veinte años que soy oficial de Inteligencia. Y si de algo estoy seguro es de no haberlo visto todo.

-Ni siquiera yo soy tan paranoico, Avi.

-Ustedes nunca experimentaron un Holocausto, doctor Ryan

-¿No? ¿Lo de Cromwell y la hambruna de la patata no cuentan? No insistas, general. Estamos estacionando aquí tropas estadounidenses. Si llega el caso, correrá sangre norteamericana en el Neguev, en el Golán, donde sea.

-¿Y qué pasará si...?

-Preguntas qué pasará si, Avi. Si ocurre ese si, general, vendré yo mismo. En otros tiempos fui marino. No sería la primera vez que ando entre balas. No habrá un segundo Holocausto. Mientras yo viva, no. Mis compatriotas no dejarán que eso vuelva a ocurrir. Ni mi Gobierno, Avi. No dejaremos que eso ocurra. Si es preciso que mueran norteamericanos para ayudar a la protección de este país, morirán los que hagan falta.

-Lo mismo dijeron en Vietnam.

Los ojos de Clark lanzaron una llamarada. Ben Jakob lo captó.

-¿Tiene algo que decir al respecto?

-Yo no soy un alto oficial, general, sino un simple soldado -dijo Clark con tono sereno-. Pero he combatido más que nadie en vuestro país. Y si algo me asusta realmente de este lugar es que os empecináis en cometer el mismo error que nosotros en Vietnam. Nosotros aprendimos; ustedes, no. Y lo que dice el doctor Ryan es cierto. El vendrá. Yo también, si llega el caso. Yo también he matado unos cuantos enemigos.

-¿También marino? -preguntó Avi con tono ligero, aunque estaba al corriente.

-Más o menos -dijo Clark-. Y me mantengo actualizado, como se suele decir -agregó con una sonrisa.

-¿Y su compañero? -Avi señalaba a Chávez, que permanecía en la esquina con aire indiferente, observando la calle.

-No se queda atrás. Lo mismo puedo decir de esos muchachos de la caballería. Pero ¿a qué viene tanto hablar de guerra, si los dos sabéis que es pura tontería? Si los israelíes quieren seguridad, señor, tienen que solucionar sus problemas internos. La paz vendrá después, como el arco iris después de la tormenta.

-Hay que aprender de los errores...

-Nosotros teníamos seis mil kilómetros para retroceder, general. De aquí al Mediterráneo no hay tanta distancia. Vosotros haríais bien en aprender de los propios errores. Por suerte, tenéis muchas más posibilidades de establecer una paz duradera de las que nosotros teníamos.

-Pero que nos la impongan...

-Si funciona nos lo agradeceréis. Si no funciona, tenemos mucha gente que acudirá en vuestra defensa cuando la mierda choque contra el ventilador.

Clark notó que Ding había abandonado tranquilamente su puesto para cruzar la calle, caminando sin prisa, como los turistas.

-¿Usted también?

-No lo dude, general -replicó Clark, ya alerta, observando a la gente que pasaba por la calle.

¿Qué había visto Chávez?

«¿Quién es?», se preguntó Ghosn. Le llevó un segundo reconocerlo. «El general de brigada Abraham Ben Jakob, vicedirector de la Mossad», respondió su cerebro, después de repasar todas las fotografías que había memorizado. «Está con un norteamericano. Me gustaría saber

quién es.»

Volvió la cabeza lentamente, como al desgaire. El norte-americano llevaba guardaespaldas. Obviamente, el tipo de gafas oscuras que estaba a su lado era uno de ellos. Pero tenía que haber más de uno, y también agentes de la seguridad israelí. Ghosn supo que había entretenido la mirada por un segundo de más, pero...

-Oh, perdone.

Un hombre de tez oscura chocó contra Ghosn. Podía ser otro árabe, pero había hablado en inglés. Ghosn no tuvo tiempo de notar que acababa de ser rápida y expertamente cacheado en busca de armas.

-Perdón.

El hombre continuó su marcha. Ghosn no supo con certeza si aquello era casualidad o si acababa de ser revisado por un israelí, un norteamericano o un gente de seguridad de otro país. Bueno, no portaba armas; ni siquiera una navaja de bolsillo: sólo una bolsa de mercado llena de libros.

Clark vio a Ding indicarle que todo estaba bien; lo hizo con un gesto corriente, como quien se espanta una mosca del cuello. En ese caso ¿a qué venía el reconocimiento visual del sujeto? Cualquiera que se interesara por su protegido era un sujeto. ¿Por qué se había detenido a mirar? Clark volvió la cabeza. A dos mesas de distancia había una chica bonita; no era árabe ni israelí, sino europea; hablaba un idioma germánico; holandés, probablemente. Una chica bonita atrae las miradas. Tal vez ellos estaban entre el hombre que miraba y el objeto de su mirada. Tal vez. Para un guardaespaldas es imposible equilibrar la vigilancia con la paranoia, aunque el terreno sea familiar. Clark había elegido un restaurante al azar, en una calle cualquiera. El hecho de que Ryan estuviera allí, hablando con Ben Jakob... Nadie tenía tan buenos datos de Inteligencia ni tropas suficientes para cubrir toda una ciudad (salvo los rusos en Moscú, tal vez), como para que esa amenaza fuera real. Pero ¿a qué venía ese reconocimiento visual?

Clark grabó la cara y la pasó al archivo de su memoria, junto con varios centenares de rostros.

Ghosn prosiguió con su caminata. Había comprado todos los libros que necesitaba y ahora estaba observando a los soldados suizos: cómo se movían, lo recios que se mostraban. «Avi Ben Jakob», pensó. ¡Qué oportunidad perdida! Blancos como ése no se presentaban todos los días. Continuó por la calle adoquinada, con ojos vacuos que no parecían mirar nada concreto. Giraría a la derecha en la esquina siguiente y apretaría el paso, tratando de adelantarse a los suizos antes de que llegaran a la intersección siguiente. Admiraba lo que veía en ellos, pero al mismo tiempo lamentaba verlo.

-Buena maniobra -dijo Ben Jakob a Clark-. Su subordinado está bien entrenado.

-Promete ser bueno. -Ding Chávez ya volvía a su puesto de observación, cruzando la calle-. ¿Conoce usted esa cara?

-No. Mis hombres deben de haber tomado una fotografía. Lo comprobaremos, pero es probable que sea sólo un joven de impulsos sexuales normales. -Ben Jakob señaló con la cabeza a la chica holandesa, si eso era.

A Clark le sorprendió que los israelíes no hubieran hecho nada. Una bolsa de mercado podía contener cualquier cosa. Y «cualquier cosa» significaba, generalmente, algo negativo. Por Dios, cómo detestaba ese trabajo. Una cosa era cuidar de sí mismo. Lo típico era mantenerse en movimiento, cambiar siempre de trayecto y variar los ritmos, buscando siempre vías de escape o posibilidades de emboscada. Pero Ryan, aunque podía poseer instintos similares (era bastante veloz, táctica-mente hablando), confiaba demasiado en la competencia de sus dos guardaespaldas.

-¿Y bien, Avi? -preguntó Ryan.

-Bueno, el jefe de tu caballería ha caído bien. A los nuestros les gusta ese coronel Diggs.

Librodot

Debo decir que el distintivo del regimiento me parece bastante extraño; después de todo, los bisontes son una especie de vaca salvaje. -Avi rió por lo bajo.

-Ocurre igual que con los tanques, Avi; no es aconsejable ponerse delante de ellos. -Ryan se preguntó qué ocurriría: cuando el 10.° de Caballería llevara a cabo su primer ejercicio de entrenamiento con los israelíes. En el Ejército estadounidense se creía que los israelíes no eran tan buenos como se decía, y Diggs tenía reputación de ser un estratega de primera-. Al parecer, puedo informar al presidente que la situación local resulta prometedora.

-Habrá dificultades.

-Por supuesto, Avi. El milenio tardará todavía algunos años en llegar -señaló Jack-. ¿Creías que las cosas marcharían bien tan rápido?

-No -admitió Ben Jakob. Pagó la cuenta y los dos se levantaron. Clark se acercó a Chávez.

-¿Y bien?

-Sólo ese tipo. Llevaba una bolsa pesada, pero parecía contener sólo libros. Uno de ellos todavía tenía la factura de compra. Libros sobre física nuclear; ¿puedes creerlo? Al menos, ése fue el título que vi. Parecía un manual grueso y pesado. Debe de ser un estudiante que acaba de licenciarse o algo así. Y la damisela aquélla es muy bonita.

-Centrémonos en el trabajo, señor Chávez.

-Ella no es mi tipo, señor Clark.

-¿Qué opinas de los suizos?

-Impresionan bastante, para ser carne de cañón. No me gustaría jugar con ellos, como no fuera eligiendo el momento y el lugar. -Chávez hizo una pausa-. ¿Has visto si el tipo al que cacheé los miraba mucho?

-No.

-Pues sí. Los miró como si supiera lo que hacía... -Domingo Chávez calló por un momento-. Supongo que la gente de por aquí ha visto muchos soldados. El caso es que ese tipo los miró como un profesional. Eso fue lo que me llamó la atención y no el modo en que los miraba a ustedes. El hombre tenía ojos vivaces, ¿entiendes?

-¿Qué más?

-Se movía bien y estaba en forma. Pero tenía manos suaves, no duras como las de un soldado. Era mayor para ser estudiante, pero podría tratarse de un graduado que cursara la especialización. -Chávez volvió a interrumpirse-. ¡Cielos, qué trabajo paranoico es éste! El tipo no llevaba armas. Por las manos, tampoco sabía de artes marciales. Simplemente caminaba por la calle, mirando a esos soldados suizos; echó un vistazo al doctor y a su amigo y siguió caminando. Nada más. -A veces, Chávez se arrepentía de no haber permanecido en el Ejército. A esas horas tendría un grado y un destino, en lugar de estar haciendo cursos nocturnos mientras custodiaba a Ryan. Por lo menos, el doctor era buena persona y trabajar con Clark le resultaba... interesante. Pero la vida era extraña para los agentes de Inteligencia.

-Hora de marchar -aconsejó Clark.

-Entiendo.

La mano de Ding tocó la automática que llevaba bajo la camisa holgada. Los guardias israelíes ya caminaban por la calle.

Ghosn los alcanzó como había planeado. Los suizos colaboraron. Un anciano clérigo musulmán había detenido al sargento de la patrulla para hacerle una pregunta y ambos tenían problemas con el idioma. El imán no hablaba inglés y el árabe del suizo, aún era rudimentario. No se podía dejar pasar tan buena oportunidad.

-Perdone-dijo Ghosn al imán-. ¿Puedo servirle de intérprete?

Absorbió las rápidas frases en su idioma materno y se volvió hacia el sargento.

-El imán viene de Arabia Saudí. Es la primera vez que visita Jerusalén desde su infancia y quiere saber cómo se llega a la oficina de la troika.

Al reconocer la jerarquía del religioso, el soldado se quitó el casco e inclinó

respetuosamente la cabeza.

-Dígale, por favor, que será un honor acompañarlo hasta allí.

-¡Ah, aquí lo tenemos! -exclamó otra voz. Era un israelí.

Hablaba un árabe culto, aunque con acento extranjero-. Buenos días, sargento -agregó en inglés.

-Buenos días, rabino Ravenstein. ¿Conoce usted a este hombre? -preguntó el militar.

-Es el imán Mohammed Al Faisal, distinguido erudito e historiador de Medina.

-¿Las cosas son como me han dicho? -preguntó Al Faisal a Ravenstein, directamente.

-¡Sí, y mucho más! -aseguró el rabino.

Ghosn no pudo menos que intervenir:

-Si me disculpan...

-¿El señor es...? -preguntó Ravenstein.

-Un estudiante. Trataba de resolver el problema del idioma.

-Ah, comprendo. Ha sido usted muy amable. Mohammed ha venido para ver un manuscrito que descubrimos en una excavación. Es un comentario musulmán sobre una Torá muy antigua, del siglo diez, un hallazgo fantástico. Gracias, sargento, yo me encargo de todo. Gracias también a usted, joven.

-¿No necesitan escolta? -preguntó el sargento-. Vamos hacia allí.

-No, gracias. Somos demasiado viejos para seguirles el paso.

-Muy bien. -El sargento hizo el saludo militar-. Buenos días.

Los suizos reanudaron la marcha. Las pocas personas que habían reparado en el breve encuentro los señalaban con uno sonrisa.

-El comentario es del mismo Al Qalda; parece citar la obra de Nuchem de Acre -dijo Ravenstein-. Y el estado de conservación es increíble.

-¡Pues tengo que verlo!

Los dos eruditos echaron a andar con tanta celeridad como les permitían sus envejecidas piernas, ajenos a cuanto les rodeaba.

Ghosn no cambió de expresión. Había mostrado extrañeza y diversión ante los soldados suizos, que ahora marchaban con una escolta de chiquillos. Su disciplina le permitió desviarse y desaparecer por un estrecho callejón. Pero lo que acababa de ver era mucho más deprimente.

Mohammed Al Faisal era uno de los cinco mayores eruditos islámicos, historiador muy respetado y pariente lejano de la familia real saudí, pese a su carácter modesto y sencillo. Habría podido formar parte de la troika que gobernaba Jerusalén de, no ser por su edad (el hombre se aproximaba a los ochenta años) y al hecho de que se había preferido, por motivos políticos, un erudito de estirpe palestina. No era amigo de Israel y se contaba entre los líderes religiosos saudí más conservadores. ¿Era posible que él también se hubiera enamorado del pacto?

Los suizos lo habían tratado con el mayor respeto. Y para colmo de males, el rabino israelí había hecho otro tanto. Los transeúntes, casi todos palestinos, habían observado todo con diversión y... ¿tolerancia? Aceptación, como si fuera la cosa más natural del mundo. Los israelíes siempre hablaban de respetar a sus vecinos árabes, pero hasta entonces esa promesa, no había pasado de una mera declaración de buenas intenciones.

Ravenstein no era así, por supuesto. Como erudito, vivía en su propio mundillo de cosas muertas e ideas; con frecuencia aconsejaba moderación en el trato con los árabes y realizaba sus excavaciones arqueológicas en consulta con los musulmanes. Y ahora...

Ahora actuaba como puente psicológico entre el mundo judío y el árabe. La gente como él continuaría haciendo lo que siempre había hecho, sólo que ahora ya no era una aberración.

La paz. Era posible. Podía suceder. No se trataba de otro loco sueño impuesto a la región por forasteros. ¡Con cuánta celeridad se adaptaba a ella la gente común! Los israelíes abandonaban sus hogares. Los suizos ya habían ocupado un asentamiento y demolido varios más. La comisión saudí, ya instalada, comenzaba a trabajar para devolver las parcelas a sus

Librodot

legítimos propietarios. Se proyectaba una gran Universidad árabe en las afueras de Jerusalén, que se construiría con dinero de los saudíes. ¡Con qué rapidez avanzaba todo! Los israelíes se resistían, pero menos de lo esperado. Algunas personas le habían dicho que se esperaba un torrente de turistas en la semana entrante; las reservas de alojamiento se efectuaban con tanta celeridad como lo permitían las comunicaciones por satélite. Ya se estaban proyectando dos grandes hoteles y, sólo sobre la base del aumento turístico, los palestinos cosecharían fantásticos beneficios económicos. Ya estaban proclamando su absoluta victoria política sobre Israel y habían decidido, colectivamente, mostrarse magnánimos en el triunfo; eso tenía sentido, desde un punto de vista financiero, y los palestinos tienen el sentido comercial más desarrollado del mundo árabe.

Pero Israel sobreviviría, pese a todo.

Ghosn se detuvo en la terraza de un café, dejó su bolsa y pidió un zumo. Mientras esperaba contempló la estrecha calle. Había judíos y musulmanes. Pronto los turistas inundarían la ciudad; la primera oleada apenas estaba rompiendo en los aeropuertos locales. Venían musulmanes, para orar ante la cúpula de la Roca. Y norteamericanos con dinero, y hasta japoneses, llenos de curiosidad por una tierra aún más antigua que la suya. Pronto la prosperidad llegaría a Palestina.

La prosperidad es compañera de la paz y elimina el descontento.

Pero no era prosperidad lo que Ibrahim Ghosn deseaba para su pueblo o su país. En último término sí, tal vez, pero sólo cuando se hubieran satisfecho las condiciones previas necesarias. Pagó el zumo de naranja con moneda norteamericana y se alejó. Pronto pudo tomar un taxi. Ghosn había entrado en Israel desde Egipto. Abandonaría Jerusalén para ir a Jordania y desde allí volvería al Líbano. Tenía mucho que hacer y confiaba en que los libros conseguidos le proporcionaran la información necesaria.

Ben Goodley se había doctorado en la Escuela de Gobierno Kennedy de Harvard. Era un académico brillante y apuesto, de veintisiete años; y poseía ambición suficiente para toda la familia que había dado su nombre a la academia. Su tesis doctoral, que analizaba la actuación de la Inteligencia en la locura de Vietnam, provocó tanta controversia que su profesor la remitió a Liz Elliot para conocer su opinión. El único inconveniente que la asesora de Seguridad Nacional encontraba en Goodley era su sexo masculino. Pero nadie es perfecto.

-¿Y qué tipo de investigación desea hacer, exactamente? -le preguntó.

-Me gustaría, doctora, analizar la naturaleza de las decisiones de Inteligencia relacionadas con los cambios recientes producidos en Europa y en Oriente Medio. El problema es conseguir acceso a ciertas áreas.

-¿Y cuál es su objetivo final? -preguntó Elliot-. ¿Piensa dedicarse a la enseñanza, a escribir, emplearse en el gobierno o qué?

-Trabajar para el gobierno, desde luego. En mi opinión, el medio histórico exige que la gente adecuada lleve a cabo los actos adecuados. En mi tesis queda en claro que la comunidad de Inteligencia nos ha hecho un flaco servicio, desde los años sesenta. Todo el esquema mental de la institución está encaminado en la dirección errada. Por lo menos -agregó, reclinándose en el asiento y tratando de asumir una expresión distendida-, ésa es la impresión que solemos llevarnos los de fuera.

-¿Y a qué se debe eso, en su opinión?

-Uno de los problemas radica en el reclutamiento. Por ejemplo, el modo utilizado por la CIA para elegir a su gente determina, en realidad, cómo se van a obtener y a analizar los datos. Crean una gigantesca profecía que busca su propio cumplimiento. ¿Dónde están la objetividad, la capacidad de ver las tendencias? ¿Acaso previeron lo de mil novecientos ochenta y nueve? No, por supuesto. ¿Y qué están pasando por alto en estos momentos? Un montón de cosas, probablemente. Sería bueno conocer los temas importantes antes de que se conviertan en puntos críticos.

Librodot

-Estoy de acuerdo. -Elliot vio que el joven aflojaba los hombros, dejando escapar discretamente un hondo suspiro. Decidió seguirle el juego por un rato, sólo para saber para quién trabajaría-. No sé qué podríamos hacer con usted... -La mujer dejó correr la mirada por la pared de enfrente-. Marcus Cabot necesita un ayudante de investigación. Usted tendrá que someterse a una investigación de seguridad y firmar una declaración jurada de secreto muy estricta. No puede publicar nada sin autorización previa.

-Eso es casi censura -señaló Goodley-. ¿Y lo que dice la Constitución?

-El Gobierno debe reservarse algunos secretos a fin de funcionar. Usted tendrá acceso a algunas informaciones confidenciales. ¿Su meta es publicar o es la que me ha dicho? El servicio público requiere algunos sacrificios.

-Bueno...

-En los años venideros habrá buenas oportunidades en la CIA -prometió Elliot.

-Comprendo -dijo Goodley, con bastante sinceridad-. No es mi intención publicar información reservada, desde luego.

-Desde luego -concordó Elliot-. Supongo que puedo arreglarlo por intermedio de mi oficina. Su tesis me pareció impresionante. Quiero una mente como la suya al servicio del Gobierno, si acepta las restricciones necesarias.

-En ese caso, creo que puedo aceptarlas.

-Bien. -Elliot sonrió-. Ya puede considerarse becario investigador de la Casa Blanca. Mi secretaria lo llevará a la oficina de Seguridad, al otro lado de la calle. Allí le harán rellenar unos cuantos formularios.

-Ya tengo una autorización de «secreto».

-Pero necesita más que eso. Necesita una autorización de «acceso especial a programas-acceso especial requerido». Lo llamamos AEP-AER. Normalmente lleva unos meses conseguirlo...

-¿Meses? -repitió Goodley.

-He dicho «normalmente». Podemos acelerarlo en parte. Le sugiero que comience a buscar apartamento. ¿Le alcanza con su estipendio?

-Me alcanza, sí.

-Bien. Llamaré a Marcus a Langley. Le conviene presentarse a él.

Goodley dedicó una sonrisa radiante a la asesora de Seguridad Nacional, que agregó:

-Me alegra tenerlo en el equipo.

El nuevo becario de la Casa Blanca entendió la indirecta y se levantó.

-Trataré de no desilusionarla.

Elliot lo siguió con la vista. Era muy fácil seducir a la gente. El sexo era una herramienta útil para la tarea, pero el poder y la ambición resultaban mucho mejores. Ella ya lo había demostrado. Sonrió para sus adentros.

-¿Una bomba atómica? -preguntó Bock.

-Así parece -replicó Qati.

-¿Quién más lo sabe?

-Ghosn la descubrió. Sólo él.

-¿Se la puede aprovechar? -preguntó el alemán. «¿Y por qué me lo has dicho?»

-Estaba muy dañada y hay que repararla. Ibrahim está ahora reuniendo la información necesaria para evaluar la tarea. Cree que es posible.

Günther se reclinó hacia atrás.

-¿No será una treta? ¿Una trampa de los israelíes o los norteamericanos?

-En todo caso, sería una trampa muy astuta. -Qati explicó las circunstancias del descubrimiento.

-Mil novecientos setenta y tres... Coincide, sí. Recuerdo que los sirios estuvieron muy cerca de destruir a los israelíes... -Bock guardó silencio por un momento. Luego meneó la ca-

Librodot

beza-. Cómo usar semejante cosa...

-Esa es la cuestión, Günther.

-Todavía no es tiempo de formulársela. Primero debes averiguar si se puede reparar. Segundo, determinar su potencia explosiva... No, antes es preciso averiguar su peso, su tamaño y transportabilidad. Eso es lo más importante. Después viene el rendimiento. Supongamos que... -Guardó silencio-. ¿Qué puedo suponer, si sé muy poco de esas armas? No pueden ser muy pesadas. Se las dispara con piezas de artillería que no llegan a los veinte centímetros de diámetro. Eso lo sé.

-Esta es mucho más grande, amigo mío.

-Has hecho mal en contármelo, Ismael. En asuntos así, la seguridad es esencial. No puedes confiar a nadie una información como ésa. La gente habla, gusta de jactarse. Podría haber agentes infiltrados en tu organización.

-Era necesario. Ghosn va a necesitar ayuda. ¿Qué contactos tienes en Alemania?

-¿De qué tipo? Conozco a algunos ingenieros, gente que trabajaba en el programa nuclear de Alemania Oriental. Ese programa murió, como sabes.

-¿Por qué?

-Honecker planeaba construir varios reactores del tipo ruso. Cuando Alemania se reunificó, los ecologistas echaron un vistazo al diseño y... bueno, ya lo puedes imaginar. Los diseños rusos no tienen buena reputación -Bock gruñó-. Como te he dicho siempre, los rusos son un pueblo atrasado. Un tipo me dijo que sus diseños de reactores eran, principalmente, para producir material nuclear de uso militar.

-¿Y?

-Y es probable que hubiera un programa de armas nucleares en Alemania Oriental. Interesante; nunca lo pensé mucho -reflexionó Bock en voz baja-. ¿Qué quieres de mí, exactamente?

-Necesito que vayas a Alemania y busques a algunas personas para que nos ayuden. Desde luego, preferiríamos que fuera una sola persona.

«¿Otra vez a Alemania?», se preguntó Bock.

-Voy a necesitar...

Qati arrojó un sobre al regazo de su amigo.

-Beirut ha sido una encrucijada de rutas durante muchos siglos. Esos documentos son mejores que los auténticos.

-Tendréis que cambiar inmediatamente de lugar dijo Bock-. Si me atrapan, debes dar por sentado que me arrancarán toda la información. Si quebraron a Petra, pueden quebrarme a mí o a quién les dé la gana.

-Rezaré por que vuelvas sano y salvo. En ese sobre hay un número de teléfono. Cuando regreses estaremos en otro lugar.

-¿Cuándo me marcho?

-Mañana.

XII. HOJALATEROS

-Subo la apuesta en diez centavos -dijo Ryan.

-Faroles -afirmó Chávez, y bebió un sorbo de cerveza.

-Nunca suelto faroles -replicó Jack.

-Me voy. -Clark arrojó sus cartas.

-Todos dicen lo mismo -comentó el sargento de la Fuerza Aérea-. Acepto los diez centavos y agrego veinticinco.

-Flecho -dijo Chávez.

-Tres sotas.

-Yo tengo ochos -gruñó el sargento.

Librodot

-Pero yo tengo escalera real, doctor. -Ding acabó su cerveza-. Caramba, con esto llevo cinco dólares de ventaja.

-No se cuentan las ganancias ante la mesa, hijo -aconsejó Clark, sobrio.

-Esa canción nunca me gustó. -Chavez sonrió de oreja a oreja-. Pero este juego sí.

-Yo creía que los soldados eran malos perdedores -observó el sargento de la Fuerza Aérea, con acritud. Perdía tres dólares y era un verdadero jugador de póquer. Practicaba asiduamente con políticos en los vuelos largos, cuando se necesitaba un buen jugador.

-Una de las primeras cosas que enseñan en la CIA es a marcar las cartas -anunció Clark mientras iba en busca de más bebida para todos.

-Siempre me arrepentí de no haber seguido el curso en la Granja -comentó Ryan. No perdía ni ganaba, pero cada vez que tenía una buena mano Chávez sacaba una mejor-. La próxima vez te haré jugar con mi esposa.

-¿Juega bien? -preguntó Chávez.

-Es cirujana. Hace trampas con tanta destreza que es capaz de engañar a un profesional. Juega con los naipes para ejercitar los dedos -explicó Ryan con una amplia sonrisa-. Nunca le dejo dar.

-La señora Ryan no es capaz de semejante cosa -protestó Clark, volviendo a sentarse.

-Te toca dar -dijo Ding.

Clark empezó a barajar, cosa que también hacía muy bien.

-¿Y usted qué piensa, doctor?

-¿De Jerusalén? Esto marcha mejor de lo que esperaba. ¿Y tú?

-La última vez que estuve (en el ochenta y cuatro, me parece) el ambiente ardía. Por Dios, los problemas se olían. Uno no veía nada, pero sabía que estaban allí. Se sentían las miradas fijas en uno. ¡Ahora! La cosa se ha enfriado bastante. ¿Por qué no jugamos una mano de cinco cartas? -propuso Clark.

-Elige el que da -accedió el sargento.

Clark repartió las cartas.

-Nueve de espadas para la Fuerza Aérea. Cinco de diamantes para nuestro amigo latino. Reina de bastos para el doctor y, para el que da... ¿qué les parece? Para el que da, un as. El as es mejor que el cuatro.

-¿Y bien, John? -preguntó Ryan tras la primera ronda de apuestas.

-Usted confía demasiado en mis poderes de observación. Jack. Dentro de un par de meses lo sabremos con certeza, pero creo que esto pinta bien. -Dio cuatro cartas más-. Puede ser una escalera... Puede ser una escalera real para la Fuerza Aérea. Apueste, señor.

-Otros veinticinco. -El sargento se sentía afortunado- . Los de la seguridad israelí también se han ablandado un poco.

-¿Sí?

-Los israelíes saben de seguridad, doctor Ryan. Cada vez que volamos allá, encierran el pájaro tras una muralla, pero esta vez la muralla no era tan alta. Hablé con uno o dos y dicen que están más tranquilos... No en un sentido oficial, sino en lo personal, ¿entiende? Antes apenas abrían la boca. Bueno me pareció que las cosas habían cambiado.

Ryan, sonriendo, decidió pasar. Con un ocho, una reina y un dos no iba a ninguna parte. Eso nunca fallaba: siempre conseguía mejores datos de los sargentos que de los generales.

-Lo que tenemos aquí -dijo Ghosn, hojeando el libro hasta la página buscada- es esencialmente una copia israelí de una bomba de fisión norteamericana «Mark-12». Es un diseño de fisión intensificada.

-¿Y eso qué significa? -preguntó Qati.

-Significa que se vierte tritio en el centro apenas se inicia el mecanismo de disparo. Eso genera más neutrones y aumenta notablemente la eficacia de la reacción. Por tanto, se necesita sólo una pequeña cantidad de material fisionable...

Librodot

-¿Pero? -Qati ya oía el inminente «pero».

Ghosn se reclinó hacia atrás, con la vista fija en el centro del aparato.

-Pero el mecanismo que insertaba el material incentivador está averiado. Las llaves critón para los explosivos convencionales ya no están en buenas condiciones y es preciso remplazarlas. Tenemos suficientes bloques explosivos intactos como para averiguar la configuración correcta, pero será muy difícil fabricar otras nuevas. Primero debo duplicar teóricamente el diseño original, determinar qué puede hacer y qué no y, por fin, reinventar el proceso de fabricación. ¿Tienes idea de cuál era el costo originario?

-No -admitió Qati, seguro de que estaba aún por enterarse.

-Más de lo que costó poner al hombre en la Luna. En este proceso participaron las mentes más brillantes de la historia humana: Einstein, Fermi, Bohr, Oppenheimer. Taller, Alvarez, Von Neumann, Lawrence,y cien más! Los gigantes de la física de este siglo. Gigantes, sí.

-¿Quieres decir que no puedes hacerlo;

Ghosn sonrió.

-No, comandante. Quiero decir que sí puedo. Lo que comienza siendo obra de un genio acaba siendo, al poco tiempo, trabajo de hojalateros. La primera vez hizo falta genio porque se trataba de la primera vez y porque la tecnología era muy primitiva. Al principio había que hacer todos los cálculos con grandes calculadoras mecánicas. Cuando se hizo la primera bomba de hidrógeno, todo el trabajo se efectuó con los primeros ordenadores, aparatos primitivos que se llamaban Eniac, creo. Pero hoy en día... -Ghosn se echó a reír. En realidad era absurdo-. Cualquier videojuego tiene más poder de cómputo que Eniac. Puedo hacer los cálculos en cuestión de segundos, con un ordenador personal, y repetir lo que a Einstein le llevó meses. Pero lo más importante es que ellos no estaban seguros de que fuera posible. ¡Yo, en cambio, estoy seguro! Además, ellos llevaban registros de sus procedimientos. Y, yo tengo un modelo; aunque no pueda invertir por completo su ingeniería, puedo usarlo como modelo teórico. En dos o tres años podría hacerlo por mi propia cuenta.

-¿Crees que disponemos de dos o tres años?

Ghosn meneó la cabeza. Ya había informado de lo que había visto en Jerusalén.

-No, comandante. Desde luego que no.

Qati explicó lo que había ordenado a su amigo alemán.

-Eso está bien. ¿Adónde nos vamos?

Berlín era, una vez más, la capital de Alemania. Eso nunca había figurado en los planes de Bock, naturalmente, ni tampoco que Alemania se entregara al capitalismo. Llegó desde Italia vía Siria y Grecia; su pasaporte fue aceptado sin más. Alquiló un auto y salió de Berlín por la autopista E-74, rumbo a Greifswald.

Günther había alquilado un «Mercedes-Benz»; pues debía pasar por empresario. A veces se arrepentía de no haber alquilado una bicicleta. Esa carretera había sido descuidada por el Gobierno de Alemania Oriental y, ahora que la República Federal reinaba, se veía casi reducida a una larga hilera de hombres y máquinas trabajando en su reparación. Huelga mencionar que los carriles hacia Berlín estaban arreglados. Su visión periférica detectó cientos de grandes y poderosos «Mercedes» y «BMW», que volaban hacia la capital, pues los capitalistas de Occidente ardían por reconquistar económicamente lo que se había derrumbado por la traición política.

Bock abandonó la carretera en las afueras de Greifswald con rumbo este, atravesando la población de Kemnitz. Los intentos de reparar la red vial no habían llegado aún a las carreteras secundarias. Después de cinco o seis baches, Günther tuvo que detenerse a un lado para consultar el mapa. Continuó durante tres kilómetros más. Después de varios giros, se encontró en un vecindario que en otros tiempos, había sido residencia de grandes profesionales. A la entrada de la casa que buscaba había un «Trabant». El césped estaba aún muy bien cortado, por supuesto, y la casa bien conservada; hasta las cortinas eran iguales en todas las ventanas

(después de todo, aquello era Alemania); sin embargo, rezumaba un aire de abandono y decrepitud que se percibía sin verse. Bock aparcó el coche a una calle de distancia y caminó hacia la casa sin seguir una vía directa.

-He venido para ver a Herr Doktor Fromm -dijo a la mujer que abrió la puerta. Debía de ser Frau Fromm.

-¿A quién anuncio, por favor? -preguntó ella con mucha formalidad. Tenía unos cuarenta y cinco años y la piel se mantenía tensa sobre unas mejillas severas; de los ojos azules y opacos y de los labios duros y pálidos irradiaban demasiadas arrugas. Examinó al visitante con interés y cierto aire esperanzado. Bock no tenía idea del motivo, pero decidió aprovechar aquello.

-Un viejo amigo. -Sonrió para reforzar la imagen-. ¿Me permite darle una sorpresa?

Ella vaciló por un momento, pero finalmente accedió. -Pase, por favor.

Bock esperó en la sala. Su primera impresión era correcta, pero la causa le sorprendió. El interior de la casa le recordaba al de su propio apartamento de Berlín. Tenía los mismos muebles hechos a medida, que otrora parecían tan finos en comparación con lo que podían adquirir los ciudadanos corrientes de la República Democrática alemana, pero ya no impresionaban como antes. Tal vez era por haber llegado en un «Mercedes», pensó Bock, en tanto los pasos se aproximaban. Pero no era por eso. Era por el polvo. Frau Fromm no limpiaba la casa como una buena Haus frau alemana. Señal segura de que algo iba muy mal.

-¿Sí? -preguntó el doctor Manfred Fromm, antes de dilatar los ojos al reconocerlo-. ¡Ah, qué alegría verte!

-No estaba seguro de que reconocieras a tu viejo amigo Hans -dijo Bock tendiéndole la mano con una risa apagada-. ¡Cuánto tiempo sin verte, Manfred!

-Mucho tiempo, Junge. Pasa a mi estudio.

Los dos salieron bajo la mirada inquisitiva de Frau Fromm. El doctor cerró la puerta antes de hablar.

-Lamento lo de tu esposa. Lo que ocurrió es inconcebible.

-Eso ya pasó. ¿Cómo van tus cosas?

-¿No te has enterado? Los Verdes nos atacaron. Estamos a punto de cerrar.

Manfred Fromm era, en los papeles, el segundo asistente del director de Lubmin-Nord, la planta de energía nuclear construida veinte años atrás sobre el modelo soviético «VVER 230». Primitivo como era, un equipo de expertos alemanes lo actualizó. Al igual que los diseños soviéticos del período, el reactor era un productor de plutonio. Pero a diferencia de Chernobil, tenía una cúpula de contención. No era demasiado eficiente ni demasiado inseguro, pero ofrecía la ventaja de producir material para armas nucleares, además de los 816 megavatios de electricidad de sus dos reactores en funcionamiento.

-Los Verdes -repitió Bock, en voz baja-. Esos.

El Partido Verde era una consecuencia natural del espíritu alemán, que por un lado venera todo lo que brota y por otro hace lo posible por matarlo. Constituido por elementos extremistas (o consecuentes) del movimiento ecologista, había luchado contra muchas cosas igualmente inquietantes para el bloque comunista. Pero tras fracasar en sus intenciones de impedir el despliegue de armas nucleares (y una vez que ese despliegue resultó suprimido en el Tratado INF, que eliminó ese tipo de armas a ambos lados de la línea) ahora intentaba con éxito desatar la forma más pura de infierno político en lo que fuera la República Democrática Alemana. La pesadilla de la contaminación en el Este se había convertido en la obsesión de los Verdes. Y en el primer puesto de su lista figuraba la industria de la energía nuclear, para ellos detestablemente peligrosa. Bock recordó que los Verdes nunca habían estado bajo el debido control político. El partido, nunca muy poderoso en la política alemana, se veía ahora utilizado por el mismo Gobierno al que antes fastidiara. Si en otros tiempos los Verdes habían protestado por la contaminación del Ruhr y el Rin desde Krupp, y por el despliegue de armas nucleares de la OTAN, ahora hacía en el Este una campaña más fervorosa que cuantas Barbarroja intentara jamás en Tierra Santa. Sus críticas constantes garantizaban que el socialismo no volvería a Alemania a corto plazo. La cuestión era tal que ambos hombres se

Librodot

preguntaron si los Verdes no habrían sido una treta sutil de los capitalistas desde el comienzo.

Fromm y los Bock se habían conocido cinco años atrás, cuando el Ejército Rojo, que proyectaba sabotear un reactor de Alemania Occidental, necesitó asesoramiento técnico. Aunque nunca se supo públicamente, el plan se frustró sólo en el último minuto. El dar a publicidad el éxito de la Inteligencia de la BND habría amenazado, a su vez, la industria nuclear de Alemania.

-En menos de un año nos cerrarán para siempre. Ahora sólo voy a trabajar tres veces por semana. He sido remplazado por un experto occidental. Claro que él me deja «asesorarlo» -informó Fromm.

-Tiene que haber algo más, Manfred -observó Bock.

Fromm había sido también el ingeniero en jefe del proyecto militar más querido de Erich Honecker. Aunque rusos y alemanes eran aliados dentro de la hermandad socialista mundial, nunca pudieron ser verdaderamente amigos. La mala espina entre ambas naciones se extendía a lo largo de mil años; mientras que Alemania había hecho un intento de socialismo, los rusos fracasaron por completo. El Ejército de Alemania Oriental nunca se asemejó al de Alemania Federal, mucho más poderoso. Los rusos temieron a los alemanes hasta el final, incluyendo a los que tenían de su propio lado, hasta permitir incomprensiblemente que el país se unificara. Erich Honecker había decidido que esa desconfianza podía tener ramificaciones estratégicas y trazó planes para conservar parte del plutonio producido en Greifswald y en algún otro lugar. Manfred Fromm sabía tanto del diseño de bombas nucleares como cualquier ruso o norteamericano, aunque nunca hubiera podido poner en práctica su experiencia. El plutonio, secretamente acumulado a lo largo de diez años, había sido entregado a los rusos como último gesto de lealtad marxista, para que no fuera a manos del Gobierno de Alemania Federal. Ese postrer acto honorable provocó furiosas recriminaciones, tan furiosas que el otro depósito de material nunca fue entregado. Las vinculaciones que Fromm y sus colegas habían tenido con los soviéticos ya no existían en absoluto.

-Oh, tengo un buen ofrecimiento. -Fromm cogió un sobre grande de su atestado escritorio-. Quieren que vaya a Argentina. Mis colegas de Occidente están allí desde hace años, junto con casi todos los tipos que trabajaban conmigo.

-¿Qué ofrecen?

Fromm resopló.

-Un millón de marcos alemanes por año hasta que el proyecto esté terminado, libres de impuestos, con cuenta numerada y todas las tentaciones normales.

Lo dijo con voz inexpresiva. Era imposible, desde luego. A Fromm le era tan imposible trabajar para los fascistas como respirar agua. Su abuelo, uno de los espartaquistas originales, había muerto en un campamento de trabajo, poco después del ascenso de Hitler al poder. Su padre había sido miembro del comunismo clandestino y de un grupo de espías; de algún modo sobrevivió a la guerra, pese a la sistemática persecución de la Gestapo y la Sicherheitsdienst, y hasta el día de su muerte fue miembro honorable del Partido local. Fromm aprendió el marxismo-leninismo junto con sus primeros pasos; la eliminación de su trabajo no le despertaba ningún amor por el nuevo sistema político que le habían enseñado a despreciar. Había perdido su empleo sin haber cumplido nunca su principal ambición; ahora, un rubicundo asistente de Góttingen lo trataba como a un mandadero. Peor aún, su esposa quería que aceptara el ofrecimiento de Argentina y le estaba convirtiendo la vida en un infierno porque él se negaba a ello.

-¿A qué has venido, Günther? -preguntó-. El país entero te está buscando. Pese a ese buen disfraz, aquí corres peligro. Bock sonrió, lleno de confianza.

-¿No es asombroso lo que se consigue con peluca y gafas?

-Con eso no respondes a mi pregunta.

-Tengo amigos que necesitan tus conocimientos.

-¿Y qué amigos son ésos? -preguntó Fromm, dubitativo.

-Son políticamente aceptables para ti y para mí. No me he olvidado de Petra -replicó Bock.

Librodot

-Teníamos un buen plan, ¿verdad? ¿Qué fue lo que falló?

-Había una espía entre nosotros. Por ella cambiaron las disposiciones de seguridad de la planta, tres días antes de la fecha en que íbamos a entrar.

-¿Una Verde?

Günther esbozó una sonrisa amarga.

-Ja. Ella se arrepintió al pensar en las posibles víctima civiles y en el daño que sufriría el medio ambiente. Bueno, ahora forma parte de ese medio ambiente.

Petra se había encargado de eliminarla. No había nada peor que un espía; resultaba adecuado que la ejecución hubiera estado a cargo de Petra.

-¿Parte del medio ambiente, dices? ¡Qué poético! -Era el primer intento de distensión por parte de Fromm, tan efectivo como todos sus intentos. Manfred Fromm era un hombre singularmente desprovisto de humor.

-No puedo ofrecerte dinero. Y tampoco puedo decirte nada más. Tienes que decidir basándote en lo que ya sabes. -Bock no llevaba pistola, pero sí un cuchillo. Se preguntó si Manfred conocía la alternativa a la que se enfrentaba. Probablemente no. Pese a su pureza ideológica, Fromm era un tecnócrata de miras estrechas.

-¿Cuándo partimos?

-¿Te vigilan?

-No. Tuve que viajar a Suiza para ese «ofrecimiento de trabajo». Ese tipo de cosas no se puede discutir en este país, por unificado y feliz que esté -explicó-. Yo mismo preparé el viaje. No, no creo que me vigilen.

-En ese caso podemos partir de inmediato. No necesitas equipaje.

-¿Qué le digo a mi esposa? -preguntó Fromm. De inmediato se preguntó por qué se preocupaba. Su matrimonio no era dichoso, por cierto.

-Eso es cosa tuya.

-Deja que empaquete algunas cosas. Así será más fácil. ¿Por cuánto tiempo...

-No lo sé.

Hizo falta media hora. Fromm explicó a su esposa que debía hacer un viaje de varios días para continuar con las negociaciones. Ella le dio un beso esperanzado. Tal vez Argentina fuera bonita, y más bonito aún sería poder vivir bien en alguna parte. Quizás aquel viejo amigo le había hecho ver la realidad. Después de todo, conducía un «Mercedes». Tal vez él supiera lo que en realidad encerraba el futuro.

Tres horas después, Bock y Fromm abordaban un vuelo a Roma. La etapa siguiente los llevó a Turquía; luego, a Damasco, donde se inscribieron en un hotel para permitirse un necesario descanso.

Ghosn encontró a Marvin Russell aún más formidable que antes. Se había quitado de encima cualquier posible exceso de peso; sus ejercicios diarios con los terroristas no hacían sino aumentar su masa muscular y el sol lo había bronceado a tal punto que casi habría pasado por árabe. La única nota discordante era su religión. Sus camaradas informaban que era un verdadero pagano, un infiel que oraba al sol, nada menos. Eso inquietaba a los musulmanes, pero algunos se ocupaban suavemente de enseñarle la verdadera fe del Islam, y éstos informaban que los escuchaba con respeto. También decían que su puntería era perfecta con cualquier arma y a cualquier distancia; cuerpo a cuerpo, era el luchador más mortífero que habían conocido (había dejado casi baldado a un instructor) y poseía una sagacidad que habría impresionado a un zorro. Todos lo consideraban un guerrero nato, sagaz y astuto. Aparte de sus excentricidades religiosas, despertaba simpatía , admiración.

-¡Marvin! ¿Tanta rudeza me asusta! -rió Ghosn.

-Venir aquí es lo mejor que pudo pasarme, Ibrahim. No sabía que había otra gente tan jodida como mi pueblo, tío. Pero vosotros sabéis defenderos mejor. Tenéis cojones de verdad.

Ghosn parpadeó al oír eso. Lo decía el hombre que había quebrado el cuello a un policía

como si fuera una simple ramita.

-Quiero ayudar, tío, de veras. En lo que pueda.

-Siempre hay lugar para un guerrero de verdad. -Ghosn se dijo que, con un mayor dominio del idioma, sería un buen instructor-. Bueno, tengo que irme.

-¿Adónde vas?

-A un lugar que tenemos más al Este.

-Quedaba hacia Norte-. Tengo que hacer un trabajo especial.

-¿Con eso que desenterramos? -preguntó Russell, despreocupado.

Su despreocupación era casi excesiva, pensó Ghosn. Pero una cosa era la cautela y otra la paranoia.

-No, con otra cosa. Lo siento, amigo, pero debemos tomarnos muy en serio la seguridad.

Marvin asintió con la cabeza.

-Está bien, tío. Por eso murió mi hermano por descuidar la seguridad. Hasta la vista.

Ghosn subió a su coche y salió del campamento. Por una hora circuló por la carretera a Damasco. A muchos extranjeros les pasa inadvertido lo pequeño que es el Oriente Medio, por lo menos las partes importantes. Desde Jerusalén a Damasco, por ejemplo, se podría llegar en dos horas, si las rutas fueran presentables, aunque ambas ciudades son, proverbialmente, mundos aparte en lo político. «Al menos así era antes», recordó Ghosn. Últimamente había oído algunos rumores ominosos con respecto a Siria. ¿Acaso hasta ese Gobierno se estaba cansando de la lucha? Resultaba fácil pensar que era imposible, pero esa palabra ya no tenía el significado de siempre.

Cinco kilómetros más allá de Damasco divisó al coche que esperaba en el sitio indicado. Continuó la marcha por dos kilómetros más; una vez seguro de que nadie lo seguía, decidió que podía girar. Un minuto después se detenía junto al otro coche. Los dos hombres bajaron, tal como se les había indicado, y el conductor, que era miembro de la organización, se llevó el coche.

-Buenos días, Günther.

-Buenos días, Ibrahim. Te presento a mi amigo Manfred. Ambos subieron al asiento trasero y el ingeniero arrancó de inmediato.

Ghosn miró al recién llegado por el espejo. Era mayor que Bock, más delgado y de ojos muy hundidos. No iba adecuadamente vestido y sudaba como un cerdo. Ibrahim le tendió una botella de agua. Manfred la limpió con un pañuelo antes de beber. «¿Acaso los árabes no somos lo bastante higiénicos para ti?», se preguntó Ghosn. Pero eso no era asunto suyo.

En dos horas llegaron a su destino. Ghosn siguió deliberadamente una ruta indirecta, pese a que el sol mantendría orientado a cualquier observador atento. No sabía qué tipo de conocimientos tenía ese Manfred; si bien era prudente suponer que lo sabía todo, también convenía emplear todas las tretas del manual. Cuando llegaron a destino, sólo un agente entrenado hubiera podido encontrar el camino.

Qati había elegido bien. Hasta pocos meses antes, aquello había sido un centro de mando de Hezbollah. El refugio, excavado en la ladera de una escarpada colina, tenía tejado de metal ondulado, cubierto de tierra; sobre él crecían las escasas matas de la zona. Sólo un hombre hábil, que conociera exactamente lo que buscaba, habría podido reconocerlo. Hezbollah era especialmente celosa en eliminar de sustento a los informantes. Un camino de tierra pasaba junto al refugio y llegaba a una granja abandonada, cuya tierra estaba agotada y no servía siquiera para la producción de opio y hachís, que eran las principales cosechas de la zona. Dentro del edificio, a la sombra, cien metros cuadrados de superficie de cemento ofrecían lugar hasta para aparcar unos cuantos vehículos. Por desgracia, ese sitio sería una trampa mortal en caso de producirse un terremoto, cosa que no era extraña a la región. Ghosn detuvo el coche entre dos postes y lo cubrió con una red de camuflaje. Sí, Qati había elegido bien.

Lo más difícil, naturalmente, era elegir entre los dos aspectos de seguridad. Por una parte, cuantos más supieran que algo estaba ocurriendo, peor. Por otra, eran necesarias algunas personas, aunque sólo fuera para montar guardia. Qati había llevado a la mayor parte de su

custodia personal: diez hombres de lealtad y competencia reconocidas, que conocían de vista a Ghosn y a Bock. El jefe se adelantó al encuentro de Manfred.

-Este es nuestro nuevo amigo -le dijo Ghosn.

Qati miró atentamente al alemán y se fue.

-Was gibt's hier? -preguntó Fromm con tono tenso.

-Lo que tenemos aquí -respondió Ghosn en inglés- es muy interesante.

Manfred aceptó la lección.

-Kommen Siebitte.

Ghosn los condujo hasta un muro en el que había una puerta. Un hombre montaba guardia, con su fusil; era mucho más seguro que un candado. El ingeniero le hizo un gesto con la cabeza y el hombre se lo devolvió secamente. Ghosn los hizo pasar a la habitación y tiró de un cordón para encender la luz fluorescente. Había una gran mesa de metal cubierta con una tela alquitranada. Ghosn retiró la lona sin más. Se estaba cansando del dramatismo. Era hora de trabajar.

-Gott im Himmel!

-Yo mismo no la había visto -admitió Bock-. Conque así es.

Fromm se puso las gafas y estudió el mecanismo durante unos momentos, antes de levantar la vista.

-Diseño norteamericano, pero la fabricación no es de ese país. -Señaló algo-. Los cables no corresponden. Un artefacto tosco, de treinta años... El diseño es más viejo, pero la fabricación no. Estos tableros de circuitos son de... los años sesenta, tal vez de los setenta. ¿Soviética? ¿Del depósito de Azerbaiyán, tal vez?

Ghosn se limitó a menear la cabeza.

-¿Israelí? Ist das móglich?

-Más que posible, amigo mío. Aquí la tienes.

-Bomba de gravedad. Inyección de tritio para aumentar su eficacia... cincuenta a setenta kilotones, supongo. Radar y fusión por impacto. La han arrojado, pero no estalló. ¿Por qué?

-Al parecer, no estaba armada. Aquí tiene todo lo que recuperamos -respondió Ghosn, ya impresionado.

Fromm deslizó los dedos por el interior del receptáculo, en busca de las conexiones.

-Tiene razón. Muy interesante. -Hubo una larga pausa-. Probablemente pueda repararse... y hasta...

-¿Hasta qué? -preguntó Ghosn, que ya sabía la respuesta. -Este diseño se puede convertir en un artefacto de activación.

-¿Para qué? -preguntó Bock.

-Para una bomba de hidrógeno -respondió Ghosn-. Ya lo sospechaba.

-Una bomba pesadísima. No tiene la eficacia de los diseños modernos. Tosca, pero efectiva, como se dice... -Fromm levantó la vista-. ¿Quieren que ayude a repararla?

-¿Nos ayudará? -preguntó Ghosn.

-He pasado diez años... veinte años estudiando la energía nuclear... ¿Qué uso le darán?

-¿Eso te preocupa?

-¿No la usarán en Alemania?

-No, por supuesto -respondió Ghosn. A fin de cuentas, la organización no tenía nada contra los alemanes.

Sin embargo, algo en la mente de Bock hizo clic. Por un momento cerró los ojos para grabarse el pensamiento en la memoria.

-Sí, voy a ayudar.

-Se te pagará bien -prometió Ghosn. Un momento después vio que eso era un error. Pero no importaba.

-¡Yo no hago estas cosas por dinero! ¿Me tomas por mercenario? -protestó Fromm, indignado.

-Perdona. No he querido ofenderte. Pero a los trabajadores especializados hay que pagarles

por su tiempo. Aquí no somos mendigos, ¿sabes?

«Yo tampoco lo soy», iba a decir Fromm, pero el buen tino se lo impidió. No estaba en Argentina. Allí no eran fascistas ni capitalistas, sino camaradas revolucionarios que también estaban pasando por malos tiempos políticos... Aunque estaba seguro de que financieramente las cosas les iban muy bien, por cierto. Los soviéticos nunca habían entregado armas a los árabes. Se las vendían por buen dinero, aun en los tiempos de Brezhnev y Andropov. Y si los soviéticos habían aceptado eso cuando aún se mantenían fieles a la verdadera fe...

-Perdona. Yo tampoco quise insultarte. Ya sé que vosotros no sois mendigos, sino soldados revolucionarios, luchadores por la libertad. Será un honor ayudar en lo que pueda. -Agitó la mano-. Podéis pagarme lo que os parezca justo. -Sería bastante, más que un simple millón de marcos-. Pero debéis comprender que no me vendo por dinero.

-Es un placer conocer a un hombre de honor -dijo Ghosn, con expresión satisfecha.

Bock pensó que ambos estaban exagerando, pero no hizo comentarios. Ya sospechaba cuál sería el pago de Fromm.

-Bien -agregó Ghosn-, ¿por dónde empezamos?

-Primero lo pensaremos. Necesito papel y lápiz.

-¿Y cómo se llama usted? -preguntó Ryan.

-Ben Goodley, señor.

-¿De Boston? -El acento era bastante reconocible.

-Sí, señor. De la Escuela Kennedy. Soy becario investigador de posgrado y... bueno, ahora también becario investigador de la Casa Blanca.

-¿Nancy? -Ryan se volvió hacia su secretaria.

-El director lo ha puesto en su agenda, doctor Ryan.

-Muy bien, doctor Goodley -dijo Ryan con una sonrisa Clark lo estudió de pies a cabeza y volvió a sentarse.

-¿Quiere café?

-¿Tiene descafeinado? -preguntó Goodley.

-Si quiere trabajar aquí, hijo, será mejor que se acostumbre al café de verdad. Siéntese. ¿Seguro de que no quiere café?

-Seguro.

-Está bien. -Ryan llenó su vaso y se sentó tras el escritorio-. ¿Qué hace usted en este palacio de los acertijos?

-En pocas palabras, busco empleo. Escribí mi tesis sobre operaciones de Inteligencia, su historia y sus perspectivas. Necesito ver algunas cosas para terminar mi trabajo en Kennedy; después quiero averiguar si puedo trabajar de verdad.

Jack asintió. Todo eso sonaba conocido.

-¿Tiene credenciales?

-Me han dado las TS y AEP-AER. Ya tenía una de «secreto», porque parte de mi trabajo en la Escuela Kennedy requería consultar ciertos archivos presidenciales, sobre todo en la capital, pero en Boston hay todavía material delicado. Hasta formé parte del equipo que analizó material de la crisis de los misiles cubanos.

-¿La obra del doctor Nicholas Bledsoe, su obra?

-En efecto.

-No todas las conclusiones de Nick me convencieron, pero fue un trabajo de investigación endiablado.

-Jack levantó su vaso como si brindara.

Goodley había reescrito casi la mitad de esa monografía, incluyendo las conclusiones.

-¿Con qué está en desacuerdo.., si me permite preguntarlo?

-La acción de Kruschov fue fundamentalmente irracional. Creo (y el registro me apoya) que si puso los misiles allí fue por impulso más que por razonamiento.

-No estoy de acuerdo. El estudio señalaba que la mayor preocupación soviética eran nuestras bases de misiles en Europa, sobre todo las de Turquía. Parece lógico deducir que todo fue un plan para llegar a una situación estable con respecto a las fuerzas desplegadas.

-Pero ese estudio no lo informaba todo -observó Jack.

-¿Por ejemplo? -preguntó Goodley, disimulando su fastidio. -Por ejemplo, los datos de Inteligencia que recibíamos de Penkovsky y otros. Esos documentos aún son reservados y continuarán siéndolo durante veinte años más.

-Cincuenta años. ¿No es mucho tiempo?

-Sin duda -reconoció Ryan-. Pero hay un motivo. Parte de esa información sigue siendo... bueno, no puedo decir que esté actualizada, pero revelaría algunas triquiñuelas que no queremos revelar.

-¿Y eso no es una pizca exagerado? -preguntó Goodley tan desapasionadamente como pudo.

-Digamos que en aquel entonces el agente Banana operaba para nosotros. Bueno, ahora ya no vive; supongamos que murió de vejez. Pero tal vez el agente Pera fue reclutado por él y aún está trabajando. Si los soviéticos averiguan quién era Banana, eso podría darles una pista. Además, hay que pensar en ciertos métodos de transmisión de mensajes. Hace ciento cincuenta años que se juega al béisbol, pero un change-up sigue siendo un change-up. Yo solía pensar como usted, Ben. Ya descubrirá que aquí casi todo lo que se hace tiene un motivo.

«Atrapado por el sistema», pensó Goodley.

-Por cierto, ¿notó usted que las últimas grabaciones de Kruschov prácticamente demostraban que Nick Bledsoe se había equivocado en algunos puntos? Y además...

-¿Sí?

-Supongamos que John Kennedy, en la primavera de 1961, tenía sólidos datos de Inteligencia, pruebas fidedignas de que Kruschov quería cambiar el sistema. En el cincuenta y ocho había destripado efectivamente al Ejército Rojo y estaba tratando de reformar el Partido. Digamos que Kennedy estaba seguro de eso; y entonces un pajarito le dice que, si daba un poco de cuerda a los rusos, tal vez tuviéramos un acercamiento en la década del sesenta. Una especie de glasnost, pero treinta años antes. Digamos que todo eso ocurrió y que el presidente arruinó las cosas al decidir, por motivos políticos, que estaría en desventaja si daba un poco de cuerda a Nikita... Eso significaría que la década del sesenta fue toda un gran error. Lo de Vietnam, todo, una gigantesca metedura de pata.

-No lo creo. He revisado los archivos. Eso no se contradice con lo que sabemos de...

-¿Contradecir en política? -interrumpió Ryan-. Ése es un concepto revolucionario.

-Si usted insinúa que así fue como ocurrió...

-Era una hipótesis -dijo Jack, con una ceja enarcada. «Diablos -pensó-, la información está allí para quien quiera reunirla.» El hecho de que nadie la hubiera recogido no era sino otra manifestación de un problema más amplio y preocupante. Pero lo que le preocupaba estaba en ese mismo edificio. Dejaría la historia para los historiadores... hasta que algún día decidiera reincorporarse a la profesión. «¿Y cuándo será eso, Jack?»

-Nadie lo creería.

-Casi todo el mundo cree que Lyndon Johnson perdió las primarias de New Hampshire ante Eugene McCarthy por la ofensiva del Tet. Bien venido al mundo de la Inteligencia, doctor Goodley. ¿Sabe qué es lo más difícil cuando se trata de reconocer la verdad? -preguntó Jack.

-¿Qué?

-Saber que algo acaba de picarlo a uno en el trasero. No es tan fácil como uno cree.

-¿Y la ruptura del Pacto de Varsovia?

-Eso viene al caso -concordó Ryan-. Teníamos todo tipo de señales y metimos la pata. Bueno, eso no es del todo cierto. Muchos de los jóvenes del DI... del Directorio de Inteligencia -explicó Jack innecesariamente, con lo cual Goodley tuvo la impresión de que se daba

Librodot

aires de superioridad- estaban haciendo bulla, pero los jefes de sección lo descartaban.

-¿Y usted, señor?

-Si el director está de acuerdo, le dejaremos ver la mayor parte de eso. Entre nuestros agentes y nuestros oficiales de campo, la mayoría se dejó engañar. Todos podríamos haber actuado mejor; yo como los demás. Si tengo una debilidad, es la de mantener un punto de vista demasiado táctico.

-¿Los árboles no le dejan ver el bosque?

-Sí -admitió Ryan-. Esa es la gran trampa. Pero el hecho de conocerla no siempre ayuda mucho.

-Creo que por eso me mandaron aquí -comentó Goodley. Jack sonrió.

-Caramba, eso no se diferencia mucho de mis propios comienzos. Bienvenido al barco. ¿Por dónde quiere comenzar, doctor Goodley?

Ben tenía ya una idea bastante clara, por supuesto. Si Ryan no lo veía venir, era asunto suyo.

-¿Y de dónde sacarán los ordenadores? -preguntó Bock. Fromm estaba encerrado con su papel y sus lápices.

-De Israel, para empezar. Tal vez de Jordania o de Turquía -replicó Ghosn.

-Esto va a resultar bastante costoso -advirtió Fromm. -Ya he averiguado sobre las maquinarias manejadas por ordenador. Son costosas, sí.

«Pero no tanto.» A Ghosn se le ocurrió que el dinero del que podía disponer hubiera deslumbrado a aquel infiel. -Ya veremos qué necesita tu amigo. Podemos dárselo.

XIII. PROCEDIMIENTO

«¿Cómo se me ocurrió aceptar este puesto?»

Roger Durling era un hombre orgulloso. Había sido el inesperado ganador de un escaño senatorial que otros creían asegurado y, más adelante, el gobernador más joven en toda la historia de California. Sabía que el orgullo era una debilidad, pero también que el suyo estaba muy justificado.

«Habría podido aguardar unos cuantos años, tal vez regresar al Senado y ganarme la entrada en la Casa Blanca, en lugar de hacer un trato y entregar las elecciones a Fowler... a cambio de esto.»

«Esto» era el Fuerza Aérea Dos, señal distintiva de llamada por radio para cualquier avión en que viajara el vicepresidente. El contraste con el Fuerza Aérea Uno era sólo un chiste más, adscrito a lo que era, supuestamente, el segundo puesto político de EE.UU. El propio cargo de vicepresidente, en opinión de Durling, era uno de los pocos errores cometidos por los Padres Fundadores. En otros tiempos había sido peor. En un principio, el vicepresidente debía ser el candidato derrota-do que, después de perder, ocupaba patrióticamente su sitio en un Gobierno que no era el suyo y presidía el Senado, dejando de lado las mezquinas diferencias políticas para servir al país. Cómo era posible que James Madison hubiera cometido esa estupidez era algo que los eruditos nunca analizaban a fondo, pero el error fue prontamente corregido por la Duodécima enmienda de 1803. Incluso en una época en que los caballeros a punto de batirse en duelo se llamaban mutuamente «señor», eso llevaba la magnanimidad demasiado lejos. Por eso la ley había sido cambiada; en la actualidad, el vicepresidente no era un enemigo derrotado, sino un apéndice. El hecho de que muchos hubieran heredado el cargo máximo se debía más a la casualidad que al designio. Y la buena actuación de muchos de ellos (Andrew Johnson, Theodore Roosevelt, Harry Truman), a un milagro.

En todo caso, se trataba de una casualidad que a él nunca le tocaría. Bob Fowler gozaba de buena salud física y de más seguridad política que ningún otro presidente desde los tiempos de... ¿Eisenhower? Durling tenía sus dudas. Desde Roosevelt, quizás. El papel importante que Carter había dado a su vicepresidente Walter Mondale (algo bastante ignorado pero muy constructivo) era cosa del pasado. Fowler ya no necesitaba a Durling y lo había puesto bien en claro.

Por eso, Durling quedaba relegado a funciones subsidiarias: ni siquiera secundarias. Fowler viajaba en un «747» modificado y destinado a su uso exclusivo. Roger Durling usaba cualquier avión que estuviera disponible; en este caso, uno de los «Gulfstreams VC-20B» a disposición de quienes tuviesen las credenciales necesarias. Podían usarlos los senadores y los representantes, si pertenecían a las comisiones importantes o si el presidente consideraba necesario masajearles la vanidad.

«No seas mezquino -se dijo Durling-. Al ser mezquino justificas toda la porquería que debes soportar.»

Su error de juicio había sido tan grande como el de Madison. Eso se dijo el vicepresidente mientras el aparato carreteaba. Al decidir que un personaje político debía anteponer su país a sus propias ambiciones, Madison no había hecho sino mostrarse optimista. Durling, por el contrario, había pasado por alto una realidad política evidente: que la verdadera diferencia entre el presidente y el vicepresidente era mucho mayor que la diferencia entre Fowler y cualquiera de los diez o doce presidentes de comisiones del Congreso. El presidente tenía que negociar con el Congreso para que las cosas marcharan, pero no necesitaba negociar con su vicepresidente.

¿Cómo se había dejado meter allí? Aunque la pregunta se le había ocurrido mil veces, soltó un gruñido divertido. Por patriotismo, desde luego, o por la versión política de ese sentimiento. Había entregado los votos de California, sin los cuales tanto él como Fowler serían aún gobernadores. Sólo había conseguido una concesión sustantiva, el nombramiento de Charlie Alden como asesor de Seguridad Nacional, pese a haber sido el factor decisivo para que su partido ganara la presidencia. Y como recompensa le tocaba toda la porquería del Poder Ejecutivo; pronunciaba discursos que rara vez eran noticia, a diferencia de los de diversos miembros del gabinete; discursos para conservar la fe en el partido, discursos para impulsar nuevas ideas (por lo general malas y raramente propias). Y esperaba que el rayo cayera sobre él en vez de hacerlo sobre el presidente. Ese día iba a hablar sobre la necesidad de elevar los impuestos para costear la paz de Oriente Medio. ¡Qué maravillosa oportunidad política! Roger Durling destacaría la necesidad de pagar más impuestos en St. Louis, ante un congreso de gerentes de compras. Sin duda, el aplauso sería ensordecedor.

Pero él había aceptado ese cargo. Había jurado cumplir con sus funciones y, si no cumplía con su palabra, ¿en qué se convertiría?

El avión se puso en marcha delante de los hangares y diversos aparatos, entre los que estaba el «747» del Puesto de Mando Aéreo de Emergencia Nacional (PMAEN) o, más dramáticamente, «El avión del Juicio final». Estaba siempre a dos horas de vuelo del lugar donde estuviera el presidente (verdadero dolor de cabeza cuando el mandatario visitaba Rusia o China) y era el único sitio seguro que él podía ocupar en una crisis nuclear. Pero eso ya no importaba. Durling vio que varias personas rondaban el avión. Para ello todavía había fondos (bueno, era parte de la flota presidencial) y se lo mantenía siempre listo para una rápida partida. Se preguntó cuándo cambiaría eso, como había cambiado todo lo demás.

-Estamos listos para partir. ¿Tiene puesto el cinturón de seguridad, señor? -preguntó el sargento auxiliar.

-¡Seguro! Vamos, en marcha -replicó Durling con una sonrisa.

Sabía que los pasajeros del Fuerza Aérea Uno solían demostrar su confianza en el avión y su tripulación dejando los cinturones sin abrochar. Más pruebas de que su avión no era el mejor, sino el segundo; pero no podía regañar al sargento por comportarse profesionalmente. Y para ese hombre, Roger Durling era una persona importante. El vicepresidente reflexionó

Librodot

que, debido a eso, el sargento «E-6» de la Fuerza Aérea de EE.UU. era un hombre más honorable que la mayoría de los políticos. Pero eso no sorprendía a nadie, ¿verdad? -De acuerdo.

-¿Otra vez? -preguntó Rvan.

-Sí, señor -respondió la voz en el otro extremo de la línea. -Está bien. Déme unos minutos.

-Sí, señor.

Ryan terminó su café v fue a la oficina de Cabot. Le sorprendió ver nuevamente allí a Goodley. El joven se mantenía a distancia del humo despedido por el cigarro del director. Hasta a Jack le pareció que Marcus exageraba con su imitación de Patton o quien diablos creyera estar tomando como modelo.

-¿Qué pasa, Jack?

-CAMELOT -respondió Ryan con visible fastidio-. Esos pelmazos de la Casa Blanca han vuelto a faltar. Quieren que yo los remplace.

-Bueno... ¿Tan ocupado estás?

-Hablamos de eso hace cuatro meses, señor. Es importante que los de la Casa Blanca...

-El presidente y sus hombres están ocupados con otras cosas -explicó el director, con tono fatigado.

-Estas cosas se planean con varias semanas de anticipación, señor, y es la cuarta vez consecutiva que...

-Ya lo sé, Jack.

Ryan no cedió terreno.

-Oiga, director, alguien tiene que explicarles lo importante que es esto.

-¡Ya lo he intentado, demonios! -contraatacó Cabot. Jack sabía que era cierto.

-¿Intentó trabajar con el secretario Talbot o con Dennis Bunker? -preguntó. «Por lo menos a ellos el presidente los escucha», pensó.

No hacía falta. Cabot captó el mensaje.

-Mira, Jack, no podemos dar órdenes al presidente. Sólo consejos, y no siempre los acepta. Por otra parte, tú eres muy bueno para estas cosas. A Dennis le gusta jugar contigo.

-De acuerdo, señor, pero no me corresponde a mí... ¿Leen siquiera las notas posteriores?

-Charlie Alden las leía. Supongo que Liz Elliot también.

-Claro -observó Ryan gélidamente, sin prestar atención a la presencia de Goodley-. Están actuando con irresponsabilidad, señor.

-Eso es mucho decir, Jack.

-Es la verdad, director -afirmó Ryan con toda la calma posible.

-¿Puedo preguntar qué es CAMELOT? -inquirió Ben Goodley.

-Un juego -respondió Cabot-. Habitualmente, manejo de crisis.

-Ah, ¿como SAGA y GLOBAL?

-Sí -respondió Ryan-. El presidente nunca juega. El motivo es que no podemos arriesgarnos a saber cómo actuaría en una situación dada. Sí, eso es muy bizantino, pero así ha sido siempre. El asesor de Seguridad Nacional o algún otro alto funcionario lo remplazan. Se supone que se informa al presidente cómo marcha el juego, pero Fowler cree que no necesita molestarse. Y ahora sus hombres empiezan a actuar con la misma estupidez.

Jack estaba tan fastidiado que usó en una misma frase los términos «presidente», «Fowler» y «estupidez»

-¿Es realmente necesario? -preguntó Goodley-. A mí me parece un anacronismo.

-¿Usted tiene su automóvil asegurado, Ben? -preguntó Jack.

-Sí, claro.

-¿Alguna vez tuvo un accidente de tránsito?

-Por culpa mía no, ninguno.

-En ese caso, ¿a qué molestarse en asegurar el auto? -Jack respondió a su propia pregunta-:

Justamente porque se trata de un «seguro», ¿no? Usted cree no necesitarlo, no quiere necesitarlo, pero como podría necesitarlo, emplea dinero (o tiempo, en este caso) para disponer de él.

El erudito de la Escuela Kennedy descartó el tema con un gesto.

-Oh, vamos, es muy diferente.

-En efecto. Tratándose del coche sólo se arriesga su pellejo. -Ryan puso fin al sermón-. Bueno, director. Estaré ausente durante el resto del día.

-He tomado nota de tus objeciones y recomendaciones, Jack. Las presentaré en la primera oportunidad. Ah, antes de que te vayas: lo de NIITAKA...

Ryan se detuvo en seco y miró fijamente a Cabot.

-El señor Goodley no tiene acceso a esa palabra, señor. Mucho menos a ese archivo.

-No vamos a hablar de la sustancia del caso. ¿Cuándo estará lista la gente de abajo -Ryan agradeció que no dijera MERCURY- para las... eh... operaciones modificadas? Quiero mejorar la transferencia de datos.

-Dentro de seis semanas. Hasta entonces tendremos que utilizar los otros métodos analizados.

El director de la CIA asintió.

-Muy bien. La Casa Blanca tiene mucho interés en eso, Jack. Dice que todos han trabajado bien.

-Me alegra saberlo, señor. Hasta mañana.

Jack salió.

-¿NIITAKA? -preguntó Goodley, al cerrarse la puerta-. Suena a japonés.

-Lo siento, Goodley. Olvídese de esa palabra cuanto antes. Cabot la había pronunciado sólo para poner a Ryan en su sitio; su parte honorable ya se estaba arrepintiendo.

-Sí, señor. ¿Puedo hacerle una pregunta sobre otro tema?

-Por supuesto.

-Ryan ¿es tan bueno como dicen?

Cabot aplastó del cigarro, para alivio de su visitante.

-Tiene muy buenos antecedentes.

-¿De veras? Eso me habían dicho. Vea usted, para eso estoy aquí, justamente; para examinar los tipos de personalidad que tienen verdadera influencia. Es decir, cómo se llega al puesto. Ryan ha ascendido como un cohete. Me interesa saber cómo lo consiguió.

-Lo consiguió con muchos más aciertos que equivocaciones, con algunos actos recios y con algunos trabajos de campo que hasta a mí me cuesta creer -dijo Cabot, tras reflexionar un momento-. Y usted, doctor Goodley, no puede revelar eso a nadie jamás.

-Comprendo, señor. ¿Puedo ver sus antecedentes y su hoja de servicios?

El director arqueó las cejas.

-Todo lo que usted vea allí es información reservada. Si trata de escribir algo...

-Perdone, señor, pero ya lo sé. Todo lo que yo escriba estará sujeto a revisión de seguridad, he firmado una declaración jurada. Pero es importante que yo sepa cómo se amolda una persona aquí; Ryan me parece un caso ideal para estudiar el proceso. Para eso me envió la Casa Blanca -señaló Goodley-. Debo informar allí de todo lo que averigüe.

Cabot guardó silencio por un instante.

-En ese caso, supongo que está bien.

El coche de Ryan llegó al Pentágono por la entrada del río. Allí lo esperaba un suboficial de la Fuerza Aérea que lo llevó adentro, pasando por alto el detector de metales. Dos minutos después, Ryan estaba en una de las muchas habitaciones subterráneas que hay debajo y alrededor de ese edificio, el más feo de todos los edificios oficiales.

-Hola, Jack -saludó Dennis Bunker desde el otro extremo.

-Señor secretario -respondió Jack, mientras ocupaba la silla del asesor de Seguridad Nacional. El juego se inició de inmediato-. ¿Cuál viene a ser el problema?

-¿Aparte del hecho de que Liz Elliot ha decidido no honrarnos con su presencia? -El

secretario de Defensa rió entre dientes. Luego se puso serio-. Se ha producido un ataque contra el crucero Vallev Forge en el Mediterráneo oriental. La información todavía es somera, pero el barco está muy dañado y puede hundirse. Presumimos que hay muchas bajas.

-¿Qué sabemos? -preguntó Jack, entrando en el juego. Se puso un rótulo de color codificado que identificaba su papel en el ejercicio.

-Muy poco. -Bunker levantó la vista. Un teniente de la Marina acababa de entrar.

-Señor, el Kidd informa que el Vallev Forge estalló y se hundió hace cinco minutos. No hay más de veinte supervivientes y se están llevando a cabo operaciones de rescate.

-¿Causa del hundimiento? -preguntó Ryan.

-Desconocida, señor. El Kidd estaba a cuarenta y cinco kilómetros del Valley Forge en el momento del incidente. Su helicóptero ya está en el sitio. El comandante de la Sexta Flota ha puesto a todas sus naves en alerta total. El USS Theodore Roosevelt está lanzando aviones para inspeccionar la zona.

-Conozco al comandante de grupo aéreo del Theodore Roosevelt, Robby Jackson -dijo Ryan, sin dirigirse a nadie en especial. No tenía importancia. En realidad, el Theodore Roosevelt estaba en Norfolk, y Robby se preparaba para su viaje siguiente. Los nombres usados para el juego de guerra eran genéricos y conocer personalmente a los jugadores no importaba, pues no tenían por qué ser gente real. Pero si aquello hubiera ocurrido en la realidad, Robby era el comandante del Grupo Aéreo a bordo del Theodore Roosevelt y el suyo habría sido el primer avión que partiera. Convenía recordar que, pese a ser un juego, aquello tenía una finalidad muy seria-. ¿Información previa? -preguntó, pues no recordaba los datos de la escena representada.

-La CIA informa de un posible motín en la Unión Soviética, por parte de unidades del Ejército Rojo con base en Kazakistán, y también disturbios en dos bases de la Marina soviética -informó el narrador del juego, un comandante de Marina.

-¿Unidades soviéticas en las proximidades del Vallev Forge? -preguntó Bunker.

-Posiblemente un submarino -respondió el oficial de Marina.

-Mensaje urgente -anunció el altavoz-. USS Kidd informa que ha destruido un misil tierra-tierra con su sistema de armamento a corta distancia. Daño superficial en la nave, sin bajas.

Jack fue al rincón para servirse una taza de café. Sonrió, admitiendo para sus adentros que aquellos juegos eran divertidos. En realidad, los disfrutaba. Además, eran realistas. Lo habían sacado de la rutina de un día normal para arrojarlo en una sala cerrada, dándole informaciones confusas y fragmentarias; y no tenía idea de qué demonios estaba pasando. Eso era casi la realidad.

-Señor, tenemos un mensaje por línea «caliente».

«Bueno -se dijo Ryan-, el de hoy es un juego de ésos. La escena debe de ser obra del Pentágono. Veamos si todavía es posible hacer estallar el mundo.»

-¿Más cemento? -preguntó Qati.

-Mucho más cemento -respondió Fromm-. Cada una de las máquinas pesa varias toneladas y deben permanecer en total estabilidad. Toda esta habitación debe permanecer en total estabilidad y completamente hermética. Debe estar limpia como un hospital... Mucho más limpia que los hospitales que conocéis. -Fromm consultó su lista y pensó: «Pero no más que los hospitales alemanes, desde luego»-. Necesitaremos tres potentes generadores de energía eléctrica y dos fuentes de energía de seguridad.

-Mantendremos uno de los generadores en funcionamiento constante, ¿no? -preguntó Ghosn.

-Correcto -respondió Fromm-. Puesto que se trata de una operación primitiva, trataremos de no utilizar más de una máquina por vez. El verdadero problema con la electricidad es conseguir un circuito seguro. Por eso pasaremos la corriente de la línea por las fuentes de seguridad, a fin de protegernos de las oscilaciones. Los sistemas de ordenador son muy

Librodot

sensibles. Bien, necesitaremos operadores capacitados.

-Eso no será fácil -observó Ghosn.

El alemán sonrió, para asombro de los presentes.

-En absoluto. Será más fácil de lo que pensáis.

-¿De veras? -preguntó Qati. «¿Este infiel me da buenas noticias?»

-Necesitaremos unos cinco hombres bien preparados.

-Pero ¿dónde los encontraremos? En esta región no hay taller que...

-Claro que hay. Aquí la gente usa gafas, ¿no?

-Pero...

-¡Claro! -exclamó Ghosn, poniendo los ojos en blanco por la sorpresa.

-El grado de precisión necesaria -explicó Fromm a Qati- no es diferente del que se requiere para los cristales de las gafas. Las máquinas son de diseño muy similar, sólo que más grandes. Simplemente tratamos de producir curvas exactas y previsibles en un material rígido. Las bombas nucleares se producen sobre especificaciones exactas, lo mismo que las gafas. Nuestro objeto es más grande, pero el principio es el mismo. Con la maquinaria adecuada es sólo cuestión de escala, no de sustancia. ¿Pueden ustedes conseguir ópticos experimentados?

-Creo que sí -contestó Qati, disimulando su fastidio.

-Tienen que ser muy experimentados -insistió Fromm-Los mejores que se puedan conseguir y, si es posible, que hayan practicado en Alemania o Inglaterra.

-Hay un problema de seguridad -observó Ghosn, en voz baja.

-¿De veras? -preguntó Fromm, fingiendo un desconcierto que a los otros dos les pareció el colmo de la arrogancia.

-Es cierto -concordó Qati.

-También necesitamos mesas sólidas en las que montar las máquinas.

«A medio camino», se dijo el teniente comandante Walter Claggett. Dentro de cuarenta y cinco días, el submarino Maine emergería en los estrechos de Juan de Fuca y se pondría detrás del remolcador, que le guiaría hasta Bangor, donde amarraría para iniciar el proceso de reemplazo de la tripulación, que se encargaría del ciclo siguiente. «Y en buena hora.»

Walter Claggett (cuyos amigos lo llamaban Dutch (holandés), apodo originado en la Academia Naval por motivos que él ya no recordaba, puesto que Claggett era negro), tenía treinta y seis años; antes de zarpar le habían informado que los probarían para la primera selección de comandantes; tenía posibilidades de capitanear muy pronto un submarino de ataque veloz. La idea le gustaba. Sus dos experiencias matrimoniales habían terminado en el fracaso, cosa habitual entre los tripulantes de submarinos (por suerte, de esas uniones no nacieron hijos), y la Marina era toda su vida. Se sentía feliz de pasar todo su tiempo en el mar y dejaba las diversiones para los períodos que pasaba en tierra. Estar en el mar, deslizarse por las oscuras aguas al mando de un majestuoso buque de guerra, le parecía lo mejor de todo. La compañía de hombres buenos, el respeto bien ganado en la más exigente de las profesiones, la capacidad de saber lo que correspondía hacer en cada situación, el distendido ambiente de a bordo y la responsabilidad de aconsejar a sus hombres... Clagget disfrutaba de su carrera en todos los aspectos.

Sólo una cosa no podía soportar, y ésa era su oficial comandante.

«¿Cómo diablos llegó el capitán Harry Ricks hasta aquí?», se preguntó, por vigésima vez en esa semana. Ricks era brillante. Habría podido diseñar un reactor de submarino en el dorso de un sobre e incluso mentalmente. Sobre diseño de submarinos sabía cosas que los astilleros de Electric Boat ni siquiera imaginaban. Era capaz de analizar las ventajas y desventajas de un periscopio con los expertos ópticos de la Marina y sabía más sobre navegación por satélite que la NASA, TRW o quienquiera manejase ese programa. Sin duda, conocía los misiles del «Trident-II-5» mejor que nadie fuera de Lockheed. Dos semanas atrás, durante una cena había recitado toda una página del manual de mantenimiento. Desde el punto de vista técnico, Ricks

Librodot

habría podido ser el oficial mejor preparado de la Marina de EE.UU.

Harry Ricks era la quintaesencia de la Marina Nuclear. Como ingeniero no tenía igual. Los aspectos técnicos de su trabajo le surgían casi por instinto. Claggett era bueno y lo sabía; también sabía que jamás sería tan bueno como Harry Ricks.

«Es que no sabe un bledo de la navegación en submarino ni de sus tripulantes», reflexionó, con tristeza. Aunque pareciera increíble, Ricks entendía poco de navegación y nada en absoluto de marinos.

-Señor -dijo Claggett-, este jefe es muy bueno. Es joven, pero sagaz.

-No sabe controlar a su gente -replicó Ricks.

-No sé a qué se refiere, capitán.

-Sus métodos de entrenamiento no son lo que deberían.

-Es poco convencional, pero ha reducido en cinco segundos el tiempo promedio de recarga. Todos los torpedos están en perfectas condiciones de funcionamiento, incluso el que vino de tierra. El compartimiento está en perfecto orden. ¿Que más podemos pedir de ese hombre?

-Yo no pido; ordeno. Quiero que las cosas se hagan como yo digo, como debe ser. Y así se harán -observó Ricks con tono amenazadoramente bajo.

No tenía sentido fastidiar al capitán con ese tipo de asuntos, sobre todo cuando se expresaba así, pero el trabajo de Claggett, como primer oficial, era interponerse entra la tripulación y el capitán, sobre todo cuando éste se equivocaba.

-Con el debido respeto, señor, no estoy de acuerdo. Creo que interesan los resultados, y éstos resultados son casi perfectos. Si usted le regaña, provocará un efecto negativo en él y su departamento.

-Oficial, espero que todos mis oficiales me apoyen, y usted más que nadie.

Claggett se sentó muy tieso en la silla, como si hubiera recibido un golpe.

-Usted cuenta con todo mi apoyo y mi lealtad, capitán pero mi trabajo no consiste en ser un robot. Se supone que debo ofrecer alternativas. Por lo menos -agregó-, eso es lo que me dijeron en la academia.

Claggett se arrepintió de esa frase aun antes de terminar. El camarote del oficial comandante era muy pequeño, pero pareció empequeñecer aún más.

«Acabas de decir algo muy tonto, teniente comandante Walter Martin Claggett», pensó Ricks y le miró inexpresivamente.

-Haremos una práctica con el reactor -dijo.

-¿Otra? ¿Tan pronto? -«Por el amor de Dios, la última fue perfecta. Casi perfecta -se corrigió Claggett-. Los chicos habrían podido ahorrar diez o quince segundos aquí y allá.» Pero el primer ejecutivo no sabía dónde.

-La eficiencia requiere practicar todos los días, oficial.

-Desde luego, señor, pero estos hombres son eficientes. El Esro que hicimos con el capitán Rosselli estuvo en un tris de batir el récord del escuadrón, ¡y en la última práctica estuvimos aun mejor!

-No importa lo buenos que sean los resultados, hay que exigir siempre más. De ese modo se mejora siempre. En el próximo Esro quiero el récord del escuadrón, oficial.

«Quiere el récord de la Marina, el récord del mundo y tal vez un certificado firmado por Dios -pensó Claggett-. Más aún, lo quiere en su hoja de servicios.»

Sonó el teléfono en el mamparo. Ricks lo cogió.

-Oficial comandante... sí, ahora voy. -Colgó-. Contacto de sonar.

Claggett salió por la puerta, con el capitán pisándole los talones.

-¿Qué pasa? -preguntó Claggett. Como primer oficial, también era el encargado de los enfrentamientos tácticos.

-He tardado un par de minutos en reconocerlo -informó el operador de sonar-. Un contacto realmente confuso. Creo que es un 688, rumbo aproximado 1-9-5. Contacto directo, señor.

-Repetición -ordenó Ricks.

El operador ocupó otra pantalla (la suya tenía marcas de lápiz de grasa y prefería no retirarlas todavía) para exigir la filmación durante algunos minutos.

-¿Lo ve aquí, capitán? Bastante confuso... Aquí empezó a afirmarse.

El capitán plantó un dedo en la pantalla.

-Debería haberlo identificado de inmediato, suboficial. Ha perdido dos minutos. La próxima vez preste más atención.

-Sí, capitán.

¿Qué otra cosa podía decir un operador de segunda clase, con sólo veintitrés años? Ricks abandonó la sala de sonar, seguido por Claggett, que al salir dio una palmada en el hombro al subordinado.

«¡Maldita sea, capitán!»

-Curso 2-7-0, velocidad cinco, profundidad quinientos, estamos por debajo de la capa -informó el oficial de cubierta-. Tenemos contacto con Sierra Once en rumbo 1-9-5, a babor. Control de fuego preparado. Tenemos torpedos en tubos uno, tres y cuatro. El dos está vacío por servicio. Puertas cerradas, tubos secos.

-Datos sobre Sierra Once -ordenó Ricks.

-Contacto de sendero directo. Está por debajo de la capa, alcance desconocido.

-¿Condiciones ambientales?

-Calma total en el techo, una capa moderada de unos cien pies. Tenemos agua isotermal a nuestro alrededor. Las condiciones de sonar son excelentes.

-Primera lectura sobre Sierra Once por encima de diez mil metros. -Era el alférez Sha, del equipo de rastreo.

-Control, aquí sonar; evaluamos contacto. Sierra Once es definitivamente un clase 688 americano de ataque rápido. Velocidad estimada: catorce o quince nudos.

-¡Caramba! -comentó Claggett a Ricks-. ¡Detectanos un Los Angeles! Alguien saldrá muy fastidiado.

-Sonar, aquí Control. Quiero datos, no estimaciones - dijo Ricks.

-Se ha destacado al detectar ese contacto en el fondo, capitán -observó Claggett con tono muy bajo. En verano, el golfo de Alaska se llenaba de barcos pesqueros y ballenero en gran número; hacían mucho ruido y atestaban las pantallas del sonar-. Ese operador es estupendo.

-Le pagamos para que sea estupendo, oficial. No se dan medallas por un trabajo bien hecho. Más tarde quiero una repetición para ver si pasó algo por alto.

«Es muy fácil detectar algo en una repetición», se dijo Claggett.

-Control, aquí sonar. Recibo una cuenta de hélice muy leve. Parece indicar catorce nudos, más o menos uno, señor.

-Muy bien. Eso está mejor, sonar.

-Eh... capitán... la distancia podría ser algo menos de diez mil... No mucho, pero un poco sí. La traza se está afirmando... Estimo ahora nueve mil quinientos metros, curso aproximado 3-0-5 -informó Shaw, esperando una reprimenda.

-¿Conque ya no está a más de diez mil metros?

-No, señor. Parecen nueve quinientos.

-Avíseme si vuelve a cambiar de opinión -replicó Ricks-. Reduzca la velocidad a cuatro nudos.

-Reduzco la velocidad a cuatro nudos -obedeció el oficial correspondiente.

-¿Dejamos que se nos adelante? -preguntó Claggett.

-Sí -asintió el capitán.

-Tenemos solución de fuego -dijo el oficial de armas. Claggett miró la hora. No se podía pedir mejor.

-Muy bien. Me alegra saberlo -replicó Ricks.

-La velocidad es ahora de cuatro nudos.

-Bueno, lo tenemos. Sierra Once en curso 2-0-1, alcance 9-100 metros, curso 3-0-0, velocidad quince.

Librodot

-Carne de cañón -dijo Claggett y pensó: «Claro que facilita las cosas al navegar a esa velocidad.»

-Cierto. Esto lucirá muy bien en el informe de patrulla. -Esto está espinoso -observó Ryan-. No me gusta. -A mí tampoco -concordó Bunker-. Aconsejo liberación de armas al grupo de batalla del Theodore Roosevelt.

-Estoy de acuerdo. Se lo diré al presidente.

Ryan hizo la llamada. Según las reglas del juego, se suponía que el presidente estaba a bordo del Fuerza Aérea Uno, sobrevolando algún lugar del Pacífico de regreso de un país no especificado. Las toma de decisiones presidenciales estaba siendo desempeñada por una comisión en otro punto del Pentágono. Jack lo comunicó y quedó a la espera de una respuesta.

-Sólo en defensa propia, Dennis.

-Idioteces -dijo Bunker en voz baja-. Él me hace caso. Jack sonrió.

-Estoy de acuerdo, pero esta vez no. Nada de acciones ofensivas. Sólo puedes actuar para defender las naves del grupo.

El secretario de Defensa giró hacia el oficial de acción.

-Transmita eso al Theodore Roosevelt. Diga que espero patrullas completas de combate aéreo. Han de informarme sobre todo lo que exceda los trescientos kilómetros. Por debajo de los trescientos, el comandante del grupo de combate puede actuar a discreción. Para los submarinos, el radio de la burbuja es de setenta y cinco kilómetros. Dentro de eso, procedan a matar.

-Qué original -comentó Jack.

-Tenemos un ataque al Valley Forge. -La mejor estimación, por el momento, era que se trataba de un ataque de misiles por sorpresa efectuado por un submarino soviético. Al parecer, algunas unidades de la flota rusa estaban actuando de modo independiente o, por lo menos, obedeciendo órdenes que no emanaban de Moscú. Luego empeoraron las cosas.

-Mensaje de línea caliente. Se ha producido un ataque por tierra a un Regimiento Estratégico de Cohetes... Base de SS-18 de Asia central.

-¡Lancen ahora mismo a todos los bombarderos que estén preparados! Jack, di al presidente que acabo de dar la orden.

-Falla en el sistema de comunicaciones -dijo el altavoz de la pared-. El contacto radial con Fuerza Aérea Uno esta interrumpido.

-¡Quiero saber más! -exigió Jack.

-Es todo cuanto tenemos, señor.

-¿Dónde está el vicepresidente? -preguntó Ryan.

-A bordo del PCAEN alternativo, novecientos kilómetros al sur de las Bermudas. El PCAEN principal está seiscientos kilómetros por delante del Fuerza Aérea Uno, preparándose para aterrizar en Alaska a fin de efectuar el traslado.

-Lo bastante cerca de Rusia como para que sea posible interceptar... Pero no es probable... tiene que ser una misión de un solo sentido -pensó Bunker en voz alta-. A menos que pasaran por casualidad por sobre un barco de combate soviético, armado de misiles tierra-aire... Momentáneamente, el vicepresidente está a cargo.

-Señor, yo...

-Esa llamada me corresponde a mí, Jack. El presidente está fuera de nuestro alcance o tiene comprometido sus sistema de comunicaciones. El secretario de Defensa dice que el vicepresidente queda a cargo hasta que se restablezca la comunicación y se revalide el código. Las fuerzas están ahora en CONDEF-UNO bajo mi responsabilidad.

Una cosa era cierta con respecto a Dennis Bunker, se dijo Ryan: nunca dejaba de ser un luchador. Tomaba decisiones y se atenía a ellas. Además, habitualmente tenía razón, como en este caso.

El legajo de Ryan era grueso. Unos doce centímetros, según vio Goodley en la intimidad de su cubículo del séptimo piso. De esos doce, uno o dos eran antecedentes y formularios de seguridad. Su preparación académica resultaba impresionante, sobre todo su tesis de doctorado en historia, en la Universidad de Georgetown. Georgetown no era Harvard, por supuesto, pero no por eso dejaba de ser una institución bastante respetable. Su primer empleo en la Agencia había sido parte del programa para jóvenes del almirante James Greer. Su primer informe, Agentes y Agencias trataba del terrorismo. «Extraña coincidencia -se dijo Goodley-, dado lo que sucedió después.»

Los documentos sobre el enfrentamiento de Ryan en Londres ocupaban treinta páginas a doble espacio, la mayoría resúmenes de informes policiales y unas cuantas fotos de periódicos. Goodley empezó a tomar notas. «Aventurero», fue lo primero que escribió. ¡Meterse en cosas como ésa! El académico meneó la cabeza. Veinte minutos después hojeó el sumario del segundo informe de Ryan a la CIA, donde predecía, que probablemente los terroristas nunca operarían en Estados Unidos; lo había presentado días antes del ataque a su familia.

«Ahí te equivocaste, ¿no, Ryan?» Goodley rió entre dientes para sus adentros. Por inteligente que lo creyeran, cometía errores, como todos.

Y había cometido unos cuantos en Inglaterra. No previó que Chernenko sucedería a Andropov, aunque sí que Narmonov sería el siguiente, adelantándose a los analistas, salvo a Kantrowitz, de Princeton, que había sido el primero en detectar cualidades destacadas en Andrei Ilich. Goodley recordó que en ese entonces cursaba el último año de estudios y se acostaba con aquella muchacha de Wellesley, Debra Frost... ¿Qué habría sido de ella?

-Hijo de puta... -susurró Ben, pocos minutos después-. ¡Qué hijo de puta!

Octubre Rojo, un submarino balístico soviético, había desertado. Ryan fue uno de los primeros en sospecharlo. Ryan, analista de la estación Londres, había... ¡dirigido el operativo en el mar! Mató a un marino ruso. Ahí estaba otra vez el aventurero. No podía limitarse a arrestarlo: tenía que dispararle como en las películas...

«¡Maldita sea! Un submarino de misiles desertó... y se lo callaron. Ah, más adelante el bote fue hundido en aguas profundas.»

De nuevo a Londres por unos cuantos meses más, antes de volver a la patria para convertirse en el asistente especial de Greer y en su aparente heredero. Ciertos trabajos interesantes con los de control de armamentos...

«Eso no puede ser. El director del KGB se mató en un accidente de aviación...»

Goodley tomaba notas febrilmente. Liz Elliot no podía saber estas cosas.

«No estás buscando cosas buenas de Ryan», recordó el becario de la Casa Blanca. Elliot no lo había sugerido, por supuesto, pero lo dio a entender de un modo que él comprendió... o creyó comprender. De pronto reparó en que ese juego podía ser muy peligroso.

«Ryan mata.» Había disparado contra tres personas. Hablando con él, uno no lo sospechaba. La vida no era una película de vaqueros. Nadie llevaba revólveres con muescas en las culatas. Goodley no llegó a sentir un escalofrío, pero sí tomó nota de que debía tratar a Ryan con cuidado. Hasta entonces no había conocido a nadie que hubiera matado a otros hombres; no era tan tonto como para tomarlos por héroes ni por superiores a otros, pero era algo a tener en cuenta.

Notó que en la época de la muerte de James Greer había puntos en blanco. ¿No era por entonces que había ocurrido lo de Colombia? Tomó algunas notas más. Ryan desempeñaba por entonces el cargo de vicedirector, pero al asumir Fowler, el juez Arthur Moore y Robert Ritter se habían retirado para dejar paso a la nueva Administración presidencial; Ryan fue entonces confirmado en el cargo por el Senado. Allí terminaban sus antecedentes profesionales. Goodley cerró esa parte y abrió la correspondiente a los datos personales y financieros...

Librodot

-Erramos -dijo Ryan, con veinte minutos de retraso. -Creo que tienes razón.

-Demasiado tarde. ¿En qué nos equivocamos?

-No estoy seguro -replicó Bunker-. ¿Tal vez al decir al grupo TR que se retirara?

Ryan contempló el mapa de la pared de enfrente.

-Tal vez, pero tenemos arrinconado a Andrei Ilich. Tenemos que dejarlo salir.

-¿Cómo? ¿Cómo lo hacemos sin quedar nosotros arrinconados?

-Creo que hubo un problema con este escenario. Pero no sé cuál...

-Vamos a darle una buena sacudida -pensó Ricks en voz alta.

-¿Cómo, capitán? -preguntó Claggett.

-¿Estado del tubo dos?

-Vacío por inspección de mantenimiento -contestó el oficial de armamento.

-¿Está bien?

-Sí, señor. Pasó la inspección media hora antes de que recibiéramos contacto.

-Bueno... -Ricks sonrió-. Quiero una bolsa de agua en el tubo dos. ¡Vamos a darle un buen susto para despertarlo!

«¡Maldición!», pensó Claggett. Era como lo hubieran hecho Mancuso o Rosselli... casi.

-Señor, es un modo muy ruidoso de hacerlo. Podemos darle un buen susto con una llamada «Tango» por el Gertrude.

-Armamento, ¿tenemos solución sobre Sierra Once? -preguntó Ricks. «Si Mancuso quiere capitanes agresivos, ya le mostraré lo agresivo...»

-Sí, señor -respondió el oficial de armamentos.

-Procedimientos de disparo. Dispóngase a disparar una bolsa de agua por el tubo dos.

-Señor, confirmo que el tubo de torpedo está vacío. Las armas en tubos uno, tres y cuatro están seguras.

Se hizo una llamada a la sala de torpedos para confirmar lo que anunciaban los dispositivos electrónicos. En la sala de torpedos, el jefe miró por la pequeña portezuela de vidrio para asegurarse de que no lanzarían nada.

-Tubo dos, vacío a la inspección visual. Aire a alta presión en línea -anunció el jefe por el circuito de comunicación-. Preparados para disparar.

-Abra la compuerta exterior.

-Abro compuerta exterior. Compuerta exterior, abierta.

-¿Armamentos?

-Preparado.

-Iguale el rumbo generado y... ¡Fuego!

El oficial de armamentos pulsó el botón correspondiente. El Maine se estremeció con la súbita salida del aire a alta presión.

A bordo del submarino Omaha, a seis mil metros de distancia, un operador de sonar llevaba varios minutos tratando de decidir si la traza de su pantalla era algo más que emborronamientos; de pronto apareció un punto en la pantalla.

-¡Control, aquí sonar! ¡Objeto mecánico rumbo 0-8-8, a popa!

-¿Qué demonios...? -dijo el oficial de cubierta. Era el navegante y cumplía su tercera semana en el nuevo puesto-. ¿Qué hay ahí atrás?

-Objeto, objeto ¡Objeto lanzado rumbo 0-8-8! Repito: OBJETO LANZADO A POPA!

-¡Adelante a toda marcha! -exclamó el teniente, súbitamente pálido-. ¡A los puestos de combate!

Tomó el teléfono de mando para llamar al capitán, pero ya estaba sonando la alarma general y el oficial comandante entró corriendo al centro de ataque, descalzo y con el mono todavía abierto.

-¿Qué coño está ocurriendo?

-Tenemos un objeto lanzado a popa, señor. Sonar, aquí control, ¿qué más hay?

-Nada, señor. Después del objeto, nada. Era aire comprimido en el agua, pero... Me pareció algo extraño, señor. No veo nada en el agua.

-¡Timón todo a la derecha! -ordenó el oficial de cubierta, sin prestar atención al capitán. Aún no había sido relevado y la dirección de la nave era responsabilidad suya-. Profundidad treinta metros. Sala de torpedos, lance un simulador ¡ahora mismo!

-Timón todo a la derecha, señor. Tengo el timón todo a la derecha, sin curso fijado. Velocidad veinte nudos y acelerando -dijo el timonel.

-Muy bien. Tome curso 0-1-0.

-Nuevo curso 0-1-0.

-¿Quién está en la zona? -preguntó el oficial comandante con voz tranquila, aunque no se sentía tranquilo.

-Por algún lugar anda el Maine -respondió el navegante.

-Harry Ricks -«Ese inepto», pensó, sin decirlo, porque no era conveniente para la disciplina-. ¡Sonar, informe!

-Control, aquí sonar. En el agua no hay nada. Si fuera un torpedo yo lo vería, señor.

-Navegante, reduzca la velocidad a un tercio.

-Sí, señor. Todo adelante a un tercio.

-Creo que se ha mojado los pantalones -comentó Ricks, que rondaba la pantalla de sonar.

Segundos después del lanzamiento simulado, el 688 visible en la pantalla había utilizado toda su potencia; ahora se percibía también el sonido gorgoteante del simulador.

-Ha reducido la potencia, señor. La cuenta de hélice está descendiendo.

-Sí, ahora sabe que no hay nada tras él. Lo llamaremos por el Gertrude.

-¡Ese idiota! ¿No sabe que podría haber un Akula por aquí? -gruñó el oficial comandante del Omaha.

-No se le ve, señor; sólo hay un grupo de barcos pesqueros.

-Bueno, dejaremos que Maine se salga con la suya. -Hizo una mueca-. Fue culpa mía. Habríamos debido marchar a diez nudos, no a quince. Encárguese de que así sea.

-Sí, señor. ¿Hacia dónde?

-El capitán del submarino debe saber lo que hay al norte de aquí. Al sudeste.

-Bien.

-Buena reacción, navegante. Habríamos evadido al pez. ¿Lecciones?

-Usted lo dijo, señor. Íbamos a demasiada velocidad.

-Aprenda de los errores de su capitán, señor Aubrun.

-Sí, señor.

El capitán dio al joven un leve puñetazo en el hombro y se marchó.

A treinta y seis mil metros de distancia, el Admiral Lunin navegaba a tres nudos por sobre la capa termoclina, remolcando el sonar de arrastre.

-¿Y bien? -preguntó su capitán.

-Tuvimos un estallido de ruido a 130 -dijo el oficial de sonar, señalando la pantalla-. Quince segundos después, otro estallido de ruido... más adelante del primero. Las señales parecen corresponder a un clase Los Angeles norteamericano, a toda marcha, que después aminoró y desapareció de nuestras pantallas.

-Un ejercicio, Yevgeni... El primer objeto era un submarino de misiles norteamericano... clase Ohio. ¿Qué le parece? -preguntó el capitán de primer rango Valentin Borissovich Dubinin.

-Nadie ha detectado nunca un Ohio en aguas profundas.

Librodot

-Siempre hay una primera vez.

-¿Y ahora?

-Ahora esperamos. El Ohio es más silencioso que una ballena dormida, pero por lo menos sabemos que hay uno en la zona. No lo perseguiremos. Los americanos fueron muy tontos al hacer ruido de ese modo. Nunca he visto nada similar.

-El juego ha cambiado, capitán -comentó el oficial de sonar. En realidad había cambiado mucho. Ya no tenía que llamarlo «camarada capitán».

-Por cierto, Yevgeni. Ahora es un verdadero juego. Podemos poner a prueba nuestra capacidad sin que nadie salga herido, como en las Olimpíadas.

-¿Crítica?

-Yo me habría aproximado un poco antes de disparar, señor -dijo el oficial de armamentos-. El podía evadir ese torpedo.

-De acuerdo, pero nuestra única intención era darle un susto -dijo Ricks.

«En ese caso, ¿para qué ese ejercicio? -se preguntó Dutch Claggett-. Ah, claro, para demostrar lo agresivo que eres.»

-Creo que lo conseguimos -dijo el primer oficial para respaldar a su capitán.

Hubo sonrisas en toda la sala de mando. Los submarinos boomers y de ataque veloz con frecuencia se dedicaban a esos juegos, casi siempre previamente planeados. Como de costumbre, el Ohio había ganado. Sabían, desde luego, que el Omaha andaba por allí, buscando a un Akula ruso que los «P3» habían perdido ante las costas de las islas Aleutianas, pocos días antes. Pero el submarino ruso no estaba a la vista.

-Oficial de cubierta, vamos al sur. Con ese objeto lanzado dejamos una referencia. Volveremos adonde estaba el Omaha.

-Sí, señor.

-Buen trabajo, señores.

Ricks volvió a su camarote.

-¿Nuevo curso?

-Sur -dijo Dubinin-. Borrará la referencia volviendo a la zona ya transitada por el Los Angeles. Mantendremos posición por encima de la capa, dejando la cola bajo ella.

El capitán sabía que no había muchas posibilidades, pero el mundo seguía siendo de los audaces. 0 algo parecido. El submarino tenía que volver a puerto dentro de una semana; supuestamente, el sonar nuevo que iban a ponerle durante la revisión era mucho más avanzado que el actual. Llevaba tres semanas al sur de Alaska. El submarino detectado (USS Maine o USS Nevada, si los informes de inteligencia eran correctos), terminaría su patrulla, pasaría a revisión, efectuaría otra patrulla, volvería a pasar por revisión y en febrero cumpliría una patrulla más, que coincidiría con la suya después de reparaciones.

Por ende, cuando volviera se enfrentaría al mismo capitán, y éste había cometido un error. Después del reacondicionamiento, el Admiral Lunin sería más silencioso y tendría mejor sonar; Dubinin empezaba a preguntarse cuándo podría jugar contra los norteamericanos... «¿No sería divertido?», pensó. ¡Tanto tiempo había empleado para llegar allí, los maravillosos años de aprendizaje en la Flota del Norte, a las órdenes de Marko Ramius! Lástima que un oficial tan brillante hubiera muerto en un accidente. Pero el trabajo en el mar era peligroso; siempre lo había sido y siempre lo sería. Marko había sacado a su tripulación antes de echar la embarcación a pique... Dubinin meneó la cabeza. En la actualidad, quizá los norteamericanos le habrían prestado ayuda. ¿Quizá? Sin duda se la habrían prestado, tal como los soviéticos la habrían prestado a un buque norteamericano. Los cambios experimentados en su país y en el mundo hacían que Dubinin se sintiera mucho más a gusto en su trabajo. Aunque riguroso, su inquietante finalidad había cambiado. Oh, sí, los submarinos norteamericanos aún tenían sus

misiles apuntados hacia su país, tal como los soviéticos apuntaban hacia Estados Unidos, pero tal vez desaparecieran pronto. Mientras tanto él continuaría con su trabajo. Parecía irónico, que la Marina soviética estuviera a punto de ganar en competitividad (desde un punto de vista mecánico, la clase Akula era más o menos equivalente a un clase Los Angeles primitivo) justo cuando disminuía su necesidad. «¿Como en un amistoso juego de naipes, tal vez?», se preguntó. No era mala comparación...

-¿Velocidad, capitán?

Dubinin analizó la cuestión.

-Tome una trayectoria de veinte millas náuticas y una velocidad de siete nudos. De ese modo podemos mantenernos muy silenciosos y alcanzarlo, tal vez... Cada dos horas giraremos para elevar al máximo la capacidad del sonar...

«La próxima vez, Yevgeni, tendremos dos operadores de sonar más para darte apoyo», recordó Dubinin. La reducción de la fuerza submarina soviética había prescindido de muchos oficiales jóvenes, que ahora estaban recibiendo una preparación especializada. Se duplicaría el complemento de oficiales del submarino, cosa que podía mejorar, aun más que el nuevo equipo, su capacidad de persecución.

-Lo estropeamos -dijo Bunker-. Yo lo estropeé. Di malos consejos al presidente.

-No eres el único -admitió Ryan, desperezándose-Pero este escenario ¿era realista, realista de verdad?

-Resultó que todo había sido una conspiración de cierto líder soviético, muy presionado, que trataba de afianzar su poder sobre los militares; para lograrlo, había presentado las cosas como si algunos insubordinados hubieran iniciado acciones. -Poco probable, pero posible.

-Todo es posible -comentó Jack-. ¿Qué dirán ellos de nosotros, en sus juegos de guerra?

Bunker se echó a reír.

-Nada bueno, sin duda. Al final, Estados Unidos tuvo que aceptar la pérdida de su crucero Valley Forge, a cambio del submarino clase Charlie que el helicóptero del Kidd había descubierto y hundido. No se consideraba un resultado parejo; antes bien, era como perder una torre contra un caballo del contrincante. En Alemania Oriental, las fuerzas soviéticas estaban en alerta y las de la OTAN, más débiles, no estaban seguras de poder tratar con ellas. Como resultado, los soviéticos habían obtenido una concesión en el plan de retirada de tropas. Ryan se dijo que todo el escenario era rebuscado. Pero eso ocurría con frecuencia. En cualquier caso, la finalidad era practicar con una crisis improbable. Habían obrado mal, ocupando con demasiada celeridad zonas que no eran esenciales y avanzando con excesiva lentitud en las importantes, sin saber reconocerlas como tales a tiempo.

La lección, como siempre, era: «No cometer errores.» Eso era algo que cualquier alumno de primer grado sabía, desde luego, y todos cometemos errores. La diferencia entre un alumno de primer grado y un funcionario de alto rango estriba en que los errores de éste tienen mucho más peso. Eso, en sí, era toda una lección que con frecuencia quedaba sin aprender.

XIV. REVELACIÓN

-Y bien, ¿qué ha descubierto?

-Es un hombre muy interesante respondió Goodley-En la CIA ha hecho algunas cosas casi increíbles.

Sé lo del submarino y la deserción del jefe del KGB. ¿Qué más? -quiso saber Liz Elliot.

-Es bastante apreciado por la comunidad internacional de Inteligencia, como Sir Basil Charleston en Inglaterra (bueno resulta fácil comprender por qué lo quieren a él), y otro tanto

ocurre en los países de la OTAN, sobre todo en Francia. Ryan tropezó con algo que permitió a la DGSE embolsar a varios de Action Directe -explicó Goodley. Se sentía algo incómodo en el papel de informante por nombramiento.

A la asesora de Seguridad Nacional no le gustaba que la hicieran esperar, pero no quería presionar al joven erudito. Su cara esbozó una sonrisa irónica.

-¿Debo suponer que ese hombre comienza a despertar tu admiración?

-Ha hecho un buen trabajo, pero también ha cometido errores. Estuvo muy errado al calcular la caída de Alemania Oriental y la reunificación. -No había llegado a descubrir que todos habían fallado en eso. Por su parte, Goodley había calculado la fecha casi con exactitud en la Escuela Kennedy; el artículo que publicó sobre el tema en un oscuro periódico había ayudado a llamar la atención de la Casa Blanca. El becario investigador volvió a interrumpirse.

-¿Y...? -lo acicateó Elliot.

-Y hay algunos aspectos preocupantes en su vida personal. «¡Por fin!», pensó Elliot.

-¿Cuáles son?

-Ryan fue investigado por la SEC antes de ingresar en la CIA, por posible tráfico ilegal de acciones. Al parecer, una empresa fabricante de software para ordenadores estaba a punto de conseguir un contrato con la Marina. Ryan lo averiguó antes que nadie y se alzó con todo. La SEC lo descubrió, porque los mismos ejecutivos de la empresa estaban bajo investigación, y examinó los registros de Ryan. Se salvó por un detalle técnico.

-Explíquese -ordenó Liz.

-A fin de protegerse las espaldas, los funcionarios de la empresa dispusieron que se publicara algo en un periódico comercial; era sólo un pequeño artículo, apenas diez centímetros en una columna, pero bastó para demostrar que la información que habían aprovechado ellos y Ryan era técnicamente del dominio público y por lo tanto, legal. Lo más interesante fue lo que Ryan hizo con ese dinero una vez se le señaló. Lo quitó de la suma que invierte en la Bolsa, que está en manos de cuatro agentes distintos. -Goddley y se interrumpió-. ¿Sabe usted a cuánto asciende el capital de Ryan?

-No. ¿A cuánto?

-Más de quince millones de dólares. Sin duda es el tipo más rico de la CIA. Sus propiedades están algo devaluadas. Por mi parte, diría que se aproxima a los veinte millones, pero como usa el mismo método de contabilidad desde antes de ingresar en la CIA, no se lo puede criticar por eso. El método de evaluación es algo metafísico, ¿no? Los contables tienen distintas maneras de hacer las cosas. Volviendo a lo que hizo con aquel dinero llovido del cielo: lo puso en una cuenta aparte. Hace poco tiempo todo fue a parar a un fondo en fideicomiso para educación.

-¿Para sus hijos?

-No. Los beneficiarios... Permítame retroceder. Ryan utilizó parte de ese dinero para instalar un pequeño restaurante, a nombre de una viuda y sus hijos. El resto lo invirtió en acciones para educar a los hijos de la viuda.

-¿Quién es la mujer?

-Se llama Carol Zimmer. Es laosiana por nacimiento y viuda de un sargento de la Fuerza Aérea que murió en un accidente de prácticas. Ryan ha estado cuidando de la familia. Hasta pidió licencia en la oficina para asistir al nacimiento de la menor. Los visita periódicamente -concluyó Goodley.

-Comprendo. -Elliot no comprendía, pero eso era lo que correspondía decir-. ¿Alguna relación profesional?

-No lo creo. Como le dije, la señora Zimmer era laosiana. Su padre fue uno de los jefes de tribu que la CIA apoyaba contra los norvietnamitas. Todo el grupo fue aniquilado. No he averiguado cómo logró ella escapar. Se casó con un sargento de la Fuerza Aérea y vino a Estados Unidos. El murió en un accidente hace poco tiempo. En el legajo de Ryan no hay nada que muestre una vinculación previa con la familia. Es posible que existiera entre Laos y

la CIA, pero por entonces Ryan no estaba al servicio del Gobierno; aún estudiaba en la Universidad. Nada prueba que hubiera una relación anterior. De la noche a la mañana, pocos meses antes de las últimas elecciones presidenciales, establece ese fondo de fideicomiso y desde entonces los visita una vez por semana. Ah, otra cosa...

-¿Qué?

-Cotejé esa referencia con las de otro legajo. Hubo algún disturbio en el restaurante; unos punks de la zona molestaban a la familia Zimmer. El principal guardaespalda de Ryan es un oficial de la CIA llamado Clark. Fue oficial de combate y ahora trabaja en protección. El caso es que este Clark le dio una tunda a un par de chicos de esa banda y envió a uno al hospital. Leí un pequeño recorte de periódico. Clark y otro tipo de la CIA (el diario los identificaba como funcionarios federales, sin vincularlos con la Agencia) fueron supuestamente atacados por cuatro punks. Clark no se anduvo con chiquitas y el jefe de la banda acabó con una rodilla fracturada y hubo que hospitalizarlo. A otro lo dejaron inconsciente y los demás se orinaron en los pantalones. La Policía trató el asunto como disturbio provocado por una banda... bueno, por una ex banda. No se presentaron acusaciones.

-¿Qué más sabe de ese Clark?

-Lo he visto algunas veces. Un tipo corpulento, de unos cuarenta y ocho años, silencioso; en realidad parece tímido Pero se mueve... En otros tiempos tomé lecciones de karate. El instructor era un veterano de Vietnam, boina verde y todo esa. Se movía como un atleta. Pero la cosa está en sus ojos. No dejan de moverse. Lo mira a uno de soslayo y decide si uno constituye una amenaza o no... -Goodley hizo una pausa. En ese momento comprendió qué era Clark. Ben Goodley podía tener muchos defectos, pero no era tonto-. Ese tipo es peligroso.

-¿Qué? -Liz Elliot no sabía de qué le hablaba.

-Perdone. Eso lo aprendí del profesor de karate. Los tipos realmente peligrosos son los que no lo parecen. En una habitación se les pierde de vista. Mi profesor fue asaltado en una estación del Metro. Es decir, trataron de asaltarlo. Dejó a tres muchachos sangrando en el suelo. Lo habían tomado por un portero o algo así. Es afroamericano; calculo que ahora ha de tener unos cincuenta años. En realidad parece un portero o algo parecido, por el modo en que viste. No se lo ve peligroso en absoluto. Así es Clark, como mi antiguo sensei... Interesante -dijo Goodley-. Bueno, es oficial de protección especial; esa gente conoce su trabajo. Supongo que, al enterarse de que los punks molestaban a la señora Zimmer, Ryan hizo que su guardaespaldas resolviera las cosas. A la Policía del condado le pareció bien.

-¿Conclusiones?

-Ryan ha hecho cosas muy buenas, pero también se ha equivocado. En realidad, es un hombre del pasado, un tipo de la guerra fría. Ha tenido problemas con el Gobierno; por ejemplo, hace unos días, cuando ustedes no asistieron al juego CAMELOT. En su opinión no toman sus cargos con la debida seriedad; piensa que no participar en esos juegos de guerra es irresponsable.

-¿Eso dijo?

-Casi textualmente. Yo estaba en el despacho con Cabot cuando vino a protestar.

Elliot meneó la cabeza.

-Cosas de la guerra fría. Si el presidente cumple con sus funciones y si yo cumplo con las mías, no habrá ninguna crisis que solucionar. De eso se trata.

-Y por el momento, parecen estar haciéndolo bien -observó Goodley.

La asesora de Seguridad Nacional pasó por alto el comentario y echó un vistazo a sus notas.

Los muros estaban, protegidos de la intemperie con láminas de plástico. El sistema de aire acondicionado ya estaba en funcionamiento. Fromm trabajaba con las mesas de herramientas. Hablar de mesas resultaba demasiado sencillo: estaban diseñadas para soportar varias

Librodot

toneladas y tenían gatos de husillo en las sólidas patas. El alemán estaba nivelando las máquinas con la ayuda de niveles agregados a las estructuras.

-Perfecto -dijo al cabo de tres horas de trabajo. Tenía que estar perfecto y lo estaba. Bajo cada mesa había un metro de cemento reforzado. Una vez niveladas, las patas se atornillaban, de modo que cada una estuviera firmemente sujeta al suelo.

-¿Es necesario que las herramientas estén tan rígidas? -preguntó Ghosn.

Fromm sacudió la cabeza.

Por el contrario. Las herramientas flotan en un colchón de aire.

-¡Pero usted dijo que pesaban más de una tonelada cada una! -objetó Qati.

Hacerlas flotar en un colchón de aire es muy fácil; todos hemos visto fotografías de vehículos levitantes que pesan cien toneladas. Es necesario que floten para amortiguar las vibraciones de la tierra.

-¿Qué tolerancia buscamos? -preguntó Ghosn.

-Más o menos la que se requiere para un telescopio astronómico -explicó el alemán.

Pero las bombas originales...

-Las bombas que los norteamericanos usaron en Hiroshima y Nagasaki -le interrumpió Fromm- eran absolutamente toscas. Malgastaban casi toda la masa de reacción, sobre todo la de Hiroshima. Ahora no se fabricaría un arma tan tosca, así como no se diseñaría una bomba con espoleta a pólvora, ¿no?

»De cualquier modo, no podemos utilizar un diseño tan poco económico -prosiguió Fromm-. Fabricadas las primeras bombas, los ingenieros norteamericanos tuvieron que enfrentarse al problema de que disponían de cantidades limitadas de material fisionable. Esos pocos kilos de plutom, constituyen el material más caro del mundo. La planta necesaria para fabricarlo cuesta miles de millones de dólares; después viene el costo adicional de la separación: otra planta mil millones más. Sólo Estados Unidos tenía el dinero necesario para el proyecto inicial. Todo el mundo sabía lo de la fisión nuclear. No era ningún secreto, porque en física no hay secretos. Pero sólo Estados Unidos tenía dinero y recursos para hacer el intento. Y los científicos -agregó Fromm-. ¡Qué científicos tenían! Por eso las tres primeras bombas fueron diseñadas para utilizar todo el material disponible. Y como el criterio principal era la fiabilidad, se las hizo toscas pero efectivas. Y se requirió el avión más grande del mundo para llevarlas

»Una vez ganada la guerra, el diseño de bombas se convirtió en algo serio y dejó de ser un frenético proyecto de guerra. El reactor de plutonio que hay en Hanford producía por entonces apenas unas decenas de kilos por año; los norteamericanos tuvieron que aprender a sacar partido del material. La bomba «Mark12» fue uno de los primeros diseños verdaderamente avanzados y los israelíes lo mejoraron un poco. Esa bomba proporciona un rendimiento cinco veces mayor que la de Hiroshima con cinco veces menos de masa de reacción; eso significa que la efectividad mejoró veinticinco veces, ja? Y nosotros podemos mejorarlo casi al mil por ciento.

»Ahora bien, un equipo de verdaderos expertos, con las instalaciones adecuadas, podría multiplicarlo tal vez por... cuatro. Las cabezas nucleares modernas están llenas de elegancia, de fascinación...

-¿Dos megatones? -preguntó Ghosn-. ¿Sería posible?

-Aquí no podemos hacerlo -dijo Fromm con tono apenado-. La información disponible es insuficiente. La parte física no ofrece problemas, pero hay dificultades de ingeniería y no hay textos que nos ayuden en el proceso de diseño. Recordad que aun en la actualidad se llevan a cabo pruebas con las cabezas nucleares para hacerlas más pequeñas y eficientes. Es preciso experimentar en este campo como en cualquier otro, pero nosotros no podemos experimentar. Tampoco tenemos tiempo ni dinero suficiente para preparar técnicos capaces de ejecutar el diseño. Yo podría idear un diseño teórico para lograr un artefacto de un megatón o más, pero en verdad sólo tendría un cincuenta por ciento de probabilidades de éxito. Tal vez algo más, pero no sería práctico llevarlo a cabo sin un debido programa experimental.

-¿Qué puede hacer? -preguntó Qati.

-Puedo convertir esto en un arma que tenga un rendimiento nominal de entre cuatrocientos y quinientos kilotones. Tendría un tamaño aproximado de un metro cúbico y pesaría más o menos quinientos kilos. -Fromm hizo una pausa para interpretar sus expresiones-. No será un artefacto elegante; tendrá demasiado peso y bulto. Pero será bastante poderoso.

Su diseño sería mucho más inteligente que cuanto habían hecho los técnicos norteamericanos o rusos en los quince primeros años de la era nuclear. Y eso, en opinión de Fromm, no estaba nada mal.

-¿Contenedor explosivo? -preguntó Ghosn.

-Sí. -Fromm se dijo que aquel joven árabe era muy sagaz-. Las primeras bombas utilizaban grandes receptáculos de acero. En el nuestro usará explosivos, abultados pero livianos e igualmente efectivos. En el momento de la ignición verteremos tritio en el centro. Como en el diseño israelí original, eso generará grandes cantidades de neutrones que aumentarán la reacción, que, a su vez, disparará otros neutrones hacia otra provisión de tritio, causando en ese caso una reacción de fusión. La energía calculada es, aproximadamente, de cincuenta kilotones para la primaria y de cuatrocientos para la secundaria.

-¿Cuánto tritio?

Aunque la sustancia no era difícil de obtener en pequeñas cantidades (la utilizaban los relojeros y los fabricantes de miras telescópicas, pero sólo en cantidades microscópicas), Ghosn sabía que era casi imposible conseguir cantidades superiores a los diez miligramos. Pese a lo que Fromm había dicho, el plutonio no era el material disponible más caro del planeta, sino el tritio. El tritio se conseguía, pero el plutonio no.

-Tengo cincuenta gramos -anunció Fromm, muy satisfecho de sí-. Mucho más de lo que vamos a necesitar.

-¡Cincuenta gramos! -exclamó Ghosn-. ¿Cincuenta?

-Nuestro complejo de reactores estaba fabricando material nuclear especial para nuestro propio provecto de bombas. Cuando cayó el Gobierno socialista se decidió entregar el plutonio a los soviéticos, por lealtad con la causa socialista mundial. Pero los soviéticos no interpretaron las cosas de ese modo. Su reacción... -Fromm hizo una pausa. Dijeron que era... bueno, lo dejaré librado a la imaginación de cada uno... Y decidieron ocultar nuestra producción de tritio. Como sabéis, tiene un alto valor comercial. Se podría decir que es nuestra póliza de seguro.

-¿Dónde está?

-En el sótano de mi casa, escondido en unas baterías de níquelhidrógeno.

A Qati aquello no le gustó nada. El jefe árabe no estaba bien de salud; el alemán se dio cuenta y eso no lo ayudó a disimular sus sentimientos.

Necesito volver a Alemania, de cualquier modo, para traer las herramientas.

¿Usted las tiene?

-A cinco kilómetros de mi casa está el Instituto Astrofísico Karl Marx. Se suponía que allí fabricábamos telescopios astronómicos, manuales y de rayos equis. Por desgracia, nunca se abrió. Qué fachada desperdiciamos, ¿eh? En el taller, en cajones rotulados «Instrumentos astrofísicos», hay seis máquinas de cinco ejes de alta precisión, de la mejor clase -observó Fromm con una sonrisa lupina. Cincinnati Milacron, de Estados Unidos. Justamente lo que usan los norteamericanos en las plantas de Oak Ridge, Rocky Flats y Pantex.

-¿Y los operadores? -preguntó Ghosn.

-Nosotros estábamos preparando a veinte, dieciséis hombres y cuatro mujeres, todos con diploma universitario. No, eso sería demasiado peligroso e innecesario. Las propias máquinas enseñan a quienes las usan. Podríamos hacer todo nosotros mismos, pero tardaríamos demasiado. Cualquier óptico capacitado y hasta un maestro armero puede manejarlas. Lo que hace veinte años estaba reservado a ganadores del Premio Nobel es ahora trabajo de un operador competente -dijo Fromm-. Así es el progreso, ja?

Librodot

Podría ser que sí, pero también que no -dijo Yevgeni. Llevaba veinticuatro horas de trabajo ininterrumpido y sólo seis horas de sueño inquieto separaban ese período de otro aún más largo.

Para descubrir aquello, si en verdad de eso se trataba, había hecho falta toda la habilidad de Dubinin. Calculó que el submarino norteamericano había ido hacia el sur y que su velocidad de crucero rondaba los cinco nudos. Siguieron los análisis ambientales. Tenía que mantenerse cerca, a un alcance de rumbo directo, sin permitirse entrar en una zona de convergencia de sonar. Las zonas de convergencia eran formas anillares alrededor de un navío. El sonido que descendía desde un punto situado dentro de la zona era refractado por la temperatura y la presión del agua; de ese modo iba hacia la superficie y volvía, en una trayectoria helicoidal a intervalos semirregulares que, a su vez, dependían de las condiciones ambientales. Al mantenerse fuera de ellas, en relación con el sitio donde debía de estar su objetivo, él podía evadir un medio de detección. Para eso debía permanecer en distancia teórica de rumbo directo, la zona en la que el sonido viajaba simplemente en sentido radial desde su fuente. Para cumplirlo sin ser detectado tenía que mantenerse en el lado superior de la capa termoclina (suponía que el norteamericano se mantendría por debajo de ella), pero permitiendo que su sonar de remolque pendiera por debajo. De ese modo sus propios ruidos serían probablemente desviados del submarino norteamericano.

El problema táctico de Dubinin radicaba en sus desventajas. El submarino norteamericano era más silencioso que el suyo; y poseía mejores sonares y operadores de radar más eficientes. El teniente Yevgeni Nikolaievich Rykov era un joven brillante, pero no había a bordo otro experto en sonares que pudiera compararse con sus colegas norteamericanos, y el muchacho se estaba agotando. La única ventaja del capitán Dubinin residía en él mismo. Era un buen táctico y lo sabía. Su colega americano no lo era y no lo sabía. Existía una última desventaja: al mantenerse por encima de la capa, facilitaba su detección a las patrullas aéreas norteamericana. Pero Dubinin estaba dispuesto a correr el riesgo. Lo que tenía ante sí era una presa que ningún comandante ruso había alcanzado.

Tanto el capitán como el teniente contemplaban una imagen de «catarata»: no era una pulsación de luz, sino una línea vertical descoyuntada, apenas visible y no tan luminosa como habría debido; el Ohio norteamericano era más silencioso que el ruido de fondo del océano. Ambos se preguntaron si acaso las condiciones ambientales no estarían mostrándoles la sombra acústica de ese sofisticadísimo submarino. Dubinin consideró probable que la fatiga estuviera jugando a las alucinaciones con ambas mentes.

-Necesitamos una señal -dijo Rykov, alargando la mano hacia su té-. Una herramienta que caiga, una escotilla golpeada... un error, un error...

«Podría hacerlo sonar... podría hundirme por debajo de la capa y alcanzarlo con una descarga de energía sonar activa para averiguar... ¡No!» Dubinin volvió la espalda a la pantalla, casi maldiciéndose. «Paciencia, Valentin. Ellos son pacientes y nosotros debemos serlo.»

-Parece cansado, Yevgeni Nikolaievich.

Descansaré en Petropavlovsk, capitán. Allí dormiré una semana entera y estaré con mi esposa... Bueno, no creo que pase toda esa semana durmiendo -reconoció, con una sonrisa. El resplandor amarillo de la pantalla le iluminaba la cara-. ¡Pero no voy a dejar pasar una oportunidad como ésta!

-No habrá señales accidentales.

-Lo sé, capitán. Esas malditas tripulaciones americanas... ¡Sé que es un Ohio! ¿Qué otra cosa podría ser?

-Imaginación, Yevegni, imaginación y un deseo muy grande de nuestra parte.

El teniente Rykov se volvió.

-¡No creo que mi capitán se engañe así!

-No creo que mi teniente se equivoque.

«¡Menudo juego éste! Nave contra nave, mente contra mente. Ajedrez en tres dimensiones, jugado en un ambiente físico en cambio constante.» Y los norteamericanos eran maestros del juego. Dubinin lo sabía. Mejor equipo, mejores tripulantes, mejor entrenamiento. Los norteamericanos lo sabían, por supuesto, y dos generaciones de ventaja habían generado arrogancia en vez de innovaciones. No en todos, pero sí en algunos. Un comandante astuto no estaría actuando así con ese submarino Ohio. «Si yo tuviera uno de ésos, nadie en el mundo podría hallarme.»

-Sólo nos quedan doce horas. Entonces tendremos que perder contacto para volver a casa.

-Lástima -comentó Rykov, aunque pensaba lo contrario. Seis semanas en el mar le parecían más que suficiente.

-Profundidad dieciocho metros, uno ocho -dijo el oficial de cubierta.

-Voy a profundidad dieciocho metros, -asintió el oficial de inmersión-. Diez grados por encima de los planos del núcleo.

Se acababa de iniciar la práctica de disparo de misiles, acontecimiento habitual, destinado tanto a garantizar la competencia de la tripulación como a habituarla a la misión primaria de combate: el lanzamiento de veinticuatro misiles «UGM93» «TridentII D5», cada uno con diez vehículos de reingreso «Mark 5», con un rendimiento nominal de cuatrocientos kilotones. Un total de doscientas cuarenta cabezas nucleares, con un rendimiento neto total de noventa y seis megatones. Pero había algo más, puesto que las armas nucleares dependen de la lógica entrecruzada de varias leyes físicas. Las armas pequeñas proporcionan un rendimiento más eficaz que las grandes. Lo más importante era que el «Mark 5 RV» había demostrado una exactitud aproximada de cincuenta metros; esto significaba que, tras un vuelo de más de cuatro mil millas náuticas, la mitad de las cabezas caerían a cincuenta metros de sus blancos y casi todas las otras, a menos de noventa metros. La distancia de «error» era mucho más pequeña que el cráter correspondiente a una cabeza similar; el misil «D5» era el primer proyectil balístico de lanzamiento marítimo de esa capacidad. Estaba diseñado para un primer ataque desarmante. Dado el blanco normal de dos a uno, el Maine podía eliminar a ciento veinte misiles soviéticos y/o refugios subterráneos de control de misiles: aproximadamente el diez por ciento de la fuerza soviética de ICBM actual, que estaba destinada a misiones de contraataque.

En el centro de control de misiles (CCM), tras la cavernosa sala de misiles, un suboficial encendió su tablero. Los veinticuatro pájaros estaban en línea. El equipo de navegación de a bordo suministraba datos a cada sistema de guía de misiles. Se actualizaba cada pocos minutos gracias a la información proporcionada por los satélites de navegación. Para dar en el blanco, el misil necesitaba saber, no sólo dónde estaba el objetivo, sino también desde dónde partía el misil. El sistema de posicionamiento global NAVASTAR se encargaba de eso con un margen de error inferior a los cinco metros. El suboficial observó las luces de situación, que cambiaban a medida que los misiles, interrogados por sus computadoras, informaban que estaban listos.

La presión del agua contra el casco disminuía a razón de 2,2 toneladas por pie cuadrado cada treinta metros de ascenso hacia la superficie. Al disminuir la presión, el casco del Maine se dilató y produjo una diminuta cantidad de ruido.

Era sólo un gruñido, apenas audible hasta para los sistemas de sonar y seductoramente similar al reclamo de una ballena. Rykov estaba tan ebrio de fatiga que, si se hubiera producido unos minutos después, le habría pasado inadvertido. Pero aunque se estaba dejando ganar por sus ensueños, su mente conservaba la suficiente agudeza como para reconocer el sonido.

-Capitán... ruido de casco... ¡aquí! -Su dedo se plantó en la pantalla, justo en el fondo de la sombra que él y Dubinin estaban examinando-. Empieza a ascender.

Dubinin corrió a la sala de mandos.

Librodot

-Preparados para cambiar de profundidad.

Se puso unos auriculares que lo comunicaban con el teniente Rykov.

-Yevgeni Nikolaievich, hay que actuar bien y de prisa. Descenderé por debajo de la capa justo cuando el norteamericano pase por encima de ella.

No, capitán, puede esperar. Su sonar de arrastre penderá por un instante, igual que el nuestro.

-¡Maldita sea! -Dubinin estuvo a punto de soltar una carcajada-. Perdone, teniente. Una botella de Starka por eso. -Era el mejor vodka ruso.

-Mi esposa y yo beberemos a su salud... Estoy obteniendo una lectura de ángulo... Objetivo estimado cinco grados de depresión de nuestro sonar de arrastre... Si puedo sujetarlo, capitán, en el momento en que lo perdamos por la capa...

-¡Sí, un rápido cálculo de alcance!

Sería tosco, pero de algo serviría. Dubinin dio rápidas órdenes a su oficial de rastreo.

-Dos grados... los ruidos de casco han desaparecido... Es muy difícil retener esto, pero ahora oculta mejor los ruidos de fondo... ¡Se ha ido! ¡Ya ha cruzado la capa!

-Uno, dos, tres... -contó Dubinin. El norteamericano debía de estar haciendo una práctica de misiles o emergiendo para recibir comunicaciones. En cualquier caso, había ascendido hasta los veinte metros de profundidad y su sonar de arrastre... quinientos metros de largo... velocidad cinco nudos y... ¡Ahora! Timón, abajo cinco grados por proa. Descendemos por debajo de la capa. Starpom, tome nota de la temperatura exterior del agua. Con suavidad, timonel, con suavidad...

El Admiral Lunin hundió la proa y se deslizó bajo el borde ondulante que marcaba la diferencia entre el agua superficial, relativamente caliente, y el agua profunda, más fría.

-¿Alcance? -preguntó Dubinin al oficial de rastreo.

-Estimado entre cinco y nueve mil metros, capitán. Es lo mejor que puedo hacer con los datos.

-¡Bien, Kolia! Estupendo.

-Ya estamos por debajo de la capa. La temperatura del agua ha descendido cinco grados -anunció el Starpom. -Proa a cero, nivelar.

-Proa a cero, capitán... Angulo cero en la nave.

Si hubiera tenido lugar suficiente, Dubinin habría saltado de júbilo. Acababa de lograr lo que ningún otro comandante soviético (y, si su información de Inteligencia era correcta, tan sólo un puñado de norteamericanos) había conseguido. Acababa de establecer contacto y de rastrear a un submarino norteamericano clase Ohio. En una situación de guerra, habría podido disparar señales con su sonar activo y lanzar torpedos. Después de acechar a la presa más huidiza del mundo, estaba lo bastante cerca para efectuar un disparo mortal. Le escocía la piel por el entusiasmo del momento. Nada del mundo podía ser igual a esa sensación. Nada.

-*Ryl nepravo* -dijo luego-. Timón a la derecha, nuevo curso 300. Aumente la velocidad lentamente a diez nudos.

-Pero, capitán... -dijo Starpom, el primer oficial.

-Abandonamos contacto. El continuará con su práctica por treinta minutos, por lo menos. Es improbable que podamos escapar a su detección cuando concluya. Es mejor que nos vayamos ahora. No conviene dejarle saber lo que hemos hecho. Volveremos a encontrarnos con él. En todo caso, nuestra misión está cumplida. Lo hemos rastreado y nos acercamos lo suficiente como para lanzar un ataque. En Petropavlovsk, señores, la bebida será por cuenta del capitán. Ahora despejemos la zona en silencio, para que él no sepa que hemos estado aquí.

El capitán Robert Jefferson Jackson lamentaba no ser más joven, no tener el cabello completamente negro, no ser nuevamente un joven salido de Pensacola, listo para dar el primer salto en uno de aquellos imponentes aviones de combate que parecían grandes aves de presa en la Oceana Naval Air Station. El hecho de que los veinticuatro «Tomcat F14D» de la

Librodot

zona inmediata fueran suyos no lo satisfacía tanto como el tener uno solo a su total disposición. Como comandante de grupo aéreo, «poseía» dos escuadrones de «Tomcat», otros dos de «Hornet FA18», uno de «Intruder A6E» para ataque medio, otro de cazasubmarinos «S3» y, por fin, los menos atractivos: los Prowlers electrónicos y los helicópteros de rescate «ASAN». Un total de setenta y ocho pájaros, por un valor de... ¿cuánto? ¿Mil millones de dólares? Mucho más, teniendo en cuenta el costo de reposición. Además, tres mil hombres que los pilotaban y atendían (a los que no era posible ponerles precio, desde luego). Y él era responsable de todo eso. Resultaba mucho más divertido ser piloto de combate y dejar las preocupaciones para la plana mayor. Pero la plana mayor era él, Robby Jackson, un tipo de quien los muchachos no hablaban precisamente con afecto. No les agradaba que él los citara a su despacho, porque era como ser citado por el director de la escuela. No les gustaba mucho volar con él, porque: a) era demasiado viejo para destacarse en eso (eso creían ellos), y b) les señalaba todos los errores que en su opinión cometían (los pilotos de combate rara vez admiten sus errores, salvo entre ellos).

Había cierta ironía en el caso. Su puesto anterior había sido en el Pentágono, donde manejaba papeles. Había rezado para verse libre de un trabajo en el que lo más excitante del día era buscar un buen sitio para aparcar. Después le dieron el mando de aquella escuadrilla... donde se vio cubierto de más basura burocrática que nunca en su vida. Pero al menos podía volar un par de veces por semana. Aquel día iba a hacerlo. El suboficial en jefe le dedicó una sonrisa al ver que se dirigía hacia la puerta.

-Cuide la casa, suboficial.

-Sí, capitán. Aquí la encontrará cuando regrese. Jackson se detuvo en seco.

-Si consigue a alguien que robe todos esos papeles, mejor. -Haré lo que pueda, señor.

Un automóvil oficial lo llevó a la pista de vuelo. Jackson ya tenía puesto su Nomex de piloto; olía raro y su color oliváceo estaba desteñido por numerosos lavados, además de raído en los codos y las posaderas por tantos años de uso. Habría podido pedir uno nuevo, pero los pilotos son personas supersticiosas; Robby y su traje de piloto habían pasado juntos por muchos avatares.

-¡Hola, capitán! -exclamó uno de sus comandantes.

El comandante Bud Sánchez era más bajo que Jackson. Su piel cetrina y su bigote a lo Bismarck acentuaban el brillo de los ojos y una sonrisa que parecía publicidad de dentífrico. Sánchez, oficial comandante de «VF1», era quien pilotaría hoy la escuadrilla de Jackson. Habían volado juntos cuando Jackson mandaba la «VF41» al partir del aeropuerto Kennedy.

-Tu avión está preparado. ¿Listo para algunos puntapiés?

-¿Quién es hoy el enemigo?

-Algunos burros salidos de Cherry Pint en «18Deltas». Tenemos un «Hummer» ya en órbita a ciento cincuenta kilómetros y el ejercicio es Patrulla Aérea de Combate contra dos intrusos a bajo nivel.

La misión consistía en impedir que los aviones enemigos cruzaran determinada línea.

-¿Listo para un fuerte ACM? Esos marinos sonaban algo arrogantes por teléfono.

-Todavía no ha nacido el marino que pueda vencerme -dijo Robby, mientras cogía su casco del perchero. Tenía su señal de llamada: «Espada.»

-Eh, vosotros, los de Rio -llamó Sánchez-, a ver si se sueltan las manitas y ponen esto en marcha.

-Vamos, Bud.

Michael Alexander, «Lobo», salió seguido de Henry Walters, «Trilladora», oficial de intercepción de radar de Jackson. Ambos eran tenientes y tenían menos de treinta años. En los vestuarios los hombres se conocían por las señales de llamada antes que por su rango. Robby amaba esa camaradería militar tanto como amaba a su país.

Fuera, los capitanes de avión (suboficiales) responsables de mantener el aparato acompañaron a los oficiales a sus respectivos aviones y los ayudaron a subir. (En la zona peligrosa de una cubierta de portaaviones, los pilotos son conducidos literalmente de la mano

Librodot

por reclutas, para que no se pierdan ni se lastimen.) El avión de Jackson tenía un doble cero identificatorio en el morro. Bajo la cabina se leía «CAP. R. J. Jackson ESPADA». Abajo tenía una bandera con la representación de un «Mig29» que un iraquí había pilotado erróneamente cerca del «Tomcat» de Jackson, poco tiempo atrás. No era gran cosa (el piloto iraquí había olvidado, por una vez, controlar su «seis» y lo pagó muy caro), pero una presa era una presa. Y para las presas vivían los pilotos de combate.

Cinco minutos después, los cuatro tenían puestos los cinturones de seguridad y los motores estaban en marcha.

-¿Cómo estás hoy, Trilladora? -preguntó Jackson por el intercomunicador.

-Listo para acabar con algunos marinos, capitán. Aquí atrás se está muy bien. ¿Volará hoy esta cosa?

-Es hora de averiguarlo. -Jackson encendió la radio-. Bud, aquí Espada. Preparado.

-Entendido, Espada. Usted dirige.

Ambos pilotos miraron a su alrededor y, al recibir la señal afirmativa de sus capitanes de avión, volvieron la vista al frente.
-Espada dirige. -Jackson quitó los frenos-. Carreteando.

-Hola, mein Schatz -saludó Manfred Fromm a su esposa. Traudl se adelantó presurosa para abrazarlo.

-¿Dónde has estado? Estaba preocupada.

-No puedo decirlo -replicó Fromm con un destello de complicidad en los ojos. Y tarareó algunos compases de No llores por mí, Argentina, de Lloyd Webber.

-Oh, Manfred estaba segura de que al final aceptarías. -Traudl le sonrió con toda la cara.

-No debes hablar de esto. -Para confirmar sus esperanzas, le entregó cinco fajos de diez mil marcos alemanes cada uno. «Eso mantendrá a la mercenaria callada y contenta», pensó-. Sólo me quedaré por esta noche. Tengo algo que hacer y, desde luego...

-Desde luego, Manfred. -Ella volvió a abrazarlo, con el dinero en las manos.

Los arreglos habían sido absurdamente fáciles. Un barco con destino a Latakia, Siria, partiría de Rotterdam dentro de setenta horas. El y Bock contrataron a una empresa de transportes comerciales para que acondicionara las maquinarias en un pequeño contenedor, que sería descargado en un muelle sirio seis días después. Habría sido más rápido enviarlas por vía aérea o hasta por tren, a un puerto griego o italiano, desde donde el traslado por mar sería más fácil. Pero Rotterdam era el puerto más trajinado del mundo y la tarea principal de sus agotados funcionarios de aduana era buscar alijos de drogas.

Los perros podrían olfatear ese contenedor hasta quedar satisfechos.

Fromm dejó que su esposa fuera a la cocina para preparar café. Eso la entretendría unos minutos. Fue al sótano. En el rincón, lo más lejos de la caldera, había un ordenado montón de leña sobre el que descansaban cuatro cajas de metal negro. Cada una pesaba casi diez kilos. Fromm las trasladó de a una (en el segundo viaje se puso unos guantes para protegerse las manos) y las depositó en el maletero del «BMW» que había alquilado. Cuando el café estuvo preparado, él ya había completado su tarea.

-Estás muy bronceado -observó Traudl, que venía con la bandeja desde la cocina. Mentalmente ya había gastado más o menos la cuarta parte del dinero. Conque su Manfred había visto la luz, tal como ella esperaba. Mejor así. Esa noche se mostraría más amable que nunca con él.

-¿Günther?

A Bock no le gustaba dejar a Fromm librado a sus propia suerte, pero también tenía una tarea que realizar. Y ésta constituía un riesgo mucho mayor. Era, se dijo, un concepto operativo de alto riesgo, aun cuando los verdaderos peligros estuvieran aún en etapa de planificación.

Erwin Keitel vivía en una pensión no precisamente confortable. Esto se debía a dos motivos. Primero, había sido teniente coronel de la Stasi de Alemania Oriental, brazo de Inteligencia y contraespionaje de la difunta República Democrática alemana; segundo, había

Librodot

disfrutado de su trabajo durante treinta y dos años. Mientras la mayoría de sus ex colegas reconocían los cambios experimentados por el país y anteponían la identidad alemana a cualquier ideología que hubieran sustentado (además de contar todo lo que sabían a la *Bundesnachri tendienst*), Keitel había decidido no trabajar para los capitalistas. Eso lo convirtió en uno de los «desempleados políticos» de la Alemania unificada. Aquella pensión se la pagaban por conveniencia. A su modo, el nuevo Gobierno alemán respetaba las obligaciones preexistentes. Lo que Alemania era en la actualidad dependía de luchas diarias con hechos que no resultaba posible reconciliar. Costaba menos pagar una pensión a Keitel que dejarlo oficialmente desocupado, pues esto parecía más degradante que la pensión... a ojos del Gobierno. Keitel no lo veía así. En un mundo más lógico, lo habrían ejecutado o exiliado. Adónde, Keitel no lo sabía. Había considerado la posibilidad de pasarse a los rusos (tenía buenos contactos en el KGB), pero pronto la desechó. Los soviéticos se habían lavado las manos con respecto a la RDA, cuya alianza con el socialismo mundial (o lo que defendieran ahora los rusos, cosa sobre la que él no tenía noción alguna) había pesado menos que la alianza con su nuevo país. Keitel y Bock se sentaron en un rincón de una tranquila Gasthaus de lo que antes fuera Berlín Oriental.

-Esto es muy peligroso, amigo mío.

-Lo sé perfectamente, Erwin, -Bock pidió dos jarras de cerveza. El servicio era más rápido que años atrás, pero ambos lo ignoraron.

No sabes cuánto lamento lo que hicieron a Petra -dijo Keitel, cuando la camarera se alejó.

-¿Sabes exactamente qué pasó? -preguntó Bock con tono sereno e inexpresivo.

El detective encargado del caso la visitó en la cárcel -dijo el coronel retirado-; lo hacía con frecuencia, pero no para interrogarla. Se empeñaron en llevarla a un extremo insoportable. Debes entender, Günther, que el valor tiene un límite, tanto en el hombre como en la mujer. No fue debilidad de su parte. Cualquiera puede derrumbarse. Era cuestión de tiempo, nada más la vieron morir -dijo el coronel retirado.

-¿Qué? -La cara de Bock no se alteró, pero los nudillos se le pusieron blancos en el asa de la jarra.

-Había una cámara oculta en su celda. Tienen el suicidio filmado en vídeo. La estaban observando y no hicieron nada para impedir que se matara.

Bock no dijo nada; el salón en penumbras ocultaba su palidez. Fue como si sobre él se abatiera la ráfaga de una caldera, seguida por un viento polar. Cerró los ojos por un instante para recuperar el dominio de sí. Petra no habría querido que él se dejara gobernar por las emociones en un momento así. Abrió los ojos.

-¿Eso es seguro?

-Conozco el nombre del detective. Conozco su dirección. Aún me quedan amigos -afirmó Keitel.

-Sí, Erwin, no lo dudo. Necesito tu ayuda para hacer algo.

-Lo que quieras.

-Sabes, desde luego, cómo llegamos a esto.

-Depende de lo que quieras decir -reflexionó Keitel-. El pueblo me desilusionó por el modo en que se dejó seducir, pero el vulgo carece siempre de la disciplina necesaria para saber lo que le conviene. La verdadera causa de nuestra desgracia nacional...

-Justamente: los norteamericanos y los rusos.

-Mein Lieber Günther, ni siquiera una Alemania unificada puede...

-Sí que puede. Si queremos rehacer el mundo a nuestra imagen y semejanza, Erwin, nuestros dos opresores deben ser heridos de muerte.

-Pero ¿cómo?

-Hay un modo. ¿Puedes creerme?

Keitel se acabó su cerveza y se reclinó. Había colaborado en el entrenamiento de Bock. Tenía cincuenta y seis años, demasiados para cambiar sus ideas sobre el mundo, y aún sabía juzgar el carácter ajeno. Bock era de los suyos. Günther había sido un agente clandestino

Librodot

meticuloso, implacable y muy efectivo.

-¿Algo sobre nuestro amigo, el detective?

Bock meneó la cabeza.

-Por mucha satisfacción que eso pudiera darme, no es momento para venganzas personales. Tenemos un movimiento y un país que salvar. -«Más de uno, en realidad», pensó Bock. Pero se abstuvo de mencionarlo. Lo que estaba tomando forma en su mente era un gran golpe, una maniobra deslumbrante que tal vez (era demasiado honrado, intelectualmente, para darlo por seguro siquiera para sus adentros) sacudiera al mundo. ¿Quién podía decir qué ocurriría después de eso? No importaría en absoluto, si él y sus amigos no podían dar el primer paso audaz.

-¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Quince años, veinte?

-Keitel sonrió-. Aber natürlich. Por supuesto que puedo confiar en ti.

-¿En cuántos más podemos confiar?

-¿Cuántos necesitamos?

-Necesitaremos un total de diez.

La cara de Keitel palideció. «¿Ocho hombres de entera confianza?»

-Demasiados para que sea seguro, Günther. ¿Qué clase de hombres?

Bock se lo dijo.

-Sé dónde buscar. Lo conseguiremos... hombres de mi edad... y algunos más jóvenes, de la tuya. Los conocimientos físicos que pides no son difícil de conseguir, pero no olvides que mucho de todo esto escapa a nuestro control.

-Según dicen algunos amigos míos, eso está en manos de Dios -comentó Günther con una sonrisa despectiva.

-Bárbaros -resopló Keitel-. Nunca me han gustado.

-Ja, doch, ni siquiera te permiten beber cerveza. -Bock sonrió-. Pero son fuertes, Erwin; son decididos y fieles a la causa.

-¿A la causa de quién?

-A la que ambos compartimos en este momento. ¿Cuánto tiempo necesitas?

-Dos semanas. Puedes comunicarte conmigo...

-No. -Bock sacudió la cabeza-. Demasiado peligroso. ¿Puedes viajar, o te vigilan?

-¿Vigilarme? Todos mis subordinados cambiaron de bando y la BND sabe que el KGB no quiere saber nada de mí. ¿A qué malgastar dinero haciéndome vigilar? Me han castrado, ¿no te das cuenta?

-Menudo castrado estás hecho... -Bock le entregó un poco de efectivo-. Nos reuniremos en Chipre, dentro de dos semanas. Cuida de que no te sigan.

-No te preocupes. No he olvidado esas cosas, amigo.

Fromm despertó al amanecer. Se vistió sin prisa, tratando de no despertar a Traudl. Ella se había esmerado más como esposa en las últimas doce horas que en los doce meses anteriores. La conciencia decía a Fromm que el semifracaso matrimonial no había sido del todo culpa de ella. Lo sorprendió encontrarse con un desayuno servido en la cocina.

-¿Cuándo volverás?

-No estoy seguro. Probablemente tarde unos meses.

-¿Tanto?

-Mein Schatz, si estoy allí es porque ellos necesitan de mis conocimientos y me pagan bien. -Apuntó mentalmente la necesidad de que Qati volviera a enviarle fondos. Mientras ella recibiera dinero, no se pondría nerviosa.

-¿Puedo acompañarte? -preguntó Traudl, mostrando un verdadero afecto por su marido.

-No es sitio para una mujer. -Era verdad, lo bastante como para que la conciencia de Manfred se aliviara un poco. Acabó su café-. Tengo que irme.

-Vuelve pronto.

Manfred besó a su esposa y salió. El «BMW» no parecía afectado por los cincuenta kilos que llevaba en el maletero. Saludó a Traudl con la mano por última vez antes de arrancar.

Librodot

Luego echó un último vistazo a la casa por el retrovisor, pensando que tal vez no volviera a verla.

Su siguiente parada fue en el Instituto Astrofísico Karl Marx. Los edificios, de una sola planta, ya empezaban a mostrar abandono; le sorprendió que los gamberros no hubieran roto las ventanas. El camión ya estaba allí. Fromm usó sus llaves para entrar en el taller. Las máquinas seguían allí, en sus cajones herméticamente sellados, con el rótulo de «Instrumentos de astrofísica». Era sólo cuestión de firmar algunos formularios. El camionero, que sabía operar la grúa, puso los cajones en el contenedor. Fromm sacó las baterías de su coche y las puso en una caja pequeña, que fue cargada la última. El conductor tardó media hora en asegurar todo con cadenas. Luego partió. Se reuniría con «Herr Professor Fromm» en las afueras de Rotterdam.

En Greifswald, Fromm se reunió con Bock y viajaron hacia el Oeste en el coche de éste.

-¿Qué tal por tu casa?

-Traudl quedó muy satisfecha con el dinero -informó Fromm.

-Le enviaremos más, a intervalos regulares. Cada dos semanas.

-Bien. Iba a preguntarle eso a Qati.

-Nosotros cuidamos de nuestros amigos -comentó Bock, mientras pasaban por un ex cruce de frontera, convertido ahora en una plaza.

¿Cuánto llevará el proceso de fabricación?

-Tres meses..., tal vez cuatro. Podríamos tardar menos -agregó Fromm como disculpándose-, pero recuerda que nunca he hecho esto de verdad; sólo en simulaciones. En todo caso, quedará terminado hacia mediados de enero, Entonces podréis usarla.

Fromm se preguntaba, desde luego, qué proyectos tenían Bock y los otros para la bomba. Pero eso no era asunto suyo. *Doch*.

XV. DESARROLLO

Ghosn sólo atinó a menear la cabeza. Objetivamente, sabía que eso era consecuencia de los arrolladores cambios políticos de Europa, la eliminación de fronteras para la unificación económica, el colapso del Pacto de Varsovia y la precipitada carrera para incorporarse a la nueva familia europea. Aun así, lo más difícil del transporte de aquellas cinco máquinas de Alemania a su valle había sido hallar un camión adecuado en Latakia. Llegar costó bastante, pues hasta su taller habían sido incomprensiblemente olvidado por todos..., incluido el alemán, pensó Ghosn con cierta satisfacción. Fromm observaba con atención a un grupo de hombres que trajinaban para trasladar la última máquina hasta su mesa. Por arrogante que fuera, Fromm era un experto. Hasta las mesas habían sido construidas con las dimensiones exactas, dejando diez centímetros de espacio alrededor de cada aparato, a fin de que uno pudiera apoyar una libreta. Los generadores y los estabilizadores de corriente estaban probados y en su sitio. Era sólo cuestión de acomodar las máquinas y calibrarlas bien, cosa que llevaría una semana.

Bock y Qati observaban todo el procedimiento desde el otro extremo del edificio, cuidando de no estorbar a nadie.

Tengo el principio de un plan operativo -dijo Günther.

-¿Eso significa que no piensas usar la bomba en Israel? preguntó Qati. Era él quien debía aprobar o rechazar el proyecto. Sin embargo, estaba dispuesto a escuchar a su amigo alemán-. ¿Puedes contármelo ya?

Bock sabía lo que eso significaba. Si su captura parecía inminente... bueno, su profesión entrañaba graves riesgos y Qati tenía que andarse con cuidado. La misma propuesta operativa de Günther lo hacía imperativo.

-Todas las máquinas tienen niveladores para las placas de aire -dijo Ghosn con fastidio, a quince metros de distancia-. Y son de las buenas. ¿A qué tomarse tanto trabajo con la mesa?

Librodot

-Joven amigo, esto es algo que sólo podemos hacer una vez. ¿Quieres que corramos algún riesgo?

Ghosn asintió con la cabeza. Fromm tenía razón, aunque se diera esos antipáticos aires de superioridad.

-¿Y el tritio?

-Está en esas baterías. Las he mantenido al fresco. El tritio se libera calentándolas. El procedimiento para recobrarlo es delicado, pero sencillo.

-Sí, sé cómo se hace. -Ghosn recordaba el experimento de laboratorio hecho en la Universidad.

Fromm le entregó una copia del manual correspondiente a la primera máquina.

-Ahora los dos tenemos que aprender cosas nuevas, para poder enseñarlas a los operadores.

-Sí. -Bock lo hizo.

-Interesante. ¿Y la seguridad?

-Nuestro amigo Manfred es un problema; más exactamente, su esposa. Sabe a qué se dedica su marido y sabe que está lejos.

-Pero matarla aparejará más riesgos que ventajas.

-Habitualmente es así, pero todos los colegas de Fromm también se han ido, casi todos con sus esposas. Si ella desapareciera sin más, los vecinos supondrían que ha ido a reunirse con su marido. En ausencia de él, existe la posibilidad de que ella mencione que Manfred está de viaje por un trabajo. Y alguien puede darse cuenta.

-¿Sabe ella cuál era su empleo anterior?

-Manfred es muy cuidadoso con la seguridad, pero debemos suponer que ella lo sabe. ¿Qué mujer ignora lo que hace su marido?

-Continúa -dijo Qati, cansado.

-Si se descubre su cadáver, la Policía tendrá que buscar al esposo, y eso también es un problema. Tiene que desaparecer. De ese modo parecerá que ha ido a reunirse con su esposo.

-En lugar de que él se reúna con ella -observó Qati con una enigmática sonrisa- al terminar el proyecto.

-En efecto.

-¿Qué clase de mujer es?

-Una arpía codiciosa e infiel -dijo Bock, el ateo, para diversión de Qati.

-¿Cómo lo harás?

Bock dio una breve explicación.

-Será también una manera de probar la fiabilidad de nuestra gente en esa parte de la operación. Dejaré los detalles a cargo de mis amigos.

-¿Y si nos traicionan? En empresas como ésta, las precauciones nunca son demasiadas.

-Si quieres, podemos pedir que filmen la eliminación. Algo inequívoco.

Bock lo había hecho en otra oportunidad.

-Es cosa de bárbaros -comentó Qati-, pero lamentablemente necesaria.

-Me encargaré de eso cuando llegue a Chipre.

-En ese viaje tendrás que llevar custodia, amigo mío.

-Sí, lo haré.

El capitán Dubinin estaba sentado en la oficina del jefe de carpintería del astillero. Conocido indistintamente como Astillero 199, Leninskaia Komsomola o, simplemente, Komsomolsk, era el sitio donde se había construido al Admiral Lunin. El hombre, que también había sido comandante de submarinos, prefería el título de carpintero jefe al de superintendente; al ocupar el puesto, dos años antes, había cambiado el rótulo de la puerta de su despacho. Era tradicionalista, pero también un ingeniero brillante. Y ese día se sentía feliz.

-¡En su ausencia he conseguido algo estupendo!

-¿De qué se trata, almirante?

Librodot

-Del prototipo de una nueva bomba de alimentación para el reactor. Es grande, incómoda y endiablada para instalar y mantener, pero...

-¿Silenciosa?

-Como un atracador -dijo el almirante con una sonrisa-. Reduce el ruido radiado de la bomba actual en un cincuenta por ciento.

-¿De veras? ¿Y a quién se la robamos?

El carpintero jefe se echó a reír.

-No hace falta que usted lo sepa, Valentin Borissovich. Ahora tengo que hacerle una pregunta; me han dicho que hace diez días usted hizo algo muy sagaz, hace diez días.

Dubinin sonrió.

-Eso, almirante, es algo que no puedo...

-Sí que puede. Hablé con su comandante de escuadrón. Dígame, ¿a qué distancia estuvo del USS Nevada?

-Creo que era el Maine -replicó Dubinin. Los de Inteligencia no estaban de acuerdo, pero él se guiaba por el instinto-. A unos ocho mil metros. Lo identificamos por una señal mecánica provocada durante un ejercicio; luego procedí a acecharlo, basándome en un par de suposiciones descabelladas...

-¡No diga tonterías! La excesiva humildad no es buena, capitán. Prosiga.

-Y después de rastrear lo que pensábamos era nuestro objetivo, éste lo confirmó con una señal de casco. Creo que ascendió para realizar una práctica de disparo de misiles. En ese punto, dado nuestro plan operativo y la situación táctica, preferí romper contacto antes de que nos detectaran.

-Fue su maniobra más astuta -dijo el jefe de carpinteros, apuntando con el índice al pecho de su interlocutor-. No pudo tomar mejor decisión, pues la próxima vez que se haga a la mar, lo hará con el submarino más silencioso que nunca hayamos fabricado.

-Aun así, ellos nos llevan ventaja -señaló Dubinin con sinceridad.

-Cierto, pero por una vez la ventaja será menor que la diferencia entre un comandante y otro, y así debe ser. Los dos estudiamos con Marko Ramius. ¡Lástima que él no pueda ver esto!

Dubinin asintió.

-Sí. Dadas las circunstancias políticas actuales, esto ya no es un juego de malicia, sino de habilidad.

-Me gustaría ser lo bastante joven como para jugar.

-¿Y el nuevo sonar?

-Este es nuestro diseño del Laboratorio Severomorsk: un artefacto de apertura grande, con un cincuenta por ciento de mejora en la sensibilidad. En términos generales, usted estará a la par de un Los Angeles norteamericano en casi cualquier situación.

«Salvo con respecto a tripulación», pensó Dubinin. Pasarían años antes de que su país pudiera preparar a los hombres como en los países de Occidente, y por entonces Dubinin ya no sería capitán de mar, pero... Dentro de tres meses tendría la mejor nave que su país hubiera producido. Si lograba convencer al comandante de su escuadrón de que le diera un mayor número de oficiales, podría dejar en tierra a los más ineptos de sus hombres e iniciar un régimen de entrenamiento realmente efectivo con los demás. Su trabajo consistía en entrenar y dirigir a la tripulación. Era el oficial comandante del Admiral Lunin. Suyo era el crédito de lo que marchara bien y la culpa de lo que saliera mal. Ramius le había enseñado eso el primer día pasado a bordo del primer submarino. Tenía el destino en sus propias manos. ¿Y qué hombre puede pedir más?

«El año que viene, Maine, cuando las frías tormentas del invierno barran el Pacífico norte, volveremos a encontrarnos.»

-Ni un contacto -dijo el capitán Ricks, en la sala de oficiales.

Librodot

-Exceptuando al Omaha. -Claggett revisó algunos papeles. Y llevaba demasiada prisa.

-Iván ya ni siquiera lo intenta. Es como si hubiera cerrado la tienda. -Aquello parecía el lamento del navegante.

-¿A qué tratar de buscarnos? -preguntó Ricks-. Caramba, aparte de ese Akula que desapareció...

-Lo seguimos por un rato -señaló el navegante.

-Quizá la próxima vez podamos tomar algunas fotografías del casco -observó un teniente, con tono ligero, desde detrás de su revista.

Hubo una carcajada general. Algunos capitanes de ataque rápido se las habían compuesto, en muy raras ocasiones, para fotografiar el casco de algún submarino soviético. Pero eso era cosa del pasado. En los diez últimos años los rusos habían mejorado mucho sus submarinos. El segundo puesto lo obliga a uno a esmerarse.

-Bueno, vayamos a otra practica de ingeniería dijo Ricks.

El primer oficial notó que las caras reunidas alrededor de la mesa no se alteraban. Los oficiales iban aprendiendo a no gruñir ni poner los ojos en blanco. Ricks tenía un sentido del humor muy limitado.

-¡Hola, Robby!

Joshua Painter se levantó de su sillón giratorio para estrechar la mano a su visitante.

-Buenos días, señor.

-Toma asiento. -Un camarero les sirvió café-. ¿Cómo marcha esa escuadrilla?

-Creo que estaremos preparados a tiempo, señor.

El almirante Joshua Painter, era comandante supremo aliado Atlántico, comandante jefe Atlántico y comandante jefe de la Flota Atlántica estadounidense; le pagaban un solo sueldo por los tres cargos, aunque tenía tres equipos de personal para que pensaran por él. Había llegado a la cumbre de su carrera de piloto de aviones de combate. No sería seleccionado para jefe de Operaciones Navales, cargo que sería desempeñado por alguien que tuviera menos espinas políticas. Pero Painter estaba satisfecho. Según la excéntrica organización de las fuerzas armadas, el JON y otros jefes de servicios se limitaban a asesorar al secretario de Defensa. Este era quien daba las órdenes a los CEJ (comandantes en jefe) de la zona. El triple cargo de Painter era un mando incómodo, dificultoso y generalmente sobrecargado, pero mando a fin de cuentas. Tenía a sus órdenes barcos de verdad, aviones de verdad y marinos de verdad; tenía autoridad para indicarles adónde ir y qué hacer. Bajo su mando estaban dos flotas completas: la Segunda y la Sexta; siete portaaviones, más de cien destructores y miles de aviones de combate. El meollo del asunto era que sólo un país en el mundo tenía más poder de fuego que Joshua Painter, y ese país ya no era una amenaza estratégica seria en estos tiempos de mutuo entendimiento. Ya no hacía falta prever la posibilidad de una guerra. Painter era un hombre feliz. Había visto decaer la potencia norteamericana desde la cima posterior a la Segunda Guerra Mundial hasta el punto más bajo, en la década de los setenta; actualmente Estados Unidos volvía a ser el país más poderoso de la Tierra. El había desempeñado su parte en los mejores tiempos y en los peores. Y ahora, los mejores tiempos eran mejores que nunca. Robby Jackson era uno de los hombres a los que se confiaría su Marina.

-¿Qué es eso de que en Libia hay otra vez pilotos soviéticos? -preguntó Jackson.

-Bueno, en realidad nunca se fueron, ¿no? -preguntó Painter, retóricamente-. Nuestro amigo quiere las armas más modernas y paga en efectivo. Ellos necesitan ese efectivo. Es una sencilla cuestión de negocios.

-Era de esperar que ese hombre aprendiera -comentó Robby, meneando la cabeza.

-Bueno, tal vez aprenda... pronto. Se va a sentir muy solo cuando sea el último matón. Tal vez por eso sigue acumulando mientras es posible, según dicen los de Inteligencia.

Librodot

-¿Y los rusos?

-Tienen muchos instructores y técnicos contratados allí, especialmente pilotos y operadores de misiles tierra-aire.

-Me alegra saberlo. Si nuestro amigo intenta algo, tiene buen material tras el cual esconderse.

-No lo suficiente para detenerte, Robby.

-Pero sí lo suficiente para hacerme escribir algunas cartas de pésame.

Jackson había escrito unas cuantas. Como comandante de grupo aéreo, podía esperar algunas muertes en su escuadrilla en esa misión, como en todas las anteriores. Hasta donde él podía asegurarlo, ningún portaaviones se hacía a la mar, en la guerra o en la paz, sin que hubiera algunas víctimas. Y esas muertes serían responsabilidad suya, pues era «propietario» de la escuadrilla. «¿No sería bonito ser el primero?», se dijo. Descontando el hecho de que luciría bien en su hoja de servicios, se libraría de informar a una esposa o a unos padres que Johnny había perdido la vida al servicio de su país. «Posible, pero difícil», se dijo. La aviación naval era demasiado peligrosa. Ya pasados los cuarenta, sabiendo que la inmortalidad era una mezcla de mito con chiste, a veces contemplaba a los pilotos de la escuadrilla, y se preguntaba cuál de aquellas caras jóvenes y orgullosas no regresaría en el TR a Virginia Capes; a qué bonita esposa embarazada le tocaría encontrar a un capellán y a otro piloto en su umbral, un momento antes del almuerzo. El enfrentamiento con los libios era sólo una amenaza más en un universo donde la muerte era residente habitual. Para sus adentros, Jackson admitía que era demasiado viejo para esa vida. Seguía siendo muy buen piloto (la madurez le impedía seguir considerándose el mejor del mundo, salvo cuando bebía), pero lo estaban alcanzando los aspectos más tristes de la vida. Pronto sería hora de pasar, con un poco de suerte, a un puesto de almirante en el Pentágono. Entonces pilotaría sólo de vez en cuando, para demostrar que aún sabía hacerlo, y se limitaría a tomar las decisiones correctas que redujeran al mínimo las visitas indeseables.

-¿Problemas? -preguntó Painter.

-Mantenimiento -respondió el capitán Jackson-. Cada vez es más difícil mantener a todos los pájaros en vuelo.

-Se hace lo que se puede.

-Sí, señor, lo sé. Y esto va a empeorar, si interpreto bien lo que dicen los periódicos. -Tal vez retiraran de servicio tres portaaviones y las escuadrillas correspondientes. Al parecer, la gente no aprendía nunca.

-Cada vez que hemos ganado una guerra hemos sido castigados por ello -dijo el comandante-. Por lo menos, ganar ésta no nos salió tan caro. No te preocupes; cuando llegue el momento habrá un sitio para ti. Eres mi mejor comandante de escuadrilla, capitán.

-Gracias, señor. Me gusta oír esas cosas.

Painter se echó a reír.

-A mí también me gustaba.

-Como se dice en inglés -observó Golovko-, con amigos como éstos, ¿quién necesita enemigos? ¿Qué otra cosa sabemos?

-Al parecer, entregaron toda su provisión de plutonio -dijo el representante del instituto de investigación y diseño de armas de Sarova, al sur de Gorki. No era tanto ingeniero de armas como científico encargado de mantenerse informado de lo que sucedía fuera de la Unión Soviética-. Yo mismo hice los cálculos. Es teóricamente posible que fabricaran más material, pero lo que nos entregaron excede ligeramente la cantidad de plutonio que nosotros producimos en las plantas soviéticas. Creo que nos lo dieron todo.

-Eso es lo que he leído. ¿Y qué lo trae por aquí?

-El informe original pasó algo por alto.

-¿De qué se trata? -preguntó el vicepresidente primero de la Comisión de Seguridad del

Estado.

-De tritio.

-¿Y eso es...? -Golovko no se acordaba. No era experto en materiales nucleares, sino en operaciones diplomáticas y de Inteligencia.

El hombre de Sarova llevaba años sin dar lecciones de física básica.

-El hidrógeno es el elemento más simple. Un átomo de hidrógeno contiene un protón de carga positiva, y un electrón, de carga negativa. Si uno agrega un neutrón, que es una partícula sin carga eléctrica, al átomo de hidrógeno, se obtiene deuterio. Si se agrega otra se obtiene tritio. Su peso atómico es tres veces superior al del hidrógeno, gracias a los neutrones agregados. En términos sencillos, los neutrones son la materia con que se hacen las armas atómicas. Cuando se los libera de sus átomos huéspedes, irradian hacia fuera, bombardeando otros núcleos atómicos y liberando más neutrones. Eso provoca una reacción en cadena, que libera grandes cantidades de energía. El tritio es útil porque, normalmente, el átomo de hidrógeno no contiene ningún neutrón, mucho menos dos de ellos. Es inestable y tiende a desintegrarse. La duración promedio del tritio es de doce años -explicó-. Por lo tanto, si uno inserta tritio en un aparato de fisión, los neutrones adicionales que agrega a la reacción de fisión inicial aceleran la fisión en la masa de reacción de plutonio o uranio, por un factor de entre cinco y cuarenta, permitiendo un uso mucho más eficiente de los materiales pesados como el plutonio o el uranio enriquecido. En segundo término, una cantidad adicional de tritio, puesta cerca del artefacto de fisión (que en este caso se llama «primario») inicia una reacción de fusión. Hay otras maneras de hacer lo mismo, por supuesto. Los elementos elegidos son el deuteruro lítico o el hidruro lítico, que es más estable, pero el tritio sigue siendo muy útil para ciertas aplicaciones bélicas.

-¿Y cómo se fabrica el tritio?

-Esencialmente, poniendo grandes cantidades de aluminio litiado en un reactor nuclear y permitiendo que el flujo termal de neutrones (término de ingeniería que designa el ir y venir de las partículas) irradie y transforme el litio en tritio, al capturar algunos neutrones. Aparece bajo la forma de pequeñas burbujas lacetadas dentro del metal. Creo que los alemanes también fabricaban tritio en la planta de Greifswald.

-¿Por qué? ¿Qué evidencias tiene?

-Analizamos el plutonio que nos enviaron. El plutonio tiene dos isótopos: el 239 y el 240. Por las proporciones relativas se puede determinar el flujo de neutrones en el reactor. La muestra alemana tiene muy poco del 240. Algo atenuaba el flujo de neutrones. Ese algo era, casi con certeza, el tritio.

-¿Está seguro?

-Las leyes físicas aplicables aquí son complejas, pero invariables. En realidad, en muchos casos se puede identificar la planta que produjo una muestra de plutonio con sólo examinar la proporción de los diversos materiales. Mi equipo y yo estamos bastante seguros de nuestras conclusiones.

-Esas plantas estaban bajo inspección internacional, ¿no? ¿No hay controles sobre la producción de tritio?

-Los alemanes lograron evitar algunas inspecciones de plutonio; en cuanto al tritio, no hay controles internacionales. Aunque los hubiera, ocultar la producción de tritio sería un juego de niños.

Golovko juró por lo bajo.

-¿Cuánto?

El científico se encogió de hombros.

-Imposible saberlo. La planta está definitivamente cerrada. Ya no tenemos acceso a ella.

-Y el tritio, ¿tiene otras aplicaciones?

-Oh, sí. Tiene gran valor comercial. Es fosforescente; la gente lo usa para la esfera de los relojes, las miras de pistolas, para instrumentos y muchas cosas más. Vale alrededor de cincuenta mil dólares por gramo.

Golovko se sorprendió a sí mismo con una digresión:

-Retrocedamos un momento, por favor. ¿Quiere decir que nuestros camaradas socialistas de la República Democrática Alemana estaban tratando, no sólo de hacer sus propias bombas atómicas, sino también bombas de hidrógeno?

-Sí, es probable.

-¿Y un elemento de su proyecto no tiene explicación? -También correcto..., probablemente -agregó el hombre. -¿Probablemente? -Era como arrancar una confesión a un niño, se dijo el vicepresidente primero.

-Sí. Si me pongo en el lugar de ellos, dadas las directivas que recibieron de Erich Honecker, lo habría hecho, por cierto. Más aún, era técnicamente fácil. Después de todo, les dimos tecnología de reactor.

-¿En qué diablos estábamos pensando? -murmuró Golovko para sus adentros.

-Y cometimos el mismo error con los chinos.

-¿Nadie dijo...?

El ingeniero lo interrumpió:

-Hubo advertencias, claro. De mi instituto y el de Kyshym. Pero nadie prestó atención. Se juzgaba políticamente necesario poner esa tecnología a disposición de nuestros aliados.

La última palabra fue pronunciada en tono sereno.

-¿Y usted cree que deberíamos hacer algo?

-Supongo que podríamos preguntar a nuestros colegas del Ministerio de Relaciones Exteriores, pero sería importante hacer algo al respecto. Por eso he venido.

-Así pues, usted cree que los alemanes (me refiero a los nuevos alemanes) podrían tener una provisión de material fisionable y de tritio, con el que podrían fabricar un arsenal nuclear propio.

-Es muy probable. Como usted sabe, hay un gran número de científicos nucleares alemanes que, en estos momentos, están trabajando principalmente en América del Sur. Para ellos es el mejor de los mundos. Están realizando investigaciones que bien pueden relacionarse con armamentos, a doce mil kilómetros de la patria; aprenden todo lo que necesitan aprender en un sitio lejano y a sueldo de otra gente. Si de eso se trata, ¿lo hacen sólo como empresa comercial? Me parece más probable que el Gobierno alemán tenga algún conocimiento del asunto; y puesto que no ha intentado detenerlos, debemos suponer que aprueba esa actividad. Y el motivo más probable es el eventual uso del conocimiento que ellos están adquiriendo en beneficio de Alemania.

Golovko frunció el ceño. Su visitante acababa de convertir tres posibilidades en una amenaza. Pensaba como un oficial de Inteligencia particularmente paranoico. Pero ésos solían ser los mejores.

-¿Qué más sabe usted?

-Treinta nombres. Le entregó una carpeta-. Hemos hablado con nuestra gente; me refiero a los que ayudaron a los alemanes a instalar la planta de Greifswald. Basándonos en sus recuerdos, éstas son las personas que con más probabilidad podrían formar parte del proyecto... en caso de que exista. Seis de ellos eran muy inteligentes, por cierto; lo bastante como para trabajar con nosotros en Sarova.

¿Alguno de ellos investigó abiertamente...?

-No, pero no es necesario. La física es la física. La fisión es la fisión. Las leyes de la ciencia no respetan reglas de clasificación. No se puede ocultar la Naturaleza, y precisamente con ella estamos tratando en este caso. Si esta gente puede operar un reactor, el mejor de ellos puede diseñar armas nucleares, contando con los materiales necesarios... Y nuestro diseño de reactor les brindaba la posibilidad de producir los materiales necesarios. Creo que es preciso investigar, averiguar qué hicieron y qué tienen. Al menos, ése es mi consejo.

-Tengo agentes muy buenos -dijo Golovko-. Después de que hayamos digerido esta información, algunos irán a hablar con usted. -Sarova estaba a pocas horas de viaje en tren.

-Sí, conozco a algunos de sus analistas de tecnología. Por cierto, algunos de ellos son muy

Librodot

buenos. Espero que aún tenga buenos contactos en Alemania.

Golovko guardó silencio. Aún tenía muchos contactos en Alemania, pero ¿cuántos de ellos se habían pasado al otro bando? En una reciente evaluación de fiabilidad, de los ex agentes de penetración de la Stasi, había llegado a la conclusión de que no podía confiar en ninguno; más exactamente, aquellos que merecían confianza ya no estaban en situación de serle útiles, y aun ésos... Decidió que ésa debía ser una operación estrictamente rusa.

-Si tienen los materiales, ¿cuánto pueden tardar en fabricar armas?

-Según el nivel de experiencia técnica y el hecho de que han tenido acceso a los sistemas norteamericanos vía OTAN, no hay motivos para que no tengan ya armas caseras en su poder. Y no tienen por qué ser toscas. En su situación y con los materiales nucleares especiales, yo habría podido producir armas de dos etapas a los pocos meses de la reunificación. En cuanto a las sofisticadas, de tres etapas... tal vez en un año más.

-¿Y dónde lo haría?

En Alemania Oriental, por supuesto. Es más segura. Dónde, con exactitud... -El hombre pensó por un minuto Busque un sitio con maquinarias de alta precisión, de las que se utilizan para instrumentos ópticos. El telescopio de rayos k; que pusimos en órbita era una derivación directa de la investigación para la bomba H. El manejo de los rayos X es muy importante para un arma de varias etapas. Aprendimos mucho de la tecnología norteamericana estudiando artículos de divulgación referidos a la centralización de los rayos X para las observaciones astrofísicas. Como he dicho, todo es física. No se puede ocultar, sólo descubrir; una vez descubierta, queda franca para todo el que tenga inteligencia y voluntad de aprovecharla.

-Menudo problema tenemos -observó Golovko, fastidiado. Pero ¿con quién podía enojarse? ¿Con ese hombre por decir la verdad, o con la Naturaleza por ser tan fácil de descubrir?-. Perdone, profesor. Le agradezco mucho que se haya tomado la molestia de informarme sobre esto.

-Mi padre es profesor de matemáticas. Pasó toda su vida en Kiev y se acuerda de los alemanes.

Golovko lo acompañó hasta la puerta y lo despidió. Luego se volvió hacia la ventana.

«¿Por qué dejamos que se unificaran? se preguntó-. ¿Y si todavía quieren expandirse? ¿Y si aún quieren ser la potencia europea dominante? ¿No será paranoia tuya, Sergei?» Era paranoia, por supuesto. Golovko se sentó y cogió el auricular del teléfono.

-Es una nimiedad. Si hace falta, no hay más que decir -replicó Keitel a la pregunta.

-¿Y los hombres?

-Tengo los necesarios, y de mucha confianza. Todos han trabajado en el extranjero, sobre todo en Africa. Todos tienen experiencia. Hay tres coroneles, seis tenientes coroneles, dos mayores... todos retirados, como yo.

-La confianza es importantísima -recordó Bock al hombre.

-Lo sé, Günther. Cada uno de ellos habría llegado muy arriba. Y todos tienen impecables credenciales del Partido. ¿Por qué crees que les dieron el retiro? Nuestra nueva Alemania no puede confiar en ellos.

-¿Agentes provocadores?

-El oficial de Inteligencia soy yo -recordó Keitel a su amigo-. Yo no le enseño tu trabajo. No pretendas tú enseñarme el mío. Por favor, amigo, o confías en mí o no. Tú decides.

-Lo sé, Erwin. Perdona. Esta operación es muy importante.

-No te preocupes, Günther.

-¿Cuándo podrás hacerlo?

-Dentro de cinco días. Preferiría tener un poco más de tiempo, pero estoy dispuesto a actual de prisa. El problema, naturalmente, es eliminar el cuerpo de manera adecuada.

Bock asintió, aunque él nunca había tenido que preocuparse de eso; ni la Fracción del Ejército Rojo, salvo en el caso de la ecologista traidora que había arruinado aquella operación.

Pero en realidad había sido una casualidad. Lo de enterrarla en un parque nacional fue una muestra de humor: la devolvían al verde que tanto amaba. La idea fue de Petra.

-¿Cómo te hago llegar la cinta de vídeo?

-Alguien se encontrará aquí contigo. No seré yo, sino otra persona. Hospédate en el mismo hotel dentro de dos semanas, y alguien vendrá a buscarte. Esconde la cinta en un libro.

-Muy bien. -En opinión de Keitel, Bock estaba exagerando. El juego de capa y espada gustaba más a los aficionados que a los profesionales, para quienes era sólo parte del trabajo. ¿No era mejor poner aquello en una caja y envolverla, como si fuera una filmación cualquiera?-. Pronto necesitaré fondos.

Bock le entregó un sobre.

-Cien mil marcos.

-De acuerdo. Dentro de dos semanas.

Keitel dejó que Bock pagara la cuenta y se fue.

Günther pidió otra cerveza, con la vista perdida en el mar, azul cobalto bajo un cielo despejado. Pasaban barcos por el horizonte; uno era un navío de la Marina, aunque a la distancia no se podía identificar su nacionalidad; los otros, simples mercantes que iban de un puerto a otro.

Era un día de sol cálido y fresca brisa marina. A poca distancia había una playa de arena blanca donde los niños y los enamorados podían disfrutar del agua. Pensó en Petra, en Erika y Ursel. Nadie habría podido adivinarlo al verle la cara. Ya había superado la expresión de su pérdida. Había llorado y maldecido lo suficiente para exorcizar esas emociones, pero dentro de él persistían las más elevadas de la cólera fría y la venganza. Tan bello día y él no tenía con quién disfrutarlo. Y los días bellos que vinieran después lo encontrarían igualmente solo. Para él jamás existiría otra Petra. Tal vez hallara a alguna muchacha que pudiera utilizar, sólo como ejercicio biológico, pero eso no cambiaba las cosas. Pasaría el resto de su vida solo. La idea no resultaba grata: sin amor, sin hijos, sin futuro personal. La terraza estaba llena a medias; casi todos los comensales eran europeos en vacaciones con la familia; entre sonrisas y carcajadas, bebían cerveza, vino u otros brebajes locales, pensando en los entretenimientos de la noche, en las cenas íntimas y las sábanas frescas que vendrían, la risa y el cariño... Todo aquello que el mundo había negado a Günther Bock.

Sintió un intenso odio. Allí, a solas, paseó la mirada por la escena como habría podido hacerlo en un zoológico para observar los animales. Los detestó por las carcajadas y las sonrisas... y por el futuro que tenían. No era justo. El había tenido una meta en la vida, un objetivo por el cual luchar. Ellos sólo tenían empleos. Por cincuenta semanas al año, más o menos, salían del hogar para ir al lugar de trabajo, a ejecutar las intrascendentes tareas a que se dedicaban; luego volvían a casa y, como buenos europeos, ahorraban dinero para la francachela anual en el Egeo, en Mallorca o América, en cualquier lugar donde hubiera sol, aire puro y una playa. Por inútiles que fueran esas existencias, ellos tenían la felicidad que la vida había negado a aquel hombre solitario, sentado bajo una sombrilla blanca, que bebía su cerveza contemplando el mar. No era justo, no era justo en absoluto. El había dedicado su vida al bienestar de esa gente... y ellos gozaban de la vida que él había querido darles, mientras que a él no le quedaba nada.

Salvo su misión.

Decidió no mentirse a sí mismo en ese aspecto, tal como no se mentía en otros. Los odiaba. Los odiaba a todos. Si él no tenía futuro, ¿por qué permitir que ellos lo tuvieran? Si la felicidad le era desconocida, ¿por qué dejar que acompañara a esa gente? Los odiaba porque los habían rechazado: a él, a Petra, a Qati y a todos los que luchaban contra la injusticia y la opresión. Habían elegido el mal antes que el bien, y por eso estaban condenados. Bock se sabía superior a ellos; aquellas personas no podían igualarlo. Podía mirarlos a todos con desprecio. A él le correspondía decidir qué haría de ellos (por ellos, trataba aún de creer). Si algunos salían heridos, mala suerte. No eran personas de verdad. Eran una vacua sombra de lo que habría sido una persona si hubieran vivido en pos de una finalidad. Se negaban a sí

Librodot

mismos, en busca de la felicidad que provenía de... la vida que llevaban, cualquiera que fuese. Al modo de los débiles. Como ganado. Bock los imaginó con las cabezas hundidas en abrevaderos, emitiendo satisfechos sonidos de corral. Si algunos morían (y algunos tendrían que morir), ¿cabía preocuparse? Günther decidió que no, en absoluto.

-Señor presidente...

-¿Si, Elizabeth? -respondió Fowler, riendo entre dientes.

-¿Nadie le ha dicho últimamente lo buen amante que es?

-No es cosa que me digan en la Sala de Gabinete, por cierto. -Fowler hablaba con la nuca de Elliot, que tenía la cabeza apoyada en su pecho y le rodeaba el torso con el brazo izquierdo; él le acariciaba el cabello rubio. La verdad de la cuestión, se dijo el presidente, era que él mantenía su habilidad para esas cosas. Pese a la liberación femenina y a la igualdad de derechos, aún le correspondía al hombre hacer que la mujer se sintiera querida y respetada-. Y menos en la Sala de Prensa.

-Bueno, ahora se lo dice su asesora de Seguridad Nacional.

-Gracias, doctora Elliot.

Los dos rieron con ganas, Elizabeth se deslizó hacia arriba para besarlo.

-No sabes lo que esto representa para mí, Bob.

-Oh, creo que lo imagino.

Ella sacudió la cabeza.

-Tantos años sola en la Universidad. Nunca tenía tiempo; siempre demasiado ocupada con mis tareas de profesora. ¡Cuánto tiempo perdido!.

-Ojalá la espera haya valido la pena, querida.

-Claro que sí.

Ella se giró para apoyar la cabeza en el hombro de Fowler y le llevó la mano hasta un sitio conveniente. La otra mano encontró un sitio similar y ella se la retuvo allí.

«Y ahora, ¿qué digo?», se preguntó Liz. Había dicho la verdad: Bob Fowler era un amante suave, paciente y hábil. También era cierto que, al oír ese tipo de cosas, cualquier hombre se dejaba dominar, incluso un presidente. «Por un rato, nada». decidió. Era hora de disfrutarlo otro poco y de examinar sus propios sentimientos, con los ojos fijos en un oscuro rectángulo de la pared: una buena pintura al óleo de cuyo autor ella nunca se había molestado en tomar nota; representaba un amplio paisaje del Oeste, donde las planicies terminaban en las primeras estribaciones de las Rocosas. El movió las manos con suavidad, sin llegar a excitarla otra vez, pero proporcionándole sutiles oleadas de placer que ella aceptó pasivamente: de vez en cuando acomodaba la cabeza para mostrar que aún estaba despierta.

Empezaba a enamorarse de aquel hombre, por extraño que le resultase. Se detuvo a preguntarse si lo era o no. En él había muchas cosas que despertaban cariño y admiración, pero también mucho que confundía. Era una irreconciliable mezcla de frialdad y calor; en cuanto a su sentido del humor, desafiaba todo entendimiento. Se interesaba profundamente en muchas cosas, pero la profundidad de sus sentimientos parecía motivada siempre por una comprensión lógica de asuntos y principios antes que por verdadera pasión. Con frecuencia lo desconcertaba sinceramente el que otras personas no compartieran sus sentimientos sobre determinadas cosas, como un profesor de matemática se siente entristecido e intrigado al comprobar que otros son incapaces de ver belleza y simetría en sus cálculos. Flower era también capaz de ser peculiarmente cruel e implacable, sin rastros de rencor. Si podía destruir a los que le estorbaban el camino, lo hacía. Como decían en El padrino: «No es asunto personal: sólo negocios.» Tal vez hubiera aprendido de los mafiosos que había enviado a prisión. Sabía tratar a sus auténticos seguidores con una frialdad despreocupada que re-compensaba la eficiencia y la lealtad con..., <cómo describir lo...?, con la gratitud de un contable.

Sin embargo, en la cama mostraba una ternura maravillosa. Liz frunció el entrecejo, de

cara a la pared. No había forma de entenderlo.

-¿Has visto ese informe sobre Japón? -preguntó el presidente, justo cuando Elliot estaba a punto de llegara una conclusión.

-Humrnm, me alegro de que lo menciones, el otro día llegó a la oficina algo inquietante.

-¿Sobre qué? -Fowler demostró su interés moviendo las manos de manera más deliberada, como para extraerle la formación que ella deseaba revelar desde hacía rato.

-Sobre Ryan.

-¿Otra vez él? ¿Qué ocurre?

-Los informes que nos presentaron sobre operaciones financieras indebidas eran ciertos, pero al parecer se escabulló gracias a un detalle técnico. Habría bastado eso para mantenerlo fuera del Gobierno, pero como tenía apoyo desde dentro...

-Hay detalles técnicos y detalles técnicos. ¿Qué otra cosa sabes?

-Falta de decoro sexual y posible aprovechamiento del personal de la CIA para resolver asuntos personales.

-Falta de decoro sexual... Qué vergüenza...

Elliot rió infantilmente y al presidente le gustó.

-El asunto podría involucrar a una criatura.

A Fowler no le gustó eso. Era muy severo cuando se trataba de los derechos del niño. Sus manos quedaron inmóviles.

-¿Qué se sabe?

-Poca cosa. Pero habría que investigar -dijo Liz, instándolo a mover otra vez las manos.

-Bueno, que el FBI haga una investigación discreta -resolvió el presidente, creyendo que con eso ponía fin al asunto.

-No servirá de nada.

-¿Por qué?

-Ryan tiene una relación muy estrecha con el FBI. La investigación podría fracasar.

-Bill Shaw no es de ésos. Es uno de los mejores policías que conozco. Ni siquiera yo puedo convencerlo de que haga ciertas cosas. Y así debe ser.

Lógica y principios, otra vez. Aquel hombre era realmente imprevisible.

-Shaw trabajó personalmente en el caso Ryan. Me refiero al asunto de los terroristas. ¿Eso no sería relación personal previa con el jefe de la agencia investigadora?

-Cierto -admitió Fowler. No quedaría bien. Conflicto de intereses y todo eso.

-Y el mataproblema personal de Shaw es ese tal Murray, que es muy amigo de Ryan.

Un gruñido.

-Bueno, ¿qué hacemos?

-Yo encargaría el caso a alguien de la Fiscalía General.

-¿Por qué no al Servicio Secreto? -preguntó Fowler. Conocía la respuesta, pero quería saber si ella la ignoraba.

-Parecería una caza de brujas.

-Tienes razón. Bien, que investigue la Fiscalía General. Llama a Greg mañana mismo.

-De acuerdo, Bob. -Era hora de cambiar de tema. Le tomó una mano para besársela-. ¿Sabes? En momentos como éstos hecho de menos los cigarrillos.

-¿Humo después del sexo? -preguntó él, ciñendo el abrazo.

-Cuando hago el amor contigo, Bob, hecho humo durante el sexo. -Ella se volvió para mirarlo a los ojos.

-¿Y si volviéramos a encender el fuego?

-Dicen -ronroneó la asesora de Seguridad Nacional, preparándose para besarlo otra vez-, dicen que el presidente de Estados Unidos es el hombre más poderoso del mundo.

-Hago lo que puedo, Elizabeth.

Media hora después, Elliot decidió que era cierto. Empezaba a enamorarse de él. Luego se preguntó qué sentiría Fowler por ella...

Librodot

XVI. AVIVAR EL FUEGO

-Guten Abend, Frau Fromm -dijo el hombre.

-¿Usted es...?

-Peter Wiegler, del Berliner Tageblatt. Me gustaría hablar un momento con usted.

-¿Sobre qué? -preguntó ella.

-Pero...

El hombre señaló la lluvia que caía sobre él. La mujer recordó, finalmente, la necesidad de ser cortés hasta con los periodistas.

-Sí, por supuesto. Pase, por favor.

-Gracias.

El hombre entró y se quitó el abrigo, que ella colgó de un perchero. Era capitán del Primer Directorio del KGB; un joven oficial que prometía. Tenía treinta años y era apuesto, versado en idiomas y doctorado en psicología e ingeniería. Ya había calado a Traudl Fromm. El nuevo «Audi» aparcado fuera era cómodo, pero no lujoso; sus ropas, también nuevas v presentables, pero no llamativas. La mujer era orgullosa y de moderada codicia, pero también ahorrativa. Curiosa, pero cauta. Escondía algo y sabía que provocaría más sospechas cerrándole la puerta que con cualquier explicación. Se sentó en una silla acolchada y aguardó el paso siguiente. La mujer no le ofreció café; confiaba en que la entrevista fuera breve. El se preguntó si esta tercera persona en la lista de diez valía la pena de redactar un informe para el Centro Moscú.

-¿Su esposo está relacionado con la central de energía nuclear de Greifswald-Nord?

-Lo estaba. Como usted sabrá, la han cerrado.

-En efecto. Me gustaría saber qué piensan de eso ustedes dos. ¿Está el doctor Fromm en casa?

-No, no está -respondió ella, incómoda.

«Wiegler» no reaccionó visiblemente.

-¿De veras? ¿Puedo preguntar dónde está.

-Ha salido en viaje de negocios.

-¿Podría volver dentro de algunos días?

-Tal vez, pero convendría que llamara antes.

El modo en que lo dijo llamó la atención del agente. La mujer ocultaba algo y tenía que relacionarse con...

Alguien llamó a la puerta. Traudl Fromm fue a atender. -Guíen Abend, Frau Fromm -dijo una voz-. Le traemos un mensaje de Manfred.

El capitán oyó la voz y algo en su mente se puso en alerta. Se obligó a no reaccionar. Aquello era Alemania y todo estaba in Ordnung. Además, tal vez descubriera algo.

-Yo... eh... en este momento tengo visitas -repuso Traudl.

La frase siguiente fue pronunciada en un susurro. El capitán oyó pasos que se aproximaban, pero tardó un segundo en volverse a mirar. Fue un error fatal.

El hombre que vio parecía salido de una de aquellas interminables películas de la Segunda Guerra Mundial con que había crecido, aunque no llevaba el uniforme negro y plata de los oficiales de las SS. Tenía una cara severa, de edad madura, cuyos ojos azules carecían por completo de emoción. Una cara de profesional que lo evaluó tan rápidamente como...

Era hora de...

-Hola. Ya me iba.

-¿Quién es?

Traudl no tuvo oportunidad de responder.

-Soy periodista de... -Era demasiado tarde. El hombre sacó una pistola-. Was gibt's bien? -quiso saber.

-¿Dónde está su automóvil? -preguntó el hombre de la pistola.

-Aparcado calle abajo. Yo...

-¿Con tanto espacio como hay aquí enfrente? Los periodistas son muy perezosos. ¿Quién eres?

-Soy periodista de...

-No me lo creo.

-Yo tampoco -dijo un segundo hombre que surgió por detrás de su compañero. El capitán recordó haber visto aquella cara en alguna parte. Se obligó a dominar el pánico. Eso también fue un error.

-Presta atención. Te llevaremos a un viaje breve. Si colaboras, volverás aquí dentro de tres horas. Si no colaboras, las cosas te irán muy mal. Versiehen Sic?

Tenían que ser agentes de Inteligencia, supuso el capitán. Alemanes, por añadidura. Eso significaba que respetarían las reglas del juego. Y de esa manera, el oficial cometió el último error de una carrera prometedora.

El mensajero llegó de Chipre a la hora y entregó su paquete al otro hombre que esperaba en uno de los cinco puntos de contacto acordados. Todos estaban bajo vigilancia desde hacía doce horas. El segundo hombre caminó dos calles y puso en marcha su motocicleta «Yamaha», arrancando hacia la campiña a toda la velocidad posible en una zona donde todos los motociclistas estaban locos de atar. Dos horas después entregó el paquete, seguro de no haber sido seguido, y continuó la marcha durante otros treinta minutos antes de volver al punto de origen.

Gunther Bock tomó el paquete y comprobó, con fastidio, que se trataba de una cinta de video normal, Carros de Fuego en lugar del libro ahuecado que él había pedido. Tal vez L película contuviera algún mensaje de Erwin. La insertó en un vídeo y lo encendió. La película estaba subtitulada en francés Pasó rápidamente noventa minutos de filmación hasta que

pronto la película dio paso a las imágenes que buscaba.

-¿Quién eres? -preguntó una áspera voz fuera de cámara.

-Soy Peter Wiegler, periodista de...

Se oyó un aullido. El equipo utilizado era tosco: un simple cable eléctrico con algunos centímetros de cobre al descubierto. Pocos sabían lo efectivos que podían ser los instrumentos más sencillos, sobre todo si quien los usaba poseía algún grado de preparación. El supuesto Peter Wiegler gritó como si su garganta fuera a partírsele. Ya se había dañado el labio inferior en previos esfuerzos para guardar silencio. Lo bueno de electricidad era que no resultaba sanguinaria, aunque sí ruidosa...

-Entiéndelo, muchacho; no seas tonto. Tu valor es encomiable pero inútil. El valor sólo sirve cuando hay esperanzas de rescate. Ya hemos revisado tu coche. Tenemos tus pasaportes. Sabemos que no eres alemán. ¿Qué eres? ¿Polaco, ruso, qué?

El joven abrió los ojos y aspiró hondo antes de hablar.

-Soy periodista investigador del Berliner Tageblatt.

Lo tocaron otra vez con el cable eléctrico. El joven se desmayó. Bock vio que un hombre se acercaba a la víctima para revisarle los ojos y el pulso. El torturador llevaba una suerte de mono de protección contra la guerra química, pero sin capucha ni guantes. Bock pensó que debía de ser muy caluroso.

-Obviamente, un oficial de Inteligencia entrenado. Ruso, probablemente. No ha sido circuncidado y su dentadura tiene chapuceros arreglos de acero inoxidable, lo que significa que el servicio fue hecho en el bloque oriental. Lástima. El muchacho es valiente.

A Bock le pareció que la voz sonaba con una admirable precisión clínica.

-¿Qué drogas tenemos? -preguntó otra voz.

-Un sedante bastante bueno.

-Bien. Inyéctale un poco.

-De acuerdo.

Librodot

El hombre salió de pantalla y regresó con una jeringa. Sujetó el antebrazo de la víctima e inyectó la droga en una vena de la cara anterior del codo. Tres minutos después, el hombre del KGB recuperó la conciencia; las drogas ya habían atacado sus funciones cerebrales.

-Perdona todo lo anterior. Has pasado la prueba -dijo la voz, ahora en ruso.

-¿Qué prueba...? -preguntó el joven también en ruso. Fueron sólo dos palabras antes de que la conciencia lo interrumpiera-. ¿Por qué me habla en ruso?

-Porque eso era lo que queríamos saber. Que tengas un buen día.

Los ojos del joven se dilataron al ver que una pistola de poco calibre; se apoyaba contra su pecho y disparaba. La cámara se retiró un poco para mostrar la habitación. Una lámina de plástico cubría el suelo para recibir la sangre bajo la silla metálica. La herida de bala quedó salpicada de pólvora negra y se inflamó por la intrusión de los gases del disparo bajo la piel. No sangró mucho. Las heridas del corazón nunca sangran mucho. En pocos segundos el cuerpo dejó de estremecerse.

-Podríamos habernos tomado algún tiempo más para conseguir información adicional, pero ya sabemos lo que necesitamos, como explicaré más adelante. -Era la voz de Keitel, fuera de cámara-. Ahora, Traudl...

La pusieron delante de la cámara, con las manos atadas por delante, la boca amordazada con la misma tela adhesiva y los ojos dilatados de terror. Estaba desnuda. Masculló algo pese a la mordaza, pero a nadie le interesó. La filmación había sido realizada treinta y seis horas antes; Gunther pudo comprobarlo gracias al televisor encendido en el rincón, que transmitía un informativo nocturno. Todo aquello era un tour de force profesional, ideado para satisfacer su petición.

Casi le era posible oír los pensamientos del hombre: «Bueno, ¿cómo lo hacemos?» Por un momento, Bock lamentó las instrucciones dadas a Keitel. Pero las pruebas tenían que ser irrebatibles. Los magos y otros ilusionistas solían asesorar a las agencias de Inteligencia, pero ciertas cosas eran imposibles de falsear; era preciso asegurarse de que se podía confiar en Keitel para las cosas terribles y peligrosas. Era necesario que aquella prueba fuera gráfica.

Otro hombre pasó una soga por una viga del techo y le izó las manos hacia arriba; luego, el primero puso la pistola contra la axila de la mujer y disparó una sola vez. Por lo menos no era un sádico, pensó Bock, que no confiaba en ese tipo de gente. De cualquier modo, el espectáculo resultaba triste. La bala le había atravesado el corazón, pero ella estaba tan nerviosa que no murió en el acto. Se debatió durante más de treinta segundos, con los ojos todavía muy abiertos, tratando de respirar, tratando de decir algo. Probablemente suplicaba ayuda y preguntaba por qué... Cuando quedó laxa, uno de los hombres le buscó el pulso en el cuello y luego la bajó lentamente al suelo. Habían sido tan suaves con ella como lo permitían las circunstancias. El de la pistola habló sin mirar a la cámara.

-Espero que estés satisfecho. No me ha gustado hacer esto.

-No tenía por qué gustarte -dijo Bock al televisor.

Sacaron al ruso de la silla y lo depositaron junto a Traudl Fromm.. Mientras desmembraban los cadáveres se oía la voz de Keitel: una distracción útil, pues la escena era cada vez más horrible. En general, Bock no era melindroso, pero su psiquis se alteraba cuando se maltrataba un cadáver. Necesario o no, le parecía gratuito.

-El ruso era, indudablemente, un oficial de Inteligencia, como has visto. Su automóvil fue alquilado en Berlín. Mañana será llevado a Magdeburgo para que aparezca allí. Estaba aparcado calle abajo; procedimiento normal entre profesionales, por supuesto, pero dato delator en caso de captura. En el coche encontramos una lista de nombres, todos pertenecientes a la industria nuclear de la República Democrática Alemana. Al parecer, nuestros camaradas rusos han cobrado súbito interés en el proyecto de bomba de Honecker. Lástima que no dispusiéramos de unos años más para seguir con él, ¿verdad? Lamento las complicaciones, pero tardamos varios días en disponerlo todo para eliminar los cadáveres y no teníamos idea de que Frau Fromm tenía «visitas» cuando llamamos a la puerta. Además, la lluvia nos proporcionaba condiciones ideales para el secuestro.

Librodot

Sobre cada cuerpo trabajaban dos hombres, todos con trajes protectores, capuchas y máscaras, sin duda para ocultar su identidad. Como en los mataderos, echaron serrín para que absorbiera la copiosa sangre derramada. Bock sabía por experiencia lo sucios que podían resultar los asesinatos. Los hombres trabajaron de prisa, utilizando sierras eléctricas, mientras la voz de Keitel seguía con sus explicaciones. Retiraron los brazos y las piernas del torso y luego cortaron las cabezas para mostrarlas a la cámara. Eso era imposible de falsear. Los hombres de Keitel habían asesinado a dos seres humanos. El desmembramiento delante de una cámara de vídeo proporcionaba una certeza absoluta, además de facilitar su eliminación. Los torsos fueron limpiamente envueltos en plástico. Uno de los hombres empezó a barrer el serrín ensangrentado, formando un montón que echó en otra bolsa de plástico.

-Las partes serán sepultadas en dos sitios muy distantes entre sí. Esto se hará mucho antes de que tú recibas esta filmación. Con esto termina nuestro mensaje. Aguardamos nuevas instrucciones.

Y la cinta volvió a la dramatización de las Olimpíadas de 1920... ¿o eran las de 1924? Bock no estaba seguro. Tampoco importaba, desde luego.

-¿Sí, coronel?

-He perdido contacto con uno de mis oficiales.

El coronel era del Directorio T, la rama técnica del Primer Directorio. Ostentaba un diploma de doctor en ingeniería y su especialidad eran los sistemas de misiles. Había trabajado en Francia y Estados Unidos, obteniendo secretos de diversas armas militares, antes de ser ascendido a su cargo actual.

-¿Detalles?

-El capitán Yevgeni Stepanovich Feodorov, de treinta años, casado, un hijo, buen oficial. Es uno de los tres que envié a Alemania por indicación suya, para verificar las instalaciones nucleares. Uno de mis mejores hombres.

-¿Cuánto hace? -preguntó Golovko.

-Seis días. Viajó a Berlin la semana pasada, vía París. Tenía documentos alemanes de los buenos, de nuestra planta baja, y una lista de diez nombres para investigar. Llevaba instrucciones de actuar con mucha discreción a menos que descubriera algo importante; en ese caso debía establecer contacto con la estación Berlín... es decir, con lo que queda de ella. Acordamos que se comunicaría periódicamente, por supuesto. No lo hizo y, al cabo de veinticuatro horas, recibí aviso.

-¿No podría ser un simple descuido?

-Con este muchacho, no -aseguró secamente el coronel-. ¿Su nombre no le dice nada?

-Feodorov... ¿su padre no era...?

-Stefan Yurievich, sí. Yevgeni es el hijo menor.

-Por Dios, yo aprendí con Stefan -se dijo Golovko-. ¿Hay posibilidades de...?

-¿Deserción? -El coronel sacudió la cabeza-. Ninguna. Su esposa está en el coro de la ópera. Se conocieron en la universidad y se casaron jóvenes, pese a las objeciones de los padres de ambos. Es un matrimonio bien avenido como el que todos desearíamos. Ella es de una belleza asombrosa y tiene voz de ángel. Habría que ser un zhopnik para abandonarla. Además, hay una criatura. Según todos los informes, él es buen padre.

Golovko comprendió adónde se encaminaba todo eso. -¿Pueden haberlo arrestado?

-No lo sé. Tal vez usted pueda hacerlo verificar. Temo lo peor.

El coronel frunció el ceño y bajó la vista a la alfombra. No quería tener que dar la noticia a Natalia Feodorova.

-Cuesta creerlo -dijo Golovko.

-Si sus sospechas son correctas, Sergei Nikolatievich, el programa que se nos encargó investigar es para ellos asunto de suma importancia, ¿no?

El teniente general Sergei Nikolaievich Golovko guardó silencio durante varios segundos. «No debería ser así -se dijo-. Se supone que el trabajo de Inteligencia es civilizado. Que los

Librodot

agentes se maten entre sí es cosa del pasado. Ya no hacemos ese tipo de cosas. No se hacen desde hace años... décadas...»

-Ninguna de las alternativas resulta verosímil, ¿verdad?

El coronel meneó la cabeza.

-No. Probablemente nuestro hombre tropezó con algo muy delicado. Tan delicado como para matar por eso. Por ejemplo, un programa secreto de armamento nuclear.

-Quizá tenga razón.

El coronel demostraba para con su gente el tipo de lealtad que el KGB esperaba, y Golovko tomó nota de eso. También estaba calculando alternativas y presentando su mejor evaluación.

-¿Ha enviado ya a sus técnicos a Sarova?

-Pasado mañana. Mi mejor hombre acaba de salir del hospital; se quebró la pierna al caer por una escalera.

-Que lo lleven en camilla, si es necesario. Quiero un cálculo del plutonio que se puede producir en las centrales de energía nuclear de la RDA. Envíe a otro hombre a Kyshtym para que verifique lo de Sarova. Haga volver a los otros agentes que envió a Alemania. Reiniciaremos la investigación con más cautela. Equipos de dos hombres, uno de ellos armado; esto es peligroso -reflexionó Golovko.

-Hace falta mucho dinero y mucho tiempo para preparar a mis hombres, general. Necesitaré dos años para remplazar a Feodorov, dos años enteros. No se puede sacar a un oficial de otra rama para meterlo en este tipo de trabajo. Estas personas deben tener conocimientos de lo que buscan. Hay que protegerlas.

-Tiene razón. Lo discutiré con el director y enviaré oficiales experimentados... Tal vez a algunos de la academia... ¿con credenciales de la Policía alemana?

-Me gusta la idea, Sergei Nikolaievich.

-Bien, Pavel Ivanovich. ¿Y sobre Feodorov?

-Tal vez aparezca. Hay treinta días antes de que se lo declare desaparecido. Entonces tendré que visitar a su esposa... Muy bien, pondré a mi gente en el caso y empezaré a planear la siguiente etapa del operativo. ¿Cuándo tendré una lista de los oficiales de escolta?

-Mañana por la mañana.

-De acuerdo, general. Gracias por atenderme.

Golovko le estrechó la mano y permaneció de pie hasta que se cerró la puerta. Tenía diez minutos disponibles antes de su siguiente compromiso.

-Maldición -dijo a su escritorio.

-¿Más demoras?

-¡Estamos ahorrando tiempo! -Fromm no logró disimular su disgusto-. El material con que vamos a trabajar tiene características similares al acero inoxidable. También debemos fabricar lingotes para el procedimiento de moldeado. Mira.

Fromm desplegó sus dibujos.

-Aquí tenemos un cilindro de plutonio doblado. Alrededor del plutonio hay un cilindro de berilio, que es un regalo del cielo para nuestros propósitos. Es muy liviano, muy rígido, ventana de rayos X y reflector neutrónico. Por desgracia, resulta bastante difícil de trabajar. Debemos utilizar herramientas de nitruro de boro, esencialmente análogas al diamante industrial. Las herramientas de acero o carbón no nos servirían de nada. También hay que tener en cuenta la salud.

-El berilio no es tóxico -dijo Ghosn.

-Cierto, pero el polvo resultante del proceso de ajuste se convierte en óxido de berilio, el cual, una vez aspirado, vuelve a convertirse en hidróxido de berilio y provoca beriliosis, que es siempre fatal.

Fromm hizo una pausa y miró a Ghosn con aires de maestro. Luego continuó:

-Ahora bien, alrededor del berilio hay un cilindro de tungsteno al renio, que necesitamos por su densidad. Compra-emos doce kilos en polvo y los sintetizaremos en segmentos cilíndricos. ¿Sabes qué es sintetizar? Es calentar lo suficiente como para dar forma. Fundir y moldear es demasiado difícil e innecesario para nuestros objetivos. Alrededor, se ensambla la lente explosiva. Y esto es sólo lo primario, Ghosn: ni la cuarta parte de nuestro presupuesto de energía total.

-Y la exactitud requerida...

-Exactamente. Podríamos decir que éste es el anillo o el collar más grande del mundo. Lo que produzcamos debe estar tan bien terminado como la joya más bella que hayas visto jamás... o tal vez como un instrumento óptico de precisión.

-¿Y el tungsteno al renio?

-Se utiliza en trabajos importantes de electricidad, en filamentos especiales para tubos al vacío y para muchas cosas más. Es mucho más fácil de trabajar que el tungsteno puro.

-El berilio... oh, sí, se lo usa para giróscopio y otros instrumentos... Treinta kilos.

-Veinticinco... Sí, consigue treinta. No tienes idea de la suerte que tenemos.

-¿Por qué?

-El plutonio israelí está estabilizado al galio. El plutonio tiene cuatro transformaciones fásicas antes del punto de fusión y presenta el curioso hábito, en ciertos regímenes de temperatura, de cambiar su densidad por un factor superior al veinte por ciento. Es un metal de estados múltiples.

-En otras palabras, una masa subcrítica puede...

-Exactamente -dijo Fromm-. Lo que parece una masa subcrítica puede, en ciertas circunstancias, entrar en estado crítico. No estalla, pero el flujo de neutrones y de rayos gamma puede ser letal en un radio de... entre diez y treinta metros, según las circunstancias. Eso se descubrió durante el Proyecto Manhattan. Tuvieron... no, no fue suerte. Eran científicos brillantes y, tan pronto como obtuvieron uno o dos gramos de plutonio, decidieron investigar sus propiedades. Si hubieran esperado o supuesto, simplemente, que sabían más de lo que sabían... bueno...

-No lo sabía -admitió Ghosn. «Dios misericordioso...»

-Los libros no lo explican todo, joven amigo; mejor dicho no todos los libros tienen toda la información. El caso es que, con el agregado de galio, el plutonio se convierte en una masa estable. En realidad se lo puede trabajar sin peligro, siempre que se tomen las debidas precauciones.

-Conque empezamos trabajando los lingotes de acero inoxidable según esas especificaciones; luego hacemos nuestros moldes... por fusión a la cera perdida, desde luego.

Fromm asintió.

-Correcto. Muy bien, mein Junge.

-Entonces, cuando terminamos con el moldeado, trabajamos el material para la bomba... Comprendo. Bueno, parece que tenemos buenos operadores.

Había «reclutado» a diez hombres, todos ellos palestinos, entre las ópticas locales, para enseñarles el manejo de las maquinarias.

Estas eran tal como Fromm había dicho. Dos años atrás eran el último modelo de la técnica, idénticas al equipo utilizado en la planta de fabricación norteamericana Y-12, de Oak Ridge, Tennessee. Las tolerancias se medían por interferometría láser y las cabezas rotatorias se controlaban por ordenador tridimensional mediante cinco ejes de movimiento. El ordenador recibía instrucciones de pantallas de toque. El diseño se había realizado en un miniordenador y dibujado luego con una máquina especial.

Ghosn y Fromm trajeron a los operadores y los pusieron a trabajar en la primera tarea: la fabricación de lingotes de acero inoxidable para el plutonio primario que encendería el fuego termonuclear.

-Y ahora -dijo Fromm-, para las lentes explosivas...

Librodot

-Me han hablado mucho de usted -dijo Bock.

-Espero que bien -respondió Marvin Russell con una sonrisa cautelosa.

«Mi primer indio», pensó Bock. Era una extraña desilusión. De no ser por los pómulos habría podido pasar por caucásico y hasta por un eslavo con algún antepasado tártaro... El color de su piel se debía principalmente al sol. El hombre era formidable por su tamaño y su obvia fuerza.

-Dicen que usted mató a un policía griego rompiéndole el cuello.

-No sé por qué alborotan tanto con eso -observó Russell con franqueza-. Era un debilucho. Y yo sé cuidarme. Bock asintió con una sonrisa.

-Comprendo su modo de pensar, pero admita que el metodo resultó impresionante. Me han hablado bien de usted, señor Russell, y...

-Llámeme Marvin, como todo el mundo. Bock sonrió.

-Como quieras, Marvin. Me llamo Gunther. Tengo entendido que eres muy habilidoso con las armas.

-No es gran cosa -adujo Russell, francamente desconcertado-. Cualquiera puede aprender a disparar un arma.

-¿Te gusta estar aquí?

-Por supuesto. Esta gente tiene valor, ¿sabes? No ceden. Trabajan mucho, cada uno en lo suyo. Eso es lo que admiro. Y lo que han hecho por mí, Gunther... Es como si fueran mi familia.

-Es que somos una familia, Marvin. Lo compartimos todo; lo bueno y lo malo. Todos tenemos los mismos enemigos.

-Sí, ya lo he visto.

-Tal vez necesitemos de tu ayuda, Marvin. Se trata de algo muy importante.

-Okey -replicó Russell, simplemente.

-¿Cómo?

-Digo que sí, Günther.

-Pero no me has preguntado de qué se trata -señaló el alemán.

-Bueno, dímelo. -Marvin sonrió.

-Necesitamos que vuelvas a Estados Unidos dentro de unos meses. ¿Puede resultar peligroso para ti?

-Depende. He estado en la cárcel. Vosotros lo sabéis. La Policía tiene mis huellas digitales, pero no fotografías. Es decir, la que tienen es bastante vieja y desde entonces he cambiado. Probablemente me buscan en Dakota. Si me envías allí podría ser difícil.

-No tendrás que acercarte allí, Marvin.

-Entonces no habrá problemas, según lo que necesites de mí.

-¿Serías capaz de matar? A norteamericanos, quiero decir. -Bock lo observaba, atento a cualquier reacción.

-A norteamericanos -resopló Marvin-. Oye, tío, yo soy norteamericano, qué demonios. Mi país no es como vosotros pensáis. Ellos me robaron el país, como ocurrió aquí, ¿entiendes? No sólo aquí hubo mierda, ¿entiendes? Si quieres que liquide a algunos por ti, está bien, lo haré. Siempre que haya un motivo, claro, porque yo no mato por diversión. No soy un psicópata. Pero si tienes motivos, claro que puedo hacerlo.

-Tal vez a más de uno...

-No soy estúpido, Gunther. «Norteamericanos» no es un solo tipo. Encárgate de que haya algunos polis, algunos del FBI, y sí, te ayudaré a matar todos los que quieras. Pero tengo que saber algo.

-¿Qué?

-Los del otro bando no son idiotas. Recuerda que cogieron a mi hermano. La Policía actúa en serio.

-Nosotros también -le aseguró Bock.

-Lo sé, tío. ¿Qué puedes decirme de ese trabajo?

-¿A qué te refieres, Marvin? -preguntó Bock, tan al desgaire como pudo.

-Me refiero a que yo crecí allí, ¿entiendes? Sé cosas que vosotros ignoráis. Entiendo, tenéis problemas de seguridad y todo eso, y por ahora no vas a decirme nada. Muy bien, no es problema. Pero tal vez necesites de mi ayuda. Estos tipos de aquí son estupendos e inteligentes, pero no saben de mi país... es decir, no saben cómo hay que moverse allí y todo eso. Para salir de caza hay que conocer el terreno. Yo conozco el terreno.

-Por eso necesitamos tu ayuda -le aseguró Bock, como si ya hubiera pensado en ese aspecto. En realidad no era así. En ese momento se preguntó hasta qué punto podía serle útil aquel hombre.

Andrei Ilich Narmonov se veía como el capitán del barco más grande del mundo. Esa era la parte buena. La parte mala era que el barco hacía agua, tenía el timón averiado y los motores no marchaban bien, por no mencionar a la tripulación amotinada. En el Kremlin tenía un despacho grande, con espacio por donde pasearse, algo que hacía con demasiada frecuencia en los últimos tiempos. Eso le parecía serial de incertidumbre. Y el presidente de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas no podía permitirse semejante cosa, sobre toda cuando tenía un visitante de importancia.

«Unión de Repúblicas Soviéticas Soberanas», pensó. Aunque el cambio de nombre no había sido todavía aprobado oficialmente, el pueblo ya empezaba a llamarla así. «Ese es el problema.»

La nave del Estado se estaba rompiendo, un hecho que no tenía precedentes. El ejemplo que muchos gustaban de aplicar era el del Imperio Británico, pero no correspondía del todo. Ningún ejemplo correspondía. La Unión Soviética de antaño había sido una creación política única. Lo que estaba ocurriendo ahora en la Unión Soviética también carecía por completo de precedentes. Lo que antes le había parecido exultante ahora lo asustaba. El era quien debía tomar las decisiones cruciales sin modelo histórico que seguir. Estaba librado a sus fuerzas, más solo que ningún gobernante jamás, con una tarea tan grande como nadie había enfrentado nunca. Elogiado por Occidente como consumado estratega de la política, él se consideraba inmenso en una interminable sucesión de crisis. «¿No fue Gladstone? -pensó-. ¿No fue él quien describió su trabajo como el de un hombre a bordo de una balsa en los rápidos, esquivando las piedras con una pértiga? Encaja perfectamente con mi situación.» Narmonov y su país se veían arrastrados por las sobrecogedoras fuerzas de la Historia; en algún punto, río abajo, había una gran catarata, una cascada que podía destruirlo todo... pero él estaba tan ocupado con la pértiga y las rocas que no le era posible mirar tan adelante. Eso era ser un estratega de la política: dedicaba toda su energía a la supervivencia cotidiana y perdía de vista la semana siguiente,

-Estás adelgazando, Andrei Ilich -observó Oleg Kirilovich Kadishev desde su sillón de cuero.

-Caminar me hace bien al corazón -replicó el presidente, irónico.

-¿Piensas incorporarte a nuestro equipo olímpico? Narmonov se detuvo por un momento.

-Sería agradable, en verdad, competir sólo contra extranjeros. Ellos me creen brillante. Nuestro propio pueblo, por desgracia, opina otra cosa.

-¿En qué puedo ayudar a mi presidente?

-Necesito tu ayuda, la ayuda de los derechistas.

A Kadishev le tocó entonces sonreír. La Prensa (tanto la occidental como la soviética) nunca acababa de aclarar ese punto. El ala izquierda de la Unión Soviética era la de los comunistas de línea dura. Durante más de ochenta años, las reformas realizadas en el país siempre habían provenido de la derecha. Todos los hombres ejecutados por Stalin por luchar en pro de la más mínima libertad personal habían sido denunciados como «desviacionistas de derecha». Pero en Occidente, los que se proclamaban progresistas eran siempre de la izquierda política;

Librodot

llamaban a sus enemigos reaccionarios «conservadores» y, en general, los identificaban como pertenecientes a la derecha política. Parecía demasiado para la imaginación de la Prensa occidental adaptar la polaridad ideológica a una realidad política diferente. Los periodistas soviéticos, recientemente liberados, no habían hecho sino imitar a sus colegas de Occidente, utilizando las categorías extranjeras para enturbiar un escenario político de por sí caótico. Lo mismo podía decirse de los políticos occidentales «progresistas», desde luego, los que promovían tantos de los experimentos de la Unión Soviética en sus respectivos países; experimentos todos que habían sido llevados al límite, demostrando ser algo peor que un mero fracaso. Tal vez el humor más negro del mundo provenía de la protesta de los elementos izquierdistas de Occidente, algunos de los cuales empezaban a observar que los rusos «retrógrados» habían fracasado porque no eran capaces de convertir el socialismo en un Gobierno humanista,., mientras que los Gobiernos occidentales «avanzados» podían lograrlo. Claro, el propio Karl Marx había dicho eso. Kadishev se dijo, con un extrañado meneo de cabeza, que esa gente era tan idealista como los miembros de los primeros Sóviets revolucionarios e igualmente cortos de luces. Los rusos no habían hecho sino llevar los ideales revolucionarios a su límite lógico, para encontrar allí sólo vacío y desastre. Ahora que ellos retrocedían, en un movimiento que requería un coraje moral y político rara vez visto en el mundo, Occidente seguía sin comprender lo que ocurría. «Kruschov tuvo razón desde un principio -pensó el parlamentario-. Los políticos son iguales en todo el mundo. Casi todos idiotas.»

-Andrei Ilich, no siempre estamos de acuerdo en los metodos, pero siempre hemos coincidido en los objetivos. Sé que tienes problemas con nuestros amigos del otro bando.

-Y con los de tu bando -señaló el presidente Narmonov y con más aspereza de la que deseaba.

-Y con mi bando, cierto -admitió Kadishev con indiferencia-. ¿Dices que debemos concordar contigo en todo, Andrei Ilich?

Narmonov se volvió, con los ojos levemente dilatados por la cólera.

-Por favor, eso no. Hoy no.

-¿En qué podemos ayudarte? -«Conque pierdes el dominio de tus emociones, camarada presidente. Mala señal, amigo mío...»

-Necesito tu apoyo en el asunto étnico. No podemos permitir que el país se desintegre.

Kadishev meneó la cabeza.

-Eso es inevitable. Dejar que las Bálticas y Azerbaiyán se vayan elimina muchos problemas.

-Necesitamos el petróleo de Azerbaiyán. Si lo perdemos, nuestra situación económica empeorará. Si dejamos que se vayan las Bálticas, el impulso desgarrará a la mitad del país.

-A la mitad de la población, cierto, pero apenas el veinte por ciento de nuestra tierra. Y a la mayor parte de nuestros problemas -insistió Kadishev.

-¿Y qué pasará con los pueblos que se separen? Los arrojamos al caos y a la guerra civil. ¿Cuántos morirán? ¿Cuántas muertes caerán sobre nuestra conciencia? -acusó el presidente.

-Es una consecuencia normal de la descolonización. No podemos impedirlo. Al intentarlo no hacemos sino mantener la guerra dentro de nuestras propias fronteras. Eso nos obliga a depositar demasiado poder en manos de las fuerzas de seguridad, cosa que resulta muy peligrosa. No confío en el Ejército más de lo que confías tú.

-El Ejército no lanzará un golpe. No hay bonapartistas en el Ejército Rojo.

-Confías más que yo en su lealtad. Creo que ellos divisan una oportunidad histórica inigualable. El Partido tiene frenados a los militares desde el caso Tujachevski. Los soldados tienen mucha memoria y tal vez crean que ésta es su oportunidad.

-¡Pero si toda esa gente ha muerto! Y también sus hijos -contraatacó Narmonov con énfasis.

Al fin y al cabo habían pasado más de cincuenta años. Los pocos que tenían recuerdos directos de las purgas estaban en sillas de ruedas o vivían de una pensión.

-Pero sus nietos no, y también hay que tener en cuenta la memoria institucional. -Kadishev se reclinó en el sillón, analizando un pensamiento que acababa de venirle a la mente. «¿Sería posible?»

-Tienen sus preocupaciones, sí, y esas preocupaciones son algo diferentes de las mías. Diferimos en el modo de tratar los problemas, no en el tema del control. Aunque no estoy seguro de su buen juicio, si lo estoy de su lealtad.

-Tal vez tengas razón, pero yo no soy tan optimista.

-Con tu ayuda podemos presentar un frente unido a las fuerzas separatistas. Eso las desalentará y nos permitirá afrontar los años de normalización. Luego podremos analizar una separación ordenada para las repúblicas, basada en una auténtica commonwealth... una asociación, o como quieras llamarle, que nos mantenga económicamente unidos, aunque políticamente estemos separados.

«Está desesperado -apreció Kadishev-. Se está derrumbando bajo tanta tensión. El hombre que en el terreno político se mueve como un delantero hábil y efectivo presenta señales de fatiga. ¿Sobrevivirá sin mi ayuda? Probablemente si», se dijo Kadishev. Probablemente. Eso era una mala señal. Kadishev era el líder de facto de las fuerzas izquierdistas, las fuerzas que deseaban desintegrar el país y el Gobierno, arrastrando al resto de la nación (basada en la Federación Rusa) por el cuello hasta el siglo xxi. Si Narmonov caía... si se encontraba incapacitado de continuar, ¿quién...?

«Caramba.., yo, por supuesto,»

¿Lo apoyarían los norteamericanos?

«¿Cómo no iban a apoyar al agente Spinnaker, de su propia CIA?»

Kadishev trabajaba para los norteamericanos desde que lo reclutara Mary Patricia Foley, unos seis años atrás. A él no le parecía traición. Trabajaba para el progreso de su país y consideraba que estaba triunfando. Había proporcionado a los norteamericanos información sobre el funcionamiento interno del Gobierno soviético; parte era muy valiosa; otra parte habrían podido obtenerla con facilidad de sus propios periodistas. El sabía que lo tenían por la fuente de inteligencia política más valiosa de la Unión Soviética, sobre todo ahora que controlaba un cuarenta por ciento de los votos en el bullicioso parlamento, el flamante Congreso de Diputados Populares. «Treinta

nueve por ciento -se dijo-. Hay que ser sincero.» Tal vez podría obtener otro ocho por ciento, si daba el paso correcto. Había muchos matices de lealtad política entre los dos mil quinientos parlamentarios, Auténticos demócratas, nacionalistas rusos de estirpe democrática y socialista, radicales de derecha o de izquierda. También había un cauteloso centro, algunos de cuyos miembros estaban francamente preocupados por el rumbo que pudiera tomar su país; otros sólo buscaban conservar su propio cargo político. ¿A cuántos podía apelar? ¿A cuántos podría conquistar?

«No alcanzarían...»

Pero tenía otra carta para jugar. Sí, siempre que reuniera la audacia necesaria para jugarla.

-Andrei Ilich -dijo con tono conciliatorio-, me pides que abandone un principio importante para ayudarte a alcanzar el objetivo que compartimos.., pero que lo haga por un camino que me inspira desconfianza. Este asunto es muy difícil. Ni siquiera estoy seguro de poder proporcionarte el apoyo que requieres. Incluso es probable que mis camaradas me vuelvan la espalda.

Con eso sólo consiguió agitar más al presidente.

-¡Tonterías! Sé muy bien cuánto confían en ti y en tu buen tino.

«No son ellos los únicos que confian en mí», se dijo Kadishev,

Como ocurre con la mayoría de las investigaciones, aquella se llevó a cabo principalmente con papeles, Ernest Wellington era un abogado joven y ambicioso. Como profesional diplomado y miembro del colegio de ahogados, habría podido ingresar en el FBI y aprender a

Librodot

investigar debidamente, pero se consideraba más abogado que policía. Además, le gustaba la política, mientras que el FBI se enorgullecía de evitar los forcejeos políticos hasta donde fuera posible. Wellington no tenía tantas inhibiciones. Disfrutaba de la política, la consideraba savia del Gobierno y sabía que era el sendero hacia el triunfo, tanto dentro como fuera del Gobierno. Los contactos que estaba estableciendo quintuplicarían su valor para cualquiera de los cien bufetes «conectados», además de darle renombre en el Departamento de Justicia, Pronto sería candidato a un puesto de «auxiliar especial». Y después, al cabo de unos cinco años, tendría posibilidades de alcanzar una jefatura de sección... tal vez hasta de ser nombrado fiscal en una ciudad importante, o jefe de un especial. Eso abría las puertas a la vida política y Ernest Wellington podría participar del Gran Juego de Washington. En resumidas cuentas, aquello era un licor embrigador para cualquier joven ambicioso de veintisiete años, graduado con honores en Harvard y que había rechazado ostentosamente los lucrativos ofrecimientos de firmas prestigiosas, pues prefería dedicar los primeros años profesionales al servicio público.

Wellington tenía una montaña de papeles en su escritorio. Su despacho era casi un desván del edificio del Departamento de Justicia; la única ventana daba al aparcamiento situado en el centro del inmueble, que databa de la época de la Gran depresión. Era pequeño y el aire acondicionado no iba bien, pero lo tenía todo para sí. Pocos saben que los abogados evitan ir a los tribunales con tanta frecuencia como los jactanciosos evitan las pruebas de su verdadera capacidad. Si hubiera aceptado los puestos ofrecidos por bufetes de Nueva York (el mejor de ellos representaba más de cien mil dólares anuales), su verdadera función habría sido la de un corrector de pruebas o un secretario encumbrado: examinar contratos en busca de cláusulas ambiguas y triquiñuelas. Sus primeros tiempos en el Departamento de Justicia no se diferenciaban mucho. Si bien en un puesto de la fiscalía podría haberse visto arrojado a los tribunales, para que nadara o se ahogara, allí examinaba registros, buscando contradicciones, matices y posibles violaciones técnicas de la ley, como si fuera el corrector de un excelente escritor de novelas de misterio. Wellington empezó a tomar nota.

John Patrick Ryan, vicedirector de la CIA, propuesto por el presidente y confirmado hacía menos de dos años. Anteriormente, vicedirector profesional de Inteligencia, tras la muerte del vicealmirante James Greer. Antes de eso, asistente especial del director Greer y, por una temporada, representante especial del Directorio de Inteligencia en Inglaterra. Ryan había sido profesor de historia en la Academia Naval, becario graduado en la Universidad de Georgetown y corredor de Bolsa de Merrill Lynch en Baltimore. También, por un breve lapso, teniente segundo del Cuerpo de Marines. Obviamente, al hombre le gustaba cambiar de carrera, según pensó Wellington, mientras anotaba todas las fechas importantes.

Fortuna personal. El expediente contenía el habitual estado financiero; Ryan tenía un buen capital. ¿De dónde lo habría sacado? El análisis demandó varias horas. En sus tiempos de corredor de Bolsa, J. P. Ryan había sido un auténtico aventurero. Apostó más de cien mil dólares al Chicago and North Western Railroad, en la época en que fue comprada por los empleados y cosechó... más de seis millones. Una operación realmente grande; no abundan las posibilidades de ganar un seis mil por ciento. Pero había otras dignas de nota. Al alcanzar una fortuna de ocho millones, había renunciado para ir a Georgetown y cursar el doctorado en Historia. Continuó jugando a la Bolsa como aficionado hasta su incorporación al Gobierno. Ahora sus acciones estaban a cargo de varios asesores de inversiones que aplicaban arriesgados métodos contables. La fortuna neta de Ryan parecía ser de veinte millones, tal vez algo más. Las cuentas se manejaban a ciegas. Ryan sólo recibía un informe trimestral. Todo parecía estrictamente le-gal. Demostrar lo contrario era virtualmente imposible, a menos que se interviniera el teléfono de sus corredores de Bolsa, cosa nada fácil de lograr.

Había sido investigado por la SEC, pero sólo como derivación de la inspección que la SEC estaba realizando en la firma que él había comprado. El resumen establecía, en escuetos términos burocráticos, que no se observaban violaciones técnicas. Pero Wellington reparó en que ese criterio era más técnico que sustantivo. Ryan se había resistido a firmar su consentimiento para la inspección y el Gobierno no lo había presionado, lo que tenía su explicación, puesto

Librodot

que Ryan no era el verdadero blanco de la investigación; alguien decidió que todo podía haber sido una coincidencia. Sin embargo, Ryan separó ese dinero de la cuenta principal. «¿Acuerdo de caballeros?», anotó Wellington en su libreta. Quizá. Ryan habría respondido que lo había hecho por un escrupuloso sentimiento de culpabilidad. El dinero fue invertido en T-Bills, donde se renovó automáticamente por varios años, intacto, hasta que se utilizó toda la suma para... «Comprendo. Interesante... ¿Por qué un fondo para educación? ¿Quién era Carol Zimmer? ¿Por qué Ryan se interesaba en sus hijos? ¿Localización cronológica? ¿Importancia?»

Como siempre, resultaba sorprendente que tanto papel sirviera para saber tan poco. Wellington reflexionó que quizás ése era el verdadero sentido de la burocracia: dar una imagen de sustancia cuando se decía lo menos posible. Rió entre dientes. Al fin y al cabo, para eso servían casi todos los documentos legales. Por doscientos dólares la hora, a los ahogados les encantaba discutir por una coma y otros asuntos de peso. Hizo una pausa para reciclar su cerebro. Se le había pasado por alto algo muy obvio.

Ryan no contaba con las simpatías del Gobierno de Fowler, en ese caso ¿por qué se lo había propuesto para la vicedirección de la CIA? ¿Por política? Pero por política se elegía a gente mal capacitada para... ¿Tendría Ryan alguna vinculación política? En su expediente no figuraba ninguna. Wellington hojeó el contenido y encontró una carta firmada por Alan Trent y Sam Fellows, de la comisión de la Cámara. ¡Rara pareja: un homosexual y un mormón! Ryan había sido confirmado con mucha más facilidad que Marcus Cabot, aun más que Bunker y Talbot, los dos miembros estelares del gabinete presidencial. En parte era porque se trataba de un puesto de segundo nivel, pero eso no lo explicaba todo. Aquello sugería vinculaciones políticas muy buenas. ¿Por qué, cuáles? Trent y Fellows... ¿en qué diablos podían estar de acuerdo esos dos?

Era seguro que Fowler y los suyos no mostraban ninguna simpatía hacia Ryan; de lo contrario, el fiscal general no habría puesto personalmente a Wellington sobre el caso. ¿Qué caso? ¿Era adecuado ese término? Si existía un caso, ¿por qué no estaba a cargo del FBI? Por política, obviamente. Ryan había trabajado en estrecha relación con el FBI en varios asuntos... pero...

William Connor Shaw, director del FBI, era conocido como el hombre más honrado del Gobierno. Aunque políticamente ingenuo, rezumaba integridad, y eso no era tan malo para el FBI. Eso pensaban en el Congreso. Hasta se hablaba de eliminar a los fiscales especiales desde que el FBI se había vuelto tan limpio, sobre todo después de que el fiscal especial arruinó el... Pero el Bureau no había participado en ese asunto.

El caso era interesante, ¿no? Uno podía ganarse un buen ascenso con algo así.

XVII. ELABORACIÓN

«Es que los días son más breves», se dijo Jack. No era que él llegara tan tarde, sino que los días se estaban acortando. La órbita de la Tierra alrededor del Sol y el eje de rotación, que ya no estaba perpendicular con el plano de la,.. ¿elíptica? Algo así. El chófer lo dejó frente a la puerta y él entró con paso cansino. Descontando los fines de semana, ¿cuánto tiempo llevaba sin ver su casa a la luz del día, no recortada por las luces eléctricas? Lo único bueno era que no traía trabajo a casa. Pero eso tampoco era del todo cierto. Aunque no trajera documentos, era más difícil despejar la mente que limpiar el escritorio.

Ryan oyó los sonidos de una casa normal: el televisor, sintonizado en Nickelodeon; el ruido de la lavadora. Había que hacerla reparar. Entró en la sala.

-¡Papá! -Jack Junior corrió a darle un abrazo, seguido de una mirada quejumbrosa-. ¡Prometiste llevarme a un partido de béisbol!

«Maldita sea...» Las clases ya habían comenzado y no quedarían más de diez o doce partidos en Baltimore. Era preciso, tenía que hacerlo... ¿Cuándo? ¿Cuándo podría tomarse algún tiempo? El proyecto para el nuevo centro de comunicaciones estaba hecho sólo a medias y era asunto suyo... El contratista llevaba una semana de retraso y Jack tenía que ocuparse de eso para que estuviera listo a tiempo...

-Lo intentaré, Jack -prometió Ryan a su hijo, demasiado pequeño para entender cualquier obligación que no fuera una promesa de su padre.

-¡Pero me lo prometiste, papá!

-Lo sé. -¡Mierda! Jack tomó nota mentalmente. Había de solucionar eso.

-Hora de acostarse -anunció Cathy-. Mañana hay que ir a la escuela.

Ryan dio un beso y un abrazo a sus hijos, pero esa muestra de cariño no hizo sino dejarle un vacío en la conciencia. ¿En qué clase de padre se estaba convirtiendo? Jack Junior hacía la primera comunión en abril o mayo y él no sabía si estaría en casa para la ocasión. Sería mejor averiguar la fecha para preverla con antelación. Jack se obligó a recordar que nimiedades como las promesas hechas a sus hijos eran... ¿Nimiedades?

«Por Dios, ¿cómo ocurrió esto? ¿Adónde se ha ido mi vida?»

Siguió con la mirada a sus hijos, que iban a las habitaciones, y se dirigió a la cocina. Su cena esperaba en el horno. Puso el plato en la encimera antes de acercarse a la nevera. Ahora compraba vino en envase de cartón. Era más económico y su gusto se estaba tornando mucho menos selectivo. Los envases de cartón contenían... vino australiano, ¿no? Igual que los vinos californianos veinte años atrás. La cosecha en cuestión era muy afrutada, para disimular sus defectos, y contenía la debida cantidad de alcohol; al fin v al cabo, eso era lo que él buscaba. Miró el reloj de pared. Con mucha suerte, podría dormir seis horas y media, quizá siete, antes de empezar una nueva jornada. El vino le provocaba sueño. En la oficina vivía de café y su organismo se estaba saturando de cafeína. En otros tiempos podía dormitar ante su escritorio, pero ya no. A las once de la mañana su organismo estaba excitado; al caer la tarde sentía en el cuerpo una extraña mezcla de fatiga y atención que a veces lo llevaba a preguntarse si no estaría enloqueciendo. Bueno, mientras siguiera planteándose la pregunta...

Acabó de cenar en pocos minutos. Lástima que el horno hubiera secado la comida. Cathy la había hecho con sus propias manos. Jack tenía decidido llegar a casa a una hora apropiada, pero... siempre pasaba algo. Cuando se puso de pie sintió una punzada en el estómago. Fue al armario y cogió un paquete de tabletas antiácidas del bolsillo del abrigo. Se dirigió a la sala. Masticó y tragó un par de tabletas con un poco de vino, con lo que empezó la tercera copa en los treinta minutos escasos que llevaba en su casa.

Cathy no estaba allí, pero había dejado algunos papeles en la mesa, junto a su silla acostumbrada. Jack prestó atención y creyó oír el ruido de la ducha. Bien. Conectó la televisión por cable y sintonizó la «CNN» para darse otra dosis de información. La pieza principal versaba sobre Jerusalén.

Acomodándose en la silla, se permitió una sonrisa. Aquello funcionaba. La información era sobre el resurgimiento del turismo. Los comerciantes estaban aprovisionando sus tiendas, pues esperaban la Navidad más importante de la última década. Según explicó un judío que había optado por permanecer en la ciudad de Belén, Jesús era, al fin y al cabo, un buen muchacho judío, hijo de una familia respetable. Su socio árabe acompañó al equipo de filmación por la tienda. «¿Un socio árabe? -pensó Jack-. Bueno, ¿por qué no?»

«Vale la pena -se dijo-. Tú ayudaste a que esto ocurriera. Has ayudado a salvar vidas. Y si nadie lo sabe, ¿qué diablos importa? Lo sabes tú. Lo sabe Dios. ¿No basta con eso?»

«No», se contestó, en un silencioso destello de franqueza.

¿Qué importaba que la idea no hubiera sido del todo original. ¿Qué idea lo era? Había sido su pensamiento el que organizó todo, sus contactos los que pusieran en marcha al Vaticano, sus... Merecía algo, algún reconocimiento, por lo menos una pequeña nota a pie de página en algún libro de historia, pero ¿lo conseguiría?

Jack resopló. Seguramente, no. Liz Elliot, esa zorra astuta, decía a todo el mundo que la

Librodot

cosa era obra de Charlie Alden. Si Jack intentaba alguna vez aclararlo, quedaría como un cerdo que robaba el crédito a un difunto... que además había sido buen hombre, pese a su fallo con esa chica Blum. «Animate, Jack. Aún estás vivo. Tienes esposa, tienes hijos.,.»

Pero no era justo. ¿Justo? ¿Desde cuándo la vida tenía que ser justa? ¿Acaso se estaba convirtiendo en uno de ésos? En otro como Liz Elliot, idiota ambiciosa y corta de luces, con un ego inversamente proporcional a su carácter. Con frecuencia se había preguntado cuál era el proceso por el cual se corrompía una persona. Había temido las convicciones radicales: decidir que determinada causa o misión era tan vital al extremo de perder la perspectiva de las cosas importantes, como el valor de una vida humana, aunque fuera la vida de un enemigo. El no había perdido eso y estaba seguro de no lo perdería nunca. Eran las cosas más sutiles las que lo estaban cansando. Se estaba convirtiendo en un funcionario, preocupado por el crédito, el estatus y la influencia.

Cerró los ojos para recordar lo que ya tenía: una esposa, dos hijos, independencia financiera, logros que nadie podría quitarle jamás.

«Te estás convirtiendo en uno de ellos...»

Había luchado, había llegado a matar para defender a su familia. Aunque eso pudiera ofender a Elliot, en momentos de calma como aquél Jack recordaba la ocasión con una sonrisa escéptica. A doscientos metros de donde ahora estaba había plantado tres balas en el pecho de un terrorista, con fría efectividad, poniendo en práctica todo lo aprendido en Qantico. El hecho de que su corazón latiera mil veces por segundo, el que hubiera estado a punto de orinarse encima y hubiera tenido, que tragarse el vómito, todo eso carecía de importancia. Habías hecho lo que debía hacer, y gracias a eso su esposa y sus hijos seguían con vida. Había demostrado su hombría de todas la maneras posibles: al conquistar a una mujer maravillosa y al casarse con ella, al engendrar dos hijos, regalos del cielo, a defenderlos a todos con habilidad y coraje. Cada vez que e! destino presentaba un desafío, Jack le salía al encuentro y hacía lo necesario.

«Sí -se dijo, sonriendo al televisor-. Al diablo con Liz Elliot.» Quedaba por ver si el diablo estaba dispuesto a aceptar a aquella zorra fría, enjuta, arrogante y... ¿qué más? La mente de Ryan se detuvo, buscando una respuesta. ¿Qué más? Ella era débil. Débil y tímida. Bajo la jactancia y la dureza, ¿que había en realidad? Poca cosa, probablemente, no era la primera vez que Ryan se topaba con ese tipo de asesores de Seguridad nacional. Desagradables y calculadores. ¿Quién querría acostarse con ella? No era muy inteligente y no tenía nada para respaldar la escasa inteligencia que pudiera poseer. Suerte para ella que el presidente pudiera recurrir a Bunker y Talbot.

«Tú eres mejor que cualquiera de ellos.» Resultó satisfactorio acompañar el último sorbo de vino con aquel pensamiento «¿Y si bebo otra copa? Este brebaje no es tan malo, después de todo.»

Al volver de la cocina vio que Cathy también estaba allí, repasando sus notas en su sillón de respaldo alto.

-¿Quieres una copa de vino, querida?

La doctora Caroline Ryan meneó la cabeza.

-Mañana tengo dos procedimientos.

Jack se sentó en el otro sillón, y miró a su esposa por el rabillo del ojo.

-Caramba...

Cathy levantó la vista de sus papeles para dedicarle una sonrisa. Estaba agradablemente maquillada. Jack se preguntó cómo se las había compuesto para no arruinarse el peinado en la ducha.

-¿De dónde sacaste eso?

-De un catálogo.

La doctora Caroline Muller Ryan vestía una bata negra, obra maestra de revelación y disimulo. Resultaba difícil determinar qué la sostenía en su sitio. Debajo había algo transparente y... muy bonito. Sin embargo, el color era extraño. Todos los camisones de Cathy eran

Librodot

blancos. El no olvidaba nunca el maravilloso camisón blanco que se había puesto para la noche de bodas. Por entonces ya no era virgen, pero de algún modo la seda nívea le daba ese aspecto. Y ése también era un recuerdo que no perdería nunca. Cathy no había vuelto a usarlo; decía que, como el vestido de novia, era algo que se ponía una sola vez. «¿Qué he hecho para merecer esta mujer maravillosa?», se preguntó Jack.

-¿Y a qué debo este honor? -inquirió.

-He estado pensando.

-¿En qué?

-Bueno, el pequeño Jack tiene siete años. Sally, diez. Quiero otro.

-¿Otro qué? -Jack dejó su copa.

-¡Otro bebé, tonto!

-¿Por qué?

-Porque puedo y porque quiero tenerlo. Si te molesta, lo lamento -prosiguió, con una sonrisa suave-. El ejercicio, quiero decir.

-Creo que podré soportarlo.

-Tengo que levantarme a las cuatro y media -dijo Cathy-. El primer procedimiento es antes de las siete.

-¿Y?

-Y... -Ella se levantó para besar a su esposo en la mejilla-. Acompáñame arriba.

Ryan permaneció sentado por un minuto o dos, mientras terminaba el vino y apagaba el televisor, sonriendo para sus adentros. Verificó que toda la casa estuviera con llave y con el sistema de alarma conectado. Luego pasó por el baño para lavarse los dientes. Un breve vistazo a la cómoda reveló un termómetro y una tarjeta de fechas y temperaturas. Así pues, ella no bromeaba. Lo había estado pensando y, desde luego, callándoselo todo. Bueno, no estaba mal.

Jack entró en el dormitorio y se detuvo para colgar su ropa. Antes de reunirse con su esposa, se puso una bata de bario. Ella le echó los brazos al cuello y se besaron.

-¿Estás segura, querida?

-¿Te molesta?

-Para complacerte, Cathy, cualquier cosa que quieras y yo pueda darte. Cualquier cosa.

«Ojalá dejaras de beber», pensó ella, pero no lo dijo. No era buen momento. Sintió las manos de su esposo a través de la bata. Jack tenía manos fuertes pero suaves, que ahora seguían su silueta por sobre el atuendo. Era una prenda barata y llamativa, pero toda mujer tenía derecho a mostrarse barata y llamativa de vez en cuando, aunque fuera profesora adjunta de cirugía oftalmológica en el Instituto Wilmer del Hospital Johns Hopkins. La boca de Jack sabía a dentífrico y vino blanco barato, pero por lo demás olía a hombre, el hombre que había convertido la vida de Cathy en un sueño... en su mayor parte trabajaba en exceso, bebía demasiado y no dormía lo suficiente. Pero por debajo de todo eso estaba su hombre. Y no lo había mejor, pese a sus debilidades, ausencias y todo lo demás.

Cuando las manos de Jack hallaron los botones, Cathy murmuró suavemente. El captó el mensaje, pero sus dedos estaban torpes. Los fastidiosos botones eran pequeños y pasaban por diminutas presillas de tela. Pero detrás de los botones y las presillas estaban sus pechos, y eso le impedía detenerse. Cathy aspiró hondo y percibió su talco favorito. No le gustaba el perfume: en su opinión, la mujer generaba todos los olores que un hombre pudiera necesitar. Listo. Las manos de Jack acababan de encontrar su piel desnuda, suave y aún joven. Treinta y seis años no era demasiado para tener otro hijo. Sólo quería uno más, sentir otra vez una vida creciendo en su interior. Soportaría el estómago revuelto, la vejiga comprimida, las diversas molestias que sólo eran un detalle del milagro de la vida nueva. Los dolores del parto... no eran nada gratos, pero el hacerlo, el tener a Jack junto a ella como al nacer Sally y el pequeño Jack, era el acto de amor más profundo que ella conociera jamás. Eso era ser mujer: poder traer vida al mundo, dar al hombre el único tipo de inmortalidad posible, como él se lo daba a ella.

Librodot

Y además, pensó conteniendo una risita, el ejercicio quedar embarazada era muchísimo mejor que el footing.

Las manos de Jack la desnudaron por completo y la tendieron en la cama. Era hábil para esas cosas; lo había sido siempre, desde la primera vez, pese a los nervios. En aquel momento ella había tenido la seguridad de que él pediría su mano... después de haber probado las otras partes. Otra risita de pasado y presente, en tanto las manos de Jack se deslizaban sobre una piel a un tiempo fría y cálida al tacto. Ella le había visto el miedo en los ojos al proponérselo, después de haber reunido coraje; lo aterrorizaba la posibilidad de ser rechazado, cuando era ella quien estaba afligida desde hacía una semana, al punto de llorar por temor a que él cambiara de idea y no le propusiera matrimonio, de que encontrara a otra. Desde antes de aquella primera vez. Cathy estaba segura de que él era el hombre con quien compartiría su vida; suyos serian los hijos que diera a luz y a él lo amaría hasta la tumba; tal vez más allá, si los sacerdotes estaban en lo cierto. No era por su complexión ni por su fuerza; ni siquiera por la bravura que había tenido que demostrar dos veces en su presencia... y probablemente muchas veces más, en lugares de los que ella nada sabría. Era por su bondad, por su gentileza y por una fuerza que sólo adivinaban los perceptivos. Su esposo era un hombre corriente en algunos aspectos; en otros, inigualable; pero en todos era un hombre, con mucha fortaleza y pocas debilidades...

Y esa noche le daría otro lujo. Su ciclo, regular como siempre, había sido confirmado por la temperatura de la mañana. Cathy admitía que sólo era una probabilidad estadística, pero una probabilidad muy elevada, en su caso. «No tengo que ponerme demasiado profesional, tratándose de Jack y de un momento como éste.»

Su piel ya estaba en llamas. ¡Qué bien lo hacía Jack! Sus besos, a un tiempo suaves y apasionados; sus manos, tan maravillosamente hábiles. Le estaba arruinando el peinado, pero no importaba. El gorro de cirugía hacía de las permanentes un gasto inútil de tiempo y dinero. Al aroma del talco se mezclaban ahora los olores más significativos de la mujer casi dispuesta. Habitualmente ella participaba más en esa etapa, pero aquella noche dejaba que Jack lo hiciera todo, buscando en su piel sedosa las zonas más sensibles. A veces él lo prefería así. Pero también le gustaba que ella desempeñara un papel más activo. Había muchas maneras de hacerlo.

Cathy arqueó la espalda y gimió de placer. Llevaban tanto tiempo casados que él conocía todas las señales. Lo besó con fuerza, caprichosamente, hundiéndole las uñas en los hombros. Esa señal significaba ¡ahora!

Pero no ocurrió nada.

Le tomó las manos para besárselas y se las llevó hacia abajo, para hacerle saber que estaba preparada.

Se lo notaba inusualmente tenso. Bueno, lo estaba presionando... ¿Por qué no dejar que...? Al fin de cuentas había dejado que él se hiciera cargo de todo y si cambiaba ahora... Le llevó la mano hacia el pecho y no hubo desilusión. Ahora Cathy lo observaba con más atención. Al menos lo intentaba. Jack no había perdido su capacidad de excitarla. Gimió otra vez, lo besó con fuerza, jadeando para hacerle saber que él era el único, que su mundo se centraba en él como el de Jack en ella. Pero él continuaba con la espalda y los hombros tensos. ¿Qué ocurría?

Volvió a deslizarle las manos por el torso, tirando juguetonamente del vello negro. Eso siempre lo excitaba... sobre todo si sus manos descendían hasta...

-Jack, ¿qué pasa?

El tardó una eternidad en responder.

-No lo sé. -Se dio vuelta, apartándose de su esposa, y se tendió de espaldas con los ojos clavados en el techo.

-¿Cansado?

-Creo que es eso. -Las palabras sonaban gangosas-. Lo siento, querida.

«¡Vaya por Dios!» Pero antes de que a Cathy se le ocurriera algo más, los ojos de Jack se

cerraron.

Cathy se levantó de la cama y recogió su bata. La colgó antes de buscar un camisón adecuado para dormir y se dirigir al cuarto de baño.

«Es un hombre, no una máquina. Está cansado. Ha estado trabajando demasiado. Todo el mundo tiene un mal día. A veces él quiere y yo no estoy de humor. Y a veces eso lo enfurece un poco, sin que sea culpa suya ni mía. Formamos un matrimonio estupendo, pero no es perfecto. Jack es el mejor de los hombres que hayas conocido pero tampoco es perfecto... Pero yo quería... Yo quería otro bebé. ¡Y este momento es tan adecuado...!»

Los ojos de Cathy se llenaron de lágrimas por la desilusión. No era justa, lo sabía, pero aun así se sentía desilusionada. Y algo enfadada.

-Bueno, comodoro, no puedo abandonar el servicio. -Caramba, Ron, ¿cómo voy a permitir que un viejo compañero de a bordo suba a un coche de alquiler?

-En realidad, eso es lo que corresponde.

Mancuso bufo. Su chófer arrojó las bolsas al asiento trasero del «Plymouth» de la Marina, mientras él y Jones se acomodaban en el vehículo.

-¿Cómo está la familia?

-Muy bien, comodoro, gracias.

-Ya puedes llamarme Bart, doctor Jones. Además, acabo de ser seleccionado para almirante.

-¡Felicidades! -comentó el doctor Ron Jones-. Bart, me gusta que nos tuteemos, pero no me llames Indy. En cuanto a la familia, veamos: Kim ha vuelto a la universidad para cursar el doctorado. Los chicos ya van todos a la escuela (o a la guardería, lo que sea) y yo me estoy convirtiendo en un verdadero comerciante.

-Creo que el término correcto es empresario -observó Mancuso.

-Sí, gran parte de la empresa es mía. Pero sigo ensuciándome las manos. Tengo un experto en economía para que se encargue de la contabilidad y toda esa porquería. A mí sigue gustándome el trabajo de verdad. El mes pasado estuve en AUTEC, en el Tennessee, para revisar un sistema nuevo. -Jones miró al chofer-. ¿Se puede hablar aquí?

-El suboficial Vincent tiene una credencial de seguridad más alta que la mía. ¿no?

-Sí, señor. El almirante siempre tiene razón, señor -aseguró el chófer mientras se desviaba hacia Bangor.

-Tienes un problema, Bart.

-¿Grande?

-Un problema sin igual, capitán -dijo Jones, volviendo a los tiempos en que él y Mancuso hacían cosas interesantes a bordo del USS Dallas-. Es la primera vez que sucede.

Mancuso le leyó los ojos.

-¿Tienes fotografías de los chicos?

Jones asintió.

-Claro. ¿Cómo están Mike y Dominic?

-Mike quiere entrar en la Academia de la Fuerza Aérea.

-Dile que el oxígeno estropea el cerebro.

-Y Dominic está pensando en la Técnica de California.

-¿De veras? Caramba, puedo ayudarlo a ingresar.

El resto del trayecto estuvo dedicado a la charla intrascendente. Mancuso entró en su despacho y, después de cerrar la puerta insonorizada, pidió café a su camarero.

-¿Qué problema es ése, Ron?

Jones vaciló apenas un segundo antes de responder.

-Creo que alguien estuvo siguiendo al Maine.

-¿Seguir a un Ohio? Oh, vamos.

-¿Dónde está la nave ahora?

Librodot

-Volviendo al mar, con la tripulación Azul. Cuando salga de los estrechos se unirá a un 688 para verificar algunos ruidos y después irá a su zona de patrulla.

Mancuso podía hablar casi sin restricciones con Jones. Su empresa asesoraba a la Marina de EE.UU. sobre la tecnología de sonar para todos los submarinos y plataformas antisubmarinas; eso, necesariamente, incluía muchas informaciones operativas.

-¿Hay en la base algún miembro de la tripulación Dorada.

-El capitán salió de vacaciones. Está el primer oficial, Dutch Claggett, ¿Lo conoces?

-¿No estaba en el Norfolk? Un negro, ¿no?

-Si.

-Me han hablado bien de él. Hizo un buen trabajo con un grupo de portaaviones para calificarse para el mando. Yo iba en un «P-3» cuando él los puso en línea.

-Probablemente, el año que viene, a estas alturas, será capitán de ataque rápido.

-¿Quién es su capitán?

-Harry Ricks. ¿También te han hablado de él?

Jones bajó la vista al suelo y murmuró algo.

-Un jefe retirado que hizo el último viaje con Ricks me ha dicho que es bastante malo. ¿Es tan malo como dicen?

-Es un ingeniero estupendo -aseguró Mancuso-. De veras. En ese tipo de cosas es un genio.

-Tú también, lo eres, capitán. Pero Ricks ¿sabe conducir? -¿Quieres café, Ron? -Mancuso señaló la cafetera.

-Le convendría hacer venir al oficial Claggett, señor.

-Jones se levantó para servirse café-. ¿Desde cuándo te dedicas a la diplomacia?

-Responsabilidades de mando, Ron. Nunca he contado a nadie aquella locura que hiciste en el Dallas.

Jones se volvió y soltó una carcajada.

-Bueno, me has ganado. Tengo el análisis de sonar en el maletín. Necesito ver el curso trazado, los registros de profundidad y todo lo demás. Creo que el Maine fue seguido. Y eso no es broma, Bart.

Mancuso tomó el teléfono.

-Busque al teniente Claggett. Lo quiero de inmediato en mi despacho. Gracias. -Colgó-. ¿Estás seguro, Ron...?

-Yo mismo hice el análisis. Uno de mis hombres lo estudió y olfateó algo. Pasé cincuenta horas estudiando los datos. Una posibilidad contra tres, tal vez más, de que alguien lo estuviera siguiendo.

Bart Mancuso dejo su café.

-Me cuesta creerlo.

-Lo sé. Eso mismo puede estar arruinándome el análisis. Es bastante increíble.

En la Marina de EE.UU. era artículo de fe que sus submarinos de misiles nunca habían sido rastreados cuando estaban en patrullas de detección. Sin embargo, todo artículo de fe tiene fallos.

La localización de las bases de submarinos de misiles no era ningún secreto. Hasta el servicio de correos sabía adónde ir. En su búsqueda de costo-eficiencia, la Marina empleaba principalmente a civiles para la seguridad de sus bases, salvo donde había armas nucleares: allí destacaba marines. Dondequiera se vieran marines había armas nucleares. Se lo consideraba medida de seguridad. Los submarinos de misiles eran inconfundibles, diferentes de los submarinos de ataque rápido, mucho más pequeños. Sus nombres estaban en el registro de la Marina y sus tripulantes usaban gorras que los identificaban por nombre y número de casco. Puesto que esos conocimientos estaban a disposición de cualquiera, los soviéticos sabían dónde apostar sus propios submarinos de ataque rápido para sorprender a los boomers cuando salían al mar.

Al principio eso no había sido problema. Las primeras clases de submarinos soviéticos de ataque veloz estaban equipadas con sonares «Helen Keller», que no veían ni oían, y los

Librodot

submarinos eran más ruidosos que automóviles sin silenciador. Todo eso cambió con el advenimiento de la clase Victor III, que se parecía a una clase norteamericana 594 avanzada en el nivel de ruido irradiado, además de haber mejorado su sonar. De vez en cuando aparecían Victor III en el estrecho de Juan de Fuca (y en cualquier otro lugar) esperando que saliera algún submarino estadounidense. En algunos casos, puesto que las entradas a puerto son aguas restringidas, establecían contacto y lo mantenían. Eso incluía ocasionalmente ondas de sonar activo, que ponían nerviosos y fastidiaban a los tripulantes norteamericanos. Por tanto, los submarinos de misiles solían salir acompañados de submarinos de ataque rápido, cuya misión era ahuyentar a los soviéticos. Esto se lograba, simplemente, ofreciendo otro blanco para el sonar, confundiendo la situación táctica o, a veces, obligando a los submarinos rusos a desviarse con empellones. De hecho, los submarinos de misiles norteamericanos habían sido rastreados, pero sólo en aguas de poca profundidad, cerca de puertos bien conocidos por períodos breves. Apenas llegaban a aguas profundas, aumentaban la velocidad para confundir al sonar que los siguiera, maniobraban de manera evasiva y quedaban en silencio absoluto. En ese punto, invariablemente el submarino norte americano rompía el contacto El soviético perdía su objetivo y se convertía en presa, en lugar de ser el cazador. Los submarinos nucleares llevaban operadores de torpedo muy bien preparados; los capitanes más agresivos hacían cargar cuatro tubos con soluciones que se disparaban contra el submarino soviético, ya cegado, en tanto deambulaba en vulnerable desconcierto.

La sencilla verdad era que los submarinos de misiles norte americanos eran invulnerables en sus zonas de patrulla. Cuando se enviaba a submarinos de ataque rápido en su persecución se atendía mucho a la profundidad de la operación, tal como se hace en el control de tráfico de la aviación comercial, para que no ocurriera una colisión por casualidad. Los submarinos de ataque rápido, hasta los más avanzados de la clase 688, rara vez seguían a los submarinos de misiles, los Ohios detectados se podían contar con los dedos de una mano, y la mayoría por un grave error del capitán; aun así se requería un capitán de ataque rápido muy hábil y afortunado para detectarlo. El Omaha tenía uno de los mejores capitanes de la Flota del Pacífico, pero hasta él había fracasado en el intento de hallar al Maine, pese a tener buenos datos de Inteligencia, mejores que cuantos pudiera conseguir un comandante soviético.

-Buenos días, señor -dijo Dutch Claggett desde la puerta-. Estaba allí mismo, en Personal.

-Le presento al doctor Ron Jones, comandante.

-¿Es el Jones de quien usted tanto se jacta, señor? -Clagget estrechó la mano al civil y quedó petrificado al ver las expresiones de ambos hombres.

-¿Qué ocurre?

-Siéntese -dijo Mancuso-. Ron cree que el Maine pudo haber sido seguido en su última patrulla.

-Tonterías -aseguró Claggett-. Perdón, señor.

-Se muestra muy confiado -comentó Jones.

-El Maine es nuestro mejor submarino, doctor Jones. Somos como un agujero negro. No irradiamos sonido; lo chupamos de alrededor.

-Ese es el eslogan propagandístico, comandante, hablemos en serio -Ron sacó de su maletín un pesado fajo de papel de ordenador-. Ocurrió más o menos al promediar la patrulla.

-Ah, sí, fue cuando nos filtramos detrás del Omaha.

-No me refiero a eso. El Omaha estaba frente a ustedes -dijo Jones, pasando a la página correspondiente.

-Todavía no me lo creo, pero déjeme ver eso.

Las páginas de ordenador eran, esencialmente, un gráfico de dos «cataratas» de sonar. Presentaban referencias de tiempo y rumbo. Una hoja separada indica los datos ambientales, en particular la temperatura del agua.

-Tenían mucho ruido ambiental que los distraía -puntualizó Jones, señalando las anotaciones de las páginas-: catorce barcos pesqueros, seis buques mercantes y grandes olas que estiraban el krill. Tal vez el sonar estaba algo sobrecargado. También tenían una capa

Librodot

bastante dura.

-Todo eso es cierto -reconoció Claggett.

-Y esto ¿qué es? -Jones señaló un capullo de ruido en la gráfica.

-Bueno, estábamos rastreando al Omaha y el capitán decidió sacudirlos con una bolsa de agua.

-¿De verdad? -preguntó Jones-. Bueno, eso explica su reacción. Supongo que se mojaron los pantalones y se desviaron hacia el norte. Por cierto, a mí no habrían podido hacérmelo.

-¿Seguro?

-Desde luego -replicó Jones-. Siempre presto mucha atención a lo que tengo a popa. He navegado en Ohios, comandante, ¿sabe? Uno puede ser seguido, como cualquiera. No se trata sólo de la plataforma. Observe esto.

La gráfica mostraba una cacofonía de puntos; en su mayoría parecían sólo ruidos al azar, como si un congreso de hormigas hubiera pasado horas caminando por esas páginas. Como en todo lo ocurrido al azar, había irregularidades, sitios donde ninguna hormiga había pisado, o lugares donde se habían congregado en gran número para luego dispersarse.

-Esta línea de rumbo -señaló Jones- se repite ocho veces y vuelve sólo cuando la capa se afina.

El comandante Claggett frunció el entrecejo.

-¿Ocho? Estas dos podrían ser reverberaciones de los barcos pesqueros o contactos ZC muy lejanos. -Hojeó las páginas. Claggett conocía su sonar-. Esto es muy débil.

-Por eso sus operadores no lo captaron, ni a bordo ni aquí. Pero para eso se me contrató: para verificar datos -dijo Jones-. ¿Quién estaba allí?

-¿Comodoro? -inquirió Claggett. A un gesto de asentimiento de éste, respondió-: Había por allí un clase Akula. Los «P-3» lo perdieron al sur de Kodiak. Puede haber estado a unos novecientos kilómetros de nosotros. Eso no significa que se trate de él.

-¿Cuál era?

-El Admiral Lunin -contestó Claggett.

-¿El capitán Dubinin?

-Caramba, qué datos tiene usted comentó Mancuso-. Dicen que ese hombre es muy bueno.

-Debe de serlo, porque tenemos un amigo común. ¿El comandante Claggett está autorizado a saberlo?

-No. Lo siento, Dutch, pero eso es muy secreto.

-Pues debería estar autorizado -protestó Jones-. La basura del secreto llega demasiado lejos, Bart.

-Las reglas son las reglas.

-Ya. Bien, éste es el que me intrigó. Última página. -Ron buscó el final-. Estaban llegando a la profundidad de la antena.

-Sí. Práctica con misiles.

-Hicieron algunos ruidos de casco.

-Ascendimos de prisa, y el casco es de acero -puntualizó Claggett, algo fastidiado-. ¿Y bien?

-El casco subió por la capa más rápido que la «cola». El sonar de remolque captó esto.

Claggett y Mancuso vieron una línea vertical confusa, pero de una frecuencia que denotaba la señal acústica de un submarino soviético. No era, por cierto, una evidencia incontestable, pero estaba bien a popa del Maine.

-Si yo fuera un jugador, apostaría dos a uno a que, mientras ustedes estaban por debajo de la capa, alguien los seguía por arriba, dejando que la cola pendiera bajo ella. Captó la señal de casco, vio que iban a emerger y se zambulló bajo la capa justo cuando ustedes subían. Movimiento astuto, pero el gran ángulo ascendente hizo que la cola del Maine permaneciera abajo por más tiempo del debido. Fue allí donde apareció esta señal.

-Pero después de eso no hay nada.

-Nada en absoluto -admitió Jones-. No volvió jamás. Hasta el final de las grabaciones no

Librodot

hay sino ruido casual y contactos identificados.

-Es poco firme, Ron -observó Mancuso.

-Lo sé. Por eso he venido personalmente. Por escrito no hubiera podido convenceros.

-¿Qué sabes de los sonares rusos que nosotros ignoremos?

-Que están mejorando. Se aproximan a los que nosotros teníamos hace... diez o doce años. Prestan más atención que nosotros a la banda amplia. He convencido al Pentágono de que eche otro vistazo al sistema de integración de banda amplia que está elaborando Texas Instruments. Comandante, ¿qué decía usted de los agujeros negros? Eso tiene doble filo:

un agujero negro no se puede ver, pero sí detectar. ¿Y si se rastreara a un Ohio por lo que debería estar allí y no está?

-¿El ruido de fondo?

-Sí -confirmó Jones-. Hace un agujero en él. Hace un punto negro en el que no hay ruido. Si el soviético puede aislar una línea de rumbo en su equipo, si tiene muy buenos filtros y un operador de sonar que sea dinamita, creo que es posible... con la ayuda de alguien.

-Eso sí que es poco firme.

Jones aceptó la observación.

-Pero no imposible. He hecho los cálculos. No es fácil, pero tampoco imposible. Más aún, ahora podemos rastrear por debajo del ambiente. Tal vez ellos también puedan hacerlo. Dicen que han empezado a fabricar una cola de apertura grande, la diseñada por los tipos de las afueras de Murmansk. Tan buena como era la «BQR-15».

-No lo creo -dijo Mancuso.

-Yo lo sé, capitán. No es tecnología nueva. ¿Qué sabemos del Lunin?

-En estos momentos está en reparaciones. Veamos. -Mancuso se volvió para mirar la carta de proyección polar pegada a la pared de su oficina-. Si se trataba de él, volvió directamente a la base. Técnicamente, es posible, pero hay mucho que suponer.

-Yo digo que ese bicho estaba muy cerca cuando disparasteis la bolsa de agua; cuando os desviasteis hacia el sur, él hizo lo mismo; le proporcionasteis una señal de casco a la que él reaccionó y luego rompió el contacto por su cuenta. Los datos son pocos, pero coinciden. Es una probabilidad. Para eso me pagan, amigos.

Al cabo de un momento, Mancuso comentó:

-He elogiado a Ricks por haber sacudido así al Omaha. Quiero capitanes agresivos.

Jones rió entre dientes para quebrar la tensión.

-No sé por qué, Bart.

-Dutch sabe lo de aquel trabajo que hicimos en la playa aquella captura.

-Eso fue algo excitante -admitió Jones.

-Una posibilidad contra dos...

-La probabilidad aumenta si uno supone que el otro capitán es inteligente. Dubinin tuvo un gran maestro.

-¿De qué están hablando? -preguntó el teniente comandante Claggett.

-Usted sabe que tenemos información sobre la clase rusa Typhoon y aún más sobre sus torpedos. ¿Nunca se ha preguntado cómo la conseguimos, comandante?

-¡Maldita sea, Ron!

-No he infringido ninguna regla, capitán. Además, él tiene que saberlo.

-No puedo permitirlo y tú lo sabes.

-Está bien, Bart. -Jones hizo una pausa-. Comandante, usted puede preguntarse cómo conseguimos tantos datos de una sola vez. Y hasta puede que acierte.

Claggett había oído algunos rumores; por ejemplo, sobre el motivo por el que la dársena Ocho Diez de Norfolk permaneció cerrada por tanto tiempo, algunos años atrás. Corría una historia, que sólo se repetía en el interior de los submarinos, mar adentro y muy por debajo de la superficie, según la cual la Marina de EE.UU. se las había arreglado para apoderarse de un submarino de misiles ruso y un reactor muy extraño había aparecido en Idaho, en la escuela de energía nuclear de la Marina, de donde había desaparecido después de ser sometido a

Librodot

ciertas pruebas; también se decía que en Groton habían aparecido, como por arte de magia, diseños completos y algunas piezas de torpedos soviéticos, y que dos proyectiles disparados por la noche en la base que la Fuerza Aérea tenía en Vandenberg no eran norteamericanos. La Marina había obtenido mucha información que parecía provenir de alguien que sabía muy bien lo que decía (no siempre ocurre así con la información de Inteligencia) sobre las tácticas y el entrenamiento de los submarinos soviéticos. A Claggett le bastó observar el uniforme de Mancuso para reconocer la cinta de una Medalla por Servicios Distinguidos, la condecoración más importante en tiempos de paz. La cinta presentaba una estrella, señal de que había otra similar. Mancuso era relativamente joven para un mando de escuadrón y demasiado para joven contraalmirante. Y aquel hombre, que había navegado a las órdenes de Mancuso, ahora lo llamaba por su apodo. Hizo un gesto de asentimiento al doctor Jones,

-Entiendo. Gracias.

-¿Opinas que pudo ser una falla del operador?

Jones frunció el ceño. No sabía tanto de Harry Ricks.

-Mala suerte, sobre todo. 0 buena suerte, según se mire. No ocurrió nada grave y aprendimos algo. Sabemos más que antes sobre el Akula. Se presentó una extraña serie de circunstancias. Tal vez no vuelva a ocurrir en cien años. Tu capitán fue víctima de las circunstancias y el otro tipo (si hubo otro allí) era inteligentísimo, el maldito. Oye, lo importante de los errores es que sirven para aprender, ¿no?

-Harry vuelve dentro de diez días -dijo Mancuso-. ¿Puedes venir en esa fecha?

-Lo siento. -Jones meneó la cabeza-. Estaré en Inglaterra. Saldré en el británico Turbulent para pasar unos cuantos días jugando al escondite. Los británicos tienen un nuevo procesador que debemos observar y me encargaron la tarea.

-No van a pedirme que informe de esto al capitán Ricks, ¿verdad, señor? -preguntó Claggett, tras reflexionar un momento.

-Dutch. ¿Tratas de decirme algo?

El primer oficial puso expresión de desdicha.

-Es mi jefe, señor, y no es mal jefe, aunque sí algo positivo en su manera de pensar.

«Muy bien expresado -pensó Jones-. No es mal jefe..., algo positivo... Acaba de decir que su capitán es un idiota, pero nadie podría acusarlo de deslealtad.» Ron se preguntó qué clase de hiperingeniero nuclear sería ese Ricks. Lo bueno era que Claggett entendía bien las cosas. Y todo capitán inteligente prestaba oídos a su primer oficial.

-¿Cómo marcha el señor Chambers, capitán?

-Se ha hecho cargo del Key West. Su operador de sonar es un muchacho al que tú enseñaste, Billy Zerwinski. Al parecer, acaban de nombrarlo jefe.

-¿Sí? Me alegro. Ya imaginaba que el señor Chambers iba a llegar lejos, pero Billy Z, de jefe... ¿En qué se está convirtiendo mi Marina?

-Esto no se termina nunca -comentó Qati.

Tenía la piel pálida. Las drogas del tratamiento lo estaban afectando otra vez.

-Eso es falso -replicó Fromm con severidad-. Te dije que tardaríamos varios meses y serán varios meses. La primera vez que se hizo esto se requirieron tres años y los recursos de la nación más rica del mundo. Yo te lo haré en la octava parte de ese tiempo y con un presupuesto ínfimo. Dentro de pocos días empezaremos a trabajar con el rodio y será mucho más fácil.

-¿Y el plutonio? -preguntó Ghosn.

-Será el último metal a trabajar; ya sabes por qué.

-Desde luego, Herr Fromm. Y debemos tener sumo cuidado, porque cuando se trabaja con una masa crítica se debe prestar atención para que no se torne crítica mientras se le está dando forma -respondió Ghosn, dejando entrever su exacerbación. Estaba cansado. Llevaba ya dieciocho horas trabajando en la supervisión de los operadores-. ¿Y el tritio?

Librodot

-Queda para el final. Es relativamente inestable y lo usaremos tan puro como sea posible.

-Claro -bostezó Ghosn, que apenas había oído la respuesta a su pregunta. No se molestó en preguntarse por qué Fromm respondía de ese modo.

Por su parte, el científico tomó nota mentalmente. Paladio. Necesitaba una pequeña cantidad de paladio. ¿Cómo había podido olvidarlo? Gruñó para sus adentros. Largas horas de trabajo, un clima agobiante, trabajadores y auxiliares mohínos. No obstante, era poco precio por una oportunidad así. Estaba haciendo lo que sólo un puñado de hombres había conseguido, y de una manera que igualaba la obra de Fermi y los otros entre 1944 y 1945. No todos los días uno podía compararse con los gigantes y salir con ventaja. Se preguntó, por curiosidad, en qué utilizarían el arma; pero reconoció que eso no le interesaba. Tenía otras cosas que hacer.

El alemán cruzó la sala en dirección a las fresadoras. Allí estaba trabajando otro equipo de técnicos. El trozo de berilio puesto en la máquina tenía una forma muy intrincada y había sido el más difícil de programar, por sus curvas cóncavas, convexas y de formas complejas. La máquina se manejaba por ordenador, desde luego, pero se la observaba continuamente por los paneles Lexan que aislaban la maquinaria. La zona se ventilaba hacia arriba, por medio de un purificador de aire electrostático. No tenía sentido arrojar el polvo metálico al exterior; en realidad, habría representado un gran peligro. Encima de las placas recolectoras electrostáticas había dos metros de tierra. El berilio no era radiactivo, pero el plutonio sí, y pronto habría que trabajar plutonio en esa misma máquina. El berilio era necesario para el artefacto, y también un buen ensayo para tareas posteriores.

La fresadora era como Fromm la había imaginado al encargarla, varios años atrás. La maquinaria, era monitorizada por láser, conseguía un grado de exactitud que no se habría podido lograr apenas cinco años antes. La superficie del berilio brillaba por el pulido; tenía ya la terminación de un fusil de muy buena calidad, aunque estaba sólo en la primera etapa. Los indicadores de la máquina mostraban la tolerancia medida en angstroms. La cabeza giraba a veinticinco mil revoluciones por minuto; antes que pulir, quemaba las irregularidades. Otros instrumentos vigilaban por ordenador el trabajo ejecutado, midiendo tolerancias y aguardando que la cabeza giratoria presentara señales de desgaste; en ese punto la máquina se detendría automáticamente para remplazar la herramienta por una nueva. La tecnología era maravillosa. Los microchips hacían ahora una tarea que antes había estado en manos de especialistas preparados bajo la supervisión de científicos ganadores del premio Nobel.

El receptáculo del artefacto ya estaba fabricado. Era de forma elipsoide; medía noventa y ocho centímetros de longitud por cincuenta y dos en su parte más ancha; el acero tenía un grosor de un centímetro, pues debía ser fuerte pero no demasiado: lo necesario para contener un vacío. También estaban listos para la instalación unos bloques curvos de espuma de polietileno y poliuretano, porque un artefacto de ese tipo requiere las propiedades especiales de los materiales más resistentes y los más endebles, todo a un tiempo. En algunos aspectos estaban adelantados, desde luego, pero no había por qué malgastar tiempo ni dejarse estar. En otra máquina, los trabajadores practicaban otra vez con un lingote de acero inoxidable que simulaba ser el cilindro plegado de plutonio. Era la séptima sesión de práctica. Pese a la sofisticación de las máquinas, los dos primeros salieron mal, como se esperaba. Hacia el quinto habían resuelto la mayor parte del proceso; el sexto intento estaba en condiciones de funcionar, pero no era suficiente para Fromm. El alemán tenía un modelo mental simple para la tarea, formulado por la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio de Norteamérica para describir el primer alunizaje. Para que el artefacto proporcionara la función deseada, debía producirse una compleja serie de eventos individuales en una secuencia de exactitud inhumana. Para él, el proceso era una caminata a través de una serie de puertas. Cuanto más anchas fueran los puertas, más fácil resultaría atravesarlas. Las tolerancias en más o en menos reflejaban un leve cierre de cada puerta. Fromm quería una tolerancia cero. Quería que cada parte del arma se ajustara a sus criterios de diseño con toda la exactitud que la tecnología disponible permitiera. Cuanto más pudiera acercarse a la perfección, más probable

sería que el artefacto funcionara exactamente como él preveía... y hasta mejor. Incapaz de experimentar, y de hallar soluciones empíricas para los complejos problemas teóricos, había exagerado en la fabricación del arma, utilizando una energía varias veces superior a la necesaria para el rendimiento proyectado. Eso explicaba la gran cantidad de tritio que planeaba usar: cinco veces más de lo teóricamente necesario. Eso acarreaba problemas, por supuesto. Su provisión de tritio tenía ya varios años y parte de ella se había convertido en 3He, un isótopo de helio decididamente indeseable; pero al filtrar el tritio por paladio separaría el primer elemento, asegurándose un rendimiento global adecuado. Los fabricantes de las bombas norteamericanas y soviéticas podían permitirse mucho menos, gracias a su larga experiencia. Pero Fromm tenía una ventaja. Su bomba no requería una larga duración en almacenamiento, lujo con el que no contaban soviéticos ni americanos. Era su única ventaja sobre ellos, y Fromm pensaba aprovecharla al máximo. Naturalmente, esa ventaja tenía doble filo, pero Fromm estaba seguro de poseer un control completo sobre el artefacto. «Paladio -se dijo-. No debo olvidarlo.» Pero tenía tiempo de sobra.

-Listo.

El jefe del equipo le hizo señas de que mirara. La pieza de acero inoxidable salió con facilidad de la máquina y fue entregada a Fromm. Tenía treinta centímetros de longitud. La forma era compleja, como la que se obtendría doblando hacia fuera y hacia la base la boca de un vaso. No podía contener agua, pues tenía un agujero en el centro de lo que hubiera sido el fondo. En realidad la contendría, se dijo Fromm, pero no de la manera debida. La pieza pesaba alrededor de tres kilos y su superficie tenía el pulido de un espejo. La sostuvo a la luz, buscando imperfecciones e irregularidades. No tenía tan buena vista. La calidad de la terminación era más fácil de comprender matemáticamente que visualmente. La superficie, según decía la máquina, tenía una exactitud de una milésima de micrón.

-Es una joya -observó Ghosn, de pie tras Fromm.

El operador de la máquina sonrió con toda la cara.

-Correcto -fue el dictamen de Fromm. Miró al operador-. Cuando hayas hecho cinco más, igualmente buenas, quedaré satisfecho. Cada segmento de metal debe tener esta calidad. Empieza otro.

Fromm entregó la pieza a Ghosn y se marchó.

-Infiel -gruñó el operario por lo bajo.

-Sí -reconoció Ghosn-. Pero es el hombre más hábil de cuantos he conocido.

-Yo preferiría trabajar para un judío.

-Este trabajo es estupendo -dijo Ghosn, para cambiar de tema.

-Yo pensaba que era imposible pulir el metal con tanta exactitud. Esa máquina es increíble. Podría hacer cualquier cosa con ella.

-Me alegro. Haz otro de éstos -le dijo Ghosn con una sonrisa.

-Como tú mandes.

Ghosn se dirigió hacia la habitación de Qati. El comandante tenía ante sus ojos una bandeja con alimentos sencillos, pero no se atrevía a tocarlos por miedo a las náuseas.

-Quizás esto te haga sentir mejor -le dijo Ghosn.

-¿Qué es? -preguntó Qati, tomando el objeto.

-Así quedará el plutonio.

-Como vidrio.

-Más pulido. Esto podría ser un espejo de láser. Podría decirte cuál es la precisión de esa superficie, pero en tu vida has podido ver algo tan pequeño. Fromm es un genio.

-Es un tipo arrogante y autoritario...

-Sí, comandante, cierto. Pero es exactamente el hombre que necesitamos. Yo jamás habría podido hacerlo. Tal vez en uno o dos años habría transformado esa bomba israelí en algo que funcionara; los problemas eran mucho más complejos de lo que yo sospechaba hace sólo unas semanas. Pero este Fromm... ¡Las cosas que estoy aprendiendo de él! ¡Cuando hayamos terminado estaré en condiciones de repetirlo yo solo!

Librodot

-¿De veras?

-¿Sabes qué es la ingeniería, comandante? Es como la cocina. Si uno tiene la receta adecuada, el libro adecuado y los ingredientes adecuados, cualquiera puede cocinar. Esta tarea es difícil, por cierto, pero el principio sigue siendo el mismo Hay que saber usar las diversas fórmulas matemáticas, pero todas están en los libros. Es simple cuestión de educación Con ordenadores, las herramientas necesarias... y un buen maestro, como ese cerdo de Fromm...

-En ese caso ¿cómo es posible que no haya más...?

-Lo difícil es conseguir los ingredientes, concretamente el plutonio o «U-235». Eso requiere una planta de reactor nuclear específico o la nueva tecnología centrífuga. Ambas opciones representan una gran inversión y resultan difíciles de camuflar. Eso explica también las estrictas medidas de seguridad que se toman para manejar y transportar las bombas y sus componentes. La proverbial idea de que es difícil hacer bombas es falsa.

XVIII. EVOLUCIÓN

Wellington tenía a tres hombres trabajando a sus órdenes. Cada uno era un experimentado investigador, habituado a casos políticamente delicados y que exigían la mayor discreción. Su función consistía en identificar probables áreas de investigación especializada; luego Wellington examinaba y cotejaba la información que ellos llevaban a su despacho del Departamento de Justicia. La parte escabrosa era reunir la información sin que el sujeto del sondeo se enterara. Wellington pensaba que esa parte de la tarea sería particularmente difícil con un sujeto como Ryan. El vicedirector de la CIA era, ante todo, perceptivo y su trabajo previo lo había capacitado para oír crecer la hierba y leer las hojas del té. Eso requería avanzar lentamente... pero no demasiado. Asimismo, todo daba para suponer que el objetivo de su investigación no era reunir información para un gran jurado, lo cual le brindaba un poco más de espacio del que hubiera tenido de otro modo. Ryan no era tan tonto como para haber infringido alguna ley. Podía haber rozado y hasta torcido alguna norma del SEC, pero los documentos de esta entidad dejaban ver que Ryan, presumiblemente, había actuado de buena fe y suponiendo sinceramente que no violaba ninguna norma. Ese podía haber sido un criterio técnico por parte de Ryan, pero la ley, al fin y al cabo, era técnica. El SEC (Comisión de Valores y Cambio) podría haber pujado, quizás hasta llevar las cosas a juicio, pero jamás hasta una condena. Tal vez habrían podido forzarlo a un acuerdo, pero Wellington dudaba también de eso. Se lo habían sugerido, pero él respondió con un rotundo no. Ryan no era de los que toleran imposiciones. Ese hombre había matado, cosa que no asustaba a Wellington, por cierto. Sólo indicaba la fuerza de carácter de ese hombre. Ryan era un rudo y formidable hijo de puta, capaz de tomar el toro por las astas cuando hacía falta.

«Esa es su debilidad -se dijo-. Prefiere coger el toro por los cuernos. Carece de sutileza.» Era un fallo común de los hombres honrados y una grave debilidad en el medio político.

Sin embargo, Ryan tenía amigos. Trent y Fellows eran, por cierto, hábiles artesanos en el ambiente político.

«Un interesante problema táctico...»

Wellington consideraba que su tarea era doble: conseguir algo que se pudiera utilizar contra Ryan y algo que neutralizara también a sus aliados políticos.

«Carol Zimmer.» Wellington cerró una carpeta y abrió otra.

Allí había una foto del Servicio de Inmigración tomada varios años atrás. La mujer había llegado a Estados Unidos siendo una niña-novia en el sentido más literal del término: una criatura pequeñita, con cara de muñeca. Una foto más reciente, tomada por su investigador de campo, mostraba a una mujer madura, que aún no llegaba a los cuarenta años; el rostro presentaba algunas arrugas donde antes sólo había suavidad de porcelana. En todo caso, resultaba más hermosa que antes. La expresión tímida, casi temerosa de la primera foto

Librodot

(comprensible, pues había sido tomada tras su huida de Laos), se había transformado en la de una mujer segura. Tenía una sonrisa simpática.

Wellington se acordó de Cynthia Yu, compañera de estudios en la Universidad. Era una muchacha fácil, y tenía el mismo tipo de ojos, de mujer coqueta oriental.

¿Sería eso? ¿Algo tan simple?

Ryan era casado. Esposa: Caroline Muller Ryan, doctora en medicina, cirujana oftalmológica. Foto: la quintaesencia de la mujer blanca, anglosajona y protestante, aunque era católica; esbelta y atractiva, madre de dos niños.

«Pero el que uno esté casado con una mujer bonita no impide que...»

Ryan había establecido un fondo en fideicomiso para estudios. Wellington abrió otra carpeta y encontró una fotocopia del documento.

Por lo visto, Ryan lo había hecho por intermedio de un abogado... ¡que no era el de costumbre! Un fulano de la capital. Y los papeles no- tenían la firma de Caroline Ryan. ¿Lo sabría? La información que tenía sobre el escritorio sugería que no.

Wellington revisó a continuación los datos de nacimiento del hijo menor de los Zimmer. El esposo había muerto en un «accidente durante un entrenamiento de rutina»... en fecha equívoca. Ella podía haber quedado embarazada en la semana misma de aquel fallecimiento. 0 no. Era su séptimo hijo... ¿0chomesino? En esos casos nunca se sabe. La gestación puede ser de nueve meses o menos. El primogénito suele demorarse. Los otros hijos con frecuencia se adelantan. Peso del niño al nacer: dos kilos y medio... Menos de lo normal, pero ella era asiática, de una raza menuda; ¿los bebés asiáticos serían más pequeños? Wellington tomaba notas, reconociendo que tenía una serie de hipótesis y ni un solo hecho.

Pero, qué diablos, ¿acaso buscaba hechos?

Los dos punks. Los guardaespaldas de Ryan, Clark y Chávez, habían chafado a uno. Su investigador lo había verificado con la Policía del condado. Los policías de la zona aceptaron el relato de Clark; los jóvenes tenían antecedentes, unas cuantas libertades condicionales y algunas sesiones con consejeros juveniles. Para las autoridades fue un gusto que las cosas resultaran así. «Por mí, podría haberse cargado a ese bastardo», fue el comentario de un sargento, seguido de una carcajada que había quedado registrada en la grabación. «Ese Clark parecía un tipo muy serio, y su ayudante no era muy distinto. Si esos punks cometieron la estupidez de meterse en problemas, allá ellos. Dos chicos confirmaron la versión de Clark. Y el caso está cerrado.»

Pero ¿por qué había enviado Ryan a sus dos guardaespaldas?

«Ha matado para proteger a su familia, ¿no? Ese tipo no tolera el peligro cuando se trata de sus... amigos... familiares... ¿amantes?»

Era posible.

«El vicedirector de la CIA se está apartando un poco del camino -pensó Wellington-. Nada ilegal; sólo desagradable. Además, esto no se corresponde con el santo doctor John Patrick Ryan. Cuando unos gamberros molestan a su amante, él envía a sus guardaespaldas, como cualquier jefe de la mafia, para que cumplan con un dudoso servicio público y la Policía hace la vista gorda.»

¿Con eso sería suficiente?

No.

Necesitaba algo más. Algún tipo de prueba. No lo suficiente para un gran jurado, pero sí para... ¿para qué? Para iniciar una investigación oficial. Claro. Esas investigaciones nunca eran absolutamente secretas. Unos pocos susurros, unos pocos rumores. Fácil de hacer. Pero primero Wellington necesitaba algo en que apoyarse.

-Algunos dicen que esto podría ser un preestreno del Super Bowl: a tres semanas de iniciada la temporada, el Metro-dome. Los dos equipos están a la par y son lo mejor de sus respectivas ligas. Los San Diego Chargers apuran a los Minnesota Vikings.

Librodot

-En verdad, Tony Wills ha iniciado su temporada con más espectacularidad que su carrera universitaria. Lleva sólo dos partidos y ya tiene trescientas seis yardas corridas en cuarenta y seis carries, es decir, casi siete yardas cada vez que toca la pelota. Y lo hizo contra los Bears y los Falcons, dos excelentes defensas -observó el hombre de color-. ¿Quién puede detener a Tony Wills?

-Y ciento veinticinco yardas en las nueve recepciones pasadas. No me extraña quedo apoden Franquicia.

-Además de su doctorado en la Universidad de Oxford -rió el negro-. Se dice que es más rápido que una bala. ¿Será cierto?

-Ya lo averiguaremos. Ese nuevo linebacker de los Chargers, Maxim Bradley, es lo mejor que he visto desde que Dick Butkus salió de Illinois, el mejor defensa que ha dado Alabama... y ésa es la escuela de Tommy Nobis, Cornelius Bennett y varios profesionales más. Por algo lo apodan Secretario de Defensa.

Era ya el mejor chiste de la Liga, referido al propietario del equipo, Dennis Bunker, el verdadero secretario de Defensa. -¡Creo que el partido será estupendo, Tim!

-Yo debería estar allí -comentó Brent Talbot-. Dennis ha ido.

-Si yo tratara de impedirle ir a los partidos renunciaría -explicó el presidente Fowler-. Además, viaja en avión propio.

Dennis Bunker poseía un pequeño reactor y aún conservaba vigente su licencia de piloto comercial. Era uno de los motivos que le ganaban el respeto de los militares. Podía pilotar casi cualquier cosa con alas, pues en otros tiempos había sido un distinguido piloto de combate.

-¿Cuál es el spread?

-Vikings por tres -respondió el presidente-, sólo gracias al home field, porque los equipos son bastante parejos. La semana pasada vi a Wills contra los Falcons. Es magnífico.

-Tony es el mejor. Un muchacho maravilloso. Inteligente, con una actitud muy elogiable. Dedica bastante tiempo a los jóvenes.

-¿Por qué no le proponemos actuar en la campaña antidrogas?

-Ya está en la de Chicago. Puedo llamarlo, si quieres. Fowler se volvió.

-Llámalo, Brent.

Pete Connor y Helen D'Agustino estaban cómodamente sentados en un sofá. Fowler sabía que ambos eran fanáticos del fútbol americano, y su sala de televisión era bastante amplia.

-¿Alguien quiere una cerveza? -preguntó el presidente, que no podía mirar un partido sin su cerveza.

-Yo la traigo -dijo D'Agustino y se dirigió a la nevera del cuarto contiguo. Era lo más extraño de ese hombre tan complejo, - pensó «Daga». Fowler tenía todo el aspecto de un patricio, era un auténtico intelectual arrogante. Pero delante de un televisor que emitiera un partido de fútbol (Fowler veía otros deportes sólo cuando lo requerían sus funciones presidenciales) se convertía en Joe Cerveza, con palomitas de maíz y todo. Desde luego, su ofrecimiento era una orden. Sus guardaespaldas no podían beber mientras estuvieran de servicio y «Talbot» no probaba la cerveza. Daga sacó una «Coca-Cola» dietética para sí.

-Gracias -le dijo Fowler al recibir la copa.

Durante los partidos de fútbol era más cortés que nunca. A D'Agustino se le ocurrió que tal vez acostumbraba hacer lo mismo con su esposa. Ojalá fuera así. Eso le proporcionaba el toque de humanidad que tanto necesitaba.

-¡Uau! Bradley ha golpeado a Wills con tanta fuerza que se ha oído desde aquí. -En la pantalla, ambos jugadores se levantaron para intercambiar unas palabras que parecían tensas, pero probablemente era una mutua carcajada.

-Será mejor que se entiendan, Tim. Tendrán que tratarse mucho. Ese Bradley es un buen linebacker. Salió del centro y cubrió el hueco como si supiera lo que iba a venir.

-No se puede negar que juega bien, pese a ser nuevo. Y ese centro del Viking jugó en el Pro Bowl el año pasado -dijo el hombre de color.

Librodot

-Qué buen culo tiene ese Bradley -señaló «Daga», en voz baja.

-Estás llevando demasiado lejos ese asunto de la liberación femenina, Helen -comentó Pete con una amplia sonrisa.

Y cambió de posición en el sofá para que el revólver no se le clavara en los riñones.

Günther Bock y Marvin Russell estaban en la acera de la Casa Blanca, entre un centenar de turistas, casi todos con cámaras que apuntaban hacia la mansión del Gobierno. Habían llegado a la ciudad la noche anterior; al día siguiente recorrerían el Capitolio. Ambos llevaban gorras de visera para protegerse de un sol que aún ardía como en verano. Bock llevaba una cámara fotográfica colgada del cuello con una correa decorada con un dibujo de Mickey Mouse. Tomó algunas fotos para confundirse con los turistas, pero la observación corría por cuenta de su entrenada vista. Ese objetivo era mucho más difícil de lo que la gente pensaba. Todos los edificios que rodeaban la Casa Blanca eran lo bastante grandes como para proporcionar excelentes sitios a los agentes armados de fusiles. Probablemente lo estaban vigilando en ese mismo instante, pero no habían tenido tiempo ni ocasión de cotejar su cara con todas las fotos de sus registros. Además, Bock había modificado su aspecto lo suficiente como para despreocuparse en ese sentido.

Llegó el helicóptero presidencial y aterrizó a cien metros de allí. Con un misil tierra-aire portátil, uno habría tenido una buena oportunidad de derribarlo, pero había problemas prácticos. Encontrarse allí a la hora correcta era mucho más difícil de lo que parecía. Lo ideal habría sido tener un pequeño camión, tal vez con un agujero abierto en el techo, para que el tirador pudiera ponerse de pie, disparar e intentar la huida. Pero en los edificios circundantes debía de haber tiradores expertos, y Bock no se hacía ilusiones de que fallaran. El tiro con mira telescópica era un invento de los norteamericanos, y su presidente contaría con los mejores. Sin duda en aquella muchedumbre de turistas había también algunos agentes del Servicio Secreto, pero era improbable que él pudiera detectarlos.

Se podía llevar la bomba hasta allí y detonarla en un camión... si lo permitían las medidas de protección sobre las que Ghosn le había advertido. También era posible llevar el arma en un camión hasta cerca del Capitolio, en el momento en que el presidente pronunciara su discurso anual... si la bomba estaba lista a tiempo. De eso no estaban seguros. También había que pensar en el transporte hasta allí, que demandaría tres semanas. Desde Latakia a Rotterdam; después, en otro barco, a un puerto norteamericano. El más próximo era el de Baltimore. Por el siguiente, Norfolk o Newport News, pasaban muchos cargueros. La podían llevar en avión, pero no podían arriesgarse a una revisión con rayos X.

La idea consistía en aprovechar los fines de semana del presidente. Para que todo lo demás funcionara, resultaba casi imprescindible hacerlo un fin de semana. Bock sabía que estaba violando uno de los preceptos operacionales más importantes: la sencillez. Pero para que su plan funcionara tendría que disponer más de un incidente y era preciso hacerlo un fin de semana. Sin embargo, los sábados y domingos el presidente norteamericano reducía a la mitad el tiempo que pasaba en la Casa Blanca, y sus movimientos entre Washington, Ohio y otros sitios eran imprevisibles. La medida de seguridad más sencilla para el presidente era la misma que aplicaban ellos: sus movimientos, por conocidos que fueran, eran irregulares; sus detalles exactos se ocultaban con frecuencia. Bock necesitaba por lo menos una semana de anticipación para preparar lo demás (y era un cálculo optimista), pero sería casi imposible conseguir esos siete días. En realidad, habría sido más sencillo planear un magnicidio, con armas convencionales. Un pequeño avión, por ejemplo, armado con misiles «SA-7»... Pero el helicóptero presidencial debía de contar con los mejores detectores infrarrojos disponibles.

«Una sola oportunidad. Tienes una sola oportunidad.»

¿Y si actuamos con paciencia? ¿Y si guardamos la bomba durante un año antes de traerla aquí, para el próximo discurso sobre el estado de la Unión ante el Congreso?» No sería tan difícil poner la bomba lo bastante cerca del Capitolio como para arrasar el edificio. Bock

Librodot

había oído decir (al día siguiente lo comprobaría) que el Capitolio era una construcción clásica: mucha piedra pero poca estructura de hierro. Tal vez sólo se necesitaba paciencia.

Pero Qati no lo permitiría. Había que tener en cuenta la seguridad y algo aún más importante: Qati se estaba muriendo, y los moribundos no suelen tener paciencia.

De cualquier modo, ¿funcionaría? ¿Hasta qué punto custodiaban los norteamericanos las zonas donde la presencia del presidente se preveía con mucha anticipación? ¿Habría sensores radiológicos en el lugar?

«Tú los pondrías, ¿no?»

«Sólo tengo una oportunidad. Jamás podrás repetir esto.» «Por lo menos, una semana de anticipación; de lo contrario no lograrás otra cosa que un asesinato en masa.»

Tenía que ser un sitio donde no hubiera sensores radiológicos. Eso eliminaba a Washington.

Bock empezó a alejarse de la verja de hierro negro. Su rostro no delataba el enfado que sentía.

-¿Volvemos al hotel? -preguntó Russell.

-Sí, ¿por qué no?

De cualquier modo, los dos estaban cansados por el viaje.

-Me alegro; quería ver el partido. ¿Sabes en qué Fowler y yo estamos de acuerdo?

-¿En qué?

-En lo del fútbol americano, tío. -Russell se echó a reír-. ¿No entiendes? El fútbol. Bueno, ya te enseñaré.

Quince minutos después estaban en su cuarto. Russell encendió el televisor y sintonizó el canal «NBC» local.

-¡Vaya drive, Tom! Los Vikings tuvieron que convertir seis third-downs y dos de ellos requerían medidas.

-Y uno estaba en mal lugar -apuntó el presidente Fowler.

-Para el árbitro, no -rió Talbot.

-Están manteniendo a Tonny Wills a tres yardas por carry y uno de ésos fue su break de veinte yardas a la inversa que sorprendió dormidos a los Chargers.

-Demasiado trabajo para tres puntos, Tim, pero los consiguieron.

-Y ahora los Chargers tienen la posibilidad de atacar. La defensa de los Vikings es algo dudosa; tienen dos de los starters lesionados. Apuesto a que se arrepentirán de perderse ésta.

El quarterback de los Chargers tomó su primer snap, retrocedió cinco pasos y arrojó la pelota hacia su flanqueador, pero una mano desvió la bola, que acabó en la sorprendida cara del free safety de los Vikings, que tiró hacia dentro y cayó en el cuarenta.

Bock se entusiasmó un poco con el juego, aunque le resultaba bastante incomprensible. Russell trataba de explicarle, pero no servía de mucho. Gunther se consoló con una cerveza, tendido en la cama, mientras su mente repasaba lo que había visto. Sabía bien lo que esperaba lograr con su plan, pero los detalles exactos, allí en Estados Unidos, parecían más difíciles de lo que suponía. Si tan sólo...

-¿Qué han dicho?

-El secretario de Defensa -respondió Russell.

-¿Es una broma?

Marvin se volvió hacia él.

-En cierto modo. Así llaman al defensa Maxim Bradley, de la Universidad de Alabama. Pero el verdadero secretario de Defensa es el propietario del equipo. Se llama Dennis Bunker; allí está.

La cámara mostraba a Bunker en uno de los palcos del estadio.

Librodot

-¿Y qué es ese Super Bowl del que hablan?

-Es la final de la liga. Hay una serie de partidos eliminatorios entre los mejores equipos y el último se llama Super Bowl.

-¿Como la Copa del Mundo?

-Más o menos, pero nosotros la jugamos todos los años. Este año (en realidad vendría a ser el año que viene, a fines de enero) se juega en el nuevo estadio de Denver. Creo que se llama Skydome.

-¿Y se supone que estos dos equipos van a ser los que jueguen allí?

Russell se encogió de hombros.

-Eso es lo que se dice. La temporada dura dieciséis semanas, tío. Después, tres semanas de eliminatorias y luego una semana de espera antes del Super Bowl.

-¿Y quién asiste a ese último partido?

-Muchísima gente. Vaya, tío, es el gran partido. Todo el mundo quiere verlo. No sabes lo que cuesta conseguir boletos. Estos dos equipos son los que están en mejores condiciones para llegar a la final, pero en realidad nunca se sabe.

-¿Y al presidente Fowler lo entusiasma el fútbol?

-Eso dicen. Aquí, en la capital, tiene que ir a muchos partidos de los Redskin.

-¿Y las medidas de seguridad?

-Son muy estrictas. Lo ponen en un palco especial. Supongo que protegido con vidrios blindados o algo así.

«Menuda tontería», pensó Bock. Desde luego, para la seguridad un estadio era mejor de lo que se solía suponer. Un arma pesada se podía disparar sólo desde la rampa de entrada, que era relativamente fácil de vigilar. Por otra parte...

Bock cerró los ojos. Estaba pensando de un modo desordenado, vacilando entre los enfoques convencionales y no convencionales del problema. Además, se concentraba en lo que no debía. Matar al presidente norteamericano era importante, pero no esencial. Lo esencial era matar al mayor número posible de personas de la manera más espectacular, para luego coordinar otras actividades a fin de fomentar...

«¡Piensa! Concéntrate en la misión real.»

-Vaya cobertura que proporciona la televisión a estos juegos -comentó Bock al cabo de un momento.

-Si, le dan mucha importancia. Transmisión vía satélite y todo eso.

Russell estaba concentrado en el juego, los Vikings se habían apuntado algo llamado touchdown y estaban ahora diez a cero; empero, el otro equipo parecía moverse rápidamente en dirección contraria.

-¿Alguna vez se ha producido alguna interrupción seria en el juego?

Marvin se volvió.

-Durante la guerra del Golfo; la seguridad era muy severa. Y recuerdas la película, ¿no?

-¿Qué película?

-Black Sunday. Unos tíos de Oriente Medio trataron de hacer volar el lugar. -Russell se echó a reír-. Ya lo han hecho, Gunther. Cuanto menos, en Hollywood. Usaron un blimp. Pero en el Super Bowl jugado durante la guerra del Golfo no dejaron que el blimp de la televisión se acercara.

-¿Hoy hay partido en Denver?

-No; será mañana por la noche. Broncos contra Sea-hawks. Poca cosa. Este año los Broncos están cambiando el equipo.

-Comprendo.

Bock abandonó la habitación y pidió al conserje que, por la mañana, les reservara billetes a Denver.

Cathy se levantó para despedirlo y hasta le preparó el desayuno. Su solicitud de los últimos

Librodot

días no hacía que Jack se sintiera mejor; todo lo contrario. Pero no podía protestar. Y ella exageraba; le acomodó la corbata y le dio un beso en el trayecto hacia la puerta. La sonrisa, la mirada amorosa, todo para un esposo que no funcionaba en la cama. La misma atención sofocante que se otorgaría a un pobre tipo en silla de ruedas.

-Buenos días, doctor.

-Hola, John.

-¿Vio anoche a los Vikings contra los Chargers?

-No... eh... llevé a mi hijo a ver a los Orioles. Perdieron seis a uno.

Últimamente el éxito rehuía a Jack, pero al menos había cumplido con la palabra dada a su hijo. Ya era algo, ¿no?

-Veinticuatro a veintiuno en tiempo suplementario. Ese chico Wills es increíble. Lo mantuvieron en noventa y seis yardas, pero cuando tuvo que entregar, la envió a veinte yardas e hizo el field goal -informó Clark.

-¿Apostaste?

-Cinco dólares en la oficina, pero fue una diferencia de tres puntos. Eso va al fondo para educación.

Ryan rió entre dientes. En la CIA estaba prohibido apostar, como en cualquier otra oficina del Gobierno, pero cualquier intento serio de poner en práctica la prohibición, cuando de fútbol americano se trataba, habría podido provocar una revolución. Jack estaba seguro de que lo mismo ocurría en el FBI, que obligaba al cumplimiento de los estatutos federales contra el juego... y el sistema semioficial era que no se permitían diferencias de medio punto. En esos casos, las apuestas se volcaban a la obra de caridad interna de la Agencia: el Fondo de Ayuda para la Educación. Hasta el propio inspector general de la Agencia hacía la vista gorda; en realidad, a él le gustaba apostar al fútbol tanto como a cualquiera.

-Parece que por fin ha dormido un poco, Jack -apuntó Clark mientras salían hacia la carretera 50.

-Ocho horas. -La noche anterior, Jack había querido probar otra vez, pero Cathy dijo que no. «Estás demasiado cansado, Jack. A eso se reduce todo. Trabajas demasiado y quiero que lo tomes con calma. ¿De acuerdo?»

«Como si yo fuera un semental exhausto.»

-Ha hecho muy bien -dijo Clark-¿fue su esposa la que se impuso?

Ryan miró hacia delante.

-¿Dónde está la caja?

-Aquí.

La abrió para estudiar los despachos del fin de semana.

A primera hora tomaron un vuelo directo de Washington a Denver. Hubo buen tiempo en casi todo el trayecto. Bock, sentado junto a la ventanilla, contemplaba el paisaje; era su primer viaje a América. Como a casi todos los europeos, la extensión y la diversidad lo sorprendían casi hasta el sobrecogimiento. Los Apalaches boscosos; las llanuras cultivables de Kansas, moteadas con los grandes círculos de los sistemas de irrigación; el modo asombroso en que las planicies terminaban al pie de las Rocosas, casi a la vista de Denver. Cuando llegaran, sin duda Marvin diría que todo eso había sido propiedad de su pueblo. Vaya tontería. Los indios eran bárbaros nómadas que seguían a los rebaños de bisontes o lo que fuera que existía allí antes de la civilización. Estados Unidos podía ser el enemigo, pero era un país civilizado (tanto más peligroso por ello). Cuando el avión aterrizó estaba ya inquieto por las ganas de fumar. Diez minutos después habían alquilado un coche y estaban examinando un mapa. A Bock le zumbaba la cabeza por la falta de oxígeno pues estaban casi a mil quinientos metros de altura. Resultaba extraño que la gente pudiera jugar allí al fútbol americano.

Ya había pasado la hora punta de la mañana, de modo que el trayecto hasta el estadio fue simple. El nuevo Skydome, al sudoeste de la ciudad, era una estructura característica, situada

Librodot

en un amplio terreno, con espacio de sobra para aparcar. Aparcó el coche cerca de las taquillas y decidió que lo mejor sería el enfoque directo.

-¿Quedan dos entradas para el partido de esta noche? -preguntó a la empleada.

-Desde luego. Nos quedan algunos centenares. ¿Qué sitio prefiere?

-Me temo que no conozco el estadio.

-Ha de ser nuevo en la ciudad -comentó la mujer con una sonrisa cordial-. Todos los asientos que quedan están en la parte superior; secciones sesenta y seis y sesenta y ocho.

-Dos, por favor. ¿Acepta efectivo?

-Claro. ¿De dónde viene?

-De Dinamarca -replicó Bock.

-¿De veras? ¡Bienvenido a Denver! Espero que disfrute del partido.

-¿Puedo echar un vistazo para ver dónde está mi asiento?

-Teóricamente, no, pero a nadie le molesta.

-Gracias. -Bock devolvió la sonrisa a esa tonta llena de hoyuelos.

-¿Quedaban entradas? -se extrañó Marvin Russell-. ¡Que me aspen!

-Ven, vamos a ver nuestros asientos.

Bock atravesó el portón más cercano, a pocos metros de los grandes camiones de la «ABC» que llevaban el equipo para la transmisión. Notó que el estadio tenía cables de alta tensión para el equipo de televisión. Por ende, los camiones estarían siempre en el mismo sitio, justo junto a la puerta 5. Dentro vio a un equipo de técnicos que ultimaban los detalles; luego subió por la rampa más próxima, encaminándose deliberadamente en la dirección incorrecta.

El estadio tenía capacidad para sesenta mil personas, tal vez algo más. Contaba con tres niveles primarios, llamados bajo, medio y alto, más dos hileras completas de palcos cerrados, algunos bastante lujosos. La estructura resultaba impresionante. La construcción era de sólido cemento reforzado, con las cubiertas superiores provistas de vigas voladizas. No había columnas que interfirieran la vista al espectador. Un magnífico estadio. Un estupendo blanco. Más allá del aparcamiento, al Norte, había interminables hileras de edificios de apartamentos de poca altura. Hacia el este, un centro de oficinas del Gobierno. El estadio no estaba en el centro de la ciudad, pero eso no tenía remedio. Bock buscó su asiento y lo ocupó, orientándose con la brújula y por el equipo de televisión. Esto último era muy fácil. En uno de los palcos para la Prensa estaban colgando un rótulo de la «ABC».

-¡Eh!

-¿Sí? -Bock miró al guardia de seguridad.

-¿Qué hace usted aquí?

-Perdone. -Mostró sus boletos-. Acabo de comprarlos y quería ver mis asientos, para saber dónde aparcar. Será la primera vez que asista a un partido de fútbol americano -agregó, exagerando el acento. Le habían dicho que los norteamericanos siempre trataban con amabilidad a quienes hablaban con acento europeo.

-Le conviene aparcar en las zonas A o B. Trate de llegar temprano, antes de las cinco, para evitar la hora punta. Suele ponerse endiablado.

Gunther asintió con la cabeza.

-Gracias. Ya me voy.

-No hay problema, señor. Pero es por la seguridad, ¿entiende? Si uno deja que la gente ande por aquí, alguien puede herirse y entablar un pleito.

Bock y Russell salieron caminando por la plataforma inferior, pues Günther quería memorizar la distribución. Por fortuna, encontró una tarjeta con un diagrama del estadio.

-¿Ya has visto lo que querías? -preguntó Marvin cuando estuvieron nuevamente en el coche.

-Creo que sí.

-¿Sabes que eso es muy sutil? -comentó el norteamericano. -¿A qué te refieres?

-A aprovechar la televisión. Lo más tonto que hacen los revolucionarios es pasar por alto la

parte psicológica. No hace falta matar a mucha gente. Basta con asustarla, ¿no te parece?

Bock se detuvo a la salida del aparcamiento para mirar a su compañero.

-Has aprendido bastante, muchacho.

-Este material es muy delicado -dijo Ryan, echando un vistazo a las páginas.

-No sabía que esto fuera tan grave -repuso Mary Patricia Foley.

-¿Cómo te sientes?

A la agente le chisporrotearon los ojos.

-Clyde ya ha bajado. Espera que yo rompa aguas. Jack levantó la vista.

-¿Clyde?

-Así se llama, sea varón o mujer.

-¿Haces los ejercicios?

-Ni Rocky Balboa está tan en forma como yo. Ed ha pintado la habitación de los niños y la cuna ya está en su sitio. Tenemos todo listo, Jack.

-¿Cuánto tiempo vas a tomarte?

-Cuatro semanas. Seis, tal vez.

-Tal vez te pida que revises algo de esto en tu casa -comentó Ryan, demorándose en la segunda página.

-Mientras me pagues... -rió Mary Pat.

-¿Qué opinas tú, MP?

-Creo que Spinnaker es la mejor de nuestras fuentes. Si él lo dice, ha de ser verdad.

-Pero no hemos recibido la menor sugerencia al respecto. -Para eso se reclutan buenos agentes de penetración.

-Cierto -reconoció Ryan.

El informe del agente Spinnaker no era un terremoto, pero sí el primer temblor que empieza a preocupar a la gente. La Unión Soviética presentaba un caso de esquizofrenia política fulminante desde que los rusos habían descorchado la botella. En realidad, el término no era adecuado. Ryan se dijo que era, antes bien, un caso de personalidad múltiple. Existían cinco áreas políticas identificables: los comunistas convencidos para quienes cualquier divergencia del camino verdadero era un error (algunos los llamaban «Adelante hacia el Pasado») los socialistas, que querían crear el socialismo con rostro humano (algo que había fracasado singularmente en Massachusetts, según se dijo Jack, con ironía); los del camino intermedio, que buscaban cierto capitalismo de mercado libre respaldado por una sólida red de seguridad (como diría un economista, ansiaban lo mejor de ambos mundos); los reformistas, que deseaban una fina red y mucho capitalismo (aunque nadie sabía aún lo que era el capitalismo, salvo un sector criminal en rápida expansión), y en la extrema derecha, quienes pretendían un Gobierno autoritario de derecha, lo mismo que había provocado el advenimiento del comunismo a principios de siglo. Los grupos de ambos extremos contaban, quizá, con el diez por ciento de representantes en el Congreso Popular. El restante ochenta por ciento de los votos se dividía equilibradamente entre las tres posiciones centristas. Naturalmente, había temas que esfumaban las alianzas (el ecologismo era especialmente espinoso), y el peor era el incipiente separatismo de las repúblicas que siempre habían atascado el freno del Gobierno ruso, tanto más por la coda política impuesta desde Moscú. Por fin, cada uno de los cinco grupos tenía sus propios subgrupos políticos. En los últimos tiempos, por ejemplo, se hablaba mucho de proponer el retorno político al más probable heredero de los Romanov, no para hacerse cargo, sino sólo para aceptar una disculpa semioficial por el asesinato de sus antepasados. Al menos, ésa era la versión de fachada. Jack se dijo que esa idea sólo podía habérsele ocurrido al hijo de puta más ingenuo desde la caída de Alicia por la conejera o a un político dotado de una mentalidad peligrosamente simplista. Por suerte, según informaba la estación París de la CIA, el príncipe de todas las Rusias tenía mejor tino que sus patrocinadores en cuanto a la política y su seguridad personal.

Librodot

Lo malo era que la situación política y económica de la Unión Soviética parecía no tener arreglo. El informe de Spinnaker no hacía sino darle un aspecto más ominoso. Andrei Ilich Narmonov, desesperado, se estaba quedando sin opciones, sin aliados, sin ideas, sin tiempo y sin espacio para maniobrar. Según el informe, lo preocupaba mucho el problema de las nacionalidades, a tal punto que trataba de fortalecer su influencia sobre el aparato de seguridad (MVD, KGB y los militares), a fin de mantener el imperio unido por la fuerza. Pero los militares, según Spinnaker, se sentían tan poco satisfechos con esa misión como con la timidez con que Narmonov planeaba aplicarlo.

Desde los tiempos de Lenin se especulaba sobre el Ejército soviético y sus supuestas ambiciones políticas. A fines de la década de 1930 Stalin había aplicado la guadaña a su oficialidad, pero se sabía que el mariscal Tujashevski no había constituido una amenaza política real, sino sólo para la maligna paranoia de Stalin. En la década de 1950, Kruschov hizo otro tanto, pero sin ejecuciones masivas, sólo porque deseaba ahorrar dinero en tanques y apoyarse, en las armas nucleares. Narmonov también pasó a retiro a unos cuantos generales y coroneles, pero la idea era exclusivamente reducir los gastos militares. Sin embargo, también en esta oportunidad las reducciones militares fueron acompañadas por un renacimiento político. Por primera vez existía en el país un verdadero movimiento político opositor. No obstante, el meollo de la cuestión era que el Ejército Rojo tenía todas las armas. Para contrarrestar esa preocupante posibilidad estaba el Tercer Directorio del KGB: su uniforme militar y su misión era vigilarlo todo. Pero el Tercer Directorio estaba reducido a una mera sombra de su pasado esplendor. Los militares habían persuadido a Narmonov de que lo suprimiera como condición previa a su propia meta de lograr una Ejército realmente profesional, leal al país y a la nueva constitución.

Invariablemente, los historiadores juzgan que la época en que viven es de transición. «En ese caso acertaban», pensó Jack. Si aquella época no era de transición, costaba mucho imaginar qué diablos era. Los soviéticos oscilaban entre dos mundos políticos y económicos, tambaleándose, no del todo en equilibrio, sin saber hacia dónde irían. Y la situación política tenía una peligrosa vulnerabilidad ante... ¿qué? Eso se preguntaba Jack.

Spinnaker decía que estaban presionando a Narmonov para que hiciera un trato con los militares, los cuales, según él, eran parte del grupo «Adelante hacia el Pasado». Grupo uno. Existía el peligro, decía, de que la Unión Soviética se convirtiera en un Estado casi militar y reprimiera a sus elementos progresistas; al parecer, Narmonov había perdido el coraje.

-Dice que se ha entrevistado con Andrei Ilich -señaló Mary Pat-. No se puede pedir más a Inteligencia.

-Ya -replicó Jack-. Pero es preocupante, ¿no? -En realidad, no me preocupa una vuelta a los postulados marxistas. Lo que sí me aflige...

-Sí, lo sé; la guerra civil. -« ¡Por el amor de Dios, guerra civil en un país con treinta mil cabezas nucleares!»

-Hemos dado a Narmonov toda la rienda que necesita, pero si nuestro informante tiene razón, esa política podría estar equivocada.

-¿Qué piensa Ed?

-Lo mismo que yo. Confiamos en Kadishev. Yo lo recluté.

Ed y yo hemos visto todos los informes que ha enviado. Es inteligente, está bien situado y es un tipo muy perceptivo y cojonudo. ¿Alguna vez nos pasó datos falsos?

-No, que yo sepa -respondió Jack.

-Yo creo lo mismo.

Ryan se reclinó en el sillón.

-Maldita sea, me encantan estas noticias tranquilas... No sé, MP. Cuando conocí a Narmonov... Es recio, el muy bastardo. Inteligente y ágil. Los tiene bien puestos.

Jack se interrumpió y pensó: «No podrías decir otro tanto de ti mismo, amigo.»

-Todos tenemos nuestras limitaciones. Hasta los mejores puestos se aflojan. -La señora Foley sonrió-. Bueno, la metáfora no es correcta. A uno se le agotan las pilas. La tensión, el

Librodot

exceso de trabajo. La realidad nos destruye a todos. ¿Por qué crees que me tomo vacaciones? El embarazo me proporciona una excelente excusa. Atender a un recién nacido no es ninguna fiesta, pero por un mes o dos vivo las cosas fundamentales de la vida real, en lugar de las cosas que hacemos aquí todos los días. Es una de las ventajas que las mujeres tenemos sobre los hombres, doctor. Ustedes no pueden tomar distancia como nosotras. Tal vez ése sea el problema de Andrei Ilisch. ¿A quién puede pedir consejo? ¿Quién puede prestarle ayuda? Hace mucho tiempo que está allí. Tiene entre manos una situación deteriorada y se está quedando sin combustible. Eso es lo que nos dice Spinnaker, y coincide con los hechos.

-Pero es el único que nos lo dice.

-Y el mejor agente que tenemos en cuanto a información interna.

-Lo cual completa el círculo de la discusión, Mary Pat.

-Ya te he dado el informe y mi opinión, doctor -señaló la señora Foley.

-De acuerdo. -Jack dejó el documento en su escritorio.

-¿Qué vas a decirles? -Se refería a la plana mayor: Fowler, Elliot y Talbot.

-Creo que me ceñiré a tu evaluación. No me siento totalmente convencido, pero no tengo con qué cotejar tu posición. Además, la última vez que me opuse a ti resultó que era yo el equivocado.

-Eres bastante buen jefe, ¿sabes?

-Y tú sabes cómo manejarme.

-Todos tenemos días malos. -La señora Foley se levantó trabajosamente-. Con tu permiso, me arrastraré hasta mi oficina.

Jack también se levantó para abrirle la puerta.

-¿Para cuándo esperas?

Ella le devolvió la sonrisa.

-Para el treinta y uno de octubre. Día de Brujas. Pero siempre me retraso y siempre tengo bebés grandes.

-Cuídate.

Jack la siguió con la vista. Luego fue a ver al director. -Será mejor que eche un vistazo a esto, señor.

-¿Narmonov? Me dijeron que había llegado otro informe de Spinnaker.

-En efecto.

-¿Quién se encarga de la redacción?

-Lo haré yo -dijo Jack-. Pero primero quiero hacer algunas comprobaciones.

-Me gustaría tener el informe para mañana.

-Lo haré esta noche.

-Bien. Gracias, Jack.

«Éste es buen lugar», se dijo Gunther al promediar el primer cuarto. El estadio tenía capacidad para 62.720 espectadores. Bock calculó que habría otras mil personas dedicadas a vender bocadillos y bebidas. Aunque ese partido no tenía mayor importancia, era obvio que los norteamericanos tomaban su fútbol tan en serio como los europeos. Asombraba la cantidad de personas que llevaban la cara pintarrajeada con los colores del equipo local. Algunos llevaban una camiseta de fútbol estampada con los grandes números que usaban los norteamericanos. De las barandillas, en las graderías superiores, pendían banderas y pancartas. En el campo de juego había chicas seleccionadas por sus habilidades para la danza y por otros atributos físicos, que se encargaban de dirigir los vitoreos de los aficionados. Bock descubrió un curioso tipo de demostración llamado «la ola».

También descubrió el poder de la Televisión norteamericana. Aquella muchedumbre bulliciosa aceptaba mansamente que el juego se interrumpiera para que la «ABC» pudiera intercalar la publicidad, lo que habría provocado verdaderos desmanes entre los aficionados europeos más civilizados. Se usaba la televisión hasta para regular el juego. El campo estaba

Librodot

lleno de árbitros con camisetas de rayas, quienes también eran supervisados por las cámaras y, según señaló Russell, por un funcionario encargado de observar las filmaciones de cada jugada y dictaminar la corrección o incorrección de cada fallo. Y encima de las graderías, dos enormes pantallas de Televisión emitían las imágenes a la vista de la multitud. Si se hubiera intentado todo eso en Europa, en cada partido habrían muerto árbitros y fanáticos. La combinación de bullicioso entusiasmo con mansa civilización resultaba asombrosa a ojos de Bock. El juego le interesaba menos, aunque Russell parecía disfrutar a lo grande. La feroz violencia del fútbol americano se intercalaba con largos períodos de inactividad. Los ocasionales estallidos de mal genio se apagaban bajo el equipo protector de cada jugador; se hubiera requerido una pistola para infligir realmente daño. !Y qué grandes eran! Difícilmente había allí un hombre que pesara menos de cien kilos. Habría sido fácil considerarlos lerdos y torpes, pero las carreras denotaban una condición física que nadie habría supuesto. En cuanto a las reglas del juego, eran incomprensibles. De cualquier modo, a Bock nunca le habían gustado los deportes de competencia. Los tiempos en que jugaba al fútbol europeo, de adolescente, habían quedado muy atrás.

Günther volvió su atención al estadio. Era una estructura grande e impresionante, con cubierta de acero abovedada. Los asientos tenían forros rudimentarios. Había un buen número de retretes y muchos puestos de venta; en casi todos se servía la floja cerveza norteamericana. En total habría unas sesenta y cinco mil personas, contando policías, concesionarios, técnicos de televisión. En cuanto a los cercanos edificios de apartamentos cercanos... Cayó en la cuenta de que necesitaba información sobre la onda expansiva de las armas nucleares para efectuar un cálculo aproximado de víctimas. Cien mil, sin lugar a dudas, y probablemente más. Con eso bastaba. Se preguntó cuántas de aquellas personas estarían presentes. Probablemente la mayoría: sentados en sus cómodos asientos, bebiendo aquella cerveza fría y floja, devorando salchichas y cacahuetes. Bock había participado en dos incidentes de aviación: un avión de línea que estalló en pleno vuelo y un fallido intento de secuestro. Por entonces había fantaseado con las víctimas, sentadas en cómodos asientos, comiendo platos mediocres y mirando una película, sin saber que su vida estaba por entero en manos de desconocidos. Sin saber. Eso era lo bello: saber lo que otros ignoraban. Tener pleno dominio sobre la vida humana. Era como ser Dios, se dijo, mientras contemplaba la muchedumbre. Un dios especialmente cruel y sin sentimientos, claro. Pero la historia era cruel y sin sentimientos.

Sí, ése era buen lugar.

XIX. DESARROLLO

-Realmente me cuesta creerlo, comodoro -dijo Ricks, con tanta serenidad como pudo.

Estaba bronceado y renovado por su viaje a Hawai. Se había detenido en Pearl Harbor, por supuesto, para estudiar la base de submarinos y soñar con el mando de la Escuadra Uno de Submarinos. Era una escuadra de ataque rápido, pero si a un tipo de ataque rápido, como Mancuso, le daban una escuadra boomer, era normal que ocurriera lo contrario.

-El doctor Jones es de los buenos -replicó Bart Mancuso.

-No lo dudo, pero nuestra propia gente ha revisado las grabaciones. -Era un procedimiento normal desde hacia más de treinta años. Las grabaciones de las patrullas de submarinos de misiles siempre eran revisadas en tierra por un equipo de expertos, que controlaba lo efectuado por la tripulación, para asegurarse de que nadie hubiera podido rastrear la nave-. Ese Jones era un estupendo operador de sonar, pero ahora es contratista y de algún modo debe justificar lo que cobra, ¿no? Su función es buscar anomalías; en este caso, ha convertido una serie de coincidencias en una hipótesis. A eso se reduce todo. Los datos son equívocos... caramba, casi en su totalidad son pura especulación. Si eso fuera cierto, habríamos de admitir que una tripulación capaz de rastrear a un «688» no ha podido detectar a un submarino ruso.

-El argumento es bueno, Harry. Jones no dice que esto sea un hecho, sino que existe una

Librodot

posibilidad sobre tres.

-Yo diría que una de mil, siendo generoso.

-Por lo que pueda valer, Grupo está de acuerdo con usted. Y hace tres días consulté con gente de «OP-02» que opinó lo mismo.

Ricks habría querido preguntar: «En ese caso, ¿a qué viene esta conversación?»

-El submarino pasó por una inspección de ruido antes de salir, ¿no?

-Sí -asintió Mancuso-, por un «688» recién salido de reparaciones y en perfecto estado.

-¿Y?

-Y seguía siendo un agujero negro. El submarino de ataque lo perdió a una distancia de tres mil metros a cinco nudos.

-¿Y qué vamos a poner en el informe? -preguntó Ricks con tanta indiferencia como pudo. Eso figuraría en su Hoja de servicio. Por tanto, era importante.

Mancuso se revolvió en la silla. No estaba decidido. Su flanco burocrático le decía que había hecho lo correcto: escuchar al contratista, enviar los datos por la cadena de mandos a Grupo, a Fuerza y a los expertos del Pentágono. Todos los análisis eran negativos; el doctor Jones estaba paranoico. El problema era que Mancuso había navegado con Jones durante tres memorables años en el Dallas y no le recordaba un solo error. Nunca. Ese Akula tenía que haber estado allí, en el golfo de Alaska. Desde el momento en que la patrulla aérea «P-3» lo perdió de vista hasta que reapareció ante su base, el Admiral Lunin desapareció del planeta. ¿Dónde había estado? Bueno, si uno trazaba círculos de tiempo y velocidad, era probable que hubiese estado en la zona de patrulla del Maine y que se hubiera alejado de allí en el momento oportuno, para llegar a su base en el momento oportuno. Pero también era probable que esa nave no hubiera estado en la misma zona que el submarino de misiles norteamericano. Ni el Maine ni el Omaha lo habían detectado. ¿Qué posibilidades había de que un submarino ruso pudiera evadir a dos excelentes naves de guerra?

No muchas.

-¿Sabe usted qué me preocupa? -preguntó Mancuso.

-¿Qué?

-Hace más de treinta años que tenemos submarinos de misiles. Nunca hemos sido rastreados en aguas profundas. Cuando yo era primer oficial del Hammerhead hacíamos prácticas con el Georgia y siempre salíamos mal parados. A bordo del Dallas nunca traté de rastrear a un Ohio; la única práctica que hice contra Pulaski fue lo más dificil de mi vida. Pero he rastreado a Deltas, a Typhoons y a todo cuanto los rusos ponen en el agua. He recibido disparos de agua de algunos Victors. Somos tan buenos en esto... -El comandante de escuadra frunció el entrecejo-. Estamos habituados a ser los mejores, Harry.

Ricks seguía hablando razonablemente,

-Somos los mejores, Bart. Los únicos que se nos aproximan son los británicos, pero creo que los hemos dejado muy atrás. No hay nadie que pueda competir con nosotros. Tengo una idea.

-¿Cuál?

-A usted lo preocupa el Akula. Muy bien, lo comprendo. Es un buen submarino, como la clase 637 avanzada, con toda seguridad lo mejor que han botado al agua. Tenemos órdenes de evadir todo lo que se nos acerque... pero usted presentó un buen informe sobre Rosselli por haber rastreado a ese mismo Akula. Probablemente Grupo se enfadó un poco por eso.

-Es cierto, Harry. Hubo un par de ceños fruncidos, pero si no les gusta el modo en que dirijo mi escuadra, pueden cambiarme por otro.

-¿Qué sabemos del Admiral Lunin?

-Ahora está en el astillero para reparaciones. Debe salir a fines de enero.

-A juzgar por su actuación anterior, saldrá algo más silencioso.

-Probablemente. Se dice que van a ponerle un sonar nuevo, unos diez años atrasado con respecto a nosotros -comentó Mancuso.

-Y eso, sin tener en cuenta a los operadores. Aun así no será rival para nosotros, ni

Librodot

remotamente. Podemos demostrarlo.

-¿Cómo? -preguntó Mancuso.

-¿Por qué no recomendamos a Grupo ordenar que, si un bote se cruza con un Akula, lo siga agresivamente? Dejemos que los de ataque rápido traten de acercarse de verdad. Pero si un boomer se aproxima lo suficiente como para rastrearlo sin riesgos de ser detectado, que lo haga. Creo que necesitamos mejores datos sobre ese bicho. Si es una amenaza, pongamos al día nuestra información.

-Eso pondrá a Grupo de cabeza, Harry. No les va a gustar nada...

Pero a Mancuso le agradaba la idea y Harry se dio cuenta.

-¿Y qué? -bufó-. Somos los mejores, Bart. Usted lo sabe, yo lo sé, ellos lo saben. Impongamos algunos límites razonables.

-¿Por ejemplo?

-La mayor distancia a la que se ha detectado un Ohio es... ¿de cuánto?

-Cuatro mil metros. Fue Mike Heimbach, a bordo del Scranton, contra Frank Kemeny en el Tennessee. Kemeny detectó a Heimbach primero... la diferencia fue de un minuto. Todo lo demás ha sido en pruebas predeterminadas.

-Bueno, multipliquemos eso por un factor de... cinco, digamos. Es más que seguro, Bart. Mike Heimbach tenía una nave flamante, la primer versión del nuevo sistema de sonar integrado y tres operadores adicionales del Grupo Seis, si mal no recuerdo.

Mancuso asintió.

-Sí, fue una prueba deliberada, en las peores condiciones, para ver si alguien podía detectar a un Ohio. Agua isotermal, debajo de la capa, todo.

-Sin embargo, el Tennessee ganó -señaló Ricks-. Frank tenía órdenes de facilitar las cosas, pero él fue el primero en detectar. Y recuerdo que tuvo una solución tres minutos antes que Mike.

-Cierto. -Mancuso pensó por un momento-. Fijemos una distancia de veinticinco mil metros.

-Muy bien. Me sé capaz de rastrear a un Akula a esa distancia. Tengo un departamento de sonar muy bueno... como todos, caramba. Si tropiezo con ese tipo, rondo la zona para reunir todos los datos que pueda. Describo un círculo de veinticinco kilómetros a su alrededor y me mantengo fuera. No hay la menor posibilidad de que él me detecte.

-Hace cinco años, Grupo nos habría fusilado a ambos sólo por hablar así -observó Mancuso.

-Pero el mundo ha cambiado. Mire, Bart, con un «688» es posible acercarse, pero ¿qué demuestra eso? Si nos preocupa la vulnerabilidad de los boomers, ¿a qué esquivar el bulto? ¿Está seguro de poder manejar esto?

-¡Claro que sí! Haré la propuesta por escrito al personal de operaciones y usted puede transmitirla a Grupo.

-¿Sabe que esto llegará a Washington?

-Si... Basta de «nos ocultamos con orgullo», ¿eh? ¿O somos un hatajo de viejecillas? Por Dios, Bart, soy el comandante de una nave de guerra. Si alguien viene a decirme que soy vulnerable, le demostraré que está diciendo idioteces. Nadie me ha rastreado. Nadie me rastreará jamás y estoy dispuesto a probarlo.

La entrevista no se desarrollaba como Mancuso esperaba. Ricks hablaba como un verdadero capitán de submarino, como a Bart le gustaba.

-¿Está seguro de sentirse cómodo con esto? Va a sacar chispas en la cadena de mandos. Puede quemarse.

-Usted también.

-Yo soy el comandante del escuadrón. Quemarme es mi obligación.

-Correré el riesgo, Bart. Bueno, voy a tener que volver locos a mis hombres con prácticas, sobre todo a los operadores de sonar y a los de rastreo. Tengo tiempo y la tripulación es bastante buena.

Librodot

-De acuerdo. Redacte la propuesta. Yo la transmitiré con mi respaldo.

-¿Ve qué fácil es?

Ricks sonreía. Si uno quiere ser el número uno en una escuadra de buenos capitanes, hay que sobresalir. «OP-02», allá en el Pentágono, se alborotaría mucho con esto, pero también verían que la sugerencia provenía de Harry Ricks, a quien conocían por su reputación de hombre inteligente y meticuloso. Sobre esa base, con el respaldo de Mancuso, la aprobación sería coser y cantar. Harry Ricks: el mejor ingeniero de submarinos de la Marina y hombre dispuesto a respaldar con hechos sus conocimientos. No era mala imagen. Por cierto, llamaría la atención y quedaría en la memoria.

-¿Cómo estaba Hawai? -preguntó Mancuso, lleno de grata sorpresa por la actitud del oficial comandante (Dorado) del Maine.

-Esto es muy interesante. El Instituto Astrofísico Karl Marx. -El coronel del KGB entregó a Golovko las fotografías. El vicepresidente primero les echó un vistazo y las dejó.

-¿El edificio está vacío?

-Casi. Dentro encontramos esto. Es un recibo por cinco maquinarias norteamericanas. Muy buenas y muy costosas.

-¿Para qué se usan?

-Para muchas cosas, como la fabricación de espejos para telescopio, lo cual coincide perfectamente con la fachada del instituto. Nuestros amigos de Sarova dicen que esos mismos instrumentos se usan para dar forma a ciertos componentes de las armas nucleares.

-Háble me de ese instituto.

-En gran parte, parece auténtico. Su jefe iba a ser el principal cosmólogo de Alemania Democrática. Ha sido absorbido por el Instituto Max Planck de Berlín. Piensan construir un gran complejo de telescopios en Chile y están diseñando un satélite de observación por rayos X con la Agencia Espacial Europea. Vale la pena mencionar que los telescopios de rayos X se relacionan estrechamente con la investigación de armas nucleares.

-¿Cómo se determina la diferencia entre investigación científica y...?

-No se puede -admitió el coronel-. He estado averiguando. Nosotros mismos hemos dejado filtrar información al respecto.

-¿Qué? ¿Cómo?

-En diversas publicaciones especializadas se publicaron varios artículos sobre física especial. Uno de ellos comienza diciendo: «Imaginemos el centro de una estrella con un flujo de rayos X de tal y tal magnitud...» Pero hay un pequeño detalle: la estrella descrita por el autor tiene un flujo mucho más elevado que el centro de cualquier estrella... catorce veces mayor.

-No comprendo. -A Golovko le costaba captar la jerga científica.

-El articulista describió un ambiente físico en el cual la actividad era diez mil millones de veces más intensa que en el interior de cualquier estrella. En realidad, estaba describiendo el interior de una bomba termonuclear en el momento de la detonación.

-¿Y cómo diablos pasó la censura? -inquirió Golovko, atónito.

-¿Cuánto cree que saben de ciencia nuestros censores, general? Leyeron «Imaginemos el centro de una estrella...» y decidieron que eso no tenía nada que ver con la seguridad de Estado. Ese artículo fue publicado hace quince años. Hay otros. La semana pasada he descubierto lo inútiles que son nuestras medidas de secreto. Así que imagine usted cómo son las cosas en Estados Unidos. Por suerte, se requiere un tipo muy inteligente para asimilar todos esos datos, pero no es imposible, por cierto. He hablado con un equipo de jóvenes ingenieros que trabajan en Kyshtym. Con un pequeño impulso desde aquí, podemos iniciar un estudio en profundidad sobre el alcance de la literatura científica publicada. Nos llevará cinco o seis meses. No afecta directamente a este proyecto en especial, pero creo que sería utilísimo. Creo que hemos subestimado sistemáticamente el peligro de las armas nucleares en el Tercer

Librodot

Mundo.

-Pero eso no es cierto -objetó Golovko-. Sabemos que...

-Hace tres años colaboré con la redacción de ese estudio, general. En aquel entonces fui torpemente optimista en mis evaluaciones.

El vicepresidente primero pensó por algunos segundos. -Usted es un hombre honesto, Piotr Ivanovich.

-Soy un hombre asustado -corrigió el coronel.

-Volvamos a Alemania.

-Si. De las personas que al parecer formaban parte del proyecto de Alemania Oriental para la bomba atómica, hay tres en paradero desconocido. Han desaparecido junto con sus respectivas familias. Los otros han hallado otros trabajos. Dos podrían estar dedicados a investigaciones nucleares con aplicaciones bélicas, pero es imposible confirmarlo. ¿Cuál es la línea divisoria entre las aplicaciones pacíficas y la actividad bélica? No lo sé.

-¿Los tres desaparecidos?

-Uno está en América del Sur. De los otros dos no sabemos nada. Sugiero que iniciemos un operativo para averiguar qué está ocurriendo en la Argentina.

-¿Y los norteamericanos? -musitó Golovko.

-No hay nada definido. Supongo que están tan a oscuras como nosotros. -El coronel hizo una pausa-. Resulta difícil imaginar qué interés pueden tener en una mayor proliferación de armas nucleares. Es contrario a la política de su Gobierno.

-Explíqueme lo de Israel.

-Los israelíes obtuvieron material nuclear de los norteamericanos hace más de veinte años: plutonio de la planta del río Savannah y uranio enriquecido de cierto rincón de Pensilvania. En ambos casos los traslados fueron aparentemente ilegales. Los propios norteamericanos iniciaron una investigación. Creen que la Mossad llevó a cabo uno de los operativos más grandes de la Historia, auxiliados por ciudadanos judeoamericanos que ocupan puestos de importancia. No hubo acusación. Si alguna evidencia tenían, provenía de fuentes que no podían descubrir en los tribunales; se consideró políticamente desaconsejable revelar fallos de seguridad en una actividad tan delicada. Todo se manejó con discreción. Los norteamericanos y los europeos no han puesto cuidado al vender tecnología nuclear a diversos países; es el capitalismo en funcionamiento, pues eso mueve grandes cantidades de dinero. Pero nosotros cometimos el mismo error con China y Alemania, ¿verdad? No -concluyó el coronel-, creo que los norteamericanos tienen tan poco interés como nosotros en ver armas nucleares de fabricación alemana.

-¿Y el próximo paso?

-No lo sé, general. Hemos seguido todas las pistas hasta donde podíamos hacerlo sin arriesgarnos a la detección. Creo que debemos vigilar la actividad en América del Sur. Luego, algunas cautelosas indagaciones en el Ejército alemán, para ver si están desarrollando un programa nuclear.

-Si así fuera, ya nos habríamos enterado. -Golovko frunció el ceño-. Por Dios, ¿qué he dicho? ¿Qué sistemas de lanzamiento pueden utilizar?

-Aéreo, por avión. No hay necesidad de lanzadores balísticos. No hay tanta distancia entre Alemania Oriental y Moscú. Conocen nuestra capacidad de defensa aérea, ¿verdad? Dejamos bastante equipo allí.

-¡Menudas noticias me ha traído esta tarde, Piotr! ¿Hay más?

El coronel sonrió con aire de preocupación.

-No, y esos tontos occidentales, cantando loas por lo seguro que se ha vuelto el mundo.

El proceso de sinterizado del tungsteno al renio es el colmo de la simplicidad. Utilizaron una caldera a frecuencia de radio, muy parecida a un horno de microondas. El polvo metálico fue vertido en un molde y deslizado en la caldera, para que se calentara. Cuando alcanzó un

Librodot

deslumbrante rojo blanco (por desgracia, no había calor suficiente para fundir el tungsteno, que tiene una tolerancia térmica altísima) aplicaron presión; la combinación de calor y presión lo convirtió en una masa que, sin ser metálicamente sólida, tenía firmeza suficiente para ser tratada como tal. Hicieron doce secciones curvadas una tras otra. Había que trabajarlas hasta una modesta tolerancia de forma y pulido; por eso las depositaron en un sector aparte de la estantería instalada en la planta de fabricación.

La gran fresadora estaba trabajando con el último componente de berilio: un gran hiperboloide metálico, de unos cincuenta centímetros de longitud y con una amplitud máxima de veinte. La peculiar forma dificultaba el fresado, aun con herramientas de alta precisión, pero eso no tenía remedio.

-Como verás, el flujo inicial de neutrones será una sencilla expansión esférica desde el primario, pero quedará atrapada en el berilio -explicó Fromm a Qati-. Estos elementos metálicos reflejan los neutrones. Giran aproximadamente al veinte por ciento de la velocidad lumínica, y les dejaremos sólo esta salida al cono. Dentro del hiperboloide estará este cilindro de deuteruro de litio enriquecido con tritio.

-Tan pronto ocurre? -preguntó el comandante-. Los explosivos lo destruirán todo.

-Se requiere un nuevo modo de pensar. Por rápida que sea la acción de los explosivos, debes recordar que sólo necesitamos tres sacudidas para que la bomba complete el proceso de detonación.

-¿Tres qué?

-Sacudidas. -Fromm se permitió otra de sus raras sonrisas-. Ya sabes qué es un nanosegundo: la cienmilmillonésima parte de un segundo, ¿no? En ese tiempo, un rayo de luz avanza sólo treinta centímetros. El tiempo que tarda un rayo de luz en ir desde aquí hasta aquí -señaló con las manos.

Qati asintió. Sin duda era un tiempo muy breve.

-Bien. Una «sacudida» es diez nanosegundos. El tiempo necesario para que la luz recorra tres metros. La palabra fue inventada por los norteamericanos en 1940, que se referían al tiempo necesario para sacudir una cola de cordero. Una broma técnica, ¿comprendes? En otras palabras: en tres sacudidas, el término necesario para que un rayo de luz recorra aproximadamente nueve metros, la bomba habrá comenzado y concluido el proceso de detonación. Eso multiplica varios miles de veces el tiempo requerido para que los explosivos químicos hagan algo.

-Comprendo -dijo Qati, mintiendo a medias.

Y salió de la sala, dejando que Fromm volviera a sus horrendas ensoñaciones. Günther lo esperaba fuera.

-¿Y bien?

-Tengo resuelta la parte norteamericana del plan -anunció Bock. Desplegó un mapa y lo puso en tierra-. Pondremos la bomba aquí.

-¿Qué lugar es éste?

Bock respondió a la pregunta.

-¿Cuántos? -preguntó el comandante.

-Más de sesenta mil sólo aquí. Si el rendimiento de la bomba concuerda con lo prometido, el radio letal abarcará todo esto. Los muertos sumarán entre cien y doscientos mil.

-¿Eso es todo? ¿Tratándose de una bomba nuclear?

-Esto es sólo un artefacto explosivo grande, Ismael.

Qati cerró los ojos, jurando por lo bajo. Apenas un momento antes le habían dicho que aquello era algo totalmente inimaginable; ahora se le decía lo contrario. El comandante era lo bastante sagaz como para comprender que ambos expertos tenían razón.

-¿Por qué aquí?

Bock se lo explicó.

-Será muy gratificante, por cierto, matar a su presidente.

-Gratificante sí, pero no necesariamente beneficioso. Podríamos llevar la bomba a

Washington, pero los riesgos me parecen demasiado grandes. Mi plan, comandante, debe tomar en cuenta el hecho de que sólo tenemos un artefacto y una oportunidad. Por lo tanto, debemos reducir al mínimo el riesgo de detección y basar la elección del blanco más en la conveniencia que en otros factores.

-¿Y el flanco alemán de la operación?

-Eso será fácil.

-¿Dará resultado? -preguntó Qati, contemplando las polvorientas colinas del Líbano.

-Así debería ser. Estimo una posibilidad de éxito del sesenta por ciento.

«Por lo menos, así castigaremos a los norteamericanos y a los rusos», se dijo el comandante. Luego se presentó la pregunta: «¿Basta con eso?» El gesto de Qati se endureció al analizar la respuesta.

Pero había más de una pregunta. Qati se sabía moribundo. El proceso de la enfermedad tenía sus avances y sus retrocesos, como una marea inexorable, pero esa marea no había alcanzado nunca la altura que tenía un año atrás, un mes atrás. Ese día se sentía bien, pero sabía que eso era relativo. Era tan probable que su vida terminara al año siguiente como que el plan de Bock tuviera éxito. ¿Podía morir sin hacer todo lo posible por ver cumplida su misión?

No, y si su propia muerte era algo probable, ¿qué importancia debía dar a la vida ajena? ¿Acaso no eran todos infieles?

Günther es infiel, un verdadero infiel. Marvin Russell también; un pagano. La gente que te propones matar... no son infieles. Son Gente del Libro, confundidos seguidores del profeta Jesús, pero también gente que cree en el Dios único.»

Sin embargo, los judíos también eran Gente del Libro. El Corán lo proclamaba así. Eran los antecesores espirituales del Islam, tan hijos de Abraham como los árabes. Gran parte de la religión judía era como la suya. Si él estaba en guerra con Israel no era por cuestiones religiosas. Era por su pueblo, expulsado de su propio suelo, desplazado por otro pueblo que también aseguraba actuar por imperativo religioso, cuando en realidad se trataba de algo distinto.

Qati se enfrentó a sus propias creencias con todas sus contradicciones. Israel era el enemigo. Los norteamericanos eran el enemigo. Los rusos eran el enemigo. Esa era su teología personal. Aunque pudiera proclamarse musulmán, lo que regía su vida tenía muy poco que ver con Dios, por mucho que él predicara lo contrario a sus seguidores.

-Adelante con tus planes, Günther.

XX. RIVALIDAD

Al promediar la temporada de las ligas nacionales, los Vikings y los Chargers aún eran los mejores. Tras haber perdido contra Minnesota en tiempo de descuento, San Diego se sacudió la derrota y, a la semana siguiente, se desquitó contra Indianapolis, a quien sepultó 45 a 3, mientras los Vikings tuvieron que luchar contra los Giants en un partido de lunes por la noche, alzándose con el triunfo por 21 a 17. Tony Wills pasó mil yardas de rushing en el tercer cuarto del octavo juego de la temporada; ya era, en opinión de todos, el mejor de los nuevos jugadores del año, además de actuar como portavoz oficial en la campaña presidencial contra el abuso de drogas. Los Vikings tropezaron contra los Forty-Niners y perdieron 24 a 16, con lo cual quedaron a la par de San Diego, siete a uno. Pero el competidor más próximo en la primera división de la Liga eran los Bears. La paridad había desaparecido en el fútbol americano nacional. El único desafío serio provenía, como siempre, de los Dolphins y los Raiders; los dos estaban en el carnet de baile de los Chargers para el final de la temporada.

En todo ello no había nada que reconfortara a Ryan. Le costaba conciliar el sueño, pese a la fatiga envolvente que caracterizaba su vida actual. En otros tiempos, cuando los pensamientos asediaban sus noches, se asomaba a las ventanas que daban a la bahía Chesapeake para contemplar los barcos que navegaban, a pocos kilómetros de distancia. Ahora permanecía sentado, con la vista perdida en el vacío. Sentía las piernas cansadas y débiles, siempre

Librodot

fatigadas, a tal punto que ponerse de pie requería un esfuerzo consciente. Sentía malestares estomacales por la acidez producida por la tensión y aumentada por la cafeína y el alcohol. Necesitaba dormir, dormir profundamente para relajar los músculos; necesitaba dormir sin soñar para liberar la mente de las decisiones diarias. Necesitaba ejercicio. Necesitaba muchas cosas. Necesitaba volver a ser hombre. En cambio tenía insomnio, una mente que no dejaba de revolver los pensamientos del día y los fracasos de la noche.

Jack sabía que Liz Elliot lo odiaba. Hasta creía saber por qué: por aquel primer encuentro en Chicago, pocos años atrás. Ambos estaban de mal humor y la presentación estuvo llena de palabras ásperas. La diferencia estribaba en que él tendía a olvidar la mayoría de desdenes, mientras que ella no. Y Liz Elliot se hacía escuchar por el presidente. Por causa de ella, el papel desempeñado por Ryan en el Tratado del Vaticano permanecería ignorado siempre. Lo único que había hecho con independencia de su trabajo en la CIA. Ryan estaba orgulloso de su trabajo en la CIA, pero no ignoraba que era estrechamente político o estratégico, destinado al mejoramiento de su propio país, mientras que el Tratado del Vaticano era para el mejoramiento del mundo entero. Su única y orgullosa contribución a la Humanidad, perdida, atribuida a otros. Jack no quería todo el crédito para sí; la obra no era exclusivamente suya. Pero sí deseaba una justa mención por haber sido uno de los jugadores. ¿Era demasiado pedir? Jornadas laborales de catorce horas, de las cuales pasaba gran parte en automóviles, tres ocasiones en que había arriesgado la vida por su país... ¿Para qué? Para que una zorra política de Bennington hiciera pedazos sus evaluaciones.

«Ni siquiera estarías donde estás, Liz, si no fuera por mí y por lo que yo hice. Y tampoco tu jefe, el Hombre de Hielo, Jonathan Robert Fowler, el de Ohio.»

Pero ellos no podían saberlo. Jack había dado su palabra. Había dado su palabra ¿a qué, para qué?

Lo peor era que eso lo estaba afectando de un modo totalmente inesperado. Esa noche había vuelto a defraudar a su esposa. Para él resultaba incomprensible, como operar un interruptor y que la luz no encendiera, como girar la llave de contacto y que el auto...

Como no ser hombre. Ésa era la descripción más simple. «Pero soy un hombre. He hecho todo lo que un hombre puede hacer.»

«¡Trata de explicárselo a tu esposa, amigo!»

«He luchado por mi familia, por mi país. He matado por mi familia y mi país. Me he ganado el respeto de los mejores. He hecho cosas que jamás se sabrán y guardado los secretos que debían ser guardados. He prestado los mejores servicios que es posible prestar.»

«Y si así es, ¿por qué tienes insomnio a las dos de la mañana, campeón?»

«¡Yo he cambiado las cosas!», exclamó la mente de Jack. «¿Quién lo sabe? ¿A quién le importa?»

«¿Y mis amigos?»

«De poco te sirven. Además, ¿de qué amigos hablas? ¿Cuánto hace que no ves a Skip Tyler ni a Robby Jackson? Tus amigos de Langley... ¿por qué no les cuentas tus problemas?»

El alba fue una sorpresa, pero no tanto como el hecho de haber dormido, sentado, a solas en la sala. Jack se levantó, sintiendo los mismos dolores musculares pese a las horas que había pasado sin estar despierto. Porque eso no había sido dormir, según se dijo camino al cuarto de baño. Dormir era descansar y él no se sentía descansado; el vino barato de la noche anterior le había dejado un palpitante dolor de cabeza. Lo único positivo era que Cathy no se había levantado. Jack se preparó el café y, cuando Clark llegó con el coche, estaba esperando en la puerta.

-Otro fin de semana estupendo, por lo que veo -dijo Clark, cuando Ryan subió.

-¿Et tu, John?

-Oiga, vicedirector, si quiere darme un puñetazo, adelante. Hace un par de meses usted estaba hecho polvo y ahora, en lugar de mejorar, empeora. ¿Desde cuándo no se toma vacaciones? Vacaciones por más de un par de días, digo. Ya me entiende, como si uno fuera una persona de verdad, no un pobre cagatintas del gobierno, de esos que no se atreven a faltar

Librodot

por miedo a que su ausencia pase inadvertida.

-Tú sí que sabes alegrarme la mañana, Clark.

-Mire, jefe, yo soy oficial de Seguridad y Protección. No se enfade si me tomo en serio la parte protectora. -John aparcó el coche en su sitio y apagó el motor-. No es la primera vez que veo esto, doctor. La gente se agota. Usted se está agotando. Está quemando la vela por los dos extremos y por el medio también. Eso hace mal aunque uno tenga veinte años. Y usted tiene unos cuantos más, por si no lo recuerda.

-Tengo perfecta conciencia de los malestares que trae la vejez. -Ryan intentó una sonrisa irónica para demostrar que aquello era una nimiedad y que Clark estaba exagerando.

No sirvió de nada. De pronto, John cayó en la cuenta de que la esposa del doctor no estaba con él en la puerta. ¿Conflictos conyugales? Bueno, sobre eso no podía hacer preguntas. Bastaba con lo que veía en la cara de Ryan. No era sólo fatiga. Se estaba cansando por dentro: toda la mierda que recibía de la cadena de mandos, la tensión de apoyar al director Cabot le estaba agotando. Cabot no era mal tipo; tenía buenas intenciones, pero no sabía qué diablos estaba haciendo allí. Por ende, el Congreso dependía de Ryan, igual que los directores de Operaciones e Inteligencia, cuando necesitaban liderazgo y coordinación. Ryan no podía eludir sus responsabilidades y no tenía el buen tino de dejar algunas cosas en manos de otros. Los directores de sección podrían haberse hecho cargo de unos cuantos asuntos, pero dejaban que Ryan lo hiciera todo. Eso se podía solucionar con un buen ladrido del vicedirector, pero quedaba por ver si Cabot lo apoyaría o si los periodistas de la Casa Blanca lo tomarían como señal de que Jack intentaba escalar posiciones.

«¿Maldita política!», se dijo Clark, mientras volvía a la carretera. Política de oficinas, política de políticos.... Y en la casa tampoco estaba todo bien. Clark no sabía qué pasaba, pero algo estaba pasando.

«¡Usted es demasiado bueno para esto, doctor!»

-¿Puedo darle un consejo?

-Adelante -aceptó Jack, revisando sus despachos. -Tómese dos semanas. Vaya a Disney World, busque una playa y camine. Salga de esta condenada ciudad por un tiempo.

-Los chicos están en la escuela.

-¡Pues sáquelos de la escuela, por el amor de Dios! Mejor aún, déjelos y márchese con su esposa. No, usted no es de ésos. Llévelos a ver a Mickey.

-No puedo. Tienen clases.

-Están en la primaria, no en el doctorado. No van a malograr su desarrollo intelectual por perder dos semanas de matemáticas y ortografía. ¡Usted necesita irse lejos a recargar las baterías, a oler las rosas, joder!

-Demasiado trabajo, John.

-¡Escúcheme! ¿Sabe a cuántos amigos he sepultado? ¿Sabe cuántos de mis compañeros se fueron de aquí sin haber tenido una esposa, hijos y una bonita casa cerca del mar? Muchos, muchísimos, que no tenían siquiera esperanzas de tener lo que usted tiene. Y usted, que lo tiene, hace lo posible por terminar bajo tierra. Porque eso es lo que le va a pasar, doctor. De un modo u otro, en diez años, digamos...

-¡Tengo que cumplir con mi trabajo!

-No es tan importante como para arruinarse la vida, so idiota! ¿No lo entiende?

-Y si me fuese, ¿quién manejaría estos asuntos?

-Usted es muy difícil de remplazar cuando está bien, señor. Pero tal como lo veo ahora, ese muchacho Goodley puede hacer las cosas tan bien como usted... o mejor. -Clark vio que eso causaba efecto-. ¿0 cree que en estas condiciones es muy eficiente?

-Hazme el favor de ocuparte del volante.

Según las frases codificadas de los despachos matutinos, lo esperaba otro informe de Spinnaker, junto con uno de Niitaka. Tendría una jornada de mucho trabajo. «Justo lo que me hace falta», se dijo, cerrando los ojos para descansar un momento.

Aquello empeoraba. Ryan se sorprendió de encontrarse en la oficina y más aún de que la

Librodot

fatiga se hubiera impuesto al café del desayuno, permitiéndole dormir unos cuarenta minutos en el trayecto. Aceptó la mirada de Clark, que expresaba un «yo se lo dije», y subió al séptimo piso. Un mensajero trajo los dos expedientes importantes, junto con una nota del director Cabot, en la que anunciaba que llegaría tarde. El tipo trabajaba con horarios de banquero. «Se supone que los espías traba jamos más -pensó Jack-. Yo, por lo menos.»

Primero estaba el de Niitaka. Según el informe, los japoneses planeaban renunciar a una rara concesión comercial olor gada seis años atrás. Lo justificarían aduciendo «lamentable-circunstancias no previstas», parte de lo cual podía ser verdad, según pensó Ryan mientras continuaba leyendo; los japoneses tenían tantos problemas políticos internos como cualquier país, pero había algo más: iban a coordinar algo en México relacionado con la visita oficial del primer ministro a Washington, en febrero próximo. En lugar de comprar productos agrícolas norteamericanos, optaban por adquirirlos a México a menor precio, a cambio de reducir sus barreras aduaneras para ese país. No estaban seguros de poder conseguir la concesión de México y proyectaban... ¿un soborno?

-Por Dios -susurró Ryan.

El Partido Revolucionario Institucional de México (PRI) no era un paradigma de integridad, pero llegar a tanto... Se acordaría en entrevistas personales, a realizar en Ciudad de México. Si obtenían la concesión, mediante el acceso de los productos mexicanos a Japón a cambio de alimentos mexicanos a bajo precio, la cantidad de productos agrícolas norteamericanos que se habían comprometido a comprar en febrero se vería reducida. Comercialmente les convenía. Japón compraría alimentos a menor precio que en Estados Unidos y, al mismo tiempo, abriría un mercado nuevo. La excusa a presentar a los agricultores norteamericanos se relacionaría con ciertos productos químicos que la Oficina de Drogas y Alimentos declararía inconvenientes para la salud pública, para sorpresa de todos. El soborno guardaba relación con la magnitud de las operaciones. Veinticinco millones de dólares a ser pagados de un modo indirecto, pero casi legal. Cuando el presidente mexicano abandonara su cargo, el año siguiente, encabezaría una nueva empresa que... No, comprarían una empresa de la que él era dueño, a buen valor de mercado, y los nuevos propietarios lo mantendrían en ella por un salario astronómico, inflando el valor del negocio a cambio de su obvia experiencia en relaciones públicas.

-Vaya alianza -dijo Ryan en voz alta.

Resultaba casi cómico. Y lo más cómico era que también podía ser legal en Estados Unidos, si alguien contrataba a un buen abogado. Quizá no hacía falta siquiera eso. Muchos gobernantes se habían vendido a los intereses comerciales de Japón apenas dejado el puesto oficial.

Sin embargo, lo que Ryan tenía en la mano era evidencia de una conspiración. En un sentido eran tontos: los japoneses creían que algunos conciliábulos eran sacrosantos, que ciertas palabras no serían escuchadas jamás fuera de las cuatro paredes en que eran pronunciadas. Ignoraban que cierto miembro del gabinete tenía cierta amante que, a su vez, mantenía relaciones con alguien tan capaz como ella de tirar lenguas, y que Estados Unidos contaba ahora con acceso a toda clase de información, por cortesía de cierto funcionario del KGB...

-Piensa, muchacho -se dijo.

Si obtenían pruebas más contundentes y las entregaban a Fowler... Sin embargo, uno no podía citar el informe de un espía ante los tribunales... un ciudadano ruso, un funcionario del KGB que trabajaba en un tercer país.

Pero nadie hablaba de presentarse a un tribunal. Fowler podía hablar de eso en su propia entrevista personal con el primer ministro.

Sonó el teléfono de Ryan.

-¿Sí, Nancy?

-Acaba de llamar el director. Tiene la gripe.

-Vaya suerte. Gracias. Y un cuerno de gripe -agregó Ryan, tras colgar. Talbot era un

perezoso.

«Fowler podría actuar de dos maneras. Primero, cara a cara, diciéndole que estamos enterados de lo que se trae entre manos y no vamos a tolerarlo, que informaremos a la gente del Congreso. Segundo, filtrando la noticia a la Prensa.»

La segunda opción tendría malas consecuencias, y una de ellas sucedería en México. A Fowler no le gustaba el presidente mexicano, y el PRI le agradaba aún menos. De Fowler se podían decir muchas cosas, pero era honrado y detestaba la corrupción en todas sus formas.

La primera opción... Ryan tenía que informar de eso a Al Trent, ¿no? Trent debía enterarse de la nueva operación, pero él tenía sus propios objetivos en cuestiones comerciales y a Fowler le preocuparía la posibilidad de que dejara filtrar la noticia. Por otra parte, ¿era posible, legalmente, no decírselo a Trent? Ryan volvió a coger el teléfono.

-Nancy, ¿puede decir al asesor general que necesito verlo? Gracias.

Llegó el turno a Spinnaker. «¿Qué tiene que decirnos hoy el señor Kadishev?», se preguntó Ryan.

-Por el amor de Dios... -susurró,

Se obligó a relajarse. Leyó el informe completo y, después de una pausa, volvió a leerlo. Luego tomó el teléfono y pulsó el botón de Mary Pat Foley.

Pero el teléfono sonó durante treinta segundos antes de que alguien atendiera.

-¿Si?

-¿Quién habla?

-¿Quién habla?

-Soy el vicedirector Ryan. ¿Está Mary Pat?

-Está de parto, señor. Disculpe; no sabía quién era -prosiguió una voz de hombre-. Ed está con ella, por supuesto.

-Bien, gracias. -Ryan cortó-. ¡Oh, mierda!

Sin embargo, no podía enfadarse por eso. Se levantó y fue a la oficina de su secretaria.

-Mary Pat está de parto, Nancy -dijo a la señora Cummings.

-Oh, qué bien. Bueno, no tan bien; la cosa no es muy divertida -reconoció Nancy-. ¿Le enviamos flores?

-Sí, algo bonito. Usted sabe más que yo de esas cosas. Cárguelas a mi tarjeta de American Express.

-¿Y si esperamos hasta saber que todo salió bien?

-Sí, tiene razón. -Ryan volvió a su oficina preguntándose qué hacer.

«Ya sabes lo que debes hacer. La cuestión es si deseas hacerlo o no», se contestó.

Tomó el teléfono y pulsó otro botón de discado automático.

-Elizabeth Elliot -dijo la mujer, atendiendo la línea directa, que sólo conocían unos pocos íntimos del Gobierno.

-Soy Jack Ryan.

La fría voz se tornó aun más fría.

-¿Qué ocurre?

-Necesito ver al presidente.

-¿Para qué?

-Por teléfono, no.

-¡La línea está vigilada, Ryan!

-No lo bastante. ¿Cuándo puedo ir? Es importante.

-¿Hasta qué punto?

-¡Lo bastante como para que él deje a un lado su agenda, Liz! -le espetó Ryan-. ¿0 cree que vengo aquí a jugar?

-Tranquilícese y espere. -Ryan oyó que la mujer movía unos páginas-. Venga dentro de cuarenta minutos. Dispondrá de un cuarto de hora. Lo arreglaré.

-Gracias, doctora Elliot. -Ryan hizo lo posible por colgar el auricular con serenidad. ¡Maldita mujer! Se levantó otra vez. Clark estaba en la oficina de Nancy-. Calienta el coche.

Librodot

-¿Adónde vamos? -preguntó Clark.

-Al centro. -Se volvió-. Nancy, llame al director. Dígale que debo informar de algo al jefe y, con el debido respeto, él tendría que venir volando.

Eso sería un problema. Cabot vivía a una hora de distancia, en pleno campo.

-Sí, señor.

Si de algo podía depender Ryan era del profesionalismo de Nancy Cummings.

-Necesito tres copias de esto. Haga una más para el director y ponga el original en depósito seguro.

-En seguida -dijo Nancy.

-Bien.

Jack se dirigió al lavabo. Al mirarse en el espejo comprobó que Clark tenía muchísima razón: su aspecto dejaba mucho que desear, pero eso no tenía remedio.

-¿Listo?

-Si, doctor. -Clark ya tenía los documentos en un maletín de ejecutivo.

En aquella mañana de lunes, la perversidad de la vida no cesaba. En las cercanías del desvío I-66, algún tonto se las había arreglado para provocar un accidente, atascando el tráfico. El trayecto que habrían debido cubrir en diez o quince minutos llevó treinta y cinco. Hasta los funcionarios gubernamentales tienen que vérselas con el tráfico de la capital. El coche de la CIA entró por el lado oeste apenas a tiempo. Jack se abstuvo de entrar corriendo en la Casa Blanca, pero sólo por temor de que alguien lo viera. También los periodistas usaban esa entrada. Un minuto después estaba en la oficina de Liz Elliot.

-¿Qué pasa? -preguntó la asesora de Seguridad Nacional.

-Preferiría explicarlo esto una sola vez. Un agente de penetración nos ha enviado un informe que no va a gustarles mucho.

-Tiene que decirme algo -señaló Elliot, por una vez con tono razonable.

-Narmonov, sus militares y bombas nucleares.

-Entiendo. Bien, acompáñeme.

La distancia era corta: dos pasillos y ocho agentes del Servicio Secreto que custodiaban la oficina presidencial como una manada de respetuosísimos lobos.

-Espero que sea importante -dijo Fowler, sin levantarse-. Me ha hecho retrasar una reunión de presupuesto.

-Señor presidente -comenzó Ryan-, tenemos un agente de penetración en un cargo muy elevado del Gobierno soviético.

-Lo sé. Le he pedido que no me revele su nombre, como usted recordará.

-Sí, señor, pero ahora voy a decírselo. Es Oleg Kirilovich Kadisev. Lo llamamos Spinnaker. Fue reclutado hace algunos años por Mary Patricia Foley, cuando ella y su esposo estuvieron en Moscú.

-¿Y por qué me lo dice? -preguntó Fowler.

-Para que pueda evaluar su informe. Ya ha visto sus informes anteriormente bajo los nombres clave Restorative y Pivot.

-¿Pivot...? Era el de setiembre, el que hablaba de los problemas que tenía Narmonov con su aparato de seguridad.

-Correcto, señor presidente. -«Magnífico -pensó Ryan-. Recuerdas lo que te enviamos. No siempre es así.»

-Supongo que, si usted está aquí, es porque esos problemas han empeorado. Prosiga -ordenó Fowler, reclinándose en la silla.

-Kadishev dice que la semana pasada tuvo una entrevista con Narmonov.

-Un momento. Kadishev... es miembro del parlamento, líder de uno de los grupos de la oposición, ¿verdad?

-Correcto, señor. Mantiene relaciones privadas con Narmonov y por eso nos es tan valioso.

-Claro, comprendo.

-Dice que, en su última entrevista, Narmonov reconoció que los problemas están

empeorando. Ha permitido que sus fuerzas militares y de seguridad aumenten su poderío interno, pero al parecer no les basta. Podría surgir oposición al cumplimiento del tratado de reducción de armamentos. Según este informe, los militares soviéticos quieren retener la totalidad de sus «SS-l8» en lugar de eliminar seis regimientos, como estaba acordado. Nuestro hombre dice que Narmonov podría estar dispuesto a ceder en ese punto. Eso, señor, sería una violación del tratado. Por eso he venido.

-¿Hasta qué punto es importante? -preguntó Liz Elliot-. Me refiero a la parte técnica.

-Nunca hemos podido averiguarlo del todo -repuso Ryan-. Puesto que estamos procediendo a reducir el armamento nuclear en algo más de la mitad, hemos cambiado la ecuación nuclear. Cuando ambas partes tenían diez mil RV, era bastante obvio que la guerra nuclear era muy difícil, prácticamente imposible de ganar. Con tantas cabezas nucleares como había, ninguno podría eliminarlas a todas y siempre quedarían las suficientes para lanzar un contraataque devastador. Pero con las reducciones el cálculo cambia. Ahora, de acuerdo con la reducción de fuerzas, ese ataque se torna teóricamente posible. Por eso el equilibrio de fuerzas fue detallado con tanta atención en el tratado.

-¿Significa que la reducción aumenta el peligro, en vez de reducirlo? -preguntó Fowler.

-No exactamente, señor. He dicho desde un principio (y lo consulté con el equipo del tratado, hace algunos años, cuando Ernie Allen lo dirigía) que la mejora estratégica a consecuencia de una reducción del cincuenta por ciento era algo ilusorio, mero simbolismo.

-Oh, vamos -observó Elliot con mordacidad-. Es una reducción a la mitad de...

-Si usted participara de los juegos Camelot, doctora Elliot, comprendería un poco mejor estas cosas.

Ryan apartó la mirada antes de ver la reacción de la mujer a ese reproche. Fowler vio que se ruborizaba por un instante y estuvo a punto de sonreír, divertido por el apuro de la asesora, regañada en presencia de su amante. El presidente volvió su atención a Ryan, seguro de que él y Elizabeth volverían a hablar sobre el asunto.

-El tema es muy técnico. Si no me cree, consulte con el secretario Bunker o con el general Fremont. El factor decisivo es el equilibrio de fuerzas, no el número. Si retienen esos regimientos «SS-18», el equilibrio cambia al punto de que los soviéticos cuentan con una auténtica ventaja. El efecto del tratado es sustantivo, no meramente numérico. Pero hay algo más.

-Adelante -invitó el presidente.

-Según este informe, parece haber cierta asociación entre los militares y el KGB. Como usted sabe, aunque el Ejército soviético posee y mantiene los lanzadores estratégicos, las cabezas de combate han estado siempre bajo el control del KGB. Kadishev opina que esas dos instituciones se están entendiendo demasiado bien. Más aún, la seguridad de las cabezas nucleares podría ser problemática.

-¿Lo cual significa...?

-Lo cual significa que se está reteniendo un inventario de cabezas nucleares tácticas.

-¿Bombas nucleares no mencionadas?

-Es probable, según Spinnaker.

-En otras palabras -dijo Fowler-, el Ejército puede estar extorsionando a Narmonov y es posible que esté reteniendo algunas cabezas nucleares como cartas de triunfo.

«No está mal, señor presidente», pensó Ryan.

-Correcto, señor.

Fowler guardó silencio por unos treinta segundos, dando vueltas a la idea en su cabeza y con la mirada perdida en el vacío.

-Ese Kadishev, ¿es de confianza?

-Hace cinco años que trabaja para nosotros, señor presidente. Sus consejos han sido siempre valiosos y, hasta donde podemos asegurarlo, nunca nos ha orientado mal.

-¿No es posible que alguien intente jugárnosla? -preguntó Elliot.

-Es posible, pero difícil. Tenemos maneras de atender esas cosas. Hay frases codificadas

Librodot

que nos advierten en caso de problemas. Cada informe viene acompañado de frases codificadas, como en este caso.

-¿Y no se puede confirmar el informe por medio de otras fuentes?

-Lo siento, doctora Elliot, pero no tenemos modo de confirmarlo.

-¿Y ha venido aquí con un informe sin confirmar? -preguntó Elliot.

-En efecto -admitió Ryan, sin saber lo cansado que se lo veía-. No hay muchos agentes por los que haría algo así. Este es uno de ellos.

-¿Qué puede hacer para confirmarlo? -preguntó Fowler.

-Podemos intentar discretas averiguaciones a través de nuestras propias redes y, con su autorización, mantener una comunicación cautelosa con algunos servicios secretos extranjeros. Los británicos tienen en el Kremlin a un hombre que les pasa datos muy buenos. Conozco a Sir Basil Charleston y puedo hacer algún contacto, pero para eso tendría que revelar algo de lo que sabemos. En ese plano es preciso tratar quid pro quo. Nunca lo hacemos sin aprobación del Ejecutivo.

-Comprendo. Déme un día para pensarlo. ¿Marcus lo sabe?

-No, señor presidente. Tiene la gripe. Normalmente no habría venido sin consultar con el director, pero supuse que usted querría enterarse cuanto antes.

-Usted ha dicho que los militares soviéticos eran políticamente dignos de confianza; esto no se jusifica -observó Elliot.

-Es cierto, doctora Elliot. Lo que Kadishev informa carece de todo precedente. Desde el punto de vista histórico, nuestra preocupación por las ambiciones políticas del Ejército soviético ha sido tan infundada como constante. Al parecer, también eso ha cambiado. La posibilidad de una alianza de facto entre los militares y el KGB resulta muy perturbadora.

-Así pues usted se ha equivocado anteriormente -presionó Elliot.

-Es posible -admitió Ryan.

-¿Y ahora? -quiso saber Fowler.

-No lo sé, señor presidente. No es absolutamente seguro que este informe sea correcto, pero la importancia de la información me obliga a ponerla en su conocimiento.

-No me preocupa tanto el asunto de los misiles como el de las cabezas nucleares -comentó Elliot-. Si Narmonov se enfrenta a una verdadera extorsión... ¿por Dios?

-Kadishev es un posible rival político de Narmonov -apuntó Fowler, pensaivo-. ¿Por qué confiar en él?

-Usted se reúne regularmente con los líderes del Congreso, señor. El también. La dinámica política del Congreso de Representantes del Pueblo es más confusa que la de nuestro Capitolio. Más aún, existe un auténtico respeto entre los dos. Kadishev se opone a Narmonov, pero con más frecuencia lo apoya. Pueden ser rivales, pero también comparten puntos de vista en muchos asuntos clave.

-Bien, quiero que se confirme esta información como se pueda y con toda la celeridad posible.

-Sí, señor presidente.

-¿Cómo se porta Goodley? -preguntó Elliot.

-Es muy inteligente y tiene una fundada concepción del bloque oriental. Leí un trabajo que hizo en la Kennedy, hace un tiempo, y superaba a lo que hicimos nosotros por entonces.

-Póngalo en este caso. Podría serle útil una mente fresca -opinó Liz.

Jack meneó la cabeza, enfático.

-Esto es demasiado delicado para él.

-¿Goodley es ese becario del que me hablaron? ¿Tan bueno es, Elizabeth? -inquirió Fowler.

-Creo que sí.

-Póngalo en el caso, Ryan, bajo mi responsabilidad -ordenó el presidente.

-Bien, señor.

-¿Algo más?

-Si dispone de un minuto, señor, tenemos algo sobre Japón. Jack explicó el asunto.

-¡Vaya! -Fowler sonreía con aire astuto-. ¿Qué piensa usted de eso?

-Creo que les gusta jugar -respondió Ryan-. No envidio a los que deban negociar con ellos.

-¿Cómo podemos averiguar si es cierto?

-Proviene de una buena fuente.

-¿No sería bonito si...? ¿Cómo nos enteraríamos si se cierra el trato?

-No lo sé, señor presidente.

-Estoy harto de esta pausa comercial y estoy harto de que me mientan. Busque el modo de averiguarlo.

-Lo intentaremos, señor Presidente.

-Gracias por haber venido.

El presidente no se levantó ni le ofreció la mano. Ryan se retiró.

-¿Qué piensas de esto? -preguntó Fowler, echando un vistazo al informe.

-Confirma lo que dijo Talbot sobre la vulnerabilidad de Narmonov... Pero peor.

-Estoy de acuerdo. Ryan parece agobiado.

-Hace mal en jugar a dos puntas.

-¿Eh? -gruñó el presidente, sin levantar la vista.

-Tengo un informe preliminar de la investigación que Justicia está llevando a cabo. Al parecer, tiene aventuras amorosas, como sospechábamos, y hay una criatura de por medio. Ella es la viuda de un tipo de la Fuerza Aérea, que murió en un accidente. Ryan ha gastado muchísimo dinero para cuidar de la familia. Y su esposa no está enterada.

-No me conviene ese tipo de escándalos. ¡Otro mujeriego, después de los asuntos de Charlie! -«Menos mal que no han descubierto lo nuestro.» No hacía falta que lo dijera. En todo caso, no era lo mismo. Alden y Ryan estaban casados. El no-.

¿Estás segura de esto? ¿Dices que era un informe preliminar?

-Sí.

-Asegúrate y cuéntame lo que averigües.

Liz asintió, y agregó:

-Esto de los militares soviéticos... da miedo.

-Mucho miedo -concordó Fowler-. Hablaremos del asunto durante el almuerzo.

-Y éste es el punto medio -dijo Fromm-. ¿Puedo pedir un favor?

-¿Qué favor? -preguntó Ghosn, rogando que no se tratara de volver a Alemania para ver a su esposa. Eso habría resultado muy delicado.

-Hace dos meses que no bebo una copa.

Ibrahim sonrió.

-Debes comprender que no se me permiten esas cosas.

-¿Y las mismas reglas se me aplican a mí? -El alemán sonrió-. Después de todo, soy un infiel.

Ghosn rió de buena gana.

-Cierto. Se lo preguntaré a Günther.

-Gracias. Mañana empezamos con el plutonio.

-¿Tardará otro tanto?

-Sí, eso y los bloques explosivos. Estamos exactamente al día.

-Me alegra saberlo.

El día era el 12 de enero.

«¿Qué tenemos de bueno en el KGB?» se preguntó Ryan, ya en su despacho. El gran problema del informe de Spinnaker era que gran parte del KGB (tal vez la mayor parte) era leal a Narmonov. El sector que no lo era correspondía al Segundo Directorio, que se ocupaba

Librodot

de la seguridad interna del país. El Primer Directorio (también conocido como Directorio de Asuntos Extranjeros) estaba a favor de Narmonov, sobre todo considerando que Golovko, en tanto que vicepresidente primero, podía vigilarlo todo. Ese hombre era un profesional razonablemente apolítico. Ryan tuvo la loca idea de que una llamada directa podría... No, tenía que arreglar una entrevista, pero... ¿dónde?

No, eso era demasiado peligroso.

-¿Me necesita? -Era Goodley, que asomaba la cabeza por la puerta. Ryan le hizo señas de que pasara.

-¿Quiere un ascenso?

-¿A qué se refiere?

-Me refiero a que, por indicación del presidente, trabajará en algo para lo que no lo considero preparado. -Jack le entregó el informe de Spinnaker-. Lea.

-¿Por qué yo? ¿Y por qué dice usted...?

-También dije que usted había estado muy bien al prever el rompimiento del Pacto de Varsovia. Fue mejor que cuanto hicimos aquí, a decir verdad.

-¿Me permite decirle que usted es un tipo extraño?

-¿A qué se refiere? -preguntó Jack.

-No le gusta mi actitud, pero elogia a mi trabajo. Ryan se reclinó en el asiento y cerró los ojos.

-Créalo o no, Ben, no siempre tengo razón. Cometo errores. Hasta he cometido algunos bastante gordos. Pero tengo la inteligencia suficiente para saberlo y, gracias a esa inteligencia, busco el respaldo de personas que tengan puntos de vista opuestos al mío. Es una buena costumbre que aprendí del almirante Greer. Si algo aprende de su estancia aquí, doctor Goodley, que sea eso. Aquí no podemos permitirnos meteduras de pata. Ocurren, de cualquier modo, pero no podemos permitirlas. Ese trabajo que usted hizo en la Kennedy era mejor que el mío. Es teóricamente posible que algún día usted vuelva a acertar y yo me equivoque. ¿Le parece justo?

-Sí, señor -replicó Goodley, en voz baja, sorprendido por la declaración. Naturalmente, él tendría razón cuando Ryan se equivocara. Para eso estaba allí.

-Lea.

-¿Le molesta que fume?

-¿Usted es fumador?

-Dejé el hábito hace un par de años, pero desde que entré aquí...

-Trate de quitárselo, pero antes déme un cigarrillo.

Los dos encendieron y fumaron en silencio. Goodley leía el informe; Ryan lo miraba a los ojos. El becario presidencial levantó la vista.

-¡Demonios!

-De acuerdo. Y ahora, ¿qué opina?

-Es posible.

Ryan meneó la cabeza.

-Eso mismo dije al presidente, hace una hora. No estoy seguro, pero tuve que informarlo.

-¿Qué desea que haga yo?

-Quiero jugar un poco con esto. Los especialistas en Rusia lo masticarán durante un par de días. Quiero que usted y yo hagamos nuestros propios análisis, pero con un giro diferente.

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que a usted le parece posible y que yo tengo mis dudas. Por tanto, usted buscará motivos por los que no pueda ser verdad y yo buscaré motivos por los que pueda serlo. -Jack hizo una pausa-. El directorio de Inteligencia tratará esto del modo convencional. Son demasiado organizados. No es eso lo que quiero.

-Pero usted pretende...

-Pretendo que usted ejercite su cerebro. Lo tengo por hombre inteligente, Ben. Quiero que lo demuestre. Por cierto, es una orden.

Librodot

Goodley quedó pensativo. No estaba habituado a esto.

-No sé si cabe.

-¿Por qué no?

-Porque es contrario a mi opinión. No es así como veo las cosas.

-Lo que usted viene a estudiar aquí es la mente corporativa de la CIA, ¿cierto? En parte es correcto: tenemos una mente corporativa y eso tiene sus desventajas. También es cierto que su propio modo de pensar tiene sus puntos peligrosos. Si usted puede demostrarme que no es más prisionero de sus puntos de vista que yo de los míos, tiene un gran futuro aquí. La objetividad no es fácil. Tiene que ejercitarla.

A Goodley le pareció que se trataba de un desafío muy sagaz. Luego se preguntó si no habría juzgado mal al vicedirector de la CIA.

-¿Russell cooperará?

-Si, Ismael -dijo Bock, bebiendo una cerveza.

Había conseguido una caja de buena cerveza alemana para Fromm y tenía unas cuantas latas guardadas.

-Cree que vamos a poner una bomba convencional para sabotear la cobertura televisiva del juego.

-Sagaz, pero no del todo inteligente -observó Qati.

El también quería una cerveza, pero no podía pedirla. Además, probablemente le alteraría el estómago y llevaba tres días de baja forma.

-Su visión se limita a los asuntos estratégicos, sí. Pero es muy útil. Su ayuda será crucial en esa fase de la operación. -Fromm trabaja bien.

-Como yo esperaba. Lástima que no podrá ver los frutos. ¿Haremos lo mismo con los operadores?

-Por desgracia, sí. -Qati frunció el ceño. No palidecía al ver sangre, pero tampoco le gustaba matar gratuitamente. En otras ocasiones había tenido que matar por motivos de seguridad. Casi se estaba convirtiendo en costumbre. Pero se preguntó: «¿A qué preocuparse por unos pocos cuando piensas matar a tantos más?

-¿Tienes algún plan en caso de que fracasemos? -preguntó Bock.

-Sí -respondió Qati, con una sonrisa astuta. Se lo explicó. -Muy ingenioso. Es bueno tener planes para cualquier contingencia.

-Sabía que iba a gustarte.

XXI. CONEXIONES

Por fin, al cabo de dos semanas, llegó algo. Un oficial del KGB, a sueldo de la CIA, estuvo olfateando hasta enterarse de que podía existir una operación en marcha en Alemania, relacionada con armas nucleares. Algo que se manejaba en el centro Moscú. El propio Golovko dirigía el asunto. A la gente que trabajaba en la estación Berlín del KGB se la mantenía fuera. Ahí acababa el informe.

-¿Y bien? -preguntó Ryan a Goodley-. ¿Qué te parece?

-Coincide con el informe de Spinnaker. Si es cierto lo del inventario falso de armas nucleares tácticas, sería lógico que tuviera algo que ver con el retiro de las fuerzas de avanzada. Las cosas en tránsito se pierden a cada instante. Yo perdí dos cajones de libros al mudarme aquí.

-Preferiría pensar que, tratándose de armas nucleares, la gente pone más cuidado -replicó Ryan con tono seco, notando que Goodley aún tenía mucho que aprender-. ¿Qué más?

-He buscado datos para contrarrestar el informe. La excusa dada por los soviéticos por su retraso en la desactivación de los «SS-18» es que la fábrica construida con esa finalidad no es

adecuada. Los inspectores que enviamos no logran decidir si es cierto o no; cuestiones de ingeniería. Me cuesta creer que, si los rusos construyeron eso (y hace bastante que vienen construyendolo («SS-18»), no sepan diseñar un sitio para desmantelarlos sin peligro. Dicen que el problema está en los sistemas de combustible y en la redacción de los tratados. El «SS-18» utiliza líquidos almacenables y tiene un cuerpo presurizado, es decir, la estructura del misil depende de la presión para mantener la rigidez. Pueden descargar el combustible en los silos, pero no extraer los misiles sin dañarlos, y el tratado requiere que se los lleve intactos a las instalaciones de desguace. Pero esas instalaciones, según dicen, no están diseñadas exactamente para descargar el combustible. Hay un fallo de diseño y se prevé contaminación ambiental. Los líquidos almacenables, según dicen, son espantosos y hay que tomar todo tipo de precauciones para no envenenar a la gente, pero las instalaciones están a sólo tres kilómetros de una gran ciudad, etcétera, etcétera. -Goodley hizo una pausa-. La explicación es verosímil, pero uno se pregunta cómo pudieron fallar tanto.

-Problemas estructurales -dijo Jack-. Les cuesta instalar esos edificios en medio de la nada, por el simple motivo de que pocas personas tienen coche; para ellos, ir de la casa al trabajo es una auténtica complicación. Son sutilezas como ésas las que nos enloquecen cuando tratamos de entender a los rusos.

-Por otra parte, ellos pueden ampararse en un error básico como ése para justificar toda clase de cosas.

-Muy bien, Ben -comentó Jack-. Estás pensando como un auténtico espía.

-Trabajar aquí es cosa de locos.

-Por cierto, los líquidos almacenables son realmente horribles: corrosivos, reactivos, tóxicos. ¿Recuerdas los problemas que tuvimos con los misiles «Titan-II»?

-No -admitió Goodley.

-El mantenimiento de esos cacharros es un infierno. Hay que tomar todo tipo de precauciones, y aún así las pérdidas se producen rutinariamente. Filtraciones que corroen objetos y causan daños al personal de mantenimiento...

-¿Hemos intercambiado posiciones al respecto? -preguntó Ben con tono ligero.

Ryan sonrió con los ojos cerrados.

-No estoy seguro.

-Se supone que nuestros datos no son tan malos. Tendríamos que poder averiguar estas cosas.

-Sí, yo también pensaba eso en otros tiempos. La gente pretende que nosotros sepamos absolutamente todo sobre cada piedra, cada charco y cada personalidad del mundo entero. -Abrió los ojos-. No es así. Nunca ha sido así y nunca lo será. Menuda decepción, ¿verdad? ¡La insidiosa CIA! Aquí tenemos un asunto muy delicado, pero sólo manejamos posibilidades, ninguna certidumbre. ¿Cómo puede el presidente tomar una decisión si no le damos datos fidedignos en lugar de opiniones más o menos informadas? He dicho esto más de una vez, inclusive por escrito: lo que proporcionamos a la gente, casi siempre, es una suposición oficial. Mira, es vergonzoso tener que enviar algo así.

Los ojos de Jack cayeron sobre el informe del Directorio de Inteligencia. Sus equipos de expertos en Rusia habían masticado lo de Spinnaker durante una semana, hasta decidir que podía ser cierto, pero también un malentendido.

Jack volvió a cerrar los ojos, deseando que desapareciera su dolor de cabeza.

-Ese es nuestro problema estructural. Estudiamos diversas posibilidades. Si uno proporciona a la gente una opinión firme, corre el peligro de equivocarse. ¿Y sabes una cosa? Si te equivocas, la gente lo recuerda mucho más que si aciertas. Por eso tendemos a incluir todas las posibilidades. Es hasta más honrado, intelectualmente hablando. Una buena manera de esquivar el bulto. Por desgracia, no proporciona a la gente lo que cree necesitar. Desde el punto de vista del consumidor, con frecuencia la gente necesita más probabilidades que certidumbres, pero no siempre lo sabe. Eso puede volverte loco, Ben. Las burocracias exteriores piden cosas que muchas veces no podemos proporcionar, y a nuestra burocracia

Librodot

interna no le gusta dar la cara. Bienvenido al verdadero mundo de inteligencia.

-Nunca habría dicho que usted era un cínico.

-No soy cínico, sino realista. Hay cosas que sabemos y cosas que no. Aquí no hay robots, sino personas que buscan respuestas y, a cambio, encuentran más preguntas. Tenemos en este edificio muchas personas capacitadas, pero la burocracia apaga las voces individuales. Y casi siempre son los individuos, no las comisiones, los que descubren los hechos.

Alguien llamó a la puerta.

-Pase.

-Doctor Ryan, su secretaria no está.

-Ha salido a almorzar.

-Le traigo algo, señor.

El mensajero le entregó un sobre. Ryan firmó el recibo y lo despidió.

-¡La vieja «Nippon Airlines»! -comentó, después de abrir el sobre. Era otro informe de Niitaka. Al verlo se irguió en el asiento, y exclamó-: ¡Maldita sea!

-¿Problemas? -preguntó Goodley.

-Para esto no tienes autorización.

-¿Cuál vendría a ser el problema? -preguntó Narmonov. Golovko se encontraba en la incómoda situación de anunciar un gran éxito con desagradables consecuencias.

-Desde hace algún tiempo, presidente, trabajamos en un proyecto para descubrir los sistemas de codificación norteamericanos. Hemos logrado algunos triunfos, sobre todo con los sistemas diplomáticos. Este mensaje fue enviado a varias de sus Embajadas. Lo hemos descifrado íntegramente.

-¿Y bien?

-¿Quién envió esto?

-Mira, Jack -dijo Cabot-, Liz Elliot se tomó en serio el último informe de Spinnaker y quiere la opinión del Departamento de Estado.

-Me parece estupendo. Lo que acabamos de descubrir a respecto es que el KGB ha descubierto nuestra codificación diplomática. Niitaka leyó el mismo cable que recibió nuestro embajador. Por ende, ahora Narmonov sabe qué nos preocupa.

-La Casa Blanca dirá que no es tan grave. ¿Nos perjudica, en realidad, que él lo sepa? -preguntó el director.

-En pocas palabras, sí, señor. ¿Se da cuenta usted de que yo no sabía nada de este cable? ¿Y cómo me entero? Recibo el texto de un oficial del KGB que trabaja en Tokyo. Por Dios, ¿enviamos también esta petición al Alto Volta?

-¿Lo descifraron todo?

La voz de Jack se tornó agria.

-¿Quiere ver la traducción?

-Vaya a hablar con Olson.

-De acuerdo.

Cuarenta minutos después, Ryan y Clark entraban bruscamente en la oficina del teniente general Ronald Olson, director de la Agencia de Seguridad Nacional, situada en Fort Meade, Maryland, entre Washington y Baltimore; tenía la atmósfera de Alcatraz, pero sin el agradable panorama de la bahía de San Francisco. Como prueba de su manía por la seguridad, por la noche se patrullaba con perros la doble cerca, algo que ni siquiera la CIA empleaba, por considerarlo demasiado aparatoso. La función de la ASN era crear y resolver claves, registrar e interpretar cada ruido electrónico que se produjera en el planeta. Jack dejó a su chófer leyendo el Newsweek y subió al último piso, donde estaba el hombre que dirigía aquella agencia, varias veces más grande que la CIA.

Librodot

-Tienes un grave problema, Ron.

-¿De qué se trata?

Jack le entregó el despacho de Niitaka.

-Te lo había advertido.

-¿Cuándo salió esto?

-Hace setenta y dos horas.

-Desde la Casa de Gobierno, ¿no?

-En efecto. Lo leyeron en Moscú exactamente ocho horas después.

-Eso significa que alguien del Departamento de Estado pudo haberlo filtrado y su Embajada lo envió por satélite -dijo Olson-. 0 que se filtró a través de un empleado codificador o cualquiera de los cincuenta funcionarios del servicio exterior.

-0 que han resuelto todo el sistema de codificación.

-STRIPE es seguro, Jack.

-¿Por qué no has promocionado TAPDANCE, Ron?

-Consígueme los fondos y lo haré.

-Este agente ya nos había advertido que ellos habían descubierto nuestro sistema de codificación. Están leyendo nuestra correspondencia, Ron, y ésta es buena prueba.

El general no cedía.

-Es equívoca. Bien lo sabes.

-Bueno, pues nuestro hombre exige del director garantías personales de que no usamos ni usaremos el sistema de comunicación para transmitir su material. Como prueba de esa necesidad nos ha enviado esto, lo cual hizo a riesgo de su propio pellejo -Jack hizo una pausa-. ¿Cuántas personas usan este sistema?

-STRIPE es exclusivamente para el Departamento de Estado. Hay sistemas similares que utiliza el Departamento de Defensa. Más o menos la misma máquina, con sistemas de codificación levemente distintos. A la Marina le gusta particularmente; uno se aficiona mucho con el uso.

-Contamos con la tecnología del bloque por azar desde hace más de tres años, general. La primera versión, TAPDANCE, empleaba cintas grabadas. Nosotros estamos pasando a CD-ROM, que funciona y es más fácil de usar. En un par de semanas tendremos el sistema instalado y funcionando.

-¿Y quieres que nosotros lo copiemos?

-Me parece sensato.

-¿Sabes qué diría mi gente si copiáramos un sistema de la CIA? -preguntó Olson.

-¡No me vengas con ésas! Nosotros te robamos la idea, ¿recuerdas?

-Estamos trabajando en algo parecido, Jack; más fácil de usar y algo más seguro. Hay problemas, pero mis chicos están casi preparados para ponerlo a prueba.

«Casi preparados -pensó Ryan-. Eso podría representar tres meses o tres años.»

-Se lo informo oficialmente, general: tenemos evidencias de que su sistema de comunicaciones ha sido interferido.

-¿Y?

-Y presentaré este informe tanto al Congreso como al presidente.

-Es mucho más probable que alguien del Departamento de Estado lo haya filtrado. Además, es posible que seas víctima de una mala información. ¿Qué nos proporciona este agente? -preguntó el director de ASN.

-Un material muy útil: nosotros Japón.

-¿Pero nada sobre la Unión Soviética?

Jack vaciló antes de responder, aunque no había dudas sobre la lealtad de Olson. Ni sobre su inteligencia.

-En efecto.

-¿Y dices que estás seguro de que esto no es una operación de bandera falsa?

-Sabes muy bien, Ron, que en esta actividad no hay nada actualmente seguro.

-Para pedir doscientos millones de dólares necesito algo mejor que esto. No es la primera vez que sucede. Nosotros mismos lo hemos hecho: si el otro bando tiene algo que no puedes descifrar, haces que lo cambie, fingiendo que lo has descifrado.

-Eso pudo haber funcionado hace cincuenta años, pero no absolutamente.

-Repito: necesito mejores evidencias para hablar con Trent. No podemos montar algo con tanta prisa como tú hiciste con MERCURY. Tenemos que hacer miles de esas cosas, qué diablos. Se trata de algo complejo y con un costo endemoniado. Necesito evidencias firmes para arriesgar tanto el cuello.

-Bien, general. Yo ya he dicho lo que debía.

-Lo estudiaremos, Jack. Tengo un equipo estupendo. Mañana por la mañana haré que estudien el problema. Te agradezco el interés. recuerda que somos amigos.

-Perdona, Ron. Demasiado trabajo.

-Tal vez necesites unas vacaciones. Se te ve cansado.

-Es lo que todos dicen.

La siguiente parada de Ryan fue en el FBI.

-Me enteré -dijo Dan Murray-. ¿Tan grave es?

-Creo que sí. Ron Olson no está muy seguro.

Jack no necesitaba dar explicaciones. De todos los desastres que puede sufrir un gobierno, aparte de la guerra, ninguno es peor que una filtración en los sistemas de codificación. Todo, literalmente, depende de que se tenga un método seguro para transmitir información de un sitio a otro. Se han ganado y perdido guerras por un solo mensaje filtrado al enemigo. Uno de los éxitos de política exterior norteamericana más asombrosos, el Tratado naval de Washington, se debió directamente a que el Departamento de Estado pudo leer toda la comunicación cifrada entre los diplomáticos participantes y sus Gobiernos. Un gobierno sin secretos no puede funcionar.

-Bueno, están los Walkers, Pelton, los otros... -comentó Murray.

El KGB había tenido notable éxito en el reclutamiento de norteamericanos que trabajaban para las agencias de comunicación. El puesto más sensible de una Embajada era el del codificador, pero se les pagaba mal y se les daba tan poca importancia que ni siquiera se los trataba como técnicos, sino como simples funcionarios. Eso resentía a algunos hasta el punto de decidirlos a ganar dinero con sus conocimientos. Todos descubrían, con el correr del tiempo, que los servicios de Inteligencia pagaban mal (salvo la CIA, que recompensaba la traición con buen dinero), pero por entonces era demasiado tarde para echarse atrás. Gracias a Walker, los rusos habían descubierto el diseño de las máquinas cifradoras norteamericanas y cómo funcionaba el sistema de codificación. La base de las máquinas no había cambiado mucho en los diez años precedentes. La tecnología, al progresar, las había hecho más eficientes y más fiables que sus antecesoras, pero todas funcionaban en una zona matemática llamada Teoría de la complejidad, desarrollada por ingenieros telefónicos sesenta años atrás, a fin de prever el funcionamiento de grandes sistemas de conmutadores. Y los rusos contaban con algunos de los mejores matemáticos del mundo. Muchos creían que el conocimiento de la estructura de una máquina cifradora podía capacitar a un matemático realmente sagaz para descubrir todo un sistema. ¿Acaso algún matemático ruso había hecho un descubrimiento teórico? En ese caso...

-Debemos suponer que hay otros dispuestos a venderse. Agrega eso a su experiencia técnica y... Estoy preocupado de verdad.

-Eso no afecta directamente al FBI, gracias a Dios.

La mayor parte de las comunicaciones codificadas del Bureau se efectuaba por vínculos de voces; aunque se los pudiera resolver, los datos descifrados eran demasiado sensibles al paso del tiempo; además, se los disfrazaba aun más con el uso de nombres clave y jerga especializada. Por otra parte, la oposición tenía sus límites cuando se trataba de analizar cosas.

Librodot

-¿Puedes poner a tu gente a investigar un poco?

-Desde luego. ¿Vas a recurrir a la cadena de mandos?

-Creo que es necesario, Dan.

-Te enfrentas a un par de burocracias bizantinas. Ryan se recostó contra el marco de la puerta.

-Es por una causa justa, ¿no?

-Nunca aprenderás, ¿eh? -Murray se echó a reír, meneando la cabeza.

-Malditos norteamericanos! -estalló Narmonov.

-¿Cuál es el problema, Andrei Ilich?

-¿Tienes idea, Oleg Kirilovich, de lo que es tratar con un país extranjero suspicaz?

-Todavía no -respondió Kadishev-. Sólo trato con elementos suspicaces internos. -La abolición del Politburó había eliminado perversamente el período de aprendizaje en el cual una figura política en ascenso podía aprender la versión internacional de la ciencia política. Ahora no estaban mejor que los norteamericanos. Kadishev se dijo que eso era algo a tener en cuenta-. ¿Cuál es la dificultad?

-Es preciso mantener un secreto absoluto, joven amigo mío. -Entendido.

-Los norteamericanos han hecho circular un memorándum entre sus Embajadas, pidiendo que se efectúen discretas averiguaciones sobre mi vulnerabilidad política.

-¿De veras? -Kadishev no se permitió reaccionar sino con esas dos palabras. De inmediato lo sorprendió la paradoja de la situación. Su informe había causado el efecto debido en el Gobierno norteamericano, pero el hecho de que Narmonov estuviera al corriente hacía factible que se descubriera su colaboración con Estados Unidos. En un momento de prístina objetividad se dijo que eso era muy interesante. Sus maniobras serían ahora una auténtica apuesta, en la que su pérdida podía ser tan grande como su ganancia. Cabía esperar algunas cosas, ¿no? No estaba apostando el salario del mes-. ¿Cómo lo hemos sabido? -preguntó tras reflexionar por un momento.

-Eso es algo que no puedo revelar.

-Comprendo. -«Maldición! Bueno, Andrei Ilich confía en mí... aunque podría tratarse de una de sus astutas triquiñuelas»-. Pero ¿estamos seguros?

-Bastante.

-¿En qué puedo ser útil?

-Necesito tu ayuda, Oleg. Te la pido una vez más.

-Este asunto de los norteamericanos te preocupa mucho, ¿verdad?

-¡Por supuesto!

-Comprendo que es algo a tener en cuenta, pero ¿qué interés tienen en nuestra política interna?

-Bien lo sabes.

-Cierto.

-Necesito tu ayuda -repitió Narmonov.

-Debo analizar el tema con mis colegas.

-Cuanto antes, por favor.

-De acuerdo.

Kadishev se despidió y se dirigió a su coche. Lo conducía personalmente, cosa poco habitual entre los políticos soviéticos importantes. Los tiempos cambiaban. Los funcionarios tenían que ser ahora hombres del pueblo, y eso había hecho desaparecer los carriles centrales reservados en las amplias calles moscovitas, junto con casi todos los privilegios tradicionales. «Lástima», se dijo Kadishev. Pero sin los otros cambios que se habían producido, él sería aún una voz solitaria en algún *oblast* remoto, en lugar de ser el líder de una fracción mayoritaria del Congreso de Representantes Populares. Por eso estaba dispuesto a prescindir de la dacha en los bosques, al este de Moscú, del apartamento de lujo y de la limusina con chófer,

Librodot

fabricada a mano, así como de todo lo que antes correspondía a los gobernantes de ese vasto y desdichado país. Condujo hasta su oficina legislativa, donde por lo menos tenía un sitio reservado para aparcar. Una vez en su despacho, redactó una breve carta en su máquina de escribir y la guardó en un bolsillo. Ese día había mucho que hacer. Bajó por la calle hasta el amplio vestíbulo del Congreso y dejó su abrigo en el guardarropa, a cargo de una mujer. Ella le entregó un número. Kadishev le dio cortésmente las gracias. Al llevar el abrigo a su percha numerada, la empleada retiró la carta del bolsillo interior y la guardó en el de su propia chaqueta. Cuatro horas después llegó a la Embajada estadounidense.

-¿Un ataque de pánico? -preguntó Fellows.

-Podríamos llamarlo así -respondió Ryan.

-Bueno, cuéntanos el problema. -Trent bebió un sorbo de té.

-Hemos recibido nuevas evidencias de que nuestros sistemas de comunicaciones pueden haber sido descifrados.

-¿Otra vez? -Trent puso los ojos en blanco.

-Oh, Al, ya conocemos esa canción -gruñó Fellows-. Detalles, Jack, detalles.

Ryan repasó todos los datos.

-¿Y qué dicen en la Casa Blanca?

-Todavía no lo sé. Cuando salga de aquí iré a averiguarlo. Francamente, prefiero analizar el tema primero con vosotros. De cualquier modo, tenía que venir por otros asuntos.

Jack pasó al informe de Spinnaker sobre los problemas de Narmonov.

-¿Cuánto hace que sabes esto?

-Un par de semanas...

-¿Y por qué no nos hemos enterado antes? -preguntó Trent.

-Porque hemos estado corriendo en círculos en un intento de confirmarlo -respondió Jack.

-¿Y bien?

-No hemos conseguido ninguna confirmación directa, Al.

Hay indicios de que el KGB se trae algo entre manos. Parece un operativo muy discreto; buscan en Alemania algunas armas nucleares tácticas que se han perdido.

-¡Por Dios! -exclamó Fellows-. ¿Cómo que se han perdido?

-No estamos seguros. Si coincide con lo de Spinnaker, puede que el Ejército Rojo lleve una contabilidad muy peculiar.

-¿Y tú qué opinas?

-No sé, amigos. Nuestros analistas están divididos más o menos por igual..., los que están dispuestos a dar una opinión.

-Sabemos que el Ejército ruso no está nada satisfecho -comentó Fellows-. Han perdido fondos, prestigio, unidades y regimientos... Pero ¿es posible que estén tan descontentos?

-Bonita idea -agregó Trent-. Luchas por el poder en un país lleno de armas nucleares... Ese Spinnaker... ¿es de confianza?

-Si. Lleva cinco años de devotos servicios.

-Es miembro del Parlamento, ¿no? -preguntó Fellows.

-En efecto.

-Obviamente, un miembro de mucha importancia, si consigue material como éste. Está bien, creo que ninguno de nosotros quiere saber quién es -agregó Fellows.

Trent asintió.

-Ha de ser alguien a quien conocemos.

«Bien pensado, Al», elogió Jack para sus adentros.

-Tú también tomas esto en serio?

-Sí, y hago lo posible por confirmarlo.

-¿Hay noticias de Niitaka? -preguntó Trent.

-Yo... eh...

-Me han dicho que pasa algo con México -aportó Al Trent-. Por lo visto, el presidente quiere mi apoyo con respecto a algo. Puedes decírnoslo, Jack. De veras, el presidente lo ha autorizado.

Era una violación de las normas técnicas, pero Ryan nunca había visto a Trent faltar a su palabra, de modo que mencionó también ese informe.

-¡Malditos bastardos! -susurró Trent-. ¿Sabes cuántos votos me costó acordar esa operación comercial? Y ahora quieren renunciar a ella. ¿Dices que nos han atropellado otra vez?

-Es posible, señor.

-Oye, Sam, los agricultores de tu distrito usan unos químicos espantosos. Eso podría costarles caro.

-El libre comercio es un principio importante, Al -dijo Fellows.

-¡También es importante respetar la palabra empeñada, joder!

-No lo pongo en duda, Al. -Fellows empezaba a pensar en los agricultores de su zona que podían perder ingresos si fracasaba la operación por la que tanto había luchado en la Cámara-. ¿Cómo se puede confirmar esto?

-Todavía no estamos seguros.

-¿Y si ponemos micrófonos en su avión? -sugirió Trent, riendo entre dientes-. Si logramos confirmarlo, me gustaría estar presente cuando Fowler le rompa el culo. ¡He perdido votos por esto! -El hecho de que hubiera ganado en su distrito 58 a 42 no venía al caso, por el momento-. Bueno, el presidente quiere respaldarnos en este asunto. ¿Tienes problemas con tus votantes, Sam?

-No lo creo.

-Yo preferiría mantenerme fuera del aspecto político de esta cuestión, señores. Aquí soy sólo un mensajero, ¿de acuerdo?

-Jack Ryan, la última virgen -rió Trent-. Buen informe. Gracias por haber venido. Si el presidente quiere que autoricemos ese TAPDANCE mejorado, avísanos.

-No lo intentará. Son doscientos o trescientos millones, y los dólares escasean -apuntó Fellows-. Antes de poner mano a eso quiero tener datos más seguros. Hemos arrojado demasiado dinero en esos agujeros negros.

-Sólo puedo asegurar, que lo estoy tomando muy en serio. El FBI, también.

-¿Y Ron Olson? -preguntó Trent.

-Vacila.

-Si él lo solicita; tendrás mejores posibilidades -dijo Fellows a Ryan.

-Lo sé. Bueno, al menos nosotros tendremos el sistema nuevo en funcionamiento dentro de tres semanas. Hemos empezado a elaborar los primeros discos y estamos haciendo las pruebas preliminares.

-¿Cómo?

-Usamos un ordenador para buscar lo que pueda deberse a algo que no sea el azar. La grande, la Cray YMP. Hemos traído a un asesor del Laboratorio de Inteligencia Artificial de la Universidad Tecnológica, para que elabore un nuevo tipo de programa. Dentro de ocho o diez días sabremos si el sistema es lo que esperábamos. Entonces podremos empezar a despachar el hardware.

-Francamente, espero que en esto te equivoques -reconoció Trent, al levantarse la reunión.

-Yo también, Al, pero el instinto me dice otra cosa.

-¿Y cuánto costará? -preguntó Fowler durante el almuerzo.

-Por lo que sé, doscientos o trescientos millones. -Ni hablar. Ya tenemos demasiados problemas con el presupuesto.

-Estoy de acuerdo -dijo Liz Elliot-. Pero primero quería consultarte. La idea es de Ryan. Olson, de la ASN, dice que los actuales sistemas son seguros, pero Ryan está chiflado por ese

nuevo sistema de codificación. Como sabes, exigió lo mismo para la CIA. Hasta se presentó directamente en el Congreso.

-¿De veras? -Fowler levantó la mirada de su plato-. ¿No pasó por OMB? ¿Qué le pasa?

-Mira, Bob, presentó la petición para el nuevo sistema de seguridad a Trent y a Fellows antes de consultar conmigo.

-iQuién demonios se cree!

-Estoy cansada de advertirte, Bob.

-Ese hombre está acabado, Elizabeth. Acabado. Ocúpate de todo.

-Bien. Creo saber cómo manejar las cosas.

Las circunstancias se lo facilitaron. Uno de los investigadores de Ernest Wellington llevaba una semana acechando el restaurante de la familia Zimmer, situado frente a la carretera 50, entre Washington y Annapolis; a poca distancia había una gran urbanización de la que provenían muchos de sus clientes. El investigador aparcó su camión en el extremo de una calle, desde donde podía ver el restaurante y la casa familiar, separados por cincuenta metros. El camión era un típico vehículo de vigilancia encubierta, hecho a medida por una empresa especializada. La ventilación del techo disimulaba un sofisticado periscopio, cuyas dos lentes se conectaban respectivamente con una cámara de Televisión y una «Canon» de treinta y cinco milímetros. Había una nevera llena de refrescos, un termo grande con café y un inodoro químico. Para el investigador, aquel vehículo atestado era su propia nave espacial; algunos de sus instrumentos correspondían a una tecnología tan alta como la aplicada por la NASA en el Transbordador.

-Atención! -graznó la radio-. El vehículo del sujeto asoma por la salida. Ya se va.

El hombre del camión tomó su propio micrófono.

-De acuerdo. Fuera.

Clark había reparado en ese «Mercuryy» dos días atrás. Uno de los problemas de viajar diariamente a la oficina era que uno se encontraba repetidas veces con los mismos vehículos. Decidió que de eso se trataba. El camión no se acercaba nunca ni los seguía cuando abandonaban la carretera principal. En esta ocasión no se desvió tras ellos. Clark dedicó su atención a otras cosas. No se había percatado de que el tipo del (Mercury» manipulaba un micrófono... Entró en el aparcamiento del restaurante, alerta a cualquier dificultad, pero no detectó ninguna. Clark y Ryan bajaron del coche en el mismo instante. El guardaespaldas llevaba el abrigo y la chaqueta desabotonados, para alcanzar mejor la Beretta de 10 mm que llevaba contra la cadera derecha. El sol, al ponerse, arrojaba un precioso fulgor anaranjado en el cielo del oeste. Hacía mucho calor para la estación; Clark habría preferido ir en mangas de camisa y no con impermeable. El clima de la capital seguía siendo tan previsiblemente imprevisible.

-Hola, doctor Ryan -saludó uno de los niños Zimmer-. Mamá está en casa.

-Bien.

Ryan caminó por el sendero de lajas hacia la residencia de los Zimmer. Carol estaba en la parte trasera, con la menor de sus vástagos en los columpios nuevos. Clark lo siguió, alerta como siempre, sin ver más que prados aún verdes y coches aparcados; unos chiquillos jugaban a la pelota. Lo preocupaba ese clima tan templado en los últimos días de otoño. A su modo de ver, anunciaba un gélido invierno.

-¡Hola, Carol! -llamó Jack.

La señora Zimmer vigilaba atentamente a la pequeña sentada en el columpio.

-¿Gustan columpios nuevos, doctor Ryan?

Jack asintió, y lamentó no haber ayudado a montarlo. Era experto en esos trabajos. Se agachó.

-¿Cómo está la pequeña?

-No quiere entrar y ya es hora de cenar -dijo Carol-. ¿Me ayuda?

Librodot

-Y los otros, ¿cómo están?

-¡Peter aceptaron en Universidad, también! Beca completa, La Tecnológica.

-¡Magnífico! -Jack le dio un abrazo de congratulación. «Como decía el viejo cuento: El médico tiene cinco años; el abogado, tres. Vaya, qué orgulloso estaría Buck de estos niños. No se trataba sólo de la habitual obsesión asiática por los estudios, desde luego; era lo mismo que mantenía a los judeoamericanos en tan buena posición: cuando se presenta uno oportunidad, hay que cogerla al vuelo. Se inclinó hacia la más joven de los Zimmer, que alargó los brazos hacia su tío Jack.

-Vamos, Jackie. -La alzó y recibió un beso como recompensa.

Al oír el ruido, Ryan levantó la vista.

-Te he pillado.

La triquiñuela es simple y efectiva. Aunque uno la esté esperando, no puede hacer mucho por evitarla. El cerebro humano no reconoce el sonido de un claxon como señal de peligro y uno mira instintivamente en dirección al ruido. El investigador hizo sonar el claxon y, como era de esperar, Ryan levantó la vista hacia el camión, con la criatura en los brazos. Había recibido un abrazo de la mujer y un beso de la pequeña; ahora su cara estaba en una instantánea, para respaldar la filmación de video. Así de simple. Ese Ryan estaba bien atrapado. Uno no se explicaba que, teniendo una esposa tan encantadora, tuviera necesidad de revolcarse por ahí. Pero así era la vida. Un guardaespaldas de la CIA para que todo fuera bonito y sin peligro. Y una criatura, además. «Vaya pervertido», pensó el investigador, mientras la «Canon» zumbaba.

-¡Cena con nosotros! Esta vez sí. Celebramos la beca de Peter.

-A eso no puede negarse, doctor -observó Clark.

-De acuerdo.

Ryan llevó a Jacqueline Theresa Zimmer a la casa. Ni él ni Clark repararon en el camión, aparcado a cincuenta metros de distancia, que arrancó pocos minutos después.

Era la parte más delicada del proceso. El plutonio fue puesto en crisoles de cerámica al sulfuro de cerio. Llevaron los crisoles al horno eléctrico y Fromm cerró la portezuela. Una bomba al vacío evacuo el espacio cerrado, remplazando el argón.

-El aire tiene oxígeno -explicó Fromm-. El argón es un gas inerte. No debemos correr riesgos. El plutonio es muy reactivo y piróforo. Los crisoles de cerámica también son inertes y no reactivos. Usamos más de uno para evitar la posibilidad de que se forme una masa crítica e inicie una reacción atómica prematura.

-¿Las transformaciones por fase? -preguntó Ghosn.

-Correcto.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó Qati.

-Dos horas. En esta etapa nos tomaremos nuestro tiempo. Al retirar los crisoles del horno los cubriremos, por supuesto, y realizaremos el vertido en un espacio de gas inerte. ¿Ahora sabe para qué necesitábamos esta clase de horno?

-¿No hay peligro al efectuar el vertido?

Fromm meneó la cabeza.

-Ninguno en absoluto, mientras pongamos cuidado. La configuración del molde evita que se forme una masa crítica. Lo he hecho varias veces en simulaciones. Se han producido accidentes, pero invariablemente relacionados con masas más grandes de material fisionable. Y todos se produjeron antes de que se conocieran bien los peligros que encierra el manejo del plutonio. Actuaremos lentamente y con cuidado, como si fuese oro -concluyó Fromm.

-¿Y el fresado?

-Tres semanas, y dos más para montar y probar los componentes.

-¿La extracción de tritio? -inquirió Ghosn.

Fromm se inclinó para mirar el interior del horno.

-Lo haré justo antes de completar el proceso. Y con eso concluiremos el ejercicio.

-¿Hay algún parecido? -preguntó el investigador. -Es difícil detectarlo. -Wellington quedó pensativo. -Por lo menos, se ve que el hombre quiere mucho a esa chiquilla. Es muy bonita. En el último fin de semana vi cómo montaban los columpios. La pequeña... Por cierto, la llaman Jackie, Jacqueline Theresa...

-¿Sí? Muy interesante. -Wellington tomó nota.

-Lo cierto es que a la pequeña le encanta ese juego.

-También parece encantada con el señor Ryan.

-¿Usted cree que él es el verdadero padre?

-Puede ser -dijo Wellington, comparando el vídeo con las instantáneas-. No había mucha luz.

-Puedo hacer que los muchachos mejoren la imagen. Con el vídeo tardarán unos cuantos días, porque deben hacerlo fotograma por fotograma.

-Buena idea. Queremos que esto sea seguro.

-Lo será. ¿Qué van a hacer con él?

-Probablemente, sugerirle que presente la dimisión.

-En realidad, si fuéramos simples ciudadanos, esto constituiría extorsión, violación de la intimidad...

-Pero no lo somos y no se trata de eso. Este hombre tiene credenciales de Seguridad, pero su vida personal no es lo que debería ser.

-Supongo que no es culpa nuestra, ¿verdad?

-Exactamente.

XXII. REPERCUSIONES

-¡Maldita sea, Ryan, no puedes hacer eso!

-¿Hacer qué?

-Fuiste al Congreso pasando por encima de mí.

-¿A qué se refiere? Sólo sugerí a Trent y a Fellows que podía haber un problema. Se supone que ésa es mi obligación.

-Pero no está confirmado -insistió el director.

-¿Cuándo tenemos algo completamente confirmado?

-Mira esto. -Cabot le entregó otra carpeta.

-Es de Spinnaker. ¿Por qué no me la mostraron antes?

-¡Léela de una vez! -le espetó el director.

-Confirma la filtración... -Era breve y Jack la leyó rápidamente-. Pero cree que se produce en la Embajada de Moscú. Puede ser un empleado codificador.

-Pura especulación de su parte. En realidad, sólo dice que, desde ahora, sus mensajes tendrán que ser entregados en mano. Es lo único claro que dice. -Cabot esquivó el bulto-. Sé que esto se ha hecho otras veces.

-En efecto -admitió Ryan. Ahora sería aún más fácil, pues había vuelos aéreos directos entre Nueva York y Moscú.

-¿Cómo funciona ahora la línea de ratas?

Ryan frunció el entrecejo. A Cabot le gustaba utilizar la jerga de la CIA, aunque la expresión «línea de ratas», referido a la cadena de personas y métodos empleados para transportar un documento del agente al oficial a cargo del caso, había caído en desuso.

-Es bastante sencillo. Kadishev deja su mensaje en un bolsillo del abrigo. La empleada del guardarropa del Congreso ruso retira el mensaje y lo entrega en la calle a uno de los nuestros, rozándolo al pasar. Sencillo y directo. Bastante rápido, también. Nunca me ha gustado del

Librodot

todo, pero da resultado.

-Conque dos de nuestros principales agentes están disconformes con nuestro sistema de comunicaciones. Y yo tengo que viajar personalmente a Japón para hablar con uno de ellos.

-No es tan raro que un agente quiera entrevistarse personalmente con un alto funcionario de la CIA, director. Estas personas tienden a sentirse inquietas y necesitan saber que la plana mayor se preocupa por ellas.

-iPero voy a malgastar una semana! -objetó Cabot.

-De cualquier modo tiene que ir a Corea a fines de enero -señaló Ryan-. Puede ver a nuestro amigo en el viaje de regreso. El no exige que sea de inmediato, aunque sí pronto.

Ryan volvió al informe de Spinnaker, preguntándose por qué Cabot se entretenía en nimiedades. El motivo, naturalmente, era que se trataba de un aficionado, perezoso por añadidura, a quien le disgustaba perder una discusión.

El nuevo informe decía que a Narmanov lo preocupaba mucho la posibilidad de que en Occidente se descubriera su desesperada situación con respecto a los militares soviéticos y el KGB. No había nuevas informaciones sobre armas nucleares, pero sí mucha sobre los nuevos cambios en las tendencias parlamentarias. Ryan tuvo la impresión de que el documento había sido preparado de prisa y corriendo. Decidió pedir a Mary Pat que le echara un vistazo. De todo el personal de la Agencia, sólo ella entendía realmente a Spinnaker.

-Supongo que usted va a enseñárselo al presidente.

-Sí, creo que es necesario.

-Si me permite una sugerencia, recuerde decirle que no hemos confirmado nada de cuanto Kadishev dice.

Cabot levantó la mirada.

-¿Y qué?

-Pues que cuando algo proviene de una sola fuente, sobre todo tratándose de algo de tanta importancia, conviene pisar sobre seguro.

-Yo creo en lo que dice este tipo.

-Yo tengo mis dudas.-El departamento Rusia lo acepta -apuntó Cabot.

-Cierto, lo han aprobado. Pero yo me sentiría muchísimo mejor si tuviéramos confirmación externa -dijo Jack.

-¿Tienes alguna base firme para dudar de esa información?

-Nada que pueda demostrar. Pero a estas horas deberíamos haber podido confirmar algo.

-¿Y tú esperas que yo vaya a la Casa Blanca y presente algo que admite dudas? -Cabot apagó su cigarro, para gran alivio de Jack.

-Sí,señor.

-!No pienso hacerlo!

-Tiene que hacerlo, señor. Tiene que hacerlo porque ésa es la verdad. Son las normas.

-Resulta algo tedioso, Jack, que me recites siempre los reglamentos. Después de todo, soy el director.

-Oiga, Marcus. -Ryan trataba de disimular su exasperación-. Lo que nos envía Spinnaker es información importantísima; si resulta verdad, podría afectar nuestro modo de tratar con los soviéticos. Pero no está confirmada. Proviene de una sola persona, ¿verdad? ¿Y si se equivoca? ¿Y si ha interpretado mal algo? ¿Y si estuviera mintiendo, incluso?

-¿Tenemos motivos para pensarlo?

-Ninguno en absoluto, director, pero tratándose de algo tan importante... ¿es prudente o razonable interferir la política de nuestro Gobierno sobre la base de una breve carta enviada por una persona?

Esa era siempre la mejor manera de llegar a Marcus Cabo: mediante la prudencia y la razón.

-Comprendo lo que dices, Jack. Bien, me espera el automóvil. Vuelvo en un par de horas.

Cabot tomó su abrigo y salió hacia el ascensor para ejecutivos. Lo esperaba su automóvil de la CIA. Como director de la Agencia, tenía dos guardaespaldas: uno conducía y el otro

Librodot

ocupaba el asiento del acompañante. Por lo demás, tenía que vérselas con el tráfico como cualquier ciudadano. En el trayecto pensó que Ryan se estaba convirtiendo en un incordio. Cierto que él era nuevo en la CIA. Cierto que no tenía experiencia. Cierto que le gustaba dejar las cosas cotidianas en manos de sus subordinados. Después de todo, era el director y no tenía por qué ocuparse de las nimiedades. Se estaba hartando de que le explicaran las reglas de conducta una o dos veces por semana, de que Ryan pasara por encima de él, de que le analizara todo cada vez que llegaba algo sustancioso. Cuando entró en la Casa Blanca se sentía muy fastidiado.

-Buenos días, Marcus -lo saludó Liz Elliot, en su oficina.

-Buenos días. Tenemos otro informe de Spinnaker. El presidente necesita verlo.

-¿Qué dice Kadishev?

-¿Quién le dijo su nombre? -bramó el director de la CIA.

-Ryan. ¿Usted no lo sabía?

-¡Maldita sea! No me lo dijo.

-Siéntese, Marcus. Disponemos de algunos minutos. ¿Se siente a gusto con Ryan?

-A veces olvida quién es el director y quién el segundo.

-Es algo arrogante, ¿no?

-Algo -concordó Cabot, gélido.

-Es bueno en lo suyo, con limitaciones, pero en lo personal su actitud deja que desear.

-Comprendo. Le gusta indicarme lo que debo hacer..., como en este caso.

-Ah, ¿no confía en su criterio? -preguntó la asesora de Seguridad Nacional, eligiendo con cuidado el acicate. Cabot levantó la vista.

-Sí, eso es lo que se desprende de su actitud.

-Bueno, no hemos podido cambiar todo lo que nos dejó el Gobierno anterior. Claro que es un buen profesional... -La mujer dejó apagar la voz.

-¿Y yo no? -interpeló Cabot.

-Claro que sí, Marcus. ¡Usted sabe que no me refería a eso!

-Perdone, Liz. Tiene razón. A veces ese hombre me irrita. -Vamos a ver al jefe.

Cinco minutos después, el presidente Fowler preguntó:

-¿Qué solidez tiene esto?

-Como usted sabe, este agente trabaja para nosotros desde hace cinco años y sus informaciones han sido siempre exactas.

-¿Está confirmado?

-No del todo -replicó Cabot-. Pero nuestro departamento Rusia le da crédito y yo también.

-Ryan tiene sus dudas. Cabot se estaba cansando de oír mencionar a Ryan.

-Yo no, señor presidente. Creo que Ryan trata de impresionarnos con su nuevo enfoque del Gobierno ruso, para demostrar que ya no pertenece a la época de la guerra fría.

Una vez más, Cabot se demoraba en irrelevancias, se dijo Elliot.

-¿Elizabeth? -preguntó Fowler.

-Es probable, por cierto, que el aparato soviético de seguridad esté tratando de mejorar su posición -ronroneó, con su voz más razonable-. Están disgustados por la liberalización, por su pérdida de poder y por lo que consideran una falta de liderazgo por parte de Narmonov. Por tanto, esta información concuerda con muchos otros datos que tenemos. Creo que deberíamos darle crédito.

-Si es así, tenemos que menguar nuestro apoyo a Narmonov. No podemos participar de una involución hacia un Gobierno centralista, sobre todo si resulta de elementos a los que desagradamos tan obviamente.

-Estoy de acuerdo -dijo Liz-. Es preferible perder a Narmonov. Si no puede dominar a los militares, alguien tendrá que hacerlo. Claro que debemos darle una buena oportunidad. Lo difícil es buscar el modo. No conviene arrojar al país en manos del Ejército, ¿verdad?

-¿Bromeas? -preguntó Fowler.

Librodot

Desde una pasarela situada dentro del enorme cobertizo donde se acondicionaba a los submarinos Trident para hacerse a la mar, observaban a la tripulación del Georgia, que preparaba la nave para el viaje siguiente.

-¿Lo arregló todo con palabras, Bart? -preguntó Jones. -Su explicación era muy lógica, Ron.

-¿Cuánto hace que no me pillas en una equivocación?

-Siempre hay una primera vez.

-Pero no es ésta, capitán -aseguró serenamente el doctor Jones-. Barrunto algo.

-Bueno, quiero que pases más tiempo en el simulador con su equipo de sonar.

-Está bien. -Jones guardó silencio durante unos segundos-. ¿Sabes? Sería divertido salir una vez más...

Mancuso se volvió.

-¿Te ofreces como voluntario?

-No. Kim no aceptaría que me marchara por tres meses. Con dos semanas basta. En realidad, hasta es demasiado. Me estoy volviendo muy sedentario, Bart; viejo y respetable, no ya joven y con brillo en los ojos, como estos muchachos.

-¿Qué opinas de ellos?

-¿De los chicos del sonar? Son buenos. El equipo rastreador, también. Ricks remplaza a Jim Rosselli, ¿no?

-En efecto.

-Ese hombre los adiestró bien. ¿Puedo decirte algo confidencial?

-Claro.

-Ricks no es un buen capitán. Trata con demasiada dureza a sus hombres, exige demasiado y es muy difícil de satisfacer. Muy distinto de ti, Bart.

-Cada uno tiene su estilo. -Mancuso esquivó el cumplido.

-Lo sé, pero a mí no me gustaría navegar con él. Uno de sus jefes pidió el traslado. Lo mismo hicieron seis suboficiales.

-Todos tenían problemas familiares. -Mancuso había autorizado todos los traslados, incluyendo el del joven jefe de torpederos.

-No es cierto -dijo Jones-. Necesitaban excusas y las usaron.

-Mira, Ron, soy el comandante de escuadra, ¿no? Sólo puedo evaluar a mis capitanes por su trabajo. Ricks no llegó adonde está por ser un fracasado.

-Tú miras desde arriba. Yo, desde abajo. Desde mi perspectiva, Ricks no es un buen capitán. No se lo diría a nadie, pero tú y yo fuimos compañeros. Es cierto que yo era un simple peón, pero tú nunca me lo hiciste sentir. Eras un buen jefe. Ricks no. La tripulación no lo quiere ni confía en él.

-Mecachis, Ron, no puedo dejar que ese tipo de comentarios influya en mi criterio.

-Sí, lo sé. Sois compañeros de estudios, os graduasteis en la misma academia... esas cosas. Tienes que encararlo de otro modo. Te repito que no se lo diría a otra persona, pero si yo estuviera en ese submarino pediría el traslado.

-Yo he navegado con algunos capitanes que no me gustaban. Es cuestión de estilo.

-Como quieras, comodoro. -Jones hizo una pausa-. Pero recuerda una cosa: hay muchos modos de impresionar a la plana mayor, pero a la tripulación sólo se la impresiona de una manera.

Fromm insistía en no apresurarse. El molde estaba frío desde hacía rato cuando lo partieron en la atmósfera inerte de la primera maquinaria. La masa metálica, toscamente formada, fue puesta en su sitio. El científico verificó los códigos de ordenador que indicaban a la máquina cómo actuar; luego pulsó el primer botón, activando el sistema robótico. El brazo móvil seleccionó el cabezal adecuado, lo insertó en el eje rotativo y maniobró hasta ponerse en su

Librodot

sitio. El argón invadió el espacio cerrado y Fromm empezó a verter el plutonio para mantener todo en el debido ambiente isotérmico. Luego tocó la pantalla del ordenador, eligiendo el programa inicial. El eje empezó a girar hasta alcanzar más de mil revoluciones por minuto y se acercó a la masa de plutonio con un movimiento que no era humano ni mecánico, sino algo completamente distinto, como la caricatura del accionar de un hombre. Protegidos por el escudo Lexan, vieron caer los primeros desechos de hilo metálico plateado, desprendidos de la masa principal.

-¿Cuánto estamos perdiendo? -preguntó Ghosn.

-Oh, el total no llegará a veinte gramos -calculó Fromm-. No hay por qué preocuparse.

Miró otro indicador, que medía las presiones relativas. La fresadora estaba totalmente aislada del resto de la habitación, con una presión interna algo menor que la externa. Como el argón es más pesado que el aire, mantenía al oxígeno lejos del plutonio, evitando una posible combustión que pudiera generar polvo de plutonio, tan letal como Fromm les había dicho. Además de ser un metal pesado tóxico, el riesgo de radiactividad (sobre todo de rayos alfas de energía baja) no hacía sino acelerar la muerte y hacerla un poco menos agradable. Los operadores se hicieron cargo de la supervisión. Fromm se dijo que trabajaban muy bien. Su habilidad original había crecido con notable celeridad bajo la tutela del alemán. Pese a su falta de instrucción académica, eran casi tan eficientes como los hombres que él había enseñado en Alemania. El trabajo práctico, sin teorías, tenía mucho en su favor.

-¿Cuánto falta? -preguntó Qati.

-Ya te lo he dicho. Estamos exactamente al día. Esta fase del proyecto es la que más tiempo requiere. Lo que estamos produciendo ahora debe ser perfecto, absolutamente perfecto. Si esta parte del artefacto no funciona, no funcionará nada.

-¡Lo mismo puede decirse de todo lo que hemos hecho! -señaló Ghosn.

-Correcto, mi joven amigo, pero ésta es la parte que más fácilmente puede fracasar. El metal es difícil de trabajar y las transformaciones de la fase metálica lo tornan mucho más delicado. Ahora veamos esos bloques explosivos.

Ghosn tenía razón. Todo tenía que funcionar. Los explosivos habían sido casi exclusivamente asunto suyo, una vez que Fromm hubo fijado las especificaciones de diseño. Habían tomado TNT común y agregado un plástico que añadía bastante rigidez al material, sin afectar sus propiedades químicas. Normalmente, los explosivos son plásticos y fácilmente maleables por naturaleza. Era preciso eliminar esa propiedad, pues la forma de los bloques era crucial para determinar el modo en que desprenderían su energía explosiva. Ghosn había moldea-do seiscientos bloques similares; cada uno era un segmento de un elipsoide completo. Setenta de ellos se acoplarían con exactitud, formando un anillo explosivo con un diámetro exterior de treinta y cinco centímetros. Cada bloque tenía un detonador operado por llaves criptón. Los cables que conectaban la fuente de potencia a las llaves tenían que ser exactamente de la misma longitud. Fromm levantó uno de los bloques.

-¿Estás seguro de que son todos idénticos? -preguntó Fromm.

-Por completo. Seguí sus indicaciones con exactitud.

-Elige setenta al azar. Tomaré una de estas piezas de acero inoxidable y pondremos tu trabajo a prueba.

El sitio ya estaba preparado. En realidad, era el cráter dejado por una bomba norteamericana «Mark 84», arrojada algunos años antes por un «Phantom F-4» israelí. Los hombres de Qati habían erigido una estructura prefabricada de postes y vigas, cuyo tejado estaba compuesto por tres capas de sacos de arena, cubiertas con redes de camuflaje. Los preparativos para la prueba demandaron tres horas; se insertó un medidor electrónico de tensión en la pieza de acero y un cable que llegaba al cráter siguiente, a doscientos metros de distancia, donde esperaba Fromm, con un osciloscopio. Terminaron justo antes del anochecer.

-Listo -dijo Ghosn.

-Procede -ordenó Fromm, concentrado en su medidor.

Ibrahim presionó el botón. La estructura se desintegró ante sus ojos. Algunas bolsas de

Librodot

arena volaron por el aire, pero en general sólo hubo una lluvia de polvo. En el osciloscopio, el pico de presión quedó petrificado en su sitio mucho antes de que el ruido del estallido hubiera pasado por encima de sus cabezas. Bock y Qati se sintieron algo decepcionados por los efectos fisicos de la explosión, cuya mayor parte fue atenuada por los sacos de arena. ¿Bastaría con una detonación tan pequeña para activar un artefacto nuclear?

-¿Y bien? -preguntó Ghosn, mientras un hombre corría hacia el cráter, ahora profundizado.

-Diez por ciento fuera de la marca -dijo Fromm, levantando la vista. Luego sonrió-. Diez por ciento de más.

-¿Qué significa? -preguntó Qati, súbitamente preocupado ante la posibilidad de que hubieran hecho algo mal.

-Significa que mi joven estudiante ha aprendido bien sus lecciones.

Quince minutos después tuvieron la certeza. Se requirieron dos hombres para hallarlo y media hora para retirar el receptáculo de tungsteno del centro. La masa de acero casi macizo, cuyo diámetro equivalía al puño de un hombre, era ahora un cilindro distorsionado, no más ancho que un cigarro. Si hubiera sido plutonio, se habría producido una explosión nuclear. De eso el alemán estaba seguro. Lo sopesó en la mano antes de mostrarlo a Ibrahim.

-Herr Ghosn -dijo solemnemente-, usted está bien dotado para los explosivos. Eres muy buen ingeniero. En Alemania Democrática tuvimos que hacer tres intentos antes de lograrlo. Tú lo has conseguido en uno.

-¿Cuántos faltan?

-Muy bien. -Fromm asintió-. Haremos otra prueba mañana. Probaremos todos los moldes de acero inoxidable, desde luego.

-Para eso los hicimos -reconoció Ghosn.

En el trayecto de regreso Bock hizo sus propios cálculos. Según Fromm, la fuerza de la explosión definitiva superaría la de cuatrocientas cincuenta mil toneladas de TNT. Por lo tanto, basó sus estimaciones en sólo cuatrocientas mil. Bock era siempre conservador cuando calculaba víctimas. El estadio y todo lo que hubiera en el se volatizaría. No, se corrigió. Eso no era del todo cierto. En esa arma no había nada de mágico. Se trataba de un simple artefacto explosivo, aunque de gran tamaño. El estadio y todo su contenido quedarían totalmente destruidos, pero una gran cantidad de escombros serían despedidos a cientos, tal vez a miles de metros. El suelo, alrededor del artefacto, se pulverizaría en pedazos de tamaño molecular. Luego las partículas de polvo serían arrastradas por la bola de fuego. Fragmentos de la bomba se adherirían al polvo bullente. Eso era, al fin y al cabo, la precipitación radiactiva: polvo con residuos de bomba. El estallido, que se produciría en el suelo, aumentaría al máximo esa precipitación, que luego sería llevada por el viento. La mayor parte caería en un radio de treinta kilómetros a partir del sitio de la explosión. El resto sería juguete de los vientos hasta caer en Chicago, en St. Louis, tal vez hasta en Washington. ¿Cuántas muertes más provocaría?

Buena pregunta. Calculaba unos doscientos mil en la explosión. Entre cincuenta y cien mil más por efectos secundarios, incluyendo los casos de cáncer, que tardarían años en manifestarse. Tal como Qati había apuntado antes, el número de bajas directas era algo decepcionante. Resultaba habitual considerar las bombas nucleares como mágicos aparatos de destrucción, pero no lo eran. Sólo constituían bombas de alto poder, con algunos efectos secundarios interesantes. Por eso resultaban la mejor arma terrorista jamás concebida.

«¿Terrorista? -se preguntó Bock-. ¿Es eso lo que soy?>

Eso era, desde luego, a los ojos del observador. Bock había decidido mucho antes la medida de su respeto por el juicio ajeno. Ese acontecimiento sería su mejor expresión.

-Necesito una idea, John -dijo Ryan.

-¿De qué se trata?

-Estoy en punto muerto. El primer ministro de Japón va a México en febrero; luego viajará

hasta aquí para visitar al presidente. Queremos escuchar lo que diga en su avión.

-No tengo piernas para disfrazarme de azafata, doctor, Además, tampoco domino la ceremonia del té. -John hizo una pausa y se puso serio-. Poner micrófonos en un avión... Parece un verdadero desafío técnico.

-¿Qué sabes sobre ese tipo de cosas?

John examinó su café.

-No sería la primera vez que instalara dispositivos de escucha, pero siempre lo he hecho en tierra. En un avión hay mucho ruido ambiental. También es preciso saber dónde va a sentarse el sujeto. Y tratándose de un avión presidencial también está el problema de la seguridad. El problema técnico puede ser lo peor -decidió-. Se supone que el mayor peligro para el fulano está en su país... a menos que piense detenerse en Detroit, ¿no? En Ciudad de México... Bueno, allí se habla castellano y yo lo domino bastante bien. Llevaré a Ding conmigo, claro. ¿Qué clase de avión será?

-Un «JAL 747». La cubierta superior, detrás de la cabina del piloto, ha sido convertida en sala de conferencias. Además pusieron literas. A eso se reduce todo. Al primer ministro le gusta conversar con los pilotos. Es bastante sagaz para viajar; duerme todo lo posible para paliar los efectos del cambio de horarios.

Clark asintió.

-Alguien tendrá que limpiar las ventanillas. No creo que disponga de una base de la Fuerza Aérea para que el servicio de tierra se encargue de todo, como nosotros. Si el «JAL» viaja, tendrán equipos de mantenimiento formados por mexicanos. Voy a revisar los datos sobre el «747». Como le he dicho, ésa es la parte fácil. Probablemente pueda convencerlos de que me acepten. Hasta puedo enviar a Ding con un buen juego de documentos falsos, a pedir trabajo. Así sería más fácil. Supongo que esto cuenta con la aprobación del Ejecutivo, ¿no?

-El presidente me encomendó «buscar el modo». Tendrá que aprobar el plan de operaciones definitivo.

-Tengo que hablar con los de Ciencia y Tecnología. Tal vez me lleve algunos días calcular si es posible o no. ¿Esto quiere decir que no podré acompañarlo a Gran Bretaña?

-¿Te importa? -preguntó Jack.

-No. Prefiero quedarme.

-Está bien. Voy a hacer algunas compras de Navidad en Hamleys.

-¡Suerte la suya, que tiene hijos pequeños! Mis hijas no quieren más que ropa y yo no entiendo nada de ropa para mujeres.

-A Clark le horrorizaba comprar prendas femeninas.

-Sally ya tiene sus dudas, pero el pequeño Jack aún cree en Santa Claus.

Clark meneó la cabeza.

-Cuando uno deja de creer, el mundo entero rueda pendiente abajo.

-Exacto.

XXIII. OPINIONES

-Tienes un aspecto horrible, Jack -observó Sir Basil Charleston.

-¿De veras?

-¿Has tenido un mal viaje?

-Di tumbos durante toda la travesía. No dormí gran cosa. -Así lo proclamaban sus ojeras, más oscuras que de costumbre.

-Bueno, veremos si la comida mejora las cosas.

-Qué bonito día -comentó Ryan, mientras caminaban por Westminster Bridge Road hacia el Parlamento. Era uno de esos raros días, a principios del invierno inglés, de cielo azul y despejado. Támesis abajo soplaba un fuerte viento, pero a Ryan no le molestaba: llevaba un abrigo grueso y una bufanda alrededor del cuello; aquella ráfaga fría en la cara servía para

Librodot

despertarlo-. ¿Problemas en la oficina, Bas?

-¡Encontramos un micrófono, uno de esos malditos micrófonos ocultos, dos pisos por debajo de mi despacho! Estamos revisando todo el edificio.

-Las cosas están difíciles en todas partes. ¿Fue el KGB?

-No estoy seguro -dijo Charleston, mientras cruzaban el puente-. La fachada está mal, ¿sabes? La muy condenada empezó a agrietarse. Lo mismo ocurrió en Scotland Yard hace unos años. Los obreros que la reparaban encontraron un cable misterioso y lo siguieron... Nuestros amigos, los rusos, no han reducido sus actividades. Y también hay otros servicios. ¿Tienes algo parecido en tu oficina?

-No. Nos favorece el estar más aislados que Century House. -Jack se refería a que la sede del Servicio Secreto Británico estaba en una zona densamente poblada; incluso había un edificio de apartamentos muy cercano, desde donde se podían obtener datos con un micrófono de escasa potencia. Eso era más difícil en la sede de la CIA, en Langley, un edificio solitario en una zona amplia y boscosa. Además, la construcción era más moderna y disponía de complejos sistemas de protección contra las fuentes de radio internas-. Deberíais hacer como nosotros, que instalamos guías de ondas.

-Eso costaría una fortuna que no tenemos, Jack.

-Pero de esta manera podemos salir a caminar. Anímate, Bas. Aquí nadie puede instalarnos un micrófono.

-Esto no tiene fin, ¿verdad? Ganamos la guerra fría, pero no tiene fin.

-¿Qué griego era aquel cuyo infierno personal consistía en hacer rodar una piedra grande colina arriba, sólo para que la maldita rodara cuesta abajo por el lado opuesto, cada vez que él llegaba arriba?

-¿Sísifo? ¿Tántalo? Hace mucho tiempo que me despedí de Oxford, Sir John. De todas maneras, tienes razón. Cuando llegas a la cima de una montaña, lo único que ves es otra montaña.

Continuaron caminando por el Embankment, alejándose del Parlamento rumbo al almuerzo. En reuniones como aquélla había reglas. No se entraba en tema sino después de una charla ligera y una pausa cargada. En este caso había varios turistas norteamericanos tomando fotografías, aunque no era temporada. Charleston y Ryan dieron un rodeo para evitarlos.

-Tenemos un problema, Bas.

-¿De qué se trata? -preguntó Charleston, sin volverse. Los seguían tres agentes de seguridad y otros dos iban adelante. Jack tampoco se volvió.

-Tenemos a un fulano en el Kremklin que trata bastante con Narmonov. Al parecer, Andrei Ilich está preocupado por la posibilidad de un golpe de los militares y el KGB. Dice que podrían denunciar el tratado de armas estratégicas. También cree que pueden faltar algunas cabezas nucleares tácticas de los inventarios hechos en Alemania.

-¿De veras? ¿Tu fuente es fiable?

-Sumamente fiable.

-No lo sabía, Jack.

-¿Tienes un buen informante?

-Bastante bueno.

-¿Y no ha dicho nada al respecto?

-Rumores, por supuesto. Narmonov está lleno de problemas. Desde ese desagradable asunto con las Repúblicas Bálticas, los georgianos y sus propios musulmanes, el pobre está más que ocupado. Ha tenido que hacer un trato con sus fuerzas de seguridad, pero de ahí a un golpe de Estado... -Charleston meneó la cabeza-. No, no es eso lo que leemos en las hojas de té.

-Eso es exactamente lo que nos dice nuestro hombre. ¿Sabes algo de las armas nucleares?

-Temo que nuestro amigo no está en posición de darnos ese tipo de información. Está más en lo civil, ¿comprendes? -Jack comprendió que Basil no iría más allá-. ¿Hasta qué punto te tomas esto en serio?

Librodot

-Tengo que tomarlo muy en serio. Nuestro agente nos ha proporcionado buen material durante años.

-¿Es uno de los reclutas de la señora Foley? -preguntó Charleston, con una risa sofocada-. Una joven estupenda. Me han dicho que tuvo otro hijo hace poco, ¿no?

-Una niñita, Emily Sarah. Muy maja. -Jack consideró que había sorteado la primera pregunta con bastante destreza-. Mary Pat volverá al trabajo después de Año Nuevo.

-Ah, claro. Tenéis un parvulario fortificado en la sede.

-Una de las inversiones más inteligentes que hemos hecho. Lástima que no se me haya ocurrido a mí.

-¡Oh, los norteamericanos! -rió Sir Basil-. Armas nucleares desaparecidas... Sí, supongo que es algo a tomar muy en serio. Una posible coalición entre el Ejército ruso y el KGB y armas nucleares como carta de triunfo. Aterroriza, lo reconozco, pero no he sabido nada de eso. Un secreto muy difícil de guardar, ¿no te parece? La extorsión no da buenos resultados si la víctima no se entera de que la están extorsionando.

-También nos han llegado rumores de que el KGB está realizando en Alemania ciertas operaciones de orientación nuclear. Pero son sólo rumores.

-Sí, a nosotros también nos han llegado -dijo Charleston mientras giraban hacia el Tattersall Castle, un viejo vapor a paletas convertido en restaurante.

-Realizamos nuestro propio operativo. Al parecer, Erich Honecker tenía en marcha un pequeño Proyecto Manhattan de su propiedad. Por suerte, murió antes de ver la luz. Iván se inquietó mucho al enterarse. Alemania Democrática devolvió una buena cantidad de plutonio a sus antiguos aliados socialistas poco antes del cambio. Supongo que el KGB está investigando lo mismo.

-¿Por qué no lo mencionaste? -«Por Dios, Bas -pensó Jack-, vosotros nunca olvidáis, ¿verdad?»

-No hay nada que mencionar, Jack. -Charleston saludó al camarero, que los llevó a una mesa bien a popa. Los agentes de seguridad se instalaron entre ellos y el resto de los comensales-. Nuestros amigos, los alemanes, han sido muy francos. El proyecto fue eliminado por completo y para siempre. Nuestros técnicos lo revisaron todo y confirmaron lo dicho por los colegas alemanes.

-¿Cuándo ocurrió?

-Hace varios meses. ¿Nunca has comido aquí, Jack? -preguntó Charleston, al aparecer el camarero.

-En éste, nunca, pero sí en otros barcos.

Basil pidió una pinta de cerveza amarga. Jack se decidió por una liviana. Cuando el camarero se retiró, el norteamericano dijo:

-La operación del KGB es más reciente.

-Interesante. Podría tratarse de lo mismo, ¿sabes? Tal vez tenían los mismos intereses que nosotros, pero tardaron un poco más en actuar.

-¿Tratándose de armas nucleares? -Ryan sacudió la cabeza-. Los amigos rusos son bastante sagaces, Bas, y prestan mucha más atención que nosotros a los asuntos atómicos. Es una de las cosas que les admiro.

-Sí, con lo de China aprendieron la lección, ¿verdad? -Charleston dejó la carta y señaló al camarero que trajera la bebida-. ¿Crees que esto es grave?

-Claro.

-Tu criterio suele ser bastante bueno, Jack. Gracias -dijo Basil al camarero. Cada uno hizo su pedido-. ¿Te parece que deberíamos hurgar por ahí?

-Sería buena idea.

-Bien. ¿Qué más puedes decirme?

-Temo que eso es todo, Bas.

-Tu fuente debe de ser muy buena, por cierto. -Sir Basil bebió un sorbo de cerveza-. Creo que tienes tus reservas.

Librodot

-En efecto, pero... A decir verdad, Basil, ¿cuándo no tenemos reservas?

-¿Hay datos en contra?

-Ninguno, pero no hemos podido confirmarlo. Nuestra fuente es tal que puede ser imposible de confirmar por medio de otra. Por eso vine a verte. Tu hombre también ha de ser bastante bueno, a juzgar por lo que nos has enviado. Sea quien fuere, podría ser la mejor oportunidad de respaldar al nuestro.

-¿Y si no podemos confirmarlo?

-En ese caso, probablemente nos guiemos por la información, pese a todo. -Era algo que no agradaba a Ryan.

-¿Y tus reservas?

-No creo que importen, por dos motivos. Primero, yo mismo no sé si desechar esto o no. Segundo, no a todo el mundo le importa lo que yo piense.

-¿Por eso no se ha reconocido tu intervención en el tratado?

Ryan sonrió con cansancio; había dormido poco en las treinta y seis horas precedentes.

-Me niego a dejarme sorprender por eso. Tampoco voy a preguntarte de dónde sacaste el dato.

-¿Pero...?

-Pero me gustaría que alguien lo filtrara a la Prensa o algo así. -Ryan se permitió una carcajada.

-Temo que aquí no hacemos esas cosas. Sólo he pasado la información a una persona.

-¿Al primer ministro?

-A Su Alteza Real. Esta noche cenas con él, ¿no? Me pareció que le gustaría saberlo.

Jack se quedó pensativo. El príncipe de Gales no se lo diría a nadie. Ryan no habría podido contárselo personalmente, pero...

-Gracias, amigo.

-Todos ansiamos el reconocimiento, de un modo u otro. Tú y yo nos vemos privados de él, por supuesto. En realidad, no es justo, pero así son las cosas. En este caso falté a una de mis propias reglas. Y si preguntas por qué, voy a decírtelo: lo que hiciste fue estupendo, Jack. Si hubiera justicia en el mundo, Su Majestad te daría la Condecoración al Mérito.

-Pero a ella no puedes decirle nada, Basil. Podría hacerlo por su cuenta.

-En efecto, y así se descubriría nuestro pequeño secreto, ¿verdad?

Llegó la comida y tuvieron que esperar otra vez.

-No fui yo solo. Bien sabes que Charlie Alden trabajó mucho y bien. Lo mismo Talbot, Bunker, Scott Adler y varios más.

-Su modestia es tan amplia como de costumbre, doctor Ryan.

-¿Eso quiere decir que soy estúpido, Bas? Ryan recibió una sonrisa como respuesta. Los británicos se destacaban en ese tipo de cosas.

Fromm nunca lo habría creído. Tenían cinco piezas de acero inoxidable que reproducían el tamaño y la configuración del plutonio. Ghosn había hecho todos los bloques explosivos necesarios. Probaron los explosivos con las cinco piezas y en todos los casos los explosivos hicieron lo suyo. Ese joven era muy talentudo. Claro que había seguido planes exactos, previstos por Fromm con la ayuda de un buen ordenador. Pero aun así era raro, dentro de la ingeniería, lograr algo tan difícil en el primer intento.

El plutonio había pasado la primera parte del proceso de fresado. Se asemejaba a una pieza de acero de alta calidad, destinada a formar parte de algún motor de automóvil. Era un buen principio. El brazo robótico de la fresadora retiró el plutonio de su eje y lo puso en una caja cerrada, llena de gas argón. El brazo la selló y la llevó hasta una puerta. Luego Fromm la retiró de la máquina y fue hasta el torno de aire, para repetir el proceso a la inversa. Deslizó la caja en el recinto cerrado. Activó las bombas al vacío y, mientras éstas absorbían el aire por la

parte superior, se agregó argón por el fondo. Cuando la atmósfera interna estuvo totalmente inerte, el brazo robótico de la maquinaria abrió la caja y extrajo el plutonio. La siguiente serie de movimientos programados lo puso con precisión en un eje nuevo. El grado de exactitud era muy importante. Bajo la supervisión de Fromm se activó el eje, aumentando poco a poco su velocidad hasta quince mil revoluciones por minuto.

-Parecería que... ¡no! - Fromm lanzó un juramento. No todo estaba perfecto. El eje redujo su velocidad y se efectuó un pequeño ajuste. Fromm verificó el equilibrio sin apresurarse y volvió a poner la máquina en funcionamiento. En esta ocasión logró la perfección. Llevó las revoluciones por minuto a veinticinco mil, sin que se produjera la más mínima sacudida.

-Tus hombres han hecho muy bien el primer fresado -dijo por encima de su hombro.

-¿Cuánta masa perdimos? -preguntó Ghosn.

-Dieciocho coma cinco dos siete gramos. -Fromm desconectó el eje y se levantó-. No encuentro palabras para elogiar a nuestros operarios. Sugiero esperar hasta mañana para iniciar el pulido final. Es una tontería apresurarse. Todos estamos cansados y creo que se impone la cena.

-De acuerdo, Herr Fromm.

-Manfred -corrigió el alemán, sorprendiendo a su joven compañero-. Ibrahim, tenemos que hablar.

-¿Vamos fuera? -Ghosn llevó al científico al exterior. Caía la noche.

-No debemos matar a estos hombres. Son demasiado valiosos. ¿Y si vuelve a presentarse una oportunidad como ésta?

-Pero usted estaba de acuerdo...

-No pensaba que las cosas marcharían tan bien. Al elaborar los planes suponía que tú y yo... Seré franco: suponía que yo debería supervisarlo todo. Tú, Ibrahim, me has dejado atónito con tu habilidad. Hemos reunido un equipo muy eficiente... ¡Es preciso conservarlo!

«¿Y de dónde vamos a sacar otros diez kilos de plutonio?», habría preguntado Ghosn.

-Creo que tienes razón, Manfred. Lo discutiré con el comandante. Pero debes recordar que...

-La seguridad. Ich weiss es schon, No podemos correr ningún riesgo en esta etapa. Sólo te ruego, en mérito a la justicia, que el reconocimieno profesional se tenga en cuenta. ¿Comprendes?

-Muy bien, Manfred. Estoy de acuerdo contigo. -Ghosn se dijo que el alemán se estaba humanizando. Lástima que fuera demasiado tarde-. Por lo demás, yo también quiero una buena cena antes de iniciar la fase final. Esta noche hay cordero fresco y hemos conseguido un poco de cerveza alemana. «Bitburger». Espero que te guste.

-Una buena y ligera cerveza regional. Lástima, Ibrahim, que tu religión te impida probarla.

-Esta noche -dijo Ghosn- confío en que Alá me perdonará por darme ese gusto.

Ibrahim se dijo que con aquello se ganaría la confianza del infiel.

-Tengo la sensación de que está trabajando demasiado, Jack.

-Es la distancia a la oficina, señor. Paso dos o tres horas por día en automóvil.

-¿Y si buscara una casa más cerca? -sugirió suavemente Su Alteza Real.

-¿Fuera de Peregrine Cliff? -Ryan meneó la cabeza-. ¿Qué pasaría con el trabajo de Cathy? Además, habría que cambiar de colegio a los niños. No, ésa no es solución.

-Sin duda usted recordará que, cuando nos conocimos, hizo un enfático comentario sobre mi estado físico y psicológico. En realidad dudo que mi aspecto fuese tan malo como el suyo ahora.

Jack comprendió que el príncipe había recibido bastante información de Sir Basil Charleston, motivo por el cual no había alcohol en la mesa.

-En mi trabajo las cosas pueden ponerse pesadas o ligeras. En estos momentos están muy pesadas.

Librodot

-¿Recordamos a Truman? «Si no soportas el calor, sal de la cocina.»

-Sí, señor, algo así. Pero ya pasará. Es que en la actualidad ocurren ciertas cosas... Es así. Cuando usted capitaneaba su nave también era así, ¿no?

-Era un trabajo mucho más saludable. Y mi casa estaba mucho más cerca. A unos cinco metros, en realidad -agregó el príncipe, riendo.

Ryan lo imitó, algo cansado.

-Ha de ser agradable. Yo tengo que recorrer esa distancia para ver a mi secretaria.

-¿Y la familia?

No tenía sentido mentir.

-Podría estar mejor. Mi trabajo no ayuda.

-Algo le preocupa, Jack. Es bastante obvio.

-Demasiadas tensiones. He estado bebiendo bastante y haciendo poco ejercicio. Lo de costumbre. Ya pasará, pero el mal período en la oficina va siendo más largo de lo habitual. Le agradezco su interés, señor, pero ya me pasará.

Jack estaba casi convencido de lo que decía. Casi.

-Que así sea.

-Debo admitir que llevaba muchísimo tiempo sin disfrutar de una cena como ésta. ¿Cuándo irá a visitarnos? -preguntó Ryan, cambiando de tema.

-A finales de la primavera. Un criador de Wyoming tiene algunos caballos para mí. Ponies de polo.

-Hay que estar loco para jugar a eso. Lacrosse a caballo.

-Me brinda la oportunidad de disfrutar de su país, Jack. Magnífico lugar, Wyoming. También pienso recorrer Yellow-stone.

-No he ido nunca -reconoció Ryan.

-¿No podría acompañarnos? Hasta podría enseñarle a montar.

-Tal vez -concedió Jack, preguntándose cómo luciría a caballo y cómo diablos podría escapar de su despacho por una semana-. Mientras no me amenace con esos martillos.

-Mazo, Jack. Mazo. No haré el intento de interesarle por el polo. Sería capaz de matar a algún desdichado caballo. Espero que pueda hacerse con el tiempo.

-Lo intentaré. Con suerte, por entonces el mundo estará algo más asentado.

-Ya se ha asentado un poco, en parte gracias a su obra. -Basil puede haber exagerado mi participación, señor. Yo era sólo un engranaje de la máquina.

-No hay que exagerar la modestia. Me desilusiona que no se le haya otorgado a usted ningún reconocimiento -comentó el príncipe.

-Así es la vida, ¿no? -A Jack lo sorprendió su propio tono. Por una vez no había podido disimular por entero sus sentimientos.

-Sí, Jack, así es la vida, no siempre justa. ¿No ha pensado en cambiar de trabajo... o en pedir licencia, tal vez?

Jack sonrió.

-Vamos, no estoy tan mal -sonrió-. En la oficina me necesitan.

Su Alteza Real se puso muy serio.

-¿Amigos, Jack?

Ryan se irguió en la silla.

-No tengo muchos, pero usted es uno de ellos.

-¿Confía en mi buen juicio?

-Desde luego, señor.

-Entonces pida una licencia. Siempre podrá volver. La gente que tiene un talento como el suyo nunca se va del todo. Bien lo sabe. No me gusta su aspecto. Hace demasiado tiempo que está en ese puesto. ¿Sabe cuánta suerte tienes al poder dejarlo? Goza de una libertad que yo no poseo. Aprovéchela.

-Gracias, señor. Pero si usted estuviera en mi lugar, no lo dejaría. Y por el mismo motivo. Yo no renuncio. Usted tampoco. Así de sencillo.

Librodot

-El orgullo puede ser una fuerza destructiva -señaló el príncipe.

Jack se inclinó hacia delante.

-No se trata de orgullo, sino de la realidad. Me necesitan, aunque yo preferiría que no me necesitaran. El problema es que no lo saben.

-Tan malo es el nuevo director?

-Marcus no es mala persona, pero sí un perezoso. Le gusta el cargo, pero no las obligaciones. No creo que ese problema se limite al Gobierno norteamericano. No me engaño. Usted tampoco. El deber está ante todo. Tal vez usted no pueda abandonar su cargo porque le corresponde por nacimiento, pero yo estoy igualmente clavado en el mío porque soy el más capacitado para realizar esa tarea.

-¿Le escuchan? -preguntó el príncipe con aspereza. Jack se encogió de hombros.

-No siempre. Caramba, a veces me equivoco, pero tiene que haber allí alguien que haga lo correcto o, por lo menos, lo intente. Y ése soy yo, señor. Por eso no puedo irme. Usted lo sabe tanto como yo.

-¿Aunque eso le haga daño?

-En efecto.

-Su sentido del deber es admirable, sir John.

-He tenido buenos maestros. Usted no corría a esconderse cuando había peligro. Habría podido hacerlo...

-No, no habría podido. De lo contrario...

-Los malos habrían ganado -concluyó Jack-. Mi problema no se diferencia mucho. Parte de eso lo aprendí de usted. ¿Lo sorprende?

-Sí -admitió el príncipe.

-Usted no huía de las cosas. Yo tampoco.

-Sus maniobras verbales son tan hábiles como siempre.

-¿Ve que aún no estoy perdido? -Jack se hallaba muy complacido consigo mismo.

-Insisto en que nos acompañe a Wyoming con su familia. -Si lo prefiere, puede hablar directamente con Cathy. El príncipe se echó a reír.

-Tal vez lo haga. ¿Nos deja mañana?

-Sí, señor. Pasaré por Hamleys para comprar algunos juguetes.

-Descanse un poco, Jack. El año próximo seguiremos con esta discusión.

En Washington era cinco horas más temprano. Liz Elliot miró desde su escritorio al periodista Bob Holtzman, que cubría la Casa Blanca. Como todo el personal permanente, Holtzman los había visto ir y venir, sobreviviéndolos a todos. Su larga experiencia en el edificio era una especie de paradoja. Aunque se le negaba acceso al mejor material (Holtzman no ignoraba que allí había secretos sobre los cuales no se podría escribir sino muchos años después, cuando fuera trabajo para los historiadores), su habilidad para interpretar matices y olfatear cosas lo habría llevado a un puesto importante en cualquier organización de Inteligencia. Pero su periódico le pagaba mucho mejor que cualquier departamento del Gobierno, sobre todo desde que había publicado también algunos best-sellers sobre la vida en las altas esferas del Gobierno.

-¿Esto es muy reservado?

-En efecto -dijo la asesora de Seguridad Nacional.

Holtzman hizo un gesto afirmativo y tomó nota. Eso fijaba las normas: nada de citas directas. Podía referirse a Elizabeth Elliot como «un alto funcionario del Gobierno», o en plural: «fuentes bien informadas». Levantó la vista de su bloc (en ese tipo de entrevistas no cabían los magnetófonos) y aguardó. A Liz Elliot le gustaba el dramatismo. Era una mujer inteligente, algo elitista (rasgo nada extraño en la Casa Blanca) y, sin lugar a dudas, la persona más allegada al presidente, si no erraba en la interpretación de las señales. Pero eso no era un asunto de interés público. El amorío entre el presidente y su asesora de Seguridad Nacional ya

Librodot

no era un secreto absoluto. El personal de la Casa Blanca se mostraba tan discreto como siempre; en realidad, más. A Holtzman le resultaba extraño que fuera así, porque Fowler no parecía capaz de inspirar mucho amor. Tal vez despertaba solidaridad por su soledad. Las circunstancias de la muerte de su esposa eran muy conocidas y, probablemente, habían agregado en las últimas elecciones un punto porcentual de votos por simpatía. Tal vez el personal pensaba que Fowler cambiaría con un romance estable. 0 quizá se comportaban simplemente como buenos profesionales. (Eso los distinguía de los beneficiarios de nombramientos políticos, para quienes nada era sagrado.) A lo mejor, Fowler y Elliot actuaban con mucha discreción, nada más. De cualquier modo, tras haberlo discutido en La Fuente Confidencial, el bar del National Press Club, que distaba dos calles de allí, el periodista acreditado en la Casa Blanca decidió que la vida amorosa de Fowler no era asunto de interés público, mientras no perjudicara su ejercicio en el puesto. Al fin y al cabo, sus logros en política exterior eran muy buenos. Aún no cesaba la euforia por el Tratado del Vaticano y sus asombrosas secuelas favorables. No era cuestión de arruinar a un presidente que estaba obrando tan bien.

-Tal vez tengamos un problema con los rusos -empezó Elliot.

-¿Si? -Por una vez, el comentario tomó a Holtzman por sorpresa.

-Tenemos motivos para creer que Narmonov tiene serias dificultades para entenderse con la plana mayor de su Ejército. Eso podría afectar el cumplimiento final del tratado de desarme.

-¿De qué modo?

-Tenemos motivos para creer que los soviéticos se resistirán a eliminar algunos de sus «SS-18». Ya se han retrasado en la destrucción de los misiles.

«Motivos para creer.» Dos veces. Holtzman lo pensó por un momento. Una fuente muy delicada, antes un espía que una intercepción.

-Alegan tener problemas con la instalación para destruirlos. Nuestros inspectores parecen creerles. Probablemente la instalación fue diseñada con... ¿Cómo decirlo? Incompetencia técnica.

-¿Qué dice la CIA? -preguntó Holtzman, garabateando sus notas a toda prisa.

-Fueron ellos quienes nos dieron la información inicial, pero hasta el momento no han podido darnos una opinión definitiva.

-¿Y Ryan? Es bastante bueno con los soviéticos.

-Ryan nos está decepcionando -dijo Liz-. En realidad (y esto es algo que usted no puede mencionar citando su nombre), tenemos en marcha una pequeña investigación que está descubriendo ciertos datos inquietantes.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, que podemos estar recibiendo información torcida. Por ejemplo, que un alto funcionario de la CIA puede mantener relaciones amorosas con una persona extranjera y quizás haya una criatura de por medio.

-¿Ryan?

La asesora de Seguridad Nacional sacudió la cabeza.

-No puedo confirmarlo ni negarlo. No olvide las reglas.

-No las olvido -replicó Holtzman, disimulando su fastidio. ¿Aquella mujer creía estar tratando con un idiota?

-Al parecer, él sabe que no nos gusta su información y está tratando de alterar los datos para complacernos. En estos momentos necesitamos buen material, pero no lo recibimos.

Holtzman asintió, pensativo. El problema no era nuevo en la CIA, pero Ryan no era de ésos. El periodista dejó eso a un lado.

-¿Y Narmonov?

-Si lo que nos están informando es correcto, siquiera en parte, puede estar buscando la salida, ya sea por la derecha o por la izquierda. Quizá fracase.

-¿Eso es firme?

-Parece que sí. La extorsión por parte de sus fuerzas de seguridad es muy preocupante. Pero con los problemas que tenemos en Langley... -Liz levantó las manos.

-Justo cuando las cosas marchaban tan bien... ¿Supongo que también habrá problemas con Cabot?

-Está aprendiendo correctamente su trabajo. Si tuviera mejor apoyo lo haría muy bien.

-¿Hasta qué punto se preocupa el Gobierno? -preguntó Holtzman.

-Mucho. En este momento necesitamos buenos datos de Inteligencia y no los recibimos. ¿Cómo diablos podemos adivinar qué va a hacer Narmonov si no tenemos buena información? ¿Y qué tenemos? -preguntó Liz, exasperada-. Un héroe que anda de un lado para otro, haciendo cosas que no competen a su agencia; en ocasiones ha pasado por sobre sus superiores para recurrir directamente al Capitolio; insiste en un punto y, al mismo tiempo, no proporciona a Cabot un buen análisis sobre un asunto, mucho más importante. Claro que tiene en qué distraerse...

«Un héroe -pensó Holtzman-. Una interesante elección de palabras. Esta mujer odia a Ryan.» El periodista lo sabía, pero ignoraba los motivos. No había razones para que ella le tuviera envidia. Ryan nunca había demostrado grandes ambiciones, al menos en un sentido político. Era bastante buen hombre, según todos los datos. Holtzman recordó su único paso en falso conocido: una confrontación con Al Trent que, casi con seguridad, había sido preparada. Actualmente Ryan y Trent se llevaban muy bien. ¿Qué motivo podía ser tan importante como para haber fingido algo así? Ryan tenía dos condecoraciones por trabajos de Inteligencia, aunque Holtzman nunca había podido averiguar por cuáles. Eran sólo rumores, cinco versiones diferentes de cuatro historias diferentes, probablemente todas falsas. Ryan no gozaba de mucha popularidad entre el periodismo, porque nunca dejaba filtrar nada. Se tomaba el secreto con demasiada seriedad. Por otra parte, no trataba de buscar favores, algo que merecía el respeto de Holtzman. De una cosa estaba seguro: había subestimado gravemente la antipatía que Ryan inspiraba al Gobierno de Fowler.

«Me están manipulando.» Eso era tan obvio como un gallo en el granero. Con mucha astucia, desde luego. Lo de los ruso debía de ser auténtico. La incapacidad de la CIA para obtener informaciones vitales para la Casa Blanca tampoco era una novedad. ¿Dónde estaba la mentira, si acaso existía? Tal vez ellos querían divulgar una información veraz, aunque delicada... por la vía normal. No era la primera vez que uno se enteraba de algo en la oficina de la esquina noroeste del ala oeste

¿Era posible no escribir un artículo sobre eso?

«Difícilmente, Bobby», se dijo el periodista.

El viaje de regreso fue suave como la seda. Ryan durmió todo lo que pudo, mientras el sargento que atendía la cabina leía las instrucciones para montar algunos de los juguetes comprados por Jack.

-Hola, sargento. -El piloto había salido a la cabina para estirarse un poco-. ¿Qué hace?

-Mire, mayor; nuestro pasajero trae algunas cosas para los pequeños.

El sargento pasó una página con instrucciones: «Tab-1 en Ranura A, usando tomillos de 7/8; ajústese con una llave inglesa y...»

-Creo que prefiero hurgar en motores averiados.

-Lo mismo digo -concordó el sargento-. A este fulano le espera un mal rato.

XXIV. REVELACIÓN

-No me gusta que me usen -dijo Holtzman, reclinándose hacia atrás con las manos entrelazadas en la nuca.

Estaba en la sala de conferencias con su redactor responsable, otro viejo observador de Washington que se había ganado las espuelas en el frenesí que puso fin a la presidencia de Richard Nixon. ¡Tiempos embriagadores! Los medios periodísticos norteamericanos nunca pudieron librarse del sabor a sangre que les habían brindado. La única parte buena del asunto, en opinión de Holtzman, era que ya no mimaban a nadie. Cualquier político era blanco potencial de la ira justiciera del sacerdocio investigador estadounidense. En realidad resultaba saludable, aunque a veces se llegaba demasiado lejos.

-Eso no viene al caso. A nadie le gusta. Pero ¿qué sabemos como cierto? -preguntó el redactor.

-Primero, que la Casa Blanca no está recibiendo buena información. Eso no es nuevo en la CIA, aunque marcha mejor que en otros tiempos. El meollo de la cuestión es que la Agencia ha mejorado un poco en su tarea... Bueno, hay un problema; Cabot ha cortado muchas cabezas. También ha de ser cierto lo que ella dice sobre Narmonov y sus militares.

-¿Y lo de Ryan?

-He tratado con él en reuniones sociales, aunque nunca oficialmente. En realidad es bastante buen tipo, con mucho sentido del humor. Su Hoja de servicios debe de ser impresionante, tiene dos condecoraciones por asuntos de Inteligencia.

Se opuso a que Cabot redujera el Directorio de Operaciones y, evidentemente, salvó unos cuantos puestos. Ha ascendido muy de prisa. Al Trent le tiene simpatía, pese a ese enfrentamiento que tuvieron hace unos años. Sin duda hay algo oculto tras eso, pero la única vez que intenté tocar el tema Trent se negó de plano a hablar. Supuestamente hicieron las paces, pero creo tanto en eso como en los Reyes Magos.

-¿Es del tipo mujeriego? -preguntó el redactor.

-¿Y qué tipo es ése? ¿Crees que se les pinta una A escarlata en la camisa?

-Muy ingenioso, Bob. Pero dime, ¿qué cuernos vienes a preguntarme?

-¿Publicamos un artículo sobre esto o no?

El redactor dilató los ojos por la sorpresa.

-¿Estás bromeando? ¿Cómo no publicarlo?

-Es que no me gusta que me usen.

-¡De eso ya hemos hablado! A mí tampoco. Reconozco que en este caso es obvio, pero aun así se trata de una noticia importante. Si no la publicamos nosotros, lo hará el Times ¿Para cuándo puedes tener el artículo listo?

-Pronto -prometió Holtzman.

Ahora sabía por qué había rechazado un ascenso a asistente de redactor responsable. No necesitaba el dinero; sus best-sellers lo liberaban de la necesidad de trabajar. Pero le gustaba ser periodista, conservaba su idealismo y aún cuidaba de lo que hacía. Para mayor bendición, estaba exento de tomar decisiones ejecutivas.

La nueva bomba alimentadora era tan buena como el maestro carpintero había prometido, se dijo el capitán Dubinin. Para instalarla habían tenido prácticamente que desmantelar un compartimiento entero, además de abrir un agujero en el doble casco del submarino. Si levantaba la vista, aún podía ver cielo en lo que habría debido ser acero curvo, cosa muy enervante para un capitán de submarino. Tenían que asegurarse de que la bomba funcionara correctamente antes de soldar el «parche blando», pero habría podido ser peor. Este submarino tenía casco de acero; los que estaban hechos de titanio eran endiablados de soldar.

La sala del generador de vapor y la bomba estaba inmediatamente a popa del compartimiento del reactor. En realidad, éste sobresalía del mamparo hacia proa y la bomba, por el lado trasero. La bomba hacía circular el agua en el reactor. El vapor saturado entraba en el generador de vapor, donde pasaba por una interfase. Allí su calor hacía que el agua «externa» o circuito inradiactivo se convirtiera en vapor que hacía girar las turbinas del submarino, y éstas, a su vez, impulsaban la hélice por medio de engranajes de reducción. El

vapor del «circuito interno», al haber perdido la mayor parte de su energía, pasaba luego por un condensador que se enfriaba gracias al mar circundante y, nuevamente en estado líquido, era otra vez bombeado hacia el fondo del reactor, donde se recalentaría para continuar el ciclo. El generador y condensador de vapor formaban, en realidad, una misma estructura, así como la misma bomba se encargaba de toda la circulación. Ese objeto mecánico era el talón de Aquiles acústico de todas las naves nucleares. La bomba tenía que intercambiar grandes cantidades de agua «caliente», tanto por su temperatura como por su radiactividad. Tanto funcionamiento mecánico había provocado siempre mucho ruido. Hasta ahora.

-El diseño es ingenioso -dijo Dubinin.

-No podía ser menos. Los norteamericanos pasaron diez años perfeccionándolo para sus submarinos de misiles y luego decidieron no usarlo. El equipo de diseño sufrió un duro revés

El capitán gruñó. Los nuevos diseños americanos para reactores podían utilizar la circulación -convección natural. Otra ventaja técnica. !Qué sagaces eran aquellos bribones! Mientras el capitán y el almirante aguardaban, el reactor iba cobrando potencia. Se retiraban las varas de control y los neutrones liberados de los elementos combustibles empezaban a interactuar, iniciando una reacción nuclear en cadena controlada. En el tablero de control, detrás del capitán y el almirante, los técnicos anunciaban las temperaturas en grados Kelvin, que parten del cero absoluto y utilizan medidas Celsius.

-Vaya por Dios... -susurró el maestro carpintero.

-Nunca lo ha visto en funcionamiento? -preguntó Dubinin.

-No.

«Estupendo -pensó el capitán, mirando el cielo-. Una cosa horrible para ver desde dentro de un submarino.»

-¿Qué ha sido eso?

-La bomba acaba de entrar en funcionamiento.

-No bromee. -Miró la gran armazón. No podía... Dubinin se acercó al tablero de instrumentos y... soltó una carcajada.

-Funciona, capitán -dijo el jefe de ingenieros.

-Siga acumulando potencia -indicó Dubinin.

-Diez por ciento y en aumento.

-Llévelo hasta uno diez.

-Capitán...

-Ya lo sé; nunca pasamos de cien.

El reactor estaba preparado para cincuenta mil caballos de fuerza, pero como en casi todas esas máquinas el promedio máximo era moderado. Una vez lo habían hecho funcionar a casi cincuenta y ocho mil, durante las pruebas, provocando daños menores en las tuberías internas del generador de vapor... y la potencia máxima utilizable era de cincuenta y cuatro coma noventa y seis. Dubinin lo había hecho una vez, poco después de tomar el mando. Todos los comandantes lo hacían, tal como los pilotos de combate deben averiguar, por lo menos una vez, a qué velocidad pueden lanzar su avión.

-Muy bien -concordó el ingeniero.

-Preste atención, Iván Stepanovich. Si detecta cualquier problema, apáguelo de inmediato.

Dubinin le dio una palmada en el hombro y volvió a la parte delantera del compartimiento, con la esperanza de que los soldadores hubieran trabajado bien. La idea hizo que se encogiera de hombros. Todas las soldaduras habían sido revisadas con rayos X. No es posible ocuparse de todo; además, él contaba con un buen jefe de ingenieros para que vigilara esas cosas.

-Veinte por ciento de potencia.

El maestro carpintero miró a su alrededor. La bomba también había sido montada en una pequeña estructura de balsa; en esencia, era una mesa con patas armadas de resortes, que impedían en gran parte la transmisión al casco de los ruidos generados por la bomba. Eso le parecía mal diseñado. Bueno, siempre había cosas que mejorar. La construcción de naves era una de las últimas formas verdaderamente artísticas de la ingeniería.

Librodot

-Veinticinco.

-Ahora oigo algo -dijo Dubinin.

-¿Equivalente de velocidad?

-Con carga de hotel normal -eso significaba potencia necesaria para activar diversos sistemas de a bordo, desde el aire acondicionado hasta las luces de lectura-, diez nudos. -La clase Akula requería mucha energía eléctrica para sus sistemas internos, principalmente a raíz de los sistemas primitivos de aire acondicionado, que consumían un diez por ciento de lo producido por el reactor-. Necesitamos un diecisiete por ciento de potencia para cargas de hotel antes de empezar a girar las tuercas. Los sistemas occidentales son mucho más eficientes.

El maestro carpintero asintió de mala gana.

-Ellos tienen una gran industria que se interesa por la ingeniería ambiental. Nosotros no contamos todavía con la infraestructura necesaria para esa investigación.

-Y su clima es mucho mas cálido -dijo Dubinin-. Una vez estuve en Washington, en julio. Así debe de ser el infierno.

-¿Tanto?

-El tipo de la Embajada que me llevó a pasear dijo que en otros tiempos había sido un pantano de malaria. Hasta tenían epidemias de fiebre amarilla. Un clima horrible.

-No lo sabía.

-Treinta por ciento -anunció el ingeniero.

-¿Cuándo estuvo usted allá? -preguntó el almirante.

-Hace más de diez años, para las negociaciones por los incidentes en el mar. Mi primera y última aventura diplomática. Algún tonto consideró necesario que fuera un capitán de submarino. Para eso me sacaron de Frunze. Fue una total pérdida de tiempo -agregó Dubinin.

-¿Y cómo lo pasó?

-Me aburrí. Los norteamericanos de submarinos son arrogantes. En aquellos tiempos no se mostraban muy cordiales. -Dubinin hizo una pausa-. El clima político era muy diferente. Se mostraban hospitalarios, pero reservados. Nos llevaron a un partido de béisbol.

-¿Y? -preguntó el almirante.

El capitán sonrió.

-La comida y la cerveza eran buenas. El juego, incomprensible. Y las explicaciones empeoraban las cosas.

-Cuarenta por ciento.

-Doce nudos -dijo Dubinin-. El ruido aumenta...

-¿Y bien?

-Es una fracción de lo que emite la bomba vieja. Al llegar aquí mis hombres tienen que usar protección auditiva. A toda máquina, el ruido es terrible.

-Ya veremos. ¿Aprendió algo interesante en Washington? Otro gruñido.

-A no caminar solo por las calles. Una vez salí a pasear y vi que un gamberro atracaba a una pobre mujer..., ¡a pocas manzanas de la Casa Blanca!

-¿De veras?

-El gamberro intentó huir con el bolso de la mujer. Como sacado de una película. Fue asombroso.

-¿Intentó...?

-Sí, pero no lo consiguió. Le puse una zancadilla. Demasiado entusiasta, en realidad, porque le rompí la rótula. -Dubinin sonrió al recordar la herida que había infligido a aquel inadaptado.

-Cincuenta por ciento.

-¿Y qué ocurrió luego?

-La gente de la Embajada se puso furiosa. El embajador chilló hasta desgañitarse. Creí que me despacharían inmediatamente a casa, pero la Policía americana hablaba de darme una medalla. Todo se acalló pero nunca más me pidieron que actuara como diplomático. -Dubinin

rió con ganas-. He ganado. Dieciocho nudos.

-¿Por qué se entrometió?

-Porque era joven y tonto -explicó Dubinin-. No se me ocurrió que podía ser una treta de la CIA. Eso era lo que preocupaba al embajador. Pero no era así. Sólo se trataba de un joven delincuente y una frágil negra. Le quedó la rodilla destrozada. No sé si ahora podrá correr. Y si realmente era de la CIA, tenemos un espía menos de que preocuparnos.

-Sesenta por ciento de potencia y sigue firme -anunció el ingeniero-. No hay fluctuaciones de presión.

-Veintitrés nudos. El cuarenta por ciento restante no nos sirve de mucho... y en este punto empieza a crecer el ruido del casco. ¡Suba sin miedo, Vania!

-Sí, capitán.

-¿Cuál es la velocidad máxima a la que lo has llevado? -Treinta y dos, a toda potencia. Treinta y tres con sobrecarga.

-Se habla de una nueva pintura para el casco...

-¿Ese invento de los ingleses? Inteligencia dice que agrega más de un nudo a los submarinos norteamericanos.

-Es cierto -confirmó el almirante-. Se dice que nosotros tenemos la fórmula, pero su fabricación es muy difícil y la aplicación, más aún.

-Por sobre veinticinco se corre el riesgo de que se desprenda el recubrimiento anecoico del casco. Una vez me ocurrió, en mi época de Starpom del Sverdlovskiy Komsomolets... -Dubinin meneó la cabeza-Era como estar dentro de un tambor, por el modo en que esas condenadas lajas de goma castigaban el casco.

-Temo que no podemos hacer mucho por resolverlo.

-Setenta y cinco por ciento.

-Si quitan ese recubrimiento, aumentaré un nudo más.

-¿No le encuentras utilidad?

-No. Si te lanzan un torpedo, ésa podría ser la diferencia entre la vida y la muerte.

La conversación se interrumpió. En diez minutos, la potencia alcanzó el ciento por ciento: cincuenta mil caballos de fuerza. El ruido de la bomba era ya bastante alto, pero aún resultaba posible oír lo que se decía en la sala. Con aquel nivel de energía, la vieja bomba habría parecido una banda de rock; se percibía el ruido sacudiendo el cuerpo. Ahora no. Y la balsa de la maquinaria... El comandante del astillero le había prometido una drástica reducción del ruido irradiado. No era jactancia. Diez minutos después había visto y oído todo lo necesario.

-Disminución de energía -ordenó.

-¿Y bien, Valentin Borissovich?

-El KGB robó esto a los norteamericanos, ¿no?

-Eso tengo entendido -reconoció el almirante. -La próxima vez que vea a un espía, tal vez le dé un beso.

El George McReady descansaba amarrado al muelle mientras recibía la carga. Era un navío grande, de diez años, con motores de diesel de poca velocidad y destinado al transporte de madera. Podía albergar treinta mil toneladas de madera trabajada o de troncos en bruto, como en este caso. Los japoneses preferían procesar la materia prima en su país, de modo que Japón no exportara divisas. Por lo menos sería un barco de bandera norteamericana el que efectuara el transporte, aunque para eso habían hecho falta diez meses de negociaciones.

Bajo la mirada vigilante del primer oficial, las grúas levantaban los troncos de cada camión y los depositaban en las bodegas, construidas especialmente. El proceso era notablemente rápido. La automatización de la carga era, quizás, el mayor progreso de la navegación comercial. El George M se podía cargar completamente en menos de cuarenta horas y se descargaba en treinta y seis, con lo que la nave podía hacerse a la mar sin pérdida de tiempo

Librodot

aunque la tripulación no pudiera divertirse en los puertos que visitaban. La pérdida de ingresos que sufrían las tabernas portuarias y otros establecimientos dedicados a la atención de los marineros no importaba mucho a los armadores, que no ganaban dinero si los barcos permanecían amarrados.

-Tengo el parte meteorológico, Pete -anunció el tercer oficial-. Podría ser mejor.

El primer oficial miró la carta.

-¡Caray!

-Si, se está formando un monstruoso frente siberiano. A dos días de navegación, la cosa empeorará. Y es demasiado grande como para esquivarlo.

El primer oficial silbó al ver las cifras.

-No olvides los prismáticos, Jimmy.

-Bien. ¿Cuánta carga va sobre cubierta?

-Sólo ésos de allí. -El hombre señaló.

Su compañero emitió un gruñido y desenfundó un par de prismáticos.

-¡Por Dios, están encadenados!

-Por eso no podemos llevarlos abajo.

-Son grandes -observó el subordinado.

-Ya se lo he dicho al contramaestre. Los sujetaremos con firmeza.

-Buena idea, Pete. Si estalla la tormenta que se pronostica, podrás practicar surf con ellos.

-¿El capitán sigue en la playa?

-Sí. Tiene que volver a las catorce.

-El combustible está completo. El jefe de ingenieros tendrá los motores preparados a las dieciséis. ¿Partimos a a las diecisiete y treinta?

-Demonios, uno ya no tiene tiempo ni para echar un polvo,

-Voy a avisar al capitán lo del tiempo. Puede retrasar la llegada a Japón.

-Al capitán le va a encantar,

-Como a todos.

-Oye, si nos arruina los horarios, tal vez yo pueda... -Tú y yo, compañero.

El primer oficial sonrió. Los dos eran solteros.

-Bello, ¿no? -preguntó Fromm.

Y se inclinó para mirar la masa metálica a través de la lámina Lexan. El brazo manipulador había separado el plutonio del eje y lo movía para una innecesaria inspección visual; en cualquier caso había que retirar el plutonio para la siguiente fase del proceso de acabado, pero Fromm quería verlo de cerca. Dirigió contra el metal una linterna pequeña y poderosa, pero de inmediato la apagó. Bastaba con el reflejo de las luces de arriba.

-Es realmente asombroso -confirmó Ghosn. Lo que estaban mirando habría podido pasar por una pieza de vidrio soplado, a juzgar por su suavidad. En realidad era aún más liso. La uniformidad de la superficie exterior tenía tal exactitud que el mayor efecto deformante provenía de la gravedad. Cualquier imperfección que pudiera existir allí era demasiado pequeña para detectarla a simple vista y, decididamente, estaba por debajo de las tolerancias que Fromm había establecido al elaborar los hidrocódigos en el ordenador.

El exterior del cilindro plegado era perfecto; reflejaba la luz como una especie de lente excéntrica. Mientras el brazo la hacía girar alrededor del largo eje, continuaba reflejando las luces del techo sin que variaran ni oscilaran en su situación o su tamaño, hasta al alemán le pareció notable.

-Nunca habría pensado que lo haríamos tan bien -dijo Ghosn.

Fromm asintió.

-Esto es posible sólo desde hace muy poco. La tecnología del torno de aire tiene apenas quince años; en cuanto a los sistemas de control a láser, son aún más recientes. La principal aplicación comercial sigue siendo la de instrumentos ultrafinos, como los telescopios

astronómicos, las lentes de muy alta calidad, ciertas partes centrífugas especiales... -El alemán se levantó-. Ahora debemos pulir también las superficies interiores. A ésas no podemos inspeccionarlas visualmente.

-¿Por qué hacernos primero el exterior?

-Porque de ese modo nos aseguramos de que la máquina esté actuando como es debido. El láser se encargará de controlar el interior. Ahora sabemos que nos proporciona datos correctos.

Esa explicación no era del todo cierta, pero Fromm no quería dar la verdadera: que aquello le parecía hermoso. Tal vez el joven árabe no comprendiera. «Das ist die schwarze Kunst...; en realidad era bastante faustiano», se dijo.

«Qué extraño -pensó Ghosn-, que algo de forma tan maravillosa pueda...»

-Las cosas continúan marchando bien.

-Por cierto -asintió Fromm. Señaló el interior del recinto. El torno retiraba algo que se parecía a un hilo metálico, pero más delgado, visible sobre todo gracias a su reflectividad. Como era una hebra sumamente valiosa, se la recogía y refundía para futuros usos posibles.

-Buen lugar para detenerse -comentó Fromm, apartándose.

-De acuerdo.

Llevaban catorce horas de trabajo. Ghosn despidió a los hombres y salió con el alemán, dejando el recinto bajo la custodia de dos guardias.

Los guardias eran hombres muy educados. Cada uno de ellos, seleccionado entre el cortejo personal del comandante, había vivido muchos años de acciones de combate. Y había luchado más contra sus hermanos árabes que contra los supuestos enemigos sionistas. Los numerosos grupos terroristas obtenían su apoyo de la comunidad palestina y competían entre sí por aquel limitado grupo de seguidores. Entre hombres armados, esa competencia solía llevar a confrontaciones y muertes. En el caso de los guardias, también acreditaba su lealtad. Cada uno de los designados era un experto tirador, a la par del nuevo miembro de la organización: Russell, el infiel.

Achmed, uno de los guardias, encendió un cigarrillo y se recostó contra la pared, preparándose para otra noche aburrida. Cuando le tocaba pasearse por el exterior o patrullar el sitio donde dormía Qati, al menos podía observar una variedad de cosas. Podía imaginar que había un agente israelí detrás de cada coche aparcado, detrás de cada ventana, y esos pensamientos lo mantenían despierto y alerta. Allí no. Allí custodiaban máquinas que permanecían tontamente inmóviles. A manera de diversión, y también para cumplir con sus funciones, los guardias vigilaban a los operarios y los seguían por el recinto cuando iban y venían entre el sitio donde comían y el rincón de dormir, y hasta contemplaban sus tareas menos complicadas. Achmed, pese a su rudimentaria instrucción, era un hombre inteligente, que aprendía con celeridad, y se sentía capaz de hacer cualquiera de aquellos trabajos, contando con unos meses para aprender el oficio. Era muy hábil con las armas; sabía diagnosticar una dificultad y reparar una mira desviada con la rapidez y la exactitud de un maestro armero.

Mientras se paseaba, escuchaba el zumbido de los diversos sistemas de aire; a cada vuelta echaba un vistazo a los tableros de instrumentos que indicaban su estado actual. Aquellos tableros monitorizaban también a los generadores de apoyo, asegurándose cada noche de que hubiera combustible suficiente en los tanques.

-Les preocupa mucho el plan de trabajo, ¿no? -musitó mientras continuaba con sus paseos, con la esperanza de que la luz del indicador se apagara. El y su compañero se detuvieron para mirar la misma barra metálica que tanto había interesado a Fromm y a Ghosn.

-¿Qué crees que es?

-Algo extraño -dijo Achmed-. Lo guardan tan en secreto como pueden.

-Creo que es parte de una bomba atómica.

Achmed se volvió.

-¿De dónde sacas eso?

-Uno de los operadores dijo que no podía ser otra cosa.

Librodot

-¿No sería bonito enviársela a nuestros amigos, los israelíes?

-Después de todos los árabes que han muerto en los últimos años... A los israelíes, a los norteamericanos, a todos... Si, sería un bonito regalo. -Reanudaron la marcha, pasando junto a las máquinas inmóviles-. Me gustaría saber por qué tienen tanta prisa.

-Sea lo que fuere, quieren terminarlo a tiempo. Achmed se detuvo otra vez, contemplando la plétora de metal y piezas plásticas en la mesa de montaje. ¿Una bomba atómica? Pero algunas de esas cosas parecían... pajillas para refresco, largas y delgadas, apretadamente envueltas y un poco retorcidas... Pajillas para refresco... ¿en una bomba atómica? No era posible. Una bomba atómica tenía que ser... ¿cómo? Admitió que no tenía la menor idea. Bueno, sabía leer el Corán, los periódicos y los manuales de armas. No era culpa suya no haber tenido oportunidades de estudiar como Ghosn, que le inspiraba una simpatía distante y algo envidiosa. Qué importante tener estudios... Si al menos su padre hubiera sido algo más que un pobre campesino... Tendero, quizá, alguien en condiciones de ahorrar un poco...

En la vuelta siguiente vio... ¿una lata de pintura? Eso parecía. Los desechos metálicos desprendidos por el torno eran recogidos por el colector. Achmed había visto el proceso con frecuencia. El desecho (parecía un hilo metálico muy fino) se acumulaba mecánicamente y se lo cargaba en un contenedor, que se parecía mucho a una lata de pintura, mediante una ventanilla y gruesos guantes de goma. Luego se ponía la lata en una cámara de doble portezuela; al sacarla de allí la llevaban al cuarto siguiente, la abrían en otra cámara similar y la ponían en uno de aquellos extraños crisoles.

-Voy a orinar -dijo su compañero.

-Que te aproveche el aire fresco -observó Achmed.

Sujetó el arma y siguió con la vista a su amigo, que cruzaba la doble puerta. El también saldría a dar un paseo cuando llegara la hora de revisar el perímetro. Era el responsable de las guardias exteriores, además de atender a la seguridad del taller. Valía la pena, sólo para salir del ambiente controlado de ese taller. No era sitio para que viviera un hombre: un ambiente herméticamente cerrado, como una estación espacial o un submarino. Habría querido tener estudios, pero no para trabajar en una oficina, todo el día sentado y entre papeles. No; lo que habría ambicionado era ser ingeniero, de los que construyen carreteras y puentes. Tal vez su hijo lo fuera, si alguna vez tenía oportunidad de casarse y tener un hijo. Algo con que soñar. Ahora sus sueños eran más limitados: que todo eso acabara, poder dejar las armas y vivir de verdad. Ese era su sueño principal.

Pero antes había que exterminar a los sionistas.

Achmed, solo en el recinto, se aburría a muerte. Al menos los guardias exteriores de afuera podían contemplar las estrellas. Algo que hacer, algo que hacer...

La lata de pintura estaba allí, dentro de su envase. Parecía lista para el transporte. El había visto muchas veces cómo lo hacían los operarios. Qué demonios... Achmed retiró la lata de la esclusa de aire y la llevó al cuarto de la caldera. La ponían dentro del horno eléctrico y... Era muy sencillo. Se alegró de poder hacer algo distinto, de colaborar, tal vez, con el proyecto.

La lata era liviana; parecía contener sólo aire. ¿Y si estaba vacía? La parte superior se sostenía con grapas y... Decidió que no, que haría sólo lo mismo que los operararios. Fue hasta el horno, abrió la puerta y verificó que estuviera apagado, porque esa cosa se calentaba muchísimo. ¡Podía fundir el metal! Luego se puso los gruesos guantes de goma que ellos usaban y, sin conectar el sistema que inyectaba el argón, aflojó las grapas de la lata. La hizo rotar hacia atrás para ver cómo era. Lo vio.

Al retirar la tapa, el aire cargado de oxígeno entró en el recipiente y atacó los filamentos de plutonio. Algunos reaccionaron de inmediato, estallándole en la cara. Hubo un fogonazo, como el de un fusil: sólo una bocanada de luz y calor que no podía ser peligroso para un hombre. Ni siquiera detectó humo, aunque estornudó.

Pese a todo, fue presa del terror. Había hecho algo indebido. ¿Qué pensaría el comandante? ¿Qué le haría? Escuchó el ruido del aire acondicionado y creyó ver una bocanada de humo sutil que se elevaba hacia el ventilador. Eso estaba bien. Los filtros eléctricos se encargarían

Librodot

de todo. Ahora bastaba con que él...

Volvió a cerrar herméticamente la lata y la llevó nuevamente al taller. Su compañero aún no había regresado. Bien. Achmed deslizó la lata en su sitio y se aseguró de que todo estuviera como unos minutos antes. Luego encendió un cigarrillo para tranquilizarse, enfadado consigo mismo por no poder quitarse el hábito de fumar.

Achmed no lo sabía, pero ya era un cadáver cuya muerte aún no había sido registrada. Ese cigarrillo podría haber sido el mismo aliento de la vida.

-Puedo hacerlo -anunció Clark, cruzando la puerta como John Wayne al entrar en El Alamo.

-Explícame -pidió Jack, señalándole una silla.

-Estuve en Dulles y hablé con algunas personas. Los «JAL 747» de «Trans-Pacific» tienen una disposición muy conveniente para nosotros. La sala de la planta alta tiene literas, como los viejos coches Pullman. Eso nos servirá. El ambiente tiene mucha acústica, que facilita la recepción. -Extendió un diagrama-. Aquí y aquí hay mesas. Usaremos dos micrófonos inalámbricos y cuatro canales de transmisión.

-¿Cómo? -preguntó Jack.

-Los micrófonos son omnidireccionales. Transmiten al transmisor de SHF, que emite fuera del avión.

-¿Cuatro canales?

-El gran problema consiste en suprimir el ruido del avión, el zumbido de los motores, el aire y todo eso. Dos canales son para sonido interior. Los otros dos para el ruido de fondo. Usamos eso para eliminar lo indeseable, En Ciencia y Tecnología tenemos gente que trabaja en ello desde hace tiempo. Se usa el ruido de fondo grabado para establecer cuál es la interferencia y luego se cambia la fase para eliminarlo. Bastante sencillo, si se tiene un equipo de computación adecuado. Nosotros lo tenemos. ¿De acuerdo? El transmisor va en una batella. Lo apuntamos hacia una ventana. Es fácil; lo he verificado. Y ahora necesitarnos un avión de persecución.

-¿Cómo?

-Con el equipo apropiado. Un reactor comercial. Puede ser un «Gulfstream» o, mejor aún, un «EC-135». Recomendaría más de uno, Deben formar y abrirse.

-¿A qué distancia?

-Mientras sea en línea recta..., hasta cuarenta y cinco kilómetros. Y no es preciso que vuelen a la misma altitud. -¿Dificultades para ponerlo?

-Pocas, Lo más difícil es la pila, pero eso entra en una botella de licor, como he dicho. Elegiremos una marca habitual en los free-shops. Tengo a un tipo averiguando eso. Tiene que ser de cerámica en vez de vidrio. Tal vez una botella de «Chivas». A los japoneses les gusta el escocés.

-¿Detección? -preguntó Ryan.

Clark sonrió como el adolescente que acaba de burlar a su maestro.

-Armamos el sistema exclusivamente con componentes japoneses y ponemos en el avión un receptor sintonizado en la frecuencia debida. El viajará con la acostumbrada multitud de periodistas. Pondré un receptor en un cesto para desechos, abajo. Si lo descubren, pensarán que fue uno de ellos mismos. Hasta parecerá que fue obra de un periodista.

-Buen toque, John -asintió Ryan.

-Estaba seguro de que le gustaría. Cuando el avión aterrice, uno de los nuestros recuperara la botella. Tendremos que prepararla para que no se pueda descorchar. Con un pegamento especial, quizá.

-¿La subirán en Ciudad de México?

-Puse a Ding a averiguarlo. Es hora de que pruebe su habilidad para planificar operaciones y esto es fácil. Yo hablo castellano lo bastante bien como para engañar a un mexicano.

Librodot

-Volvamos al equipo transmisor. ¿Podremos escuchar simultáneamente?

-De ningún modo. -Clark meneó la cabeza-. Lo que llegue será un galimatías, pero usaremos magnetófonos de alta velocidad para registrarlo; así podremos purificarlo con las ordenadores de abajo, hasta obtener copias limpias. De ese modo tendremos mayor seguridad, pues los pilotos de los aviones de persecución no comprenderán lo que escuchen; sólo tienen que saber a quién siguen... y pensándolo bien, ni siquiera eso. Tengo que verificarlo.

-¿Cuándo se tardará en obtener una copia limpia?

-Hay que hacerlo aquí. Un par de horas, digamos. Eso es lo que calculan los de Ciencia y Tecnología. ¿Sabe usted qué es lo más bonito?

-Dime.

-Los aviones son el último lugar donde no se puede esconder un transmisor. Los de Ciencia y Tecnología juegan con esto desde hace tiempo. El gran descubrimiento vino de la Marina... un proyecto muy secreto. Nadie sabe que podemos hacerlo. Los códigos de computación son muy complejos. Son muchos los que están jugando con esto, pero el verdadero descubrimiento está en el lado teórico de las matemáticas. Lo hizo un tipo de la ASN. Así pues, nadie sabe que es posible. Los de seguridad estarán dormidos. Si encuentran el micrófono, creerán que es obra de un aficionado. Lo que transmitirá el receptor no será de utilidad para nadie, salvo para nosotros.

-Y tendremos a un tipo que recupere también eso, para respaldar las transmisiones aéreas.

-En efecto, para tener doble redundancia.., o triple. Nunca aprendí la terminología correcta. Tres canales individuales para la información: uno en el avión y dos que irradiarán desde él.

Ryan levantó su vaso de café a manera de brindis. -Bueno, ahora que la parte técnica parece posible, quiero una evaluación de factibilidad operativa.

-Es cosa hecha, Jack. ¡Diablos, volver al espionaje es apasionante! Con el debido respeto, cuidar el trasero del doctor no requiere todas mis habilidades.

-Eres genial, John. -Ryan se echó a reír.

Era su primera carcajada en demasiado tiempo. Si lograban llevar a cabo aquella operación, tal vez la zorra de Elliot lo dejara en paz, por fin. Quizás el presidente comprendiera que las operaciones con especialistas de verdad aún eran útiles. Sería una pequeña victoria.

XXV. RESOLUCIÓN

-¿Qué se sabe de eso? -preguntó el segundo oficial, mirando hacia la cubierta de carga.

-Son para las vigas de un templo. Ha de ser pequeño, supongo -comentó el primer oficial-. ¿Hasta cuándo seguirá agitado el mar?

-Ojalá pudiéramos reducir la velocidad, Pete.

-Ya lo he sugerido dos veces al capitán. Pero dice que debemos llegar a tiempo.

-Díselo a este maldito océano.

El segundo oficial, que estaba de guardia, soltó un bufido. El primer oficial, segundo de a bordo, estaba en el puente para vigilar las cosas. En realidad era tarea del capitán, pero éste dormía en su lecho.

El George McReady se zarandeaba entre olas de diez metros, tratando de mantener sus veinte nudos sin conseguirlo, pese a tener sus motores a velocidad de crucero. El cielo estaba encapotado; de vez en cuando se abrían las nubes y la luna llena espiaba entre ellas. La tormenta empezaba a amainar, pero el viento continuaba a sesenta nudos y el mar seguía embravecido. Era una tempestad típica del Pacífico Norte, se decían los dos oficiales. Nada en ella tenía sentido. La temperatura se mantenía en un agradable nivel de cinco o seis grados

Celsius y la llovizna, congelada en el aire, golpeaba las ventanas del puente como perdigonadas en temporada de patos. Lo único bueno era que las olas venían directamente desde proa. El George M era un carguero, no un barco de línea, por lo que carecía de estabilizadores. En realidad, el movimiento no era tanto. La estructura de los puentes estaba en la parte de popa y amortiguaba en su mayor parte el vaivén provocado por la mar picada. También hacía que los oficiales no vieran bien lo que ocurría en proa, dificultad acentuada por una llovizna que reducía la visibilidad.

Los movimientos tenían también algunas características interesantes. Cuando la proa se hundía en una ola muy alta, el barco aminoraba la marcha. Empero, debido a su tamaño, la proa reducía su velocidad antes que la popa y, mientras las fuerzas de deceleración luchaban por menguar la celeridad del barco, el casco se rebelaba con un estremecimiento. En realidad se doblaba unos cuantos centímetros, cosa difícil de creer hasta que uno lo veía.

-Yo he navegado en un portaaviones. Se flexionan más de treinta centímetros en la parte media. Una vez estábamos... -¡Mire a proa, señor! -clamó el timonel.

-¡Oh, mierda! -gritó el segundo oficial-. ¡Mar furiosa!

Apareció de pronto: una ola de quince metros, apenas a cien metros de la proa achatada. No era algo inesperado. A veces dos olas se unían, sumando su altura por algunos segundos antes de separarse. La proa se levantó en una cresta de altura mediana y cayó ante la muralla verde que llegaba.

-¡Aquí está!

La proa no tuvo tiempo de escalarla. El agua verde pasó por sobre ella como si no hubiera nada allí y avanzó hacia popa, a lo largo de los ciento cincuenta metros que restaban hasta la estructura de los puentes. Los dos oficiales observaban la escena con fascinación. El barco no corría mayor peligro, al menos por el momento. La sólida masa verde pasó por entre los mástiles y el equipo destinado a manejar la carga pesada, a una velocidad de cuarenta y cinco kilómetros por hora. La nave se estremecía otra vez, pues la proa había alcanzado la parte inferior de la ola y se demoraba allí. En realidad todavía estaba bajo el agua, pues la ola era mucho más ancha que alta, pero la parte superior estaba a punto de golpear un acantilado de acero, pintado de blanco, perpendicular al eje de su avance.

-¡Sujétate! -gritó el segundo oficial al timonel.

La cresta de la ola no llegó al puente, pero golpeó las venta nas de las cabinas que ocupaban los oficiales. De inmediato se formó una blanca cortina vertical que borró el mundo entero. El segundo que duró pareció prolongarse durante todo un minuto. Luego se despejó, dejando la cubierta tal como debía estar, pero inundada de agua que forcejeaba por escapar por los imbornales. El George M se inclinó quince grados y recobró la estabilidad.

-Disminuya la velocidad a dieciséis nudos, bajo mi responsabilidad -dijo el primer oficial.

-Sí, señor -respondió el timonel.

-Mientras yo esté en el puente no vamos a naufragar -anunció el segundo de a bordo.

-Tienes razón, Pete. -El segundo oficial iba hacia el tablero de alarmas, a verificar si se había encendido algún indicador de inundaciones u otros problemas. Todo estaba bien. La nave estaba diseñada para entenderse con mares mucho peores que ése, pero la seguridad en alta mar exige vigilancia-. Pero aquí todo está en orden, Pete.

Sonó el teléfono.

-Puente. Habla el primer oficial.

-¿Qué diablos fue eso? -preguntó el jefe de ingenieros.

-Una ola bastante grande, jefe -respondió Pete, lacónico-. ¿Algún problema?

-No es broma. Dio un golpe terrible contra el mamparo de proa. Tuve miedo de que se tragara mi ventana. Creo que se ha rajado un ojo de buey. Convendría aminorar un poco la marcha, porque detesto mojarme en la cama, ¿sabe?

-Ya he dado la orden.

-Bien. -La comunicación se cortó.

-¿Qué ocurre? -Era el capitán, en pijama y bata de toalla, a tiempo para ver los restos del

Librodot

agua que se escurría por la cubierta.

-Una ola de quince o veinte metros. He reducido la velocidad a dieciséis. Veinte es demasiado, en estas condiciones.

-Supongo que está bien -rezongó el capitán. Cada horade más que pasaran en el muelle representaba quince mil dólares, y a los propietarios no les gustaba pagar gastos adicionales-. Auméntela en cuanto pueda.

El capitán se retiró antes de que se le enfriaran los pie descalzos.

-Está bien -dijo Pete al vano de la puerta, ya vacío.

-Velocidad quince coma ocho -informó el timonel.

-Muy bien.

Los dos oficiales volvieron a sentarse a beber café. En realidad, no era para asustarse. Antes bien, aquello los excitaba un poco, y la llovizna iluminada por la luna formaba un espectáculo muy bello. El primer oficial miró cubierta abajo. Tardó un momento en darse cuenta.

-Enciende las luces.

-¿Qué pasa ahora? -el segundo oficial dio dos pasos hacia el tablero y encendió las lámparas de cubierta.

-Bueno, todavía nos queda uno.

-Uno de... -El segundo oficial siguió la dirección de su mirada-. Oh, los otros tres...

El superior meneó la cabeza. ¿Cómo describir la potencia del agua?

-Esa cadena es fuerte, sí, pero la ola la rompió como a un cordel.

Su compañero tomó el teléfono y oprimió un botón.

-Contramaestre, la carga de cubierta ha caído por la borda. Necesito un examen del frente de la estructura, por si hubiera daños.

Una hora después estaba comprobado que habían tenido suerte. El único golpe de la carga había chocado contra una parte de la estructura apuntalada por fuertes vigas de acero. Los daños eran menores; se solucionarían con un soldador y un poco de pintura. Eso no alteraba el hecho de que alguien tuviera que talar otro árbol: tres de los cuatro troncos habían desaparecido y el templo japonés tendría que esperar.

Los tres troncos, todavía encadenados, estaban muy a popa del George M. Como aún estaban verdes, empezaron a absorber agua de mar, que les dio aún mayor peso.

Cathy Ryan siguió con la vista el automóvil de su esposo, que se alejaba por el camino de entrada. Ya había pasado la etapa de afligirse por él. Ahora se sentía ofendida. El no quería hablar del asunto; es decir: no trataba de explicarse ni se disculpaba; trataba de fingir que... ¿qué? Pero también decía que no se sentía bien, que estaba muy cansado. Cathy quería tratar el asunto, pero no sabía cómo. Sabía que el orgullo masculino era cosa frágil y que ése debía de ser su punto más sensible.

Sin duda todo se debía a una combinación de tensiones, fatiga y alcohol. Jack no era una máquina. Se estaba agotando, ella había detectado los síntomas meses atrás. Parte de la culpa era la distancia a la oficina: dos horas y media, hasta tres, todos los días en ese coche. Contar con un chófer era un alivio, pero no tanto. Eran tres horas más que pasaba todos los días lejos de su hogar, pensando y trabajando.

«Y yo, ¿lo estoy ayudando o perjudicando? -se preguntó-. ¿No será en parte culpa mía?»

Fue al cuarto de baño y se miró al espejo. Claro, ya no era una chica de mejillas rosadas. Tenía arrugas de preocupación alrededor de la boca y patas de gallo en las comisuras del ojo. Tenía que hacerse revisar las gafas. Empezaba a sufrir dolores de cabeza durante las operaciones y bien podía ser un problema de vista (después de todo, ella era cirujana oftalmóloga), pero estaba escasa de tiempo, como todo el mundo, y postergaba el momento de hacerse examinar por otro miembro del instituto. Cosa bastante tonta, admitió para sus adentros. Aún tenía bonitos ojos. El color, por lo menos, no cambiaba, aunque su visión

Librodot

pudiera resentirse por el trabajo a corta distancia que requería su profesión.

Conservaba una figura esbelta. No le vendría mal perder un par de kilos o mejor aún, transferir ese peso a los pechos. Era de pechos menudos, como toda su familia, en un mundo donde se prefería a las mujeres con ubres de vaca. Solía bromear que el tamaño del busto era inversamente proporcional al del cerebro, pero era un mecanismo de defensa. Le habría gustado tenerlos más grandes, tal como todo hombre deseaba tener un pene más largo, pero Dios o la genética se lo habían negado. Y no estaba dispuesta a someterse a la vanidosa ignominia de la cirugía. Además, no le gustaban las posibilidades de ese tipo de operaciones. Eran demasiado los casos de implantes de silicona que desarrollaban complicaciones.

En cuanto al resto de su persona, el pelo era siempre un desastre, desde luego, pero su profesión le impedía prestarle mayor atención. Aún era rubio, corto y muy bonito; a Jack le gustaba, cuando tenía tiempo para prestarle atención. Su cara seguía siendo bella, pese a las arrugas. Siempre había tenido piernas bien torneadas y, de tanto que caminaba en el instituto, las mantenía más firmes que nunca. Cathy llegó a conclusión de que su aspecto no era como para que los perros ladraran. Por el contrario, aún conservaba su atractivo. Al menos, eso opinaban los otros médicos de la clínica. Algunos estudiantes de medicina estaban locos por ella y nadie trataba de escapar a su presencia, por cierto.

Además, era una buena madre para Sally y el pequeño Jack. Como Jack viajaba tanto, ella trataba de remplazarlo, al punto de jugar a la pelota con su hijo (cosa que llenaba a su esposo de incómoda culpabilidad, cuando se enteraba). Cuando tenía tiempo, cocinaba. Y si en la casa hacía falta algo, lo hacía ella misma o «contrataba a alguien», según la expresión de Jack.

Aún amaba a su esposo y se lo demostraba. Tenía buen sentido del humor y no se alteraba por nimiedades. Tocaba a su esposo cuando se presentaba la oportunidad; era médica y tenía dedos delicados. Hablaba con él, le pedía opinión y le hacía saber que se interesaba por todo lo suyo. No dudaba en absoluto de que él era todavía el hombre de su vida. Lo amaba tanto como puede amar una esposa.

Cathy llegó a la conclusión de que no podía reprocharse nada. Pero entonces, ¿por qué él no podía...?

La cara del espejo delataba más desconcierto que dolor. «¿Qué otra cosa puedo hacer?», le preguntó.

«Nada.»

Trató de olvidar esos pensamientos. Comenzaba un nuevo día. Tenía que preparar a los niños para la escuela. Eso requería preparar el desayuno antes de que despertaran. Esa parte de la vida no era justa, por supuesto. Ella era cirujana y profesora de cirugía, pero los simples hechos de la vida determinaban que también fuera madre, con obligaciones maternales que su esposo no compartía, por lo menos en las primeras horas de un día laboral. Adiós, liberación femenina. Se puso la bata y bajó a la cocina. En realidad, habría podido ser peor. A los dos les gustaban los cereales y hasta preferían el cacao instantáneo. Puso agua a hervir y bajó la hornilla al mínimo mientras iba a despertar a los pequeños. Diez minutos después, Sally y el pequeño Jack estaban lavados y vestidos, en marcha hacia la cocina. La niña fue la primera en llegar y encendió el televisor a tiempo de ver los dibujos animados de Disney. Cathy se tomó diez minutos de paz para hojear el periódico y beber su café.

Al pie de la primera plana había un artículo sobre Rusia.

«Ésta puede ser una de las cosas que preocupan a Jack.» Decidió leerlo. Tal vez pudiera conversar con él y averiguar por que estaba tan... ¿distraído?, ¿se trataba sólo de eso?

«...decepcionado con la capacidad de la CIA en cuanto a proporcionar datos sobre el problema. Más aún, se dice que hay una investigación en marcha. Una persona del Gobierno confirmó que un alto funcionario de la CIA está bajo sospecha de delitos financieros y de falta de decoro sexual. No se ha revelado su nombre, pero se dice que ocupa un cargo muy alto y que está encargado de coordinar la información para el Gobierno...

¿Falta de decoro sexual? ¿Qué significaba eso? ¿A quién referían?

A él.

Librodot

«Un cargo muy alto...encargado de...»

Ése era Jack, su esposo. Era la frase que utilizaban para designar a alguien de su rango. En un sereno momento de lucidez total; comprendió que debía de ser eso.

¿Jack, con otras mujeres? ¿Mi Jack?,

No era posible.

¿O sí?

Su impotencia, su cansancio, la bebida, las distracciones... ¿Podía ser ése el motivo de que no...? ¡Era otra la que lo excitaba?

No parecía posible. Jack, no. Su Jack, no.

Pero ¿por qué otro motivo,..? Si ella todavía era atractiva. Todo el mundo lo decía. Seguía siendo una buena esposa, sin duda. Jack no estaba enfermo, porque ella era médica y no había detectado ningún síntoma. Se esmeraba en tratarlo bien, en conversar con él, en demostrarle su amor y...

Tal vez no fuera probable, pero ¿posible?

Sí,

No. Cathy dejó el periódico y bebió un sorbo de café. No era posible. Su Jack, jamás.

Era la última hora de la última etapa en el proceso de fabricación. Ghosn y Fromm contemplaban el torno con aparente objetividad, pero ambos sentían un nerviosismo apenas dominado. El freón líquido que salpicaba el metal en rotación les impedía ver el producto. Eso empeoraba las cosas, aunque verlo no habría servido de nada. La parte de la masa de plutonio en proceso de torneado quedaba oculta a la vista por otro metal; pero en cualquier caso la vista era un instrumento demasiado tosco para detectar imperfecciones. Ambos vigilaban los indicadores de los sistemas computados. Las tolerancias indicadas por la máquina estaban muy lejos de los doce angstroms máximos especificados por Herr Doktor Fromm. Y el ordenador merecía confianza, ¿no?

-Faltan sólo unos centímetros -dijo Ghosn a Bock y a Qati, que se acercaban a ellos.

-Nunca nos explicaron la parte secundaria de la unidad -dijo el comandante, que había tomado la costumbre de llamar «unidad» a la bomba.

Fromm se volvió, no del todo agradecido por la distracción, aunque habría debido estarlo.

-¿Qué quiere saber?

-Entiendo cómo funciona el primario, pero el secundario no -dijo Qati, simple y razonablemente.

-Muy bien. La parte teórica es bastante sencilla, si se comprende el principio. Eso fue lo difícil: descubrir el principio. En los principios se pensaba que hacer funcionar el secundario era sólo cuestión de temperatura, eso es lo que caracteriza al núcleo de las estrellas, ¿no? Ahora nos parece muy extraño, pero así suele suceder con el trabajo de los pioneros. La clave para que funcione el secundario es manejar la energía de modo que se convierta en presión al mismo tiempo que se aprovecha su gran calor, y también cambiar su dirección en noventa grados. Eso no es poco decir, cuando se trata de redirigir setenta kilotones de energía -observó Fromm, presumido-. Sin embargo, es falso creer que hacer funcionar el secundario involucra una gran dificultad teórica. El verdadero descubrimiento de Ulam y Teller fue sencillo, como suele ocurrir: la presión es en sí temperatura. Lo que ellos descubrieron, el secreto, es que no hay tal secreto. Cuando se comprenden los principios involucrados, lo que resta es sólo cuestión de ingeniería. Hacer que la bomba funcione es trabajo exigente en el plano de la computación, no de la técnica. Lo difícil es lograr una bomba portátil; es pura ingeniería -repitió Fromm.

-¿Pajillas para refresco? -preguntó Bock, sabiendo que su compatriota deseaba esa pregunta, porque era un cerdo presumido.

-No lo sé con seguridad, pero creo que ésa es una innovación mía. El material es perfecto: liviano, hueco y fácil de torcer para que tome la configuración debida. -Fromm se acercó a la mesa de montaje y cogió una pajilla-. El material básico es polietileno; como ustedes ven, hemos revestido el exterior con cobre y el interior con rodio. La longitud de la pajuela es de

sesenta centímetros; el diámetro interior no llega a los tres milímetros. Rodeamos el secundario con miles de ellas, en manojos retorcidos en ciento ochenta grados, formando una espiral. La espiral es una forma útil. Puede dirigir la energía sin perder su capacidad de irradiar calor en todas direcciones.

Dentro de todo ingeniero había un maestro frustrado, se dijo Qati.

-Pero ¿qué hacen?

-Además... la primera emisión del primario es una gran radiación gamma. Justo detrás vienen los rayos X. En ambos casos estamos hablando de fotones de alta energía, partículas cuánticas que transportan energía pero no tienen masa...

-Ondas ligeras -dijo Bock, recordando la física aprendida en el colegio.

Fromm asintió.

-Correcto. Ondas ligeras, sumamente energéticas, de una frecuencia diferente, más alta. Ahora bien, tenemos esta gran cantidad de energía que irradia del primario. En parte, podemos reflejarla o torcerla hacia el secundario, por medio de los canales que hemos construido. La mayor parte se pierde, desde luego, pero el hecho es que tendremos tanta energía al alcance de la mano que sólo necesitaremos una pequeña fracción. Los rayos X viajan por las pajuelas. Gran parte de su energía es absorbida por los revestimientos metálicos y las superficies oblicuas reflejan otro poco hacia abajo, permitiendo una mayor absorción de la misma. También el polietileno absorbe una buena cantidad. ¿Y qué ocurre entonces?

-Si absorbe tanta energía debe estallar, por supuesto -dijo Bock, antes de que Qati abriera la boca.

-Muy bien, Herr Bock, Cuando las pajuelas estallan, en realidad se convierten en plasma. Ese plasma se expande radialmente por los ejes, convirtiendo así la energía axial de lo primario en energía radial que implosiona en el secundario.

En la cabeza de Qati se encendió una lamparilla.

-Brillante. Pero se pierde la mitad de la energía, la que se expande hacia fuera.

-Sí y no. Esa parte forma una barrera de energía, y eso es lo que necesitamos. A continuación, las aletas de uranio que rodean el cuerpo del secundario se convierten también en plasma... por el mismo flujo de energía, pero con más lentitud que las pajuelas, debido a la masa. Este plasma tiene bastante más densidad y se ve presionado hacia adentro. Dentro del receptáculo del secundario hay dos centímetros de vacío, pues ese espacio será evacuado. Por tanto, tenemos un punto de partida para el plasma que corre hacia adentro.

-¿Conque se usa la energía del primario, redirigida en ángulo recto para que realice las mismas funciones que hacen al principio los explosivos químicos? -dijo Qati.

-¡Exacto, comandante! -ponderó Fromm con un tono de arrogante superioridad-. Ahora tenemos una masa de plasma relativamente pesada, que presiona hacia adentro. El vacío le proporciona lugar para que acelere antes de entrar en el secundario. Eso lo comprime. El montaje secundario es deuteruro de litio e hidruro de litio, ambos con agregado de tritio y rodeados de uranio 238. Este montaje se aplasta violentamente debido a la implosión del plasma. También es bombardeado por neutrones del primario, por supuesto. La combinación de calor, presión y bombardeo neutrónico hace que el litio se fisione en tritio. El tritio inicia inmediatamente el proceso de fusión, generando grandes cantidades de neutrones de alta energía, junto con la energía liberada. Los neutrones atacan el uranio 238, causando una reacción de fisión rápida y aumentando el rendimiento total del secundario.

-La clave, como dijo Herr Fromm -explicó Ghosn-, es administrar la energía.

-Pajuelas -apuntó Bock.

-Sí, lo mismo dije yo -observó Ghosn-. Es brillante. Como construir un puente con papel.

-¿Y el rendimiento del secundario? -preguntó Qati. No entendía nada de física, pero sí de cifras finales.

-El primario generará aproximadamente setenta kilotones. El secundario, alrededor de cuatrocientos sesenta y cinco. Las cifras son aproximadas, debido a las irregularidades que puede haber dentro del arma y también porque no podemos realizar pruebas para medir los

Librodot

efectos.

-¿Cuánta confianza tiene usted en el desarrollo del arma?

-Confianza total -dijo Fromm.

-Pero dice usted que sin pruebas.

-Supe desde el principio, comandante, que no era posible un programa de pruebas. El mismo problema teníamos en Alemania Democrática. Por ese motivo hemos exagerado en el diseño, en algunos casos por encima del cuarenta por ciento; en otros, por encima de cien. Debe usted comprender que un arma norteamericana, británica, francesa y hasta soviética de este rendimiento tendría un tamaño cinco veces menor que el de nuestra «unidad». Esos refinamientos de tamaño y eficiencia sólo se logran con muchas pruebas. La física del aparato es totalmente sencilla. Los refinamientos de ingeniería se obtienen sólo con la práctica. Como dijo Herr Ghosn, es como construir un puente. Los puentes de la antigua Roma eran estructuras muy primitivas. Según las normas modernas, se usaba demasiada piedra y, como resultado, requerían mucha mano de obra, ¿no? Con los años hemos aprendido a construir puentes con menos material y menos mano de obra. Pero no olvidemos que algunos puentes romanos siguen en pie y siguen siendo puentes, pese a su arcaica técnica. Este diseño de bomba, aunque sea primitivo y desperdicie materiales, sigue siendo una bomba y funcionará.

Las cabezas se volvieron hacia el torno, cuyo indicador estaba sonando. Se encendió una luz verde. La tarea estaba terminada. Fromm salió, indicando a los técnicos que retiraran el freón del sistema. Cinco minutos después, el objeto de tantos cuidados estaba a la vista. El brazo manipulador lo exhibió, completamente terminado.

-Magnífico -dijo Fromm-. Examinaremos con cuidado el plutonio y luego iniciaremos el montaje. Meine Herren, la fase difícil ha quedado atrás.

Eso habría merecido una cerveza. Tomó mentalmente nota de que aún no había conseguido el paladio. Detalles. Detalles. Pero de detalles se componía la ingeniería.

-¿Qué pasa, Dan? -preguntó Ryan, por su teléfono de seguridad. Esa mañana no había tenido tiempo de leer el periódico en su casa, pero había encontrado el artículo en su escritorio, como parte del Bird.

-Puedes estar seguro de que no salió de aquí, Jack. Tiene que ser en tu sector.

-Bueno, acabo de apretarle las tuercas a nuestro director de seguridad. Dice que no sabe nada. ¿Qué diablos significa «un cargo muy alto.?

-Significa que a ese tal Holtzman se le fue la mano con los adjetivos. Mira, Jack, ya he dicho demasiado. Se supone que no puedo hablar de investigaciones en marcha, ¿no?

-No es eso lo que me preocupa. Es que se ha filtrado material proveniente de alguien a quien protegemos mucho. Si el mundo tuviera sentido, interrogaríamos a Holtzman -bramó Ryan al auricular.

-¿Quieres moderarte un poco, amigo?

El vicedirector de la CIA levantó la vista y se obligó a aspirar profundamente. Después de todo, no era culpa de Holtzman.

-Bueno, ya me he tranquilizado.

-Si hay una investigación en marcha, no está a cargo del FBI.

-¿De veras?

-Te doy mi palabra -dijo Murray.

-Me basta con eso, Dan. -Ryan se tranquilizó un poco. Si no era el FBI ni su propia gente de seguridad, esa parte del artículo podía ser mera ficción.

-¿Quién pudo haber informado? -preguntó Murray.

Jack dejó escapar una risa que parecía un ladrido.

-¿Quién? Diez o quince personas del Congreso. Cinco, más o menos en la Casa Blanca, y veinte, tal vez cuarenta, aquí.

-La otra parte podría ser puro camuflaje o alguien que quiere ajustar cuentas. -Murray no

estaba haciendo una pregunta. Calculaba que un tercio de las noticias filtradas a la Prensa, estaban destinadas a calmar rencores de un modo u otro-. ¿La fuente es importante?

-Recuerda que este teléfono no es tan seguro.

-Comprendo. Mira, puedo hablar con Holtzman discreta e informalmente. Es buen tipo, responsable, un verdadero profesional. Podemos hablar con él en privado y hacerle saber que está poniendo en peligro ciertos métodos y a ciertas personas.

-Para eso tengo que consultar con Marcus,

-Y yo, con Bill, pero él aceptará.

-De acuerdo. Voy a hablar con mi director.

Ryan cortó y volvió a la oficina de Cabot.

-Lo he visto -dijo éste.

-El FBI no sabe nada de esa investigación y los nuestros tampoco. Por tanto, podemos suponer que la parte escandalosa del artículo es pura fantasía, pero alguien ha filtrado la información de Spinnaker. Y por cosas como ésas mueren los agentes.

-¿Qué sugieres? -preguntó el director.

-Que Dan Murray y yo hablemos informalmente con Holtzman, para hacerle saber que está pisando terreno peligroso. Le pediremos que se retracte.

-¿Pedirle?

-Pedirle, sí. A los periodistas no se les da órdenes. A menos que uno esté a sueldo de ellos, claro -se corrigió Jack-. Nunca he hecho una cosa así, pero Dan sí. Fue idea suya.

-Tengo que consultar arriba -dijo Cabot.

-¡Arriba es aquí, Marcus!

-Lo que se refiera a la Prensa... tiene que ser resuelto en otro lugar.

-Estupendo. Bien, vaya a ese lugar y no se olvide de preguntar con mucha amabilidad.

Ryan se dio la vuelta y salió violentamente de la oficina, sin dar tiempo a Cabot de enrojecer por el insulto.

Antes de llegar a su despacho, que distaba unos pocos metros, ya le temblaban las manos. «¿Es que no puede respaldarme en nada?» Últimamente nada salía bien. Jack descargó un puñetazo contra el escritorio y el dolor puso las cosas en su sitio. El pequeño operativo de Clark: eso parecía encaminarse en la dirección acertada. Una cosa. Mejor que nada.

Pero no mucho mejor. Jack miró la foto de su esposa y sus hijos.

-Maldición juró por lo bajo.

No lograba que ese tipo lo respaldara en nada. Se había convertido en un padre inexistente y en los últimos tiempos no destacaba en nada como marido.

Liz Elliot leyó el artículo con satisfacción. Holtzman había hecho exactamente lo que ella esperaba. Los periodistas eran muy fáciles de manipular. Tardíamente, comprendió que eso le abría todo un mundo nuevo. Siendo Marcus Cabot tan débil y sin nadie en la burocracia de la CIA capaz de prestarle apoyo, pronto ella dominaría efectivamente ese sector también.

Retirar a Ryan de su cargo era ahora algo más que un simple ejercicio de rencor, tan deseable como simple era el motivo. Ryan era el que se había opuesto a unas cuantas peticiones de la Casa Blanca, el que de vez en cuando recurría directamente al Congreso por asuntos internos.., y el que le impedía mantener un contacto más estrecho con la CIA. Si lo sacaba de en medio podría dar órdenes a Cabot, disfrazándolas de sugerencias, y él obedecería mansamente. Dennis Bunker seguiría dominando en Defensa y en su estúpido equipo de fútbol. Brent Talbot tenía el Departamento de Estado. Elizabeth Elliot, por su parte, controlaría el aparato de Seguridad Nacional... porque también dominaba todos los aparatos del presidente. Sonó su teléfono.

-Ha llegado el director Cabot.

-Hágalo pasar -ordenó Liz. Se levantó para acercarse a la puerta-. Buenos días, Marcus.

-Hola, doctora Elliot.

Librodot

-¿Qué le trae por aquí? -preguntó ella, ofreciéndole asiento en el sofá.

-Este artículo.

-Lo he leído -dijo la asesora de Seguridad Nacional.

-El que dejó filtrar esto puede haber puesto en peligro una fuente valiosa.

-Lo sé. ¿Alguien de su organización? ¿Qué es esto de una investigación interna?

-No es nuestra.

-¿De veras? -La doctora Elliot se reclinó en el asiento, jugando con su lazo de seda azul-. ¿Y de quién es?

-No lo sabemos, Liz. -Cabot parecía más incómodo de lo que ella esperaba. Tal vez creía que el objeto de la investigación era él mismo. La idea resultaba interesante-. Queremos hablar con Holtzman.

-¿A qué se refiere?

-A que nosotros y el FBI hablaríamos con él (informalmente, desde luego) para hacerle saber que ha cometido un acto irresponsable.

-¿A quién se le ocurrió esa idea, Marcus?

-A Ryan y a Murray.

-¿De veras? -Hizo una pausa, como si analizara el asunto-. No me parece buena idea. Ya sabe usted cómo son los periodistas. Si hay que ablandarlos es preciso hacerlo con cautela... Hum, yo puedo encargarme de eso, si no le importa.

-Esto es realmente grave. Spinnaker es muy importante para nosotros. -Cabot tendía a repetirse cuando se excitaba.

-Ya lo sé. Ryan fue muy claro en su informe, cuando usted estaba enfermo. ¿Aún no ha confirmado esas informaciones?

Cabot meneó la cabeza.

-No. Jack viajó a Inglaterra para pedir a los británicos que husmearan un poco, pero no esperarnos novedades hasta dentro de un tiempo.

-¿Qué debo decir a Holtzman?

-Dígale que puede estar poniendo en peligro a un informante de mucha importancia. Nuestro hombre puede ser asesinado y las consecuencias políticas serían muy serias -concluyó el director.

-Sí. Tendría un efecto indeseable en la escena política, ¿verdad?

-Si Spinnaker está en lo cierto, en la Unión Soviética van a sufrir una terrible sacudida política. Y si nosotros revelamos lo que sabemos, él podría verse en peligro. Recuerde que...

Elliot lo interrumpió:

-Que Kadishev es nuestro principal respaldo. Y si él es descubierto, no tendremos en quién apoyarnos. Ha sido muy claro, Marcus. Gracias. Yo misma me ocuparé.

Al cabo de una pausa, Cabot manifestó.

-Con eso será más que suficiente.

-Bien. ¿Tiene que decirme algo más?

-No. He venido sólo por eso.

-Creo que es hora de mostrarle algo, Marcus. Algo en que hemos estado trabajando aquí. Un asunto muy delicado. Cabot captó el mensaje y preguntó, cauteloso:

-¿De qué se trata?

-Esto es absolutamente confidencial. -Elliot sacó de su escritorio un gran sobre de papel madera-. De veras, Marcus.

No tiene que saberse fuera de este edificio, ¿de acuerdo? -De acuerdo. -El director ya estaba interesado.

Liz abrió el sobre y le pasó algunas fotografías. Cabot la estudió.

-¿Quién es esa mujer?

-Carol Zimmer. Viuda de un piloto de la Fuerza Aérea que murió no sé cómo. -Elliot agregó algunos detalles.

-¿Ryan, con aventuras amorosas? ¡Demonios!

-¿Se podría obtener más información de la CIA?

-Si se refiere a conseguirla sin levantar sospechas en él, sería muy difícil. -Cabot sacudió la cabeza-, De sus dos guardaespaldas, Clark y Chávez, ni pensarlo. Son muy discretos. Y buenos amigos.

-¿Ryan tiene amistad con sus guardaespaldas? ¿De veras? -Elliot se mostró sorprendida. Era como ser cordial con los muebles.

-Clark era agente. Chávez es nuevo. Trabaja como guardaespaldas hasta que termine sus estudios, pero quiere ser agente. He visto los expedientes, Clark se jubilará dentro de unos años; mantenerlo en el sector de Seguridad y Protección es sólo cuestión de decoro. Ha hecho algunas cosas muy interesantes. Es bueno como hombre y como agente.

A Elliot no le gustó eso, pero por lo que decía Cabot no parecía tener remedio.

-Queremos sacar a Ryan de allí.

-Tal vez no sea fácil, a los del Congreso les gusta mucho,

-Usted mismo ha dicho que es un insubordinado.

-En el Capitolio no lo creerán, y usted lo sabe. Si quiere despedirlo, el presidente no tiene más que pedirle la renuncia.

Pero eso tampoco sería aceptado en el Congreso, se dijo Liz, y era obvio que Marcus Cabot no le serviría de mucho. Ya lo había supuesto. Era demasiado blando.

-Si lo prefiere, podemos manejar las cosas enteramente desde aquí.

-Sería una buena idea. Si en Langley saben que he tenido algo que ver, pensarán que fue por despecho. Y no quiero eso -se resistió el hombre-. Sería malo para la moral de la gente.

-De acuerdo, -Liz se levantó y Cabot hizo otro tanto-. -Gracias por venir.

Dos minutos después estaba nuevamente en su sillón, Aquello marchaba muy bien. Exactamente según sus planes. «Me estoy convirtiendo en una experta en esto. _.»

-¿Y bien?

-Esto se publicó hoy en un periódico de Washington -dijo Golovko.

En Moscú eran las siete de la tarde; el cielo estaba oscuro y frío como sólo puede estarlo en Moscú. La necesidad de informar sobre algo publicado en un periódico norteamericano no hacía mucho por entibiar la noche.

Andrei Ilich Narmonov tomó la traducción de manos del vicepresidente primero y la leyó de cabo a rabo. Al terminar arrojó despectivamente las dos páginas en el escritorio.

-¿Qué basura es ésta?

-Holtzman es un periodista muy importante en Washington. Tiene acceso a altos funcionarios del Gobierno de Fowler.

-Y probablemente escribe una buena cantidad de ficción, igual que nuestros periodistas.

-Creemos que no. Creemos que, por el tono de este informe, los datos le fueron proporcionados por la Casa Blanca.

-¿De veras? -Narmonov sacó un pañuelo para sonarse la nariz, maldiciendo el frío que el brusco cambio de clima traía consigo. Si para algo no tenía tiempo era para pillar una enfermedad, aunque fuera una leve-. No lo creo. He hablado personalmente con Fowler sobre las dificultades que tenemos con la destrucción de misiles. Y el resto de este galimatías político es sólo eso. Es cierto, he tenido que entenderme con los extremistas de uniforme, esos tontos que se desmandaron en la región del Báltico. Lo mismo pasa con los norteamericanos. Me parece increíble que se tomen en serio esas estupideces. Tienen servicios de Inteligencia que deben de decirles la verdad. ¡Y la verdad es lo que yo mismo he dicho a Fowler!

-Camarada presidente... -Golovko se interrumpió por un instante. Era difícil quitarse el hábito de decir «camarada»-Así como nosotros tenemos elementos políticos que desconfían de los norteamericanos, así también ellos tienen elementos que continúan odiándonos y desconfiando de nosotros. Los cambios se han producido con demasiada celeridad como para que todos los asimilen. Me parece probable que algunos funcionarios políticos norteamericanos den crédito a este artículo.

Librodot

-Fowler es vanidoso. Es un hombre mucho más débil e inseguro de lo que demuestra... Pero no es tonto, y sólo un tonto creería esto, sobre todo después de conversar personalmente conmigo. -Narmonov devolvió la traducción a Golovko.

-Mis analistas no lo creen así. Consideramos posible que los norteamericanos crean en esto.

-Agradézcales esa opinión, pero no estoy de acuerdo.

-Si los norteamericanos reciben un informe que dice esto es porque tienen un espía dentro de nuestro Gobierno.

-No lo pongo en duda. Después de todo, nosotros también los tenemos, ¿verdad? Pero en este caso no lo creo. El motivo es simple: ningún espía puede haber informado de algo que yo no dije, ¿cierto? Yo no he dicho esto a nadie. No es cierto. ¿Qué hacemos con los espías que nos mienten?

-No es algo que nos inspire clemencia, presidente -aseguró Golovko.

-Indudablemente, lo mismo ocurre entre los norteamericanos. -Narmonov hizo una pausa y sonrió-. ¿Sabes qué podría ser esto en realidad?

-Siempre estamos abiertos a una idea.

-Piensa como político. Esto podría indicar cierto tipo de lucha de poder dentro del Gobierno. Nuestra participación sería entonces meramente incidental.

Golovko quedó pensativo.

-Hemos oído algo de eso: que Ryan, el vicedirector de Inteligencia, no goza de la estima de Fowler...

-Ryan... Si, lo recuerdo. ¿Un adversario digno, Sergei Nikolaievich?

-Lo es,

-Y honorable. Una vez me dio su palabra y la respetó. «Decididamente, algo que ningún político olvida», pensó Golovko.

-¿Por qué no lo quieren? -preguntó Narmonov.

-Se dice que hay incompatibilidad de caracteres.

-Es factible. Fowler y su vanidad. -Narmonov levantó las manos-. Bueno, ahí tienes. ¿No crees que yo podría haber sido un buen analista de Inteligencia?

-El mejor -concordó Golovko.

Tenía que mostrarse de acuerdo, por supuesto. Más aún; su presidente acababa de decir algo que sus propios hombres no habían examinado a fondo. Dejó la augusta presencia del jefe de Estado con expresión inquieta. La deserción de Gerasimov, presidente del KGB, producida pocos años antes por obra de Ryan en persona (si acaso Golovko interpretaba correctamente las señales) había mutilado inevitablemente las operaciones de ultramar del KGB. En Estados Unidos se derrumbaron seis redes completas, junto con otras ocho en Europa Occidental. Sólo ahora se empezaba a remplazarlas, pero había grandes agujeros en la infiltración de las operaciones del Gobierno norteamericano. Lo único bueno era que estaban comenzando a descifrar buena parte de las comunicaciones diplomáticas y militares de EE.UU., hasta el cuatro o cinco por ciento, en meses buenos. Pero una clave descubierta no remplazaba a un agente de penetración. Allí estaba ocurriendo algo muy extraño. Golovko no sabía qué. Tal vez su presidente tuviera razón y eso fuera sólo el oleaje producido por luchas de poder internas. Pero también podía ser otra cosa. Golovko no se sentía mejor por no saber qué era.

-Llego justo a tiempo -dijo Clark-. ¿Hoy han revisado el coche?

-Si es miércoles... -replicó Jack. Todas las semanas se inspeccionaba su automóvil oficial en busca de micrófonos ocultos.

-¿Podemos hablar del asunto, entonces?

-Sí.

-Chávez tenía razón. Es fácil; cuestión de dar una pequeña mordida a quien corresponda.

Ese día se enfermará el hombre que hace regularmente el mantenimiento y nosotros dos nos encargaremos del servicio del «747». A mí me toca hacer de criada: regar los retretes, proveer el bar y todo eso. Mañana usted tendrá la evaluación oficial en su escritorio, pero en resumidas cuentas podemos hacerlo, sí, con un mínimo riesgo.

-¿Sabes cuáles serían las consecuencias si os descubren?

-Oh, sí. Grave incidente internacional. Para mí, jubilación anticipada. No importa, Jack; puedo jubilarme cuando quiera.

Pero para Ding sería una pena, porque el muchacho promete.

-¿Y si los pillan?

-Diré, en mi mejor lenguaje, que un periodista japonés me pidió que la hiciera y me pagó un montón de yenes. Ahí está la trampa, Jack. Si creen que el culpable es uno de ellos no harán mucho escándalo. Quedaría mal, perderían imagen y esa clase de cosas.

-Eres un tramposo, John, un verdadero cabrón.

-Sólo quiero servir a mi país, señor. -Clark se echó a reír. Pocos minutos después tomó la curva-. Espero que no lleguemos demasiado tarde.

-Fue un día de mucho trabajo.

-Vi ese artículo en el periódico. ¿Qué vamos a hacer?

-La Casa Blanca va a hablar con Holtzman y le dirá que olvide el asunto.

-¿Alguien ha estado mojando su pluma en el tintero de la CIA?

-Que nosotros sepamos, no. Y lo mismo dice el FBI.

-Un modo de disimular la verdadera noticia, ¿no?

-Así parece.

-Menuda mierda -comentó Clark mientras aparcaba el coche.

Resultó que Carol estaba en su casa, lavando los platos de la cena. Habían montado el árbol de Navidad de los Zimmer. Clark empezó a trasladar los regalos. El y Nancy Cummings habían ayudado a envolver los que Jack traía de Inglaterra, porque el jefe era inútil para los paquetes. Por desgracia, entraron a tiempo para oír llantos.

-No hay problema, doctor Ryan -dijo uno de los niños, en la cocina-. Jackie tuvo un pequeño accidente. Mamá está en el baño.

-Bien.

Ryan se dirigió hacia allí, anunciando prudentemente su presencia.

-Sí, pase, pase -dijo Carol.

La mujer estaba inclinada junto a la bañera. Jacqueline lloraba con el quejido monótono de la criatura que tiene conciencia de haberse portado mal. En el suelo había un montón de ropas infantiles y el aire olía a flores aplastadas.

-¿Qué ha pasado?

-Jackie cree mi perfume es su perfume de juguete, vierte todo el frasco. -Carol levantó la vista del jabón.

Ryan recogió la camisa de la pequeña.

-Ya veo que es cierto.

-¡Todo frasco! ¡Caro! ¡Niña mala!

El llanto de Jacqueline aumentó de volumen. Probablemente ya le habían dado unas cuantas palmadas en el trasero.

Ryan se alegró de no haberlo presenciado. El también disciplinaba a sus hijos cuando era necesario, pero no le gustaba ver castigar a los ajenos. Era uno de los muchos puntos débiles en su carácter. Cuando Carol sacó a la pequeña de la bañera, el olor aún no había desaparecido del todo.

-Caramba, es bastante fuerte, ¿no? -comentó Jack, levantando a la niña, que no dejaba de llorar.

-¡Ochenta dólares! -apuntó Carol. Pero su enojo ya había desaparecido. Tenía mucha experiencia con los niños y sabía que las travesuras eran normales. Jack llevó a la pequeña a la sala. La actitud de Jackie cambió al ver los regalos.

Librodot

-Usted demasiado bueno -dijo la madre.

-Bueno, es que fui de compras.

-Usted no viene aquí Navidad, tiene familia propia.

-Lo sé, Carol, pero no podía dejar pasar la Navidad sin visitaros.

Clark entró con más regalos. Jack comprendió que ésos eran de él. Buen hombre, Clark.

-Nosotros no tenemos nada usted -dijo Carol Zimmer. -Claro que sí. Jackie me dio un buen abrazo.

-¿Y a mí? -preguntó John.

Ryan le entregó a Jackie. Fue divertido. El aspecto de John Clark asustaba a más de un hombre, pero los niños Zimmer lo tomaban por un enorme osito de felpa. Se marcharon después de unos minutos.

-Fue un bonito gesto de tu parte, John -dijo Ryan, al arrancar.

-Cosa de nada. ¿Sabe lo mucho que me divertí comprando cosas para los chiquillos? ¿A quién diablos puede gustarle comprar un sostén para su hija? Eso es lo que Maggie quería; lo puso en su lista. ¡Un sostén sensual, por el amor de Dios! ¿Cómo hace un padre para entrar en la tienda y comprar algo así para su propia hija?

-Ya están un poco crecidita para muñecas «Barbie».

-Lástima, lástima.

Jack se volvió riendo entre dientes.

-Y ese sostén...

-Si, Jack. Si alguna vez descubro a ese tipo me lo como crudo.

Ryan no pudo contener la risa, pero sabía que podía permitírsela. Su hijita aún no tenía citas amorosas. Sería duro verla salir con otro, donde su protección no pudiera alcanzarla. Y para un hombre como John Clark debía de ser más duro todavía.

-¿Mañana, a la hora de siempre?

-Sí.

-Hasta mañana, doctor.

Ryan entró en su casa a las nueve menos cinco. La cena estaba en el lugar de costumbre. Se sirvió la habitual copa de vino, tomó un sorbo y fue a colgar su chaqueta en el armario, antes de subir a cambiarse. Se encontró con Cathy que iba en dirección contraria y le sonrió. No le dio un beso, porque estaba demasiado cansado. Ese era el problema. Si al menos tuviera tiempo de descansar... Clark tenía razón: unos días para relajarse. Era todo cuanto necesitaba, se dijo mientras se cambiaba.

Cathy abrió la puerta del ropero para sacar algunas notas médicas que había dejado en su abrigo. Cuando iba a cerrar detectó algo, sin saber con certeza qué era. Cathy Ryan se inclinó hacia el interior del ropero, desconcertada, y lo captó. ¿Qué era? Su nariz buscó a derecha e izquierda de un modo que habría resultado cómico, de no ser por su expresión al encontrar lo que buscaba. El abrigo de pelo de camello de su marido, ese tan caro que ella le había comprado el año anterior.

Ese perfume no era el de ella.

XXVI. INTEGRACIÓN

El montaje se había iniciado con la compra de instrumentos adicionales. Perdieron todo un día fijando un pesado bloque de uranio agotado al interior de la caja.

-Esto es tedioso, lo sé -dijo Fromm, casi como pidiendo disculpas-. En Estados Unidos y en otros países hay herramientas especiales con las que se ensamblan muchas armas individuales del mismo diseño. Son ventajas que nosotros no tenemos.

-Y aquí todo debe ser tan exacto como allá, comandante -agregó Ghosn.

-Mi joven amigo dice la verdad. La física es la misma para todos nosotros.

-En ese caso, no les haremos perder tiempo -dijo Qati.

Fromm volvió al trabajo. Una parte de su cerebro estaba ya contando el dinero que iba a recibir, pero todo el resto se centraba en la tarea. Sólo la mitad de los operarios habían trabajado en la bomba en sí. El resto se había dedicado a fabricar otros implementos, en su mayoría soportes que sostendrían en su sitio a los componentes de la bomba y estaban hechos, de acero inoxidable, elemento fuerte y compacto. Cada uno fue puesto en su sitio, según una secuencia exacta, pues la bomba era más compleja que una máquina cualquiera y requería se montada siguiendo estrictas instrucciones. Una vez más, la calidad del diseño y la precisión de las herramientas facilitaba el proceso. Hasta los operarios se asombraban de que todas lapartes coincidieran y murmuraban que Fromm, fuera lo que fuese (en ese punto sus expresiones eran variadas y coloridas), poseía una sobrehumana habilidad para el diseño, lo más difícil era la instalación de los bloques de uranio. Colocar los materiales más livianos y blandos fue más sencillo.

-¿El procedimiento para la transferencia del tritio? -preguntó Ghosn.

-Lo dejaremos para el final, por supuesto -dijo Fromm, retrocediendo para verificar una medida.

-Basta con calentar la batería para liberar el gas, ¿no?

-Sí -asintió Fromm-, pero... ¡no, así no!

-¿En qué me he equivocado?

-Esto debe girar hacia dentro -dijo Fromm al operario. Dio un paso adelante para hacer la demostración-. Así, ¿lo ves?

-Sí, gracias.

-Estos reflectores elípicos deben colgar de estos...

-Sí, gracias, lo sé.

-Muy bien.

Fromm hizo una seña a Ghosn.

-Acércate. ¿Ves cómo funciona esto? -Señalaba dos series de superficies elípticas que se montaban juntas, una tras otra; diecinueve en total, cada una hecha de un material diferente-. La energía surgida del primario hace impacto contra el primer juego de estas superficies, destruyéndolas una a una, pero en el proceso...

-Sí, siempre es más instructivo ver el modelo físico que extraerlo de una serie de ilustraciones.

Aquella parte del arma obtenía su utilidad del hecho de que las ondas luminosas no tienen masa, pero sí impulso. En teoría no eran ondas de luz, pero como toda la energía se presentaba en forma de fotones, se aplicaba el mismo principio. La energía inmolaría a cada una de esas superficies elípicas, pero en el proceso cada superficie transferiría un pequeño porcentaje de energía en otra dirección, aumentando la energía que ya se encaminaba hacia allí desde el primario.

-Su presupuesto de energía es generoso, Herr Fromm -comentó Ghosn, no por primera vez.

El alemán se encogió de hombros.

-Así debe ser. Si uno no puede hacer pruebas, tiene que exagerar la ingeniería. La primera bomba norteamericana, la de Hiroshima, fue un diseño sin probar. Desperdiciaba materiales y era escandalosamente ineficaz, pero se había exagerado en su ingeniería. Y funcionó. Con un debido programa de pruebas...

Con un debido programa de pruebas él habría podido medir los efectos empíricos, determinar exactamente la energía necesaria y cómo administrarla, calcular el comportamiento exacto de cada componente, mejorar lo que necesitara mejora y reducir lo que era demasiado grande, tal como habían hecho norteamericanos, rusos, británicos y franceses durante varias décadas, modificando continuamente sus diseños para hacerlos más eficientes y, gracias a eso, más pequeños, livianos, sencillos y fiables, y también menos costosos. Aquello era un récord de la disciplina ingenieril, se dijo Fromm, satisfecho de haber tenido la oportunidad de probar su destreza. El diseño era tosco y pesado; no pasaría por una obra maestra, pero sin duda funcionaría, con más tiempo él habría conseguido algo mucho

Librodot

mejor.

-Sí, ya veo. Con su habilidad, usted podría reducir esta unidad al tamaño de un cántaro grande.

Era un gran cumplido.

-Gracias, Herr Ghosn. No tanto, probablemente, pero sí lo bastante pequeña como para que cupiera en el morro de un cohete.

-Si nuestros hermanos iraquíes hubieran tenido tiempo... -Por cierto, Israel dejará de existir. Pero fueron tontos, ¿verdad?

-Estaban impacientes -dijo Ibrahim, maldiciéndolos secretamente por eso.

-Uno ha de ser frío y pensar con la cabeza despejada. Estas decisiones se toman guiándose por la lógica, no por las emociones.

-Desde luego.

Achmed se sentía muy mal. Pidió autorización para visitar al médico del propio comandante Qati. Achmed tenía poca experiencia con los médicos. Los consideraba algo a evitar en lo posible. Había visto muertos y heridos en combate, y hasta eso le parecía preferible a su situación actual. Uno podía comprender la herida de una bala o una granada, pero ¿cómo podía haber enfermado tan rápida e inesperadamente?

El médico le escuchó, hizo algunas preguntas no del todo tontas y notó que Achmed fumaba. Miró al combatiente meneando la cabeza y chasqueando la lengua, como si el tabaco tuviera algo que ver con su estado. Qué idiotez, se dijo Achmed. ¿Acaso no corría seis kilómetros por día? Al menos, eso había hecho siempre, hasta poco tiempo antes.

Luego vino el reconocimiento físico. El médico le puso un estetoscopio contra el pecho y escuchó. De inmediato sus ojos se tornaron cautos, con una expresión parecida a la de un valiente luchador que no desea expresar sus sentimientos.

-Aspire -ordenó el médico. Achmed obedeció-. Ahora espire, lentamente.

El estetoscopio cambió de sitio.

-Otra vez, por favor.

La auscultación se repitió seis veces más, en el pecho y en la espalda.

-¿Y bien? -preguntó Achmed, al terminar el examen.

-No lo sé. Quiero llevarlo a que lo examine alguien que comprende mejor estos problemas de pulmón.

-No tengo tiempo.

-Para esto tendrá tiempo. Si es necesario, hablaré con su comandante.

Achmed se las compuso para no gruñir.

-Muy bien.

Era revelador del estado de Ryan el hecho de que no reparara en su propia actitud. Más exactamente, se alegró de que su esposa no le prestara tanta atención. Era un alivio. Reducía en parte las tensiones. Tal vez ella había comprendido que él sólo necesitaba estar en paz por un tiempo. Se prometió compensarla más adelante. Lo haría, claro que sí, cuando todo estuviera otra vez en orden. Sin embargo, una parte de su mente no estaba tan segura y se lo hizo saber a una conciencia que prefería no escuchar. Ryan trató de beber menos, aunque el vino lo ayudaba a dormir. En la primavera, con una temperatura más agradable, volvería a una rutina más saludable. Si volvería a practicar footing. Podía hacerlo a la hora del almuerzo, como los otros, corriendo por el perímetro dentro del recinto de la CIA. Clark sería un buen entrenador. Clark era como una roca. Antes él que Chávez, que mantenía un repugnante buen estado físico y demostraba muy poca comprensión para quienes no hacían lo mismo; sin duda lo arrastraba desde sus tiempos de Infantería. Ya aprendería, cuando se acercara a los treinta años. Ese número era la gran barrera, uno dejaba de ser joven y tenía que enfrentarse a sus

Librodot

propias limitaciones.

Sentado ante su escritorio, se dijo que la Navidad habría podido ser mejor. Pero había caído en mitad de semana, lo que significaba que los chicos estarían en casa durante dos semanas enteras. También significaba que Cathy tendría que robarle tiempo al trabajo, cosa que la afectaba. Le gustaba su profesión y, por mucho que amara a los niños y por muy buena madre que fuera, se disgustaba cuando debía escatimar tiempo al instituto y a sus pacientes. Estrictamente hablando, no era justo para ella, admitió Jack para sus adentros. Ella también era profesional y de las buenas, pero siempre le tocaba cargar con los niños; él, en cambio, nunca dejaba su trabajo. Claro que había miles de cirujanos oftalmólogos y varios cientos de profesores de cirugía ocular, pero sólo había un vicedirector de la CIA. Aunque no fuera justo, así estaban las cosas.

Si él lograba hacer algo, mucho mejor. Había sido un error dejar que Elizabeth Elliot se encargara de ese condenado periodista. Claro que no se podía esperar mucho más de Marcus Cabot. Era un idiota. Así de sencillo. Le gustaba el prestigio que le daba el cargo, pero no hacía nada. Ryan cargaba con la mayor parte del trabajo, con nada de la fama y con toda la culpa. Tal vez eso cambiaría. El operativo de México estaba en sus manos, pues lo había apartado por completo del Directorio de Operaciones. Y por Dios que en eso se llevaría los laureles. Tal vez así mejoraran las cosas. Sacó el expediente de la operación y decidió revisar todos los detalles y todas las contingencias posibles. Aquello daría resultado y le granjearía el respeto de esos malnacidos de la Casa Blanca.

-¡Vete a tu habitación! -gritó Cathy al pequeño Jack.

Era a un tiempo una orden y una aceptación del fracaso. Salió de la habitación con los ojos llenos de lágrimas. Estaba comportándose como una estúpida; gritaba a los niños en lugar de enfrentarse a su esposo. Pero ¿cómo? ¿Qué podía decirle? ¿Y si... y si era cierto? ¿Qué pasaría entonces? Se repetía una y otra vez, que no podía ser, pero le costaba creerlo. ¿De qué otro modo explicarlo? Jack nunca había fracasado en nada. Ella recordaba con orgullo cómo había arriesgado la vida por ella y los niños. Aterrorizada, con el aliento congelado en la garganta, caminando por la playa, había visto a su hombre enfrentarse a los agresores, mientras su vida y la de ellos pendía de un hilo. Un hombre así, ¿podía traicionar a su propia esposa? No tenía sentido.

Pero ¿qué otra explicación cabía? ¿Acaso ya no la encontraba atractiva? ¿Por qué no? ¿Ya no era bonita? ¿No hacía todo lo que una esposa podía hacer, y más aún? El simple rechazo ya era demasiado, pero verse dejada de lado, saber que la energía y el vigor de Jack se dedicaban a una mujer desconocida, de perfume barato, era más de lo que una podía soportar.

Tenía que encararlo, sacar todo a relucir y averiguar.

¿Cómo?», se preguntaba. Esa era la cuestión. ¿Podría discutirlo con alguien del instituto Hopkins? Con un psiquiatra, quizá. Conseguir asesoramiento profesional...

Y arriesgarse a que todo se supiera, a que su vergüenza fuera pública. Caroline Ryan, profesora adjunta, la brillante y bonita Cathy Ryan, no podía siquiera retener a su propio esposo. «¿En qué habrá fallado?», susurrarían sus amigas, a espaldas de ella. Todos dirían, claro, que no podía ser culpa de ella, pero luego harían una pausa, azorados, y al cabo de un momento se preguntarían en voz alta qué habría debido hacer ella, por qué no había reparado en los síntomas. Porque, al fin y al cabo, un matrimonio no fracasaba por culpa de uno solo. Y Jack no era del tipo mujeriego. La vergüenza sería lo peor de su vida. Al enfocarlo de ese modo, Cathy olvidó, de momento, tiempos mucho peores.

Aquello no tenía sentido. No sabía qué hacer y, pero sabía que lo peor era no hacer nada. ¿y si todo era una trampa? ¿Acaso no tenía alternativas?

-¿Qué pasa, mami? -preguntó Sally, con una muñeca «Barbie» en las manos.

-Nada, cariño, pero deja a mamá sola por un ratito. -Jack dice que pide perdón y que si puede salir de su cuarto.

Librodot

-Sí, pero que se porte bien.

-¡Bueno! -Sally, salió a la carrera.

¿Tan simple era? Ella podía perdonar casi cualquier cosa.

¿Podría perdonarlo por eso? No porque quisiera perdonarlo, sino porque no podía pensar sólo en su orgullo. Estaban los niños. Y los niños necesitan un padre, aunque los descuide. ¿Acaso era más importante su orgullo que las necesidades de sus hijos? Por otro lado..., ¿qué clase de hogar tendrían si mamá y papá no se llevaban bien? ¿No era eso todavía más destructivo? Después de todo, ella siempre podría hallar...

¿...a otro Jack?

Se echó a llorar otra vez. Lloraba de pena por sí misma, por su incapacidad de tomar una decisión, por la herida que sufría. Fue la clase de llanto que no soluciona el problema, sino que lo empeora. Una parte de ella quería que Jack se fuera. Otra parte quería recuperarlo. Y ninguna sabía cómo actuar.

-Comprende usted que esto es estrictamente confidencial.

El investigador no lo dijo como pregunta. Tenía delante a un hombre bajo y excedido de peso, de regordetas manos rosáceas. El bigote a lo Bismarck era obviamente una afectación de virilidad. En realidad, no impresionaba en absoluto, a menos que uno le estudiara el rostro con atención. Aquellos ojos oscuros no pasaban nada por alto.

-Los médicos estamos acostumbrados al secreto profesional -replicó Bernie Katz, devolviéndole las credenciales-. Dése prisa. Dentro de veinte minutos tengo que hacer mis rondas.

El investigador se dijo que aquella misión tenía cierta elegancia, aunque no la aprobaba del todo. El problema era que las aventuras amorosas no eran exactamente una felonía, si bien descalificaban a la persona para cargos de alta seguridad. Después de todo, si uno podía faltar a una promesa hecha en la iglesia, ¿por qué no a otra que se hacía sólo en papel?

Bernie Katz se reclinó en el sillón y esperó con toda la paciencia de que era capaz, no mucha, por cierto. Era cirujano y estaba acostumbrado a hacer cosas, a tomar decisiones sin esperar a nadie. Se manoseó el bigote en tanto se mecía en el sillón.

-¿Conoce a la doctora Caroline Ryan?

-¿A Cathy? Trabajo frecuentemente con ella desde hace once años.

-¿Qué puede decirme de ella?

-Es una cirujana brillante. Tiene con un criterio excepcional y es muy hábil. Es una de nuestras mejores instructoras. También es una buena amiga. ¿Qué problema hay? -Los ojos de Katz se entornaron.

-Perdone, pero soy yo el que pregunta.

-Entiendo. Bien, adelante -replicó Katz fríamente, examinando al hombre, alerta a sus gestos, su expresión, su actitud. Lo que veía no le gustaba.

-¿Le ha hecho algún comentario últimamente... sobre problemas conyugales y ese tipo de cosas?

-A ver si lo entiende. Soy médico y las cosas que se me dicen son confidenciales.

-¿Cathy Ryan es paciente suya?

-Ocasionalmente la examino. Aquí todos lo hacemos.

-¿Usted es psiquiatra?

Como casi todos los cirujanos, Katz tenía mal genio. Su respuesta fue casi un bramido:

-Desde luego que no.

El investigador apartó la vista de sus anotaciones.

-En ese caso, el secreto profesional no tiene aplicación. ¿Puede responder a mi pregunta, por favor?

-No.

-¿No qué?

Librodot

-No, no ha hecho ese tipo de comentarios, hasta donde yo sé.

-¿Comentarios sobre su esposo, cambios en su comportamiento?

-No. También conozco bastante a Jack. Me cae bien. Obviamente, es buen esposo. Tienen dos niños estupendos. Y usted ha de saber lo que les ocurrió hace unos años, ¿verdad?

-Sí, pero la gente cambia.

-Ellos no. -El comentario de Katz tenía el tono lapidario de una sentencia de muerte.

-Usted parece muy seguro.

-Soy médico. Me guío por mi criterio. Lo que usted sugiere no es más que basura.

-No sugiero nada -mintió el investigador, sabiendo que Katz reconocía la mentira. Lo había juzgado correctamente desde el primer momento: era firme y apasionado, difícilmente podría guardar un secreto si no lo consideraba digno de discreción. Probablemente era también un médico formidable-.

Insisto con mi pregunta. ¿Caroline Ryan se comporta de manera diferente a lo que solía un año atrás, digamos?

-Es un año mayor. Tienen hijos, los niños crecen y pueden ser molestos. Yo tengo unos cuantos. Ha ganado un par de kilos, tal vez, pero no le quedan mal; ella exagera en cuidar la línea. Y se la nota algo más cansada de lo que debería. Vive muy lejos del instituto y trabajar aquí es duro, sobre todo para una mujer con hijos.

-¿Usted cree que eso es todo?

-Mire, soy especialista en ojos, no consejero matrimonial. Mi especialidad es otra.

-¿Por qué menciona que no se especializa en matrimonios? Yo no lo he mencionado.

«Astuto hijo de puta -pensó Katz-. Tal vez ha estudiado Psicología... probablemente por correo. Los policías son hábiles en analizar a la gente. Es posible que me esté analizando a mí.»

-Si una persona casada tiene problemas en su casa, generalmente es porque hay problemas en el matrimonio -explicó-. Pero no, no ha mencionado nada de eso.

-¿Está seguro?

-Absolutamente.

-Bien. Gracias por recibirme, doctor Katz, y perdone las molestias. -Le entregó una tarjeta-. Si se entera de algo así, le agradeceré que me llame.

-¿Qué ocurre? -preguntó Katz-. Si quiere que colabore tendrá que responderme. Yo no espío a la gente por mera diversión.

-El señor Ryan ocupa un cargo muy alto y delicado en el Gobierno. Esos funcionarios están bajo vigilancia rutinaria, por motivos de seguridad nacional. Ustedes hacen lo mismo aunque no se den cuenta. Si un cirujano huele a licor, por ejemplo, toman nota y actúan en consecuencia, ¿cierto?

-Aquí eso no ocurre nunca -le aseguró Katz.

-Pero si ocurriera ustedes tomarían nota.

-Desde luego.

-Me alegra saberlo. John Ryan tiene acceso a información altamente confidencial. Sería una irresponsabilidad no vigilar a esas personas. Hemos... Este asunto es muy delicado, doctor Katz.

-Entiendo.

-Hay indicios de que Ryan puede estar actuando... de manera irregular. Nuestro trabajo es comprobarlo.

-De acuerdo.

-Gracias por su colaboración.

El investigador le estrechó la mano y se marchó.

Katz logró no enrojecer hasta que el hombre se hubo marchado. En realidad no conocía mucho a Jack. Se habrían encontrado en cinco o seis fiestas, donde intercambiaban un par de chistes y hablaban de béisbol, del clima o de política internacional. Jack nunca rehuía sus preguntas ni decía: «De eso no puedo hablar.» Era un tipo bastante simpático, en opinión de

Librodot

Bernie. Buen padre, por lo que sabía. Pero en realidad él no conocía a Jack Ryan.

Sin embargo, conocía a Cathy como a todos los médicos del instituto. Era una persona maravillosa. En caso de que él necesitara un cirujano oftalmólogo para uno de sus hijos, sólo había tres personas en el mundo en quien confiaría, y ella era una. Ese era el mayor cumplido que Bernie podía hacer a nadie. Cathy lo había asistido en casos e intervenciones quirúrgicas, y él a ella. Cuando uno de los dos necesitaba un consejo, recurría al otro. Eran amigos y compañeros de trabajo. Si alguna vez decidían abandonar la Facultad Hopkins-Wilmer, pondrían una consulta juntos, porque la amistad entre médicos es más difícil de conservar que un buen matrimonio. Katz se dijo que hasta habría podido casarse con ella, si hubiera tenido ocasión. Ella era fácil de amar y buena madre. Su clientela incluía una gran cantidad de niños, porque sus manos de cirujano eran pequeñas, delicadas y muy hábiles. Prodigaba su atención a los pacientes pequeños. Las enfermeras la adoraban por eso. En realidad, todo el mundo la adoraba. El equipo de cirugía le era muy leal. No había mejores que Cathy.

¿Problemas conyugales? ¿Jack, traicionándola, haciendo sufrir a mi amiga? ¡Ese bastardo cabrón!

«Llega tarde otra vez», se dijo Cathy. Ya eran más de las nueve. ¿Jamás llegaría a casa a una hora apropiada? Y en tal caso, ¿por qué?

-Hola, Cath -dijo él, y se dirigió al dormitorio-. Discúlpame por llegar tarde.

Ella se acercó al perchero y revisó el abrigo. Nada. Jack lo había hecho limpiar, aduciendo que estaba manchado. Cathy recordaba que estaba manchado, pero... pero... pero...

¿Qué hacer?

Estuvo a punto de echarse a llorar otra vez.

Cuando Jack pasó rumbo a la cocina, ella estaba otra vez en su sillón. El no reparó en su expresión ni en su silencio. Ella permaneció en su sitio, mirando sin ver la pantalla del televisor, mientras su mente repasaba las cosas una y otra vez, buscando una solución sin hallar más que enojo.

Necesitaba un consejo. No quería que su matrimonio fracasara. Sentía que la exaltación y el enojo remplazaban a la razón y el amor. Eso era motivo de preocupación. Tenía que resistirse, pero le resultaba imposible, porque su enojo crecía alimentándose de sí mismo. Cathy fue silenciosamente a la cocina y se preparó una copa. Al día siguiente no tenía ninguna intervención quirúrgica; podía permitirse una copa. Miró nuevamente a su esposo y tampoco esa vez él se dio cuenta. ¿No reparaba en ella? ¿Por qué? Y le había soportado tantas cosas... Bueno, la temporada en Inglaterra no importaba, porque Cathy la había pasado bastante bien enseñando en el Gy's Hospital, sin perjudicar en absoluto su cátedra en Hopkins. Pero las otras cosas... ¡El se ausentaba tanto! Tanto tiempo en Rusia, yendo y viniendo, cuando estaba enredado en lo del tratado por reducción de armas. Y lo de jugar al espía o algo así, dejándola en casa con los niños, obligándola a faltar al trabajo. En un par de ocasiones Cathy había perdido buenas intervenciones por no poder conseguir una niñera, obligando a Bernie a cargar con algo que le correspondía a ella.

¿Y qué estaba haciendo Jack, mientras tanto? En otros tiempos, Cathy había aceptado la imposibilidad de preguntar. Pero ¿qué hacía él, mientras tanto? Divertirse, quizá. Mantener una aventura con alguna misteriosa espía, como en las películas. Ya lo imaginaba en algún ambiente exótico: un bar discreto, apenas iluminado, donde él se entrevistaba con una mujer. Y una cosa llevaba a la otra...

Cathy se acomodó frente al televisor, bebiendo a grandes tragos. Estuvo a punto de atragantarse y escupir la bebida. No estaba acostumbrada al whisky puro.

«Todo esto es un error.»

En su mente parecía haber una guerra, las fuerzas del bien por un lado, las fuerzas del mal por el otro. ¿O serían las fuerzas de la ingenuidad y las de la realidad? Estaba demasiado alterada para juzgar.

Bueno, por esa noche no importaba. Estaba menstruando y aunque Jack se lo hubiera pedido (cosa que no iba a ocurrir, sin duda), le habría dicho que no. ¿Por qué pedírselo a ella,

Librodot

si lo obtenía en otra parte? Y en ese caso, ¿qué la obligaba a aceptar? ¿Por qué conformarse con las sobras? ¿Por qué ocupar el segundo puesto?

Bebió otro sorbo, con más cautela.

«¡Necesito consejo, necesito hablar con alguien! Pero ¿con quién?»

Decidió que podía confiar en Bernie. Cuando volviera al trabajo. Dos días.

-Con eso terminan los encuentros preliminares.

-Seguro, jefe -dijo el entrenador-. ¿Cómo marcha el Pentágono, Dennis?

-Mucho menos divertido que esto, Paul..

-Hay que elegir, ¿no? Divertirse o ser importante. -Todo el mundo está bien?

-Sí, señor. Estamos bastante saludables, pese a lo avanzado de la temporada. Esta semana todo el mundo tendrá que ganar celeridad. Quiero otra oportunidad contra esos Vikings.

-Yo también -dijo el secretario Bunker, desde su despacho-. ¿Podremos detener a Tony Wills, esta vez?

-Lo intentaremos. El muchacho es estupendo. No he visto a nadie correr así después de Gayle Sayers. Pero defenderlo es dificilísimo.

-Cuidemos la defensa. Quiero estar en Denver dentro de pocas semanas.

-Vamos por partes, Dennis, bien lo sabes. Es que todavía no sabemos con quién vamos a jugar. Yo preferiría que fuera contra Los Angeles. A ésos podemos manejarlos bien -dijo el entrenador-. Después probablemente tendremos que vérnosla con Miami. Eso será más difícil, pero no imposible.

-Yo también lo creo.

-Tengo películas para estudiar.

-Está bien. Recuerda: quiero tres victorias más.

-Di al presidente que venga a Denver, que allí lo veremos.

Éste es el año de San Diego. Los Chargers llegarán hasta el final.

Dubinin observó el agua que invadía el dique seco al abrirse las esclusas. El Admiral Lunin estaba listo. El nuevo equipo de sonar estaba instalado en su sitio, detrás del enmaestrado en forma de lágrima que coronaba el poste del timón. La hélice de siete hojas, de bronce al manganeso, había sido inspeccionada y pulida. El casco volvía a gozar de su impermeable integridad. Su submarino estaba listo para hacerse a la mar.

Y también la tripulación. Se había deshecho de dieciocho marineros de recluta y los había remplazado por dieciocho nuevos oficiales. La radical reducción de la flota soviética de submarinos había eliminado muchos puestos para oficiales. Devolverlos a la vida civil habría sido malgastar mano de obra capacitada; además, no había trabajo para ellos. Por tanto, habían recibido un nuevo entrenamiento para asignarlos a los restantes submarinos como técnicos expertos. Su departamento de sonar estaría ahora compuesto casi exclusivamente de oficiales (había dos *michmani* para ayudar en el mantenimiento), todos ellos auténticos expertos. Lo sorprendente era que protestaban poco. La clase Akula tenía alojamientos muy cómodos para ser de la Marina soviética; pero lo principal era que los nuevos miembros estaban bien informados de su misión y de lo que la nave había hecho (probablemente, se corrigió Dubinin) en el viaje anterior. Esa clase de cosas incentivaba el espíritu deportivo. Para la tripulación de un submarino ésa era la prueba de habilidad definitiva. Por eso se esmerarían.

Y Dubinin estaba dispuesto a otro tanto. Durante las reparaciones había hecho milagros, cobrándose antiguas deudas profesionales y con la decidida ayuda del maestro carpintero del astillero. Habían remplazado todas las camas. La nave estaba quirúrgicamente limpia y repintada con colores luminosos. Dubinin trabajó con los oficiales de avituallamiento de la zona hasta obtener las mejores provisiones. Una tripulación bien alimentada era una

Librodot

tripulación feliz y los hombres respondían bien al comandante que se preocupaba por ellos. En eso se basaba el nuevo espíritu profesional de la Marina soviética. Valentin Borissovich Dubinin había aprendido el oficio con el mejor maestro de la institución y estaba decidido a ser otro Marko Ramius. Tenía la mejor nave y la mejor tripulación. En ese viaje fijaría nuevos patrones para la flota soviética del Pacífico.

También necesitaría suerte, desde luego.

-Ése es el equipo pesado -dijo Fromm-. Desde ahora en adelante...

-Sí; desde ahora en adelante nos dedicaremos a armar el artefacto en sí. Veo que el diseño está un poco cambiado...

-Exacto. Dos tanques de tritio. Prefiero la tubería inyectora más corta. Mecánicamente, no hay diferencia. La sincronización no es crítica y la presurización garantiza un funcionamiento correcto.

-También facilita la carga del tritio -comentó Ghosn-. Por eso lo has hecho.

-Correcto.

El interior del artefacto parecía el cuerpo a medio montar de una nave alienígena. Había delicadeza y precisión, como en las partes de un aeroplano, pero la forma en que estaban dispuestas era desconcertante, como sacada de una película de ficción científica, según pensó Ghosn por un instante. Pero eso era realmente ciencia-ficción científica... o lo había sido hasta poco tiempo atrás. El primer análisis público de las armas nucleares había corrido por cuenta de H. G. Wells, ¿no? No tanto tiempo atrás.

-He visitado a su médico, comandante -dijo Achmed, desde el rincón más alejado.

-Todavía tienes mala cara, amigo mío -observó Qati-. ¿qué te pasa?

-Quiere que consulte con un otro médico de Damasco.

A Qati no le gustó en absoluto. Pero Achmed era un camarada que servía al movimiento desde hacía años. ¿Cómo negarse, si ese hombre le había salvado la vida en dos ocasiones, una de ellas deteniendo una bala con su propio cuerpo?

-Pero tú sabes...

-Moriría antes que hablar de este lugar, comandante. Aunque no sé nada de este... este proyecto. Antes moriría.

No cabían dudas sobre Achmed, y Qati sabía lo que era sentirse gravemente enfermo a una edad joven y saludable. No podía negarle el tratamiento médico. ¿Qué respeto le tendrían sus hombres si actuaba así?

-Te acompañarán dos hombres. Yo los elegiré.

-Gracias, comandante. Perdone mi debilidad, por favor.

-¿De qué hablas? -Qati lo sujetó por un hombro-. ¡Eres el más fuerte de nosotros! Te necesitamos aquí, y te necesitamos sano. Ve mañana mismo.

Achmed asintió y se retiró a otro sitio, azorado y avergonzado por su enfermedad. Sabía que su comandante se enfrentaba a la muerte. Tenía que ser cáncer, porque visitaba al médico con mucha frecuencia. Pero el comandante no dejaba que eso lo detuviera. Eso era coraje.

-¿Dejamos hasta mañana? -sugirió Ghosn.

Fromm sacudió la cabeza.

-No. Sigamos un par de horas más para armar el lecho explosivo. Podemos instalar una parte antes de que nos gane el cansancio.

Los dos levantaron la vista al notar que Qati se aproximaba. -¿Seguimos sin retraso?

-Herr Qati, si usted tiene algo previsto, sepa que tendremos todo listo con un día de anticipación. Ibrahim nos ahorró un día al trabajar tan bien con los explosivos.

El alemán mostró uno de los pequeños bloques hexagonales. Las mechas va estaban en su sitio, con los cables colgando. Fromm miró a sus dos compañeros. Luego se inclinó para colocar el primer bloque. Después de asegurarse de que estuviera en su sitio, pegó una etiqueta numerada al cable y lo dejó caer en una bandeja de plástico con varios

Librodot

compartimientos. Qati fijó el cable a un terminal y comprobó tres veces que el número coincidiera con el del terminal. Fromm también observaba. El proceso llevó cuatro minutos. Los componentes eléctricos ya habían sido probados. No podrían hacerlo otra vez. La primera parte de la bomba ya estaba activa.

XXVII. FUSIÓN DE DATOS

-Ya sabes lo que opino, Bart -dijo Jones, camino del aeropuerto.

-Tan grave es?

-La tripulación lo odia; el entrenamiento que les impuso empeoró las cosas. Yo estaba allí con los muchachos del sonar, en el simulador, y él también estaba allí. Por nada del mundo aceptaría trabajar a sus órdenes. Me trató casi a gritos.

-¿Si? -Mancuso se sorprendió.

-Sí. Dijo algo que no me gustó, algo que estaba mal, capitán, y yo lo corregí. ¡Hubieras visto su reacción! Parecía que iba a darle un ataque o algo así. Y estaba equivocado, Bart. La grabación era mía. El regañaba a su gente por no haberlo advertido de algo que no existía, ¿comprendes? Era una de mis grabaciones trucadas y los muchachos se dieron cuenta. El no lo entendió y montó un numerito. El departamento de sonar es bueno. Ricks no sabe aprovecharlo, pero le gusta fingir que sí. El caso es que, cuando se marchó, los muchachos se fueron de la lengua ¿no? No es el único grupo al que las hace pasar negras. Dicen que los ingenieros se vuelven locos tratando de satisfacer a ese payaso. ¿Es verdad que lograron el puntaje máximo en un Esor?

Mancuso asintió, pese a que no le gustaba recordarlo.

-Estuvieron en un tris de marcar un nuevo récord.

-Bueno, ese tipo no quiere un récord, sino la perfección. Quiere redefinir el concepto de perfección. Te aseguro que si yo estuviera en esa nave, después del primer viaje lo primero que saldría por la escotilla sería mi mochila. ¡Preferiría desertar antes que trabajar a las órdenes de ese loco! -Jones hizo una pausa. Había llegado demasiado lejos-. Yo capté las señales que te envió su primer oficial; hasta pensé que estaba exagerando, pero me equivoqué. Ese oficial es muy leal. Ricks detesta a uno de sus suboficiales, el que se encarga del rastreo. El alférez que lo está instruyendo dice que es buen muchacho, pero el capitán lo trata como si fuera un potro a domar.

-Magnífico. ¿Qué se supone que debo hacer?

-No lo sé, Bart. Recuerda que me retiré con el grado de E-6. -«Releva a ese hijo de puta», pensaba Jones, aunque sabía que no era posible sin una buena causa.

-Hablaré con él -prometió Mancuso.

-He oído hablar de capitanes como él, pero nunca creí lo que me contaban. Supongo que me malcrié trabajando a tus órdenes -comentó el doctor Jones, mientras se acercaban a la terminal-. ¿Sabes que no has cambiado en absoluto? Sigues prestando atención cuando alguien te habla.

-Es preciso hacerlo, Ron. Uno no puede saberlo todo.

-Pues voy a darte una noticia: eso es algo que no todos saben. Y tengo otra sugerencia para ti.

-¿Que no lo deje salir de caza?

-Si yo ocupara tu puesto, no lo dejaría. -Jones abrió la puerta-. No quiero aguar la fiesta, capitán. Es mi opinión profesional: el tipo no está a la altura del juego. Tú eras mil veces mejor.

«Eras», una palabra singularmente inoportuna pero cierta, pensó Mancuso. Resultaba mucho más fácil dirigir un submarino que dirigir una escuadra. Y muchísimo más divertido, además.

-Date prisa si no quieres perder el avión -dijo, y le tendió la mano.

Librodot

-Hasta la vista, capitán.

Jones entró en la terminal, seguido por la mirada de Mancuso. Jones nunca le había dado malos consejos y ahora parecía aún más sagaz. Lástima que no hubiera continuado la carrera hasta capitán... El comodoro se corrigió: Ron habrá podido ser un excelente capitán, pero no tenía posibilidades de llegar al cargo. El sistema no lo permitía y eso era todo.

El chófer inició el regreso sin esperar la orden, dejando e Mancuso a solas con sus pensamientos en el asiento trasero

El sistema no había cambiado lo suficiente. Él ascendió a la manera antigua: por la escuela de mando y con una gira de ingeniería antes de obtener un cargo de capitán. En la Marina, había demasiada ingeniería y poco liderazgo. El había hecho la transición, como la mayoría de los capitanes, pero no en todos los casos ocurría así. Eran demasiados los que llegaban pensando que los otros eran sólo cifras, maquinarias a arreglar, cosas a poner en orden, y medían a la gente con números más fáciles de comprender que los resultados verdaderos. Jim Rosselli no era de ésos. Bart Mancuso tampoco. Harry Ricks, sí.

«Bien. Y ahora ¿qué diablos hago?»

En primer lugar, no tenía motivo para relevar a Ricks. Si cualquier otro le hubiera venido con esa historia, él la habría atribuido a un conflicto de personalidades. Pero Jones era un observador de absoluta confianza. Mancuso analizó lo que se le había dicho y lo comparó con el alto porcentaje de tripulantes que pedían el traslado y las ambiguas palabras de Dutch Claggett. El primer oficial estaba en una posición muy delicada. Ya había sido elegido para un puesto de mando, pero podía perderlo por una sola objeción de Ricks; además, estaba su lealtad. Su puesto requería que fuera leal a su comandante, aun cuando la Marina exigiera la verdad. En esa difícil posición, Claggett había hecho todo lo posible.

La responsabilidad era de Mancuso, el comandante de la escuadra. Los submarinos eran suyos, al igual que los capitanes y los tripulantes. El mandaba sobre los comandantes.

Pero ¿sería cierto? Sólo contaba con datos anecdóticos y coincidencias. ¿Y si Jones estaba irritado con ese tipo? ¿Y si los pedidos de traslado eran sólo un fallo de las estadísticas?

«Estás esquivando el bulto, Bart. Te pagan para tomar las decisiones difíciles. A los alféreces y a los jefes les tocan las fáciles. Los comandantes deben saber lo que corresponde hacer.» Era una de las ficciones más entretenidas de la Marina.

Mancuso tomó el teléfono del coche.

-Quiero al primer oficial del Maine en mi oficina dentro de treinta minutos.

-Si, señor -respondió su asistente.

Mancuso cerró los ojos y dormitó durante el resto del viaje. No había como una siesta para aclarar las ideas. En el Dallas siempre le había dado resultado.

«Comida de hospital», se dijo Cathy. Aun en el Hopkins era comida de hospital. En algún lugar debía de haber una academia especial para cocineros de hospital cuyo plan de estudios estaría dedicado a desechar cualquier idea nueva que tuvieran los alumnos, junto con cualquier habilidad para combinar especias, conocimiento de recetas... Lo único que no lograban arruinar era la gelatina.

-Necesito un consejo, Bernie.

-¿Qué sucede, Cath? -Él ya había adivinado, sólo por su expresión y el tono de su voz. Cathy era una mujer orgullosa y tenía derecho a serlo. Aquello debía costarle horrores.

-Es sobre Jack. -Las palabras surgieron rápidamente, como en un espasmo. Luego volvió a interrumpirse.

El dolor que Katz le vio en los ojos fue más de lo que podía soportar.

-Temes que él esté...?

-¿Qué? No... es decir... ¿Cómo, por qué se te...?

-Mira, Cathy, yo no debería hacerlo, pero nuestra amistad es muy importante. ¡Al diablo con las reglas! Mira, la semana pasada vino un tipo a verme y me hizo preguntas sobre tu re-

lación con Jack.

Eso empeoró el dolor.

-¿A qué te refieres? ¿Quién vino? ¿De dónde era?

-Era un tipo del Gobierno, una especie de investigador, Cathy. Lo siento, pero me preguntó si... si habías comentado algo sobre problemas conyugales. Estaba investigando a Jack y quería saber si yo estaba enterado de algo por ti.

-¿Qué le dijiste?

-Que no sabía nada. Que tú eras una de las mejores personas que conozco. Y es cierto, Cathy. No estás sola. Tienes amigos. Si puedo ayudarte en algo, si cualquiera de nosotros puede ayudar, lo haremos. Tú eres de la familia, Cathy. Probablemente te sientas muy dolorida e incómoda. Es una tontería, Cathy, una gran tontería. Sabes que es una tontería, ¿verdad?

Aquellos hermosos ojos azules se llenaron de lágrimas. En ese momento, Katz habría querido poder matar a Jack Ryan, hacerlo en una mesa, con un bisturí muy afilado y muy pequeño.

-Cathy... con estar sola no remedias nada. Para esto estamos los amigos. No estás sola.

-Es que no puedo creerlo, Bernie. No puedo.

-Ven conmigo; hablaremos más tranquilos en mi despacho. De cualquier modo, hoy la comida es una basura.

Katz la sacó de allí, seguro de que nadie se había percatado. Dos minutos después estaban en su despacho privado. Quitó un montón de historias clínicas de la única silla, aparte de la suya, y la hizo sentar.

-En los últimos tiempos se comporta de un modo raro.

-¿Crees que Jack te está traicionando?

Katz vio que los ojos de la mujer subían y bajaban, para clavarse finalmente en el suelo, en tanto ella se enfrentaba a la realidad.

-Es posible. Sí -contestó finalmente.

¡Malnacido!», pensó Katz.

-¿Has hablado con él de esto? -Katz hablaba en voz baja y razonable, pero no sin pasión. En ese momento ella necesitaba un amigo. Y los amigos tienen que compartir el dolor. Ella sacudió la cabeza.

-No, no sé cómo hacerlo.

-Sabes que es necesario.

-Sí. -Fue más un jadeo que una palabra.

-No va a ser fácil, pero recuerda -observó Katz con un suave tono de esperanza- que todo podría ser un error. Un descabellado malentendido. -Bernie Katz no se lo creía. Cathy levantó la cara. Sus ojos ya chorreaban.

-¿Tengo algún defecto horrible, Bernie?

-¡No! -Katz apenas se contuvo para no gritar-. Mira, Cathy, si en este hospital hay una persona mejor que tú, yo no la conozco. No tienes ningún defecto, ¿me oyes? No sé por qué diablos pasa esto, pero no es culpa tuya.

-Quiero otro bebé, Bernie. No quiero perder a Jack... -En ese caso, tienes que reconquistarlo.

-iNo puedo! El no está... no me... Cathy se derrumbó por completo.

Katz aprendió entonces que el enojo tiene pocos límites. Agravaba las cosas tener que reprimirlo, verse desprovisto de un blanco. Pero ella necesitaba un amigo.

-Esta conversación debe quedar entre usted y yo, Dutch.

El teniente comandante Claggett se puso inmediatamente en guardia.

-Sí, comodoro.

Librodot

-Háblеme del capitán Ricks.

-Es mi comandante, señor.

-Lo sé, Dutch -dijo Mancuso-. Y yo soy el comandante de la escuadra. Si hay problemas con uno de mis capitanes, hay problemas con uno de mis naves. Y esas naves cuestan mil millones de dólares cada una. Tengo que conocer esos problemas. ¿Entendido, comandante?

-Sí, señor.

-Hable. Es una orden.

Dutch Claggett se sentó tieso como una vara y habló con celeridad.

-Ricks no es capaz de llevar al lavabo a un chiquillo, capitán. Trata a los hombres como si fueran robots. Exige mucho, pero nunca hace un elogio, por mucho que los hombres se destaquen. No es así como debe ser un capitán, según me enseñaron. Ricks no escucha a nadie, señor. Ni a mí ni a los hombres. Claro, es el comandante, sí. La nave es suya. Pero un capitán inteligente siempre escucha.

-¿Por eso se solicitan tantos traslados?

-Sí, señor. Hizo pasar un mal rato al jefe de torpedos creo que el equivocado era él. Getty estaba demostrando cierta iniciativa. Tenía las armas preparadas y sus hombres estaban bien entrenados, pero al capitán Ricks no le gustó cómo había hecho las cosas y se ensañó. Yo le aconsejé que no lo hiciera, pero no me escuchó. Por eso Getty pidió el traslado. El capitán lo apoyó, satisfecho de deshacerse de él.

-¿Usted le tiene confianza? -preguntó Mancuso.

-Teóricamente sabe mucho. En ingeniería es brillante.

Pero no sabe manejar a la gente y no domina la táctica.

-Ricks me dijo que quiere demostrar lo contrario. ¿Lo conseguirá?

-No sé si tengo derecho a responder, señor. Es una pregunta muy comprometida.

Mancuso sabía que era cierto, pero de cualquier modo presionó.

-Se supone que usted está calificado para un puesto de mando, Dutch. Acostúmbrese a tomar decisiones difíciles.

-¿Que lo conseguirá? Sí, señor. Tenemos una buena nave y una buena tripulación. Lo que él no pueda hacer, el resto de nosotros lo hará por él.

El comodoro asintió y guardó en silencio por un instante.

-Si tiene algún problema con el próximo informe de trabajo, hágamelo saber. Creo que Ricks no se merece un primer oficial tan bueno como usted, comandante.

-No es mal hombre, señor. Dicen que es buen padre y todo eso. Su esposa es muy simpática. Es que él no ha aprendido a manejar a los hombres y nadie se molestó en enseñarle. Pese a todo, es un oficial capacitado. Si adquiriera un poco de humanidad sería perfecto.

-¿Se siente usted a gusto con las órdenes de operación?

-Si olfateamos un Akula y lo rastreamos, a distancia prudente, claro que me siento cómodo. Sí. Vamos, comodoro, somos tan silenciosos que no hay por qué preocuparse. Me sorprendió que Washington lo aprobara, pero es un asunto burocrático. Lo cierto es que cualquiera puede manejar una nave de éstas. El capitán Ricks puede no ser perfecto, pero a menos que la nave naufrague, hasta Popeye podría cumplir con la misión.

Pusieron el ensamblado secundario delante del primario. La serie de compuestos de litio estaba en un cilindro metálico del tamaño aproximado de un cartucho de 105 mm, sesenta y cinco centímeros de altura y once de diámetro. Hasta tenía un borde torneado en el fondo, para que ajustara exactamente en su sitio. En el fondo también había un pequeño tubo curvado, que se acoplaba a lo que pronto sería el tanque de tritio. En el exterior del receptáculo iban las aletas hechas de uranio 238 agotado. Parecían hileras de galletas gruesas y negras, se dijo Fromm. Su misión era inmolarse convertidas en plasma. Debajo del cilindro iban los primeros manojos de «pajuelas de refresco»; hasta Fromm les daba ese nombre, aunque no les correspondía por su diámetro. Cada manojo de cien tenía sesenta centímetros de

longitud; lo sujetaban espaciadores de plástico, finos pero fuertes, y al pie de cada uno se le había dado medio giro para convertirlo en una hélice, forma parecida a la de una escalera de caracol. Lo más difícil, en este segmento del diseño, era disponer las hélices para que se ajustaran perfectamente entre sí. Parecía algo trivial, pero From había tardado dos días en descubrir el modo. Ahora, como todas las partes de su diseño, las piezas cayeron en su sitio hasta que todo pareció una masa perfectamente compuesta de... pajuelas para refresco. El alemán estuvo a punto de reír. Con cinta métrica, micrómetro y un ojo experto, las marcas de gradación habían sido torneadas en muchas partes, pequeño detalle que impresionó a Ghosn. Cuando Fromm quedó satisfecho, prosiguieron. Primero venían los bloques de espuma plástica, cada uno cortado según especificaciones exactas para que se ajustaran al interior del receptáculo elíptico. Ghosn y Fromm cargaban ahora con todo el trabajo. Lenta y cuidadosamente, colocaron el primer bloque en su sitio, dentro de los rebordes del interior. Siguieron los manojos de pajuelas, perfectamente asentados sobre los que iban debajo. A cada paso ambos se detenían para revisar lo hecho. Fromm y Ghosn verificaban a la par el trabajo y los planes, una y otra vez.

Para Bock y Qati, que los observaban desde una distancia de pocos metros, aquello era lo más tedioso del mundo.

-La gente que hace este trabajo en Estados Unidos y Rusia debe de morir de aburrimiento -dijo serenamente el alemán.

-Tal vez.

-El próximo manojo, número treinta y seis -dijo Fromm.

-Treinta y seis -repitió Ghosn, examinando las tres etiquetas del siguiente manojo, compuesto por cien pajuelas-. Manojo treinta y seis.

-Treinta y seis -confirmó Fromm observando las etiquetas.

Manipuló para colocarlo en su sitio. Qati, se acercó y, comprobó que ajustaba perfectamente. Las hábiles manos del alemán lo movieron una pizca, para que las ranuras de sus posicionadores plásticos cayeran en las salientes de los posicionadores de abajo. Cuando quedó satisfecho, Ghosn observó.

-Posición correcta -dijo, tal vez por centésima vez en ese día.

-De acuerdo -anunció Fromm, y ambos la fijaron firmemente con alambre.

-Es como armar un revólver -susurró Qati a Günther mientras se apartaba de la mesa de trabajo.

-No. -Bock meneó la cabeza-. Peor aún. Como un juguete infantil.

Los dos intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

-¡Basta ya! -protestó Fromm, fastidiado-. ¡Esto es trabajo serio! Necesitamos silencio. El siguiente manojo, número treinta y siete.

-Treinta y siete -repitió Ghosn.

Bock y Qati salieron juntos de la sala.

-Esto es peor que presenciar un parto -dijo Qati. Bock encendió un cigarrillo.

-En efecto. Doy fe. Las mujeres actúan más de prisa.

-Es mano de obra no calificada. -Qati rió otra vez. La diversión desapareció en seguida y el comandante se puso serio-. Es una pena.

-Si. Todos nos han sido muy útiles. ¿Cuándo?

-Muy pronto. -Qati hizo una pausa-. Gunter, tu parte del plan... es muy peligrosa.

Bock aspiró una larga bocanada de humo y la exhaló al aire frío.

-El plan es mío, ¿no? Conozco los riesgos.

-No apruebo los planes suicidas -observó Qati al cabo de un momento.

-Yo tampoco. Es peligroso, pero espero sobrevivir. Si quisiéramos una vida segura, Ismael, estaríamos trabajando en una oficina... y nunca nos hubiéramos conocido. Lo que nos une es el peligro y la misión. Yo he perdido a Petra y a mis hijas, pero todavía tengo una misión. No digo que con esto baste, pero es más de lo que otros tienen. -Gunther levantó la vista a las estrellas-. Lo he pensado con frecuencia, amigo. ¿Cómo hace uno para cambiar el mundo? Sin

Librodot

correr peligro no se puede. Los que buscan la seguridad, los tímidos, se benefician de nuestro trabajo. Protestan contra la vida, pero les falta coraje para actuar. Somos nosotros quienes actuamos. Corremos los riesgos, nos enfrentamos al peligro, nos privamos de todo por nuestros semejantes. Es nuestra tarea. Es demasiado tarde para arrepentirse, amigo.

-Para mí es más fácil, Gunther. Me estoy muriendo.

-Lo sé. -El alemán se volvió hacia Qati-. Todos nos estamos muriendo. Tú y yo hemos burlado a la muerte. Tarde o temprano ella nos ganará, pero la muerte a la que nos enfrentamos no nos encontrará en el lecho. Tú elegiste este camino y yo también, ¿podemos ahora echarnos atrás?

-Yo no, pero enfrentarse a la muerte es difícil.

-Cierto. -Gunther arrojó su cigarrillo al polvo-. Por lo menos, nosotros tenemos el privilegio de saber. La gente común no. Al elegir no actuar, eligen no saber. Esa es su decisión. Uno puede ser agente del destino o víctima de él. Todo el mundo puede elegir entre esas cosas. -Bock condujo a su amigo al interior-. Nosotros hemos elegido.

-Manojo treinta y ocho -ordenaba Fromm, al entrar ellos.

-Treinta y ocho -repitió Ghosn.

-¿Sí, comodoro?

-Siéntese, Harry. Tenemos que hablar de algunas cosas. -La tripulación está a punto. Las tropas de sonar están ardiendo.

Mancuso miró a su subordinado, preguntándose en qué punto una actitud positiva podía convertirse en una mentira.

-Me preocupa un poco las numerosas solicitudes de traslado que presentan sus hombres.

Ricks no se inmutó.

-Bueno, algunos hombres tenían problemas familiares. No tiene sentido retener a una persona que está pensando en otra cosa. Es un fallo estadístico. Ya provoqué otro anteriormente.

«Apostaría a que sí», pensó Mancuso.

-¿Cómo está la moral?

-Usted ha visto los resultados de nuestras prácticas y exámenes. Eso debe decirle algo -replicó el capitán Ricks. «Astuto hijo de puta», pensó Mancuso.

-Bien, voy a serle sincero, Harry: usted tuvo un enfrentamiento con el doctor Jones.

-¿Y bien?

-He hablado con él sobre el asunto.

-¿Esto es formal o no?

-Es tan informal como usted quiera, Harry.

-Muy bien. Ese Jones es muy buen técnico, pero parece haber olvidado que abandonó la Marina con el rango de recluta. Si quiere hablar conmigo de igual a igual, tendrá que molestarse en progresar un poco.

-Ese hombre es doctor en Física, diplomado en la Tecnológica de California, Harry.

Ricks esbozó una expresión de desconcierto.

-Y es una de las personas más inteligentes que conozco -agregó Mancuso-. También fue el mejor de mis reclutas.

-Eso está muy bien. Pero si los reclutas fuesen tan inteligentes como los oficiales, les pagaríamos más.

Fue la suprema arrogancia de aquellas palabras lo que enfadó a Bart Mancuso.

-Oiga, capitán, cuando yo era comandante del Dallas y Jones me decía algo, le prestaba atención. Si la vida hubiera sido algo diferente, a esta altura él sería comandante, con posibilidades de llegar a capitán de ataque rápido. Ron habría sido un estupendo comandante.

-Eso es algo que jamás sabremos, ¿verdad? -replicó Ricks-. Siempre he pensado que quienes pueden, llegan. Quienes no pueden presentan excusas. Es un buen técnico, de

acuerdo. Eso no lo discuto. Hizo un buen trabajo en mi departamento de sonar y le estoy agradecido, pero nada más. Hay muchos técnicos y muchos contratistas.

Mancuso comprendió que de ese modo no llegaría a nada. Era hora de hacer valer la jerarquía.

-Oiga, Harry, me han llegado rumores de que su tripulación está desmoralizada. Veo muchas solicitudes de traslado y eso me indica que puede haber un problema. Husmeo un poco por allí y veo confirmada mi impresión. Usted tiene problemas, aunque no lo sepa.

-Eso es falso, señor. Lo mismo que hacen los que planifican las campañas contra el alcoholismo. Los que no beben aseguran no tener problema con el alcohol, pero los consejeros dicen que negar el problema es la primera señal de que el problema existe. Se trata de un círculo sin salida. Si yo tuviera un problema de desmoralización en mi nave, se notaría en las cifras de trabajo. Pero no es así. Mi registro está muy limpio. Me gano la vida conduciendo submarinos. He estado en el mejor uno por ciento del uno por ciento más destacado desde que me puse este uniforme. Puede que mi estilo sea peculiar, pero yo no lamo culos ni mimo a nadie. Exijo el mejor cumplimiento y lo obtengo. Muéstreme una prueba de que estoy actuando mal y lo escucharé, pero mientras tanto, señor, no hay nada roto y no tengo nada que remendar.

Bartolomeo Vito Mancuso, capitán de la Marina de EE.UU., postulado para contraalmirante, no se levantó de la silla. Su estirpe, siciliana en su mayor parte, se había diluido un poco en Estados Unidos. En el país de sus ancestros, su tatarabuelo habría levantado su lupara para abrir un agujero grande y sanguinolento en el pecho de Ricks. En cambio, él mantuvo la expresión impasible y decidió de inmediato, fríamente, que Ricks nunca pasaría de capitán. Eso estaba en sus manos. Tenía un numeroso grupo de capitanes trabajando a sus órdenes y sólo los dos mejores, quizá los tres mejores, llegarían a almirantes. Ricks no pasaría del cuarto puesto. En un arranque de integridad, Mancuso se dijo que eso podía ser deshonesto, pero también era lo correcto. A ese hombre no se le podía confiar más autoridad de la que tenía, que probablemente ya era demasiada. Sería muy fácil. Ricks protestaría a voz en cuello de que lo pusieran cuarto en un grupo de catorce, pero Mancuso se limitaría a decir: «Lo siento, Harry. No digo que usted no sea bueno, pero Andy, Bill y Chuck son un poco mejor. Usted ha tenido la mala fortuna de estar en una escuadra de ases, Harry. Tengo que hacer una evaluación justa y ocurre que ellos son una pizca mejores.»

Ricks tenía la velocidad mental necesaria para comprender que acababa de excederse, que en realidad no había conversaciones informales en la Marina. Había desafiado a su comandante de escuadra, un hombre de alto rango, que merecía la confianza del Pentágono y de la burocracia del «OP-02».

-Perdone, señor. Es que a nadie le gusta ser reprendido cuando...

Mancuso, sonriente, lo interrumpió.

-Descuida, Harry. Los italianos tendemos también a ser un poco fogosos. -«Demasiado tarde, Harry.»

-Tal vez usted tenga razón. Déjeme pensarlo. Además, si me enredo con ese Akula le demostraré lo que mis hombres pueden hacer.

«Un poco tarde para hablar de "mis hombres", amigo.» Pero Mancuso tenía que darle una oportunidad, aunque fuera pequeña. Si se producía un milagro, tal vez cambiara de decisión. «Tal vez -se dijo Bart-, si este cerdo arrogante decide lamerme las botas ante la puerta principal, en el mediodía del cuatro de julio, cuando pase el desfile.»

-Conversaciones como ésta son siempre incómodas -dijo el comandante de escuadra.

Ricks terminaría su carrera como experto en ingeniería (muy hábil, por cierto) una vez que Mancuso se deshiciera de él. Y no era ninguna desgracia terminar con el grado de capitán. Al menos, para un hombre capacitado.

-¿Nada más? -preguntó Golovko.

Librodot

-Nada -respondió el coronel.

-¿Y nuestro agente?

-Hace dos días visité a su viuda. Le dije que había muerto y que no podíamos rescatar el cadáver. Le sentó fatal. Es penoso ver llena de lágrimas una cara tan adorable -informó el coronel, en voz baja.

-¿Qué me dice de la pensión y de los otros arreglos?

-Estoy ocupándome personalmente de eso.

-Bien. Esos condenados chupatintas no se preocupan por nada ni por nadie. Si hay algún problema, no deje de informarme.

-No tengo nada más que sugerir desde el punto de vista de la Inteligencia -prosiguió el coronel-. ¿Usted podría seguir el caso desde otro flanco?

-Todavía estamos reconstruyendo nuestra red dentro de ese Ministerio de Defensa. Las informaciones preliminares indican que no hay nada, que la nueva Alemania ha anulado todo el proyecto de la Alemania Democrática -dijo Golovko-. Las agencias norteamericana y británica han hecho indagaciones similares, y quedaron satisfechas.

-Me parece improbable que las armas nucleares alemanas sean asunto de interés prioritario para los norteamericanos o los ingleses.

-Cierto. Seguiremos investigando, pero no espero descubrir nada. Creo que esto es un agujero vacío.

-En ese caso, Sergei Nikolayevich, ¿por qué asesinaron a nuestro hombre?

-Todavía no lo sabemos con certeza.

-Sí, supongo que a estas horas podría estar trabajando para los argentinos...

-¡Coronel, guarde la compostura!

-Perdone, señor. Pero cuando alguien se molesta en asesinar a un agente de Inteligencia, siempre hay buenos motivos para hacerlo.

-¡Pero allí no hay nada! Han investigado tres servicios de Inteligencia. Nuestros hombres de Argentina sigue trabajando...

-Ah, sí, ¿los cubanos?

-En efecto, esa zona era responsabilidad de ellos, aunque ahora no podemos esperar mucho de su ayuda, ¿verdad?

El coronel cerró los ojos. ¿Adónde había ido a parar el KGB?

-Sigo pensando que deberíamos insistir.

-Tomo nota de su sugerencia. La operación no ha terminado.

Una vez el coronel se hubo marchado, Golovko se preguntó qué podía hacer ahora, y qué nuevos caminos debía explorar. No lo sabía. Tenía a buena parte de sus fuerzas husmeando en busca de pistas. Esa profesión miserable se parecía mucho al trabajo policial, ¿no?

Marvin Russell repasó las cosas que necesitaba. Aquella gente era generosa, por cierto. Aún tenía casi todo el dinero que había traído consigo. Lo había ofrecido para la causa, pero Qati no quiso saber nada de eso. Tenía un portafolio con cuarenta mil dólares en crujientes billetes de veinte y de cincuenta. Al establecerse en Estados Unidos, recibiría un giro bancario directo desde un Banco inglés. Sus tareas eran bastante simples. Primero, necesitaba identidades nuevas para sí mismo y para los otros. Eso era un juego de niños. Ni siquiera falsificar los permisos de conducir era difícil si uno disponía del equipo necesario, y él lo tendría. Hasta podría instalarlo en el piso franco. Ahora bien, el motivo por el que debía reservar habitaciones de hotel, además de buscar un piso franco, era otro. A aquellos tipos sí que les gustaba complicar las cosas.

Camino del aeropuerto había pasado por una buena sastrería; en Beirut, la vida continuaba pese a todo. Cuando subió al reactor de la «British Airways» con destino a Heathrow, su aspecto era muy distinguido. Tenía tres trajes muy finos, dos de ellos en las maletas, zapatos caros que le apretaban los pies y un corte de pelo de estilo clásico.

Librodot

-¿Revistas, señor? -preguntó la azafata.

-Gracias. -Russell sonrió.

-¿Norteamericano?

-En efecto. Vuelvo a la patria.

-La vida debe de ser difícil en el Líbano.

-Bastante agitada, sí.

-¿Bebidas?

-Una cerveza, por favor.

Russell sonrió. Hasta empezaba a dominar la jerga de los ejecutivos. El avión iba bastante vacío y aquella azafata parecía dispuesta a adoptarlo. Tal vez a causa del bronceado.

-Aquí tiene, señor. ¿Va a quedarse mucho tiempo en Londres?

-Temo que no. Debo tomar el enlace con Chicago. Dos horas de espera.

-Lo siento.

Hasta parecía compadecerse de él. Los británicos eran simpáticos, sin duda. Casi tan hospitalarios como los árabes.

El último manojo fue colocado a las tres de la mañana, hora local. Fromm no se inmutó. Lo revisó con tanto cuidado como había puesto en el primero y sólo lo aseguró en su sitio cuando estuvo completamente satisfecho. Luego se puso de pie para desperezarse.

-¡Basta por hoy!

-Estoy de acuerdo, Manfred.

-Mañana a esta hora habremos terminado con el montaje. Lo que queda es sencillo, apenas catorce horas de trabajo.

-En ese caso, vayamos a dormir un poco.

Al salir del edificio, Ghosn hizo un guiño al comandante. Qati los siguió con la vista; luego se acercó al jefe de guardias. -¿Dónde está Achmed?

-Fue al médico, ¿recuerdas?

-Humm... ¿Cuándo vuelve?

-Mañana o pasado. No estoy seguro.

-Muy bien. Pronto tendremos un trabajo especial para ti. El guardia contempló a los hombres que salían del edificio y asintió sin inmutarse.

-¿Dónde cavó el agujero?

XXVIII. OBLIGACIONES CONTRACTUALES

Los viajes largos en reactor lo dejaban a uno hecho polvo, se dijo Marvin. Había abandonado O'Hare en un «Mercury» alquilado, y se dirigió hacia el Oeste. Se detuvo en un motel próximo a Des Moines. Sorprendió al empleado pagando su alojamiento en efectivo, pero explicó que le habían robado la cartera y las tarjetas de crédito. Para demostrarlo tenía una cartera obviamente flamante; por otra parte, el empleado aceptó el efectivo tan de buen grado como cualquier comerciante. Esa noche, dormir fue fácil. Despertó apenas pasadas las cinco, tras diez horas de sueño pesado, y pidió un abundante desayuno al estilo norteamericano. Por hospitalaria que fuera la gente en el Líbano, allá no sabían comer. Russell no lograba explicarse cómo se las había arreglado para vivir sin tocino. Luego partió hacia Colorado. A la hora del almuerzo estaba a mitad de camino de la frontera de Nebraska y repasaba nuevamente sus planes y sus necesidades. La cena lo encontró en la ciudad de Roggen, a una hora de trayecto de Denver, lo cual estaba ya bastante cerca. Entumecido por el viaje buscó otro motel para pasar la noche. En esta ocasión pudo disfrutar un poco de la Televisión norteamericana, en particular un resumen de la temporada de fútbol americano. Se

sorprendió de lo mucho que echaba de menos ese deporte, casi tanto como la posibilidad de tomar una copa cuando se le antojara. Calmó esas ansias con una botella de «Jack Daniel's que había comprado por el camino. Hacia medianoche se sentía muy a gusto; contempló cuanto le rodeaba, feliz de haber vuelto a Norteamérica y de que fuera por aquellos motivos que lo llevaban. Era hora de cobrarse algunas cuentas. Russell no olvidaba quiénes habían sido, en otros tiempos, los dueños de Colorado; tampoco olvidaba la matanza de Sand Creek.

Era de esperar. Las cosas habían marchado demasiado bien, pero la realidad rara vez permite la perfección. Habían detectado un pequeño error en una de las piezas del primario, que debió ser retirada y vuelta a tornear, lo que provocó un retraso de treinta horas: cuarenta minutos para el torneado y el resto para desmontar y montar el artefacto. Fromm, que habría debido encajarlo con filosofía, estuvo lívido durante todo el procedimiento e insistió en hacer personalmente la modificación. Luego hubo que remplazar trabajosamente los bloques explosivos, tarea tanto más onerosa cuanto que ya había sido hecha.

-Sólo tres milímetros -apuntó Ghosn. Sin duda una orden equivocada a uno de los controles. Como era un trabajo manual, los ordenadores no lo habían detectado. Una de las cifras anotadas por Fromm había sido leída erróneamente, y la primera inspección visual del montaje no lo había notado-. De cualquier modo, llevábamos un día de adelanto.

Fromm se limitó a gruñir detrás de su máscara protectora, en tanto él y Ghosn levantaban el armazón de plutonio para colocarlo suavemente en su sitio. Cinco minutos después comprobaron que lo habían puesto correctamente. Las barras de tungsteno al renio se ajustaron bien en sus lugares; después, los segmentos de berilio y, por fin, el pesado hemisferio de uranio agotado que separaba el primario del secundario. Cinco bloques explosivos más y terminaron. Fromm ordenó una pausa; lo que acababan de hacer era trabajo pesado y quería descansar un poco. Los operarios se habían ido, pues sus ser-vicios ya no eran necesarios.

-A estas horas ya deberíamos haber terminado -dijo el alemán en voz baja.

-No es razonable esperar la perfección, Manfred. -¡Ese inepto no sabía leer!

-Los números de la planilla estaban borrosos. -«Y eso fue culpa tuya», pensó, pero se abstuvo de mencionarlo.

-¡Pues debió haber preguntado!

-Como quieras, Manfred. Pero eliges mal momento para impacientarte. Terminamos en el tiempo proyectado.

Fromm se dijo que aquel joven árabe no podía comprenderlo. ¡Eso era la culminación de las ambiciones de su vida y ya habría debido estar listo!

-Vamos.

Se requirieron diez horas más para que los diecisiete bloques explosivos quedaran en sus lugares. Ghosn conectó el cable activador al terminal correspondiente y eso fue todo. Ofreció la mano al alemán, que se la estrechó.

-Felicitaciones, Herr Doktor Fromm.

Gracias, Herr Ghosn. Ahora sólo falta soldar el receptáculo, hacer el vacío... Oh, disculpa, el tritio. ¿Cómo pude olvidarlo de eso? ¿Quién se encarga de soldar? -preguntó Manfred.

-Yo. Lo hago muy bien.

La mitad superior de la bomba tenía un ancho saliente de protección que ya había sido revisada: ajustaba perfectamente. Los operarios no se habían limitado a efectuar un trabajo preciso en la parte explosiva del aparato. Todas sus componentes, salvo esa única pieza incorrecta, estaban cortados y moldeados según las indicaciones de Fromm y el receptáculo ya había sido revisado. Ajustaba tan exactamente como la parte trasera de un reloj.

-Hacer el tritio es fácil.

-Sí, lo sé. -Ghosn hizo una seña al alemán para que lo acompañara fuera-. ¿Estás completamente satisfecho con el diseño y el armado?

-Completamente -dijo Fromm, confiado-. Funcionará exactamente como predije.

Librodot

-Excelente -dijo Qati, que esperaba fuera con uno de sus guardaespaldas.

Fromm se volvió al reparar en la presencia del comandante, junto con uno de sus ubicuos guardias. Eran hombres sucios y desaliñados, pero había que admirarlos; eso se dijo Fromm, mientras se volvía para mirar el valle oscurecido. El cuarto de luna apenas si permitía divisar el paisaje seco y áspero. No era culpa de esa gente tener aquel aspecto. Allí la tierra era dura. Pero el cielo, despejado. Fromm contempló las estrellas de la noche: más de las que se podían ver en Alemania, sobre todo en la parte oriental, con toda su contaminación ambiental. Pensó en la astrofísica, el sendero que habría podido tomar, tan cercano al que había seguido.

Ghosn, que estaba detrás de él, miró a Qati e hizo un gesto de asentimiento. El comandante lo transmitió a su guardaespalda, que se llamaba Abdullah.

-Queda sólo el tritio -dijo Fromm, de espaldas a ellos.

-Sí -dijo Ghosn-. Eso puedo hacerlo yo mismo.

Fromm iba a decir que faltaba algo más, pero lo postergó por un momento, sin prestar atención a los pasos de Abdullah. No hubo ruido alguno; el guardia retiró de su cinturón una pistola con silenciador y apuntó a la cabeza del científico, desde una distancia de un metro. Fromm empezó a volverse, para asegurarse de que Ghosn supiera lo del tritio, pero no llegó a completar el movimiento. Abdullah tenía sus órdenes. Debía ser misericordioso, como en el caso de los operarios. «Lástima haber tenido que hacerlo», pensó Qati; pero era necesario. A Abdullah nada le importaba; se limitó a cumplir con sus órdenes y apretó el gatillo, con suavidad y destreza, hasta que el arma disparó. La bala penetró por la nuca de Fromm y salió por la frente. El alemán se derrumbó. Y la sangre brotó a chorros, sin manchar la ropa de Abdullah. El guardia esperó a que cesara el flujo; luego llamó a dos camaradas para que llevaran el cuerpo al camión que esperaba. Lo enterrarían junto con los operarios. Eso, estaba bien, se dijo Qati: todos los expertos en un mismo lugar.

-Lástima -comentó Ghosn, en voz baja.

-Sí, pero ¿crees realmente que nos habría sido útil para algo más?

Ibrahim meneó la cabeza.

-No. Habría sido un estorbo. No podíamos confiar en él. Era un infiel y un mercenario. Cumplió con su contrato. -¿Y el artefacto?

-Funcionará. He revisado veinte veces las cifras. Es mucho mejor que cuanto yo hubiera podido diseñar.

-¿Qué pasa con el tritio?

-En las baterías. Sólo debo calentarlas y retirar el gas. Luego se bombea el gas a los dos tanques. Ya conoces el resto.

-Me lo has explicado, pero no lo conozco -gruñó Qati.

-Se podría hacer en un laboratorio de química de cualquier escuela secundaria, tan sencillo es.

-¿Y por qué Fromm lo dejó para el final?

Ghosn se encogió de hombros.

-Algo tenía que ser lo último. Tal vez porque es muy fácil. Puedo hacerla ahora, si quieres.

-De acuerdo.

Qati lo observó. Ghosn metió las baterías en el horno, una tras otra, y reguló la temperatura en muy baja. Un tubo metálico y una bomba al vacío extrajeron el gas que emitían. Tardó menos de una hora.

-Fromm nos mintió -comentó Ghosn al terminar.

-¿Qué? -preguntó Qati, alarmado.

-Aquí hay casi un quince por ciento más de tritio del que él prometió. Tanto mejor.

El paso siguiente fue aún más sencillo. Ghosn comprobó que cada tanque estuviera herméticamente cerrado al aire y a la presión (era la sexta prueba similar, pues el joven ingeniero había aprendido de su maestro alemán), luego trasladó el gas tritio. Las válvulas se cerraban con chavetas de seguridad.

-Listo -anunció Ghosn.

Librodot

Los guardias levantaron la parte superior del receptáculo y la pusieron en su sitio con una grúa. Se ajustaba exactamente en su sitio. Ghosn dedicó una hora a soldarla. Otro examen confirmó que el receptáculo estaba sellado a presión. Luego conectó a él una bomba al vacío Leybold.

-¿Qué quieres lograr, exactamente?

-Un millonésimo de una atmósfera. Es lo que especificamos.

-¿No se dañará...?

Para sorpresa de ambos, Ghosn habló como lo hubiera hecho Fromm:

-¡Por favor, comandante! Lo único que presiona hacia adentro es aire. Si no te aplasta a ti, no aplastará este receptáculo de acero, ¿verdad? Me llevará unas pocas horas. También podemos examinar otra vez la integridad del receptáculo. -Ya lo habían hecho cinco veces. Aun sin las soldaduras, el objeto resistía bien. Convertido en una sola pieza de metal, será tan perfecto como lo exigía la misión-. Podemos dormir un rato. A la bomba no le hace daño quedar en funcionamiento.

-¿Cuándo quedará lista para el transporte?

-Por la mañana. ¿Cuándo zarpa el barco?

-Dentro de dos días.

-Ya ves. -Ghosn sonrió ampliamente-. Tenemos tiempo de sobra.

En primer lugar, Marvin visitó la agencia del «Colorado Federal Bank and Trust Company». Sorprendió gratamente al gerente de la zona al efectuar una llamada a Inglaterra, para que transfirieran quinientos mil dólares por cable. Los ordenadores facilitaban mucho las cosas: bastaron unos segundos para confirmar que el señor Robert Friend era tan solvente como afirmaba.

-¿Puede recomendarme un buen corredor de bienes raíces en la zona? -preguntó Russell al muy solícito banquero.

-Calle abajo, la tercera puerta a la derecha. Cuando usted vuelva, sus cheques estarán listos. -El banquero esperó a que saliera y telefoneó a su esposa, que trabajaba en la agencia de bienes raíces. Ella salió a la puerta para esperarlo.

-Bienvenido a Roggen, señor Friend.

-Gracias. Es un gusto regresar.

-¿Ha estado de viaje?

-He pasado una temporada en Arabia Saudí -explicó Russell-Friend-. Pero echaba de menos los inviernos.

-¿Qué clase de propiedad busca?

-Oh, una finca de tamaño mediano, donde se pueda criar ganado.

-¿Con casa, graneros?

-Sí, una casa espaciosa. No muy grande. No me hace falta, porque vivo solo. Digamos unos doscientos cincuenta metros cuadrados. Puedo aceptar algo más pequeño si la tierra es buena.

-¿Usted es originario de esta zona?

-De Dakota, pero necesito estar cerca de Denver por el transporte aéreo. Viajo mucho en avión, ¿sabe?, y mi vieja casa está demasiado lejos de todo.

-¿Necesitará personal para la finca?

-Sí, claro... Calculo que una finca así requeriría dos personas. Podría ser una pareja. En realidad debería buscar un lugar más cerca de la ciudad, pero qué demonios, quiero comer carne de mis propias vacas.

-Comprendo -concordó la agente-. Tengo un par de lugares que tal vez le gusten.

-Bien, vamos allá. -Russell sonrió.

La segunda finca era perfecta: doscientas hectáreas muy cerca de la salida 50, con una bonita casa antigua; tenía cocina nueva, cochera para dos coches y tres sólidos almacenes. La

tierra estaba despejada hacia donde se mirara. A un kilómetro de la casa había un estanque con algunos árboles y sobraba lugar para el ganado que Russell jamás vería.

-Hace cinco meses que está en venta. Los herederos del propietario piden cuatrocientos -dijo la agente-, pero tal vez podamos conseguirla por trescientos cincuenta.

-Bien -dijo Russell, observando el acceso a la carretera interestatal 76-, dígales que si firman el contrato esta semana, haré un depósito en efectivo de cincuenta mil y pagaré el resto en... cuatro o cinco semanas. Nada de financiaciones. Pagaré todo en efectivo en cuanto se efectúe la transferencia de mis fondos. Pero... quiero iniciar de inmediato la mudanza. ¡Por Dios, cómo detesto vivir en hoteles! He pasado demasiado tiempo en ellos. ¿Cree usted que será posible?

La agente le sonrió, radiante.

-Desde luego que sí.

-Estupendo. ¿Cómo les fue a los Broncos este año?

-Ocho y ocho. Se están recuperando. Mi esposo y yo tenemos entradas para toda la temporada. ¿Intentará conseguir entradas para el Super Bowl?

-Me gustaría, claro.

-Será bastante difícil -le advirtió la agente.

-Ya me las ingeniaré.

Una hora y una llamada telefónica después, la agente recibió un cheque certificado de su esposo, el banquero, por la suma de cincuenta mil dólares. Russell pasó una hora en la mueblería de la zona. Después, compró un camión «Ford blanco y viajó en él hasta la finca. Lo aparcó en uno de los graneros. Conservaría el coche alquilado por un tiempo. Pasaría una noche más en el motel antes de instalarse en su nueva casa. No tenía sensación alguna de haber logrado algo: aún quedaba mucho por hacer.

Cathy Ryan empezó a prestar más atención a los periódicos, pues ahora los escándalos y las filtraciones le despertaban un interés que no había conocido antes, sobre todo cuando el artículo era de Robert Holtzman. Por desgracia, los últimos artículos sobre los problemas de la CIA eran más generales; se centraban, sobre todo, en los cambios experimentados en la Unión Soviética. No era un tema que le interesara mucho, así como Jack no prestaba gran atención a los descubrimientos sobre cirugía oftalmológica que tanto entusiasmaban a su mujer. Por fin se publicó un artículo sobre delitos financieros y «un funcionario de alta jerarquía». Era el segundo de ese tono y ella comprendió que, si se trataba de Jack, todos los documentos de la investigación debían de estar allí, en su propia casa. Era domingo y Jack había ido otra vez a la oficina, dejándola en casa con los niños. Los chicos disfrutaron de esa fría mañana delante del televisor. Cathy Ryan fue a los archivos financieros.

Eran un desastre. La administración del dinero era otro tema que no lograba interesar a la doctora Caroline Ryan; Jack lo llevaba más o menos por inercia, tal como la cocina caía bajo responsabilidad de ella. Ni siquiera conocía el sistema de archivo y estaba segura de que Jack nunca había pensado que ella pudiera interesarse en esa colosal masa de documentos. Descubrió que el paquete de acciones estaba rindiendo bastante en esos momentos. Habitualmente sólo veía los resúmenes a fin de año. El dinero no le interesaba mucho. La casa estaba pagada y ya habían reservado los fondos para los estudios de los niños. En realidad, la familia Ryan vivía del ingreso conjunto de ambos esposos, lo cual permitía que las inversiones se expandieran; eso complicaba el pago anual de impuestos, otra cosa de la que también se ocupaba Jack, quien aún estaba colegiado como contable, con ayuda del abogado de la familia. La última declaración de la renta hizo que Cathy ahogara una exclamación. Decidió enviar una tarjeta a los administradores todas las Navidades. Pero no era eso lo que buscaba. Lo halló a las dos y media de la tarde. La carpeta estaba rotulada «Zimmer», simplemente; como era natural, estaba en el último cajón que abrió.

La carpeta de Zimmer tenía varios centímetros de espesor. Cathy se sentó en el suelo,

Librodot

cruzada de piernas, antes de abrirla. Le dolía la cabeza por haber forzado la vista y por el Tylenol que no había tomado, aunque le hacía falta. El primer documento era una carta de Jack a un abogado; no era el de la familia. Se le indicaba que estableciera un fondo en fideicomiso para los estudios de siete niños, cifra que había pasado a ocho varios meses después. El fondo había sido establecido con una inversión inicial que superaba el medio millón de dólares; administraba el paquete de acciones la misma firma que lo hacía para la familia Ryan. Cathy se sorprendió al comprobar que Jack había hecho ciertas recomendaciones para esa cuenta, algo que no hacía por la propia. Y no perdía la habilidad: el rendimiento del paquete Zimmer era del veintitrés por ciento. Había cien mil dólares más, invertidos en una empresa (cierta Sub-Capter-S fuera lo que fuese) con «Southland Corporation» como... Ah, era un restaurante para desayunos. La empresa era de Maryland y la dirección...

«¡Eso está a pocos kilómetros de aquí!»

El sitio quedaba junto a la carretera 50. Eso significaba que Jack pasaba por allí dos veces al día, camino al trabajo y de regreso a casa.

¿Y quién demonios era Carol Zimmer?

«¿Facturas por atención médica? ¿Una obstetra? ¡La doctora Marsha Rosen! ¡La conozco!» Si Cathy no hubiera trabajado en el Hopkins habría recurrido a Marsha Rosen para que atendiera sus embarazos. Se había graduado en Yale y tenía muy buena reputación.

«¿Un bebé? ¿Jacqueline Zimmer? ¿Jacqueline?», pensó Cathy, con la cara escarlata. Las lágrimas le cayeron a torrentes por las mejillas.

«¡Bastardo! No puedes darme un bebé, pero se lo diste a ella, ¿no?»

Verificó la fecha y rebuscó en su memoria. Ese día Jack había llegado a casa muy tarde. Ella se acordaba porque no habían podido asistir a una cena en...

«¡Estuvo allí! ¡Estuvo con ella durante el parto!, ¿Qué otra prueba necesito?»

El triunfo del descubrimiento se convirtió en negra desesperación. El mundo podía terminar con mucha facilidad. Bastaba una hoja de papel y listo: todo acabado.

«¿Ha acabado todo?»

Desde luego. Aun si él la deseara todavía, ¿lo deseaba ella? «¿Y los niños?», se preguntó Cathy. Cerró la carpeta y la puso en su sitio sin levantarse.

-Eres médica -se dijo-. Se supone que sabes pensar antes de actuar.

Los niños necesitaban un padre, pero ¿qué clase de padre era Jack? Pasaba trece o catorce horas fuera de casa; a veces, los siete días de la semana. Pese a las súplicas constantes, sólo una vez había llevado a su hijo a un partido de béisbol. Apenas si podía presenciar la mitad de los partidos en que participaba el pequeño Jack. Nunca iba a las fiestas escolares, a las representaciones de Navidad, a ninguna de esas cosas. Cathy había llegado a sorprenderse de verlo en la casa la mañana de Navidad. La noche anterior, al montar los juguetes, se había emborrachado otra vez. Ella ya no se molestaba en tratar de seducirlo. ¿De qué servía? Y su regalo... Bueno, era bonito, sí, pero nada extraordinario.

Compras.

Cathy se levantó para revisar la correspondencia amontonada en el escritorio de Jack. Allí estaban las facturas de su tarjeta de crédito. Abrió una al azar y encontró varios apartados de... Hamleys, Londres. ¿Seiscientos dólares? ¡Pero si sólo había comprado un juguete para el pequeño Jack y dos regalitos para Sally! ¡Seiscientos dólares!

«¿Conque has hecho regalos de Navidad a dos familias, Jack?»

-¿Cuántas pruebas más necesitas, Cathy? -se preguntó en voz alta-. Oh, Dios, Dios...

Pasó largo rato sin moverse, sin ver ni oír nada, ajena a su propia angustia. Sólo la madre que había en ella registraba en el subconsciente los ruidos que hacían los niños en la habitación de juegos.

Esa noche Jack Llegó a casa antes de las siete, bastante satisfecho de hacerlo a hora temprana y más aún de tener preparada la operación de México. Sólo faltaba llevarlo a la Casa Blanca y conseguir la aprobación. Fowler estaría de acuerdo; pese a los riesgos y al disgusto

Librodot

que le provocaban las operaciones encubiertas, eso era demasiado jugoso como para que un político pudiera rechazarlo. Y cuando Clark y Chávez la llevaran a cabo, la cotización de Ryan subiría. Las cosas iban a cambiar. Las cosas mejorarían. El lo pondría todo en orden. Para empezar, planificaría unas vacaciones. Era hora de tomarse una semana, tal vez dos. Y si algún idiota de la CIA aparecía con un informe, Ryan lo mandaría al cuerno. Quería verse libre del trabajo. Dos buenas semanas. Sacaría a los chicos del colegio y los llevaría a ver a Mickey, tal como había sugerido Clark. Haría las reservas sin perder un día más. -¡He llegado! -anunció.

Silencio. Eso era extraño. Bajó la escalera y encontró a sus hijos delante del televisor. Miraban demasiada televisión, qué diablos, pero eso era culpa del padre. Eso también iba a cambiar. Reduciría sus horarios. Era hora de que Marcus se ocupara de lo suyo en lugar de cumplir horario de banquero y dejar que Jack cargara con todo.

-¿Dónde está mamá?

-No lo sé -dijo Sally, sin apartar la vista de aquella criatura verde y anaranjada.

Ryan subió al dormitorio para cambiarse. No había señales de su esposa. Al final, la encontró llevando un cesto de ropa lavada. Jack intentó besarla, pero ella se echó atrás, meneando la cabeza. Bueno, no importaba.

-¿Qué hay para cenar, querida? -preguntó con despreocupación.

-No sé. ¿Por qué no preparas algo?

Fue su tono, su modo cortante de hablar, sin que él la provocara.

-¿Qué he hecho? -preguntó Jack.

Ya estaba sorprendido, pero no había tenido tiempo de captar su actitud. La expresión de sus ojos era algo extraño. El tono de voz con que ella respondió lo hizo encogerse.

-Nada, Jack. No has hecho absolutamente nada.

Lo empujó con el cesto y desapareció en la esquina del pasillo.

El permaneció allí, apretado contra la pared, boquiabierto y sin saber qué decir. No comprendía por qué su esposa había decidido súbitamente despreciarlo.

Entre Latakia y El Pireo el trayecto llevaba sólo un día y medio. Bock había hallado un barco que iba al puerto adecuado, sin necesidad de trasbordo en Rotterdam. A Qati le disgustó desviarse del plan, pero un cuidadoso examen de las cartas de navegación demostró que podía ser importante ahorrar esos cinco días, de modo que aceptó. En compañía de Ghosn, contempló la grúa que levantaba el contenedor para ponerlo en la cubierta del Carmen Vita, buque de bandera griega que navegaba por el Mediterráneo. Se haría a la mar con la marea nocturna para llegar a EE.UU. once días después. Habrían podido contratar un reactor para el transporte, pero era demasiado peligroso. Once días. Qati podría visitar otra vez a su médico y aún le sobraria tiempo para volar a Estados Unidos, para comprobar que todo hubiera sido dispuesto satisfactoriamente. Los trabajadores aseguraron el contenedor. Estaría bien protegido allí, en el centro de la nave y con otras cajas encima; bien a popa, además, para que las tormentas no lo sacudieran directamente. Los dos hombres permanecieron en un bar del puerto hasta que el buque zarpó; luego viajaron en avión a Damasco y desde allí en coche hasta el cuartel general. El taller de la bomba ya no existía. Los cables de energía estaban cortados y todas las entradas cubiertas de tierra. Si alguien pasaba con un camión pesado por el tejado oculto se llevaría una sorpresa, pero las posibilidades eran muy pocas. Quizá volvieran a usar otra vez esas instalaciones y, por lo demás, pesaba el inconveniente de trasladar la maquinaria a otra sepultura. La alternativa más lógica era cubrir el taller.

Russell voló a Chicago para ver la primera ronda de eliminatorias. Partió con una costosa cámara «Nikon F4» y gastó dos carretes fotografiando los camiones de la «ABC» (esos partidos los transmitía el equipo de Monday Night Football), antes de tomar un taxi para volver

Librodot

al aeropuerto. Tuvo suerte con el viaje, al punto de poder escuchar parte del partido por radio, mientras conducía su coche desde el aeropuerto a su nueva casa. Los Bears ganaron en tiempo suplementario, 23 a 20. Por tanto, a la semana siguiente Chicago tendría el honor de perder ante los Vikings en el Metrodome. Minnesota pasó durante la primera semana de eliminatorias. La pubalgia de Tony Wills curaría por completo; el novato, según anunciaba el locutor, había hecho casi dos mil rishing yards en la primera temporada y otras ochocientas como receiver. Russell logró escuchar casi todo el juego, por la diferencia horaria con respecto a la Costa Oeste. No hubo sorpresas, pero aún así era fútbol americano.

El USS Maine abandonó el dique seco sin incidentes. Los remolcadores lo hicieron girar para apuntarlo canal abajo y se mantuvieron atentos. El capitán Ricks estaba junto al cockpit, reclinado contra las barandillas puestas sobre la estructura. El teniente comandante Claggett montaba guardia en la sala de mandos. En realidad era el navegador quien lo hacía todo, usando el periscopio para marcar posiciones, mientras el contramaestre verificaba los datos en la carta, para asegurarse de que el submarino estuviera en el centro del canal y llevara la dirección debida. El trayecto hasta el mar era bastante largo. En toda la nave los hombres continuaban acomodando el equipo. Los que no estaban de guardia se acomodaron en sus literas y trataron de dormitar. Pronto el Maine iniciaría su ciclo regular de seis horas de guardia. Todos los tripulantes hacían un esfuerzo consciente por pasar la mente del modo tierra al modo mar. Era como si familiares y amigos hubieran quedado en otro planeta. En los dos meses siguientes, el mundo entero se reduciría al casco de acero del submarino.

Mancuso contempló la partida como lo hacía con todas sus naves. Pensó que era una lástima no poder sacar a Ricks de allí. Pero no había manera. En pocos días se reuniría con el Grupo para tratar asuntos rutinarios. En esa reunión expresaría sus reparos con respecto a Ricks. Por ser la primera vez no podría llegar demasiado lejos; bastaba con que el Grupo supiera de las dudas que le inspiraba el comandante «Dorado». Lo irritaba el carácter casi político del ejercicio, pues a él le iban las cosas francas y, sobre todo, a la manera de la Marina. Pero la Marina tenía sus propias normas y, a falta de un motivo sólido para actuar, sólo le quedaba expresar preocupación por Ricks y su actitud. Además, el Grupo estaba encabezado por otro loco por la ingeniería, y que probablemente simpatizaba demasiado con Harry.

Mancuso trató de hallar una emoción para ese momento, pero falló. La silueta, de color gris pizarra, disminuía a la distancia, deslizándose por las aguas tranquilas y oleosas del puerto, rumbo a la quinta patrulla, tal como lo hacían los submarinos estadounidenses desde hacía más de diez años. Pese a los cambios mundiales, las cosas seguían como siempre. El Maine zarpaba para mantener la paz, atravesando la amenaza de la fuerza más inhumana conocida por el hombre. El comodoro meneó la cabeza. ¡Qué modo endiablado de construir un ferrocarril! Por eso había sido siempre un hombre de ataque rápido. Pero daba resultado; lo había dado en otros tiempos y probablemente continuaría dándolo por muchos años más. Si bien no todos los capitanes de submarinos eran como Mush Morton, todos ellos traían a su nave de regreso.

Subió a su automóvil oficial, de color azul marino, e indicó al chófer que lo llevara de regreso a la oficina. Los papeles lo requerían.

Por lo menos, los chicos no se daban cuenta. Jack encontraba cierto consuelo en ello. Los chicos vivían como espectadores en un mundo sumamente complejo, cuya percepción requería años de preparación. Así pues, ellos tomaban nota principalmente de las partes que comprendían; eso no incluía una madre y un padre que no se dirigieran la palabra. No duraría eternamente, por supuesto, pero tal vez sí lo suficiente como para que las cosas se arreglaran. Jack se decía que quizá se arreglarían. Sin duda.

Librodot

Ignoraba dónde estaba el problema y qué hacer al respecto. Lo que habría debido hacer, desde luego, era llegar a casa a una hora apropiada, quizá llevarla a cenar a un restaurante bonito y... Pero eso no era posible con dos niños en el colegio. No era práctico conseguir niñera a mitad de semana y tan lejos de la ciudad. Otra alternativa era, simplemente, llegar a casa y prestar más atención a su esposa, lo cual llevaría a...

Pero ya no podía confiar en su capacidad de hacerlo. Y un fracaso más no haría sino empeorarlo todo.

Levantó la vista de su escritorio para contemplar los pinares que se extendían más allá de la cerca de la CIA. La simetría era perfecta. El trabajo arruinaba su vida familiar y ahora su vida familiar le arruinaba el trabajo. Por ende, ya no podía hacer nada correctamente. ¿No era magnífico?

Ryan salió de la oficina y caminó hasta el quiosco más cercano. Una vez allí compró su primer paquete de cigarrillos en... ¿cinco años, seis? No importaba. Retiró el celofán y cogió uno. Entre los lujos de tener despacho privado figuraba el de poder fumar sin interferencias; la CIA, en ese aspecto, era como todas las oficinas del Gobierno: sólo se podía fumar en las salas de descanso. Al volver fingió que no veía la mirada reprobadora de Nancy y se dedicó a revolver su escritorio en busca de un cenicero antes de encender el cigarrillo.

Un minuto después, al sentir el mareo inicial, decidió que era uno de los placeres fiables de la vida. Otro era el alcohol. Uno ingería esas sustancias y obtenía los resultados deseados, cosa que explicaba su popularidad, pese a los peligros que acarreaban a la salud. El alcohol y la nicotina: las dos cosas que convertían una vida intolerable en otra cosa. Al tiempo que la acortaban.

¿No era magnífico? Ryan estuvo a punto de reír ante su increíble estupidez. ¿Qué otra cosa de sí mismo destruiría? Pero, ¿acaso importaba?

Su trabajo sí importaba. De eso estaba seguro. Eso era lo que lo había metido en el desastre, de un modo u otro era el principal factor destructivo de su existencia, pero no podía abandonarlo, tal como no podía cambiar las otras cosas.

-Nancy, por favor, haga pasar al señor Clark.

John apareció dos minutos después.

-¡Demonios, doctor! -exclamó-. ¿Qué va a decir su mujer?

-Nada.

-Apuesto a que se equivoca. -Clark abrió una ventana para ventilar el ambiente. El lo había dejado mucho tiempo antes; era el único vicio que le daba miedo, porque había matado a su padre-. ¿Qué quería?

-¿Cómo están los elementos?

-Esperando una orden suya para ser instalados.

-Adelante -dijo Jack.

-¿Ya tiene la orden de ejecución?

-No, pero no la necesito. Diremos que esto es parte del estudio de factibilidad. ¿Cuánto tardarás en tener todo listo?

-Tres días, dicen. Necesitamos alguna colaboración de la Fuerza Aérea.

-¿Y la parte de computación?

-Ese programa ya ha sido convalidado. Han tomado grabaciones de seis aviones diferentes y eliminado el ruido. No tardan más de dos o tres horas en procesar una hora de grabación.

-De Ciudad de México a Washington hay...

-Según el tiempo, poco menos de cuatro horas. Procesar toda la grabación será trabajo de una noche -calculó Clark-. ¿Cuáles son las actividades del presidente?

-La ceremonia de llegada será el lunes por la tarde. La primera sesión de negocios, a la mañana siguiente. El martes por la noche, cena de gala.

-¿Usted irá?

Ryan meneó la cabeza.

-No, iremos a la de la semana anterior. Vaya, no falta mucho, ¿verdad? Llamaré a la

Librodot

escuadrilla ochenta y nueve de Andrews. Realizan continuos vuelos de entrenamiento. No será difícil poner a tu equipo a bordo.

-He seleccionado tres equipos. Todos ex espías de primera de la Fuerza Aérea y la Marina -dijo Clark-. Conocen el oficio.

-Bien, adelante.

-De acuerdo, jefe.

Jack lo miró salir y encendió otro cigarrillo.

XXIX. ENCRUCIJADA

El Carmen Vita salió del estrecho de Gibraltar justo a la hora prevista, a una velocidad constante de diecinueve nudos, impulsado por sus motores diesel « Pielstick». La tripulación, compuesta de cuarenta hombres y oficiales (no había ninguna mujer, pese a que tres oficiales llevaban a sus esposas), iniciaron las tareas rutinarias de vigilancia y mantenimiento. Estaban a siete días de viaje de los cabos de Virginia. En la cubierta y guardados en la bodega había un buen número de contenedores de tamaño estándar. En realidad los había de dos tamaños, y todos estaban llenos de diferentes tipos de cargamento, acerca del cual ni el capitán ni la tripulación sabían demasiado. Tampoco les importaba. La gracia de cargar la mercancía en contenedores consistía precisamente en que el barco era utilizado exclusivamente como transportista, igual que los camiones utilizados por diferentes empresas. La tripulación del barco sólo tenía que preocuparse del peso de los contenedores, que generalmente era bastante uniforme, pues siempre se cargaban de acuerdo con lo que los camiones podían llevar legalmente por una autopista.

El barco navegaba hacia el sur, lo que también contribuía a que el trayecto fuera bastante tranquilo y desprovisto de acontecimientos. La zona de temporales verdaderamente serios quedaba más al Norte, y el capitán del barco, nacido en la India, se alegraba de ello. Era un hombre joven para tan alto cargo -sólo tenía treinta y siete años-, y sabía que el buen tiempo contribuiría a que el viaje fuera rápido y económico. Aspiraba a capitanear un barco mayor y más suntuoso, y si se atenía al programa del Carmen Vita y no sobrepasaba el pre-supuesto, lo conseguiría a su debido tiempo.

Clark llevaba diez días sin ver a Cathy Ryan. John Clark tenía buena memoria para esas cosas; la había ido puliendo tras años de maniobras de uno u otro tipo, de las que uno salía vivo a base de recordarlo todo, tanto si era importante como si no. Nunca la había visto más de dos veces seguidas. Jack tenía un horario muy complicado -pero ella también; tenía quirófano por lo menos dos veces por semana-. Y esa mañana estaba despierta. El vio su cabeza por la ventana de la cocina; estaba sentada a una mesa, seguramente bebiendo café y leyendo el periódico o viendo la televisión. Pero ni siquiera se había vuelto para mirar a su marido cuando él se marchó, ¿no? Normalmente se levantaba y lo despedía con un beso, como todas las esposas. Diez días seguidos.

No era buena señal, ¿no? ¿Qué problema había? Jack salió de la casa y entró en el coche. Tenía una expresión taciturna, la mirada baja. Y otra vez aquella mueca.

-¡Buenos días, doc! -le saludó Clark en tono alegre.

-Hola, John -replicó él, lacónico. Tampoco se había traído su periódico, otra vez. Empezó a leer los despachos de la mañana, como de costumbre, y cuando llegaron a la D. C. Beltway se había quedado con la mirada fija en ninguna parte, y fumaba un cigarrillo detrás de otro. Clark decidió que ya no podía aguantarlo ni un momento más:

-¿Problemas domésticos, doc? -preguntó discretamente, sin desviar la vista de la carretera.

-Sí, pero es asunto mío.

-Ya. ¿Los chicos están bien?

-No son los chicos, John. Déjalo, ¿quieres?

-Vale. -Clark se centró en la conducción, y Ryan se puso a leer los mensajes.

«¿Dónde demonios está el problema? -se preguntó Clark-. Utiliza la lógica. Piénsalo bien.»

Su jefe llevaba ya más de un mes deprimido, pero últimamente había empeorado mucho. ¿La noticia, aquel asunto de Holtzman? Un problema familiar no relacionado con los chicos. Eso significaba problemas con la esposa. Se propuso revisar aquel artículo, y cualquier artículo posterior, cuando llegara a la oficina. Setenta minutos después de recoger a Ryan -no había demasiado tráfico aquella mañana- se dirigió a la biblioteca de la CIA, bastante impresionante, e hizo trabajar a los empleados. No era muy difícil para ellos. La Agencia guardaba un fichero especial para todos los artículos que tenían algo que ver con ella, dispuesto en carpetas ordenadas por el nombre de los autores. El problema se aclaró inmediatamente.

Holtzman había acusado a Ryan de adulterio y de irregularidades financieras. Justo después de aquel artículo... -Aj, mierda -murmuró Clark.

Hizo copias de los diferentes artículos recientes -había cuatro- y se fue a dar un paseo para aclarar sus ideas. Una de las ventajas de ser guardaespaldas, y especialmente un guardaespaldas asignado a Ryan, era que tenía muy pocas cosas que hacer. Ryan era muy casero cuando estaba en Langley. En realidad no se movía demasiado. Mientras daba un corto paseo por allí, releyó los artículos e hizo otra asociación de ideas. El artículo del domingo. Aquel día Ryan había vuelto pronto a casa. Lo había encontrado optimista; habló de marcharse en cuanto se cerrara el caso mexicano, y aceptó el consejo de John de irse de viaje a Florida. Pero a la mañana siguiente parecía un cadáver. Y no se había llevado el periódico. Su mujer debía de haber leído el periódico, y algo grave había ocurrido entre Ryan y su esposa. Eso parecía razonablemente claro. Suficientemente claro para Clark.

Volvió a entrar en el edificio, pasó por el control rutinario al traspasar las verjas controladas por ordenador, y luego buscó a Chávez, que estaba en el New Headquarters Building John lo encontró en un despacho, repasando unos horarios.

-Ding, coge tu abrigo.

Diez minutos después estaban en la D. C. Beltway. Chávez iba mirando un mapa.

-Vale -dijo Chávez-. Ya lo tengo. Broadway con Monument, encima del puerto.

Russell llevaba un mono de faena. Las fotos de los camiones de la «ABC» de Chicago habían salido muy bien, y le bahía encargado a un laboratorio de Boulder que las ampliaran a tamaño póster. Las comparó con su camión -era exactamente el mismo modelo- para tomar medidas precisas. Lo que venía a continuación no resultaba fácil. Había comprado una docena de láminas grandes de plástico semirrígido, y empezó a cortarlas para hacer una copia exacta del logotipo de la «ABC». Al acabar cada uno, los pegó con cinta adhesiva a uno de los lados de su camión y utilizó un rotulador para trazar las letras. Necesitó seis intentos para conseguirlo, y Russell utilizó a continuación el cuchillo para hacer marcas de referencia en el camión. Era una lástima estropear la pintura del vehículo, pero se recordó que el camión, de todos modos, sería volado, y no tenía sentido ponerse sentimental con un camión. En general, estaba orgulloso de su talento artístico. No había tenido ocasión de practicarlo después de aprender un oficio en el taller de la prisión, muchos años atrás. Cuando terminara de pintar el logotipo -letras negras sobre el fondo blanco de la camioneta-, nadie podría notar la diferencia.

La siguiente tarea del día era ir a la oficina de Tráfico para conseguir etiquetas comerciales para el camión. Les explicó que la usaría para su negocio de electrónica, que consistía en instalar y suministrar sistemas telefónicos comerciales. Salió con etiquetas provisionales, y le prometieron que le entregarían las definitivas al cabo de cuatro días laborables, lo cual sorprendió a Russell por lo innecesariamente eficiente. Conseguir el permiso resultó todavía más fácil. Los documentos internacionales que Ghosn le había dado junto con el pasaporte

Librodot

fueron avalados por el Estado de Colorado después de superar un examen escrito, y le dieron un permiso con fotografía certificada, además de las etiquetas. Su único «error» fue emborronar uno de los formularios, pero el funcionario le dejó firmar uno nuevo y Russell tiró el primero a la papelera. 0 lo hizo ver. El formulario en blanco fue al bolsillo de su parka.

El Johns Hopkins Hospital no está ubicado en el mejor de los vecindarios. Como compensación a ese hecho, la Policía de la ciudad de Baltimore lo protegía con un celo que a Clark le recordó a Vietnam. Encontró sitio para aparcar en Broadway, justo al otro lado de la entrada principal. Chávez y él entraron, rodeando la estatua de mármol de Jesús, que los dos encontraron admirable por su tamaño y su ejecución. Las extensas instalaciones -Hopkins es un complejo enorme- hicieron que les costara encontrar el sitio, pero diez minutos después estaban sentados delante de la oficina de la profesora auxiliar Caroline M. Ryan, M. D., F. A. C. S., del Wilmer Eye Institute. Clark se relajó y se puso a leer una revista, mientras Chávez le clavaba sus lascivos ojos a la recepcionista, a la que la señora Ryan evidentemente valoraba. La doctora Ryan apareció a las 12.35 cargada de documentos. Lanzó una mirada inquisidora a los dos agentes de la CIA y se metió en su despacho sin pronunciar palabra. El tampoco necesitó más de una mirada. Siempre le había parecido una mujer muy atractiva y solemne. Ahora no. Sobre todo su cara, que estaba peor que la de su marido. «Esto se está complicando», se dijo John. Clark contó hasta diez y pasó por delante de la boquiabierta recepcionista para iniciar una nueva carrera, la de consejero matrimonial.

-¿Qué significa esto? -preguntó Cathy-. Hoy no tengo ninguna cita.

-Señora; necesito unos minutos de su tiempo.

-¿Quién es usted? ¿Ha venido a hablarme de Jack?

-Señora, mi nombre es Clark. -Se metió la mano en el bolsillo de la camisa y extrajo el carnet de la CIA, que como la mayoría iba atado a una cadena de metal que le rodeaba el cuello-. Hay ciertas cosas que usted tendría que saber.

La mirada de Cathy se endureció casi al instante; la ira había vencido al dolor.

-Lo sé -dijo-. Ya me lo han dicho todo.

-No, señora, creo que no lo sabe. Este no es buen sitio para hablar. ¿Puedo invitarla a comer?

-¿Por aquí? Estas calles no son demasiado...

-¿Seguras? -Clark sonrió para demostrar lo absurdo de su comentario.

Por primera vez, Caroline Ryan examinó a su visitante con ojos de profesional. Era de la misma talla que Jack, pero más voluminoso. Mientras recordaba haber encontrado la cara su marido varonil, la de Clark le pareció tosca. Tenía las manos grandes y fuertes, y su lenguaje corporal proclamaba que podía vérselas con cualquier cosa. Su comportamiento era aún más impresionante. Se dio cuenta de que aquel hombre habría podido intimidar a cualquiera, pero estaba haciendo todo lo posible por resultar caballeroso, y lo estaba consiguiendo, como los jugadores de fútbol americano que iban allí a veces a ver a los niños. Encantador, fue lo que pensó. No porque lo fuera, sino porque quería serlo.

-Hay un sitio al final de Monument Street.

-Muy bien.

Clark se dio la vuelta y cogió el abrigo de ella del perchero. Le ayudó a ponérselo, casi con elegancia. Chávez se unió a ellos fuera. Era bastante más bajo que Clark, pero más manifiestamente peligroso. Como un joven gángster en período de aprendizaje. Vio que Chávez se situaba delante cuando salieron a la calle, precediéndolos por la acera de forma casi cómica. Aquellas calles no eran lo que ella consideraba seguras -por lo menos para una mujer que camina sola, aunque aquello era más peligroso por la noche que de día-, pero Chávez se movía como un soldado en plena batalla. Aquello le pareció interesante. Encontraron el restaurante rápidamente, y Clark los dirigió a todos hasta una mesa. Los dos hombres se sentaron de espaldas a la pared para prevenirse de cualquier amenaza. Ambos llevaban el

Librodot

abrigo desabrochado, aunque los dos estaban aparentemente relajados.

-¿Quién es usted, exactamente? -preguntó ella. Todo aquello parecía una película mala.

-Soy el chófer de su marido -replicó John-. Soy oficial de campo, del tipo paramilitar. Llevo casi veinte años en la Agencia.

-Se supone que no debe contarle esas cosas a nadie. Clark negó con la cabeza:

-Señora, todavía no hemos empezado a quebrantar leyes. Ahora soy ante todo un oficial de seguridad y protección, un SPO. Ding Chávez también es un SPO.

-Hola, doctora Ryan. Mi verdadero nombre es Domingo. -Le tendió la mano-. Yo también trabajo con su marido. John y yo lo llevamos en coche y lo protegemos cuando va de viaje y esas cosas.

-¿Llevan ustedes pistolas?

Ding se mostró casi avergonzado.

-Si, señora -contestó.

Con aquello terminaba la parte arriesgada de la entrevista, pensó Cathy. Dos hombres evidentemente muy rudos estaban intentando camelársela. Incluso lo habían conseguido. Pero aquello no cambiaba su problema. Estaba a punto de decir algo, pero Clark empezó primero.

-Señora, por lo visto su marido y usted tienen un problema.

«No sé de qué se trata (creo que sé algo), pero lo que sí sé es que a él le está haciendo daño. Eso es malo para la Agencia.»

-Caballeros, les agradezco su preocupación, pero se trata de un asunto privado.

-Sí, señora -respondió Clark con su extrañamente educada voz. Se metió la mano en el bolsillo y sacó las fotocopias de los artículos de Holtzman-. ¿Es éste el problema?

-Eso no es asunto... -Se contuvo.

-Me lo imaginaba. Señora, nada de esto es cierto. Me refiero al adulterio. Eso es completamente falso. Su marido raramente va a ningún sitio sin uno de nosotros. Debido a su trabajo tiene que firmar antes de ir a cualquier sitio, como un médico de guardia, ¿me explico? Si lo desea puedo conseguirle copias de su itinerario, del período de tiempo que usted quiera.

-Eso no puede ser legal.

-No, seguramente no lo es -concedió Clark-. ¿Y?

Ella quería creerlo, pero no podía, y sería mejor decirles por que.

-Mire, su lealtad a Jack es muy impresionante, pero yo lo sé, ¿entendido? He mirado los archivos financieros, y sé lo do esa Zimmer, sé lo del hijo!

-¿Qué es exactamente lo que sabe?

-Sé que Jack estuvo en el parto. Sé lo del dinero, y que intentó escondérmelo a mí y a todo el mundo. Sé que el Gobierno lo está investigando.

-¿Qué quiere decir?

-¡Un investigador del Gobierno estuvo aquí, en el Hopkins! ¡Eso es lo que sé!

-Doctora Ryan, en la CIA no existe tal investigación, tampoco en el FBI. Se lo aseguro.

-Entonces, ¿quién era el que vino?

-Me temo que no lo sé -contestó Clark. No era completamente cierto, pero Clark se imaginó que aquella mentira no tenía nada que ver con el asunto.

-Mire, sé lo de Carol Zimmer -insistió ella.

-¿Qué es lo que sabe? -repitió Clark con tranquilidad. La respuesta que obtuvo lo sorprendió.

-¡Jack me engaña con ella! -exclamó-. Y hay un niño por medio, y Jack pasa tanto tiempo con ella que no le queda tiempo para mí y ni siquiera puede... -Se detuvo y rompió en sollozos.

Clark esperó a que se recuperara. Su mirada no se despegó de la cara de ella ni un instante, y lo vio todo tan claramente como si estuviera escrito. Ding parecía meramente incómodo. Era demasiado joven para entenderlo.

-¿Quiere escucharme?

Librodot

-Claro, ¿por qué no? Se ha terminado. El único motivo por el que no me he marchado es por los niños. Adelante, diga lo que quiera. Diga que todavía me quiere y todo eso. El no tiene agallas para hablarlo conmigo, pero estoy segura de que esto ha sido idea suya -concluyó con amargura.

-En primer lugar, él no sabe que estamos aquí. Si se entera, seguramente perderé mi empleo, pero eso no es grave. Tengo mi pensión. Además, estoy a punto de quebrantar leves más importantes que ésa. ¿Por dónde empiezo? -Clark hizo una pausa antes de continuar-. Carol Zimmer es viuda. Su marido era el sargento Buck Zimmer, de la Fuerza Aérea. Murió en cumplimiento del deber. De hecho murió en los brazos de su esposo. Lo sé. Yo estaba allí. Buck recibió cinco balazos en el pecho. Los dos pulmones. Tardó cinco o seis minutos en morir. Dejaba siete hijos, ocho si contamos el que esperaba su esposa. Buck no lo sabía cuando murió. Carol esperaba darle una sorpresa.

»El Sargento Zimmer era el jefe de dotación de un helicóptero de operaciones especiales de la Fuerza Aérea. Entramos con aquella nave en un país extranjero para rescatar a un grupo de soldados norteamericanos que realizaban una misión secreta.

-Yo era uno de ellos, señora -anunció Ding, lo cual no le gustó a Clark-. No estaría aquí si no llega a ser por el doctor.

-Los soldados habían sido abandonados deliberadamente por uno de los mandos de la operación...

-¿Quién?

-Ya está muerto -contestó Clark en un tono que no dejaba lugar a dudas-. Su marido descubrió lo que resultó ser una operación ilegal. El y Dan Murray, del FBI, organizaron la operación de rescate. Era difícil. Fue casi un milagro que lo consiguiéramos. Me sorprende que usted no haya notado nada, pesadillas, o algo así.

-No duerme muy bien; bueno, sí, a veces...

-El doctor Ryan se libró de que una bala le volara la cabeza por... no sé, quizá tres centímetros, quizá cuatro. Teníamos que rescatar a un comando de soldados de la cima de una colina, y los estaban atacando. Jack tenía una ametralladora. Buck Zimmer tenía otra. A Buck le dieron cuando nos elevábamos, estaba malherido. Jack y yo intentamos ayudarlo, pero creo que ni siquiera ustedes los del Hopkins habrían podido hacer gran cosa. Era escalofriante. Murió. -Clark se detuvo un momento, y Cathy se dio cuenta de que su dolor no era fingido-. Estaba hablando de sus hijos. Preocupado por ellos, como cualquiera. Su marido sostuvo a Zimmer en sus brazos y le prometió que los cuidaría, que se encargaría de que recibieran una educación, que vigilaría a la familia. Señora, llevo mucho tiempo en este negocio, desde antes de que usted aprendiera a conducir, ¿me explico? Nunca he visto nada mejor de lo que hizo Jack.

»Cuando regresamos, Jack hizo lo que había prometido. Y claro, no me sorprende que lo guardara en secreto. Hay aspectos de la operación que ni siquiera yo conozco. Pero esto sí que lo sé: el que hace una promesa, la cumple. Yo le ayudé. Trajimos a la familia aquí desde Florida. El les montó un pequeño negocio. Uno de los chicos ya está en la Universidad, en Georgetown, y el segundo ya ha sido aceptado por el MIT. Me olvidé de decírselo: Carol Zimmer... Bueno, no se llamaba Carol. Nació en Laos. Zimmer la sacó de allí cuando aquello se convirtió en un infierno, se casó con ella, y empezaron a tener hijos, uno detrás de otro. En fin, ella es una típica madraza asiática.

»Cree que la educación es un regalo del cielo, y sus hijos estudian mucho. Todos creen que su marido es un santo. Vamos a verlos por lo menos una vez por semana, todas las semanas.

-Quiero creerle -dijo Cathy-. ¿Qué me dice del bebé?

-¿Se refiere a cuándo nació? Sí, los dos estábamos allí. Mi esposa hizo de comadrona; Jack no estaba seguro de poder entrar en la habitación, y yo nunca he presenciado un parto. Me da un poco de miedo -admitió Clark-. Así que esperamos fuera con el resto de los inútiles. Si usted quiere puedo presentarle a la familia Zimmer. También puede confirmar la historia a través de Dan Murray del FBI, si cree que es necesario.

-Eso le traería problemas a usted, ¿no? -Cathy supo inmediatamente que podía confiar en Murray. Era muy rígido en cuestiones morales; eso le venía de su época de policía.

-Sin duda perderé mi empleo. Supongo que podrían demandarme; técnicamente acabo de cometer un delito federal grave. Pero no creo que la cosa llegara tan lejos. Ding también perdería su empleo, porque no ha sabido tener la boca cerrada como le dije.

-Mierda -comentó Ding, y luego se avergonzó-. Perdóneme, señora. John, esto es una cuestión de honor. Si no fuera por el doctor, a estas alturas yo estaría abonando alguna colina colombiana. Le debo la vida. Eso es más importante que un empleo.

Clark sacó una ficha:

-Estas son las fechas de la operación. Seguramente usted recordará que cuando el almirante Greer murió, Jack no asistió al funeral.

-¡Sí! Bob Ritter me llamó, c...

-Fue entonces. Puede verificarlo todo con Murray.

-¡Dios mío! -De pronto todo tenía sentido.

-Sí, señora. Toda la basura de esos artículos. Es todo mentira.

-¿Quién lo hace?

-No lo sé, pero voy a averiguarlo. Doctora, llevo seis meses viendo cómo se desmorona su marido. Ya lo había visto anteriormente, en combate (pasé cierto tiempo en Vietnam), pero esto ha sido peor. Ese Tratado del Vaticano, la normalización de Oriente Medio. Jack tuvo mucho que ver en ello, pero no le han reconocido ningún mérito. No sé exactamente qué papel tuvo él, no estoy seguro. Sabe guardar sus secretos. Eso es parte de su problema. Se lo guarda todo dentro. Si te pasas es como el cáncer, como una especie de ácido. Te come. A él se lo está comiendo, y esa farsa de los periódicos lo está empeorando todo.

»Lo único que puedo decirle, doctora, es esto: no conozco a ningún hombre mejor que su marido, y eso que conozco a unos cuantos. Se ha jugado el tipo más veces de las que usted se imagina, pero hay gente por ahí a la que no gusta mucho, y esa gente está intentando hacerle la vida imposible. Es muy típico, una táctica sucia, pero Jack no es el tipo de persona que sabe tratar eso. El sigue las normas. Y se lo está comiendo.

Cathy estaba gimiendo. Clark le ofreció su pañuelo.

-Pensé que debería saberlo. Si cree que es necesario, quiero que lo confirme todo. Usted decide, y quiero que haga esa llamada sin preocuparse por mí ni por Ding ni por nadie, ¿de acuerdo? Yo la llevaré a ver a Carol Zimmer y a los niños. No me importa que me despidan. Llevo demasiado tiempo en este negocio.

-¿Regalos de Navidad?

-¿Para los hijos de Zimmer? Si, yo le ayudaba a envolverlos. Su marido no tiene ni idea de envolver paquetes, pero me imagino que usted lo sabe mejor que yo. Incluso yo les hice algún regalo. Mis dos hijos son demasiado mayores para juguetes, y los Zimmer son unos chicos estupendos. Me gusta hacer de tío -añadió John, con una sonrisa auténtica.

-Todo mentira?

-No sé nada del tema financiero, sólo de lo otro. Y por lo que usted me dice, han intentado utilizarla a usted para derrumbarlo.

Cathy dejó entonces de llorar. Se enjugó los ojos y levantó la mirada.

-Tiene razón. ¿Y dice que no sabe quién está haciendo esto?

-Lo voy a averiguar -le prometió Clark. El comportamiento de la doctora había cambiado por completo. Era un alivio.

-Quiero que me lo diga. Y quiero conocer a la familia Zimmer.

-¿A qué hora sale de trabajar?

-Tengo que hacer varias llamadas y algunas notas. Una hora, más o menos.

-Creo que puedo escaparme, pero es posible que tenga que marcharme pronto. Tienen un restaurante a unas diez millas de su casa.

-Sé que está cerca, pero no sé exactamente dónde.

-Puede seguirme a mí.

Librodot

-Vamos.

Cathy salió delante, o lo intentó. Chávez los precedió hasta la puerta, y se mantuvo en cabeza hasta que llegaron al hospital. Clark y él decidieron quedarse fuera para tomar el aire, entonces vieron a dos chicos sentados encima de su coche.

«Es extraño», pensó John Clark mientras cruzaba la calle. Al principio Caroline Ryan hacía el papel de enfadada y traicionada. Él la había hecho comprender. Ahora ella se encontraba mucho mejor -aunque en otro sentido se encontraba peor-, pero él había absorbido toda la ira de ella. Le pesaba demasiado, y allí delante tenía una oportunidad para librarse de ella.

-¡Baja del coche, imbécil.

-¡Por Dios, John! -dijo Ding a su espalda.

-¿Qué ha dicho? -amenazó el joven, sin apenas volverse para ver al hombre que se acercaba. Giró la cabeza justo a tiempo para ver la mano que lo agarraba por el hombro. Entonces el mundo rodó y la pared de ladrillo de un edificio se le acercó a la cara muy de prisa. Afortunadamente, la gorra amortiguó gran parte del impacto, lo que sin embargo tuvo un efecto negativo sobre la gorra.

-Hijo puta! -bramó el chico, y sacó una navaja. Su compañero estaba dos metros más allá, con otra navaja. Clark se limitó a sonreírles:

-¿Quién va primero? -les dijo.

La idea de vengarse de aquella acción se desvaneció de prisa. Los chicos sabían reconocer el peligro.

-¡Tienes suerte de que no lleve mi pistola, tío!

-Podéis dejar las navajas también.

-¿Eres de la pasma?

-No, no soy policía -dijo Clark, y avanzó con el brazo extendido. Chávez lo seguía, con el abrigo desabrochado, como vieron los chicos. Soltaron las navajas y se alejaron.

-¿Qué demonios...?

Clark se volvió y vio a un policía que se acercaba, con un perro enorme. Los dos estaban alerta. John sacó su carnet de la CIA.

-No me gustó su actitud -dijo.

Chávez le entregó las navajas al policía: -Se dejaron esto, señor -dijo.

-Deberían dejarnos estas cosas a nosotros.

-Sí, señor -concedió Clark-. Tiene usted razón. Bonito perro.

El policía se guardó las navajas.

-Que vaya bien -dijo, y siguió preguntándose qué demonios había pasado.

-Lo mismo digo, agente. -Clark hizo una pausa y se volvió hacia Chávez-. No ha estado mal.

-¿Listo para ir a México, John?

-Si. Pero no me gusta irme dejando trabajos por acabar, ya me entiendes.

-¿Y quién está intentando joderlo?

-No estoy seguro.

-Venga ya -comentó Ding.

-No estaré seguro hasta que haya hablado con Holtzman.

-Si tú lo dices. Me gusta la doctora -añadió-. Eso sí que es una dama.

-Sí, lo es. Justo lo que él necesita para poner las cosas en orden.

-¿Crees que llamará a ese Murray?

-¿Te importa mucho?

-No. -Chávez desvió la mirada-. Es una cuestión de honor, John.

-Sabía que lo entenderías, Ding.

Jacqueline Zimmer era una niña preciosa, pensó Cathy mientras la tenía en brazos. Ella

quería tener otro bebé, tenía que tener otro. Jack le daría uno, quizás otra niña, si tenían suerte.

-¡Nosotros oír muchas cosas de usted! -dijo Carol-. ¿Usted es médico?

-Sí, enseño a otros médicos. Soy profesora de cirugía. -Mi hijo mayor tiene que conocer usted. El estudia médico. Estudia en Georgetown.

-A lo mejor puedo ayudarle un poco. ¿Puedo hacerle una pregunta?

-Sí.

-Su marido...

-¿Buck? Murió. No sé demasiado, sólo que murió. En acción. Es un secreto. Muy duro para mí -dijo Carol sobriamente, pero sin pena evidente. Ya lo había superado-. Buck era hombre muy bueno. Su marido también. Ser buena con él -añadió.

-Oh, lo seré -prometió Cathy-. Hemos de mantener esto en secreto.

-¿Qué?

-Jack no sabe que yo la conozco.

-Ah. Sí, ya sé, hay muchos secretos. Ya sé, comprendo. Esto también ser un secreto.

-Yo se lo contaré a Jack. Creo que tendrían que venir a nuestra casa y conocer a nuestros hijos. Pero de momento lo guardaremos en secreto, ¿de acuerdo?

-De acuerdo. Le damos sorpresa, ¿no?

-Exacto. -Cathy sonrió y le devolvió al bebé-. Volveremos a vernos pronto.

-¿Se encuentra mejor, doctora? -le preguntó Clark en el aparcamiento.

-Gracias...

-Llámeme John.

-Gracias, John. -Era la sonrisa más calida que había recibido después de las de sus hijos, las pasadas Navidades.

-Para servirla.

Clark se dirigió hacia el Oeste por la carretera 50. Cathy se dirigió hacia el Este para irse a su casa. Agarraba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Volvía a estar furiosa. Sobre todo estaba enfadada consigo misma. ¿Cómo había podido pensar semejante cosa de Jack? Había sido muy estúpida, muy tonta, y horrorosamente egoísta. Pero en realidad no era culpa suya. Mientras entraba en el garaje pensó que alguien había invadido la tranquilidad de su hogar. Lo primero que hizo fue coger el teléfono. Tenía que hacer una cosa más. Tenía que estar completamente segura.

-Hola, Dan.

-¡Cathy! ¿Qué tal te va con los cegatos, cariño? -le preguntó Murray.

-Tengo que preguntarte una cosa.

-Adelante.

-Ya había pensado cómo plantearlo.

-A Jack le pasa algo...

La voz de Murray estaba alerta.

-¿De qué se trata?

-Tiene pesadillas -dijo Cathy. No era mentira, pero lo que dijo a continuación sí-. Algo de un helicóptero, y un tal Buck... No puedo preguntárselo a él, pero...

Murray la interrumpió:

-Cathy, no puedo hablar de esto por teléfono. Es un asunto de trabajo, cariño.

-¿De verdad?

-De verdad, Cathy. Es algo de lo que estoy al corriente, pero no puedo hablar de ello contigo. Lo siento, pero tiene que ser así. Es el negocio.

Cathy continuó, con un toque de alarma en la voz:

-¿Es algo que está pasando ahora, quiero decir...?

Librodot

-Es agua pasada, Cathy. Es lo único que puedo decirte. Si crees que Jack necesita ayuda de un profesional, puedo hacer unas llamadas y...

-No, no lo creo. Hace unos meses era peor, pero últimamente parece que ha mejorado. Sólo me preocupaba que estuviera pasando algo en la oficina...

-Agua pasada, Cathy. En serio.

-¿Estás seguro, Dan?

-Segurísimo. Sé muy bien lo que digo.

Y eso era todo. Dan era tan honrado como Jack.

-Gracias, Dan. Muchas gracias -dijo ella con su mejor voz de profesional, la que no revelaba absolutamente nada.

-A tus órdenes, Cathy. -Cuando colgó, Murray se preguntó si se le habría escapado algo. Decidió que no, que no había forma de que ella se hubiera enterado de aquello.

Si hubiera visto el otro extremo de la línea telefónica, le habría sorprendido descubrir lo equivocado que estaba. Cathy estaba sentada en la cocina, sola, llorando por última vez. Había tenido que confirmarlo, hasta entonces no había tenido ocasión de purgar todas las emociones de su alma, pero ahora estaba completamente convencida de que Clark le había dicho la verdad, de que alguien estaba intentando hacerle daño a su marido, que quienquiera fuese quería utilizar a su esposa y a su familia contra él. «¿Quién podría odiar tanto a un hombre para intentar semejante cosa?», se preguntó.

Quienquiera que fuera, era su enemigo. Quienquiera que fuera la había atacado a ella y a su familia tan despiadadamente como aquellos terroristas, pero con mayor cobardía.

Quienquiera que fuera, pagaría por ello.

-¿Dónde has estado?

-Lo siento, doc, tenía que hacer unos recados. -Clark había vuelto por la oficina del «ST»-. Tenga.

-¿Qué es esto? -Ryan cogió la botella. Era una lujosa botella de «Chivas Regal», de cerámica. De las que no se puede ver el contenido.

-Es nuestro transmisor. Han hecho cuatro ejemplares. Buen trabajo, ¿no? Esto es el receptor. -Clark le dio un palo verde, casi del mismo grosor que una pajita de cóctel, pero no tanto-. Parecerá una cosa para aguantar las flores en su sitio. Hemos decidido utilizar tres. Los técnicos dicen que pueden transmitir por sistema múltiple las transmisiones que salen, y por no sé qué motivo pueden controlar el tiempo del ordenador exactamente. También dicen que si tuviéramos dos meses más para jugar con las conexiones de comunicación casi podríamos ajustarlo todo al tiempo real.

-Con lo que tenemos basta -dijo Jack. Un «casi» aquí y ahora era preferible a un «perfecto» demasiado tarde-. Ya he invertido bastante en proyectos de investigación.

-Estoy de acuerdo. ¿Que hay de los vuelos de prueba?

-Mañana, a las diez en punto.

-Excelente. -Clark se levantó-. Oiga, doc, ¿por qué no se va ya a casa? Parece agotado.

-Creo que tienes razón. Una hora más y me marcho de aquí.

-Está bien.

Russell se encontró con ellos en Atlanta. Habían entrado por México D. F., y de allí por Miami, donde los aduaneros estaban muy interesados en drogas, pero no particularmente interesados en ejecutivos griegos que abrían sus bolsas sin que se lo pidieran. Russell, que ahora era Robert Friend, de Roggen, Colorado -su permiso de conducir lo demostraba-, les dio la mano a los dos y los ayudó a recoger su equipaje.

-¿Armas? -preguntó Qati.

-Aquí no, tío. En casa todo lo que puedas necesitar.

-¿Algún problema?

-Ninguno. -Russell se quedó un momento callado-. A lo mejor hay uno.

-¿Qué? -preguntó Ghosn con disimulada alarma. Siempre se ponía nervioso cuando pisaba suelo extranjero, y aquel era su primer viaje a América.

-Hace un frío espantoso donde vamos, tíos. Quizá queráis compraros unos abrigos decentes.

-Eso puede esperar -decidió el comandante. Se encontraba muy mal. Se había pasado casi dos días enteros sin comer por culpa de la última sesión de quimioterapia, y tenía un hambre tan voraz que su estómago se rebeló a la primera visión de una de las barras de comida rápida del aeropuerto-. ¿Y el vuelo?

-Hora y media. ¿Qué os parece si vamos a comprar unos jerseys? Seguidme. No bromeaba cuando hablaba del tiempo. Donde vamos están a cero.

-¿A cero? No es tan... -Ghosn se detuvo-. ¿Quieres decir bajo cero, centígrados?

Russell se detuvo un momento:

-Oh. Si, eso. Aquí cero significa otra cosa. Cero es frío, ¿vale, tíos?

-Como tú digas -dijo Qati. Media hora más tarde llevaban gruesos jerseys de lana bajo sus delgadas gabardinas. El vuelo de la compañía «Delta», casi vacío, salió hacia Denver a la hora prevista. Tres horas más tarde salieron por la última puerta de avión, de momento. Ghosn nunca había visto tanta nieve.

-Casi no puedo respirar -dijo Qati.

-Tardarás un día en acostumbrarte a la altitud. Vosotros id a recoger el equipaje. Yo voy a buscar el coche y a calentarlo.

-Si nos ha traicionado -dijo Qati cuando Russell se alejó- lo sabremos dentro de pocos minutos.

-No nos ha traicionado -replicó Ghosn-. Es un tipo raro, pero leal.

-Es un infiel, un pagano.

-Eso es cierto, pero también escuchó a un imán delante de mí. Por lo menos se mostró educado. Te lo digo yo, es leal.

-Ya lo veremos -dijo Qati, y caminó con aire cansado, casi sin aliento, hasta la zona de recogida de equipajes. Los dos miraban a su alrededor mientras caminaban, buscando ojos. Aquella era la señal de alarma: los ojos que se fijaban en ti. Incluso al más profesional le resultaba difícil no mirar a su objetivo.

Recogieron su equipaje sin incidentes, y Marvin estaba esperando. No pudo evitar que el aire los golpeara, y como el aire era muy ligero, también era más frío de lo que ninguno de ellos hubieran experimentado antes. Agradecieron enorme mente el calor del coche.

-¿Qué tal los preparativos? -preguntó Qati.

-Todo está programado, tío -dijo Russell.

Arrancaron. Los árabes estaban discretamente impresionados por lo vasto del espacio abierto, la ancha autopista interestatal -las señales de limitación de velocidad les parecieron muy raras- y la evidente riqueza de la zona. Russell también los impresionaba; lo había hecho bastante bien. Ambos descansaron más tranquilos sabiendo que no los había traicionado. En realidad Qati no esperaba que hubiera sucedido, pero sabía que su vulnerabilidad aumentaba a medida que se acercaban a la parte final del plan. Sabía que aquello era normal.

La granja era bastante grande Russell la había calentado a conciencia, pero lo que a Qati le llamó más la atención fue que parecía fácilmente defendible, con un campo de fuego muy claro en todas direcciones. Los hizo entrar y les llevó las maletas.

-Debéis de estar bastante cansados -observó Marvin-. ¿Por qué no dormís un poco? Aquí estáis a salvo, ¿vale? -Qati siguió su consejo. Ghosn no. El y Russell se fueron a la cocina. Ibrahim se alegró de saber que Marvin era un buen cocinero.

-¿Qué carne es ésta?

-Venado. Carne de ciervo. Ya sé que no podéis comer cerdo, pero creo que con el venado no hay ningún problema, ¿no? -preguntó el americano.

Ghosn negó con la cabeza:

-No, pero nunca lo he comido.

Librodot

-Está bueno, te lo prometo. Lo he encontrado en una tienda de aquí, esta mañana. El alimento de los nativos americanos, tío. Esto es auténtico ciervo. Por aquí hay un ranchero que los cría para venderlos. Os puedo comprar un poco de beefalo, también.

-¿Qué demonios es eso?

-¿El beefalo? Otra cosa que sólo se encuentra por aquí. Es un cruce de vaca y búfalo. El búfalo es lo que solía comer mi gente, tío, ¡la vaca más grande que has visto jamás! -Russell sonrió-. Carne sin grasa, sana y esas cosas. Pero el venado es lo mejor que hay, Ismael.

-No debes llamarme así -dijo Ghosn con voz cansada. Llevaba veintisiete horas en pie, por culpa de los cambios horarios,

-Tengo los documentos para ti y para el comandante. -Russell sacó los sobres de un cajón y los puso sobre la mesa-. Los nombres son exactamente como queríais, ¿lo ves? Sólo tenemos que hacer las fotos y ponerlas en los carretes. Tengo el material necesario para hacerlo.

-¿Fue muy difícil conseguirlo?

Marvin se rió.

-No, son modelos estándar. Los venden en las tiendas. Utilicé el formulario de mi permiso como original, hice las copias, y luego los duplicados, perfectos, con el ordenador. Hay muchas empresas que utilizan carnets con foto, y el material es estándar. Tres horas de trabajo. Me imagino que tenemos todo el día de mañana y pasado mañana para arreglarlo todo.

-Excelente, Marvin.

-¿Quieres una copa?

-¿Alcohol?

-Oye tío, te vi tomarte una cerveza con aquel alemán, ¿cómo se llamaba?

-¿Te refieres a Herr Fromm?

-Venga, hombre. No es tan grave como comer cerdo, ¿no? -Gracias, pero paso. ¿Es así como se dice?

-¿«Paso»? Sí, no está mal. ¿Qué tal le va a ese Fromm? -preguntó Marvin con tono despreocupado, mirando la carne. Estaba casi hecha.

-Bien -contestó Ghosn con el mismo tono despreocupado-. Se fue a ver a su esposa.

-Pero dime, ¿en qué estabais trabajando exactamente? -Russell se sirvió un «Jack Daniel's».

-Nos ayudó con los explosivos. Sabía unos cuantos trucos. Es un gran experto en ese campo.

-Excelente.

Era el primer signo esperanzador de los últimos días, quizá semanas, pensó Ryan. La cena estaba deliciosa, y lo más importante: había llegado a casa a tiempo para cenar con los niños. Evidentemente Cathy había vuelto a casa temprano y le había dedicado un buen rato a la cena. Y lo mejor de todo era que habían hablado en la mesa, no demasiado, pero habían hablado. Después Jack le ayudó a lavar los platos. Finalmente los niños se acostaron, y ellos se quedaron solos.

-Lamento haberte regañado -dijo Cathy.

-No te preocupes, supongo que me lo merecía. -Ryan estaba dispuesto a decir cualquier cosa con tal de apaciguar las cosas.

-No. Estaba equivocada, Jack. Estaba muy quejica, tenía calambres y me dolía la espalda. Lo que te pasa es que trabajas demasiado y bebes mucho. -Se inclinó para darle un beso-. ¿Has fumado, Jack?

Se llevó una sorpresa. No esperaba recibir ningún beso. Es más, se había imaginado que si ella descubría que había fumado montaría un escándalo.

-Lo siento, cariño -dijo. He tenido un mal día. Ha sido una idiotez.

Cathy se cogió las manos.

-Jack, quiero que bebas menos, y que descanses. Ese es tu problema, eso y el estrés. Ya nos encargaremos del tabaco más adelante, pero no fumes delante de los niños. Yo no he estado muy simpática, y también me he equivocado, pero tienes que cambiar. Lo que has estado haciendo es malo para ti y malo para nosotros.

-Ya lo sé.

-Vete a la cama. Lo que más necesitas es dormir.

Estar casado con una doctora tenía sus desventajas. La peor era que no podías discutir con ella. Jack le dio un beso en la mejilla y obedeció.

XXX. SALÓN DEL ESTE

Clark llegó a la casa a la hora puntual y tuvo que hacer algo inusual: esperar. Al cabo de dos minutos, cuando estaba a punto de llamar a la puerta, vio que se abría. El doctor Ryan se asomó, pero se detuvo para dar un beso a la doctora Ryan, que lo acompañó hasta la salida y esbozó una sonrisa radiante hacia el coche.

«¡Muy bien!», pensó Clark. A lo mejor tenía posibilidades en su nueva profesión. También Jack tenía un aspecto bastante presentable. Clark se lo dijo apenas Ryan hubo subido al coche.

-Bueno, sí, es que me hicieron acostar temprano -rio Jack, arrojando el periódico al asiento delantero-. Además, olvidé tomar una copa.

-Con un par de días más como éste, puede que vuelva a parecer humano, doctor.

-Tal vez.

Jack encendió un cigarrillo, para fastidio de Clark. En seguida el agente comprendió que Caroline Ryan era muy hábil; una cosa por vez. «Qué mujer, demonios», se dijo Clark.

-Estoy preparado para el vuelo de prueba. A las diez en punto.

-Bien. Me alegro de encargarte un trabajo de verdad. John. En Seguridad y Protección debes de aburrirte a muerte -comentó Ryan, abriendo la caja de despachos.

-Tiene sus momentos, señor -replicó Clark, saliendo a Falcon's Nest Road.

Ese día tampoco había despachos importantes. Poco después Ryan estaba con la cabeza sepultada en el Post.

Tres horas después, Clark y Chávez llegaron a la base Andrews. Ya había un par de «VC-20B» preparados para vuelos de adiestramiento. Los pilotos y tripulantes del Puente Aéreo Militar «El Presidencial» estaban sometidos a un estricto régimen de eficiencia. Los dos aparatos despegaron con pocos minutos de diferencia y se dirigieron hacia el este, para realizar varias maniobras destinadas a familiarizar a los dos nuevos copilotos con los procedimientos de control del tráfico aéreo; los conocían de cabo a rabo, desde luego, pero eso no venía al caso.

En la parte trasera, un sargento técnico de la Fuerza Aérea realizaba su propio entrenamiento, jugando con el sofisticado equipo de comunicaciones del avión. De vez en cuando miraba hacia popa para ver al civil, quienquiera fuese, que hablaba con un tiesto de flores o dentro de un palillo verde. Hace cosas que uno no entiende...», pensó el sargento. Acertaba de pleno.

Dos horas después los dos «Gulfstreams» aterrizaron nuevamente en la base Andrews y carretearon hasta la termina VIP. Clark recogió su equipo y salió al encuentro de otro civil que venía a bordo del otro aparato. Los dos se dirigieron hacia su coche, conversando.

-He entendido con claridad una parte de lo qua decías -informó Chávez-. Una tercera parte, digamos; tal vez menos.

-Bien, veremos qué pueden hacer los técnicos.

El trayecto de regreso a Langley llevó treinta y cinco minutos. Desde allí Clark y Chavez volvieron a Washington para un almuerzo tardío.

La noche anterior Bob Holtzman había recibido la llamada telefónica en su casa, por la línea que no figuraba en guía. El mensaje, escueto y breve, también sirvió para despertarle el

Librodot

interés. A las dos de la tarde entró en un pequeño restaurante mexicano de Georgetown, llamado «Esteban's». La clientela de mediodía se había reducido a una tercera parte; quienes quedaban en el local eran alumnos de la Universidad de Georgetown. Una mano agitada en la parte trasera le indicó adónde ir.

-Hola -saludó Holtzman, sentándose.

-¿Usted es Holtzman?

-En efecto -dijo el periodista-. ¿Y ustedes?

-Dos amigos -dijo el de más edad-. ¿Almuerza con nosotros?

-De acuerdo.

El más joven se levantó y echó varias fichas en una jukebox, que emitía música mexicana. Holtzman tuvo la certeza de que su magnetófono no tendría ninguna posibilidad de funcionar.

-¿Para qué querían verme?

-Usted ha estado escribiendo algunos artículos sobre la CIA -empezó el mayor-. El blanco de sus artículos es el vice-director, el doctor John Ryan.

-Nunca he dicho eso -replicó Holtzman.

-El que le hizo llegar toda esa mierda ha mentido. Es una trampa.

-¿Quién lo dice?

-¿Hasta qué punto usted es un periodista honesto?

-¿Qué quiere decir? -preguntó Holtzman.

-Si le digo algo absolutamente reservado, ¿lo publicará?

-Depende de la información. ¿Cuáles son sus intenciones, exactamente?

-Lo que le estoy diciendo, señor Holtzman, es que puedo demostrarle que le han engañado, pero esa prueba no puede ser revelada. Pondría en peligro a ciertas personas. También demostraría que alguien lo está usando para cortar una o dos cabezas. Quiero saber quién es esa persona.

-Sabe que no puedo revelar mis fuentes. Nuestra ética profesional lo prohibe.

-¿Ética, para un periodista? -dijo el hombre con tono tan alto que se oyó por encima de la música-. Esa sí que es buena.. ¿También protege a quienes le engañan?

-Desde luego que no.

-En ese caso voy a contarle algo, pero a condición de que usted no lo revele jamás. ¿De acuerdo?

-¿Y si descubro que ustedes me están engañando?

-Entonces estará en libertad de publicarlo. ¿Le parece justo? -A modo de respuesta, Clark recibió un gesto de asentimiento-. Pero recuerde que me disgustaré mucho si usted lo publica, porque yo no miento. Otra cosa: no puede usar lo que voy a decirle como pista para investigar por su cuenta.

-Eso es mucho pedir.

-Usted decide, señor Holtzman. Tiene fama de ser un periodista honesto y bastante sagaz. Hay cosas que no se pueden divulgar. Bueno, eso es mucho decir. Hay cosas que deben permanecer en secreto por mucho tiempo. Años. Lo que quiero decir es esto: a usted lo están utilizando. Lo han engañado, haciéndole publicar calumnias a fin de perjudicar a alguien. Ahora bien, yo no soy periodista, pero si lo fuera me sentiría molesto, porque eso está mal y porque alguien me ha tomado por idiota.

-Su suposición es correcta. Está bien, acepto sus condiciones.

-De acuerdo.

Clark narró su historia. Le llevó diez minutos.

-¿Qué me dice de la misión? ¿Dónde murió ese hombre?

-Lo siento, amigo. Y olvídese de averiguarlo. No hay siquiera diez personas que puedan responder a esa pregunta. -La mentira de Clark era astuta-. Si llegara a adivinar quiénes son, no hablarían. No pueden. No son muchos los que informan voluntariamente cuando se ha faltado a la ley.

-¿Y la Zimmer?

-Puede verificar la mayor parte de esa historia. Dónde vive, a qué se dedica, dónde nació la criatura, quién estaba allí y quién la atendió.

Holtzman revisó sus notas.

-Detrás de todo esto hay algo realmente gordo, ¿verdad? Clark se limitó a mirarlo con fijeza, y dijo:

-Sólo quiero un nombre.

-¿Qué hará si se lo doy?

-Eso no le incumbe.

-¿Qué relación tiene Ryan con esto?

-No sabe que estamos hablando con usted.

-No me lo creo.

-Es la verdad, señor Holtzman.

Bob Holtzman era un periodista veterano. Había oído mentiras de boca de expertos. Había sido blanco de mentiras muy bien organizadas y planeadas e instrumento de venganzas políticas. No le gustaba esa parte de su trabajo; no le gustaba en absoluto. Si despreciaba a los políticos era porque los sabía dispuestos a violar todas las reglas. Cada vez que un político faltaba a su palabra, decía las mentiras más indignantes, aceptaba dinero de un contribuyente y hacía un servicio particular a ese contribuyente, se decía: «Así es la política.» Eso estaba mal y Holtzman lo sabía. Aún quedaba en él algo del idealista que se diplomara en la Escuela de Periodismo de Columbia. Aunque la vida lo había vuelto cínico, era uno de los pocos residentes en Washington que aún recordaba sus ideales y, de vez en cuando, lloraba por ellos.

-Suponiendo que pueda verificar lo que usted me ha contado, ¿qué gano?

-Una satisfacción. Tal vez nada más. Francamente, dudo que obtenga otra cosa. Pero si hay algo más le avisaré.

-¿Sólo la satisfacción?

-¿Nunca quiso ajustar cuentas con un matón? -preguntó Clark, con tono suave.

El periodista ignoró el comentario.

-¿De qué se ocupa usted en la Agencia?

Clark sonrió.

-No puedo hablar de eso.

-Había una vez un importantísimo funcionario soviético que desertó cuando apenas había despegado del aeropuerto de Moscú.

-Conozco esa historia. Si usted lo publicara...

-Se deteriorarían las relaciones, ¿no? -observó Holtzman.

-¿Desde cuándo lo sabe?

-Desde antes de las últimas elecciones. El presidente me pidió que no dijera nada.

-¿Fowler?

-No: el que fue derrotado por Fowler.

-Y usted le siguió el juego. -Clark estaba impresionado.

-El hombre tenía familia, esposa e hija. ¿Es cierto que murieron en un accidente de aviación, como dijo el cable de Prensa?

-¿Piensa publicarlo?

-No podré hacerlo por muchos años, pero algún día escribiré un libro...

-Ellas también salieron del país -dijo Clark-. Un servidor las sacó.

-No creo en las coincidencias.

-La esposa se llama María. La hija, Katryn.

Holtzman no reaccionó, pero sabía que sólo un puñado de miembros de la CIA podían conocer esos detalles. Acababa de hacer una pregunta con segundas y de recibir la respuesta correcta.-Dentro de cinco años quiero los detalles de la fuga.

Clark guardó silencio por un momento. Bien, si el periodista estaba dispuesto a violar las reglas, Clark también tenía que jugar.

Librodot

-Es justo. Hecho.

-John, por Dios! -dijo Chávez.

-Nuestro amigo necesita un quid pro quo.

-¿Cuántas personas conocen los detalles?

-¿De la operación? Pocos. Con respecto a todos los detalles, unas veinte. Y sólo cinco de ellas siguen trabajando para la CIA. Otras diez ya no están en la Agencia.

-¿Y quiénes más?

-Eso sería revelar demasiado.

-Operaciones Especiales de la Fuerza Aérea -propuso Holtzman-. 0 tal vez el Ejército: Fuerza de Ataque 160, esos locos de Fort Campbell, los que entraron en Irak la primera noche...

-Puede especular todo lo que quiera, pero no le diré nada. Sólo una cosa: cuando yo cuente mi parte, quiero saber cómo diablos adivinó usted que nos encargaron esa operación.

-A la gente le gusta hablar -dijo Holtzman.

-Muy cierto. ¿Hecho, señor?

-Si puedo verificar lo que usted me ha dicho y si compruebo que me han mentido, sí: le revelaré la fuente. Debe prometerme que esto jamás llegará a la Prensa.

«Caramba, esto es como la diplomacia», reflexionó Clark. -Acepto. Lo llamaré dentro de dos días. Por si le interesa, ésta es la primera vez que hablo con un periodista.

-¿Y qué opinión se lleva? -preguntó Holtzman con una amplia sonrisa.

-Creo que debo limitarme a los espías. -John hizo una pausa-. Usted habría sido de los buenos.

-Soy de los buenos.

-¿Cuánto pesa esta cosa? -preguntó Russell.

-Setecientos kilos. -Ghosn hizo el cálculo mentalmente-. Tres cuartos de tonelada... toneladas de las tuyas.

-Bien -dijo Russell-, el camión podrá con ella. ¿Cómo la llevamos del camión a mi camión?

Ante esa pregunta Ghosn palideció.

-No lo había pensado.

-¿Cómo la cargaron?

-La caja descansa en una especie de plataforma de madera. -¿Una bandeja de carga, quieres decir? ¿La embarcaron con una grúa?

-Sí -dijo Ghosn-, así fue.

-Estamos de suerte. Ven. Te mostraré algo.

Russell llevó al hombre al frío exterior. Dos minutos después, Ghosn pudo ver que uno de los graneros tenía una plataforma de carga hecha de cemento y una herrumbrada grúa de propulsión a propano. Lo único malo era que se llegaba hasta allí por un camino de tierra, cubierto ahora de nieve y lodo congelado.

-¿La bomba es muy delicada?

-Las bombas suelen ser muy delicadas, Marvin -señaló Ghosn.

El norteamericano rió con ganas.

-Sí, supongo que sí.

Clark tuvo que armarse de toda su paciencia, para dejar pasar casi tres días, en la suposición de que Holtzman no se dedicaría inmediatamente al caso. Salió de su casa a las ocho y media de la noche y condujo hasta una estación de servicio. Allí esperó a que el empleado le llenara el depósito (detestaba hacerlo personalmente) y se encaminó hacia el teléfono público.

-Sí -dijo Holtzman, al atender la llamada no registrable. Clark no se identificó.

-¿Ha tenido tiempo de estudiar los datos?

-Si, he comprobado la mayor parte. Al parecer, usted tenía razón. Fastidia mucho que la gente le mienta a uno.

-¿Quién fue?

-Yo la llamo Liz. El presidente le dice Elizabeth. ¿Quiere una gratis? -agregó Holtzman.

-Venga.

-Esto es como prueba de mi buena fe. Fowler se la folla. Nadie lo ha informado porque nos parece que no es asunto público.

-Bien hecho -ponderó Clark-. Gracias. Estoy en deuda con usted.

-Dentro de cinco años.

-Ya nos veremos.

Clark colgó, y pensó: «Conque era quien yo pensaba.» Echó otra moneda en el teléfono y tuvo suerte al primer intento. Atendió una voz de mujer.

-¿Sí?

-¿La doctora Caroline Ryan?

-Sí. ¿Quién habla?

-El nombre que usted quería, señora, es Elizabeth Elliot. La asesora presidencial de Seguridad Nacional. -Clark decidió no mencionar la otra parte. No tenía nada que ver con la situación.

-¿Seguro?

-Absolutamente.

-Gracias.

Cathy había hecho que Jack volviera a acostarse temprano. Su esposo se estaba comportando con sensatez. «Bueno, no hay por qué sorprenderse -se dijo ella-. Al fin y al cabo, se casó conmigo.»

La noticia podría haber llegado en mejor momento. Pocos días antes ella había planeado no asistir a la cena oficial, excusándose en su trabajo. Pero ahora...

«¿Cómo hago?»

-Buenos días, Bernie -saludó Cathy Ryan, mientras se restregaba las manos hasta los codos, como de costumbre.

-Hola, Cath. ¿Cómo marchan las cosas?

-Bastante mejor, Bernie.

-¿De veras? -el doctor Katz empezó a lavarse las manos.

-De veras.

-Me alegro de saberlo -comentó el médico, aunque dubitativo.

Cathy terminó y cerró el grifo con los codos.

-En realidad, Bernie, creo que reaccioné muy exageradamente.

-¿Y el tipo que vino a verme? -preguntó Katz, sin levantar la cabeza.

-No era cierto. Ahora no puedo explicártelo. Tal vez en otro momento. Necesito un favor.

-¿Qué necesitas?

-El transplante de córnea que tengo previsto para el miércoles..., ¿puedes hacerlo tú?

-¿Qué ocurre?

-Mañana por la noche Jack y yo tenemos una cena de gala en la Casa Blanca. Es en honor del primer ministro de Finlandia, ¿qué te parece? Es una intervención sencilla. No hay complicaciones, que yo sepa. Esta tarde puedo darte la historia clínica. Será Jenkins quien lo realizará. Yo sólo debía contralar. -Jenkins era un joven brillante.

-Está bien. Lo haré yo.

-Gracias. Quedo en deuda contigo -dijo Cathy y se dirigió hacia la puerta.

El Carmen Vita llegó a Hampton Roads con una hora escasa de retraso. Viró a babor y

prosiguió hacia el sur, pasando ante los muelles de la Marina. El capitán y su piloto, que estaban en el puente de babor, repararon en el portaaviones que en ese momento soltaba amarras; varios cientos de esposas y niños agitaban las manos despidiendo al Theodore Roosevelt. Dos cruceros, dos destructores y una fragata estaban ya en movimiento. El piloto explicó que formaban la pantalla de «el Palo» como la tripulación llamaba al Roosevelt. El capitán, nacido en la India, emitió un gruñido y volvió a sus asuntos. Media hora después, el carguero se aproximaba a su muelle, en el extremo de Terminal Boulevard. Tres remolcadores condujeron al Carmen Vita. Apenas echaron amarras, las grúas empezaron a mover la carga.

-¿Roggen, Colorado? -preguntó el camionero. Abrió su libro de mapas y buscó el sitio-. Sí, ya lo veo.

-¿Cuánto tiempo llevará? -preguntó Russell.

-Son dos mil setecientos kilómetros. O dos días. Cuarenta horas, con suerte. Va a costar mucho.

-¿Cuánto? -preguntó Russell. El camionero le dio su precio-. ¿Aceptas el pago en efectivo?

-Estupendo. Le haré un descuento del diez por ciento. Hacienda nunca se enteraba de los pagos en efectivo.

-La mitad por adelantado. -Russell sacó los billetes-.

La otra mitad, contra entrega. Habrá una buena bonificación si llegas en cuarenta horas.

-Hecho. ¿Qué hago con el contenedor?

-Lo traes directamente aquí. Vamos a recibir más dentro de un mes -mintió Russell-. Podríamos hacer un arreglo permanente.

-Hecho.

Russell volvió con sus amigos, a observar el proceso de descarga desde un cómodo local donde había una cafetería.

El Theodore Roosevelt salió de puerto en tiempo récord y alcanzó los veinte nudos antes de llegar a la boya de altamar. Los aviones ya estaban sobrevolando el lugar, los primeros fueron los «Tomcat F-14», aviones de combate que habían despegado de la base de Oceana. En cuanto tuvo sitio, el portaaviones se enfrentó al viento del norte para iniciar las operaciones de aterrizaje. El primer avión en bajar tenía el doble cero del comandante de grupo: el capitán Robby Jackson. Su «Tomcat» recibió un golpe de viento en la cola y tocó el cable número dos al aterrizar, para fastidio de Jackson. El siguiente aparato, pilotado por el comandante Rafael Sánchez, hizo un aterrizaje perfecto contra el cable número tres. Los dos aviones carretearon hasta detenerse. Jackson abandonó el suyo y corrió a su puesto de observación, para presenciar la llegada de los otros. Así se iniciaba un despliegue: con el comandante del grupo y los comandantes de escuadra contemplando el aterrizaje de sus tropas. Cada maniobra sería filmada y analizada más tarde. El viaje no empezaba bien, se dijo Jackson, mientras sorbía su primer café. Tal como le había informado el air boss con un chisporroteo en los ojos, en esa ocasión no tendría su acostumbrado «0K».

-Eh, capitán, ¿cómo marchan mis chicos? -preguntó Sánchez, tomando asiento detrás de Robby.

-No están mal. Veo que mantienes tu récord, Bud.

-No es difícil, capitán. Basta con vigilar el viento cuando se gira. Vi la ráfaga que lo alcanzó. Lástima que no le advertí.

-El orgullo precede a la caída, comandante -dijo Robby.

Sánchez tenía diecisiete «OK». Tal vez podía ver el viento, se dijo Jackson. Después de setenta minutos sin novedad, el Theodore Roosevelt viró otra vez hacia el este, tomando la gran ruta circular hacia el estrecho de Gibraltar.

El camionero se aseguró de que el contenedor estuviera bien firme en la caja de su camión. Luego subió a la cabina y puso el motor en marcha. Saludó con la mano a Russell, que le devolvió el gesto.

-Sigo pensando que deberíamos seguirlo -dijo Ghosn.

-Se daría cuenta y le llamaría la atención -observó Marvin-. Y si algo sale mal, ¿qué harás? ¿Rellenar el agujero que deje en la autopista? Después de todo, no viajaste detrás del barco, ¿verdad?

-Es cierto.

Ghosn miró a Qati y se encogió de hombros. Luego subieron a su coche para viajar a Charlotte, desde donde tomarían un vuelo directo a Denver.

Jack estuvo listo temprano, como de costumbre, pero Cathy se tomó su tiempo. No estaba habituada a verse en el espejo con un peinado de mujer normal, no de cirujana a quien el peinado le importa un comino. Le había llevado perder dos horas, pero era el precio a pagar. Antes de bajar, sacó dos maletas de su armario y las puso en medio de la habitación.

-Oye, ¿me ayudas con esto? -pidió a su esposo.

-Claro, tesoro. -Ryan tomó el collar de oro y se lo abrochó al cuello. Era el que le había regalado para una Navidad, antes de que naciera el pequeño Jack. Lo acompañaban buenos recuerdos. Dio un paso atrás-. Vuélvete.

Cathy obedeció. Su vestido de fiesta era de seda azul real, que reflejaba la luz como cristal. Jack Ryan no sabía de modas femeninas (le resultaba más fácil entender a los rusos), pero aquello le gustó, cualquiera fuese la moda reinante. El azul intenso del vestido y las alhajas de oro destacaban el rubor de su piel clara y el amarillo del pelo.

-Bonito -comentó-. ¿Lista, cariño?

-Sí, Jack. -Ella le devolvió la sonrisa-. Ve a calentar el motor.

Mientras él iba hacia la cochera, Cathy dio algunas indicaciones a la niñera y se puso las pieles (por lo general, las cirujanas no hacen mucho caso de los defensores de los derechos del animal). Un minuto después siguió a su marido. Jack sacó el auto de la cochera y partieron.

Clark no pudo menos que reír para sus adentros. Ryan aún ignoraba todas las técnicas de contravigilancia. Siguió con la vista las luces traseras del coche, que menguaron hasta desaparecer por completo en el recodo de la carretera. Luego entró por el camino de Ryan.

-¿Usted es el señor Clark? -preguntó la niñera.

-En efecto.

-Están en el dormitorio -indicó la niñera.

-Gracias.

Clark volvió un minuto después. «La mujer típica -pensó-; todas llenan demasiado las maletas.» Ni siquiera Caroline Ryan era perfecta.

-Buenas noches.

-Buenas noches. -La niñera ya estaba absorta en el televisor.

Desde Annapolis, Maryland, hasta el centro de la capital se puede llegar en poco menos de una hora. Ryan echaba de menos el coche oficial, pero su esposa había insistido en que usaran el propio. Cruzaron el portón de la entrada del este para ejecutivos, donde un policía uniformado les indicó el sitio para aparcar. La furgoneta rural parecía algo humilde entre los «Cadillac» y los «Lincoln», pero a Jack no le molestó. Los Ryan ascendieron por la suave pendiente hasta la entrada del ala este, donde el personal del Servicio Secreto verificó sus invitaciones en la lista de invitados y los hizo pasar por el detector de metales. Jack tenía las llaves del coche y la alarma se disparó, provocando una sonrisa azorada.

Por muchas veces que uno visite la Casa Blanca, entrar en ella siempre tiene algo de magia, sobre todo por la noche. Ryan condujo a su esposa hacia el oeste. Cambiaron sus abrigos por tickets numerados junto al pequeño teatro de la Casa Blanca y continuaron la marcha. En el siguiente recodo estaban los habituales tres periodistas de sociales: mujeres sexagenarias, que lo miraban a uno a la cara y tomaban nota; parecían las brujas de Macbeth, porque sonreían con la boca abierta y babeante. Había allí oficiales de todos los servicios militares,

Librodot

ataviados con uniforme de gala («De camareros», se dijo Ryan), esperando para escoltar a los invitados. Como de costumbre, el mejor aspecto lo daban los marinos, con sus corseletes escarlata. Un capitán repulsivamente apuesto les indicó que subieran por la escalera hasta el piso principal. Jack reparó en la mirada de admiración que lanzó a su esposa, pero decidió aceptarla con una sonrisa.

Subieron por la escalera de mármol y una teniente del Ejército los acompañó hasta el Salón del Este. Fueron anunciados (como si alguien estuviera escuchando) y un ujier de librea se acercó con una bandeja de plata cargada de bebidas.

-Mira que debes conducir, Jack -susurró Cathy.

Jack tomó agua mineral con limón. Ella, champán.

El Salón del Este de la Casa Blanca tiene las dimensiones de un pequeño gimnasio. Las paredes están pintadas de blanco marfil y las falsas columnas, decoradas con laminado de oro. En un rincón tocaba un cuarteto de cuerdas; los acompañaba, al piano de cola, un sargento del Ejército que, en opinión de Ryan, tocaba bastante bien. Ya había llegado la mitad de los invitados: los hombres, de corbata negra; las mujeres, de vestidos largos. Sin duda existía gente que se sentía total-mente a gusto en esas reuniones, pero Ryan no era de ésos. Se mezclaron y pronto se encontraron con Bunker, el secretario de Defensa, y Charlotte, su esposa.

-Hola, Jack.

-Hola, Dennis. ¿Conoces a mi esposa?

-Caroline -especificó Cathy, alargando la mano.

-Dime, ¿qué te pareció el partido?

Jack se echó a reír.

-Sé que tú y Brent Talbot reñís asiduamente por esto. Yo nací en Baltimore. Alguien nos robó el equipo.

-No es mucho lo que perdieron, ¿no? Este es nuestro año. -Lo mismo dicen los Vikings.

-Si ganaron a Nueva York fue por pura suerte.

-Si mal no recuerdo, los Raiders les dieron un susto. -Tuvieron suerte -gruñó Bunker-. Los sepultamos en la segunda mitad.

Caroline Ryan y Charlotte Bunker intercambiaron una mirada. ¡Oh, el fútbol! Cathy se volvió. Allí estaba ella. La señora Bunker se alejó mientras los hombres hablaban de cosas de hombres.

Cathy aspiró hondo, preguntándose si había escogido el momento y el lugar adecuado. De cualquier modo, ya no podía detenerse. Dejó a Jack y cruzó el salón, en línea tan recta como el vuelo de un halcón.

La doctora Elizabeth Elliot llevaba un vestido casi idéntico al de la doctora Caroline Ryan. Los cortes y los pliegues eran algo diferentes, pero ambas prendas se parecían tanto que un especialista en modas se habría preguntado si provenían de la misma tienda. Tres hileras de perlas le adornaban el cuello. Estaba conversando con otras dos personas. Al ver la silueta que se aproximaba volvió la cabeza.

-Hola, doctora Elliot. ¿Me recuerda? -preguntó Cathy con una cálida sonrisa.

-¿Nos conocemos?

-Caroline Ryan.

-Lo siento -musitó Liz. Aparte de saber quién era, no sabía nada que pudiera ser interesante-. ¿Conoce a Bob y Libby Holtzman?

-He leído sus artículos -dijo Cathy, estrechando la mano que le tendía Holtzman.

-Siempre halaga que nos lo digan. -El periodista notó la delicadeza de su mano y sintió una punzada de culpabilidad en el brazo. ¿Era ésa la mujer cuyo matrimonio había atacado?-. Le presento a Libby.

-Usted también es periodista -comentó Cathy.

Libby Holtzman era más alta que Cathy; el atuendo destacaba su generoso busto. «Cada una de las suyas vale por las dos mías», se dijo Cathy, tratando de no suspirar. Ese era el tipo

de pechos donde los hombres deseaban posar la cabeza.

-Usted operó a una prima mía hace un año, más o menos -recordó Libby Holtzman-. La madre dice que no hay mejor cirujano en el mundo.

-A los médicos nos encanta que nos lo digan. -Cathy decidió que la señora Holtzman le caía simpática, pese a su exuberancia física.

-Sé que usted es cirujana, pero ¿de dónde nos conocemos? -preguntó Liz Elliot con el despreocupado interés que habría dedicado a un criador de perros.

-En Bennington. Cuando yo cursaba el primer año, usted enseñaba ciencias políticas.

-¿De veras? Me asombra que lo recuerde. -Con eso dejaba en claro que ella no lo recordaba.

-Bueno, ya se sabe cómo son las cosas. -Cathy sonrió-. El primer año de medicina es terrible. Hay que concentrarse en las materias principales. Los cursos accesorios se aprueban con facilidad.

Elliot no cambió de expresión.

-Yo nunca aprobé a nadie con facilidad.

-Claro que sí. Bastaba con repetirle todo. -Cathy sonrió todavía más.

Bob Holtzman sintió la tentación de dar un paso atrás, pero se las compuso para no moverse. Su esposa dilató un poco los ojos, pues captaba las señales con más celeridad que su marido. Acababa de estallar una guerra. Sería más dura que de costumbre.

-¿Qué ha sido del doctor Brooks?

-¿Quién? -preguntó Liz.

Cathy se volvió hacia los Holtzman.

-En los setenta las cosas eran muy diferentes, ¿verdad? La doctora Elliot tenía su licenciatura y el Departamento de Ciencias Políticas era... bueno, radical, en cierto modo. Del tipo progre, ustedes me entienden. -Miró otra vez a Liz-. ¡No puede haberse olvidado de los doctores Brooks y Hemmings! ¿Dónde quedaba esa casa que usted compartía con ellos?

-No lo recuerdo. -Liz se ordenó conservar su autodominio. Todo acabaría en seguida. Pero no podía huir.

-¿No era en aquella esquina de triple mano a pocas calles de la Universidad? Les llamábamos «los hermanos Marx» -explicó Cathy con una risita-. Brooks nunca usaba calcetines... ¡En Vermont! ¡Los resfriados que habrá pillado! Y Hemmings no se lavaba la cabeza. ¡Menudo departamento ése! Por supuesto, el doctor Brooks pasó a Berkeley. Y usted también, para terminar el doctorado. Supongo que le gustaba trabajar a sus órdenes. Dígame, ¿cómo está Bennington ahora?

-Tan bonita como siempre.

-Nunca voy a las reuniones de licenciados -dijo Cathy.

-Yo tampoco, desde hace más de un año -replicó Liz,

-¿Y qué ha sido del doctor Brooks? -insistió Cathy.

-Creo que ahora enseña en Vassar.

-Ah, ¿tiene noticias de él? Apostaría a que sigue tratando de meterse bajo cuanta falda se le cruza por delante. Era un radical. ¿Lo ve con frecuencia?

-Hace un par de años que no nos vemos.

-Nunca comprendí qué veía usted en ellos -comentó Cathy.

-Oh, vamos, Caroline. En aquellos días ya no éramos vírgenes.

Cathy bebió un sorbo de champán.

-Es cierto. Eran otros tiempos y hacíamos cosas muy tontas. Pero yo tuve suerte. Jack me devolvió la honra.

«¡Vaya!», pensó Libby Holtzman.

-Otras no hemos tenido tiempo.

-No sé cómo se las arreglan sin una familia. Yo no soportaría la soledad.

-Al menos, yo no tengo que preocuparme por las infidelidades de mi esposo -fue la glacial observación de Liz, que había sacado su arma, sin saber que ya no estaba cargada.

Librodot

Cathy compuso una expresión divertida.

-Sí, supongo que es una preocupación para muchas mujeres. Afortunadamente, yo no la tengo.

-¿Quién puede estar segura?

-Sólo las tontas dudan. Cuando una conoce a su hombre -explicó Cathy-, sabe de qué es capaz y de qué no.

-Tan segura se siente usted? -preguntó Liz.

-Por supuesto.

-Dicen que la esposa es siempre la última en enterarse. Cathy inclinó la cabeza a un lado.

-¿Es una discusión teórica o está tratando de decirme algo a la cara en lugar de hacerlo a mis espaldas?

«¡Por Dios!» Bob Holtzman se sentía espectador de un combate pugilístico.

-¿Le he dado esa impresión? Oh, lo siento mucho, Caroline.

-No tiene importancia, Liz.

-Disculpe, pero prefiero...

-Yo también tengo el título de profesora, ¿sabe? Soy doctora en Medicina, dicto cátedra en Johns Hopkins y todo eso.

-Tenía entendido que usted era profesora adjunta. La doctora Ryan asintió.

-En efecto. Me ofrecieron un cargo de profesora titular en la Universidad de Virginia, pero requería mudamos de la casa que tanto nos gusta, cambiar a los niños de colegio y, desde luego, habría problemas con la carrera de Jack. Por eso lo rechacé.

-Veo que usted está muy atada.

-Tengo mis responsabilidades, sí, y me gusta trabajar en Hopkins. Estamos haciendo muchas innovaciones y es bueno estar donde se gestan las cosas. Para usted debe de haber sido mucho más fácil venir a Washington, sin nada que la retuviera. Además, ¿qué se puede innovar en ciencias políticas?

-Estoy muy satisfecha de mi vida.

-No lo dudo -replicó Cathy, detectando la grieta y dispuesta a aprovecharla-. Cuando una persona es feliz en su trabajo se nota en seguida.

-¿Y usted, profesora?

-No podría pedir más de la vida. En realidad, entre nosotras hay una sola diferencia -dijo Caroline Ryan.

-¿Cuál es?

-...no sé dónde se ha metido mi esposa -dijo Bunker-. Allí está la tuya, con Liz Elliot y los Holtzman. ¿De qué estarán hablando?

-En casa, por la noche, duermo con un hombre -dijo Cathy con dulzura-. Y lo bueno es que no necesito cambiarle las pilas.

Jack miró a su esposa y a Elizabeh Elliot, cuyo collar de perlas pareció tornarse pardo en contraste con su palidez. Su esposa era más baja que la asesora presidencial y parecía una enana junto a Libby Holtzman, pero ante lo que acababa de ocurrir, fuera lo que demonios fuese, Cathy se mantenía firme como una mamá oso con la presa, sin apartar los ojos de Elliot. El se acercó para averiguar cuál era el problema.

-Hola, cariño.

-Hola, Jack -dijo Cathy, con los ojos clavados en su objetivo-. ¿Conoces a Bob y a Libby?

-Hola. -Ryan les estrechó la mano, recibiendo de ellos unas miradas cuyo sentido sólo podía suponer. La señora Holtzman parecía a punto de estallar, pero aspiró hondo y se contuvo.

-¿Usted es el afortunado que se ha casado con esta mujer? -preguntó Libby.

Ese comentario hizo que Elliot fuera la primera en retirarse de la confrontación.

-En realidad, creo que fue ella quien se casó conmigo -dijo Jack tras un momento de confusión.

-Disculpadme... -murmuró Elliot, abandonando el campo de batalla con la mayor dignidad

posible.

Cathy cogió a Jack del bracete y lo guió hacia el rincón del piano.

-¿A qué diablos vino todo eso? -preguntó Libby Holtzman a su marido, aunque creía haber adivinado la mayor parte. Estaba casi ahogada por el esfuerzo de reprimir la risa.

-Todo eso, querida, vino porque yo falté a una regla de ética. ¿Y sabes una cosa?

-Hiciste lo correcto -anunció Libby-. ¡Conque los hermanos Marx! ¡La esquina de triple mano! Liz Elliot, la Reina Radical de los Blancos, Anglosajones y Protestantes. ¡Dios mío!

-Me duele horriblemente la cabeza, Jack. De veras -susurró Cathy a su esposo.

-¿Tanto?

Ella asintió.

-¿Podemos salir de aquí antes de que me den náuseas?

-De este tipo de reuniones no se sale así como así, Cathy -señaló Jack.

-¿Cómo que no?

-¿De qué hablabas con Liz?

-No creo que me guste mucho esa mujer.

-No eres la única. Bien, vamos.

Ambos se encaminaron hacia la puerta. El capitán del Ejército que vigilaba las escaleras se mostró muy comprensivo y, cinco minutos después, estaban afuera. Jack ayudó a su esposa a entrar en el coche y bajaron por el sendero hacia Pennsylvania Avenue.

-Sigue recto -dijo Cathy.

-Pero...

-Sigue recto, Jack. -Era su voz de cirujana, la que usaba para indicar a la gente lo que debía hacer. Ryan pasó de largo por Lafayette Park-. Ahora gira a la izquierda.

-¿Adónde vamos?

-Ahora, a la derecha. Y a la izquierda, por esa entrada. -Pero...

-Por favor, Jack -susurró ella.

El portero del «Hotel Hay Adams» la ayudó a descender. Jack entregó las llaves al encargado del aparcamiento y siguió a su esposa al interior. Vio que el conserje le entregaba una llave y ella corría hacia los ascensores El la siguió hasta una suite.

-¿Qué pasa, Cathy?

-Jack... hay demasiado tiempo para el trabajo, demasiado tiempo para los niños y muy poco para nosotros. Esta noche, querido mío, hay tiempo para nosotros.

Le echó los brazos al cuello y su esposo no pudo hacer otra cosa que besarla. Ella le dio la llave.

-Abre la puerta antes de que asustemos a alguien.

-Pero ¿qué...?

-Cállate, Jack. Por favor.

-Sí, querida. -Ryan entró con su esposa en la suite.

Cathy se alegró al ver que sus instrucciones habían sido llevadas a cabo con la perfección de que era capaz el personal de aquel excelente hotel. En la mesa había una cena ligera, y una botella de Moét frío. Dejó caer su abrigo en el sofá, segura de que todo lo demás estaría como debía estar.

-¿Podrías servir el champán? Vuelvo en un momento. Tal vez quieras quitarte el abrigo y relajarte -dijo por sobre el hombro mientras iba hacia el dormitorio.

-Claro -dijo Jack, para sí mismo.

No sabía qué estaba pasando ni qué proyectaba Cathy, pero tampoco le interesaba mucho. Después de dejar la chaqueta del esmoquin sobre el visón de su mujer, retiró el papel de aluminio de la botella, quitó el alambre y la descorchó con suavidad. Llenó dos copas y puso otra vez la botella en el baldecillo de plata. A continuación se acercó a la ventana para contemplar la Casa Blanca. No oyó a su esposa que volvía a la habitación, pero percibió un cambio en el aire. Cuando se volvió ella estaba allí, de pie en el vano de la puerta.

Era la segunda vez que se lo ponía: un camisón de seda blanca, largo hasta el suelo. La

Librodot

primera vez había sido para la noche de bodas. Cathy avanzó sobre la alfombra hacia su esposo, deslizándose como una aparición.

-Al parecer se te ha pasado el dolor de cabeza.

-Pero tengo sed -replicó Cathy, sonriéndole.

-Creo que tengo la solución.

Jack levantó la copa y la acercó a los labios de su esposa. Ella bebió un sorbo y la llevó hacia la boca de él.

-¿Tienes hambre?

-No.

Se recostó contra él, tomándole las manos.

-Te amo, Jack. ¿Vamos?

Jack la hizo girar y caminó tras ella, teniéndola de la cintura. La cama ya estaba abierta y la luz, apagada. Por las ventanas entraba a torrentes el fulgor de la Casa Blanca.

-¿Te acuerdas de la primera vez, de la noche de bodas? Jack rió entre dientes.

-Me acuerdo de ambas, Cathy.

-Esta será otra primera vez, Jack. -Llevó las manos a su espalda para quitarle el corselete. El siguió su ejemplo. Cuando estuvo desnudo, ella lo abrazó con tanta fiereza como pudo, haciendo susurrar la seda del camisón contra su piel-. Acuéstate.

-Estás más hermosa que nunca, Cathy.

-No quiero que nadie te aleje de mí.

Cathy se reunió con él en la cama. Ambos estaban listos. Caroline se subió el camisón hasta la cintura y montó sobre él; después dejó que la prenda cayera a su alrededor. Las manos de Jack le buscaron los pechos. Ella las retuvo allí, meciéndose sobre él, sabiendo que él no podría entretenerse mucho tiempo; ella tampoco podía.

Jack, pensando que ningún hombre merecía tanta suerte, hacía esfuerzos por dominarse; aunque fracasó vergonzosamente, recibió como recompensa una sonrisa que casi le partió el corazón.

-No ha estado mal -dijo Cathy un minuto después, besándole las manos.

-Estoy fuera de práctica.

-La noche es joven -repuso ella, tendiéndose a su lado-, y ha sido lo mejor que he conseguido en bastante tiempo. ¿Tienes hambre?

Ryan miró a su alrededor.

-Yo... eh...

-Espera. -Cathy se levantó para traer una bata de baño con el logotipo del hotel-. No quiero que te enfríes.

La cena discurrió en silencio. No había nada que decir y, durante la hora siguiente, ambos fingieron silenciosamente que volvían a tener veinte años, la juventud necesaria para experimentar con el amor, para explorarlo como un mundo nuevo y maravilloso, donde todos los recodos del camino revelaban algo nunca visto antes. Jack se dijo que había pasado demasiado tiempo, pero desechó la idea, con la mente final-mente distendida. Terminado el postre, sirvió el resto del champán.

-Debo dejar de beber. -«Pero esta noche no», pensó. Cathy vació su copa y la dejó en la mesa.

-No te hará daño abandonar la bebida, pero no eres un alcohólico. La semana pasada quedó demostrado. Necesitabas descanso y has descansado. Ahora quiero más de ti.

-Si queda algo.

Cathy se puso de pie y le tomó la mano.

-Todavía queda mucho.

En esa ocasión fue Jack quien tomó la iniciativa. Una vez en el dormitorio, se inclinó para recogerle el camisón y quitárselo por la cabeza. Luego dejó caer su bata al suelo, junto a la seda.

El primer beso duró una eternidad. El la levantó en los brazos para tenderla en la cama y,

luego, se reunió con ella. Ninguno de los dos había perdido la urgencia. Se subió sobre ella, sintiendo su calor debajo y alrededor de él. Actuó un poco mejor; logró contenerse hasta que ella arqueó la espalda y su rostro expresó ese curioso dolor que todo hombre desea dar su mujer. Al terminar, Jack pasó los brazos bajo su espalda la levantó de la cama, estrechándola contra su cara. A Cathy le encantaba que lo hiciera; le encantaba casi tanto la fuerza de su hombre como su bondad. Por fin todo terminó y él se tendió a su lado. Cathy lo atrajo hacia sí, con la cara contra sus pequeños pechos.

-No te ocurría nada malo -le susurró al oído.

Lo que sucedió a continuación no la pilló por sorpresa conocía demasiado bien a ese hombre, aunque había cometido la estupidez de olvidarlo por un momento. Ojalá pudiera perdonarse algún día ese olvido. El cuerpo de Jack se sacudió con los sollozos. Cathy lo abrazó con fuerza, sintiendo que las lágrimas humedecían sus pechos. ¡Qué hombre bueno y fuerte!

-He sido un fracaso como esposo y como padre.

Ella le apoyó la mejilla contra la cabeza.

-Ninguno de los dos ha destacado mucho últimamente, Jack. Pero ya ha pasado.

-Sí. -El le besó un pecho-. ¿Cómo fue que te conseguí?

-Me ganaste, Jack. En la gran lotería de la vida, me ganaste. Y yo te gané a ti. ¿No crees que los esposos se merecen mutuamente? En el trabajo veo a tantos que no lo consiguen... Tal vez porque no se esfuerzan o, simplemente, se olvidan.

-¿Se olvidan de qué?

«De lo que yo estuve a punto de olvidar», pensó Cathy, y dijo:

-En la riqueza y en la pobreza; para bien o para mal; en la salud y en la enfermedad, mientras nos dure la vida. ¿Te acuerdas? Yo también hice esa promesa, Jack. Conozco tu bondad, y es mucha. La semana anterior me porté contigo como una bruja. Perdona todas las cosas horribles que hice, lo hemos superado.

Al fin cesaron los sollozos.

-Gracias, cariño.

-Gracias a ti, Jack. -Ella le deslizó un dedo por la espalda.

-¿Qué quieres decir? -El levantó la cabeza para verle la cara. Recibió otra sonrisa, esa suave sonrisa que las mujeres reservan para el marido.

-Creo que sí. Tal vez sea otra niña.

-Me gustaría.

-Ahora, duerme.

-Un momento.

Jack se levantó para ir al lavabo; luego pasó a la sala y volvió. Diez minutos después estaba inmóvil. Cathy se levantó para ponerse el camisón y, al volver del lavabo, canceló el pedido de Jack de que los despertaran temprano. Fue ella, entonces, quien contempló por las ventanas el hogar del presidente. El mundo nunca le había parecido tan bonito. Ahora, si lograba que Jack dejara de trabajar para esa gente...

El camión se detuvo para repostar combustible en Lexington, Kentucky. El conductor hizo una pausa de diez minutos para desayunar café y tarta (un buen desayuno era el mejor modo de mantenerse despierto en la carretera) y continuó la marcha. La bonificación de mil dólares sonaba muy bonita, pero para conseguirla tenía que cruzar el Mississippi antes de que en St. Louis fuera la hora punta.

XXXI. DANZARINES

Ryan supo que era demasiado tarde cuando lo despertó el ruido del tráfico y vio las

ventanas inundadas de luz. Su reloj marcaba las ocho y cuarto. Eso casi le provocó un ataque de pánico, pero ya era demasiado tarde. Se levantó para ir a la salita. Su esposa estaba bebiendo el café de la mañana.

-¿Hoy no trabajas?

-Tenía que asistir a una intervención que ha empezado hace unos minutos, pero Bernie me remplaza. Creo que deberías ponerte algo de ropa.

-¿Cómo llego al trabajo?

-John vendrá a buscarte a las nueve.

-Bien.

Ryan fue al lavabo. En el trayecto miró en el armario y vio un traje con su camisa y su corbata. Su mujer lo había planeado todo con cuidado. Sonrió. Nunca había pensado que Cathy fuera una conspiradora tan magistral. Hacia las nueve menos veinte estaba duchado y afeitado.

-Tengo una cita a las once, aquí enfrente.

-No lo sabía. Saluda de mi parte a esa zorra de la Elliot. -Cathy sonrió.

-A ti tampoco te gusta mucho, ¿verdad?

-No hay mucho que apreciar. Como profesora no valía nada y no es tan sagaz como cree. Tiene graves problemas de personalidad.

-Ya me he dado cuenta. No me tiene mucha simpatía.

-Sí, eso me pareció. Ayer tuvimos una pequeña escaramuza. Creo que gané --observó Cathy.

-¿De qué trató?

-Oh, cosas de mujeres. -Hizo una pausa-. ¿Jack...?

-¿Sí, cariño?

-Creo que es hora de que te vayas.

-Tienes razón. Todavía tengo un par de cosas que hacer, pero cuando termine...

-¿Cuánto tiempo?

-Dos meses de vacaciones. No puedo irme, cariño. Fui designado por el presidente con la aprobación del Senado, ¿recuerdas? Un cargo así no puedes abandonarlo por las buenas; sería una especie de deserción. Hay reglas que respetar.

Cathy asintió. De cualquier modo, ya había ganado.

-Comprendo, Jack. Con dos meses estará bien. ¿Qué te gustaría hacer?

-Podría conseguir un trabajo de investigación casi en cualquier parte. En el Centro de Estudios Estratégicos Internacionales, en el Heritage, tal vez en el Centro Johns Hopkins para Estudios Internacionnales Avanzados. En Inglaterra estuve hablando con Basil. Cuando se llega a este nivel uno nunca se va del todo. Hum, hasta podría escribir otro libro...

-Comenzaremos con unas buenas vacaciones, cuando los niños terminen las clases.

-Pero...

-El embarazo todavía no estará muy avanzado, Jack.

-Te parece que anoche sucedió?

Ella arqueó los ojos con picardía.

-El momento era bastante apropiado y tuviste dos oportunidades, ¿no? ¿Qué pasa? ¿Te sientes usado?

-Me han usado de modos mucho peores. -Jack sonrió.

-¿Nos vemos esta noche?

-¿Nunca te dije lo mucho que me gusta ese camisón?

-¿Mi vestido de novia? Es un poco formal, pero causó el efecto deseado. Lástima que no tengamos tiempo ahora. Jack decidió marcharse antes de que le fuera imposible.

-Sí, cariño, pero tengo que trabajar y tú también.

-Ohhhh -suspiró Cathy, juguetona.

-No puedo decir al presidente que llego tarde porque estaba revolcándome con mi esposa en la acera de enfrente.

-Se acercó para besarla-. Gracias, querida.

-Ha sido un placer.

Al salir por la puerta de la calle, Ryan vio que Clark lo esperaba en la entrada para coches. Subió de inmediato.

-Buenos días, doctor.

-Hola, John. Sólo cometiste un error.

-¿Cuál?

-¿Cómo es que Cathy sabía tu nombre?

-Usted no tiene por qué enterarse -replicó Clark, entregándole la caja de despachos-. Caramba, a veces a mí también me gustan los secretos.

-Estoy seguro de que violaste alguna ley.

-Vaya. -Clark arrancó-. ¿Cuándo autorizan lo de México?

-Para eso voy a la Casa Blanca.

-¿A las once?

-Qué remedio, John.

Era gratificante comprobar que la CIA podía funcionar sin su presencia. Al llegar al séptimo piso, Ryan comprobó que todos estaban trabajando. Hasta Marcus se encontraba en su puesto.

-¿Listo para el viaje? -preguntó Jack al director.

-Sí, salgo esta noche. Estación Japón está preparando la entrevista con Lyalin.

-Por favor, Marcus, no olvide que lo llamamos agente Mushashi y que su información es Niitaka. No es aconsejable utilizar su nombre verdadero, ni siquiera aquí.

-Entiendo. ¿Vas a ver al presidente por lo de México?

-En efecto.

-Me gusta el modo en que lo has organizado.

-Gracias, Marcus, pero el mérito es de Clark y Chávez. ¿Aceptas una sugerencia? -preguntó Jack.

-Adelante.

-¿Por qué no los pones otra vez en Operaciones?

-Si sacan esto adelante, el presidente estará de acuerdo. Y yo también.

-Es justo.

Eso había resultado muy fácil. Jack se preguntó por qué.

El doctor Kaminiski estudió las radiografías y se maldijo por el error cometido el día anterior. Parecía imposible, pero...

Tendría que hacer algunas pruebas adicionales, pero primero pasó una hora buscando a su colega, el sirio. El paciente fue trasladado a otro hospital que contaba con una habitación laminada. Aunque Kaminiski se equivocara, había que aislarlo por completo.

Russell puso en marcha la grúa y dedicó varios minutos a estudiar los mandos. No sabía para qué la había instalado el propietario anterior, pero eso no tenía importancia. En los tanques de propano había aún presión suficiente. Volvió a la casa.

En Colorado la gente era muy cordial. Los distribuidores de periódicos ya habían instalado las cajas de recepción en el extremo del camino. Russell tenía un diario para leer mientras tomaba el café. Un momento después cayó en la cuenta de que eso era muy grato.

-Oh-oh -musitó por lo bajo.

-¿Qué problema tienes, Marvin?

-Es la primera vez que lo veo. Los seguidores de los Vikings proyectan ir en caravana; más de mil coches y autobuses. Maldición, eso arruinará las carreteras. -Y volvió la página para leer el pronóstico meteorológico.

Librodot

-¿Qué quieres decir?

-Tienen que venir por la I-76 para llegar a Denver. Eso complicará las cosas. Nos conviene llegar alrededor de mediodía, tal vez algo después... más o menos a la misma hora en que llegará la caravana.

-¿Qué caravana? ¿Qué transporta? -preguntó Qati.

-No es una caravana de verdad -explicó Russell-, sino... un desfile de vehículos. Los fanáticos de Minnesota han apostado mucho. Sugiero que busquemos un motel cerca del aeropuerto. ¿A qué hora sale el avión? -Hizo una pausa-. Vaya, creo que no estoy pensando con claridad, ¿no?

-¿Qué quieres decir? -repitió Ghosn.

-El clima -replicó Russell-. Estamos en Colorado y es invierno. ¿Y si nevara otra vez? -Recorrió la página con la vista. «Oh-oh...»

-¿Sería difícil conducir?

-En efecto. Conviene reservar habitaciones en un motel junto al aeropuerto. Podemos viajar la noche antes... o reservar las habitaciones por dos o tres noches, para que no haya sospechas. Por Dios, espero que haya alojamiento disponible.

Russell se acercó al teléfono y hojeó las páginas amarillas. Al tercer intento consiguió una habitación con dos camas dobles en un motel pequeño, a kilómetro y medio del aeropuerto. Tuvo que señarlo con una tarjeta de crédito que hasta el momento había logrado no usar. No le gustaba dejar papeles en su camino.

-Buenos días, Liz. -Ryan entró en la oficina y se sentó-. ¿Cómo está?

A la asesora de Seguridad Nacional le disgustaban las pullas como a cualquiera. La mujer de aquel malnacido la había vapuleado en público, ¡delante de unos periodistas! No sabía si Ryan tenía algo que ver o no, pero sin duda se había reído bastante la noche anterior. Peor aún: lo que decía su maldita mujerzuela también valía para Bob Fowler. Así lo había interpretado el presidente al enterarse, la noche anterior.

-¿Listo para el informe?

-Sí.

-Adelante. -Dejaría que Bob se encargara de eso.

Helen D'Agustino vio a los dos funcionarios que entraban en el Despacho Oval. Le habían contado el episodio, por supuesto. Un agente del Servicio Secreto lo había oído todo; el cruel castigo suministrado a la doctora Elliot era ya tema de varias risillas discretas.

-Buenos días, señor presidente -oyó decir a Ryan al cerrarse la puerta.

-Lo que pensamos hacer es bastante sencillo, señor. Dos agentes de la CIA estarán en México, en el aeropuerto, donde pasarán por personal de mantenimiento. Se ocuparán de las tareas habituales: vaciar ceniceros y limpiar los lavabos. Antes de retirarse pondrán algunos arreglos florales en el salón de arriba; disimulados entre las flores habrá micrófonos como éste. -Ryan sacó la varilla plástica del bolsillo y se la entregó-. Estos objetos transmitirán lo que reciban a un transmisor oculto en una botella, que emitirá una señal multicanal de altísima frecuencia fuera del avión. En curso paralelo al del «747» volarán otros tres aviones, a fin de recibir esa señal. En el «747» habrá otro receptor, con un magnetófono a cinta, para reforzar la comunicación aire-aire y como cobertura para la operación. Si lo encuentran parecerá que los micrófonos han sido puestos por los periodistas que acompañan al primer ministro. No creemos que ocurra desde luego. En Dulles tenemos agentes que recuperarán nuestros artefactos. La transmisión electrónica será procesada y las transcripciones estarán en sus manos pocas horas después de que aterrice el aparato.

-Muy bien. ¿Qué posibilidades de éxito hay? -preguntó el jefe de personal, Arnold van Damm. El tenía que estar presente, por supuesto. Esa operación era un ejercicio político, antes

que un asunto de Estado. El riesgo político era grande, tanto como las ventajas del éxito.

-Una operación de esta naturaleza no ofrece garantías, señor. Si los japoneses hablan del asunto, es probable que nos enteremos. Pero podrían no mencionarlo. Todo el equipo ha sido puesto a prueba. Funciona. El agente que se encarga tiene mucha experiencia y ha realizado misiones.

-¿Por ejemplo? -preguntó Van Damm.

-La esposa y la hija de Gerasimov, hace unos años. -Ryan dedicó un minuto o dos a las explicaciones.

-¿Y vale la pena correr el riesgo? -preguntó Fowler. Ryan se sorprendió bastante.

-Esa decisión le corresponde a usted, señor.

-Pero le pido una opinión.

-Bien, señor. Creo que vale la pena. Los datos recibidos de Niitaka demuestran una considerable arrogancia de parte de ellos. Una operación como ésta podría actuar como shock induciéndolos a jugar con nosotros honestamente.

-¿Apruebas nuestra política comercial con Japón? -preguntó Van Damm, tan sorprendido como Ryan un momento antes.

-Que yo la apruebe o no, no viene al caso. Pero la respuesta a tu pregunta es «sí».

El jefe de personal no disimuló su asombro.

-Pero el Gobierno anterior... ¿cómo es que nunca lo dijiste?

-Nunca me lo preguntaste, Arnie. Recuerda que yo no formulo la política gubernamental. Soy espía. Hago lo que ustedes me ordenan, siempre que sea legal.

-¿Y está satisfecho con la legalidad de esta operación? -preguntó Fowler con una sonrisa apenas disimulada. -El abogado es usted, señor presidente, no yo. Si no conozco los detalles técnico-legales (y en este caso no los conozco), debo suponer que usted, no me está ordenando que viole la ley.

-No he visto mejor número de danza desde que el ballet de Kirov actuó en el Kennedy Center, el verano pasado -comentó Van Damm, riendo.

-Usted conoce todos los movimientos, Ryan. Cuenta con mi aprobación -dijo Fowler, al cabo de una breve pausa-. Si obtenemos lo esperado, ¿qué pasará?

-Tendremos que estudiar eso con los del Departamento de Estado -anunció Liz Elliot.

-Eso es potencialmente peligroso -observó Ryan-. Los japoneses han contratado a muchas personas del sector de negociaciones comerciales. Debemos suponer que tienen gente infiltrada.

-¿Espionaje comercial? -preguntó Fowler.

-Claro, ¿por qué no? Niitaka nos ha dado evidencias firmes de que existe. Si yo fuera un burócrata deseoso de abandonar mi cargo para ganar medio millón anual representándolos (y es algo que muchos hacen), ¿cómo haría para demostrarles que soy potencialmente valioso? Lo haría tal como lo hacen los funcionarios o los espías soviéticos que se nos ofrecen: presentando algo sustancioso como anticipo. Es ilegal, pero no dedicamos fondos a estudiar el problema. Por ese motivo, dar a conocer la información de esta operación es muy peligroso. Obviamente, hará falta la opinión del secretario Talbot y de algunos más, pero yo me cuidaría mucho de divulgarlo más. Recuerde que si usted dice al primer ministro que está enterado de lo que él dijo, en caso de que lo haya dicho en un solo lugar, se corre el riesgo de comprometer esta técnica para recoger información.

El presidente enarcó una ceja.

-¿Haremos que parezca una filtración de México? -preguntó Van Damm.

-Es la treta obvia -concordó Ryan.

-¿Y si lo encaro directamente? -preguntó Fowler.

-Es un poco difícil ganarle a un fuel puro, señor presidente. Y si esto se supiera, el Congreso estallaría. Es uno de mis problemas. Estoy obligado a analizar este operativo con Al Trent y Sam Fellows. Sam estará de acuerdo, pero Al detesta a los japoneses por motivos políticos.

Librodot

-Yo podría ordenarle a usted que no le informara...

-Ésa es una ley que no puedo violar por ningún motivo, señor.

-Tal vez tenga que darle esa orden -observó Fowler.

Ryan volvió a sorprenderse. Tanto él como el presidente sabían cuáles eran las consecuencias de esa orden: justo lo que Cathy pensaba. En realidad, sería una buena excusa para renunciar a su cargo.

-Bueno, tal vez no sea necesario. Estoy cansado de seguir el juego a los japoneses. Hicieron un trato y lo tendrán que respetar, si no quieren vérselas con un presidente iracundo. Peor aún; la idea de que alguien pueda sobornar tan venalmente al primer ministro de un país me parece despreciable. ¡Detesto la corrupción!

-Bien dicho, jefe -comentó Van Damm-. Además, a los votantes les gustará.

-Ese malnacido -prosiguió Fowler, al cabo de un momento. Ryan se preguntaba hasta qué punto fingía-. Me dice que vendrá a solucionar unos pocos detalles y para ampliar las relaciones, pero en realidad quiere faltar a su palabra. Bueno, ya veremos. Creo que esta vez sabrá con quién trata. -Cesó el discurso-. Anoche no lo vi en la fiesta, Ryan.

-Mi esposa tenía dolor de cabeza, señor. Tuvimos que retirarnos. Lo siento.

-¿Ya está mejor?

-Sí, señor. Gracias.

-Ponga a su gente a trabajar en esto.

Ryan se levantó.

-De acuerdo, señor presidente.

Van Damm lo acompañó hasta la entrada del oeste.

-Buen trabajo, Jack.

-Por Dios, ¿empiezo a gustarles? -preguntó Jack, con ironía, pues la entrevista había discurrido demasiado bien.

-No sé qué pasó anoche, pero Liz está enojadísima con tu esposa.

-Hablaron de algo, pero no sé de qué.

-Jack... ¿quieres saberlo directamente? -preguntó Van Damm.

Ryan comprendió que lo de acompañarlo hasta la puerta era ex profeso. Y el simbolismo resultaba muy explícito.

-¿Cuándo, Arnie?

-Me gustaría decir que es cuestión de negocios, nada personal, pero es personal. Lo siento mucho, Jack, pero a veces ocurre. El presidente te despedirá con todos los honores.

-Muy amable de su parte -replicó Jack, al desgaire.

-Hice lo posible, Jack. Tú sabes que me caes bien. Pero así son las cosas.

-Me iré sin decir nada, pero...

-Ya sé; nadie te disparará por la espalda cuando te vayas ni después. Se te consultará periódicamente y tal vez se te encarguen algunas misiones especiales, cuestiones de enlace. Será una salida honrosa, Jack; tienes mi palabra de honor y la del presidente. No es mal tipo, de veras. El muy bastardo es testarudo y muy político, pero también honrado como el que más. Lo que ocurre es que tú y él pansáis diferente... y él es el presidente.

Jack habría podido decir que la marca distintiva de la honestidad intelectual era la consulta a puntos de vista diferentes. En cambio dijo:

-Me iré sin ruido, como te dije. Hace demasiado que estoy en esto. Es hora de relajarme un poco, oler las rosas y jugar con los niños.

-Buen chico. -Van Damm le dio unas palmaditas en el brazo-. Si este trabajo sale bien, el jefe te hará un discurso de despedida brillante. Hasta lo encargaremos a Callie Weston.

-Eres un profesional de la caricia, Arnie. Ryan le estrechó la mano y se dirigió a su coche. Su sonrisa habría sorprendido a Van Damm.

-¿Tienes que hacerlo de ese modo?

Librodot

-Pese a las diferencias teóricas, Elizabeth, Ryan ha servido bien a su país. Estoy en desacuerdo con él con respecto a muchas cosas, pero nunca me ha mentido y siempre trató de darme buenos consejos -replicó Fowler, contemplando el micrófono de plástico. De pronto se preguntó si estaría en funcionamiento.

-Ya te he contado lo que ocurrió anoche.

-Se hará lo que deseas. Ryan se va. Pero a este nivel no se arroja a la gente a la calle: se hace de una manera civilizada y honorable. Cualquier otra cosa es mezquina y políticamente estúpida, decididamente. Estoy de acuerdo contigo en que es un dinosaurio, pero hasta a los dinosaurios se los pone en un buen lugar en los museos.

-Pero...

-Basta. Anoche discutiste con su esposa, lo sé. Lo siento, pero ¿quién puede penalizar a un hombre por lo que hace su esposa?

-¡Tengo derecho a que me apoyes, Bob!

A Fowler no le gustó eso, pero contestó razonablemente: -Y te apoyo, Elizabeth. Pero éste no es momento ni lugar para este tipo de discusiones.

Marcus Cabot llegó a la base Andrews justo después del almuerzo, para viajar a Corea. Las comodidades eran más lujosas de lo que parecía. El aparato era un «Starlifter C-141 B» de la Fuerza Aérea, con cuatro motores y un extraño Fuselaje viperino. En la zona de carga había una especie de casa rodante completa: con cocina, sala y dormitorios. También estaba muy bien aislada, porque el «C-141» era un aparato muy ruidoso, sobre todo en popa. Salió por la puerta frontal para saludar a la tripulación de vuelo. El piloto era un capitán rubio, de unos treinta años. En realidad, había dos tripulaciones completas, porque el vuelo sería largo, con una escala en la base Travis, de California, para repostar combustible, seguida de tres abastecimientos en vuelo sobre el Pacífico. También sería singularmente aburrido; decidió dormir todo lo posible. Se preguntó si valía la pena trabajar para el Gobierno; saber que Ryan se iría pronto (Arnold van Damm se lo había comunicado; no mejoraba su opinión. El director de la CIA se puso el cinturón de seguridad y empezó a estudiar sus documentos. Un recluta de la Fuerza Aérea le ofreció una copa de vino, que él comenzó a beber mientras el aparato carreteaba por la pista.

Esa misma tarde, John Clark y Domingo Chávez abordaron su vuelo a Ciudad de México. Al mayor le parecía que era mejor asentarse y aclimatarse. México era otra metrópoli de gran altitud, cuyo aire viciado empeoraba debido a la contaminación ambiental. El equipo para la misión estaba cuidadosamente guardado y no esperaban problemas con la aduana Ninguno de los dos iba armado, por supuesto; para esa tipo de misión no hacía falta.

El camión se desvió de la interestatal exactamente treinta y ocho horas y cuarenta minutos después de abandonar la terminal de carga de Norfolk. Esa fue la parte fácil. Hicieron falta quince minutos y toda la habilidad del conductor para retroceder hasta la plataforma de cemento, ante el granero. El sol cálido había derretido la nieve, dejando quince centímetros de lodo pegajoso que casi le impidieron completar la maniobra. Al tercer intento lo consiguió. El camionero bajó de un salto y volvió a la plataforma.

-¿Cómo se abre esto? -preguntó Russell.

-Le mostraré. -El conductor se entretuvo un momento en quitarse el barro de las botas. Luego abrió el cerrojo del contenedor-. ¿Necesita ayuda para descargar?

-No, lo haré yo mismo. En la casa hay café.

-Gracias, señor. Una taza me caería bien.

-Bueno, ha sido fácil -dijo Russell a Qati, mientras seguían al camionero con la vista.

Librodot

Marvin abrió las puertas y vio una sola caja grande, con la inscripción «sonyu» en los cuatro lados; las flechas indicaban qué lado debía estar arriba y la imagen de una copa de champán informaba que el contenido era frágil. Estaba posada en una plataforma de madera. Marvin retiró las grapas que la sujetaban en su sitio y puso la grúa en marcha. La tarea de retirar la bomba y llevarla al granero llevó un par de minutos más. Russell apagó la grúa y cubrió la caja con una tela impermeable. Cuando volvió el camionero, el camión ya estaba nuevamente cerrado.

-Bien, te has ganado la bonificación -dijo Marvin, entregándole el efectivo.

El conductor contó los billetes. Ahora tenía que seguir hasta Norfolk, pero antes se detendría en el alojamiento más cercano para dormir ocho horas.

-Ha sido un placer trabajar para usted, señor. ¿Dice que dentro de un mes podría tener otro trabajo para mí? -En efecto.

-Aquí pone dónde puede llamarme. -El hombre le entregó una tarjeta.

-¿Vuelves en seguida a Norfolk?

-Después de dormir un poco. Acabo de oír por radio que mañana por la noche va a nevar. Dicen que será una nevada grande.

-Es la temporada, ¿no?

-Por supuesto. Hasta la vista, señor.

-Cuídate, tío -saludó Russell, estrechándole la mano una vez más.

-Dejarlo ir es un error -comentó Ghosn al comandante.

-No lo creo. Al fin y al cabo, sólo ha visto a Marvin.

-Cierto.

-¿La has revisado? -preguntó Qati.

-El embalaje no presenta daños. Mañana haré una inspección más detallada. Yo diría que estamos casi listos.

-Sí.

-¿Quieres primero la buena noticia o la mala? -preguntó Jack.

-Primero la buena -dijo Cathy.

-Me piden que renuncie a mi puesto.

-¿Y la mala?

-Quieren que vuelva de vez en cuando para asesorarlos.

-¿Es eso lo que tú quieres?

-Este trabajo se le mete a uno en la sangre, Cathy. ¿Te gustaría retirarte de Hopkins y ser sólo una médica con consulta, pacientes y gafas que recetar?

-¿Con qué frecuencia?

-Un par de veces al año, tal vez. Hay aspectos especiales que yo conozco bien. Nada regular.

-Creo que es justo. Y no, yo no podría renunciar a la cátedra. ¿Cuándo te marchas?

-Primero tengo que acabar con dos cosas. Después elegiremos a alguien para el trabajo... -«Podrían ser los Foley, -pensó Jack-, pero ¿cuál de ellos?»

-Control, aquí sonar.

-Sí, aquí control -respondió el navegador.

-Señor, tengo un posible contacto rumbo 2-9-5, muy débil, pero persistente.

-Voy hacia allá. -La distancia a la sala de sonar era de cinco pasos breves-. Muéstreme.

-Aquí, señor. -El operador señaló una línea en la pantalla. Aunque difusa, estaba compuesta por discretos puntos amarillos en una frecuencia específica; al moverse la escala de tiempo verticalmente hacia arriba aparecían más puntos, regulares sólo en cuanto parecían formar una línea vaga. La única modificación en la línea era un leve cambio de dirección-.

Librodot

Todavía no sé qué es.

-Dígame qué no es.

-No es un contacto de superficie y no creo que sea tampoco ruido casual, señor. -El suboficial la señaló hasta lo alto de la pantalla con un lápiz de grasa-. Más o menos aquí decidí que podía ser algo.

-¿Qué más tiene?

-El «Sierra-15», zaquí, es un buque mercante que va hacia el sudeste, muy lejos de nosotros. Este es el tercer contacto que hemos rastreado desde antes del cambio de guardia. Y eso es todo, señor Pitney. Creo que el mar está demasiado agitado como para que los pescadores hayan llegado hasta aquí.

El teniente Pitney dio un golpecito en la pantalla.

-Desígnelo «Sierra-l6»; haré que comiencen a rastrearlo. ¿Cómo está el agua?

-El canal profundo parece en muy buenas condiciones, señor. Pero la superficie está algo agitada. Esto es difícil de mantener.

-Vigílelo.

-Sí, señor. -El operador volvió a su pantalla.

El teniente Jeff Pitney regresó a la sala de control y cogió el teléfono interno para llamar al camarote del capitán.

-Aquí el navegador, capitán. Tenemos un posible contacto de sonar rumbo 2-9-5, muy leve. Puede ser nuestro amigo que ha vuelto, señor... Sí, señor. -Pitney cortó y se volvió hacia el sistema de altavoces «1-MC»-. Cubran el grupo de rastreo de control de fuego.

El capitán Ricks apareció un minuto después, con zapatillas y mono azul. Primero pasó por control, para verificar el curso, la velocidad y la profundidad. Luego pasó a sonar.

-Veamos.

-Esta cosa acaba de borrárseme otra vez, señor -dijo el operador. Utilizó un trozo de papel higiénico (había un rollo sobre cada pantalla) para borrar la marca anterior y trazó otra-. Creo que aquí tengo algo, señor.

-Espero que no me hayan despertado por nada -comentó Ricks.

El teniente Pitney captó la mirada que intercambiaron los otros dos operadores de sonar.

-Aquí vuelve, señor. Si es un Akula deberíamos estar recibiendo algún ruido en este espectro...

-Inteligencia dice que ha salido de una reparación. Iván está aprendiendo a hacerlos más silenciosos -repuso Ricks.

-Supongo que sí... deriva lentamente hacia el norte, rumbo 2-9-7.

Ambos sabían que la cifra podía estar errada en diez grados, en un sentido u otro. Pese a lo sofisticado del sistema que utilizaba el Maine, los rumbos eran bastante vagos a muy larga distancia.

-¿Hay alguien más por aquí? -preguntó Pitney-. Se supone que el Omaha ronda al sur de Kodiak. Por la dirección, no puede ser él. ¿Seguro que no es un contacto de superficie?

-Imposible, capitán. Si fuera diesel o vapor, lo sabríamos. No hay sacudidas de ruido superficial. Tiene que ser un contacto sumergido, capitán.

-¿Estamos en 2-8-1, Pitney?

-Sí, señor.

-Vire a la izquierda, 2-6-5. Estableceremos una mejor línea de base para el análisis del movimiento del objetivo y trataremos de estimar la distancia antes de acercarnos.

«Acercarnos -pensó Pitney-. Por Dios, se supone que los boomers no hacen este tipo de cosas.» De cualquier modo dio la orden, por supuesto.

-¿Dónde está la capa?

-A 1-5-0, señor. A juzgar por el ruido de superficie, allí arriba hay barcos de diez metros -agregó el operador.

-Probablemente se mantiene a profundidad para tener más calma.

-Maldición, lo he perdido otra vez. Veremos qué pasa cuando enderece la cola.

Librodot

Ricks asomó la cabeza por la puerta y dijo una sola palabra: -Café.

No se le ocurrió que también los operadores de sonar pudieran necesitar un poco.

Tras otros cinco minutos de espera, los puntos reaparecieron en el sitio esperado.

-Bueno, me parece que ha vuelto -dijo el operador-. Ahora el rumbo parece ser de 3-0-2.

Ricks se acercó a la mesa de planos. El alférez Shaw estaba haciendo sus cálculos junto con el contramaestre.

-Tienen que ser más de cien mil metros. Estoy calculando un curso nordeste por la corriente y una velocidad inferior a diez. Tiene que estar a cien kilómetros, por lo menos. Tanto Shaw como el suboficial se dijeron que estaban trabajando bien y rápido. Ricks asintió secamente y volvió al sonar.

-Afirmando. Ahora recibo algo en la línea de los cincuenta hercios. Empiezo a olfatear al señor Akula.

-Usted debe de tener un canal muy bueno.

-Cierto, capitán; muy bueno y mejorando. Esa tormenta va a cambiar las cosas cuando la turbulencia llegue a nuestra profundidad, señor.

Ricks volvió a control.

-Señor Shaw?

-El mejor cálculo es 1-1-5 kilómetros, curso nordeste, velocidad cinco nudos, tal vez uno o dos más, señor. Si lleva una velocidad muy superior, la distancia es muchísima.

-Bueno, quiero que viremos muy suavemente hasta rumbo 0-8-0.

-Sí, señor. Timón, derecha cinco grados, nuevo curso 0-8-0.

-Derecha cinco grados el timón, señor. Tengo el timón a cinco grados a la derecha, tomando nuevo curso 0-8-0.

-Muy bien.

Lentamente, como para no afectar demasiado el sonar de arrastre, el Maine invirtió su curso. Tardó tres minutos en asentarse en él, haciendo algo que ningún submarino de misiles norteamericano había hecho hasta entonces. El teniente comandante Claggett apareció poco después en la sala de control.

-¿Por cuánto tiempo piensa usted mantener ese curso? -preguntó a Ricks.

-¿Qué haría usted?

-Creo que marcharía tras él en pauta lateral -respondió Dutch-, desviándome hacia el sur y no hacia el norte, al revés de lo que hicimos en el mar de Barents. El intervalo entre acercamientos se determinará por la actuación de su cola. Podemos conseguir un gran dato de Inteligencia pero, según cómo pinten las cosas, tendremos que poner mucho cuidado para seguirlo.

-No puedo aproximarme a menos de treinta mil metros, en cualquier circunstancia, conque... nos acercaremos a cincuenta kilómetros hasta que podamos recibirlo mejor. Luego continuaremos acercándonos según lo permitan las circunstancias. Aquí deberá permanecer uno u otro de nosotros mientras él esté en las cercanías.

-De acuerdo -asintió Claggett. Hizo una pausa antes de continuar, en voz muy baja-: ¿Cómo diablos aceptó OP-02 este asunto?

-El mundo es ahora menos peligroso, ¿no?

-Supongo que sí, señor.

-¿Tiene celos, ahora que los boomers pueden hacer trabajos de ataque rápido?

-Creo, señor, que a OP-02 se le fue la mano o está tratando de impresionar a alguien con nuestra flexibilidad.

-¿A usted no le agrada?

-No, capitán. Sé que podemos, pero no creo que debamos.

-¿Es sobre eso que conversó con Mancuso?

-¿Qué? -Claggett sacudió la cabeza-. No, señor. Bueno, él me preguntó y le dije que podíamos hacerlo. Todavía no me corresponde inmiscuirme en esas cosas.

«En ese caso, malnacido ¿de qué hablaste con él?» Pero Ricks no podía preguntarlo, desde

luego.

Los norteamericanos decepcionaron bastante a Oleg Kirilovich Kadishev. Si lo habían reclutado era para obtener buena información interna del Gobierno soviético, y eso era exactamente lo que él les entregaba desde hacía años. Había visto llegar a su país los arrolladores cambios políticos; los vio con anticipación, porque conocía a Andrei Ilich Narmonov tal como era. Y tal como no era. El presidente de su país tenía asombrosas dotes políticas, el coraje de un león y la agilidad táctica de la mangosta. Lo que le faltaba era un proyecto. Narmonov no tenía idea de adónde iba y ésa era su debilidad. Había destruido el antiguo orden político, eliminando el Pacto de Varsovia por la inacción, simplemente diciendo en voz alta, una sola vez, que la Unión Soviética no intervendría en los asuntos internos de otros países. Y lo había hecho sabiendo que sólo una cosa mantenía al marxismo en su lugar: la amenaza de la fuerza soviética. Los comunistas de Europa Oriental le siguieron tontamente el juego, creyéndose seguros en el amor y el respeto de su pueblo, en uno de los más colosales

menos entendidos actos lunáticos de la Historia. Pero lo que tornaba sublime la ironía era que Narmonov no podía ver lo mismo en su propio país, al que se agregaba una variable más fatal.

El pueblo soviético (término que nunca había tenido significado, desde luego) sólo se mantenía unido por la amenaza de la fuerza. Sólo los armas del Ejército Rojo aseguraban que los de Moldavia, Letonia y Tadzhik, así como tantos otros, seguirían la línea de Moscú. El liderazgo comunista les gustaba tan poco como los zares a sus bisabuelos. Así, al desmantelar el papel central del Partido en el manejo del país, Narmonov había eliminado su capacidad de dominar a su pueblo, sin dejarse ethos alguno con el cual suplantar lo que desaparecía. El plan, en una nación que durante ochenta años había tenido siempre El Plan, no existía. Necesariamente, cuando el caos empezó a remplazar al orden, no hubo nada que hacer, nada a que apuntar, ninguna meta por la que esforzarse. Las deslumbrantes maniobras políticas de Narmonov, en último término, carecían de sentido. Kadishev lo estaba viendo. ¿Cómo no lo veían los norteamericanos, que habían apostado todo a la supervivencia de «su hombre» en Moscú?

El parlamentario, de cuarenta y seis años, bufó ante la idea. El era hombre de los norteamericanos. Llevaba años advirtiéndoles y ellos no habían escuchado. En cambio, utilizaban sus informes para apoyar a un hombre rico en habilidad, pero carente de visión. ¿Y cómo podía servir de guía un hombre carente de visión?

Los norteamericanos, igualmente tontos, igualmente ciegos, se habían sorprendido por el estallido de violencia en Georgia y en los Repúblicas Bálticas. Ignoraban, realmente, la incipiente guerra civil que ya se iniciaba en el arco de las repúblicas del sur. Medio millón de armas militares habían desaparecido en la retirada de Afganistán. Fusiles, en su mayor parte, ¡pero también tanques! El Ejército soviético no sabía cómo enfrentarse a la situación. Narmonov luchaba diariamente con ella, como si fuera un malabarista desesperado, apenas lograba mantenerse, llevando sus esfuerzos de un lado a otro para conservar sus platos en el aire, pero a duras penas. ¿Acaso los norteamericanos no comprendían que, un día cualquiera, todos los platos caerían al mismo tiempo? Las consecuencias eran aterrorizadoras para todos. Narmonov necesitaba una visión, necesitaba un plan, pero no lo tenía.

Kadishev sí, y ésa era la finalidad de su ejercicio. Había que quebrar la Unión. Las repúblicas musulmanas tendrían que irse. Las bálticas, también. Y Moldavia. Y la Ucrania del oeste. Quería conservar la parte oriental. Debía hallar el modo de proteger a los armenios para que no los masacraran los musulmanes de la zona, y también el modo de conservar el acceso al petróleo de Azerbaiján, al menos hasta que, con la ayuda de Occidente, pudiera explotar todos los recursos de Siberia.

Kadishev era ruso. Eso formaba parte de su alma. Rusia era la madre de la Unión y, como buena madre, dejaría ir a sus hijos cuando llegara el momento oportuno. El momento opor-

Librodot

tuno era el presente. Eso dejaría un país que se extendería desde el Báltico hasta el Pacífico, con una población mayoritariamente homogénea y vastos recursos apenas catalogados, mucho menos aprovechados. Podía y debía ser un país grande, fuerte, poderoso como pocos, rico en historia y en artes, líder en las ciencias. Esa era la visión de Kadishev. Quería liderar una Rusia que fuera una verdadera superpotencia, amiga y asociada de otros países de estirpe europea. Su tarea consistía en conducir a su país hacia la luz de la libertad y la prosperidad. Si para eso debía desprenderse de casi la mitad de la población y la cuarta parte de las tierras, que así fuera.

Pero los norteamericanos no ayudaban. El porqué no lo comprendía. Ellos tenían que saberlo: Narmonov era una calle sin salida, un camino que acababa... tal vez en el borde de un gran abismo.

Si los norteamericanos no querían ayudar, entonces estaba en su mano obligarlos a prestar esa ayuda. Para eso se había dejado reclutar por Mary Foley, en un comienzo.

En Moscú eran las primeras horas de la mañana, pero Kadishev se había adiestrado para vivir con un mínimo de sueño. Redactó su informe con una máquina vieja y pesada, pero silenciosa. Utilizó varias veces la misma cinta de tela. Nadie podría examinarla para ver qué se había escrito con ella; en cuanto al papel, provenía de una resma tomada del cuarto de aprovisionamiento de la oficina. Varios cientos de personas tenían acceso a él. Como todos los apostadores profesionales, Kadishev era un hombre cauteloso. Al terminar se puso guantes de cuero para borrar del papel cualquier huella digital que hubiera podido dejar por casualidad. Luego, plegó la copia y la guardó en un bolsillo del abrigo. Dentro de dos horas pasaría el mensaje. En menos de veinte, llegaría a otras manos.

El agente Spinnaker no tenía por qué preocuparse. El KGB tenía órdenes de no acosar a los Diputados del Pueblo. La mujer del guardarropa se guardó el papel y poco después lo pasó a un individuo cuyo nombre no conocía. El hombre salió del edificio, subió a su coche y se dirigió a su propia oficina. Dos horas después, el mensaje estaba en otro bolsillo: el de un hombre que viajaba hacia el aeropuerto, donde abordó el «747» a Nueva York.

-¿Adónde esta vez, doctor? -preguntó el chófer.

-Tú sólo conduce.

-¿Qué?

-Tenemos que hablar -dijo Kaminiski.

-¿Sobre qué?

-Sé que eres del KGB.

El conductor rió entre dientes.

-Soy chófer de una Embajada, doctor.

-Tu historia clínica está firmada por el doctor Feodor Elich Gregoriev. Es médico del KGB. Fuimos compañeros de estudios.

-¿Se lo ha dicho a alguien?

-No, por supuesto.

El chofer suspiró. Bueno, ¿qué podía hacer uno?

-¿De qué quiere que hablemos?

-¿Eres del KGB... Directorio de Asuntos Extranjeros? No había modo de zafarse.

-En efecto. Espero que lo suyo sea importante.

-Tal vez. Necesito que alguien venga desde Moscú para ver a un paciente. Tiene un problema muy extraño en los pulmones.

-¿Y en qué puede interesarme eso?

-He visto un caso similar en un obrero de Beloyarski. Accidente industrial. Me llamaron para una consulta.

-¿Si? ¿Qué hay en Beloyarski?

-Allí se fabrican armas atómicas.

El conductor aminoró la velocidad.

-¿De veras?

-Podría ser otra cosa, pero las pruebas que debo hacer son muy específicas. Si esto tiene que ver con un proyecto de los sirios, no obtendremos su cooperación. Por eso necesito que traigan de Moscú cierto equipo especial.

-¿Con qué urgencia?

-El paciente no irá a ninguna parte, salvo a la tumba.

Temo que su estado no tiene remedio.

-Tengo que discutirlo con el Rezident, que no volverá hasta el domingo.

-Bien.

XXXII. CIERRE

-¿Puedo ayudar? -preguntó Russell.

-Gracias, Marvin, pero prefiero hacerlo solo, sin que nadie me distraiga -dijo Ghosn.

-Como quieras, tío. Si necesitas algo, llama.

Ibrahim se puso sus ropas más gruesas y salió al exterior. Estaba nevando mucho. En el Líbano había visto nevar, por supuesto, pero nunca así. La tormenta había estallado apenas media hora antes y ya había más de tres centímetros de nieve. El viento del Norte era el más frío que él experimentara en su vida; le caló los huesos mientras caminaba los sesenta metros hasta el granero. La visibilidad apenas si llegaba a los doscientos metros. Desde la autopista cercana llegaba el ruido del tráfico, pero ni siquiera se veían las luces de los vehículos. Entró en el granero por una puerta lateral y lamentó que allí no hubiera calefacción. Ghosn se dijo, con decisión, que no podía dejarse afectar por esas cosas.

La caja de cartón que ocultaba el artefacto a la vista no estaba cerrada y se podía levantar con facilidad. Abajo había una caja metálica con diales y otros adminículos correspondientes a lo que fingía ser: una máquina de videograbación comercial. La sugerencia había sido de Gunther Bock. La carrocería de la máquina fue comprada como chatarra a una agencia de noticias de la television siria, que la había remplazado por un modelo nuevo. Las portezuelas de acceso se adaptaban casi perfectamente a los propósitos de Ghosn, y el amplio espacio interior contenía la bomba de vacío, por si fuera necesaria. Ibrahim comprobó que no hacía falta. El indicador marcaba que la carrocería no había dejado filtrar nada de aire. Eso no lo sorprendió, porque Ghosn era tan hábil con el soldador como había asegurado el difunto Manfred Fromm, pero resultaba gratificante. A continuación revisó las baterías. Eran tres, nuevas y de cadmio al níquel; según el circuito de prueba, estaban cargadas a tope. A su lado estaba el medidor de tiempo. Para asegurarse de que sus terminales de ignición estuvieran desocupadas, verificó la hora que marcaba (ya lo habían ajustado a la hora local) con la de su reloj. Vio que uno de los dos atrasaba tres segundos; probablemente su reloj. Pero bastaba para sus propósitos. Los tres vasos puestos dentro de la caja para que denunciaran cualquier maltrato en el transporte continuaban intactos. Los transportistas habían tenido cuidado, tal como él esperaba.

-Estás lista, amiga mía -dijo Ghosn, serenamente. Cerró la portezuela de inspección, probó el cerrojo y volvió a cubrir el aparato con la caja de cartón. Luego se sopló las manos y volvió a la casa.

-¿Cómo nos afectará el clima? -preguntó Qati.

-Detrás de esta tormenta viene otra. Supongo que viajaremos mañana por la tarde, antes de que estalle. La segunda será breve; dicen que habrá tres o cuatro centímetros más de nieve. Si partimos antes de las dos no habrá problemas. Nos inscribiremos en el motel y esperaremos la hora oportuna. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. ¿Y el camión?

Librodot

-Hoy me ocuparé de la pintura, luego de que conecte los calentadores. Son sólo dos horas de trabajo; ya tengo los moldes hechos -dijo Russell, mientras acababa su café-. Cargaremos la bomba después de pintar, ¿no?

-¿Cuánto tardará la pintura en secar? -preguntó Ghosn.

-Tres horas a lo sumo. Quiero que quede bien.

-De acuerdo, Marvin.

Russell, riendo, recogió los platos del desayuno.

-Caramba, me pregunto qué pensarían los que hicieron esa película. -En las caras de sus huéspedes se dibujó una expresión de perplejidad-. ¿Gunther no les dijo nada? -Las caras continuaban en blanco-. Una vez la vi por televisión, Black Sunday. A un tío se le ocurre la idea de matar a todos los que están en el Super Bowl desde una plataforma móvil.

-Estás bromeando -adujo Qati.

-No, tío. En la película tenían un arma pesada en el fondo de la plataforma, pero los israelíes descubrían lo que estaba pasando y los de la CIA llegaban en un instante. Ya sabéis cómo son las cosas en las películas. Tratándose de mi pueblo, la caballería siempre llegaba en un instante, para matar a todos los indios salvajes.

-Y en esta película, ¿el objetivo es matar a todo el estadio? -preguntó Ghosn, en voz muy baja.

-Eh... Oh, sí, claro. -Russell estaba metiendo los platos en el lavavajillas-. No es como lo que vamos a hacer nosotros. -Se volvió-. Eh, no os pongáis así. Con sólo fastidiar la cobertura de televisión, la gente se enfurecerá. Para hacer lo mismo que en la película se necesitaría una bomba nuclear o algo así.

-Buena idea -comentó Ghosn con una risa sofocada, preguntándose cuál sería la reacción de su amigo.

-Buena idea, sí. Se podría iniciar una verdadera guerra nuclear, qué joder. ¿A que no adivinas quiénes viven en Dakota, donde están todas esas bases del SAC? No creo que pudiera jugar a eso. -Russell puso el detergente y dio comienzo al ciclo de lavado-. Al fin de cuentas, ¿qué es lo que tienen en esa cosa?

-Un compuesto explosivo muy compacto y poderoso. Dañará bastante el estadio, desde luego.

-Ya lo imaginaba. Bueno, eliminar a la televisión no será difícil. Y con sólo hacer eso... Te aseguro, tío, que el efecto será increíble.

-Estoy de acuerdo, Marvin, pero me gustaría escuchar tus razonamientos en este caso -dijo Qati.

-Por aquí nunca ha habido un acto terrorista realmente destructivo. Este cambiará las cosas. La gente ya no se sentirá segura. Instalarán puestos de control y guardias por todas partes. La gente se fastidiará muchísimo y se pondrá a pensar. Tal vez comprendan cuáles son los verdaderos problemas. Esa es la finalidad, ¿no?

-Correcto, Marvin -replicó Qati.

-¿Puedo ayudarte a pintar?-preguntó Ghosn, pensando que el norteamericano podía sentir curiosidad.

-Vale.

-Pero promete que encenderás la calefacción -pidió el ingeniero, sonriendo.

-Claro, tío. De lo contrario la pintura no secará bien. Creo que para ti hace mucho frío.

-Tu pueblo ha de ser muy resistente para vivir en un lugar así.

Russell tomó la chaqueta y los guantes.

-Es nuestro hogar, tío ¿sabes?

-¿De veras cree poder hallarlo? -preguntó el Starpom.

-Creo que tenemos una buena posibilidad -respondió Dubinin, inclinándose hacia la carta-. Está por allí, en algún sitio alejado de las aguas costeras, donde hay demasiados pescadores

con redes, y al norte de esta zona.

-Excelente, capitán: son sólo dos millones de kilómetros cuadrados a revisar.

-Y cubriremos sólo las dos terceras partes. Dije que tenemos una buena posibilidad, no la certeza. Dentro de tres o cuatro años tendremos los RPV que están diseñando ahora y podremos enviar receptores de sonar a los canales de sonido profundo.

Dubinin se refería al paso siguiente en la tecnología submarina: un minisubmarino robótico que sería controlado desde el buque nodriza mediante un cable de fibra óptica. Llevaría a un tiempo sensores y armas; al sumergirse a mucha profundidad, podría descubrir si las condiciones de sonar en el régimen de mil a dos mil metros eran tan buenas como los teóricos sugerían. Eso alteraría radicalmente el juego.

-¿Hay algo en los sensores de turbulencia?

-Negativo, capitán -respondió un teniente.

-No sé si esas cosas valen la pena -murmuró el primer oficial ejecutivo.

-En la ocasión anterior funcionaron.

-Pero entonces teníamos mar en calma. ¿Con cuánta frecuencia hay mar calma en el invierno del Pacífico Norte?

-Aun así podría decirnos algo. Es preciso usar todas nuestras tretas. ¿Por qué no se muestra optimista?

-El propio Ramius sólo rastreó una vez a un Ohio, que estaba a prueba y tenía problemas de hélice. Aun así sólo mantuvo el contacto por... ¿setenta minutos?

-Nosotros ya hemos pillado a éste.

-Cierto, capitán. -El Starpom golpeó la carta con un lápiz.

Dubinin pensó en las informaciones de Inteligencia del enemigo, pues costaba abandonar las viejas costumbres. Harrison Sharpe Ricks, capitán, Academia Naval, en su segundo mando de submarino de misiles, tenía fama de ser un ingeniero y técnico brillante, candidato probable al alto comando. Un patrón recio y exigente, de quien la Marina tenía alta opinión. Ya había cometido un error y difícilmente cometería otro, se dijo Dubinin.

-Cincuenta mil metros, exactamente -informó el alférez Shaw.

«Este tipo no está haciendo la maniobra crazy Ivan», pensó Claggett, por primera vez.

-No sospecha que lo perseguimos, ¿verdad? -preguntó Ricks.

-Creo que no, pero su cola no es tan buena como él cree.

El Akula estaba describiendo una pauta de búsqueda lateral. Los tramos largos seguían una dirección aproximadamente sudoeste-noreste; al terminar cada uno viraba hacia el sudeste para la siguiente bordada, con un intervalo de unos cincuenta mil metros, veinticinco millas náuticas. Eso daba a su sonar de arrastre un alcance nacional de trece millas. «Por lo menos -pensó Claggett-, eso es lo que dirían los de Inteligencia.»

-Creo que nos mantendremos a cincuenta kilómetros, sólo para estar más seguros -anunció Ricks tras reflexionar un momento-. Este tipo es mucho más silencioso de lo que yo esperaba.

-Los ruidos de planta han disminuido mucho, ¿verdad? Si el fulano se estuviera deslizando en vez de intentar cubrir mucho terreno...

A Claggett le gustó que su capitán volviera a su posición de ingeniero conservador. No se sorprendió mucho. Cuando las cosas se ponían difíciles, Ricks volvía a su modo de ser habitual. El primer oficial lo aceptó de buen grado; no le parecía muy prudente jugar al ataque rápido con un submarino de cien mil millones de dólares.

-Todavía podríamos seguirlo a cuarenta, a treinta y cinco.

-¿Le parece? ¿Cuánto mejorará la actuación de su cola a menor velocidad?

-Inteligencia dice que su sonar de arrastre es como el nuestro; no tanto, probablemente. Aun así estamos obteniendo un buen perfil, ¿no? -dijo Ricks.

Por lo que estaba haciendo le pondrían una buena calificación en la libreta.

Librodot

-¿Qué opinas, MP? -preguntó Jack a la señora Foley, con la traducción en la mano. Ella había optado por el original en ruso.

-Vaya, yo misma lo recluté, Jack. Este chico es mío.

Bryan consultó su reloj. Era casi la hora. Sir Basil Charleston solía ser muy puntual. A la hora en punto sonó su teléfono de línea directa.

-Habla Ryan.

-Aquí Bas.

-¿Qué pasa, hombre?

-Ese asunto del que hablamos... Nuestro hombre echó un vistazo. Nada en absoluto, amigo.

-¿Ni siquiera dijo si nuestras impresiones eran incorrectas? -preguntó Jack, con los ojos cerrados, como para mantener la noticia fuera.

-Correcto, Jack, ni siquiera eso. Admito que me pareció algo curioso, pero es posible que nuestro hombre no estuviera enterado.

-Gracias por intentarlo, amigo. Te debo el favor.

-Lamento no poder ayudarte.

Ryan se dijo que la noticia no podía ser peor. Por un momento mantuvo la vista clavada en el techo.

-Los británicos no pueden confirmar ni negar lo que dice Spinnaker -anunció-. ¿Cómo nos deja esto?

-¿De veras es así? -preguntó Ben Goodley-. ¿Todo se reduce a opiniones?

-Si fuéramos tan inteligentes para adivinar la suerte, Ben, estaríamos ganando fortunas en la Bolsa -gruñó Ryan.

-¡Pero si usted lo hizo! -señaló Goodley.

-Tuve suerte con algunas operaciones importantes. -Jack restó importancia al comentario-. ¿Qué opinas, Mary Pat?

La señora Foley parecía cansada; claro que tenía un bebé del que ocuparse. Jack pensó decirle que se tomara las cosas con más calma.

-Tengo que respaldar a mi agente, Jack. Lo sabes. Es nuestra mejor fuente de Inteligencia política. Habla con Narmonov a solas. Por eso es tan valioso. Y por eso su material es siempre difícil de comprobar. Pero nunca se ha equivocado, ¿cierto?

-Lo que me asusta es que empieza a convencerme. -¿Y por qué lo asusta, doctor Ryan?

Jack encendió un cigarrillo.

-Porque conozco a Narmonov. Ese hombre podría haberme hecho desaparecer en las afueras de Moscú, una sólida noche fría. Hicimos un trato, nos estrechamos la mano y eso fue todo. Hace falta mucha confianza en uno mismo para actuar así. Si ha perdido esa confianza... todo se vendrá abajo rápida e imprevisiblemente. ¿Se les ocurre algo que atemorice más?

Los ojos de Ryan recorrieron la habitación.

-No -reconoció el jefe del departamento Rusia-. Creo que debemos aceptar la información.

-Yo también -concordó Mary Pat.

-¿Ben? -preguntó Jack-. Tú le creíste desde un principio. Lo que dice respalda la posición que ya tenías en Harvard.

Al doctor Benjamin Goodley no le gustó que lo acorralaran así. En los meses que llevaba en la CIA había aprendido una lección dura pero importante: una cosa es formarse una opinión en una comunidad académica, discutir alternativas en las mesas del club, pero allí resultaba muy diferente. Sobre esas opiniones se forjaba la política nacional. Y comprendió lo que significaba verse atrapado por el sistema.

-Detesto decirlo, pero he cambiado de idea. Aquí podría haber una dinámica que no hemos examinado.

-¿Cuál? -preguntó el jefe del departamento Rusia. -Estudiémoslo abstractamente. Si Narmonov cae, ¿quién lo remplaza?

-Uno de los candidatos es Kadishev; digamos que tiene una posibilidad de tres, más o menos -respondió Mary Pat.

-En una academia... bueno, en cualquier parte, ¿no diríamos que hay un conflicto de intereses?

-¿MP? -preguntó Ryan, desviando su mirada.

-Bueno, ¿qué hay con eso? ¿Cuándo nos ha mentido? Goodley decidió continuar, como si aquello fuera una discusión académica.

-Señora Foley, me indicaron que buscara indicaciones de que Spinnaker estaba equivocado. He revisado todo aquello a lo que tenía acceso. Lo único que encontré es un leve cambio en el tono de sus informes, en los últimos meses. El modo en que utiliza el lenguaje es sutilmente distinto. Sus declaraciones son más positivas, menos especulativas en algunos aspectos. Ahora bien, eso podría ajustarse a sus informes, quiero decir, al contenido. Pero... pero podría tener algún significado.

-¿Basas tu evaluación sobre el modo en que pone los puntos sobre las íes? -preguntó el experto en Rusia, con un bufido-. Chico, aquí no hacemos ese tipo de trabajos.

-Bueno, tengo que llevar esto al centro -dijo Ryan-. Diré al presidente que, en nuestra opinión, Spinnaker está en lo cierto. Quiero aquí a Andrews y a Kantrowitz para que nos respalden. ¿Alguna objeción? -No hubo ninguna-. Bien, gracias. Ben, ¿podrías quedarte por un momento? Mary Pat, tómate un fin de semana largo. Es una orden.

-La bebé tiene cólicos y no me deja dormir bien -explicó la señora Foley.

-Di a Ed que tome el turno de noche -sugirió Jack.

-Ed no tiene tetas. Recuerda que estoy amamantando.

-¿No se te ha ocurrido, MP, que el amamantamiento es una conspiración de hombres perezosos? -preguntó Ryan con una sonrisa.

La mirada melancólica de la mujer disimulaba su buen humor.

-Sí, lo pienso todas las madrugadas, a eso de las dos. Hasta el lunes.

Goodley volvió a su silla una vez los otros dos se fueron.

-Bien, puede empezar a gritarme.

Jack le señaló con un gesto que encendiera el cigarrillo.

-¿Por qué?

-Por haber presentado una idea tonta.

-¿Idea tonta? Fuiste el primero en sugerirlo. Has hecho un buen trabajo.

-No descubrí un comino -gruñó el académico.

-No, pero has buscado donde debías.

-Si todo esto es real, ¿hay posibilidades de poder confirmarlo por otras fuentes? -preguntó Goodley.

-Un cincuenta o sesenta por ciento, a lo sumo. Mary Pat tiene razón; Spinnaker nos ha dado datos que no siempre se pueden conseguir de otro. Pero tú también estás en lo cierto; si tiene razón, se beneficia. Debo llevar esto a la Casa Blanca antes de que empiece el fin de semana. Después llamaré a Jake Kantrowitz y a Eric Andrews para que vengan la semana próxima. ¿Tienes algo que hacer este fin de semana?

-No.

-Pues ya tienes tarea. Quiero que repases todas tus notas y nos redactes un documento de posición, de los buenos. -Ryan dio unos golpecitos en el escritorio-. Y lo quiero aquí el lunes por la mañana.

-¿Por qué?

-Porque eres intelectualmente honrado, Ben. Cuando analizas algo, lo analizas de verdad.

-¡Pero usted nunca está de acuerdo con mis conclusiones! -objetó Goodley.

-Cierto, pero tus datos de apoyo son de primera. Nadie acierta siempre. Y nadie se equivoca siempre. La disciplina intelectual es importante. Y usted la tiene de sobras, doctor Goodley. Espero que te guste vivir en Washington, porque voy a ofrecerte un puesto permanente aquí. Vamos a organizar un grupo especial de Inteligencia. Su misión será tomar la posición contraria: un equipo B interno, que responde directamente al subdirector. Tú serás el número dos del departamento Rusia. ¿Crees que podrás hacerlo? Piénsalo bien, Ben -

Librodot

agregó Jack-. Recibirás muchas presiones del equipo A. Muchas ho-ras de trabajo, un sueldo mediocre y no mucha satisfacción al terminar el día. Pero verás mucho material bueno y, de vez en cuando, alguien te prestará atención. De un modo u otro, el documento que te pido será tu examen de ingreso... si te interesa. Me importa un bledo las conclusiones que saques, pero quiero algo que se pueda contrastar con lo que van a decirme todos los otros. ¿Juegas o no?

Goodley se revolvió en el asiento y vaciló antes de hablar. Por Dios, ¿y si eso abortaba su carrera? Pero no podía decirlo. Soltó el aliento y habló:

-Hay algo que debo decirle.

-Adelante.

-Cuando la doctora Elliot me envió aquí...

-Era para que me despellejaras. Ya lo sé. -Bryan se mostró muy divertido-. Llevé a cabo una buena seducción, ¿no te parece?

-Había más que eso, Jack. Ella quiso que yo hiciera una investigación personal... en busca de material que pudiera usarse contra usted.

La cara de Ryan se petrificó.

-Continúa.

Goodley se ruborizó, pero lo hizo.

-Y yo cumplí. Revisé su expediente y le informé sobre ciertas operaciones financieras, lo de la familia Zimmer y cosas así. -Hizo una pausa-. Ahora me avergüenzo.

-¿Aprendiste algo?

-¿Sobre usted? Que es un buen jefe. Marcus es un idiota perezoso a quien el traje le sienta bien. Liz Elliot, una perra gazmoña y perversa, a la que le gusta mucho manipular a la gente. Me utilizó como a un perro faldero. Aprendí unas cuantas cosas, sí. Jamás volveré a hacer eso. Es la primera vez que me disculpo de este modo, señor, pero tenía que decírselo. Usted tiene derecho a saberlo.

Ryan miró al joven a los ojos por más de un minuto, preguntándose si se acobardaría, preguntándose de qué pasta estaba hecho. Por fin, apagó su cigarrillo.

-Haz un buen informe de posición, Ben.

-Tendrá lo mejor de mí.

-Creo que ya lo tengo, doctor Goodley.

-¿Y bien? -preguntó el presidente Fowler.

-Spinnaker informa que, definitivamente, faltan varias armas nucleares tácticas en los inventarios del Ejército Rojo y que el KGB está realizando una búsqueda frenética.

-¿Dónde?

-En toda Europa, incluyendo la propia Unión Soviética. Se supone que el KGB es leal a Narmonov, al menos en su mayor parte; pero nuestro hombre no está muy seguro. El Ejército soviético no lo es, decididamente; Spinnaker considera que hay serias posibilidades de golpe, pero Narmonov no está actuando con suficiente energía para evitarlo. Hay una gran posibilidad de extorsión. Si este informe es correcto, probablemente se produzca un rápido cambio de poder cuyas consecuencias son incalculables.

-Y tú, ¿qué piensas? -preguntó Dennis Bunker con sobriedad.

-En Langley, la opinión consensuada es que la información puede ser fiable. Hemos iniciado una cuidadosa verificación de todos los datos correspondientes. Los dos mejores asesores externos están en Princeton y en Berkeley. Los he convocado a la oficina para revisar nuestros datos.

-¿Cuándo tendrán una opinión en firme? -preguntó el secretario Talbot.

-Depende de lo que consideres firme. A fines de la semana próxima tendremos una estimación preliminar. Lo de «firme» llevará su triunfo. He tratado de confirmarlo por nuestros colegas británicos, pero no consiguieron nada.

-¿Dónde podrían producirse esas cosas? -preguntó Liz Elliot.

-Rusia es un país muy grande -replicó Ryan.

-Es un mundo muy grande -repuso Bunker-. ¿Cuál sería el peor de los casos?

-Todavía no hemos iniciado ese proceso -respondió Jack-. Cuando se habla de armas nucleares desaparecidas, el peor de los casos puede ser desastroso.

-¿Hay algún indicio de que esto nos amenace directamente? -preguntó Fowler.

-No, señor presidente. Los militares soviéticos son racionales y eso sería un acto de demencia.

-Me conmueve su fe en la mentalidad uniformada -comentó Liz Elliot-. ¿Cree que los rusos son más inteligentes que los nuestros?

-Hacen lo que les pedimos -observó Dennis Bunker, con fuerza-. Lamento que usted les tenga tan poco respeto, doctora Elliot.

-Dejaremos eso para otro día -dijo Fowler-. ¿Qué podrían ganar amenazándonos?

-Nada, señor presidente -respondió Ryan.

-Estoy de acuerdo -confirmó Brent Talbot.

-Me sentiré mejor cuando desaparezcan esos «SS-18» -apuntó Bunker-, pero Ryan tiene razón.

-Quiero una estimación también de eso -indicó Elliot-. Y la quiero pronto.

-La tendrá -prometió Jack.

-¿Qué hay de México?

-Los adminículos están en su sitio, señor presidente.

-¿De qué se trata? -preguntó el secretario de Estado. -Es hora de que te enteres de esto, Brent. Cuénteselo, Ryan.

Jack proporcionó la información básica y el concepto de la operación.

-No puedo creer que hagan semejante cosa. Es indignante -dijo Talbot.

-¿Por eso no te pliegas al juego? -preguntó Bunker, con una sonrisa-. ¿Cuándo estarán las transcripciones del avión?

-Calculando la hora de llegada a Washington el tiempo de proceso... esta noche, alrededor de las diez.

-Tendrás tiempo de ver el partido, Bob -dijo Bunker. Era la primera vez que Ryan oía llamar al presidente de ese modo. Fowler meneó la cabeza.

-Lo veré desde Camp David. Quiero estar descansado para esta reunión. Además, la tormenta que acaba de estallar en Denver podría llegar aquí el domingo. Volver a la ciudad podría ser difícil. Y los del Servicio Secreto pasaron un par de horas explicándome que los partidos de fútbol pueden ser muy malos para mí. En realidad son malos para ellos, claro.

-Pero va a ser bueno -protestó Talbot.

-¿Cuál es la diferencia de puntaje? -preguntó Fowler. «¡Por Dios!», pensó Ryan.

-Los Vikings ganan por tres -dijo Bunker-. Yo presenciaré todo lo que pueda.

-Podemos viajar juntos en avión -dijo Talbot-, para que Dennis no pilote el aparato.

-Y me dejáis en las colinas de Maryland. Bueno, alguien tiene que ocuparse del Gobierno. -Fowler sonrió. A Jack le pareció una sonrisa extraña-. Volvamos al asunto, Ryan. ¿Dice usted que esto no es una amenaza para nosotros?

-Permítame recapitular, señor. En primer término, debo insistir en que el informe de Spinnaker no ha podido ser confirmado en absoluto.

-Pero usted dijo que la CIA lo respalda.

-La opinión general es que probablemente es confiable. Ahora estamos comprobándolo con mucho rigor. Ese es el resumen de lo que dije antes.

-Bien -dijo Fowler-. Si no es cierto, no tenemos de qué preocuparnos.

-Cierto, señor presidente.

-¿Y si es cierto?

-Existe el riesgo de que haya extorsión política en la Unión Soviética y, en el peor de los casos, una guerra civil con el uso de armas nucleares.

-No es una buena noticia. ¿Posible peligro para nosotros?

Librodot

-Directo, no, ninguno.

Fowler se reclinó en el asiento.

-Supongo que eso tiene sentido. Pero quiero una estimación realmente bien hecha, tan pronto como pueda proporcionármela.

-Si, señor. Créame, señor presidente, que estamos verificando todos los aspectos del asunto.

-Buen informe, doctor Ryan.

Jack se levantó para retirarse. Ahora que se habían desprendido de él eran mucho más civilizados.

Los mercados había brotado como por propia voluntad, sobre todo en los sectores orientales de Berlín. Los soldados soviéticos, nunca libres como individuos, ahora se encontraban en una ciudad occidental, indivisa, que ofrecía a cada uno la posibilidad de irse; sencillamente, de desaparecer. Lo sorprendente es que muy pocos lo hacían, pese a los controles a que les sometían. Uno de los motivos era la abundancia de mercados al aire libre. Los soldados soviéticos no dejaban de sorprenderse ante el deseo que manifestaban alemanes, americanos y muchos otros de comprar recuerdos del Ejército Rojo: cinturones, gorros de piel, botas, uniformes completos y baratijas de cualquier clase. Y los tontos pagaban en efectivo: en dólares, libras, marcos alemanes, cuyo valor en la Unión Soviética se multiplicaba por diez. Otras ventas, a compradores más sofisticados, incluían artículos tan grandes como un tanque T-80, que había requerido la connivencia de un comandante de regimiento, quien en los papeles justificó su desaparición como destrucción accidental por incendio. El coronel en cuestión recibió por eso un «Mercedes 560 SEL», con efectivo suficiente para su fondo de jubilación. Las organizaciones occidentales de Inteligencia recibían todo lo que deseaban, dejando los mercados para los aficionados y los turistas. Suponían que los soviéticos lo toleraban sólo porque inyectaba mucho efectivo en su economía y a precios de bicoca. Naturalmente, los occidentales pagaban diez veces más que el costo de producción de los objetos comprados. El curso de introducción al capitalismo, según opinión de alumnos rusos, rendiría otros frutos cuando las tropas concluyeran el reclutamiento.

Erwin Keitel se acercó a uno de aquellos soldados soviéticos, un sargento primero.

-Buenos días -dijo en alemán.

-Nicht spreche -negó el ruso-. ¿Inglés?

-Inglés, ¿sí?

-Da -asintió el ruso.

-Diez uniformes. -Keitel levantó ambas manos para que el número no fuera ambiguo.

-¿Diez?

-Diez grandes, como yo -dijo Keitel. Habría podido expresarse en perfecto ruso, pero no valía la pena causar problemas-. Uniformes de coronel, todo coronel, ¿sí?

-Coronel... polkovnik. Oficial de regimiento, ¿sí? ¿Tres estrellas aquí? -El ruso se tocó los hombros.

-Sí. -Keitel asintió con la cabeza-. Uniforme de tanquista. Quiero de tanquista.

-¿Por qué? -preguntó el sargento, más por cortesía que por otra cosa. Pertenecía a un regimiento de tanques y conseguir el atuendo pedido no era difícil.

-Hago película. Película televisión.

-¿Televisión? -Al ruso le brillaron los ojos-. ¿Cinturones, botas?

-Sí.

El sargento miró a derecha e izquierda. Después bajó la voz.

-¿Pistola?

-¿Puedes conseguir?

El sargento, sonriente, asintió con énfasis para demostrar que era un comerciante serio.

-Pero dinero.

Librodot

-Debe ser pistola rusa, pistola correcta -dijo Keitel, con la esperanza de que ese diálogo chapurreado fuera lo bastante claro.

-Sí, tengo.

-¿Cuándo?

-Una hora.

-¿Dinero cuánto?

-Cinco mil marcos sin pistola. Diez pistola, cinco mil marcos más.

Eso era un atraco a mano armada, se dijo Keitel. Levantó otra vez las manos.

-Diez mil marcos, sí, pago. -Para demostrar su seriedad, mostró un fajo de billetes de cien marcos y puso uno en el bolsillo del soldado-. Espero una hora.

-Vuelvo una hora.

El ruso abandonó rápidamente la zona. Keitel entró en la Gasthaus más cercana y pidió una cerveza.

-Si esto fuera más fácil -comentó a un colega-, pensaría que se trata de una trampa.

-Te has enterado de lo del tanque?

-El «T-80», sí. ¿Por qué?

-Willi Hevdrich lo compró para los norteamericanos.

-¿Willi? -Keitel meneó la cabeza-. ¿Cuánto le dieron de comisión?

-Quinientos mil marcos alemanes. ¡Vaya tontos, esos norteamericanos! Cualquiera podía hacer esa operación.

-Pero ellos no lo sabían.

El hombre rió tristemente. Con quinientos mil marcos, ex Oberst-Leutnant Wilhelm Hevdrich se había dedicado al comercio, en una Gasthaus como ésa; de ese modo vivía mucho mejor que con su sueldo de la Stasi. Hevdrich había sido uno de los subordinados más prometedores de Keitel. Ahora había abandonado la carrera vuelto la espalda a su estirpe política, para convertirse en un ciudadano más de la nueva Alemania. Su entretenimiento de Inteligencia sólo había servido como vehículo para un último acto de desdén hacia los norteamericanos.

-¿Y el ruso?

-¿El que hizo la operación? ¡Ja! -resopló el hombre-. Dos millones de marcos. Sin duda sobornó al comandante de División, retiró su «Mercedes» y depositó el resto en el Banco. Poco después esa unidad volvió a la Unión. Y un tanque más o menos... Lo más probable es que los inspectores no se hayan dado cuenta, siquiera.

Bebieron una copa más, mientras miraban el televisor instalado por sobre la barra... repulsiva costumbre imitada de los norteamericanos, se dijo Keitel. Pasados cuarenta minutos volvió afuera, a la vista de su colega. Después de todo, podía ser una trampa.

El sargento ruso regresó temprano. Sólo traía una sonrisa.

-¿Dónde está? -preguntó Keitel.

-Camión, vuelta... -El ruso hizo un gesto.

-Ecke. ¿Esquina?

-Da, esa palabra, esquina. Urn die Ecke.

-El hombre asentía enfáticamente.

Keitel hizo señas a su compañero, que subió al coche. Erwin habría querido preguntar al sargento cuánto dinero pagaba a su teniente, que solía retirar un buen porcentaje de cada operación. Pero eso no venía al caso.

El camión del Ejército estaba aparcado a una calle de distancia. Bastó con llevar el coche del agente hacia atrás, hasta la puerta de carga, y abrir el baúl. Pero prirnero, por supuesto, Keitel inspeccionó la mercadería. Había allí diez uniformes de camuflaje, ligeros pero de mejor calidad porque eran para oficiales. Para la cabeza, una boina negra con la estrella roja y una enseña de tanquista de aspecto antiguo. Las charreteras de cada uniforme llevaban las tres estrellas de coronel. También había cinturones y botas.

-¿Pistolen? -preguntó Keitel.

Librodot

Primero, los ojos del ruso recorrieron la calle. Luego aparecieron diez cajas de cartón. Keitel señaló una que, abierta, puso al descubiero una «Makarov PM», automática de 9 mm. copiada de la «Walther PP» alemana. Los rusos, en un gesto de magnanimidad, agregaron cinco cajas de balas.

-Ausgezeichnet -observó Keitel, sacando el dinero. Contó noventa y nueve billetes de cien marcos.

-Gracias -dijo el ruso-. Necesita más, viene a mí, ¿sí? -De acuerdo. -Keitel le estrechó la mano y subió el coche.

-¡En qué se ha convertido el mundo? -comentó el conductor mientras arrancaba. Apenas tres años antes, esos solddos habrían sido sometidos a un tribunal de guerra y tal vez fusilados por lo que acababan de hacer.

-Hemos enriquecido a la Unión Soviética en diez marcos.

El conductor gruñó.

-Doch, y esa mercadería debe de haber costado menos de dos mil marcos de fabricación. ¿Cómo llaman a esto?

-Descuento a mayoristas. -Keitel no sabía si reír o no -Nuestros amigos, los rusos, aprenden pronto. O tal vez mujik no sabe contar más allá de diez.

-Lo que planeamos hacer es peligroso.

-Cierto, pero se nos paga bien.

-¿Crees que lo hago por dinero? -preguntó el hombre con tono duro.

-No, y yo tampoco. Pero si hay que arriesgar la vida, más vale que nos paguen por eso.

-Como quiera, coronel.

A Keitel no se le ocurrió pensar que, en realidad, no sabía lo que estaba haciendo, pues Bock no se lo había dicho todo. Pese a todo su profesionalismo, Keitel olvidaba que estaba tratando con un terrorista.

Ghosn notó que el aire estaba maravillosamente inmóvil. Era la primera vez que veía una nevada tan densa. La tormenta duraba más de lo esperado y se decía que iba a continuar por un hora más. La nieve alcanzaba el medio metro, lo cual, junto con los copos que aún caían en el aire, apagaba los ruidos a un extremo para él desconocido. De pie en el porche, se dijo que aquel silencio era audible.

-Te gusta, ¿eh? -preguntó Marvin.

-Sí.

-Cuando yo era niño había tormentas de verdad, no como ésta; tormentas que descargaban un metro entero de nieve. Entonces hacía mucho frío: veinte, treinta grados bajo cero. Uno salía y era como estar en otro planeta. Y uno se pregunta cómo sería cien años atrás, vivir en una tienda con tu mujer y tus hijos y tus caballos afuera, todo limpio y puro como debe ser. Tiene que haber sido realmente estupendo.

Ibrahim pensó que aquello era poético, pero tonto. En una vida tan primitiva, casi todos los niños morían antes de cumplir el primer año y en invierno se pasaba hambre, porque no había caza. ¿Qué pienso darían a los animales y cómo lo encontraban bajo la nieve? ¿Cuántas personas, cuántos animales morirían congelados? Sin embargo, su amigo idealizaba esa vida. Era tonto. Marvin tenía coraje, tenacidad, fuerza y devoción, pero lo cierto era que no entendía el mundo, no conocía a Dios y vivía de acuerdo con una fantasía. En realidad era una pena. Habría podido ser valioso.

-¿Cuando nos vamos?

-Daremos a los muchachos un par de horas para que despejen las carreteras. Vosotros iréis en el coche; como tiene tracción delantera, no os costará conducir. Yo iré en el camión. No hay prisa, ¿verdad? No nos conviene correr peligro.

-Cierto.

-Vamos dentro antes de que nos congelemos.

-Aquí tendrían que purificar el aire -dijo Clark, cuando terminó de toser.

-Es bastante malo -concordó Chávez.

Habían alquilado un pequeño alojamiento cerca del aeropuerto. Todo lo que necesitaban estaba guardado en los armarios. Habían hecho sus contactos en la zona. Cuando el «747» aterrizara, el equipo habitual estaría enfermo. Sería una enfermedad financiera, desde luego. A los dos agentes de la CIA no les resultó difícil conseguirlo. A los mexicanos no les gustaban los japoneses, al menos los funcionarios, a quienes consideraban más arrogantes que los norteamericanos... lo cual, para un ciudadano de México, era notable. Clark miró su reloj. Faltaban nueve horas para que el aparato descendiera a través de la contaminación. Sólo una breve visita de cortesía para saludar al presidente de México; luego, a Washington, a hablar con Fowler. Bueno, eso facilitaba las cosas a Clark y Chávez.

Partieron hacia Denver justo a medianoche. Los equipos de carreteras de Colorado habían trabajado con la eficiencia de costumbre. La nieve que no se podía retirar estaba cubierta de sal y arena. El trayecto, que habitualmente se cubría en una hora, llevó solo quince minutos más. Marvin se encargó de inscribir al grupo, pagó en efectivo por tres noches y pidió ostentosamente un recibo para su cuenta de gastos. El recepcionista reparó en el logotipo de la «ABC» pintado en el camión y se arrepintió de haberles dado habitaciones traseras. Si estuviera aparcado adelante habría servido de atracción. En cuanto el hombre se fue, el empleado volvió a dormitar delante del televisor. Al día siguiente llegarían los fanáticos de Minnesota, que prometían ser una muchedumbre alborotadora.

La reunión con Lyalin resultó más fácil de acordar que lo esperado. La breve entrevista de presentación entre Cabot y el nuevo jefe de la CIA coreana se desarrolló con una tranquilidad que él no había previsto (los coreanos eran muy profesionales), permitiéndole despegar hacia Japón con doce horas de antelación. El jefe de la estación Tokyo tenía un lugar preferido: una casa para huéspedes situada en una de las innumerables callejuelas traseras, a un kilómetro y medio de la Embajada, lugar muy fácil de inspeccionar y vigilar.

-He aquí mi último informe -dijo el agente Mushashi, entregándole el sobre.

-Nuestro presidente está muy impresionado por la calidad de su información -replicó Cabot.

-Tan impresionado como yo con los honorarios.

-¿Qué puedo hacer por usted?

Quería estar seguro de que usted me tomaba en serio -dijo Lyalin.

-No lo dude -le aseguró Marcus. «¿Acaso este tipo cree que le pagamos millones sólo por gusto?» Era su primera entrevista directa con un agente. Aunque le habían dicho que las conversaciones como ésa eran habituales, no dejaba de asombrarse.

-Pienso desertar dentro de un año, con mi familia. ¿Qué harán ustedes por mí, exactamente?

-Bueno, lo interrogaremos largamente. Luego lo ayudaremos a buscar una casa cómoda y un buen trabajo.

-¿Dónde?

-Donde usted quiera, dentro de lo razonable. -Cabot logró disimular su exasperación. Ese trabajo era para un funcionario de menor rango.

-¿Qué significa «dentro de lo razonable»?

-No permitiremos que viva delante de la Embajada rusa. ¿Qué tiene pensado usted?

-Todavía no lo sé.

«¿Y para qué menciona el tema, entonces?», pensó Cabot.

Librodot

-¿Qué tipo de clima le gusta?
-Creo que cálido.
-Bien, en Florida hay muchísimo sol.
-Lo pensaré. -El hombre hizo una pausa-. ¿No me está mintiendo?
-Nosotros cuidamos bien de nuestros huéspedes, señor Lyalin.

-De acuerdo. Continuaré enviándoles información. El hombre se levantó y se fue, simplemente.

Marcus Cabot logró acallar un taco, pero la mirada que arrojó al jefe de estación provocó una risa.

-Es la primera vez que hace un cara a cara, ¿verdad?
-¿Esto es todo? -Cabot apenas podía creerlo.
-Esta es una profesión extraña, director. Por descabellado que parezca, lo que usted acaba de hacer es muy importante -dijo Sam Yamata-. Ahora él sabe que nos ocupamos de él. Por cierto, mencionar al presidente fue una buena idea.
-Si usted lo dice... -Cabot abrió el sobre y empezó a leer-. ¡Por Dios!
-¿Más sobre el viaje del primer ministro?
-Sí, los detalles que no teníamos. Bancos, pagos a otros funcionarios... Tal vez no haga falta poner micrófonos en el avión.
-¿Poner micrófonos en un avión? -repitió Yamata.
-No he dicho nada.

El jefe de estación asintió.

-Desde luego. Además, ha estado aquí.
-Tengo que volver a Washington cuanto antes.

Yamata consultó su reloj.

-No alcanzaremos a tiempo el vuelo directo.
-En ese caso enviaremos un fax confidencial.
-Aquí no estamos preparados para eso. Por lo menos, no en la CIA.
-¿Y los de Seguridad Nacional?
-Ellos sí, director, pero han recibido una advertencia sobre la seguridad de sus sistemas.
-El presidente tiene que enterarse de esto. Tengo que transmitirlo. Envíelo bajo mi responsabilidad.
-Sí, señor.

XXXIII. PASOS

Era agradable despertar un sábado en casa y a una hora apropiada (las ocho). Sin dolor de cabeza. Hacía meses que no hacía algo así. Pensaba pasar el día en casa, sin hacer otra cosa que afeitarse. Y eso, sólo porque al anochecer iría a misa. Ryan descubrió pronto que, los sábados por la mañana, sus hijos se pegaban al televisor para ver diversos dibujos animados, incluyendo ciertas tortugas de las que él había oído hablar. Después de pensarlo, decidió que esa mañana tampoco las conocería.

-¿Cómo te sientes hoy? -preguntó a Cathy, camino de la cocina.
-Nada mal. Estoy... ¡oh, maldita sea...!

El ruido que se escuchaba era el característico timbre del teléfono de seguridad. Jack corrió a la biblioteca para atender. -¿Sí?

-¿Doctor Ryan? Aquí sala de operaciones. Espadachín -dijo el agente de turno.
-Está bien. -Jack cortó-. ¡Qué maldición!
-¿Qué pasa? -preguntó Cathy desde la puerta.
-Tengo que presentarme. Por cierto, mañana también.
-Oh, Jack...

-Mira, cariño, hay un par de cosas que debo hacer antes de dimitir. Una de ellas está ocurriendo en este mismo instante (y olvídate de que te lo dije, ¿quieres?); tengo que hacerme cargo.

-¿Adónde tienes que ir ahora?

-A la oficina. En realidad, no tengo planeado nada en el exterior.

-Supongamos que esta noche hay nevada. Quizás una nevada grande.

-Estupendo. Bueno, puedo quedarme allá.

-¡Qué feliz me sentiré cuando dejes para siempre ese condenado empleo!

-¿Aguantarás un par de meses más?

-¿Un par de meses?

-El primero de abril dejo el trabajo. ¿De acuerdo?

-Lo que me disgusta no es tu trabajo, Jack, sino...

-Sí, los horarios. A mí también. Ya me he habituado a la idea de renunciar y volver a la vida normal. Tengo que cambiar.

Cathy cedió ante lo inevitable y volvió a la cocina. Jack se vistió sin formalidad. En fin de semana no había por qué ponerse traje. Decidió prescindir también de la corbata y conducir el coche él mismo. Treinta minutos después estaba en la carretera.

En el estrecho de Gibraltar la tarde era gloriosa. Europa al Norte, Africa al Sur. El estrecho pasaje había sido en otros tiempos una cordillera montañosa, según los geólogos; y el Mediterráneo, una cuenca seca hasta la irrupción del Atlántico. Habría sido el lugar perfecto para mirar desde allí, a nueve mil metros de altitud.

Y lo mejor era que, en aquel entonces, no hacía falta vigilar el tráfico aéreo comercial. Ahora era preciso estar alerta al circuito de guardia para asegurarse de que ningún avión de línea se entrometiera en su camino. 0 a la inversa, que en realidad era más cierto.

-Allí está nuestro acompañante -comentó Robby Jackson.

-Nunca lo había visto, señor -dijo el teniente Walters.

Se referían al portaaviones soviético Kuznetzov, el primer portaaviones de verdad de la flota rusa: sesenta y cinco mil toneladas, treinta aviones y unos diez helicópteros. Lo escoltaban los cruceros Slava y Mariscal Ustinov, aparte de otros tres buques que parecían destructores: un Sovremenny y dos Udaloy. Iban hacia el este en formación compacta y estaban trescientos sesenta kilómetros por detrás del grupo de combate del Theodore Roosevelt. Un retraso de medio día, se dijo Robby, o de media hora, según se lo mirara.

-¿Los sobrevolamos? -preguntó Walters.

-No. ¿A qué irritarlos?

-Parece que llevan prisa -dijo el teniente, mirando con unos prismáticos-. Yo diría que van a veinticinco nudos. -Tal vez tratan de salir del estrecho cuanto antes. -Lo dudo, capitán. ¿A qué supone que han venido?

-A lo mismo que nosotros, según datos de Inteligencia: a entrenarse, mostrar la bandera, hacer amigos e influir sobre la gente.

-¿No hubo un incidente con usted, cierta vez...?

-Sí. Un «Forger» me puso un misil en la cola, hace algunos años. Pero volví con mi «Tom» sano y salvo. -Robby hizo una pausa-. Dijeron que fue por accidente. Se supone que el piloto fue castigado.

-¿Usted lo cree?

Jackson echó una última mirada al grupo ruso.

-En realidad, sí. Bueno, ya los hemos visto. Regresemos.

Robby manipuló los mandos para girar hacia el este. Lo hizo en una maniobra serena, no en el ladeo cerrado que habría intentado un joven piloto de combate. ¿Para qué forzar innecesariamente la estructura? En el asiento trasero, el teniente Henry Walters, Trituradora, pensó que el comandante de grupo se estaba haciendo viejo.

Librodot

No tan viejo. El capitán Jackson estaba alerta como siempre. Tenía el asiento tan arrimado como era posible, pues Robby era bajo. Eso le brindaba un buen campo de visión. Sus ojos describían un patrón constante, de izquierda a derecha y de arriba abajo, además de observar sus instrumentos una vez por minuto, más o menos. Su principal preocupación era el tráfico aéreo comercial, además de los aviones particulares, pues era fin de semana y a muchos les gustaba volar alrededor del Peñón para tomar fotografías. Un civil al mando de un «Learjet», se decía «Robby», podía ser más peligroso que un «Sidewinder» suelto.,.

-¡Por Dios! ¡Acercamiento a las nueve!

El capitán Jackson volvió la cabeza hacia la izquierda. A quince metros de distancia vio un « MiG-29 Fulcrim-N», la nueva variante naval del aparato ruso de combate aéreo. El piloto los miraba a través del visor de su casco. Robby vio que llevaba cuatro misiles colgando de las alas. En ese momento el «Tomcat» tenía sólo dos.

-Llegó desde abajo -informó Trituradora.

-Vaya zorro. -Robby lo encajó con ecuanimidad. El piloto ruso agitó la mano y él le devolvió el gesto.

-Diablos, si hubiera querido...

-¿Quieres tranquilizarte, Trituradora? Hace más de veinte años que juego con los rusos. He interceptado más aviones soviéticos «Bear» que tú de faldas. No estamos haciendo maniobras tácticas. Yo sólo quería echar un vistazo a su formación. Aquí el amigo Iván decidió venir a ver qué hacíamos. No hace más que comportarse como un buen vecino.

Robby movió el timón hacia delante para descender algunos metros. Quería observar la panza del ruso. No llevaba tanques adicionales de combustible: sólo los cuatro misiles, «AA-1 1 Archers», según los llamaba la OTAN. El gancho de cola parecía más endeble que el de los norteamericanos; recordó que los rusos habían tenido algunos problemas de aterrizaje. Bueno, la aviación de portaaviones era nueva para ellos. Habían pasado años aprendiendo todas las lecciones. Por lo demás, el aparato tenía un aspecto impresionante: recién pintado con el agradable gris que usaban los rusos, en vez del gris supresivo infrarrojo de alta tecnología adoptada por la Marina estadounidense unos años atrás. La versión rusa era más bonita; la pintura estadounidense resultaba más efectiva para que los aviones pasaran inadvertidos, aunque les daba un penoso aspecto de lepra. Memorizó el número de la cola para informar a la Inteligencia de la escuadrilla. Del piloto no veía nada, pues la cara iba cubierta por casco y visor y usaba guantes. Una distancia de quince metros era un poco escasa, pero no tanto. Probablemente el ruso intentaba mostrarles que era hábil, pero no loco. Eso estaba bien. Robby niveló su aparato y agitó la mano para agradecer al ruso que hubiera mantenido una línea recta. Una vez más, el gesto fue respondido.

«¿Cómo te llamas, muchacho?», pensó Robby. También se preguntó qué pensaría el ruso de la bandera de victoria pintada bajo la cabina, con la inscripción en letras pequeñas: «MiG-29», 17-1-91. «No nos envanezcamos demasiado con eso», se dijo.

El «747» aterrizó después del largo vuelo sobre el Pacífico, para gran alivio de la tripulación. Clark estaba seguro de que esas doce horas de vuelo habían sido horribles, sobre todo al encontrarse en el último tramo con un cuenco lleno de hollín y niebla. El aparato carreteó, describió un giro y, por fin, se detuvo en un sitio señalado por una banda militar, varias filas de soldados y civiles y la habitual alfombra roja.

-Mira, después de pasar tanto tiempo en un avión quedo hecho polvo y no se me ocurre nada inteligente -dijo Chávez, en voz baja.

-Cuida de no presentarte como candidato a presidente -recomendó Clark.

-Tienes razón, señor C.

Acercaron la escalerilla y al fin la puerta se abrió. La banda atacó unos acordes, pero los dos agentes de la CIA estaban demasiado lejos como para oír con claridad. Hubo el habitual revoloteo de cámaras de televisión. El primer ministro de Japón fue recibido por el ministro

Librodot

de Asuntos Exteriores de México; escuchó un breve discurso, pronunció otro a su vez, pasó revista a las tropas que llevaban noventa minutos en formación y, por fin, hizo la primera cosa sensata del día: subir a una limusina que lo llevó a su Embajada, donde se daría una ducha (o un baño caliente, con más probabilidad, se dijo Clark). Tal como lo hacían los japoneses, debía de ser la cura perfecta para un viaje en avión: un largo remojo en agua a treinta y siete grados o algo más. Eso tenía que quitar las arrugas de la piel y el entumecimiento de los músculos. Lástima que los norteamericanos no lo hubieran aprendido, pensó Clark. Diez minutos después de que se hubo retirado el último dignatario, los soldados se fueron, la alfombra fue recogida y se llamó al equipo de mantenimiento para que atendiera el avión.

El piloto habló por un momento con el jefe de mecánicos. Uno de los grandes motores «Pratt and Whitney» calentaba una pizca. Por lo demás, no había problemas. La tripulación de vuelo se retiró a descansar. Tres guardias de seguridad ocupaban sus puestos alrededor del aparato, en tanto otros dos se paseaban por el interior. Clark v Chávez mostraron sus pases a los funcionarios mexicanos y japoneses y entraron a trabajar. Ding empezó por los baños, donde se tomó su tiempo, pues le habían dicho que los japoneses insistían mucho en que las letrinas estuvieran impecables. Bastaba respirar una sola vez el aire interior para comprobar que a los japoneses se les permitía fumar. Hubo que revisar todos los ceniceros y limpiar más de la mitad. Recogieron periódicos y revistas. Otros miembros del personal se encargaron de pasar la aspiradora.

Clark fue hacia la proa para revisar el armario de las bebidas. Pensó que uno de cada dos pasajeros debía de haber llegado con una buena resaca. Por lo visto, a bordo había varios bebedores empedernidos. Le alegró comprobar que los técnicos de Langley habían acertado con la marca de whisky que prefería la aerolínea japonesa. Por fin fue a la zona de estar, detrás de la cabina. Era exactamente como el duplicado hecho por ordenador que había examinado durante horas, antes de su viaje. Cuando acabó de limpiar estaba ya seguro de que la misión sería coser y cantar. Ayudó a Ding con las bolsas de basura y salió del avión a tiempo para la cena. Mientras iba hacia su coche, pasó una nota a un agente de la estación México de la CIA.

Jack echó un vistazo por la ventana. Ya había empezado a nevar.

-Toda la noche, posiblemente.

La nevada arreciaba. La tormenta fría que venía del Medio Oeste se estaba mezclando con una zona de bajas presiones que llegaba de la costa. En la capital, las grandes nevadas llegan siempre desde el sur, y el Servicio Meteorológico Nacional anunciaba entre quince y veinte centímetros. Pocas horas antes, esa predicción era sólo de cinco a diez. Jack podía abandonar la oficina en ese mismo instante y tratar de volver por la mañana, o quedarse allí. Por desgracia, parecía mejor quedarse.

-¡Maldita sea! -juró Ryan-. ¿Eso llegó a través del Departamento de Estado?

-En efecto, señor. El director Cabot ordenó utilizar una línea de fax. Quería ahorrar el tiempo de la transcripción.

-¿Y Sam Yamata no se molestó en explicarle lo de los husos horarios?

-Temo que no.

No tenía sentido seguir diciendo palabrotas al hombre del departamento Japón. Ryan volvió a leer las páginas. -Bueno, ¿qué le parece a usted?

-Me parece que el primer ministro va a caer en una emboscada.

-¡Menuda desgracia! Envíe esto por mensajero a la Casa Blanca. El presidente lo querrá PDQ.

-Bien. -El hombre se retiró y Ryan marcó el número de Operaciones-. ¿Cómo va Clark? -preguntó, sin preámbulos.

-Bien, según dice. Está listo para hacer el implante. Los aparatos monitores ya están preparados. No sabemos de ningún cambio en la agenda del primer ministro.

Librodot

-Gracias.

-¿Hasta qué hora piensa quedarse?

Golovko también estaba en su oficina, aunque Moscú guardaba ocho horas de diferencia con respecto a Washington. Eso no contribuía al humor de Sergei, que era bastante malo.

-¿Y bien? -preguntó al mayor de comunicaciones e inteligencia.

-Hemos tenido suerte. Este documento fue enviado por fax desde la Embajada estadounidense en Tokyo a Washington.

El hombre le entregó la hoja. El lustroso papel térmico estaba impreso con letras discretas pero desordenadas, y tenía muchos parásitos de ruido ambiental, pero un veinte por ciento estaba en inglés legible, incluso dos frases completas y un párrafo entero.

-¿Y bien? -repitió Golovko.

-Lo llevó a la sección Japón para que hicieran un comentario. Me dieron esto. -Pasó otro documento-. He marcado el párrafo.

Golovko leyó la traducción al ruso y la comparó con el inglés.

-Es una pésima traducción. ¿Cómo llegó nuestro documento?

-Por correo de la Embajada. No fue transmitido porque dos de las máquinas criptográficas están en reparaciones y el Rezident de Tokyo decidió que esto podía esperar. Acabó en la valija diplomática. Ellos no conocen nuestra clave, pero de cualquier modo recibieron esto.

-¿Quién trabaja en este caso? ¿Lyalin? Sí -dijo Golovko, casi para sus adentros. A continuación llamó al oficial de guardia del Primer Directorio-. Soy Golovko, coronel. Envíe un mensaje prioritario al Rezident de Tokyo. Lyalin debe presentarse inmediatamente en Moscú.

-¿Problema?

-Tenemos otra filtración.

-Lyalin es un agente muy efectivo. Sé qué clase de material está enviando.

-Los norteamericanos también. Envíe ese mensaje de inmediato. Luego quiero en mi escritorio todo lo que tengamos sobre CARDO. -Golovko colgó y clavó la vista en el mayor, que permanecía de pie frente a su escritorio-. Ese matemático que ideó todo esto... ¡por Dios, lástima que no lo hayamos tenido cinco años antes!

»Pasó diez años ideando esta teoría para ordenar el caos. Si alguna vez se divulga, ganará la Medalla Planck. Tomó la obra de Mandelbrot en la Universidad de Harvard y la de MacKenzie en Cambridge, y...

-Le creo, mayor. La última vez que usted trató de explicarme esta brujería sólo conseguí un dolor de cabeza. ¿Cómo marcha el trabajo?

-Cada día somos más potentes. Lo único que no podemos desvelar es el nuevo sistema que la CIA ha empezado a utilizar. Parece basado en un principio nuevo. Estamos trabajando en ello.

El presidente Fowler subió el helicóptero «VH-3» de la Marina antes de que la nevada arreciara demasiado. Era su aparato personal, pintado de verde oliva blanco y con muy pocas marcas; su señal de llamada era Marina Uno. Elizabeth Elliot subió tras él. En opinión de algunos periodistas, muy pronto habría que revelar lo que había entre los dos. 0 tal vez el presidente les ahorrara el trabajo casándose con aquella zorra.

El piloto, un coronel de la Marina, puso las dos turbinas a toda potencia y ascendió lentamente para dirigirse hacia el noroeste. Casi de inmediato tuvo que guiarse por los instrumentos, lo que no le gustaba. Volar a ciegas no le molestaba, pero sí cuando el presidente iba a bordo. Pilotar en medio de una nevada era mal asunto. Se perdía toda referencia visual externa. Si se miraba por el parabrisas, incluso el piloto más experimentado se desorientaba en pocos segundos. Por eso el coronel dedicó bastante más tiempo a estudiar

sus instrumentos.

El helicóptero tenía muchos dispositivos de seguridad, incluso un radar para evitar colisiones; además, contaba con la atención de dos expertos controladores de tráfico aéreo. Aunque pareciera perverso, ése era un modo seguro de volar. En un día despejado, cualquier lunático a bordo de un «Cessna» podía tratar de reunirse en el aire con el Marina Uno; maniobrar para evitar ese tipo de incidentes era una práctica habitual para el teniente coronel, tanto en el aire como en el simulador de vuelo de la base aérea de Anacostia.

-El viento está arreciando mucho más de lo que yo esperaba -dijo el copiloto, un mayor.

-Tal vez tengamos pozos de aire al llegar a las montañas.

-Deberíamos haber despegado un poco antes.

El piloto operó los controles del intercomunicador para dirigirse a los dos agentes del Servicio Secreto que viajaban atrás:

-Convendría asegurarse de que todos tengan bien puesto el cinturón de seguridad. Vamos a agitarnos un poco.

-Bien -replicó Pete Connor.

Echó un vistazo para verificar que todos estuvieran bien asegurados. Los tripulantes tenían demasiada experiencia como para preocuparse, pero él prefería que el viaje fuera tranquilo. Vio que el presidente, muy sereno, leía una carpeta que le habían llevado pocos minutos antes del despegue. Connor también se reacomodó. A él y a D'Agustino les encantaba Camp David. Una compañía de rifleros de la Marina cuidadosamente escogidos se encargaba de la seguridad del perimetro, apoyados por los mejores sistemas de vigilancia electrónica fabricados en Estados Unidos. Además, estaban los habituales agentes del Servicio Secreto. Ese fin de semana no se esperaba que nadie entrara ni saliera de allí, salvo algún mensajero de la CIA, que llegaría en coche. Todo el mundo podía descansar, se dijo Connor, incluso el presidente y su dama.

-Esto se está poniendo feo. Los idiotas del Servicio Meteorológico tendrían que asomar la cabeza por la ventana. -Predijeron veinte centímetros.

-Apuesto un dólar a que serán más de treinta. -Tratándose del tiempo, nunca apuesto contra ti -recordó el copiloto.

-Eres inteligente, Scotty.

-Dicen que para mañana por la noche habrá despejado.

-Tendré que verlo para creerlo.

-Y la temperatura bajará a dieciocho bajo cero o más.

-Eso sí me lo creo -dijo el coronel, verificando la altitud, la brújula y el horizonte artificial. Sus ojos fueron otra vez hacia fuera, pero sólo se veían copos de nieve revueltos por las puntas de la hélice-. ¿Qué visibilidad calculas?

-Oh, en sitio despejado... treinta metros... tal vez hasta cuarenta y cinco... -El mayor se volvió hacia el coronel con una amplia sonrisa, que se borró cuando empezó a pensar en el hielo que podía acumularse en la estructura-. ¿Cuál es la temperatura exterior? -murmuró.

-Doce bajo cero -contestó el coronel, sin darle tiempo a mirar el termómetro.

-¿Asciende?

-Sí. Bajaremos un poco; tendría que hacer más frío. -Este maldito clima de la capital...

Treinta minutos después volaban en círculos sobre Camp David. Las señales luminosas les indicaron la situación del helipuerto; hacia abajo se veía mejor que en cualquier otra dirección. El copiloto miró hacia popa para comprobar que el tren de aterrizaje estuviera bien.

-Ahora tenemos un poco de hielo, coronel. Bajemos esta bestia antes de que ocurra algo feo. El viento es de treinta nudos.

-Empiezo a sentirlo algo pesado. -El « VH-3» podía recoger hasta doscientos kilos de hielo por minuto en determinadas condiciones meteorológicas-. Zona de aterrizaje a la vista.

-Sesenta metros, velocidad de vuelo treinta -dijo el mayor, leyendo los instrumentos-. Cuarenta y cinco a veinticinco... Treinta y menos de veinte... Todo parece estar bien... Quince metros y velocidad de tierra cero...

Librodot

El piloto descendió suavemente. La nieve acumulada en el suelo empezó a volar por obra de la hélice. Las referencias visuales, que acababan de reaparecer, desaparecieron en un instante. De pronto, una ráfaga hizo girar al helicóptero bruscamente hacia la izquierda, inclinándolo. Los ojos se clavaron en el horizonte artificial. Lo vio inclinarse y supo que el peligro era tan grave como inesperado. Movió el cíclico para nivelar el aparato dejó caer el aparato al suelo. Mejor un aterrizaje violento que una hélice atascada en árboles invisibles. El helicóptero cayó como una piedra... exactamente desde noventa centímetros de altitud. Los pasajeros apenas si detectaron algo raro.

-Por eso eres el piloto del jefe -dijo el mayor-. Buena maniobra, coronel.

-Creo que he roto algo.

-Creo que tienes razón.

El piloto conectó el intercomunicador.

-Perdonen el golpe, pero recibimos una ráfaga sobre el helipuerto. ¿Todos bien?

El presidente se había levantado para asomarse a la cabina.

-Usted tenía razón, coronel. Debimos partir más temprano. La culpa es mía -dijo graciosamente, mientras pensaba: «Necesito este fin de semana, qué diablos.»

Los hombres de Camp David abrieron la portezuela. Un vehículo HMMWV cerrado se acercó para llevar al presidente y su comitiva. Cuando se fueron, los pilotos buscaron el daño.

-Tal como suponía.

-¿El calibrador? -El mayor se inclinó a mirar-. Sí, claro.

La violencia del aterrizaje había partido la aguja que controlaba el amortiguador hidráulico del lado derecho del tren de aterrizaje. Habría que repararlo.

-Iré a ver si tenemos piezas de recambio -dijo el jefe de tripulación.

Diez minutos después comprobó, con sorpresa, que no tenían. Eso lo fastidió. Telefoneó a la base de helicópteros de Anacostia y pidió que le llevaran unas cuantas. Mientras tanto no habría nada que hacer. Aún era posible utilizar el aparato en caso de emergencia, por supuesto. Un pelotón de fusileros de la Marina montaba guardia alrededor del helicóptero, como era habitual, mientras otro pelotón recorría el perímetro del helipuerto, junto a los bosques.

-¿Qué ocurre, Ben?

-¿Hay camas en este lugar? -preguntó Goodley. Jack meneó la cabeza.

-Puedes usar el sofá de la oficina de Nancy. ¿Cómo marcha tu documento?

-Bueno, de cualquier modo tendré que pasar la noche levantado. Pero se me ha ocurrido algo.

-¿Qué?

-Resulta curioso, pero nadie ha verificado que nuestro amigo Kadishev haya estado realmente con Narmonov.

-¿A qué te refieres?

-Narmonov pasó la mayor parte de la semana pasada fuera de la ciudad. Si no hubo ningún encuentro, eso significa que Kadishev nos está mintiendo, ¿no?

Jack cerró los ojos e inclinó la cabeza a un lado.

-No está mal, doctor Goodley, no está mal.

-Tenemos el itinerario de Narmonov. Y estoy haciendo comprobar el de Kadishev. Voy a retroceder hasta agosto pasado. Si se hace una verificación, conviene que sea amplia. Mi documento puede demorarse un poco, pero esto acaba de ocurrírseme. He estado haciendo comprobaciones casi todo el día. Es más difícil de lo que yo esperaba.

Jack señaló la tormenta exterior.

-Al parecer, la tormenta me obligará a quedarme por un rato. ¿Quieres que te ayude?

-Desde luego que sí.

-Antes cenaremos algo.

Oleg Yurievich Lyalin abordó su vuelo a Moscú entre sentimientos confusos. La citación era normal, pero le preocupaba que se hubiera producido a continuación de su entrevista con el director de la CIA. Bien podía tratarse de casualidad. Probablemente tenía que ver con la información que había entregado a Moscú sobre el viaje a Norteamérica del Primer Ministro japonés. Una sorpresa que no había revelado a la CIA se relacionaba con las propuestas de Japón a la Unión Soviética, ofreciendo cambiar alta tecnología por petróleo y madera. Pocos años antes un acuerdo así habría inquietado mucho a los norteamericanos; marcaba la culminación de un prayecto quinquenal en el que Lyalin había trabajado. Se acomodó en el asiendo del avión y se permitió descansar. Después de todo nunca había traicionado a su país, ¿verdad?

Los vehículos de transmisión por satélite de los grandes cadenas formaban dos grupos. Había once en total, todos aparcados junto al muro del estadio. A doscientos metros de distancia había treinta y uno más, más pequeños, que transmitían probablemente para las emisoras regionales. La primera tormenta había pasado y un equipo de canteras estaba despejando de nieve el amplio aparcamiento del estadio.

Ése era el sitio, se dijo Ghosn: cerca de la unidad A de la cadena «ABC». Había unos veinte metros de espacio abierto. La falta de vigilancia lo dejó atónito. Vio sólo tres coches policiales, apenas suficiente para controlar a los borrachos que deambulaban por allí. ¡Qué seguros se sentían los norteamericanos! Habían domesticado a los rusos, aplastado a Irak, intimidado a Irán, apaciguado a su propio pueblo y ahora se sentían absolutamente despreocupados. Sin duda les encantaba la comodidad, porque hasta los estadios tenían techo y calefacción.

-Todo esto caerá como piezas de dominó -dijo Marvin, en el asiento de conductor.

-Sí, por cierto -concordó Ghosn.

-¿Ves lo que te dije de la vigilancia?

-Hice mal en dudar de ti, amigo.

-Las precauciones nunca están de más. -Russell inició otro recorrido al perímetro-. Entraremos por esta puerta y seguiremos en línea recta.

Los faros del camión iluminaron los escasos copos de nieve que quedaban. Russell había explicado que, con tanto frío, no podía nevar mucho. La masa de aire canadiense se dirigía hacia el Sur. Se calentaría al llegar a Texas, dejando caer su humedad allí en lugar de hacerlo en Denver. Los hombres que limpiaban las carreteras eran muy eficientes. A los norteamericanos les gustaba la comodidad en todo. Si hacía frío, se construía un estadio techado. Si había nieve en las autopistas, se quitaba. A los palestinos se los compraba. Aunque su expresión no lo delató, en ese momento odiaba a Estados Unidos como nunca. En todo cuanto hacía, aquel pueblo se jactaba de su poder y su arrogancia. Se sentían protegidos contra todo, y lo proclamaban al mundo entero.

¡Oh, Dios, poder derribarlos!

El fuego caldeaba el ambiente agradablemente. La cabaña presidencial de Camp David era de clásico estilo norteamericano: gruesos troncos sobrepuestos, reforzados por dentro con fibra Kevlar; las ventanas eran de policarbonato (material antibalas). El mobiliario era una mezcla aun más curiosa de cosas modernas y antiguallas confortables. Delante del diván que ocupaba el presidente había tres impresoras conectadas a los principales servicios de Prensa, pues a sus predecesores les gustaba ver la copia de los cables; también había tres grandes televisores, uno de ellos habitualmente sintonizado en la «CNN», aunque esa noche mostraba un canal de películas. A unos ochocientos metros había una discreta instalación de antenas

Librodot

que recibía señal de todos los satélites civiles y la mayor parte de los militares, uno de cuyos beneficios era obtener acceso a todos los canales de televisión por satélite, incluso los pornográficos, que no interesaban a Fowler; así era el sistema de comunicación más costoso y exclusivo del mundo.

Fowler se sirvió una cerveza. Era una «Dortmunder Union», marca alemana que traía la Fuerza Aérea; lo de ser presidente proporcionaba ciertos privilegios útiles. Liz Elliot bebía vino blanco francés, en tanto la mano izquierda del presidente jugaba con su pelo.

La película era una comedia romántica que despertó el interés de Bob Fowler. En realidad, la protagonista le recordaba a Liz, por su aspecto y sus actitudes. Demasiado respondona, demasiado dominante, pero no carente de cierto valor social redentor. Ahora que Ryan ya no estaba (bueno, al menos iba camino de desaparecer), tal vez todo se asentara.

-Nos ha ido bien, ¿verdad?

-Sí, por cierto, Bob. -Hizo una pausa para beber de su copa-. Tenías razón con respecto a Ryan. Es mejor dejar que se vaya honrosamente. -«Siempre que se vaya, junto con esa pequeña arpía de su esposa.»

-Me alegra que lo digas. No es mal hombre, aunque sí algo anticuado. Fuera de época.

-Obsoleto -agregó Liz.

-Sí -concordó el presidente-. ¿Por qué estamos hablando de él?

-Se me ocurren temas mejores. -Ella volvió la cara y le besó la palma de la mano.

-A mí también -murmuró el presidente, dejando su copa.

-Las carreteras están cubiertas de nieve -informó Cathy-. Creo que has hecho bien en quedarte.

-Sí, había un punto peligroso en la autopista. Iré a casa mañana por la noche. En todo caso, puedo robar uno de esos four-by-four que tienen abajo.

-¿Dónde está John?

-No está aquí.

-Entiendo... -dijo Cathy. «¿En qué andará?»

-Bien, será mejor que trabaje un poco. Te llamo por la mañana.

-Adiós, Jack.

-Esa es una de las cosas que no echaré de menos cuando me vaya de aquí -dijo Jack a Goodley tras colgar el auricular-. Bien, ¿qué has descubierto?

-Hemos comprobado todas las entrevistas de setiembre.

-Pareces a punto de derrumbarte. ¿Cuánto llevas sin dormir?

-Desde ayer, creo.

-Ha de ser bonito tener menos de treinta años. Tiéndete en ese sofá del pasillo -dijo Ryan.

-¿Y usted?

-Quiero releer esto. -Dio un golpecito a la carpeta que había en su escritorio-. Todavía no te toca. Ve, duerme un rato.

-Hasta mañana.

La puerta se cerró tras Goodley. Jack empezó a leer los documentos de Niitaka, pero al poco se sintió cansado. Cerró el archivo de su escritorio y buscó acomodo en su propio sofá, pero no pudo dormir. Tras permanecer unos minutos mirando el techo, Ryan se dijo que era preferible mirar algo menos aburrido y encendió el televisor. Manipuló el mando a distancia en busca de canal de noticias y se encontró mirando el final de un spot publicitario por Canal 20, una emisora independiente de Washington. Cuando iba a cambiar pusieron la película. Tardó un momento en reconocerla. Gregory Peck y Ava Gardner... blanco y negro... Australia.

-Vaya -dijo Ryan para sus adentros. Era On the Beach. No la veía desde hacía años: un clásico de la guerra fría de... Nevil Shute, ¿no? Siempre valía la pena ver una película de Gregory Peck. Igual que de Fred Astaire.

Las consecuencias de una guerra nuclear. Jack se sorprendió de sentirse tan cansado. Últimamente había descansado bien y...

...se quedó dormido, pero no del todo. Como a veces le ocurría, la película entró en su mente y decidió verla. Jack Ryan empezó a adoptar diversos papeles. Condujo el «Ferrari» de Fred Astaire en el último y sangriento Grand Prix australiano. Navegó a San Francisco en el Sawfish, SSN-623 (pero una parte de su mente objetó que 623 era el número de otro submarino, el USS Nathan Hale, ¿verdad?). Y la señal morse, la botella de «Coca-Cola» en la persiana, lo que era muy divertido porque significaba que él y su esposa tendrían que tomar esa taza de té y él no quería hacerlo porque entonces tendría que poner la píldora en la fórmula del bebé para asegurarse de que el bebé muriera y su esposa no estaba al tanto (comprensible, porque era médica), y él tenía que tomar esa responsabilidad... como siempre y ¿no era una pena tener que dejar a Ava Gardner en la playa para que él y sus hombres pudieran morir en la patria, si llegaban? -Qué vacías estaban ahora las calles, y Cathy, Sally y el pequeño Jack habían muerto y era culpa suya, porque él les había hecho tomar las píldoras para que no murieran de otra cosa aún peor, pero aún así estaba mal aunque no había mucha alternativa entonces por qué no usar un revólver para hacerlo y...

-¡Mierda! -Jack se incorporó como impulsado por un muelle de acero. Se miró las manos, que le temblaban violentamente, hasta que repararon en que su mente estaba bajo el mando de la conciencia-. Has tenido una pesadilla, muchacho, y ésta no fue lo del helicóptero con Buck y John... Fue peor..

Ryan buscó los cigarrillos y encendió uno. Después se levantó. Seguía nevando. Los vehículos quitanieves no conseguían despejarla. No era fácil sacudirse una cosa como ésa: ver morir de ese modo a su familia. «¡Tengo que salir de aquí!» Había demasiados recuerdos y no todos eran buenos. Su fallo antes del ataque contra su familia, el tiempo pasado en el submarino, encontrarse abandonado en la pista del aeropuerto Sheremetyevo y encontrarse con el bueno de Sergei Nikolaievich apuntándole con una pistola, y, peor aún, aquel viaje en el helicóptero que los sacaba de Colombia. Era demasiado. Hora de renunciar. En el fondo, Fowler y hasta Liz Elliot le estaban haciendo un favor, ¿cierto? Aunque no lo supieran. Hermoso mundo el que se extendía allí fuera. El había aportado su granito de arena. Lo había mejorado en parte y había colaborado en que otros también lo hicieran. La película que acababa de vivir habría podido suceder. Pero ya no. Fuera, todo estaba limpio y blanco; las mortecinas luces del aparcamiento lo iluminaban apenas.

-Sí.

Jack exhaló el humo contra la ventana. Tendría que abandonar otra vez el tabaco. Cathy insistiría. ¿Y después? Después, unas largas vacaciones prolongadas durante el próximo verano; tal vez volver a Inglaterra... ¿en barco? 0 viajar por Europa en coche, quizá durante todo el verano. Ser libre otra vez. Caminar por la playa. Pero después tendría que buscar trabajo, hacer algo. Annapolis... No, eso estaba descartado. ¿Alguna organización privada? ¿Una cátedra? ¿Georgetown?

-Espionaje ciento uno. -Rió para sus adentros. Sí, enseñaría a hacer el trabajo sucio.

«¿Cómo diablos consiguió James Greer durar tanto en esta locura?»

¿Cómo se soportaban las tensiones? Ésa era una asignatura que él nunca había aprobado.

«Aún necesitas descansar, Jack», recordó.

Esta vez se aseguró de que el televisor estuviera apagado.

XXXIV. COLOCACIÓN

A Ryan le sorprendió que la nevada no hubiera cesado. El sendero que veía desde la ventana de su despacho, situado en el último piso, tenía más de medio metro de nieve

acumulada; el equipo de mantenimiento había fracasado en sus esfuerzos durante la noche. Soplaban fuertes vientos y la nieve se acumulaba en carreteras y aparcamientos con tanta celeridad que era imposible retirarla al mismo ritmo; la que apartaban no hacía sino depositarse en otro sitio, llevada por el viento. Hacía años que no se producía una tormenta como ésa en Washington. Los habitantes de la zona ya habían salido del pánico para caer en la desesperación. Jack se dijo que estarían comenzando a sufrir el síndrome de aislamiento. Las provisiones de alimentos no serían fáciles de reponer. Algunos hombres y mujeres empezarían a observar a sus cónyuges, preguntándose si sería muy difícil cocinarlos... Riendo de la idea, fue en busca de agua para su cafetera. Al salir del despacho sacudió a Ben Goodley por el hombro.

-Arriba, doctor Goodley.

Los ojos se abrieron poco a poco.

-¿Qué hora es?

-Las siete y media. ¿De qué parte de Nueva Inglaterra eres?

-De New Hampshire, al norte. De un lugar llamado Littleton.

-Bien, echa un vistazo por la ventana y te acordarás de tu casa.

Cuando Jack volvió con el agua, el joven estaba de pie ante las ventanas.

-Parece haber cuarenta o cincuenta centímetros de nieve. ¿A qué tanta bulla? En Littleton esto se considera una simple ráfaga.

-Pero en Washington se considera la Era Glacial. Preparé café. -Ryan decidió llamar al puesto de seguridad del vestíbulo-. ¿Cómo están las cosas?

-La gente está llamando para decir que no puede llegar. El personal de la noche no ha podido salir. La autopista G.W. está cerrada, igual que la Beltway, del lado de Matyland, y el puente Wilson...

-Vaya... Bien, preste atención: en estas condiciones, si alguien consigue llegar tiene que haber sido entrenado por el KGB. Dispare a primera vista. -Goodley oyó la carcajada telefónica a tres metros de distancia-. Manténgame informado sobre la situación meteorológica. Y resérveme un four by four, el GMC, por si tengo que ir a alguna parte. -Jack cortó y miró al becario-. El rango tiene sus privilegios. Además, tenemos un par de four by four.

-¿Y los que deben venir?

Jack observó el café que empezaba a gotear de la máquina.

-Si la Beltway y la G.W. están cerradas, significa que dos tercios de nuestro personal no podía llegar. Ahora sabes por qué los rusos invirtieron tanto dinero en programas de control meteorológico.

-¿Y aquí nadie...?

-No. Aquí la gente supone que la nieve sólo cae en las pistas de esquí. Si esto no cesa pronto, el miércoles aún seguiremos inmovilizados.

-¿Tan mal están las cosas?

-Lo verás con tus propios ojos, Ben.

-¡Y yo que dejé mis esquíes de cross-country en Boston!

-El golpe no fue tan fuerte -objetó el mayor.

-El interruptor parece no estar de acuerdo con usted, mayor -dijo el jefe de tripulación, empujando el dispositivo para ponerlo en su sitio. La pequeña tableta de plástico negro vaciló por un momento y volvió a saltar-. ¡Mierda! Temo que no podremos despegar por un tiempo, señor.

Los calibradores para el tren de aterrizaje habían llegado a las dos de la mañana, en un segundo intento. El primero, frustrado, fue en automóvil, hasta que alguien decidió que sólo un vehículo militar podía cubrir el trayecto. Los recambios llegaron en un HMMWV que se retrasó por las retenciones en las carreteras entre Washington y Camp David. Se suponía que iban a iniciar la reparación del helicóptero en una hora (el trabajo no era difícil), pero de

Librodot

pronto las cosas se complicaban.

-¿Y bien? -preguntó el mayor.

-Probablemente hay un par de cables sueltos allí adentro. Tengo que desmontar el tablero, señor, e inspeccionarlo todo. Por lo menos, un día entero de trabajo. Será mejor que preparen otro avión.

El mayor miró fuera. En un día como aquél no quería volar a ninguna parte.

-Tenemos que volver mañana por la mañana. ¿Cuándo estará terminado?

-Si empiezo ahora... alrededor de medianoche. -Desayuna. Yo me ocuparé del otro avión.

-De acuerdo, mayor.

-Haré que tiendan un cable hasta aquí para conectar una estufa y una radio -dijo el mayor, sabiendo que el jefe de tripulación era de San Diego.

Luego volvió a la cabaña. El helipuerto estaba en un sitio alto y el viento hacía lo posible por despejarlo de nieve. Por tanto, había que ocuparse sólo de unos quince centímetros. Más allá, la nieve acumulada alcanzaba un metro de altura. Los guardias que recorrían los bosques debían de estar pasándolo fatal.

-¿Es grave? -preguntó el piloto, mientras se afeitaba.

-El tablero de circuito está averiado. Se requerirá todo el día para repararlo.

-Vaya por Dios. ¡El golpe no fue tan fuerte! -objetó el coronel.

-Ya. ¿Quieres que haga la llamada?

-Si. ¿Has revisado el tablero de amenazas?

-Sí, coronel. El mundo está en paz.

«Tablero de amenazas» era una expresión de la jerga profesional. El nivel de vigilancia de las agencias gubernamentales dependía del nivel de peligro que se previera en el mundo. Cuanto más peligro, más dispositivos de seguridad se mantenían en alerta. En aquel momento no había amenazas importantes para Estados Unidos. Por tanto, sólo había un avión para relevar al «VH-3» presidencial. El mayor hizo la llamada a Anacostia.

-Sí, tengamos listo a número dos. Número uno tiene problemas eléctricos... No, podemos arreglarlo aquí... Si, a medianoche.

El mayor colgó en el momento en que Pete Connor entraba en la cabaña.

-¿Qué pasa?

-Se ha averiado el helicóptero -contestó el coronel.

-No pareció un aterrizaje demasiado violento -objetó Connor.

-Ya -repuso el mayor-. El único que piensa lo contrario es ese maldito helicóptero.

-El aparato de relevo está en alerta -informó el coronel, mientras terminaba de afeitarse-. Lo siento, Pete. Son problemas eléctricos; tal vez no tengan nada que ver con el aterrizaje. Número dos puede estar aquí en treinta y cinco minutos. El tablero de amenazas está en blanco. ¿Hay algo que debamos saber?

Connor sacudió la cabeza.

-No, Ed. Ningún peligro en especial.

-Si lo prefieres, puedo traer a número dos. Pero estará mejor atendido en Anacostia. A ti te corresponde decidir. -Déjalo allá.

-El jefe quiere ver el partido aquí, ¿no?

-Correcto. Todos tenemos un día libre. Partiremos hacia la capital mañana, alrededor de la seis y media.

-Para entonces debería estar reparado.

-Bien.

Connor volvió a su cabaña.

-¿Cómo está el tiempo fuera? -preguntó Daga. -Tal como se ve desde dentro -respondió Pete-. El helicóptero se ha averiado.

-Ojalá tuvieran más cuidado -comentó la agente especial Helen D'Agustino, mientras se cepillaba el pelo.

-No es culpa de ellos. -Connor tomó el teléfono y llamó al centro de mando del Servicio

Librodot

Secreto, situado a pocas calles de la Casa Blanca-. Soy Connor. El helicóptero tiene un desperfecto mecánico. El de relevo se mantiene en Anacostia debido al mal tiempo. ¿Hay algo nuevo en el tablero?

-No, señor -respondió el agente. En su ordenador se leía que el presidente de Estados Unidos (designado POTUS en su pantalla) estaba en Camp David. La primera dama, FLOTUS, tenía un espacio en blanco. El vicepresidente estaba en su residencia oficial, en los terrenos del Observatorio Naval, acompañado de su familia-. Todo bien y en calma, hasta donde sabemos.

-¿Cómo están las carreteras por allí? -preguntó Pete.

-Mal. Todos nuestros vehículos han salido a rescatar gente.

-Agradezcamos que exista la «Chevrolet». -Como el FBI, el Servicio Secreto usaba grandes vehículos a tracción en las cuatro ruedas, y blindados; el «Carryall» podía hacer cosas que sólo un carro de combate superaba-. Bueno, aquí estamos cómodos y abrigados.

-Apuesto a que a los marinos se les están congelando los cojones.

-¿Y Dulles?

-El primer ministro debe llegar a las dieciocho. Dicen que Dulles tiene una sola pista abierta. Esperan tener todo despejado para la tarde. Aquí la tormenta está amainando un poco, por fin. ¿Sabes?, lo curioso es que...

-Si. -A Connor no le hacía falta oír el resto. Lo curioso era que ese tipo de clima facilitaba el trabajo del Servicio Secreto-. Bien, ya sabes dónde estamos.

-Buenas noches, Pete.

Connor miró hacia fuera al oír ruidos. Un marine conducía una máquina quitanieve, tratando de despejar los senderos entre las cabañas. Otras dos trabajaban en los caminos. Las máquinas estaban pintadas con el color camuflaje para bosques, en tonos de verde y pardo, pero los marinos vestían uniforme blanco. Hasta los fusiles llevaban fundas blancas. Si alguien intentaba llegar hasta allí descubriría, demasiado tarde, que esos marines eran todos veteranos de combate. En momentos así hasta el Servicio Secreto podía descansar, lo que ocurría muy rara vez. Alguien llamó a la puerta. Daga se levantó.

-Los periódicos de la mañana, señorita -Un cabo de marines entregó los diarios.

-¿Sabes una cosa? -dijo D'Agustino, después de cerrar la puerta-, a veces pienso que sólo se puede confiar en los repartidores de diarios.

-¿Y los marines? -preguntó Pete con una sonrisa.

-Sí, en ellos también.

-¡Cambio de aspecto en Sierra 16! -anunció el operador de sonar- El objetivo viene hacia la izquierda.

-Muy bien -replicó Dutch Claggett-. Señor Pitney, usted tiene el control.

-Sí, señor. Tengo el control -dijo el navegante en tanto el primer oficial entraba en la sala de sonar. El equipo de rastreo de control de fuego se preparó para reiniciar sus cálculos-. El nivel de ruido irradiado y la velocidad estimada del objetivo son constantes.

-Muy bien.

Era el tercer giro similar que rastreaban. El cálculo de Claggett parecía correcto. El ruso estaba realizando un patrón de búsqueda muy metódico, muy conservador en su zona de patrullaje, tal como lo hacían los 688 en su búsqueda de submarinos rusos. El intervalo entre los tramos de su maniobra parecía ser de cuarenta mil metros.

-Oficial, esa nueva bomba de alimentación que tienen es una belleza -dijo el operador de sonar-. Su ruido de planta ha descendido bastante y el condenado va a diez nudos, según los de rastreo.

-En un par de años estos tipos van a ser un problema...

-Señal, señal... señal mecánica en Sierra 16; el rumbo es ahora 1-6-4, siempre desviándose hacia la izquierda. Velocidad, constante. -El suboficial describió un círculo en la señal de

ruido en la pantalla-. Puede ser, señor, pero todavía tienen mucho que aprender.

-Distancia al blanco, cuatro ocho mil metros.

-Señor Pitney, abramos un poco el alcance. Póngalo a la derecha -ordenó el primer oficial.

-Sí. Timón cinco grados a la izquierda, nuevo curso 2-0-4.

-¿Gira para otra bordada? -preguntó el capitán Ricks, entrando al cuarto de sonar.

-Sí, y parece que sus bordadas son bastante regulares, capitán.

-Un bastardo metódico, ¿eh?

-Giró con dos minutos de diferencia con respecto a nuestro cálculo -replicó Claggett-. Acabo de ordenar que nos desviemos a la derecha para mantener la distancia.

-Bien.

Ricks estaba disfrutando. No estaba a bordo de un submarino de ataque rápido desde su primera gira como asistente del jefe de departamento. Hacía quince años que no jugaba al pilla-pilla con un submarino ruso. Si alguna vez los oía, su actitud era siempre la misma: rastrearlos lo suficiente para determinar su curso y luego virar en sentido perpendicular, para desaparecer en el ruido ambiental.

El juego estaba cambiando. Ya no era tan fácil como en otros tiempos. Los actuales submarinos rusos eran más silenciosos. Lo que años atrás era sólo una tendencia fastidiosa se convertía rápidamente en un problema. Tal vez hubiera que cambiar el modo de hacer las cosas.

-Dígame, primer oficial, ¿y si esto se convirtiera en la táctica habitual?

-¿Qué quiere decir, capitán?

-Si los rusos se están volviendo tan silenciosos, tal vez lo más juicioso es seguirlos.

-No le entiendo...

-Si lo estamos rastreando, al menos sabemos en todo momento su posición. Hasta podemos lanzar una boya y pedir ayuda para deshacernos de él. Piénselo. Se están tornando muy silenciosos. Si uno se aparta cuando lo detecta, ¿cómo sabemos que no volveremos a tropezar con él? Siguiéndolo a distancia prudente, lo mantenemos vigilado.

-Eh... eso está muy bien, capitán, pero ¿y si el ruso nos olfatea? ¿0 si invierte el curso y retrocede a toda velocidad?

-Bien pensado. Entonces lo rastreamos por el flanco, en lugar de hacerlo por la popa. Eso reduciría las posibilidades de un acercamiento accidental. Seguir por la popa es una medida defensiva lógica, pero él no puede ir abriendo agujeros por todo el océano, ¿verdad?

«Por Dios, este tipo está tratando de idear tácticas...»

-Si logra convencer a OP-02, señor, no deje de informarme.

-En vez de seguirlo por popa, voy a mantenerme en su flanco. De cualquier modo, eso nos da una mejor actuación de cola. Y hasta será más seguro.

«Tiene sentido», pensó Claggett.

-Como prefiera, capitán. ¿Mantenemos los cincuenta kilómetros?

-Sí. Siempre conviene ir con cautela.

La segunda tormenta no había sido gran cosa. Ghosn vio que había una fina capa de nieve en los vehículos y el aparcamiento. Nada de qué preocuparse, aunque duplicaba la tormenta más grave que se hubiera visto en el Líbano.

-¿Y si desayunamos? -preguntó Marvin-. Detesto trabajar con el estómago vacío.

Ibrahim se dijo que aquel hombre era muy peculiar. No tenía miedo alguno. 0 bien era muy valiente o... Ghosn analizó el tema. Marvin había matado al policía griego sin parpadear; daba lecciones brutales a los instructores de combate de la organización, hacía proezas con las armas de fuego y había demostrado un total desdén por el peligro al desenterrar la bomba israelí. Ese hombre no conocía el miedo. Y eso no era normal. No se trataba de que pudiera dominar el temor, como aprendían a dominarlo casi todos los soldados. Simplemente, no lo conocía. ¿Acaso fingía para impresionar a la gente? ¿O era real? Ghosn se dijo que debía de ser real. Por tanto, Russell estaba completamente loco; era un loco peligroso. La idea le

Librodot

facilitó las cosas.

La pequeña cafetería del motel no disponía de servicio de habitaciones. Los tres salieron a la fría mañana para desayunar. En el trayecto Russell cogió un periódico para leer sobre el partido.

A Qati y a Ghosn les bastó una breve mirada para encontrar otro motivo de odio hacia los norteamericanos: comían huevos con jamón, tocino y salchichas; en los tres casos se trataba de derivados de cerdo, el más impuro de los animales. Para ambos, el aspecto y el olor de esos productos era repulsivo. Marvin empeoró las cosas al pedir un par de salchichas con el café. Ghosn notó que el comandante pedía cereales; en medio del desayuno se puso súbitamente pálido y abandonó la mesa.

-¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? -preguntó Russell.

-Si, Marvin, está muy enfermo. -Ghosn miró el tocino grasiento que había en el plato de Russell y comprendió que su olor había revuelto el estómago a Qati.

-Espero que pueda conducir.

-No te procupes.

Pero Ibrahim tenía sus dudas. Trató de convencerse de que el comandante había pasado por momentos más difíciles. Además, aquél era un momento glorioso. Si, el comandante haría lo que tenía que hacer.

Russell pagó el desayuno en efectivo y dejó una buena propina a la camarera, que parecía una indígena americana. Cuando volvieron a las habitaciones encontraron a Qati muy pálido, limpiándose la cara después de un largo acceso de náuseas.

-¿Quieres algo para el estómago? -preguntó Russell-. ¿Leche?

-No, Marvin. Gracias.

-Vale.

Russell abrió el periódico. En las horas siguientes no tendrían nada que hacer, salvo esperar. Las apuestas de la mañana favorecían a Minnesota. Decidió que, si alguien se lo preguntaba, apostaría por los Vikings.

El agente especial Walter Hoskins, asistente del agente especial responsable (corrupción y estafas), de la División Denver, sabía que le sería imposible asistir al partido, aunque su esposa le había regalado una entrada para Navidad. La vendió a su superior por doscientos dólares, porque tenía que trabajar. Un informante confidencial había dado en el blanco durante la fiesta ofrecida por el comisionado, la noche anterior. Esa fiesta, como todas las que precedían al derby de Kentucky reunía siempre a los ricos, los poderosos y los importantes Aquélla no fue la excepción. Asistieron los senadores de Colorado y California, varios congresistas, los gobernadores de esos Estados y, aproximadamente, trescientas personas más. Su informante se sentó a la mesa con el gobernador de Colorado, los senadores y la congresista del tercer distrito, todos ellos involucrados en su caso de corrupción. Fluía el licor, y con el vino hubo la habitual cantidad de ventas. Esa noche se hizo un trato: se construiría la presa. Los sobornos estaban acordados. Hasta el presidente del Sierra Club local participaba en ello; a cambio de un sustancioso donativo del contratista y un nuevo parque que autorizaría el gobernador, los ecologistas acallarían sus objeciones al proyecto. Lo triste del caso, se dijo Hoskins, es que la zona necesitaba ese proyecto. Beneficiaría a todos, incluidos los pescadores locales. Pero los sobornos lo hacían ilegal. Se podían aplicar cinco leyes federales; la más dura era la ley de corrupción y estafas, aprobada veinte años antes sin reparar en su amplio ámbito de aplicación. Hoskins había enviado ya a un gobernador a la penitenciaría federal; ahora agregaría otros cuatro funcionarios electos. El escándalo haría trizas la política estatal de Colorado. Su informante confidencial era, en ese caso, la asistente personal del gobernador, una joven idealista que, ocho meses atrás, se había sentido harta. Las mujeres eran preferibles cuando se trataba de ocultar un micrófono, sobre todo si eran de busto guerrero, como ésta. El dispositivo iba directamente en el sostén y aseguraba un buen sonido.

Librodot

Además, era un lugar seguro, porque el gobernador ya había probado sus encantos, sin hallarlos de su agrado. El viejo dicho era cierto: el infierno no tiene furias como una mujer desdeñada.

-¿Y bien? -preguntó Murray, fastidiado por pasar otro domingo en su oficina. Había viajado en el Metro, pero a esas horas no funcionaba. Tal vez se quedara todo el día varado allí.

-Tenemos suficiente para proceder, Dan, pero prefiero esperar a que el dinero cambie de mano. Mi informante lo ha hecho muy bien. Ahora mismo voy a hacer personalmente la transcripción.

-¿Puedes enviarlo por fax?

-Desde luego, Dan. Los tenemos a todos en el bote.

-Acabaremos erigiéndote una estatua, Walt -dijo Murray, olvidando su fastidio. Como la mayoría de policías de carrera, detestaba la corrupción pública casi tanto como a los secuestradores de niños.

-Lo mejor que me ha pasado en la vida, Dan, es que me trasladaran aquí. -Hoskins rió al auricular-. Tal vez me presente para uno de los escaños que estos senadores van a dejar huérfanos.

-A Colorado no le vendría mal -comentó Dan. «Y no necesitarás portar armas» agregó para sus adentros, sabiendo que no era justo. Aunque Walt valía poco para los asuntos de acción, su evaluación del año anterior había resultado correcta: Hoskins era un investigador brillante, un maestro de ajedrez que hasta podía competir con Bill Shaw. Lo que no podía era organizar un enfrentamiento como Dios manda. Bueno, éste no sería muy difícil. Los políticos se ocultaban detrás de abogados y portavoces, no de pistolas-. ¿Qué dice el fiscal del Estado?

-Es un buen muchacho, muy inteligente, Dan. Trabaja con nuestro equipo. No nos vendría mal el apoyo del Departamento de Justicia, pero lo cierto es que este tipo lo hará, si es necesario.

-Bien. Envíame la transcripción en cuanto la acabes. -Murray colgó y a continuación marcó el número de la casa de Shaw en Chevy Chase.

-¿Sí?

-Soy Dan, Bill -dijo Murray, por la línea de seguridad-. Anoche Hoskins se anotó un punto. Lo tiene todo grabado; los cinco sujetos principales cerraron trato a la altura del rosbif.

-Vaya. Tal vez tengamos que ascender a ese tipo -apuntó el director del FBI, riendo.

-Nómbralo segundo asistente del director -sugirió Dan. -A ti no te han faltado problemas en el cargo. ¿Necesitas que vaya?

-No lo creo. ¿Cómo están las cosas por ahí?

-Estoy pensando en poner una pista de esquí en el camino de entrada. Las carreteras tienen muy mal aspecto.

-Yo vine en Metro, pero lo han cerrado; parece que hay hielo en las vías.

-Washington, la capital del pánico -replicó Shaw-. Bueno, pienso instalarme cómodamente a mirar el partido, señor Murray.

-Yo, señor Shaw, prescindiré de mis placeres personales y trabajaré para mayor gloria del FBI.

-Bien, me gusta que mis subordinados sean responsables. Además, aquí está mi nieto -informó Shaw, observando cómo su nuera le daba el biberón.

-¿Cómo está Kenny Junior?

-Oh, ya lo haremos agente. Bueno, si no me necesitas, Dan...

-Disfruta del pequeño, Bill, pero no olvides devolverlo a la madre cuando ensucie los pañales.

-De acuerdo. Manténme informado. Como sabes, tengo que llevar personalmente esto al presidente.

-¿Prevés problemas con él?

-No. Tratándose de corrupción es un tipo muy firme. Murray salió de su oficina para ir a

Librodot

comunicaciones y se encontró con el inspector Pat O'Day, que también iba hacia allí. -Eh, Pat, ¿ese trineo que hay en la entrada es tuyo? -Algunos tenemos coches decentes. -O'Day tenía una furgoneta a tracción en las cuatro ruedas-. Por cierto, una de las barreras de la calle Nueve se ha congelado en posición vertical. Les he dicho que dejen la otra baja.

-¿A qué has venido?

-Tengo guardia en el centro de mando. Mi sustituto vive en Frederick. No creo que lo vea hasta el jueves a media tarde. Me parece que la I-270 estará cerrada hasta la primavera.

-Por Dios, cómo se acobarda esta ciudad cuando nieva.

-Y que lo digas... -O'Day había trabajado en Wyoming y aún echaba de menos sus partidas de caza en aquella zona.

Murray indicó al personal de comunicaciones que el fax de Denver era material codificado. Por el momento, sólo él lo vería.

-No logro coordinarla -dijo Goodley, después de almorzar. -¿A cuál te refieres?

-A la primera que nos llamó la atención. No, perdona, la segunda. No logro que coincidan las actividades de Narmonov con las de Spinnaker.

-Eso no significa nada.

-Lo sé. Lo extraño es que... ¿Recuerdas lo que dije sobre las diferencias estilísticas entre sus informes?

-Sí, pero recuerda que mi ruso es bastante básico. No capto los matices como tú.

-Esta es la primera ocasión en que aparece y también la primera en que no quedo seguro de que se hayan entrevistado. -Goodley hizo una pausa-. Me parece que aquí podría haber algo.

-Recuerda que debes convencer de eso a nuestro departamento Rusia.

-No será fácil.

-Cierto -concordó Ryan-. Respáldalo con algo, Ben.

Uno de los guardias de seguridad ayudó a Clark con la caja de botellas. Repuso el bar y subió al nivel superior con las cuatro botellas de «Chivas». Chávez lo seguía con las flores. John Clark puso las botellas en su sitio y echó un vistazo por el compartimiento, para asegurarse de que todo estuviera en orden. Se afanó en algunos detalles para fingir meticulosidad. La botella con el transmisor tenía una resquebradura en el gollete. Así nadie trataría de descorcharla. Los muchachos de Ciencia y Técnica habían estado sagaces: lo más sencillo era lo que mejor funcionaba.

Había que sujetar los arreglos florales en su sitio. Eran principalmente, bonitas rosas blancas, y los palillos verdes que las sostenían parecían necesarios. Ding bajó la escalera para echar un vistazo a los lavabos de proa. En el cubo de residuos de uno dejó caer un magnetófono muy pequeño, de marca japonesa, tras asegurarse de que funcionaba debidamente. Luego se reunió con Clark al pie de la escalera de caracol y ambos abandonaron el avión. Cuando entraron en la terminal, los primeros agentes de seguridad empezaban a aparecer.

Una vez adentro, ambos buscaron un cuarto y se cambiaron de ropa. Al salir vestían como hombres de negocios, con nuevos peinados y gafas oscuras.

-¿Es siempre tan fácil, señor C?

-No.

Caminaron hasta el otro extremo de la terminal; de ese modo se encontraron a ochocientos metros del «JAL 747», pero sin perderlo de vista. También había un reactor comercial «Gulfstream-IV». Debía partir antes que el aparato japonés, pero no lo perdería de vista. Clark sacó de su portafolio un walkman «Sony», insertó un casete y se puso los auriculares. Le llegaban los murmullos de los agentes de seguridad que estaban en el avión y la cinta grababa sus palabras, en tanto él fingía leer un libro barato. «¡Lástima que yo no entienda el japonés!», se dijo. Como en la mayoría de operativos secretos, lo esencial era sentarse sin hacer nada, a

Librodot

la espera de que ocurriera algo. Al levantar la vista vio que estaban desenrollando otra vez la alfombra roja; los soldados se formaron y se instaló un estrado. «Debe de haber sido un verdadero incordio para los que se ocupan de estas cosas», pensó.

Todo se desarrolló con celeridad. El presidente de México acompañó al primer ministro japonés hasta el aparato y le estrechó calurosamente la mano al pie de la escalerilla. Clark se dijo que aquello era una evidencia. Lo regocijaba que la operación estuviera marchando sobre ruedas, pero también lo entristecía que ocurrieran esas cosas. El grupo subió por la escalerilla, la puerta se cerró y, al cabo de un momento, el «747» puso sus motores en marcha.

Clark oyó que se iniciaba una conversación en la sala de estar del aparato. De pronto el sonido se arruinó, por el ruido de los motores. Clark vio que el «Gulfstream» iniciaba el carreteo. Dos minutos después, el «747» también empezó a carretear. Era lógico. Había que tener cuidado cuando se enviaba un avión al cielo para seguir a un Jumbo. Esos grandes aparatos dejaban atrás una turbulencia que podía resultar muy peligrosa. Los dos agentes de la CIA permanecieron en la sala de observación hasta que despegó el avión japonés. Entonces la misión quedó cumplida.

Ya en el aire, el «Gulfstream» ascendió hasta una altitud de crucero de doce mil trescientos metros, con un rumbo de 0-2-6, con destino a Nueva Orleans. El piloto soltó un poco el acelerador, por indicación de los hombres de atrás. A cierta distancia, a la derecha, el «747» se estaba nivelando en la misma altitud, con un curso de 0-3-1. Dentro del «747», la supuesta botella de whisky apuntaba hacia una ventanilla. Sus transmisiones de muy alta frecuencia llegaban hasta los receptores del «Gulfstream». La amplitud de banda del sistema, muy favorable, aseguraba una buena señal; no menos de diez magnetófonos estaban en funcionamiento: dos por cada canal de banda lateral. El piloto se desvió hacia el Este hasta que ambos aviones estuvieron por sobre el agua, entonces giró nuevamente a la izquierda, en tanto un segundo aparato (un «EC-l35» que había despegado trabajosamente de la Base Tinker de la Fuerza Aérea, en Oklahoma), se instalaba cuarenta y cinco kilómetros hacia el Este y seiscientos metros por debajo del avión japonés.

El primer avión aterrizó en Nueva Orleans, descargó hombres y equipo, cargó combustible y partió nuevamente hacia Ciudad de México.

Clark estaba en la Embajada. Uno de sus ayudantes en la operación era un agente que dominaba el japonés, del Directorio de Inteligencia. Pensando que sería útil probar la recepción para determinar la efectividad del sistema, había decidido que sería aún mejor obtener una lectura inmediata de lo que se dijera. En opinión de Clark, era una razonable demostración de iniciativa operacional. El intérprete, sin apresurarse, escuchó la conversación grabada tres veces antes de empezar a escribir. Le llevó menos de dos páginas. Lo fastidiaba que Clark estuviera leyendo por sobre el hombro.

-«Ojalá fuera tan fácil cerrar un trato con la oposición en la Dieta -leyó Clark en voz alta-. Sólo hace falta atender también a algunos de sus asociados.»

-Me parece que tenemos lo que queríamos -observó el intérprete.

-¿Dónde está el de comunicaciones? -preguntó Clark al jefe de la estación.

-Puedo hacerlo yo mismo.

Por cierto, era bastante fácil. El jefe de la estación transcribió las dos páginas en un ordenador. Adosada a ella había una pequeña máquina que parecía una videorreproductora. En el disco más grande había miles de millones de números digitales al azar. Cada letra se transformaba al azar en otra cosa, que era transmitida a la sala MERCURY de Langley. Allí se grababa la señal recibida. Un técnico especializado en comunicaciones seleccionó el disco de descripción, lo deslizó en su propia máquina y pulsó un botón. En pocos segundos, una impresora a láser generó dos páginas de claro texto. Estas fueron guardadas en un sobre sellado y entregadas a un mensajero, que las Llevó a la oficina del vicedirector, en el séptimo piso.

-El despacho que usted esperaba, doctor Ryan.

-Gracias. -Jack firmó el recibo-. Doctor Goodley, tendrás que disculparme por un

Librodot

momento.

-Está bien. -Ben volvió a su montón de papeles.

Ryan sacó el despacho y lo leyó dos veces, lenta y cuidadosamente. Luego cogió el teléfono y pidió una línea de seguridad con Camp David.

-Centro de Comando -dijo una voz.

-Soy el doctor Ryan, desde Langley. Necesito hablar con el jefe.

-Un momento, señor -replicó el suboficial de la Marina. Ryan encendió un cigarrillo.

-Soy el presidente -dijo una voz.

-Habla Ryan, señor. Tengo un fragmento de conversación del «747».

-Tan pronto?

-Se grabó antes de que se pusieran en marcha los motores, señor. Tenemos una voz no identificada, probablemente la del Primer Ministro, diciendo que ha cerrado el trato. -Jack leyó textualmente tres líneas.

-¡Menudo bastardo amarillo! -susurró Fowler-. Con pruebas como ésta yo podía procesar a un tipo.

-Puedo enviarle por fax la transcripción inicial. La completa no estará lista hasta las veintiuna.

-Será agradable tener algo para leer después del partido. Envíela.

La comunicación se cortó.

-No hay de qué, señor -dijo Jack al auricular.

-Es la hora -dijo Ghosn.

-Bien.

Russell se levantó para ponerse el pesado abrigo. Afuera haría mucho frío. La máxima prevista no pasaba de catorce grados bajo cero. Un fuerte viento del noreste llegaba desde Nebraska, donde el frío era aún más intenso. Lo único bueno era que el cielo estaba despejando. Denver es también una ciudad con problemas de smog, agravados por los cambios de la temperatura invernal. Pero ese día el cielo no tenía una sola nube y, hacia el oeste, Marvin vio torrentes de nieve que el viento arrancaba de los picos Front Range. Sin duda era un buen augurio, y el buen tiempo significaba que la huida de Stapleton no sufriría demoras, como él había temido algunos días antes. Puso en marcha el motor del camión y esperó a que se calentara mientras repasaba su parte del plan. Se volvió para echar un vistazo a la carga. Casi una tonelada de explosivos de alta potencia, había dicho Ibrahim. Eso sí que fastidiaría a la gente. A continuación, subió al automóvil alquilado y lo puso en marcha, graduando el calefactor al máximo. Lástima que el comandante Qati se sintiera tan mal... Tal vez eran los nervios.

Ellos salieron pocos minutos después. Ghosn se acercó a Marvin. El también estaba nervioso.

-¿Preparado?

-Sí.

-Bien. -Russell, no sin asegurarse de que el coche alquilado lo seguía.

El trayecto hasta el estadio consumió unos minutos. Había policías por todas partes. Marvin vio que Ghosn los observaba con mucha atención, pero él, no se preocupó. Después de todo, la Policía estaba allí sólo para ordenar el tráfico; los vehículos apenas si comenzaban a circular y de momento se estaban sin hacer nada. Faltaban casi seis horas para el inicio del partido. Se desvió para entrar en el aparcamiento de la entrada del medio. Allí había un policía con el que fue preciso hablar. Qati ya se había desviado y circulaba a pocas calles de distancia. Marvin detuvo el camión y bajó el vidrio de la ventanilla.

-Hola, tío -saludó al policía.

El oficial Peter Dawkins, de la Policía municipal de Denver, estaba aterido de frío, aunque era nativo de Colorado. Se le había ordenado custodiar a los periodistas y la entrada para

personalidades, puesto que le debía a su escasa antigüedad en el cuerpo. Los otros agentes estaban en sitios más recogidos.

-¿Quién es usted? -preguntó Dawkins.

-Personal técnico -replicó Russell-. Esta es la entrada para la Prensa, ¿no?

-Sí, pero usted no figura en mi lista. -En ese aparcamiento había pocos lugares disponibles y Dawkins no podía dejar entrar a cualquiera.

-La videocasete de la unidad A se ha averiado -señaló Russell-. Traemos una nueva.

-Nadie me ha informado -observó el policía.

-A mí me avisaron a las seis de la madrugada. Hemos traído este cachorro desde Omaha. -Russell señaló su anotador con un gesto vago. Ghosn, oculto en la parte trasera, apenas respiraba.

-¿Y por qué no la enviaron por avión?

-Porque Fedex no trabaja los domingos, y esa condenada videocasete es demasiado grande para meterla por la portezuela de un «Lear». No es que me queje, tío, soy personal técnico de Chicago. De Network. Me pagan triple por esta tontería: trabajo especial, fin de semana y lejos de mi casa.

-No está mal -comentó Dawkins.

-Gano más que en una semana de trabajo normal. Sigue entreteniéndome, tío. -Russell sonrió-. Me pagan un dólar por minuto, ¿sabes?

-¡Vaya sindicato el suyo!

-¡El mejor!-rió Marvin.

-¿Sabe adónde llevarla?

-No te preocupes.

Russell arrancó. Ghosn dejó escapar un largo suspiro cuando el camión se puso en marcha. Había escuchado cada palabra, convencido de que algo saldría desastrosamente mal.

Dawkins siguió al camión con la mirada. Consultó su reloj e hizo una anotación en la tablilla. Por algún motivo el capitán quería que anotara cada llegada, con la hora correspondiente. Para Dawkins no tenía sentido, pero las ideas del capitán no siempre tenían sentido. Tardó un momento en notar que el camión de la ABC tenía placas de Colorado. Eso le pareció extraño, pero en ese momento entró un «Lincoln» que sí estaba en su lista. Era el presidente de la Liga de Fútbol Americano. Los personajes llegaban bien temprano para instalarse en sus grandes palcos y empezar a emborracharse. También le había tocado montar guardia en la fiesta del presidente, la noche anterior; allí vio cómo se embriagaban todos los ricachones de Colorado, junto con varios políticos y otros personajes importantes de todo el país. Idiotas, en su mayoría, según pensaba el joven policía después de haberlos observado. A fin de cuentas, Hemingway tenía razón: los ricos sólo tienen más dinero.

A doscientos metros de distancia, Russell aparcó el camión, echó el freno y dejó el motor en marcha. Ghosn fue a la parte trasera. El partido estaba fijado para a las 4.20, hora local, pero Ibrahim se dijo que los grandes acontecimientos siempre se demoran. Calculó que el partido se iniciaría a las 4.30. A eso agregó treinta minutos y fijó la hora Cero en las 17.00, hora de las Montañas Rocosas. Después de todo, los números arbitrarios siempre tenían ceros y el momento justo de la detonación había sido fijado con semanas de antelación: exactamente a sesenta minutos de iniciado el partido.

El artefacto no llevaba ningún dispositivo de seguridad sofisticado; sólo uno muy tosco, instalado en cada portezuela de acceso, porque no habían tenido tiempo de hacer nada complicado. «Mejor así», pensó Ghosn, porque el fuerte viento del nordeste sacudía el vehículo y una llave delicada podría haber acarreado dificultades, al fin y al cabo.

Tardíamente, reparó en que un simple portazo en el camión habría podido... «¿Qué otra cosa has olvidado tener en cuenta?», se preguntó. Ghosn se obligó a recordar que en momentos así uno siempre concebía los pensamientos más horribles. Repasó rápidamente todo lo que había hecho hasta entonces. Todo había sido revisado cien veces o más. Estaba listo. Claro que estaba listo. ¿No había dedicado meses enteros a esos cuidadosos

Librodot

preparativos?

El ingeniero revisó por última vez los circuitos de prueba. Todos estaban bien. El frío no había afectado mucho las baterías. Conectó los cables al cronorruptor... o intentó hacerlo. Tenía las manos rígidas de frío y trémulas por la emoción. Ghosn se detuvo por un momento, para dominarse, y en el segundo intento logró conectarlos, atornillando la tuerca hasta el fondo para retenerlos firmemente en su sitio.

Eso era todo. Cerró la portezuela de acceso, que fijaba la sencilla llave de seguridad, y se apartó del artefacto. «No -se dijo-; ya no es un "artefacto".»

-¿Listo? -preguntó Russell.

-Si, Marvin -respondió Ghosn, en voz baja. Y ocupó el asiento del acompañante.

-Vamos, pues.

Marvin observó a su compañero, que descendió y cerró la portezuela. El hizo otro tanto. Caminaron hacia el Oeste, más allá de los grandes camiones de las cadenas de Televisión, con sus antenas hemisféricas. Cada uno de aquellos equipos debía de costar millones, se dijo Marvin, y todo quedaría destrozado, junto con los idiotas de la Televisión, colegas de los que se habían divertido filmando la muerte de su hermano. Matarlos no lo preocupaba en absoluto. Un momento después, los muros del estadio los protegieron del viento. Continuaron cruzando el aparcamiento, dejando atrás las hileras de aficionados tempraneros y los coches que iban entrando; eran de Minnesota e iban abarrotados de personas con abrigos, cacahuetes y sombreros.

Qati esperaba en una calle lateral, con el coche alquilado. Desocupó el asiento del conductor, para que Marvin se instalara al volante. Ahora el tráfico se iba espesando. Para evitar el atasco, Russell tomó una ruta alternativa que había recorrido el día anterior.

-La verdad, es una lástima arruinar así el juego.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Qati.

-Esta es la quinta vez que los Vikings llegan al Super Bowl y parece que hoy van a ganar. Ese Wills es lo mejor que han tenido desde Sayers, pero por culpa nuestra nadie los verá triunfar. Lástima, tío.

Russell meneó la cabeza, sonriendo por la ironía. Ni Qati ni Ghosn se molestaron en decir nada, pero Russell no esperaba respuesta. Ninguno de los dos tenía mucho sentido del humor, se dijo. El aparcamiento del motel estaba casi desierto. Todos los huéspedes debían de ser aficionados, se dijo Marvin mientras abría la puerta.

-¿El equipaje está listo?

-Sí. -Ghosn intercambió una mirada con el comandante. Era una pena, pero no había remedio.

La habitación aún no había sido limpiada, pero eso importaba poco. Marvin entró en el lavabo y cerró la puerta. Al salir encontró a los dos árabes de pie.

-¿Preparados?

-Sí -dijo Qati-. ¿Podrías bajarme la maleta?

-Claro.

Russell se volvió para cogerla del estante metálico. No oyó la barra de acero que lo golpeó en la nuca. Su cuerpo, poderoso en su corta estatura, cayó sobre la moqueta del suelo. Qati había golpeado con fuerza, pero no la suficiente para matar. Se debilitaba día a día. Ghosn lo ayudó a trasladar el cuerpo al baño, donde lo dejaron boca arriba. En ese motel de tres al cuarto, la bañera era demasiado pequeña para sus propósitos. Querían depositarlo allí, pero no había sitio para ambos. Qati se limitó a arrodillarse junto al norteamericano, mientras Ghosn, con un gesto de decepción, tendía la mano hacia el toallero.

Envolvió la toalla al cuello de Russell, que estaba más aturdido que inconsciente y empezaba a mover las manos. Ghosn tuvo que actuar con celeridad. Qati le entregó el cuchillo para carne que había cogido de la cafetería la noche anterior. Ghosn lo clavó profundamente a un lado del cuello, justo bajo la oreja derecha. La sangre brotó como de una manga mientras Ibrahim se protegía con la toalla. Luego hizo otro tanto con la carótida del lado izquierdo.

Entre ambos apretaron la toalla casi hasta cortar la hemorragia.

En ese momento los ojos de Marvin se abrieron por completo. No había comprensión en ellos; no tenía tiempo de comprender lo que estaba pasando. Movió los brazos, pero los otros se los sujetaron contra el suelo, inmovilizándolo. Abrió la boca, pero no emitió ningún sonido; después de una última mirada acusadora a Ghosn, los ojos se pusieron en blanco. Qati y Ghosn retrocedieron para evitar la sangre, que ya llenaba las ranuras entre los mosaicos del lavabo. Ibrahim retiró la toalla. La hemorragia se había reducido a un hilillo, pero la toalla estaba empapada. La arrojó a la bañera. Qati le entregó otra.

-Espero que Dios sea misericordioso con él -susurró Ghosn.

-Era un infiel. -No había lugar para recriminaciones.

-¿Es culpa suya no haber conocido a un hombre santo?

-Lávate -dijo Qati.

Fuera del lavabo había dos jofainas. Los dos se enjabonaron a fondo y se revisaron la ropa, en busca de rastros de sangre. No los había.

-¿Qué pasará aquí cuando estalle la bomba? -preguntó Qati.

Ghosn pensó.

-A esta distancia... estará fuera de la bola ígnea, pero... -Se acercó a las ventanas y retiró un poco las cortinas. El estadio estaba a la vista, de modo que resultaba fácil prever lo que ocurriría-. La onda térmica lo incendiará. Después, la onda expansiva aplanará la construcción. Todo el motel quedará consumido.

-¿Estás seguro?

-Absolutamente. Es fácil prever los efectos de la bomba.

-De acuerdo.

Qati retiró todos los documentos de viaje y de identidad que habían utilizado hasta entonces. Tendrían que pasar por la aduana y ya habían tentado demasiado al destino. Ghosn cogió las dos maletas para llevarlas al coche. Revisaron la habitación por última vez. Qati subió al coche mientras Ghosn cerraba la puerta, de la habitación, dejando en el pomo el letrero de No MOLESTAR. El aeropuerto quedaba cerca y su avión partiría en dos horas.

El aparcamiento se llenó con presteza. Para sorpresa de Dawkins, el sitio reservado para las personalidades estaba completo tres horas antes de iniciarse el partido. Ya había comenzado el espectáculo previo. Un equipo de televisión andaba por el aparcamiento, con una cámara portátil, entrevistando a los bulliciosos partidarios de los Vikings, que habían convertido la mitad del lugar en un gigantesco picnic. Las barbacoas despedían volutas de vapor blanco. Dawkins sabía que los partidarios de los Vikings eran algo chiflados, pero aquello le pareció ridículo. Les bastaba entrar al estadio para disponer de todo tipo de alimentos y bebidas, que podían consumir en un ambiente caldeado y con asientos forrados, pero no, tenían que proclamar su reciedumbre al aire libre, donde la temperatura alcanzaba los quince grados bajo cero. Dawkins era esquiador y se había pagado los estudios como miembro de una patrulla de montaña en una de las pendientes de Aspen. Conocía el frío y el valor del abrigo. El aire y el viento no reparaban en nada.

-¿Cómo marchan las cosas, Pete?

Dawkins se volvió.

-Todo en orden, sargento. Ya han llegado todos los de la lista.

-Te remplazaré por unos minutos. Ve adentro a calentarte un poco. Puedes pedir café en la cabina de seguridad que hay ante la puerta.

-Gracias.

Dawkins necesitaba tomar algo, porque tendría que permanecer fuera durante todo el partido, de ronda por el aparcamiento. Había agentes de paisano, atentos a la presencia de carteristas y revendedores de entradas, pero casi todos entrarían a ver el partido. Dawkins lo escucharía en su transistor. Era de esperar, porque tenía menos de tres años de antigüedad en la fuerza. Todavía era casi un novato. El joven agente subió por la cuesta hacia el estadio, pasando junto al camión de la ABC que había revisado. Al mirar adentro vio la videocasete

Librodot

«Sony». ¡Qué extraño! No parecía conectado a nada. Se preguntó dónde estarían los dos técnicos, pero le urgía más conseguir un poco de café. Hasta la ropa interior de polipropileno tiene sus límites. Dawkins no recordaba haber tenido nunca tanto frío.

Qati y Ghosn devolvieron el coche a la agencia de alquiler y tomaron el autobús del aeropuerto para ir a la terminal, donde inscribieron su equipaje antes de verificar los horarios de su vuelo. La salida del «MD-80» con destino a Dallas y Fort Worth se retrasaría. Problemas con el clima en Texas, les explicó la chica del mostrador. Había hielo en las pistas, debido a la tormenta que había pasado cerca de Denver la noche anterior.

-Tengo que hacer un trasbordo a México. ¿No puedo utilizar otro vuelo? -preguntó Ghosn.

-Tenemos uno con destino a Miami; sale a la misma hora que el avión a Dallas. Puedo reservarle un trasbordo en Miami. -La chica marcó los datos en el ordenador--. Hay una hora de demora. Oh, bueno, llegará a México con sólo quince minutos de diferencia.

-¿Puede cambiarme el billete, por favor? No puedo perder ese trasbordo.

-¿Los dos pasajes?

-Sí.

-Bien. -La chica sonrió a su ordenador. Ghosn se preguntó si sobreviviría a la explosión. Las enormes ventanas de vidrio daban al estadio y, pese a la distancia, la onda expansiva... «Tal vez -pensó- si se agacha de inmediato. Pero el destello la cegará. Esos ojos oscuros, tan bonitos... Lástima»-. Aquí tiene, señor. Me ocuparé de que cambien el equipaje.

Ghosn tomó su promesa con reservas.

-La puerta está por allí -señaló la chica.

-Gracias.

La chica los siguió con la mirada. El más joven era bastante simpático, pero el hermano mayor (¿o sería su jefe?) tenía cara de cenizo. Tal vez no le gustaba viajar en avión.

-¿Y bien? -preguntó Qati.

-Podremos cumplir con nuestros horarios, pero tendremos un cuarto de hora menos de espera en México. La tormenta está localizada. No creo que haya más dificultades.

La terminal estaba casi desierta. Los viajeros tomarían vuelos posteriores, obviamente, para poder ver el partido por televisión. Lo mismo parecía ocurrir con las llegadas. Había apenas veinte personas en la sala de espera.

-Vale, en este caso tampoco logro conciliar las agendas -dijo Goodley-. Casi diría que tenemos una pistola humeante.

-¿Por qué?

-La semana pasada, Narmonov pasó sólo dos días en Moscú: el lunes y el viernes. De martes a jueves estuvo en Letonia.

Lituania y Ucrania occidental; luego bajó hasta Volgograd para participar de un acto político local. No cuento el viernes porque ese día recibimos el mensaje, ¿no? Pero el lunes nuestro amigo pasó casi todo el día en el edificio del Congreso. No creo que se hayan entrevistado la semana pasada, pero la carta da a entender que sí. Creo que intentó engañarnos.

-Muéstrame -dijo Jack.

Goodley esparció sus datos en el escritorio de Ryan. Repasaron juntos fechas e itinerarios.

-Muy interesante -dijo Jack al cabo de unos minutos-. ¡Menudo bastardo!

-¿Convencido? -preguntó Goodley.

-Por completo... -El vicedirector meneó la cabeza-. No.

-¿Por qué no?

-Es posible que nuestros datos sean incorrectos. Es posible que se hayan visto a escondidas, tal vez el domingo, que Andrei Ilich pasó en su dacha. Una golondrina no hace verano -observó Jack, señalando con la cabeza la nieve exterior-. Antes de continuar tenemos que verificarlo detalladamente, pero lo que has descubierto es interesantísimo.

-Pero, maldita sea...

-En cosas como ésta hay que andarse con tiento, Ben -explicó Jack-. No se descarta el trabajo de un agente valioso basándose en datos equívocos. Y esto es equívoco, ¿verdad?

-Teóricamente, sí. ¿Y si se ha dado la vuelta?

-¿Si está trabajando para ambos bandos, quieres decir? -Ryan sonrió-. Estás aprendiendo la jerga. Responde tú a esa pregunta.

-Bueno, si se nos hubiera dado la vuelta no enviaría estos datos. No les conviene enviarnos este tipo de señales, a menos que algún elemento del KGB...

-Piénsalo bien, Ben -advirtió Jack.

-Oh, sí. Esto los compromete también a ellos, ¿no? Tiene razón. No es probable. Si Spinnaker se hubiera dado la vuelta, los datos serían diferentes.

-En efecto. Ahora bien, si nos está engañando, la explicación más probable es la que tú has planteado: Spinnaker se beneficia con la muerte política de Narmonov. En estos asuntos conviene pensar con mentalidad de policía: quién se beneficia... quién tiene motivos. La persona más indicada para revisar esto es Mary Pat.

-¿Le digo que venga? -preguntó Goodley.

-¿En un día como éste?

Qati y Ghosn abordaron el vuelo a la primera llamada y ocuparon sus asientos de primera clase. Diez minutos después el avión carreteaba por la pista. Ghosn se dijo que habían tenido suerte: el vuelo a Dallas aún no había sido anunciado. Dos minutos después, el aparato despegó y puso rumbo Sudeste, hacia la calidez de Florida.

La camarera tenía un mal día. Casi todos los huéspedes se habían ido tarde y llevaba retraso. Chasqueó la lengua al ver en una puerta el letrero de «no molestar», pero pensó que podía tratarse de un error. En la otra cara, la tarjeta rezaba «limpiar la habitación ahora»; los huéspedes se equivocaban con frecuencia. Primero entró en la habitación contigua, que no tenía letrero. Fue fácil. Sólo una de las camas había sido usada. Cambió las sábanas con la celeridad de quien ejecuta la misma tarea más de cincuenta veces por día. Luego limpió el lavabo, cambió las toallas, puso un jabón nuevo y vació el cubo de basura en la bolsa que pendía de su carrito. Finalmente, se preguntó si debía limpiar la otra habitación. La tarjeta colgada en el pomo decía que no, pero en ese caso, ¿por qué no habían puesto otra en la habitación contigua, ya que ambas se comunicaban por dentro? Decidió echar un vistazo.

La mujer miró por la puerta de comunicación y vio dos camas revueltas. No había ropa en el suelo. La habitación estaba tan limpia como el día anterior. Asomó la cabeza por la puerta y miró hacia el lavabo. Allí tampoco se veía nada especial. Decidió darle un repaso. Empujó el carrito a través del vano de la puerta y puso manos a la obra. Después de cambiar las sábanas, se dirigió a...

Alto ahí. ¿Unas piernas de hombre? ¿Qué? Dio un paso adelante y...

El encargado tardó más de un minuto en calmarla para entender lo que decía. Por fortuna, en aquella parte del motel no había huéspedes en ese momento; todos habían ido al estadio. El joven aspiró profundamente y se dirigió a la parte trasera del motel.

-¡Por Dios! -exclamó.

Desanduvo el camino presurosamente hasta su despacho y marcó un número de teléfono.

-Policía.

-Quiero denunciar un homicidio -dijo con tanta calma como pudo.

El presidente Fowler dejó el fax en la mesa rinconera y meneó la cabeza.

-No me explico cómo ha intentado algo tan burdo. -¿Qué vas a hacer con eso? -preguntó

Librodot

Liz.

-Antes de nada, verificarlo. Brent volverá del estadio esta misma noche. Quiero verlo en mi oficina a primera hora para pedirle consejo, pero supongo que le plantaremos. Si no le gusta, peor para él. Esto es cosa de mafiosos.

Fowler abrió una botella de cerveza.

-El que ha sido fiscal es siempre fiscal, así como el maleante es siempre maleante.

El «747» de JAL aterrizó en el Aeropuerto Internacional Dulles con tres minutos de antelación. A causa del clima y con la aprobación del embajador japonés, la ceremonia de recepción se redujo al mínimo. Además, las llegadas a Washington de personajes realmente importantes se caracterizan por la informalidad. Era una de las costumbres locales que el embajador había explicado al predecesor del actual Primer Ministro. Tras el breve saludo, pero sincero, del subsecretario de Estado Scott Adler, el grupo oficial subió a los vehículos y se encaminó al «Hotel Madison», a pocas calles de la Casa Blanca. El presidente estaba en Camp David y volvería a Washington por la mañana. El Primer Ministro japonés, fatigado tras el viaje, decidió dormir unas horas más. En ese momento otro equipo de mantenimiento subía a su avión. Un hombre retiró las bebidas no consumidas, incluida una botella que tenía el cuello rajado. Otro vació los cubos de basura en una bolsa grande. Luego subieron a un coche que les llevaría a Langley. Todos los aviones de seguimiento, salvo el primero, aterrizaron en la base Andrews, donde las tripulaciones iniciaron el obligatorio período de descanso. Las grabaciones viajaron a Langley en coche y llegaron después que el magnetófono enviado desde el aeropuerto Dulles. El aparato sacado del «747» tenía mejor calidad de sonido. Los técnicos comenzaron por ahí.

El «Gulfstream» regresó a Ciudad de México a la hora puntual. El avión carreteó hasta la terminal civil y sus tres tripulantes (miembros de la Fuerza Aérea, aunque nadie lo sabía) entraron en el edificio para cenar. Les había llegado la hora de un merecido descanso. Clark aún estaba en la Embajada y pensaba ver el primer tiempo del partido antes de volver a Washington y su maldita nieve.

-Si no te moderas te dormirás durante el partido -advirtió la asesora de Seguridad Nacional.

-Es sólo mi segunda cerveza, Elizabeth -replicó Fowler.

Junto al sofá había una pequeña nevera y una gran bandeja, llena de bocadillos. A Elliot todavía le resultaba increíble: J. Robert Fowler, presidente de EE.UU., tan inteligente y severo en todo sentido, convertido en un fanático del fútbol como Archie Bunker, a la espera del puntapié inicial.

-He encontrado uno, pero el otro es un hijo de puta -informó el jefe de tripulación-. No me explico qué pasa aquí, coronel.

-Ven adentro a calentarte -dijo el piloto-. Llevas demasiado tiempo allí afuera.

-Apuesto a que son traficantes de drogas -dijo el detective más joven.

-En todo caso, aficionados -comentó su compañero.

Una vez tomadas las fotografías de rigor, los hombres del forense levantaron la bolsa de plástico que contenía el cadáver para llevarlo al depósito. Sobre la causa de la muerte no había dudas: era un asesinato especialmente brutal. Al parecer los asesinos (tenían que ser dos, según el agente más experimentado) habían sujetado al hombre por los brazos para cortarle el cuello; después lo dejaron desangrar mientras se protegían la ropa con una toalla. Probablemente se trataba de un ajuste de cuentas, o de una venganza. El crimen pasional

Librodot

estaba descartado; había sido demasiado cruel y calculado.

Pero los detectives estaban de suerte: la víctima conservaba la cartera en el bolsillo, con sus documentos de identidad; incluso había otros dos juegos de documentos, que estaban siendo comprobados. En el registro del motel figuraban las licencias de ambos vehículos, que también estaban siendo comprobados por el ordenador.

-Es un indio --dijo el ayudante del forense, en tanto se llevaban el cuerpo-. Es decir, americano nativo.

«En alguna parte he visto esa cara», pensó el detective más joven.

-Un momento. -Algo le había llamado la atención. Desabrochó la camisa del muerto y descubrió la parte superior de un tatuaje,

-Ha estado en la cárcel -apuntó el detective más veterano. El tatuaje era tosco, y representaba algo que él conocía-. Esperen... Ese tatuaje significa...

-¡La Sociedad de Guerreros!

-Exacto. Los federales tenían algo que ver con... Ah, ahora lo recuerdo. Aquel tiroteo en Dakota del Norte, el año pasado. -El detective pensó por un momento-. Cuando tengamos los datos de los permisos de conducción, envíalos a Washington inmediatamente. Bien, pueden llevárselo. Que vengan la mucamarera y el encargado.

El inspector Pat O'Day había tenido la buena suerte de que le tocara montar guardia en el centro de mando del FBI, la oficina 5005 del edificio Hoover. La habitación tenía una forma extraña, más o menos triangular, con los escritorios del personal en un vértice y pantallas en la pared de enfrente. El día era tranquilo, porque había mal tiempo en el centro del país, y el mal tiempo es mejor obstáculo para el delito que cualquier cuerpo policial; por ello, una de las pantallas mostraba a los equipos que se disponían a iniciar el partido en Denver. En el momento en que los Vikings elegían terreno, una señorita del centro de Comunicaciones entró con un par de fax enviados por la Policía de Denver.

-Un caso de asesinato, señor. Piensan que nosotros podemos saber quién es éste.

Las fotografías de los permisos de conducir no suelen entusiasmar a ningún profesional, y cuando se las amplía para transmitirlas por fax, las cosas no mejoran mucho. O'Day miró aquella cara durante varios segundos; cuando estaba a punto de decidir que no lo conocía, recordó algo de su servicio en Wyoming.

-Le he visto en alguna parte... un indio... ¿Marvin Russell? -Se volvió hacia otro agente-. Stan, ¿conoces a este fulano?

-No.

O'Day echó un vistazo a los otros fax. El hombre, había muerto con el cuello cortado, según la Policía de Denver. «Homicidio probablemente relacionado con drogas», sugerían desde Denver. Tenía sentido, porque John Russell había participado en cierta operación con drogas. En el escenario del crimen, se habían encontrado otros documentos de identidad, pero no eran más que buenas falsificaciones. Sin embargo, había un camión registrado y un coche alquilado por Robert Friend, el nombre que figuraba en el permiso de conducir de la víctima. La Policía de Denver estaba buscando los vehículos; quería saber si el FBI sabía algo sobre la víctima y sus probables vinculaciones.

-Pídales que nos envíen las fotos de los otros documentos de identidad.

-Sí, señor. Pat contempló a los equipos que se preparaban para el puntapié inicial. Luego tomó el teléfono.

-¿Dan? Soy Pat. ¿Quieres bajar? Creo que han encontrado muerto a un viejo amigo tuyo... No, es otro tipo de amigo.

Murray llegó justo a tiempo para el puntapié inicial, más importante que los fax. Minnesota llevó la pelota a la línea de las veinticuatro yardas y la ofensiva empezó su trabajo. De inmediato la imagen se cubrió con toda clase de datos inútiles, a fin de que los aficionados no pudieran ver a los jugadores.

Librodot

-¿Crees que éste es Marvin Russell? -preguntó Pat, enseñándole la fotografia.

-Sin duda. ¿Dónde está? O'Day señaló la pantalla de televisión. -En Denver. Lo encontraron degollado, hace dos horas

La Policía local piensa que se trata de tráfico de drogas.

-Por eso murió su hermano. ¿Qué más? -Murray cogió los fax que O'Day le tendía.

Tony Wills tomó el primer *hand off*, llevando la pelota a cinco yardas del tackle. La segunda vez se vio a Wills atrapar un swing pass de veinte metros.

-Ese muchacho es estupendo -dijo Pat-. Recuerdo haber visto un partido en el que Jimmy Brown...

Bob Fowler acababa de abrir el tercer botellín de cerveza de la tarde, lamentando no poder estar presente en el estadio. Claro que los del Servicio Secreto se habrían vuelto locos; la vigilancia del estadio se habría incrementado a tal extremo que la gente aún estaría tratando de entrar. Y ése no era un buen gesto político, ¿verdad? Liz Elliot, sentada a su lado, encendió otro televisor para ver una película y se puso los auriculares. «Absurdo -pensó-. ¿Cómo es posible que este hombre se entusiasme tanto por un tonto juego de niños...?»

Pete Dawkins terminó sus tareas previas al partido tendiendo la cadena en su portalón. Si alguien quería entrar, tendría que utilizar uno de los dos portalones todavía abiertos, pero custodiados. En el último Super Bowl, una banda de ladrones muy astutos había rondado por el aparcamiento, alzándose con doscientos mil dólares en objetos robados a los coches (sobre todo radios y casetes). En Denver no ocurriría eso. Inició su recorrido, junto con otros tres agentes. De mutuo acuerdo circularían por todo el aparcamiento en lugar de limitarse a sectores específicos. Hacía demasiado frío, y al moverse uno se mantenía más caliente. Dawkins sentía las piernas tiesas; si caminaba las desentumecería. En realidad, no creía que se cometiera ningún delito. ¿Qué ladrón de coches lo intentaría con una temperatura de veinte grados bajo cero? Pronto se encontró en el sector que habían ocupado los seguidores de Minnesota. Estaban bien organizados, por cierto. El picnic había terminado a tiempo; las sillas plegables estaban guardadas y lo habían limpiado todo. Aparte de algunos charcos de café congelado, apenas había rastros de que hubieran hecho algo allí. Al fin y al cabo, tal vez los seguidores de Minnesota no eran tan estúpidos.

Dawkins llevaba unos pequeños auriculares conectados al oído. Escuchar un partido por radio era como hacer el amor con la ropa puesta, pero al menos sabía a qué se debían los gritos de júbilo. Minnesota se anotó el primer punto. Wills respondió atacando desde quince metros de distancia. El primer drive de los Vikings había llevado sólo siete juegos y cuatro minutos y cincuenta segundos. Al parecer, Minnesota se estaba luciendo.

-Por Dios, Dennis debe de estar hecho un manojo de nervios -comentó Fowler.

Liz no lo oyó, concentrada en su película. El secretario de Defensa tuvo inmediatamente motivos para sentirse peor. El puntapié inicial fue dado a los cinco y el running back que lo dio por los Chargers llegó hasta los cuarenta... pero allí falló y un Viking cayó sobre el balón.

-Dicen que Marvin era un tipo astuto. Mira los números de los otros permisos de conducir. Exceptuando los dos primeros dígitos, son iguales al suyo. Apuesto a que consiguió una máquina de falsificar documentos.

-Pasaportes y todo -replicó O'Day, mientras miraba a Tony Wills, que repetía la jugada a ocho yardas-. Si no encuentran el modo de frenar a ese muchacho, este partido va a ser un desastre.

-¿Qué clase de pasaportes?

-No lo dijeron. He pedido más información. Cuando vuelvan a la oficina enviarán las fotos por fax.

En Denver los ordenadores estaban zumbando. Identificaron la empresa de alquiler de coches y, se comprobó que el coche había sido devuelto en el Aeropuerto Internacional de Stapleton unas horas antes. Eso era una pista fresca. Los detectives fueron hacia allí desde el motel, tras tomar declaración a los dos primeros «testigos». La descripción de los dos pasajeros coincidía con las fotos de los pasaportes. El FBI ya estaba pidiendo información a gritos. Aquello se parecía cada vez más a un caso de narcotráfico. Ambos detectives se preguntaban dónde estaría el camión de la víctima.

Dawkins completó su primer recorrido por el aparcamiento en el momento en que Minnesota conseguía su segundo Touchdown. Una vez más por cuenta de Wills mediante un pase de cuatro yardas. El tipo ya tenía cincuenta y una yardas de rushing y dos recepciones. Dawkins observó el camión de la «ABC» que había revisado. ¿Por qué tenía matrícula de Colorado, si venía de Chicago y traía un aparato de Omaha? Pero el camión tenía el logotipo de la «ABC». Los canales locales no pertenecían a ninguna cadena, aunque todos estaban afiliados a alguna. Tendría que mencionárselo al sargento. Dawkins trazó un círculo alrededor de la anotación hecha en su tablilla y agregó un signo de interrogación. Luego entró en la cabina de vigilancia.

-¿Dónde está el sargento?

-Salió a dar un recorrido por el aparcamiento -respondió el agente de la cabina-. El muy idiota apostó veinte dólares a los Chargers. No creo que gane.

-Intentaré que apueste un poco más -replicó Dawkins, con una amplia sonrisa-. ¿Hacia dónde fue?

-Creo que hacia el Norte.

Los Vikings sacaron otra vez, con un puntaje de catorce a cero. Recibió la pelota el mismo return man, esta vez tres yardas dentro de la zona final. Sin prestar atención al safety man, que le indicaba bajar la pelota y arremeter por el medio, aprovechó un bloqueo perfecto y corrió hacia las líneas laterales. Quince yardas después quedó en claro que sólo el kicker tenía una posibilidad, pero el hombre era lento. Con ciento tres yardas, sería el kick return más largo en toda la historia del Super Bowl. El partido estaba ahora catorce a siete.

-¿Te sientes mejor, Dennis? -preguntó el secretario de Estado a su colega de Defensa.

Bunker dejó su café. Había decidido no beber alcohol. Quería estar completamente sobrio cuando recibiera el trofeo Lombardi de manos del comisionado.

-Sí, ahora sólo nos falta hallar el modo de detener a tu muchacho.

-Te deseo suerte.

-Es magnífico, Brent. ¡Qué manera de correr!

-No es un simple atleta. El chico tiene sesos y buen corazón.

-Si tú lo educaste, Brent, seguro que es inteligente -dijo Bunker, generoso-. Pero en este momento me gustaría que sufriera un esguince.

Dawkins encontró al sargento pocos minutos después.

-Aquí pasa algo raro -dijo.

Librodot

-¿De qué se trata?

-Este camión... -Le enseñó la tablilla-. Está en el extremo este de la hilera de camiones de la Televisión. Lleva el logotipo de la «ABC» y tiene matrícula de Colorado, aunque se supone que es de Chicago o de Omaha. Lo he revisado. Se supone que traían una videocasete profesional, pero acabo de pasar por ahí y no estaba conectada. Los tipos del camión han desaparecido.

-¿Y por qué me lo cuentas? -preguntó el sargento.

-Me parece que convendría comprobarlo.

-De acuerdo, pasaré por allí. -El sargento miró el número de matrícula en la tabilla-. Iba a ayudar a los muchachos de la «Wells Fargo» en la plataforma de carga. Encárgate tú de eso, ¿quieres?

-De acuerdo, sargento.

Dawkins se marchó. El sargento de guardia tomó su transmisor.

-Teniente Vernon, aquí el sargento Yankevich. ¿Puede reunirse conmigo en el aparcamiento?

Yankevich echó a andar hacia el sur, rodeando el estadio. El también tenía un transistor. San Diego detuvo a los Vikings en downs. Minnesota chutó con fuerza y forzó un buen catch en los treinta de los Chargers. Vaya, tal vez su equipo pudiera igualar el marcador. «Alguien tendría que pegarle un tiro a ese Wills», pensó, furioso.

El agente Dawkins anduvo hasta el extremo norte del estadio, donde había un vehículo blindado de la «Wells Fargo», aparcado en el nivel inferior de la plataforma de carga. Un guardia estaba cargando sacos llenos de monedas.

-¿Todo en orden? -preguntó Dawkins.

-El conductor se golpeó en la rodilla y ha ido a que lo atiendan. ¿Puede echarme una mano?

-De acuerdo.

-Usted me las pasa, ¿vale? Cuidado, que son pesadas.

Dawkins subió de un salto. El interior del vehículo tenía numerosos anaqueles llenos de bolsas de monedas. El policía puso manos a la obra; él pasaba las bolsas hacia la plataforma, donde el guardia las ponía en una carretilla. Muy propio del sargento, haberlo metido en eso.

Yankevich se encontró con el teniente delante de la entrada para la Prensa. Ambos se acercaron al camión en cuestión. El teniente miró dentro.

-Hay una caja grande con el rótulo «Sony»... Espere un momento. Parece una videocasete normal y corriente.

El sargento Yankevich informó a su superior lo que le ha dicho Dawkins.

-Probablemente no sea nada, pero...

-Ya, pero de todos modos voy a buscar al de la «ABC». Llamaré también a la brigada de explosivos. Quédese aquí y vigile.

-Si lo prefiere, puedo abrirlo. En el coche tengo una llave especial.

-Dejaremos que los muchachos de explosivos lo decidan. Además, tal vez no sea nada. Si vinieron a remplazar una videocasete averiada... bueno, tal vez ya habían reparado la otra.

-De acuerdo, teniente.

Yankevich fue a tomar otra taza de café. Luego volvió a su ronda. El sol se estaba poniendo detrás de las Rocosas. Pese a la temperatura y al viento helado, siempre era un bello espectáculo. El sargento pasó junto a los camiones de la Televisión y contempló el disco anaranjado que se hundía en una nube de nieve. Algunas cosas eran mejores que el fútbol. Cuando el último filo del sol se hundió tras las cumbres, se dio la vuelta, decidido a echar otro vistazo a la caja del camión.

Nunca llegaría.

XXXV. TRES SACUDIDAS

El reloj de la bomba llegó a las 5.00.00 y comenzaron a ocurrir cosas.

Primero, los capacitores de alto voltaje empezaron a cargarse, encendiendo pequeñas pirotecnias junto a los depósitos de tritio, en ambos extremos de la bomba. Estos impulsaron a los pistones, obligando al tritio a pasar por estrechos tubos metálicos. Un tubo conducía al primario; el otro, al secundario. En eso no había prisa; el objetivo era mezclar las diversas vertientes de deuteruro de litio con los átomos de tritio dispuestos a la fusión. Transcurrieron diez segundos.

A las 5.00.10 el reloj envió una segunda señal.

Hora Cero.

Los capacitores descargaron, enviando un impulso por cable hasta una red de distribuidores. La longitud del primer cable era de cincuenta centímetros. Eso requirió un nanosegundo y dos tercios. El impulso entró en una red distribuidora a través de llaves de criptón, cada una de las cuales empleaba gas criptón autoionizado y radiactivo para sincronizar sus des cargas con notable precisión. Utilizando la compresión de los pasos para aumentar su amperaje, la red distribuidora desvió el impulso hacia setenta cables, cada uno de un metro de longitud. Los impulsos transmitidos necesitaron tres décimas de sacudida (tres nanosegundos) para recorrer esa distancia. Todos los cables eran de la misma longitud, porque los setenta bloques explosivos debían detonar en el mismo instante.

Los impulsos llegaron simultáneamente a los detonadores. Cada bloque explosivo tenía tres detonadores independientes y ninguno de ellos dejó de funcionar. Los detonadores eran pequeños filamentos, tan delgados que la corriente, al llegar, los hizo estallar. El impulso se trasladó a los bloques explosivos y el proceso de detonación física se inició cuatro nanosegundos y cuatro décimas después de que el reloj transmitiera la señal. El resultado no fue una explosión, sino una implosión, puesto que la fuerza explosiva se dirigió hacia dentro.

Los bloques explosivos eran, en realidad, láminas muy sofisticadas de dos materiales, y recubiertas de polvo de metales livianos y pesados. La capa exterior era un explosivo relativamente lento, con una velocidad de detonación apenas superior a los siete mil metros por segundo. La onda explosiva se expandió radialmente desde el detonador, llegando con celeridad al borde del bloque. Puesto que los bloques detonaban hacia dentro, el frente de la explosión viajó hacia dentro a través de los bloques. El borde entre los explosivos lentos y rápidos contenía burbujas, llamadas vacíos, que comenzaron a convertir la esférica onda expansiva en una plana, la cual volvió a enfocarse para concordar exactamente con su blanco metálico, llamado drivers.

Los drivers, eran piezas de renio al tungsteno, cuidadosamente torneadas. Estos recibieron una onda de fuerza que viajaba a más de nueve mil ochocientos metros por segundo. Dentro del renio al tungsteno había una capa de berilio de un centímetro. Más allá, un milímetro de uranio 235 que, pese a su delgadez, pesaba casi tanto como el berilio, tanto más grueso. Toda la masa metálica se impulsaba a través de un vacío y, puesto que la explosión convergía hacia un punto central, la velocidad de aproximación de los segmentos opuestos de la bomba era de dieciocho mil seiscientos metros por segundo.

El punto central al que apuntaban los explosivos y los proyectiles metálicos era una masa de plutonio radiactivo 239, que pesaba diez kilos. Tenía la forma de un vaso de vidrio, con el borde doblado hacia fuera y hacia abajo, formando una pared metálica paralela. El plutonio, normalmente más denso que el plomo, se veía aún más comprimido por la presión (un millón de atmósferas) de la implosión. La masa de plutonio 239 también incluía cierta cantidad de plutonio 240, menos estable y propenso a la preignición. Las superficies superior e interior se vieron estrelladas una contra la otra e impulsadas a su vez contra el centro geométrico del arma.

El acto externo final provenía de un dispositivo Llamado zipper. Este, que operaba a la tercera señal del reloj automático, era un acelerador de partículas en miniatura, un miniciclotrón muy compacto que se parecía bastante a un secador de pelo. El zipper disparó átomos de

Librodot

deuterio contra un blanco de berilio. Se generaron grandes cantidades de neutrones que viajaron a un diez por ciento de la velocidad de la luz y viajaron por un tubo metálico hasta el centro del primario, llamado «foso» Los neutrones estaban sincronizados para llegar justo cuando el plutonio alcanzara la mitad de su densidad máxima.

El plutonio, que generalmente pesa más o menos el doble que una masa equivalente de plomo, estaba ya diez veces más denso y aún se aceleraba hacia dentro. El bombardeo de neutrones ingresó en una masa de plutonio aún en compresión.

Fisión.

El átomo de plutonio tiene un peso atómico de 239, cifra que representa el número combinado de neutrones y protones habidos en el núcleo atómico. Lo que se inició entonces ocurrió en millones de sitios a la vez, literalmente, pero cada hecho fue exactamente igual a los otros. Un neutron «lento» invasor pasó lo bastante cerca de un núcleo de plutonio como para caer bajo la potente fuerza nuclear que conforma los núcleo, atómicos. El neutrón fue atraído hacia el centro del átomo, cambiando el estado de energía del núcleo huésped e impulsándolo a la inestabilidad. El núcleo atómico, antes simétrico empezó a girar locamente y se vio desgarrado por fluctuaciones de fuerza. En casi todos los casos, un neutrón o un protón desaparecieron por completo, convertidos en energía en homenaje a la ley de Einstein: E=MĆ La energía resultante de L desaparición de las partículas fue liberada en forma de radiación X, gamma, o cualquiera de las treinta opciones secundarias. Por fin, el núcleo atómico liberó dos o tres neutrones adicionales Eso era lo importante. El proceso, que había requerido sólo un neutrón para iniciarse, liberó dos o tres mas, que también viajaron a más del diez por ciento de la velocidad de la luz (treinta mil kilómetros por segundo) a través de un espacio ocupado por oír masa de plutonio doscientas veces más densa que el agua. La mayoría de las partículas atómicas recién liberadas encontraron objetivos contra los que chocar.

Una reacción en cadena significa, simplemente, que el proceso aumenta por sí mismo, que la energía liberada basta para que el proceso continúe sin asistencia exterior. La fisión del plutonio procedió por pasos llamados *doublings*. La energía liberada por cada paso era el doble que la precedente v se volvía a duplicar en el paso siguiente. Lo que se iniciara como una cantidad única de energía, con sólo un puñado de partículas liberadas, se duplicó y volvió a duplicarse, y los intervalos entre un paso otro se medían en fracciones de nanosegundos. La tasa de aumento (es decir, la aceleración de la reacción en cadena) se llama «Alfa» v es la variable más importante en el proceso de fisión. Una Alfa de 1.000 significa que el número de duplicaciones por microsegundo es de 2°°°, es decir, dos multiplicado mil veces por sí mismo. En el pico de la fisión, entre 250 y 253, la bomba estaría generando cien trillones de vatios de potencia, cien mil veces más que la capacidad generadora eléctrica del mundo entero. Fromm había diseñado la bomba para que hiciera justamente eso... y era sólo el diez por ciento del rendimiento total del arma. Aún faltaba que actuara el secundario, todavía no tocado por las fuerzas que estaban a unos centímetros de distancia.

El proceso de fisión apenas si estaba comenzando.

Algunos de los rayos gamma, que viajaban a la velocidad de la luz, estaban fuera del receptáculo, mientras el plutonio seguía comprimido por los explosivos. Hasta las reacciones nucleares llevan su tiempo. Otros rayos gamma empezaron a impactar en el secundario. La mayoría atravesó una nube de gas que, apenas unos microsegundos antes, había sido el conjunto de bloques explosivos químicos, calentándola muy por encima de la temperatura que los elementos químicos podían alcanzar por sí solos. Esta nube, compuesta por átomos muy livianos, como carbono y oxígeno, emitió una gran cantidad de rayos X «blandos», de baja frecuencia. Hasta aquí, el arte-facto estaba funcionando exactamente como Fromm v Ghosn lo habían previsto.

El proceso de fisión tenía siete nanosegundos de edad (0.7 sacudidas) cuando algo falló.

La radiación del plutonio en fisión penetró en el deuteruro al litio impregnado de tritio que ocupaba el centro geométrico del foso. El motivo por el que Manfred Fromm había dejado para el final la extracción del tritio se debía a su básico conservadurismo de ingeniero. El

Librodot

tritio es un gas inestable, con un promedio de vida de 12,3 años lo que significa que, al cabo de ese tiempo, una cantidad de tritio puro estará compuesta por partes iguales de tritio y 3He. El 3He, llamado «helio tres», es una forma de ese elemento, el segundo entre los livianos, cuyo núcleo carece de un neutrón extra y ansía tenerlo. Al filtrar el gas a través de un fino bloque de paladio, el 3He se habría separado con facilidad, pero Ghosn no lo sabía. Así pues, más de una quinta parte del tritio estaba constituido por un material inadecuado. Y no habría podido ser más nefasto.

El intenso bombardeo de la fisión adyacente chamuscó el compuesto de litio. Si normalmente su densidad es la mitad que la de la sal, ahora se comprimió hasta un estado que superaba la densidad del núcleo de la Tierra. Lo que empezó entonces fue, una pequeña reacción de fusión que liberó grandes cantidades de neutrones nuevos y convirtió muchos átomos de litio en tritio, los cuales se descompusieron (se «fundieron») bajo la intensa presión, liberando aún más neutrones. Los nuevos neutrones generados debían invadir la masa de plutonio, intensificando el Alfa y provocando, por lo menos, una duplicación del rendimiento de fisión que habría tenido el arma sin esa intensificación. Este había sido el primer método para aumentar la potencia de la segunda generación de armas nucleares. Pero la presencia de 3He contaminó la reacción, atrapando casi una cuarta parte de los neutrones de alta energía en inútiles átomos de helio estable.

Durante unos nanosegundos eso no importó. El plutonio continuaba incrementando su índice de reacción, que seguía duplicándose y aumentando su Alfa a un índice inimaginable.

La energía fluía ahora hacia el secundario. Las pajuelas recubiertas de metal se convirtieron en plasma, presionando hacia dentro en el secundario. La radiante energía, en cantidades que no se encuentran en la superficie del sol, se volatizaron pero también se reflejó en las superficies elípticas, trasladando aún más energía al montaje del secundario, llamado Holraum. El plasma de las pajuelas inmoladas se precipitó hacia dentro, rumbo al segundo depósito de compuestos de litio. Las densas aletas de uranio 238, que estaban en el exterior del foso del secundario, se convirtieron también en denso plasma, impulsándose hacia dentro por el vacío hasta golpear y comprimir el recipiente tubular que contenía más uranio 238 alrededor del recipiente central, donde estaba la mayor cantidad de deuteruro de litio al tritio. Las fuerzas eran inconmensurables y la estructura se veía castigada por un grado de presión más alto que el habido en el núcleo de una estrella saludable.

Pero no era suficiente.

La reacción del primario ya estaba aflojando. Privada de neutrones por la contaminación con 3He, la fuerza explosiva de la bomba empezó a desintegrar la masa de reacción tan pronto como las fuerzas físicas alcanzaron su equilibrio. La reacción en cadena alcanzó un momento de estabilidad, por fin incapaz de mantener su índice de crecimiento; las dos últimas duplicaciones de la reacción en cadena se perdieron por completo. Lo que habría debido ser un rendimiento primario de setenta mil toneladas de TNT se redujo a la mitad, volvió a reducirse y, al fin de cuentas, terminó en un rendimiento de once mil doscientas toneladas de altos explosivos.

El diseño de Fromm era tan perfecto como lo permitían las circunstancias y los materiales disponibles. Por lo demás, las especificaciones eran más que adecuadas. Se había previsto un alto índice de seguridad en el presupuesto de energía. Hasta un rendimiento de treinta kilotones habría bastado para activar la «bujía de encendido» del secundario, iniciando una fusión masiva, pero no se llegó a esos treinta kilotones. La bomba era, técnicamente, un «fiasco».

Un fiasco que equivalía a once mil doscientas toneladas de TNT (equivalente, a su vez, a veintidós metros cúbicos de potentes explosivos), para cuyo transporte se requerirían casi cuatrocientos camiones o un barco mediano. Pero los explosivos convencionales nunca habrían podido ser detonados con tan mortífera eficiencia. En realidad, una explosión convencional de esa magnitud es una imposibilidad práctica. No obstante, la bomba seguía siendo un fiasco.

Librodot

Del receptáculo no había surgido aún ningún efecto fisico perceptible; mucho menos del camión. La caja de acero permanecía casi intacta, aunque no por mucho tiempo. La radiación gamma ya había escapado, junto con los rayos X, que eran invisibles. Aún no había surgido una luz visible de la nube de plasma que, apenas tres «sacudidas» antes era una pieza de exquisito diseño y de cuatrocientos cincuenta kilos de peso. Empero, todo lo que debía ocurrir ya había ocurrido. Ahora la energía liberada dependía de leyes naturales que no sabían nada de los propósitos de sus manipuladores.

XXXVI. EFECTOS DEL ARMA

El sargento Ed Yankevich habría debido ser el primero en percatarse de lo que estaba ocurriendo, porque caminaba hacia el camión, con la vista fija en él, y estaba a escasos doce metros. Pero el sistema nervioso humano funciona a razón de milisegundos.

El fiasco acababa de concluir cuando la primera radiación alcanzó al oficial de Policía. Eran rayos gamma; fotones, en realidad, los mismos que componen las ondas de luz, pero mucho más potentes. Ya estaban atacando también la carrocería del camión, haciendo que la lámina de acero se tornara fluorescente como el neón. Tras los gammas vinieron los rayos X, también compuestos de fotones pero menos enérgicos. La diferencia no era apreciable para Yankevich, que sería el primero en morir. Sus huesos absorbieron la intensa radiación llegando rápidamente a la incandescencia, al tiempo que las neuronas de su cerebro se hiperexcitaban, como si se hubieran convertido en una bombillas de flash. Pero el sargento Yankevich no pudo notar nada de eso. Se desintegró, literalmente, estallando a causa de la diminuta fracción de energía que su cuerpo absorbió en tanto el resto lo atravesaba. Pero los rayos gamma y X se disparaban en todas las direcciones, a la velocidad de la luz, y el efecto siguiente fue uno que nadie había previsto.

Al lado del camión, cuya carrocería quedó reducida a trozos moleculares de metal, estaba la unidad móvil A de la «ABC». En su interior había varias personas que tendrían tan poca conciencia de su destino como el sargento Yankevich. Lo mismo puede decirse del complejo y costoso equipo electrónico del camión. Pero en la parte trasera del vehículo, apuntando al sur y hacia arriba, había una gran antena parabólica, no muy distinta de las que se usan para el radar. En el centro, como el estambre de una flor, se encontraba el guiaondas: un tubo metálico con una sección cuadrada cuyas dimensiones internas se aproximaban a la longitud de onda de la señal que, en ese momento, se transmitía a un satélite en órbita a treinta y seis mil doscientos kilómetros por sobre el ecuador.

El guiaondas de la unidad A, y poco después cada uno de los once camiones alineados al lado de ésta, fueron alcanzados por los rayos gamma y X. Los átomos de metal despidieron electrones (algunas guías estaban revestidas de oro, lo cual acentuó el proceso) y éstos emitieron su energía en forma de fotones. Estos formaron ondas cuya frecuencia era, aproximadamente, la de los transmisores de satélite. Pero con una diferencia: ningún camión estaba transmitiendo más de mil vatios de energía de radiofrecuencia. Sin embargo, la energía transferida desde el guiaondas de la unidad A liberó casi un millón de vatios de energía en un único paso, breve y orgásmico, que acabó en menos de un microsegundo, cuando la antena y el camión fueron volatizados por el abrasante frente de energía. Lo siguiente en desaparecer fue la unidad B de «ABC», luego la «TWI». El cuarto camión era el de la «NHK», que transmitía el Super Bowl a Japón. Había ocho más. Todos quedaron destruidos en aproximadamente quince «sacudidas». Los satélites a los cuales ellos transmitían estaban a mucha distancia. La energía necesitaba aproximadamente un octavo de segundo para surcar esa distancia; relativamente, una eternidad.

Lo siguiente en emerger de la explosión (el camión era ahora parte de ella) fue la energía

Librodot

de luz y calor. El primer estallido de luz escapó justo antes de que la bola de fuego bloqueara su expansión. El segundo surgió poco después, irradiando en todas direcciones. Esto generó el paso de dos fases característico de las detonaciones. nucleares.

El siguiente efecto de energía fue la explosión. En realidad, era un efecto secundario. El aire absorbió gran parte de los rayos X blandos y se quemó, convertido en una masa opaca que impidió la radiación electromagnética y la transformó en una energía mecánica que se expandió a una velocidad varias veces superior a la del sonido. Pero antes de que esa energía tuviera posibilidades de dañar nada ya estaban ocurriendo acontecimientos más lejanos.

La conexión primaria de video para la «ABC» se efectuaba por cable de fibra óptica (una línea terrestre de alta calidad); pero este cable pasaba por el camión A y se cortó aun antes de que el estadio recibiera daño alguno. La conexión de respaldo se hacía por medio del satélite «Telstar 301»; el «Telstar 302» daba servicio a la costa del Pacífico. La «ABC» utilizaba las conexiones primarias de las redes 1 y 2 en cada uno de ellos. También aprovechaba el «Telstar 301» la compañía «Trans World International», que detentaba los derechos mundiales de la Liga Nacional del Fútbol y emitía el partido a la mayor parte de Europa, además de Israel y Egipto. «TW» enviaba la misma señal de vídeo a todos sus clientes europeos y proporcionaba instalaciones para conexiones separadas de audio en los diversos idiomas europeos; generalmente, eso representaba más de una conexión de audio por país. España, por ejemplo, requería cinco lenguas, cada uno de los cuales tenía su propio canal de banda lateral de audio. «NHK» , que transmitía a Japón, utilizaba tanto el satélite «JISO-F2R» como su conexión regular de tiempo completo, «Westar 4», operaba por su propietaria «Hughes Aerospace». La televisión italiana utilizaba «Major Path 1» del satélite de «Teleglobe» (propiedad del holding «Intelsat») para servir a sus propios televidentes, a los de Dubai y a los israelíes, a quienes no les gustaba la «TWI» «Major Path 2», de «Teleglobe», estaba destinado al servicio de casi toda América del Sur. También estaban presentes, ya en el mismo estadio o a poca distancia, la «CNN», la división de noticias de «ABC», la «Newsnet» de «CBS» y la «ESPN». Las estaciones locales de Denver tenían sus propias unidades móviles en el lugar.

En total, había treinta y siete unidades móviles activas que utilizaban microondas o transmisores «banda ku» para generar un total de cuarenta y ocho señales de video y ciento sesenta y ocho señales de audio, las cuales se transmitían a más de mil millones de aficionados al deporte, en setenta y un países, cuando se produjo la ráfaga de rayos gamma y X. En casi todos los casos, el impacto generó una señal en las guiaondas; pero en seis camiones, los mismos tubos de onda progresiva se iluminaron y emitieron un impulso colosal, exactamente en las frecuencias debidas. Empero, tampoco esto venía al caso. Las resonancias y otras irregularidades de los guiaondas, por lo demás sin importancia, hicieron que amplios segmentos de las frecuencias de satélite fueran cubiertas por el impulso de hiperamplitud. Salvo dos, todos los satélites de telecomunicación en órbita por sobre el hemisferio occidental estaban operando para las cadenas de televisión en Denver. Lo que ocurrió con ellos es sencillo de describir. Sus sensibles antenas estaban diseñadas para recibir miles de millones de vatios. Pero, se vieron súbitamente bombardeados con una energía entre mil y diez mil veces superior y a través de numerosos canales independientes. Ese torrente sobrecargó los amplificadores internos. El software de computación que gobernaba los satélites registró el impulso de hiperamplitud y empezó a activar mecanismos de aislación para proteger los sensibles equipos. Si el incidente hubiera afectado sólo a uno de esos receptores, el servicio se habría reiniciado de inmediato, sin más; pero los satélites comerciales de telecomunicación son artefactos muy caros: su construcción cuesta cientos de millones de dólares y otro tanto ponerlos en órbita. Con más de cinco amplificadores registraban impulsos de hiperamplitud, automáticamente el software empezó a cerrar circuitos, para impedir que todo el satélite sufriera graves daños. Al ser afectados veinte o más, el software dio el paso siguiente: desactivar todos los circuitos de a bordo y, a continuación, emitir una señal de emergencia a la estación de tierra. Todos los softwares de seguridad de los satélites eran variaciones de un

Librodot

mismo programa, muy conservador, diseñado para salvaguardar un equipo casi irremplazable, y valorado en millones y millones de dólares. En un breve instante, un considerable segmento del sistema mundial de comunicaciones dejó de existir. Los sistemas de televisión por cable y de telecomunicaciones se vieron interrumpidos, aun antes de que los técnicos supieran que algo iba desastrosamente mal.

Pete Dawkins estaba descansando, aunque él consideraba que estaba protegiendo el vehículo blindado. El guardia de la «Wells Fargo» había ido a entregar otros cuantos kilos de monedas y el agente de Policía, sentado con la espalda apoyada contra los estantes llenos de bolsas, escuchaba la radio. El marcador iba Chargers treinta y cinco, Vikings cuarenta y siete. En ese momento, el cielo crepuscular viró a un amarillo incandescente; luego, al rojo, pero no al rojo cordial y suave del ocaso, sino a un violáceo intenso y abrasador. Su mente apenas si tuvo tiempo de registrar el dato antes de que la asaltara una avalancha de cosas. La tierra saltó bajo sus pies. El camión blindado fue arrojado a un lado como un juguete por el puntapié de un niño. La portezuela trasera se cerró como disparada por un cañón. La carrocería del camión lo protegió de la onda expansiva, al igual que la mole del estadio, pero Dawkins no tuvo tiempo de darse cuenta. Quedó cegado por el destello y ensordecido por la onda de alta presión que se abatió sobre él como la mano trituradora de un gigante. Si Dawkins no se hubiera desorientado tanto, habría podido pensar que se trataba de un terremoto. Pero sólo pensó en la supervivencia. El ruido no había cesado, como tampoco la sacudida, cuando cayó en la cuenta de que estaba encerrado dentro de un vehículo cuyo depósito de combustible contenía, quizá, unos cien litros de gasolina. Parpadeó para despejar la vista y empezó a arrastrarse, hacia el sitio más luminoso que lograba ver. No reparó en el dorso de sus manos, ampolladas como por la peor quemadura de sol de su vida. Tampoco se percató de que no oía nada. Sólo le importaba llegar a la luz.

En las afueras de Moscú, en un refugio subterráneo, construido bajo sesenta metros de cemento, se halla el cuartel general del Voyska PVO, el servicio soviético de defensa antiaérea. Es una instalación nueva, diseñada de modo bastante similar al de sus equivalentes occidentales. Tiene la forma de un anfiteatro, pues esta configuración permite una amplia visibilidad de los datos exhibidos en el gran panel. El reloj digital instalado sobre los mapas marcaba las 03:00:13 local; las 00:00:13 hora media de Greenwich, y las 19:00:13 en Washington, DC.

Estaba de guardia el teniente general Ivan Grigorievich Kuropatkin, ex piloto de combate (él habría suprimido lo de «ex»), de cincuenta y un años de edad. Ocupaba ese puesto porque así le había tocado en la normal rotación de funciones. Por ser oficial de alta graduación, habría podido optar por un horario más conveniente, pero el nuevo Ejército soviético debía fundarse en el profesionalismo y, en su opinión, los oficiales profesionales debían dar ejemplo. Lo rodeaba el personal habitual de batalla, compuesto por coroneles, mayores y algunos capitanes y tenientes para los trabajos menores. La misión de Voyska PVO era defender a la Unión Soviética de un posible ataque. En la era de los misiles y a falta de una defensa efectiva contra los más sofisticados (ambos bandos estaban todavía trabajando en eso), su misión consistía más en advertir que en defender. A Kuropatkin no le gustaba eso, pero no tenía remedio. En órbita geosincrónica, por sobre la costa del Perú, había un par de satélites, el «Eagle I. y el II, cuya función consistía en observar los Estados Unidos y detectar un lanzamiento de misiles tan pronto como los proyectiles emergieran de sus silos. Estos satélites también podían detectar un lanzamiento submarino desde el golfo de Alaska, aunque esa cobertura, tan al norte, en parte dependía del clima. La imagen proyectada por los «Eagles» estaba en el espectro de infrarrojo, lo cual medía principalmente el calor. Aparecía tal como la percibía la cámara, sin márgenes ni otros datos generados por ordenador, pues éstos, en opinión de los diseñadores rusos, no hacían sino llenar innecesariamente la pantalla. No era Kuropatkin quien la estaba observando, sino un oficial de menor rango que parecía

Librodot

estar haciendo algún cálculo; de pronto, algo le llamó la atención. Su mirada cambió de sitio instintivamente; le llevó todo un segundo comprender por qué.

Había un punto blanco en el centro de la imagen. -Nichevo... ¡Aísle y amplíe! -exclamó.

El coronel que operaba los mandos estaba sentado a su derecha y ya había comenzado a hacerlo.

-El centro de EE.UU., general. Señal térmica de doble destello, probablemente una detonación nuclear -dijo mecánicamente el coronel, pues su criterio profesional se imponía a su negación intelectual.

-Coordenadas.

-Pedidas, general.

La distancia entre el cuartel y el satélite hacía que las órdenes tardaran en cumplirse. Cuando la lente telescópica del satélite empezó a moverse, la señal térmica de la bola de fuego estaba en franca expansión. La impresión inmediata de Kuropatkin fue que no podía tratarse de un error. Por caliente que fuera la imagen, lo que se materializó en el hueco de su estómago fue un puño de hielo.

-Centro de Estados Unidos. Parece la ciudad de Desva. -Denver. ¿Qué diablos hay en Denver? -clamó Kuropatkin-. ¡Averígüelo!

-Si, general.

Kuropatkin ya tenía la mano tendida hacia un teléfono que lo comunicaba directamente con el Ministerio de Defensa y también con la residencia del presidente soviético. Habló con claridad, aunque precipitadamente.

-Soy el teniente general Kuropatkin, en el Centro PVO de Moscú. Acabamos de registrar una detonación nuclear en Estados Unidos. Repito: acabamos de registrar una detonación nuclear en Estados Unidos.

Una voz, en la línea, lanzó un juramento. Debía de ser el oficial de guardia del presidente Narmonov.

La otra voz, la del jefe de guardia del Ministerio de Defensa, fue más razonable.

-¿Qué certeza hay?

-Señal de doble destello -replicó Kuropatkin, atónito ante su propia serenidad-. En este momento estoy observando la expansión de la bola de fuego. Es un caso nuclear, sí. Daré más datos en cuanto los tenga... ¿Qué? -preguntó a un oficial subordinado.

-General, el «Eagle-II» ha recibido un brutal impulso de hiperamplitud; cuatro de las conexiones de altísima frecuencia se han cortado momentáneamente y una quinta ha desaparecido por completo -dijo un mayor, inclinándose hacia el escritorio del general.

-¿Qué ha pasado? ¿Qué fue?

-No lo sé.

-Averígüelo.

La pantalla quedó en blanco justo cuando San Diego se preparaba para su third-and-five en las cuarenta y siete. Fowler acabó su cuarta cerveza de la tarde y dejó la copa, fastidiado. ¡Esos condenados operadores de televisión! Sin duda alguien había tropezado con un enchufe; ahora se perdería una o dos jugadas de un partido apasionante. Se arrepintió de no haber ido a Denver, pese a los consejos del Servicio Secreto. Echó un vistazo hacia lo que Elizabeth estaba mirando, pero la otra pantalla también acababa de quedar en blanco. ¿Algún marinero habría chafado el cable con una barredora de nieve? El presidente gruñó, pensando en lo difícil de conseguir un buen servicio. Pero no, no podía ser eso. La afiliada de la «ABC», el Canal 13 de Baltimore, había puesto un gráfico que decía: «Dificultades en la red transmisora. Espere, por favor»; el canal de Elizabeth no emitía más que ruido ambiental. ¡Vaya! Como cualquier televidente masculino, Fowler tomó el mando a distancia y probó otros canales. La «CNN» tampoco emitía, pero sí las emisoras locales de Baltimore y Washington. Cuando empezaba a preguntarse qué significaría aquello, sonó un teléfono. Tenía un sonido

Librodot

desacostumbrado, atonal y estridente; era uno de los cuatro instalados en el estante inferior de la mesa ratona que tenía frente a su sofá. Alargó la mano hacia él antes de saber cuál era; esa comprensión tardía le enfrió súbitamente la piel. Era el teléfono rojo, el del Mando de Defensa Aeroespacial Norteamericano, instalado en Cheyenne Mountain, Colorado.

-¿Si? -dijo Fowler con voz ronca, súbitamente asustada.

-Señor presidente, aquí el mayor general Joe Borstein. Acabamos de registrar una detonación nuclear en el centro de Estados Unidos, señor.

-¿Qué? -dijo el presidente, tras una pausa de unos segundos.

-Se ha producido una explosión nuclear, señor. Ahora estamos verificando el punto exacto, pero parece en la zona de Denver.

-¿Esta seguro? -preguntó el presidente, tratando de mantener la calma.

-Estamos comprobando nuestros instrumentos, señor, pero, estamos seguros. No sabemos qué pasó ni cómo, pero hubo una explosión nuclear. Le ruego que se refugie en lugar seguro de inmediato, mientras nosotros tratamos de averiguar qué está pasando.

Fowler levantó la vista. Ninguno de los televisores había cambiado su imagen. Las sirenas de alarma empezaron a dispararse en todo el recinto presidencial.

La base Offutt de la Fuerza Aérea, en las afueras de Omaha, Nebraska, había recibido en tiempos pasados el nombre de Fort Crook. El antiguo puesto de Caballería tenía una serie espléndida, aunque algo anacrónica, de viviendas de ladrillo rojo para sus oficiales de mayor rango, detrás de las cuales estaban la antiguas caballerizas; enfrente, un patio de desfiles de suficientes dimensiones como para que se ejercitara un regimiento de caballería. A un kilómetro y medio de allí estaban el cuartel del Mando Aéreo Estratégico, edificio bastante más moderno; delante del cual había una fortaleza volante «B-17», de la Segunda Guerra Mundial. También fuera, pero bajo tierra, estaba el nuevo puesto de mando, terminado en 1989. Era una sala amplia; los chistosos del lugar aseguraban que se la había construido porque Hollywood mostraba mejores puestos de mando que el original del MAE y la Fuerza Aérea había decidido ajustar su realidad a la imagen de ficción.

El mayor general Chuck Timmons, subjefe de personal (Operaciones), había aprovechado la oportunidad de montar guardia allí en lugar de hacerlo en su oficina de arriba; en realidad, estaba viendo el Super Bowl en una de las ocho grandes pantallas de televisión, dos de las cuales mostraban imágenes transmitidas por los satélites del Programa de Defensa y Apoyo, llamados DSPS. Captó el doble destello de Denver con tanta celeridad como todo el mundo y dejó caer el lápiz que tenía en la mano. Detrás de su asiento había varios cuartos cerrados por vidrios (había dos plantas de cuartos similares) donde trabajaban poco más o menos cincuenta personas: el personal de apoyo que mantenía al MAE en activo las veinticuatro horas del día. Timmons cogió su teléfono y pulsó el botón que lo comunicaba con el principal oficial de Inteligencia.

-Ya lo veo, señor.

-¿Puede haber un error?

-Negativo, señor. El circuito de prueba dice que el satélite funciona bien.

-Manténgame al corriente. -Timmons se volvió hacia su suplente-Traiga al jefe. Llame a todo el mundo. Quiero aquí un equipo completo de emergencia y personal de combate. ¡Ahora mismo! -A su oficial de operaciones-: Que «Espejo» despegue inmediatamente. Quiero a las escuadrillas de alerta preparadas para despegar. Y que se envíe una señal de alerta general.

En el cuarto vidriado, detrás del general y a su izquierda, un sargento pulsó unos cuantos botones. Aunque el MAE ya no tenía aviones en el aire durante las veinticuatro horas del día, un treinta por ciento de sus aviones se mantenían en alerta permanente. La orden de alertar a los escuadrones se envió por línea terrestre y se usó una voz generada por ordenador, pues se había decidido que una voz humana, en la excitación, podía pronunciar mal las palabras. Se requirieron unos veinte segundos para transmitir las órdenes, que galvanizaron a los oficiales de operaciones en los escuadrones de alerta.

Librodot

De momento, éstos eran dos: el de bombarderos 416, de la base Griffiss, Rome, Nueva York, compuesta por « B-52 », y el «384», que pilotaba «B-1B» en la cercana base McConnell, de Kansas. En este último, los pilotos de guardia, la mayoría de los cuales estaba viendo el Super Bowl, corrieron a los vehículos que esperaban para llevarlos a los aviones. El primer hombre de cada tripulación de cuatro dio un manotazo al botón de arranque de emergencia, que formaba parte del montaje de la rueda de morro, y corrió a proa para subir a la cabina por la escalerilla. Antes de que los hombres tuvieran puesto el cinturón de seguridad, los motores ya estaban en marcha. Las tripulaciones de tierra arrancaron los pasadores de seguridad, con sus banderillas rojas. Los centinelas se apartaron de los aparatos, apuntando con sus fusiles hacia afuera en previsión de cualquier amenaza. Hasta ese punto nadie suponía que se trataba de algo más que un ejercicio ordenado en el peor momento.

En McConnell, el primer avión en salir fue el del comandante del escuadrón. Además de ser un atlético hombre de cuarenta y cinco años, el coronel contaba con la ventaja de tener su avión aparcado más cerca del cobertizo de alerta. Cuanto los cuatro motores estuvieron en marcha y la pista despejada, soltó los frenos y comenzó a carretear. Tardó dos minutos en alcanzar el extremo de la pista, pero al llegar allí se le indicó que esperara.

En Offutt, el «KC-135» en alerta no tuvo restricciones. El «Boeing 707», un aparato modificado de veinticinco años de antigüedad, al que llamaban «Espejo», llevaba a bordo a un general y un reducido personal de combate. En ese momento despegaba en la creciente oscuridad. Las radios y el equipo de comunicaciones de a bordo acababan de entrar en funcionamiento y el oficial aún no sabía a qué se debía tanto alboroto. Tras él, en tierra, otros tres aparatos idénticos se preparaban para el despliegue.

-¿Qué ocurre, Chuck? -preguntó el comandante en jefe del MAE, al entrar. Vestía ropa cómoda y aún no se había atado los zapatos.

-Detonación nuclear en Denver. Y acabamos de descubrir problemas con los satélites. He puesto a los aviones en alerta. «Espejo» acaba de despegar. Todavía no sé qué diablos pasa, pero Denver ha estallado.

-Que despeguen -ordenó el comandante en jefe.

Timmons hizo una señal a un oficial de comunicaciones, que transmitió la orden. Veinte segundos después, el primer «B-1 B» rugía por la pista de McConnell.

No había tiempo para la cortesía. Un capitán de la Marina abrió la puerta de la cabaña presidencial y arrojó dos chaquetas blancas con capuchón a Fowler y Elliot, aun antes de que apareciera el primer agente del Servicio Secreto.

-¡Ahora mismo, señor! -instó-. El helicóptero sigue averiado.

-¿Adónde vamos? -Pete Connor llegó con el abrigo desabotonado, a tiempo para oír lo que decía el marino.

-Al puesto de mando, a menos que usted ordene otra cosa. El helicóptero está averiado -repitió el capitán-. ¡Vamos, señor! -añadió, casi gritando.

-¡Bob! -exclamó Elliot, algo alarmada.

Ignoraba lo que el presidente había oído por teléfono, pero lo veía pálido y alterado. Los dos se pusieron las chaquetas salieron. En la nieve había una brigada de marines, con las armas apuntando hacia fuera. Otros seis rodeaban el «Hummer», cuyo motor aullaba en punto muerto.

En la base aeronaval de Anacostia, en Washington, el Marina Dos (no sería el Marina Uno hasta que el presidente estuviera a bordo) despegó en medio de una inquietante nube de nieve, pero en pocos segundos estuvo por encima del efecto de tierra y tuvo buena visibilidad. El piloto, un mayor, viró el aparato hacia el noroeste, preguntándose qué diablos pasaba. Los únicos que sabían algo sólo sabían que no sabían gran cosa. Durante unos minutos eso no

Librodot

importaría. Como en cualquier organización, las reacciones ante una emergencia súbita estaban previstas y ensayadas a fondo, tanto para que todo se hiciera como para atenuar el pánico que podía surgir de la confusión.

-¿Qué demonios pasa en Denver que yo necesite saber? -preguntó el general Kuropatkin, en su agujero de las afueras de Moscú.

-Nada que yo sepa -respondió honestamente su oficial de Inteligencia.

«¡Menuda ayuda!», pensó el general. Y telefoneó a la agencia de Inteligencia militar soviética, la GRU.

-Centro de Operaciones y Vigilancia -respondió una voz.

-Soy el general Kuropatkin, del PVO Moscú.

-Conozco el motivo de su llamada -le aseguró el coronel de la GRU.

-¿Qué pasa en Denver? ¿Hay allí algún depósito de armas nucleares o algo así?

-No, general. Cerca de allí está el arsenal Rocky Mountain, un centro de almacenamiento de armas químicas en proceso de desactivación. Lo van a convertir en base de la Guardia Nacional; tanques y equipo mecanizado. En las afueras de Denver está Rocky Flats, donde antiguamente se fabricaban componentes de armas, pero...

-¿Dónde, exactamente? -preguntó Kuropatkin. -Al noroeste de la ciudad. Creo que la explosión fue en la zona sur de Denver, general.

-Correcto. Continúe.

-Rocky Flats también está en proceso de desactivación. Hasta donde sabemos, tampoco allí, hay componentes de armas.

-¿Transportan armamentos por allí? ¡Necesito saber algo! -El general se estaba poniendo nervioso.

-No sé nada más. Estamos tan a oscuras como usted. Tal vez el KGB sepa algo, pero nosotros no.

Kuropatkin se dijo que no se podía matar a un hombre por ser sincero y cambió de línea. Como a casi todos los militares profesionales, los espías no le gustaban pero la llamada siguiente era necesaria.

-Seguridad de Estado, centro de mando -dijo una voz de hombre.

-Póngame con el departamento de Estados Unidos, con el oficial de guardia.

-Un momento. -Se oyeron los habituales gorjeos y chasquidos. Luego atendió una voz femenina-. Departamento de Estados Unidos. Diga.

-Soy el teniente general Kuropatkin, del centro Moscú del PVO. Necesito saber qué está ocurriendo en el centro de Estados Unidos, en la ciudad de Denver, si es que algo ocurre.

-Muy poco, diría yo. Denver es una ciudad importante y un gran centro administrativo del Gobierno norteamericano, el segundo en importancia después de Washington. Allí es domingo al anochecer y no debe de estar ocurriendo nada importante. -Kuropatkin oyó ruido de páginas-. Ah, sí...

-¿Qué?

-La final del campeonato de fútbol americano. Se juega en el nuevo estadio de Denver, una construcción techada, según creo.

Kuropatkin se las arregló para no maldecir a la mujer por mencionar trivialidades.

-Eso no me interesa. ¿Hay algún disturbio civil, alguna clase de alboroto, algún problema? ¿Un depósito de armas, alguna base secreta de que yo no tenga noticias?

-Todo lo que sabemos sobre esos temas está a su disposición, general. ¿A qué se debe su pregunta?

-Se ha producido una explosión nuclear, maldita sea.

-¿En Denver?

-¡Sí!

-¿Dónde, exactamente? -preguntó ella, más serena que el general.

Librodot

-Un momento. -Kuropatkin se volvió-. ¡Necesito ahora mismo las coordenadas de la explosión!

-Treinta y nueve grados cuarenta minutos latitud norte, ciento cinco grados seis minutos longitud oeste. Las cifras son aproximadas, general -agregó el teniente del sector satelital-. Nuestra definición no es muy buena en el espectro infrarrojo.

Kuropatkin transmitió los números.

-Espere -dijo la mujer-. Necesito un mapa.

Andrei Ilich Narmonov estaba durmiendo. En Moscú eran las tres y diez de la madrugada. Lo despertó el teléfono y, un momento después, se abrió la puerta del dormitorio. Narmonov estuvo a punto de caer presa del pánico. Nadie entraba en su dormitorio sin permiso. Era el mayor del KGB Pavel Krulev, jefe asistente de la guardia personal del presidente.

-Tenemos una emergencia, mi presidente. Ha de acompañarme de inmediato.

-¿Qué pasa, Pasha?

-Se ha producido una explosión nuclear en Estados Unidos.

-¿Qué.. quién?

-Eso es todo lo que sé. Debemos ir al refugio subterráneo de mando. El coche espera. No se moleste en vestirse. Krulev le arrojó una bata.

Ryan apagó su cigarrillo, todavía fastidiado por la leyenda de «Dificultades técnicas. Espere, por favor» que le impedía ver el partido. Goodley entró con un par de latas de «Coca-Cola». Ya habían pedido la cena.

-¿Qué ocurre? -preguntó el joven.

-Se ha ido la imagen.

Ryan cogió su lata y la abrió.

En los cuarteles del MAE, una teniente coronel, sentada a la izquierda de la tercera fila, consultó la tarjeta del control de televisión. La sala tenía ocho pantallas, dispuestas en dos hileras horizontales de a cuatro. Se podía sintonizar más de cincuenta imágenes individuales. La mujer, agente de Inteligencia, reaccionó instintivamente probando los canales de noticias. Una rápida manipulación de su mando a distancia le demostró que tanto la «CNN» como su subsidiaria, «CNN Headline News», habían interrumpido su emisión. Ella sabía que utilizaban diferentes circuitos de satélite y eso despertó su curiosidad, que suele ser el aspecto más importante del trabajo de Inteligencia. El sistema permitía también el acceso a otros canales por cable, que ella empezó a probar. «HBO» no estaba emitiendo. « Showtime», tampoco. « ESPN», tampoco. Revisó su guía y llegó a la conclusión de que había cuatro satélites, por lo menos, fuera de servicio. En ese momento la coronel se levantó para acercarse al comandante en jefe.

-Ocurre algo muy extraño, señor -dijo.

-¿Qué es? -preguntó el jefe, sin volverse.

-Al parecer, cuatro satélites comerciales han dejado de funcionar. Incluidos un Telstar, un Intelsat y un Hughes. Todos están desconectados, señor.

El comandante volvió la cabeza.

-¿Qué más puede decirme?

-El MDANA ha informado que en la zona metropolitana de Denver se produjo una explosión; señor, muy cerca del Skydome, donde se estaba jugando el Super Bowl. Tanto el secretario de Estado como el de Defensa estaban presentes en el estadio.

-Por Dios, es cierto -comprendió instantáneamente el comandante en jefe.

En la base Andrews, el PMAEN (Puesto de Mando Aerotransportado de Emergencia Nacional) estaba ya en la rampa con dos de sus cuatro motores en funcionamiento, a la espera de que alguien llegara para que la tripulación pudiera despegar.

Librodot

El capitán Jim Rosselli llevaba apenas una hora en funciones cuando llegó aquella pesadilla. Sentado en la Sala de Crisis del CMNM, lamentó que no hubiera allí un almirante. Eso no podía ser. En otros tiempos había siempre un general o un almirante en el Centro de Mando Nacional Militar, pero el deshielo de las relaciones entre Este-oeste, así como la reducción del Pentágono, había hecho que hubiera siempre un oficial de alto rango en funciones, pero dejando el trabajo administrativo diario en manos de capitanes y coroneles. Rosselli se dijo que podría haber sido peor. Por lo menos él sabía lo que significaba tener un arsenal de armas nucleares a su disposición.

-¿Qué coño pasa? -preguntó el teniente coronel Richard Barnes a la pared, sabiendo que Rosselli lo ignoraba.

-¿Podemos dejar eso para otro día, Rocky? -preguntó Rosselli, con calma. Su voz sonó muy serena. Ni por su voz ni por su aspecto se podía adivinar que el capitán estaba nervioso, pero el ex comandante de submarino tenía las manos tan sudorosas que, al frotárselas, ya había humedecido sus pantalones.

-Cierto, Jim.

-Llama al general Wilkes. Tiene que venir.

-Cierto.

Barnes pulsó un botón del teléfono para llamar al general de brigada Paul Wilkes, ex piloto de bombardero que vivía en un alojamiento oficial de la base Bolling de la Fuerza Aérea, enfrente del aeropuerto nacional, cruzando el Potomac.

-¿Sí? -gruñó Wilkes.

-Soy Barnes, señor. Lo necesitamos inmediatamente en el CMNM. -Era todo lo que el coronel debía decir. «Inmediatamente» es una palabra que tiene un significado especial para los pilotos.

-Entendido. -Wilkes cortó y murmuró-: Gracias a Dios, existe la tracción cuádruple.

Forcejeó con su chaquetón de invierno y salió sin preocuparse por las botas. Su coche era un «Land Cruiser Toyota». Arrancó a la primera y condujo por carreteras que aún no habían sido despejadas de nieve.

La Sala Presidencial de Crisis de Camp David era un desecho anacrónico de los malos tiempos. Al menos, eso había pensado Bob Fowler al verla por primera vez, un año antes. La habían construido durante la Administración Eisenhower; estaba diseñada para resistir a un ataque nuclear, en una época en que la exactitud de los misiles se medía por kilómetros y no por metros. Abierta por voladura en la roca granítica de las montañas Catoctin, al oeste de Maryland, tenía una sólida protección de dieciocho metros de cemento; hasta 1975, más o menos, era un refugio muy seguro para la supervivencia, de unos nueve metros de profundidad, doce de largo y tres de altura. Albergaba un personal de doce personas, casi todas operadores de comunicación de la Marina, de los cuales seis eran reclutas. El equipo no era tan moderno como el del PMAEN ni como el de otras instalaciones que el presidente podía utilizar.

Se sentó ante un tablero que parecía algo de la NASA en la década de 1960. Hasta tenía un cenicero fijo. Frente a sí vio una serie de televisores. La silla era cómoda, aunque la situación, decididamente, no lo era. Elizabeth Elliot ocupó el asiento contiguo.

-Bien -dijo el presidente J. Robert Fowder-, ¿qué diablos está pasando?

El oficial encargado del informe era un teniente comandante de la Marina. Eso no prometía mucho.

-Su helicóptero, señor, está inmovilizado por un desperfecto. Un segundo aparato de la Marina viene hacia aquí para llevarlo a PMAEN. Tenemos en línea a los comandantes en jefe de CAE y de MDANA. Estos botones le proporcionan línea directa con cualquier otro de los

Librodot

comandantes en jefe.

El oficial se refería a los comandantes en jefe de los mandos conjuntos más importantes: CINCLANT era el comandante en jefe del Atlántico, almirante Joshua Painter; CINC-PAC estaba a cargo de las fuerzas del Pacífico; ambos eran tradicionalmente puestos de la Marina. CINC-SOUTH estaba en Panamá, CINC-CENT en Bahrain y CINC-FOR, que encabezaba el mando, en Fort McPherson, Atlanta, Georgia; estos tres eran, por tradición, puestos del Ejército. Había otros, como el SACEUR, Mando Aliado Supremo de Europa y principal jerarquía militar de la OTAN, a cuyo frente estaba un general de cuatro estrellas de la Fuerza Aérea. Según el sistema de mandos, los jefes de servicios no tenían autoridad de mando. Lo que hacían era asesorar al secretario de Defensa, quien a su vez aconsejaba al presidente. Este daba sus órdenes a los comandantes en jefe a través del secretario de Defensa.

-Pero el secretario de Defensa...

Fowler buscó el botón rotulado MDANA y lo pulsó.

-Soy el presidente. Estoy en mi sala de comunicaciones de Camp David.

-Soy el mayor general Borstein, señor presidente. El comandante en jefe del MDANA no está aquí, señor. Fue a Denver a ver el Super Bowl. Es mi deber advertirle, señor presidente, que nuestros instrumentos sitúan la detonación en el estadio Skydome o muy cerca de él. Parece muy probable que hayan muerto los secretarios Bunker y Talbot, así como el comandante en jefe del MDANA.

-Entiendo -dijo Fowler. No había emoción en su voz. Él mismo había llegado a esa conclusión.

-En este momento el subcomandante está de viaje. De momento soy el oficial de mayor graduación en el MDANA, hasta que algún superior logre volver.

-Muy bien. ¿Puede decirme qué diablos está pasando?

-No lo sabemos, señor. La detonación no fue precedida de nada desacostumbrado. No hubo ninguna trayectoria balística previa a la explosión, señor. Repito, no la hubo. Estamos tratando de ponernos en contacto con los controles aéreos del Aeropuerto Internacional de Stapleton, para que comprueben sus cintas de radar, por si hubiera alguna nave aérea que pueda haber lanzado el arma. En nuestros visores no apareció nada.

-Si hubiera entrado un avión, ¿ustedes lo habrían detectado?

-No necesariamente, señor -respondió el general Borstein-. El sistema es bueno, pero hay modos de burlarlo, sobre todo si se utiliza un solo avión. En todo caso, señor presidente, hay cosas que hacer de inmediato. ¿Podemos hablar de eso?

-Adelante.

-Señor; bajo mi responsabilidad, como comandante provisional MDANA, he puesto a las fuerzas de mi mando en alerta DEFCON-UNO. Como usted sabe, el MDANA tiene esa autoridad y también la de utilizar armas nucleares sólo en caso de ataque al territorio nacional.

-Usted no utilizará ninguna arma nuclear sin mi autorización -dijo Fowler con énfasis.

-Las únicas armas nucleares que tenemos en nuestro inventario están en depósito, señor -informó Borstein. Su voz era admirablemente mecánica, pensaron los otros uniformados-. Propongo una conferencia telefónica con CINC-SAC.

-Hágalo -ordenó Fowler.

Se produjo al instante.

-Señor presidente, aquí CINC-SAC -anunció el general Peter Fremont, de la Fuerza Aérea. Su voz era muy profesional.

-¿Qué demonios está pasando?

-No lo sabemos, señor, pero hay algunas cosas que deberíamos hacer sin pérdida de tiempo.

-Diga.

-Sugiero, señor, que pongamos todas nuestras fuerzas estratégicas en un nivel superior de alerta. Sugiero DEFCON-DOS. Si nos encontramos ante un ataque nuclear, deberíamos tener nuestras fuerzas a punto, para responder con la mayor eficacia posible. También podría servir

Librodot

para disuadir a quien puso esto en marcha, quienquiera sea, en caso de que se arrepintiera o pudiéramos hacerle cambiar de opinión. Si puedo añadir algo, señor, también deberíamos incrementar la alerta en toda la nación. Aunque no haya otro motivo, sería útil que nuestras unidades militares estuvieran listas para colaborar en las ta-reas de protección civil. Sugiero DEFCON-TRES para las fuerzas convencionales.

-Es mejor hacerlo selectivamente, Robert -dijo Liz Elliot.

-¿Quién ha dicho eso? -preguntó Borstein.

-La asesora de Seguridad Nacional -dijo Liz, subiendo el tono de voz.

Estaba tan pálida como su blusa de seda blanca. Fowler aún se dominaba. Elliot luchaba por hacer lo mismo.

-No nos conocemos personalmente, doctora Elliot. Por desgracia, nuestros sistemas de mando y control no nos permiten hacerlo selectivamente, al menos con la celeridad requerida. Sin embargo, al dar la alerta podemos activar todas las unidades necesarias y luego seleccionar las que necesitemos según vayan las cosas. Eso nos ahorrará por lo menos una hora.

-Estoy de acuerdo -dijo el general Fremont.

-Muy bien, adelante -dijo Fowler.

Sonaba bastante razonable.

Las comunicaciones se efectuaban por canales separados. CINC-SAC manejaba las fuerzas estratégicas. El primer mensaje de acción de emergencia empleaba la misma voz robótica que ya había alertado a las escuadrillas del MAE. Las bases de bombarderos del MAE ya sabían que estaban en alerta, pero el aviso de DEFCON-DOS lo hizo oficial y mucho más amenazante. Las líneas terrestres de fibra óptica llevaron un aviso similar al sistema radial de bajísima frecuencia de la Marina, situado en la región de la península superior de Michigan. Esta señal debía ser enviada por morse mecánico. Ese sistema de radio sólo podía transmitir sus caracteres con mucha lentitud, más o menos a la velocidad de un mecanógrafo novato; actuaba como sistema de alerta, indicando a los submarinos que salieran a la superficie para recibir el mensaje, más detallado, que transmitirían los satélites.

En King's Bay, Georgia; Charleston, Carolina del Sur; Groton, Connecticut, y otros tres puntos del Pacífico, el personal de guardia de los escuadrones de submarinos de misiles estaban recibiendo señales por líneas de tierra y por satélite, casi todos a bordo de sus naves. De los treinta y seis submarinos de misiles que Estados Unidos tenía en servicio en ese momento, diecinueve estaban en alta mar, en «patrulla disuasiva», como se la llamaba; dos, en reparaciones y totalmente fuera de servicio. El resto, amarrados en sus muelles salvo el Ohio, que estaba en el astillero de Bangor. Todos tenían a bordo tripulaciones reducidas, aunque ninguno de los comandantes estaba a bordo, pues era domingo por la noche. En realidad, no importaba. Todos los boommers tenían dos tripulaciones y uno de los dos comandantes estaba siempre a treinta minutos de viaje de su nave. Todos llevaban sirenas, que se pusieron en marcha casi simultáneamente. Las tripulaciones de guardia de cada submarino iniciaron los preparativos para una salida inmediata. El comandante de guardia, en cada nave, era un oficial que había pasado las difíciles pruebas requeridas para ser declarado «apto para el mando». Sus instrucciones eran claras: cuando se producía ese tipo de alerta, tenían que salir a alta mar cuanto antes. Casi todos pensaron que se trataba de una práctica, pero para las fuerzas estratégicas las prácticas son asunto serio. Los remolcadores ya estaban encendiendo sus motores para acompañar a los submarinos en su salida de los muelles. Las tripulaciones de cubierta retiraban los cabos y las amarras, en tanto los hombres trepaban por las escalerillas hacia sus respectivos submarinos. A bordo, oficiales y asistentes comprobaban sus listas para saber quién estaba a bordo y quién no. El meollo de la cuestión era que esas naves de guerra, como todas, tenían demasiados tripulantes. Podían fácilmente navegar y operar con media tripulación, en caso necesario. Y en DEFCON-DOS tendrían que hacerlo.

Librodot

El capitán Rosselli y el personal de CMNM dirigían las fuerzas convencionales. A cada unidad se transmitió una grabación ya preparada. En el Ejército, se refería a las divisiones. En la Fuerza Aérea, a las escuadrillas. En la Marina, a las escuadras. Las fuerzas convencionales entrarían en DEFCON-TRES. El capitán Rosselli y el coronel Barnes se comunicaron con los puestos de mando más elevados. Para hablar con oficiales de tres estrellas y más de veinticinco años de servicio, era necesario repetir las mismas palabras: «No, señor, no es un ejercicio. Repito: no lo es.»

Las unidades militares norteamericanas en todo el mundo entraron en alerta. Como cabía esperar, las que mantenían habitualmente un alto nivel de alerta respondieron con más celeridad. Una de éstas fue la Brigada de Berlín.

XXXVII. EFECTOS HUMANOS

-Capitán, tenemos un mensaje de acción de emergencia.

-¿Qué? -preguntó Ricks, apartándose de la mesa de cartas.

-Mensaje de acción de emergencia, capitán. -El oficial de comunicaciones entregó el breve grupo de códigos-. Ha llegado por bajísima frecuencia.

-¡Vaya momento para una práctica! -Ricks meneó la cabeza y dijo-: Salas de combate. Alerta-Uno.

Un suboficial activó el «1-MC» para hacer el anuncio.

-Atención, todos a sus puestos de combate.

Luego sonó una alarma electrónica que no podía dejar de poner fin al más cautivador de los sueños.

-Señor Pitney -dijo Ricks por sobre el ruido-. Profundidad de antena.

-Sí, capitán. Oficial de inmersión, profundidad uno ocho metros.

-Voy a profundidad de uno ocho metros, señor.

-Timón, diez grados arriba en los planos de fairwater.

-Diez grados arriba en los planos de fairwater, señor. -El joven tripulante (el timón se asigna, habitualmente, a hombres de poca experiencia) tiró de la rueda, similar a la de los aviones-. Señor, mis planos están diez grados arriba.

-Muy bien.

A continuación, los tripulantes abarrotaron la sala de mandos. El jefe del bote (el de más antigüedad entre los reclutas del Maine) tomó su puesto de combate ante el panel de toma de aire. Era el principal oficial de inmersión del submarino. El teniente comandante Claggett entró en la sala de controles para asistir al capitán. Pitney, el navegante, ya estaba en su puesto, el de oficial de derrota. Varios reclutas ocuparon asientos ante diferentes paneles de armas. A popa, oficiales y marineros asumieron sus puestos, tan diferentes entre sí como el del centro de control de misiles, que vigilaba el estado de los veinticuatro misiles «Trident», y la sala de equipo auxiliar, principalmente dedicada al motor diesel de la nave.

En la sala de mandos, el hombre de comunicaciones internas iba recibiendo el aviso de los distintos compartimientos a medida que quedaban cubiertos y en alerta.

-¿Qué pasa? -preguntó Claggett a Ricks.

El capitán se limitó a entregarle el breve mensaje de acción de emergencia.

-¿Práctica?

-Supongo que sí. ¿Por qué no? Después de todo, es domingo.

-¿La superficie sigue agitada?

Como respondiendo en clave, el Maine empezó a sacudirse. El indicador de profundidad marcaba ochenta y siete metros; de pronto, el gran submarino se bamboleó diez grados a estribor. En todo el navío, los hombres pusieron los ojos en blanco y lanzaron un gruñido. Difícilmente había a bordo un hombre que no hubiera vomitado por lo menos una vez. Era el ambiente perfecto para descomponerse. Cuando no hay referencias exteriores, la vista ve algo

Librodot

que al parecer no se mueve, en tanto el oído interno informa que se está produciendo un movimiento, sin lugar a dudas. Lo mismo que había afectado a casi todos los astronautas del Apolo empezó a afectar a esos marinos. Sin darse cuenta, los hombres sacudían la cabeza con brusquedad, como para ahuyentar a un insecto molesto. Todos rogaban que esa misión, cualquiera que fuese (nadie sabía aún lo que estaba ocurriendo), les permitiera llegar pronto al sitio debido: a ciento veinte metros de profundidad, donde el movimiento de la nave era imperceptible.

-Nivelado a dieciocho metros, señor.

-Muy bien -dijo Pitney.

-Control, aquí sonar, perdimos contacto con Sierra-16. El ruido de superficie lo está arruinando todo.

-¿Cuál es la última posición? -preguntó Ricks.

-El último rumbo fue 2-7-0, distancia estimada cuatro nueve mil metros -replicó el alférez Shaw.

-Bien. Suban la antena de altísima frecuencia. Arriba el periscopio -ordenó al contramaestre de la guardia.

El Maine se bamboleaba ahora en veinte grados y Ricks quería saber por qué. El contramaestre hizo girar la rueda de mando, roja y blanca, y el cilindro aceitado siseó al ascender por potencia hidráulica.

-Caramba --dijo eI capitán, apoyando las manos en las manivelas. Sentía el poder del mar abofeteando la parte ex-puesta del instrumento.

-Nos Llega una señal de altísima frecuencia, señor -informó el oficial de comunicaciones.

-Me alegro -dijo Ricks-. Yo diría que tenemos un mar de nueve metros, señores. Muchas olas altas; algunas están rompiendo. Bueno, si es necesario podremos pasar -agregó, casi en broma.

Después de todo, eso tenía que ser una práctica.

-Cómo está el cielo -preguntó Claggett.

-Cubierto... no hay estrellas. -Ricks irguió la espalda y subió las manivelas-. Abajo periscopio. -Se volvió hacia Claggett-. Oficial, seguiremos rastreando a nuestro amigo tan pronto como se pueda.

-Sí, capitán.

Ricks estaba a punto de tomar el teléfono para comunicarse con la tripulación de control de misiles que deseaba terminar con esa práctica cuanto antes. El oficial de comunicaciones entró en el compartimiento antes de que él pudiera pulsar el botón.

-No se trata de una práctica, capitán.

-¿Qué me quiere decir? -Ricks notó que el teniente no parecía muy animado.

-DEFCON-DOS, señor. -Y le entregó el mensaje.

-¿Qué? -El capitán recorrió con la vista el mensaje. Era breve y escalofriante-. ¿Qué diablos pasa?

Lo entregó a Dutch Claggett.

-¿DEFCON-Dos? Nunca hemos entrado en DEFCON-DOS, desde que estoy en... Recuerdo que una vez ordenaron DEFCON-TRES, pero eso fue cuando yo era...

En todos los compartimientos, los hombres intercambiaban miradas. Las fuerzas armadas norteamericanas tienen cinco niveles de alerta, numerados de cinco a uno. DEFCONCINCO denota operaciones normales en tiempos de paz. DEFCONCUATRO es algo más elevado; requiere cubrir ciertos puestos y mantener más gente (sobre todo, pilotos y soldados) cerca de sus aviones o tanques. DEFCON-TRES es mucho más serio. En este punto las unidades deben prepararse para despliegue operativo. En DEFCON-DOS, las unidades empiezan a desplegarse; este nivel se reserva para una inminente amenaza de guerra. DEFCON-UNO era un nivel al que las fuerzas norteamericanas nunca habían llegado. En ese punto la guerra debía ser considerada algo más que una amenaza. Las armas se cargaban y se apuntaban, listas para la orden de disparar.

Librodot

Pero todo el sistema DEFCON es más fortuito de lo que cabe imaginar. Generalmente, los submarinos mantienen un estado de alerta más alto de lo normal como parte de las operaciones de rutina. Los submarinos de misiles, siempre listos para lanzar sus proyectiles en cuestión de minutos, permanecen prácticamente siempre en DEFCON-DOS. La advertencia del satélite de comunicaciones sólo daba a la cosa un carácter oficial y mucho más ominoso.

-¿Qué más? -preguntó Rick al oficial de comunicaciones.

-Eso es todo, señor.

-¿Llegó alguna noticia, alguna advertencia de peligro?

-Anoche recibimos las transmisiones habituales, señor. Esperaba recibir la próxima dentro de cinco horas, para saber el resultado del Super Bowl. -El teniente hizo una pausa-. En los informativos no se dijo nada, señor, y no hay noticias oficiales sobre ninguna crisis.

-Entonces ¿qué diablos está pasando? -preguntó Ricks, retóricamente-. Bueno, en realidad no importa.

-Capitán -dijo Claggett-, para empezar, creo que debemos separarnos de nuestro amigo a 2-7-0.

-Sí. Viraremos hacia el nordeste. El no va a hacer otra bordada, por el momento, y eso ampliará la distancia a buena velocidad. Después nos dirigiremos hacia el norte para separarnos más.

Claggett miró la carta, por costumbre, para ver si estaban en aguas profundas. Lo estaban. En realidad, estaban a horcajadas sobre la gran ruta circular que va desde Seattle a Japón.

A una orden, el Maine giró a babor. Girar a la derecha habría sido igualmente fácil, pero de este modo tomarían mayores distancias con respecto al Akula que seguían desde hacía varios días. El flanco del submarino quedó de cara a las olas de nueve metros que agitaban el mar y convirtió su trayectoria en blanco de las fuerzas naturales. La nave dio un tumbo de cuarenta grados. En todo el submarino, los hombres buscaron asidero y sujetaron los equipos sueltos.

-Descendamos un poco, ¿eh, capitán? -pidió Claggett.

-Esperemos unos minutos. A ver si dicen algo más por el canal del satélite.

Tres troncos que habían formado parte de los árboles más magníficos de Oregón, estaban en el Pacífico norte desde hacía ya varias semanas, caídos de la cubierta del George McReady, aun verdes y pesados. En ese tiempo habían absorbido mucha agua; la pesada cadena que los mantenía unidos convirtió lo que habría sido una flotación a ras de superficie en flotación semihundida. No podían llegar a la superficie, al menos en esas condiciones climáticas. El castigo de las olas frustraba cualquier intento de elevarse a la luz del sol (que en esos momentos no existía). Se bamboleaban como globos, girando lentamente, mientras el mar se esforzaba denodada-mente por romper sus cadenas.

Un joven operador de sonar, a bordo del Maine, oyó algo a 0-4-1, casi directamente delante. Le pareció un ruido extraño, metálico, un poco más grave que un tintineo. No podía ser un barco; tampoco nada biológico. Casi se perdía en el ruido de superficie y no llegaba a fijar una situación...

-¡Mierda! -conectó su micrófono-. Control, aquí sonar. ¡Contacto de sonar a poca distancia!

-¿Qué? -Ricks se precipitó hacia el sonar.

-No sé qué es, pero está muy cerca, señor.

-¿Dónde?

-Parece estar a ambos lados de la proa. No es un barco. ¡No sé qué diablos es, señor! -El suboficial inspeccionó la señal de la pantalla, aguzando el oído en un intento de identificar el sonido-. No es una fuente puntiforme, señor. ¡Está muy cerca!

-Pero... -Ricks se interrumpió para volverse y gritar, en una reacción intuitiva-: ¡Inmersión de emergencia!

Pero sabía que era demasiado tarde.

El Maine reverberó en toda su longitud como un tambor: uno de los troncos había chocado contra la cúpula de recubrimiento del sonar de proa.

Librodot

Eran tres partes de lo que habría sido un árbol. La primera golpeó axialmente el borde de la cúpula, casi sin provocar daños, porque el submarino iba a pocos nudos y todo su casco era muy resistente. El ruido fue muy fuerte. El primer tronco cayó a un lado, pero había otros dos, y el central tocó el casco justo a la altura de la sala de mandos.

El timonel respondió a la orden del capitán, impulsando sus controles hasta los topes. La popa del submarino se levantó de inmediato, en la trayectoria de los troncos. El Maine tenía una popa cruciforme, con un timón arriba y otro debajo de la hélice propulsora. A derecha e izquierda estaban los planos de popa, que funcionaban como los estabilizadores de un avión. En la superficie exterior, cada uno tenía otra estructura vertical que parecía un timón auxiliar, pero, en realidad era, el sitio de los sensores del sonar. La cadena que unía a los troncos le tocó, y luego alcanzó a la hélice en marcha. El ruido resultante fue lo peor que nadie hubiera escuchado nunca. Las siete paletas de la hélice estaban hechas de una aleación de manganeso y bronce, torneadas y trabajadas durante un período de siete meses. La hélice era sumamente fuerte, pero no tanto como para resistir aquello. Sus paletas en forma de cimitarra golpearon los troncos, uno tras otro, como un serrucho lento e ineficaz, y a cada impacto se fueron mellando. El oficial de la sala de maniobras, a popa, ya había decidido detener la hélice cuando llegó la orden. Fuera del casco, apenas a treinta metros de su puesto, se oyeron los quejidos del metal mientras la conexión del sonar se desprendía del plano de popa de estribor, así como la conexión adicional que sostenía el sonar de arrastre. A esa altura los troncos, uno de ellos bastante astillado, cayeron en la estela del submarino. Lo peor del ruido había pasado.

-¿Qué carajo fue eso? -preguntó Ricks casi a gritos.

-Hemos perdido la cola, señor. Acabamos de perder la cola -dijo un operador de sonar-. El sonar del lado derecho está dañado.

Ricks ya había salido de la sala. El suboficial no hablaba con nadie.

-Control, aquí sala de maniobras -decía un altavoz-

Algo acaba de hacernos pedazos la hélice. Voy a verificar los daños.

-Los planos de popa están dañados, señor. Los controles responden con mucha lentitud -dijo el timonel.

El «jefe del bote» arrancó al joven de su asiento y ocupó su sitio. Lenta y cuidadosamente, manipuló la rueda de control.

-Parece que la hidráulica está dañada. Las aletas de compensación -piezas que funcionaban a electricidad- parecen estar bien. -Movió el timón a derecha e izquierda-. El timón funciona correctamente, señor.

-Trabe los planos de popa en neutro. Diez grados arriba en los planos de fairwater -ordenó Claggett.

-Sí, señor.

-Bueno, ¿qué fue? -preguntó Dubinin.

-Un enorme objeto mecánico, rumbo 0-5-1. -El oficial dio un golpecito en su pantalla sobre la marca refulgente-. Baja frecuencia. Como un tambor... pero el ruido aquí era mucho más agudo. Lo oí en mis auriculares. Parecía una ametralladora. Un momento... -El teniente Rykov pensaba a toda prisa-. La frecuencia... el intervalo de los impulsos era el de una hélice. Sin duda.

-¿Y ahora? -preguntó el capitán.

-Ha desaparecido por completo.

-Quiero a toda la tripulación de sonar en sus puestos. -Dubinin regresó a los mandos-. Nuevo curso 0-4-0. Velocidad, diez.

Conseguir un camión del Ejército Rojo es la cosa más sencilla del mundo. Lo habían robado, junto con un coche de la plana mayor. En Berlín, pasaba de la medianoche del domin-

Librodot

go y las calles estaban desiertas. Berlín es una ciudad muy animada, pero el lunes es día laborable y los alemanes se toman muy en serio el trabajo. Los pocos coches que circulaban eran de personas que se habían demorado en las cervecerías y de trabajadores que cumplían horarios nocturnos. Así pues, el tránsito era inusualmente fluido y les permitiría llegar a destino justo a tiempo.

«Antes había un muro», pensó Gunther Bock. A un lado estaba el destacamento norteamericano; al otro, el soviético. Ambos tenían una zona de ejercicios pequeña, pero muy usada, al lado de los cuarteles. El muro ya había desaparecido, sin dejar otra cosa que césped entre las dos fuerzas mecanizadas. El coche se acercó a la garita soviética. El centinela era un sargento de veinte años, con acné en la cara y uniforme sucio. Agrandó un poco los ojos al ver las tres estrellas en los hombros de Keitel.

-¡Firmes! -rugió Keitel, en perfecto ruso. El muchacho obedeció de inmediato-. Vengo del cuartel general para una inspección sorpresa. No debe informar a nadie de nuestra llegada. ¿Entendido?

-Si.., coronel.

-Continúe. Y limpie su uniforme antes de que yo vuelva, si no quiere prestar servicio en la frontera china. ¡Adelante! -ordenó Keitel a Bock, que estaba sentado al volante.

-Zu Be fehl, Herr Oberst -dijo Bock, al arrancar.

En realidad era divertido. Todo aquello tenía algunos aspectos cómicos. Algunos. Pero había que tener determinado sentido del humor para captarlos.

El cuartel del regimiento era un viejo edificio, antaño utilizado por la Wehrmacht de Hitler; los rusos lo habían aprovechado sin dedicarle demasiado mantenimiento. Tenía el acostumbrado jardín exterior y, en el verano, se veían flores que imitaban el parterre de la unidad. Se trataba de un regimiento de tanques, aunque sus soldados prestaban poca atención a su historia, a juzgar por el aspecto de su centinela. Block se acercó al portal. Keitel y los demás bajaron de sus vehículos y entraron como dioses malhumorados.

-¿Quién es el oficial de guardia de este prostíbulo? -bramó Keitel.

Un cabo se limitó a señalar con el dedo. Los cabos no discuten las órdenes de los oficiales superiores. El oficial de guardia era un mayor de unos treinta años.

-¿Qué significa esto? -preguntó el mayor.

-Soy el coronel Ivanenko, del cuartel general. «Esto» es una inspección sorpresa de preparativos para operaciones. ¡Toque la alarma!

El mayor dio dos pasos y pulsó un botón que disparó las sirenas de todo el campamento.

-Ahora llame a su comandante de regimiento y dígale a ese borracho que venga. ¿Cuál es su estado de preparación, mayor? -lo interpeló Keitel sin darle tiempo de tomar aliento.

El joven oficial se detuvo en plena marcha hacia el teléfono, sin saber qué orden debía obedecer primero.

-¿Y bien?

-Nuestra preparación está de acuerdo con las normas de la unidad, coronel Ivanenko.

-Tendrá oportunidad de demostrarlo. -Keitel se volvió hacia uno de los otros-. ¡Anote el nombre de este niño!

A menos de dos mil metros se encendieron las luces del cuartel norteamericano, en la zona que poco tiempo atrás era Berlín Occidental.

-Ellos también tienen una práctica -comentó Keitel-Ivanenko-. Estupendo. Espero que seamos más rápidos.

-¿De qué se trata? - El comandante del regimiento, también coronel, llegó con el uniforme desabrochado.

-¡Un espectáculo lamentable! -tronó Keitel-. Se trata de una inspección de preparación. Usted dirige un regimiento, coronel. Le sugiero que ponga manos a la obra sin más preguntas.

-Pero...

-¿Pero qué? ¿No sabe lo que es una inspección de preparación?

Keitel se dijo que tratar con los rusos tenía sus ventajas. Eran arrogantes, autoritarios y

Librodot

detestaban a los alemanes, aunque aseguraran lo contrario. Pero cuando se los regañaba se comportaban de modo previsible. Aunque su insignia de rango no superara a la de aquel hombre, le bastaba con levantar la voz.

-Le mostraré lo que pueden hacer mis muchachos. -Eso esperamos ver -le aseguró Keitel.

-Doctor Ryan, será mejor que baje. -La comunicación se cortó.

-Bien -dijo Jack.

Tomó sus cigarrillos y bajó al centro de operaciones de la CIA, situado en la parte norte del edificio; era el equivalente de la sala de operaciones de tantas otras agencias del Gobierno. En el centro de la habitacion, de seis metros por nueve había una gran mesa circular con una estantería giratoria para libros en el centro y seis asientos a su alrededor. Los asientos tenían placas que identificaban la función de sus usuarios: Oficial Superior de Guardia, Prensa, Africa-América Latina, Europa-URSS, Cercano Oriente-Terrorismo y Asia Sur-Este-Pacífico. Los relojes de pared indicaban la hora de Moscú, Pekín, Beirut, Trípoli, y la de Greenwich. Había una sala de conferencias adyacente que daba al patio interior del edificio.

-¿Qué pasa? -preguntó Jack, que llegaba seguido de Goodley.

-Según el MDANA, acaba de estallar un artefacto nuclear en Denver.

-Supongo que es una broma. -La respuesta de Jack fue automática. Pero antes de que el hombre tuviera ocasión de responder, el estómago le dio un vuelco. Nadie hace bromas de ese tipo.

-Ojalá -se lamentó el oficial superior de guardia.

-¿Qué se sabe?

-Poca cosa.

-¿Hay algo? ¿Tabla de peligros? -preguntó Jack. Eso también era automático. Si hubiera habido algo ya lo habrían puesto al tanto-. ¿Dónde está Marcus?

-De viaje hacia aquí, en el «C-141 », entre Japón y las Aleutianas. Le toca a usted, señor -señaló el oficial, agradeciendo en silencio al buen Dios que no le tocara a él-. El presidente está en Camp David. Los secretarios de Defensa y Estado...

-¿Murieron? -preguntó Ryan.

-Eso parece, señor.

Ryan cerró los ojos.

-Por Dios. ¿Y el vicepresidente?

-En su residencia oficial. Ocurrió hace sólo tres minutos El oficial de guardia en CMNM es un capitán llamado Jame Rosselli. El general Wilkes está de camino. DIA esta en la le nea. Han..., es decir, el presidente ha ordendo DEFCON-DOS a nuestras fuerzas estratégicas.

-¿Se sabe algo de los rusos?

-Nada fuera de lo normal. Hay un ejercicio regional de defensa antiaérea en el este de Siberia. Eso es todo.

-Bien. Alerte a todas las estaciones. Que me hagan llegar todos los datos que tengan. Que recurran a todas sus fuente -Jack hizo otra pausa-. ¿Estamos seguros de que esto he ocurrido de verdad?

-Dos satélites «DSPS» registraron el estallido, señor. Tenemos un «KH-II» que estará aquí arriba dentro de veinte minutos y hemos indicado a NPIC que dirija todas las cámaras disponibles hacia Denver. El MDANA dice que es una detonación nuclear, decididamente, pero no se sabe nada más. La explosión parece haber ocurrido en las inmediaciones del estadio. Es como en Black Sunday, señor, pero real. No se trata de una práctica, decididamente, puesto que estamos poniendo a las fuerzas estratégicas en DEFCON-DOS. ¿Misil intercontinental? ¿Lanzamiento desde avión?

-Negativo lo primero; no hubo advertencia de lanzamiento ni señales de radar.

-¿No será un SBOF? -preguntó Goodley. Se podía lanzar un arma por satélite. Esa era la finalidad del Sistema de bombardeo Orbital Fraccional.

Librodot

-Lo habrían detectado -observó el oficial-. Ya lo pregunté. En cuanto al avión, todavía no lo saben. Están tratando de comprobar las grabaciones de tráfico aéreo.

-Conque no sabemos una mierda.

-En efecto.

-¿El presidente se ha comunicado ya con nosotros? -preguntó Ryan.

-No, pero tenemos línea abierta. Él está con la asesora de Seguridad Nacional.

-¿Cuál es la explicación más probable?

-Terroristas, diría yo.

Ryan asintió.

-Yo también. Voy a ocupar la sala de conferencias. Bueno, quiero aquí a los directores de Operaciones, Inteligencia y Ciencia y Tecnología. Si se necesitan helicópteros para traerlos, pídalos.

Ryan entró en la sala, dejando la puerta abierta.

-Por Dios -exclamó Goodley-. ¿Está seguro de que debo quedarme?

-Sí. Y cuando tengas una idea, dila en voz alta. -Jack cogió el auricular y marcó el número del FBI.

allí?

-Centro de Comando.

-Aquí la CIA. Soy el vicedirector Ryan. ¿Quiénes están allí?

-El inspector Pat O'Day. Aquí tengo también al asistente Murray. Los comunico por altavoz. Habla, Dan. -Jack también puso su teléfono en altavoz. Un oficial de guardia le alcanzó una taza de café.

-No sabemos nada. No hay datos, Jack. ¿Te parece que son terroristas?

-De momento, parece la alternativa más factible. -¿Qué seguridad tienes de eso?

-¿Seguridad? -Ryan meneó la cabeza-. ¿Qué significa seguridad, Dan?

-Comprendo. Nosotros también estamos tratando de imaginar qué pasó. Ni siquiera puedo sintonizar la «CNN» por televisión.

-¿Qué?

-Uno de mis agentes de comunicación dice que todos los satélites están muertos -explicó Murray-. ¿No lo sabías?

-No. -Jack hizo un gesto a Goodley para que volviera al centro de operaciones y averiguara eso-. Si es cierto habría que descartar a los terroristas. ¡Es escalofriante, por Dios!

-Es cierto, Jack. Ya lo comprobamos.

-Parece que diez de los satélites comerciales no funcionan -dijo Goodley-. Pero los de defensa están bien. Nuestras conexiones de comunicación funcionan.

-Busca a alguien de Ciencia y Tecnología, el de más rango que encuentres. O a uno de nuestros agentes de comunicaciones. Pregunta qué pudo arruinar los satélites. ¡Muévete! -ordenó Jack-. ¿Dónde está Shaw?

-Viene hacia aquí. Va a tardar un rato, estando las carreteras como están.

-Te pasaré todo lo que averigüe, Dan.

-Bien. -Jack colgó.

Lo más terrible era que Ryan no sabía qué hacer a continuación. Su función consistía en reunir datos para transmitirlos al presidente, pero no tenía datos. Toda la información reunida llegaría a través de los circuitos militares. Ryan se dijo que la CIA había vuelto a fallar. Alguien acababa de atacar a su país y él no se había enterado. Y al no cumplir la CIA con su cometido, muchas personas habían muerto. Ryan era su vicedirector, el hombre que en realidad manejaba todo en nombre del payaso político puesto por sobre él. El fracaso era suyo. Podía haber un millón de muertos y allí estaba él, completamente solo en una elegante sala de conferencias, mirando la pared sin ver nada. Buscó una línea para comunicarse con MDANA.

-MDANA -respondió una voz desencarnada.

-Aquí el centro de operaciones de la CIA. Soy el vicedirector Ryan. Necesito información.

Librodot

-No tenemos mucha, señor. Creemos que la bomba estalló en las inmediaciones del Skydome. Estamos tratando de estimar su potencia, pero aún no tenemos nada. Se ha despachado un helicóptero desde la base Lowry de la Fuerza Aérea.

-¿Quiere mantenernos informados?

-Si, señor.

-Gracias.

«Esta fue una gran ayuda», se dijo Ryan. Ahora sabía que los demás tampoco sabían nada.

El jefe de batallón Mike Callaghan, del departamento municipal de bomberos de Denver, sabía que una nube en forma de hongo no tenía nada de magia. Había visto una así cuando era un bombero novato, en 1968. Fue en los patios de Burlington, en las afueras de la ciudad, donde estalló un vagón tanque cargado de propano, junto a un tren cargado de bombas en destino a la terminal de municiones de Oakland, California. El jefe había tenido el buen tino de retirar a sus hombres cuando el tanque se partió. Desde medio kilómetro de distancia vieron el estallido de cien toneladas de bombas, como un infernal espectáculo pirotécnico. Entonces también se había producido una nube en forma de hongo. Se elevaba una gran masa de aire caliente, que bullía y tomaba una forma anular. Eso creaba una corriente de aire ascendente hacia el centro, en forma de rosquilla, lo cual formaba el tallo del hongo.

Estaba sentado al volante del coche de mando, al lado de tres unidades autobombas, un camión con escalerilla aérea y dos ambulancias. Esa primera respuesta a la alarma era patética. Callaghan tomó su radio y ordenó una alarma general. A continuación ordenó a sus hombres que se acercaran siguiendo la dirección del viento.

Cielos, ¿qué había pasado allí?

No podía ser eso... La mayor parte de la ciudad estaba intacta.

El jefe Callaghan no sabía mucho, pero sí sabía que había un incendio a combatir y gente a rescatar. Mientras su coche giraba por la última calle lateral hacia el paseo que llevaba al estadio, vio la gran masa de humo. El estacionamiento, desde luego. Tenía que ser así. La nube en forma de hongo volaba rápidamente hacia el sudoeste, rumbo a las montañas. El estacionamiento era una masa de fuego y llamas, por la gasolina, el aceite y los autos quemados. Una ráfaga poderosa despejó el humo por un momento, lo suficiente para permitirle ver que allí había existido un estadio. Aún quedaban algunos sectores. No estaban intactos, pero se podía ver que estaban... que habían estado allí pocos minutos antes. Callaghan anuló ese pensamiento. Tenía un incendio a combatir. Tenía gente a rescatar. La primera autobomba se detuvo ante una boca de incendio. En el estadio tenían buenas tuberías. El sistema se alimentaba con los caños de cien centímetros a alta presión que rodeaban el estadio.

Aparcó su coche junto a la primera autobomba y bajó para trepar hasta lo alto del vehículo. A su derecha, en el aparcamiento, había un material de estructura pesada: el techo del estadio, probablemente. Otra parte había aterrizado a quinientos metros, en el aparcamiento de un centro comercial afortunadamente vacío. Callahan utilizó su transmisor portátil para ordenar a la siguiente oleada de unidades de rescate que revisaran el centro comercial y la zona residencial adyacente. Los incendios más pequeños tendrían que esperar. En el estadio había gente que necesitaba ayuda, pero sus bomberos tendrían que luchar a través de doscientos metros de coches en llamas para llegar hasta allí.

En ese momento, al levantar la vista, vio un helicóptero de rescate de la Fuerza Aérea, que aterrizó a treinta metros de distancia. Callaghan corrió hacia él. El oficial que iba atrás era un mayor del Ejército.

-Callaghan -se presentó-. Jefe de batallón.

-Griggs -respondió el mayor-. ¿Necesita echar un vistazo? -Sí.

-Bien. -El mayor dio una orden y el helicóptero se elevó. Callaghan se asió del cinturón de seguridad, pero sin ponérselo.

No hizo falta mucho tiempo. Lo que desde la calle parecía una muralla de humo se

Librodot

convirtió, visto desde arriba, en discretos pilares de humaredas negras y grises. Uno de cada dos coches parecía estar ardiendo. Podía usar uno de los sendero de entrada para acercarse, pero el camino estaba bloqueado en parte por los coches en llamas. El helicóptero describió una vuelta, dando tumbos por el aire agitado y caliente. Al mirar hacia abajo, Callaghan vio una masa de asfalto fundido, todavía rojo en algunas partes. El único sitio que no despedía humo era el extremo sur del estadio en sí, que parecía resplandecer. Lo que se veía parecía ser un cráter, de dimensiones difíciles de estimar, pues sólo se lo veía parcialmente. Había que mirar mucho para determinar qué partes del estadio permanecían en pie. Callaghan se dijo que eran cuatro o cinco sectores. Allí adentro tenía que haber gente.

-Bueno, ya he visto lo suficiente -dijo a Griggs-. ¿Qué ha pasado por aquí?

-Por lo que sé, una explosión nuclear -replicó Griggs-. ¿Qué necesita?

-Equipo de grúas y poleas. En lo que queda del estadio tiene que haber gente. Hay que llegar hasta allí. Pero ¿qué hay con... con la radiación?

El mayor se encogió de hombros.

-No lo sé. Ahora voy a recoger a un equipo de Rocky Flats. Trabajo en el arsenal y conozco algo de esto, pero los especialistas están en Rocky Flats. Tengo que traerlos aquí cuanto antes. Llamaré a la guardia del arsenal y desde allí traeremos el equipo pesado. Que sus hombres se queden a barlovento. Manténgalos en este extremo. No traten de acercarse desde ninguna otra dirección, ¿entendido?

-Entendido.

-Instale un puesto de descontaminación allí mismo, junto a las autobombas. Cuando saquen a una persona, aplíquenle la manga; la desnudan y le dan una ducha, ¿entiende? -preguntó el mayor, mientras el helicóptero aterrizaba-. Después la trasladan al hospital más cercano. Recuerde que todo debe ir hacia el nordeste, de cara al viento, para que ustedes no corran peligro.

-¿Y las partículas en suspensión?

-No soy un experto, pero le diré todo lo que sepa. Al parecer, la explosión fue pequeña. No hay mucha suspensión radiactiva. La succión de la bola de fuego y el viento de superficie deben de haber arrastrado casi toda la basura radiactiva fuera de aquí. Toda no, pero sí la mayor parte. Una hora de exposición no es peligroso. Por entonces ya tendré aquí a los especialistas, que sabrán informarle mejor. Es todo lo que puedo hacer por ahora, jefe. Buena suerte.

Callaghan se levantó de un salto y se alejó corriendo. El helicóptero despegó de inmediato y se dirigió hacia el noroeste, hacia Rocky Flats.

-¿Y bien? -preguntó Kuropatkin.

-Medimos la potencia, general, por las emisiones de calor inicial y residual. Hay algo extraño en todo esto, pero calculo que está entre ciento cincuenta y doscientos kilotones. -El mayor mostró sus cálculos al comandante.

-¿Dónde está lo extraño?

-La energía del destello fue escasa. Eso podría significar que se interpusieron alguna nubes. El calor residual es muy alto. Se trata de una detonación importante, comparable a una cabeza de misil muy grande o una pequeña arma estratégica.

-Aquí está el libro de objetivos -dijo un teniente.

Se trataba justamente de eso: un volumen en cuarto, encuadernado en tela, cuyas gruesas páginas eran mapas plegados. Su finalidad era evaluar los daños de un ataque. El mapa de la zona de Denver tenía una cubierta plástica que mosraba los blancos de los misiles estratégicos soviéticos. En la ciudad había, en total, ocho misiles: cinco «SS-18» y tres «SS-19», con un total de sesenta y cuatro cabezas nucleares y veinte megatones. Kuropatkin se dijo que alguien consideraba a Denver un blanco digno.

-¿Damos por sentado que se trata de una explosión en tierra? -preguntó Kuropatkin.

Librodot

-Correcto -respondió el mayor. Utilizó un compás para dibujar un círculo centrado en el complejo del estadio-. Un artefacto de doscientos kilotones tendría un radio letal de esta amplitud.

El mapa tenía un código de colores. Las estructuras difíciles de destruir estaban pintadas de pardo. Las viviendas, de amarillo. El gris designaba edificios comerciales y de otro tipo, blancos fáciles. El estadio era verde, como casi todo cuanto le rodeaba. Dentro del radio letal había cientos de casas y edificios de apartamentos de poca altura.

-¿Cuántas personas había en el estadio?

-He llamado al KGB para pedir una estimación -dijo el teniente-. Es una estructura cerrada y techada. A los norte-americanos les gusta la comodidad. La capacidad total supera las sesenta mil personas.

-Por Dios -susurró el general Kuropatkin-. Sesenta mil personas allí... y por lo menos cien mil más en este radio. Los norteamericanos deben de estar volviéndose locos y si creen que lo hicimos nosotros...

-¿Y bien? -preguntó Borstein.

-He revisado los cálculos tres veces. Tienen que haber sido ciento cincuenta kilotones, señor -dijo la capitán. Borstein se frotó la cara.

-Dios mío. ¿Víctimas?

-Doscientas mil, según un modelo de ordenador y un vistazo a los mapas que tenemos en archivos -respondió ella-. Si alguien cree que se trata de un artefacto terrorista, señor, se equivoca. Es demasiado grande.

Borstein conectó la línea de conferencia con el presidente y el CINC-SAC.

-Tenemos algunos primeros cálculos.

-Bien, estoy esperando -dijo el presidente, mirando el altavoz como si se tratara de una persona.

-El cálculo inicial de potencia es de ciento cincuenta kilotones.

-¿Tanto? -preguntó la voz del general Fremont.

-Hemos comprobado tres veces las cifras.

-¿Víctimas? preguntó a continuación CINC-SAC.

-Alrededor de doscientas mil, en el primer momento. Agreguemos cincuenta mil más por efectos retardados.

El presidente Fowler se echó hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada. Llevaba cinco minutos negando aquello hasta donde podía. Pero su negación principal acababa de desaparecer. Doscientos mil muertos. Sus ciudadanos, la gente a quien él había jurado preservar, proteger y defender.

-¿Qué más? -preguntó.

-No le oigo -dijo Borstein.

Fowler aspiró profundamente y repitió:

-¿Qué más tiene?

-Nuestra impresión, señor, es que el rendimiento es demasiado alto para tratarse de un ataque terrorista.

-En efecto -dijo CINC-SAC -. Un artefacto nuclear improvisado, como los que podrían fabricar terroristas no sofisticados, no sobrepasaría los veinte kilotones. Esto parece un arma multietapas.

-¿Multietapas? -preguntó Elliot.

-Un artefacto termonuclear -replicó el general Borstein-. Una bomba H.

-Aquí Ryan. ¿quién habla?

-El mayor Fox, señor, del MDANA. Tenemos un cálculo inicial de potencia y bajas. -El

Librodot

mayor leyó los números.

-Demasiado para un arma terrorista -dijo un oficial del departamento de Ciencia y Tecnología.

-Eso pensamos nosotros, señor.

-¿Víctimas? -preguntó Ryan.

-La cuenta inicial puede ascender a unas doscientas mil. Eso incluye a la gente del estadio.

«Tengo que despertar -se dijo Ryan, apretando los ojos con fuerza-. Esto tiene que ser una horrible pesadilla y voy a despertar.» Pero abrió los ojos y nada había cambiado en absoluto.

Robby Jackson estaba sentado en el camarote de Ernie Richards, capitán del portaaviones. Ambos escuchaban a medias el partido, pero sobre todo analizaban tácticas para el siguiente juego de guerra. El grupo de combate del Theodore Roosevelt se aproximaría a Israel por el Oeste, simulando un ataque enemigo. El enemigo era Rusia. Parecía muy improbable, desde luego, pero había que establecer algunas reglas de juego. En este caso, los rusos serían astutos. El grupo de combate se abriría para parecer una reunión de buques mercantes y no una formación táctica. La primera oleada sería de aviones bombarderos y de caza, que tratarían de aproximarse al aeropuerto Internacional Ben-Gurión, como apacibles aparatos comerciales, a fin de introducirse en el espacio aéreo de Israel sin anunciarse. La gente de operaciones de Jackson ya había averiguado los horarios de la aviación y estaban examinando los factores de tiempo, para que ese primer ataque pareciera factible. Tenían muchas cosas en contra. El Theodore Roosevelt no podría hacer mucho más que fastidiar a la Fuerza Aérea israelí y al nuevo contingente estadounidense. Pero a Jackson le gustaba tener muchas cosas en contra.

-Enciende la radio, Rob. Me olvidé del puntaje.

Jackson se estiró por encima de la mesa para mover el dial, pero sólo emitía música. El portaaviones tenía su propio sistema de televisión y una conexión radial con la red de las fuerzas armadas de EE.UU.

-Tal vez se ha averiado la antena -comentó el comandante de la escuadrilla.

Richards se echó a reír.

-¿En un momento como éste? Habría un motín a bordo.

-Quedaría bien en tu hoja de servicios, ¿no?

Alguien llamó a la puerta.

-¡Pase! -dijo Richards.

Era un auxiliar de oficinas.

-Telegrama, señor -El suboficial le entregó la tabilla.

-¿Algo importante? -preguntó Robby.

Richards se limitó a pasarle el mensaje. Luego tomó el teléfono interno y marcó el número del puente.

-Cuartel general.

-¿Qué diablos es esto? -murmuró Jackson-. DEFCONTRES... ¿Por qué, por el amor de Dios?

Ernie Richards, ex piloto de combate, tenía fama de ser todo un personaje. Había reimplantado la tradicional práctica de llamar a ejercicios con trompeta. En este caso, el sistema de altavoces atronó con los primeros compases de la frenética convocatoria a las armas de John Williams en La guerra de las galaxias, seguida de los habituales gorjeos electrónicos.

-Vamos, Rob.

Ambos echaron a correr hacia el Centro de Información de combate.

-¿Qué información tiene? -preguntó Andrei Ilich Narmonov.

Librodot

-La bomba tenía una potencia de casi doscientos kilotones. Por tanto, era un artefacto grande, una bomba de hidrógeno -dijo el general Kuropatkin-. Las bajas deben superar ampliamente las cien mil. También tenemos indicaciones de que una fuerte pulsación electromagnética afectó a uno de nuestros satélites de advertencia inmediata.

-¿Cómo se explica eso? -preguntó uno de los asesores militares de Narmonov.

-No lo sabemos.

-¿Tenemos algunas armas nucleares que no estén registradas? -preguntó el presidente.

-Absolutamente no -replicó una tercera voz.

-¿Algo más?

-Con su permiso, quisiera ordenar a Voyska PVO un nivel de alerta más elevado. Ya estamos realizando un ejercicio de entrenamiento en Siberia.

-¿Es provocador? -preguntó Narmanov.

-No, totalmente defensivo. Nuestros interceptores no pueden hacer daño a nadie, salvo a pocos cientos de kilómetros de nuestras propias fronteras. Por el momento mantendré a todos mis aviones dentro del espacio aéreo soviético.

-Muy bien. Adelante.

En su centro de control subterráneo, Kuropatkin no hizo sino señalar con el dedo a otro oficial, que le cogió un auricular. El sistema soviético de defensa antiaérea ya estaba preparado, desde luego; en menos de un minuto se radiaron mensajes radiales y se pusieron en actividad los radares de largo alcance en la periferia de todo el país. Tanto los mensajes como las señales de radar fueron inmediatamente detectados por la Agencia de Seguridad Nacional norteamericana, tanto en tierra como en órbita.

-¿Hay algo más que podamos hacer? -preguntó Narmonov a sus asesores.

Un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores habló por todos:

-Creo que lo mejor es no hacer nada. Cuando Fowler quiera hablar con nosotros, lo hará. Ya tiene demasiados problemas sin que nosotros intervengamos.

El «MD-80» de «American Airlines» aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Miami y carreteó hasta la terminal. Qati y Ghosn abandonaron sus asientos de primera clase y desembarcaron. Sus maletas serían automáticamente embarcadas en el vuelo de traslado, aunque eso no importaba mucho, por supuesto. Ambos estaban nerviosos, pero menos de lo que cabía esperar. La muerte era algo que habían aceptado como posibilidad cierta en esa misión. Si sobrevivían, tanto mejor. Ghosn sólo cayó en el pánico cuando notó que no había ninguna actividad fuera de lo habitual, como él esperaba. Encontró un bar y buscó el habitual televisor. Estaba sintonizado en una emisora local que no transmitía el juego. Barajó la posibilidad de preguntar, pero se abstuvo de hacerlo. Su decisión fue acertada, porque sólo un minuto después se oyó otra voz preguntando cómo estaba el marcador.

-Catorce a siete a favor de los Vikings -respondió otra voz-. Y entonces la maldita señal se cortó.

-¿Cuándo?

-Hace unos diez minutos. Es raro que todavía no haya vuelto.

-¿Un terremoto, como en San Francisco cuando jugaban la serie?

-Yo sé tanto como tú, tío -respondió el del bar. Ghosn se levantó y volvió a la sala de espera.

-¿Qué sabe la CIA? -preguntó Fowler.

-Por el momento, nada, señor. Estamos reuniendo datos, pero usted está al tanto de todo lo que... Un momento. -Ryan recibió el mensaje escrito que le entregaba el oficial de turno-. Tengo un telegrama de la ASN, señor. El sistema soviético de defensa antiaérea acaba de entrar en alerta, los radares se están poniendo en funcionamiento y hay muchas transmisiones radiales.

-¿Qué significa eso? -preguntó Liz Elliot.

-Significa que quieren aumentar su capacidad de autodefensa. PVO no es amenaza para nadie, a menos que algo se aproxime al espacio aéreo soviético.

-Pero, ¿por qué lo hacen? -insistió Elliot.

-Tal vez temen que alguien los ataque.

-¡Venga ya, Ryan! -gritó el presidente.

-Disculpe, señor, pero no es una broma. Es literalmente cierto. Voyska PVO es un sistema de defensa como el del MDANA. Nuestros sistemas de advertencia y defensa antiaérea están ahora en un estado de alerta más elevado. Los de ellos también. Cuando hay dificultades de esa clase, es natural activar las defensas, tal como ellos hicieron.

-Eso puede ser inquietante -dijo el general Borstein, desde el cuartel general del MDANA-. No olvide que los atacados somos nosotros, Ryan, no ellos. Y ahora, sin siquiera habernos llamado, activan sus niveles de alerta. Eso me preocupa.

-Ryan, ¿qué se sabe de los informes sobre armas nucleares soviéticas desaparecidas? -preguntó Fowler-. ¿Eso podría explicar esta situación?

-¿Qué armas nucleares desaparecidas? -interpeló CINC-SAC-. ¿Por qué diablos no me enteré?

-¿Qué clase de armas nucleares? -preguntó Borstein.

-Fue un informe no confirmado de un agente de penetración. No hay detalles -respondió Ryan. Luego comprendió que debía continuar-. En resumen, la información recibida es ésta: se nos dijo que Narmonov tiene problemas políticos con sus militares; que éstos se sienten disconformes con su modo de hacer las cosas; que en la actual retirada desde Alemania ha desaparecido un número de armas nucleares no especificado, probablemente del tipo táctico; que el KGB está realizando una operación para determinar qué falta, si es que algo falta. Supuestamente, a Narmonov le preocupa la posibilidad de ser el blanco de una extorsión política que podría tener una dimensión nuclear. Pero no hemos podido confirmar en absoluto estos informes, pese a nuestros reiterados intentos, y estamos examinando la posibilidad de que nuestro agente nos haya mentido.

-¿Por qué no nos dijo eso? -preguntó Fowler.

-En este momento estamos formulando nuestra evaluación, señor presidente. El proceso continúa. Es decir, hemos pasado el fin de semana en eso.

-Bueno, con toda seguridad no fue una de las nuestras -dijo el general Fremont, acalorado-. Y no se trata de ninguna bomba terrorista, maldita sea. Es demasiado grande para eso. Ahora usted nos dice que los rusos podrían tener faltas en su inventario. Eso es más que preocupante, Ryan.

-Y podría explicar el mayor nivel de alerta del PVO -agregó Borstein, ominoso.

-¿Me estáis diciendo -preguntó el presidente- que ese artefacto pudo haber sido soviético?

-No hay muchas potencias nucleares por allí -replicó Borstein-. Y la potencia de la bomba es demasiado, para ser de aficionados.

-Un momento -se precipitó Jack nuevamente-. Recuerden que nuestros datos son muy endebles. Hay diferencias entre información y especulación. No lo olvidemos.

-¿Qué potencia tienen las armas nucleares soviéticas? -quiso saber Liz Elliot.

CINC-SAC se encargó de responder:

-Bastante similar a las nuestras. Tienen algunas pequeñas, de un kilotón, para uso de artillería, y cabezas de misil que llegan a los quinientos kilotones, sobrantes de los «SS-20» que eliminaron.

-En otras palabras, la potencia de esta explosión apunta a las cabezas nucleares soviéticas que probablemente falten.

-Correcto, doctora Elliot -replicó el general Fremont.

En Camp David, Elizabeth Elliot se reclinó en la silla y se volvió hacia el presidente. Habló en voz tan baja que su micrófono no llegó a registrar las palabras.

Librodot

-Robert, tú tenías que estar en ese partido, junto con Brent y Dennis.

Fowler se sorprendió de no haber tenido aún esa idea. Él también se reclinó en el asiento.

-No -replicó-, no puedo creer que los rusos intentaran semejante cosa.

-¿Cómo ha dicho? -preguntó alguien por el altavoz. -Un momento -dijo el presidente, con tono quedo.

-No le oigo, señor presidente.

-¡He dicho: «Un momento»! -gritó Fowler. Por un instante cubrió el micrófono con la mano-. Elizabeth, nuestra misión consiste en dominar esta situación y lo haremos. Tratemos, por ahora, de dejar a un lado esta cuestión personal.

-Señor presidente, lo quiero en el PMAEN tan pronto como pueda llegar -dijo CINC-SAC-. Esta situación podría ser muy grave.

-Si queremos dominar la situación, Robert, es preciso hacerlo cuanto antes.

Fowler se volvió hacia el oficial de la Marina que permanecía de pie detras de él.

-¿Cuándo estará preparado el helicóptero?

-Dentro de veinticinco minutos, señor. Tardará treinta minutos en llevarlo a usted a Andrews para que aborde el PMAEN.

-Casi una hora... -Fowler miró el reloj de pared, como lo hace la gente cuando sabe qué hora es y cuánto tiempo le llevará hacer algo, pero de cualquier modo mira el reloj-. Las comunicaciones radiales del helicóptero no bastan para esto. Diga a los del helicóptero que lleven al vicepresidente Durling al PMAEN. General Fremont...

-Sí, señor presidente.

-Allí hay otros PMAEN, ¿verdad?

-Sí, señor.

-Enviaré al vicepresidente en el primero. Usted enviará uno de los otros aquí. Puede aterrizar en Hagerstown, ¿no?

-Sí, señor, podemos usar el aeropuerto de Fairchild-Republic, donde antes se construían los «A-10»

-De acuerdo, hágalo. Tardaré una hora en llegar a Andrews y ése es un tiempo que no puedo malgastar. Mi trabajo consiste en solucionar esto y necesito esa hora.

-Es un error, señor -dijo Fremont con su voz más fría-. Harían falta dos horas para llevar el aparato al centro de Maryland.

-Puede ser, pero es lo que voy a hacer. No es momento para que yo huya.

Detrás del presidente, Pete Connor y Helen D'Agustino intercambiaron una mirada de tristeza. No se hacían ilusiones sobre lo que ocurriría si se producía un ataque nuclear contra EE.UU. La mejor defensa del presidente era la movilidad, pero acababa de descartarla.

El helicóptero presidencial, que estaba cruzando el Washington Beltway, viró hacia el sudeste y aterrizó en terrenos del Observatorio Naval estadounidense. El vicepresidente Roger Durling subió a bordo con toda su familia. Ni siquiera se molestaron en ponerse los cinturones de seguridad. Los agentes del Servicio Secreto, con las Uzi en ristre, se acuclillaron dentro del aparato. Durling sólo sabía lo que le habían informado aquellos agentes. Se dijo que debía relajarse y no perder la calma. Miró a su hijo menor, que sólo tenía cuatro años. Apenas el día anterior había lamentado no tener esa edad para poder crecer en un mundo donde ya no existiera la posibilidad de una guerra nuclear. Todos los horrores de su juventud, la crisis de los misiles cubanos, que había marcado su primer año en la Universidad, su servicio durante un año como jefe de pelotón en la 82.a Aerotransportada, en Vietnam. La experiencia de la guerra hacía de Durling un político liberal muy fuera de lo común. En vez de huir de aquello había aceptado el riesgo. Recordó a los dos hombres que murieron en sus brazos. Apenas el día anterior, mirando a su hijo, daba gracias a Dios porque él no viviría esas tragedias.

Y ahora esto. Su hijo nada sabía, salvo que darían un inesperado paseo en helicóptero. Le encantaba volar. Su esposa sabía algo más y lo miraba con los ojos llenos de lágrimas.

El «VH-3» de la Marina descendió a cincuenta metros del otro aparato. Un primer agente del Servicio Secreto bajó de un salto y vio que un pelotón de la Policía de seguridad de la Fuerza Aérea custodiaba el camino hacia la escalera. El vice-presidente fue llevado prácticamente a la rastra, mientras un corpulento agente levantaba a su hijo para cubrir el trayecto. Dos minutos después, antes de que nadie hubiera tenido tiempo de ponerse el cinturón de seguridad, el piloto del Puesto de Mando Aerotransportado de Emergencia Nacional, PMAEN, puso en marcha sus motores y rugió por la pista para dirigirse hacia el océano Atlántico, donde un avión nodriza «KC-10» sobrevolaba ya para llenar los depósitos del «Boeing».

-Aquí tenemos un problema serio -dijo Ricks, en la sala de maniobras.

El Maine había tratado de moverse. A velocidad superior a los tres nudos, la hélice chillaba como un demonio. El eje estaba algo torcido, pero eso era tolerable por un tiempo.

-Deben de haberse dañado las siete paletas. Si navegamos a más de tres nudos, haremos ruido. Por encima de cinco, perderemos los cojinetes del eje en pocos minutos. El motor fuera de borda puede darnos dos o tres nudos, pero eso también es ruidoso. ¿Algunas pregunta?

No la hubo. A bordo, nadie dudaba de la excelencia de Ricks en cuestiones de ingeniería.

-¿Opciones?

-Algo escasas, ¿no? -comentó Dutch Claggett.

El Maine tuvo que permanecer cerca de la superficie. En ese nivel de alerta tenía que estar preparado para disparar en cuestión de minutos. En condiciones normales habría descendido a mayor profundidad, siquiera para reducir el horrible movimiento que provocaba la turbulencia de superficie, pero a esa velocidad reducida, el ascenso habría llevado demasiado tiempo.

-¿A qué distancia está el Omaha? -preguntó el jefe de ingenieros.

-A unos ciento cincuenta kilómetros, probablemente, y hay algunos «P-3» en Kodiak..., pero aún tenemos que preocuparnos por el Akula -dijo Claggett-. Podríamos esperar aquí mismo, señor.

-No, tenemos daños y necesitamos apoyo.

-Eso requiere radiar -señaló el oficial ejecutivo.

-Usaremos una boya «SLOT».

-A dos nudos no ganaremos mucho con ella, señor. Usar la radio es un error, capitán.

Ricks miró al jefe de ingenieros, que dijo:

-Me gusta la idea de tener un amigo cerca.

-A mí también -replicó el capitán.

No tardaron mucho. La boya estuvo en la superficie en cuestión de segundos y de inmediato comenzó a transmitir un breve mensaje en altísima frecuencia. Estaba programada para continuar transmitiendo durante horas.

-Tendremos un pánico nacional en las manos -dijo Fowler. La observación no era muy aguda. En su propio centro de mando estaba creciendo el pánico y él lo sabía-. ¿Llega algo desde Denver?

-Nada que yo sepa, ni por canales comerciales ni por radio -respondió una voz del MDANA.

-Bueno, manténganse alerta. -Fowler pulsó otro botón en su tablero.

-Centro de mando del FBI. Inspector O'Day.

-Aquí el presidente -dijo Fowler, sin necesidad, porque se trataba de una línea directa y la luz que se encendía en el tablero del FBI tenía un pulcro rótulo-. ¿Quién está a cargo allí?

-Soy el asistente de director Murray, señor presidente. En este momento soy el de mayor jerarquía.

-¿Cómo están sus comunicaciones?

Librodot

-Bien, señor. Tenemos acceso a los satélites de comunicación militares.

-Bien. Debemos evitar que estalle el pánico en la nación. Quiero que usted envíe mensajeros a todas las cadenas de televisión. Deben explicar que no pueden transmitir nada sobre esto. Si es necesario, utilice la fuerza para impedirlo.

A Murray no le gustó aquella orden.

-Señor presidente, eso va contra...

-Conozco las leyes, ¿sabe? Yo era fiscal. Esto es necesario para conservar la vida y el orden y se hará, señor Murray. Es una orden presidencial. Cúmplala.

-Sí, señor.

XXXVIII. PRIMEROS CONTACTOS

Las diversas empresas de comunicaciones vía satélite eran independientes y, con frecuencia, competidoras implacables, pero no enemigas. Entre ellas había acuerdos que llamaban, informalmente, «tratados». Siempre existía la posibilidad de que algún satélite cayera, ya por avería interna o colisión con desechos espaciales, que se estaban convirtiendo en una verdadera fuente de problemas. Por tanto, los acuerdos de asistencia mutua especificaban que, si una empresa perdía un satélite, sus asociados suplirían la falta, tal como los periódicos de una ciudad suelen compartir los talleres en caso de incendio o desastre natural. Para respaldar esos acuerdos existían líneas telefónicas directa entre las diversas sedes de las compañías. (Intelsat» fue el primero en llamar a «Telstar».

-Acaban de averiarse dos de nuestros pájaros, Bert -informó el ingeniero de turno de «Intelsat», con voz algo trémula-. ¿Qué pasa?

-¡Mierda! Nosotros hemos perdido tres. «Westar 4» y «Teleglobe» otro tanto. Aquí tenemos el sistema completamente fuera de servicio. Estamos revisando todo. ¿Y vosotros?

-Aquí pasa lo mismo, Bert. ¿Se te ocurre algo?

-Nada. Calculamos que han fallado nueve pájaros, Stacy. ¡Mierda! -El hombre hizo una pausa-. Qué se puede hacer... Espera un minuto, que estoy recibiendo algo... Bueno, es software. Ahora estamos interrogando al 301... recibió un impulso de hiperamplitud... ¡Por Dios! El 301 recibió más de cienfrecuencias. ¡Alguien ha intentado liquidarnos, tío!

-Eso es lo que parece aquí también, pero ¿quién fue?

-Seguramente, no un aficionado. Hacen falta megavatios para una cosa así.

-A eso me refiero, Bert. Las comunicaciones telefónicas... todo recibió ese hiperimpulso al mismo tiempo. ¿Tenéis mucha prisa en ponerlos otra vez en funcionamiento?

-¿Estás bromeando? ¡Ese maldito equipo cuesta miles de millones! Mientras yo no descubra qué diablos le pasó, quedará desactivado. El vicepresidente de la empresa viene de camino. El presidente estaba en Denver -agregó Bert.

-El mío también, pero mi ingeniero en jefe está bloqueado por la nieve. Oye, Bert, no pienso arriesgar el culo en esto. Creo que deberíamos cooperar.

-De acuerdo, Stace. Llamaré a Fred Kent a Hughes y veré qué opina. Tardaremos un tiempo en comprobarlo y verificar los sistemas. Mientras no sepa de verdad qué ha pasado, no activaré nada. Tenemos que proteger la industria, tío.

-De acuerdo. Yo tampoco activaré nada sin hablar antes contigo.

-Si averiguas algo, no dejes de avisarme.

-Cuenta con eso, Bert. Te llamaré dentro de una hora.

La Unión Soviética es un país vasto, holgadamente el más grande del mundo, tanto por la superficie como por la extensión de sus fronteras. Todas esas fronteras están custodiadas, pues tanto el país actual como sus precursores han sido invadidos muchas veces. Las defensas de

frontera incluyen lo obvio (concentraciones de tropas, aeropuertos y estaciones de radar) y lo sutil, como antenas de recepción de radio, diseñadas para captar las emisiones radiales y cualquier clase de onda electrónica. La información era transmitida por línea terrestre o por microondas al centro Moscú, cuartel general del Comité para la Seguridad del Estado, el KGB, en el número 21 de la plaza Dzerzhinski. La Octava Sección del KGB se ocupa de la inteligencia de las comunicaciones y de su seguridad. Tiene una historia larga y distinguida, beneficiada por otra fortaleza rusa tradicional: la fascinación por las matemáticas teóricas. La relación entre cifras y matemáticas es lógica, y su manifestación más reciente era la obra de un hombre de unos treinta años, barbudo y con aspecto de gnomo, que estaba fascinado por la obra de Benoit Mandelbrot, de la Universidad de Harvard, inventor de la geometría fractal. Uniendo esta obra con la efectuada por Mac-Kenzie en la Universidad de Cambridge, Inglaterra, sobre la teoría del caos, el joven genio ruso había inventado un modo teórico realmente nuevo de analizar las fórmulas matemáticas. En general, el puñado de entendidos reconocía que su obra merecía con holgura la medalla Planck. Por casualidad histórica, su padre era general del Departamento de Guardia de Fronteras, que dependía del KGB, y este organismo tomó inmediatamente nota de su obra. Ahora el matemático contaba con todo lo que podía ofrecer la agradecida patria; algún día, probablemente, tendría también la medalla Planck.

Necesitó dos años para convertir en algo práctico su descubrimiento teórico, pero quince meses atrás había efectuado su primera «recuperación» de la clave más segura de las utilizadas por el Departamento de Estado norteamericano, llamada STRIPE. Seis meses después demostró sin lugar a dudas que existía una estructura similar en todo cuanto usaba el Ejército estadounidense. Tras cotejarlo con otro equipo de criptoanalistas que tenían acceso al trabajo del círculo de espionaje Walker, y también con la fiable obra Pelton, lo que había resultado, apenas seis meses antes, era una sistemática penetración de los sistemas de codificación norteamericanos. Aún no era perfecto. Los procedimientos de claves diarias solían resultar imposibles de descrifrar. A veces pasaban hasta una semana sin descifrar ningún mensaje, pero otras veces descifraban más de la mitad de lo recibido durante tres días consecutivos. Y los resultados mejoraban mes a mes. Por cierto, el principal problema parecía ser la falta del material de computación necesario para hacer todo el trabajo. La Octava Sección estaba muy atareada preparando a nuevos lingüistas para que manejaran los mensajes recibidos.

Sergei Nikolaievich Golovko fue arrancado de un sueño profundo y llevado a su oficina, donde se sumó a todas las personas, a quienes el susto imponía sobriedad. Había pertenecido toda su vida a la Primera Sección y su trabajo consistía en examinar la mentalidad de los americanos y asesorar a su presidente sobre lo que estuviera ocurriendo. Los mensajes descifrados que llegaban en tropel a su escritorio eran la herramienta más útil.

Tenía no menos de treinta transmisiones similares, que transmitían uno de dos mensajes. Se ordenaba a todas las fuerzas estratégicas entrar en Defensa Condición Dos y a todas las fuerzas convencionales, entrar en Defensa Condición Tres. El presidente norteamericano, en opinión del primer vicedirector del KGB, estaba cayendo en el pánico. No cabía otra explicación. ¿Acaso pensaba que la Unión Soviética podía haber cometido esa infamia? Fue la idea más inquietante de su vida.

-Otro, de la Marina. -El mensajero dejó caer la página en su escritorio.

Golovko le echó apenas una mirada.

-Envíelo inmediatamente a la Marina.

Tenía que llamar a su presidente. Golovko cogió el teléfono.

Por una vez, la burocracia soviética operó con celeridad. Minutos antes se había producido una señal de bajísima frecuencia, recogida por el submarino Admiral Lunin, que subió a la superficie para captar el mensaje. El capitán Dubinin lo leyó según lo generaba la impresora.

SUBMARINO NORTEAMERICANO USS MAINE INFORMA POSICIÓN A 50G 55M 09s N 153G O1M 23s o. HÉLICE INUTILIZADA POR COLISIÓN. CAUSA

Librodot

DESCONOCIDA. Dubinin salió del cuarto de comunicaciones y fue hacia la mesa de cartas.

-¿Dónde estábamos cuando recibimos esa señal? -Aquí, capitán, y el curso era éste. -El navegante trazó una línea con su lápiz.

Dubinin se limitó a menear la cabeza y le entregó el mensaje.

-Mire esto.

-¿Qué puede estar haciendo?

-Ha de estar cerca de la superficie. Conque... nosotros subiremos, justo bajo la capa, y avanzaremos de prisa. El ruido de superficie inutilizará su sonar. A quince nudos.

-¿Le parece que nos estaba siguiendo?

-Usted tardó bastante en darse cuenta, ¿no? -Dubinin midió la distancia al blanco-. Ya veremos. ¿Sabía, mi joven teniente, que los norteamericanos se jactan de tomarnos fotografías? ¡Ahora nos ha llegado el turno!

-¿Qué significa esto? -preguntó Narmonov al primer vicedirector.

-Los norteamericanos han sido atacados por fuerzas desconocidas y el ataque fue grave; provocó numerosas bajas civiles. Es lógico que aumenten su alerta militar. Una gran preocupación será la conservación del orden público -replicó Golovko, por la línea telefónica de seguridad.

-Continúe.

-Todas sus armas estratégicas, por desgracia, están apuntadas hacia el Rodina.

-¡Pero si nosotros no hemos tenido nada que ver! -objetó el presidente soviético.

-Cierto. Pero esas respuestas son automáticas. Están planificadas minuciosamente y se convierten casi en reflejos. Una vez atacados, nos tornamos sumamente cautos. Las reacciones se planifican por anticipado para que uno pueda actuar con celeridad mientras aplica su capacidad intelectual a analizar el problema, sin distracciones adicionales e innecesarias.

El presidente soviético se volvió hacia su ministro de Defensa.

-¿Y qué debemos hacer?

-Aconsejo que incrementemos nuestro estado de alerta. Siempre a la defensiva, por supuesto. Después de todo, el que efectuó ese ataque podría intentarlo también contra nosotros.

-De acuerdo -dijo Narmonov, secamente-. Alerta máxima para tiempos de paz.

Golovko frunció el entrecejo ante el receptor. Su elección de palabras había sido exquisitamente correcta: reflejo.

-¿Puedo hacer una sugerencia?

-Sí -dijo el presidente.

-Dentro de lo posible, tal vez convendría explicar a nuestras fuerzas los motivos de la alerta. Así la orden no causara tanta impresión.

-Es una complicación innecesaria -consideró Defensa.

-Los norteamericanos no lo han hecho -dijo Golovko con ansiedad- y eso fue casi con certeza un error. Por favor, tenga en cuenta el estado de ánimo de personas a las que, súbitamente, se retira de las operaciones habituales en tiempos de paz para ordenarles un tenso estado de alerta. Sólo se requerirán unas palabras explicativas; podría ser importante.

«Buena idea», pensó Narmonov. Y ordenó a Defensa:

-Que sea así. -Y agregó-: Pronto tendremos noticias de los norteamericanos por la línea caliente. ¿Qué supone que dirán?

-Es difícil adivinarlo. De cualquier modo, deberíamos tener preparada la respuesta, sólo para apaciguar las cosas y asegurarles que no tenemos relación con lo ocurrido.

Narmonov asintió. Era razonable.

-Empiece a trabajar en eso.

Los operadores de defensa y comunicaciones gruñeron al ver el mensaje que se les

ordenaba enviar. Para facilitar la transmisión, lo fundamental debía estar contenido en un solo grupo de códigos de cinco letras, que podían ser transmitidas, descodificadas y comprendidas instantáneamente por todos cuantos las recibieran. Pero ahora no era posible. Las frases secundarias debían ser resumidas para evitar que la transmisión fuera demasiado larga. De eso se encargó un mayor, y el mensaje se envió por no menos de treinta vías de comunicación. El mensaje volvió a ser modificado para su aplicación a los diversos servicios militares.

El Admiral Lunin sólo llevaba cinco minutos en su nuevo curso cuando llegó una segunda señal de bajísima frecuencia. El oficial de comunicaciones la llevó en seguida a la sala de controles.

ALERTA GENERAL NIVEL DOS. DETONACIÓN NUCLEAR DE ORIGEN DESCONOCIDO EN ESTADOS UNIDOS. FUERZAS ESTRATÉGICAS Y CONVENCIONALES NORTEAMERICANAS EN ALERTA. TODAS LAS FUERZAS NAVALES SALDRÁN DE INMEDIATO. TOME MÁXIMAS MEDIDAS DE SEGURIDAD Y PROTECCIÓN.

-¿Es que el mundo se ha vuelto loco? -preguntó el capitán. No obtuvo respuesta-. ¿Eso es todo?

-Sí, señor. No hay orden de levantar la antena.

-Estas instrucciones dejan mucho que desear -objetó Dubinin-. ¿Medidas de máxima seguridad y protección? ¿Qué significa eso? ¿Protección para nosotros, para la patria...? ¿Qué diablos significa?

-Capitán -dijo el Starpom-, la Alerta General Dos tiene reglas específicas de acción.

-Lo sé -dijo Dubinin-, pero ¿tienen aplicación aquí? -De lo contrario, ¿para qué habrían enviado el mensaje? Una Alerta General Dos era algo sin precedentes en el Ejército soviético. Significaba que las reglas de acción no eran las de una guerra, pero tampoco las de tiempos de paz. Dubinin conocía sobradamente sus obligaciones, como cualquier capitán soviético, pero las implicancias de esa orden eran demasiado inquietantes. Sin embargo, ese pensamiento pasó. Era oficial de la Marina y tenía sus órdenes. Quienquiera las hubiera dado debía de conocer la situación mejor que él. El comandante del Admiral Lunin se manuvo erguido y se volvió hacia su segundo.

-Aumente la velocidad a veinticinco nudos. Todos a sus puestos de combate.

Se hizo tan de prisa como se pudo. La oficina Nueva York del FBI, situada en el extremo sur de Manhattan, despachó a sus hombres hacia el Norte; por ser domingo el tráfico era fluido, y fue fácil. Los potentes automóviles sin identificación, se dirigieron hacia los distintos edificios de las cadenas de Televisión. Lo mismo ocurrió en Atlanta, donde algunos agentes abandonaron el edificio Martin Luther King con destino a la sede de la «CNN». En todos los casos, no menos de tres agentes se dirigieron a las salas de control para notificar la orden: no se podía divulgar nada de lo ocurrido en Denver. Ninguno de los empleados preguntó por qué, pues estaban muy ocupados tratando de recuperar la conexión. Otro tanto ocurrió en Colorado, donde los agentes de la división local, a las órdenes del asistente del agente especial responsable Walter Hoskins, invadieron todas las afiliadas de la cadena y la empresa telefónica local, donde cortaron las líneas de larga distancia, pese a las objeciones de los empleados. Pero Hoskins había cometido un error, a raíz de que él no miraba mucha televisión.

«KOLD» era una cadena independiente que estaba tratando de crecer. Tenía su propia frecuencia de satélite para cubrir una amplia zona. Era una atrevida apuesta financiera que aún no había permitido recuperar la inversión inicial y se administraba con un presupuesto muy ajustado; tenía su sede en un viejo edificio, casi sin ventanas, al norte de la ciudad. Utilizaba un satélite canadiense de la serie Anik y llegaba a Alaska, a Canadá y a la zona centro-norte de EE.UU., emitiendo una programación compuesta, mayormente, por viejos programas de otras cadenas.

Librodot

El edificio «KOLD» había albergado a la primera emisora de Televisión de Denver; había sido construido según las especificaciones establecidas por la Comisión Federal de Comunicaciones en la década de 1930: en cemento monolítico reforzado, apto para soportar un bombardeo convencional. Las únicas ventanas estaban en las oficinas de los ejecutivos, en el lado sur del edificio. Diez minutos después de la explosión, alguien pasó junto a la puerta abierta del director de programación y se detuvo en seco. Luego giró en redondo para correr a la sala de noticias. Un minuto después, un cámara entró en el ascensor de carga que llegaba hasta el tejado. La imagen, recibida en la sala de controles y emitida al satélite Anik, no afectado por las consecuencias de la explosión, interrumpió la reposición de Las aventuras de Dobie Gillis, que llegaba a Alaska, Montana, Dakota del Norte, Idaho y tres provincias canadienses. En Calgary, Alberta, una periodista de cierto periódico local, que nunca había superado su amor por Dwayne Hickman, se sobresaltó ante la imagen y los comentarios del locutor en off y llamó a su sección. Su jadeante informe pasó de inmediato al teletipo de «Reuters». Poco después, la «CBC» transmitió el vídeo a Europa por uno de sus satélites Anik.

En ese momento dos agentes del FBI llegaron al edificio KOLD. Notificaron la orden ante las protestas de los periodistas, que adujeron la Primera Enmienda de la Constitución; argumento que no tenía tanto peso como los hombres armados que apagaron el transmisor. Los agentes del FBI se disculparon por hacerlo, pero no hacía falta que se molestaran. Lo que había sido una tontería desde el principio era ya una total inutilidad.

-¿Qué diablos está pasando? -preguntó Richards a su personal.

-No tenemos idea, señor. No se dio ninguna explicación del alerta -dijo el oficial de comunicaciones-. Estamos en ascuas, ¿no?

Era una pregunta retórica. El grupo de combate del Theodore Roosevelt estaba pasando ante Malta, al alcance de la Unión Soviética. Eso requería que los «Intruders A-6E» del portaaviones despegaran, ascendieran hasta altitud de crucero y repostaran en vuelo el suficiente combustible para alcanzar los objetivos de la península Kerch y sus alrededores. Apenas un año atrás, los portaaviones estadounidenses, aunque llevaban un considerable complemento de armas termonucleares, no habían formado parte del PUOI (plan único de operaciones integradas), proyecto maestro para aniquilar las defensas soviéticas. La disminución de los misiles estratégicos, casi todos instalados en EE.UU., había reducido radicalmente el número de cabezas de combate disponibles; como cualquier grupo de planificación, el personal del Objetivo Estratégico Conjunto, que funcionaba conjuntamente con MAE, se empeñaba en compensar la carencia. Por tanto, cada vez que un portaaviones estaba en el radio de los objetivos soviéticos, asumía su función de PUOI. Para el Theodore Roosevelt, eso significaba que al este de Malta dejaría de ser una fuerza convencional y se convertiría en una fuerza nuclear estratégica. El Roosevelt llevaba cincuenta bombas de gravedad nuclear «B-61-Mod-8». Las 0B-61» tenían un dispositivo que seleccionaba un poder explosivo entre diez y quinientos kilotones. Cada una medía tres metros sesenta de longitud, menos de treinta centímetros de diámetro y pesaba trescientos treinta y cinco kilos; su línea era bellamente aerodinámica para reducir la resistencia del aire. Cada «A-6E» podía llevar dos de ellas, con todos sus otros puntos duros ocupados por depósito auxiliares de combustible, que permitían un radio de combate superior a los mil quinientos kilómetros. Diez aviones llevaban el equivalente explosivo de todo un escuadrón de misiles «Minuteman». Los blancos asignados eran navales, según el proverbio de que primero se mata a los amigos, o por lo menos a los conocidos. Una de las misiones PUOI, era reducir el astillero Nikolaiev del río Dniéper a un charco radiactivo. Y allí, incidentalmente, había sido construido el portaaviones soviético Kuznetzov.

El capitán tenía otro problema: su comandante de grupo, un almirante, había aprovechado

Librodot

la oportunidad para viajar a Nápoles, a fin de entrevistarse con el comandante de la Sexta Flota. Richards estaba librado a sus propios recursos.

-¿Dónde está nuestro amigo? -preguntó el comandante del Roosevelt.

-Unos cuatrocientos veinte kilómetros a popa -dijo el oficial de operaciones.

-Subamos dos aviones, capitán -propuso Jackson-, para que vigilen la puerta trasera. -Dio un golpecito en la carta.

-De acuerdo, pero conserva la calma.

-Vale, Ernie. -Jackson se acercó a un teléfono-. ¿Quién está en vuelo? -preguntó a la sala de guardia-. Bien.

Jackson fue a ponerse el traje de piloto y el casco.

-Señores -dijo Richards, al salir Jackson-, estamos al este de Malta y formamos parte del PUOI. Por tanto, somos un arma estratégica, no convencional. Si alguno necesita refrescar las reglas de combate de DEFCON-DOS, será mejor que lo haga ahora. Cualquier cosa que pueda representar una amenaza será destruida, bajo mi responsabilidad de comandante de grupo. ¿Alguna pregunta?

-No sabemos qué está pasando, señor -señaló el oficial de operaciones.

-Está ocurriendo algo malo y estamos en DEFCON-DOS. Actuaremos con inteligencia y colectivamente.

La noche estaba clara y despejada. Jackson instruyó al comandante Sánchez y a sus respectivos oficiales; luego, los capitanes de los dos «Tomcat» posados en la plataforma acompañaron a sus tripulaciones de vuelo hasta los aparatos. Jackson y Walters subieron. El capitán de avión los ayudó a ponerse el cinturón de seguridad; luego de bajar, retiró la escalerilla. El capitán Jackson cumplió con la secuencia de arranque, observando sus instrumentos. El «F-14D» iba armado con cuatro misiles «Phoenix» para búsqueda por radar y cuatro «Sidewinders» infrarrojos.

-¿Preparado, Trituradora? -preguntó Jackson.

-Vamos allá, Pala -replicó Walter.

Robby empujó sus aceleradores al máximo e hizo una señal al oficial de catapulta, que observó la cubierta para cerciorarse de que estuviera despejada y luego dio el visto bueno.

Jackson, a manera de respuesta, hizo un guiño con sus luces de vuelo, sujetando a la palanca de mandos y apoyando la cabeza contra el respaldo. Un segundo después, la varita iluminada del oficial tocó la cubierta. Un suboficial pulsó el botón de disparo y el vapor entró a chorros en la maquinaria de la catapulta.

Pese a llevar tantos años en eso, sus sentidos nunca resultaban lo bastante rápidos. La aceleración de la catapulta estuvo a punto de darle vuelta los globos oculares. Las tenues luces de cubierta desaparecieron a su espalda. La parte trasera del aparato se estabilizó y Jackson se aseguró de estar realmente en vuelo; luego recogió el tren de aterrizaje e inició un lento ascenso. Cuando estaba por los trescientos metros, «Bud» Sánchez y «Lobo» Alexander se pusieron a su lado.

-Allí van los radares -dijo Trituradora, tomando nota de sus instrumentos.

Todo el grupo de combate del Roosevelt apagó sus centros de comunicaciones en cuestión de segundos. Nadie podría rastrearlos utilizando su propio ruido electrónico.

Jackson se relajó. Aquello, fuera lo que fuese, no podía ser tan grave. Era una noche muy clara y cuanto más ascendía más clara se tomaba a través del dosel panorámico de su avión. Las estrellas eran discretos puntos de luz; su titilar cesó casi por completo cuando alcanzaron los nueve mil metros. Se veían destellos intermitentes de aviones comerciales y la costa de seis países. «En una noche como ésta -pensó- cualquier campesino podría convertirse en poeta.» Por momentos como aquél se había hecho piloto. Viró hacia el oeste, con Sánchez junto a su ala, y notó que en esa dirección había algunas nubes.

-Bien -ordenó-, vamos a tomar una imagen rápida.

El oficial de intercepción de radar activó sus sistemas. El «F-14D» contaba con un nuevo radar Hughes, llamado BPI, (baja probabilidad de intercepción). Aunque requería menos

Librodot

potencia que el sistema «AWG-9» al que había remplazado, el BPI combinaba una mayor sensibilidad con una menor posibilidad de ser detectado. También mejoraba ampliamente la toma de imágenes.

-Allí están -informó Walters-. Una bonita formación circular.

-¿Tienen algo elevado?

-Todo lo que veo tiene un transpondedor.

-Bien. Estaremos en el sitio dentro de unos minutos.

Setenta y cinco kilómetros más atrás, un «E-2C Hawkeye», avión de detección, estaba saliendo de la catapulta número dos. Detrás de él despegaron dos aviones nodriza «KA-6», y algunos cazas. Los nodrizas llegarían pronto a la formación de Jackson para repostar sus depósitos de combustible, lo cuales permitiría mantenerse en vuelo durante cuatro horas más. El «E-2C» ascendió a toda potencia y viró hacia el Sur, para situarse a setenta y cinco kilómetros de la nave. En cuanto hubo alcanzado los siete mil quinientos metros, su radar de vigilancia se puso en marcha y la tripulación, integrada por tres operadores, empezó a catalogar sus contactos. Sus datos eran enviados por conexión digital al portaaviones, pero también al oficial del grupo aéreo que iba a bordo del crucero Thomas Gates, cuya señal de llamada era «Stetson».

-No hay gran cosa, capitán.

-Bueno, estamos en el sitio. Volemos en círculo y veamos qué hay.

Jackson viró hacia la derecha, con Sánchez siguiéndolo de cerca.

El «Hawkeye» fue el primero en detectarlos. Estaban casi directamente debajo de Jackson y sus dos «Tomcats», fuera del radio de detección de sus radares.

-«Stetson», aquí Falcon-Dos; tenemos cuatro bogies en pantalla, posición dos ocho uno, a ciento cincuenta kilómetros. -La referencia era con respecto a la posición del Roosevelt.

-¿IFF?

-Negativo; su velocidad es de seiscientos, altitud doscientos diez, curso 1-3-5.

-Amplifique -dijo el AWO.

-Están en un loose finger-four, Stetson -dijo el control del .Hawkeye»-. Calculo que aquí tenemos elementos de combate táctico.

-Tengo algo en pantalla -informó Trituradora a Jackson, un momento después-. Parecen dos... no, cuatro aviones, rumbo Sudeste.

-¿De quién?

-No son nuestros.

En el centro de información de combate del Roosevelt, nadie tenía aún idea de lo que estaba ocurriendo, pero el personal de Inteligencia hacía lo posible por averiguarlo. De momento sólo habían averiguado que la mayoría de canales informativos vía satélite no estaban emitiendo, aunque los satélites militares continuaban en funcionamiento. Los técnicos de comunicaciones eran tan adictos a los canales de alta tecnología que sólo a un radiooperador se le ocurrió comprobar las bandas de onda corta. La primera que hallaron fue la «BBC». La noticia había sido grabada y se emitía continuamente. La voz hablaba con la serena seguridad que caracterizaba a esa emisora:

"Reuters" informa que en el centro de EE.UU. se ha producido una detonación nuclear. KOLD, emisora de Televisión de Denver, Colorado, transmitió vía satélite la imagen de una nube en forma de hongo sobre Denver, junto con un informe en off que describe una fuerte explosión. La emisora KOLD ha dejado de emitir; las comunicaciones telefónicas con Denver están cortadas hasta el momento. Aún no se han producido comentarios oficiales al respecto.»

-Por Dios -dijo alguien, en nombre de todos.

El capitán Richards recorrió con la vista a sus hombres.

-Bien, ahora sabemos por qué estamos en DEFCON-Dos. Pongamos más aviones en el aire. Los «F-18» a proa, los 14 a popa. Quiero cuatro «A-6» armados con 0B-61» y

Librodot

preparados para alcanzar objetivos PUOI. Una escuadrilla de «F-18», cargada de misiles antibuque. Prepararemos un ataque Alfa contra el grupo de combate del Kuznetzov.

-Capitán -llamó un altavoz-. Falcon informa sobre cuatro aparatos tácticos.

Richards sólo tuvo que volverse para ver la pantalla táctica principal: un radariscopio de noventa centímetros en diagonal. Los cuatro nuevos contactos aparecían como letras V invertidas, con vectores de curso. El punto de aproximación más próximo estaba a menos de treinta kilómetros, al alcance de los misiles aire-tierra.

-¡Que Pala identifique a esos bastardos ahora mismo!

-Acérquese e identifique - fué la orden emitida por el avión de control.

-De acuerdo -respondió Jackson-. Apártate, Bud.

-Bien.

El comandante Sánchez desvió la palanca hacia la izquierda, para cobrar distancia entre su aparato y el de Jackson. Esa formación permitía que los aparatos se prestaran mutuo apoyo, además de imposibilitar un ataque simultáneo. Al separarse, ambos aviones descendieron a toda potencia. En pocos segundos habían superado un mach.

-Lo tengo -dijo Trituradora-. Estoy activando el sistema de vídeo.

El «Tomcat» poseía un aparato de identificación sencillo. Era una cámara con una lente telescópica de diez potencias, tanto para el día como la noche. El teniente Walters pudo conectar la televisión en el sistema de radar y, en pocos segundos, obtuvo cuatro puntos que crecieron rápidamente a medida que los «Tomcats» los alcanzaban.

-Formación de timón gemelo.

-Falcon, aquí Pala. Informe a TR que tenemos contacto visual sin identificación y nos estamos acercando.

El mayor Piotr Arabov no estaba más tenso que de costumbre. Era piloto instructor y estaba enseñando a tres libios las complejidades de la navegación nocturna. Treinta minutos antes habían rodeado la isla italiana de Pantelleria y ahora iban hacia Trípoli, el punto de origen. Volar en formación de noche era dificil para los tres libios, aunque cada uno tenía más de trescientas horas de vuelo. Y volar sobre el mar era lo más peligroso. Por fortuna, habían elegido una buena noche. El cielo estrellado les proporcionaba una buena referencia de horizonte. «Será mejor empezar por lo fácil -pensó Arabovy a esta altitud.» Un verdadero perfil táctico, a cien metros y a alta velocidad en una noche nublada, podía ser demasiado peligroso. La habilidad de los libios le impresionaba tan poco como a la Marina estadounidense en anteriores ocasiones, pero parecían dispuestos a aprender, y eso era algo. Además, su rico país petrolero, tras haber aprendido la lección de los iraquíes, había decidido entrenar adecuadamente a sus pilotos. Eso significaba que la Unión Soviética podría vender muchos «MiG-29», pese a que las ventas a Oriente Medio estaban muy recortadas. Eso significaba también que el mayor Arabov recibía parte de su paga en moneda fuerte.

El instructor miró a derecha e izquierda, para comprobar que la formación fuese... bueno, no del todo cerrada, pero bastante. Los aviones se mostraban pesados, pues llevaban dos depósitos de combustible bajo cada ala. Cada depósito tenía aletas estabilizadoras, lo cual les daba aspecto de bombas.

-Van cargados con algo, capitán. Son «Mig-29», sin lugar a dudas.

-Cierto. -Jackson verificó personalmente la imagen y sintonizó su radio-. TR, aquí Pala, cambio.

-Adelante.

El circuito de radio digital permitía a Jackson reconocer la voz del capitán Richards.

Librodot

-TR, hemos identificado a los bogies. Son cuatro «Mig-29». Parecen llevar carga bajo el ala. Curso, velocidad y altitud sin cambios.

Hubo una breve pausa.

-Derribe a esos bastardos.

Jackson levantó la cabeza.

-Repita, TR.

-Pala, aquí TR. Derribe a esos bastardos. Acuse recibo. «Los llama bastardos -pensó Jackson-. Y está más enterado que yo.»

-Recibido. Entro en combate. Corto y fuera. -Jackson volvió a sintonizar-. Bud, vamos a atacar.

-¡Mierda! -comentó Trituradora-. Sugiero que lancemos dos «Phoenix», pareja derecha y pareja izquierda.

-Adelante -replicó Jackson, poniendo la llave de armas que tenía en la parte superior de su palanca en «AIM-54». El teniente Walters programaba los misiles para mantener los radares en silencio hasta que estuvieran apenas a un kilómetro y medio.

-Listo. Alcance dieciséis mil. Los pájaros están en la mira.

La pantalla de Jackson mostraba los signos correctos. Una señal sónica, en los auriculares, le indicó que el primer misil estaba listo para disparar. Apretó el gatillo una vez, esperó un segundo y volvió a apretar.

-¡Mierda! -exclamó Michael «Lobo» Alexander, que volaba a ochocientos metros de allí.

-¡No me vengas con ésas! -le espetó Sánchez.

-El cielo está despejado. No veo nada más alrededor.

Jackson cerró los ojos para proteger sus ojos, de las llamaradas blancas y amarillas de los misiles. Se alejaron rápidamente, acelerando hasta superar los cuatro mil quinientos kilómetros por hora, casi un kilómetro y medio por segundo. Jackson los vio buscar el blanco, en tanto preparaba su avión para otro disparo, por si los «Phoenix» fallaban.

Arabov volvió a revisar sus instrumentos. No había nada fuera de lo normal. Sus receptores de amenaza sólo mostraban radares de búsqueda aérea, aunque una de las lecturas había desaparecido unos minutos antes. Por lo demás, aquélla era una misión de adiestramiento excesivamente rutinaria; volaban en línea recta hacia un punto fijo. Pero sus receptores de amenaza no habían detectado el radar BPI que los rastreaba, a él y a su escuadrilla, desde hacía cinco minutos. Sin embargo, logró detectar el poderoso radar buscador de un misil «Phoenix».

Se encendió una luz roja de emergencia y un chirrido maltrató sus oídos. Arabov echó un vistazo a sus instrumentos. Parecían estar funcionando, pero eso no era... Volvió la cabeza y apenas si tuvo tiempo de ver una media luna de luz amarilla y una estela fantasmal de humo; después, un destello.

El «Phoenix» dirigido hacia el par de la derecha estalló a pocos metros de ellos. La cabeza de combate, de unos cuarenta y cinco kilos, llenó el aire con letales fragmentos disparados a alta velocidad, que hicieron trizas a ambos Mig. Lo mismo ocurrió con el par de la izquierda. El espacio se llenó de una nube incandescente, formada por combustible en explosión y trozos de avión. Los tres pilotos libios murieron instantáneamente en la explosión, pero el ruso se salvó por un pelo. Arabov fue proyectado fuera del aparato por su asiento eyector, cuyo paracaídas se abrió apenas a sesenta metros del agua. Ya inconsciente por el brutal choque de la eyección, el mayor ruso se salvó gracias a su sofisticado traje y a los sistemas de emergencia. Un cuello hinchable le sostuvo la cabeza por encima del agua, una radio de altísima frecuencia empezó a emitir S. O. S. al helicóptero de rescate más cercano y una potente luz de destellos blancos y azules se encendió en la oscuridad. A su alrededor había unos cuantas manchas de combustible en llamas. Nada más.

Jackson contempló todo el proceso. Probablemente había establecido un récord con ese único disparo: cuatro aparatos con un solo misil. Pero eso no requería ninguna habilidad. Como en el caso de su víctima iraquí, ellos ignoraban su presencia. Podría haberlo hecho

cualquier piloto novato. Era asesinato, no guerra. «¿Qué guerra? -se preguntó-¿Estamos en guerra?» Y no sabía siquiera por qué.

-Derribados cuatro Mig -dijo por radio-. TR, aquí Pala. Derribamos cuatro. Regresamos; necesitamos combustible.

-Recibido, Pala, los nodrizas están en vuelo.

-¡Eh, Pala! ¿Sabes qué coño está pasando? -preguntó el teniente Walters.

-Me gustaría saberlo, Trituradora.

«¿Acaso he disparado el primer proyectil de una guerra? ¿Qué guerra?»

El regimiento de tanques era una unidad rusa tan bien preparada como todas las que Keitel había visto. Los tanques principales «T-80» se parecían un poco a juguetes, por los paneles de blindaje reactivo festoneados en la torreta y el casco, pero también eran vehículos peligrosos, cuyos larguísimos cañones de 125 mm no dejaban dudas en cuanto a su identidad y propósito. El supuesto equipo de inspección avanzaba en grupos de tres. Keitel tenía la misión más delicada, pues estaba con el comandante del regimiento. Keitel («el coronel Ivanenko») miró su reloj, caminando detrás del verdadero coronel.

A doscientos metros de distancia, Gunther Bock y otros dos agentes de la ex Stasi se aproximaron a la tripulación de un tanque, que estaba abordando el vehículo.

-¡Alto! -ordenó Bock.

-¿Coronel? -asintió el sargento que mandaba el tanque.

-Bajad. Vamos a inspeccionarlo.

Comandante, artillero y conductor se reunieron delante del vehículo, mientras las otras tripulaciones abordaban los suyos. Bock aguardó a que los tanques vecinos estuvieran cerrados y luego mató a los tres rusos con su automática con silenciador. Los tres cuerpos fueron arrojados bajo el tanque. Bock ocupó el asiento del artillero y buscó los mandos, tal como le habían enseñado. A poco más de un kilómetro, había más de cincuenta tanques norteamericanos «M1A1», cuyos tripulantes también estaban abordando sus vehículos.

-Alcanzando potencia -informó el conductor por el intercomunicador.

Los motores cobraron vida, rugiendo con los otros.

Bock puso en funcionamiento el mecanismo de carga automática. La brecha del cañón principal se abrió; el proyectil y la carga impulsora fueron llevadas a su sitio; luego la brecha se cerró. Bastante fácil, se dijo Bock. A continuación centró la mira y eligió un tanque norteamericano. El aparcamiento del cuartel norteamericano estaba lleno de tanques y vehículos militares. El láser le brindó una imagen de alcance. Bock elevó el cañón hasta la línea de estadímetro. Calculó el viento como cero, pues la noche era serena. Consultó su reloj y esperó a que la manilla alcanzara el doce. Entonces apretó los gatillos. El «T-80» se sacudió hacia atrás, junto con otros tres. Dos tercios de segundo después, el proyectil alcanzó la torreta del tanque americano. Las consecuencias fueron terribles. Había alcanzado el compartimiento de municiones, situado en la parte trasera de la torreta. Las cuarenta balas estallaron de inmediato. Los paneles llevaron la mayor parte hacia arriba, pero las puertas protectoras interiores ya habían sido voladas por el proyectil. Los tripulantes se incineraron en sus asientos, en tanto el vehículo, que costaba dos millones de dólares, se convertía en un abigarrado volcán verde y pardo, junto con otros dos.

El comandante del regimiento ruso quedó paralizado en medio de una frase y se volvió hacia el ruido, incrédulo.

-¿Qué ocurre? -logró gritar antes de que Keitel lo matara de un disparo en la nuca.

Bock ya había disparado su segundo proyectil y estaba cargando el tercero. Antes de que el primer artillero norteamericano lograra cargar un proyectil ya había siete «M1A1» en llamas. La enorme torreta giró en redondo, en tanto los comandantes americanos aullaban órdenes a

Librodot

los conductores y artilleros. Bock vio la torreta en movimiento y disparó hacia ella. Su proyectil pasó demasiado a la izquierda, pero alcanzó a otro «Abrams» situado detrás del primero. El norteamericano también falló, porque el artillero estaba nervioso. Pero su segundo proyectil, hizo estallar un «T-80» situado cerca del que ocupaba Bock. Günther decidió dejar en paz a aquel americano.

-¡Nos atacan! ¡Haced fuego, haced fuego! -aullaron los comandantes de los tanques soviéticos.

Keitel corrió al vehículo de mando.

-Soy el coronel Ivanenko. Su comandante ha muerto. ¡Adelante! ¡Aniquile a esos locos antes de que nos destruyan!

El oficial de operaciones vacilaba, pues no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo. Sólo oía los disparos. Pero las órdenes provenían de un coronel. Cogió el transmisor y emitió las instrucciones de Keitel.

Se produjo el habitual momento de vacilación. Ya había por lo menos diez tanques norteamericanos en llamas, pero cuatro estaban respondiendo a los disparos. Entonces toda la línea soviética abrió fuego y tres nuevos tanques norteamericanos fueron destruidos. Los que estaban tras la primera línea americana empezaron a disparar y a maniobrar hacia atrás, en tanto los tanques soviéticos se ponían en movimiento. Keitel, admirado, observó la salida de los «T-80». Aún quedaban siete, de los cuales cuatro ardían. Otros dos volaron antes de cruzar la línea, donde antaño había estado el Muro de Berlín.

Keitel se dijo que ese momento valía la pena. La idea de Gunther, cualquiera fuese, valía la pena si les permitía ver a los rusos y a los norteamericanos matándose mutuamente.

El almirante Joshua Painter llegó al cuartel general del CINCLANT justo a tiempo de recibir el despacho del Theodore Roosevelt.

-¿Quién está al mando allí?

-El comandante del grupo de combate voló a Nápoles, señor. El oficial a cargo es el capitán Richards -respondió Inteligencia-. Dijo que había cuatro Mig armados y dirigiéndose hacia puerto. Y como estamos en DEFCON-DOS, los derribó por considerarlos amenaza potencial para el grupo.

-¿De quiénes eran los Mig?

-Podrían ser del grupo del Kiznetzov, señor.

-Un momento. ¿Ha dicho DFFCON-DOS?

-El TR está al este de Malta, señor. Cabe aplicar el PU01 -señaló Operaciones.

-¿Sabe alguien lo que está pasando?

-Yo, por todos los diablos, no lo sé -respondió francamente el oficial de Inteligencia.

-Póngame con Richards. -Painter hizo una pausa-. ¿Cuál es el estado de la flota?

-Todo el mundo tiene órdenes de prepararse para ponerse

en marcha, señor. Eso es automático.

-Pero ¿por qué estamos en DEFCON-TRES aquí? -No nos lo han dicho, señor.

-Magnífico. -Painter se quitó el casco y pidió café a gritos.

-El Roosevelt por la línea dos, señor.

Painter pulsó el botón y puso el teléfono en altavoz.

-Aquí CIN-CLANT.

-Soy Richards, señor.

-¿Qué está pasando?

-Tenemos alerta DEFCON-DOS desde hace quince minutos, señor. Detectamos una escuadrilla de «Mig-29» y ordené que los derribaran.

-¿Por qué?

-Parecían ir armados, señor, y recibimos una transmisión de radio sobre la explosión.

Painter quedó paralizado.

-¿Qué explosión?

-La BBC informa sobre una detonación nuclear en Denver, señor. La emisora local que lo dio a conocer ya no emite, según dicen. Así que ordené el disparo. Soy el oficial de mayor graduación presente. Este es mi grupo de combate. Si no tiene más preguntas, señor, aquí tengo mucho quehacer.

Painter comprendió que debía dejarle el camino libre.

-No se precipite, Ernie. Por favor.

-Sí, señor.

La línea quedó muerta.

-¿Explosión nuclear? -preguntó Inteligencia.

Painter tenía una línea caliente con el Centro Nacional de Mando Nacional Militar. La activó.

-Aquí CIN-CLANT.

-Capitán Rosselli, señor.

-¿Se ha producido una explosión nuclear?

-Afirmativo, señor. En la zona de Denver. MDANA estima la potencia en algo más de cien. Hay muchas víctimas. Eso es todo lo que sabemos. Aún no hemos divulgado la noticia.

-Bueno, hay algo que usted debe saber: el Theodore Roosevelt acaba de derribar cuatro «MiG-29». Manténgame informado. A menos que se ordene otra cosa, voy a sacar todo al mar.

Bob Fowler iba ya por su tercera taza de café. Se estaba maldiciendo por haber bebido aquellas cuatro fuertes cervezas alemanas, como si fuera un Archie Bunker cualquiera. Uno de sus temores era que esas personas detectaran el alcohol en su aliento. El intelecto le decía que sus procesos mentales podían verse algo afectados por el consumo de alcohol, pero había bebido la cerveza a lo largo de varias horas; además, los procesos naturales y el café ya habrían purgado su organismo o lo harían muy pronto.

Por primera vez agradeció que hubiera muerto Marian, su esposa. El había presenciado la muerte de esa amada mujer. Sabía cómo eran el dolor y la tragedia. Por horrible que fuera la muerte de todas esas personas, en Denver, se dijo, tenía que dar un paso atrás, y centrarse en evitar nuevas muertes.

De momento las cosas marchaban bien. Había actuado con presteza para evitar la difusión de la noticia. Si algo no hacía falta era un pánico nacional. Las fuerzas armadas estaban en un nivel de alerta más intenso, que impediría o retrasaría indefinidamente un nuevo ataque.

-Bien -dijo, en línea de conferencia con el MDANA y MCAE-. Resumamos lo ocurrido hasta ahora.

Respondió el MDANA:

-Hemos tenido una detonación nuclear de aproximadamente cien kilotones. Aún no hay informes provenientes del lugar. Nuestras fuerzas están en un adecuado nivel de alerta. Las comunicaciones vía satélite están cortadas.

-¿Por qué? -preguntó Elizabeth Elliot, cuya voz sonaba más quebradiza que la de Fowler.

-No lo sabemos. Podría haber sido una detonación nuclear en el espacio, por efectos de la pulsación electromagnética. Cuando estalla un artefacto nuclear a gran altura, la mayor parte de su energía se libera en forma de radiación electromagnética. Los rusos saben más que nosotros de los efectos prácticos de estas explosiones; tienen datos empíricos provenientes de sus pruebas en Nueva Zembla, en la década de los sesenta. Pero no tenemos evidencias de que se haya producido tal explosión, a la que deberíamos haber detectado. Por tanto, es muy improbable suponer un ataque nuclear contra los satélites. La otra posibilidad es que se haya producido una intensa emisión de energía electromagnética desde una fuente de tierra. Ahora bien, los rusos han invertido un montón de dinero en la investigación de armas de microondas. Tienen una nave llena de antenas en el Pacífico oriental. El Yuri Gagarin. Está

Librodot

catalogada como nave de apoyo espacial y lleva cuatro antenas, de alta recepción. Se encuentra a cuatrocientos cincuenta kilómetros de la costa peruana, en el curso de los satélites dañados. Suponemos que está prestando apoyo a las operaciones de la estación espacial Mir. Aparte de eso, no sabemos qué pensar. Ahora mismo tengo a un oficial hablando con Hughes Aerospace, para saber qué piensan allí.

-Bien, nosotros aún estamos tratando de conseguir grabaciones de Stapleton para ver si algún avión pudo haber arrojado la bomba. También estamos a la espera de noticias sobre los equipos de rescate y otros enviados a Denver. Es todo lo que puedo decir.

-Nosotros tenemos dos escuadrillas en vuelo y otras se están preparando -dijo CINC-SAC-. Todas las escuadrillas de misiles están en alerta. Mi suplente está en el aire, a bordo del «Espejo» auxiliar, y otro PMAEN está a punto de despegar.

-¿Ocurre algo en la Unión Soviética?

-Los de defensa aérea están incrementando su nivel de alerta, como ya he dicho -contestó el general Borstein-. Estamos recibiendo otra actividad radial, pero nada que podamos clasificar todavía. No hay indicaciones de que se proyecte un ataque contra EE.UU.

-Bien. -El presidente dejó escapar el aliento. Las cosas estaban mal, pero no fuera de control. Ahora tenía que asentarlo todo, para poder avanzar-. Voy a abrir la línea directa con Moscú.

-Muy bien, señor.

A dos asientos del presidente Fowler, un oficial de la Marina tenía ya su terminal de ordenador encendida.

-Le conviene trasladarse aquí, señor presidente -dijo el oficial-. No puedo transmitir mi imagen a su pantalla. Fowler arrastró su sillón giratorio hasta allí.

-Según funciona esto, señor, yo transcribiré lo que usted diga y se transmitirá directamente a los ordenadores del Pentágono; ellos no harán sino cifrar el mensaje. Pero cuando los rusos respondan, llegará a la sala de línea caliente en ruso, donde lo traducirán para enviarlo aquí. Por si algo sale mal en la capital, en Fort Ritchie hay un equipo auxiliar.

El rótulo identificatorio del oficial rezaba «Orontia»; Fowler no pudo determinar su origen racial. Tenía sus buenos diez kilos de más, pero parecía sereno y competente. Fowler se conformó con eso. Orontia tenía también un paquete de cigarrillos junto a su tablero. El presidente recogió uno, pasando por alto los rótulos de No FUMAR que pendían de todas las paredes. Orontia le dio fuego con un «Zippo».

-Todo, listo, señor.

El oficial Pablo Orontia miró de soslayo al presidente. Esa mirada no delataba el hecho de que había nacido en Pueblo, Colorado, y aún tenía familiares allí. El presidente lo arreglaría todo; ése era su trabajo. El suyo era hacer lo que estuviera en sus manos para ayudarlo. Orontia había servido a su país en dos guerras y en varias crisis, sobre todo como auxiliar de almirante a bordo de portaaviones. En el acto desconectó sus sentimientos, tal como había aprendido a hacer.

-Estimado presidente Narmonov...

El capitán Rosselli observó la primera transmisión auténtica por la línea caliente desde su llegada a Washington. El mensaje fue puesto en el ordenador personal «IBM» y codificado; luego, el operador pulsó el botón para transmitirla. Jim se dijo que en realidad debía estar en su despacho, pero lo que estaba pasando allí podía ser vital para lo que él hacía.

COMO USTED PROBABLEMENTE SABE, SE HA PRODUCIDO UNA GRAN EXPLOSIÓN EN LA REGIÓN CENTRAL DE MI PAÍS. SE ME INFORMA QUE FUE UNA DETONACIÓN NUCLEAR Y QUE LA PÉRDIDA DE VIDAS ES GRAVE, leyó

el presidente Narmonov, rodeado de sus asesores.

-Lo que cabía esperar -dijo-. Envíen nuestra respuesta.

Librodot

-¡Vaya, qué rapidez! -exclamó el coronel del Ejército de turno, iniciando la traducción. Un sargento de la Marina transcribió la versión inglesa, que fue automáticamente transmitida a Camp David, Fort Ritchie y el Departamento de Estado. Los ordenadores imprimieron copias que fueron remitidas por fax al MAE, el MDANA y los organismos de Inteligencia.

RESPUESTA DE MOSCÚ.

PRESIDENTE FOWLER:

HEMOS DETECTADO LA EXPLOSIÓN. RECIBA NUESTRAS MÁS PROFUNDAS CONDOLENCIAS DEL PUEBLO SOVIÉTICO. ¿CÓMO HA SIDO POSIBLE SE MEJANTE ACCIDENTE?

-¿Accidente? -preguntó Fowler.

-Ha sido demasiado rápido, Robert -observó Elliot-

Demasiado rápido, por Dios. Narmonov no domina bien el inglés. Seguramente hubo que traducir nuestro mensaje, y uno se toma tiempo para leer mensajes así. Probablemente tenían la respuesta preparada... ¿Qué supone eso? -preguntó casi para sus adentros, mientras Fowler dictaba su mensaje siguiente. «¿Qué está pasando aquí? ¿Quién hace esto y por qué?», pensó Elliot.

PRESIDENTE NARMONOV;

LAMENTO INFORMARLE QUE NO FUE UN ACCIDENTE. No HAY ARTEFACTOS NUCLEARES EN UN RADIO DE CIENTO CINCUENTA KILÓMETROS NI HABÍA ARMAS EN TRANSITO POR LA ZONA. HA SIDO UN ACTO DELIBERADO DE FUERZAS DESCONOCIDAS.

-Bueno, no me sorprende -dijo Narmonov, felicitándose por haber previsto correctamente el primer mensaje de los norteamericanos-. Envíe la réplica siguiente -indicó al oficial. Y a sus asesores-: Fowler es un hombre arrogante, con todas las debilidades de la arrogancia, pero no es tonto. Esta tragedia le provocará una gran excitación emocional. Debemos apaciguarlo, serenarlo. Si logra dominarse, su inteligencia le permitirá dominar el asunto.

-Presidente -dijo Golovko, que acababa de llegar al centro de mando-, creo que es un error.

-¿A qué se refiere? -preguntó Narmonov, algo sorprendido.

-Es un error ajustar sus mensajes a lo que usted piensa de ese hombre, su carácter y su estado mental. Bajo presión, la gente cambia. El hombre que está en el otro extremo de esa línea telefónica puede no ser el mismo que usted conoció en Roma.

-Tonterías -replicó Narmonov-. La gente así no cambia jamás. Demasiado los conocemos aquí. Durante toda mi vida he tratado con personas como Fowler.

PRESIDENTE FOWLER:

Si SE TRATA DE UN ACTO DELIBERADO, ES UN CRIMEN SIN PRECEDENTES EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD. ¿QUÉ LOCO PUDO HABERLO COMETIDO Y CON QUÉ FINALIDAD? ESE ACTO PODRÍA CONDUCIR A UNA CATÁSTROFE MUNDIAL. DEBE USTED CREER QUE LA UNIÓN SOVIÉTICA NO HA TENIDO NADA QUE VER CON ESA INFAMIA CRIMINAL.

-Demasiado pronto, Robert -dijo Elliot-. ¿«Debe usted creer»? ¿Qué trata de decir ese tipo?

-Estás afinando demasiado, Elizabeth -replicó Fowler. -¡Esas respuestas estaban preparadas, Robert! Salta a la vista. Responde con demasiada prontitud. Tenia las respuestas preparadas. Y eso significa algo.

-¿Qué, por ejemplo?

-¡Por ejemplo, que nosotros habíamos previsto asistir al partido! Sin embargo, creo que todo estaba preparado para otra persona. Para Durling, por ejemplo. Pero ¿y si la bomba también era para ti, junto con Brent y Dennis?

-¡Te he dicho que no insistas con eso! -exclamó Fowler con enfado. Hizo una pausa para aspirar hondo. Debía serenarse. Era preciso mantener la calma-. Mira, Elizabeth...

-¡No puedes dejar eso a un lado! Tienes que tener en cuenta esa posibilidad. Porque si así estaba planeado, eso nos indica algo sobre lo que está pasando.

Librodot

-La doctora Elliot está en lo cierto -dijo MDANA por la línea abierta-. Usted tiene razón al no implicarse emocionalmente, señor presidente, pero debe considerar todos los aspectos posibles del concepto operativo que puede estar operando aquí.

-Estoy de acuerdo -agregó CINC-SAC.

-Está bien. ¿Qué hago, pues? -preguntó Fowler.

-Señor -dijo MDANA-, a mí tampoco me ha gustado lo de «debe usted creer». Sería buena idea hacerles saber que estamos dispuestos a defendernos.

-Sí -concordó el general Fremont-. De cualquier modo, el ruso tiene que saberlo.

-Pero ¿y si toma nuestro nivel de alerta como amenaza?

-No lo hará, señor -le aseguró MDANA-. Hemos hecho lo normal en un caso como éste. Sus mandos militares son muy profesionales.

Fowler notó que la doctora Elliot fruncía el ceño ante aquel comentario.

-Bien, le diré que hemos puesto a nuestras fuerzas en alerta, pero que no debe preocuparse.

PRESIDENTE NARMONOV:

NO TENEMOS MOTIVOS PARA SOSPECHAR PARTICIPACIÓN SOVIÉTICA EN ESTE INCIDENTE. SIN EMBARGO, DEBEMOS ACTUAR CON PRUDENCIA. HEMOS SIDO VÍCTIMAS DE UN ATAQUE CRUEL Y DEBEMOS ACTUAR EN CONSECUENCIA. HE PUESTO A NUESTRAS FUERZAS ARMADAS EN ALERTA DEFENSIVA. TAMBIÉN HA SIDO NECESARIO PARA EL MANTENIMIENTO DEL ORDEN PÚBLICO Y PARA AYUDAR EN LAS OPERACIONES DE RESCATE. TIENE USTED MI GARANTÍA PERSONAL DE QUE NO INICIAREMOS ACCIONES OFENSIVAS SIN CAUSA JUSTA.

-Esto me tranquiliza -observó secamente Narmonov-. ¡Un detalle de su parte el comunicarnos lo de la alerta!

-Ya lo sabíamos -dijo Golovko-, y él debe de saber que ya lo sabíamos. No sabe que conocemos la extensión de su alerta -dijo el ministro de Defensa-. Ignora que desciframos sus códigos. El nivel de alerta de sus fuerzas es más que de precaución. Las fuerzas estratégicas norteamericanas no han estado tan preparadas desde 1962.

-¿De veras? -preguntó Narmonov.

-Eso no es técnicamente cierto, general -dijo Golovko-. El nivel normal de alerta es muy alto para las fuerzas estratégicas norteamericanas, lo ha sido siempre.

-¿Es correcto? -preguntó Narmonov.

El ministro de Defensa se encogió de hombros.

-Depende de cómo se mire. Sus bases de misiles estratégicos están siempre en un nivel de alerta más alto que el nuestro debido al escaso mantenimiento que requieren sus equipos. Lo mismo puede decirse de sus submarinos, que pasan más tiempo en el mar que los nuestros. La diferencia teórica puede ser pequeña, pero la psicológica no lo es. Aumentar el nivel de alerta indica al pueblo que algo terrible está en marcha. Y creo que eso es importante.

-Yo no lo creo -contraatacó Golovko.

«Estupendo -pensó Narmonov-, dos de mis principales asesores están en desacuerdo en un punto esencial...»

-Tenemos que responder -dijo el ministro de Asuntos Exteriores.

PRESIDENTE FOWLER:

HEMOS REPARADO EN SU ALTO NIVEL DE ALERTA. PUESTO QUE LA MAYOR PARTE DE SUS ARMAS APUNTAN DE HECHO A LA UNIÓN SOVIÉTICA, NOSOTROS TAMBIÉN TOMAREMOS PRECAUCIONES. CONSIDERO MUY IMPORTANTE QUE NUESTROS PAÍSES NO INICIEN ACCIONES QUE PUEDAN PARECER PROVOCADORAS.

-Este no lo tenían preparado -señaló Elliot-. Antes dijo que ellos no tenían nada que ver; ahora dice que nos conviene no provocarlo. ¿Qué es lo que está pensando realmente?

Librodot

Ryan estudió los fax de los seis mensajes y se los pasó a Goodley.

-Dime qué opinas, Ben.

-Parece que todo el mundo está jugando con extrema cautela, como corresponde. Nosotros alertamos a nuestras fuerzas como medida de precaución y ellos hacen otro tanto. Fowler dice que no tenemos motivos para pensar que esto sea obra de ellos. Narmonov dice que ambos deben andarse con pies de plomo para no provocar al otro. Hasta aquí, todo correcto.

-Estoy de acuerdo -dijo el oficial superior de turno.

-Yo también -dijo Jack. «Gracias, Bob. No me has defraudado.»

Rosselli regresó a su despacho. Las cosas parecían estar más o menos en orden.

-¿Dónde diablos estabas? -preguntó Rocky Barnes. -En la sala de la línea caliente. Todo parece bastante en calma.

-Ya no, Jim.

El general Paul Wilkes estaba muy cerca. Había tardado casi veinte minutos en llegar desde su casa a la carretera «I-295» y desde allí a la «I-395», aunque la distancia total no superaba los siete kilómetros y medio. Los quitanieves apenas si habían pasado por allí y las partes cubiertas de sal también se estaban congelando. Los pocos conductores que se arriesgaban a salir tenían que extremar sus habilidades al volante. Wilkes acababa de pasar por la calle South Capitol y se encaminaba hacia la salida a Maine Avenue, colina abajo. A su izquierda, un maniático a bordo de un «Toyota» quiso adelantarlo y se le puso a la derecha, para desviarse por la salida hacia el centro. El Toyota derrapó en un tramo de hielo. No había posibilidad de esquivarlo. Wilkes chocó de flanco contra el coche, a unos veintidós kilómetros por hora.

-¡Al infierno con todo! -exclamó.

No podía entretenerse. Retrocedió unos metros y trató de maniobrar para reanudar la marcha, antes de que el otro conductor se apeara. Pero no miró por el espejo retrovisor. Al cambiar de carril chocó por detrás con un tractor que avanzaba a unos cuarenta kilómetros por hora. Bastó para que el coche del general cruzara al carril contrario y colisionara frontalmente con otro coche.

Wilkes murió en el acto.

XXXIX. ECOS

Elizabeth Elliot miraba inexpresivamente la pared de enfrente, mientras sorbía su café. Era lo único que tenía sentido. Tantas advertencias como habían recibido sin prestarles atención... Todo coincidía. Los militares soviéticos estaban haciendo un juego de poder y Bob Fowler, como objetivo, debía de formar parte de eso. «Nosotros debíamos estar ahí -pensaba-. Bob quería ir al estadio y todo el mundo esperaba que lo hiciera, porque Dennis Bunker era propietario de uno de esos equipos. Yo también habría debido estar allí. A estas horas habría muerto. Si querían matar a Bob, también querían matarme a mí...»

PRESIDENTE NARMONOV:

ME COMPLACE QUE ESTEMOS DE ACUERDO SOBRE LA NECESIDAD DE MANTENER LA CAUTELA Y EL RACIOCINIO. AHORA DEBO CONFERENCIAR CON MIS ASESORES A FIN DE DILUCIDAR LA CAUSA DE ESTE HECHO TERRIBLE E INICIAR LAS OPERACIONES DE RESCATE. LO MANTENDRÉ INFORMADO.

La respuesta fue casi inmediata.

PRESIDENTE FOWLER: QUEDAMOS A LA ESPERA.

-Magnífico -dijo el presidente, mirando la pantalla.

Librodot

-¿De verdad? -preguntó Elliot.

-¿Qué quieres decir?

-Uno: se ha producido una explosión nuclear, Robert, en un lugar en el que tú debías estar presente. Dos: hay informes sobre la desaparición de armas nucleares soviéticas. Tres: ¿cómo sabemos, en realidad, que es Narmonov quien está en el otro extremo de ese ordenador? -preguntó Liz.

-¿Qué?

-Nuestros mejores datos de Inteligencia sugieren la posibilidad de que en Rusia haya un golpe de Estado, ¿no? Pero ahora estamos actuando como si esos datos no existieran, aunque aquí ha estallado algo que bien podría ser un arma nuclear táctica... exactamente lo que parece haber desaparecido. No estamos considerando todas las dimensiones posibles. -La doctora Elliot se volvió hacia el micrófono-. General Borstein, ¿es muy difícil introducir un artefacto nuclear en EE.UU.?

-Con nuestros controles de frontera, es un juego de niños -replicó MDANA-. ¿Qué sugiere usted, doctora Elliot?

-Sugiero que, desde hace tiempo, tenemos datos de Inteligencia según los cuales Narmonov está en dificultades políticas; se dice que sus militares están en actividad y que existe una faceta nuclear. ¿Y si allí hubo un golpe de Estado? Domingo por la noche, madrugada del lunes... es un buen momento. Siempre hemos supuesto que el elemento nuclear era para una extorsión doméstica, pero ¿y si la operación fuera más astuta? ¿Y si imaginaron que podían decapitar a nuestro Gobierno a fin de impedir que interfiriéramos con su golpe de Estado? Bueno, estalla la bomba y Durling está en el PMAEN, justo como en estos momentos; hablan con él. Pueden anticipar nuestros pasos y prever lo que dirán por la línea caliente. Nosotros entramos automáticamente en alerta. Entonces ellos.. ¿Me explico? No podemos interferir en modo alguno con el golpe.

-Antes de evaluar esa posibilidad, señor presidente, creo que usted necesita asesoramiento de los organismos de inteligencia -dijo CINC-SAC.

Se encendió otro teléfono. Atendió el oficial en jefe.

-Es para usted, señor presidente. Del CMNM.

-Soy Fowler.

-Capitán Jim Rosselli, señor, del Centro de Mando Nacional Militar. Tenemos dos informes de contactos con EE.UU.y fuerzas soviéticas. El Theodore Roosevelt informa que han liquidado... es decir, derribado, señor, una escuadrilla de cuatro «Mig-29» rusos.

-¿Qué? ¿Por qué?

-Según las normas PVOI, señor, el comandante de un buque tiene derecho a iniciar acciones defensivas para proteger su nave. Recuerde que el Theodore Roosevelt está ahora en DEFCON-DOS. El segundo informe es el siguiente: al parecer, ha habido un intercambio de disparos entre tanques rusos y norteamericanos en Berlín. SACEUR dice que el mensaje de radio cesó. Es decir, fue cortado, señor. Previamente, un capitán del Ejército estadounidense informó que los tanques soviéticos estaban atacando el cuartel de nuestra brigada en el sur de Berlín y que uno de nuestros batallones de tanques fue casi eliminado. Fueron atacados en el estacionamiento por fuerzas soviéticas estacionadas justo enfrente. Estos dos informes llegaron casi simultáneamente. Las horas establecidas guardan entre sí dos minutos de diferencia, señor presidente. Ahora estamos tratando de recuperar conexión con Berlín, a través de SACEUR de Mons, Bélgica.

-Por Dios -exclamó Fowler-. ¿Qué opinas, Elizabeth? -Podría demostrar que no están bromeando, que están decididos a impedir que nos entrometamos.

La mayor parte de las fuerzas norteamericanas habían conseguido escapar del cuartel. El oficial de mayor rango, un teniente coronel, ordenó correr a cubrirse en los bosques y las

Librodot

calles residenciales que rodeaban el cuartel. Su superior, el coronel, había desaparecido. El oficial al mando analizaba sus opciones. La brigada contaba con dos batallones de Infantería mecanizada y una de tanques. De esta última, sólo habían escapado nueve de los cincuenta y dos carros «M1A1» . Del resto se podía ver el fulgor del incendio.

Una inesperada alerta de DEFCOy-TRES y, diez minutos después, aquello. Más de cuarenta tanques y cien hombres perdidos, liquidados sin previo aviso. Bueno, ya se ocuparía de eso. La Brigada Berlín estaba allí desde mucho antes de su nacimiento, y había puestos de defensa por todo el campamento. El coronel despachó sus tanques restantes y ordenó que los vehículos de combate «Bradley» dispararan sus misiles «Tow-2».

Los tanques rusos se habían detenido después de devastar el aparcamiento de tanques. No tenían más órdenes. Los comandantes de batallón aún no estaban al mando de sus unidades, que habían quedado atrás ante el loco avance de los «T-80» a través de la línea; el comandante del regimiento había desaparecido. Al no tener órdenes, las compañías de tanques se detuvieron, inmóviles, a la búsqueda de blancos. Tampoco estaba allí el oficial responsable del regimiento. Cuando el comandante de mayor antigüedad del batallón reparó en eso, su tanque se dirigió al cuartel, pues él era el siguiente en rango. Aquello era asombroso. Primero, la inspección inesperada; luego, el cable de alerta desde Moscú, Y entonces los norteamericanos habían empezado a disparar. No tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo. Los cuarteles y los edificios administrativos tenían aún las luces encendidas. Alguien tendría que apagar esas luces. Su «T-80» se recortaba contra un fondo de luces como si fuera el blanco en una galería de tiro.

-Tanque de comando, a las dos, recortado contra el cielo, avanzando de izquierda a derecha -anunció un sargento a un cabo.

-Identificado -replicó el artillero por el intercomunicador. -Fuego.

El cabo apretó el gatillo. El tubo del misil perdió su sello y el «TOW-2» salió bruscamente, arrastrando su fino cable de mando. El objetivo estaba a unos dos mil quinientos metros de distancia. El artillero mantuvo la mira sobre el objetivo, guiando su misil antitanque. Tardó ocho segundos, y el hombre tuvo la satisfacción de ver la detonación justo en el centro de la torreta.

-Blanco -dijo el comandante del «Bradley»-. Alto el fuego. Ahora busquemos a otro de esos hijos de puta... ¡A las diez, tanque, girando!

La torreta se desvió hacia la izquierda.

-Identificado...

-Bien, ¿qué opina la CIA de esto? -preguntó Fowler.

-Sólo tenemos informaciones aisladas, señor -respondió, Ryan.

-El Roosevelt tiene un portaaviones soviético con su grupa de combate a unos cientos de kilómetros de su popa, y llevar. «Mig-29» -observó el almirante Painter.

-Más cerca aún está Libia, donde nuestro amigo el coronel tiene cien aparatos similares.

-¿Que sobrevuelan el mar a medianoche? -preguntó Painter-. ¿Desde cuándo los libios hacen eso... y a treinta y tantos kilómetros de un grupo de batalla nuestro?

-¿Y lo de Berlín? -preguntó Liz Elliot.

-¡No lo sabemos! -Ryan hizo una pausa y aspiró hondo-. Recuerde que no sabemos gran cosa.

-¿Y si Spinnaker tuviera razón, Ryan? -preguntó Elliot. -¿Que quiere decir?

-¿Y si en la Unión Soviética hay un golpe militar en marcha, en estos momentos, y enviaron una bomba aquí para impedir que interviniéramos, para decapitarnos?

-Eso es una locura -respondió Jack-. ¿Arriesgarse a una guerra? ¿Para qué? ¿Qué haríamos nosotros si hubiera un golpe? ¿Atacar de inmediato?

Librodot

-Tal vez los militares rusos suponen que sí -señaló Elliot.

-No estoy de acuerdo. Creo que Spinnaker puede habernos engañado desde el principio de este asunto.

-¿Acaba de inventárselo, Ryan? -preguntó Fowler.

El presidente empezaba a comprender que bien podía haber sido el verdadero blanco de la bomba, que sólo el modelo teórico de Elizabeth tenía sentido.

-¡No, señor! -contraatacó Ryan, indignado-. No olvide que aquí el halcón soy yo. Los militares rusos son demasiado inteligentes para hacer algo así. La apuesta sería demasiado grande.

-¡En ese caso, explíqueme a qué se debe el ataque a nuestras fuerzas! -dijo Elliot.

-No estamos seguros de que se hayan producido ataques contra nuestras fuerzas.

-¿Quiere decir que nuestra gente miente? -preguntó Fowler.

-Usted no lo razona a fondo, señor presidente. Está bien, supongamos que en la Unión Soviética hay un golpe militar en marcha. Yo no acepto esa hipótesis, pero supongamos que es así. Ustedes dicen que la finalidad de la bomba era impedir nuestra intervención. Bien. En ese caso ¿a qué atacar a nuestras fuerzas militares si quieren que nos quedemos cruzados de brazos?

-Para demostrar que van en serio -contraatacó Elliot.

-¡Eso es descabellado! Equivale a reconocer su responsabilidad en la bomba. ¿Podrían esperar que no respondiéramos a un ataque nuclear? -apuntó Ryan. Y respondió a su propia pregunta-: ¡No tiene sentido!

-Dígame entonces algo que sí lo tenga -desafió Fowler.

-Nos encontramos en las primerísimas etapas de una crisis, señor presidente. La información que tenernos es aislada y confusa. Mientras no sepamos algo más, tratar de acelerarlo es peligroso.

Fowler se inclinó hacia el micrófono.

-Su trabajo consiste en decirme qué está pasando, no en darme lecciones sobre cómo actuar en una crisis. ¡Cuando sepa algo que pueda serme útil, vuelva a comunicarse conmigo!

-¿En qué diablos están pensando? -preguntó Ryan.

-¿Hay algo que yo no sepa? -preguntó Goodley. El aspecto alarmado del joven académico coincidía con las sensaciones de Ryan.

-¿Te crees diferente al resto de nosotros? -le espetó Jack. Pero se arrepintió de inmediato. Bienvenido al manejo de crisis. Nadie sabe una mierda pero se supone que aun así uno tiene que tornar las decisiones correctas. Sólo que no es posible.

-Lo del portaaviones me preocupa -dijo el de Ciencia y Tecnología.

-Te equivocas. Si sólo derribamos cuatro aviones, ha caído apenas un puñado de personas -señaló Ryan-. Lo preocupante es Berlín. Si hay una batalla allí, el asunto es tan grave como un ataque a una de nuestras instalaciones estratégicas. Veamos si podernos comunicarnos con SACEUR.

Los nueve tanques «M1A1 » supervivientes se dirigían hacia el Norte a lo largo de una avenida berlinesa, junto con un grupo de carros «Bradley». Las luces de la calle estaban encendidas y la gente asomaba la cabeza por las ventanas; los escasos observadores comprendieron pronto que aquello no eran unas maniobras. Todos los tanques habían retirado de sus motores los topes de velocidad; en Norteamérica se los habría arrestado por violar el límite de las autopistas interestatales. A un kilómetro y medio del campamento viraron hacia el Este. Encabezaba la formación un oficial de alto rango, que conocía bien Berlín (era su tercer turno en la ciudad, antes dividida); tenía pensado un sitio perfecto, si acaso los rusos no le habían ganado de mano. Era un sitio en obras, un monumento al muro y a sus víctimas que se estaba levantando después de una larga disputa. Desde allí se veían los recintos ruso y norteamericano, que pronto serían desocupados; las excavadoras habían levantado un alto

montículo de tierra donde descansaría el pedestal del monumento. Por el momento era sólo una gruesa rampa. Los tanques soviéticos andaban sin rumbo alrededor del objetivo, probablemente esperando que apareciera la Infantería. Estaban recibiendo los disparos de los «Bradley» y devolvían el fuego hacia los bosques.

-Por Dios, tenemos que salvar a los chicos de los « Bradley» -dijo el comandante de la unidad, un capitán cuyo tanque era el último superviviente de su compañía-. Ocupad vuestros puestos.

Eso llevó un minuto. Luego los tanques bajaron los cascos, mostrando sólo sus cañones y la parte superior de las torretas.

-¡Fuego a discreción!

Los nueve tanques dispararon a la vez. La distancia era apenas de dos mil metros y ahora el elemento sorpresa estaba de su parte. Cinco tanques rusos ardieron tras la primera descarga; a la segunda, seis más, en tanto los «Abrams» no dejaban de disparar.

Entre los árboles donde estaban los «Bradley», el oficial de la brigada vio que el extremo norte de la línea rusa se derrumbaba. Las tripulaciones de los tanques americanos integradas por veteranos combatientes, ahora llevaban la ventaja. El batallón ruso que estaba más al Norte trataba de reorganizarse, pero un « Bradley» parecía haber hecho blanco en su comandante y allí había confusión. La pregunta que le rondaba la cabeza era: «:¿Por qué los rusos no llevaron el ataque hasta el final en un principio?» Pero eso tendría que quedar para el informe posterior a la acción. De momento, le estaban parando los pies a aquellos malditos rusos.

-Señor, el Séptimo Ejército. -Un sargento le entregó un micrófonó.

-¿Qué está pasando allí?

-Soy el teniente coronel Ed Long, general. El regimiento ruso nos ha atacado. Sin previo aviso, se abalanzaron como Jeb Stuar. Los hemos detenido, pero hemos perdido la mayor parte de los tanques. Necesitamos ayuda.

-¿Pérdidas?

-Más de cuarenta tanques, ocho «Bradleys» y por lo menos doscientos hombres.

-¿Fuerza del enemigo?

-Un regimiento de tanques. Nada más todavía, pero no me fío, señor.

-Bien. Enviaremos refuerzos.

El general Kuropatkin analizó su tablero de situación. Todos los sistemas de radar que no necesitaban reparaciones estaban operando. La información de los satélites le dijo que había dos bases del MAE vacías. Eso significaba que sus bombarderos estaban en vuelo hacia la Unión Soviética, junto con los aviones nodrizas «KC-135». También las rampas de misiles estratégicas estarían en alerta máxima. Los satélites «Eagle» emitirían una advertencia de lanzamiento, anunciando que a la Unión Soviética le quedaban treinta minutos de vida. Treinta minutos, pensó el general. Treinta minutos y la sensatez del presidente norteamericano era todo lo que se interponía entre la vida y la muerte de su país.

-Aumenta la actividad aérea sobre Alemania -dijo un coronel-. Algunos aviones de combate norteamericanos despegan de Ramstein y Bitburg con rumbo Este. Un total de ocho aparatos.

-¿Qué tenemos sobre los «Stealth» norteamericanos?

-Hay una escuadrilla de dieciocho aparatos en Ramstein Supuestamente, están allí para hacer una demostración con intenciones de venderlos a tos aliados de la OTAN.

-En este momento podrían estar todos en vuelo, llevando armas nucleares -apuntó Kuropatkin.

-Correcto. Cada uno puede llevar dos armas ele tipo «B-61 ». En altitud de crucero, llegarían a Moscú antes de que lo supieramos.

-Y con sus sofisticados aparatos... podrían conducirlas exactamente hasta el blanco deseado, cualquiera que fuese... dos horas y media del punto de despegue... ¡Por Dios!

Librodot

En modalidad penetración de tierra, esas bombas podían incluso destruir el refugio presidencial. Kuropatkin cogió el teléfono.

-Póngame con el presidente.

-Si, general, ¿que ocurre? -preguntó Narmonov. -Tenemos señales de actividad aérea norteamericana sobre Alemania.

-Hay más que eso -repuso Narmonov-. El regimiento blindado de Berlin informa que está siendo atacado por tropas norteamericanas.

-¡Cómo!

«Y el informe Llegó cinco minutos después de que mi amigo Fowler prometiera abstenerse de provocaciones», pensó el presidente soviético.

-Hable de prisa. Tengo demasiado quehacer.

-Presidente Narmonov, hace dos semanas, una escuadrilla de «Stealths F-117A» llegó a la base aérea de Ramstein, al parecer para una demostración. Tienen intenciones de vendérselos a la OTAN. Cada uno de esos aviones puede transportar dos armas de medio megatón.

-¿De veras?

-Señor, son aviones prácticamente invisibles a nuestros sistemas de detección.

-¿Y por qué lo menciona?

-Desde la base Ramstein, repostando combustible en vuelo, pueden llegar a Moscú en menos de tres horas. Tendríamos tan poco tiempo para prepararnos como lo tuvo Irak.

-Tan eficientes son?

-Uno de los motivos de que dejáramos personal en Irak fue para observar de qué eran capaces los norteamericanos. Nuestra gente nunca detectó a ese avión norteamericano, ni con nuestros radares ni con los franceses que tenía Saddam. Si, son muy eficientes.

-Pero ¿por qué harían algo así? -interpelo Narmonov. ¿Por qué atacaron nuestro regimiento de Berlín? -preguntó el ministro de Defensa, a modo de respuesta.

-En cualquier caso, este refugio es indestructible.

-Pero no resistiría a una bomba nuclear de gravedad, lanzada con precisión. Sólo estamos a cien metros bajo tierra -dijo el ministro de Defensa. En la antigua batalla entre el hacha y la armadura, siempre ganaba el hacha.

-Entiendo -dijo Narmonov-. ¿Sabemos qué está pasando en Berlín?

-No; sólo tenemos informaciones parciales.

-Haga que alguien lo averigüe. Que nuestros hombres se retiren, y se limiten a acciones defensivas. -Bien, señor. Sin duda es lo más prudente.

El Centro Fotográfico de Inteligencia (CFI) está situado en el Washington Navy Yard, en uno de los varios edificios sin ventanas que albergan actividades gubernamentales muy delicadas. En ese momento tenían en órbita tres satélites fotográficos «Kh-11» y dos «Lacrosse Kh-12» para imágenes de radar. A las 00.26.46 hora de Greenwich, uno de los « Kh-11 » pasó sobre Denver. Todas sus cámaras enfocaron la ciudad, especialmente los suburbios del sur. Las imágenes se transmitieron en directo a Fort Belvoir, Virginia, y desde allí al CFI por cable de fibra óptica. En el CFI fueron grabadas en cintas de dos pulgadas. De inmediato se iniciaron los análisis.

En esta ocasión era un « DC-10». Qati y Ghosn volvieron a instalarse en primera clase, complacidos y asombrados de su buena suerte. La noticia se había difundido pocos minutos antes de que se anunciara el vuelo. A partir de que el informe fue enviado por los teletipos de «Reuters», era inevitable. AP

UPI lo recogieron instantáneamente y todas las emisoras de televisión estaban suscritas a sus servicios. Las afiliadas locales lo difundieron, al tiempo que se preguntaban por qué las grandes redes no habían emitido un boletín especial. Lo que más había sorprendido a Qati era

Librodot

el silencio. Cuando la noticia se esparció como una ola a través del aeropuerto, no dejó tras de sí gritos ni pánico, sino un fantasmagórico silencio que permitió oír las llamadas a los aviones y otros ruidos de fondo, normalmente acallados por la cacofonía de voces. «Conque lo norteamericanos asumen la tragedia y la muerte», pensó el comandante. La falta de pasión lo sorprendió.

El «DC 10» tomó impulso por la pista y despegó. Pocos minutos después navegaba por sobre aguas internacionales, rumbo a un país neutral, hacia la seguridad. «Un último trasbordo», pensaron los dos hombres. Un último trasbordo y desaparecerían por completo. ¿Quién habría podido esperar tanta suerte?

-Las emisiones en infrarrojo son extraordinarias -pensó en voz alta el fotoanalista. Era su primera detonación nuclear-Tengo daños e incendios secundarios en un kilómetro y medio a la redonda. Del estadio no se ve mucho. Demasiado humo e interferencias. En la próxima pasada, con un poco de suerte, obtendremos una imagen más nítida.

-¿Qué puede decirnos sobre el número de víctimas? -preguntó Ryan.

-Poca cosa. En general, las fotografías muestran un humo que lo oscurece todo. Los niveles de infrarrojos son muy altos. Numerosos incendios en las inmediaciones del estadio. Coches, depósitos de combustible en llamas.

Jack se volvió hacia el oficial de Ciencia y Tecnología. -¿Quién está en la sección fotografía?

-Nadie -respondió el hombre-. Recuerde que estamos en fin de semana. A menos que se espere algo importante, durante los fines de semana se encarga el CFI.

-¿Quién es el mejor?

-Andy Davis, pero vive en Manassas y las carreteras están cortadas.

-Maldición. -Ryan tomó nuevamente el teléfono-. Envíenos sus diez mejores fotos -ordenó al CFI.

-Las tendrá en dos o tres minutos.

-¿Y alguien que pueda evaluar el efecto de la bomba?

-Yo mismo -dijo el de Ciencia y Tecnología-. Trabajé en Inteligencia de la Fuerza Aérea.

-Adelante, pues.

Los carros «Abrams» ya habían dado cuenta de unos treinta «T-80» rusos. Los soviéticos se retiraron hacia el sur para cubrirse. Al responder al fuego le habían dado a tres «M1A1» más, pero ahora las fuerzas eran mucho más parejas. El capitán que mandaba el destacamento de tanques envió a sus «Bradley» hacia el Este, para efectuar un reconocimiento. Como en la primera salida, había personas que observaban desde ventanas sin iluminar. El comandante de un «Bradley», preocupado por el alumbrado, cogió una metralleta y empezó a apagar las farolas a tiros, para horror de los berlineses.

-¿Y ahora? -preguntó Keitel.

-Ahora salimos de aquí como si nos llevara el diablo y desaparecemos. La misión ha sido cumplida -replicó Bock, girando el volante la izquierda.

Lo mejor parecía ser huir hacia el Norte. Abandonarían el coche y el camión y, después de cambiarse de ropa, desaparecerían. Bock se dijo que escapar era importante, pero sobre todo pensaba en que había vengado a su Petra. Eran los norte-americanos y los rusos quienes habían provocado la muerte de su mujer. Los alemanes eran sólo marionetas de los grandes jugadores. Y esos grandes jugadores estaban pagando sus cuentas. Y aún pagarían más. A fin de cuentas, la venganza no era tan mal bocado.

-Coche oficial ruso -dijo el artillero- y un camión GAZ.

-Prepárese. -El comandante del vehículo se tomó su tiempo para identificar a los blancos

Librodot

que se aproximaban-. Espere.

-Me encanta matar oficiales... -El artillero centró la mira de su cañón de 25 mm-. Los tengo, sargento.

Pese a su experiencia terrorista, Bock no era un soldado. Al ver aquella silueta oscura y cuadrada, a dos calles de distancia, la tomó por un cañón grande. Su plan había resultado. La alerta norteamericana, en momento tan oportuno, sólo podía significar que Qati y Ghosn habían cumplido con su parte exactamente como él lo imaginara cinco meses atrás. Sus ojos cambiaron de dirección al ver lo que parecía el relampagueo de un flash y una banda de luz que pasó por encima de su cabeza.

-¡Fuego!

El artillero tenía su selector en fuego rápido. El arma de 25 mm era estupenda por su exactitud y las balas rastreadoras daban de lleno en el blanco. La primera ráfaga alcanzó al camión. Allí podía haber soldados rusos. Las balas alcanzaron al motor, reduciéndolo a fragmentos; después, una ráfaga barrió la cabina y la caja. El camión se sacudió, con las dos ruedas delanteras convertidas en jirones, y finalmente se detuvo emitiendo agudos chirridos. A continuación, el artillero lanzó una breve ráfaga al coche oficial, que perdió el control y se estrelló contra un «BMW» aparcado. Sólo para asegurarse, el artillero disparó otra vez contra ambos vehículos. Alguien baó del camión, probablemente herido, a juzgar por el modo en que se movía. Otras dos balas de 25 mm lo arreglaron.

El «Abrams» se alejó de allí. Dos minutos después se detuvo en una esquina adecuada para la vigilancia. Los coches de Policía volaban por las calles con las luces azules encendidas. Uno de ellos se detuvo a unos cientos de metros del «Bradley», retrocedió salió disparado. El comandante, se dijo que los policías alemanes eran inteligentes.

Cinco minutos después de que el «Bradley» partiera hacia otro bloqueo salió a la calle el primer berlinés: un valiente médico, que se acercó al coche oficial ruso. Los dos hombres estaban muertos, con el torso hecho erizas por las balas, pero las caras se mantenían intactas, salvo por la sangre. El camión estaba en peores condiciones. Uno de los hombres podía haber sobrevivido durante unos minutos, pero cuando el médico llegó ya era demasiado tarde. Le resultó extraño que todos llevaran uniformes de oficiales rusos. Finalmente decidió llamar a la Policía. Sólo más tarde cayó en la cuenta de lo errónea que había sido su interpretación de los hechos acontecidos frente a su casa.

-Lo de la señal infrarroja no era broma. Debe de haber sido una bomba formidable -dijo el oficial de Ciencia y Tecnología-. Sin embargo, el daño resulta curioso... Hum...

-¿A qué te refieres, Ted? -preguntó Ryan.

-Me refiero al daño de superficie; debería ser mucho peor que esto, con sombras y reflejos. -Levantó la vista-. Perdón. Las ondas de impacto no atraviesan cosas... como una colina. Aquí debería haber reflejos y sombras, en lugar de estas casas.

-¿Puedes explicármelo? -pidió Ryan.

-En casos como éste siempre hay anomalías. Será mejor que lo estudie con atención. Luego los llamo, ¿eh? -dijo Ted Ayres.

Walter Hoskins permanecía sentado en su oficina porque no sabía qué otra cosa hacer. Era el de mayor jerarquía entre los presentes y, por tanto debía atender los teléfonos. Le bastaba darse la vuelta para ver en qué se había convertido el estadio. La columna de humo estaba sólo a ocho kilómetros de sus ventanas. Hoskins se preguntaba si debía enviar un equipo, pero no tenía órdenes de hacerlo. Giró en su silla para mirar nuevamente hacia allí, y se asombró de que la ventana estuviera casi intacta. Después de todo, se suponía que aquello había sido una explosión nuclear a sólo siete kilómetros y medio. La nube había alcanzado las primeras

estribaciones de las Rocosas, aún lo bastante intacta como para que se la reconociera. Detrás de ella, como una estela, iba una negra nube de humo de incendios de la zona alcanzada por la bomba. La destrucción debía de ser...

...no lo suficiente. ¿No lo suficiente? Vaya idea estúpida. Como no tenía nada que hacer, Hoskins tomó el teléfono y llamó a Washington.

-Póngame con Murray.

-Sí, Walt.

-¿Estás muy ocupado?

-No mucho. ¿Cómo están las cosas allí ?

-Hemos acallado los teléfonos y los canales de televisión. Espero que el presidente esté allí cuando yo tenga que explicárselo al juez.

-Walt, no es buen momento para...

-No te he llamado por eso.

-Bien, ¿qué quieres?

-Desde aquí lo veo, Dan -dijo Hoskins con voz casi soñadora.

-¿Es muy grave?

-Sólo se ve el humo. El hongo ya está sobre las montañas. Tiene un tono anaranjado. Está tan alto que refleja el crepúsculo, supongo. Se ven muchos incendios pequeños que iluminan el humo desde la zona del estadio. Oye. Dan...

-¿Sí, Walt? -respondió Dan, pensando que su amigo parecía en estado de shock.

-Hay algo extraño.

-¿Qué es?

-Mis ventanas no se rompieron. Estoy a ocho kilómetro del estadio y apenas se rompió un cristal, ¿No te parece extraño? -Hoskins hizo una pausa-. Tengo el material que necesitas; fotos y cosas así. -Hojeó los documentos que le habían dejado en la bandeja-. Marvin Russell eligió un día muy movido para morir. De cualquier modo, tengo el pasaporte y todo lo que querías. ¿Es importante?

-Puede esperar.

-Bien. -Hoskins cortó.

-Walt está perdiendo la chaveta, Pat -comentó Murray. -¿Y qué esperabas? -preguntó O'Day.

Dan meneó la cabeza.

-Tienes razón.

-Si esto empeora... -dijo Pat.

-¿A qué distancia está tu familia?

-No lo bastante lejos.

-Ocho kilómetros -dijo Murray, en voz baja.

-¿Qué?

-Walt dice que su oficina está a ocho kilómetros; desde allí ve el estadio. Y no se han roto siquiera las ventanas.

-Tonterías --replicó O'Day-. Debe de estar chiflado. Ocho kilómetros son ocho mil metros.

-¿Qué quieres decir?

-El MDANA informó que la bomba tenía un alcance de cien kilotones. Eso rompe todas las ventanas de la región. -Para romper un cristal sólo se requiere medio kilo de presión excesiva.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque estuve en la Marina, inteligencia, ¿recuerdas? Una vez tuve que evaluar los daños que causarían las armas tácticas. El estallido de una bomba de cien kilotones a nueve mil metros no te mata, pero destroza todo lo que hay sobre la tierra, chamusca la pintura y provoca pequeños incendios.

Librodot

-¿Las cortinas, por ejemplo?

-Creo que sí -asintió O'Day-. Sí, las cortinas se quemarían, sobre todo las oscuras.

-A Walt no le pasaría inadvertido un incendio en su oficina...

Murray cogió el auricular para llamar a Langley.

-Si, Dan, ¿qué pasa? -preguntó Jack.

-¿Qué cifras tienes de la magnitud de la explosión?

-Según MDANA, ciento cincuenta y hasta doscientos kilotones, un arma táctica grande o una estratégica pequeña -respondió Ryan-. ¿Por qué?

Al otro lado de la mesa, el oficial de Ciencia y Tecnología levantó la mirada de las fotos.

-Acabo de hablar con mi hombre en Denver. Desde su oficina ve la zona del estadio; son ocho kilómetros, Jack, y sólo tiene una ventana rota.

-No puede ser -apuntó el de Ciencia y Tecnología.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Ryan.

-Ocho kilómetros son ocho mil metros -señaló Ted Ayres-. Bastaría con la onda térmica para freír todo el lugar. Y la onda expansiva no dejaría sano ni a un cristal blindado.

Murray lo oyó.

-Si, es lo que dice un tipo de aquí. Mira, mi hombre tal vez está algo desquiciado. Por la impresión. Pero ¿no crees que, si hubiera un incendio en su oficina, lo vería?

-¿Tenemos datos de la gente que está en el lugar? -preguntó Jack a Ayres.

-No. El equipo de NEST va en camino, pero las imágenes nos dicen muchas cosas, Jack.

-¿Cuánto tiempo te llevaría enviar a alguien allí? -preguntó Ryan.

-Lo averiguaré -contestó Dan.

-Soy Hoskins.

-Aquí Dan Murray, Walt. Envíame algunas personas cuanto antes. Tú permanece allí para coordinar.

-Está bien.

Hoskins dio las órdenes necesarias, preguntándose hasta qué punto pondría en peligro a su gente. Luego, como no tenía otra cosa que hacer, estudió el expediente que tenía en su escritorio. «Marvin Russell -pensó-, otro criminal que muere de estupidez. Traficantes de drogas. ¿Aprenderán alguna vez?

Roger Durling se sintió agradecido cuando el avión PMAEN se separó del avión nodriza. El «747» adaptado volaba con mucha suavidad, pero no cuando estaba cerca de un «KC-10». Eso fue algo que sólo su hijo pudo disfrutar. En la sala de conferencias de a bordo había un brigadier de la Fuerza Aérea, un capitán de la Marina, un mayor de marines y otros cuatro oficiales. Todos los datos que recibía el presidente se transmitían automáticamente al PMAEN, incluso las transcripciones de la línea caliente.

-Lo que ellos dicen está bien, pero sería estupendo saber lo que piensa cada uno.

-¿Y si en realidad es un ataque ruso? -preguntó el general. -¿Qué motivos tendrían para atacar?

-Usted ha escuchado el diálogo entre el presidente y la CIA, señor.

-Sí, pero ese Ryan tiene razón -dijo Durling-. Un ataque ruso no tiene sentido.

-¿Y por qué ha de tener sentido? ¿Qué me dice de las escaramuzas en el Mediterráneo y en Berlín?

-Fuerzas de primera línea. Entramos en alerta y ellos hacen lo propio. Estos estaban cerca y alguien cometió una metedura de pata, como Gavrilo Prinzip cuando disparó contra el archiduque. Ocurre un accidente y todo se precipita.

-Para eso tenemos la línea caliente, señor vicepresidente.

-Cierto -reconoció Durling-. Y hasta ahora parece estar dando resultados.

Cubrieron con facilidad los primeros cincuenta metros, pero después se tornó más difícil; pronto pasó de difícil a imposible. Callaghan tenía cincuenta bomberos tratando de abrirse paso, apoyados por otros cien. Pensándolo mejor, hizo que vertieran constantemente una llovizna de agua sobre todos las hombres y mujeres. Eso serviría siquiera para lavarles el polvo radiactivo y enviarlo hacia las alcantarillas... si antes no se congelaba. Los hombres de vanguardia estaban cubiertos de hielo, que formaba una capa traslúcida sobre los abrigos.

El mayor problema era el de los coches, que habían sido arrojados como juguetes y yacían de flanco o invertidos, chorreando gasolina; los charcos se formaban con tanta celeridad que el fuego no llegaba a consumirlos. Callaghan ordenó que trajeran un camión. Los hombres tendieron cables hacia los vehículos destrozados para que el camión se los llevara a la rastra. Pero eso llevó muchísimo tiempo. Tardarían una eternidad en llegar al estadio. Y allí había gente. El estaba seguro. Callaghan, de pie allí, fuera de la llovizna, se sintió culpable por tener más abrigo que sus hombres. El rugido de un potente motor diesel hizo que se volviera.

-Hola. -Era un hombre con uniforme de coronel del Ejército su placa de identificación rezaba «Lyle»-. Me han dicho que necesitabais equipo pesado.

-¿De qué dispone?

-Tengo tres tanques de ingeniería, «M728», de camino hacia aquí. Y algo más.

-¿Qué?

-Cien trajes para la guerra química. No son infalibles, pero sí mejores que los que llevan sus hombres. Y proporcionan mayor abrigo. ¿Por qué no los llama y hace que se cambien? Allí está el camión.

El coronel señaló. Callaghan vaciló por un momento, pero decidió que no podía rechazar aquel ofrecimiento. Llamó a sus hombres y les ordenó que se pusieran el equipo militar. El coronel Lyle le arrojó un traje.

-Lo de la llovizna es buena idea para mantener asentados el polvo y esas cosas. Bien, ¿qué podemos hacer?

-Desde aquí no se ve, pero allí queda algo de estructura y pienso que puede haber supervivientes. ¿Podría ayudarnos a pasar por entre estos coches?

-Desde luego. -El coronel tomó su transmisor y ordenó al primer vehículo que entrara. El «M728» era, esencialmente, un tanque con una pala de excavadora en el frente y una grúa detrás de la torreta. Hasta tenía un extraño cañón de tubo corto.

-Esto no resultará muy agradable.

-No importa. ¡Adelante!

-Bien. -Lyle tomó el intercomunicador que había en la parte trasera del vehículo-. Abra un agujero -ordenó.

El conductor aumentó la potencia del motor, justo cuando volvían los primeros bomberos. Trató de no dañar las mangas, pero aun así cortó ocho líneas de seis centímetros. Cayó la pala y el tanque arremetió contra la masa de coches incendiados, a treinta kilómetros por hora. Abrió un agujero de unos nueve metros de profundidad. Luego retrocedió para ensancharlo.

-Vaya -suspiró Callaghan-. ¿Usted sabe algo sobre radiación?

-Poco. Me informé un poco con los chicos de NEST antes de venir. Estarán aquí en cualquier momento. Hasta entonces... -Lyle se encogió de hombros-. ¿De veras cree que puede haber supervivientes allí adentro?

-Parte de la estructura sigue en pie. La vi desde el helicóptero.

-¿De verdad?

-Si. La he visto.

-Resulta difícil de creer. Los tipos del MDANA dicen que fue grande.

-¿Grande? -gritó Callaghan, por sobre el ruido del tanque.

-La explosión. Se supone que era una bomba de gran potencia. No tendría que haber quedado ni un resto de este estacionamiento.

-¿Eso quiere decir que esta explosión ha sido pequeña? -Callaghan lo miró como si lo considerara loco.

Librodot

-¡Claro, demonios! -Lyle se detuvo por un momento-. Si allí dentro hay gente... -Se interrumpió y corrió a la parte trasera del tanque y tomó el auricular. Un momento después el «M728» se detuvo.

-¿Qué pasa?

-Si hay supervivientes podríamos aplastar a alguno. He ordenado que vayan con cuidado.

-Pero usted acaba de decir... -gritó Callaghan otra vez, haciendo señas a sus bomberos para que mojaran también al tanque.

-Pues me rectifico. Podría haber sobrevivientes. La explosión ha sido mucho más pequeña de lo que me informaron por teléfono.

-Maine, aquí «Sea Devil Uno-Tres» -llamó el «P-3C Orion»-. Estamos a unos cuarenta minutos de su posición, ¿qué problema tiene?

-Tenemos daños en la hélice y en el eje y hay un Akula en las proximidades. La última posición era cinco cero mil metros al Sudoeste -respondió Ricks.

-Entendido. Intentaremos alejarlo de usted. Informaremos cuando estemos en posición. Fuera.

-Capitán, podemos avanzar a tres nudos. Hagámoslo hacia el Norte para distanciarnos todo lo posible -dijo Claggett. Ricks meneó la cabeza.

-No, no nos moveremos.

-Nuestro amigo debe de haber captado la señal de la colisión, señor. Ha de venir hacia aquí. Perdimos nuestro mejor sonar. Lo más sensato es evadirnos como podamos.

-No. Lo más sensato es permanecer a cubierto.

-Entonces lancemos un «SSM».

-Eso tiene sentido, señor -opinó el oficial de armamentos. -De acuerdo, prográmelo y láncelo en curso sur.

-Bien.

El tubo de torpedo número tres del Maine estaba cargado con un «SSM», un simulador submarino móvil; esencialmente se trataba de un torpedo modificado, que contenía un transductor de sonar conectado a un generador de ruido en lugar de una cabeza de combate. Radiaría el sonido de un submarino clase «Ohio» y estaba diseñado para simular una nave dañada. Puesto que la avería del eje era uno de los pocos motivos por los que el Ohio podía emitir ruido, esa opción ya estaba programada. El oficial de armamentos seleccionó el ruido adecuado y, pocos minutos después, pulsó el disparador. El «SSM» tomó rumbo sur y, a dos mil metros de distancia, empezó a irradiar.

En Charlestón, Carolina del Sur, el cielo estaba despejado. La nieve caída en Virginia y Maryland había sido allí aguanieve. El sol de la tarde devolvió a la ciudad su prístino aspecto normal. Mientras el almirante al mando de la Sexta Escuadra de Submarinos observaba desde su nave, dos de su submarinos de misiles partieron aguas abajo por el río Cooper, en busca del mar y la seguridad, el no era el único que estaba vigilando. Trescientos kilómetros por encima de su cabeza pasó un satélite soviético de reconocimiento, que continuó costa arriba hasta Norfolk, donde el cielo también se estaba despejando. El satélite envió sus imágenes al centro de Inteligencia soviético instalado en el extremo occidental de Cuba. Desde allí fue transmitido vía satélite. La mayoría de los satélites rusos utilizaban altas órbitas polares y no habían sido afectadas por el impulso electromagnético. La imagen llegó a Moscú en pocos segundos.

-¿Sí? -preguntó el ministro de Defensa.

-Tenemos imágenes de tres bases navales norteamericanas. Los submarinos de Charleston y King's Bay se están haciendo a la mar.

-Bien. -El ministro de Defensa dejó el auricular en su sitio. Otra amenaza. La transmitió

Librodot

inmediatamente al presidente Narmonov.

-¿Qué significa eso?

-Significa que la acción militar iniciada por los norteamericanos no es sólo defensiva. Algunos de esos submarinos llevan misiles «Trident D-5», con capacidad de primer ataque. Recordará usted lo interesados que estaban los norteamericanos en obligarnos a eliminar nuestros «SS-18».

-Sí, y a cambio retiraron un gran número de sus «Minuteman» -dijo Narmonov.

-Ellos no necesitan misiles intercontinentales para efectuar un primer ataque. Pueden hacerlo desde los submarinos. Nosotros, no. Dependemos de nuestros «ICBM», con base en tierra.

-¿Y los «SS-18»?

-En estos momentos se les está retirando la cabeza nuclear. Si conseguimos poner en funcionamiento esa maldita planta de desactivación, cumpliremos plenamente con el tratado. En realidad lo estamos haciendo, aunque los malditos norteamericanos no lo admitan. -El ministro de Defensa hizo una pausa. Narmonov no entendía-. En otras palabras, nosotros hemos eliminado algunos de nuestros misiles de mayor precisión, pero los norteamericanos conservan los suyos. Estamos en desventaja estratégica.

-No he dormido mucho y mi mente no afina demasiado -dijo Narmonov con acritud-. Usted aceptó ese tratado hace sólo un año y ahora me dice que nos han engañado. ¿Es eso?

«Todos son iguales -pensó el ministro de Defensa-. Nunca escuchan, nunca prestan atención. Se les dice lo mismo cien veces y ellos no oyen.»

-La eliminación de tantos misiles y cabezas nucleares cambia la correlación de fuerzas...

-¡Tonterías! Estamos en absoluto pie de igualdad -objetó Narmonov.

-Eso no viene al caso. El factor importante es la relación entre el número de lanzadores (y su relativa vulnerabilidad) y la cantidad de cabezas nucleares disponibles en cada bando. Aún estamos a tiempo de atacar los primeros y eliminar la fuerza estratégica norteamericana con base en tierra, aprovechando nuestros misiles «SS-18». Por eso estaban tan dispuestos a retirar la mitad de sus «Minuteman». Pero ellos tienen la mayoría de sus cabezas nucleares en el mar y ahora, por primera vez, esos misiles están capacitados para un primer ataque devastador.

-Kuropatkin -dijo Narmonov-, ¿está escuchando?

-Sí, señor. El ministro de Defensa está en lo cierto. La reducción del número de lanzadores ha cambiado la proporción general de lanzadores y cabezas de combate. Por primera vez en una generación es posible efectuar un primer ataque realmente devastador. Los norteamericanos están en condiciones de decapitar a nuestro Gobierno con el primer golpe. Y podrían hacerlo con los aviones «Stealth» que tienen en Alemania -concluyó Defensa.

-Un momento. ¿Queréis decirme que Fowler hizo volar su propia ciudad como excusa para atacarnos? ¿Qué locura es ésta? -Ahora el presidente soviético empezaba a conocer el miedo.

El ministro de Defensa habló con lentitud y claridad.

-No tiene importancia quién haya hecho detonar el arma. Si Fowler piensa que fue obra nuestra, puede actuar contra nosotros. Camarada presidente, debe comprenderlo: técnicamente, nuestro país está al borde de la aniquilación. Sus misiles de tierra están a sólo treinta minutos de nosotros; los de mar, a veinte minutos. Y esos malditos bombarderos tácticos invisibles, a dos horas; ése sería el movimiento de apertura más ventajoso. Lo único que nos separa de la destrucción es la sensatez del presidente Fowler.

-Comprendo. -El presidente soviético guardó silencio durante medio minuto, con la vista fija en el tablero de situación de la pared de enfrente. Cuando habló, su voz expresaba el enojo que proviene del miedo-. ¿Qué propone? ¿Atacar a los norteamericanos? No haré semejante cosa.

-No, desde luego, pero sería conveniente poner en alerta total a nuestras fuerzas estratégicas. Los norteamericanos tomarán nota de ello y comprenderán que no es posible efectuar un ataque devastador; podemos aplacarlos hasta que la sensatez tenga tiempo de

Librodot

imponerse.

-¿Golovko?

El primer vicepresidente del KGB se encogió de hombros ante la pregunta.

-Sabemos que están en pleno estado de alerta. Es posible que, si hacemos lo mismo, les suene a provocación.

-Si no lo hacemos nos ofreceremos como un fácil blanco.

-El ministro de Defensa mantenía una calma inhumana; tal vez era el único hombre de la sala que conservaba un completo dominio de sí- El presidente Fowler está bajo una gran tensión y han muerto miles de norteamericanos. Tal vez ordene un ataque por simple despecho. Pero es improbable que lo haga si sabe que estamos en condiciones de responder de igual modo. En un momento como éste no podemos mostrar debilidad. La debilidad siempre invita al ataque.

Narmonov echó un vistazo a su alrededor, buscando una opinión contraria. No la había.

-Hagámoslo -dijo al ministro de Defensa.

-Todavía no tenemos noticias de Denver -dijo Fowler, frotándose los ojos.

-Yo no esperaría gran cosa -replicó el general Borstein.

El puesto de mando del MDANA está, literalmente, en el interior de una montaña. El túnel de entrada tenía una serie de puertas de acero. Las estructuras internas habían sido diseñadas para resistirlo todo. Bolsas de aire comprimido y muelles de suspensión aislaban a la gente y las instalaciones de los suelos de granito. Los techos eran de acero para prevenir fragmentos de roca que pudiera desprenderse por un estallido cercano. Pero Borstein no esperaba sobrevivir a un ataque. Había un regimiento de «SS-18» soviéticos preparados para la destrucción de ese puesto y algunos más. En lugar de diez o más «MIRV», llevaban una sola cabeza de veinticinco megatones, cuya exclusiva finalidad era convertir la montaña en un lago. La idea resultaba agradable. Borstein era piloto de combate. Había empezado en los «F-100» y sus compañeros lo llamaban el Huno por sus picados; después pasó a los «Phan-tom F-4» y mandó una escuadrilla de «F-15» en Europa. Siempre había sido un hombre inteligente, de palanca de mandos y timón, bufanda y antiparras: comprobar las ruedas, encender los motores y ser el primero en subir, para ser el líder. Borstein frunció el ceño al pensarlo. No era tan viejo como para recordar aquellos tiempos. Su misión era la defensa aérea continental, impedir que alguien hiciera estallar a su país. Y había fallado. Un sitio de Estados Unidos había volado junto con su jefe, sin que él supiera por qué, cómo ni por quién. Borstein no era hombre acostumbrado al fracaso, pero era fracaso lo que veía en la pantalla del mapa.

-¡General! -llamó un mayor.

-¿Qué pasa?

-Estoy recibiendo una transmisión de radio y microondas. Creo que es Iván alertando a sus bases de misiles. Lo mismo en algunas bases navales. Los mensajes surgen de Moscú.

-¡Maldita sea! -Borstein volvió a tomar el teléfono.

-¿Nunca lo han hecho antes? -preguntó Elliot.

-Aunque parezca extraño, así es -dijo Borstein-. Los rusos nunca pusieron sus «ICBM» en alerta, ni siquiera durante la crisis de los misiles cubanos.

-No me lo creo -bufó Fowler-. ¿Nunca?

-El general tiene razón -intervino Ryan-. El motivo es que su sistema telefónico, históricamente, siempre ha funcionado bastante mal. Creo que por fin lo han reparado.

-¿Qué quiere decir?

-Los detalles de la alerta se notifican telefónicamente; nosotros lo hacemos así y los soviéticos también. El sistema telefónico ruso era un asco y por eso han invertido tanto dinero en repararlo, así como nosotros hemos invertido mucho en nuestros sistemas de mando y control. Ahora ellos usan muchos cables de fibra óptica, igual que nosotros, y también un

equipo nuevo de relés de microonda. Es eso lo que estamos captando -explicó Jack-. Lo que difunden los repetidores de microonda.

-En dos o tres años más ellos transmitirán todo por fibra óptica y nosotros no nos enteraremos -agregó el general Fremont-. Eso no me gusta.

-A mí tampoco -dijo Ryan-, pero nosotros tambiénes tamos en DEFCON-DOS, ¿verdad?

-Ellos no lo saben. No se lo dijimos -dijo Liz Elliot.

-A menos que nos lean la correspondencia. Ya he dicho que, según algunos informes, han descubierto nuestros sistemas de codificación.

-La ASN no da crédito a eso -replicó Liz.

-La ASN no es infalible se ha equivocado en anteriores ocasiones.

-En su opinión, ¿cuál es el estado anímico de Narmonov? «¿Estará tan asustado como yo?», se preguntó Ryan.

-No hay modo de saberlo, señor.

-Ni siquiera sabemos si es realmente él -intervino Elliot.

-Rechazo su hipótesis, Liz -le espetó Jack, por la línea de conferencia-. El único dato que usted tiene para sostenerla proviene de mi agencia. Y nosotros tenemos dudas. -«Dios, cómo me arrepiento de haber presentado ese informe», se dijo.

-¡Basta, Ryan! -bramó Fowler-. Ahora necesito datos, no discusiones.

-Insisto, señor, en que aún no tenemos información suficiente sobre la cual basar ninguna decisión.

-Tonterías -dijo el coronel sentado junto al general Fremont.

-¿Qué quiere decir? -CINC-SAC se apartó del micrófono. -La doctora Elliot tiene razón, señor. Lo que dijo antes tiene sentido.

-Señor presidente -dijo una voz-. Tenemos una transmisión por línea caliente.

PRESIDENTE FOWLER:

ACABAMOS DE SABER QUE UNA UNIDAD DEL EJÉRCITO ESTADOUNIDENSE EN BERLIN HA ATACADO SIN MOTIVO A UNA UNIDAD SOVIÉTICA. HAY NUMEROSAS BAJAS. POR FAVOR EXPLIQUE LO OCURRIDO.

-Oh, mierda -dijo Ryan, mirando el fax.

-Necesito opiniones -dijo Fowler, por la linea de conferencia.

-Lo mejor es decir que no sabemos nada de ese incidente -dijo Elliot-. Si lo admitimos, tendremos que asumir alguna responsabilidad.

-Es un momento especialmente malo para mentir -dijo Ryan con tanto énfasis que a él mismo le pareció exagerado. «Si gritas no te escucharán, Jack.»

-Dígaselo a Narmonov -contraatacó Elliot-. Recuerde que han sido ellos los que atacaron.

-Eso dicen los informes, pero...

-¿Está sugiriendo que nuestra gente mintió, Ryan? -bramó Borstein desde Cheyenne Mountain.

-No, general, pero en momentos como éste las noticias son dudosas y usted lo sabe tan bien como yo.

-Si negamos todo conocimiento podemos evitar el adoptar una posición de la que luego tengamos que arrepentirnos y de momento no tendremos que desafiarlos -insistió la asesora de Seguridad Nacional.

-Usted era fiscal, señor presidente -dijo Ryan-. Sabe bien lo poco dignos de confianza que pueden ser los testigos oculares. Narmonov podría estar formulando esa pregunta de buena fe. Mi consejo es responder con franqueza. -Jack se volvió hacia Goodley, quien levantó su pulgar.

-No estamos tratando con civiles, Robert, sino con militares de profesión, que deberían ser buenos observadores. Narmonov nos acusa de algo que no hicimos -contraatacó Elliot-. Las tropas soviéticas no inician operaciones de combate sin recibir órdenes. Probablemente, él sabe que su acusación es falsa. Si lo admitimos, parecerá que admitimos su acusación como cierta. No sé a qué juega ese hombre, sea quien fuere el que está allí, pero si decimos,

Librodot

simplemente, que ignoramos de qué nos está hablando, ganaremos tiempo.

-Estoy en total desacuerdo -insistió Jack con tanta calma como pudo.

PRESIDENTE NARMONOV:

COMO USTED SABE, ME PREOCUPAN PRINCIPALMENTE LOS HECHOS OCURRIDOS DENTRO DE NUESTRAS FRONTERAS. TODAVÍA NO TENGO INFORMACIONES DE BERLIN. GRACIAS POR SU PREGUNTA. ACABO DE ORDENAR QUE SE INVESTIGUE.

-¿Opiniones?

-Ese hijo de puta está mintiendo descaradamente -dijo el ministro de Defensa-. Sus sistemas de comunicaciones son demasiado buenos como para que no lo sepan.

-Oh, Robert, ¿por qué mientes si yo sé que mientes? -murmuró Narmonov, con la cabeza gacha.

El presidente soviético tenía ahora preguntas propias a las que responder. En los dos o tres meses anteriores sus contactos con Estados Unidos se habían enfriado un poco. Cuando pidió algunos créditos se le hizo esperar. Los norteamericanos insistían en que cumpliera por completo el acuerdo de reducción de armas, aun sabiendo cuál era el problema y pese a que él había dado su palabra a Fowler de que todo se haría. ¿Por qué ese cambio? ¿Por qué Fowler se retractaba de sus promesas? ¿Qué diablos estaba haciendo ahora?

-Esto es más que una simple mentira. Es más que esta única mentira -observó el ministro de Defensa al cabo de un momento.

-¿Qué quiere decir?

-Ha vuelto a resaltar que su interés es ocuparse de las víctimas de Denver, pero sabemos que ha puesto sus fuerzas estratégicas en alerta total. ¿Por qué no nos lo dijo?

-¿Por qué tiene miedo de provocarnos? -sugirió Narmonov. Sus palabras sonaron bastante huecas, aun a sus propios oídos.

-Es posible -admitió el ministro de Defensa-. Pero ellos no saben que nosotros podemos descifrar sus claves. Tal vez piensan que nos lo han ocultado.

-No -dijo Kuropatkin, en su centro de mando-. Estoy en desacuerdo. No podíamos dejar de ver algunas señales muy claras. Ellos deben de saber que estamos enterados de algunos aspectos de su alerta estratégica.

-Pero no de todos. -El ministro de Defensa se volvió para mirar a Narmonov-. Debemos considerar la posibilidad de que el presidente norteamericano ya no esté en condiciones de razonar.

-¿La primera vez? -preguntó Fowler.

Elizabeth Elliot asintió. Ahora estaba muy pálida.

-Esto no lo saben todos, Robert, pero es cierto. Los rusos nunca han puesto en alerta sus misiles estratégicos. Hasta ahora.

-¿Y por qué ahora sí? -preguntó el presidente.

-Esto sólo tiene sentido, Robert, si quien nos habla no es Narmonov.

-¿Y cómo podemos asegurarnos?

-No podemos. Sólo contamos con esta comunicación por ordenador. No hay voz, no hay imagen.

-Buen Dios...

XL. ESCARAMUZAS

-¿Cómo podemos saber si es realmente Narmonov el que está allá, Ryan?

-¿Quién otro podría ser, señor presidente?

-¡Por favor, Ryan! ¡Fue usted el que me trajo esos informes!

-Tranquilícese, señor presidente -dijo Jack con tono no muy sereno-. Sí, yo le llevé esa información, pero también le dije que no estaba confirmada. Y hace algunos minutos le he dicho que tenemos motivos para dudar de la veracidad de ese asunto.

-¿No puede ver sus propios datos? -apuntó Elliot-. ¡Fue usted quien nos advirtió que faltaban armas nucleares! Bueno, han aparecido. Aparecieron aquí, tal como se planeó.

«Vaya, ella está todavía más desquiciada que él -se dijo Helen D'Agustino. Intercambió una mirada con Pete Connor, que estaba pálido como la masilla-. Esto marcha demasiado aprisa.»

-Oiga, Liz, insisto en que nuestra información es demasiado débil. No tenemos lo suficiente para formarnos una opinión firme.

-Pero ¿por qué han entrado en alerta nuclear?

-¡Por el mismo motivo que nosotros! -exclamó Ryan-. Tal vez si ambas partes retrocedieran...

-No me indique lo que debo hacer, Ryan -dijo Fowler, en voz baja-. Lo que necesito de usted es información. Las decisiones se toman aquí.

Jack se apartó del micrófono. Goodley comprendió que estaba perdiendo; se lo veía pálido y preocupado. Ryan miró por las ventanas hacia el patio de la CIA y el edificio, casi vacío. Aspiró hondo varias veces y volvió a la línea.

-Señor presidente -dijo bajo un tenso autocontrol-, nuestra opinión es que Narmonov está al frente del Gobierno soviético. No conocemos el origen de la explosión ocurrida en Denver, pero no disponemos de informaciones que nos permitan atribuirla a un arma soviética. Nuestra opinión es que los soviéticos estarían locos si emprendieran semejante operación. Aun cuando sus militares se hubieran apoderado del mando, tras un golpe del que no tenernos ninguna información, señor, semejante error de cálculo es improbable al punto de... la posibilidad es tan poca que se aproxima a cero, señor. Esa es la posición de la CIA.

-¿Y Kadishev? -preguntó Fowler.

-En las últimas veinticuatro horas, señor, hemos hallado evidencias que sugieren la posible falsedad de sus informes. No podemos confirmar una de las entrevistas que debería...

-¿Una? -saltó Elliot-. ¿No pueden confirmar una sola entrevista?

-¿Quiere dejarme hablar? -rugió Jack, perdiendo los estribos otra vez-. ¡Fue Goodley quien hizo el trabajo, no yo, maldita sea! -Hizo una pausa para respirar-. El doctor Goodley notó algunas sutiles diferencias en la naturaleza de los informes y decidió revisarlos. Supuestamente, todos los informes de Kadishev provienen de reuniones personales con Narmonov. En un caso no pudimos armonizar las actividades de ambos. No estamos seguros de que se hayan visto. Y si no se vieron, Kadishev nos ha mentido.

-Supongo que la CIA ha tenido en cuenta la posibilidad de que se entrevistaran en secreto -inquirió Elliot-. ¿O creen que un tema como éste puede ser manejado como asunto de rutina? ¿Cree que analizaría un posible golpe militar en una reunión formal?

-Insisto en decirle que sus informaciones nunca fueron con-firmadas. Ni por nosotros, ni por los británicos ni por nadie.

-¿Supone usted, Ryan, que una conspiración tendiente a un golpe militar sobre todo en un país como la Unión Soviética, puede ser manejada sin el mayor secreto? -preguntó Fowler.

-No, por supuesto.

-En ese caso, ¿esperaría necesariamente que la confirmaran otras fuentes? -preguntó Fowler, como un abogado ante el tribunal.

-No, señor -admitió Ryan.

-En ese caso, ésta es la mejor información que tenemos, ¿no?

-Sí, señor presidente, si es veraz.

-Usted dice que no tiene evidencias firmes para confirmarla.

-Correcto, señor presidente.

-Pero tampoco tiene informaciones firmes para contradecirla.

-Señor, tenemos motivos...

-¡Conteste a mi pregunta!

Ryan apretó la mano derecha, reduciéndola a un puño apretado y blanco.

-No, señor presidente, nada firme.

-Y en los últimos años este hombre nos ha dado información fiable.

-Sí, señor.

-Por lo tanto, basándonos en los antecedentes del señor Kadishev, ésta es la mejor información disponible.

-Sí, señor.

-Gracias. Le sugiero, doctor Ryan, que trate de reunir más información. Cuando la tenga, le escucharé.

La línea se cortó con un chasquido.

Jack se levantó lentamente. Tenía las piernas entumecidas v doloridas por la tensión del momento. Dio un paso hacia la ventana y encendió un cigarrillo.

-Lo he arruinado -dijo al mundo-. Oh, dios, lo he arruinado...

-No es culpa tuya, Jack -dijo Goodley.

Jack se volvió en redondo.

-Eso lucirá muy bien en mi lápida. «No fue culpa suya que el jodido mundo estallara.» ¡Oh, mierda!

-Oh, vamos, Jack. Las cosas no están tan mal.

-¿De veras? ¿Has oído las voces de esa gente?

El portaaviones soviético Kuznetzov no lanzaba sus aviones como los portaaviones norteamericanos. Tenía una proa similar un tobogán de esquí. El primer «Mig-29» tomó impulso desde su punto de partida y ascendió hacia el aire por la rampa. Esta manera de despegar era dura para los pilotos y el aparato, pero daba resultados. Le siguió otro avión y ambos viraron hacia el este. Apenas habían alcanzado altitud cuando el comandante de la escuadrilla sintió un zumbido en sus auriculares.

-Parece una señal de emergencia en la frecuencia de guardia -dijo a su compañero-. Se diría que es uno de los nuestros. -Sí, este-sudeste. Es uno de los nuestros. ¿Quién será?

-No tengo idea.

El comandante de escuadrilla pasó la información al Kuznetzor y recibió instrucciones de investigar.

-Aquí Falcon-Dos -informó el Hawkeve-. Tenemos dos aviones hacia tierra salidos del portaaviones ruso. Están a tres uno cinco y dos cinco cero millas de TR.

El capitán Richards miró su mapa táctico.

-Pala, aquí TR. Acércate y ahuyéntalos.

-Entendido -replicó Jackson. Acababa de llenar sus depósitos. Podía volar por tres horas más y aún llevaba seis misiles.

-¿Que los ahuyentemos? -preguntó el teniente Walters.

-Yo tampoco sé qué pasa, Trituradora, -Jackson movió la palanca de mandos. Sánchez hizo lo mismo, aumentando la distancia entre los dos.

Las dos parejas de aviones volaron con rumbos encontrados, a una velocidad aproximada de mil quinientos kilómetros por hora. Cuatro minutos después, los dos «Tomcats» activaron sus radares. Lo normal habría sido que los rusos advirtieran la presencia de aviones de combate norteamericanos en la zona y se largaran de allí. Pero los nuevos radares norteamericanos eran sigilosos y no fueran detectados.

Pocos segundos después, los rusos activaron sus propios sistemas de radar.

-TR, aquí Falcon Dos, ambos aparatos van hacia el sur y en picado hacia la cubierta.

Ante la mirada de Richards, los vectores de curso cambiaron. Las dos huellas no

convergían, por el momento, en el Roosevelt, pero parecían acercarse mucho.

-¿Qué están a punto de hacer?

-Bueno, no saben que estamos aquí, ¿verdad? -señaló el oficial de Operaciones-. Tienen los radares en funcionamiento.

-¿Eso significa que nos buscan?

-Yo diría que sí.

-Bueno, ahora sabemos de dónde salieron los otros cuatro. El capitán Richards cogió el micrófono para hablar con Jackson y Sánchez.

-Derribadlos -fue la orden.

Robby tomó la posición más alta. Sánchez descendió hasta ponerse por detrás y por debajo de ambos «Mig».

-He perdido a los norteamericanos.

-¡Olvídalos! Estamos buscando una señal de rescate, ¿recuerdas? -El líder de escuadrilla estiró el cuello-. ¿Esa es una señal lumínica? En la superficie, a las dos...

-Ya la veo.

-¡Sígueme hacia abajo!

-Evadiendo, hacia abajo a la derecha -anunció Bud-. Entramos en combate.

Estaba apenas a dos mil metros de los «Mig». Sánchez eligió un <Sidewinder» y puso su avión en línea con «el del sur». Mientras el «Tomcat» continuaba acercándose, el piloto captó en sus auriculares un tono confuso y disparó su misil. El «Sidewinder AIM-9M» saltó de su lanzador, directamente hacia el motor de estribor del «Mig-29», que estalló. Un segundo después, Sánchez activó un segundo proyectil.

-¡He derribado un pájaro!

-¡Qué diablos...! -El líder de la escuadrilla captó el destello por el rabillo del ojo y, al volverse, vio a su compañero que descendía seguido por una estela amarilla. Desvió su palanca a la izquierda, operando el botón que emitía cintas metálicas antirradar; sus ojos buscaban al atacante en la oscuridad.

El segundo misil de Sánchez falló, pero aún estaba sobre el rastro y el «Mig», al girar, puso el blanco justo frente a su cañón de 20 mm. Una ráfaga le arrancó parte del ala. El piloto apenas si logró eyectarse a tiempo. Sánchez vio que el paracaídas se abría. Un minuto después vio que ambos rusos parecían haber sobrevivido a los incidentes. A Bud no le molestó.

-He abatido a los dos. TR, tenemos dos paracaídas en el agua... Un momento. Allá abajo hay tres señales lumínicas.

-Jack les dio la posición y, en seguida un helicóptero despegó del Theodore Roosevelt.

-¿Es normal que sea tan fácil, Pala? -preguntó Walters.

-Yo creía que los rusos eran más inteligentes -admitió el capitán-. Esto es como el primer día de la temporada de patos.

Diez minutos después, el Kuznetzov llamó por radio a sus dos «Mig» y no obtuvo respuesta.

El helicóptero de la Fuerza Aérea volvía de Rocky Flats. El mayor Griggs aterrizó con cinco hombres, todos vestidos con equipo de protección. Dos corrieron en busca del jefe Callaghan, que estaba cerca de los tanques «M728».

-Diez minutos más, si tenemos suerte -gritó el coronel Lyle desde lo alto de un tanque.

-¿Quién está al mando? -preguntó uno del equipo de NEST.

-¿Quién es usted?

-Parsons, jefe de equipo.

Laurence Parsons era el jefe de ese NEST (equipo de rescate en emergencia nuclear), otro fracaso de esa jornada. Su misión consistía en localizar artefactos nucleares antes de que estallaran. Había tres equipos similares de turno durante las veinticuatro horas del día: uno en las afueras de Washington, otro en Nevada y el tercero, puesto en actividad poco antes, en

Rocky Flats, para compensar en parte el retiro de la fábrica de armas que antes había en los alrededores de Denver. Se sabía, desde luego, que no siempre podrían llegar a tiempo. El hombre miró su contador de radiación y no le gustó lo que veía.

-¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

-Una media hora; cuarenta minutos, tal vez.

-Dentro de diez minutos los quiero a todos fuera. Aquí estáis recibiendo radiactividad.

-¿Cómo? El mayor dijo que los residuos...

-Lo que recibís es de activación de neutrones. ¡Es peligroso! Callaghan se horrorizó. Su vida estaba amenazada por algo que él no podía ver ni sentir.

-Pero allí adentro puede haber gente. Casi hemos llegado. -¡Pues dense prisa! ¡Pero mucha prisa!

Parsons y su equipo iniciaron el regreso al helicóptero. Ellos también tenían un trabajo que realizar. En el aparato se encontraron con un hombre vestido de civil.

-¿Quién es usted? -interpeló Parsons.

-FBI. ¿Qué ha pasado aquí?

-¡Adivínelo!

-¡Washington necesita información!

-Larry, aquí hay más radiactividad que en el estadio -informó otro miembro del equipo.

-Es natural -dijo Parsons-: Estallido de superficie. -Señaló-. Al otro lado, a favor del viento. La parte más próxima quedó algo protegida.

-¿Qué sabe de esto? -preguntó el agente del FBI. -Poca cosa -manifestó Parsons, haciéndose oír por encima del ruido de la hélice-. Fue un estallido de superficie, con una potencia inferior a los veinte kilotones. Es cuanto sé.

-¿Aquí hay peligro?

-Desde luego. Vamos a..., ¿adónde?

-Al Hospital Presbiteriano Aurora; queda a tres kilómetros de cara al viento. Enfrente de la Galería Aurora. Allí no habrá peligro.

-De acuerdo. En marcha Ken, diles a esos hombres que se larguen de aquí. La radiactividad es superior en un veinte por ciento a la de los alrededores. Tenemos que tomar muestras. Asegúrate de que despejen el área en diez o quince minutos. Si es preciso, sácalos a empellones. ¡Comienza por aquí!

El agente del FBI agachó la cabeza al elevarse el helicóptero. El miembro de NEST echó a correr de una autobomba a la otra, indicando a los vehículos que se alejaran. El agente del FBI decidió hacer otro tanto. Al cabo de unos minutos subió a su coche y arrancó con rumbo Nordeste.

-Mierda, me había olvidado de los neutrones -dijo el mayor Griggs.

-Descuide -bramó Callaghan, por sobre el ruido del tanque -No importa. Según han dicho, la potencia es de cien. Cien no hace mucho daño.

Callaghan oyó el ruido de los motores que se alejaban.

-¿Y la gente que está adentro? -El oficial buscó el teléfono interno, en la parte trasera del tanque-. Sólo tenemos diez minutos; después hay que largarse. ¡Daos prisa!

-Vale, tío -replicó el comandante del tanque-. Lárguese Acabaremos esto en un santiamén.

Callaghan corrió a un lado. El coronel Lyle saltó e hizo otro tanto. El conductor del tanque retrocedió diez metros, llevó el vehículo hasta la línea roja y soltó el freno. El «M728» aplastó cinco automóviles y los hizo a un lado. El tanque se movía lentamente pero sin pausa. Sus orugas desgarraron el asfalto. Un momento después había abierto un paso.

La zona contigua a la estructura del estadio se mantenía asombrosamente intacta. La mayor parte del techo y la parte superior de la pared habían sido arrojados a cientos de metros, pero allí había sólo pequeños montones de ladrillo y trozos de cemento. Las autobombas avanzaron, rociándolo todo. El asfalto aún estaba muy caliente y el agua se vaporizaba al tocarlo. Callaghan corrió delante del tanque, indicando por señas a sus hombres que se apartaran a derecha e izquierda.

-¿Sabes qué parece esto? -preguntó un miembro del NEST, en tanto el helicóptero sobrevolaba en círculos las ruinas del estadio.

-Sí, Chernobil. Allí también había bomberos. -Parsons apartó esa idea-. Aléjate en la dirección del viento -indicó al piloto-. Andy, ¿qué opinas de esto?

-Estallido de superficie. Y no fue un arma de cien kilotones, Larry... Ni siquiera de veinticinco.

-¿Cómo pudo el MDANA haberse equivocado en tanto?

-Por el aparcamiento. Es el asfalto y todos esos coches incendiados constituyen el perfecto cuerpo negro. Me sorprende que la pulsación térmica no pareciera más grande. Y alrededor todo está blanco por la nieve, ¿no? Ellos recibieron un megarreflejo, más un enorme contraste de energía.

-Tienes razón, Larry -concordó Parsons-. ¿Terroristas? -Al parecer, sí. Pero tenemos que conseguir algunos residuos para asegurarnos.

Los ruidos de la batalla se habían apagado. El comandante del «Bradley» oyó unos disparos aislados y dedujo que los rusos habían emprendido la retirada. Era normal. Los tanques de ambos bandos estaban muy maltrechos y ahora el combate daba paso a la Infantería y sus vehículos de combate. Los soldados de Infantería eran más sagaces que las tripulaciones de tanques. Eso se obtenía usando camisa en lugar de un pie de hierro. La vulnerabilidad hace que uno agudice su inteligencia. Cambió otra vez de posición. Resultaba extraño que eso funcionara, aunque había practicado la maniobra con bastante frecuencia. El vehículo se acercó a una esquina y un tripulante bajó para echar un vistazo.

-Nada, sargento... ¡Un momento! Algo se mueve, unos tres kilómetros calle abajo. -El soldado levantó un par de prismáticos-. ¡BDRM de misiles!

«Bien -se dijo el sargento- está haciendo un reconocimiento antes de la próxima oleada.» Su trabajo era sencillo. El reconocimiento tenía dos partes. Su parte consistía en descubrir al enemigo y en impedir que el enemigo descubriera nada.

-¡Otro!

-Preparaos para avanzar. A la derecha, objetivos a la derecha -agregó para el artillero.

-Listo, sargento.

-¡Fuego!

El cuerpo blindado del «Bradley» se sacudió hacia atrás en el momento en que un vehículo aparecía por la intersección. El artillero hizo girar la torreta. Parecía una pequeña galería de tiro. Había dos vehiculos blindados avanzando hacia ellos. El artillero disparó hacia el primero y le dio en el lanzamisiles. El BDRM viró hacia la izquierda y se estrelló contra unos vehículos aparcados. El artillero apuntó hacia el segundo vehículo, que se desvió bruscamente a la derecha para evadirse, pero la calle era demasiado estrecha. Su arma era un término medio entre ametralladora y cañón. El artillero pudo dirigir sus balas rastreadoras hacia el blanco y tuvo la satisfacción de verlo es tallar. Pero...

-¡Atrás..., rápido! -aulló el sargento por el intercomunicador.

Allí había un tercer BDRM. El «Bradley» retrocedió por donde había venido. Cuando acababa de ocultarse tras una esquinar un misil pasó por la calle que acababa de dejar, dejando tras de sí un fino cable. El misil estalló a unos cientos de metros.

-Larguémonos de aquí -dijo el comandante, activando su radio-. Aquí Delta Tres Tres. Tenemos contacto con vehículos de reconocimiento. Dos destruidos, pero el tercero nos ha visto. Vienen más, señor.

-Los hemos hecho retroceder al otro lado de la línea, general. Puedo resistir, pero si reciben refuerzos estamos sonados -dijo el coronel Long-. ¡Necesitamos ayuda, señor!

-De acuerdo, les llegará en diez minutos. Brigadas de acción rápida.

-Necesito más que eso, señor.

SACEUR se dirigió a su oficial de operaciones.

Librodot

-¿Qué tenemos preparado?

-El segundo del 11.° de Caballería, señor. En este momento están saliendo de sus cuarteles.

-¿Qué hay entre ellos y Berlín?

-De los rusos, poca cosa. Si avanzan de prisa.

-Envíelos allí.

SACEUR volvió a su escritorio y cogió el auricular para llamar a Washington.

-¿Qué ocurre? -preguntó Fowler.

-Parece que los rusos traen refuerzos a Berlín, señor. Acabo de ordenar que el segundo escuadrón del 11.0 de Caballería Blindada acuda a Berlín como refuerzo. También envié aviones para evaluar la situación.

-¿Tiene alguna idea de qué buscan?

-Ninguna, señor. Todo es absurdo, pero aun así está muriendo gente. ¿Qué han dicho los rusos, señor presidente? -Preguntan por qué los atacamos, general.

-¿Se han vuelto locos? -«¿O se trata de otra cosa? -se preguntó SACEUR-. Algo realmente terrible.»

-General... -Era una voz de mujer, probablemente la de esa Elliot-. Quiero que esto quede muy en claro. ¿Está seguro de que los soviéticos iniciaron el ataque?

-¡Sí! -respondió SACEUR, con énfasis-. Es probable que el comandante de la Brigada Berlín haya muerto. El oficial al mando es el teniente coronel Edward Long. Conozco al chico y me consta que es de los buenos. Dice que los rusos abrieron fuego contra la brigada, sin motivo, mientras ellos se preparaban para la alerta ordenado por Washington. Ni siquiera tenían los tubos cargados. Repito: los rusos comenzaron a disparar, y eso no admite dudas. Ahora bien, ¿tengo autorización para enviar refuerzos?

-¿Qué ocurrirá si usted no lo hace? -preguntó Fowler.

-En ese caso, señor presidente, usted tendrá que escribir unas cinco mil cartas.

-Está bien, envíe refuerzos. Diga a Berlín que se limite a acciones defensivas. Estamos tratando de calmar las cosas.

-Le deseo buena suerte, señor presidente, pero en estos momentos tengo que transmitir una orden.

PRESIDENTE NARMONOV:

SE NOS HA INFORMADO DESDE EUROPA QUE UN REGIMIENTO DE TANQUES SOVIÉTICOS ATACÓ SIN MOTIVO A NUESTRA BRIGADA DE BERLÍN. ACABO DE HABLAR CON NUESTRO COMANDANTE, QUIEN LO HA CONFIRMADO. ¿QUÉ OCURRE? ¿POR QUÉ SUS TROPAS NOS ATACAN?

-¿Se sabe algo de Berlín? -preguntó Narmonov. El ministro de Defensa meneó la cabeza.

-No; de un momento a otro llegarán los elementos de re-conocimiento. Las comunicaciones radiales son muy malas. Nuestras radios de altísima frecuencia operan mal en las grandes ciudades. Lo que estamos recibiendo es material fragmentario, principalmente táctico: comunicaciones entre jefes de distintas subunidades. No hemos establecido contacto con el comandante del regimiento. Es probable que haya muerto, Después de todo -señaló Defensa-, a los norteamericanos leo gusta matar a los comandantes.

-Eso significa que no sabemos qué está ocurriendo.

-Exacto, Pero estoy seguro de que ningún comandante soviético abriría fuego contra los norteamericanos sin causa justa.

Golovko cerró los ojos y juró por lo bajo. Su ministro empezaba a acusar la tensión,

-¿Serge¡ Nikolaievich? -preguntó Narmonov.

-El KGB no tiene nada más que informar. Se puede suponer que todos los misiles norteamericanos de superficie están en alerta total, como los submarinos balísticos en alta mar. Suponemos que los submarinos balísticos que permanecen en puerto habrán salido en cuestión de horas. ¿Y los nuestros?

-En estos momentos uno está abandonando el muelle. Los otros se preparan para seguirlo. Tardarán la mayor parle del día en salir.

-¿Por qué somos tan lentos? -quiso saber Narmonov.

-Los norteamericanos tienen dos tripulaciones completa para cada submarino. Nosotros sólo una.

-Eso significa que las fuerzas estratégicas norteamericanas están totalmente preparadas o casi, mientras que las nuestras no.

-Todos nuestros misiles estratégicos están preparados.

-¿Cuál será su respuesta a los norteamericanos, presidente Narmonov?

Andrei Ilich vaciló.

Un coronel entró en la sala.

-Informe desde Berlín y el Mediterráneo. -Los entregó al ministro de Defensa.

-Los norteamericanos están en la parte oriental de la ciudad. Los coches de avanzada fueron recibidos con disparos. Cuatro vehículos. En uno de ellos murió el oficial comandante. Hemos respondido al fuego y destruido dos vehículos norteamericanos. Todavía no hay contacto con nuestro regimiento. -El ministro de Defensa leyó el otro informe-. El portaaviones informa que detectaron una señal de rescate y dos « Mig-29» se dirigieron al lugar. Entonces perdieron el contacto. Hay un portaaviones norteamericano, con su grupo de combate, a cuatrocientos kilómeros de distancia. Piden instrucciones.

-¿Qué significa eso?

El ministro de Defensa verificó los horarios del segundo despacho.

-Si a estas horas nuestros aviones no han vuelto, deben de estar casi sin combustible. Debemos suponer que se han perdido por causas desconocidas, pero la proximidad del portaaviones norteamericano resulta preocupante. ¿Qué demonios están haciendo?

PRESIDENTE FOWLER:

ESTOY SEGURO DE QUE NINGÚN COMANDANTE SOVIÉTICO ATACARÍA A TROPAS NORTEAMERICANAS SIN TENER ÓRDENES. Y ESAS ÓRDENES NUNCA HAN SIDO DADAS. HEMOS ENVIADO TROPAS A BERLÍN PARA INVESTIGAR Y FUERON ATACADAS POR SUS FUERZAS EN LA ZONA ORIENTAL DE LA CIUDAD, LEJOS DEL CUARTEL AMERICANO. ¿QUÉ ESTÁ HACIENDO USTED?

-¿A qué demonios se refiere? ¿Qué estoy haciendo yo? ¡Qué demonios está haciendo él! -gruñó Fowler.

Se encendió un piloto. Era la CIA. El presidente pulsó el botón, agregando otra línea a su llamada de conferencia. -Depende de quién sea «él» -advirtió Elliot.

-¿Qué hay de nuevo? -preguntó Fowler.

-Señor presidente, se trata de una simple confusión. Estamos seguros.

-¡Por Dios, Ryan! No queremos análisis, sino información. ¿Tiene alguna? -gritó Liz.

-Los soviéticos están sacando los barcos de la Flota Septentrional. Se cree que ha salido un submarino balístico.

-¿Han alertado sus misiles estratégicos?

-En efecto.

-¿Y también su fuerza de submarinos balísticos?

-Sí, señor presidente.

-¿Tiene alguna noticia buena?

-De momento no hay noticias, señor, y usted...

-Escuche, Ryan, por última vez, de usted quiero información y nada más. Usted me trajo todo lo de Kadishev y ahora me dice que era un error. ¿Cómo quiere que le crea?

-Cuando le di esa información, señor, le advertí que no estaba confirmada.

-Creo que ahora tenemos la confirmación -señaló Liz-. General Borstein, si están en alerta total, ¿cuál es el grado de amenaza, exactamente?

-Lo más veloz que pueden enviarnos es un misil intercontinental. Supongo que tienen un regimiento de «SS-18» apuntados hacia la zona de Washington y los otros, en su mayoría

Librodot

hacia nuestros rampas de misiles en Dakota, además de las bases de submarinos de Charlestón, King's Bay y Bangor. El tiempo de preaviso será de veinticinco minutos.

-¿Somos un blanco? -preguntó Liz.

-Es una suposición razonable, doctora Elliot.

-¿Utilizarán los «SS-18» para liquidar lo que escapó ala primera bomba?

-Si fue obra de ellos, sí.

-General Fremont, ¿a qué distancia está el otro PMAEN?

-Despegó hace diez minutos, doctora Elliot. Estará en Hagerstown dentro de noventa y cinco minutos. Tienen buen viento de cola. -CINC-SAC se arrepintió de esa acotación.

-Por ende, si piensan atacar y lo hacen en menos de una hora y media, ¿estamos muertos?

-Sí.

-Nuestro trabajo consiste en impedirlo, ¿recuerdas, Elizabeth? -observó Fowler, en voz baja.

La asesora de Seguridad Nacional miró al presidente. Su cara, a fuer de seca y dura, parecía hecha de vidrio. Aquello no marchaba como debía. Ella era la principal asesora del hombre más poderoso del mundo; estaba en un sitio de alta seguridad, custodiada por hombres abnegados. Pero si un ruso sin cara y sin nombre tomaba una decisión definitiva, le quedarían apenas treinta minutos de vida, Luego, la muerte. Sería apenas unas cuantas cenizas al viento. Todo aquello por lo que se había esforzado, todos los libros, las clases y los seminarios, terminarían en un destello deslumbrante, aniquilador.

-Ni siquiera sabemos con quién estamos hablando, Robert -dijo con voz insegura.

-Volvamos al mensaje de los rusos, señor presidente -dijo el general Fremont-. «Tropas para investigar.» Eso suena a refuerzos, señor.

Un bombero novato halló al primer superviviente; iba arrastrándose por la rampa de cemento, desde la plataforma de carga del sótano. Resultaba asombroso que hubiera llegado hasta allí. Tenía quemaduras de segundo grado en las manos y, al arrastrarse, se había clavado en las heridas trozos de vidrio, de cemento y Dios sabía qué. El bombero levantó al hombre (era un policía) y lo llevó al punto de evacuación. Las autobombas rociaron a ambos con agua; luego se les ordenó desvestirse y se los duchó otra vez. El oficial de Policía estaba bastante aturdido, pero arrancó una hoja de papel del anotador que llevaba y, durante todo el trayecto en ambulancia, trató de decir algo al bombero. Este tenía demasiado frío, demasiado cansancio y demasiado miedo para prestarle atención. Había cumplido con su trabajo; pero podía haber perdido la vida. Era demasiado para un muchacho de veinte años; no hacía otra cosa que mantener la vista fija en el suelo de la ambulancia, temblando bajo su manta.

La entrada, coronada por un dintel de cemento, estaba hecha pedazos por obra de la explosión y un trozo bloqueaba el camino. Un soldado del tanque lanzó un cable desde la guía, para rodear el más grande de los bloques restantes. Mientras tanto, el jefe Callaghan miraba constantemente su reloj. Ya era demasiado tarde para detenerse, en cualquier caso. Tenía que conseguirlo aunque muriera en el intento.

El cable se tensó y apartó el trozo de cemento. Milagrosamente, el resto de la entrada no se derrumbó. Callaghan abrió la marcha por la abertura practicada entre los escombros, seguido por el coronel Lyle.

Las luces de emergencia estaban encendidas y todos los aspersores parecían haber entrado en funcionamiento. El jefe de bomberos recordó que en esa parte del estadio la tubería principal llegaba a la estructura; eso explicaba que estuviera cayendo tanta agua. Se oían ruidos de personas. Callaghan entró en un lavabo de hombres y encontró a dos mujeres sentadas en un charco de agua, con los abrigos manchados de vómito.

-¡Lleváoslas de aquí! -gritó a sus hombres-. Id por ambos lados, revisad todo de prisa y regresad cuanto antes.

Callaghan inspeccionó todos los cubículos. Estaban desocupados. Echó otro vistazo en

derredor, pero no había nada más. Después de tanto andar, sólo hallaban a dos mujeres en un lavabo de hombres. Sólo dos. El jefe miró al coronel Lyle, pero no tenían nada que decirse. Los dos salieron.

Callaghan tardó un momento en darse cuenta, aunque estaba justamente allí: un pasaje al nivel inferior del estadio. Allí donde poco antes se veían el lado sur del estadio y el techo, ahora sólo estaban las montañas, aún recortadas en tonos anaranjados por un lejano sol poniente. La abertura lo llamaba. Como en trance, descendió por la rampa.

Era una escena dantesca. De algún modo, ese sector había quedado protegido de la explosión, pero no de la onda térmica. Se veían unas trescientas butacas, intactas en su mayor parte y ocupadas por personas. Por algo que habían sido personas. Estaban negras, absolutamente carbonizadas. En casi treinta años de bombero nunca había visto víctimas como aquéllas. Trescientas, por lo menos, aún sentadas y mirando hacia el lugar en que había estado el campo de juego.

-Vámonos, jefe -dijo el coronel Lyle, tirando de él. Callaghan se derrumbó y vomitó dentro de la máscara antigás. El coronel se la quitó y lo llevó a la rastra-. Larguémonos.- Todo ha terminado. Usted ha cumplido con su deber.

Había cuatro supervivientes más. Los bomberos los llevaron al tanque, que partió de inmediato hacia el punto de evacuación. Los bomberos también se retiraron.

Lo único bueno del día era la cobertura de nieve, pensó Larry Parsons. Había atenuado el daño térmico a los edificios adyacentes. En lugar de cientos de casas incendiadas había sólo unas cuantas. Mejor aún: en la tarde anterior, el sol había brillado con intensidad suficiente para formar una costra en los patios y los techos que rodeaban el estadio. Parsons y sus hombres buscaban material en esa costra. El hecho casi increíble era que, si bien una bomba nuclear convierte gran parte de su masa en energía, la masa total perdida en el proceso era minúscula. Aparte de eso, la materia es muy difícil de destruir y él buscaba residuos del artefacto. Resultaba más fácil de lo que cabía esperar. El material era oscuro sobre superficie plana y blanca, además de altamente radiactiva. Se podía elegir entre seis sitios muy contaminados, en un radio de tres kilómetros alrededor del estadio. Parsons había elegido el peor. Vestido con su traje protector, revestido de plomo, marchaba trabajosamente por un césped cubierto de nieve. Probablemente el lugar pertenecía a una pareja entrada en años, porque no había muñecos de nieve. El sonido del contador se hizo más potente... Allí.

El residuo era apenas más grande que partículas de polvo, pero había muchas; probablemente, grava y pavimento pulverizados, del aparcamiento. Quizás, aquello habría sido absorbido hacia arriba por el centro de la bola de fuego y tendría adheridos residuos de la bomba. Quizá. Parsons recogió una palada y la descargó en una bolsa de plástico que arrojó a su compañero de equipo; éste la dejó caer en un cántaro de plomo.

-¡Muy radiactivo, Larry!

-Lo sé. Recogeré una muestra más.

Lo hizo y luego tomó su radio.

-Soy Parsons. ¿Habéis conseguido algo?

-Tres muestras buenas, Larry. Creo que alcanza para un análisis.

-Os espero en el helicóptero.

-De acuerdo.

Parsons y su compañero se alejaron, sin prestar atención a los ojos dilatados que lo observaban desde las ventanas. De momento, esa gente no le interesaba. Afortunadamente no lo habían importunado con preguntas. El helicóptero, posado en medio de una calle, aún hacía girar su hélice.

-¿Adónde? -preguntó Andy Bowler.

-Al centro de comando: la galería comercial. Aquello debe de estar fresco y bien. Llevad las muestras y pasadlas por el espectrómetro.

-¿Vienes con nosotros?

Librodot

-No puedo -dijo Parsons, meneando la cabeza-. Tengo que llamar a la capital. Las cosas no son lo que parecían. Alguien se ha equivocado y tengo que avisar. Para eso hay que usar una línea de tierra.

La sala de conferencias tenía conectadas cuarenta líneas telefónicas, y una de ellas era la línea directa de Ryan. El ruido electrónico le llamó la atención. Jack pulsó el botón y levantó el auricular.

-Ryan.

-Jack, ¿qué está pasando? -preguntó Cathy Ryan a su esposo. En su voz había alarma, pero no pánico.

-¿A qué te refieres?

-La televisión local dice que estalló una bomba en Denver. ¿Hay... guerra, Jack?

-Cathy... no puedo... No, querida, no hay ninguna guerra. -Han pasado imágenes del lugar, Jack. ¿Hay algo que yo deba saber?

-Sabes casi tanto como yo. Ha ocurrido algo. No sabemos exactamente qué y estamos tratando de averiguarlo. El presidente está en Camp David, con la asesora de Seguridad Nacional y...

-¿Elliot?

-Si. En este momento están hablando con los rusos. Tengo que trabajar, cariño.

-¿Convendría que me llevara a los niños a alguna parte?

Lo que correspondía, lo honorable y lo dramático, era indicar a su esposa que permaneciera en su casa, pues ellos debían compartir los riesgos con todos los demás, pero lo cierto era que él no conocía ningún lugar seguro. Miró por la ventana preguntándose qué diablos debía decir.

-No.

-¿Liz Elliot está asesorando al presidente?

-En efecto.

-Es una persona insignificante y débil, Jack. Tal vez sea inteligente, pero interiormente es débil.

-Lo sé, Cathy. Mira, tengo mucho quehacer.

-Te amo.

-Y yo a ti, cariño. Adiós. -Jack cortó-. La noticia se ha divulgado -anunció-, con fotos y todo,

-¡Jack! -Era el oficial de turno-. AP acaba de enviar un cable: escaramuza en Berlin entre fuerzas estadounidenses y soviéticas. «Reuters» informa sabre la explosión en Denver.

Ryan se comunicó con Murray.

-¿Tienes los servicios de cables?

-Estaba seguro de que esto no iba a servir, Jack.

-¿De qué hablas?

-El presidente nos mandó acallar a las redes informativas. Creo que la hemos hecho buena.

-Estupendo. Deberías haberte negado, Dan.

-Lo intenté, Jack.

Había demasiadas redundancias, demasiados nódulos. De los satélites que operaban para EE.UU. aún había dos en funcionamiento; también estaba intacto casi todo el sistema de repetidores por microonda que los había precedido. Las redes no surgían sólo de Nueva York y Atlanta. La oficina que la «NBC» tenía en Los Angeles se hizo cargo en nombre de esa red, tras una subrepticia llamada desde el Rockefeller Center. «CBS» y «ABC» hicieron lo mismo en Washington y Chicago. Los periodistas también hicieron saber al público que agentes del FBI «tenían como rehenes» al personal de las cadenas, violando canallescamente la Primera Enmienda. La «ABC» estaba indignada por la destrucción de su valioso equipo, pero eso era una nimiedad comparado con el alcance de la noticia. La olla se había destapado y en la

oficina de Prensa de la Casa Blanca se encendieron las luces de las líneas telefónicas. Muchos periodistas tenían también comunicación directa con Camp David. El presidente no tenía nada que declarar. Eso no hizo sino agravar las cosas. En Omaha, Nebraska, la afiliada de la «CBS» no tuvo más que pasar en coche por enfrente de los cuarteles del MAE para constatar que se había reforzado la guardia y que el aparcamiento de aviones estaba vacío. Esas imágenes se divulgarían a toda la nación en pocos minutos, pero fueron los equipos de información locales los que hicieron el mejor y el peor de los trabajos. Difícilmente hay en Estados Unidos una ciudad, grande o pequeña, donde no haya un depósito de armas de la Guardia Nacional o una base de reservistas. Disimular su actividad equivalía a disimular un amanecer; los teletipos informaban que en todas partes había actividad. Para acentuar esos informes sólo faltaban las pocas imágenes grabadas por «KOLD» en Denver, que ahora se emitían casi constantemente, para explicar qué estaba pasando y por qué.

Todos los teléfonos del Presbiteriano Aurora estaban ocupados. Parsons sabía que habría podido desocupar uno para sí, pero era más fácil cruzar la calle hasta una galería comercial casi desierta. Allí encontró a un agente del FBI.

-¿Usted es el tío del estadio? -Parsons ya no llevaba el casco, pero sí el resto del traje especial.

-Sí. Necesito un teléfono.

-No malgaste monedas. -Estaban delante de una tienda de ropas masculinas, cuya puerta tenía alarma, pero el sistema parecía barato. El agente sacó su pistola reglamentaria y disparó cinco veces, destrozando el vidrio-. Usted primero, tío.

Parsons corrió al mostrador y tomó el teléfono para llamar a sus oficinas de Washington. No ocurrió nada.

-¿Adónde llamas?

-A la capital.

-No hay líneas de larga distancia.

-¿Qué? La explosión no puede haber dañado ala empresa telefónica.

-Las hemos cortado nosotros, tío. Órdenes de Washington -explicó el agente.

-¿Quién fue el idiota que lo ordenó?

-El presidente.

-Estupendo. Tengo que hacer una llamada.

-Espera. -El agente tomó el teléfono y llamó a su oficina Le pasó el auricular.

-Hoskins.

-Soy Larry Parsons, jefe del equipo NEST. ¿Puede transmitir algo a Washington?

-Claro.

-La explosión fue de superficie, inferior a quince kilotones. Tenemos muestras de los residuos, van de camino a Rocky Flats para un examen de espectroscopia.

-De acuerdo.

Parsons colgó el auricular.

-¿Tenéis trozos de la bomba? -preguntó el agente del FBI, incrédulo.

-Exacto. Son residuos que se adhieren a las partículas de polvo.

-¿Y...?

-A partir de ahí podemos averiguar muchas cosas. Acompáñeme-dijo Parsons al agente.

Ambos se dirigieronal hospital. El jefe de equipo había decidido que podía serle útil tener a mano a un agente del FBI.

-Ha llegado algo de Denver, Jack, por intermedio de Walt Hoskins. La bomba fue un estallido de superficie de unos cincuenta kilotones. Los de NEST tienen residuos y van a analizarlos.

Librodot

Ryan tomó nota.

-¿Número de víctimas?

-No lo mencionaron.

-Cincuenta kilotones -comentó el hombre de Ciencia Tecnología Mucho menos de lo que decían los satélites. Pero sigue siendo demasiado para un artefacto de aficionados.

El «F-16C» no era lo ideal para esa misión, pero sí bastante veloz. Apenas veinte minutos antes habían despegado cuatro desde Ramstein, luego del primer alerta DEFCON-TRES. Habían llegado a un punto situado al Este de lo que aún llamaban «frontera interna alemana». Poco después les ordenó llegar hasta el extremo sur de Berlín, para echar un vistazo a lo que estaba ocurriendo en los cuarteles de la Brigada Berlín. Cuatro «F-15» de Bitburg se reunieron con ellos para aumentar la cobertura. Los ocho aviones de combate estaban preparados sólo para misiones aire-aire, con dos depósitos de combustible auxiliares en lugar de las bombas en el caso de los «F-16» y celdas conformes en los «Eagles». Desde tres mil metros de altitud se veían las explosiones en tierra. La escuadrilla de «F-16» descendió para inspeccionar la zona, mientras los «Eagles» volaban en círculos.

(1) La confusión entre quince y cincuenta kilotones se debe a la similar fonética de ambas voces en ingles: fifteeen y fifty. (N. del E)

Más tarde se consideró que el fallo había sido por partida doble. Primero, los pilotos quedaron tan asombrados por los acontecimientos que no repararon en el peligro; segundo, la Fuerza Aérea había tenido muy pocas pérdidas en Irak y los pilotos confiaban demasiado en sus propias fuerzas.

El regimiento de tanques rusos tenía misiles «SA-8» «SA-11», además del normal complemento de vehiculos «Shilka 23». El comandante de la compañía antiaérea estaba esperando ese momento, con los radares apagados y con la astucia que los iraquíes no habían sabido mostrar. Esperó a que los aviones norteamericanos estuvieran por debajo de los mil metros para dar la orden.

Los pilotos apenas si tuvieron tiempo de comprobar sus receptores de peligro cuando un enjambre de misiles se elevó desde el borde oriental del cuartel ruso. Los «Eagles», a gran altura, tenían más posibilidades de librarse. Los «F-16», casi ninguna: descendían directamente hacia la trampa de misiles soviéticos tierra-aire. Dos fueron derribados en pocos segundos. Los otros esquivaron la primera ráfaga de misiles, pero uno quedó atrapado en la segunda. Ese piloto se eyectó con éxito, pero murió al aterrizar violentamente en el tejado de un edificio de apartamentos. El cuarto «F-16» escapó rozando los tejados y huyó hacia el Oeste, a toda potencia. Dos «Eagles» se reunieron con él. En total, cinco aparatos norteamericanos se estrellaron en la ciudad; sólo uno de los pilotos sobrevivió. Informado de lo ocurrido, el comandante de las fuerzas estadounidenses estacionadas en Europa, que estaba en Ramstein, ordenó armar doce «F-16». La próxima vez sería diferente.

PRESIDENTE NARMONOV:

ALGUNOS AVIONES ENVIADOS A BERLÍN PARA INVESTIGAR LA SITUACIÓN HAN SIDO DERRIBADOS SIN MOTIVO POR MISILES SOVIÉTICOS. ¿POR QUÉ LO HAN HECHO?

-¿Qué significa esto?

-¿Derribados sin motivo? Allí se estaba librando una batalla y para eso se enviaron los aviones. El regimiento tiene defensas antiaéreas -explicó el ministro de Defensa-. Misiles de corto alcance. Si los norteamericanos se hubieran mantenido a una altitud segura, a diez mil metros, no podríamos haberlos tocado. Tienen que haber descendido, probablemente en apoyo de sus tropas con un ataque aéreo. Sólo así pudimos haberlos derribado.

-¿Tenemos información?

-No. Todavía no hemos establecido contacto.

-No responderemos a esto.

-Es un error -observó Golovko.

-Esta situación ya es demasiado peligrosa -dijo Narmonov, con enfado-. No sabemos qué está ocurriendo. ¿Cómo voy a responder si Fowler asegura tener informaciones de las que yo no dispongo?

-Si usted no responde, parecerá que admitimos el incidente.

-No admitimos nada! -gritó el ministro de Defensa-. No podríamos haberlo hecho, a menos que ellos nos atacaran. Y no sabemos si ocurrió o no.

-Dígales eso -sugirió Golovko-. Tal vez si entienden que estamos tan confundidos como ellos, también comprenderán que...

-No comprenderán ni nos creerán. Ya nos han acusado de ese ataque y no creerán que no tenemos control sobre la zona.

Narmonov se retiró a una mesa del rincón y se sirvió una taza de té, mientras los asesores de Inteligencia y Defensa intercambiaban... ¿argumentos? ¿Era ésa la palabra adecuada? El presidente soviético levantó la mirada al techo. Ese centro de mando databa de los tiempos de Stalin. Estaba a poca distancia de una de las líneas de Metro de Moscú y había sido construido por Lazr Kaganovich, el judío antisemita mimado de Stalin, su compinche de confianza. Estaba cien metros bajo tierra, pero ahora sus hombres le decían que no era tan seguro.

¿Qué estaría pensando Fowler? Sin duda, estaba alterado por el asesinato de tantos ciudadanos estadounidenses, pero ¿cómo podía creer que los soviéticos eran responsables de ello? ¿Y qué estaba ocurriendo, en realidad? Una batalla en Berlín, un posible enfrentamiento entre fuerzas navales en el Mediterráneo. Todo incongruente... ¿o no?

¿Importaba acaso? Narmonov clavó la vista en un cuadro colgado en la pared y decidió que no importaba. Tanto él como Fowler eran políticos para quienes las apariencias tenían más peso que la realidad y las percepciones eran más importantes que los hechos. En Roma, el norteamericano le había mentido sobre un asunto trivial. ¿Y si ahora también mentía? En ese caso, los últimos diez años de progreso no va-lían nada, ¿verdad? Todo había sido para nada.

-¿Cómo se inician las guerras? -se preguntó Narmonov en voz baja.

Según la Historia, las guerras de conquista se iniciaban por decisión de hombres fuertes que deseaban ser aún más fuertes. Pero ya había pasado la época de los hombres con ambiciones imperiales. El último de esos criminales había muerto no mucho antes. Todo cambió en el siglo xx. La Primera Guerra Mundial se inició... ¿cómo? Un asesino tuberculoso había matado a un bufón tan poco querido que su propia familia no había asistido a los funerales. Una prepotente nota diplomática instó al zar Nicolás II a lanzarse en defensa de gentes que no apreciaba. Y entonces se iniciaron los hechos. Nicolás tuvo la última posibilidad. El último zar tuvo en sus manos la posibilidad de detenerlo todo y no lo hizo. Si hubiera sabido adónde llevaría su decisión de ir a la guerra, tal vez habría hallado fuerzas para detenerlo todo, pero el miedo y la debilidad le hicieron firmar la orden de movilización que puso fin a una época y dio comienzo a otra. Aquella guerra se había iniciado porque unos hombres insignificantes y asustados temían me-nos una conflagración que el revelar su debilidad.

«Fowler es de ésos -se dijo Narmonov-. Orgulloso, arrogante, capaz de mentir sobre una nimiedad para que yo no pensara mal de él. Estas muertes lo han enfadado. Teme que se produzcan otras, pero más teme que lo crean débil. Mi país está a merced de un hombre así.»

Narmonov se encontraba en una trampa elegante. Lo irónico de la situación habría podido provocarle una sonrisa tensa y amarga. En cambio, el presidente soviético dejó su te, pues su estómago, no soportaba más aquella infusión caliente y amarga. El tampoco podía permitirse una muestra de debilidad. De lo contrario, alentaría nuevas actitudes irracionales en Fowler. Una parte de Andrei Ilich Narmonov se preguntaba si lo que pensaba de Jonathan Robert Fowler no podía aplicarse también a él mismo... Pero era preciso replicar. No hacerlo era mostrar debilidad, ¿verdad?

-¿No hay respuesta? -preguntó Fowler al auxiliar.

Librodot

-No, señor, todavía no. -Los ojos de Orontia no se apartaban del monitor del ordenador.

-Por Dios -murmuró el presidente-. Tantos muertos...

«Y yo podría haber sido una de ellos -pensó Liz Elliot. La imagen volvía a ella como las olas a la playa, rompiendo y retirándose sólo para volver a romper-. Alguien quería matarnos. A mí también. Y no sabemos quién ni por qué... No podemos permitir que esto continúe. No sabemos siquiera qué estamos tratando de evitar. ¿Quién lo hace? ¿Por qué lo hace?» Liz miró el reloj y calculó la hora en que llegaría el avión de PMAEN. «Deberíamos haber salido en el primero. ¿Por qué no se nos ocurrió hacerlo volar a Hagerstown para que nos recogiera? Estamos aquí, somos un blanco perfecto. Y si quieren matarnos, esta vez lo conseguirán.»

-¿Y cómo vamos a impedirlo? -preguntó Liz-. Ni siquiera nos responde.

El «Sea Devil Uno Tres», un avión de lucha antisubmarina «P-3C Orion», que había despegado de la estación aeronaval «Kodiak», se sacudía con el viento, a la escasa altitud de ciento cincuenta metros. Depositó la primera línea de diez sonoboyas DIFAR a quince kilómetros del Maine, en dirección sudeste. En la parte trasera, los operadores de sonar se habían ceñido con fuerza los cinturones de seguridad y tenían la bolsa de vómito a mano, en tanto trataban de descifrar las pantallas. Las cosas tardaron varios minutos en definirse.

-Por el amor de Dios, ése es mi submarino -dijo Jim Rosselli.

Llamó a Bangor y preguntó por el comodoro Mancuso.

-¿Qué pasa, Bart?

-El Maine informó de una colisión con daños de eje y hélice. Hay un «P-3» a su lado e hemos enviado al Omaha hacia allí. Esa es la buena noticia. La mala es que el Maine estaba rastreando a un Akula.

-¿Qué?

-Harry nos convenció, a mí y al «OP-02», Jim. Ya es demasiado tarde para arrepentirse. No creo que haya problemas, porque el Akula estaba lejos. Ya sabes lo que hizo Harry con el Omaha, el año pasado, ¿no?

-Sí, y pensé que el tipo estaba chiflado.

-Oye, no creo que pase nada. En este momento estoy dirigiendo a mis naves, Jim. Si no necesitas nada más, tengo trabajo.

-De acuerdo. -Rosselli cortó.

-¿Qué ocurre? -preguntó Rocky Barnes.

Rosselli se lo dijo.

-Mi viejo submarino, inutilizado en el golfo de Alaska y con un ruso merodeando por allí.

-Oh, pero son muy silenciosos. Usted mismo me lo dijo. Los rusos ni siquiera saben dónde está.

-Ya.

-Anímese, Jim. Yo conocía a algunos de los pilotos que mataron en Berlín.

-¿Dónde diablos está Wilkes? Ya debería estar aquí -protestó Rosselli-. Tiene un buen coche.

-Tranquilícese, por favor. ¿Qué está pasando?

-No lo sé, Rocky.

Tenemos uno largo -dijo el jefe Orontia-. Aquí viene.

PRESIDENTE FOWLER:

NO TENEMOS INFORMACIÓN DE BERLÍN SOBRE EL INCIDENTE QUE USTED REFIERE. LAS COMUNICACIONES SE HAN INTERRUMPIDO. HE DADO ÓRDENES A TODAS NUESTRAS TROPAS Y, SI LAS HAN RECIBIDO, NO INICIARÁN

Librodot

ACCIONES SALVO EN DEFENSA PROPIA. TAL VEZ CONSIDERARON QUE SUS AVIONES LOS ATACABAN Y ACTUARON EN LEGÍTIMA DEFENSA. EN TODO CASO, ESTAMOS TRATANDO DE RECUPERAR CONTACTO CON LAS TROPAS. NUESTRO PRIMER INTENTO FUE IMPEDIDO POR TROPAS NORTEAMERICANAS QUE ESTABAN FUERA DE SUS CUARTELES. USTED NOS ACUSA DE HABER ABIERTO FUEGO; SIN EMBARGO, NUESTRAS TROPAS NO TIENEN TALES ÓRDENES Y NUESTRA ÚNICA NOTICIA ES QUE SUS FUERZAS, CUANDO ATACARON, ESTABAN EN NUESTRA ZONA DE LA CIUDAD.

SEÑOR PRESIDENTE, NO PUEDO CONCILIAR SUS PALABRAS CON LOS HECHOS. NO FORMULO ACUSACIONES, PERO PUEDO ASEGURARLE QUE LAS FUERZAS SOVIÉTICAS NO HAN EMPRENDIDO ACCIÓN ALGUNA CONTRA LAS NORTEAMERICANAS.

USTED DICE QUE LA ALERTA DE SUS FUERZAS ES SOLO DEFENSIVA PERO NOS CONSTA QUE SUS FUERZAS ESTRATÉGICAS ESTÁN EN UN ESTADO DE ALERTA MUY ALTO. DICE NO TENER MOTIVOS PARA CREER QUE SOMOS RESPONSABLES DE ESTA INFAMIA, PERO SUS FUERZAS ESTÁN PREPARADO CONTRA MI PAÍS. USTED PIDE PRUEBAS DE NUESTRAS BUENAS INTENCIONES, PERO SUS ACCIONES DEMUESTRAN QUE NO LAS TIENE.

-Está dando palos de ciego -observó Liz Elliot-. El que ha enviado este mensaje está nervioso. Bien, todavía podemos imponernos.

-¿Bien? -repitió CINC-SAC-. ¿Se da cuenta, doctora Elliot, de que esa persona tiene un montón de misiles apuntándonos? A mi entender, estamos ante un hombre enfadado. Nos ha arrojado a la cara nuestras propias preguntas.

-¿Que quiere decir, general?

-El sabe que estamos en alerta. Eso no tiene nada de raro, claro, pero también dice que nuestras armas apuntan hacia su país. Ahora nos acusa de amenazarlo... con armas nucleares, señor presidente. Eso es más grave que la estupidez de. Berlín.

-Estoy de acuerdo -agregó el general Borstein-. Está tratando de intimidarnos, señor. Preguntamos por un par de aviones perdidos y él nos devuelve el balón.

Fowler volvió a conectar con la CIA.

-¿Recibió el último, Ryan?

-Sí, señor.

-¿Qué opina del estado anímico de Narmonov?

-En este momento está algo contrariado, señor, y también muy preocupado por nuestra posición a la defensiva. Busca el modo de salir del atolladero.

-Yo no lo interpreto así. Está asustado.

-Desde luego -observó Jack-. Es natural que esté asustado, como todos.

-Oiga, Ryan, aquí tenemos las cosas bajo control.

-No lo pongo en duda, Liz -replicó Jack, mordiéndose la lengua para no decir lo que pensaba-. La situación es grave y él está tan preocupado como nosotros. Trata de averiguar qué pasa, como nosotros. El problema es que nadie sabe nada.

-Bien, ¿y quién es el responsable? Eso es trabajo suyo, ¿no? -acusó Fowler, irritado.

-Sí, señor presidente, y estamos trabajando en eso. Mucha gente está en eso.

-Robert, ¿te parece que nuestro interlocutor habla como Narmonov? Tú lo conoces, has conversado con él.

-No lo sé, Elizabeth.

-Es lo único que tiene sentido...

-¿Quién ha dicho que todo esto deba tener sentido, Liz? -preguntó Ryan.

-La bomba era potente, ¿no, general Borstein?

-Es lo que dicen nuestros instrumentos, sí.

-¿Quién posee bombas tan potentes?

-Nosotros, los rusos, los británicos, los franceses... Tal vez los chinos, pero no lo creemos.

Librodot

Israel tiene cabezas nucleares de esa potencia. Y nadie más. India, Paquistán y Sudáfrica pueden tener bombas de fisión, pero no tan potentes.

-¿Esa información es correcta, Ryan? -preguntó Elliot.

-Si, en efecto.

-Por ende, si no fueron Gran Bretaña, Francia ni Israel, ¿quién diablos fue?

-¡Maldita sea, Liz, no lo sabemos! ¿Me oye? No lo sabemos y esto no es un enigma de Sherlock Holmes, joder. Con descartar a los que no fueron no vamos a averiguar quién fue. La ausencia de información no se puede convertir en una conclusión.

-¿Sabe la CIA quiénes tienen armas de este tipo, en su totalidad? -preguntó Fowler.

-Sí, señor, eso creemos.

-¿Con cuánta certeza puede afirmarlo?

-Hasta hoy habría apostado la vida.

-Así pues, una vez más no me está diciendo la verdad. ¿eh? -observó Fowler con frialdad.

Jack se levantó de la silla.

-Usted puede ser el presidente de EE.UU., señor, ¡pero no vuelva a acusarme de mentir! Mi esposa acaba de llamar para preguntar si debe llevar a los niños a algún lugar seguro. ¡N usted cree que yo soy tan idiota como para jugar a las adivinanzas en un momento como éste, señor!

-Gracias. Ryan, eso es todo.

La comunicación se cortó.

-¡Que me aspen! -exclamó el oficial de turno.

Jack miró a su alrededor, buscando una papelera. La encontró justo a tiempo. Cayó de rodillas y vomitó en ella. Luego, tomó una lata de Coca-Cola, se enjuagó la boca con un sorbo lo escupió. Nadie dijo una palabra hasta que él se levantó.

-No lo comprenden -dijo Jack, en voz baja. Se desperezó, y encendió un cigarrillo-. No lo comprenden. no. Y todo es muy simple, ¿sabéis? No es lo mismo no saber nada que comprender que no se sabe nada. Estamos en una crisis y todos lo, participantes vuelven a sus raíces. El presidente piensa como abogado: trata de ser frío, de hacer lo que sabe; analiza la evidencia y trata de montar su caso, interroga a los testigos, trata de reducirlo todo; ése es su juego. Liz está obsesionada con que podrían haberla hecho volar y no puede dejar eso a un lado. Bien. -Ryan se encogió de hombros-. Creo que lo comprendo. Yo también he pasado por eso. Ella es una científica de la política en busca de un modelo teórico. Eso es lo que está proporcionando al presidente. Tiene un modelo muy elegante, pero se basa en la nada, ¿no, Ben?

-Olvidas algo, Jack -señaló Goodley.

Ryan meneó la cabeza.

-No, Ben, todavía no he llegado. Como yo no puedo dominar mi maldito carácter, ahora no querrán escucharme. He hecho mal. Estaba avisado, pero me dejé dominar por mi mal carácter. ¿Y sabes qué es lo gracioso? Si no fuera por mí, Fowler todavía estaría en Columbus, Ohio, y Elliot estaría dando clases a los jovencitos de Bennington.

Jack se dirigió otra vez hacia la ventana. Afuera estaba oscuro y la luz de la habitación convertía el vidrio en un espejo.

-¿De qué estás hablando?

-Eso es un secreto, señores. Tal vez sea eso lo que graben en mi lápida: «Aquí yace John Patrick Ryan. Trató de hacer lo correcto... y ved lo que ocurrió.» Me gustaría saber si Cathy y los niños se salvarán.

-Oh, vamos, las cosas no están tan mal -exclamó el oficial de turno.

Pero todos los presentes sintieron un escalofrío. Jack se volvió en redondo.

-¿No? ¿No ves adónde va a parar todo esto? No escuchan a nadie. Podrían escuchar a Dennis Bunker o a Brent Talbot, pero ambos se han convertido en contaminación ambiental; son pequeñas partículas radiactivas que flotan sobre Colorado. Yo soy lo más parecido a un asesor que les queda. Y sólo he conseguido que no quieran escucharme.

XLI. EL CAMPO DE CAMLAN

El Admiral Lunin iba a una velocidad peligrosa. El capitán Dubinin lo sabía, pero oportunidades como ésa no se presentaban con frecuencia. En realidad era la primera y el capitán se preguntaba si no sería también la última. ¿Por qué los norteamericanos estaban en alerta nuclear total? Si, por supuesto, una explosión nuclear en su país era algo muy grave, pero ¿podían estar tan locos como para suponer que los soviéticos habían hecho algo así?

-Déme una carta de proyección polar -dijo a su contramaestre.

Dubinin sabía lo que iba a ver, pero no era momento para recuerdos, sino para hechos. Un momento después tuvo en su mesa un metro cuadrado de cartulina. Tomó un par de divisores y los llevó desde la posición calculada del Maine hasta Moscú y el campo de misiles estratégicos situado en la partecentral de su país.

-Sí. -Aquello estaba muy claro.

-¿Qué pasa, capitán? -preguntó el Starporn.

-El Maine, según nuestros cálculos de Inteligencia, esta el sector de patrullaje más septentrional de los submarinos con base en Bangor. Es comprensible, ¿no?

-Sí, capitán, según lo poco que sabemos de sus patrones de patrullaje.

-Lleva veinticuatro misiles «D-5», con unas ocho cabezas de combate en cada uno...

Hizo una pausa. En otros tiempos habría podido hacer instantáneamente ese cálculo mental.

-Ciento noventa y dos, capitán -dijo el oficial ejecutivo.

-Correcto, gracias. Eso incluye casi todos nuestros «SS-18», salvo los que se están desactivando por el tratado. Y la eficiencia de los «D-5» hace probable que esas ciento noventa y dos cabezas de combate destruyan aproximadamente ciento sesenta de sus objetivos. Los cuales, a su vez, constituyen más de la quinta parte de nuestro arsenal total, incluyendo las cabezas nucleares de mayor precisión. Extraordinario, ¿no? -comentó Dubinin.

-¿Le parece que son tan buenos?

-Los norteamericanos demostraron su capacidad de tiro en Irak, ¿no? Por mi parte, nunca puse en duda la calidad de sus armas.

-Sabemos que los misiles de los submarinos norteamericanos son, para un primer ataque...

-Continúe.

El Starpom miró el mapa.

-Por supuesto. Este es el más cercano.

-Por cierto. El Maine es la punta de lanza contra nuestro país. -Dubinin dio golpecitos al mapa con sus divisores-. Si los norteamericanos lanzan un ataque, los primeros misiles volarán desde este punto y darán en el blanco diecinueve minutos después. No sé si nuestros camaradas de las Fuerzas de Misiles Estratégicos podrán responder con tanta celeridad...

-Pero ¿qué podemos hacer nosotros, capitán? -preguntó el primer oficial.

Dubinin sacó la carta de la mesa y la guardó otra vez. -Nada, absolutamente nada. No podemos atacar sin recibir órdenes o grave provocación. Según nuestros mejores datos de Inteligencia, el Maine puede lanzar sus misiles a intervalos de quince segundos, probablemente menos. En la guerra, el manual pierde importancia. Digamos que pasan cuatro minutos entre el primer disparo y el último. Para evitar un fratricidio con cabezas nucleares, hay que atacar en escalerilla hacia el norte. Eso no importa, si se examina la física. Estando en Frunze lo estudié, ¿sabe? Puesto que nuestros misiles funcionan con combustible líquido, no se pueden lanzar durante un ataque. Aunque sus componentes electrónicos pueden soportar los efectos electro-magnéticos, su estructura es demasiado frágil para las fuerzas fisicas. Por ende, a menos que podarnos disparar antes de que lo haga el enemigo, nuestra táctica consiste en esperar y disparar pocos minutos después. Si el Maine puede lanzar sus misiles en cuatro minutos, significa que nosotros debemos estar en un radio de seis mil metros, oír la primera

Librodot

señal de lanzamiento y disparar inmediatamente, si queremos evitar que lance su último misil. ¿no es así?

-Una tarea difícil.

El capitán sacudió la cabeza.

-Una tarea imposible. Lo único factible es que lo eliminemos antes de que reciba la orden de disparar, pero no podemos hacerlo sin recibir órdenes, y no las hemos recibido.

-¿Y qué podemos hacer?

-No mucho. -Dubinin se inclinó hacia la mesa de cartas-. Supongamos que el Maine está realmente averiado y que conocemos con certeza su posición. Aún tenemos que detectarlo. Si su sala de máquinas está en el mínimo, oírlo será casi imposible, sobre todo si está arriba, entre el ruido de superficie. Tenemos que ponernos en marcha para que nos dispare un torpedo. Silo hace, podemos contraatacar... y confiar en que sobreviviremos. Es posible que nuestro disparo lo alcance, pero también es posible que no. Si él no dispara al oír nuestro sonar... tal vez podamos acercarnos lo suficiente para intimidarlo y obligarlo a descender. Lo perderemos otra vez cuando descienda... pero si podemos obligarlo a descender y mantenernos por encima tal vez podamos impedir que descienda a la profundidad necesaria para disparar un misil. -Dubinin frunció el ceño-. El plan no es muy brillante, ¿verdad? Si uno de ellos lo sugiriera -señalaba a los oficiales jóvenes- les arrancaría el pellejo. Pero no se me ocurre nada mejor. ¿Y a usted?

-Nos tomaría excesivamente vulnerables al ataque, capitán. El Starpom se dijo que la idea podía ser calificada de suicida, pero estaba segura de que Dubinin lo sabía.

-Así es, pero si es necesario para evitar que ese hijo de puta descienda a profundidad de disparo, me propongo hacerlo. No veo alternativa.

PRESIDENTE NARMONOV:

POR FAVOR, COMPRENDA NUESTRA POSICIÓN. DADA LA POTENCIA DE LA BOMBA QUE DESTRUYÓ DENVER, ES MUY IMPROBABLE QUE SEA OBRA DE TERRORISTAS. SIN EMBARGO, TODAVIA NO HEMOS EMPRENDIDO NINGUNA ACCIÓN DE REPRESALIA. SI SU PAÍS FUERA ATACADO, TAMBIÉN USTED ALERTARÍA A SUS FUERZAS ESTRATÉGICAS. NOSOTROS HEMOS ALERTADO A LAS NUESTRAS, Y A LAS FUERZAS CONVENCIONALES. POR MOTIVOS TÉCNICOS FUE NECESARIO DECRETAR UNA ALERTA TOTAL. PERO NO HE DADO INSTRUCCIONES DE EMPRENDER OPERACIONES OFENSIVAS. NUESTRAS ACCIONES HAN SIDO PRUDENTES Y SOLO DEFENSIVAS.

No TENEMOS EVIDENCIAS DE QUE SU PAIS HAYA EMPRENDIDO ACCIONES CONTRA EL NUESTRO, PERO HEMOS SIDO INFORMADOS QUE SUS TROPAS DE BERLIN HAN ATACADO A LAS NUESTRAS Y TAMBIÉN A LOS AVIONES QUE INSPECCIONABAN LA ZONA. TAMBIÉN SE NOS INFORMA QUE AVIONES SOVIÉTICOS SE HAN APROXIMADO A UN PORTAAVIONES NORTEAMERICANO EN EL M EDITERRANEO.

PRESIDENTE NARMONOV: LE INSTO A CONTENER SUS FUERZAS. Sl PONEMOS FIN A ESTAS PROVOCACIONES, SUPERAREMOS ESTA CRISIS, PERO NO PUEDO ORDENAR A MIS HOMBRES QUE NO SE DEFIENDAN.

-¿Contener nuestras fuerzas? Maldito sea -juró el ministro de Defensa-. Fowler nos acusa de provocarlo, pero son sus tanques los que han invadido Berlín Oriental, sus bombarderos los que atacaron a nuestras fuerzas, y ese loco arrogante tiene la desfachatez de confirmar que su portaaviones ha atacado a nuestros aviones. Y, encima, pretende que no lo provoquemos. ¿Qué quiere que hagamos? ¿Que huyamos cada vez que veamos a un norteamericano?

-Eso podría ser lo más prudente -observó Golovko.

-¿Huir como los ladrones de la Policía? -preguntó el ministro de Defensa con sarcasmo-. ¿Eso pide usted que hagamos?

-Es una posibilidad a tener en cuenta. -El vicepresidente primero del KGB parecía defender su posición con bravura, se dijo Narmonov.

-Lo importante de este mensaje es la segunda frase -señaló el ministro de Asuntos Exteriores. Su análisis resultó tanto más escalofriante por su tono objetivo-. Dicen que no lo consideran un atentado terrorista. Por tanto, ¿cuál es el atacante más probable? Luego dice que todavía no han tomado represalias. En mi opinión, el párrafo siguiente, donde dice que no tienen evidencias para responsabilizarnos de esta infamia, se contradice con el primero.

-Y si huimos no haremos sino convencerlo de que fuimos nosotros -agregó el ministro de Defensa.

-¿Convencerlo? -preguntó Golovko.

-Estoy de acuerdo -dijo Narmonov, levantando la vista-. Debo suponer que Fowler no está actuando con raciocinio. Este comunicado no está bien razonado. Nos acusa bastante explícitamente.

-¿Y sobre las características de la explosión? -preguntó Golovko al ministro de Defensa.

-Una bomba de esa potencia no puede ser obra de terroristas. Nuestros análisis indican que podrían lograr un artefacto de fisión de primera y hasta segunda generación, pero su potencia no llegaría a cien kilotones, por cierto, ni a cuarenta, probablemente. Pero nuestros instrumentos indican que este artefacto superó holgadamente los cien. Eso significa que se trató de un arma de tercera generación o, más probablemente, de un artefacto de fusión multietapas. Eso no es trabajo de aficionados.

-¿Y quién pudo haberlo hecho? -preguntó Narmonov. Golovko miró a su presidente.

-No lo sé. Detectamos un posible proyecto para fabricar bombas en Alemania Oriental. Estaban produciendo plutonio, pero tenemos buenos motivos para creer que el proyecto nunca se puso en práctica. Hemos analizado los proyectos en marcha en América del Sur, pero todavía no han alcanzado este punto. Israel tiene la posibilidad, pero ¿qué motivos tendría para atacar a su mejor aliado? Si China quisiera hacer algo así, es más probable que nos atacara a nosotros, pues tenemos el territorio y los recursos que necesita; Estados Unidos resulta más valioso como socio comercial que como enemigo. No; si fue obra de un país, nosotros somos los indicados. Pero si usted ordenara al KGB una cosa así, Andrei Ilich, probablemente no podríamos cumplirla. El tipo de mentalidad requerida para llevar a cabo esta misión (me refiero a la habilidad, la inteligencia y la abnegación) sólo se encuentra en un psicópata. El asesinato masivo y gratuito requiere una personalidad enferma. En el KGB no hay personas así.

-Eso significa que usted no tiene información ni encuentra hipótesis sensatas para explicar los hechos de esta mañana.

-Así es, camarada presidente. Me gustaría poder decir lo contrario, pero no puedo.

-¿Qué clase de asesoramiento recibe Fowler?

-No lo sé -admitió Golovko-. Los secretarios Talbot y Bunker han muerto; ambos estaban presenciando el partido de fútbol. Más aún, el secretario de Defensa Bunker era propietario de uno de los equipos. El director de la CIA está en Japón o en viaje de regreso.

-El vicedirector es Ryan, ¿no?

-Sí.

-Lo conozco. No es ningún tonto.

-No, pero piensan cesarlo. Fowler le tiene antipatía y nos consta que le han pedido la renuncia. Por tanto, no sé quién está asesorando al presidente Fowler, aparte de Elizabeth Elliot, la asesora de Seguridad Nacional, que no impresiona bien a nuestro embajador.

-Así pues, es posible que ese hombre débil y vanidoso no esté recibiendo buenos consejos de nadie.

-En efecto.

-Eso explicaría muchas cosas. -Narmonov se reclinó en el sillón y cerró los ojos-. Así las cosas, soy el único que puede darle un buen consejo, pero él supone que yo he ordenado destruir su ciudad. ¡Vaya enredo!

Probablemente era el análisis más penetrante de la noche, pero se equivocaba.

PRESIDENTE FOWLER:

Librodot

HE ANALIZADO ESTE ASUNTO CON MIS ASESORES MILITARES Y HEMOS COMPROBADO QUE NINGUNA BOMBA NUCLEAR SOVIÉTICA HA SIDO DISPARADA.

USTED Y YO NOS CONOCEMOS. CONFIO EN QUE ME CONSIDERE INCAPAZ DE HABER DADO UNA ORDEN TAN CRIMINAL.

TODAS NUESTRAS ÓRDENES A LAS FUERZAS ARMADAS HAN SIDO DE NATURALEZA DEFENSIVA. NO HE AUTORIZADO NINGUNA ACCIÓN OFENSIVA.

HE CONSULTADO A NUESTROS SERVICIOS DE INTELIGENCIA Y LAMENTO INFORMARLE QUE NO SABEMOS QUIÉN PUDO HABER COMETIDO ACTO INHUMANO. TODA LA INFORMACIÓN QUE OBTENGAMOS LE SERÁ COMUNICADA INMEDIATAMENTE.

SEÑOR PRESIDENTE, NO DARÉ NUEVAS ÓRDENES A LAS FUERZAS SOVIÉTICAS A MENOS QUE NUESTRO PAIS SEA PROVOCADO. EL EJÉRCITO ROJO MANTENDRÁ UNA POSICIÓN DEFENSIVA.

-Oh, Dios -graznó Elliot-, ¡sólo embustes! -Su dedo rozaba la pantalla del ordenador-. Uno, sabemos que han desaparecido cabezas nucleares soviéticas. Dos, ¿por qué menciona que os conocéis? ¿Por qué lo haría, si no temiera que sospechamos que no se trata de Narmonov? El verdadero Narmonov no lo hubiera mencionado por innecesario. Tres, sabemos que nos han atacado en Berlín. Cuatro, por primera vez saca a relucir al KGB. Me gustaría saber por qué. ¿Y si tienen un plan para cubrirse? Después de intimidarnos, nos ofrecen su plan para cubrirse y nosotros tenemos que aceptarlo. Maravilloso. Cinco, nos advierte que no lo provoquemos. Conque están en «posición defensiva», ¿eh? Bonita posición. -Liz hizo una pausa-. Se trata, lisa y llanamente, de un intento por dominamos, Robert.

-Sí, tienes razón. ¿Alguna objeción?

-Me preocupa esa frase sobre la no provocación -replicó CINC-SAC. El general Fremont observaba su tablero de situación. Ahora tenía noventa y seis bombarderos en el aire y más de cien aviones nodrizas. Sus bases de misiles estaban preparadas. Los satélites militares enfocaban sus cámaras hacia las bases de misiles soviéticos-. Señor presidente, hay algo que debemos analizar ahora mismo.

-¿De qué se trata, general?

Fremont habló con su voz más profesional y serena.

-La reducción de las respectivas fuerzas de misiles estratégicos, señor, ha afectado el cálculo de un ataque nuclear. Antes, cuando teníamos más de un millar de misiles intercontinentales, ni nosotros ni los soviéticos suponíamos que un primer ataque fuera una verdadera posibilidad estratégica. Había demasiados. Ahora las cosas son diferentes. La mejora de la tecnología de misiles, sumada a la reducción del número de objetivos de alto valor, ha convertido tal ataque en una posibilidad teórica. Agreguemos a eso la tardanza de los soviéticos en desactivar los «SS-18» más antiguos, en cumplimiento del tratado de armas estratégicas. El resultado bien puede ser una postura estratégica soviética, en la que un primer ataque puede ser una opción interesante. Recuerde que nosotros hemos reducido nuestro arsenal de misiles con más celeridad que ellos. Sé que Narmonov se comprometió a cumplir los términos del tratado en cuatro semanas más, pero esos regimientos de misiles siguen allí, hasta donde sabemos.

»Ahora bien -prosiguió Fremont-, si es correcto que Narmonov estaba amenazado por sus militares... pues bien, señor, la situación es bastante clara, ¿no?

-Aclárela más, general -dijo Fowler, en voz tan baja que CINC-SAC apenas lo oyó.

-¿Y si la doctora Elliot tiene razón, señor? ¿Y si ellos realmente esperaban que usted también asistiera al Super Bowl? Tal como funciona nuestra cadena de mandos, eso nos habría paralizado. No digo que ellos hubiesen atacado, pero estarían en una buena posición de... bueno, de anunciar su cambio de Gobierno impidiéndonos, por simple intimidación,

Librodot

actuar contra ellos, al tiempo que negarían toda responsabilidad sobre la explosión de Denver. Eso ya es bastante malo. Pero erraron el blanco, por así decirlo, ¿no? Bien, ¿qué piensan ahora? Pueden pensar que usted lo sospecha y que está dispuesto a tomar represalias. Si eso es lo que piensan, señor, también pueden pensar que el mejor modo de protegerse es desarmarnos cuanto antes. No digo que lo estén pensando, señor presidente, pero es una posibilidad.

Y el frío anochecer se tornó más frío aún.

-¿Y cómo impedimos que nos ataquen, general? -preguntó Fowler.

-Lo único que les impedirá atacar, señor, es la certeza de que el ataque no dará resultado. Los militares son hábiles, inteligentes y racionales. Piensan antes de actuar. Si saben que estamos dispuestos a disparar al primer indicio de amenaza, el ataque se torna militarmente inútil y no será lanzado.

-Es un buen consejo, Robert -diio Elliot.

-¿Qué piensa MDANA? -preguntó Fowler. El presidente no reparó en que estaba pidiendo a un general de dos estrellas su opinión sobre un general de cuatro estrellas.

-Si queremos que la situación tenga algo de racionalidad, señor presidente, ésa sería la mejor manera de hacerlo.

-Muy bien. ¿Qué propone usted, general Fremont?

-A esta altura, señor, podemos poner nuestras fuerzas estratégicas en DEFCON-UNO. La palabra clave es SNAPCOUNT. Estaremos en el grado máximo de alerta.

-¿Y eso no los provocará?

-No, señor presidente, por dos motivos. Primero, ya estamos en un alto estado de alerta, ellos lo saben y, aunque les preocupa, no han puesto objeciones. Segundo, mientras no se lo digamos, no sabrán que hemos adelantado las cosas un punto. Y no tenemos por qué decírselo si no nos provocan.

Fowler bebió otra taza de café. Pronto tendría que ir al lavabo.

-Lo pensaré unos minutos antes de decidirlo, general.

-Muy bien, señor.

La voz de Fremont no revelaba decepción, pero a mil quinientos kilómetros de Camp David, CINC-SAC volvió la mirada a su auxiliar.

-¿Qué ocurre? -preguntó Parsons.

Por el momento no tenía nada más que hacer. Tras haber hecho su urgente llamada telefónica y haber dejado que sus compañeros de equipo se encargaran de los análisis de laboratorio, decidió ayudar a los médicos. Traía instrumentos para evaluar la exposición a la radiactividad sufrida por los bomberos y los pocos supervivientes, algo sobre lo cual los médicos no solían tener mucha experiencia. La situación no era muy feliz. De las siete personas que habían sobrevivido a la explosión, cinco presentaban señales de contaminación radiactiva extrema. Parsons evaluó la exposición de cada uno en cifras que variaban entre cuatrocientos y más de mil rems. La exposición máxima compatible con la superviviencia era de seiscientos rems, aunque personas más expuestas habían sobrevivido gracias a tratamientos heroicos... si se podía considerar que uno o dos años más de vida, con tres o cuatro variedades de cáncer en el cuerpo, era sobrevivir. Por fortuna, el último parecía el menos afectado. Aún estaba aterido y tenía graves quemaduras en la cara y en las manos, pero aún no había vomitado. Además, estaba bastante sordo.

Parsons vio que era un hombre joven. Las ropas guardadas en la bolsa junto a su cama, incluían una pistola y una placa de Policía. También tenía algo en la mano. Cuando el muchacho levantó la vista vio a un agente del FBI de pie junto al jefe de NEST.

El oficial Pete Dawkins estaba en estado de shock profundo, casi inconsciente. Sus temblores se debían a que estaba mojado y tenía frío, pero también a las consecuencias de haberse enfrentado a un terror mortal. Su mente se había compartimentado en tres o cuatro

Librodot

zonas, cada una de las cuales operaba por diferentes caminos y a distinta velocidad, sin que ninguna de ellas estuviera sana ni coherente. Lo que le hacía funcionar parcialmente era el entrenamiento. Mientras Parsons manipulaba un instrumento, los ojos heridos de Dawkins vieron ante sí a otro hombre con una chaqueta azul, que tenía estampada en las mangas y en el pecho la sigla FBI.

El joven se levantó de un salto, desconectándose del goteo intravenoso. Un médico y una enfermera volvieron a acostarlo, pero Dawkins se debatía con la fuerza de la locura, tendiendo la mano hacia el agente.

El agente especial Bill Clinton también estaba muy afectado. Sólo los caprichos de los turnos le habían salvado la vida. El también tenía una entrada para el partido, pero la había regalado a otro miembro de su brigada. Por esa desgracia, que había enfurecido al joven agente sólo cuatro días antes, estaba ahora con vida. Lo visto en el estadio lo había aturdido. Su exposición a la radiactividad (sólo cuarenta rems, según Parsons) lo aterrorizaba, pero Clinton también era policía y cogió el papel que Dawkins tenía en la mano.

Era una lista de automóviles. Uno estaba rodeado con un círculo y tenía un signo de interrogación garabateado junto al número de la matrícula.

-¿Qué significa esto? -preguntó Clinton, inclinándose junto a una enfermera que trataba de ajustar el tubo de suero.

-Camión... -jadeó el hombre. No oía, pero adivinaba la pregunta-. Pedí al sargento que lo comprobara, pero... Lado sur, junto a los camiones de la televisión. Un camión de la «ABC», pequeño, dos hombres. Los dejé entrar. No estaban en mi lista.

-El lado sur. ¿Significa algo? -preguntó Clinton a Parsons.

-Allí se produjo la explosión. -Parsons se agachó-. ¿Cómo eran esos hombres? -Señaló el papel y luego apuntó el dedo hacia sí mismo y hacia Clinton.

-Blancos, unos treinta años... normales... Dijo que venían de Omaha... con una videocasete. Me extrañó que vinieran de Omaha... le dije al sargento Yankevich... fue a comprobarlo justo antes.

-Eh -dijo un médico-, este hombre está muy mal y tengo que...

-Apártese -dijo Clinton.

-¿Inspeccionaste el camión?

Dawkins se limitó a mirarlo fijamente. Parsons tomó un papel y dibujó un camión, golpeando el dibujo con el lápiz. Dawkins asintió, en el límite de la conciencia.

-Caja grande, un metro. «Sony». Dijeron que era un videocasete. El camión venía de Omaha, pero... -Señaló la lista. Clinton miró.

-¡La matrícula era de Colorado!

-Lo dejé entrar -musitó Dawkins. Y se derrumbó. -Una caja de un metro... -repitió Parsons, en voz baja. -Vamos allá.

Clinton salió a toda prisa de la sala de emergencias. El teléfono más cercano estaba en el mostrador de recepción. Estaba ocupado, pero Clinton la arrancó de las manos del empleado y cortó la comunicación.

-Eh, tío, ¿qué haces?

-¡Cállate! -ordenó el agente-. Póngame con Hoskins... Soy Clinton, Walt, desde el hospital. Necesito que compruebes una matrícula. «Colorado E-R-P 520». Un camión sospechoso que entró en el estadio. Lo conducían dos hombres blancos, de unos treinta años, aspecto normal. El testigo es un policía, pero ahora está inconsciente.

-Bien. ¿Quién te acompaña?

-Parsons, del NEST.

-Ven aquí... No, quédate donde estás, pero mantén la línea desocupada.

Hoskins dejó la línea en espera y marcó otro número. Correspondía al Departamento de Tráfico de Colorado.

-Habla el FBI. Necesito que se compruebe de inmediato una matrícula. ¿Tiene el ordenador encendido?

Librodot

-Si, señor -le aseguró una voz femenina.

-E-R-P 520. -Hoskins bajó la vista a su escritorio. ¿Por qué ese número le resultaba conocido?

-Muy bien. -Se oyó el tecleo-. Aquí está. Es un camión nuevo, registrado a nombre de Robert Friend, de Roggen. ¿Necesita el permiso de conducir del señor Fiend?

-¡Demonios! -exclamó Hoskins.

-¿Qué ha dicho, senor?

Hoskins le leyó el número.

-En efecto, es ése.

-¿Puede comprobar otros dos permisos de conducir? -Claro.

Hoskins los leyó.

-El primero es incorrecto... El segundo también. Espere un momento. Estos números son iguales a...

-Ya lo sé. Gracias. -Hoskins cortó la comunicación Bien, Walt, piensa de prisa... Primero necesitaba más información de Clinton.

-Soy Murray.

-Aquí Walt Hoskins, Dan. Acaba de llegar algo que debes saber.

-Adelante.

-Nuestro amigo Marvin Russell metió un camión en el estadio. El tipo del NEST dice que aparcó bastante cerca del punto donde estalló la bomba. Había por lo menos un... No, espera un momento... Si; por lo menos un tipo más con él; el otro debía de conducir el coche alquilado. Bueno. En el camión llevaban una caja grande. El vehículo estaba camuflado como de la «ABC», pero Russell apareció muerto a tres kilómetros de allí. Sin duda dejó el camión y se fue. Me parece que así llegó la bomba al estadio, Dan.

-¿Qué más tienes, Walt?

-Tengo fotos de pasaporte y documentos de identidad de otras dos personas.

-Envíalos por fax.

-De acuerdo.

Hoskins salió de la sala de comunicaciones. En el trayecto detuvo a otro agente.

-Comunícate con los de homicidios de Denver que están trabajando en el caso Russell. Dondequiera estén, que me llamen de inmediato.

-¿Otra vez con lo del terrorismo? -preguntó Pat O'Day-. ¿No decían que era una bomba demasiado potente?

-Russell era un sospechoso de terrorismo y consideramos que pudo... ¡mierda! -exclamó Murray.

-¿Qué pasa, Dan?

-Diga al registro que quiero esas fotos de Atenas que están en el expediente de Russell.

El asistente de vicedirector aguardó a que se hiciera la llamada.

-Recibimos un pedido de informes de Grecia; habían asesinado a un policía y nos enviaron algunas fotos. Me pareció que podía ser Marvin, pero... había alguien más allí, en un coche, creo. Me parece que estaba de perfil.

-Llega un fax de Denver -anunció una mujer.

-Tráigalo -ordenó Murray.

-Aquí tiene la página uno.

El resto llegó en seguida.

-Billete de avión... para una trasbordo. Pat...

O'Day tomó nota.

-Voy a investigar.

-¡Mierda! ¡Mira esto!

-¿Cara conocida?

Librodot

-Parece... Ismael Qati. ¿Puede ser? No conozco al otro.

-El bigote y el pelo no se corresponden, Dan -dijo O'Day, apartándose del teléfono-. Además, es un poco delgado. Mejor llama a Registros para ver qué tienen allí. No te apresures, hombre.

-Bien.

Murray cogió el teléfono.

-Buenas noticias, señor presidente -dijo Borstein, en Cheyenne Mountain-. Nos llega un pase «KH-11» desde el centro de la Unión Soviética. Allí está a punto de amanecer; el día es despejado, y echaremos un vistazo a algunos campos de misiles. El satélite ya está programado. NPIC lo hará transmitir en directo aquí y a Offutt.

-Pero no aquí -gruñó Fowler. Camp David no estaba preparado para eso; el presidente se dijo que era una omisión notable. Pero la transmisión llegaba a PMAEN, que era el sitio adonde él habría debido ir mientras era posible-. Bien, dígame lo que vea.

-Sí, señor. Esto nos va a ser muy útil -prometió Borstein.

-Ya llega, señor -dijo otra voz-. Aquí el mayor Costello de Inteligencia de MDANA. No podríamos haberlo sincronizado mejor. El pájaro pasará muy cerca de cuatro regimiemtos, de Sur a Norte: Zhangiz Tobe, Alyesk, Uzhur y Gladkak. Menos la última, todas son bases de «SS-18». Gladkaya es de «SS-11 », bichos viejos, señor. Alyesk es uno de los lugares que debían desactivar pero aún no han tocado...

En Alyesk, el cielo matinal estaba despejado. La primera luz empezaba a aclarar el horizonte hacia el nordeste, pero ninguno de los soldados de las Fuerzas de Misiles Estratégicos se molesto en mirar. Llevaban un retraso de semanas y tenían órdenes de corregir esa tardanza. No venía al caso que esas órdenes fueran casi imposibles de cumplir. En cada uno de los silos de lanzamiento había un pesado camión articulado. Los «SS-18» eran anticuados; tenían más de once años; por eso los soviéticos habían aceptado eliminarlos. Como sus motores funcionaban por propulsión líquida, los combustibles y oxidantes eran productos químicos peligrosos y corrosivos: dimetilhidrazina no simétrica y tetróxido de nitrógeno; el calificativo de «líquidos almacenables» era relativo. Eran más estables que los combustibles criogénicos, puesto que no requerían refrigeración, pero su toxicidad los hacía instantáneamente letales al contacto humano; además, eran por necesidad altamente reactivos. Una salvaguarda era el encapsulamiento de los misiles en cápsulas de acero, que se cargaban como enormes cartuchos de fusil en los silos; esa innovación del diseño soviético protegía el delicado instrumental de los silos. Si los soviéticos se tomaban tanto trabajo con esos sistemas no era, tal como aducían los oficiales de Inteligencia norteamericanos, porque quisieran aprovechar su mayor impulso de energía, sino por la demora en desarrollar un combustible sólido potente y fiable para sus misiles, situación remediada sólo en tiempos recientes con los nuevos «SS-25». Aunque innegablemente grande y poderoso, el «SS-18» (al que la OTAN daba el ominoso nombre de SATANÁS) era un monstruo malhumorado e inmisericorde de mantener; a sus tripulaciones les encantaba deshacerse de ellos. Más de un soldado había muerto en accidentes de mantenimiento y práctica, tal como los norteamericanos habían perdido vidas con su equivalente, el «Titan-II». Todos los pájaros de Alyesk estaban marcados para eliminación; por ello había allí hombres y camiones. Pero primero era preciso retirar las cabezas nucleares. Los norteamericanos podían observar la destrucción de los misiles, pero las cabezas eran aún un artefacto secreto. Bajo la mirada vigilante de un coronel, se retiró el morro del misil número 31, utilizando una pequeña grúa, y se dejó al descubierto los «MIRV». Cada uno de esos vehículos de reingreso, de forma cónica y dirección independiente múltiple, medía unos cuarenta centímetros de anchura en el fondo y se afinaba hasta terminar en punta de aguja, un metro y medio por sobre la base. Cada uno representaba

Librodot

también medio megatón termonuclear de tres etapas. Los soldados trataban a los «MIRV» con todo el respeto que inspiraban.

-Bien, estamos recibiendo algunas imágenes -oyó Fowler que decía el mayor Costello-. No hay mucha actividad, señor. Estamos aislando algunos silos, los que podemos ver mejor. Hay bosques alrededor, señor presidente, pero el ángulo del satélite es bueno... Tenemos uno. El silo tobera Cero cinco... Nada fuera de lo común. Allí está el comandante del refugio subterráneo. Se ven guardias patrullando alrededor... más que de costumbre. Veo cinco... siete personas. Los recibimos muy bien en infrarrojo. Allí hace frío, señor. Nada más. Nada fuera de lo habitual, señor... Bueno. Ahora viene Alyesk... ¡Por Dios!

-¿Qué pasa?

-Estamos viendo cuatro silos con cuatro cámaras diferentes. -Son camiones de servicio -dijo el general Fremont, en el centro de mando de MAE-. Camiones de servicio en los cuatro. Las puertas de los silos están abiertas, señor presidente.

-¿Qué significa?

Costello contestó a la pregunta.

-Son «SS-18» modelo 2, señor presidente. Bastante viejos. Se suponía que a estas horas estarían desactivados. Ahora tenemos cinco silos a la vista, señor, y todos tienen camiones de servicio. Veo dos con gente alrededor, trabajando en los misiles.

-¿Qué es un camión de servicio? -preguntó Liz Elliot.

-Son los camiones que utilizan para transportar los misiles. También tienen todas las herramientas que se usan para trabajar en ellos. Hay un camión por misil... más de uno, en realidad. Es un vehículo bastante grande, con escalerilla y grúa, con depósitos para todo el instrumental y... Jim, parece que retiraron la cubierta... ¡Si! Ahí están las cabezas de combate. Está encendido y están haciendo algo con los RV... ¿Qué demonios hacen?

Fowler estaba a punto de estallar. Era como escuchar por radio la transmisión de un partido de fútbol y...

-¿Qué significa?

-No lo sabemos, señor... Ahora llegamos a Uzhur. No hay mucha actividad. Uzhur tiene el nuevo modelo de «SS-18», el 5. No hay camiones. Veo guardias otra vez, señor presidente. Estimo que son más de los habituales. A continuación, Gladkaya... Eso llevará un par de minutos.

-¿Por qué están esos camiones allí? -preguntó Fowler.

-Sólo puedo decir que parecen estar trabajando en los misiles, señor.

-¡Maldita sea! ¿Qué es lo que hacen? -aulló Fowler al micrófono.

La respuesta fue muy diferente de la serena voz de minutos antes.

-No hay modo de saberlo, señor.

-¡Entonces dígame qué es lo que sabe!

-Como ya le he dicho, señor presidente, esos misiles son antiguos y requieren un complejo mantenimiento; han sido designados para su destrucción, pero se ha demorado. Observamos aumento de vigilancia en los tres regimientos de «SS-18», pero en Alyesk todos los misiles tenían un camión y un equipo de mantenimiento; además, los silos estaban abiertos. Es cuanto podemos decir de estas imágenes, señor.

-Señor presidente -dijo el general Borstein-, el mayor Costelo le ha dicho todo lo que sabe.

-Usted me dijo, general, que esto sería útil. ¿Qué hemos conseguido?

-Puede ser significativo que se esté trabajando tanto en Alvesk, señor.

-¡Pero si usted no sabe qué se está haciendo!

-No, señor, no lo sabemos -admitió Borstein con bastante serenidad.

-¿Puede ser que les estén preparando para lanzamiento?

-Sí, señor, es posible.

-¡Dios mío!

-Robert -dijo la asesora de Seguridad Nacional-, tengo miedo.

-No hay tiempo para eso, Elizabeth. -Fowler se dominó-. Debemos mantener el control de

Librodot

nosotros mismos y de la situación. Es preciso. Es preciso convencer a Narmonov...

-¡No lo comprendes, Robert! ¡No es él! Es lo único que tiene sentido. ¡No sabemos con quién estamos tratando!

-¿Qué podemos hacer para solucionarlo?

-¡No lo sé!

-Bueno, sea quien fuere, no quiere una guerra nuclear. Nadie la quiere. Es demencial -le aseguró el presidente, con tono casi paternal.

-¿Estás seguro, Robert? ¿Estás realmente seguro? ¡Trataron de matarnos!

-Aunque sea así, no.

-Pero no podemos. Si lo intentaron una vez, estarán dispuestos a intentarlo de nuevo. ¿No te das cuenta?

Unos metros más atrás, Helen D'Agustino comprendió que, el verano anterior, había interpretado correctamente el carácter de Liz Elliot. Era tan cobarde como prepotente. Y ahora, ¿con quién contaba el presidente para que lo aconsejara? Fowler se levantó de la silla para ir al lavabo. Pete Connor lo siguió hasta la puerta, porque ni siquiera los presidentes pueden hacer ese paseo a solas. «Daga» miró a la doctora Elliot. Su cara era... ¿Qué? Estaba más allá del miedo. La agente D'Agustino estaba igualmente asustada, pero ella no... No era justo. Nadie le pedía consejo a ella, nadie le preguntaba qué sentido encontraba a todo eso. En realidad, nada tenía sentido alguno. Nada. Por lo menos, nadie le pedía una opinión; eso no le correspondía a ella, sino a Liz Elliot.

-Tengo un contacto -dijo uno de los operadores de sonar a bordo del «Sea Devil Uno Tres»-. Boya tres, rumbo 2-1-5... ahora hay cuenta de hélice. Una sola hélice... ¡Contacto de submarino nuclear! No es norteamericano; la hélice no es norteamericana.

-Lo tengo en cuatro -dijo otro operador-. Este malnacido está moviendo el culo. La cuenta de hélice muestra entre veinte v veinticinco nudos. Mi boya marca un rumbo de 3-0-0.

-Bien. Tengo un positivo. ¿Pueden darme la dirección?

-¡Ahora rumbo 2-1-0! Ese bastardo se mueve.

Dos minutos después era obvio que el contacto se dirigía directamente hacia el Maine.

-¿Es posible? -preguntó Jim Rosselli.

El mensaje de radio había pasado de Kodiak directamente al CMNM. El comandante del escuadrón de patrulla no sabía qué hacer y pedía instrucciones a gritos. El informe vino bajo la forma de un COHETE Rojo, enviado también a CINC-PAC, que a su vez solicitaba directivas de arriba.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Barnes.

-Que va directamente hacia el Maine. ¿Cómo diablos pudo saber dónde estaba?

-¿Cómo lo supimos nosotros?

-Por boya SLOT y radio... Oh, no... ¿Ese idiota no maniobró para alejarse?

-¿Informo al presidente? -preguntó el coronel Barnes.

-Supongo que sí.

Rosselli levantó el auricular.

-Soy el presidente.

-Aquí el capitán Jim Rossell, señor, del CMNM. Tenemos un submarino inutilizado en el golfo de Alaska. Es el Maine, clase «Ohio». Tiene dañada la hélice y no puede maniobrar. Hay un submarino de ataque soviético que se encamina directamente hacia allí, desde una distancia de unos quince kilómetros. Tenemos un avión «P-3C Orion» que está siguiendo al ruso. Pide instrucciones, señor.

-Tenía entendido que no se podía rastrear a nuestros submarinos nucleares.

-Correcto, señor. Pero en este caso deben de haber utilizado buscadores de dirección para localizar el submarino en el momento en que pidió ayuda por radio. El Maine es un submarino de misiles, parte de ASIOP, y está bajo alerta DEFCON-DOS. Por tanto, también lo está el avión Orion. Quieren saber qué hacer, señor.

-¿Hasta qué punto es importante el Maine? -preguntó Fowler.

-Ese submarino es parte de la SIOP -contestó el general Fremont-una parte importante; tiene más de doscientas cabezas nucleares muy eficientes. Si los rusos lo hunden, nos perjudicarán mucho.

-¿Cuánto?

-Desequilibrará nuestros planes, señor. El Maine lleva el misil «D-5» y se les ha encargado de la respuesta al primer ataque. Se supone que deben atacar campos de misiles y blancos de mando y control. Si le ocurre algo, tardaremos horas, en corregir el plan.

-Capitán Rosselli, usted es de la Marina, ¿no?

-Sí, señor presidente. Debo decirle, señor, que fui comandante del Maine, tripulación Dorada, hasta hace unos meses. -¿Cuánto tiempo podemos tardar en tomar una decisión?

-El Akula navega a veinticinco nudos y en estos momentos está a unos quince mil metros del Maine. Técnicamente, ya pueden alcanzarlo con un torpedo.

-¿Qué opciones tengo?

-Puede ordenar un ataque o no ordenarlo -replicó Rosselli.

-¿General Fremont?

-Señor presidente... No. ¿Capitán Rosselli?

-¿Si, general?

-¿Está seguro que los rusos van directamente hacia el Maine?

-La señal es bastante positiva, señor.

-Creo que debemos proteger al Maine, señor presidente. A los rusos no les gustará que se ataque a una de sus naves, pero se trata de un submarino de ataque, no de uno estratégico. Si nos acusan, podemos explicarlo. Lo que quiero saber es por qué ordenaron al submarino que vaya hacia allí. ¿Para inquietarnos?

-Capitán Rosselli, tiene mi autorización para que el avión destruya al submarino.

-Sí, señor. -Rosselli tomó el otro teléfono-. Oso GRIS, aquí CANICA. -Era el código que designaba en esos momentos al CMNM-. La autoridad suprema aprueba, repito; aprueba su solicitud. Responda.

-CANICA, aquí Oso GRIS. Entendemos que se aprueba nuestra solicitud de enfrentamiento.

-Afirmativo.

-Entendido. Fuera.

El Orion se desvió. Hasta los pilotos sentían ahora los efectos del clima. El techo de nubes bajas y la mar picada les daba la sensación de estar volando por un inmenso corredor lleno de baches. Eso era lo malo. Lo bueno, que su contacto estaba actuando como un tonto; avanzaba de prisa, por debajo de la capa; era casi imposible fallar. El navegante, indicaba el curso del Akula. En la cola del Lockheed Electra adaptado había un dispositivo muy sensible, llamado detector de anomalías magnéticas. Captaba las variaciones en el campo magnético de la Tierra, como las causadas por la masa metálica de un submarino.

-¡Lanzo humo! -anunció el operador de sistema.

Oprimió un botón para soltar un flotador de humo. El piloto viró a la izquierda para preparar otra pasada. Efectuó una tercera, girando siempre a la izquierda.

-Bien, ¿cómo se ven las cosas allí atrás? -preguntó. -Contacto firme. Submarino nuclear, positivamente ruso. Sugiero que actuemos en la próxima pasada.

-De acuerdo -dijo el piloto.

-¡Por Dios! -murmuró el copiloto.

Librodot

-Abran las compuertas.

-Abriendo compuertas. El arma está preparada.

-Bien, ya está dirigida -dijo el navegante-. Listos para lanzar.

Fue demasiado fácil. El piloto se alineó con los flotadores de humo, que formaba una hilera casi perfecta. Pasó por sobre el primero; luego, por sobre el segundo y el tercero.

-¡Lancen ahora! ¡Torpedo!

El piloto aumentó la potencia y ascendió unas cuantas decenas de metros.

El torpedo «Mark 50 ASW» cayó, retardado por un pequeño paracaídas que se desprendió automáticamente al contacto con el agua. El arma, nueva y muy sofisticada, se movía por propulsión casi insonora estaba programada para mantenerse invisible hasta llegar al blanco, a una profundidad de ciento cincuenta metros.

Era hora de aminorar la marcha, se dijo Dubinin; otros pocos kilómetros. Tenía la sensación de que había acertado con la apuesta. Parecía muy razonable que el submarino norteamericano se mantuviera cerca de la superficie. Si estaba en lo cierto, al navegar por debajo de la capa (iba a ciento diez metros), el ruido de superficie impediría que los norteamericanos lo oyeran, permitiéndole proseguir con su búsqueda con más disimulo. Cuando estaba a punto de felicitarse por su buena decisión táctica, el teniente Rykov aulló desde el sonar:

-¡Sonar de torpedo a estribor de proa!

-¡Timón a la izquierda! ¡Adelante de flanco! ¿Dónde está el torpedo?

-Ángulo de depresión quince! ¡Debajo de nosotros! -¡Emersión de emergencia! ¡Nuevo curso 3-0-0! -Dubinin corrió al sonar.

-¿Qué diablos pasa?

Rykov estaba pálido.

-No oigo las hélices... Sólo ese maldito sonar... Se aparta... ¡Nos ha localizado!

Dubinin giró.

-¡Tres contramedidas! -ordenó Dubinin.

-¡Ahora!

Los operadores de contramedidas del Admiral Lunin dispararon tres latas de quince centímetros que contenían un material generador de gas. Estas llenaron el agua de burbujas, creando un blanco para el torpedo; pero era un blanco inmóvil. El «Mark 50» ya había percibido la presencia del submarino y estaba girando.

-Viene a cien metros -anunció el Starpom-. Velocidad veintiocho nudos.

-Nivelar a quince. Si emergemos accidentalmente, no importa.

-¡Entendido! Veinticinco nudos.

-Lo hemos perdido. La curva del sonar de arrastre arruinó la recepción. -Rykov levantó las manos, frustrado. -Habrá que tener paciencia -dijo Dubinin.

No era muy divertido, pero a la tripulación de sonar le encantó que lo dijera.

-El Orion acaba de disparar, señor. Se detecta un sonar ultrasónico muy leve, rumbo 2-4-0. Es uno de los nuestros, un «Mark 50».

-Eso bastará para acabar con el ruso -comentó Ricks.

-Pasando los cincuenta metros, nivelando, diez grados en los planos. Velocidad treinta y uno.

-Las contramedidas no han servido de nada -dijo Rykov. El sonar de arrastre volvía a funcionar y el torpedo continuaba allí.

-¿No hay ruido de hélices?

-No. Aun a esta velocidad tendríamos que oírlo. -Tal vez sea uno de los nuevos.

-¿El «Mark 50»? Dicen que es un pececito muy astuto.

-Ya veremos. Yevgeni, ¿recuerda la acción de superficie? -Dubinin sonrió.

El Starpom hizo un estupendo trabajo de control, pero las olas de nueve metros se encargarían de que el submarino emergiera en el valle de las olas. El torpedo estaba apenas a trescientos metros cuando el Akula niveló. El torpedo antisubmarino «Mark 50», de fabricación norteamericana, no era un arma inteligente, sino brillante. Había identificado e ignorado las contramedidas ordenadas por Dubinin pocos minutos antes; con su potente sonar ultrasónico buscaba ahora al submarino. Pero las leyes físicas intervinieron en favor de los rusos. En general, se cree que el sonar rebota en el casco metálico de una nave, pero no es así. Antes bien, el sonar se refleja en el aire que contiene el submarino; más exactamente, en la frontera entre agua y aire que el sonido no puede atravesar. El «Mark 50» estaba programado para identificar como naves esos límites aire-agua. Según el torpedo iba detrás de su presa, comenzó a ver inmensas formas de nave que se estiraban hasta donde llegaba su sonar. Eran olas. Aunque el arma había sido programada para ignorar las superficies planas, evitando así un problema llamado «captura de superficie», sus diseñadores no habían solucionado el problema de la mar agitada. El «Mark 50» seleccionó la más próxima de esas formas, voló hacia ella... y saltó en el aire como un salmón. Se estrelló en el lomo de una ola, volvió a detectar esa misma forma inmensa.., y saltó otra vez. En esta ocasión, cayó en un leve ángulo. Las fuerzas de la dinámica lo hicieron girar y avanzar hacia el Norte, dentro de una ola, percibiendo enormes naves a derecha e izquierda. Giró hacia la izquierda, brincando en el aire una vez más, pero chocó tan bruscamente contra la ola siguiente que detonó.

-¡Salvados por un pelo! -dijo Rykov.

-No por un pelo. Fueron unos mil metros, por lo menos. -El capitán asomó la cabeza a la sala de mandos-. Bajen a cinco nudos y desciendan a treinta metros.

-¿Le dimos?

-No lo sé, señor -dijo el operador-. Ascendió de prisa y el torpedo fue tras él, girando un poco. -El operador de sonar movió el dedo sobre la imagen-. Luego estalló aquí, cerca de donde el Akula desapareció entre el ruido de superficie. No puedo asegurar nada. No hubo ruidos de ruptura, señor. Yo diría que fallamos.

-¿Rumbo y distancia al blanco? -preguntó Dubinin. -Aproximadamente nueve mil metros, rumbo 0-5-0 -contestó el Starpom-. ¿Qué hacemos ahora, capitán?

-Localizar y destruir el objetivo -dijo el capitán de primer rango Valentin Borisovich Dubinin.

-Pero...

-Hemos sido atacados. Esos hijos de puta trataron de matarnos.

-Era un arma aérea -señaló el primer oficial.

-Yo no he oído ningún avión. Hemos sido atacados y nos defenderemos.

-¿Y bien?

El inspector Pat O'Day tomaba notas furiosamente. «American Airlines», como todas las grandes líneas, tenía su información en ordenadores. Con el número de billete y el de vuelo se podía rastrear a cualquier viajero.

-Bien -dijo a la mujer-. Un momento. -Giró en redondo-. Dan, había sólo seis pasajes de primera clase en el vuelo de Denver a Dallas-Fort Worth; el avión iba casi vacío. Aún no ha despegado porque en Dallas hay hielo y nieve. Tenemos los nombres de otros dos pasajeros de primera clase que trasbordaron a un vuelo a Miami. Ahora bien, la conexión de Dallas era a la Ciudad de México. Los dos que trasbordaron en Miami también habían reservado pasaje en un «DC-10» de Miami a Ciudad de México. Ese avión ya partió. Está a una hora de México.

-¿No pueden hacerlo regresar?

-Dicen que no, por el combustible.

Librodot

-Una hora... ¡Maldita sea! -juró Murray.

O'Day se pasó una manaza por la cara. Estaba asustado, como todos los habitantes de Estados Unidos; más aún, pues quienes estaban en el centro de mando tenían más motivos para estar asustados, pero hacía lo posible por superar su miedo y concentrarse en el trabajo. Las evidencias eran demasiado débiles y circunstanciales como para darlas por firmes. En sus veinte años de trabajo en el FBI había visto demasiadas coincidencias. También había visto resolver casos importantes con datos más insuficientes que aquéllos. Uno actuaba con lo que tenía. Y de momento tenían eso.

-Dan, yo...

Entró una mensajera del departamento de registros y entregó a Murray dos carpetas de archivo. El asistente de vicedirector abrió primero la de Russell y buscó la foto de Atenas. Luego sacó la foto más reciente de Ismael Qati. Puso las dos junto a las de los pasaportes enviados por Denver.

-¿Qué te parece, Pat?

-El tipo de este pasaporte sigue pareciendo muy delgado para ser el señor Qati. Los pómulos y los ojos son de él; el bigote, no. Además, ha perdido el pelo, si de él se trata.

-¿Los ojos?

-Son los suyos, Dan. La nariz... sí, es él. ¿Quién es el otro?

-No tenemos el nombre. Sólo estas fotos de Atenas. Piel clara, pelo oscuro, bien acicalado. El mismo corte de pelo, la misma línea de la frente. -Verificó los datos del permiso de conducir y el pasaporte-. Altura, contextura... Un tipo menudo. Sí, coincide, Pat.

-Estoy de acuerdo. Vale un ochenta por ciento, hombre. ¿Quién es el agregado legal en Ciudad de México?

-Bernie Montgomery... ¡Mierda! Ha venido a entrevistarse con Bill.

-¿Probamos en Langley?

-Sí. -Murray reanudó su comunicación con la CIA-. ¿Dónde está Ryan?

-¿Qué pasa?

-Tenemos algo, Dan. Primero, un tipo llamado Marvin Russell, indio sioux, miembro de la Sociedad de Guerreros, desapareció el año pasado, creemos que en algún lugar de Europa. Apareció hoy en Denver, con el cuello rebanado. Con él había dos hombres que huyeron. De uno tenemos una foto, pero ignoramos su nombre. El otro puede ser Ismael Qati.

-¿Dónde están?

-Creemos que abordaron un vuelo de «American Airlines» de Miami a Ciudad de México, con billetes de primera clase. Hace una hora que salió de la terminal.

-¿Crees que puede haber relación?

-En el estadio había un vehículo registrado a nombre de Marvin Russell, también conocido como Robert Friend, de Roggen, Colorado. Tenemos documentos falsos de dos personas, probablemente Qati y el sujeto desconocido, que se encontraron en el escenario del delito. Eso alcanza y sobra para arrestarlos por sospecha de asesinato.

Si la situación no hubiera sido tan terrible, Jack habría podido reírse.

-Conque asesinato, ¿eh? ¿Vas a intentar un arresto?

-A menos que tú tengas una idea mejor.

Ryan guardó silencio por un instante.

-Tal vez sí. Espera un minuto. -Tomó otro teléfono y marcó el número de la Embajada de EE.UU. en Ciudad de México-. Aquí Ryan. Póngame con el jefe de estación. ¿Tony? Jack Ryan. Clark está aún allí. Bien, ponme con O.

-Por Dios, Jack, ¿qué demonios...?

-Calla, John -lo interrumpió Ryan-. Tengo un trabajo para ti. Dos personas llegarán a ese aeropuerto dentro de una hora, aproximadamente; viajan en un vuelo que salió de Miami. Te enviaremos las fotografías por fax. Creemos que pueden estar involucrados en esto.

-¿Un atentado terrorista?

-No tenemos un dato mejor, John. Queremos a esos dos.

-Podría haber problemas con la Policía local, Jack -advirtió Clark-. No puedo empezar a disparar aquí.

-¿Está allí el embajador?

-Creo que sí.

-Ponme con él y espera.

-Bien.

-Oficina del embajador -dijo una voz femenina. -Hablo desde la central de la CIA. Necesito hablar inmediatamente con el embajador.

-De acuerdo, señor.

Ryan se dijo que la secretaria era muy serena.

-¿Si?

-Señor embajador, soy Jack Ryan, vicedirector de la CIA...

-Estamos hablando por línea abierta.

-¡Ya lo sé! Escuche. Dos personas llegarán al aeropuerto de Ciudad de México en un vuelo de «American Airlines» que partió de Miami. Hay que enviarlos de regreso cuanto antes.

-¿Son nuestros?

-No. Creemos que son terroristas.

-Entonces hay que arrestarlos, aclarar las cosas con el sistema legal mexicano y...

-¡No disponemos de tiempo!

-No podemos obrar de esa manera Ryan. No lo tolerarán.

-Señor embajador, quiero que llame ahora mismo al presidente de México y le diga que necesitamos su colaboración. Es un asunto crucial, ¿entiende? Si no acepta de inmediato, dígale lo siguiente. Anótelo, por favor. Dígale que sabemos lo de su plan de retiro. Pronuncie esas palabras exactamente: Sabemos lo de su plan de retiro.

-¿Y qué significa?

-Significa que usted dirá exactamente eso, ¿comprende?

-Oiga, no me gustan estos juegos y...

-Señor embajador, si usted no hace exactamente lo que le pido, uno de mis hombres actuará por su cuenta.

-¡No puede amenazarme!

-Lo he hecho, amigo. Y si cree que estoy bromeando, ya se enterará...

-Tranquilo, Jack -advirtió Ben Goodley.

Ryan apartó la vista del teléfono.

-Disculpe, señor. Estamos viviendo una gran tensión. Ha estallado un artefacto nuclear en Denver y ésta puede ser nuestra mejor pista. No hay tiempo para formalidades, ¿comprende? Por favor, hágalo. Por favor.

-Está bien; lo haré.

Ryan dejó escapar el aliento.

-De acuerdo. Dígale también que uno de nuestros hombres, el señor Clark, estará dentro de unos minutos en la oficina de seguridad del aeropuerto. No puedo decirle lo importante que es esto, señor embajador. Por favor, hágalo de inmediato.

-Lo haré. Pero ustedes, traten de serenarse -aconsejó el diplomático.

-Hacemos lo posible, señor. Por favor, que su secretaria vuelva a ponerme con el jefe de estación. Gracias. -Ryan miró a Goodley-. Si lo crees oportuno, Ben, dame un garrotazo en la cabeza, qué joder.

-Clark.

-Te enviaremos unas fotos por fax, junto con los nombres y el número de asientos. Debes comprobarlos con el jefe de seguridad del aeropuerto antes de apresarlos. ¿Todavía tienes el avión allí?

-Sí.

-Cuando los cojas, tráelos aquí como alma que lleva el diablo.

-De acuerdo, Jack.

Librodot

Ryan cortó la comunicación y reanudó la que tenía pendiente con Murray.

-Envía los datos que tienes al jefe de la estación México, por fax. Tengo allí dos agentes de los buenos: Clark y Chávez.

-¿Clark? -repitió Murray, mientras entregaba la información a Pat O'Day-. El mismo que...

-El mismo.

-Ojalá tenga suerte.

El problema táctico era complejo. Dubinin tenía un avión de lucha antisubmarina sobrevolando y no podía permitirse un solo fallo. En algún lugar, hacia proa, había un submarino norteamericano que él estaba decidido a destruir. Se decía que era para protegerse. Le habían disparado. Eso cambiaba completamente las cosas. En realidad, habría debido comunicarse con el comando de la flota para pedir instrucciones o, por lo menos, anunciar sus intenciones, pero con un avión sobrevolándolo eso equivalía al suicidio. Y por ese día ya había estado demasiado cerca de la muerte. El ataque contra el Admiral Lunin sólo podía significar que los norteamericanos estaban proyectando un ataque contra su país. Habían violado su caballito de batalla internacional: que los mares estaban abiertos para todos. Acababan de atacarlo en aguas internacionales, antes de que él estuviera lo bastante cerca como para constituir una amenaza. Por tanto, alguien quería jugar a la guerra. «Estupendo -pensó Dubinin-. Sea.»

El sonar de arrastre caía bien por debajo del submarino; los operadores de sonar estaban más concentrados que nunca.

-Contacto -anunció el teniente Rvkov-. Contacto de sonar, rumbo 1-1-3, una sola hélice... ruidosa; suena como la de un submarino dañado.

-¿Esta seguro de que no es un contacto de superficie?

-Positivo. El tránsito de submarinos es bastante al sur de esta senda, debido a las tormentas. El sonido es el característico de una planta de potencia de submarino... ruidosa, como si tuviera alguna avería... Ahora deriva hacia el sur... con rumbo 1-1-5.

Valentin Borisovich se volvió para gritar hacia la sala de mandos:

-¿Distancia estimada a la posición del blanco?

-¡Siete mil metros!

-Demasiado... Deriva hacia el sur... ¿Con qué velocidad?

-Es difícil de calcular..., menos de seis nudos. Hay una cuenta de hélice, pero es débil y no puedo leerla.

-Tal vez no podamos disparar más de una vez -susurró Dubinin para sus adentros. Luego volvió al control-. ¡Armas! Ponga un torpedo en curso 1-1-5, profundidad inicial de setenta metros, punto de activación... cuatro mil metros.

-Muy bien. -El teniente programó en su tablero-. Listo tubo uno... Torpedo preparado. Compuerta exterior cerrada, capitán.

Dubinin se volvió hacia el primer oficial. El Starpom, hombre habitualmente muy sobrio, que apenas bebía aun en las cenas ceremoniales, le hizo un gesto de aprobación. Al capitán no le hacía falta, pero se lo agradeció.

-Abra la compuerta exterior.

-Compuerta exterior abierta, señor. -El oficial de armas retiró la cubierta de plástico que cubría la llave de encendido. -Fuego.

El teniente oprimió el botón.

-Torpedo disparado, señor.

-¡Control, aquí sonar! Señal, señal, curso 1-7-5. ¡Torpedo rumbo 1-9-5!

-¡Adelante a toda máquina! -gritó Ricks al timonel. -¡Capitán! -aulló Claggett-. ¡Anule esa orden!

-¿Qué? -El joven que manejaba el timón tenía diecinueve años bien cumplidos y nunca había oído que se contraviniera la orden de un capitán-. ¿Qué hago, señor?

Librodot

-Si apura así los motores, capitán, perderemos la hélice en quince segundos.

-Tiene razón, mierda. -Las luces rojas de combate, en la sala de mandos, sonrojaban la piel de Ricks-. Diga a la sala de máquinas que tome una velocidad segura. Timón, diez grados a la derecha. Nuevo rumbo hacia el norte 0-0-0.

-Diez grados el timón a la derecha, señor. -La voz del muchacho temblaba al operar el timón. El miedo es tan contagioso como la peste-. Tengo el timón diez grados a la derecha, señor. Nuevo curso 0-0-0.

Ricks tragó saliva y asintió.

-Muy bien.

-Control, aquí sonar, rumbo del torpedo 1-9-0, va de izquierda a derecha. Ahora no acusa las señales.

-Gracias -replicó Cloggett.

-Sin la cola, vamos a perderle el rastro muy pronto.

-Cierto, señor. ¿Y si informáramos al Orion lo que está pasando, capitán?

-Buena idea. Suba la antena.

-«Sea Devil Uno Tres», aquí el Maine.

-Maine, aquí Uno Tres, aún estamos evaluando el torpedo que lanzamos y...

-Uno tres, tenemos un torpedo en el agua, rumbo 1-8-0. No habéis dado en el blanco. Iniciad otra búsqueda. Creo que el ruso viene hacia nuestro MOSS.

-De acuerdo. En camino.

El copiloto informó a Kodiak que se estaba librando un verdadero combate.

-Señor presidente -dijo Ryan-, puede que tengamos una información útil.

Estaba sentado frente al micrófono, con las manos plana en la mesa, tan húmedas que dejaban marcas en la superficie de formica. Pese a todo, Goodley envidiaba a Ryan su capacidad de autodominio.

-¿De qué se trata? -preguntó Fowler, con aspereza. Ryan bajó la cabeza ante el tono de la réplica.

-El FBI, señor, acaba de pasarnos información sobre dos posiblemente tres sospechosos de terrorismo, que hoy estuvieron en Denver. Dos de ellos, según se cree, vuelan hacia México Tengo hombres en esa zona y vamos a tratar de detenerlos.

-Un momento -dijo Fowler-. Sabemos que esto no fue un atentado terrorista.

-Habla el general Fremont, Ryan. ¿Cómo se ha obtenido esa información?

-No conozco los detalles, pero tienen información sobre un vehículo, un camión, según creo, que estaba en el lugar de la explosión. Han investigado la matrícula y el propietario. El propietario apareció muerto. En cuanto a los otros dos, los rastreamos por los billetes de avión y...

-¡Un momento! -interrumpió CINC-SAC-. ¿Cómo diablos se puede saber eso? ¿Un superviviente de la explosión? Por Dios, hombre, la bomba era de cien kilotones...

-Eh... general, las nuevas cifras enviadas por el FBI hablan de cincuenta kilotones y...

-¿El FBI? -repitió Borstein desde CDANA-. ¿Qué demonios saben ellos de estas cosas? De cualquier modo, un arma de cincuenta kilotones no habría dejado ningún superviviente en un kilómetro y medio a la redonda, señor presidente. Esa información no puede ser correcta.

-Señor presidente, hablo desde el CMNM -oyó Ryan en la misma línea-. Acabamos de recibir un mensaje desde Kodiak. El submarino soviético ha disparado un torpedo contra el Maine. El Maine está tratando de evadirlo.

Jack oyó algo por el microteléfono. No estaba seguro de qué era.

-Señor -dijo Fremont de inmediato-, se trata de una noticia muy ominosa.

-Entiendo, general -dijo el presidente, apenas audible-. General... SNAPCOUNT.

-¿Qué demonios es eso? -susurró Goodley, en voz baja.

Librodot

-Eso es un error, señor presidente. Tenemos una información muy firme. ¡Usted quería información y se la estamos dando! -ladró Ryan, otra vez a punto de perder los estribos. Sus manos se cerraron en puños. Luchó otra vez consigo mismo y se dominó-. Las pistas son reales, señor.

-Ryan, creo que usted me ha estado mintiendo y confundiendo durante todo el día -dijo Fowler con una voz que apenas parecía humana.

La señal de alerta final fue transmitida simultáneamente por decenas de circuitos. La duplicación de canales, su función conocida, la brevedad del mensaje y la codificación idéntica fue muy reveladora para los soviéticos, aun antes de que la señal recibida fuera entregada a los ordenadores. Cuando surgió la única palabra, las impresoras del centro de mando del Kremlin la repitieron apenas segundos después. Golovko sacó el despacho de la máquina.

-ASNAPCOUNT -dijo, simplemente.

-¿Qué es eso? -preguntó el presidente Narrnonov.

-Una palabra clave. -La boca de Golovko se puso blanca por un momento-. Creo que está sacada del fútbol americano. Se refiere a la serie de números utilizados antes de que... de que el quarterback coja la pelota para iniciar una jugada.

-No comprendo -dijo Narmonov.

-En tiempos pasados los norteamericanos usaban la palabra clave COCKEDPISTOL, pistola amartillada, para indicar una preparación estratégica completa. El significado es claro para todos, ¿no? -Y el vicedirector del KGB prosiguió, como en un sueño. Esta palabra, para un norteamericano, significa más o menos lo mismo. Sólo puedo deducir que...

-Sí.

XLII. ÁSPID Y ESPADA

PRESIDENTE NARMONOV:

ESTO ES UNA ADVERTENCIA PARA USTED 0 PARA SU SUCESOR.

ACABAMOS DE RECIBIR INFORMACIÓN DE QUE UN SUBMARINO SOVIÉTICO ESTÁ ATACANDO A UN SUBMARINO NUCLEAR NORTEAMERICANO. LO CONSIDERAREMOS COMO ACTO PREPARATORIO DE UN ATAQUE CONTRA EE.UU.

DEBO ADVERTIRLE QUE NUESTRAS FUERZAS ESTRATÉGICAS ESTÁN EN ALERTA MÁXIMA. ESTAMOS DISPUESTOS A DEFENDERNOS. Si SU ALEGACIÓN DE INOCENCIA ES SINCERA, LE INSTO A DEJAR SIN EFECTO TODOS LOS ACTOS DE AGRESIÓN ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE.

-¿Sucesor? ¿Qué diablos quiere decir? -Narmonov se volvió de espaldas por un momento. Luego miró a Golovko-. ¿Qué está pasando aquí? ¿Fowler está enfermo, loco? ¿Qué pasa? ¿A qué submarino se refiere?

Cuando acabó de hablar mantuvo la boca abierta, como un pez en el anzuelo. El presidente soviético aspiraba el aire a grandes bocanadas.

-Recibimos información de que había un submarino nuclear norteamericano averiado en la zona oriental del Pacífico v enviamos un submarino a investigar, pero su capitán no tenía autorización para atacar -dijo el ministro de Defensa.

-¿Existe alguna circunstancia bajo la cual nuestros hombres pudieran actuar así?

-Ninguna. Sin autorización de Moscú, sólo pueden actuar en legítima defensa.

El ministro de Defensa apartó la mirada, incapaz de sostener la de su presidente. No quería volver a hablar, pero tuvo que hacerlo:

-Creo que la situación está fuera de control.

-Señor presidente.

Era un suboficial del Ejército. Abrió su maletín y sacó una carpeta de anillas. El primer divisor tenía un borde rojo. Fowler la abrió y leyó:

Stop
OPCIÓN DE ATAQUE MAYOR
Skyfall

-¿Qué diablos es SNAPCOUNT? -preguntó Goodley.

-Es el mayor grado de alerta que tenemos, Ben. Significa que la pistola está amartillada y apuntada; ya sientes la presión en el gatillo.

-¿Cómo demonios llegamos a...?

-iBasta, Ben! No importa cómo diablos hayamos llegado, pero estamos aquí. -Ryan se levantó para pasearse-. Será mejor que pensemos muy de prisa.

-Tenemos que hacer entender a Fowler... -dijo el oficial de guardia.

-No puede entender -dijo Goodley, con aspereza-. No puede entender porque no escucha.

-Los secretarios de Estado y Defensa ya no cuentan. Han muerto -señaló Ryan.

-El vicepresidente... El PMAEN.

-Muy bien, Ben... ¿tenemos algún botón para...? ¡Si! Ryan lo oprimió.

-PMAEN.

-Aquí la CIA, el vicedirector Ryan. Póngame con el vicepresidente.

-Un momento, señor.

Resultó un momento muy corto.

-Soy Roger Durling. Hola, Ryan.

-Hola, señor vicepresidente. Tenemos un problema.

-¿Qué ha fallado? Hemos estado recibiendo los mensajes de la línea caliente. Hasta hace unos veinte minutos eran algo tensos, pero estaban bien. ¿Qué diablos pasó?

-El presidente, señor, está convencido de que en la Unión Soviética se ha producido un golpe de Estado.

-¿Qué? ¿Por culpa de quién?

-Yo fui el idiota que le entregó la información -admitió Ryan-. Descártela, por favor. El presidente no me escucha.

Jack se sorprendió de oír una risa breve y amarga.

-Si... Tampoco a mí me presta mucha atención.

-Tenemos que llegar a él, señor. Según las últimas informaciones, puede haberse tratado de un atentado terrorista.

-¿Qué informaciones son ésas? -Jack se las dijo-. Son débiles -observó Durling.

-Pueden ser débiles, señor, pero no tenemos otra cosa. Y esto tiene mucho más sentido que todo lo demás.

-De acuerdo. Espere un minuto. Ahora quiero que me dé su interpretación de esta situación.

-Mi interpretación, señor, es que el presidente se equivoca. Su interlocutor es realmente Andrei Ilich Narmonov. En Moscú se acerca el amanecer. El presidente Narmonov está fatigado por la falta de sueño, tiene tanto miedo como nosotros y, por ese último mensaje, se pregunta si el presidente Fowler ha enloquecido o no. La combinación es mala. Tenemos informes de escaramuzas aisladas entre fuerzas soviéticas y norteamericanas. Sólo Dios sabe qué ha ocurrido en realidad, pero ambos bandos los interpretan como actos de agresión. En realidad, sólo tenemos un caos: las fuerzas de avanzada chocan entre sí debido a los niveles de alerta de ambas partes. Todo se precipita por sí mismo.

-Estoy de acuerdo. Continúe.

-Alguien tiene que dar un paso atrás. Usted debe hablar con el presidente, señor. Ahora no

Librodot

querrá siquiera atender mis llamadas. Talbot y Bunker han muerto v él no escuchará a nadie más.

-¿Y Arnie van Damm?

-¡Mierda! -bramó Ryan. ¿Cómo podía haberse olvidado de Arnie?- ¿Dónde está?

-No sé. Puedo hacer que el Servicio Secreto lo busque de inmediato. ¿Y Liz?

-A ella se le ocurrió la brillante idea de que Narmonov ha desaparecido de la escena.

-Menuda zorra -observó Durling. Había trabajado mucho y malgastado mucho capital político para poner a Charlie Alden en ese cargo-. Bueno, trataré de que me escuche. No cuelgue.

-Está bien.

-Lo llama el vicepresidente, señor. Línea seis.

Fowler oprimió el botón.

-Date prisa, Roger.

-Tienes que arreglar esto, Bob.

-¡Y qué crees que estoy tratando de hacer!

Durling, sentado en un sillón de cuero, de respaldo alto, cerró los ojos. El tono de la respuesta lo decía todo.

-Estás empeorando las cosas en lugar de mejorarlas, Bob. Tienes que tomar distancias por un momento. Aspirar hondo, caminar por el cuarto... ¡y pensar! No hay motivos para suponer que los rusos están detrás de todo esto. Acabo de hablar con la CIA y me dicen que...

-Te refieres a Ryan.

-Si. Me ha puesto al corriente y...

-Ryan me ha estado mintiendo.

-Tonterías, Bob -Durling usaba una voz serena y razonable, que llamaba «voz de médico rural»-. Es un genuino profesional.

-Sé que tienes buenas intenciones, Roger, pero no tengo tiempo para rollos. En estos momentos pueden estar a punto de lanzar un ataque nuclear contra nuestro país. Lo bueno, supongo, es que tú sobrevivirás. Te deseo buena suerte, Roger. Espera... tenemos un mensaje por la línea caliente.

PRESIDENTE FOWLER:

SOY ANDREI ILICH NARMONOV.

LA UNIÓN SOVIÉTICA NO HA EMPRENDIDO ACCIONES OFENSIVAS CONTRA ESTADOS UNIDOS. NINGUNA EN ABSOLUTO. NO TENEMOS NINGUN INTERÉS EN HACER DAÑO A SU PAÍS. DESEAMOS VIVIR EN PAZ Y EN SEGURIDAD.

NO HE AUTORIZADO ACCIÓN ALGUNA CONTRA FUERZAS 0 CIUDADANOS NORTEAMERICANOS. SIN EMBARGO, USTED NOS AMENAZA. SI NOS ATACA, RESPONDEREMOS. MORIRÁN MILLONES DE PERSONAS. ¿SERÁ TODO POR UN ERROR?

A USTED LE CORRESPONDE ELEGIR. NO PUEDO EVITAR QUE ACTUE IRRACIONALMENTE. CONFÍO QUE RECUPERE EL DOMINIO DE SI. HAY DEMASIADAS VIDAS EN JUEGO COMO PARA QUE UNO DE NOSOTROS ACTUE IRRACIONALMENTE.

-Por lo menos seguimos recibiendo mensajes -señaló Goodley.

-Sí, pero las cosas no mejoran. Con esto va a estallar-anunció Ryan-. Con esto sí que estamos listos. No se puede decir a una persona irracional que está perdiendo la chaveta.

-Soy Durling, Ryan. -Jack dio un brinco hacia el botón.

-Sí, señor vicepresidente.

-No me... no me ha escuchado. Reaccionó bastante mal ante el nuevo mensaje.

-¿Puede abrir un canal de comunicación con el MAE, señor?

-No, temo que no. Están en conferencia telefónica con MDANA y Camp David. Parte del problema, Jack, consiste en que el presidente se sabe vulnerable y tiene miedo... bueno...

-Todos tenemos miedo.

Por un momento se produjo un silencio. Ryan se preguntó si Durling se sentía culpable por estar en un sitio relativamente seguro.

En Rocky Flats estaban cargando las muestras de residuos en un espectrómetro de rayos gamma. Habían tardado más de lo esperado, a causa de un pequeño problema de equipo. Los operadores, protegidos por un escudo, utilizaron guantes de goma revestidos de plomo y largas pinzas para sacar las muestras del recipiente de plomo. Luego esperaron a que el técnico activara la máquina.

-Vaya... éste sí que es radiactivo.

La máquina tenía dos pantallas: una, en un tubo de rayos catódicos, con una impresora. Medía la energía de los foto-electrones generada por la radiación gamma dentro del instrumento. El estado exacto de energía de esos electrones identificaba tanto el elemento como el isótopo de la fuente. Estos aparecían como líneas o picos en la imagen gráfica. La intensidad relativa de las diversas líneas de energía (representadas por la parte más alta de los picos) determinaba las proporciones. Para una medición más exacta se requería insertar la muestra en un pequeño reactor para su reactivación, pero por el momento bastaba con ese sistema.

El técnico pasó al canal beta.

-¡Caramba, miren esa línea de tritio! ¿Qué rendimiento le adjudicaron?

-Menos de quince kilotones.

-Pero tenía una buena carga de tritio, doctor. ¡Mire allí! -El técnico, candidato al máximo título académico, tomó nota de algo y volvió al canal gamma-. Bueno... plutonio. Tenemos un poco de 239 y 240; neptunio, americio, gadolinio, curio, prometio, uranio... un poco de uranio 235, un poco de 238... Yo... Este bicho era sofisticado, amigos.

-Un fiasco -dijo un técnico del NEST, al leer las cifras-. Estamos ante los restos de un fiasco. Este no era un IND. Con tanto tritio... Por Dios, era una bomba de dos etapas. Es demasiado para un arma de fisión realzada. ¡Es una bomba H, joder! -El técnico ajustó sus indicadores.

-Mirad la mezcla de 239 v 240.

-¡Traed el libro!

En un estante, frente al espectrómetro, había una carpeta de vinilo rojo de diez centímetros de grosor.

-Savannah River -dijo el técnico-, siempre tuvieron problemas con el gadolinio... Hanford lo hace de otro modo; siempre generan demasiado prometio, al parecer.

-¿Estás loco?

-Confiad en mí -dijo el técnico-. Mi tesis se basa en los problemas de contaminación en las plantas de plutonio. ¡Aquí están las cifras!

Las leyó. Un miembro del NEST consultó el índice y buscó una página.

-¡Está cerca, cerca! Dime otra vez el gadolinio.

-Cero punto cero cinco ocho veces diez a la menos siete, más o menos punto cero cero dos.

-¡Por los clavos de Cristo! -El hombre enseñó el libro a la vista de todos.

-Savannah River... No es posible.

-Mil novecientos sesenta y ocho. Fue un año escogido. El material es nuestro. Es nuestro maldito plutonio.

El hombre del NEST parpadeó con incredulidad.

-Bien, voy a llamar a la capital.

-No es posible -dijo el técnico mientras repasaba sus mediciones-Las líneas de larga distancia están bloqueadas. -¿Dónde está Larry?

-En el Presbiteriano Aurora, trabajando con los del FBI. Puse el número sobre el teléfono, en el rincón. Creo que se comunica con la capital a través de ellos.

-Murray.

-Aquí Hoskins. Acabo de recibir noticias de Rocky Flats, Dan. Esto parece cosa de locos.

Librodot

El equipo del NEST dice que en el arma se utilizó plutonio norteamericano. Lo han confirmado. El plutonio proviene de la planta DOE, de Savannah River, producido en febrero de mil novecientos sesenta y ocho, Reactor K. Tienen todos los detalles. Incluso pueden decir qué parte del Reactor K era. A mí me parece una locura, pero el tío es un experto.

-¿Cómo diablos voy a hacer para que me crean eso, Walt?

-Te repito lo que me dijo el tío..

-Tengo que hablar con él.

-Las líneas telefónicas están cortadas. Puedo hacerlo venir en unos pocos minutos.

-Hazlo en seguida.

-¿Sí, Dan?

-Jack, el equipo NEST acaba de informar a nuestra oficina de Denver. El material de la bomba era norteamericano.

-¿Qué?

-Escucha, Jack, eso lo dijimos todos, ¿eh? El equipo de NEST obtuvo muestras de precipitación radiactiva y las analizó. El plutonio provenía de Savannah River, mil novecientos sesenta y ocho. He pedido al jefe de NEST que venga a la división Denver. Las líneas de larga distancia están bloqueadas, pero puedo conectar nuestro sistema para que hables directamente con él.

Ryan miró al oficial de Ciencia y Tecnología.

-Qué piensa usted.

-Savannah River... Allí han tenido problemas. Unos cuatrocientos cincuenta kilos de material perdido.

-Terroristas -dijo Ryan decididamente.

-Esto empieza a cobrar sentido -concordó el de Ciencia y Técnica.

-Oh, Dios, y él no quiere escucharme...

Bueno, aún quedaba Durling.

-Me cuesta creerlo -dijo el vicepresidente.

-Son datos seguros, señor, comprobados por el equipo del NEST en Rocky Flats. Datos científicos firmes. Aunque parezca una locura, se trata de algo objetivo. -«Eso espero, oh Dios, eso espero.» Durling casi podía oír el pensamiento de Ryan-. Definitivamente, señor, no se trata de una bomba rusa. Eso es lo importante. Estamos seguros de que no fue un arma rusa. ¡Dígaselo al presidente ahora mismo!

-Lo haré.

Durling hizo una señal al sargento de comunicaciones de la Fuerza Aérea.

-¿Qué quieres, Roger?

-Acabo de recibir una información importante, señor. -Bien. -El presidente parecía exhausto.

-Me llegó desde la CIA, pero se origina en el FBI. El equipo NEST ha identificado el material de la bomba y, definitivamente, no es de origen ruso. Piensan que es norteamericano.

-¡Eso es imposible! -exclamó Borstein-. A nosotros no nos falta ninguna arma. !Ponemos mucho cuidado en esas cosas! -Te lo ha dicho Ryan, ¿no, Roger?

-Bob.

Durling oyó un largo suspiro en la línea.

-Gracias.

La mano del vicepresidente temblaba al levantar el otro auricular.

-No se lo creyó.

-¡Pero tiene que creerlo, señor! ¡Es la verdad!

-Se me acabaron las ideas, Jack. Usted tiene razón; no escucha a nadie.

-Nuevo mensaje por línea caliente, señor.

Jack leyó:

PRESIDENTE NAAMOV:
USTED NE TACHA DE IRRACIONAL. TENEMOS DOSCIENTOS MIL MUERTOS, UN ATAQUE A NUESTRAS FUERZAS DE BERLIN, UN ATAQUE A NUESTRA MARINA EN EL MEDITERRÁNEO Y EN EL PACÍFICO...

-Está a punto de hacerlo. ¡Maldición! Tenemos la información que necesita para detener esto en seco y..,

-Se me han acabado las ideas -dijo Durling al teléfono-.

Estos malditos mensajes por línea caliente empeoran las cosas... -Ese parece el problema principal, ¿no?

-Ryan levantó la vista-. ¿Sabes conducir en la nieve, Ben?

-Sí, pero...

-¡Vamos! -Ryan salió de la habitación a toda prisa. Descendieron en ascensor a la planta baja y Jack corrió a la sala de vigilancia-. ¡Las llaves del coche!

-¡Tenga, señor!

Un joven muy asustado le arrojó el llavero. La fuerza de seguridad de la CIA guardaba sus vehículos fuera del aparcamiento para autoridades. El «GMC» azul de Jimmy, con tracción cuádruple, estaba sin llave.

-¿Adónde vamos? -preguntó Goodley, al volante. -Al Pentágono, entrada del río... y date prisa.

-¿Qué ha sido eso?

El torpedo había dado una vuelta alrededor de algo, pero sin estallar, hasta quedar sin combustible.

-No había masa suficiente para activar el explotador magnético. Demasiado pequeño para golpear directamente... Sin duda era un simulador -dijo Dubinin-. ¿Dónde está la interceptación original? -Un marino se la entregó-. «Hélice inutilizada por colisión.» ;Maldita sea! Estábamos rastreando una planta de potencia defectuosa, no una hélice dañada. -El capitán golpeó el puño en la mesa de cartas con tanta fuerza que el puño le sangró-. ¡Al norte! ¡Entramos en actividad!

-Oh, mierda. Control, aquí sonar. Tenemos un sonar activo de baja frecuencia rumbo 1-9-0.

-¡Preparen torpedos!

-Si desplegamos el fuera de borda, señor, podremos hacer dos o tres nudos más -dijo Claggett.

-!Demasido ruido! -le espetó Ricks.

-Estamos en el ruido de superficie, señor. Las altas frecuencias del motor fuera de borda no tendrán mucha importancia aquí arriba. Su radar activo es de baja frecuencia no puede detectarnos, hagamos ruido o no. Lo que necesitamos ahora es distancia, señor; si se acerca demasiado, el Orion no podrá intervenir.

-Tenemos que alejarlo.

-Mal movimiento, señor, ahora estamos en SNAPCOUNT. Si tenemos que disparar, hay que hacerlo. Si ponemos una unidad en el agua sabremos dónde mirar. Necesitamos distancia para mantenernos fuera de su sonar activo, capitán; no podemos arriesgarnos a un disparo.

-¡No! Oficial de armas, ¡prepare!

-Sí, señor.

-Comunicaciones, pida al Orion que nos preste ayuda.

Librodot

-Aquí está el último, coronel.

-Vaya, eso sí que ha sido rápido -dijo el comandante del regimiento.

-Los muchachos están practicando bastante -comentó el mayor, de pie junio a él, mientras llegaba la décima y última imagen de los «SS-18» en Alvesk-. Cuidado allí, sargento.

El hielo hizo el trabajo. Pocos minutos antes, un poco de nieve había entrado en la cápsula del misil. El ir y venir de las botas la aplastó, fundiéndola, pero luego las temperaturas bajo cero habían vuelto a helarla, convirtiéndola en una capa de hielo invisible, delgada como un papel. El sargento iba a retroceder, alejándose de la pasarela plegadiza, pero resbaló y su llave inglesa salió disparada. Rebotó en la barandilla y por un momento giró como un bastón de mando. El sargento le lanzó un manotazo, pero no logró sujetarla y la llave cayó.

-¡Corred! -aulló el coronel.

El sargento no necesitaba la orden. El cabo que manejaba la grúa hizo girar la cabeza de combate para separarla y saltó desde el vehículo. Todos sabían que era preciso correr contra el viento.

La llave inglesa llegó casi hasta abajo, pero golpeó contra una pieza interior y se desvió hacia un lado, partiendo en dos partes el revestimiento de la primera etapa. El revestimiento del misil era también su depósito; tanto el combustible como el oxidante quedaron en libertad. Los dos elementos químicos formaron pequeñas nubes (sólo se filtraban unos pocos gramos de cada uno, pero ambos productos eran hipergólicos y ante el contacto entraron en ignición). Eso ocurrió dos minutos después que la llave inglesa iniciara su caída. La explosión fue potente. Derribó al coronel, que estaba a doscientos metros del silo. El hombre rodó instintivamente hasta detrás de un grueso pino, al pasar la aplastante ola de presión. Un momento después vio que el silo estaba coronado por una columna de llamas. Todos sus hombres habían logrado escapar. Un milagro, se dijo. Su pensamiento siguiente expresaba el humor que tantas veces se presenta cuando escapamos por poco a la muerte: «Bien, los norteamericanos tienen un misil menos de que preocuparse.»

El satélite ya tenía su sensor dirigido hacia el campo de misiles ruso. La explosión de energía era inconfundible. La señal fue transmitida a Alice Springs, en Australia, y desde allí a un satélite de comunicaciones de la Fuerza Aérea, que la transmitió a Estados Unidos. Todo tardó poco más de medio segundo.

-!Probable lanzamiento! ¡Probable lanzamiento en Alvesk!

En ese momento cambió todo para el mayor general Joe Borstein. Sus ojos se centraron en la transmisión en directo; su primera idea fue que había ocurrido pese a todo: pese a los cambios, el progreso y los tratados, de algún modo había sucedido; él lo estaba viendo y estaría allí para verlo todo, hasta que el «SS-18» que representaba su muerte cayera en Cheyenne Mountain. No era como arrojar bombas en un puente o combatir con aviones en los cielos de Alemania. Eso era el fin de la vida.

La voz de Borstein sonó como papel de lija.

-Sólo veo uno... ¿dónde está el misil?

-No hay misil -anunció una capitán femenina-. La luz es demasiado grande. Parece una explosión. No hay misil. No es un lanzamiento. Repito: no es un lanzamiento.

Borstein vio que le temblaban las manos. No le habían temblado cuando recibió un disparo, cuando se estrelló en Edwards ni mientras pilotaba aviones en las peores tormentas. Miró a su gente y en todas las caras vio lo mismo que había sentido en la boca del estómago. Hasta ese punto había sido, de algún modo, como ver una horrible película de terror, pero ya no era una película. Tomó el teléfono que lo comunicaba con el MAE y desconectó la linea de Camp David.

-¿Lo has recibido, Pete?

-Seguro, Joe.

-Eh... Será mejor que echemos agua al fuego, Pete. El presidente se está poniendo

majareta.

CINC-SAC hizo una pausa antes de responder.

-Desde luego, Joe. ¡Menudo susto!

Borstein volvió a mover la llave.

-Señor presidente; creemos que se produjo una explosión en la base de misiles de Alyesk. Por un momento... eh... nos hemos llevado un buen susto, pero no hay ningún proyectil en el aire. Repito, señor presidente: no hay misiles en el aire. Fue, una falsa alarma.

-¿Qué ocurrió?

-No lo sé, señor. Tal vez... estaban haciendo el servicio de mantenimiento a los misiles, señor, y pudo producirse un accidente. No sería la primera vez. A nosotros nos pasó con el «Titan-II».

-El general Borstein tiene razón -confirmó sobriamente CINC-SAC-. Por eso nos deshicimos de él. Señor presidente...

-¿Si, general?

-Sugiero que tratemos de enfriar un poco la situación, señor.

-De acuerdo. Pero ¿cómo? -quiso saber Fowler-. ¿Y si eso tuvo que ver con su actividad de alerta?

No hubo inconvenientes en el trayecto por la George Washington Parkway. Aunque estaba cubierta de nieve, Goodley circulaba a sesenta kilómetros por hora con tracción cuádruple y no perdió el control una sola vez; eludía los coches estacionados como un corredor profesional. Entró en el Pentágo no por la parte del río. El guardia civil apostado allí estaba ahora acompañado por un soldado, cuyo fusil «M-16» sin duda estaba cargado.

-¡CIA! -dijo Goodley.

-Un momento. -Ryan le entregó su placa-. En la ranura. Creo que funcionará.

Goodley hizo lo indicado. La placa de Ryan tenía el código electrónico para operar aquel dispositivo de seguridad. La puerta se elevó y la barrera descendió, despejando el camino. El soldado hizo un gesto de asentimiento. Si el pase había funcionado, todo debía de estar en orden.

-¿Aparco? -preguntó Goodley.

-¡Déjalo aquí! Entra conmigo.

También adentro se había aumentado la seguridad. Jack trató de pasar por el detector de metales, que se disparó por unas monedas. Las arrojó al suelo, furioso.

-¿El CMNM?

-Sígame, señor.

La entrada al Centro de Mando Nacional Militar estaba bloqueada por un muro de vidrio antibalas, tras el cual montaba guardia una sargento negra, armada con un revólver.

-CIA. Tengo que entrar. -Ryan apoyó la placa contra el parche negro y volvió a dar resultado.

-¿Quién es usted, señor? -preguntó un suboficial de la Marina.

-El vicedirector de la CIA. Lléveme ante el oficial superior.

-Sígame, señor. El hombre a quien usted quiere ver es el capitán Rosselli.

-¿Un capitán? ¿No es un almirante?

-El general Wilkes se perdió, señor, y no sabemos dónde diablos está.

El recluta giró para cruzar una puerta.

Ryan vio a un capitán de la Marina y a un teniente coronel de la Fuerza Aérea ante un tablero de situación y una banda de teléfonos multi]inea.

-¿Usted es Rosselli?

-Sí, ¿y usted?

-Jack Ryan, vicedirector de la CIA.

-Ha elegido un mal lugar para visitar, amigo -observó el coronel Barnes.

-¿Hay algún cambio?

-Hace un momento pareció que los rusos lanzaban un misil...

-¡Mierda! -Pero no hubo ningún misil. Pudo tratarse de una explosión en la base. ¿Tiene menos datos?

-Necesito una línea con el centro de mando del FB quiero hablar con vosotros dos.

Dos minutos después, Rosselli dijo:

-Es una locura.

-Tal vez. -Ryan tomó el teléfono-. Dan, habla Jack.

-¿Dónde diablos estás, Jack? Acabo de llamar a Langley.

-En el Pentágono. ¿Qué sabes de la bomba?

-Espera. Tengo una conexión con el doctor Larry Parsons, jefe del NEST. Aquí lo tengo.

-Adelante. Soy Ryan, vicedirector de la CIA. Hable.

-La bomba fue fabricada con plutonio norteamericano. Eso es seguro. Se ha verificado la muestra cuatro veces. Planta de Savannah River, febrero de 1968, Reactor K.

-¿Está seguro? -preguntó Jack, y deseó con todas sus fuerzas que la respuesta fuera afirmativa.

-Positivo. Por absurdo que resulte, el material era nuestro.

-¿Qué más?

-Murray me ha dicho que habéis tenido problemas con el cálculo de la potencia. Bien, yo estuve allí. Se trata de un artefacto pequeño, inferior a los quince kilotones. Hay supervivientes que estaban en el mismo sitio; no son muchos, pero los he visto. No sé cómo pudo fallar tanto el cálculo inicial, pero he estado allí y le aseguro que la bomba era pequeña. También parece haber sido un fiasco. Estamos tratando de averiguar más, pero lo importante es que el material de la bomba era de origen norteamericano. Hay una certeza del ciento por ciento.

Rosselli se inclinó para asegurarse de que esa línea telefónica fuera una de las de seguridad que se conectaban con el FBI.

-Un momento, señor. Habla el capitán Jim Rosselli, de la Marina. Cursé estudios de física nuclear. Sólo para asegurarme de que estoy oyendo bien, quiero que me dé las proporciones de 239 y 240, ¿vale?

-Espere un momento... Bueno: el 239 era nueve ocho punto nueve tres; el 240, cero punto cuatro cinco. ¿Quiere los rastros de elementos también?

-No, gracias, señor. Con eso me basta. -Rosselli levantó la vista y dijo, con suavidad-: Si no está diciendo la verdad, miente estupendamente.

-Me alegro de que esté de acuerdo, capitán. Necesito un favor.

-¿Qué favor?

-Necesito entrar en la línea caliente.

-No puedo permitirlo.

-¿Ha seguido los mensajes, capitán?

-No, no he tenido tiempo. Tenemos tres acciones de combate en curso y...

-Vamos a verlo.

Ryan no había estado nunca allí; eso le pareció extraño. Las copias impresas de los mensajes estaban en un tablero. Había seis personas en la habitación y todas estaban pálidas como la ceniza.

-Caramba, Ernie... -observó Rosselli.

-¿Ha llegado algo recientemente? -preguntó Jack. -Desde que el presidente envió la respuesta, hace veinte minutos, nada.

-Todo iba bien cuando estuve allí, justo después de... Oh, Dios mío -dijo Rosselli, tras leer el último mensaje.

-El presidente está confundido -dijo Jack-. Se niega a recibir información de mí y tampoco

Librodot

escucha al vicepresidente Durling. Ahora bien, esto es muy simple, ¿no? Conozco al presidente Narmonov. El me conoce. Con lo que acaba de informarnos el FBI, lo que usted acaba de oír, capitán, creo que yo podría lograr algo. De lo contrario...

-No es posible, señor -replicó Rosselli.

-¿Por qué? -preguntó Jack.

Aunque su corazón latía muy aprisa, se obligó a dominar la respiración. Tenía que serenarse, serenarse, serenarse.

-Por esta línea, señor, sólo dos personas pueden...

-Una de ellas, tal vez ya las dos, están jugando con un naipe incompleto, capitán. Usted puede apreciar dónde estamos. No puedo obligarlo a hacer esto. Le pido que lo piense. Hace un momento usted usó la cabeza. Hágalo otra vez -dijo Ryan, con calma.

-Nos van a encarcelar por esto, señor -dijo el supervisor de la línea.

-Para que nos encarcelen tenemos que estar vivos -replicó Jack-. En este momento estamos en SNAPCOUNT. Sabéis lo grave que es. Capitán Rosselli: usted es el oficial de mayor jerarquía entre los presentes. Usted decide.

-Quiero ver todo lo que usted escriba en esa máquina antes de que sea transmitido.

-Me parece justo. ¿Puedo escribir yo mismo?

-Sí. Hágalo. Será cargado y codificado antes de salir.

Un sargento de la Marina le abrió espacio. Jack tomó asiento y encendió un cigarrillo, pasando por alto los rótulos de prohibido fumar.

ANDREI ILICH, escribió Ryan, lentamente, Soy JACK RYAN.

¿SIGUE USTED ENCENDIENDO EL FUEGO EN LA DACHA CON SUS PROPIAS MANOS?

-¿Está bien?

Rosselli hizo una seña al oficial de comunicaciones sentado junto a Ryan:

-Transmita.

-¿Qué es esto? -preguntó el ministro de Defensa. Cuatro hombres se acercaron a la terminal. Un mayor del Ejército soviético tradujo.

-Aquí pasa algo raro -dijo el oficial de comunicaciones-. Esto es...

-Transmita esto: «¿Recuerda quién le vendó la rodilla?»

-¿Qué?

-¡Transmita! -ordenó Narmonov.

Aguardaron dos minutos.

ME ATENDIÓ ANATOLI, SU GUARDAESPALDAS, PERO MIS PANTALONES QUEDARON ARRUINADOS.

-Es Ryan.

-Asegúrese -dijo Golovko.

El traductor miró su pantalla.

-Dice: «Y nuestro amigo ¿está bien?»

Ryan escribió:

RECIBIÓ HONORABLE SEPULTURA EN CAMP DAVID.

-¿Qué diablos es esto? -preguntó Rosselli.

-No hay en el mundo veinte personas que sepan esto. Se está asegurando de que soy realmente yo -dijo Jack, con lo dedos sobre las teclas.

-Parece una sarta de tonterías.

-Aunque sean tonterías, ¿perjudica a alguien? -acuso Ryan.

-Vale.

-¿Qué diablos ocurre? -gritó Fowler-. ¿Quién está..?

-Señor, llega un mensaje del presidente. Nos ordena... -Ignórelo -dijo Jack.

Librodot

-¡No puedo hacerlo, mierda!

-El presidente ha perdido el control, capitán. Si permite que él me incomunique morirá su familia, la mía y muchísima gente más. Usted ha jurado obedecer la Constitución, capitán, no al presidente. ¡Lea esos mensajes otra vez y dígame si me equivoco!

-Desde Moscú -dijo el traductor-: «Ryan, ¿qué está pasando?»

PRESIDENTE NARMONOV:

HEMOS SIDO VÍCTIMAS DE UN ATENTADO TERRORISTA. AQUÍ HAY MUCHA CONFUSIÓN PERO AHORA TENEMOS PRUEBAS EN CUANTO AL ORIGEN DEL ARMA.

ESTAMOS SEGUROS DE QUE EL ARTEFACTO NO ERA SOVIÉTICO. REPITO: ESTAMOS SEGUROS DE QUE EL ARTEFACTO NO ERA SOVIÉTICO.

AHORA ESTAMOS INTENTANDO COGER A LOS TERRORISTAS. Es POSIBLE QUE LOS TENGAMOS DENTRO DE UNOS MINUTOS.

-Transmita: «¿Por qué su presidente nos acusó?» Hubo otra pausa de dos minutos.

PRESIDENTE NARMONOV:

TENEMOS INFORMES DE INTELIGENCIA QUE HABLAN DE DISTURBIOS POLÍTICOS EN LA UNIÓN SOVIÉTICA. ESTOS INFORMES ERAN FALSOS, PERO NOS CONFUNDIERON BASTANTE. POR AÑADIDURA, LOS INCIDENTES HAN PROVOCADO UN EFECTO INCENDIARIO EN AMBAS PARTES.

-Eso es muy cierto.

-¡Pete, envíe gente allí y haga arrestar a ese hombre!

Connor no pudo negarse, pese a la mirada que le lanzó Helen D'Agustino. Llamó a la sede del Servicio Secreto v transmitió el mensaje.

Pregunta: «¿Qué sugiere usted?»

LE RUEGO QUE CONFIE EN NOSOTROS Y NOS PERMITA CONFIAR EN USTED. AMBOS DEBEMOS DAR PASO ATRÁS. SUGIERO REDUCIR LOS NIVELES DE ALERTA DE LAS FUERZAS ESTRATÉGICAS Y ORDENAR A NUESTRAS TROPAS QUE SE MANTENGAN EN SUS SITIOS 0 SE RETIREN DE CUALOLIER UNIDAD SOVIÉTICA 0 NORTEAMERICANA QUE SE ENCUENTRE EN LAS INMEDIACIONES Y QUE CESEN LAS ESCARAMUZAS.

-¿Está bien? -preguntó Ryan.

-Vale.

-¿Puede ser una treta? -preguntó el ministro de Defensa.

-¿Golovko?

-Creo que se trata de Ryan y que es sincero. Pero ¿podrá persuadir a su presidente?

Narmonov se alejó por un momento, pensando en la historia, pensando en Nicolás II.

-Si bajamos el nivel de alerta...

-¡Pueden atacarnos y nuestra capacidad de respuesta estará reducida a la mitad!

-¿Basta con la mitad? -preguntó Narmonov, viendo la salida a su alcance y rogando que fuera de verdad-. ¿Basta con la mitad para destruirlos?

-Sí -asintió el ministro-. Por cierto, tenemos más del doble de lo necesario para destruirlos.

-Señor, la respuesta soviética dice: «Ryan: He ordenado la desmovilización de las fuerzas estratégicas soviéticas. De momento mantendremos la alerta defensiva pero reduciremos el de las fuerzas ofensivas. Si ustedes hacen otro tanto, propongo una reducción mutua por etapas en las cinco horas siguientes.

Jack bajó la cabeza hacia el teclado y en la pantalla se dibujaron algunos caracteres.

-¿Podríais darme un vaso de agua? Tengo la garganta un poco seca.

-¿Señor presidente? -dijo Fremont.

-Sí, general.

-Pese al irregular modo en que se hizo, señor, me parece una buena idea.

Una parte de Bob Fowler quería arrojar la taza de café contra la pared, pero se contuvo. No importaba, ¿verdad? Importaba, pero no tanto.

-¿Qué sugiere?

-Sólo para asegurarnos, esperar hasta que tengamos evidencias de una reducción. Entonces podremos retroceder. Para empezar, justo ahora, podemos prescindir de SNAPCOUNT.

-¿General Borstein?

-Coincido con eso, señor -dijo la voz desde MDANA.

-General Fremont, tiene mi autorización.

-Gracias, señor presidente. Pondremos inmediatamente manos a la otra.

El general Peter Fremont, de la Fuerza Aérea, comandante en jefe del Mando Aéreo Estratégico, se volvió hacia su auxiliar de operaciones:

-Mantenga la alerta y los aviones preparados, pero en tierra. Que desactiven los misiles.

-Contacto... curso 3-5-2... distancia siete mil seiscientos metros.

Llevaban varios minutos esperando eso.

-Súbanla, sin cables. Punto de activación cuatro mil metros.

Dubinin levantó la vista. No sabía por qué, pero el avión que los sobrevolaba no había realizado un nuevo ataque.

-¡Preparado! -anunció el oficial de armas, un momento después.

-¡Fuego!

-Capitán, mensaje en el ELF -dijo el oficial de comunicaciones, por el intercomunicador.

-Es el mensaje que anuncia el fin del mundo. -El capitán suspiró-. Bien, hemos disparado lo nuestro, ¿no?

Habría sido bonito pensar que sus actos salvarían vidas, pero él no se equivocaba. Eso permitiría a las fuerzas soviéticas matar un mayor número de norteamericanos, que no era lo mismo. Con respecto a las armas nucleares todo era maligno.

-¿Nos sumergimos?

Dubinin sacudió la cabeza.

-No. Parecen tener más dificultades de lo que yo esperaba con la turbulencia de superficie. Tal vez estemos más seguros aquí. Descienda justo hasta cero nueve cero. Apague el sonar. Aumente la velocidad a diez nudos.

Otro chirrido.

-Tenemos el mensaje. Grupo de cinco letras: «¡Interrumpan todas las hostilidades!»

-iA profundidad de antena, pronto!

La Policía mexicana se mostró muy colaboradora y el español culto que hablaban Clark y Chávez facilitó las cosas. Cuatro detectives de la Policía Federal aguardaron con los agentes de la CIA en la sala de espera, mientras otros cuatro policías, de uniforme y provistos de metralletas, se apostaban en sitios cercanos.

-No tenemos hombres suficientes para hacerlo como es debido -se preocupó el jefe de los federales.

-Es mejor esperar a que bajen del avión -dijo Clark.

-Muy bien, señor. ¿Le parece que van armados?

-Creo que no. Las armas son peligrosas cuando se viaja.

-¿Y esto tiene algo que ver con... lo de Denver? Clark se volvió e hizo un gesto de asentimiento.

Librodot

-Creemos que sí.

El «DC-10» se detuvo delante de las puertas y apagó sus tres motores. La pasarela se movió algunos metros para ajustarse a la puerta delantera.

-Viajan en primera clase -dijo John.

-Si. La compañía dice que hay quince pasajeros en primera clase y le hemos ordenado que retengan a los demás. Ya verá, señor Clark, que sabemos trabajar.

-No lo pongo en duda.

-Usted es de la CIA, ¿no?

-No estoy autorizado a decirlo.

-Eso significa que lo es, por supuesto. ¿Qué hará con ellos?

-Hablar -dijo Clark, simplemente.

El empleado del aeropuerto abrió la puerta. Dos oficiales de la Policía federal se situaron a ambos lados, con las chaquetas abiertas. Clark rezaba para que no fuera necesario disparar. La gente empezó a salir; en la sala de espera se oían los habituales saludos.

-Listo -dijo Clark, en voz baja.

El teniente de la federal se tocó la corbata a modo de señal para los hombres apostados ante la puerta. Fue fácil: eran los dos últimos pasajeros de primera clase. Qati estaba pálido descompuesto. Tal vez el viaje había sido malo. Pasó sobre la barrera de cuerdas y Chávez hizo otro tanto, sonriendo, llamando a otro pasajero que lo miró con obvio desconcierto.

-¡Ernesto! -exclamó John, corriendo hacia él.

-Temo que se equivoca de...

Clark pasó sin detenerse junto al hombre proveniente de Miami.

Ghosn tardó en reaccionar; estaba atontado por el agotador vuelo desde Norteamérica y relajado por la idea de haber escapado. De inmediato lo inmovilizaron por detrás. Un policía le puso un revólver contra la nuca y, ya esposado, lo pusieron de pie.

-¡Vaya, por mi madre que nos conocemos! -dijo Chávez-. Eres el tipo de los libros.

-Qati -dijo John al otro. Ya los habían cacheado; los dos iban desarmados-. Hace años que quiero conocerte.

Clark se apoderó de los billetes. La Policía se encargaría de retirar el equipaje. Se los llevaron de prisa. Los otros pasajeros no se enterarían de nada hasta que se lo contaran sus familiares, minutos después.

-Buen trabajo, teniente -dijo John al federal.

-Como le he dicho, sabemos trabajar.

-¿Podría llamar a la Embajada e informar que los hemos cogido?

-Desde luego.

Los ocho hombres aguardaron en un cuarto pequeño mientras se retiraba el equipaje. En las maletas podía haber pruebas y la prisa no era mucha. El teniente mexicano les examinó la cara con atención, en nada diferentes de las caras de otros cien asesinos. Quedó vagamente decepcionado, aunque era buen policía y no habría debido ser así. Se revisó el equipaje, pero aparte de algunos medicamentos, no había nada fuera de lo habitual. La Policía pidió prestado un autobús para llevarlos al Gulfstream.

-Espero que hayan disfrutado su estancia en México -dijo el teniente al despedirlos.

-¿Qué diablos está pasando? -preguntó la piloto. Aunque vestía de civil, era mayor de la Fuerza Aérea.

-Se lo diré en pocas palabras -dijo Clark-: Vosotros, chicos del aire, llevaréis el avión hasta Andrews. El señor Chávez y yo vamos a entrevistar a estos dos caballeros en la parte trasera. Vosotros no veréis, no oiréis ni pensaréis sobre lo que esté pasando ahí detrás.

-¿Qué...?

-No piense, mayor. ¿Debo repetírselo otra vez?

-No, señor.

-Entonces larguémonos de aquí.

Piloto y copiloto fueron hacia proa. Los dos técnicos de comunicaciones se sentaron ante

sus tableros y echaron la cortina entre ellos y la cabina principal.

Al volverse, Clark vio que sus dos huéspedes intercambiaban una mirada. Eso no estaba bien. Quitó la corbata a Qati y le vendó los ojos con ella. Chávez hizo otro tanto con su pupilo. Luego los amordazaron y Clark fue en busca de algunos tapones para oídos. Por fin, acomodaron a los dos pasajeros en asientos separados. John esperó a que el avión despegara. Lo cierto era que detestaba la tortura, pero necesitaba información y estaba dispuesto a cualquier cosa para conseguirla.

-¡Torpedo!

-¡Mierda, viene por proa! -Ricks se volvió-. Den toda la velocidad que se pueda. Izquierda dos siete cero. Oficial, encárguese de responder al disparo.

-Sí -dijo Claggett-. Disparo rápido. Uno ocho cero, punto de activación tres mil, profundidad inicial de búsqueda doscientos.

-¡Listo!

-¡Disparo!

-Disparados tubo tres, señor.

Era la táctica habitual. El torpedo disparado en dirección recíproca obligaría al enemigo, por lo menos, a cortar los cables de control de su arma. Ricks ya estaba en el sonar.

-Perdimos la señal de lanzamiento, señor, y tampoco captamos muy pronto al pez. Ruido de superficie...

-¿Vamos a profundidad? -preguntó Ricks a Claggett. -Este ruido de superficie puede ser nuestro mejor amigo.

-Está bien, Dutch. Usted tenía razón al aconsejarme que dejara caer el fuera de borda.

-Mensaje ELF, señor. Se cancela SNAPCOUNT.

-¿Se cancela? -preguntó Ricks, incrédulo.

-Sí, señor, se cancela.

-Vaya, eso sí que es una buena noticia -dijo Claggett.

«¿Y ahora qué?», se preguntó el piloto. El mensaje que tenía en la mano no tenía ningún sentido.

-Por fin tenemos a ese hijo de puta, señor.

-Volvamos atrás.

-¡Pero si disparó contra el Maine, señor!

-Lo sé, pero no podemos dispararle.

-Es absurdo, señor. -Ya lo creo que sí -concordó otro oficial táctico.

-¿Velocidad?

-Seis nudos, señor. Maniobras informa que el eje está bastante mal.

-Si intentamos algo más... -Ricks frunció el ceño. Claggett asintió:

-...lo fastidiaremos del todo. Creo que es hora de tomar algunas contramedidas.

-Adelante.

-Lancemos una salva de torpedos en abanico. -Claggett se volvió hacia el capitán-. A la velocidad que vamos, girar no sería muy útil.

-Supongo que las posibilidades son de un cincuenta por ciento.

-Podría ser peor. ¿Por qué diablos cree que han cancelado SNAPCOUNT? -preguntó Claggett, mirando la pantalla del sonar.

-Creo que el peligro de guerra ha pasado... No he endurecido bien la situación, ¿verdad?

-Caramba, capitán, ¿quién podría adivinarlo?

Ricks se volvió.

Librodot

-Gracias, oficial.

-El torpedo está ahora activo, modo emisión y recepción, Rumbo 1-6-0.

-Torpedo, «Mark 48» norteamericano, rumbo 3-4-5, ¡acaba de entrar en actividad!

-Adelante a toda máquina, mantenga el curso -ordenó Dubinin.

-¿Contramedidas? -preguntó el Starporn.

El capitán meneó la cabeza.

-No, no. Estamos en el límite de su alcance... y eso le daría motivos para girar hacia aquí. Las condiciones de superficie nos ayudarán. Se supone que no libramos combate en aguas agitadas. -Dubinin señaló-. Esto perjudica los instrumentos.

-Tengo señal de satélite, capitán. Es un mensaje a todas las fuerzas: «Interrumpan las hostilidades, aléjense de las fuerzas norteamericanas, actúen sólo en legítima defensa.»

-Me llevarán ante un consejo de guerra -observó en voz baja Valentin Borisovich Dubinin.

-Usted no ha hecho nada malo. Reaccionó correctamente en todo...

-Gracias. Espero que declare lo mismo ante el tribunal.

-Cambio de señal... cambio de aspecto. El torpedo se ha desviado hacia el Oeste, apartándose de nosotros -dijo el teniente Rykov-. El primer giro programado debe de haber sido hacia la derecha.

-Afortunadamente no fue hacia la izquierda. Creo que hemos sobrevivido. Ahora espero que nuestro torpedo no dé en el blanco...

-Continúa acercándose, señor. Probablemente nos ha encontrado. Las señales son continuas.

-Está a menos de dos mil metros -dijo Ricks.

-Sí -concordó Claggett.

-Probemos algunas contramedidas más. Que sean constantes, demonios.

La situación táctica empeoraba. El Maine no avanzaba lo bastante aprisa como para efectuar una maniobra evasiva. Las contramedidas llenaron el mar de burbujas; tal vez atrajeran al torpedo ruso, haciéndolo desviar, única esperanza real; pero la triste verdad era que, cuando el pez atravesara las burbujas, hallaría nuevamente al Maine con su sonar. Tal vez una provisión constante de blancos falsos saturara al rastreador. De momento, era lo mejor que podían hacer.

-Mantengámonos cerca de la superficie -agregó Ricks. Claggett le hizo un gesto de comprensión.

-No dará resultado, señor... Señor, he perdido al pez a popa, entre las burbujas.

-Emerjamos -dijo Ricks-. ¡Golpe de emergencia!

-¿Captura de superficie?

-Ya se me han acabado las ideas, oficial.

-¿Viramos a la izquierda, paralelos a las olas?

-De acuerdo, adelante.

Claggett fue a la sala de mandos.

-¡Arriba periscopio! -Echó un vistazo v comprobó el curso del submarino-. Nuevo curso 0-5-5.

El Maine emergió por última vez entre olas de diez metros y una oscuridad casi total. Su casco circular se sacudía en el agua agitada y el giro fue lento.

Las contramedidas fueron un error. El torpedo ruso, estaba preparado sobre todo para seguir una estela. Su cabeza rastreadora había detectado burbujas que constituían una huella perfecta. Súbitamente cesó. Cuando el Maine emergió a la superficie, abandonó el chorro de burbujas. Una vez más, los factores involucrados eran técnicos. La turbulencia de superficie

confundió al software preparado para seguir una estela y el torpedo inició su búsqueda circular programada, justo bajo la superficie. En la tercera vuelta halló un eco inusualmente duro entre las formas confusas de arriba. El torpedo giró para acercarse, activando el sistema de detonación por influencia magnética. El torpedo ruso era menos sofisticado que el «Mark 50» norteamericano. Sólo podía ascender hasta veinte metros de la superficie. El campo magnético activo generado se desplegó como una telaraña invisible; cuando la presencia de una masa metálica perturbó esa red...

La cabeza de combate, de mil kilos, estalló a quince metros de la popa del Maine, ya maltrecha. La nave de veinte mil toneladas se sacudió como por el impacto de un ariete. La alarma se disparó.

-¡Inundación en la sala de máquinas!

-¿Es grave? -preguntó Ricks.

-¡Saque a todos, señor!

-¡Abandonen la nave! ¡Saquen el equipo de supervivencia! Envíen mensaje: «Averiados. Nos hundimos.» Y agregue nuestra posición.

-¡Capitán Rosselli! Un mensaje urgente.

Ryan levantó la vista. Había tomado una copa, seguida de un refresco. Cualquiera fuese el mensaje, el oficial naval podía ocuparse.

-¿Usted es Ryan? -preguntó un hombre de traje, seguido por otros dos.

-En efecto.

-Servicio Secreto, señor. El presidente nos ha ordenado que lo arrestemos.

Jack se echó a reír.

-¿Por qué motivo?

-No lo dijo, señor. -El agente se sintió ridículo.

-Yo no soy policía, pero mi padre lo era. No creo que puedan arrestarme sin una acusación. Es la ley, ¿sabe?, la Constitución. «Preservar, proteger y defender.»

El agente se sintió confundido. Tenía órdenes de alguien a quien debía obediencia, pero era demasiado profesional para violar la ley.

-Pero, señor, el presidente ha dicho...

-Oiga, le propongo algo. Yo sigo sentado aquí mientras usted llama al presidente por ese teléfono y lo confirma. No me iré.

Jack encendió otro cigarrillo y levantó un auricular.

-Hola, cariño.

-iJack! ¿Qué está pasando?

-Todo está bien. Las cosas se pusieron algo tensas, pero las hemos dominado. Cath, temo que voy a estar inmovilizado aquí por un tiempo, pero todo está bien, Cathy, de veras.

-¿Seguro?

-Tú preocúpate por el futuro bebé y por nada más. Es una orden.

-Tengo un retraso, Jack. Es sólo un día, pero...

-Bien. -Ryan se reclinó en la silla y sonrió feliz, con los ojos cerrados-. Quieres una niña, ¿no?

-Sí.

-Creo que yo también. Oye, cariño, todavía tengo trabajo, pero puedes tranquilizarte, de veras. Tengo que cortar. Adiós. -Colgó el auricular-. Menos mal que me acordé de eso.

-Señor, el presidente quiere hablar con usted. -El agente acercó el teléfono a Ryan.

«¿Y de dónde sacas que yo quiero hablar con él?», iba a preguntar Jack. Pero eso habría sido poco profesional. Cogió el auricular.

-Soy Ryan, señor.

-Dígame qué sabe -dijo Fowler, secamente.

-Si me concede quince minutos, señor presidente, puedo hacerlo mejor. Dan Murray, el del FBI, sabe tanto como yo. Y yo debo establecer contacto con dos oficiales. ¿Le parece bien,

Librodot

señor?

-Muy bien.

-Gracias, señor presidente. -Ryan hizo una llamada al Centro de Operaciones de la CIA-. Aquí Ryan. ¿Clark hizo el arresto?

-Esta línea no está vigilada, señor.

-No me importa. Responda.

-Sí, señor. Están de camino hacia aquí. No tenemos comunicación con el aparato. Es de la Fuerza Aérea, señor.

-¿Quién es el más adecuado para evaluar la explosión?

-Espere. -El oficial de turno pasó la pregunta al hombre de Ciencia y Tecnología-. Dice que el doctor Lowell, de Lawrence-Livermore.

-Póngalo en marcha. La base aérea más próxima ha de ser Travis. Mándele algo rápido. -Ryan colgó y se volvió hacia el oficial que atendía la línea caliente-. Un «VC-20» que acaba de despegar de la Ciudad de México rumbo a Andrews. Tengo a bordo dos agentes y dos... otras dos personas. Necesito comunicación con el aparato. Ponga a alguien a conseguírmela, por favor.

-Desde aquí no puedo, señor, pero puede hacerlo desde la sala de conferencias, al otro lado.

Ryan se puso de pie.

-¿Me acompañan? -dijo a los agentes del Servicio Secreto.

Qati se dijo que no habría podido ser más amargo, pero un momento después cayó en la cuenta de que no era verdad. Hacía un año que se enfrentaba a la muerte. La muerte por una causa, cualquiera que fuese, era siempre muerte. Si hubiera escapado... Pero no había escapado.

-Bien, hablemos.

-No comprendo -dijo Qati, en árabe.

-Vaya, ese acento me resulta familiar -replicó Clark, sintiéndose muy sagaz-. Aprendí tu lengua de un saudí. Habla despacio, por favor.

Qati quedó desconcertado por el uso de su lengua materna. Decidió responder en inglés para demostrar que él también era sagaz.

-No le diré nada.

-Claro que lo harás, muchacho.

Qati comprendió que debía resistir durante todo el tiempo posible. Valdría la pena.

XLIII. LA VENGANZA DE MOEDRED

Dubinin no tenía muchas opciones. Cuando estuvo seguro de que el torpedo norteamericano ya no representaba un peligro, desplegó su antena de satélite y transmitió su informe. El Orion norteamericano dejó caer sonoboyas activas a su alrededor, confirmando su impresión de que había cometido un crimen algo diferente del asesinato. En cuanto recibió la señal, giró en redondo para acercarse al sitio de la explosión. Como marino, no podía hacer otra cosa.

PRESIDENTE FOWLER:

LAMENTO INFORMARLE QUE UN SUBMARINO SOVIÉTICO CONTESTÓ El ATAQUE DE UN SUBMARINO NORTEAMERICANO Y PROBABLEMENTE LO HA AVERIADO. AL PARECER, OCURRIÓ POCO DESPUÉS DE MI ORDEN DE SUSPENDER HOSTILIDADES. NO DARÉ EXCUSAS POR ESTE ERROR. EL INCIDENTE SERÁ INVESTIGADO Y, SI LOS HECHOS LO REQUIEREN, EL CAPITAN

DE NUESTRO SUBMARINO SERÁ SEVERAMENTE CASTIGADO.

-¿Y bien?

-Creo, señor presidente, que corresponde acusar recibo y dar las gracias y hacer la vista gorda -respondió Jack.

-Estoy de acuerdo. -La línea enmudeció.

-¡Ése era mi submarino! -bramó Rosselli.

-Sí -confirmó Ryan-. Lo lamento. He navegado a bordo de submarinos con Bart Mancuso. ¿Lo conoce?

-Es el comandante de escuadrón de Bangor.

Ryan se volvió.

-¿Si? No lo sabía. Lo siento, capitán, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

-Comprendo -replicó Rosselli en voz baja-, con suerte, tal vez salven a la tripulación.

Jackson estaba casi sin combustible y preparado para regresar. Cuando llegaron las nuevas órdenes, el Theodore Roosevelt tenía un Alpha Strike listo para despegar. De inmediato el grupo de combate aumentó la velocidad para poner más distancia entre las formaciones norteamericana y rusa. Jackson no tenía la sensación de huir. El Hawkeye anunció que los barcos rusos habían virado hacia el Oeste, tal vez contra el viento, para lanzar aviones. Pero aunque había cuatro aviones de combate en vuelo, no hacían sino sobrevolar el grupo de combate, que continuaba hacia el Oeste. Los radares de búsqueda estaban en operación, pero los de misiles no. Esa era una señal alentadora.

«Y así termina mi segunda guerra -se dijo Robb-, y si acaso fue guerra.»

Giró con su «Tomcat», seguido por Sánchez. Otros cuatro «F-14» volarían en círculos allí en las horas siguientes, sólo como medida de vigilancia. Jackson se acercó justo a tiempo para ver aterrizar un helicóptero en proa. Cuando se apeó de su aparato había tres personas en el hospital de la nave. Bajó para ver quiénes eran y qué había pasado. Pocos minutos después supo que ya no pintaría más banderas de victoria en su avión. Por algo como aquello, no.

Berlín se calmó antes de lo que cualquiera imaginaba. La columna de refuerzos del 11° de Caballería Blindada sólo había recorrido treinta kilómetros cuando llegó la orden de detenerse. Entonces se apartó de la autopista para esperar. Dentro de la ciudad, la brigada norteamericana fue la primera en recibir la noticia y se retiró hacia el sector occidental del cuartel. Los rusos avanzaron un poco con Infantería para ver qué pasaba, pero como no tenían órdenes de reanudar el ataque, permanecieron en sus posiciones, tensos. Pronto la zona se llenó de coches policiales, para gran extrañeza de los soldados. Veinte minutos después, los norteamericanos empezaron a moverse, se restablecieron las comunicaciones con Moscú y los rusos se retiraron hacia sus posiciones de defensa. Se encontraron varios cadáveres inexplicables, incluidos los del comandante del regimiento y su principal oficial, así como tres tripulaciones de tanques asesinadas con armas de poco calibre. Pero el descubrimiento más importante lo hizo un policía berlinés, el primero en examinar el camión y el coche oficial destrozados por balas de cañón de 25 mm, disparadas por un «Bradley». Todos los «rusos» estaban muertos, pero ninguno tenía placas de identidad. El policía pidió inmediatamente ayuda, que le fue enviada en seguida. Dos de las caras le parecían conocidas, aunque no recordaba por qué.

-Jack.

-Hola, Arnie, toma asiento.

-¿Qué ocurrió, Jack?

Ryan meneó la cabeza. Su estado anímico y psicológico era de embriaguez. Su razón le decía que habían muerto sesenta mil personas, pero a pesar de eso, el alivio de haber impedido algo cien veces peor lo había dejado algo borracho.

-Todavía no estoy seguro, Arnie. Ya conoces lo importante.

-El presidente parece estar hecho un cisco.

Librodot

Un gruñido.

-¡Si lo hubieras oído hace un par de horas! Perdió la chaveta, Arnie.

-Tan graves estaban las cosas?

Jack asintió.

-Sí. -Una pausa-. Quizá le hubiera pasado a cualquiera. Tal vez no se puede pretender que un hombre maneje estas cosas. Pero es su trabajo, Arnie.

-En una ocasión me dijo que se sentía muy agradecido hacia Reagan y los otros por los cambios, por el hecho de que este tipo de cosas ya no fuera posible.

-Oye, mientras existan esos chismes, sigue siendo posible. -¿Apoyas el desarme? -preguntó Van Damm.

Ryan volvió a levantar la vista. El mareo había pasado.

-Hace tiempo que perdí las ilusiones. Sólo digo que si es posible, hay que pensarlo, joder. El no lo pensó. Ni siquiera miraba nuestros juegos de guerra. Estaba demasiado seguro de que no volvería a ocurrir. Y ocurrió, ¿no?

-¿Cómo estuvo Liz?

-Una mierda. El jefe necesita buen asesoramiento y de ella no recibió nada bueno.

-¿Y tú?

-No me escuchó, y creo que en parte fue culpa mía.

-Bueno, ya ha pasado.

Jack volvió a asentir.

-Sí.

-Llamada para ti, Ryan.

Jack tomó el teléfono.

-Aquí Ryan. Si, está bien. Más despacio. -Escuchó durante varios minutos, tomando notas-. Gracias, John.

-¿Qué ocurre?

-Una confesión. ¿El helicóptero está listo?

-En el helipuerto. Al otro lado -dijo uno de los hombres del Servicio Secreto.

El helicóptero era un « VH-60». Ryan subió a bordo y se ajustó el cinturón de seguridad, junto con Van Damm y tres agentes. El aparato se elevó inmediatamente. El cielo se estaba despejando. Aún había bastante viento, pero en el oeste asomaban algunas estrellas.

-¿Dónde está el vicepresidente? -preguntó Van Damm.

-En el PMAEN -replicó un agente-. Se quedará allí seis horas más, hasta que tengamos la seguridad de que esto ha terminado.

Jack ni siquiera lo oyó. Tenía puestos los protectores de oídos y se permitió mirar el espacio, reclinado hacia atrás. Notó que el helicóptero no tenía siquiera un bar. Vaya modo de viajar.

-¿Querían iniciar una guerra nuclear? -preguntó Chávez.

-Eso dijeron. -Clark se lavó las manos. No había sido demasiado dramático. Sólo había roto cuatro dedos a Qati. Lo que importaba era cómo trabajar sobre los huesos rotos. Ghosn (ahora conocían su nombre) había resistido un poco más, pero ambos relatos eran casi idénticos.

-Yo también lo oí, tío, pero...

-Sí. Unos hijos de puta ambiciosos, ¿no?

Clark puso unos cubos de hielo en una bolsa y fue a ponerlos sobre la mano de Qati. Ya tenía su información y no era un sádico. Lo más sensato habría sido arrojarlos del avión, pero eso no le correspondía a él. Los dos terroristas iban esposados a sus asientos. Clark se sentó en la parte trasera, para poder vigilarlos. El equipaje también estaba allí. Decidió husmear un poco, ahora que tenía tiempo.

-Hola, Ryan -dijo el presidente desde su asiento-. Hola, Arnie.

-Vaya día, Bob -comentó Van Damm.

-Muy malo.

Fowler había envejecido. Parecía un lugar común, pero era cierto. Tenía la piel cetrina y los ojos hundidos en dos pozos bordeados de sombras. Aunque normalmente se acicalaba bien, tenía el pelo revuelto.

-¿Ya los tiene, Ryan?

-Si., señor. Dos de nuestros agentes los apresaron en la Ciudad de México. Ismael Qatie e Ibrahim Ghosn. Usted sabe quién es Qati. Lo buscamos desde hace tiempo. Tuvo que ver con el bombardeo de Beirut, dos incidentes aéreos y varias cosas más, principalmente relacionadas con Israel. Ghosn es uno de los suyos, un ingeniero. De algún modo lograron fabricar la maldita bomba.

-¿Con el patrocinio de quién? -preguntó el presidente.

-Nosotros... es decir, nuestro agente... tuvo que obligarles a desembuchar a viva fuerza. Ha infringido ciertas normas señor...

Los ojos de Fowler despidieron una llama.

-¡Olvídelo! Continúe.

-Dicen, señor, que la... eh... operación fue financiada apoyada por el ayatollah Mahmourd Haji Darvaei.

-Irán. -No era una pregunta, sino una afirmación. Lo ojos de Fowler cobraron más vida.

-Correcto. Como usted sabe, a Irán no le agrada el resultado de nuestras acciones en el Golfo y... según nuestros agentes, señor, lo que dijeron es esto:

»Era un plan de dos partes. La primera consistía en poner la bomba en Denver. La segunda, en provocar un incidente en Berlín. Tenían a otro tipo trabajando para ellos: Günthel Bock, ex agente de la Fracción del Ejército Rojo; su esposa fué arrestada el año pasado por los alemanes y, más tarde se ahorcó. El objetivo, señor presidente, era inducirnos a una guerra nuclear con los rusos o, por lo menos, arruinar nuestras relaciones a tal punto que la situación en el Golfo deviniera en el caos. Eso beneficiaría los intereses de Irán... o eso pensaba Daryaei.

-¿Cómo consiguieron la bomba?

-Dicen que es israelí... era israelí -se corrigió Ryan-. La extraviaron en mil novecientos setenta y tres. Tenemos que comprobarlo con los israelíes, pero resulta lógico. El plutonio provenía de Savannah River; probablemente es parte del gran MUF que tenían hace unos años. Sospechamos desde hace tiempo que la primera generación de bombas nucleares israelíes fueron fabricadas con material norteamericano.

Fowler se levantó.

-¿Me está diciendo que este maldito ayatollah hizo eso... y que no le bastaba con matar a cien mil norteamericanos? ¡También quería iniciar una guerra nuclear!

-Esa es la información que tenemos, señor.

-¿Dónde está?

-En realidad, señor presidente, sabemos mucho de él. Ha apoyado a varios grupos terroristas, Fue la voz islámica que se alzó con más potencia contra el Tratado del Vaticano, pero perdió credibilidad cuando el acuerdo empezó a dar resultado. Eso no mejoró mucho su actitud. Darvaei vive en Qum, en Irán. Su partido político está perdiendo parte del poder y ha habido un atentado contra su vida.

-¿El relato es creíble?

-Sí señor presidente.

-¿Usted cree que Daryaei es capaz de una cosa así?

-Por sus antecedentes, señor, debo admitir que sí.

-¿Vive en Qum?

-En efecto. Es una ciudad con historia religiosa, muy importante para la rama chiíta del

Librodot

Islam. No conozco su población exacta, pero supera los cien mil habitantes.

-¿En qué lugar de Qum vive?

-Ese es el problema. Cambia de lugar constantemente. Como el año pasado estuvo a punto de morir en un atentado, aprendió la lección. Nunca duerme dos veces en el mismo sitio. Permanece en la misma parte de la ciudad, pero no puedo fijar sino una zona de uno o dos kilómetros de diámetro.

-¿El es responsable de todo esto?

-Eso parece, señor presidente. Son nuestros mejores datos. -Pero usted no puede localizarlo sino por aproximación de un kilómetro o dos.

-En efecto, señor.

Fowler caviló durante unos segundos antes de hablar, pero cuando lo hizo a Ryan se le heló la sangre:

-Con eso basta.

PRESIDENTE NARMONOV:

HEMOS COGIDO A LOS TERRORISTAS Y DETERMINADO EL ALCANCE DE LA OPERACIÓN...

-¿Es posible?

-Yo diría que sí -replicó Golovko-. Daryaei es un fanático. Odia a los norteamericanos.

-Esos bárbaros trataron de hacernos caer en...

-Deje que ellos se encarguen -aconsejó Golovko-. Han sufrido graves pérdidas.

-¿Sabe qué piensa hacer Fowler?

-Sí, camarada presidente, tanto como lo sabe usted.

PRESIDENTE FOWLER:

EN TANTO SE INVESTIGAN LOS HECHOS, ACEPTARE SU ULTIMO COMUNICADO COMO VERDAD. NO QUEREMOS IMPLICARNOS EN ESTE ASUNTO. CUALQUIERA SEA LA ACCIÓN QUE USTED CONSIDERE OPORTUNA, NO NOS OPONDREMOS AHORA NI EN EL FUTURO. ESOS DEMENTES ESTABAN DISPUESTOS A DESTRUIRNOS. AL INFIERNO CON ELLOS.

-Vaya -murmuró Ryan-. ¡Menuda claridad!

El presidente leyó el mensaje de la pantalla sin pronunciar palabra.

Ryan había tenido la impresión de que Narmonov mantenía el dominio de sus emociones durante la crisis, pero ahora parecía haberse invertido la situación. Fowler permanecía en su silla, firme como una roca, con ojos serenos.

-El mundo aprenderá una lección -dijo-. Voy a asegurarme de que nadie vuelva a intentar una cosa así.

Sonó un teléfono.

-Señor presidente, el FBI.

-¿Si?

-Soy Murray, señor presidente. Acabamos de recibir un mensaje urgente del Bundeskriminalamt, la Policía Federal de Alemania. Han hallado en Berlín el cadáver de Gunther Bock, vestido con un uniforme de coronel ruso. Había otros nueve ataviados de modo similar; se cree que uno de ellos era coronel de la Stasi. Confirman también los datos que obtuvimos de Qati y su socio, señor.

-Quiero una opinión, Murray. ¿Cree usted en esas confesiones?

-En general, señor, cuando los pillamos cantan como canarios. No tienen leyes de omertá, como la Mafia.

-Gracias, señor Murray. -Fowler miró a Ryan-. ¿Y bien?

-Parecería que han dicho la verdad.

-Por una vez, estamos de acuerdo. -Fowler se comunicó con el MAE-. ¿General Fremont?

-¿Sí, señor presidente?

-¿Cuánto puede tardar en reprogramar un misil? Quiero atacar una ciudad de Irán.

-¿Qué?

-Dejaré que el vicedirector Ryan se lo explique.

-Canallas hijos de puta -dijo Fremont, en nombre de todos los presentes.

-Sí, general, y quiero castigar al responsable. Quiero castigarlo de un modo que nadie olvide jamás. El líder de Irán ha promovido un acto de guerra contra Estados Unidos. Pienso responderle en proporción exacta a su acción. Quiero que se apunte un misil hacia Qum. ¿Cuánto tardará?

-Por lo menos diez minutos, señor. Permítame.., eh... consultar con mis hombres de operaciones. -CINC-SAC desconectó su micrófono-. Por Dios...

-Pete -dijo el subjefe de Personal-, Fowler tiene razón. Ese cabronazo musulmán estuvo a punto de matarnos a todos, ¡a nosotros y a los rusos! ¡Y sólo por obtener ventaja política!

-No me gusta.

-Tienes que reprogramar el misil. Te sugiero un «Minuteman III» salido de Minot. Los tres RV arrasarán todo. Necesito diez minutos.

Fremont asintió.

-Sugiero esperar, señor presidente.

-No, no voy a esperar, Ryan. Usted sabe lo que hicieron y por qué lo hicieron. Fue un acto de guerra...

-Un atentado terrorista, señor.

-El terrorismo patrocinado por el Estado es guerra. ¡Hace seis años, usted mismo dijo eso en un informe de situación!

Jack ignoraba que Fowler lo hubiera leído; el verse atacado con sus propias armas lo tomó por sorpresa.

-Sí, señor, lo dije, pero...

-Ese «iluminado» trató de matarnos. Mató a miles de norteamericanos y trató de engañarnos, a nosotros y a los rusos, para que matáramos a otros dos millones de personas. Y estuvo a punto de lograrlo.

-Sí, señor; eso también es cierto, pero...

Fowler lo interrumpió levantando la mano. Luego continuó ha-blando, con la voz plácida del hombre que ha tomado su decisión.

-Fue un acto de guerra. Responderé del mismo modo. Está decidido. Soy el presidente y soy el comandante en jefe. Soy yo quien evalúa y actúa por la seguridad de EE.UU. Yo decido qué harán las Fuerzas Armadas de este país. Ese hombre masacró a miles de ciudadanos nuestros con un arma nuclear. He decidido que responderé del mismo modo. Según la Constitución, es mi derecho y mi deber.

-Señor presidente -dijo Van Damm-, el pueblo norte-americano...

El enojo de Fowler reapareció, pero sólo por un instante.

-¡El pueblo norteamericano exigirá que yo actúe! Pero ése no es el único motivo. Debo responder... ¡sólo para asegurarme de que no vuelva a ocurrir!

-Por favor, reconsidérelo, señor.

-Ya lo he pensado, Arnold.

Ryan miró a Pete Connors y Helen D'Agustino. Ambos disimulaban sus sentimientos con maravillosa habilidad. El resto de los presentes aprobaba la idea de Fowler. Jack ya sabía que él no, podía hacer razonar a aquel hombre. Miró el reloj, preguntándose qué ocurriría a continuación.

-Soy el general Fremont, señor presidente.

-Aquí estoy, general.

-Señor, hemos reprogramado un misil «Minuteman III» de Dakota del Norte para el blanco especificado. Yo... ¿lo ha pensado bien, señor?

-Soy su comandante en jefe, general. ¿El misil está listo para el lanzamiento?

-La secuencia de lanzamiento se iniciará un minuto después de que usted dé la orden.

-La orden está dada.

-No es tan sencillo, señor. Necesito una comprobación de identidad. Usted conoce el procedimiento.

Fowler sacó de su cartera una tarjeta plástica, bastante parecida a una tarjeta de crédito. En ella había diez grupos de ocho números diferentes. Sólo Fowler sabía cuál debía leer.

-Tres tres seis cero cuatro dos cero nueve.

-Confirmo su código de identificación. A continuación, señor presidente, es preciso que se confirme la orden.

-¿Qué?

-Se aplica la regla de dos hombres, señor. En caso de un ataque por sorpresa, el segundo hombre puedo ser yo, pero como no es ése el caso, la orden debe ser confirmada por alguien de mi lista.

-Tengo a mi jefe de Personal aquí mismo.

-Negativo, señor. La regla indica que sólo puede hacerlo un funcionario electo o uno aprobado por el Congreso, es decir, el Senado. Un secretario de gabinete, por ejemplo.

-Yo estoy en la lista -dijo Jack.

-¿Es el doctor Ryan, el vicedirector de la CIA?

-Correcto, general.

-Vicedirector Ryan, aquí CINC-SAC -dijo Fremont. Su voz imitaba extrañamente a la voz robótica que se usaba para transmitir las órdenes del MAE-. He recibido una orden de lanzamiento nuclear, señor. Necesito que usted confirme esa orden, pero primero necesito verificar también su identidad. ¿Podría leer su código de identificación, por favor?

Jack sacó su propia tarjeta y leyó su grupo clave. Oyó que Fremont o uno de sus hombres hojeaba un libro.

-Confirmo su identificación, señor. Es el doctor John Patrick Ryan, vicedirector de la CIA.

-Jack miró a Fowler. Si no lo hacía él, el presidente llamaría a otro. En realidad, así de simple era. Y Fowler ¿estaba realmente equivocado?

-Asumo la responsabilidad Jack -dijo Fowler, de pie junto a Ryan y con la mano apoyada en su hombro-. Usted no hace sino confirmarla.

-Doctor Ryan, aquí CINC-SAC. Repito, señor: tengo una orden de lanzamiento nuclear dada por el presidente y requiero confirmación.

Ryan miró al presidente. Luego se inclinó hacia el micrófono, tratando de recobrar el aliento para hablar.

-CINC-SAC, aquí John Patrick Ryan. Soy el vicedirector de Inteligencia.

Hizo una pausa. Luego prosiguió, rápidamente:

-No confirmo la orden, señor. Repito: la orden de lanzamiento NO es válida. ¡Acuse recibo de inmediato!

-Acuso recibo de la no aprobación de la orden, señor.

-Correcto -dijo Jack con voz cada vez más apagada-. General, según mi opinión, el presidente tiene... tiene las facultades mentales alteradas. Usted deberá tenerlo en cuenta si intenta dar otra orden de lanzamiento.

Jack apoyó las manos en el escritorio, aspiró hondo e irguió la espalda.

Fowler tardó en reaccionar, pero al hacerlo acercó la cara a la de Jack.

-¡Ryan, le ordeno...!

Las emociones de Jack estallaron por última vez.

-¿Qué me ordena? ¿Que mate a cien mil personas? ¿Por qué? -Lo que trataron de hacer...

-¡Lo que usted estuvo a punto de permitirles que hicieran, mierda! -Ryan apoyó un dedo contra el pecho del presidente-. ¡Fue usted quien lo arruinó todo! ¡Fue usted quien nos llevó al borde del abismo! Y si ahora está dispuesto a masacrar a toda una ciudad es porque se ha vuelto loco, porque se siente herido en su amor propio y quiere ajustar cuentas. ¡Quiere demostrar que nadie puede meterse con usted! Ese es el motivo, ¿no? ¿No es así?

Fowler se puso pálido. Ryan bajó la voz.

-Se necesita un motivo mejor para matar. Yo lo sé. Yo he matado. Si usted quiere que se

mate a ese hombre, se puede hacer. Pero no lo ayudaré a matar a cien mil personas sólo para liquidar a ese bastardo. -Ryan dio un paso atrás. Dejó caer su tarjeta de identidad en el escritorio y salió de la habitación.

-¡Que me cuelguen! -exclamó Chuck Timmons. Habían oído todo el diálogo por el micrófono. Lo habían oído todos los presentes en el MAE.

-Sí -dijo Fremont-. Démosle gracias a Dios. Pero primero desactivemos ese misil.

El comandante en jefe del MAE tuvo que pensar un momento. No recordaba si el Congreso estaba de sesiones o no, pero eso no venía al caso. Ordenó a su oficial de comunicaciones que hiciera una llamada a los presidentes y a los líderes de las comisiones de ambas cámaras que se relacionaban con las Fuerzas Armadas. Cuando los cuatro estuvieron en la Línea, se estableció una conferencia con el vicepresidente, que aún estaba a bordo del PMAEN.

-¿Jack?

Ryan se volvió.

-Si, Arnie.

-¿Por qué?

-Para eso existe la regla de los dos hombres. En esa ciudad hay cien mil habitantes. Probablemente más; no lo recuerdo con exactitud. -Jack levantó la vista al cielo claro y frío-. No quiero tener eso en mi conciencia. Si queremos que Daryaei muera, hay otros modos de hacerlo. -Ryan exhaló el humo al viento-. Y el malnacido estará igualmente muerto,

-Creo que has obrado bien. Quería decírtelo.

Jack se volvió.

-Gracias, señor. -Una larga pausa-. Por cierto, ¿dónde está Liz?

-En la cabaña; le dieron unos sedantes. No estuvo a la altura de las circunstancias, ¿verdad?

-Hoy nadie lo estuvo, Arnie. Todo fue cuestión de suerte. Puedes decir al presidente que haré efectiva mi renuncia... digamos el viernes. Es tan buen día como cualquiera. Tendrá que ser otro el que busque a mi sustituto.

El jefe de Personal guardó silencio por un momento. Luego volvió al asunto principal.

-Sabes lo que acabas de provocar, ¿no?

-¿Una crisis constitucional, Arnie? -Jack arrojó la colilla a la nieve-No es la primera vez que lo hago. Necesito que ese helicóptero me lleve de regreso a Andrews.

-Déjalo de mi cuenta.

Acababan de entrar en el espacio aéreo estadounidense cuando a John Clark se le ocurrió una idea. En las maletas de Qati había visto unos medicamentos. Prednizone, Compazine. Prednizone era un esteroide... que con frecuencia se utilizaba para mitigar los efectos adversos de... Se levantó del asiento para mirar a Qati. Aunque seguía con los ojos vendados, era obvio que había cambiado con respecto a sus fotos más recientes; estaba más delgado y su pelo... «Este hombre tiene cáncer», pensó Clark. Y eso ¿qué significaba?

Operó la radio para comunicarlo.

El Gulfstream llegó con unos minutos de retraso. Despertaron a Ryan, que estaba en el sofá de la sala VIP, en el lado sur de la base Andrews. Murray, a su lado, permanecía despierto. Había allí tres vehículos del FBI. En ellos subieron Clark, Chávez, Qati y Ghosn. La caravana, a tracción cuádruple, se dirigió a la capital.

-¿Qué vamos a hacer con ellos? -preguntó Murray.

-Tengo una idea, pero antes debemos hacer algo.

-¿Qué, exactamente?

-¿En el edificio Hoover hay sala de interrogatorios?

-No; en Buzzard's Point, la oficina de Washington -dijo Murray-. ¿Tu agente les ha dado Mirandize?

Librodot

-Sí, le dije que lo hiciera antes de empezar a cortarles los cojones.

Ryan se volvió al oír un ruido fuerte. El PMAEN estaba aterrizando en la misma pista de donde había despegado unas diez horas antes.

El Admiral Lunin emergió a la superficie entre las señales luminosas y de humo lanzadas por el «P-3». Era demasiada distancia para que llegara un avión de rescate, al menos en ese clima. La mar no se había calmado y había poca luz, pero la nave de Dubinin era la única en esa zona, y el avión hizo lo posible por iniciar las operaciones de rescate.

La sala de interrogatorios medía tres metros por tres; había allí una mesa y cinco sillas igualmente baratas. No había espejo de vidrio polarizado, una treta demasiado conocida. En cambio, dos cables de fibra óptica salían de la habitación hacia sendas cámaras; una, desde un interruptor; la otra, desde algo que parecía un agujero de clavo en el marco de la puerta.

Sentaron a los dos terroristas; el cansancio les daba peor aspecto. Los dedos quebrados de ambos ofendían la ética profesional del FBI, pero Murray decidió no detenerse en eso. Clark y Chávez salieron en busca de café.

-Como podéis ver -les dijo Ryan-, habéis fallado. Washington aún sigue aquí.

-¿Y Denver? -preguntó Ghosn-. Sé lo de Denver.

-Sí, allí conseguisteis algo. Pero los culpables ya han pagado.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Qati.

-Quiero decir que Qum ya no existe. En estos momentos, tu amigo Daryaei está explicando sus malas acciones ante Alá.

Ryan se dijo que estaban demasiado cansados. La fatiga era peor enemigo que el dolor sordo de las manos. Qati se mantuvo impertérrito. La siguiente equivocación fue aún peor.

-Americanos, habéis convertido a todo el Islam en enemigo vuestro. Todo lo que habéis hecho para lograr la paz en la región, no significará nada después de esto.

-¿Cuál era vuestro objetivo? -preguntó Ryan, bastante sorprendido, recurriendo a sus dos horas de sueño-. ¿Era eso lo que queríais hacer? ¡Oh, Dios mío!

-¿Su Dios? -Qati escupió.

-¿Y Marvin Russell? -preguntó Murray.

-Lo matamos. Era sólo un infiel -dijo Qati.

Murray miró a Ghosn.

-¿De veras? ¿No fue huésped en tu campamento?

-Estuvo unos meses con nosotros, sí. La ayuda de ese tonto nos era indispensable.

-Y luego lo asesinasteis.

-Si, junto con doscientos mil más.

-Decidme -pidió Jack-, ¿el Corán no menciona que: «Si un hombre entra en tu tienda y come de tu sal, aunque sea un infiel, deberás protegerlo»?

-Usted cita mal. ¿Y qué le importa del Corán?

-Podrías llevarte una sorpresa.

XLIV. LA BRISA DEL ANOCHECER

La siguiente llamada de Ryan fue para Arnie van Damm. Le explicó lo que había averiguado.

-¡Por Dios! Estaban dispuestos a..

-Sí, y estuvo a punto de dar resultado -dijo Ryan con voz ronca-. Astutos, ¿no?

-Se lo diré a él.

-Tengo que informar esto, Arnie. Debo decírselo al vicepresidente.

-Comprendo.

-Otra cosa.

-¿Qué?

-La solicitud que hizo fue aprobada, sobre todo porque a nadie se le ocurrió una idea mejor. Una vez que se curaron las manos a ambos terroristas, se los alojó por separado en celdas del FBI.

-¿Qué piensas, Dan?

-Es... Por Dios, Jack, ¿cómo se expresa algo así?

-El hombre tiene cáncer -dijo Clark-. A su modo de ver, si él debe morir, ¿por qué no unos cuantos más? Abnegado, el muy hijo de puta, ¿no?

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Murray.

-No hay pena de muerte en el estatuto federal, ¿verdad? -No, y en Colorado tampoco. -Murray tardó un momento en comprender adónde apuntaba Ryan-. Ah...

Golovko tuvo dificultades para comunicarse telefónicamente con Ryan. El informe que el doctor Moiseiev había dejado en su escritorio, entre las otras cosas, lo había dejado atónito. Pero al conocer los planes de Jack fue fácil establecer la entrevista.

La única buena noticia de la semana fue, quizás, el rescate. El Admiral Lunin entró en el puerto de Kodiak al amanecer y desembarcó a sus huéspedes en el muelle. De los ciento cincuenta y siete tripulantes del Maine, un centenar había logrado salir antes de que el submarino se hundiera. Dubinin y su tripulación habían rescatado a ochenta y un hombres y once cadáveres, entre los cuales estaba el del capitán Harry Ricks. Los profesionales consideraron eso como una increíble hazaña de marinería, aunque el periodismo no relató la historia sino cuando el submarino soviético volvió a alta mar. Entre los primeros en llamar a casa estuvo el alférez Ken Shaw.

En el viaje desde Andrews los acompañó el doctor Woodrow Lowell, del laboratorio Lawrencee-Livermore: hombre barbudo y con aspecto de oso, a quien sus amigos llamaban «Rojo», por su pelo. Había pasado seis horas en Denver, analizando los daños.

-Quiero hacerle una pregunta -le dijo Jack-. ¿Cómo se erró tanto al calcular la potencia de la bomba? Eso nos indujo a pensar que era obra de los rusos.

-Era un aparcamiento -explicó Lowell-. Estaba hecho de macadam, mezcla de grava y asfalto. La energía de la bomba liberó varios hidrocarburos complejos de la capa superior del pavimento, que entraron en ignición, como una gran bomba explosiva de aire-combustible. El vapor de agua, proveniente de la nieve que se derritió, provocó otra reacción que liberó más energía. El resultado fue un frente de llamas cuyo diámetro duplicaba la bola de fuego nuclear. Agreguemos a eso el hecho de que la capa de nieve reflejó gran parte de la energía y tendremos un enorme aumento de la energía aparentemente liberada. Cualquiera se habría engañado. Más tarde el pavimento tuvo otro efecto. Irradió calor residual con mucha celeridad. En pocas palabras, la señal de energía era mucho mayor de la verdadera potencia. Ahora ¿quiere que le diga la parte inquietante? -preguntó Lowell.

-Adelante.

-La bomba fue un fracaso.

-¿Qué quiere decir?

-Que la potencia habría debido ser mucho mayor y no sabemos por qué falló. El residuo estaba lleno de tritio. La potencia del diseño era diez veces superior a la que resultó.

-¿Y eso significa...?

-Que si hubiera funcionado bien...

-Hemos tenido suerte, ¿no?

-Si eso se puede llamar suerte, sí.

Librodot

Jack se las arregló para dormir durante la mayor parte del viaje.

El avión aterrizó en Beersheba a la mañana siguiente. Fue recibido por militares israelíes, que transportaron a todos a Jerusalén. La Prensa había descubierto algo de lo que estaba pasando, pero no tanto como para molestar en una base de la Fuerza Aérea. Eso llegaría después. El príncipe All ibn Sheik esperaba ante el edificio VIP.

-Alteza -saludó Jack, inclinándose-. Gracias por venir. -No podía faltar. -Alí le entregó un periódico.

Jack echó un vistazo a los titulares.

-No esperaba que se mantuviera en secreto por mucho tiempo.

-Entonces, ¿es cierto?

-Sí, señor.

-¿Y usted lo evitó?

-¿Que silo evité? -Ryan se encogió de hombros-. Me limité a... Era una mentira, Alí. Tuve la suerte de adivinar... No, no es cierto; eso lo supe después. Es que no podía prestarme a eso, nada más. Pero ya no importa, Alteza. Tengo cosas que debo hacer. ¿Contamos con su ayuda?

-Para lo que guste, amigo mío.

-¡Ivan Emetovich! -llamó Golovko. Y a Ali-: Alteza.

-Sergei Nicolaievich. Avi. -El ruso se acercó, acompañado por Avi Ben Jakob.

-Jack -dijo John Clark-, ¿no conviene buscar un lugar mejor? Con una sola bala de mortero se podría liquidar a un montón de espías de primera, ¿no?

-Acompáñenme -dijo Avi. Y los llevó adentro. Golovko los puso al tanto de lo que sabía.

-¿El hombre aún está vivo? -preguntó Ben Jakob. -Sufre todos los dolores del infierno, pero sí; tiene vida para unos días más.

-No puedo ir a Damasco -dijo Avi.

-Nunca nos dijisteis que habíais perdido una bomba nuclear -observó Ryan.

-¿A qué te refieres?

-Ya sabes a qué me refiero. La Prensa aún no lo sabe, pero se enterará en un par de días. Vosotros, Avi, nunca mencionasteis que habíais perdido algo por allí. ¿Sabes lo que eso habría significado para nosotros? -preguntó Ryan.

-Supusimos que se había estropeado. Tratamos de buscarla, pero...

-Problemas de Geología -dijo el doctor Lowell-. Los Altos del Golán son volcánicos: como hay mucha roca basáltica, la cuenca de fondo es alta y resulta difícil rastrear un sitio radiactivo. Pero aun así deberían habernos informado. En Livermor conocemos algunas triquiñuelas que podríamos haber utilizado. Cosas que pocos conocen.

-Lo siento, pero ya está hecho -dijo el general Ben Jakob-. ¿Iréis a Damasco?

Utilizaron el avión del príncipe Alí, un «Boeing 727» privado, cuya tripulación de vuelo, según averiguó Jack, estaba exclusivamente compuesta por ex pilotos de la escuadrilla presidencial. Era agradable viajar en primera clase. La misión era secreta y los sirios cooperaron. Hubo una breve reunión en el Ministerio de Asuntos Exteriores sirio, a la que asistieron representantes de las Embajadas estadounidense, soviética y saudí. Después todos fueron al Hospital.

Jack comprendió que el tipo había sido muy fuerte, pero se estaba consumiendo como carne podrida. Pese al tubo de oxígeno que tenía bajo la nariz, tenía la piel casi azul. Todos los visitantes tuvieron que ponerse un equipo protector. Ryan puso cuidado en mantenerse atrás. Fue Alf quien manejó el interrogatorio.

-¿Sabes por qué estoy aquí?

El hombre asintió.

-Si tienes la esperanza de encontrarte con Alá, debes decirme lo que sabes.

La columna del 10.° de Caballería Blindada llegaba desde el Negev hasta la frontera con el Líbano. La sobrevolaba una escuadrilla de «F-16» y otra de «Tomcats», pertenecientes al Theodore Roosevelt. El ejército sirio también se había desplegado, aunque su fuerza aérea se

Librodot

mantenía fuera del paso. El Oriente Medio había aprendido la lección con respecto al poder aéreo norteamericano. El despliegue de fuerzas era enorme e inequívoco. El aviso estaba dado: nadie podría interponerse. Los vehículos se adentraron en el pequeño y maltratado país, hasta salir a la ruta de un valle. El sitio había sido marcado en el mapa por un moribundo, ansioso de salvar lo que restaba de su alma; bastó una hora de trabajo para determinar la situación exacta. Los ingenieros del Ejército buscaron la entrada y, después de comprobar que no hubiera trampas, hicieron señas a los otros para que entraran.

-Dios Todopoderoso -dijo el doctor Lowell, paseando una potente linterna por el cuarto a oscuras.

Otros ingenieros revisaban la habitación, buscando cables en las máquinas; revisaron todos los cajones de todas las mesas y escritorios antes de permitir que el resto avanzara un paso más. Por fin, Lowell puso manos a la obra, llevándose fuera una serie de planos para leer a la luz.

-Mirad -dijo, tras quince minutos de silencio-, nunca supe apreciar lo fácil que era esto. Nos hemos hecho la ilusión de que realmente hacía falta... -Se interrumpió-. Ilusión: es la palabra correcta.

-¿Qué quiere decir?

-El artefacto debía tener una potencia de quinientos kilotones.

-Si hubiera funcionado bien, habríamos pensado que era cosa de los rusos -dijo Jack-. Y entonces nadie habría podido impedirlo. A estas horas no estaríamos aquí.

-Sí, creo que debemos ajustar un poco el cálculo de la amenaza.

-Creo que hallamos algo, doctor -dijo un oficial del Ejército. El doctor Lowell entró y volvió a salir para ponerse ropas protectoras.

-Tan grande era? -preguntó Golovko, mirando los planos. -Gente astuta. ¿Sabe usted cuánto me costó convencer al presidente de que...? No lo convencí, ¿verdad? Si ésta hubiera sido una bomba grande, yo habría dado crédito al informe. -¿De qué informe habla? -preguntó Golovko.

-¿Podemos hacer un pequeño trato?

-Adelante.

-Usted está reteniendo a alquién que nosotros queremos -dijo Jack.

-¿A Lyalin?

-El traicionó a su país y debe pagar por ello.

-En primer lugar, Sergei, no nos dio nada que pudiéramos usar contra ustedes. Ese fue su trato. Sólo recibíamos el producto de CARDO, su red japonesa. En segundo lugar, si no fuera por él y lo que nos informó, tal vez no estuviéramos aquí en estos momentos. Pónganlo en libertad.

-¿A cambio de qué?

-Otro agente nuestro nos informó que Narmonov era víctima de la extorsión de sus militares y que esos militares pensaban utilizar algunas armas nucleares tácticas desaparecidas. Por eso sospechamos que el arma habría podido ser rusa.

-¡Pero es falso!

-Fue muy convincente -replicó Ryan-. Yo mismo estuve a punto de creerlo. El presidente y la doctora Elliot lo creyeron. Por eso las cosas se pusieron tan mal. Me gustaría colgar a ese hijo de puta, pero sería traicionar una confidencia. ¿Recuerda lo que hablamos en mi oficina, Sergei? Si quiere saber ese nombre, tiene que pagar.

-Lo fusilaremos -prometió Golovko.

-No, no pueden hacerlo.

-¿Qué quiere decir?

-Lo hemos despedido. Y yo sólo dije que nos había mentido. Si nos proporcionó un

Librodot

material que no era verdad, ni siquiera en su país cometió espionaje, ¿verdad? Es mejor no matarlo. Si llegamos a un acuerdo, ya lo comprenderá usted.

El vicepresidente primero lo consideró por un momento.

-Le daré a Lyalin... dentro de tres días. Palabra de honor, Jack.

-Nuestro hombre tiene el nombre clave de SPINNAKER. Oleg Kirilovich...

-¿Kadishev? ¡Kadishev!

-¿Decepcionado? Debería estar en mis zapatos.

-¿Es verdad? ¿No está jugando, Ryan?

-Señor, tiene mi palabra de honor. No me molestaría ver que lo fusilaran, pero es un político y, en este caso, no cometió realmente espionaje. Haga algo creativo con él. Póngalo a trabajar en alguna perrera -sugirió Jack.

Golovko asintió.

-Así se hará.

-Es un placer tratar con usted, Sergei. Lástima lo de Lyalin.

-¿A qué se refiere? -preguntó Golovko.

-Lo que nos estaba proporcionando (a los dos) es realmente demasiado valioso como para perderlo...

-No negociamos a ese extremo, Ryan, pero admiro su sentido del humor.

En ese momento el doctor Lowell salió de la estructura llevando un balde de plomo.

-¿Qué hay ahí?

-Creo que es un poco de plutonio. ¿Quiere echar un vistazo? Podría acabar como nuestro amigo, el de Damasco. -Lowell entregó el balde a un soldado y dijo a un comandante ingeniero-: Sacad todo de ahí, embaladlo y embarcadlo. Quiero revisarlo todo. No me he dejado nada.

-Bien, señor -dijo el coronel-. ¿Y la muestra?

Cuatro horas después estaban en Dimona, la instalación israelí para «investigaciones» nucleares, donde había otro espectrómetro de rayos gamma. Mientras los técnicos efectuaban el análisis, Lowell repasó los planos, meneando la cabeza. Para Ryan, los dibujos parecían el diagrama de un chip de ordenador o algo similarmente incomprensible.

-Es grande y desmañada. Las nuestras miden menos de la cuarta parte... Pero ¿sabe usted cuánto tiempo nos llevó construir algo de este tamaño y potencia? -Lowell levantó la vista-. Diez años. Ellos lo hicieron en cinco meses, en una pocilga. ¿Qué le parece ese progreso, doctor Ryan?

-Yo no lo sabía. Siempre pensamos que un artefacto terrorista... Pero ¿por qué falló?

-Probablemente pasó algo con el tritio. En la década del cincuenta tuvimos dos fracasos por contaminación de helio. No son muchos los que saben de eso. No se me ocurre otra idea. Hay que examinar mejor el diseño con un ordenador, pero a primera vista parece bastante competente. Oh, gracias. -Lowell tomó los datos impresos de espectrometría que le tendía el técnico israelí. Meneando la cabeza, dijo con mucha suavidad-: Savannah River, Reactor K, mil novecientos sesenta y ocho. Fue un año muy bueno.

-¿Es ése? ¿Está seguro?

-Si, sin duda. Los israelíes me dijeron qué tipo de bomba habían perdido y su masa de plutonio; exceptuando el desecho, está todo aquí. -Lowell dio un golpecito a las hojas del diseño-. Es esto.

»Hasta la próxima vez -agregó Lowell.

El asistente del vicedirector Daniel E. Murray, siempre estudioso de la ley y sus aplicaciones, observaba los procedimientos con interés. Resultaba extraño que emplearan sacerdotes en lugar de abogados, claro, pero funcionaba bien, caramba. El juicio llevó sólo un

Librodot

día. Fue escrupulosamente justo y admirablemente rápido. La sentencia tampoco afligió a Murray.

Viajaron a Riad en el avión del príncipe Alí, dejando el transporte de la Fuerza Aérea estadounidense en Beersheba. No habría ninguna prisa en la aplicación de la sentencia. Hacía falta tiempo para la plegaria y la reconciliación; nadie quería tratar ese caso de modo diferente a un caso común. Así, también la gente tenía tiempo de sentarse a reflexionar y Ryan, de encontrarse con otra sorpresa. El príncipe Alí lo llevó al sitio de Riad.

-Soy Mahmud Haji Darvaei -dijo el hombre.

Jack conocía su rostro de haberlo visto en el expediente de la CIA. También sabía que Daryaei no hablaba con un norte-americano desde la caída de Reza Pahlevi.

-¿Qué puedo hacer por usted? -preguntó.

Alí se encargó de traducir el diálogo.

-¿Es cierto lo que me han dicho? Quiero saber si es cierto. -Sí, señor. Es verdad.

-¿Y por qué voy a creerle?

El hombre rondaba los setenta años. Tenía la cara llena de profundas arrugas y ojos negros, furiosos.

-¿Por qué pregunta, pues?

-La insolencia no me complace.

-A mí no me complacen los ataques a ciudadanos norte-americanos -respondió Ryan.

-Yo no tuve nada que ver con eso y usted lo sabe.

-Lo sé, sí. ¿Quiere responder a una pregunta? Si le hubieran pedido ayuda, ¿la habría dado?

-No -dijo Daryaei.

-¿Y por qué he de creerle?

-Masacrar a tantas personas, aunque sean infieles, es un crimen a los ojos de Dios.

-Además -agregó Ryan-, usted sabe cómo habríamos reaccionado nosotros.

-¿Me acusa de ser capaz de hacer algo así?

-Usted nos acusa siempre de cosas parecidas. Pero en este caso se equivocó.

-Usted me odia.

-No le tengo ningún cariño -admitió Jack, de buena gana-. Usted es un enemigo de mi país. Ha apoyado a quienes mataron a mis conciudadanos. Se ha complacido con la muerte de personas a las que nunca conoció.

-Sin embargo, usted evitó que su presidente me matara.

-Eso no es correcto. Evité que mi presidente destruyera la ciudad.

-¿Por qué?

-Si se cree hombre de Dios, ¿cómo puede hacer esa pregunta?

-¡Usted es un infiel!

-Se equivoca. Creo tanto como usted, pero de otro modo. ¿Tan diferentes somos? El príncipe Alí no piensa lo mismo. ¿Tanto lo asusta la paz entre nosotros? ¿O teme más la gratitud que el odio? En todo caso, me ha preguntado por qué voy a responderle. Se me pidió que ayudara a matar a personas inocentes, pero yo no podría vivir con ese peso en la conciencia. Así de sencillo fue. Aunque a esos muertos podría, tal vez, considerarlos infieles. ¿Acaso no puede entenderlo?

El príncipe Alí dijo algo que no se molestó en traducir. Tal vez era una cita del Corán, porque sonaba estilizada y poética.

Fuera lo que fuese, Daryaei asintió y se dirigió por última vez a Ryan:

-Lo pensaré. Adiós.

Durling se sentó en la silla por primera vez. Arnold van Damm tomó asiento al otro lado de la habitación.

-Has conducido bien las cosas.

Librodot

-¿Había algo más que yo hubiera podido hacer? -Supongo que no. Entonces, ¿es hoy?
-Sí.
-¿Y Ryan se encarga de eso? -preguntó Durling, hojeando el resumen.
-Sí. Parecía lo mejor.
-Cuando vuelva, quiero verlo.
-¿No sabes que renunció? A partir de hoy no pertenece a la CIA -dijo Van Damm.
-¡Qué estás diciendo!
-Que ha dimitido -reiteró Arnie.
Durling agitó un dedo ante él.
-Antes de irte, dile que lo quiero en mi oficina.
-Sí, señor presidente.

Las ejecuciones se llevaron a cabo el sábado, seis días después del estallido de la bomba. Ghosn y Qati fueron llevados a la plaza del mercado, ante la gente reunida. Se les dio tiempo para rezar. Era la primera vez que Jack presenciaba algo así. Murray se limitó a permanecer de pie, con la cara inexpresiva. Clark y Chávez, junto con un grupo de seguridad, vigilaban la muchedumbre.

-Parece tan poco útil... -comentó Ryan, al iniciarse el acto.

-No es así! El mundo aprenderá la lección -dijo el príncipe Alí, con solemnidad-. Serán muchos los que aprendan. Esto es la justicia en marcha.

-Vaya lección. -Ryan se volvió para contemplar a sus compañeros, en lo alto del edificio. Había tenido tiempo de reflexionar y sólo veía... ¿qué? No lo sabía. Había cumplido con su trabajo, pero ¿qué significaba todo aquello?-. La muerte de sesenta mil personas que no debían morir pone fin a guerras que nunca habrían debido existir. ¿Es así como se hace la historia, Alí?

-Todos morimos, Jack. Insh Allah, no volveremos a morir en tan gran número. Tú lo impediste, tú evitaste algo peor. Lo has hecho, amigo mío... Que las bendiciones de Dios te acompañen.

-Yo habría confirmado la orden de lanzamiento -dijo Avi, incómodo en su franqueza-. ¿Después? Tal vez me habría volado la tapa de los sesos. Quén sabe... De algo estoy seguro: yo no habría tenido el valor de negarme.

-Tampoco yo -dijo Golovko.

Ryan, sin decir nada, bajó la vista a la plaza. Se había perdido la primera ejecución, pero estaba bien así.

Aunque Qati sabía lo que le esperaba, no le importó. Como tantas otras cosas en la vida, todo estuvo dominado por reflejos. Un soldado lo hirió en el flanco con una espada, apenas lo suficiente para perforar la piel. De inmediato Qati arqueó la espalda y estiró el cuello en un gesto involuntario. El capitán de las fuerzas especiales saudíes ya tenía la espada en movimiento. Jack comprendió, un momento después, que el hombre había estado practicando, porque la cabeza fue cortada de un solo golpe, tan engañosamente poderoso como el de un maestro de ballet, y cayó a un metro de distancia. Después, el cuerpo se derrumbó, ensangrentado. Brazos y piernas forcejearon con las ataduras, pero también fue puro reflejo. La sangre brotó a ritmo parejo mientras el corazón de Qati continuó latiendo, tratando de conservar una vida ya perdida. Por fin, también aquello cesó. De Qati sólo quedaban dos partes separadas y una mancha oscura en la tierra. El capitán saudí limpió la espada en lo que parecía un trozo de seda, volvió a guardarla en la vaina dorada y se alejó por la senda que la multitud le abría.

No hubo gritos de júbilo. En realidad, no había ruido alguno. Tal vez una colectiva aspiración de aire, unas pocas plegarias murmuradas por los más devotos; por qué almas se ofrecían las plegarias, sólo ellos y su Dios podían saberlo. Los que estaban en primera fila empezaron a retirarse. Unos pocos de más atrás, que no habían podido ver la escena, se

Librodot

acercaron a la cerca, pero estuvieron allí apenas un momento antes de regresar a sus asuntos. Después del intervalo prescrito, las partes serían recogidas y debidamente sepultadas, según la religión que cada uno de ellos había mancillado. Jack no sabía qué emoción debía sentir, sólo sabía que había visto demasiadas muertes. Pero aquéllas no le tocaban en absoluto el corazón, cosa que lo preocupó un poco.

-Me preguntaste cómo se hace la historia, Jack -dijo Alí-. Acabas de verlo.

-¿A qué te refieres?

-No necesitas que te lo digamos -dijo Golovko.

«Los hombres que iniciaron una guerra o intentaron iniciarla, ejecutados como criminales en la plaza del mercado -se dijo Jack-. No es un mal precedente.»

-Tal vez tengas razón. Tal vez así se lo piensen dos veces la próxima vez. -«Los tiempos están maduros para esa idea.»

-En nuestros países -dijo Alí-, la espada es el símbolo de la justicia. Un anacronismo, tal vez, de los tiempos en que los hombres se comportaban como hombres. Pero la espada aún conserva su utilidad.

-Es precisa, por cierto -observó Golovko.

-¿Conque has dejado de trabajar para el Gobierno, Jack? -preguntó Alí, al cabo de un momento.

Ryan apartó la cara de la escena, como todos los demás.

-Sí, Alteza.

-Y esas tontas leyes de «ética» ya no tienen validez. Bien.

Alí se volvió. Un oficial de las fuerzas especiales apareció como por arte de magia. El saludo que brindó al príncipe Alí habría impresionado a Kipling. Luego apareció la espada. La vaina era de oro forjado con incrustaciones de piedras preciosas; la empuñadura, de oro y marfil; se veía gastada en parte por generaciones de manos fuertes. A todas luces, el arma de un rey.

-Tiene trescientos años de antigüedad -dijo Alí, volviéndose hacia Ryan-. Mis antepasados la han llevado consigo en tiempos de guerra y de paz. Hasta tiene nombre: Brisa del Anochecer sería su mejor traducción. Significa más que eso, por supuesto. Queremos entregársela, doctor Ryan, como recuerdo de quienes murieron... y de quienes no murieron gracias a usted. Ha matado muchas veces. Su Majestad considera que la espada ya ha matado lo suficiente.

Ryan tomó la cimitarra de manos del príncipe. El tahalí de oro estaba gastado por muchas generaciones de batallas y tormentas de arena, pero Ryan vio que su reflejo no se distorsionaba tan horriblemente como él había temido. Al retirar parcialmente la hoja, vio que brillaba como un espejo; aún reverberaba por obra del herrero de Damasco que había preparado el acero para su temible y efectivo propósito. «Vaya dicotomía -pensó Ryan, sonriendo sin saberlo-, que algo tan bello pueda tener una finalidad tan terrible. Qué ironía. Y sin embargo...»

Conservaría la espada, colgada en un sitio de honor. De vez en cuando la miraría para recordar qué habían hecho, la espada y él. Y tal vez...

-¿Que ha matado lo suficiente? -Ryan deslizó nuevamente la espada en la vaina y la dejó caer por su costado-. Sí, Su Alteza, creo que todos hemos matado lo suficiente.

PALABRAS FINALES

Ahora que el relato ha terminado es necesario aclarar algunas cosas. Todo el material que se refiere a la tecnología y la fabricación de armas se puede conseguir fácilmente en diez o doce libros. Por motivos que han de ser obvios para el lector, he alterado ciertos detalles técnicos, sacrificando la verosimilitud en interés de la oscuridad. Lo he hecho para salvar mi conciencia, aunque no quepa una expectativa razonable de que eso importe un comino.

El Proyecto Manhattan de la Segunda Guerra Mundial aún representa la más notable congregación de talento científico de la historia humana, nunca igualado y tal vez jamás superado. Ese proyecto, enormemente costoso, abrió nuevos campos científicos y produjo numerosos descubrimientos adicionales. La moderna teoría de la computación, por ejemplo, surgió en gran parte de la investigación relacionada con las bombas. Los primeros ordenadores, enormes, se utilizaron principalmente para diseñar ese tipo de armas.

Me sentí primero extrañado y después estupefacto, al descubrir en mi investigación lo fácil que podía resultar en la actualidad semejante proyecto. Es de todos sabido que los secretos nucleares ya no son tan seguros como querríamos. En realidad, la situación es peor de lo que piensan aún los bien informados. Lo que en la década de 1940 requería miles de millones de dólares, en la actualidad es mucho menos costoso. Un ordenador personal tiene mucha más potencia y fiabilidad que la primera Eniac; los «hidrocódigos» que permiten a un ordenador analizar y convalidar el diseño de un arma se copia con facilidad. Las exquisitas máquinas utilizadas para fabricar las partes se consiguen sin dificultades. Cuando pedí explícitamente las especificaciones de las mismas máquinas utilizadas en Oak Ridge y en otros sitios, me llegaron por correo a los pocos días. Algunos artículos altamente especializados, diseñados específicamente para la fabricación de bombas, se encuentran en la actualidad en los altavoces estereofónicos. Lo cierto es que un individuo lo bastante rico podría, en un período de cinco a diez años, producir un artefacto termonuclear de multietapas. La ciencia es del dominio público y permite pocos secretos.

La colocación de ese artefacto es juego de niños. Podría basar esta afirmación en «extensas conversaciones» con diversos organismos de Policía y Seguridad, pero no se requiere mucho tiempo para que una persona diga: «¿Bromea usted?» Más de una vez oí esa frase. Probablemente no haya ningún país (ninguna democracia liberal, por cierto) que pueda asegurar sus fronteras contra una amenaza semejante.

He aquí el problema. ¿Cuál podría ser la solución? Para empezar, los controles internacionales sobre el tráfico de materiales y tecnología nucleares deberían ser algo más que la burla actual. No podemos «desinventar» las armas nucleares y, por mi parte, pienso que la energía nuclear es una alternativa segura y ambientalmente benigna, contra el uso de los combustibles fósiles. Pero toda herramienta debe ser utilizada con cautela, y esta herramienta admite abusos demasiado peligrosos como para que los pasemos por alto.

Librodot